

ACTA DE EVALUACIÓN DE LA TESIS DOCTORAL

Año académico 2016/17

DOCTORANDO: **SÁNCHEZ ESPINOSA, RAÚL**
D.N.I./PASAPORTE: ******2073B**

PROGRAMA DE DOCTORADO: **D401 ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS, LITERARIOS Y TEATRALES**
DEPARTAMENTO DE: **FILOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y DOCUMENTACIÓN**
TITULACIÓN DE DOCTOR EN: **DOCTOR/A POR LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ**

En el día de hoy 21/09/17, reunido el tribunal de evaluación nombrado por la Comisión de Estudios Oficiales de Posgrado y Doctorado de la Universidad y constituido por los miembros que suscriben la presente Acta, el aspirante defendió su Tesis Doctoral, elaborada bajo la dirección de CARLOS ALVAR EZQUERRA // JOSÉ MANUEL LUCÍA MEJÍAS.

Sobre el siguiente tema: **EDICIÓN Y ESTUDIO DE "ESPEJO DE CAVALLERÍAS" (TOLEDO, GASPAR DE ÁVILA, 1525)**

Finalizada la defensa y discusión de la tesis, el tribunal acordó otorgar la CALIFICACIÓN GLOBAL⁵ de (**no apto, aprobado, notable y sobresaliente**): **SOBRESALIENTE**

Alcalá de Henares, ... 21 ... de ... SEPTIEMBRE ... de ... 2017

EL PRESIDENTE




Fdo.: Francisco Cuartero

EL SECRETARIO



Fdo.: JOSÉ RAMÓN TRUJILLO MARTÍNEZ

EL VOCAL



Fdo.: JOSÉ JUAN MARTÍNEZ JIMÉNEZ

Con fecha 4 de octubre de 2017 la Comisión Delegada de la Comisión de Estudios Oficiales de Posgrado, a la vista de los votos emitidos de manera anónima por el tribunal que ha juzgado la tesis, resuelve:

- Conceder la Mención de "Cum Laude"
 No conceder la Mención de "Cum Laude"

La Secretaria de la Comisión Delegada



FIRMA DEL ALUMNO,



Fdo.: RAÚL SÁNCHEZ ESPINOSA

⁵ La calificación podrá ser "no apto" "aprobado" "notable" y "sobresaliente". El tribunal podrá otorgar la mención de "cum laude" si la calificación global es de sobresaliente y se emite en tal sentido el voto secreto positivo por unanimidad.

INCIDENCIAS / OBSERVACIONES:

20/12/2024

1. [Faint handwritten text]

[Faint handwritten notes]

[Faint handwritten notes]

[Faint handwritten notes]

[Faint handwritten notes]

[Faint handwritten notes]

En aplicación del art. 14.7 del RD. 99/2011 y el art. 14 del Reglamento de Elaboración, Autorización y Defensa de la Tesis Doctoral, la Comisión Delegada de la Comisión de Estudios Oficiales de Posgrado y Doctorado, en sesión pública de fecha 4 de octubre, procedió al escrutinio de los votos emitidos por los miembros del tribunal de la tesis defendida por SÁNCHEZ ESPINOSA, RAÚL, el día 21 de septiembre de 2017, titulada *EDICIÓN Y ESTUDIO DE "ESPEJO DE CAVALLERÍAS" (TOLEDO, GASPAR DE ÁVILA, 1525)*, para determinar, si a la misma, se le concede la mención "cum laude", arrojando como resultado el voto favorable de todos los miembros del tribunal.

Por lo tanto, la Comisión de Estudios Oficiales de Posgrado **resuelve otorgar** a dicha tesis la

MENCIÓN "CUM LAUDE"

Alcalá de Henares, 10 de octubre de 2017
EL PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE ESTUDIOS
OFICIALES DE POSGRADO Y DOCTORADO



Juan Ramón Velasco Pérez

Copia por e-mail a:

Doctorando: SÁNCHEZ ESPINOSA, RAÚL

Secretario del Tribunal: JOSÉ RAMÓN TRUJILLO MARTÍNEZ.

Directores de Tesis: CARLOS ALVAR EZQUERRA // JOSÉ MANUEL LUCÍA MEJÍAS



Universidad
de Alcalá

ESCUELA DE DOCTORADO
Servicio de Estudios Oficiales de
Posgrado

DILIGENCIA DE DEPÓSITO DE TESIS.

Comprobado que el expediente académico de D./D^a _____
reúne los requisitos exigidos para la presentación de la Tesis, de acuerdo a la normativa vigente, y habiendo
presentado la misma en formato: soporte electrónico impreso en papel, para el depósito de la
misma, en el Servicio de Estudios Oficiales de Posgrado, con el nº de páginas: _____ se procede, con
fecha de hoy a registrar el depósito de la tesis.

Alcalá de Henares a _____ de _____ de 20 _____



Fdo. El Funcionario



Universidad
de Alcalá

DEPARTAMENTO DE
FILOLOGÍA, COMUNICACIÓN
Y DOCUMENTACIÓN

Facultad de Filosofía y Letras
Colegio San José de Caracciolos
C/ Trinidad, 5
28801 Alcalá de Henares (Madrid)
☎ 91 885 44 23 - 91 885 44 13

D. Manuel PÉREZ JIMÉNEZ
DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y
DOCUMENTACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ,

H A C E C O N S T A R

Que la Tesis Doctoral presentada por **D. Raúl Sánchez Espinosa**, titulada "*Edición y estudio de 'Espejo de 'Cavallerías' (Toledo, Gaspar de ÁVILA, 1525)*", bajo la dirección de los Directores D. Carlos Alvar Ezquerro y D. José Manuel Lucía Megías, reúne las condiciones científicas necesarias para su presentación y defensa en este Departamento de Filología, Comunicación y Documentación de la Universidad de Alcalá.

Y para que conste donde convenga, a los efectos oportunos, firmo el presente en Alcalá de Henares, a diecinueve de abril de dos mil diecisiete.

Fdo.: Manuel Pérez Jiménez





D. CARLOS ALVAR, EZQUERRA
CATEDRÁTICO DEL DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y
DOCUMENTACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Y

D. JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS,
CATEDRÁTICO DEL DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ROMÁNICA, FILOLOGÍA
ESLAVA Y LINGÜÍSTICA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE
MADRID,

H A C E N C O N S T A R

Como Directores de la Tesis Doctoral de **D. RAÚL SÁNCHEZ ESPINOSA**, titulada “**Edición y estudio de ‘Espejo de Cavallerías’ (Toledo, Gaspar de ÁVILA, 1525)**”, que este Trabajo de Investigación reúne las condiciones científicas necesarias para su presentación y defensa en el Departamento de Filología, Comunicación y Documentación.

Y para que conste donde convenga, a los efectos oportunos, firmamos el presente en Alcalá de Henares, a cinco de abril de 2017.

Fdo.: Dr. D. Carlos Alvar Ezquerra

Fdo.: Dr. D. José Manuel Lucía Megías



**Programa de Doctorado en
LITERATURAS COMPARADAS**

**EDICIÓN Y ESTUDIO DE
ESPEJO DE CAVALLERÍAS
(TOLEDO, GASPAS DE ÁVILA, 1525)**

Tesis Doctoral presentada por

RAÚL SÁNCHEZ ESPINOSA

Directores:

Dr. D. CARLOS ALVAR EZQUERRA

Dr. D. JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGIAS

Alcalá de Henares, 2017

Agradecimientos

La normativa obliga a que al frente de esta tesis doctoral aparezca un único nombre, pero, en realidad, es fruto de la intervención de varios.

En primer lugar, pertenece a Carlos Alvar y a José Manuel Lucía Megías, no solo por su tiempo y su disponibilidad, sino sobre todo por el acierto de sus sabios consejos y su paciencia, no siempre merecida. Como si de una corte se tratara, los encuentros y conversaciones mantenidos han servido como descanso del caballero y como inigualable fuente de conocimiento e información.

Del mismo modo, concierne a Joaquín Rubio Tovar, Fernando Gómez Redondo y José Manuel Pedrosa Bartolomé, profesores que, con su ejemplo y ofrecimiento, así como su amor por enseñar, me iniciaron en el camino de la filología y me contagiaron la inquietud por la investigación.

No puede obviarse el ánimo y la ayuda constante de amigos de toda índole, bien por sus conocimientos, bien por soportar las dudas, nervios y, en especial, por los momentos difíciles.

No puedo dejar de mostrar un agradecimiento infinito al personal de la Biblioteca de la UAH (Caracciolos y Colegio de Málaga en un primer momento y del CRAI en la actualidad), sin cuya ayuda este trabajo no hubiera podido concluirse, pues ellos me brindaron, cual Ariadna, el hilo para superar el “laberinto burocrático”.

A su vez, le debo un recordatorio total a mi familia. A mi hermano Santi, que sacrificó su escaso tiempo libre para las últimas cuestiones de maquetación. A mi padre Santiago, un quijote de carne y hueso. A mis hijos, Carlos y Alejandro, pareja de encantadores que nos retuvieron en una isla llamada “Paternidad”, de la que pudimos salir gracias al mago Ibuprofeno y a la sabia Apiretal.

Y, por último, a Laura le debo infinita gratitud por sus horas, por su apoyo constante, por su fuerza, por su modelo y por su paciencia para convivir con la elaboración de esta tesis. La palabra amor se queda corta.

Por supuesto, a mí se deben las faltas que aparezcan.

ÍNDICE

A. ESTUDIO	9
1. Espejo de cavallerías: cuestiones iniciales	11
1.1. ¿Quién fue Pedro López de Santa Catalina?	11
1.2. Breve síntesis del argumento.....	14
1.3. El ciclo de <i>Espejo de caballerías</i>	18
1.3.1. Primera parte de <i>Espejo de cavallerías</i>	22
1.3.2. Segunda parte de <i>Espejo de cavallerías</i>	24
1.3.3. Tercera parte: <i>Roselao de Grecia</i>	26
1.4. Otros ciclos carolingios: <i>Renaldos de Montalbán</i> y <i>Morgante</i>	27
1.4.1. El ciclo <i>Renaldos del Montalbán</i>	29
1.4.2. Ciclo de <i>Morgante</i>	34
2. Primera parte de <i>Espejo de cavallerías</i> (Toledo, Gaspar de Ávila, 1525)	39
2.1. Las fuentes: los hipotextos italianos	39
2.1.1. Matteo Maria Boiardo, conde de Scandiano	41
2.1.2. Matteo Maria Boiardo, <i>Orlando Innamorato</i>	44

3. Análisis literario	49
3.1. El prólogo: retórica y tópicos	49
3.2. Los protagonistas	56
3.2.1. El héroe.....	58
3.2.1.1. Roldán.....	66
3.2.1.1.1. Aventurero-errante.....	68
3.2.1.1.2. Guerrero.....	69
3.2.1.1.3. Cruzado	72
3.2.1.1.4. Roldán, «loco» de amor	73
3.2.1.2. Renaldos de Montalbán.....	79
3.2.1.2.1. «Que otra cosa no andamos buscando sino aventuras e peligrosas batallas»	81
3.2.1.2.2. «Que tales cosas fazía de su persona, que espanto ponía en sus adversarios»	83
3.2.1.2.3. «Me baptizes, ca mi voluntad es ganar el alma en tu compañía».....	85
3.2.1.2.4. Enamorado/Desamorado/Enamorado	88
3.2.1.3. Rugiero de Risa	92
3.2.1.3.1. La primera aparición	94
3.2.1.3.2. Iniciación caballerisca	96
3.2.1.3.3. Rugiero enamorado de Brandamonte.....	100
3.2.2. Los personajes femeninos.....	104
3.2.2.1. La dama protagonista: Angélica la Bella	108
3.2.2.1.1. Angélica la Bella: ¿dama perfecta?.....	110
3.2.2.1.2. Evolución de Angélica: independencia femenina.....	114
3.2.2.2. La dama bizarra o <i>virgo bellatrix</i>	124
3.2.2.2.1. La tradición: modelo y tipos.....	126
3.2.2.2.2. La amazona: Marfisa.....	127
3.2.2.2.3. La doncella guerrera: Brandamonte.....	137
3.2.3. Otros personajes.....	143
3.2.3.1. Ermitaño	144
3.2.3.2. Enano	151
3.2.3.2.1. Brunelo: ¿enano o <i>trickster</i> ?.....	156
3.2.3.3. El gigante	162
3.2.3.3.1. «¡Maldita sea tan mala generación como la vuestra!»	167
3.2.3.3.2. Magia y maravilla	173
3.2.3.3.3. Rodamonte el Desmesurado	177

3.2.3.3.4. Escardaso: el gigante bueno y cortés	184
3.2.3.4. Zoológico maravilloso: monstruos e híbridos	188
3.2.3.4.1. El hombre salvaje.....	193
3.2.3.4.1.1. Antropófago y los estrangones.....	195
3.2.3.4.2. Los híbridos	198
3.2.3.4.2.1. Fauna mitológica: esfinge y centauro	200
3.2.3.4.2.2. El Pavoroso Animal	204

B. EDICIÓN DE LA PRIMERA PARTE DE *ESPEJO DE CAVALLERÍAS*..211

1. Descripción del ejemplar	213
1.1. Láminas explicativas y letretría.....	217
2. Criterios de edición.....	221
3. Edición de la primera parte de <i>Espejo de cavallerías</i>.....	225

C. BIBLIOGRAFÍA.....739

D. APÉNDICES.....759

1. Glosario	761
2. Tabla de capítulos	795

A. ESTUDIO

1. *Espejo de cavallerías*: cuestiones iniciales

1.1. ¿Quién fue Pedro López de Santa Catalina?

En el colofón del libro primero de *Espejo de cavallerías* se lee:

Aquí fenece la Primera parte d'esta historia llamada *Espejo de cavallerías*, traducida de lengua toscana en nuestro vulgar castellano por Pero López de Santa Catalina, vezino d'esta muy noble ciudad de Toledo. Fue impressa en la mesma imperial ciudad por Gaspar de Ávila. Acabose a veinte y siete días del mes de Octubre. Año del nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil e quinientos e veinte y cinco años [739¹].

Las informaciones que se pueden obtener sobre el autor son escasas y, como se expondrá a continuación, poco definitivas, ya que ninguna resulta del todo útil para decantarse por una opción concreta. A pesar de esto, sí que se puede conocer el contexto cultural, social y político de Toledo durante las primeras décadas del siglo XVI, tiempos de efervescencia ideológica y literaria en la capital toledana, ambiente que sin duda influyó en el joven adaptador.

Javier Gómez Montero fue el primero en abordar la búsqueda y quien con mayor profundidad ha investigado sobre Santa Catalina². En años recientes, Juan Carlos Pantoja, en su edición para el Centro de Estudios Cervantinos³ del libro segundo de *Espejo de cavallerías*, aportó algunos datos, sin que todavía podamos saber con plena certeza quién fue en realidad el escritor⁴. En el presente trabajo se han seguido las pesquisas de ambos investigadores.

¹ Para las citas del texto, se menciona capítulo y página de la presente edición.

² Javier Gómez Montero, *Literatura caballeresca en España e Italia (1483-1542). El «Espejo de cavallerías» (Deconstrucción textual y creación literaria)*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1992. Hasta la fecha, se trata del estudio más exhaustivo de la obra. Para conocer los vínculos entre la literatura de los dos países, resulta de obligada consulta los trabajos reunidos en *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da «Orlando» al «Quijote») / Literatura caballeresca entre España e Italia (del «Orlando» al «Quijote»)*, dirigido por Javier Gómez-Montero y Bernhard König, edición de Folke Gernert, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas (SEMYR) / CERES de la Universidad de Kiel, 2004.

³ De inestimable valor es la labor emprendida durante las últimas décadas en favor del estudio y la difusión de los libros de caballerías. Por un lado, la colección *Libros de Rocinante*, dirigida por los profesores Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, cuya andadura se inició en 1997. Su intención es editar el corpus completo de los libros de caballerías castellanos. Hasta la fecha, han publicado 31 volúmenes. Para difundir el género caballeresco, también cuenta con la colección *Guías de lectura caballeresca*, dirigida por los mismos profesores. A día de hoy, han alcanzado casi las sesenta obras.

⁴ Pedro López de Santa Catalina, *Espejo de cavallerías (libro segundo)*, ed. Juan Carlos Pantoja, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2009. Dos años antes publicó *Espejo de cavallerías (Segunda parte). Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos. Poco antes, en 2007, publicó también la guía de lectura en la colección antes citada de este organismo.

La primera mención de un Pedro de Santa Catalina se refiere a un platero que se casó con María Álvarez, como demuestran los documentos de casamiento —en concreto, una carta de arras y otra de dote— entregados por este a la citada, hija del tintorero Antón Sánchez. En palabras de Juan Carlos Pantoja, «la actividad laboral de suegro y yerno no desmiente la estirpe toledana de ambos, dedicados a oficios que fueron muy comunes en Toledo en aquellos tiempos»⁵.

Con estos datos tan poco esclarecedores, Javier Gómez Montero se centra en el entorno familiar, de manera que el autor quedaría adscrito a la familia de los Santa Catalina, conocidos mercaderes toledanos, como demuestran los testimonios conservados en varios documentos de compra o venta.

Para este investigador, los intereses literarios de Pedro López de Santa Catalina «pudieron haberle sido transmitidos por el librero Fernando de Santa Catalina» y los conocimientos de la lengua italiana necesarios para la traducción y adaptación del *Orlando Innamorato* de Matteo Boiardo y sus continuaciones, base de los dos primeros libros del ciclo, pueden deberse a «las relaciones comerciales con Italia, o al menos intereses mercantiles de la familia»⁶.

Al mismo tiempo, otra posibilidad apunta que Pedro López de Santa Catalina pudo ser un eclesiástico, perteneciente al ámbito del canónigo obrero Diego López de Ayala, a quien se dedica el libro segundo. Juan Carlos Pantoja se decanta por esta idea frente al origen noble del autor, hipótesis defendida por Gómez Montero. Así, este investigador cita a un Pedro López que aparece en el testamento de Bernardino de Alcaraz, maestrescuela de la catedral y patrono del colegio de Santa Catalina, de donde surgió la universidad toledana⁷. La fecha del testamento es del 5 de marzo de 1556, por lo que se trataría un Pedro López de Santa Catalina mayor, pero que, cuando aparecieron las dos primeras obras del *Espejo*, andaría entre la veintena y la treintena. Si esto fuera así, no deja de ser atractivo que el autor estuviera relacionado con uno de los fundadores del colegio de Santa Catalina, hecho que podría reforzar el que el adaptador bien pudiera haber tomado como apellido el nombre del colegio. Aunque Javier Gómez Montero descarta esta vía y

⁵ Juan Carlos Pantoja, *op. cit.*, p. IX. Este investigador, también en esta página de su edición, postula que pudiera tratarse de quien solicitó una licencia de armas en 1513, durante los agitados momentos que vivía la ciudad, previos al levantamiento comunero.

⁶ J. Gómez-Montero, *op. cit.*, p. 15.

⁷ Juan Carlos Pantoja, *op. cit.*, p. X incluye el fragmento completo.

la tilda de especulación —es probable que el religioso de la nota no sea el mismo que se menciona en el testamento de Alcaraz—, reconoce que

posee un gran atractivo presuponer que nuestro Pedro López fuera un eclesiástico, quizá uno de los 12 jóvenes becados del Colegio de Santa Catalina. Incluso está documentado en 1545 un cierto Pero López, en verdad nombre muy corriente, como *refitor* o refitolero, es decir, administrador de los bienes del Cabildo toledano y, por tanto, al servicio directo de D. Diego López de Ayala⁸.

Si estas pesquisas resultan plausibles, es probable que el religioso perteneciera al círculo de intelectuales que rodeaba al canónigo. López de Ayala fue un personaje muy activo en la vida política y cultural de Toledo, que además contribuyó al desarrollo de la misma, ya que creó en torno suyo un círculo humanista muy activo; a este pudo pertenecer Santa Catalina, tanto si se trata del eclesiástico como si fuera miembro de una familia de pudientes mercaderes. Este círculo literario debió de resultar muy atractivo, como se desprende estas palabras: «El canónigo obrero don Diego López de Ayala [...] reunía en su casa una tertulia literaria en la que, en septiembre de 1534, intervino el mismo Garcilaso recitando sus poesías a los acordes de la vihuela»⁹. Gómez Montero añade que López de Ayala, además de convertir su casa en biblioteca en la que reunía a los hombres de letras, se erigió en «animador principal de un círculo humanista al que estaban adscritos representantes de la aristocracia eclesiástica toledana, como los canónigos Juan de Vergara y Alvar Gómez de Castro»¹⁰.

Para Juan Carlos Pantoja, este ambiente «en el que se celebra y se cultiva la cultura italiana», pudo influir en el ánimo de Santa Catalina para acometer la traducción y adaptación de la obra de Boiardo, de manera que resultara su aportación «a la degustación de la literatura del Renacimiento italiano»¹¹.

Como se puede comprobar, fuese quien fuese Pedro López de Santa Catalina, vivió de cerca, y posiblemente de manera activa, el auge cultural que existió en Toledo durante la primera mitad del siglo XVI —sin igual es su historia salvo durante el reinado de Alfonso X—, así como el gusto por la literatura italiana que

⁸ J. Gómez-Montero, *op. cit.*, p. 15, nota 7.

⁹ Juan Carlos Pantoja, *op. cit.*, p. XI, quien a su vez cita a María del Carmen Vaquero Serrano, *Garcilaso, poeta del amor, caballero de la guerra*, Madrid, Espasa-Calpe, 2002, pp. 69-71.

¹⁰ J. Gómez-Montero, *op. cit.*, p. 19.

¹¹ Juan Carlos Pantoja, *op. cit.*, p. XI.

difundió el círculo humanista de la aristocracia eclesiástica que amparó Diego López de Ayala.

1.2. Breve síntesis del argumento

La primera parte de *Espejo de cavallerías* relata las aventuras de los paladines más afamados de la corte de Carlomagno, Roldán y Renaldos de Montalbán. Pero no son los únicos protagonistas. Como es habitual en el género, a lo largo de sus páginas se entremezclan varios niveles narrativos. El primero de ellos se centra en las guerras de religión, en relación, con toda probabilidad, con la situación y las intenciones políticas propias de la época. De este modo, Carlomagno —y por extensión toda la cristiandad— deberá superar las periódicas amenazas que suponen los ataques de sucesivos monarcas paganos que ambicionan subyugar al emperador francés. La primera, en orden cronológico, narra el ataque de Gradaso, cuyo triple objetivo es la derrota del cristianismo y la obtención de Durinda y Bayardo, la espada y el caballo de Roldán y de Renaldos respectivamente. Esto obligará a Carlomagno a auxiliar al rey Marsilio de España. A pesar de su derrota, este regente infiel no cejará en su empeño y cabalgará como un caballero más por las Selvas de Ardeña, siempre obsesionado con la obtención de los dos preciados botines. Apenas han superado este amenaza cuando el emperador Agricán de Tartaria acude con un ejército enorme. Esta vez su objetivo es Angélica la Bella, que sufrirá por parte de este pagano un duro asedio en la fortaleza de Albraca. La explicación es bien sencilla: Galafrón, padre de la joven, la había prometido a Agricán en matrimonio, pero esta, dando muestras de una decisión y una independencia admirables, no accede. En auxilio de la dama acudirán Roldán y otros paladines, así como el pagano Sacripante, que también arde en deseos amorosos hacia ella. La amenaza concluye con el combate individual entre Agricán y Roldán, con la consiguiente muerte del pagano a manos del cristiano, si bien consigue bautizarlo en el último instante, de manera que pueda salvar su alma. La tripleta de amenazas concluye con el ataque de Agramante, quien, haciendo caso de sus consejeros, encuentra en primer lugar a Rugiero, un joven paladín —destinado a superar las hazañas de cuantos blanden espada—, que ha sido criado en secreto por el mago Atalante. Para ello, se sirve de la astucia del ladrón

Brunelo. Ya con el joven entre sus filas, emprende la conquista de Francia, que en esos instantes se encuentra inmersa en una lucha contra Marsilio de España, que ha decidido atacar a quien no hace mucho le había ayudado con Gradaso. La sucesión de batallas, tanto individuales como colectivas, será constante y servirá como marco propicio para que los más destacados guerreros muestren, no solo sus habilidades para el combate, sino también sus dotes de mando y su capacidad para dirigir contingentes, además de aplicar estrategias y tácticas militares, como, por otra parte, con toda probabilidad exigían el público y las circunstancias de la época. Junto con los nombres de los reyes paganos destacan dos guerreros infieles: Ferraguto y Rodamonte. Ambos comparten con los caballeros protagonistas su destreza en el manejo de las armas, pero el pertenecer a religión distinta les imposibilita alcanzar el éxito. Uno y otro son representaciones del caballero soberbio, que no se detiene ante nada y hace caso omiso a los consejos y, en algún punto, al sentido común. Sirva como muestra el ataque de Rodamonte contra Francia, quien, impulsado por su soberbia, no duda en emprender él solo el intento de conquista, ordenando incluso a sus hombres que se abstengan de intervenir en la lucha para ser él mismo el que alcance el éxito, este ímpetu le llevará a desafiar a los propios elementos de la naturaleza y blasfemar contra sus dioses.

Junto con esta cruzada, la obra utiliza como armazón argumental el amor, en concreto, se podría pensar en los amores y desamores, porque en realidad apenas se logra alcanzar uno de ellos. La historia que destaca, y posiblemente servía como reclamo para el público, se centra en los amores de Roldán y Angélica la Bella. La doncella proviene del reino de Catay y es hija de Galafrón. En un primer momento, acude a la corte de Carlomagno para solicitarle un don. Pero el objetivo es otro bien distinto: su deseo es debilitar las tropas de Francia y atrapar a cuantos caballeros pueda, de manera que Gradaso encuentre escasa resistencia. El flechazo de Roldán es inmediato y a primera vista; apenas la contempla en su irrupción en la fiesta de Pascua, queda atrapado por los lazos del amor. Este sentimiento obligará al más destacado de los Doce Pares a alejarse de la órbita de Carlomagno, lo que obligará a su tío a confiar en Renaldos y entregarle el mando de sus tropas ante las sucesivas amenazas. El amor de Roldán es directo, sin artificios, por lo que, esta “locura” le llevará a obviar algunas de sus obligaciones como caballero, de manera que se adentra más y más en las selvas de Ardeña en busca de su amada y hace caso omiso a

las necesidades de su señor. El comportamiento de Angélica es todo lo contrario. Después de beber el Agua Desamorada en la fuente de Merlín —aquella misma que ingirió Tristán de Leonís—, se altera su parecer, de manera que lo que antes era rechazo, ahora se ha transformado en un amor visceral. Por esta razón, ella no duda en manejar a Roldán a su antojo y manipularle con futuras promesas, entre las que se incluyen insnuaciones evidentes. El caso contrario lo ofrece Renaldos de Montalbán. Como ha bebido de la misma fuente que Angélica, sufre el efecto del mágico licor, de manera que, si bien en un primer momento ardía de amor, ahora sentirá el más radical de los rechazos. Hasta tal punto es así, que prefiere viajar en un barco encantado o enfrentarse al Pavoroso Animal antes que aparecer ante la simple vista de aquella a quien odia. Este vaivén amoroso concluirá con un nuevo giro de ciento ochenta grados al ingerir el mismo líquido, de manera que ambos regresan a la situación inicial: Renaldos, arde de pasión; Angélica, lo rechaza con toda firmeza.

Esta locura de amor y estas constantes idas y venidas provocan que los dos primos, Roldán y Renaldos, se enfrenten en dos ocasiones en terribles combates. En el primero, Renaldos saldrá airoso por la intervención de Angélica, que envía a Roldán al Jardín de Falerina, del que espera que no regrese jamás. En el segundo, la propia doncella recurre a la intervención del emperador Carlomagno.

Como no puede ser de otra manera en estas novelas río, esta tripleta de personajes no son los exclusivos protagonistas, al mismo tiempo que no serán sus aventuras las únicas. Por las Selvas de Ardeña, marco idóneo para todo tipo de lance guerreño o mágico, deambulan Brandimante y Flordelisa, dos enamorados que tendrán que superar todo tipo de pruebas y separaciones antes de poder disfrutar de su compañía. Los Doce Pares, representados en el marqués Oliveros, Naymo, Danesugero y algunos otros también tendrán su cuota de protagonismo. Como respuesta a otra de las normas del género, aparecen damas guerreras, que se comportarán en el combate como los representantes masculinos. Se trata de Marfisa y de Brandamonte, hermana carnal del propio Renaldos. Incluso, también como concesión a las preceptivas de los libros de caballerías, las aventuras sufrirán una traslación hacia Oriente, en este caso a la isla de Chipre, donde Roldán participará en un torneo, bajo el nombre de Rotolante, hasta que es descubierto. Cada uno de estos personajes son protagonistas de numerosos lances, que se dejan de enumerar para no cansar al lector.

Como no puede ser de otra manera, la magia y la maravilla cohabitan con el ambiente caballeresco y cortesano de la obra. A lo largo y ancho de las Selvas de Ardeña se esconden algunos de los seres más terroríficos, como la esfinge que aterra a quienes no logran superar sus acertijos; monstruos híbridos, que combinan en su fisonomía todo tipo de rasgos característicos de otras criaturas, desde las garras de águila hasta los colmillos de león, alas de murciélago con fuego de dragón y así hasta agotar prácticamente todas las posibilidades. Entre ellos destaca el Pavoroso Animal, versión del Endriago amadisiano, que combina la fuerza y el tamaño descomunales con una maldad y una fiereza capaces de atemorizar el mismísimo Renaldos. Otros seres con los que topan los héroes, y con los que deben enfrentarse sin excusa, son grifos, centauros, gigantes de toda condición. Estos suelen aparecer bien como señores de algún castillo —y que en ocasiones tienen por costumbre asolar a alguna dama desvalida—, bien asociados a fuerzas maléficas y mágicas, ya que suelen actuar como guardianes de todo tipo de construcciones maravillosas, cuevas o castillos. Junto con estos seres monstruosos, el caballero topa con una variedad enorme de jardines paradisíacos u otros lugares encantados. Los mismos son fruto del sortilegio de alguna sabia, que suele construirlos como cárcel de numerosos caballeros y damas prisioneros mediante encantamiento, o para retener a aquel de quien está enamorada. Es el caso del Jardín y la Casa Deleitosa de Falerina, la Casa del Olvido de Dragontina o la Ínsola del Lago Oscuro, en la que Morgana retiene a Galavis el Feroso. El abanico de palacios transparentes y de cristal, puertas y patios maravillosos o de blanco alabastro, salas iluminadas por piedras preciosas de gran valor, pinturas que decoran las paredes de los salones y en las que aparecen reflejadas algunas de las historias más afamadas de la mitología clásica —como por ejemplo, Dédalo, el laberinto y el Minotauro; Circe y Ulises— o las protagonizadas por Roldán en el propio *Espejo*, un mundo submarino e incluso un libro mágico en el que aparecen los desenlaces a las aventuras más complicadas, sin olvidar las armas mágicas forjadas por las propias sabias y destinadas a aquellos caballeros capaces de solventar las adversidades más peligrosas. Este es el amplio bagaje de elementos maravillosos que se suceden en la obra.

El último de los niveles narrativos —una nueva concesión a los cánones del género— se centra en la aparición de un nuevo héroe, Rugiero de Risa, que representa el relevo generacional, pues sus hazañas superarán todas las conocidas. Se

ajusta al habitual esquema del surgimiento del héroe: criado en secreto por el mago Atalante en un lugar apartado, el Monte de Carena; primeras hazañas que muestran su valentía; linaje desconocido pero importante, en este caso la casa de Claramonte, además de ser aclarado por su dama, ya que será Brandamonte la que esclarezca que está emparentado con los más destacados héroes. Su protagonismo dominará la última parte de la obra. Su historia se centrará en los amores con Brandamonte, con quien, antes de alcanzar el final feliz para su relación, cumplirá las habituales fases. Primero, un amor sincero y pleno que surge a primera vista, tras conocer, bajo la apariencia de caballero, a la hermosa doncella que es. A continuación superan la primera separación, antesala del verdadero encuentro amoroso, que se procede, como mandan las reglas del género, después del bautismo de Rugiero y la consiguiente promesa de matrimonio. Fruto de esta unión, nacerá el mejor paladín que se ha conocido hasta entonces. Pero esa es otra historia que aparecerá en la segunda parte.

1.3. El ciclo de *Espejo de cavallerías*

En 1525, en los talleres de Gaspar de Ávila, aparece publicada en Toledo una obra titulada *Espejo de cavallerías*, iniciadora de un ciclo con el mismo nombre, formado por tres obras. Las ediciones *princeps* están fechadas en 1525, 1527 y 1547 respectivamente. Más adelante se expondrá una breve explicación de cada una. Se puede inferir que las tres obras componen un ciclo, ya que cada una continúa la acción de la anterior y amplía la trama con las aventuras de los descendientes, de manera que los lectores disfrutaran del reencuentro con unos personajes y unas aventuras que le son conocidos.

En la portada, bajo la figura de un caballero con la espada desenvainada y el caballo en posición de corbeta, a continuación del citado título, se lee

en el cual se verán los grandes fechos y espantosas aventuras que el conde don Roldán, por amores de Angélica la bella, hija del rey Galafrón, acabó, y las grandes y muy fermosas cavallerías que don Renaldos de Montalván, y la alta Marfisa, y los paladines fizieron, assí en batallas campales como en cavallerosas empresas que tomaron.

De la lectura se desprende que los protagonistas son Roldán y su primo Renaldos, paladines harto conocidos dentro de la Materia de Francia, una de las tres

clásicas de la literatura medieval, junto con la de Troya y la de Bretaña¹². Según palabras de Gómez Montero, se trata de un efectivo reclamo para «atraer la atención del lector» y enlazar la obra «con uno de los ciclos narrativos tradicionales de la literatura épica medieval»¹³.

Si se ahonda en el análisis del título, *Espejo de cavallerías*, con rapidez se observa que este se inserta en la tradición medieval de los manuales de comportamiento destinados a gobernantes, tratados que suelen incluir la palabra *Speculum* en su título. Juan Manuel Cacho Bleuca, en su edición del *Amadís*, explica que, tal y como indicó Ramón Llull, «los libros de caballerías y los espejos de príncipes son géneros literarios que se relacionan»¹⁴. Por consiguiente, se puede inferir que López de Santa Catalina intenta resaltar de esta manera la «ejemplaridad de los protagonistas de la novela»¹⁵.

Pero es probable que no sea esta la única vinculación de la obra con una corriente literaria de relativo éxito, ya que la elección del autor por traducir o adaptar el poema boiardesco se puede deber a la relevancia adquirida durante esos años de los poemas caballerescos italianos. No se debe obviar que el *Espejo de cavallerías* pertenece a ese interés por la narrativa épica italiana que se vivió, con especial efervescencia en Toledo, en España durante los primeros treinta años del siglo XVI, aspecto que ha sido mencionado al exponer del ambiente cultural en el que el autor pudo llevar a cabo su labor.

Este frenesí de traducciones o adaptaciones basadas en obras italianas provocó que los libros de caballerías castellanos se enriquecieran con una serie de novelas basadas en poemas que a su vez utilizaban la materia de Francia, de moda también en las diferentes cortes italianas, en especial la toscana y la ferraresa. Estos

¹² A este respecto, parece conveniente recordar los versos de Jean Bodel en su *Chanson de Saisnes*:

Para el hombre de hoy solo hay tres materias:
De Francia . de Bretaña y de Roma la grande,
Y en estas tres materias no hay ningún parecido.
Los cuentos de Bretaña son vanos y agradables,
Y los de Roma sabios y con significado,
Los de Francia verdaderos y siempre se pueden comprobar

(vv. 6-11)

¹³ J. Gómez-Montero, *op. cit.*, p. 13.

¹⁴ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Bleuca, 2 vols., Madrid, Cátedra, 1989, p. 51. Como indica este investigador, la cita está inspirada en las acertadas indicaciones de Maurice Keen, *La caballería*, Barcelona, Ariel, 2010, p. 31: «La caballería está asociada al arte de gobernar, y, en efecto, queda claro que «los libros de caballerías» y los «espejos de príncipes» son géneros literarios que se relacionan».

¹⁵ J. Gómez-Montero, *op. cit.*, p. 16.

traductores o intérpretes crearon una serie de obras que guardan estrecha relación entre sí y forman el ciclo carolingio dentro del corpus castellano. Las novelas españolas que forman el mismo son, por orden cronológico de aparición: *Renaldos de Montalbán*, *Espejo de caballerías* y el *Libro de Morgante*¹⁶.

Javier Gómez Montero, en su exhaustivo estudio, expone de manera clara la información sobre los poemas italianos y sus adaptaciones castellanas, si bien estas incluyen a su vez episodios de creación propia. En la siguiente tabla se intenta ofrecer una síntesis de la misma¹⁷:

POEMAS ITALIANOS	LIBROS DE CABALLERÍAS	MATERIA ADAPTADA
<i>Innamoramento di Carlo Magno</i> , anónimo (1481-1491)	<i>Renaldos de Montalbán</i> (1513 o 1523-1526)	<i>Innamoramento di Carlo Magno</i>
<i>Trabisonda hystoriata</i> , Francesco Tromba (1483)	<i>La Trapesonda</i> (¿1511?-1533)	<i>Trabisonda hystoriata</i>
<i>Baldus</i> , Teofilo Folengo (1517-1521)	<i>Baldo</i> (1542)	<i>Baldus</i>
<i>Orlando Innamorato</i> , Matteo Maria Boiardo (1483-1495)	<i>Libro primero de Espejo de caballerías</i> (1525)	<i>Orlando Innamorato</i> y sus continuadores.
	<i>Libro segundo de Espejo de caballerías</i> (1527)	<i>Orlando Innamorato</i> y sus continuadores.
<i>Morgante</i> , Luigi Pulci (1478-1483)	<i>Libro de Morgante</i> (1533-1535)	<i>Morgante</i> .

Una vez aclaradas las pesquisas iniciales respecto a las obras que componen el ciclo y los hipotextos italianos de los que derivan, parece oportuno referirse a la

¹⁶ La cronología se ajusta a la siguiente distribución: Luis Domínguez, *Renaldos de Montalbán* (libros I-II), de 1511 a 1523 (Para completar el ciclo, se deben unir la publicación de *La Trapesonda*, libro III, de 1513 a 1533; y el *Baldo*, libro IV, de 1542). Pedro López de Santa Catalina, *Espejo de cavallerías* (libro primero y libro segundo), 1525 y 1527 respectivamente. Jerónimo Aunés, *Libro de Morgante* (libro I y libro II), 1533 y 1535. La tercera parte de *Espejo de caballerías*, que lleva por título *Roselao de Grecia*, apareció en 1545, por lo que se aleja de estas fechas.

¹⁷ Para mayor información, véanse J. Gómez-Montero, *op. cit.*, pp. 2-3.

atención que le ha prestado la crítica desde entonces. Durante unos años, la idea inicial entre los críticos respecto del ciclo de *Espejo de cavallerías* se puede resumir en las palabras de Daniel Eisenberg: «The bibliography and literary problems of this work are extremely confusing»¹⁸. A la luz de las últimas investigaciones, se puede comprobar que, en realidad, la situación continúa en su complejidad, si bien se ha aclarado ciertamente¹⁹.

Gayangos, en su *Catálogo razonado*, indica que la primera edición de la Primera parte es la de 1533, en Sevilla. A continuación, expone dos ediciones más individuales, de 1545 y 1551, ambas en Sevilla y de las prensas de Juan y Jacobo Cromberger respectivamente. Como última edición, la de Medina del Campo, de Francisco del Canto, en 1586, que incluía las tres partes²⁰. Por su parte, Menéndez Pelayo no aporta novedad alguna y retoma la información anterior, sin aclarar tampoco la diferencia entre López de Santa Catalina y Pedro de Reinoso²¹. Esto mismo es lo que mantienen los críticos del género: Gallardo, Salvá, etc. Maxime Chevalier tampoco aclaró quién era el autor de los dos primeros libros, y tomó como tal a Reinoso²². Años más tarde, Henry Thomas no lo incluye dentro de los libros de caballerías castellanos, sino que «junto con las novelas peninsulares, circulaban nuevas traducciones» del ciclo de Carlomagno²³. Daniel Eisenberg sí que, en su listado de ediciones de cada una de las partes, menciona las ediciones *princeps* de los libros primero y segundo, fechados en 1525 y 1527²⁴. La información de la primera edición de 1525 fue dada a conocer por Anna Maria Pacci²⁵.

¹⁸ Daniel Eisenberg, *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century. A Bibliography*, London, Grant & Cutler Ltd, 1979, p. 60.

¹⁹ Así lo confirma José Manuel Lucía Megías, *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000, p. 80.

²⁰ Pascual de Gayangos, «Discurso preliminar», en *Libros de caballerías*, Madrid, Rivadeneyra, 1857, pp. LXIV-LXV.

²¹ Marcelino Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, vol. I, Madrid, CSIC, 1962, p. 224.

²² Maxime Chevalier, *L'Arioste en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du "Roland furieux"*, Bourdeaux, Institut d'études ibériques et ibero-américaines de l'Université Henry thé de Bordeaux, 1966.

²³ Sir Henry Thomas, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*, trad. Estebán Pujals, Madrid, CSIC, 1952 p. 114.

²⁴ Daniel Eisenberg, *op. cit.*, p. 61.

²⁵ Anna Maria Pacci, «Un'edizione sconosciuta della prima parte dell'*Espejo de caballerías*: Toledo, Gaspar de Ávila, 1525», in *Miscellanea di Studi Ispanici, I. Letteratura classica*, Pubblicazioni dell'Istituto di Letteratura Spagnola e Ispanoamericana dell'Università di Pisa, XXVIII (Pisa, 1974), pp. 89-95.

1.3.1. Primera parte de *Espejo de cavallerías*

Los talleres de Gaspar de Ávila dieron vida a la primera parte de *Espejo de cavallerías*, punto de partida del ciclo del mismo título, con fecha del 27 de octubre de 1525. Anteriormente ya se ha citado, al reproducir el título completo, que los protagonistas del mismo son Roldán y Renaldos de Montalbán, claros paradigmas de los Doce Pares del emperador Carlomagno, de manera que la extensa novela de caballerías se inscribe dentro de la tradición de la materia de Bretaña y del ciclo carolingio de los libros de caballerías castellanos. No es esta la única herencia de la obra. En el Prólogo, el propio autor, López de Santa Catalina,

novel escodriñador de antiguas historias, andando mirando diversidad de libros, los cuales con soberano estilo en lengua toscana escritos estavan, uno, que a mi parecer más alegre e mejor que los otros de su calidad era, hallé, llamado *Roldán enamorado*, en el cual tantas e tan grandes aventuras vi escritas, assí d'él como de don Renaldos de Montalbán, su primo, e de otros diversos cavalleros, que jamás otro libro de más pasatienpo ni más bien ordenado leí. [Prólogo, 229]

Con estas palabras, el toledano emparenta su obra con el *Orlando Innamorato*, poema caballeresco italiano del Matteo Maria Boiardo, conde de Scandiano.

El ejemplar conservado de la *princeps* se encuentra en el Archivio di Stato de la ciudad toscana de Lucca. El estado de conservación es bastante óptimo, si bien es cierto que no se han mantenido la portada y algunos folios: XVII, XXXII y XXXIII²⁶. A ello se deben añadir ciertos errores de impresión, en especial, la numeración de ciertos folios y de algunos tipos colocados al revés. Por ello, para la edición, se ha recurrido la segunda edición de 1533, aparecida en las prensas sevillanas del afamado Juan Cormanberger²⁷. Las diferencias entre las dos ediciones no son muchas, ya que conservan los mismos 103 capítulos, pero difieren en el número de folios: los 169 de la edición toledana se han reducido a 154 en la de Sevilla. Esta misma reducción se observa respecto del detallado colofón del texto de 1525 —reproducido en la Lámina c de la descripción del ejemplar—, reducido a

²⁶ Para una descripción más detallada del estado de conservación del ejemplar, véase el apartado correspondiente en el presente trabajo, previo a la edición del mismo.

²⁷ Se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional de España, con signatura R/2533. Se puede consultar el ejemplar en la Biblioteca Digital Hispánica: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000012404&page=1>

un somero «Fenesce la primera parte de Espejo de cavallerias. Con privilegio de sus magestades» en 1533.

La historia editorial de este libro primero se completa con otras reediciones que vieron la luz durante el siglo XVI²⁸. En concreto, se han conservado ejemplares de tres ediciones posteriores. La primera, fechada en 1545, se publicó en Sevilla por los herederos de Juan Cromberger. Pocos años después, en 1551, esta vez por Jácome Cormberger en la misma ciudad. Por último, aún se sacó a la venta una ulterior edición que contenía en un mismo ejemplar los tres libros que forman el ciclo, esta vez publicada en Medina del Campo por Francisco del Canto, a costa de Juan Boyer, el año de 1586, si bien el colofón es de 1585. La crítica ha desechado la posibilidad de una posible edición de 1535 en Sevilla, tal y como se ha postulado en algunos repertorios, pues es muy probable que se trate de una edición «fantasma»²⁹.

En resumen, el cuadro de testimonios conservados de las ediciones de la Primera parte de *Espejo de cavallerías* quedaría de la siguiente manera:

- [1] Toledo, Gaspar de Ávila, 1525 (27 de octubre)
- [2] Sevilla, herederos de Juan Cromberger, (1545)
- [3] Sevilla, Jácome Cromberger, 1551
- [4] Medina del Campo, Francisco del Canto, 1586 (colofón de 1585) (A costa de Juan Boyer) [junto a los libros segundo y tercero]

No se incluye en esta relación el ejemplar de la segunda edición (Sevilla, Juan Cromberger, 1533), donde aparecen los libros primero y segundo, porque, como postula José Manuel Lucía Megías, es muy probable que el libro primero no sea

²⁸ José Manuel Lucía Megías, *Antología de libros de caballerías castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001, p. 169.

²⁹ «Many catalogues record an edition of Book I of the *Espejo de caballerias* printed by Cromberger in 1533. I believe that this is a “ghost” and that the error probably arises from incorrect recording of the copy of Book II now in the Biblioteca Nacional, Madrid. This is a bound with and unsigned and undated copy of an edition of Book I which was not printed by the crombergers but has generally been thought to be the first part of an edition of both Editions issued by the press» (Clive Griffin, *Los Cromberger: La historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y Méjico*, Madrid, Fondo de Cultura Hispánica, 1988, *681, n° 358). Tomado de José Manuel Lucía Megías, *Imprenta, op. cit.*, p. 118, nota 20.

producto del taller sevillano, sino que se corresponda con un ejemplar de la edición *princeps*³⁰.

1.3.2. Segunda parte de *Espejo de cavallerías*

En el último folio del *Libro primero* aparece

En este tiempo que digo, tomaron los dos nuevos enamorados su camino para la gran ciudad de París, en el cual muchas cosas dignas de memoria les acaecieron, las cuales al presente no se esplanan, dexándolas para contar en la segunda parte d'este presente libro. [CIIII, 738]

Dos años más tarde, más allá del habitual tópico de la continuación prometida, propio del género, Pedro de Santa Catalina cumplió su promesa. En la misma capital toledana apareció el Libro Segundo de *Espejo de cavallerías*, esta vez en la imprenta de Cristóbal Francés y Francisco Alfaro. El único ejemplar conservado de la edición *princeps* se conserva en la Bibliothèque Municipale de Rouen (signatura 0 168). En la portada, bajo el grabado central que incluye dos animales cuadrúpedos, posiblemente dos lobos, se lee el título

Libro segundo de Espejo de cavallerías en el qual se verán el fin que ovieron los amores del conde don Roldán con Angélica la Bella, y las grandes cavallerías que hizo y estrañas aventuras que acabo el infante don Roserín, hijo del rey don Rugiero e de la reina madama Brandamonte.

En el reverso de la portada aparece un Prólogo que añade alguna información

En esta segunda parte de *Espejo de cavallerías* se trata el fin que ovieron los amores del conde don Roldán con Angélica la Bella, hija del rey Galafrón, y las cavallerías y maravillosos fechos en armas que hizo el infante Roserín. Dirigida al muy noble y muy magnífico señor, el señor don Diego López de Ayala, vicario y canónigo y obrero de la Santa Iglesia de Toledo.

La primera novedad que se infiere es un cambio en el destinatario de la obra con respecto al *Libro primero*³¹. Ya se ha explicado anteriormente, al exponer la biografía del autor, que Diego López de Ayala fue un insigne religioso, impulsor y

³⁰ *Ibidem*.

³¹ De ahí la aparición de los cánidos en la portada, animales que aparecían en el escudo familiar de los Ayala.

defensor de un importante círculo humanista a quien es probable que se deba la difusión de la literatura proveniente de Italia en Toledo durante los decenios de máximo esplendor cultural de la capital toledana durante el reinado de Carlos V.

Poco después, en 1533, apareció una segunda edición, publicada por Juan Cromberger. De la misma se han conservado ejemplares de una edición única, conservada en la British Library (signatura C.38.h.18), como el doble conservado en la Biblioteca Nacional de España, que también contiene la primera parte, ya mencionado con anterioridad. Una diferencia que destaca entre las ediciones de 1527 y la de 1533 es la que atañe al número de folios, ya que los 149 de la primera se han reducido hasta 115 en la segunda³².

No es el objetivo del presente trabajo analizar las novedades que supone esta continuación para el ciclo³³, pero sí que se estima oportuno incluir una síntesis de las mismas.

La novedad que se deriva de la lectura del paratexto es la aparición del nuevo protagonista, el infante Roserín, cuyas aventuras caballerescas centrarán el desarrollo de los acontecimientos. No es preciso detenerse en el análisis de esta continuación, tanto porque escapa del ámbito del presente trabajo, como por la existencia de una edición de la obra, labor realizada por Juan Carlos Pantoja, que aclara y ahonda en los detalles más interesantes. No obstante, se incluyen las reflexiones más generales del editor, quien observa en el título cómo «las dos vetas narrativas que se plantean, una supone el fin de algo, mientras que la otra nos habla de algo nuevo; los amores de Roldán y Angélica pertenecen al pasado, a un orden caballeresco que se ha agotado; los hechos de Roserín, por el contrario, son el futuro»³⁴. De esta manera, lo que Santa Catalina presenta en su continuación es una evolución de su obra en un doble plano. El primero se refiere a lo estrictamente argumental, ya que aparece un caballero joven que supera a su predecesor en todo, tanto en el arrojo y la destreza en el combate, como en los valores espirituales —es muy probable que el autor haya mantenido el esquema de lo planteado por Montalvo para Amadís y Esplandián. En palabras del editor, «la nueva generación

³² Para más datos respecto a las ediciones, paratextos y otras informaciones, se remite al trabajo de Javier Gómez-Montero, *op. cit.* págs. 16-17.

³³ Para ello, se remite, una vez más, al estudio de Javier Gómez-Montero y a la edición de Juan Carlos Pantoja del libro segundo.

³⁴ Juan Carlos Pantoja, *op. cit.*, p. XXI.

viene a sustituir a la vieja»³⁵. Pero no es este el único cambio, ya que Santa Catalina también adapta su obra a los nuevos códigos narrativos: «nos conduce hacia un tipo de novela muy común entre los libros de caballerías del XVI, cuyo centro de atención es, básicamente, un solo caballero»³⁶.

Como muestra de ello, la obra aparece dividida, desde un punto de vista estructural, en dos tiempos narrativos. El primero, que abarcaría hasta el capítulo XXXIV, se centra en la concepción y el nacimiento del nuevo héroe y su llegada hasta la corte de Carlomagno, si bien se incluyen las aventuras de los Doce Pares, de manera que se concluye el eje narrativo correspondiente a la vieja caballería. Por el contrario, desde el capítulo XXXV hasta el LXXI, último del libro, el devenir de los acontecimientos gira en torno a Roserín, pues los episodios y las gestas narrados «tienen lugar a mayor gloria de este»³⁷.

Por todo ello, se puede suponer que ambos libros constituyen una unidad, no solo por ser adaptaciones o traducciones del mismo autor, Pedro López de Santa Catalina, sino, en especial, por la unidad narrativa de los dos. Esto se plasma en la evolución desde el tradicional concepto de la caballería hasta la modernización del mismo y su nuevo sistema de valores, representados respectivamente por Roldán y Roserín.

1.3.3. Tercera parte: *Roselao de Grecia*

El ciclo de *Espejo de caballerías* se vio completado por la aparición de una nueva aportación: *Don Roselao de Grecia*, de Pedro de Reinoso³⁸. El título dice así

Don Roselao de Grecia, Tercera parte de espejo de cavallerías: en la que se cuenta los famosos hechos del infante don Roserín y el fin que ovo en los amores de la princesa Florimena. Donde vereys el alto principio y hazañosos hechos de don Roselao de Grecia su hijo. Toledo. Impresa en casa de J. De Ayala, a costa de Diego Lopes, 1547.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ Juan Carlos Pantoja, *op. cit.*, p. XXII.

³⁸ Como el objetivo del presente trabajo no se centra en el tercer libro, la información que exponemos al respecto es una escueta síntesis de lo apuntado por Javier Gómez-Montero en su exhaustivo y extenso estudio, *op. cit.* pp. 23-25.

El ejemplar conservado de la edición *princeps* se encuentra en la biblioteca del Williams College, en Williamstown (Massachusetts). En el incipit aparece el nombre de Reinoso, lo que, en palabras de Gómez Montero, «es un error tipográfico por Reinoso, nombre que aparece correctamente transcrito en el folio-portada»³⁹. En las primeras aproximaciones a la obra, los críticos —Gayangos, Menéndez Pelayo, Chevalier— no conocían una edición de esta tercera parte que la aparecida en Medina del Campo en 1585/86, que contiene los tres libros, lo que indujo al investigador galo a considerar a Reinoso como creador de las tres.

En la actualidad, estas informaciones se han superado y se considera que este *Roselao* se aleja bastante de los dos libros precedentes, en especial, por el destinatario de este *Libro tercero*, Don Bernardino de Ayala, un hermano o un pariente de don Diego, y por los años que separan las ediciones de los libros, 1527 a 1547. Si a esto se añaden las diferencias propias del estilo y la intención de la obra de Reinoso, parece que las aventuras de Roselao se deberían emparentar con el *Caballero del Febo*, novela publicada en 1555, con quien comparte cronología y coincidencias en su concepción.

Durante algún tiempo, se postuló la posible existencia de un *Libro cuarto de Espejo de cavallerías*, debido a un posible error de Gayangos, quien pudo confundir, entre los libros legados por el Duque de Calabria al monasterio de San Miguel de los Reyes en Valencia, las rúbricas que en realidad pudieran referirse a los libros tercero y cuarto del ciclo de *Renaldos de Montalbán*⁴⁰.

1.4. Otros ciclos carolingios: *Renaldos de Montalbán* y *Morgante*

La literatura carolingia, centrada en los avatares de Carlomagno —resaltado más como emperador que como monarca— y sus Doce Pares, cuenta con una larga tradición en toda Europa, en principio, a partir de los cantares de gesta franceses.

³⁹ Javier Gómez-Montero, *op. cit.* p. 24.

⁴⁰ Javier Gómez-Montero, *op. cit.* pp. 24-25. Este investigador deshecha la posible existencia de un hipotético *Libro cuarto de Espejo de cavallerías* y concluye: «Se debe dar por descontado que Reinoso planeaba un *Libro cuarto*, si bien no sabemos definitivamente si el libro llegó a ser publicado o, ni siquiera, escrito. En cualquier caso, no existe documento alguno que cifre la fecha de aparición de la *Tercera parte de Espejo de Cavallerías* antes de 1547; su autor y carácter difieren de los dos libros precedentes», p. 25.

Los paladines más destacados son Roldán, sobrino del Emperador, y su primo Renaldos de Claramonte. En frente, furibundo adversario y prototipo del felón más propincuo, se ubica a Galalón de Maganza, el Ganelón de la *Chanson*.

El *corpus* de libros de caballerías castellanos, ya en el siglo XVI, no se vio ajeno a esta extensión de las aventuras de los famosos paladines franceses. De esta manera, entre la extensa nómina de volúmenes que forma el grupo, se encuentran tres ciclos, con una aceptación bastante aceptable entre el público, basados en esta materia carolingia. En concreto, se trata de los ciclos de Renaldos de Montalbán, *Espejo de caballerías* y, por último, el *Morgante*.

Un aspecto especialmente curioso rodea a estos libros de caballerías castellanos: no proceden, como pudiera parecer lógico a primera vista, de los cantares de gesta franceses, sino que, por el contrario, se incorporan al género caballeresco hispánico a partir de la tradición italiana. Al hablar de los hipotextos italianos que fueron empleados por Pedro López de Santa Catalina para su *Espejo*, ya se ha expuesto la importancia que tales obras tuvieron. Estos poemas caballerescos italianos nacieron en unas circunstancias distintas a los relatos españoles y contaban también con un objetivo diferente. De ahí las diferencias formales —verso frente a prosa— y en especial de contenido, ya que exponen un gusto por la burla, la comicidad, los episodios con tintes irónicos, incluso el erotismo en algunos casos. Todo ello destinado al entretenimiento de la aristocracia que poblaba las cortes italianas, en especial las de Florencia y Ferrara.

Para entender el porqué de la adaptación del autor toledano y comprender la asimilación que pudo tener el *Espejo* de caballerías entre el público, se expondrán una breve síntesis sobre los otros dos ciclos de la materia carolingia que aparecieron en la literatura castellana: el de *Renaldos* y el de *Morgante*.

1.4.1. El ciclo *Renaldos del Montalbán*

Entre 1511 y 1542 vieron la luz los cuatro libros que componen el ciclo, obras que configuran «uno de los imaginarios más sorprendentes del orden caballeresco»⁴¹. El argumento del mismo gira en torno a la animadversión que se profesan dos de los personajes más conocidos de la corte de Carlomagno: Renaldos de Claramonte y Galalón de Maganza. Ambos representan los dos extremos del comportamiento caballeresco: cortesía y valentía el primero, cobardía y traición el segundo.

Las cuatro obras que componen el conjunto se inician con la aparición en 1511 de los dos libros de *Renaldos de Montalbán* (Valencia, Jorge Costilla⁴²). Apenas dos años después, se publicó la *Trapesonda* (1513) y, por último, algunos años después, el *Baldo* (1542), protagonizado, no por Renaldos, sino por su bisnieto⁴³.

Libro del noble y esforçado e inuencible cauallero Renaldos de montaluan: e delas grandes proezas y estraños hechos en armas quel y Roldan e todos los doze pares paladines hizieron⁴⁴.

Con ese título aparecieron los dos primeros libros de *Renaldos de Montalbán*. Como se ha mencionado con anterioridad, aunque los personajes mantienen sus rasgos más característicos. «nada tiene que ver con el cantar de gesta *Renaut de Montauban* o *Les quatre fils Aymon*, con probabilidad difundido durante el siglo XII, y con una versión conservada en un manuscrito del XIII»⁴⁵, sino que el texto hispánico es una adaptación de *L'Innamoramento di Carlo Magno* (c. 1481), versión italiana de finales del siglo XV. Así aparece en la presentación de la obra

⁴¹ Fernando Gómez Redondo, «Introducción» a *Renaldos de Montalbán (Libros I-II)*. *Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001, p. 7.

⁴² Fernando Gómez Redondo, *op. cit.*, p 7: «Con origen en un manuscrito de Hernando del Castillo y probablemente en 1511, Jorge Costilla, en Valencia, imprime los dos primeros libros», «traduzido por Luis Domingues», como reza en el epígrafe de la presentación que se reproduce a continuación.

⁴³ Las tres obras se basan, respectivamente, en sus correspondientes poemas caballerescos italianos: el anónimo *L'Innamoramento di Carlo Magno* (1481-1491); la *Trabisonda hystoriata*, de Francesco Tromba (1483) y el *Baldus*, de Teófilo Folengo (1517-1521).

⁴⁴ Así aparece en la edición de Alonso de Porras y Lorenzo de Liondedei (Salamanca, 1526).

⁴⁵ Fernando Gómez Redondo, *op. cit.*, p. 7.

Aquí comienzan los dos *Libros del muy noble y esforçado cauallero don Renaldos de Montalván*, llamados en lengua toscana el *Enamoramiento del Emperador Carlosmagno* (1r)⁴⁶.

Para entender la aparición del poema caballeresco italiano —y su posterior versión castellana—, es necesario tener en cuenta las situaciones políticas y militares que envuelven a Italia en estos tres decenios de 1480-1510⁴⁷, momento en el que resultaba apropiado mostrar la facilidad con la que Carlomagno, monarca francés, se dejaba influenciar e incluso engañar por los falsos consejos de Galalón, alejados del bien de su señor y enfocados al beneficio personal. En palabras de Fernando Gómez Redondo:

En el período en que los reinos italianos empiezan a ser disputados por los reyes de Francia y Aragón con continuas guerras y con alianzas que no se cumplen, tanto en Italia como en España se difunden las hazañas de un noble que solo ansía servir con lealtad a su monarca y que va a ser expulsado de ese ámbito curial por las intrigas y calumnias con que Galalón encizaña a Carlos⁴⁸.

El propósito del texto italiano es «sacar a Renaldos de la caracterización de vasallo rebelde para acercarlo a la concepción de la caballería religiosa [...] Este proceso no aleja al héroe de los atributos esenciales de su personalidad»⁴⁹.

Como aspecto curioso que muestra la relación entre estos dos primeros libros de *Renaldos* y el primero de *Espejo de cavallerías*, objeto del presente estudio, además de la aparición de los otros Doce Pares y del Emperador, resulta interesante el tratamiento del personaje principal. Renaldos aparece como astuto, además de valiente y experto en el manejo de Fisberta, su espada. En el combate que ambos mantienen en la obra del toledano, Roldán acusa a su primo de haber conseguido algunas de sus victorias, no por el uso de la espada, sino por la vía del engaño. El texto hispánico de principios de la centuria mantuvo esta caracterización de

⁴⁶ Para conocer los testimonios conservados a día de hoy, véase José Manuel Lucía Mejías, *Antología de libros de caballerías castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001, p. 384.

⁴⁷ «Estos dos primeros libros, tanto en su versión original como en su traslación, responden a las preocupaciones políticas y morales de los tres decenios de 1480-1510, periodo en el que los reinos y señoríos de Italia comienzan a ser disputados por los reyes de Aragón y de Francia, mediante sucesivas invasiones y continuas refriegas libradas a lo largo de su territorio» (Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento (Tomo II)*, Madrid, Cátedra, 2012, p. 1895).

⁴⁸ Fernando Gómez Redondo, *op. cit.*, p. 9.

⁴⁹ Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos, op. cit.*, p. 1895.

Renaldos como héroe ducho en el combate, pero, al mismo tiempo, con fama de embaucador entre los reyes paganos⁵⁰.

Para concluir, como indica Gómez Rendondo en su introducción, no han sobrevivido «ejemplares del impreso de 1511 atribuido a Jorge Costilla; la primera estampación que se conserva es un testimonio de 1523, Toledo, Juan de Villaquirán, a la que sigue otro de 1526, Salamanca, Alonso de Porras y Lorenzo de Liondedei»⁵¹.

Dos años más tarde aparece

La Trapesonda⁵², que es tercero libro de don Renaldos: y trata como por sus cauallerias alcanço a ser emperador de trapesonda: y dela penitencia e fin de su vida⁵³.

Este libro tercero continúa con el enfrentamiento entre Carlomagno y Renaldos, gracias a las malas influencias de Galalón. La animadversión regia llega a tal punto que el héroe es expulsado de la corte y su fuero asediado y quemado. El punto álgido de la confrontación supone la muerte en prisión de la propia Claricia, esposa de Renaldos⁵⁴. Como bien indica Fernando Gómez Redondo, este tercer libro se escribe, «no para cerrar las líneas argumentales del *Renaldos de Montalbán*, sino para renovarlas y conferirles precisos sentidos morales y religiosos»⁵⁵.

Esta adaptación de la *Trabisonda hystoriata* de Francesco Tromba (1483) contó con nueve ediciones a lo largo del siglo XVI, lo que hace suponer que tuvo una vida editorial prolífica y una aceptación notable entre el público⁵⁶. La obra adquiere una nueva dimensión y en ella late una nueva concepción de la caballerías,

⁵⁰ Al mismo tiempo, junto con estos rasgos de embaucador de reyes y mujeres, siempre paganos, en la obra italiana se ofrece un nuevo rasgo del carácter de Renaldos: se convierte en caballero evangelizador. Esta misma cualidad se trasladara a la versión castellana, como muestra el bautismo del gigante Escardaso.

⁵¹ Fernando Gómez Redondo, *op. cit.*, p. 11. Para un análisis más exhaustivo del texto italiano, véase Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, *op. cit.*, pp. 1893-1915.

⁵² Sonia Garza, *La Trapesonda. Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.

⁵³ La portada de la edición de Juan Cromberger (Sevilla, 1533) así lo muestra.

⁵⁴ Para conocer más sobre el contenido, léase la breve síntesis que ofrece Sonia Garza, *op. cit.*, p. 8.

⁵⁵ Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, *op. cit.*, p. 1915.

⁵⁶ Entre la probable primera edición de Jorge Costilla en 1511 y la última de Sansón Arbús a finales de la centuria (1585), se han conservado nueve testimonios. Jose Manuel Lucía Megías, *op. cit.*, p. 390, recoge los datos pertinentes de cada uno.

lo que supone «una modificación de los motivos desplegados en los dos primeros libros»⁵⁷.

La obra que cierra el ciclo es el *Baldo*. Varias décadas separan a este cuarto libro del ciclo de *Renaldos de Montalbán* con respecto a sus predecesores. Esta distancia en el tiempo también se percibe en el argumento. En este caso, ya no es Renaldos es protagonista de las aventuras, sino su bisnieto.

Aquí comienza el cuarto libro del esforçado cauallero reynaldos de montaluan que trata de los grandes hechos del inuencible cauallero Baldo. Y las graciosas batallas de Cingar. Sacado de las obras del Mago⁵⁸.

Este cuarto libro, según aparece en el colofón que cierra los 192 folios de la versión castellana, indica que fue impreso por Domenico de Robertis en Sevilla (1542)⁵⁹. No se tienen datos seguros de edición posterior, por lo que únicamente caben conjeturas, si bien «parece que el libro no supuso ni mucho menos un éxito editorial ya que no volvió a reeditarse»⁶⁰.

En su concepción, el *Baldo* es una amalgama de una variedad de materiales. Divido a su vez en tres libros, cada uno de ellos se ajusta a unas fuentes diferentes⁶¹. El primer libro consiste en una adaptación al castellano del poema *Baldus*, de Teófilo Folengo, en concreto, de la edición de 1521, denominada «Redazione Toscolana», segunda de las cuatro ediciones de este poema macarrónico⁶².

⁵⁷ Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, op. cit., p. 1923.

⁵⁸ Folke Gernert, «El *Baldo*: cuarta parte del ciclo *Renaldos de Montalbán*», *Edad de Oro*, 21 (2001), pp. 335-347. Según esta investigadora, el único ejemplar completo de la edición de Domenico de Robertis se conserva en la Herzog August Bibliothek de Wolfenbüttel (257.9 Hi 2.º (2)). De esta misma edición de 1542 se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Lisboa; sólo se conserva el último de los tres libros, p. 336, nota 2.

⁵⁹ Folke Gernert, *Baldo. Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000, p. 7. Para saber más sobre la obra, véase la bibliografía citada en la guía.

⁶⁰ *Ibidem*.

⁶¹ La relación del primer libro con el poema de Folengo es la que posiblemente más llama la atención. Por lo que respecta a los libros segundo y tercero, son una paráfrasis de la *Eneida* virgiliana y del *Bellum civile* de Lucano. Para conocer más el empleo del adaptador respecto de estos materiales, se remite a las reflexiones de Folke Gernert, «El *Baldo*: cuarta parte del ciclo *Renaldos de Montalbán*», op. cit., p. 341-346.

⁶² *Ibidem*, p. 335. Esta investigadora ofrece una breve síntesis sobre el argumento de este poema italiano y de su calidad literaria: «Este poema *heroico-cómico*, lleno de referencias paródicas —sea a la épica carolingia, sea a la *Eneida* virgiliana— fascina a su lector, con una riqueza lingüística y una elaboración estilística muy refinadas y con efectos de contraste entre los elegantes versos italianos y el léxico italiano e incluso dialectal». (p. 336)

La labor del adaptador no se reduce a los versos del poema de Folengo, sino que va más allá y, dando muestras de su conocimiento humanístico, incluye una serie de adiciones didácticas en las que propone interpretaciones alegóricas y explicaciones sobre el carácter ficcional de las aventuras de Baldo.⁶³ Estas aclaraciones de la vida de determinados personajes —que no guardan relación con los libros de caballerías—, tituladas, por ejemplo, «Vida de Falqueto», «Vida de Cíngar», son documentos importantes para explicar el origen de la novela picaresca. Los críticos que las han estudiado no han llegado a un acuerdo, pero sí han destacado su relevancia en la génesis del género⁶⁴.

De esta manera, la tarea del adaptador del Baldo es aún si cabe más libre que la de la mayoría de autores que llevaron a cabo tareas similares de otros poemas caballerescos italianos:

A diferencia de otras traducciones o adaptaciones castellanas de poemas épicos italianos, el autor del Baldo no se limita a traducir o adaptar un solo libro, sino que entretiene y combina numerosos hipertextos, tanto clásicos como contemporáneos, que a veces nombra directamente, a veces pasa en silencio, empleando múltiples procedimientos de adaptación y transformación textuales, que van de la traducción literal a la adaptación libre, incluyendo tanto ampliaciones como supresiones⁶⁵.

A modo de conclusión, el autor del *Baldo*, impulsado por el objetivo de lograr una obra innovadora, se afana en reformar el género caballeresco. Pero, si bien consigue retomar la lógica del mundo caballeresco —parodiado por Folengo—, su empeño es tal que, a partir de una actitud crítica ante el género, consigue que su obra se convierta en un «anti-libro de caballerías»⁶⁶.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Folke Gernert, «El *Baldo*: cuarta parte del ciclo *Renaldos de Montalbán*», *op. cit.*, p. 337, recoge en síntesis las conclusiones a las que llega, por un lado, Alberto Blecuá, partidario de relacionar la biografía de Cíngar y el *Lazarillo* con el hipotético «Ur-*Lazarillo*», pero que rechaza el origen de la picaresca a partir del *Baldo*; en frente, Bernhard König y Fernando Lázaro Carreter consideran la obra de 1545 como el eslabón perdido entre el *Asno de oro* y el *Lazarillo*, pieza clave para la estructura narrativa y la concepción del protagonista y de su relato autobiográfico. En el texto de Gernert aparecen las referencias bibliográficas de los estudios de estos tres investigadores.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 340.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 347.

1.4.2. Ciclo de *Morgante*

Libro Del esforçado Morgante y de roldán y reynaldos hasta agora inpresso en esta lengua

Tal es el título que aparecía en la portada de este libro de caballerías, que daba inicio a un nuevo ciclo basado en el tema carolingio y las aventuras de Carlomagno y sus paladines más destacados, Roldán y Renaldos de Montalbán. Corría el año de 1533 y ya se habían publicado las obras más destacadas de los otros dos ciclos, *Renaldos de Montalbán* y *Espejo de caballerías*⁶⁷. En esta fecha, este *Morgante* venía a completar la triplete de ciclos de libros de caballerías basados en la *matière de France*, o lo que es lo mismo, esos que trataban, tal y como lo expresa el canónigo cervantino, «esas cosas de Francia».

Al igual que sucedía con las obras de los otros dos ciclos, el *Morgante* también procede un poema caballeresco italiano, con el mismo título, salido de la pluma del poeta Luigi Pulci.

Luigi Pulci nace en 1482 en el seno de una familia acomodada, pero que, durante toda su existencia, tuvo constantes problemas económicos. Pronto estableció cierta relación con la familia Medici e intentó estar siempre bajo la tutela de Lorenzo el Magnífico. Parece ser que no fue del todo correspondido o, al menos, no en el grado que a él le hubiese gustado. Este anhelo de reconocimiento por parte del prominente florentino, pudo provocar en Pulci ciertos recelos, lo que le hizo ser

⁶⁷ Basta con recordar que los tres primeros libros del ciclo de *Renaldos* vieron la luz con anterioridad. Por lo que respecta a los libros I-II, se conserva una primera edición de 1523 (Toledo, Juan de Villalquirán), con la posibilidad de una anterior, en 1511 (Valencia, Jorge Costilla). En cuanto a la *Trapesonda*, libro III, ha llegado hasta ahora la edición sevillana de 1533 (Juan Cromberger), aunque es muy probable que en 1513 se publicara una edición anterior (Valencia, Jorge Costilla o Diego Gumiel). No se detuvieron aquí las obras del ciclo carolingio, pues la primera parte de *Espejo de cavallerías* salió de las planchas en 1525 (Toledo, Gaspar de Ávila; la obra que nos ocupa). Dos años después, salió a la venta la *Segunda parte* (Toledo, Cristóbal Francés y Francisco de Alfaro, 1527). Sirve para completar la tendencia a publicar estos textos basados en los avatares de Roldán, Renaldos y Carlomagno, la aparición de una obra que, aunque sea de manera solitaria y sin que llegase a completar un ciclo completo, también basaba su argumento en la misma temática. Se trata del *Guarino Mesquino*, que vio la luz en 1527, en Sevilla, en los talleres de Juan Varela de Salamanca (al igual que algunos de los anteriores, parece que pudo existir una edición primigenia: Sevilla, Juan Cromberger, 1512). Para conocer los datos completos sobre estos testimonios, es conveniente consultar las siguientes referencias: José Manuel Lucía Megías, *Antología de libros de caballerías castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001, en los apartados correspondientes de cada obra; José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales Dasí, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008, pp. 295-308; Jerónimo de Aunés, *Morgante (Libro I)*, ed. Marta Haro, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2010, pp. X-XIV.

excesivamente crítico con otros escritores coetáneos. Sus ataques más furibundos tuvieron como blanco a Marsilio Ficino, muy allegado a Lorenzo.

Fruto de estas disputas, decide abandonar Florencia en 1479 y se asienta en Milán, al servicio de Roberto Sanseverino, que lo llevó junto a él hasta Pisa y Bolonia. Luigi Pulci muere en Padua en 1484, en el que será su último viaje camino de Venecia. En vida, se le acusaba de tener una reputación dudosa, además de deslenguado, obsceno y heterodoxo. Es probable que su espíritu crítico para con los demás y el ser acusado de herejía, provocara que fuera enterrado sin velas y fuera del camposanto.

Una síntesis de su vida puede extirarse de las palabras de Cristina Barbolani:

Podrá dudarse entre un Pulci impenitente, *maudit*, transgresor, pícaro, por una parte, y por otra una víctima de la maledicencia cortesana y del absolutismo médico, injustamente tratado por la vida y la sociedad de su época, pecador y arrepentido, sincero en definitiva. Pero optar entre ambas facetas será también un error de perspectiva, aunque la visión contemporánea se incline más por la primera imagen⁶⁸.

Por lo que respecta a su creación literaria, llama la atención su poesía popular —autodenominada *Muse domestiche*—, en la que destaca su inspiración en el léxico de la calle, muestra todo ello del gusto por lo popular que se extendió en la corte de Lorenzo de Medici.

Pero por encima de estas obras destaca su poema caballeresco, titulado *Morgante*. El encargo le llegó de Lucrecia Tornabuoni, madre del Magnífico, quien le marcó la intención principal, pero al mismo tiempo le concedió una amplia parcela de libertad creativa. El poema tuvo tres ediciones en vida de Pulci. La primera y la segunda, entre 1481 y 1482, constaba de 23 cantos. Un año después, en 1483, apareció la definitiva, con los 28 cantos que se leen en la actualidad, que hacen un total de 28.568 versos⁶⁹. Pese a esta aparente continuidad, las fechas en las que fue escrito difieren, por lo que parece que Pulci trabajó más tiempo en la primera parte, mientras que la segunda se debió a un objetivo más urgente y unitario⁷⁰. Hoy en día los estudiosos han propuesto que entre 1461 y 1478 se compusieron los cantos I-XXIII y los cantos XXIV-XXVIII entre 1478 y 1483.

⁶⁸ *Op. cit.*, p. 37.

⁶⁹ Como resalta Cristina Barbolani, más o menos el doble que la *Divina comedia* de Dante, *op. cit.*, p. 44.

⁷⁰ *Ibidem* p. 63.

El poema contó con éxito arrollador, al mismo tiempo que cosechaba un aluvión de críticas. Se acusó con severidad de su anticlericalismo, hasta tal punto, que el propio Savanarola lo condena y, en una de sus homilías, pide que lo traigan para quemarlo y ofrecerlo como sacrificio a Dios⁷¹.

Del mismo modo, hoy en día es aceptado que el encargo del poema estaba adscrito a un objetivo político de Lorenzo el Magnífico, en concreto, un proyecto diplomático en el que intentó un acercamiento con Francia. Esta es la razón por la que Pulci convierte a Carlomagno en el defensor de la cristiandad, al tiempo que fomentaba la leyenda del emperador francés, que se pensaba había visitado y agasajado la ciudad.

Un aspecto que ha presentado cierta complejidad a los estudiosos del poema es la dificultad que presenta para definirlo. Es así porque, al intentar incluirlo dentro de un género, no queda muy claro si se puede interpretar como una parodia de los libros de caballerías o, por el contrario, es más propio considerarlo un poema alegórico. A ello contribuye lo curioso del título, que toma el nombre del gigante protagonista, que muere en el canto XX, quizás «por la adhesión incondicional de los lectores a este extraordinario comedor y bebedor»⁷².

El argumento se centra en las aventuras de los paladines de la corte de Carlomagno, en especial, su lucha contra el invasor infiel⁷³. Pero no es lo único, ya que, en realidad, sirve como marco para incluir todo tipo de lances. Así, a partir de Morgante —y después con Margute, su compañero—, el autor incluirá abundantes referencias al mundo burgués, que van desde las preferencias por lo burlesco, la inclinación hacia la jerga popular y hacia lo cotidiano, el humor y la ironía mordaces. Todo ello tratado con bastante realismo y abundantes dosis de cotidianidad, lo que atrajo al público y produjo su éxito⁷⁴.

Por último, se han rastreado las huellas de las fuentes en la que Pulci pudo haber encontrado parte fundamental para su creación. En concreto, se suele aducir a

⁷¹ *Ibidem*, p. 45.

⁷² Esto explicaría que, en parte, sea considerado como un antecedente de los dos gigantes de Rabelais. Marta Haro, en la «Introducción» a su edición del libro de caballerías hispánico, explica que Morgante y Margute son los protagonistas absolutos de la obra y el mejor logro de la misma. Hasta tal punto es así, que los cantos XVIII y XIX, ambos originales de Pulci y en los que narra las aventuras de los dos gigantes, adquirieron vida propia y se conocieron como *Morgante minore. Morgante (Libro I)*, ed. Marta Haro, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2010, pp. XV-XVI.

⁷³ Para una síntesis completa del argumento del poema, se recomienda la lectura de Cristina Barbolani, *op. cit.*, pp 48-50.

⁷⁴ Marta Haro, *op. cit.*, p. XIV.

dos. La primera es el *Cantare di Orlando*, un anónimo manuscrito de inicios del siglo XV, que constaba de 61 cantos. En cambio, para la segunda parte de su poema —aquella que se conoce como *La Rotta*, es decir, *La derrota* y que se ajusta a los cantos XXIV-XXVIII— el autor tuvo en cuenta el cantar de Sostegno di Zanobi, *La Spagna in Rima*, que contaba con dos redacciones distintas, *Spagna maggiore* y *Spagna minore*. La crítica ha constatado el diferente trato que ambas fuentes tuvieron en la escritura del *Morgante*. Si bien se ajusta con fidelidad al *Orlando*, no hace lo propio con la segunda, que empleó con más libertad y de manera más discontinua⁷⁵.

Como había sucedido con otros poemas caballerescos ya citados, el *Morgante* de Pulci vivió una adaptación al castellano y se incorporó al corpus de libros de caballerías hispánicos. Se unía de esta manera a los cuatro libros del ciclo de *Renaldos de Montalbán* y a los dos de *Espejo de caballerías*. Como indica Folke Gernert, esta versión española es probable que resultará menos atractiva que otras adaptaciones similares, como muestra el escaso interés que ha despertado entre los investigadores⁷⁶.

El 16 de septiembre de 1533, impreso en Valencia y en el Molino de la Rovella de Francisco Díaz Romano, veía la luz la obra titulada

Libro Del esforçado Morgante y de Roldán y Reynaldos hasta agora nunca inpresso en esta lengua

Dos años más tarde veía la luz el libro segundo, esta vez a cargo del tipógrafo francés Nicolás Durán de Salvanyach. El adaptador fue Jerónimo Aunés, del que apenas se tienen datos biográficos. Como no aparece referencia alguna a la identidad del adaptador traductor en la portada, ni el incipit, ni en el colofón, la crítica ha postulado varias hipótesis. Cristina Barbolani ha defendido que, en base a que los autores de los catálogos bibliográficos, desde Nicolás Antonio hasta Simón Díaz, han denominado Auner al autor de este *Morgante* español, este Jerónimo Aunés podría tratarse, en realidad, de la transformación de Sem Tob Abner, judío

⁷⁵ Cristina Barbolani, *op. cit.*, pp. 54-55.

⁷⁶ Folke Gernert, «El *contrafactum* del credo de *Morgante* de Luigi Pulci y en la traducción castellana de Jerónimo Aunés», en *De la literatura caballeresca al Quijote*, (coord.) Juan Manuel Cacho Blecua, ed. Ana Carmen Bueno Serrano, Patricia Esteban Erlés y Karla Xiomara Luna Mariscal, Zaragoza, Prensas Universidad de Zaragoza, 2007, p. 202.

converso. Por su parte, Marta Haro, «a falta de nuevos datos» que aclaren la identidad, afirma que puede ser resultado de una *lectio facilior* por Artés. Esto significa que el autor sería Jerónimo de Artés, poeta valenciano presente en el *Cancionero General*. Como poeta, expuso de manera clara la influencia de la lírica italiana. A esto se une la relación entre este autor y los libros de caballerías, género nada extraño para él, como demuestra su presencia en la dedicatoria del *Arderique* (1517) o las poesías laudatorias que incluye al final de *Claribalte* (1519)⁷⁷.

La adaptación de Aunés, como se ha indicado, se publicó en dos partes separadas por apenas dos años. En la primera, el valenciano sigue los cantos I-XVII de Pulci. En líneas generales, el adaptador «sigue de manera llamativamente fiel la armazón argumental del original»⁷⁸. Dicho esto, como es habitual en estos procesos de adaptación, el traductor se toma algunas licencias e interviene en el sentido de la obra, como muestra la intención de Aunés por disminuir los elementos burlescos del original y retomar el carácter caballeresco del género en el que se incluye.

Lo primero que destaca en la labor de Aunés es la conversión de los cantos del poema italiano en capítulos —a los que añade un sumario al principio de cada uno—, así como remarcar el cambio de acción al final del mismo o anticipar lo que sucederá a continuación. Estas modificaciones se centran en dotar de verosimilitud y rigor su labor de adaptador⁷⁹.

En definitiva, todo da a entender, tal y como han destacado estas dos investigadoras, que Aunés leyó con precaución a Pulci y con estas mismas intenciones llevó a cabo su labor de adaptación, como muestra el respeto con el que trata todo lo referido a la religión y al cristianismo⁸⁰, o también la elisión de las referencias a la fe católica, más o menos habituales en el poema de Pulci⁸¹.

⁷⁷ Jerónimo Aunés, *Morgante (Libro I)*, ed. Marta Haro, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2010. La «Introducción» es imprescindible para entender la aparición de este libro de caballerías y su relación con la obra de Pulci. Para las informaciones sobre Aunés, véanse las pp. XL-XLIII.

⁷⁸ Folke Gernert, *op. cit.*, p. 204.

⁷⁹ Marta Haro, *op. cit.*, p. XXIII. La tarea de Aunés se centra en: ampliar y desarrollar acciones, dilatar los parlamentos y sentimientos, incremento de los elementos religiosos y también ideológicos, voluntad por reducir los juicios de valores, además de la inclusión de intervenciones ejemplares y moralizantes del narrador. Para conocer con más detalle la adaptación de Aunés, véanse las pp. XXIV-XXVIII.

⁸⁰ Javier Gómez-Montero, «El *Libro de Morgante* en el laberinto de la novela de caballerías», *Voz y Letra*, 7/2 (1996), p. 35.

⁸¹ Folke Gernert, *op. cit.*, p. 206. En palabras de esta investigadora, «Parece que su fama herética acompañó al autor florentino también cuando fue traducido al español».

2. Primera parte de *Espejo de cavallerías* (Toledo, Gaspar de Ávila, 1525)

2.1. Las fuentes: los hipotextos italianos

Si se vuelve un instante al Prólogo de *Espejo de cavallerías*:

Assí yo, novel escodriñador de antiguas historias, andando mirando diversidad de libros, los cuales con soberano estilo en lengua toscana escritos estavan, uno, que a mi parecer más alegre e mejor que los otros de su calidad era, hallé, llamado *Roldán enamorado*, en el cual tantas e tan grandes aventuras vi escritas, assí d'él como de don Renaldos de Montalván, su primo, e de otros diversos cavalleros, que jamás otro libro de más pasatienpo ni más bien ordenado leí. E pareciome no convenible cosa querer yo solo gozar de su letura, dexando cosa tan aplazible debaxo de estrangera lengua escondida. Puesto que muchos [no] la entienden, determiné, con deliberada voluntad, de la traduzir en nuestro sermón español del mejor e más compuesto estilo que con la rudeza de mi boto ingenio alcançar pude. [Prólogo, 229]

Como se advierte, el propio Santa Catalina ofrece el título concreto de la obra que ha utilizado como fuente primordial para su labor de traducción o adaptación: *Orlando Innamorato*, de Matteo Maria Boiardo. Gracias al detallado análisis de Javier Gómez Montero⁸², hoy se sabe que este texto es la base fundamental para el primer libro, pero no la única, pues también se sirvió de las continuaciones que de la misma aparecieron en Italia durante los primeros años del siglo XVI, de los que se desligó progresivamente⁸³.

Parece oportuno incluir una breve relación de los textos italianos que forman el ciclo del *Orlando Innamorato*⁸⁴, hipotextos que utilizó el autor toledano en la composición de los *Libros primero y Segundo*:

- Matteo Maria Boiardo, *Orlando Innamorato*, formado por los libros I y II, publicados en 1483, y el Libro III, incompleto por el fallecimiento del autor. Los tres aparecieron en una edición de 1495.
- Niccolò degli Agostini, *Il quarto libro de l'Innamoramento d'Orlando*. Formado por tres libros, que el autor publicó en varios años. Para el *Espejo*, únicamente interesa el Libro I, aparecido en

⁸² Para mayor información de esta obra y de sus continuadores, respecto de sus argumentos, ediciones *princeps*, análisis y juicios de la crítica, remitimos al encomiable estudio de Javier Gómez-Montero, en especial, las páginas 25-53.

⁸³ Juan Carlos Pantoja, *op. cit.*, p. XII.

⁸⁴ *Ibidem*, p. XIII.

1506, pues Santa Catalina lo utilizó para el final del *Libro primero* y para el inicio del *Segundo*. Los otros dos, aparecidos en 1514 y 1521 respectivamente, no interesan para el presente trabajo, ya que no fueron consultadas por el toledano.

- Raffaele Valcieco da Verona, *Quinto e fine di tutti libri de lo inamoramento de Orlando*, publicado como continuación del de Agostini en 1514. Apareció siete meses antes del Libro II del primer continuador.
- Pierfrancesco Conte, *Sexto libro dello inamoramento de Orlando intitulado Rugino*. Aparecido en 1518, es continuación del *Quinto* de Verona.
- A estos habría que añadir la publicación en 1518 de todos los poemas en único volumen. Es seguro que «López de Santa Catalina efectuó su labor de traducción y adaptación con un ejemplar de esta señalada edición»⁸⁵.

Si bien el objetivo del presente estudio no se centra en el origen de los poemas caballerescos italianos ni su explicación, sí que pueden resultar apropiadas algunas reflexiones sobre los mismos para entender el interés que la obra de Boiardo y de sus continuadores pudieron despertar en el toledano, en especial a la hora de convertirla en un libro de caballerías castellano.

Para explicar la aparición de la cuantiosa nómina de poemas caballerescos renacentistas en Italia, suele aducirse el «momento de crisis de los valores colectivos (los tradicionalmente ensalzados por la épica) y de gran empuje del individualismo», fruto del paso de la Edad Media a la etapa posterior⁸⁶. La cuestión inherente a la nómina de obra es: ¿por qué tuvieron tanto éxito en las distintas cortes italianas durante los últimos decenios del XV y los primeros del XVI? La respuesta apunta a varias razones. La primera, por el éxito que contaba la literatura caballerisca carolingia en Italia. Los tres ciclos narrativos medievales considerados clásicos se difundieron rápidamente por el país transalpino, «tanto en lengua francesa originaria como a través de traducciones y refundiciones en los dialectos

⁸⁵ Javier Gómez-Montero, *op. cit.* p. 27.

⁸⁶ Cristina Barbolani, *Poemas caballerescos italianos*, Madrid, Síntesis, 2005, p. 10.

vernáculos»⁸⁷. Pero la *matière de France* tuvo cierta preponderancia, pues desde el siglo XII aparecen numerosos personajes literarios mencionados en crónicas e incluso en la iconografía religiosa. Pero será en el XIV cuando estos relatos carolingios adquieran enorme popularidad y se difundan extraordinariamente, de manera que provocará la aparición de creaciones propias en lengua vernácula⁸⁸.

Por todo esto, durante el *Quattrocento*, se ponen de moda estas narraciones caballerescas en un ámbito estrictamente cortesano; en aquel la burguesía dominante en las cortes italianas (en especial la florentina de Lorenzo de Medici y la ferraresa de Ercole de Este), gracias a su pujanza económica fruto del comercio, demanda una serie de obras para entretenimiento propio, pero que muestren la dignidad necesaria a esta nueva clase dominante. Esto provoca que un público culto y cortesano demande obras que respondan a sus gustos. Esto podría explicar el uso de la octava rima, lo que podría dotar de una apariencia más aristocrática a estas obras y estaría más en relación con la temática que tratan y la sociedad que reflejan.

Las siguientes palabras de Cristina Barbolani pueden servir como último apunte para explicar el éxito de estos textos:

Las fórmulas de cortesía heredadas de la oralidad; la profusión de momentos propios de la *captatio benevolentiae*; la estructuración en cantos que podían ser leídos o recitados de uno en uno al señor; el cuidado encadenamiento de secuencias estróficas de versos bien medidos con rimas sabiamente distribuidas, y en ocasiones el propio aspecto externo de las ediciones, con grabados valiosos y esmero tipográfico; todo ello hace de estos poemas también libros de lujo, para disfrute de damas y caballeros refinados⁸⁹.

2.1.1. Matteo Maria Boiardo, conde de Scandiano

El propio Santa Catalina revela en su Prólogo cómo decidió traducir al «sermón español» una obra titulada *Roldán enamorado*. Matteo Maria Boiardo fue uno de los muchos humanistas de ascendencia aristocrática que participaba de la vida política y cultural de las cortes italianas⁹⁰. Los Boiardo eran protegidos de la

⁸⁷ Javier Gómez-Montero, *op. cit.* p. 45.

⁸⁸ *Ibidem*, pp. 45 y ss. Una vez más, Gómez Montero ofrece una valiosa información sobre la aparición de estos poemas caballerescos autóctonos, escritos en dialecto franco-veneto, una «híbrida lengua literaria».

⁸⁹ Cristina Barbolani, *op. cit.*, p. 28.

⁹⁰ Desde luego, no es este el lugar para conocer en profundidad la figura del Boiardo. No obstante, parece oportuno incluir algunas referencias bibliográficas sobre el mismo. Se citan de más cercanas a más antiguas: Riccardo Brusagli, «Introduzione», en su edición de M.M. Boiardo, *Orlando*

familia Este, que dirigían la corte de Ferrara y Matteo parece contar con buenas relaciones con Ercole de Este desde bien temprano —a él está dedicada la obra. Tal es así que incluso su boda con una Gonzaga pudiera deberse a los deseos de la familia Este por fortalecer los lazos entre las familias que les eran afines⁹¹.

Para tener una idea aproximada del ambiente en el que Boiardo pudo crear su poema, piénsese en la política que la familia Este promulgó en la región. La ubicación de Ferrara la convertía en un anhelo de anexión por parte tanto del Papado como de la república de Venecia, además de estar rodeada al norte por Milán y Mantua y al sur por la Florencia de los Medici. Una serie de hábiles maniobras políticas, como la acogida de exiliados de otras partes de Italia, posibilitó la consolidación de la familia Este al frente del ducado. Pero tal hegemonía no hubiera estado completa sin la política cultural que diera respaldo artístico a las medidas políticas, de modo que los Este ejercieron de mecenas a varios de los artistas y literatos más destacados del momento. Gracias a estas medidas, durante los años que siguieron a la paz de Lodi (1454), la corte de Ferrara se convirtió en «uno de los centros más activos de la cultura italiana»⁹².

Estos años de tranquilidad fueron aprovechados por el aristócrata Boiardo — ostentaba el título de conde de Scandiano, región cercana a Reggio Emilia— para escribir su obra, en especial un poema caballeresco que fuera del gusto del ambiente cortesano al que pertenecía y que reflejara agradecimiento a la familia Este por su protección. Esto explicaría la aparición de Rugiero, descendiente del mismísimo Hércules y fundador de la familia estense. A pesar de la ya citada amistad existente entre el autor y el conde Ercole, parece que no fue este quien encargara la primera parte del poema, pues todo apunta que eran más de su gusto el teatro y la historia antigua. El encargo pudo venir de su hermano Borso, «de una rama ilegítima y antecesor de Ercole en el ducado de Ferrara»⁹³.

innamorato, Torino, Einaudi, 1995, pp. V-LX; J. A. Molinaro, *Matteo Maria Boiardo. A bibliography of Works and criticism from 1487 to 1980*, Toronto, Canadian Federation for the Humanities – Fédération canadienne des Etudes humaines, 1984; AA. VV., *Il Boiardo e la critica contemporanea. Atti del Convegno di Studi su Matteo Maria Boiardo, Scandiano-Reggio Emilia, 25-27 aprile 1969*, (ed.) G. Aneschi, Florencia, Olschki, 1970.

⁹¹ Cristina Barbolani, *op. cit.*, pp. 71-76. En estas páginas, puede leerse una información más detallada del gobierno de la familia Este en Ferrara, o algunos datos más concretos sobre la biografía de Boiardo y sus antecedentes familiares.

⁹² *Ibidem*, p. 72.

⁹³ *Ibidem*, p. 74.

Como prototipo de humanista de la época, la obra de Boiardo recoge los géneros y los temas habituales, además de la duplicidad en el empleo del latín o de su lengua vernácula para escribirla. En general, la obra de del conde de Scandiano no ha gozado de especial relevancia, a excepción del poema caballeresco y su cancionero. Su producción en latín, esencial en todo humanista que se precie, la forman un conjunto de poemas en loor de la familia Este (*Carmina de laudibus Estensium*) y sus diez églogas al estilo de Virgilio (*Pastoralia*). En lo que atañe a sus obras en vulgar, destacan sus diez églogas (*Ecloghe volgari* o *Pastorale*) y una comedia, *Il Timone*, escrita a partir de un diálogo de Luciano. Cabe mencionar, por curiosos, sus *Capitoli del giuoco dei Tarocchi*, compuesto por dos sonetos y una sucesión de 78 tercetos con rima encadenada que sirvieron como ilustración de un juego de 80 naipes.

Mayor detenimiento requiere su producción lírica, la cual ha sido analizada por la crítica en relación con el poema caballeresco. Este *Amorum Libri tres*, cancionero a la manera petrarquista, como demuestra el título en latín o que esté inspirado en los amores de Antonia Caprara, «constituye el mejor conjunto de poesías italianas del siglo XV»⁹⁴. Fue una obra en constante proceso de elaboración, corrección y perfección —otro rasgo más que lo emparenta con la tradición iniciada por Petrarca—, hasta alcanzar su estructura final: 3 libros con 60 poemas cada uno. A pesar su herencia marcadamente petrarquista, a la que se debe unir toda la tradición anterior europea e italiana, «la obra no tuvo excesiva difusión en su época; fue editado póstumo en 1499, cuando la obra caballeresca, conocidísima, había tenido ya 4 reimpressiones»⁹⁵. Un hecho contradictorio fue la importancia que se le dio poco después, cuando el refinamiento renacentista valoró más positivamente este cancionero, en detrimento del *Orlando Inamorato*, tendencia que aún parece mantenerse entre los críticos hoy día.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 77.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 78.

2.1.2. Matteo Maria Boiardo, *Orlando Innamorato*

El *Orlando Innamorato* es una novela en verso que contó con gran aceptación y cierto éxito en su época, si bien esta entusiasta acogida se vio interrumpida con la aparición en 1516 de la continuación de Ludovico Ariosto, *Orlando Furioso*, en la propia corte ferraresa⁹⁶; a partir de entonces, sobre todo con la publicación de la versión definitiva de 46 cantos en 1532, sustituyó al poema boiardesco en el favor y el gusto de los lectores, tendencia que se extiende hasta hoy⁹⁷.

La obra consta en tres libros. Los dos primeros, de 29 y 31 cantos respectivamente, se publicaron en 1483, mientras Boiardo era gobernador de Módena. El último, con 9 cantos, quedó interrumpido por la muerte del autor, de manera que este se publicó, junto con los dos primeros, en 1495. No es posible conocer cuál era el planteamiento de la obra, aunque todo apunta a que el regidor entonces de Reggio perdiera cierto entusiasmo en la continuación de su obra, posiblemente por su salud y por la llegada de Carlos VIII de Francia en 1494, cuyo paso por la región «obligaría a este último [Boiardo] a atender menesteres más urgentes que la escritura»⁹⁸.

Por lo que respecta a los materiales iniciales, nada se ha conservado, ni las primeras ediciones, ni el título. Oportuno parece traer a colación estas palabras de Cristina Barbolani:

No han quedado, en efecto, ni manuscritos autógrafos ni tampoco ejemplares de una *princeps* que debió ver la luz —tal vez en Módena, tal vez en Reggio— hacia 1482 o primeros de 1483, de los primeros dos libros; ni tampoco quedan ejemplares de la

⁹⁶ El poema caballeresco de Boiardo cuenta con una profusa y exhaustiva bibliografía. Se incluyen algunas referencias que pueden resultar apropiadas para comprender la dimensión del mismo: Matteo Maria Boiardo, *Orlando Innamorato. Amorum libri*, ed. de Aldo Scaglione, 2 vols., Turín, UTET, 1963 (1ª ed. 1951); *Orlando innamorato*, ed. de Riccardo Brusciagli, Torino, Einaudi, 1995. Por lo que respecta a su obra y a su influencia, véanse: D. de Robertis, «L'Orlando Innamorato», en *Letteratura Italiana*, Milán, Garzanti, 1966, pp. 588-611; AA. VV., *Il Boiardo e la critica contemporanea. Atti del Convegno di Studi su Matteo Maria Boiardo, Scandiano-Reggio Emilia, 25-27 aprile 1969*, (ed.) G. Anceschi, Florencia, Olschki, 1970; A. Franceschetti, *L'Orlando Innamorato e le sue componenti tematiche e strutturali*, Florencia, Olschki, 1975; M. Beer, «Alcune osservazioni sulla novella nell'Orlando Innamorato», en *Tipografia e romanzi in Val Padana fra Quattro e Cinquecento*, (eds.) R. Brusciagli y A. Quondam, Ferrara. Giornate di studio. 11-13.23.1988, Modena, Panini, 1988, pp. 143-160. Fundamental para una panorámica de la bibliografía resulta el estudio de Neil Harris, *Bibliografia dell'«Orlando innamorato»*, Modena, Panini, 1988-1991

⁹⁷ Javier Gómez-Montero, *op. cit.* p. 28. Para una primera aproximación sobre la relación entre las dos obras, puede consultarse G. Sangirardi, *Boiardismo Ariostesco. Presenza e trattamento dell'Orlando Innamorato nel Furioso*, Lucca, Maria Pacini Fazzi, 1993.

⁹⁸ Cristina Barbolani, *op. cit.*, pp. 105-106.

primera edición en tres libros, que salió póstuma en 1495 en Scandiano. El texto del poema fijado en la actualidad [...] se funda, así pues, en las dos primeras ediciones impresas conservadas: la de Venecia en 1487 para los dos primeros libros y la póstuma de Venecia en 1505 para el tercer libro⁹⁹.

Aclarados los problemas ecdóticos que rodean al poema caballeresco de Boiardo, se incluye un breve apunte sobre el valor literario del mismo, de manera que sirva para entender en éxito que gozó la obra¹⁰⁰. Varios son los aportes que se han destacado: el uso de los ciclos carolingios y bretones, la fusión de armas y amor, el dinamismo narrativo gracias a la sucesión de aventuras, el humor y el realismo, los relatos intercalados, las huellas de la literatura clásica, el empleo de la mitología, tal y como corresponde al bagaje cultural de un humanista que se precie de serlo.

Entre las aportaciones más destacadas de la novela se encuentra el dotar de un carácter italiano a Roldán, héroe destacado del ciclo carolingio y máximo exponente, junto a su primo Renaldos de Montalbán, de los Doce Pares¹⁰¹. Boiardo une las tradiciones narrativas bretonas y carolingias, por entonces consideradas las más atractivas, a las que incorpora numerosas referencias clásicas, en especial la presencia de las epopeyas homéricas y de la épica clásica. Sirva como ejemplo la aparición de la fuente del odio, cuyas aguas poseen las mismas cualidades que las que se dan en *Tristán e Iseo*. Este mismo gusto por las aventuras de Carlomagno y sus pares se mantiene en España, como demuestran los libros de caballerías del denominado ciclo carolingio, en el que se emplaza este *Espejo de cavallerías*.

Pero lo que quizá atrajo más —aspecto que después mantuvo el autor toledano en adaptación del poema y posterior inclusión en el corpus de los libros de caballerías— es la magistral unión de armas y amores. A este respecto, Boiardo

⁹⁹ *Ibidem*, p. 83.

¹⁰⁰ Estas líneas son un intento de aproximación a las razones por las que López de Santa Catalina se decantó por la novela en verso de Boiardo y las aportaciones literarias que el toledano mantuvo respecto del italiano en su adaptación. Sin duda, los trabajos ya citados de Gómez Montero y de Cristina Barbolani ofrecen un panorama más completo, y a todas luces más esclarecedor, de los aspectos literarios del *Orlando Innamorato*.

¹⁰¹ El tema heroico en el poema caballeresco de Boiardo también cuenta con sus estudios: D. Alexandre-Gras, *L'héroïsme cavaleresque dans le Roldan amoureux de Boiardo*, Sant-Etienne, Institut d'études de la Renaissance et de l'Age classique, 1988; Franz Penzenstadler, «Aspetti dell'ideologia cavalleresca nell'*Orlando innamorato* di M. M. Boiardo», en *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da «Orlando» al «Quijote») / Literatura caballeresca entre España e Italia (del «Orlando» al «Quijote»)*, dirigido por Javier Gómez-Montero y Bernhard König, edición de Folke Gernert, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas (SEMYR) / CERES de la Universidad de Kiel, 2004, pp. 167-198.

incluye ya un aspecto que convertirá en fundamental para el éxito del género caballeresco en España: la conversión de la caballería como cruzada cristiana frente al infiel, amenaza real por los deseos de anexión de Mohamed II, emperador de Constantinopla, respecto de algunas regiones italianas. Las hazañas de Roldán, Renaldos o Brandimarte, representantes de la antigua caballería, más ajustada a inclinaciones y deseos personales frente a los intereses colectivos y más globales de la guerra de religión, serán superadas por las de Rugiero, tal y como sucederá con Esplandián y Amadís.

En lo tocante al tema amoroso, Boiardo se ajusta a los preceptos de la época — lo que dictaba el denominado *fin d'amours*—, según los cuales, junto a los valores tradicionales de la fidelidad y la prudencia, deben unirse la pasión y el gozo, propios de la nueva mentalidad renacentista. De esta manera, lo femenino oscila entre ser un obstáculo para el héroe y convertirse en algo más que un objeto o una prenda que obtiene el caballero como recompensa. Las dosis de sensualismo y esta nueva concepción de la figura femenina no gozaron de la misma notoriedad en la adaptación del toledano, más propenso a ceñirse a los preceptos de los libros de caballerías castellanos.

Expuesto lo anterior, resulta plausible suponer que la intención del poema boiardesco es la de ofrecer un modelo de comportamiento acorde al público cortesano al que estaba dirigido, pues la función del género caballeresco, con independencia del tipo de manifestación, bien sea en prosa bien en verso, es «no sólo entretener a los oyentes y lectores, sino también ofrecerles un modelo de comportamiento»¹⁰².

Después de todo lo anterior, surge una cuestión: ¿en qué medida utilizó López de Santa Catalina este material a la hora de crear su adaptación o traducción? Hoy en día se conoce que el toledano se sirvió del texto completo de Boiardo para los primeros 96 capítulos de *Espejo de cavallerías*. El resto de capítulos, hasta el 104 final, son una adaptación de los primeros siete cantos de la continuación de Niccolò degli Agostini¹⁰³. Como se ha indicado anteriormente, el español se basó en un ejemplar de la edición de 1518, que contenía los tres libros del conde de Scandiano.

¹⁰² Javier Gómez-Montero, *op. cit.* p. 53.

¹⁰³ Por lo que respecta al resto de materiales, Juan Carlos Pantoja sostiene que Santa Catalina se libera totalmente en el *Libro segundo*, pues «de los setenta y un capítulos que contiene este *Libro segundo*, treinta y siete son invención y creación de López de Santa Catalina, frente a treinta y cuatro que tienen

No es es la pretensión de este trabajo incluir una valoración del empleo que hizo López de Santa Catalina de los hipotextos italianos —aspecto ya analizado por Gómez Montero en su libro ya citado—, ni del escaso interés literario y los severos juicios que los críticos, en especial Menéndez Pelayo y Maxime Chevalier, han dado al respecto. Pero, a partir de tales apreciaciones, sí que se percibe cierta inquietud respecto de la posible recepción que tuvo la obra durante su tiempo y la acogida que la misma tuvo entre el público. Cuanto menos, se plantea una duda muy sugerente. Esta reflexión deriva de las palabras emitidas sobre este *Espejo de cavallerías* en el veredicto del que, con gran probabilidad, es el más tajante de los análisis contra los libros de caballerías: el escrutinio de la biblioteca de don Quijote. Conviene recordarlo:

Tomando el barbero otro libro, dijo:

—Éste es *Espejo de cavallerías*.

—Ya conozco a su merced —dijo el cura—. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto.¹⁰⁴

Tras el severo juicio, ¿por qué Cervantes, que condena por ejemplo a los Palmerines, se decanta en este caso por un «perpetuo destierro»? Es muy probable que la respuesta se encuentre en la percepción que de la obra se tenía en aquel entonces, con toda posibilidad entendida como una adaptación —parcial incluso si se prefiere— más que de una traducción en *sensu stricto*. Tras la lectura del relato del autor toledano, rápidamente se percibe que López de Santa Catalina ha ido más allá de una traducción. Se deber tener presente que ha convertido en novela un texto escrito en verso, lo que es un proceso que conlleva cierta libertad creativa. Esto provoca que haya alterado todo aquello que no le parece conveniente para su obra, como la interpretación de algunos episodios o incluso la eliminación de otros y, de manera especial, la supresión o adaptación de los aspectos ideológicos que, según sus criterios, no son adaptables en su versión, como por ejemplo las escenas

una base en las continuaciones del poema de Boiardo, de los cuales tan solo siete se muestran bastante fieles al original (los capítulos en los que se versiona parte de la obra de Agostini), mientras el resto, veintisiete, solo contienen reminiscencias de los poemas de Verona y Conte que, en algunos casos, además, son reelaborados por el autor toledano para adaptarlas a sus necesidades narrativas» (Pantoja, *op. cit.*, p. XV).

¹⁰⁴ Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1993, p. 81.

cargadas de sensualismo, o el personaje de Angélica, que goza de menos libertad y queda en un segundo plano, respecto del texto italiano. En palabras de Jaun Carlos Pantoja, «nos encontraremos con una obra renovada que tiene una base sólida en el *Innamorato*, pero que no es el *Innamorato* en castellano»¹⁰⁵.

¹⁰⁵ Juan Carlos Pantoja, *op. cit.*, p. XIV.

3. Análisis literario

3.1. El prólogo: retórica y tópicos

No es este el lugar —ni es el propósito del presente trabajo— ofrecer un análisis del prólogo literario en el Siglo de Oro¹⁰⁶. Hoy en día está bien aceptada la idea de la independencia de este paratexto con respecto de la obra que lo contiene y el valor literario que, en general, se concede a estos exordios, en especial al prólogo manierista, que se convertirá en el sucedáneo del ensayo¹⁰⁷. El autor, con el cumplimiento de unas directrices establecidas, empleaba el prólogo para presentar la obra al público, a la vez que dictaba unas directrices respecto de su lectura¹⁰⁸. A esto debe unirse la inclusión de las informaciones más variadas, conocimientos que han servido para advertir más detalles de obras nacidas en aquellos pretéritos años, tan alejados de nuestros días. De nuevo, la maestría del universal autor alcalaíno sirve como muestra, pues, engendrados en su poderosa imaginación, su pluma dio a luz esos tan sorprendentes prólogos, que sin duda han contribuido con su clarividencia a la concepción que hoy se tiene de estos como género que atrae y sorprende, incluso despertando intrigas¹⁰⁹.

El prólogo literario ahonda sus orígenes en la tradición retórica clásica, después se asentó en las diferentes literaturas europeas y de aquí llegó al Siglo de Oro. A lo largo de esta evolución ha mantenido una constante: ganarse la atención del oyente-lector¹¹⁰ con el empleo de argumentos que se dirigen al entendimiento o al corazón

¹⁰⁶ Existe, en nuestros días, una bibliografía amplia que se ocupa de este tema. Los trabajos de Alberto Porqueras Mayo se han convertido en canónicos: *El prólogo como género literario*, Madrid, CSIC, 1957; *El prólogo en el Renacimiento español*, Madrid, CSIC, 1965; *El prólogo en el Manierismo y Barroco españoles*, Madrid, CSIC, 1968; *La teoría poética en el Renacimiento y Manierismo españoles*, Barcelona, Puvill, 1986.

¹⁰⁷ Alberto Porqueras Mayo, *Estudios sobre Cervantes y la Edad de Oro*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, pp. 37 y 41.

¹⁰⁸ Anna Bognolo, «El prólogo del *Amadís* de Montalvo», en *Siglo de Oro. Actas del IV Congreso Internacional de AISO*, eds. M^a Cruz García de Enterría y Alicia Cordon, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1998, pp. 275-281.

¹⁰⁹ ¿No se percibe, de su lectura, que Cervantes parece conocer la identidad de Avellaneda?

¹¹⁰ Para esta dicotomía, son muy recomendables los estudios de Margit Frenk Alatorre, *Entre la voz y el silencio*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997.

de este¹¹¹. O lo que es lo mismo: «el prólogo cumplía, entre otras cosas, la función de llamar la atención, tanto física como espiritualmente»¹¹².

No existe una única nomenclatura para este texto introductorio. Además de *prólogo*, suele denominarse *exordio*, *prefacio*, *preámbulo*, *introducción*. En palabras de Alberto Porqueras Mayo, una definición más amplia podría ser:

Prólogo es el vehículo expresivo con características propias, capaz de llenar las necesidades de la función introductiva. Establece un contacto que a veces puede ser implícito con el futuro lector u oyente de la obra, del estilo de la cual a menudo se contamina en el supuesto de que el prologuista y el autor del libro sean una misma persona. En muchas ocasiones puede llegar a ser, como ocurre frecuentemente en nuestro Siglo de Oro, un verdadero género literario¹¹³.

Con anterioridad se ha aludido a la independencia del prólogo como uno de sus valores al alza. Ciertamente es, pues ya se ha citado, que el prólogo nace con la intención servir como introducción a la obra que se va a leer o escuchar, pero al mismo tiempo «va modelándose como una unidad propia, en un mundo artístico completo, capaz de ser, después, aislado del libro»¹¹⁴.

Parece oportuno retomar —antes mencionada— la idea del prólogo como texto pensado para atraer la atención del lector u oyente, al que se puede añadir la intención de explicar la obra que le sigue. O lo que es lo mismo, estos textos se incluyen dentro de la denominada *insinuatio* retórica, aquella que se produce cuando el autor emplea de manera astuta diferentes recursos psicológicos para influir en sentido favorable a su causa y prepara, poco a poco, el terreno para captar su simpatía¹¹⁵.

¿De qué manera consigue el autor manejar esos recursos psicológicos y atrapar el interés de los receptores? La respuesta se encuentra en el empleo de tópicos, recurso recomendado desde la Antigüedad. Los manuales de la retórica clásica

¹¹¹ E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina* (2 tomos), Madrid, FCE, 6ª reimpresión 1999, p. 108. Añade, además, que «el orador se dirigía a la sensibilidad del público, para llevarlo al estado mental deseado».

¹¹² Jesús Montoya Martínez e Isabel de Riquer, *El prólogo literario en la Edad Media*, Madrid, UNED, 1998, p. 21.

¹¹³ A. Porqueras Mayo, *op. cit.*, p. 39.

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 40.

¹¹⁵ «La *insinuatio* consiste en que mediante una astuta utilización de los recursos psicológicos (suposición, imputación, sorpresa, incluso algún rasgo ingenioso) influimos sobre el subconsciente del público en un sentido favorable a nuestra causa y, de esa manera, poco a poco vamos preparando el terreno para captar su simpatía» (Heinrich Lausberg, *Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1983, vol. I, §281, p. 255).

recomendaban el empleo de los tópicos¹¹⁶, ese «almacén de provisiones» donde se encontraban las ideas más generales¹¹⁷. La lista es extensa, pero los más extendidos se refieren a la modestia del autor para realizar su labor, la pretensión de conceder veracidad a los hechos narrados, las dificultades de la labor emprendida debido a las escasas dotes personales o a la ausencia de conocimientos suficientes, el libro encontrado y su posterior traducción —en algunos casos será más conveniente hablar de adaptaciones, como en *Espejo de cavallerías*—, ensalzar lo novedoso del argumento y algunos más.

Como en tantas otras ocasiones dentro del género caballeresco —y también en algunos aspectos de la novela áurea—, *Amadís de Gaula* supone el modelo a imitar. Al presentarse Garci Rodríguez de Montalvo como traductor, y al mismo tiempo rescatador, del cuarto libro y de las *Sergas de Esplandián* abre una nueva posibilidad al manido tópico del libro encontrado:

Pues luego no ternemos por estraño haver parecido en cabo de tantos años este libro que oculto y encerrado se halló en aquella muy antigua sepultura que en el prólogo primero de los tres libros de Amadís se recuenta¹¹⁸.

A partir del modelo del medinés, será una práctica habitual conceder al prólogo categoría de falsa traducción o incluso el convertir el hallazgo del ejemplar en una propia aventura¹¹⁹. El tópico del manuscrito encontrado concedía enormes

¹¹⁶ Fernando Gómez Redondo, «El prólogo del *Cifar*: realidad, ficción y poética», *Revista de Filología Española*, LXI, 1/4 (1981), pp. 88-112. A partir de los «argumentos» antes citados de Curtius, el profesor Gómez Redondo añade que estos «conducen a la *tópica*: conjunto de lugares comunes de los que un autor podía echar mano para ganar así la atención del receptor», p. 99.

¹¹⁷ E. R. Curtius, *op. cit.*, p. 122.

¹¹⁸ Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1998, p. 1301). El prólogo de Montalvo ha sido analizado con exhaustividad: Juan Manuel Cacho Blecua, *Amadís: heroísmo mítico y cortesano*, Zaragoza, Eunsá, 1978, pp. 366-400; J. D. Fogelquist, *El «Amadís» y el género de la historia fingida*, Madrid, Porrúa, 1982; Alicia Redondo Goicoechea, «Una lectura del prólogo de Montalvo al *Amadís de Gaula*: Humanismo y Edad Media», *DICENDA. Cuadernos de filología hispánica*, 7 (1987), pp. 199-207; Anna Bognolo, *La finzione rinnovata. Maraviglioso, corte e avventura nel romanzo caballeresco del primo Cinquecento spagnolo*, Florencia, Dizioni ETS, 1997, pp. 39-59; Emilio Sales Dasí, «Estructura y técnicas narrativas en las *Sergas de Esplandián*», *Voz y letra*, 9/1 (1998), pp. 57-73.

¹¹⁹ M^a Carmen Marín Pina, «El libro encontrado y el tópico de la falsa traducción en los libros de caballerías españoles», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución Fernando «el Católico», 2011, págs. 71-84 (anteriormente en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)*, I, ed. María Isabel toro Pascual, Salamanca, Biblioteca española del siglo XV, 1994, pp. 541-548). Con su acostumbrada agudeza, esta investigadora explica estas relaciones y analiza cómo se

posibilidades al autor¹²⁰. Pero eso no es todo. Debe añadirse el que Montalvo se presente como traductor de un texto escrito en otra lengua y descubierto por él¹²¹.

Pedro López de Santa Catalina, que tanto debe en su obra a la del regidor — como bien ha indicado Javier Gómez Montero en su citado estudio—, fue uno más de la nómina de continuadores que «prefirieron presentarse como padrastrros antes que padres»¹²² de sus propias obras. El medinés y sus continuadores «presistieron de un modo tenaz en esa mención del original»¹²³, tendencia que, como es lógico, llegó al adaptador del *Espejo*. La intención de Montalvo al mencionar el manuscrito es la de conceder un rango de antiguo al material encontrado, perteneciente a una época pasada, superada ya por la imprenta y las soluciones que ofrece frente a la «corrupción» colateral de la transmisión manuscrita¹²⁴. Varias décadas después, la intención del toledano es otra. Ya no menciona que la obra encontrada sea una manuscrito, sino un texto conocido y con toda probabilidad impreso¹²⁵, aunque sí coincide en que en otra lengua. Se percibe cierta evolución en el empleo del motivo: no se trata de un texto desenterrado y encontrado en extraños lugares, como tumbas o similares¹²⁶, sino de una obra ya existente y que, a juicio del toledano, resultara interesante pasar a nuestra lengua.

No se persigue conducir a equívoco y analizar el prólogo de López de Santa Catalina como si de una falsa traducción se tratase, pero sí que se puede discurrir que, puesto que en realidad no se trata de una traducción en sentido estricto sino más bien de una adaptación —ya se ha aclarado esta dicotomía al plantear las cuestiones relativas a la relación con los hipotextos que sirvieron de guía; sirvan de

convirtieron a su vez en tópico dentro del género caballeresco. Se remite a sus palabras y a la bibliografía por ella apuntada.

¹²⁰ Carlos García Gual, «Un truco de ficción histórica: el manuscrito encontrado», *1616. Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 10 (1996), pp. 47-60. Al analizar el empleo de este «truco» en la literatura antigua, explica que suele emplearse en dos tipos de relato: en los textos de aventuras fantásticas y en la ficción histórica referida a sucesos remotos (p. 48).

¹²¹ Victoria Cirlot, «La ficción del original en los libros de cavallerías», en *Literatura Medieval. Volumen IV. Actas do IV Congresso de Associação Hispânica Medieval (Lisboa, 1-5 octubre 1991)*, Lisboa, Edições Cosmos, 1993, pp. 369-370.

¹²² Marín Pina, *op. cit.*, p. 71.

¹²³ Victoria Cirlot, *op. cit.*, p. 367.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 369.

¹²⁵ Javier Gómez Montero postula que, con toda probabilidad, López de Santa Catalina utilizó para su adaptación un ejemplar de una edición de Venecia (1518) que contenía los tres libros de Boiardo, más sus tres continuadores.

¹²⁶ Carlos García Gual, *op. cit.*, p. 51.

punto de partida las palabras de Gómez-Montero y de Juan Carlos Pantoja en sus estudio y edición respectivos—, ya que cumple con algunos de los preceptos de los autores que sí emplearon el tópico.

Ya en sus primeras palabras, López de Santa Catalina emplea la metáfora náutica, una de las más habituales:

Suelen los nuevos navegantes, muy magnífico señor, en el tempestuoso mar, cuando las aceleradas tormentas sobrevienen, aver más temor que los habituados cossarios, los cuales ya, de tales sobresaltos sufrir, son maestros; e puesto que los unos e los otros en tales casos de temor no carezcan, a lo menos la continuación del ábito e la novedad del accidente los grados del temor aumenta o disminuye. (Prólogo, 227)

Los poetas romanos comparaban de manera habitual su escritura con la navegación¹²⁷. El autor toledano, que daba sus primeros pasos en la escritura narrativa, se refiere a sí mismo con el plural «nuevos navegantes». El calificativo se relaciona, con gran probabilidad, con la intención de captar el interés del lector-oyente —tópico que se analizará con más detalle a continuación— y el uso de la modestia para lograrlo. La escritura, como la navegación, es un arte difícil, pues el “nuevo” marino, con toda su inexperiencia, debe adentrarse en el «tempestuoso mar, cuando las aceleradas tormentas sobrevienen», de donde espera salir para arribar a buen puerto¹²⁸.

Puesto su prólogo ya a la vela, López de Santa Catalina despliega otro de los habituales tópicos para influir en el subconsciente y despertar la simpatía por su obra: la *captatio benevolentiae*.

Assí yo, novel escodriñador de antiguas historias, andando mirando diversidad de libros, los cuales con soberano estilo en lengua toscana escritos estavan, uno, que a mi parecer más alegre e mejor que los otros de su calidad era, hallé, llamado *Roldán enamorado*, en el cual tantas e tan grandes aventuras vi escritas, assí d'él como de don

¹²⁷ E. R. Curtius, *op. cit.*, p. 189.

¹²⁸ No sólo al principio de la obra aparecen estos nervios de inexperiencia, el propio Ariosto, en el canto XLVII, empleará el mismo tópico para referirse al puerto como final de su obra:

«Or, se mi mostra la mia carta il vero,
Non è lontano a discoprirsi il porto;
Sì che nel lito i voti scioglièr spero
A chi nel mar per tanta via m'ha scorto;
Ove, o di non tornar col legno intero,
O d'errar sempre, ebbi già il viso smorto.
Ma mi par di veder, ma veggo certo,
Veggio la terra, e veggo il lito aperto».

Renaldos de Montalván, su primo, e de otros diversos cavalleros, que jamás otro libro de más pasatiempo ni más bien ordenado leí. (Prólogo, 227)

El empleo del pronombre de primera persona era práctica frecuente en las crónicas medievales a partir de 1300, en las que el historiador se comprometía, de esta manera, a decir la verdad¹²⁹. Pero no sólo se pretende conceder veracidad a lo narrado. Un segundo objetivo aparece en la pretensión del toledano de mostrar falsa modestia, otro de los tópicos de la retórica antigua. Ese «novel escodrinañor» muestra la *humilitas* que recomendaba la retórica clásica, una vía efectiva para huir de toda muestras de arrogancia.

Los manuales recomendaban que el *exordio* constara de dos partes bien diferenciadas en sus objetivos; así, junto a la apelación al auditorio (*captatio benevolentiae*) debía aparecer una alabanza de la obra y una síntesis del argumento (*propositio*). Una vez más, el toledano continúa las normas establecidas y pondera la obra encontrada, escrita en lengua toscana y protagonizada por Roldán, Renaldos y otros «diversos cavalleros». No sólo se relaciona su obra con dos de los protagonistas más destacados del ciclo carolingio, y por extensión con todos los demás, sino con la corriente italianizante que se desplegó por nuestro renacimiento, «con soberano estilo en lengua toscana escritos estaban»¹³⁰. El anzuelo, con su doble cebo, estaba lanzado, ¿quién podría resistirse?

Pero no se detienen ahí las pretensiones del adaptador:

E pareciome no convenible cosa querer yo solo gozar de su letura, dexando cosa tan aplazible debaxo de estrangera lengua escondida. Puesto que muchos [no] la entienden, determiné, con deliberada voluntad, de la traduzir en nuestro sermón español del mejor e más compuesto estilo que con la rudeza de mi boto ingenio alcançar pude. (Prólogo, 227)

De sobra conocido, y analizado, es el fenómeno de las traducciones¹³¹ a finales del siglo XV y principios del XVI, «coincidiendo con el desarrollo de la imprenta y

¹²⁹ Jesús Montoya e Isabel de Riquer, *op. cit.*, p. 144.

¹³⁰ Un fenómeno similar se vivió, en la centuria anterior, en la corte ferraresa, en la que vivió Matteo Maria Boiardo, autor del poema caballeresco italiano que sirve de base para el texto caballeresco castellano.

¹³¹ Para la traducción, tema de profundo análisis, se recomienda Margherita Morreale, «Apuntes para la historia de la traducción en la Edad Media», *Revista de Literatura*, 29-30 (1959), pp. 3-10; Theodore S. Beardsley, *Hispano-Classical Translations printed between 1482 and 1699*, Duquesne University Press, 1970; Peter Russell, *Traducciones y traductores en la Península Ibérica (1400-1550)*, Bellaterra, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1985; Carlos Alvar, «Materiales para una taxonomía de la traducción al castellano en el siglo XV», en *Lengua*,

el afianzamiento de las lenguas romances»¹³². Ya se ha comentado el ejemplo de Montalvo y su falsa traducción como tópico de la literatura caballeresca, uso que se puede intuir como el primer paso consciente de composición de la obra¹³³. Entronca esta práctica con la idea clásica de la conveniencia, incluso la obligatoriedad, por el bien común, de compartir con los demás las habilidades y los conocimientos adquiridos, de ahí que al toledano no le parezca conveniente «querer yo solo gozar de su letura». De ahí que decidiera hacerlo en «nuestro sermón español», pues el castellano «asegura su difusión [de la obra] y se convierte en vehículo de acercamiento a los lectores, a la par que en garantía de éxito»¹³⁴.

Continuar con el ejemplo del medinés exigía, por un lado, perder la autoría de la obra y asumir el papel de traductor, además de reconocer, a partir de la asunción de las limitaciones propias, la incapacidad para hacerlo bien. Tal y como recomendaban las normas de los prólogos, esto no eran sino muestras de una falsa modestia dirigida a ablandar al lector-oyente. Como no puede ser de otra manera, la labor se lleva a cabo con «determinada voluntad». Tal y como se aplicó al regidor de Medina, parece que, a pesar de su reiterada modestia, Santa Catalina se está autoalabando con el uso de estos recursos¹³⁵.

Al asumir tales deficiencias de su «boto ingenio» y la pretensión de traducirla para que la mayoría disfrute de ese libro «más alegre e mejor que los otros», el toledano expone una propensión a la idea extendida en la época de contribuir al bien común, pues los autores de relatos caballerescos encubren con esa aparente humildad su conciencia de «benefactores públicos» que llevan a cabo una tarea necesaria:

al igual que los traductores reales, los intérpretes caballerescos, con una actitud aparente de humildad y recelo, encubren también su conciencia de benefactores públicos, pues no en vano llevan a cabo, como aquellos, una empresa útil y necesaria.¹³⁶

variación y contexto. Estudios dedicados a Humberto López Morales, eds. Francisco Moreno Fernández *et. al.*, Madrid, Editorial Arco Libros, 2003, pp. 67-79; Carlos Alvar, *Traducciones y traductores. Materiales para una historia de la traducción en Castilla durante la Edad Media*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2010.

¹³² Marín Pina, *op. cit.*, p. 73.

¹³³ Fernando Gómez Redondo, *op. cit.*, p. 101.

¹³⁴ Marín Pina, *op. cit.*, p. 80.

¹³⁵ Juan Manuel Cacho Blecua, *Amadís: heroísmo mítico-cortesano*, Madrid, Cupsa Editorial, 1978, p. 382.

¹³⁶ Marín Pina, *op. cit.*, p. 74.

En estas páginas se ha pretendido resaltar, por un lado, la intención del autor de ensalzar su labor, enmascarada en el empleo de los tópicos dictados por la Retórica; y, al mismo tiempo, la importancia que tenían los prólogos en el Siglo de Oro, «que no dejan de ser sorprendentes»¹³⁷.

3.2. Los protagonistas

La concepción general de los libros de caballerías los concibe como novelas muy extensas por las que pululan casi un centenar de personajes, entre los que destaca un caballero —o varios— que se enfrentará, en una extenuante sucesión de aventuras y prodigios, a todo aquello que suponga una amenaza para el sistema social, religioso e incluso amoroso en el que se insertan. Junto a estos adalides del bien, aparece una larga lista de personajes secundarios, quienes también se ajustan a la característica dicotomía de buenos y malos¹³⁸.

Obras con un dinamismo atroz, en las que apenas existe la pausa, excepto para que el caballero se reponga de heridas sufridas en el último lance o sea informado de unas novedades que requieren su participación, los personajes se muestran como modelos heroicos plagados de virtudes, pero que apenas sufren evolución psicológica y mucho menos cambios en su forma de conducta, salvo por la intervención de una acción maravillosa.

La acción es el motor de la narración y todo está al servicio de la misma. Los personajes actúan en función de la finalidad del autor.

A pesar de los afamados nombres propios que coronan los títulos, la realidad es que «la noción de personaje es secundaria y está sometida al desarrollo de la acción»¹³⁹. Como primera aproximación, sí se debe tener en cuenta que estos

¹³⁷ Karl Kohut, «Teoría literaria humanística y libros de caballerías», en *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identificación. Semyr. Congreso Internacional (Salamanca, 4-6 de junio de 2001), Salamanca, Universidad de Salamanca, p. 182.

¹³⁸ «En estos relatos se nos presentan dos facciones en conflicto: el Bien contra el Mal, el heroico caballero contra los soberbios, gigantes, monstruos y traidores en general, los cristianos frente a los paganos, infieles, orientales...» (José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008, p. 175).

¹³⁹ Armando Durán, *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca*, Madrid, Gredos, 1973, p. 146.

relatos se aglutinan en torno a la aparición de varios personajes que ansían alcanzar la fama a partir de sus logros en el combate.

Para la creación de esta pródiga nómina de personajes que participan en estos largos infolios, los autores se han nutrido de un copioso elenco de referencias, desde los referentes folclóricos, hasta la tradición literaria anterior —con especial atención al *roman artúrico*¹⁴⁰—, sin olvidar la inclusión de datos realistas, si bien en menor medida. Esta es la causa por la que la mayoría de los personajes, carentes de vida propia, se ajustan a modelos estereotipados¹⁴¹, rasgo similar a lo que sucederá después en las comedias de Lope con sus personajes tipo, género que se compaginará con los libros de caballerías —y de alguna manera los sucederá— en el favor del público entretenimiento.

De manera progresiva, los autores supeditarán la evolución de sus personajes a la intención de sorprender con una sucesión de acontecimientos cada vez más extraordinarios. La impresión es que los lectores u oyentes ya conocen cómo se comportarán el caballero, sus oponentes y quienes intervienen en el desarrollo de la acción, pero no tanto lo que sucederá o contra quién se enfrentarán, o cómo será la apariencia cada vez más terrorífica —que rozará casi la ciencia ficción actual, sin duda heredera de esta tradición— de las criaturas que se interpondrán a los héroes, por citar algunos ejemplos. De ahí que los escritores se esfuercen en aparentar originalidad.

Como se ha indicado, la realidad es que estas obras se reducen a un esquema maniqueo repetido durante siglos: la lucha del Bien contra el Mal. Y a este mismo esquema se reduce la actuación de los personajes. El caballero se comporta como se espera de él, es decir, sus esfuerzos se centran en la defensa y el mantenimiento del orden establecido, en especial, en un denodado esfuerzo por resguardar los ideales cristianos y aristocráticos —e imperiales en el *Espejo de cavallerías*. Del mismo modo, los enemigos se opondrán a este orden y son los que se alejan de los modelos establecidos, tanto desde el punto de vista físico como moral. Algo similar sucede

¹⁴⁰ «La materia de Bretaña tenía dos ramas frondosas, ambas con gran vitalidad: una, representada por el rey Arturo y sus caballeros de la Mesa Redonda, se situaba en el reino de Logres, en la Bretaña insular; la otra, centrada en Tristán e Iseo, transcurría en las apacibles tierras de Cornualles, ajena a las actividades de los habitantes de Camelot. Será a lo largo de la primera mitad del siglo XIII cuando se encuentren ambas ramas» (Carlos Alvar, «Raíces medievales de los libros de caballerías», *Edad de Oro*, XXI (2002), p. 62).

¹⁴¹ José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *op. cit.*, p. 177.

con los personajes secundarios, cuya participación, siempre reducida, se ajusta, de nuevo, a la dicotomía anteriormente citada: bien está enfocada en la ayuda del héroe y sus logros, bien se muestra como un desvío de la norma. Sirvan como ejemplo las encantadoras que obligan a sus enamorados a corresponderlas, ladrones, bufones, engañadores y similares.

Salvo pequeños rasgos periféricos, estos personajes no se caracterizan por excesivas muestras de innovación. Ya se ha indicado que estos se ajustan a patrones preestablecidos. Parece que los autores se entregan a una tradición que dominan y han heredado. De ello se deduce que, al igual que sus héroes protagonistas, los autores se sienten también pertenecientes de una linaje, con la intimidación que eso significa y que, además, implica la difícil tarea de superar a sus progenitores.

Para lograr este propósito, los autores suelen recurrir a la hipérbole en el sobrepajamiento de las cualidades de los personajes, tanto de lo encomiable de los caballeros, «como para magnificar el perfil bestial o inhumano de los seres más negativos»¹⁴².

En este epígrafe se ha aludido a la extensa nómina de personajes que caracteriza al género. Por ello, el propósito de las siguientes páginas es acercarse a los diferentes grupos, atendiendo a los más habituales: héroes, damas y sus diversas facetas y otros, tanto auxiliares, como el ermitaño, como oponente, los gigantes, por ejemplo, correlato del caballero desde una perspectiva negativa, y monstruos¹⁴³.

3.2.1. El héroe

Me ocurrió hace más de siete años cuando yo, solo como va el campesino, iba buscando aventuras, armado con todo el arnés como corresponde a un caballero, y encontré un camino a la derecha a través de un espeso bosque. El camino era muy malo, lleno de arbustos y de espinas, y con dificultad y con trabajo pude seguir el sendero. Así fui cabalgando durante todo un día hasta que salí del bosque; y esto pasaba en Brocelandia. Del bosque pasé a una llanura y vi una torre a eso de media legua galesa; quizá había esta distancia pero más no. Me dirigí hacia allá al trote y vi la fortaleza y el foso profundo y ancho que la rodeaba; sobre el puente, en pie, estaba aquel a quien pertenecía la fortaleza y en su mano un azor mudado¹⁴⁴.

¹⁴² José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *op. cit.*, p. 177.

¹⁴³ Para una aproximación a la tipología de los personajes, véase Eloy R. González, «Tipología literaria de los personajes en el *Amadís de Gaula*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXIX/2 (1991), pp. 825-864.

¹⁴⁴ Chrétien de Troyes, *El caballero del león*, intr. Isabel de Riquer, Madrid, Alianza, 1994, p. 36.

Estas palabras de Calogrenant, relatadas a comienzos del *Yvain* de Chrétien de Troyes, suelen ser interpretadas como una concisa síntesis de lo se será el hacer del caballero protagonista del *roman* artúrico. De ahí que se hayan considerado la primera manifestación de los quehaceres básicos del caballero protagonista. En ellas se reconocen algunos de los rasgos que se convertirán en tópicos del relato caballeresco: «solo», «buscando aventuras», «armado con todo el arnés», «encontré un camino», «en un espeso bosque», «salí del bosque», «pasé a una llanura», «vi una torre» y «la fortaleza y el foso profundo», y, «sobre el puente», «a quien pertenecía la fortaleza».

Aunque no sea el propósito del presente estudio, parece oportuna una breve síntesis de la aparición del caballero, de la evolución de la institución de la caballería y la conversión de este en protagonista literario¹⁴⁵. Antes de repasar lo intrínseco de la caballería, surge la cuestión de su delimitación, porque, en realidad, ¿qué fue la caballería? En palabras de Maurice Keen, la interpretación más extendida, la caballería era un «modo de vida en el que podemos distinguir tres aspectos esenciales: el militar, el de la nobleza y el religioso»¹⁴⁶. Pero como este investigador afirma, analizar un modo de vida es demasiado complicado, de manera que solo tenemos una definición.

La caballería, como institución, sufrió un progresivo proceso de perfeccionamiento hasta convertirse en un orden con un valor propio. Durante los siglos XI y XII la caballería sufrió una evolución, reforzada en especial por el cambio que la propia Iglesia sufrió con respecto al concepto propio de la guerra y de los guerreros, en concreto, su preocupación, debido a las invasiones musulmanas, «por el mantenimiento de la paz y el orden en la Cristiandad»¹⁴⁷. Además de esto, una serie de cambios producidos en la técnica militar —que tienen su punto álgido en el doble uso de la lanza como arma arrojadiza o para cargar con fuerza contra sus enemigos— provocan que el *miles*, el guerrero montado a caballo, cobre cada vez más relevancia en esta nueva guerra. Fruto de esto, aparece el *milites*, grupo social que muestra independencia con respecto a los demás grupos sociales, formado por hombres cada vez más importantes que alcanzan su ascenso

¹⁴⁵ La bibliografía sobre el tema es numerosa. Destacan los trabajos de Maurice Keen, de Georges Duby, Riquer, *Caballeros andantes españoles*,

¹⁴⁶ Maurice Keen, *La caballería*, Barcelona, Ariel, 2010, p. 32.

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 73.

hasta la nobleza, pues el *miles*, termino que marcaba en principio la posición social del individuo, era una especie de noble menor. Tal es así que, debido a que los miembros más importantes de la nobleza adoptaban el mismo título que los que ostentaban una condición inferior, la diferencia entre ambos quedó difusa, si bien no en el referente al ámbito económico, sí al menos por lo que respecta a la condición y al título. De esta manera, en el último tercio del siglo XII «la *militia* se transforma en caballería»¹⁴⁸. El resultado final de este proceso de ascenso de la caballería culmina con la concepción del caballero como un guerrero que destaca en el combate y que monta sobre un caballo, además de ser considerado como noble y de ejercer un servicio moral y religioso de defensa de los demás y de la fe.

Perfilados los rasgos históricos del caballero, se antoja necesario regresar al propósito original de estas páginas: la presentación de la fisonomía del héroe del género caballeresco castellano del siglo XVI, que parte de los modelos perfilados de la materia de Bretaña de finales del siglo XII. Sorprende que, entrados ya en los cambios que supuso el descubrimiento de América, quien atrajera los focos de la atención fuera un personaje literario que deba su reclamo, en gran medida, a una mezcla de aspectos míticos y folclóricos. Así, los grandes personajes como Amadís o Palmerín, adaptaciones de los modelos casi místicos que aparecían en el *roman artúrico*, se convirtieron en paradigmas de la caballería, aunque

distaban bastante de la caballería histórica, de una caballería que buscó en el ideal literario, en el misticismo de la ficción, el refugio a las amenazas que acechaban a su estamento y el símbolo distintivo que los hacía seres superiores¹⁴⁹.

En época reciente, debemos a Martín de Riquer, gran conocedor de los libros de caballerías y uno de los incitadores a explorar la materia caballeresca, una definición más actualizada:

Relatan [los libros de caballerías] las heroicas aventuras de un hombre extraordinario, el caballero andante, quien vaga por el mundo solo, luchando contra toda suerte de personas o monstruos, contra seres normales o mágicos, por unas tierras las más de las veces exóticas y fabulosas; o que al mando de poderosos ejércitos o escuadras derrota y vence ejércitos de paganos o de naciones extrañas¹⁵⁰.

¹⁴⁸ Juan Manuel Cacho Blecua, «La iniciación caballeresca en el *Amadís de Gaula*», en María Eugenia Lacarra (ed.), *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, p. 59.

¹⁴⁹ Emilio Sales, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 20014, p. 26.

¹⁵⁰ Martín de Riquer, *Para leer a Cervantes*, Barcelona, El Acantilado, 2003, p. 21.

El profesor Riquer presenta, de esta manera, un concepto más amplio del caballero artúrico y lo actualiza a su tiempo, el siglo XVI, en el que este, además de la soledad buscada para encontrarse con las aventuras necesarias para justificar su ser y su condición, añade la obligación actual, propia de su tiempo, de capitanear «poderosos ejércitos» y de convertirse en caballero cruzado que lucha contra la gran amenaza del invasor infiel, ideales que se ajustan en gran medida a la idea imperial del rey Carlos, doctrinas que aparecen defendidas sobremanera en *Espejo de cavallerías*.

El sabio académico amplía los rasgos del caballero andante:

Un ser de fuerza considerable, muchas veces portentosa e inverosímil, habilísimo en el manejo de las armas, incansable en la lucha y siempre dispuesto a acometer las empresas más peligrosas. Por lo común lucha contra el mal —opresores de humildes, traidores, ladrones, déspotas, infieles, paganos—, pero su afán por la acción, por la «aventura», es también una especie de manera de necesidad vital y de anhelo por imponer su voluntad en el mundo. Además de su valentía, una de las virtudes del caballero es el sentido de la justicia, muchas veces exagerado y desquiciado. Y en este constante luchar del caballero constituye una serie ininterrumpida de sacrificios y de esfuerzos que son ofrecidos a una dama, con la finalidad de conseguir o conservar o acrecentar su amor¹⁵¹.

Con estas palabras queda perfilado el exhaustivo retrato del caballero andante, uno de los protagonistas literarios más atractivos y relevantes de la literatura medieval y renacentista, y que sirvió de base para la aparición de la novela más universal de las letras hispánicas. Hoy en día es aceptada la caracterización del caballero conforme a distintos aspectos. El más característico se ajusta al perfil de guerrero, bien como infatigable escudriñador de aventuras, bien como cruzado que defiende la fe cristiana y, sobre todo, como viajero errante que espera con paciencia las novedades que le depara la fortuna. Pero no es el único rasgo de este interesante protagonista, pues, como no puede ser de otra manera, se ha actualizado a su tiempo y se muestra como un caballero cultivado, tanto en el protocolo cortesano como en sus dotes musicales y literarias. La excusa para cumplir con tal cometido es el amor, pues es necesario que su dama sea conocedora de todo lo bueno que este

¹⁵¹ *Ibidem*.

logra. Por lo que se puede resumir que todo su buen hacer tiene como objetivo primordial, y casi único, alcanzar la fama necesaria¹⁵².

Este héroe literario es portador de una serie de cualidades que, en cierta medida, se ajustan a una imagen casi mística de un personaje real. Lo primero que hicieron los autores fue eliminar todo lo negativo —la vileza, la pereza, la malevolencia, la cobardía— para centrarse en los aspectos más positivos y, por tanto, con más posibilidades literarias: la valentía y la generosidad, el alto sentido de la justicia, la lealtad —política, religiosa y amorosa—, la mesura y la cordura, todo ello encuadrado dentro de una reiterada humildad. Pero eso no era suficiente. Para que este protagonista pudiera ejercer su propia naturaleza, los autores crearon un mundo imaginario en el que era posible encontrar todo tipo de maravillas. Todo preparado y justificado para la victoria del héroe¹⁵³.

No se puede obviar que la mayoría de ellos son descendientes de un linaje prominente, de manera que «el caballero vale tanto cuanto vale la familia»¹⁵⁴. Esto obliga al héroe a sufrir una doble presión: por un lado, pertenecer a este y, por otro, la necesidad perentoria —vital se podría añadir sin miedo a equivocarse—, de buscar a venturas con el afán de superar a sus progenitores, quizá el reto más difícil que debe superar. El caballero se ve forzado a vivir múltiples aventuras, en las que mostrará todas las buenas cualidades «heredadas de sus antepasados a quienes superará»¹⁵⁵. Esta es la causa que explica que el caballero apenas cuente con tiempo para el descanso, salvo con las lógicas excepciones de reponerse de unas heridas o de un combate excepcional —para ello, recurre en ocasiones a la ayuda de un habitante de lugares apartados, como un ermitaño o un grupo de pastores—, o

¹⁵² José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales Dasí exponen la que, a nuestro entender, es la clasificación más completa del caballero. Estos estudiosos reducen a tres las representaciones: Caballero errante sin rumbo fijo que busca aventuras para probarse a sí mismo y lograr fama, que además está enamorado. Caballero cruzado contra el adversario genérico, ya sea infiel o pagano u oriental. Y, por último, el caballero aventurero, también errante, que busca la aventura por la aventura en un universo donde la fantasía ha sustituido el simbolismo inicial de la caballería. (Lucía Megías y Sales *op.cit.*, p. 185 y ss.). Como se trata de una clasificación genérica y aplicable al conjunto de obras que forman el corpus caballeresco, se ha optado por adaptar el presente estudio a aquellos aspectos que sí se recogen en ella, y se han obviado aquellos que tienen un usoposterior, en especial la última característica más fantástica. Así, el análisis de los caballeros protagonistas se ha hecho a partir de la concepción de errante, enamorado y cruzado. A estas se han unido la de guerrero, de manera que se analicen las dotes de mando de los caballeros y su participación en batallas campales, habitualmente colectivas.

¹⁵³ Emilio Sales, *op. cit.*, p. 20.

¹⁵⁴ J. M. Cacho Blecua, *op. cit.*, p. 71.

¹⁵⁵ J. M. Cacho Blecua, *op. cit.*, p. 72.

alguna penitencia o promesa de amor, o por último, es víctima de un sortilegio que lo retiene. En palabras de Juan Manuel Cacho Blecua,

Los héroes caballerescos, nacidos de ilustre linaje y predestinados a su heroicidad, se hacían acreedores a su genealogía —antepasados, nombre, herencia— con sus hazañas¹⁵⁶.

El caballero, como defensor convencido del orden social y religioso establecido, está obligado —o casi se podría deducir que se trata de un compromiso autoimpuesto— a defenderlo contra todo aquello que suponga una amenaza. Los autores, aunque como se ha indicado beben de la tradición heroica para perfilar a sus héroes, no están exentos de la obligación de actualizar sus obras a los nuevos tiempos. Como rasgo novedoso, el caballero, además de errante, en ocasiones, siempre y cuando la ocasión lo requiera, se convierte en caudillo de un grupo de hombres que quedan a su cargo. La excusa más habitual consiste en enfrentarse y vencer, como decía el profesor Riquer, a escuadras de paganos o de naciones lejanas. La afamada *queste* del Santo Grial, protagonizada y obtenida por Galaz, introdujo una dimensión espiritual, y casi mística, a la labor del caballero, quien debía aunar la dicotomía de los valores mundanos y los religiosos de su profesión. Esta idea de guerra, extendida en la literatura caballerescas del XVI por las *Sergas de Esplandián*, de Garci Rodríguez de Montalvo, y por el *Florisando*, de Páez de Ribera, se explica por los ideales imperantes durante las primeras décadas de la centuria, años en los que todavía perduraba «el espíritu mesiánico de los Reyes Católicos»¹⁵⁷.

Un motivo frecuente son los combates entre cristianos y paganos, batallas descomunales en las que se hace especial hincapié en la superioridad numérica de los infieles, desproporcionada e increíble en algunos casos. Estas luchas servirán como escaparate para mayor gloria de los caballeros protagonistas. En un primer momento, sirven para descubrir al héroe como entregado a la causa colectiva, sometido al bien común por encima de sus intereses particulares. Convertido en líder de un grupo armado, este momentáneo capitán mostrará virtudes nuevas, exigidas por las circunstancias. Planificará la estrategia más apropiada para derrotar

¹⁵⁶ Juan Manuel Cacho Blecua, «La iniciación caballerescas de Don Quijote», *Philologia Hispalensis*, 18/2 (2004), p. 25.

¹⁵⁷ Emilio Sales, *op. cit.*, p. 34.

a su numeroso enemigo, o, de manera astuta, lo provocará para que este sea víctima de una astuta estratagema. En definitiva, esta desigualdad numérica en cuanto a los efectivos provocará en el caballero un despliegue de su saber militar más actual y necesario, además de su intrínseco ardor guerrero.

Como último aspecto del perfil guerrero y aventurero del caballero está su cualidad de viajero errante a lomos de su montura. Se trata, sin duda, de la imagen más extendida de la estampa caballeresca, en parte por el tratamiento que se hace de la misma en las inmortal estampa de Don Quijote. Si bien es cierto que desde la tradición artúrica —como se ha podido percibir en el relato de Calogrenant— el caballero debe enfrentarse a una sucesión casi interminable, y en casos ininterrumpida, de sucesos inesperados, no lo es menos deducir que todos ellos están preparados para que el héroe artúrico despliegue todas sus cualidades guerreras. En la literatura hispánica, como no puede ser de otra manera, a partir del modelo de Amadís, el esquema es muy sencillo y repetitivo, pues se ajusta siempre a los mismos pasos: el caballero, inmerso en una carrera continúa por superar aventuras y lograr fama, no se detiene ante nada, de manera que, en un espacio que le es del todo desconocido —aunque sepa de oídas el nombre, como por ejemplo, las Selvas de Ardeña—, se somete a la voluntad de la fortuna y a lo que ésta le tenga preparado, pues será la manera más óptima para hacer alarde de sus cualidades más innatas¹⁵⁸.

Para completar este perfil, no debe olvidarse uno de los motores que hacen girar la maquinaria caballeresca: el amor. Parecen oportunas las palabras de E. Auerbach: «Sólo hay dos temas que pueden considerarse dignos de un caballero: hechos de armas y amor»¹⁵⁹. A partir de los postulados de este investigador, ambas razones forman parte de la esencia misma del caballero perfecto, quien, sin superar aventuras y combates y sin estar bajo la prisión del amor, «se perdería y dejaría de ser un caballero». De nuevo según sus indicaciones, el mayor logro que tiene la

¹⁵⁸ Con el avance de la centuria, el tipo se ajusta a los nuevos tiempos, de manera que, en una evolución progresiva, el caballero se convierte cada vez en más coresano y tendrá nociones de música, poesía, protocolo y demás. Para ampliar esta información, se recomienda el trabajo de Alberto del Río Nogueras, «Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de cavallerías», *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 Outubro 1991)*, vol. IV., Organização de Aires A. Nascimento e Cristina Almeida Ribeiro, Lisboa, Edições Cosmos, 1993, pp. 73-80.

¹⁵⁹ Eric Auerbach, «La salida del caballero cortesano», en *Mimesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 136.

épica medieval, ya que según él la poesía antigua le concedió una relevancia media, es el de haber elevado la categoría del amor y haberlo fundido con «lo estamental-heroico»¹⁶⁰. De esta manera, el amor cuenta con una importancia capital dentro del género caballeresco, pues no sólo es uno de los ejes narrativos, sino que además influye en la temática al tratarse de uno de los principales móviles de los personajes y generador de no pocas aventuras¹⁶¹.

El modelo amadisiano intensificó esta relación aún más, de manera que, en las primeras obras de la centuria, caballería y amor aparezcan como esencias indivisibles. La dama, tal y como queda fijado por la figura de Oriana, es la que impulsa la energía del caballero a alcanzar sus logros, exigidos la mayoría como prueba de su fidelidad amorosa y de su obediencia, tal y como quedaba fijado en el código del amor cortés. Al igual que en las novelas artúricas, «el amor implica una renovación del ser y un acrecentamiento del valor»¹⁶².

Dicho lo cual, no se debe obviar el segundo anhelo que impulsa la acción caballeresca es la fama: «La ambición de fama y el cuidado de mantenerla y dilatarla es afán constante de los caballeros»¹⁶³. Todo queda resumido en que el caballero no sólo «trata de ser el mejor, sino de que lo sepa todo el mundo»¹⁶⁴.

Tras estas pesquisas previas, en parte necesarias para poder interpretar la relevancia del caballero andante como protagonista literario, se ofrece un análisis de los héroes que protagonizan las hazañas en el *Espejo de cavallerías*. Como bien aparece en el título —una muestra clara de la intención comercial que también impulsaba los libros de caballerías como género editorial¹⁶⁵—, los dos principales caballeros son Roldán y Renaldos, de sobra conocidos por sus aventuras, a los que se añade, como muestra del relevo generacional característico del género, al joven Rugiero, quien, en el último tercio de la obra, cobrará más y más relevancia, conforme avanza el devenir de las aventuras y maravillas.

¹⁶⁰ *Ibidem*, p. 138.

¹⁶¹ Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadis de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987, p. 120.

¹⁶² Juan Manuel Cacho Blecua, *Amadís: herismo mítico-cortesano*, Madrid, Cupsa Editorial, 1979, p. 178.

¹⁶³ M^a Rosa Lida de Malkiel, *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 261.

¹⁶⁴ Emilio Sales, *op. cit.*, p. 33.

¹⁶⁵ Para un análisis de los libros de caballerías como género editorial, con la diferencia entre texto y libro, conocer algunas estrategias editoriales y demás aspectos relacionados, se recomienda el imprescindible estudio de José Manuel Lucía Megías, *De los libros de caballerías manuscritos al Quijote*, Madrid, Sial, 2003.

3.2.1.1. Roldán

Roldán, sobrino de Carlomagno, es posiblemente el héroe más famoso de la épica medieval francesa —con permiso de Guillermo— y, con toda probabilidad, de la europea, en un escalafón similar a Arturo, Lanzarote y otros miembros destacados de la materia de Bretaña.

El éxito y la fama literaria del personaje¹⁶⁶ surgió de la tradición creada a partir de la *Chanson de Roland*, poema épico, difundido ya en el siglo XI —pero que es casi seguro que ya existiera en el X—, que corona la literatura francesa de la época. No este el lugar para analizar la relevancia y la difusión de este cantar de gesta ni la influencia que tuvo en el resto de literaturas románicas europeas. Basta con recordar estas indicaciones de Gustave Cohen era entender el contexto en el que tal cantar se gestó y para recordar su relevancia:

Lo cierto es que entonces la literatura francesa, primera en fecha de las literaturas modernas de Europa, se halla constituida, dotada de obras que son ya obras maestras, verbigracia la *Canción de San Alejo*, o la *Canción de Rolando*, nuestra *Iliada*, lo cual supone autores de extensa y profunda cultura, técnica muy sabia y seguros de alcanzar un público muy amplio¹⁶⁷.

El Roldán protagonista del *Espejo de cavallerías* continúa, en parte, la tradición medieval en la que nació. Es el paladín más relevante, sin duda el tronco narrativo del que derivan los otros episodios. Bien es cierto que los rasgos fundamentales de su carácter se dan por sabidos. Dicho esto, en realidad se ajusta con más fuerza a la tradición italiana, algo distinta de lo que aparece en el cantar épico. Se trata de un Roldán independiente, que no duda en anteponer sus propios deseos —condicionados por el amor que siente hacia Angélica— a sus obligaciones caballerescas.

¹⁶⁶ Así lo presuponen los descubrimientos, en los registros de la época, de parejas de hermanos a los que, durante el siglo XI, pusieron el nombre de la pareja de protagonistas: Roldán y Olivier. Para más datos al respecto, véase Dámaso Alonso, «La primitiva épica francesa a la luz de una *Nota emilianense*», en *Obras completas. Vol. II. Estudios y ensayos sobre literatura*, Madrid, Gredos, 1972, pp. 225-319.

¹⁶⁷ Gustave Cohen, *La vida literaria en la Edad Media*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 23.

Agricán, un rey pagano que llega a París allende los mares para atacar a Carlomagno y todo lo que este representa, se dirige a él durante su primer encuentro con estas palabras

pues ya sé que eres Roldán, aquel que por el mundo es tan nonbrado. [XXXII, 387]

No necesita presentación y, por tanto, desde su primera aparición en la corte de Carlomagno, protagoniza una tras otra el número más elevado de aventuras. Su comportamiento es el que se espera, un aguerrido combatiente que no tiene miedo a la lucha —aunque sí es consciente del peligro e incluso llega a sentir miedo; asimismo, refleja su carácter altivo desde el inicio de la obra, como muestra el incumplimiento del puesto en el que intervendrá para conseguir el favor de Angélica. Como ejemplo, después del sorteo, se muestra abatido porque intervendrá en trigésimo lugar; pero, como se espera de él, incumple el orden y sale a escondidas de París para merecer a Angélica.

Al tratarse de un héroe conocido por todos, no está obligado a experimentar el itinerario habitual que debe completar el héroe, según el modelo difundido por el *Amadís*, por otra parte habitual en la mayoría de relatos heroicos sea cual sea su origen y época: es fruto de un amor y una concepción secretos, abandono por temor de la madre, educación en secreto, primeras aventuras para lograr un nombre y la pertenencia a un linaje, acercamiento progresivo al centro más relevante, aventura para superar el rito iniciático y demás. Nada de esto es necesario en el caso de Roldán, el público ya sabe cuáles son sus orígenes, dónde se encuadran sus hitos y en nombre de quién.

El Roldán protagonista del libro de caballerías hispánico de 1525, ajustado en este aspecto a la tradición italiana en la que se inserta, aparece derrotado por completo por el amor a primera vista de Angélica la Bella. Nada más ver su entrada en la corte de Carlomagno, el héroe queda atrapado por la hermosura de esta. Desde esta primera aparición, la hija de Galafrón, sabedora del efecto que provoca su beldad, no duda en hacer uso de la misma para condicionar el comportamiento de la mayoría de los caballeros de la corte. En concreto, Roldán, con el propósito de alcanzar una fama que llegue hasta ella, buscará y se enfrentará a todas las aventuras que le sea posible; es tal su obsesión, que incluso olvida sus

obligaciones para con el Emperador y, en lugar de acudir a París en auxilio de su tío, se adentrará aún más en las Selvas de Ardeña, en busca de aventuras o también manipulado por la astucia de la fémica.

A continuación, se analiza el personaje de Roldán conforme a los aspectos propios del héroe protagonista de los libros de caballerías: aventurero y andante, caballero, cruzado, enamorado y protagonista de episodios extraordinarios¹⁶⁸. A estos se une el de guerreo, según los propósitos ya explicados.

3.2.1.1.1. Aventurero-errante

se salió de París solo sin ninguna persona lo saber e sin la seña del cuartel por ser más encubierto. E vase buscando las Selvas de Ardeña por una parte e por otra sin un rato descansar. (IX, 253)

Esta es la primera aparición en escena de Roldán como protagonista. Cabalga solo, «sin ninguna persona lo saber», nervioso e impulsado por las ansias de acometer el combate, en el que se sabe vencedor, y, de ese modo, alcanzar el preciado don de la prueba: la bella Angélica. Tal es su estado, derrotado por las fuerzas del amor, que no duda en incumplir el orden obtenido en el sorteo. No puede esperar que llegue su tardío turno.

En esta misma presentación inicial, junto con la soledad en su cabalgar, se menciona la segunda cualidad que caracteriza el carácter aventurero y errante que implica la caballería. El caballero necesita adentrarse en una tierra exótica y repleta de peligros, que se asocia a la sucesión interminable de aventuras y en la que tienen cabida maravillas de toda índole. El lugar elegido son las Selvas de Ardeña, o Armenia, geografía hartamente conocida y que encierra estas posibilidades.

Este itinerario aventurero le conducirá por una geografía complicada, alejada de la corte de Carlomagno y, por tanto, de sus obligaciones para con su tío, de manera que, en aras de alcanzar la fama necesaria para que Angélica acceda a su deseo amoroso, Roldán viaja por un territorio amplio que se extiende desde las

¹⁶⁸ Como ya se ha indicado, para el análisis de estos tres héroes protagonistas o de mayor incidencia narrativa en la obra, se ha tomado como guía el esquema propuesto por José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales para el comentario que ofrecen del tipo en su estudio *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008, pp. 179-190.

Selvas hasta la ciudad de Albraca, donde Angélica se ha atrincherado para defenderse del ataque de Agricán de Tartaria.

Pero no se detiene aquí el avance del caballero. Si Amadís había agrandado su fama en tierras lejanas como Alemania, e incluso se había desplazado hasta Grecia, y su hijo Esplandián había destacado en la corte de Constantinopla, en un claro indicio de desplazamiento hacia Oriente, el propio Roldán también dirige sus pasos hacia cortes orientales, acompañado de Angélica. En concreto, después de atravesar Siria, Armenia y otras regiones limítrofes, llega a la isla de Chipre; allí participa en un torneo en favor del rey Norandino de Damasco eso sí, bajo el nombre de Rotolante, cumpliendo así con otro de los preceptos caballerescos:

[Roldán] noches y días con su donzella no dexava de caminar; ya havia pasado la Persia y la Mesopotania, dexando a mano derecha la Armenia, e llegó fasta la Suria sin ningún impedimento ni batalla. E como se fuesse para la mar por ver si avía recaudo para passar en Francia, vido un grande e fermoso navío, el qual estava muy ricamente bastecido; e preguntando el conde para dó quería ir el navio, fuele dicho cómo el rey de Damasco, llamado Norandino, iva a los torneos de Chipre por exercitar su persona en las armas, movido por amores de una fermosa donzella que el precio del dicho torneo era. (LXXVI, 599)

3.2.1.1.2. Guerrero

El caballero protagonista de los libros de caballerías, heredero de una larga estirpe épica y perteneciente a una tradición guerrera, destaca durante el combate por una serie de cualidades intrínsecas a su actividad y a su linaje: dotado con una fuerza descomunal, hábil en el manejo de las armas y con una agilidad que le permite vencer con cierta rapidez a enemigos más fuertes pero al mismo tiempo más pesados, incansable durante la lid. Es evidente la esencia hiperbólica que se asocia a esta caracterización. Tal es así, que el propio López de Santa Catalina intenta involucrar al lector y atraer su atención para hacerle partícipe de la misma:

¡O, Santo Dios, quién viera la fuerça terrible del valeroso conde don Roldán! (XXVII, 362)

En el primer envite, al enfrentarse con Ferraguto, joven pagano hijo del rey Marsilio de España, Roldán ya muestra su tarjeta de presentación:

[Roldán] echa el escudo a las espaldas e toma con ambas las manos a Durindana; e los dientes unos con otros apretando, se alça sobre la silla e da tan grandíssimo golpe a Ferraguto sobre el encantado yelmo de Argalia, que fuera de todo su sentido se abraçó al pescueço de su cavallo; e como el cavallo tan gran tormento del golpe ovo, buelve corriendo con su señor por el campo, que fue gran maravilla no caer d'él Ferraguto. Roldán, que con el gran corage que de sus razones passadas tenía, le siguió por le acabar de matar. (IX, 256)

Como caballero cristiano, sus principales adversarios serán aquellos que amenacen el orden establecido que debe, por obligación y convicción, defender. Estos paganos se llevarán, en general, la peor parte. Un caso que merece destacar es la derrota de Agricán de Tartaria. Este monarca pagano será derrotado por esta lucha de confesiones, como una concesión a la consabida propaganda política y religiosa que defienden estos textos caballerescos castellanos. Pero, además, porque supone un obstáculo, no sólo para el deseo amoroso de Roldán, sino en especial contra la supervivencia de la propia Angélica. El asedio al que somete a la hija de Galafrón es motivo suficiente para que el francés se esfuerce con ahínco en alcanzar la derrota; pero no es el único motivo, ya que Roldán, deseoso de mostrar su valía a Angélica, avergonzado por la resistencia mostrada por el Emperador, se esmerará en alcanzar sus logros de una manera definitiva:

tomole tanta furia, que fuego parecía echar por los ojos [Roldán], e soltando el escudo a sus espaldas, tomó el espada a dos manos e dio tal golpe al fuerte Agricán sobre el yelmo, que aunque le no firió porque el yelmo era encantado, le sacó fuera de todo su sentido, los cascos de la cabeça fechos casi menuzos, e dio con él de manos en el suelo. (XXXII, 388)

En un afán por equiparar las cualidades casi sobrenaturales de tales guerreros, es habitual que estos autores de libros de cavallerías doten a los adversarios de habilidades similares a las de los caballeros protagonistas, no sólo para mantener la atención del público con el atractivo de una contienda igualada, sino también para incrementar el logro de derrotar a semejante contrincante. Es por esto que los combates pueden durar jornadas enteras, rozando incluso las poco vivificantes horas nocturnas.

Cuando tiene lugar tal enfrentamiento, la calidad de los combatientes no escapa a nadie. No solo sirven para agradar al público, lector u oyente, sino que se hace extensible, como muestra del carácter hiperbólico que rodea a estas narraciones, a los propios personajes menores que aparecen en las obras, los cuales, atraídos por el ruido provocado por el choque de los aceros, cesarán en su propio combate para

asistir, como espectadores de lujo, al intercambio interminable de mandobles. Así sucede durante la extraordinaria lucha entre Roldán y Rodamonte el Africano, un gigante que ha llegado a Francia con el propósito —como no puede ser de otra manera— de acabar con Carlomagno, su corte y los Doce Pares. Es tal la duración y la calidad de los envites, que el resto de contendientes no dudará en detener sus luchas para contemplar, como si de un grupo de espectadores de excepción se tratara, la maravilla bélica que tiene lugar ante ellos:

Gran parte de la gente estava parada, dexando de pelear por ver una tan cruel y golpeada batalla, que cada golpe de los que se davan bastava para hender un mármol fortíssimo. (LXXXI, 631)

Ya se ha sugerido cómo estos libros de caballerías, en consonancia con el ideal de guerra santa promocionado por los Reyes Católicos y por los cambios en la técnica militar, evolucionan y convierten a sus paladines en capitanes o caudillos de un grupo de hombres. De esta manera, en los relatos caballerescos cohabitan los combates individuales con los enfrentamientos colectivos, con la manida excusa de una amenaza pagana contra la corte del rey cristiano.

Es en este escenario donde el caballero despliega de nuevo todos sus recursos. Roldán acude raudo a Albraca, villa en la que se ha atrincherado Angélica la Bella por temor a Agricán y desde la que sale en busca de su ayuda. En medio del asedio avista la ciudad sitiada, al tiempo que los paganos divisan la escuadra del sobrino de Carlomagno. Éste no duda en travesar el último escollo que debe superar para lograr que su amada quede a buen recaudo de sus fieros enemigos:

[Roldán] dexando el escudo a las espaldas, tomó su espada a dos manos y éntrase por sus enemigos, que parecía un rayo de fuego que ninguna resistencia fallava, matando e firiendo quantos topava, que todos fuían d'él como del demonio infernal. En este comedio se topa con Radamanto, que a él con ánimo fiero se acercava; y como el esforçado don Roldán le vido, con la espada le da tal golpe por la cintura, que arma ninguna no le valió que la espada no le cortase fasta las entrañas. (XXVII, 362)

Pero no se para ahí el ardor guerrero del deseoso enamorado, pues,

se mezcla [Roldán] por lo más rezio de sus enemigos, e fallose con el rey Saritrón, e diole tal golpe por cima del yelmo, que la cabeça le hendió hasta los ojos; y de allí, la espada sangrienta, echando fuego por la visera, no perdonando a grande ni chico, haze a quantos ante sí falla morir mala muerte. (XXVII, 362)

Cinco son los reyes y grandes señores, además del envite casi definitivo que le ha brindado al propio Agricán, que caen muertos por la espada del Conde, cuenta más que suficiente para mostrar la valía del buen francés:

No fue cosa de mayor espanto en el mundo que la furia del conde don Roldán entonces, que contra su espada no valía armadura ni desmedida fuerza que todo no lo despeçase e destruyese admirablemente. (XXVII, 363)

3.2.1.1.3. Cruzado

e otros dezían que no bolverían aunque supiesen padecer alguna pena, que más querían que los tuviesen por covardes que no tornar a se ver con don Renaldos e con su gente, que no le llamavan sino Sepultura de paganos. (X, 262)

Ya se ha mencionado el carácter de cruzada que adquieren algunos de los episodios de estos libros de caballerías durante los primeros decenios del siglo XVI. Esta evolución supuso también una ampliación en las obligaciones del caballero, ya que, junto a las consabidas de los ámbitos guerrero —como el ardor, la valentía y la fuerza— y social —ayuda a los necesitados, en especial doncellas o mujeres menesterosas—, ahora añadían a su currículum las capacidades bélicas para derrotar a las huestes paganas, muy superiores en número de acuerdo a las normas del género, y la novedad de sus facultades evangelizadoras.

Es este último aspecto el que merece ser destacaddo. En el episodio del enfrentamiento de Roldán con Agricán de Tartaria —uno de los más interesantes de toda la obra como amalgama de las virtudes y comportamientos del caballero—, el francés insiste en convencer al pagano para que se convierta a la fe cristiana, de manera que asegure la salvación de su alma, pues su cuerpo merecerá el final que su propia existencia y actos han cosechado:

Por cierto, buen cavallero, uno de los buenos que armas trae, otra pena de ti no tengo sino que eres venido a lugar donde morirás; e del morir no fago cuenta, que común cosa es a todos, mas que morirás sin ser cristiano, de lo cual me pesa que tan buen cavallero como tú eres pierda al ánima, que sobre todas las cosas del mundo más se á de guardar; e porque veas en quanto te estimo e quanto te precio, recibe el sancto baptismo con fe de coraçón puro e linpio, e vete a la buena ventura con fe de cavallero, que te doy de jamás serte contrario ni enojarte, ante por verdadero hermano tenerte. (XXXII, 385)

Como no puede ser de otra manera, la respuesta inicial ha de ser negativa:

Ora pues que assí es, don Roldán —dixo Agricán—, no cunple que gastes tiempo en vano en me hablar de cristiandad, sino cada uno, por vencer al otro, ponga sus fuerças. (XXXII, 385)

Pero no es Roldán alguien que se deje vencer por la primera contrariedad, por lo que insistirá de nuevo en su empeño, hasta que su adversario, en realidad con cierta molestia y hastío por la obstinación de este, zanje, en principio de manera definitiva, la cuestión:

e todo mi exercicio fue fasta agora entender en fechos de armas e peligrosas batallas, y en estos fechos fuelga e descansa mi corazón, e no en otros. (XXXII, 386)

En este punto, todo da a entender que no será posible el entendimiento entre ambos. Pero todo cambia después de que Roldán, apesadumbrado por la resistencia de su contrincante y preocupado por lo que al respecto pueda pensar Angélica, descargue el golpe definitivo a Agricán, quien, asustado por la pérdida más importante que la propia vida, no duda en demandar:

¡O, maravilloso cavallero, el mejor que en el mundo ay! Baptízame en aquella fuente antes que mi ánima se me arranque, que agora creo que Jesucristo crucificado es el verdadero Dios y Señor, en el cual me encomiendo que aya merced de mí. (XXXII, 389)

Victoria doble y definitiva para el paradigma de los paladines carolingios.

3.2.1.1.4. Roldán, «loco» de amor

La entrada en escena de Angélica altera, como no puede ser de otra manera, la estabilidad de la corte de Carlomagno. No solo será la causa del abandono de la misma de Roldán y los demás pares —una merma muy considerable y de la que se resentirá el monarca cuando sea atacado por sus enemigos—, también supone el final de un periodo de descanso y la interrupción momentánea de la celebración de la venida de la Pascua.

El efecto que provoca en quienes la miran es impactante y ella es conocedora de ello:

Todos bolvieron los ojos por la mirar, ca cierto más parecía divina que humana, que, allende de venir muy ricamente ataviada, parecía su rostro una luziente estrella. (II, 231)

Roldán, que asiste al banquete convocado por su tío el Emperador, no escapa del encanto de la joven doncella cuando esta se ofrece como botín para quien consiga derrotar a su hermano Argalia. Apenas la ve, cae prisionero de un amor a primera vista, cumpliendo, por otra parte, con una de las condiciones de todo caballero cortesano:

que con un corazón vencido [Roldán] la mirava sin se cansar. (II, 232)

A partir de ese momento, las dudas y los nervios propios del joven enamorado se apoderarán del caballero, hasta llegar incluso a alterar su voluntad:

no vían la hora los tres susodichos cavalleros [Ferraguto, Renaldos y Roldán] de verse en el campo con Argalia, en especial don Roldán, cuyo corazón estava ferido de la dorada frecha de Cupido. (IV, 236)

Del mismo modo que Roldán destaca sobre los demás en cuanto a su arrojo y valentía, así se mostrará como el más leal y comprometido de los amadores, sin duda, el más enamorado de todos. Tal es así que, como ya se ha mencionado con anterioridad, no puede esperar que llegue su turno —ocupa el puesto treinta— para intentar conseguir a Angélica, por lo que sale a escondidas de París.

A partir de este momento, con un corazón «herido por la dorada frecha de Cupido», el comportamiento de Roldán adquiere, en una progresión irrefrenable, un carácter cada vez más condicionado por este sentimiento y se acerca a la enajenación, como tan magistralmente recoge el título del poema de Ariosto. Ciertamente resulta fácil percibir cómo la intervención de las doncellas causa un profundo efecto en los caballeros y que estos se enfrentan a todo tipo de pruebas para demostrar su valía a ojos y oídos de sus damas. Pero Roldán, caracterizado según la tradición épica como un héroe propenso a los extremos, altera de manera considerable su comportamiento.

Como muestra de lo que será la relación que entre ambos se desarrolla durante toda la obra, resulta oportuno detenerse en la primera ocasión en la que ambos coinciden. En el capítulo IX, después de salir a escondidas de París, Roldán se

adentra en las Selvas de Ardeña y, conducido por una fortuna favorable, encuentra a Angélica que descansa. El efecto de tal contemplación es el esperado, por lo que el caballero, ajeno a toda lógica, se queda paralizado, deleitándose con la escena. Como primer indicio de su obsesión amorosa, parafraseando al propio Calisto, no duda en referirse a la hija de Galafrón como

Este es mi perfecto paraíso. Esta es mi segura holganza. Este es mi acabado deleite (IX, 254).

Como la inactividad no es propia de caballeros, apenas un instante después, aparece Ferraguto, afectado por similares intenciones. El combate no se hace esperar, pero, para sorpresa del francés, Angélica se despierta y los abandona, pues ella, herida igualmente de amor, va en busca de Renaldos, ya que ha bebido el agua mágica que vuelve en amor todo rechazo inicial. Cesa la lid entre ambos, por lo que Roldán cabalga tras su enamorada, a la que alcanza en apenas unos pasos. Para sorpresa de este, la doncella no muestra interés alguno en que entorpezcan sus búsqueda, por lo que no duda en usar su magia y, puesto el anillo en su boca, «desapareció de la vista de don Roldán» (IX, 257).

El esquema general de la obra aparece en las líneas que López de Santa Catalina añade a continuación:

E d'esta manera se fue Angélica camino de su tierra, pensando qué manera ternía para alcançar el amor de don Renaldos de Montalván; y el conde don Roldán, en pos d'ella, jurando por la fe de Jesucristo de jamás bolver en Francia fasta la aver. (IX, 258)

Esta búsqueda constante es la que provoca que Roldán, como si de un joven enamorado se tratara, sufra las consecuencias de las intenciones de Angélica, quien se muestra como controladora absoluta de la situación. No muestra reparos en manipular la conducta del paladín, siempre en busca de su beneficio: bien para encontrar a Renaldos y provocar el encuentro con él —no debe olvidarse que el de Montalbán la rehúye porque el líquido mágico causa en el de Montalbán el efecto contrario—, bien para salir victoriosa o huir del asedio de sus adversarios.

En cierto modo, la influencia de Angélica es tal, que Roldán se muestra, en general, como confiado de la buena voluntad de esta, desconocedor de sus verdaderas intenciones. La confianza que tiene es sí mismo es tan fuerte que, en

cierta medida, se transforma en un hombre crédulo de todo cuanto ella le solicita. Su ingenuidad es sincera, por lo que nunca llega a sospechar que en realidad está siendo manipulado por Angélica. A lo largo de la obra, sabedora del control que ejerce sobre él, la dama practicará una especie de juego del gato y el ratón, en el que alternará apropiadas insinuaciones y promesas del galardón final, si cumple su voluntad, con manipulaciones y reproches. Como muestra de las primeras, la propia Angélica arma a su caballero con suma delicadeza, sin saber que en realidad va a enfrentarse con su amado Renaldos:

y ella [Angélica] con sus mismas manos sobre la cabeça [a Roldán] le puso la devisa, la cual era un infante desnudo por muy gentil arte fabricado, ligados los ojos con una venda y un arco dorado con una dorada frecha en las manos. (XLIV, 433)

El manejo de la voluntad de Roldán —que ella ejerce con suma maestría— queda patente cuando la dama quiere alejarlo a toda costa de Renaldos, con quien ha entablado un fiero combate precisamente acuciado por este amor que profesa a la dama. Con la esperanza de no volver a verlo más, hace uso del don que le prometió cumplir y lo envía al Engañoso Jardín de Falerina, sin que él sospeche nada:

que bien cierta soy que don Roldán no bolverá jamás de donde va porque no le bastará esfuerço a acabar el aventura que yo le encomendé (XLVII, 451)

Pero este sentimiento sufrirá un cambio cuando la ocasión lo requiera, si bien Roldán no conocerá la verdad de la solicitud. Angélica se encuentra recluida en la villa de Albraca durante gran parte de la obra, donde se resguardará de los duros asedios a los que es sometida, primero por Agricán de Tartaria y después por Torindo. Roldán no ha cejado en todo momento de superar las distintas pruebas que le han surgido hasta llegar al refugio de su enamorada. Al enterarse esta de la vuelta de Renaldos a Francia, sin ningún miramiento, no duda en manipular de nuevo al enamorado para lograr su verdadero propósito: encontrarse con el de Claramonte. Primero, tras comprobar que su intención inicial no ha tenido éxito, cambia de estrategia y no duda en manejar al confiado Roldán y lo ablanda con suaves palabras al recordarle que «por vos esperar en este lugar he passado los mayores temores e dolor del mundo» (LXXIII, 585).

En esta ocasión, su plan es ir más allá, quizás porque ella es víctima también de los sucesivos rechazos del señor de Montalbán. Es un todo o nada, por lo que propone a Roldán

que pongamos fuego a esta villa e fuerte castillo; y pues soy vuestra, vós, señor, me llevaréis a vuestra tierra, donde, sin çoçobra alguna, a cabo de tantos trabajos reposemos. (LXXIII, 585)

La suspensión transitoria del buen juicio de Roldán, provocada por la presencia de Angélica y el amor que por ella siente, será aprovechada por otros personajes a lo largo de la obra. En concreto, dos serán los que intenten sacar provecho de la coyuntura y saldrán victoriosos por medio de engaños. Destaca el caso de la doncella que, no una sino en dos ocasiones, consigue engañarlo y quitarle el caballo, dejándolo a pie, después de que él la haya liberado de dos peligros, primero del caballero que la retiene atada a un árbol, y segundo.

Algo similar sucede con el ladrón Brunelo, enviado por Agramante para robar el anillo mágico a Angélica. Después de robar la alhaja maravillosa, durante su huida, se entretiene con burlas hacia Marfisa, que no lo puede alcanzar. De pasada, reconoce las preciadas armas de Roldán, aunque no lo había visto antes en persona, por lo que decide, tras deshacerse de la guerrera, volver sobre sus pasos y, aprovechando que el conde yace adormilado bajo unos árboles, le sustrae su preciada espada y el cuerno de Almonte:

se fue para el buen conde don Roldán, que dormiendo estava, e sacole la muy rica espada de la vaina; e de que vio que tan reziamente dormía que le no havia aún sentido, bonicamente le quitó el cuerno muy preciado de Almonte. (LXVII, 547)

No es la ingenuidad la única de las alteraciones que sufrirá Roldán como consecuencia de este amor por Angélica. Es tal su obsesión por alcanzar fama que llegue a oídos de ésta y por cumplir con los mandatos que le impone, que dejará de cumplir alguna de las obligaciones propias de su condición de caballero. Si bien es cierto que se esmera en socorrer a cuantos necesitados se le presentan —libera a una doncella a la que un caballero retiene atada a un árbol en el capítulo XLVII; rescata a Prasildo e Iroldo del gigante que los retiene en el LIV; ayuda a un anciano que ha perdido a su hijo, por citar algunos ejemplos—, también decide no regresar a

París cuando conoce que Carlomagno sufre asedio por parte de los paganos de África:

e como el verdadero amor a todas las cosas vence, pudo más el verdadero querer de Angélica la Bella que no la obligación que a su tierra tenía. (LXV, 537)

Una consecuencia habitual de un enfoque insano del amor son los celos, en ocasiones provocados por la falta de seguridad en la correspondencia amorosa. No se olvide que ya en el *Amadís*, paradigma del género caballeresco castellano, la propia Oriana alterna un comportamiento alegre, al saberse correspondida, con ataques casi furibundos de celos hacia Briolanja y otras damas que gozan de gran belleza. A partir de este modelo, el mismo Roldán también será afectado por esta dolencia amorosa, volcando toda su inquina sobre su primo Renaldos. Cada vez que este se encuentra cerca de Angélica, el conde sufrirá todas las dudas posibles. Así le sucede en Albraca, al conocer que Renaldos está cerca de la fortaleza:

cambiósele la color del rostro [a Roldán], y entre sí mesmo pensava con celoso pensamiento que no sería a otra cosa a aquellas partes venido sino a conquistar a Angélica la Bella. E dexó la plática que con los dos cavalleros tenía y entrose en un retraimiento que en la sala estava, donde le tenían un muy rico lecho aparejado, e con muy grande dolor e mortales suspiros, se torcía las manos maldiziendo la variable fortuna que assí a Renaldos a aquel lugar avía arribado para le impedir los favores que de su señora Angélica esperaba. (XLIII, 431)

Tal es su cuita que, tras maldecir a su primo y reprocharle su venida, lo que toma como un agravio frente a las veces en las que lo ha ayudado a congraciarse de nuevo con Carlomagno, toma una drástica decisión:

Ya no basta razón que te sufra ni paciencia que tus males comporte, no cumple guardar ya más amistad contigo sino con mortal batalla romperla, ya no eres mi pariente ni vienes de mi generación; bien veo que hago muy grande aleve en te matar y me será mal contado, mas las soberanas fuerças del amor, que ninguna ley saben guardar, me constriñen a quitarte la vida, porque yo bien sé que tú biviendo yo no biviré seguro. (XLIII, 385)

Como se ha intentado demostrar, el enamoramiento de Roldán afecta a su conducta en determinados episodios, en los que llega a alternar una ingenuidad casi infantil con una virulencia inusitada, incluso con un abandono de sus

responsabilidades caballerescas. En su defensa, las palabras exculpatorias que él mismo confiesa a Agricán en el Pavoroso Valle:

Pues otra cosa yo no puedo fazer sino morir o conquistar esta dama que mi corazón tiene preso. (XXXII, 387)

3.2.1.2. Renaldos de Montalbán

E fue ordenado que, pues don Roldán no se podía aver ni saber dónde estava, de lo cual todos tenían mucha pena, que el Emperador embiasse por don Renaldos de Montalván. (X, 258)

Desde la primera aparición, el personaje de Roldán aparece acompañado de otro héroe con el que forma una pareja envidiable. El ciclo se inicia con el binomio formado por el sobrino de Carlos y Oliveros en la *Chanson de Roland*, que tanto éxito debió cosechar a tenor de las parejas de hermanos que fueron bautizados con tales nombres. Con el paso de los siglos, la fortuna literaria de Oliveros se sustituyó poco a poco por la figura de Renaldos de Montalbán, primo carnal de Roldán y máximo representante de la casa de Claramonte¹⁶⁹.

El personaje de Renaldos cobró gran importancia en la épica del país vecino, hasta el punto de ser protagonista de su propio ciclo¹⁷⁰. Destacable es la acogida que tuvo en Italia donde también contó con su propio ciclo de poemas caballerescos. En palabras de Fernando Gómez Rendondo, en torno a este personaje

Se articula una de las tramas caballerescas más ricas y complejas de finales del siglo XV; los sentidos de este orden narrativo tienen que aplicarse a las situaciones políticas y militares que se ciernen sobre Italia en esos tres decenios de 1480-1510¹⁷¹.

Desde esta posición pasó a engrosar la nómina de libros de caballerías hispánicas, fruto también de una traducción y de un proceso de escritura-

¹⁶⁹ Carlos Alvar, «Oliveros: auge y ocaso de un héroe», *Suma*, 4 (2014), pp. 7-38. En este estudio, el profesor Alvar ahonda en la evolución de este personaje, quien, desde un lugar destacado en las primeras apariciones (en especial, en los cantares de gesta perdidos), sufrió una paulatina desaparición hasta ser del todo sustituido en la Península Ibérica por otros héroes que ocuparon su lugar, como Renaldos o Bernardo.

¹⁷⁰ Esta misma inercia se trasladó a los libros de caballerías hispánicas, pues el propio Renaldos es el protagonista de tres de los cuatro libros que forman el ciclo de *Renaldos de Montalbán*. El *Baldo*, cuarto y último libro, se centra en la figura de un descendiente del señor de Claramonte.

¹⁷¹ Fernando Gómez Redondo, *Renaldos de Montalbán (Libros I-II). Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2011, p. 8.

traducción-reelaboración-adaptación similar al de la obra que ocupa el presente trabajo. El ciclo de Renaldos de Montalbán se compone de cuatro obras: los Libros I y II del mismo título, seguidos de la *Trapisonda* y el *Baldo*.

Por lo que respecta a Renaldos dentro del *Espejo de cavallerías*, este se presenta, desde el principio y en la mayor parte de la obra, como la alternativa heroica a Roldán. Como es habitual en la tradición heredada, difiere con este en algunas cuestiones destacadas, como su carácter, la ausencia de la enajenación fruto del amor, el mantenimiento en ciertas ocasiones de las responsabilidades caballerescas. Pero, al mismo tiempo, después de los furibundos ataques verbales de Roldán, provocados por los celos, surgen ciertas dudas respecto de las victorias alcanzadas en el pasado o en cuanto a su comportamiento caballeresco. Así lo explica Gómez Redondo:

Renaldos se acomoda al paradójico esquema del caballero *trickster*, en cuanto a ladrón de tesoros y burlador de mujeres, siempre infieles; [...] Junto a la fuerza, sabe utilizar también la astucia y el ingenio cuando lo cree necesario, ganándose con ello merecida fama de engañador entre los reyes paganos¹⁷².

López de Santa Catalina continúa el esquema narrativo de la obra de Montalvo, pero con pretensiones de originalidad. Parte del modelo que ofrecen Amadís y Galaor, pero, en lugar de hermanos, los dos héroes serán primos. Si bien en la obra del medinés no existen dudas respecto de la preponderancia y caballeridad de Amadís, muy superior en todo, también en el desarrollo de la trama, en la del autor toledano sí que se observan ciertas similitudes entre ambos, incluso se percibe una relevancia de Renaldos mayor en lo concerniente a las obligaciones como caballero. Al no estar “loco de amor” —todo lo contrario después de ingerir el Agua Desamorada—, el de la casa de Claramonte cumple con sus obligaciones para con Francia y su soberano, Carlomagno, quien, a su vez, premiará en ocasiones la buena predisposición de este. Del mismo modo, se muestra como caballero errante que busca aventuras y que no elude el adentrarse en tierras extrañas o el enfrentarse con seres extraordinarios en aventuras maravillosas.

¹⁷² Fernando Gómez Redondo, *op. cit.*, p. 10. Véase también del mismo autor, «*Renaldos de Montalbán*», en *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento*, Madrid, Cátedra, 2011, II, pp. 1893-1915. En esas páginas se ofrece, a partir de la explicación del ciclo que lleva su nombre, un análisis más detallado del personaje, modelo heredado de la tradición italiana.

En las siguientes líneas, se analiza la figura de Renaldos con respecto al modelo de héroe protagonista de la narrativa caballeresca, bien como caballero errante o andante, bien como diestro guerrero, caballero cruzado que defiende la fe cristiana, o protagonista y vencedor en aventura maravillosas.

3.2.1.2.1. «Que otra cosa no andamos buscando sino aventuras e peligrosas batallas»

Al igual que hará Roldán, y otros muchos protagonistas antes, Renaldos abandona la corte de París para luchar por Angélica la Bella y solo se adentra en las Selvas de Ardeña:

[Renaldos] non tardó mucho tiempo que no tomó sus armas e cavallo; e toma su camino para el Padrón de Merlín (sesto, 243)

Esta soledad será su única compañera durante los primeros episodios. Así lo encontramos en el lacrimógeno monólogo, con toques un tanto amadisianos, cuando se encuentra atrapado en el barco encantado. Renaldos lucha contra el rey Gradaso, amenaza pagana contra la corte de Carlomagno, cuando su primo Malgesí emplea su magia para confundir al héroe al hacer pasar a Draguinazo, uno de sus demonios, por el invasor. Con la pretensión de concluir el enfrentamiento sin más pérdidas, Renaldos y Gradaso pactan un combate singular que dilucide el final de la batalla. Pero en realidad no existe tal encuentro. En realidad se trata de Draguinazo, un demonio invocado por Malgesí para atraer a Renaldos y que éste caiga prisionero del mago, quien en realidad pretende entregarlo a Angélica a cambio de su libertad. Impulsado por sus ansias de venganza, el buen francés, «tenía tanta codicia de vencer o matar su enemigo, que no mirava ni sentía moverse el navío de la tierra» (13, 54), no descubre el engaño hasta que es muy tarde. Prisionero y aislado en una nave encantada que nadie gobierna y que se adentra en alta mar, se lamenta con desgarro:

Yo, sin ventura, el más que nunca nació, me voy huyendo d'ellos; véolos matar; no los puedo socorrer. ¿Qué cuenta daré d'ello? ¿Qué desculpa de mi ausencia que sea creída? ¡O, maldito Galalón, cómo saldrás verdadero en tus maldades e traiciones! ¿Qué dirás de mí? ¡Cómo todos te creerán de oy! Mas, ¡o, casas de Mongrana e Claramonte, habilitadas, destruidas, fementidas! ¿Quién volverá por vuestra honra? Que don Roldán

es ausente e yo para sienpre desterrado, que jamás me cumple bolver a ojos de cavalleros, pues que tan mala cuenta de mí e de mi exército doy. ¡O, mi buen Alardo e mi querido Rizardeto!, que vos será dada de Gradaso la más cruda muerte del mundo; y esto por las muertes e crueldades que yo en la su gente fize en la primera venida a España. Y el mal que yo les fize vosotros lo pagaréis. ¿Qué se dirá de mí en Francia cuando vean que la alta sangre de Mongrana cometió traición? Ya triunfará la casa de Magança con el traidor de Galalón. ¡Ay de mí!, que mi ánima se parte e mi corazón de dolor se ronpe. (XIII, 275)

Nada queda en el olvido; se acuerda de sus hombres, desamparados sin su protección; de su enemigo dentro de la corte, el traidor Galalón; de su linaje y el de Roldán, que pierden a sus baluartes; de sus hermanos, que serán derrotados por Gradaso y, por último, de su fama, por lo que el alma y el corazón se le parten.

No son las Selvas de Ardeña la única tierra exótica que visita el héroe. También se dirige a Albraca, fortaleza en la que Angélica se ha recluido para protegerse de sus atacantes. La pretensión del héroe es acabar con Trufaldino, un malvado traidor que provocó la muerte de Albarrosa y Polindo, su amado, tal y como ha leído en el libro encontrado en el sepulcro de la dama¹⁷³. Ante las puertas de la ciudad, furibundo por el escondite del felón, no atiende a razones y amenaza a todos los caballeros que allí están:

que yo les requiero que lo enbían fuera de la fortaleza armado de todas armas, que quiero d'él, a guisa de cavallero, vencerle e después, a modo de traidor, ahorcarlo de un árbol; e si esto fazen, farán lo que de tan nobles cavalleros como ellos son se espera e tenerme han por amigo; e si no quisieren fazerlo e lo quisieren defender, dezildes de mi parte que yo los desafío a todos como están e los tengo por traidores, pues favorecen al traidor, e que aquí, como veis, los espero para les hazer conocer lo que digo. (XXXVII, 405)

En estas palabras se adivinan parecidos con el comportamiento de su primo, si bien motivado por lo que él considera una defensa de la justicia y una obligación caballeresca el eliminar a un traidor que ha causado la muerte de una dama desamparada. Pero ambos comparten el no atender a razones e, incluso, la altanería

¹⁷³ La historia de estos dos enamorados se inserta como relato intercalado dentro de la trama del *Espejo de cavallerías*. La narración se ajusta a esquemas habituales. Señores enfrentados que se guardan profunda animadversión. Trufaldino y el conde Oriselo son enemigos acérrimos. Para evitar su captura y posible muerte, Oriselo vive encerrado y guarnecido en la fortaleza de Monte Falcón. Trufaldino atrae y encandila al bueno de Polindo, que ama a Albarrosa, la hermana del conde Oriselo, con la esperanza de capturarla y obligar, de esa manera, a Oriselo a abandonar su encierro. Con la promesa de bendecir su matrimonio y agradecerles con las ricas tierras de Monte Falcón y el título de Oriselo, Polindo consigue convencer a su amada para que salga a escondidas. Pero todo es una trampa de Trufaldino. Cuando este comprueba que la joven no traicionará a su hermano, decide torturarla hasta su muerte para, a continuación, ahorcar también a Polindo.

que se desprenden de su amenaza. En resumidas cuentas, al habitual razonamiento heroico: o conmigo o contra mí.

3.2.1.2.2. «Que tales cosas fazía de su persona, que espanto ponía en sus adversarios»

Una de las cualidades más destacadas del caballero es su ardor guerrero, al que se unen unas destrezas y unas habilidades para el combate que apabullan incluso a sus rivales. Como no puede ser de otra manera, Renaldos da muestra de su agilidad en el combate en numerosas ocasiones. Se enfrenta con el gigante Ascarión cuando acompaña a Iroldo a rescatar a su hermano Prasildo, retenido en la casa de la maga Dragontina. Durante el combate, el héroe da muestras de una maestría en el combate y de una agilidad excepcionales. En ningún momento se muestra nervioso, a pesar de haber recibido un pesado golpe con la maza del gigante, acostumbrado a tales lides. Pero su rapidez no es sólo física, también es mental, lo que le permite, con suma tranquilidad, de pasada, descubrir el punto débil de su enemigo:

al pasar, vido la visera del gran yelmo, que como era en demasía grande, estava ancha e abierta, e pensó que por ella, con ayuda de Dios, le quitaría la vida. (XXX, 375).

Con similar celeridad lo pone en práctica la rápida solución a la extrema contienda y derrota a su enemigo al incrustarle la punta de su espada por la visera del yelmo:

mas con gran destreza puso por obra lo que avía pensado, e metió la punta del espada por la visera al fiero jayán, que hasta los sesos le metió el espada por entre los dos ojos, de manera que, con la mortal ferida e cruel dolor, cayó el gigante del cavallo abaxo, y, el un pie dexando en el estribo, le llevó el gran cavallo por el campo arrastrando fasta que murió. (XXX, 376)

Otra muestra del saber hacer y de la destreza en el combate aparece en el enfrentamiento con Aridano, el Caballero del Lago Oscuro. De nuevo en compañía de los hermanos Prasildo e Iroldo, Renaldos llega al Lago Oscuro, donde la maga Morgana encierra su preciado tesoro. Después de derrotar con suma facilidad a los dos hermanos, el guardián espera lograr lo mismo con el francés, pero es en ese

preciso instante cuando este mostrara sus cualidades. Primero la tranquilidad y la la cotidianidad para el combate, así como una felina agilidad:

como el buen Renaldos de Montalván sabía ya qué cossa fuesen grandes golpes de semejantes cavalleros, esperole, e assí como el Cavallero del Lago le quiso herir de toda su fuerça, ligeramente el buen Renaldos saltó, de arte que el golpe no le empeció, antes dio en vazío. (L, 467)

El combate se alarga debido a las armas encantadas de Aridano, motivo por el que Renaldos muestra una fuerza extrema en el golpeo de su enemigo. Pero de nada le sirve, por lo que de nuevo se ve obligado a recurrir tanto a su agilidad física — intacta a pesar del gran tiempo transcurrido— como a su buen entendimiento en el combate, en especial para evitar un golpe certero «que lo mataría o privaría de todo su sentido» (L,467).

Cerca ya del final del encuentro, Renaldos recurre a la última de sus cualidades: una fuerza descomunal. Aridano, impaciente por una victoria que se le resiste, decide finiquitar la lucha con un golpe tremendo que destroza el escudo del francés. Para su sorpresa, esto no es suficiente, por lo que emplea la misma táctica que anteriormente le ha servido para derrotar a los hermanos Iroldo y Prasildo:

y entra con él e tómalo por medio del cuerpo en sus fuertes braços e tanto lo apretó, que le hizo perder las fuerças todas, e corriendo con él, se va encima de la puente que al medio del lago derecha estava para lo echar dentro como a los otros dos hermanos avía fecho. (L,468)

Con este recrsó, consigue sorprender a su contrincante, quien no espera semejante alarde de fuerza. No le queda sino, a pesar de sus encantadas armas, recurrir a un recurso poco caballeroso:

que, lo mejor que pudo, se asió a él por el cuello con ambos los braços, que cuando el furioso y endiablado cavallero le quiso lançar en el agua fonda y escura, como el venturoso cavallero al su cuello estuviere aferrado, caen entranbos a dos con gran estruendo dentro del hondo lago. (L, 468)

Con su buen hacer guerrero, su agilidad, su rapidez mental para encontrar la solución y su fuerza descomunal, Renaldos se ajusta a las cualidades más necesarias del buen caballero.

3.2.1.2.3. «Me baptizes, ca mi voluntad es ganar el alma en tu compañía»

Ya se ha mencionado con anterioridad que el caballero protagonista de los libros, de acuerdo con la mentalidad de las primeras décadas del siglo XVI, heredera de la política de los Reyes Católicos, añade entre sus competencias la de guerrero cruzado que defiende la fe cristiana frente a las numerosas, y repetitivas, todo sea dicho, amenazas que continuamente la acechan¹⁷⁴. Esta es la razón por la que estos héroes se convierten de repente en avezados caudillos que organizan la defensa o planifican sofisticadas estrategias militares para repeler a los ejércitos paganos, por otra parte siempre superiores en número. No será esta la única atribución religiosa. También muestran un carácter evangelizador, cuya máxima expresión es la de bautizar a aquellos no profesan su misma confesión.

La ausencia de Roldán provocada por su enajenación amorosa provoca un vacío narrativo que debe suplirse de alguna manera. Esta defensa de la fe, de la religión e incluso del propio Carlomagno están destinadas al más insigne de los guerreros. Esta carencia sirve para el enaltecimiento del personaje de Renaldos, quien crece en protagonismo y relevancia. El propio Emperador, sabedor de la ausencia de su sobrino, impulsado por la necesidad perentoria de organizar sus defensas, no duda en ofrecer la distinción al de Claramonte. Será este quien resultará elegido capitán general de las mesnadas imperiales, o quien defenderá en primera persona al propio soberano.

La primera amenaza que se presenta sienta las bases de lo que será una constante a partir de entonces. Carlomagno, sabedor del ataque de Gradaso contra sus súbditos de España, decide enviar ayuda. Como «don Roldán no se podía aver ni saber dónde estava, de lo cual todos tenían mucha pena» (10, 36), el Emperador hace llamar a Renaldos y le encomienda la misión:

Y pues vees la ausencia de Roldán, tu primo, es razón que en su lugar suplas, pues en ti después d'él está nuestra esperança. Por lo cual, quiero que seas mi general capitán con todo el poderío e mando que yo mismo puedo tener e mandar. (X, 258)

¹⁷⁴ «La propuesta elaborada en textos como las *Sergas* o el *Florisando* tiene mucho que ver con los ideales de guerra santa difundidos en las primeras décadas del siglo XVI mientras estaba en boga el espíritu mesiánico de los Reyes Católicos» (Emilio Sales, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 20014, p. 34).

No falla el buen francés a quien ha confiado en él, a pesar de la presión que el mandato encierra: «haz de manera que España sea de tal suerte de ti socorrida como cumple a mi honra e a tu devido esfuerço.» (X, 258). Avanzan rápido, por lo que en breve llegan a Barcelona. La visión del ejército de Gradaso, tan superior en número al suyo, causa un efecto desmoralizador entre sus huestes. Lejos de amedrentarse, Renaldos levanta el ánimo de su consejo, como corresponde a quien ostenta las dotes de mando, además de organizar la rápida estrategia y ofrecerse a sí mismo para acometer en primer lugar:

Señores, por mucha gente no se vencen las batallas, sino por el esfuerço e concierto, ca sabed que, si yo puedo, no iremos todos como somos a ellos, antes, con alguna arremetida a nuestro salvo, devíamos tentar su concierto; e si no le hallásemos como devían a guisa de buenos e concertados guerreros, haríamos de suerte que fácilmente los venciésemos. E para esto, señores, si a vosotros plaze, ya veis venir hacia nós gran parte d'ellos, que no se an estimado a venir todos, que yo con mi gente les diesse un rencuentro. E podría ser que no se fuessen de mí alabando. E si necessidad fuere, allí estáis vosotros, señores, que os moveréis en mi socorro. (X, 260)

En el campo de batalla, después de dividir sus fuerzas en tres facciones y entregar el mando de las otras dos a sus hermanos, Renaldos se adentra entre sus enemigos y causa gran cantidad de bajas. El propio Gradaso se inquieta ante el empuje de tal guerrero, cuya fama le precede: «El nombre ya le sabrás por oídas gran tiempo ha, que es el endiablado cavallero don Renaldos de Montalván» (10, 40). Pero es totalmente merecida, como en breve se esfuerza en demostrar el propio francés, quien se emplea «en tanta manera que no ay lengua que lo pueda dezir, ca tales cosas fazía de su persona que espanto ponía en sus enemigos, e por donde passava así le fazían lugar como el manso ganado al pavoroso león». (X, 262)

Este capítulo puede ser considerado como una presentación de la valía y el arrojo de uno de los principales héroes, lo que trae aparejado el interés del lector-oyente y despertar la simpatía de este, quien percibe la superioridad de uno de los suyos. Por medio del guerrero al que temen todos los enemigos se enlaza la superioridad cristiana, como queda patente en el pavor que se difunde entre los paganos:

e otros dezían que no bolverían aunque supiesen padecer alguna pena, que más querían que los tuviesen por covardes que no tornar a se ver con don Renaldos e con su gente, que no le llamavan sino Sepultura de paganos. (X, 262)

A diferencia de Roldán, cuyo buen juicio se ha nublado por el amor hacia Angélica, Renaldos sí cumplirá con sus obligaciones como caballero, y más concretamente, hacia la defensa de su señor. Apenas ha salido de Albraca y ha superado los difíciles combates, Renaldos conoce las estrecheces de su soberano y la nueva amenaza que se ciñe sobre su patria, por lo que no duda en abandonar su errancia y dirigirse con prontitud, acompañado de Dudón y los hermanos Prasildo e Iroldo, hacia la capital para ayudar a repeler el ataque:

por las cuales el buen Renaldos, movido a piedad, determinó de passar con él en Francia e así mismo sus dos amigos, Prasildo e Iroldo. (LXV, 537)

La tercera de las cualidades de Renaldos como caballero cruzado reside en su carácter evangelizador, en concreto, cuando, a petición de este, accede a bautizar al gigante Escardaso. Este jayán lo busca desde hace tiempo y por fin lo encuentra cuando el francés se acerca a un grupo de pastores en busca de comida y descanso. Junto a los pastores, pero un tanto apartado, se aloja el gigante. Con celeridad se entable entre ambos una conversación que deriva en una amistad duradera y sincera.

En este primer encuentro, apenas ha conocido la identidad de su interlocutor, Escardaso le confiesa su verdadero propósito:

E pues tan gran gracia he conseguido, mira qué es lo que de mí te plaze para que te obligue a me fazer una merced que te quiero pedir, la cual es que de tu compañía no me partas, pues tanto tiempo verte e servirte he desseado; e que luego que el día claro nos aparezca, me baptizes, ca mi voluntad es ganar el alma en tu compañía, pues sé de cierto que debaxo de tu amparo e compañía mi cuerpo no se puede perder. (XCIX, 714)

Con la celeridad que exigen las cuestiones relativas a la fe, el solícito Renaldos no se demora en su misión y, sin dejar pasar un instante:

tomole por la mano e llevole a una fuente espléndida que poco apartada de allí estava; e desarmándose el buen Escardaso la cabeça, tomó por mano del buen Renaldos de Montalván, con ferviente devoción e lágrimas de sus ojos, la cristiana vía que al cielo las inmortales almas lleva, donde gloria perpetua, contemplando el divinal acatamiento, alcançan; e con un intenso plazer que con la vivificación del alma el fortíssimo Escardaso sentía, de rodillas puesto, demandava las manos al buen Renaldos por se las besar, pues d'ellas la vida bienaventurada avía ganado e librada su condenada ánima de la satánica prisión, en la cual perpetua muerte faltar no le podía. (XCIX, 715)

El círculo de la conversión se completa con la consideración del caballero para con su nuevo hermano de fe:

Escardaso, ya no por compañero estrañamente conocido, más por un verdadero hermano spirutualmente ganado me has de contar. (XCIX, 715)

Renaldos consuma su perfil de caballero con la parcela espiritual, sin duda ahora más amplio que el de guerrero. Además de su arrojo y su destreza en el combate, los pone al servicio de la fe cristiana, de la defensa de su religión, de su señor y, además, con un carácter evangelizador que incluye el bautismo de paganos.

3.2.1.2.4. Enamorado/Desamorado/Enamorado

El periplo amoroso de Renaldos sufre una evolución curiosa. Como si de una historia circular se tratara, el héroe pasa por las distintas fases que presenta el amor: una primera etapa inicial de amor, a continuación otra de rechazo, debido al influjo de un líquido mágico, para terminar en el mismo estado inicial, es decir, una vuelta al amor del principio. La destinataria, como no puede ser de otra manera, es Angélica la Bella.

Renaldos, con mayor suerte que Roldán, pues ha logrado el tercer puesto en el orden de participación, sale de París para acudir a la demanda de Angélica y enfrentarse en combate singular con su hermano Argalia. Como suele ser habitual, el amor surge raudo a raíz de la primera visión:

assí como la vio [Renaldos], se paró con un ardiente fuego, puesto en el mesmo cuidado de los otros. (II,232)

El comportamiento inicial del de Claramonte, ajustado al perfil de enamorado, está dirigido por la impaciencia y las prisas por derrotar al adversario para alzarse con el preciado galardón, provocadas por la partida previa de un rival que pueda adelantarse,

[Renaldos] con el grandíssimo amor que dentro de sus entrañas tenía, reposar non pudo. E viendo que Ferraguto había salido, non tardó mucho tiempo que no tomó sus armas e cavallo; e toma su camino para el Padrón de Merlín. (VI, 243)

Una vez dentro de las Selvas de Ardeña, «combatido de los mortales desseos de Angélica la Bella» (VII, 248), se da tanta prisa en su cabalgar que, agotados

jinete y cabalgadura por el calor del medio día, decide hacer un alto y refrescarse en la Fuente de la Morada, el el Padrón de Merlín¹⁷⁵,

un antiguo edificio, labrado por tal arte que no parecía por humana mano fabricado; hízole Merlín el Sabio en los tiempos de la cavallería de la Tabla Redonda, sabiendo por su arte el grande daño que al buen Tristán de Leonís le avía de venir por aver bebido del Agua Amorosa que en una ribera más adelante estava. (VII,249)

Pero no es el lugar tranquilo y apacible que aparenta, pues esconde una cualidad mágica, que condicionará el comportamiento del héroe desde ese instante:

fue por tal arte e sabiduría fecha, con tal propiedad, que cualquier amante que d'ella bebía, tanto cuanto más amava, tanto más estrañamente aborrecía a la que antes amava. (VII,249)

Renaldos, desconocedor del fatal efecto que causará en él la ingestión del refrescante líquido, se sorprende por la súbita mutación en su sentimiento:

llegándose a la fuente, bebió del agua tanto que se hartó; e quitándose el yelmo, se lavó las manos y el rostro, e tornose para su cavallo e cavalgó en él, e comenzó andar más adelante; e tanto cuanto más andava más el amor de Angélica iva perdiendo, tanto que él se iva de sí mismo maravillando. (VII,249)

Alterado por su anterior dependencia amorosa, Renaldos decide descansar en la ribera a la que ha llegado y se tumba después de soltar las riendas a Bayardo, su caballo. Apenas unos segundos después se queda dormido. La juguetona Fortuna hace que Angélica acierta a pasar por el lugar y, después de beber el mismo líquido, sufre la mutación contraria: ahora ama profundamente a Renaldos. Se acerca al caballero y le acaricia, momento en el que éste se despierta y huye despavorido mientras ella intenta convencerlo con bellas y sensibles, lo que se convertirá en el esquema general de los encuentros entre ambos:

que tanto cuanto más la oía más la desamava. E deque vio que de fecho le seguía, pone las espuelas a Bayardo e, como un ave que buela, presto se desaparece de los ojos de Angélica la Bella. (VII,250)

Así será en todas las ocasiones en las que ambos se encuentren y la doncella intente cautivarlo. Todo cambia de repente y vuelve a su estado primigenio.

¹⁷⁵ Es el conocido como «Mojón de Merlín». Véase Carlos Alvar, *El rey Arturo y su mundo*, Madrid, Alianza, 1991. El personaje de Merlín se convirtió en emblema de las capacidades mágicas, de manera que se le aocian varias construcciones fruto de estas dotes. Junto con el mencionado, guarda cierta similitud con el «Monte Doloroso», erigido a su vez por el mago a petición del propio Arturo.

Renaldos decide descansar de sus aventuras pasadas en un paradisiaco lugar. Tumbado sobre su escudo, se queda dormido y se le aparece en sueños el mismo Cupido, acompañado por tres doncellas:

un infante desnudo, la más hermosa criatura que en su vida avía visto, y con él tres hermosas doncellas, las cuales traían en sus manos unos platos de oro muy relunbrantes, todos llenos de rosas e clavellinas. (LXXI,573)

El niño alado le recrimina su actitud con dureza:

Catad aquí el malvado traidor sin ánima. He aquí el desdeñoso e despreciador de toda angélica fermosura. Aquí está el que con el gran frío de su helado corazón al calor amoroso resiste, huyendo de lo que los otros siguen. (LXXI, 574)

El castigo no se hace esperar, de manera que el caballero, si bien antes se mostraba frío ante los requerimientos de amor, ahora sentirá todo el ardor de éste:

pusiéronse a par del buen cavallero cada una a su parte, tomando de aquellas rubicundas fojas de rosas e clavellinas se las echavan por todo el cuerpo; e assí como encima de las armas caían, sentía don Renaldos tan gran ardor en sus carnes como si olio herviendo encima le echaran. (LXXI, 574)

El castigo se completa con la última maniobra de Cupido antes de elevarse por el cielo con su compañía, la más característica: toma una de sus flechas doradas y se la clava a Renaldos en el corazón. Una de las doncellas permanece con Renaldos cuando la comitiva desaparece y le hace ver que su comportamiento no ha sido el apropiado y le explica el porqué del correctivo:

si tormento has padecido e si desigualada crueldad contigo se ha usado, no ha sido sino por tu rebelde ingratitud [...]. Sábetete que el amor á tal constitución e tal ley que todo hombre o muger que, siendo amado, no ama, se le da por pago que él o ella, tornando a amar, sea aborrescido de la que primeramente amava; esto porque con justa justicia sienta el dolor que con su desdén a la parte amadora causava y que consiente tanta pena, padezca lo que otra parte padecía; esto porque en el acatamiento del amor no ay mayor pecado que la ingratitud. (LXXI, 574)

Al despertarse, es tal el ardor que siente por la fatiga del sueño, que busca con ahínco donde poder refrescarse. Encuentra la fuente y «començó de se refrescar de aquella agua que en el gusto era la más dulce cosa del mundo» (LXXI, 575), sin sospechar que se trata de la misma que le causó el efecto contrario por Angélica. Tras la ingesta surgen los remordimientos por la actitud pasada, de manera que él

mismo se recrimina su comportamiento, la dureza con la que ha tratado a quien no lo merece. Su decisión es ahora otra bien distinta y no se detendrá hasta encontrar a su recordada amada y hacerse con ella, aunque deba enfrentarse a los retos más increíbles. Esta será la causa del segundo combate entre los dos primos¹⁷⁶, Roldán y Renaldos, episodio que se ha analizado anteriormente. Se da una especie de justicia poética, pues si bien el primero lo provocó Roldán por sus celos hacia Renaldos, ahora sucederá al contrario y será este último el que no atiende a razones e intente arrancarla de las manos de su primo. Solo la intercesión del propio Carlomagno evitará que ambos se destruyan y no durará en emplear esta obsesión de ambos en su beneficio, pues quien se alce con la victoria sobre los paganos obtendrá a Angélica como recompensa.

Como ya se ha resaltado, el doble protagonismo en lo heroico provoca que lo que falta a uno lo complete el otro. Así, Renaldos se mostrará igualmente errante y no esquivo a las aventuras que la fortuna le depara. Pero al mismo tiempo, a diferencia de Roldán, no esquiva sus compromisos caballerescos, en especial en lo referente a la defensa de la fe cristiana, un papel que quizás debería haber desempeñado Roldán, pero a quien su pasión amorosa ha sacado de su sano juicio. No solo en esto, también se mostrará como presa del amor, fuerza que todo lo vence, ya que, a pesar de estar bajo los efectos mágicos que le anulan el sentido, recobrará su cualidad necesaria de caballero enamorado. De esta manera, todo queda preparado para el relevo de esta antigua caballería, representada por Roldán y Renaldos, por una nueva, personificada por Rugiero, como demuestran los combates generacionales entre este y aquellos.

¹⁷⁶ Como herederos, en parte, de la tradición artúrica, los libros de caballerías también recogen el enfrentamiento entre progenitor y vástago. Basta recordar el combate entre Arturo y Mordred en Salisbury y el final que tuvo tal lucha. Del mismo modo, también tomado de la materia de Bretaña y de lo que sucede en la *queste* del Grial con Galaz, el descendiente supera las pruebas de su antecesor, no solo bélicas, sino también espirituales, sin duda más importantes. Así aparece también en el caso de Amadís y Esplandián. En el caso de *Espejo de cavallerías*, como los dos héroes principales cuentan con su propia vida épica y caballerescas, a falta también de un progenitor, la lid se produce entre los dos primos. El segundo motivo sí aparece con la figura de Rugiero, contra el que combaten Roldán y Renaldos, los cuales serán superados por este, como anuncia el autor toledano que sucederá en la segunda parte.

3.2.1.3. Rugiero de Risa

En los libros de caballerías es habitual la aparición de un joven caballero que continua y supera las hazañas de sus predecesores. En la mayoría de los casos, se trata del hijo del protagonista principal de la trama, quien representa dos vertientes que engloban la actividad heroica: por un lado, la continuidad del linaje y la expansión de la fama del mismo, en su propia persona; por otro, es continuador de las obligaciones de la profesión caballeresca, si bien suele significar un avance en la misma, que habitualmente se enfoca hacia un plano más espiritual. El modelo de este comportamiento, como es habitual en el género, lo marca la obra de Rodríguez de Montalvo. Amadís será relevado por Esplandián, al igual que había sucedido con Lazarote y Galaz. El vástago supera al progenitor en todos los planos: en el guerrero mediante el combate personal, del cual el último sale mal parado; lo mismo sucede en el espiritual, donde el joven alcanza un plano casi místico.

En el caso de *Espejo de cavallerías*, es muy probable que López de Santa Catalina tuviera pretensiones de originalidad, por lo que presenta algunas diferencias con respecto del paradigma que supuso la obra del medinés. El relevo generacional no lo personificará un hijo de Roldán o de Renaldos, sino un pariente lejano que aparece en el último tercio del libro primero, quien, finalmente, será reconocido como miembro del linaje de Claramonte. Se trata de Rugiero. Representa el mismo motivo y un esquema similar en lo que respecta de la superación de sus mayores. De manera progresiva, gana en presencia narrativa y su influencia en el devenir de la obra es cada vez más importante. Tal es así, que los dos héroes más conocidos se verán eclipsados por este joven, personaje utilizado como puente de conexión para la continuación, en mente ya del autor toledano. De este modo, el propio Renaldos desaparece de las aventuras y apenas se menciona una aventura destacada de él, a excepción de la amistad con el gigante Escardaso y el bautismo de este. El final de los dos herederos de la épica medieval francesa tiene lugar al comienzo del *Libro Segundo*, donde Santa Catalina abandona esta línea narrativa para centrarse en la protagonizada por Rugiero y sus compañeros.

El nuevo héroe pretende ganarse la simpatía del público lector u oyente desde su primera aparición. Su origen y educación están rodeados de humildad, rasgo de su carácter que permanecerá inalterable a pesar de las proezas conseguidas; esa

formación en un entorno de aislamiento y ostracismo que resultan tan contrarios para el crecimiento de un adolescente y su nobleza de carácter hacen que desde el principio gane el favor de quien asiste a sus aventuras. Por ello, aparece como un joven deseoso de vivir aventuras, de abandonar la montaña en la que ha sido criado por Atalante, el sabio-mago que lo protege. De ahí que, cuando aparece Brunelo, ladrón y embaucador enviado para encontrarlo, consiga con breves insinuaciones convencerlo para que porte armas y participe en el torneo. El personaje se gana la simpatía incondicional del público sobre todo al conocer la proscripción de Atalante a que abandone el Monte Carena y su encierro, lo que supondría un riesgo casi mortal según palabras del maestro. ¿Quién puede resistirse a las ansias de superar tal encierro?

La primera mención que se hace del mancebo la realiza el rey de Garamanta, un infiel. Se produce en el capítulo 49, más o menos hacia la mitad de la obra, que consta de 104 capítulos. Como no pertenece a la fe católica, será un pagano el que conozca, gracias a sus conocimientos en astrología, la existencia de este joven destinado a ser una especie de elegido. La profecía es característica en el origen del héroe.

Y este mancebo, assí como fue nacido, fue llevado secretamente de un nigromante d'esta tierra, llamado Atalante, el qual haze su abitación en el Monte de Carena, e allí por su encantamiento ha fecho un jardín lleno de mucho deleite e de viciosas moradas, e allí ha criado a este infante muy escondidamente; y es fama que desde su niñez le ha acostumbrado sienpre a comer niervos de leones e los tuétanos d'ellos, e de tal manera le ha criado e tal ha sido, que jamás en el mundo más fuerte cosa que él se falla. (XLIX, 463)

Parece necesario ponerse en situación. El rey Agramante se reúne con su consejo porque está decidido a atacar Francia y destruir a Carlomagno. Como caracteriza al caballero orgulloso que simboliza Agramante, desoír la recomendación de sus consejeros, sobre todo por el arrojado Rodamonte, el gigante, aún más soberbio, que lo acusará de cobarde y se comprometerá él mismo a conseguirlo en solitario si Agramante no se decide a emprender tal empresa. En este momento, al comprobar que su señor no cambia de idea, el viejo rey de Garamanta decide intervenir y le trasfiere la única posibilidad que existe para alcanzar la victoria sobre el emperador francés y sus Doce Pares, entre los que

destacan Roldán y Renaldos, a los que todos temen. No se trata de una estrategia militar ni de una alianza, sino de la necesidad de encontrar a un mancebo:

por el divino Dios te ruego que tomes de mis canas un solo consejo y es este: sábeta, señor, que en esta tierra tuya está un paladín primo-hermano tuyo, hijo de la hermana de la reina, tu madre, el cual es una de las más poderosas personas del universo mundo, e Macón te ha fecho señalada merced en que él sea sarraceno, porque, si cristiano fuera, él fuera otra gran sepultura de paganos, como lo es Roldán e Renaldos, el señor del castillo de Montalván. Y este mancebo, assí como fue nacido, fue llevado secretamente de un nigromante d'esta tierra, llamado Atalante, el cual haze su abitación en el Monte de Carena, e allí por su encantamiento ha fecho un jardín lleno de mucho deleite e de viciosas moradas, e allí ha criado a este infante muy escondidamente; y es fama que desde su niñez le ha acostumbrado sienpre a comer niervos de leones e los tuétanos d'ellos, e de tal manera le ha criado e tal ha sido, que jamás en el mundo más fuerte cosa que él se falla. Llámase su propio nonbre Rugiero Paladín. E sábeta, señor, que si este llevas contigo, basta a destruir a Carlomagno e a toda Francia; e de otra manera, no llevando a este, sepas, señor, que tú e tu gente seréis destruidos e assolados. (XLIX, 464)

En el personaje de Rugiero, en su estado inicial, se presentan algunos de los motivos más tradicionales: criado en secreto por un mago; en un lugar apartado, el Monte de Carena; educado como un salvaje —que incluye alimentos crudos, no cocidos— y su futuro como protagonista de aventuras inigualables.

3.2.1.3.1. La primera aparición

Si bien se ha señalado que la primera mención de Rugiero se produce hacia la mitad de la obra —en el capítulo 49—, su primera aparición no será hasta el capítulo 72. La razón es la que sigue. El rey Agramante, según la profecía de uno de sus consejeros, el rey de Garamanta, necesita convencer al mancebo para que le acompañe en su conquista de Francia si quiere obtener la victoria. El monarca, deseoso de llevar a cabo tal logro, no duda en recurrir a su mejor recurso, el ladrón Brunelo, que ha ganado el favor del rey tras superar la difícil prueba de robar a Angélica su anillo mágico, a lo que ha añadido, como muestra de favor hacia su señor, las espadas de Roldán y Marfisa. El ingenio del ladrón urde con rapidez la treta para conseguir salir al joven del encierro en el que le tiene su protector, Atalante. Su plan consiste en organizar un torneo en el propio Monte de Carena, de manera que, si es tal como se supone, no durará en seguir su inclinación natural y participar en el mismo.

Todo sucede tal y como pronostica Brunelo:

Allí todos en un cercano llano se juntaron con un alarido que el mundo parecía fundirse; e se ordenaron en gran concierto; y empezaron por escuadras convenibles un travado e luzido torneo, donde, aunque la cosa no era muy lastimera, cada uno mostrava su ardid e valentía. Ellos, que torneando estaban, el buen Rugiero e su ayo Atalante se pararon a la roca a mirar qué cosa fuese; y como la naturaleza de cada uno a su propia e natural inclinación le conmueve más que costumbre, el buen Rugiero, que el sonido de las armas oía e las poderosas carreras de los cavallos veía, el corazón le saltava en el cuerpo por baxar al llano a poder más enteramente gozar de lo que su naturaleza le inclinava. E buélvese a su amo Atalante e díxole:

—Buen señor, dadme agora licencia para ir a ver aquella pelea, ca me faréis en ello la más señalada merced del mundo.

El viejo Atalante que lo oyó, fizo mucho en tal demanda d'él espantado, diziendo:

—¿Cómo, hijo? ¿No te he dicho que si d'este lugar sales antes del tienpo que te he limitado que serás muerto a traición y que esta es tu planeta? Por Dios, no quieras fazer más de lo que el cielo te manda, si bivir quieres.

El mancebo paladín, que de estas razones amenazadoras no se satisfazía, no dexava de le rogar le fiziesse aquel plazer, diziendo que la vida del hombre en manos de Dios estava e no en planetas ni en signos. (LXXII, 580)

El astuto enano urde su estratagema con suma precisión. Lo primero que hace es incitar al mancebo, maravillado como está con el sonido del combate, y apelar a su masculinidad

En esto, el rey Brunelo dexó su conpañía e viénese por lo áspero del monte fazia la roca; e como junto llegó, dixo a gran boz que el paladín Rugiero lo oyesse:

—¡Ah, Rugiero!, ¿qué encerramiento es el tuyo de donzella delicada? Sal, sal acá a exercitar tu persona fuera d'essa jaula en que estás.

Atalante, que vio que su castillo era visto e que su encantamento era ya vano, pues tales palabras a Rugiero se dezían, por poco estuvo que se no murió de enojo. Rugiero se paró a la alta cerca e dixo:

—Cavallero, de grado faría esso que dezís si dos cosas no me lo estorvassen: la una que mi señor me abriessse para salir allá, e la otra si tuviesse convenientes armas e cavallo. (LXXII, 580)

Cuando escucha esto, el joven no desea nada otra cosa que seguir su propia propensión y probarse en la lid. Para conseguirlo, tal y como es habitual en los jóvenes que se dejan arrastrar por sus pasiones, no duda en amenazar al propio Atalante con acabar con sus días,

o me dexad salir allá o juro por los altos dioses de me echar de aquí abaxo, donde vuestras adivinanças con mi muerte presto se cumplan. (LXXII, 580)

Como no puede ser de otra manera, tras un instante cargado de dramatismo, el viejo sabio accede. Brunelo lo ha conseguido y Rugiero logra, de esta manera, la

ansiada salida de su encierro. Todo está preparado para la narración de sus extraordinarias aventuras.

3.2.1.3.2. Iniciación caballescica

Como se esperaba en el caso de un caballero de alta alcurnia como es Rugiero —además de estar destinado a lograr las mayores proezas y a superar a sus antecesores—, las primeras intervenciones caballescicas deberían estar destinadas a alcanzar unas proezas singulares y, después de su reconocimiento, ser armado caballero en una ceremonia singular. Pero la realidad en la obra no es tal.

No se puede considerar que Rugiero sea armado caballero en una ceremonia propiamente dicha, sobre todo porque quien lo lleva a cabo no es caballero. Sí que se le dotará de las armas que son necesarias a alguien de tal apariencia:

El paladín, que más tenía el desseo de se ver armado en canpo que el temor de tales adivinanças, no cura de más sino sale fuera a donde Brunelo estava, el qual, desarmado de sus ricas armas, le armó y le dio el cuerno de marfil e la espada preciada de Falerina; e de que armado le ovo todo a punto, paróselo a mirar e quedó muy espantado de ver cosa tan valiente e fermosa. Luego le dio el cavallo Frontalate e cavalgó el nuevo cavallero en él. (LXXII, 581)

Armado ya como nuevo caballero, Rugiero pasa a demostrar todo cuanto se espera de él según los vaticinios. Es su primera participación en un combate, aunque sea en un torneo, y desde el primer momento, destaca por su naturalidad en el manejo de la espada, como «si toda su vida fuera usado en ello» (LXXII, 581). Uno a uno derrota a más de una veintena de contrincantes,

e topose con el Rey de Costantina, e tan fuerte golpe le dio sobre la cabeça, que del cavallo abaxo lo echó; e passó adelante e fizo otro tanto al rey Puliano de Nasomana, e al rey de Belamarín, e al rey Fisano de Arzila y a más de otros veinte cavalleros, de modo que ya no havia en el canpo quien lo esperar osase espada por espada. (LXXII, 581)

Todo para maravilla de Agramante —que ya se sabe vencedor y conquistador de toda Francia— y del propio narrador, que no continúa con el relato de las proezas del joven, a quien se presupone un buen hacer:

no faré más largo proceso, salvo que la fuerça e destreza d'este cavallero fue tanta, que delante d'él otro ninguno osava parar, dando a conocer la alta sangre donde venía. (LXXII, 581)

La equiparación definitiva con los representantes de la caballería antigua se produce unos capítulos después. Lo llamativo es que el propio narrador no ha tenido que explicar en demasía los logros o las pruebas significativas a las que se ha tenido que enfrentar el joven guerrero que pretende lograr fama. De hecho, solo aparece una vez más, en un combate en el que también participa Brandimiarte y en el que ambos destacan por su calidad. Da la sensación de que todo esto se obvia por sabido o sobreentendido, de manera que Rugiero no es un caso extraordinario, sino todo lo contrario, cumple en con un precepto propio del género, conocido, asumido y esperado por el público.

No vuelve a ser mencionado hasta poco antes de su enfrentamiento más emblemático. Desde el punto de vista narrativo, es la preparación del punto álgido de la obra: la preparación del combate generacional entre Roldán y Rugiero, entre el máximo exponente de la antigua caballería frente a quien está destinado a sucederlo y, en gran medida, superarlo. Es probable que este sea el motivo por el que se acelera la consecución de la fama del joven mancebo, a quien se presenta ya como un temido adversario:

el estremado novel cavallero Rugiero de Risa, el qual, tantos e tan señalados golpes dava, que assí eran temidos como los de don Roldán e de don Renaldos; él, como entre las gentes anduviessse discurriendo, assí era ya de todos conocido, que no hallava delante de sí con quien exercitar pudiesse su furia. (LXXXV, 649)

Tras estos rápidos logros, se llega al combate esperado por todos. Sin duda, se intuye como uno de los momentos que más expectativas despertaban, pues incluso el propio Santa Catalina, en voz de su narrador, así lo acentúa:

Otros muchos señalados cavalleros mató el buen conde don Roldán en muy breve espacio fasta que con el buen Rugiero de Risa se topó; e como ambos a dos fuessen tales e dotados de tales fuerças, comiençan una de las fermosas batallas que entre dos cavalleros pudo ser, porqu'el mancebo famoso era el mejor cavallero de su tiempo y el conde don Roldán era la flor de los experimentados guerreros del mundo. (LXXXVI, 652)

La igualdad entre ambos es total, no sólo en la fuerza de sus golpes y en la destreza en el combate, sino que también se extiende a la calidad y cualidades extraordinarias de sus armas, con especial atención de las espadas. Tal es así, que el propio autor necesita apelar a la memoria del lector oyente —después de ensalzar

durante toda la obra la espada Durindana de Roldán— para recordar lo extraordinario de la espada de Rugiero; no duda en hacer un recorrido por la aparición de esta en toda la obra:

pugnando cada uno por se amparar de la cortadora espada del otro, porque el espada Durindana era tal en la mano del buen conde, que no se parava delante d'ella cosa ninguna. Pues el espada que el buen Rugiero de Risa traía no sé si se vos acordará qué tal era, la cual la encantadora Falerina por arte avía fecho solo para dar muerte al conde don Roldán, que ella de coraçón cruelmente desamava; y el conde, desfaziendo el Jardín Encantado, ganó aquella espada, como arriba vos deximos, la cual avía nombre Balisarda, delante cuyos filos armas algunas no tenían defensa, aunque encantadas fuessen; y el ladrón Brunelo la furtó al buen conde, según arriba oístes, e con ella [y] el cavallo del rey Sacripante, llamado Frontalate, se passó a Biserta; e quando al buen Rugieron falló en los montes de Carena se la dio con el buen caballo. (LXXXVI, 652)

El combate es de igual a igual y el intercambio de golpes sigue la misma partición, de manera que uno de Roldán —el primero en golpear, quizás como concesión a su veteranía— sigue otro de Rugiero. Para sorpresa de todos, incluido el propio Roldán, el mancebo consigue un logro impensable hasta ese momento, pues alcanza tan de lleno al sobrino de Carlomagno¹⁷⁷, que le arranca parte de su yelmo:

El conde don Roldán dio sobre el yelmo a Rugiero tal golpe sobre la cabeça, que fasta el pescueço del cavallo se la fizo baxar, sacándole de todo sentido; e queriéndole redoblar otro, el ligero cavallo Frontalate, que en tales casos era muy diestro, libró a su señor por essa vez, el cual, como en sí tornó, dio el pago al conde de su recebido golpe, tomando la espada a dos manos e alçándose sobre los estribos, que un gran pedaço del azerado cerco del su encantado yelmo le derribó en tierra; quando tan nueva cosa e de tanto temor el conde don Roldán sobre sí sintió, que fue verse cortar las encantadas armas, que desde que las ovo fasta entonces tal no vido. (LXXXVI, 653)

No se hace esperar la consabida respuesta del francés, quien parece que va a alcanzar la victoria, pues deja sin sentido a su joven adversario con un golpe a dos manos. En el momento preciso en el que parece que todo va a terminar para Rugiero, la intercesión de Atalante, el mago que lo ha criado y quien ha velado durante toda su infancia por su educación y su protección, evita un daño mayor. El sabio utiliza su arte para engañar a Roldán con una treta y hacerle pensar que el propio Carlomagno está en aprietos y necesita su ayuda inmediata:

¹⁷⁷ Este logro en el combate, reservado a Rugiero, es la primera muestra seria de las verdaderas cualidades de este y el primer síntoma del relevo generacional que tal golpe supone.

Fizo [Atalante] por encantamento parecer cierto número de paganos que junto a la vista del conde passaron e uno mayor que los otros a guisa de gigante, que llevavan al emperador Carlos preso. (LXXXVI, 653)

Así queda Rugiero, quien, libre de la amenaza de Roldán, continúa acrecentando su fama de joven paladín al tiempo que provoca «mortal destrucción en la cristiana gente» (LXXXVI, 654).

Debido a la dualidad narrativa que muestra toda la obra —con la alternancia, hasta ese instante, en el protagonismo entre Roldán y Renaldos—, aún queda el enfrentamiento con el de Montalbán para que el joven aspirante alcance la relevancia necesaria. El encuentro es más corto y apenas entra en detalles más allá de una narración típica del género. Sí que se matiza la ventaja del francés al aprovechar un descuido de su joven contrincante:

baxando su lança [Renaldos], tan fuerte encuentro dio de través a Rugiero estando descuidado, que lo derribó del cavallo abaxo, lo cual no fiziera siendo del encuentro avisado, ca era Rugiero muy estremado cavallero, y aun del linaje de Claramonte muy propincuo pariente d'él, e de don Roldán, e de Oliveros. E así como Rugiero se vio en el suelo, pone mano a su buena espada de Falerina y esperó a don Renaldos que boltease su cavallo sobre él; mas desde don Renaldos le vido a pie, tiene las riendas a Bayardo e, apeándose d'él, se va, la espada en la mano, contra Rugiero, donde viérades la más linda batalla del mundo entre dos tan fortísimos cavalleros. (XCII, 678)

El pasaje es muy interesante, desde el punto de vista de la narrativa caballeresca, porque asistimos al reconocimiento del linaje, uno de los motivos más habituales en la configuración del héroe. Por lo general, el héroe surge de una relación amorosa secreta y en numerosas ocasiones es abandonado. Como carece de nombre y recibe uno de repuesto que no es el real, necesita superar una serie de pruebas, incluido un rito iniciático, y alcanzar cierto renombre por sus hazañas —y no por su ascendencia— para ser reconocido. En la mayoría de los casos, son hijos de importantes linajes, como no puede ser de otra manera en un género con marcado carácter aristocrático. Llegado este punto, el público ve reconocidas sus sospechas y confirma que Rugiero es descendiente de la casa de Claramonte, nada menos que la misma que Renaldos y, por tanto, pariente también de Roldán y Oliveros.

Este detalle no parece que se haya proyectado a la ligera y su trascendencia puede ir más allá de la propia obra de López de Santa Catalina. Con esta relación de parentesco, el toledano lo convierte en continuador —incluso lo superará en su

segundo libro— de los héroes más destacados de la épica francesa, extensible a gran parte de la románica.

Para que el proceso sea completo, una vez que se ha aclarado el origen dinástico del héroe, es necesario que este evolucione, de una manera progresiva, desde su posición de combatiente pagano hacia la de caballero cristiano de pleno derecho. La primera muestra de esto no se demora en la narración y, apenas ha concluido el enfrentamiento con Renaldos por la llegada de la noche, ayuda al arzobispo Turpín a encontrar una montura, toda vez que ha intentado quitarle la suya. Sin dudar un instante, Rugiero ataca a un pagano que pasa por allí y entrega el caballo del caído a Turpín.

Es muy probable que, para certificar la certeza de las previsiones, el autor hace aparecer en la obra al cronista de Carlomagno, personaje que apenas se menciona, salvo en enumeraciones generales dentro de combates colectivos. Parece legítimo pensar que la pretensión de López de Santa Catalina al incluir al arzobispo es similar a la que le impulsó a escribir la obra: dotar de veracidad a los episodios.

Los vaticinios se convierten en realidad por boca del propio Turpín:

No me medre Dios si tú eres de sangre menos que la de Claramonte e Mongrana, que en paganos no ay tanta cortesía. (XCIII,679)

Todo queda ya preparado para la continuación, segundo libro en el que Rugiero será protagonista principal y en el que creará su propio linaje literario, es decir, su hijo Roserín, auténtico héroe del ciclo. Únicamente falta por completar un aspecto: su enamoramiento.

3.2.1.3.3. Rugiero enamorado de Brandamonte

Según los preceptos propios del género, el caballero debe estar enamorado y debe rendirse a las fuerzas del amor. El código que regirá este sentimiento es el amor cortés, con sus fases y sus reglas. La destinataria del amor debe ser similar extraordinaria en todos los sentidos y ser un paralelo de la figura del caballero.

Después del combate con Renaldos y la ayuda prestada a Turpín, Rugiero queda solo durante la noche en medio de las Selvas de Ardeña. Así conoce a

Brandamonte, hermana de Renaldos, mientras lucha con Rodamonte, el gigante felón y soberbio que intenta conquistar toda Francia.

El proceso de enamoramiento se ajusta igualmente a las etapas propias del proceso. En un primer instante, el joven caballero desconoce la identidad de la que en breve se convertirá en su señora, en concreto porque esta se muestra bajo la apariencia de un caballero en pleno combate. Como no puede ser menos por parte de quien es el caballero de los episodios futuros, Rugiero, con muestras de gran cortesía, se ofrece a sustituirla en su enfrentamiento con el pagano para que ella pueda acudir en ayuda de su señor, Carlomagno, y cumplir, de este modo, con una de sus principales obligaciones.

El combate entre Rugiero y Rodamonte puede contener al mismo tiempo un significado relevante, pues, si bien antes se ha enfrentado con la flor de la caballería cristiana, deberá someterse a los mismos parámetros de la paganía si quiere obtener el reconocimiento necesario.

El episodio es breve y ágil en cuanto a lo narrativo porque el objetivo es propiciar la conversación de los que en breve serán enamorados. De ahí que los detalles sean escasos y que el fiero pagano no ofrezca apenas resistencia. Como si conociera las intenciones del autor, el propio paladín agiliza el encuentro a solas, de manera que no acaba con su adversario en su totalidad y se contenta con dejarlo aturdido sobre su cabalgadura.

Por fin se produce el encuentro a solas. Aprovechando la discreción del escenario, Brandamonte aprovecha para solicitar el nombre al caballero, pero esto no expone sino aquello que inicialmente sabía: que fue criado en secreto por el sabio Atalante y el propósito que le condujo hasta allí. Apenas unas pocas palabras son necesarias para que la hermana de Renaldos conozca que están emparentados. El proceso se ha completado. Al igual que Oriana descubrió el origen del Doncel del Mar y le hizo saber que, en realidad, era Amadís, es la enamorada la que certifica definitivamente la identidad y el linaje del paladín.

Da comienzo, a continuación, la siguiente fase en la que Brandamonte, «que ya era ferida de verdadero amor, aviéndole penetrado su corazón aquellos dorados tiros con que Cupido a los más libres suele captivar y enagenar de sí mismos» (XCIII, 683), hace lo propio y corresponde la confidencialidad de su futuro enamorado:

y desenlazándose el yelmo [Brandamonte], mostró su fermoso rostro blanco y delicado, acompañado de un cavalleroso denuedo e una grande e ruvia cabelladura cogida al derredor de su cabeça con unos ricos prendedores de oro; e fue tan soberanamente fermosa en el acatamiento de Rugiero, que assí verdaderamente por cierto lo era, que no fue más en manos de aquelpreciado cavallero sino, perdidas las sus vigorosas fuerças, captivarse desde aquella hora para siempre de su amor; e assi el corazón le estava en su cuerpo temblando, como aquel que nueva ferida sentía; e cuasi mudo, sin poder responder, no se hartava de mirar aquel bien proporcionado rostro de la armada doncella. (XCIII, 683)

Solo queda la prueba que fortalezca el recién nacido amor. Y no tarda en presentarse. De repente, los dos enamorados son interrumpidos por un grupo de paganos que atacan sin previo aviso. La recién creada pareja comparte uno de los momentos más íntimos de su reciente relación y combaten codo con codo. Es tal la fuerza de la unión, que en breve consiguen abatir a más de diez enemigos. Pero el número es elevado y les cuesta mantenerse juntos, por lo que se ven obligados a separarse.

La necesaria anagnórisis de los enamorados se produce en el preciso instante en el que el autor anuncia el final de la presente obra y revela la habitual continuación. Cada uno de los dos enamorados ha tenido que superar importantes pruebas, relativas a la valentía y al arrojo por parte de Escardaso —en compañía de Gradaso y Sacripante topará con una de las entradas del infierno en el Monte Sulfúreo y se amedrentará por los demonios que de ella salen, en especial del jefe— y que supondrá una prueba de amor en el caso de Brandamonte, quien despertará en la joven Flordespina deseos de amor al confundirla con un caballero.

El feliz reencuentro de la pareja se produce apenas Rugiero avista y reconoce a Brandamonte, a pesar de su armadura de caballero:

Cuando los dos queridos enamorados se vieron, arremete el uno al otro con la furia de aquellas bivas brasas de amor, abraçándose con tanta fuerça, cuanta la enamorada vista con que de antes se vieron forcejó a los aprisionar. (CI, 724)

La consumación del amor se prepara paso a paso. Primero con la separación de sus respectivos acompañantes —Gradaso y Sacripante por parte de él y la bella Flordespina por la de la dama guerrera. A continuación, Rugiero debe cumplir con el proceso y confesará sus verdaderas intenciones a su amada, con la determinación del enamorado, pero con la humildad del servidor:

Bien sé que por vuestro merecimiento soberano ninguna cosa a vuestro servicio condescendente puedo hazer, mediante la cual algún premio de vuestra gran fermosura alcançar pueda; mas, si misericordia mora en vuestro generoso corazón, a mí más que a otra persona deve ser inclinada, porque de cierto no se hallará quién tanto como yo os quiera e servir dessee; e pídovos de merced, señora, a mi atrevimiento perdone, pues la sobra del amor que os tengo me constriñe a fablaros manifestándoos mi peligro para os mover a me dar conveniente remedio, del cual alcançar desesperaría si una soberana esperanza no me sostuviese, la cual es que en una persona do todas las virtudes e fermosura se aposentán, no dexará la piedad de morar en ella, la cual entre todas las virtudes resplandece; esta sola esperanza me tiene bivo, que, si ella no me sostuviese, los traspasantes rayos de amor que de mí mesmo me an enagenado en muy breve espacio darían fin a mis días. (CIV,734)

La respuesta de Brandamonte no se hace esperar, si bien no es todo lo satisfactoria que el corazón del paladín hubiera deseado escuchar:

qué razón bastaría a me mover a te amar, puesto que de tu amor yo fuesse lastimada, siendo ageno de mi ley e fuera de toda razón natural creencia metido en el oscuro error de una tan malvada secta como estás metido, la cual, allende de ser falsa e mentirosa, es muy agena de ti por la alta progenie de donde deciendes, la cual es la propia donde yo e todos los paladines de Francia por recta línea decendemos. No haría justa cosa yo en te amar ni tu, buen cavallero, si por razón te guiasses, me lo aconsejarías. (CIV, 734)

Antes de que la consumación se produzca, es necesario que el nuevo héroe de la cristiandad cumpla con un requisito imprescindible y sea bautizado. Para ello, quien mejor que su propia enamorada, complacida por poder realizarlo y deseosa de hacerlo:

E tomándole por la mano, llegose a la fuente e como fiel cristiana e sabida donzella que era le bautizó, el cual rescibió el bautismo con tan gran devoción como aquel que de muy entera voluntad lo hazía. (CIV, 735)

En este instante únicamente les queda por completar el último de los requisitos: la unión en secreto y la promesa de matrimonio futuro nada más llegar a Francia.

El círculo se ha completado y todo queda preparado para la continuación, como avisa el autor:

del cual ayuntamiento quiero que sepáis nació un fruto de bendición, el cual hizo tanto por su persona en el hábito de la cavallería que, ya olvidados de los famosos paladines los hechos, solos de los suyos contavan, los cuales en la segunda parte d'este *Espejo* muy por estenso verés. (CIV, 736)

3.2.2. Los personajes femeninos

Los libros de caballerías, como género editorial destinado al entretenimiento, tenían como una de sus mayores virtudes alcanzar a la mayor parte posible de público. Entre este ocupaba un lugar fundamental el sector femenino¹⁷⁸. Nada más recurrente que recordar la más que conocida y comentada conversación quijotesca en la venta —capítulo XXXII de la primera parte—, en la que cada uno de los personajes expone sus predilecciones en cuanto a la temática¹⁷⁹:

—Así es la verdad —dijo Maritornes—, y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas; y más, cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles.

—Y a vos ¿qué os parece, señora doncella? —dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

—No sé, señor, en mi ánima —respondió ella—; También yo lo escucho, y en verdad que, aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oírlo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras: que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo.

—Luego, ¿bien las remediárades vos, señora doncella —dijo Dorotea—, si por vos lloraran?

—No sé lo que me hiciera —respondió la moza—; sÓlo sé que hay algunas señoras de aquéllas tan crueles que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias. Y, ¡Jesús!, yo no sé qué gente es aquélla tan desalmada y tan sin

¹⁷⁸ Del público femenino hay bibliografía abundante. Destacan los estudios clásicos de Maxime Chevalier, «El público de las novelas de caballerías», en *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Turner, 1976, pp. 65-103; D. Eisenberg, «Who Read the Romances of Chivalry?», en *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1982, pp. 89-118. María Eugenia Lacarra, «Notes on Feminist Analysis of Medieval Spanish Literature and History», *La Corónica*, 17:1 (1988-89), pp. 14-22. M^a Carmen Marín Pina, «La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco entre el público femenino», *Revista de Literatura Medieval*, 3, (1991), pp. 129-148 (Recogido, con actualización de bibliografía, en *Pagias de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2011, pp. 351-375). Anna Bognolo, «Sobre el público de los libros de caballerías», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 Outubro 1991)*, I, eds. Aires A. Nascimento y Cristina Almeida Ribeiro, Lisboa, Cosmos, 1993, pp. 125-129. María Rosario Aguilar Perdomo, «La recepción de los libros de caballerías en el siglo XVI: a propósito de los lectores en el *Quijote*», *Literatura: teoría, historia y crítica*, 7 (2005), pp. 45-68. José Manuel Lucía Megías, *El libro y sus públicos (ensayos sobre la «Teoría de la lectura coetánea»)*, Madrid, Ollero y Ramos, 2007.

¹⁷⁹ «Alonso Quijano no es el único lector de libros de caballerías en el *Quijote*, también lo son Dorotea, el barbero y el cura que realizan el “donoso escrutinio” de la biblioteca del hidalgo manchego, el canónigo, el bachiller Sansón Carrasco, luego convertido en el Caballero de los Espejos, los duques, Luscinda, el ventero Juan Palomeque, todos ellos lectores de diversas condiciones que reflejan las formas de consumo y recepción de la literatura en la época: la lectura individual y silenciosa, más cercana al lector moderno, y la lectura oral y colectiva, característica de la Edad Media y el Renacimiento», María Rosario Aguilar Perdomo, «La recepción de los libros de caballerías en el siglo XVI: a propósito de los lectores en el *Quijote*», *Literatura: teoría, historia y crítica*, 7 (2005), pp. 46-47.

conciencia, que por no mirar a un hombre honrado, le dejan que se muera, o que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa¹⁸⁰.

Con su habitual maestría, el autor alcalaíno hace gala de un profundo conocimiento del género, lo que unido a su fina ironía, sirve como explicación de uno de los rasgos más característicos de estas obras: la presencia de los personajes femeninos.

No es la pretensión de estas páginas analizar la polémica que suscitaban los libros de caballerías entre los moralistas de la época¹⁸¹. En cambio, sí pretende serlo el análisis, desde una perspectiva literaria, y más concretamente dentro del propio código caballeresco, de la presencia de los personajes femeninos en el *Espejo de cavallerías*.

En palabras de Isabel Romero Tabares,

Los libros de caballerías se engarzaban en el tiempo en que se escribían y reflejaban las costumbres contemporáneas, las modas, las costumbres, la política, el pensamiento, la moral y la religión, la literatura y el arte, porque si no, la aventura no hubiera encontrado lectores¹⁸².

Queda patente que estas obras tienen como máximo protagonista al caballero —o caballeros, como se puede comprobar en este *Espejo*—, pero los personajes femeninos, tanto la dama enamorada que es correlato del héroe como los distintos tipos que en ellos aparecen, cobran cada vez más relevancia y, con bastante probabilidad, estaban presente en la mente de los autores a la hora de la escritura.

¹⁸⁰ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994, pp. 323-324.

¹⁸¹ Conocida es la cuestión planteada por Juan Luis Vives hacia en su *Instrucción de la mujer cristiana* (Valencia, 1528): «¿Qué tienen que hacer las armas con las doncellas?». Como muestra de los detractores, basta con recordar la enérgica condena que, junto a la de Juan Luis Vives, hicieron Fray Luis de Granada o Fray Antonio de Guevara. Para más información, véase el artículo citado de Isabel Romero Tabares, en concreto las páginas 192-193, en las que incluye citas y bibliografía apropiadas. Para conocer la mentalidad misógina de la Edad Media, resulta interesante el estudio de M^a Jesús Lacarra, «Algunos datos para la historia de la misoginia en la Edad Media», en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, 1986, I, pp. 339-361.

¹⁸² Isabel Romero Tabares, «Modelos de mujeres en los libros de caballerías hispánicos. El *Rosión de Castilla*», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*. Julián Acebrón Ruiz (ed.), Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2001, p. 195.

Podemos incluso pensar que, sin la presencia de la dama, el personaje del caballero no podría alcanzar su plenitud¹⁸³.

La caballería y el móvil amoroso van unidos en una misma dimensión, sin que sea posible entenderlos por separado. La idea del papel prominente de la mujer en las aventuras caballerescas es idea aceptada, ya que, si bien no es la protagonista, se convierte en el motor de aventuras y, por tanto, de la acción caballeresca¹⁸⁴. Desde el mismo instante en el que el caballero la convierte en el centro de su vida heroica, este será el deseo que le impulsa a alcanzar las cotas más altas de fama¹⁸⁵. Junto con la divinidad, a ella están destinadas las aventuras más peligrosas, e incluso el caballero la tendrá en mente o la nombrará en todo momento, bien porque la victoria está cerca, bien cuando el desarrollo de alguna de estas no sea el esperado. En la génesis propia del género se da la unión de amor y caballería, hasta tal punto que no podemos entender la historia, sean quienes sean sus protagonistas, sin la presencia de ambos:

La función de la mujer en los libros de caballerías está indisolublemente unida a los dos ámbitos fundamentales que componen la esfera de actuación del caballero: las armas y el amor; sin embargo, no pueden considerarse como departamentos estancos ya que una de las particularidades esenciales de estas obras es el entrelazamiento continuo de ambos ejes¹⁸⁶.

Aún con todo, la percepción que el caballero tiene de la dama protagonista es algo ambigua, ya que alterna entre la idolatría y consideración como ser desvalido

¹⁸³ Marta Haro, al analizar la presencia femenina en el *Amadís de Gaula*, postula: «El héroe, sin lugar a dudas, es el protagonista absoluto de este tipo de la literatura y la mujer, con su actuación, contribuye en gran medida a sublimar al caballero como amante y guerrero». Marta Haro Cortés, «La mujer en la aventura caballeresca: dueñas y doncellas en el Amadís de Gaula», *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, València, Universitat de València, 1998, p. 181.

¹⁸⁴ Para M^a Carmen Marín Pina la existencia del héroe no se entiende «sin las mujeres; ellas justifican en principio y parcialmente su razón de ser como caballeros, porque dentro de la aceptación del código caballeresco se halla el compromiso de su defensa.» M^a Carmen Marín Pina, «La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco», *Revista de Literatura Medieval*, 3, pp. 136-137 (incluido en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 349-375 .).

¹⁸⁵ «Cuanto más excelsa es la figura de la mujer amada, más se eleva el espíritu de su pretendiente», (Emilio Sales, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, p. 47).

¹⁸⁶ Marta Haro, *op.cit.*, p. 182.

que necesita ser protegido o rescatado¹⁸⁷. Para Marín Pina, esta especie de adoración del caballero por su dama

está en la esencia de toda la ideología del amor cortés y la hereda en parte la literatura caballeresca peninsular del *roman* artúrico [...], donde la mujer estaba conceptualizada como un ser superior capaz de ennoblecer y dar categoría al amante¹⁸⁸.

La mujer que aparece en los libros de caballerías es herencia de la materia de Bretaña, obras en las que «las damas nobles del siglo XII se viesen retratadas en las protagonistas de estas obras, al igual que sus sucesoras siglos después»¹⁸⁹. En la línea evolutiva que supuso la aparición de los libros de caballerías, inspirados en los textos artúricos, el *Amadís de Gaula* continúa este mismo propósito, y Rodríguez de Montalvo incorpora

las distintas concepciones de la mujer que recorrieron la Edad Media: de una parte, la sublimación de la dama, con la consiguiente perfección física y moral; y de otra, su inferioridad, plasmada en su desvalimiento y fragilidad. Ante el universo femenino se erige el héroe, que recorrerá sin titubeos y firmemente, entre aventura y aventura, el camino de servicios y protección a su amada. De este modo, se aúnan los papeles social y moral que modelan la figura femenina en la literatura medieval¹⁹⁰.

Como no puede ser menos en un género cuya vida se alarga durante más de una centuria, se produce una evolución, ajustada a los deseos que demandaba la sociedad. El personaje femenino cambia,

deja de ser un ser desvalido y débil que necesita de la ayuda del caballero para defender sus derechos, que pueden ser personales —no casarse o tener relaciones sexuales con personas no deseadas, por ejemplo—, o sociales —defensa de sus derechos nobiliarios y de sus propiedades¹⁹¹.

¹⁸⁷ Recuérdese que el hidalgo manchego decide convertirse en caballero andante y salir en busca de aventuras por razones parecidas: «don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad a cuestras, de monte en monte y de valle en valle; que, si no era que algún follón, o algún villano de hacha y capellina, o algún descomunal gigante las forzaba». Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994, p. 91.

¹⁸⁸ M^a C. Marín Pina, *op.cit.*, p. 137. Basta recordar que, de manera habitual, junto con el aumento de su fama, la dama suele ser el premio al superar la prueba.

¹⁸⁹ Marta Haro, *op.cit.*, p. 181.

¹⁹⁰ *Ibidem*.

¹⁹¹ José Manuel Lucía Megías, *De los libros de caballerías manuscritos al «Quijote»*, Madrid, Sial, 2004, pp. 68-69.

Esta evolución provocó cambios en los personajes femeninos, de manera que

nos encontramos con una amplia galería de personajes femeninos que viven la pasión desde prismas distintos o que incluso dejan atrás la comodidad de los palacios para ejercitarse con las armas y rivalizar con los propios caballeros en esfuerzo y destreza¹⁹².

Esta tipología de personajes femeninos, a partir del análisis del *Amadís de Gaula*, fue analizada y sintetizada con gran maestría por Marta Haro en el artículo citado. La clasificación abarca casi una treintena de papeles diferentes desempeñados por mujeres, roles cuya aparición se hizo obligatoria en cada obra, lo que dio paso a que los autores, conforme al momento en el que vivían y escribían sus obras, incorporaban pequeños matices. Estos abarcan a la dama cuitada, peticionarias de un don, socorrida y agradecida, traidora, médicas o remediadoras, mensajeras o mandaderas, espectadoras de combates, misteriosa y extraña, guerrera y, por supuesto, enamorada.

Todos estos tipos aparecen en *Espejo de cavallerías*, bien de manera individual, bien alguna de sus protagonistas aún en sí misma varias de las posibilidades. Para evitar la prolijidad en el análisis y la repetición de las conclusiones, se examinan con más detalle los tipos de Angélica como dama protagonista, y de las damas guerreras, en su doble vertiente de amazona y guerrera, en las figuras de Marfisa y Brandamonte.

3.2.2.1. La dama protagonista: Angélica la Bella

Si bien los libros de caballerías tienen como protagonista al caballero que debe «desfacer entuertos», este no alcanzaría la misma dimensión sin la presencia de la dama que motiva su actividad. El caballero alcanza su plenitud cuando conoce a aquella que será el motor de su inspiración caballeresca, la causa por la que se enfrentará a todo tipo de adversidades; pero, al mismo tiempo, aquella que ocupará el centro de su ser, su propio corazón¹⁹³. Es la vía utilizada por los autores para unir los dos elementos indispensables del género: amor y caballerías.

¹⁹² José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *Los libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008, p. 192.

¹⁹³ «La existencia del héroe, protagonista indiscutible de estos libros, pocas veces se entiende sin las

Como es habitual en el género caballeresco, los personajes, los lances, la propaganda —ya sea ideológica, religiosa o política, con la defensa del imperialismo de Carlos V en esta obra—, en general todo lo que aparece se ajusta a los moldes y clichés propios del mismo. Incluso el propio Cervantes, con una intención claramente distinta, se somete a los mismos criterios.

Por lo que respecta a la dama protagonista, no podemos esperar menos. Esta chica joven que aparece junto al caballero se ajusta a una serie de requisitos, más o menos, habituales¹⁹⁴:

- Como no puede ser de otra manera, la principal cualidad de estas jóvenes es la belleza extrema, sin par entre las bellas. Es la más hermosa entre las hermosas. De esta manera, se convierte en correlato del propio héroe que le dedicará su amor.
- Del mismo modo, al tratarse de un género eminentemente aristocrático, la protagonista debe pertenecer al mismo estamento, es más, debe destacar dentro del mismo. Por lo general, son princesas, hijas de reyes, emperatrices de lejanas tierras. Así, conforme avanza el género, suelen emparentarse por su linaje con monarcas o emperadores de tierras paganas o exóticas.
- Relacionado con el punto anterior, estas bellas damas habitan en la corte, un espacio por el que se mueven con desenvoltura, ávidas conocedoras de las normas de comportamiento y dotadas de excelsas habilidades sociales. Fruto de una esmerada educación en este ámbito —de nuevo una muestra de su correlato al personaje del caballero—, utilizarán estos conocimientos para requerir a los caballeros aquellos dones que necesiten, sabedoras de la imposibilidad de una repuesta negativa.

mujeres; ellas justifican en principio y parcialmente su razón de ser como caballeros, porque dentro de la aceptación del código caballeresco se halla el compromiso de su defensa». M^a C. Marín Pina, M^a Carmen Marín Pina, *op. cit.*, 136-137.

¹⁹⁴ El paradigma de dama protagonista perfecta, tanto por su belleza como por su noble comportamiento, lo encarna, como no puede ser de otra manera, Oriana, la amada de Amadís. Así queda demostrado al superar varias pruebas modélicas: el tocado de flores de Mancandón, el arco de los leales amadores y la cámara defendida a la que accede aquella que supere en belleza a Grimanesa. Para un análisis en profundidad, así como una bibliografía más apropiada, puede consultarse Marta Haro, «La mujer en la aventura caballeresca: dueñas y doncellas en el *Amadís de Gaula*», *op. cit.*, pp. 198-199.

- A pesar de estar predestinadas a una relación amorosa con el caballero protagonista, estas jóvenes no pueden mostrar un comportamiento inapropiado respecto de su condición. Si bien el caballero debe ser fiel en todos los sentidos a su amada, a ella se le exige no sólo la misma honestidad y fidelidad, incluso en doble grado, tanto en su comportamiento en público como en los sentimientos que comparte con el caballero.

Parece oportuno, tras estas pesquisas introductorias, examinar en particular el personaje de Angélica la Bella, la dama protagonista del *Espejo de cavallerías*. El propósito es comprobar en qué grado se ajusta al modelo o no. Como se intenta demostrar, se trata de un personaje con una concepción más amplia; alterna rasgos típicos de la dama enamorada, pero, al mismo tiempo, se le añaden otros, propios a su vez de otros personajes femeninos.

3.2.2.1.1. Angélica la Bella: ¿dama perfecta?

Angélica es la hija del rey de Latana, una tierra leja y exótica; en otras palabras, una princesa no cristiana. La condición de su belleza aparece ya en su sobrenombre, Angélica la Bella¹⁹⁵. Su primera aparición está repleta de espectacularidad. Interrumpe el banquete organizado por Carlomagno para celebrar la llegada de la Pascua. Aparece en medio de un cortejo de cuatro gigantes que la protegen, lo que indica su alta condición:

cuando vieron entrar por la puerta cuatro gigantes muy fieros y en medio d'ellos una muy fermosa donzella que un gentil cavallero mancebo la traía por la mano. Todos bolvieron los ojos por la mirar, ca cierto más parecía divina que humana, que, allende de venir muy ricamente ataviada, parecía su rostro una luziente estrella. En la sala eran venidas, por más regozijar la fiesta, muchas dueñas e donzellas de alta guisa, donde era la linda Galerana, e Doñalda la Bella, e doña Claricia, e la linda Armelina, e otras muchas de gran cuenta. La donzella, con muy fermoso continente, passó por la sala adelante fasta llegar a la gran silla del Emperador. Todos quanto más podían se

¹⁹⁵ «El nombre constituye también la identidad del personaje». M^a C. Marín Pina, «La doncella andante en los libros de cavallerías españoles: antecedentes y delimitación del tipo (I)», en *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005)*, vol. II, eds. Armando López Castro y M^a Luzdivina Cuesta Torre, León, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, p. 817.

acercavan a ver la demanda de la donzella, estrañamente maravillados de su gran fermosura, ca no parecía entre las otras que presentes eran sino una relumbrante rosa entre pequeñas flores, que era para enamorar a cualquiera que la mirara, aunque tuviera el corazón de piedra. (II, 231).

En la descripción de su entrada en escena se recogen varios de los rasgos más característicos: una belleza que parece casi divina¹⁹⁶, su capacidad hiperbólica para eclipsar a otras bellezas presentes y el atractivo que despierta en los asistentes, en especial entre los caballeros cortesanos.

Después de caracterizarla como una belleza deslumbrante, López de Santa Catalina se ocupa de completar la presentación con un aporte doble: por un lado, explicar el origen lejano y exótico de la dama; y por otro, la parte referida a lo social, de manera que Angélica, sabedora de los códigos de conducta apropiados, se comporta como una perfecta cortesana como demuestra al solicitar el don inicial al emperador Carlomagno:

Magnánimo y poderoso señor, la tu gran proeza e fama de tus paladines, que por todo el mundo se estiende, me dan mucha esperança que mi largo camino no será en vano. Sepas, señor, que yo e mi hermano, que presente está, venimos a honrar tu fiesta. E a él llaman el fuerte Argalia e a mí Angélica la Bella, que en nuestra tierra, llamada Latana, supimos las justas que, señor, avías ordenado e la gran cavallería que en Francia era assonada. (II, 232)

El conocimiento del protocolo más básico —las fórmulas de tratamiento y respeto al dirigirse a tan alta dignidad así lo demuestran—es lo que provoca que Angélica refleje otro de los rasgos habituales del personaje femenino en los libros de caballerías¹⁹⁷. De esta manera, apenas se ha presentado, cuando requiere de Carlomagno el cumplimiento de un don¹⁹⁸:

¹⁹⁶ Este rasgo semidivino de la amada es harto conocido y su presencia es habitual en toda la literatura medieval europea, en especial desde que los poetas del *Dolce Stil Nuovo* se refirieran a sus amadas como *donna angelicata*. De ahí, se convirtió en rasgo habitual en el *fin d'amours*.

¹⁹⁷ El dominio de las reglas cortesanas más elementales queda completo cuando, apenas terminadas sus palabras, Angélica espera de rodillas la respuesta de Carlomagno.

¹⁹⁸ Es el denominado «don contraignant» o «don en blanco», que se ajustaba al siguiente esquema: lo primero es la demanda del don en blanco; después, el demandado acepta lo solicitado y, al final, revelación del contenido de lo demandado, como postula Fernando Carmona, Fernández, *Pervivencias medievales: Chrétien de Troyes, Boccaccio y Cervantes*, Murcia, Universidad de Murcia, 2006, p. 217. Para conocer más sobre el «don contraignant» y sus orígenes interesantes los dos trabajos de J. Frappier y P. Ménard que a continuación se mencionan. Para su aparición en el *Amadís de Gaula*: Fernando Carmona, «Largueza y *Don en blanco* en el *Amadís de Gaula*», en *Medievo y Literatura. Actas del IV Congreso de la Asociación de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada 1993)*, ed. Juan Paredes, Granada, Universidad, 1995, vol. I, pp. 507-521.

mi hermano, que presente está, se quiere, en el principio de su cavallería, mostrar en esta manera, si a ti, señor, plaze, so cuyo amparo venimos: que a la Fuente del Gran Pino, que es al Padrón de Merlín, cualquiera de los que aquí están que quiera provar su fuerça e ardimiento vaya allá, a donde hallará a mi hermano armado de todas armas no con más conpañía de la que aquí está. Que se á de tomar armas con tal condición que, provados de la justa, si a mi hermano derribare, gane a mí por empresa, e si él fuere de mi hermano derribado, que quede por su prisionero. (II, 232)

El «don contraignant» o «don en blanco», ha sido estudiado y analizado con profundidad por estudiosos de las literaturas medieval y románica. En un primer momento, Frappier lo explica como un don que coacciona la voluntad del que lo concede, ya que influye en su comportamiento, que habitualmente no es el esperado¹⁹⁹. Años después, Philippe Ménard matizó el uso del episodio y propuso una terminología más adecuada: «el don el blanco», que no se adscribía, como aducía Frappier, en exclusivo a la literatura artúrica, sino que estaba presente en numerosos textos (*fabliaux*, *lais*, *Roman de Tebes*, crónicas medievales, etc.)²⁰⁰. Como obra heredera de la literatura artúrica —en especial los dos primeros libros, datados a finales del siglo XIII²⁰¹—, el motivo se incorporó al *Amadís de Gaula*²⁰². Al ser tomada la obra del medinés como arquetipo del género, los autores de los libros de caballerías incluyeron numerosos episodios en los que se incluye el motivo. Como conclusión del uso de este, sirvan las palabras de Fernando Carmona:

¹⁹⁹ «C'est une coutume assez etrange, un déconcertante contrainte psychologique et, dans certains cas, une forme presque aberrante de la générosité». Jean Frappier, «Le motif du *don contraignant* dans la littérature du Moyen Âge», en *Amour Courtois et Table Ronde*, Publications Romanes et Françaises, 126, Ginebra, Droz, 1973, p. 226.

²⁰⁰ «Le terme de “don contraignant” utilisé par J. Frappier a l'avantage de la brièveté, bien qu'il manque un peu de clarté. Je préférerais dire “don en blanc qui lie le donateur”, même si la formule est un peu longue». Philippe Ménard, «Le don en blanc qui lie le donateur: réflexions sur un motif de conte », en *An Arthurian tapestry. Essays in memory of Lewis Thorpe*, University of Glasgow, 1981, p. 38. Las referencias a su aparición en otras obras medievales se han tomado de Fernando Carmona, *Pervivencias medievales*, *op. cit.*, pp. 142-143.

²⁰¹ Para el análisis de la cronología de la refundición de Montalvo, véase J. B. Avallé Arce, *Amadís de Gaula: el primitivo y el de Montalvo*, México, 1990, p. 19-35; y 424-426.

²⁰² Fernando Carmona ha analizado con exhaustividad la aparición de este motivo en la obra del medinés: «He constatado la aparición de más de una treintena de veces, exactamente 34, en los cuatro libros que componen el *Amadís*; pero el reparto no se hace igual en todos los libros: mientras que en el Libro I aparece 18 veces, en los restantes aparecerá cinco, siete y cuatro sucesivamente. La importancia cuantitativa va ligada a la cualitativa, es decir, en el Libro I el motivo del don en blanco tiene una especial importancia en la articulación y composición del relato, mientras que no ocurre lo mismo en los siguientes libros.» Fernando Carmona Fernández, «Largueza y don en blanco en el *Amadís de Gaula*», en *Medievo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada 1993)*, ed. Juan Paredes, Granada, Universidad, vol. I, 1993, pp. 508.

El *don en blanco* es sobretodo *don*, es decir expresión del *donars* caballeresco, llevado a acabo hasta el extremo de poner en peligro la identidad física y espiritual de sus ejecutores. Se convierte, pues, en un rasgo tan consustancial a la nobleza caballeresca que es incompatible su utilización por los que no pertenecen a ella, reyes antifeudales o villanos. Este recurso se degrada y convierte en disfuncional o perturbador para la sociedad caballeresca si es utilizado por un monarca que se aleja de los valores de ésta [...]. Y, como muestra el *Amadís*, sólo en la literatura que responde a la ideología cortés y feudal, encuentra el motivo del don en blanco su espacio propio y natural²⁰³.

Si se vuelve a las palabras de Angélica, se observa también el cumplimiento de otro de los requisitos habituales, pues ella misma se ofrece como premio o botín de la prueba, que servirá, sin duda, como acicate para aquel caballero que logre superarla.

El Emperador, veterano y sabio, pero caballero a fin de cuentas, no puede menos que acceder a la solicitud de tan destacada dama:

Fermosa donzella, aunque nuestras justas se dilaten, yo quiero conplazeros en vuestra demanda; mas gran cosa quiere vuestro hermano emprender al principio de su cavallería. Su desseo es alto e la joya es preciada a maravilla, que cada uno trabajará por vos ganar. Yo vos recibo so mi amparo. Fágase todo como lo avéis pedido. (II,233)

Más adelante, cuando los personajes hayan vivido y superado infinidad de aventuras y sucesos, el propio Carlomagno, que conoce el enorme atractivo que Angélica despierta entre sus paladines, no duda en utilizarla con un doble fin. El primero, después de los aprietos a los que se ha visto sometido en ausencia de sus dos caballeros más destacados, la retiene con la esperanza de evitar que Roldán y Renaldos se ausenten de nuevo de la corte:

E fizo ante sí traer la fermosa donzella, que como muda estava viendo ante sí passar tales cosas; e fiola tener a recaudo, dándola en cargo el buen duque Naymo de Baviera, porque no fuesse ella causa de la destrucción de dos tan soberanos cavalleros, teniendo por cierto que, mientras en ella su corte tuviesse a Angélica la Bella, el conde don Roldán y el buen Renaldos no se parterían d'ella, donde vista la justicia de cada uno d'ellos el Emperador faría lo que justo le pareciesse en tal caso. (LXXVII, 611)

Además de esto, como buen estratega y máximo caudillo que utiliza las estrategias más apropiadas para alzarse con la victoria, no duda en motivar a sus dos paladines con un premio extraordinario: la propia Angélica. Con suma astucia, Carlomagno motiva el orgullo caballeresco de Roldán y Renaldos al prometerles,

²⁰³ Fernando Carmona, Fernández, «Ideología de un motivo literario: el don contraignant o don en blanco en el *Amadís de Gaula*», en *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales*, 27, (2004), p. 158.

casi de manera simultánea, que le entregará a la dama si se esfuerzan en el combate contra el ataque de Marsilio de España. Primero habla, en secreto, con Roldán:

Hijo, ya se te puede entender cuán grandissimo poder de paganos vienen contra nós y el muy gran peligro que se nos espera. Haz de manera oy en la 130v batalla que muestres a los moros tus grandes fuerças e valentía, que Angélica la Bella yo te la daré si tus obras oy se manifiestan por tales que la merezcas. (LXXVIII, 620)

Para asegurarse la victoria, apenas un instante posterior, también en secreto, hace lo propio con Renaldos:

Amado hijo, llegado es el día donde devéis mostrar quién sois e cuánto valéis. Mira en cuánto peligro somos. Hazé oy, fijo, que los paganos renegados sientan quién vós sois e cuánto valéis, ca yo vos doy mi fe, si tal os mostráis como oy yo desseo, que vuestra será Angélica la Bella a pesar de quien pesare; y esto vuestras altas obras lo pueden merecer. (LXXVIII, 621)

Por lo que se ha visto, la belleza de Angélica es utilizada por los reyes más ancianos y sabios que aparecen en la obra, Galafrón y Carlomagno, como reclamo para alcanzar sus objetivos, pues ante ella ningún caballero puede resistirse.

Por lo que se puede comprobar, en esta presentación de Angélica parece que se ajusta a los parámetros típicos de la dama enamorada de los libros de caballerías. Pero lejos de ajustarse a un único perfil y mostrarse como la versión femenina del caballero —con sus mismas virtudes desde un perfil femenino—, a medida que avanzan las aventuras, se muestra en realidad como un personaje poliédrico, que aglutina en sí mismo varias posibilidades que los autores habían desplegado en la variedad de damas, doncellas y dueñas que aparecen en las obras del género. En apariencia, una dama altanera y caprichosa, pero que, al mismo tiempo, goza de cierta libertad en otros ámbitos. Estos rasgos de su personalidad bien pudieron contagiar en las lectoras de la época esas mismas ansias de libertad, en parte, con bastante probabilidad, anheladas por muchas de ellas.

3.2.2.1.2. Evolución de Angélica: independencia femenina

Los personajes femeninos sufren una evolución dentro de los libros de caballerías, por momentos en paralelo con las evoluciones ideológicas que se produjeron en la centuria. Si bien en un primer momento se mostraban como

personajes desvalidos a merced de la voluntad de los caballeros —tanto en el plano social como en el amoroso y erótico—, poco a poco cobraron mayores cuotas de independencia. Durante la vida cotidiana, las mujeres estaban controladas por los distintos resortes de la sociedad: la propia familia, con el padre y el hermano a la cabeza, la religión e incluso por ellas mismas, sujetas a una honestidad total en su comportamiento y su apariencia. Por el contrario, la evolución de estos personajes femeninos en el género caballeresco, ofreció la posibilidad a estas mujeres de lograr aquello que les estaba vedado. Gracias a la literatura pudieron viajar, enamorarse e incluso disfrutar de su sexualidad o luchar como héroes. En definitiva, unas cuotas de independencia como hasta entonces no habían alcanzado en las letras castellanas²⁰⁴.

El personaje de Angélica resulta especialmente rico en este sentido. Es muy probable que la influencia del poema de Boiardo y la propia mentalidad humanista —apareció publicada en pleno auge de esta ideología aperturista, que contrasta con lo que sucedería tras Trento— confluyan de manera decisiva y sean la causa por la que el autor toledano no pudo adscribirla en su totalidad al modelo de Oriana como enamorada y máximo exponente del paradigma amadisiano. Unas líneas más arriba se ha podido comprobar cómo se ajustaba al modelo más canónico. Pero, en realidad, estas concesiones desaparecen con celeridad. Apenas ingiere el líquido mágico, su comportamiento se transforma por completo hasta convertirse en una auténtica dominadora de la voluntad masculina. Conoce y maneja el poder que su belleza ejerce sobre esta, con especial preponderancia en Roldán y en Sacripante. Tal es así, que no duda en utilizar sus encantos para controlarlos y conseguir que accedan a su voluntad.

Si nos atenemos a la clasificación de Marta Haro²⁰⁵, se observa cómo Angélica no es una doncella que se adscriba a un único perfil. Más bien todo lo contrario. En función de la situación o de su objetivo personal, se comporta de acuerdo a varias

²⁰⁴ «Por los folios de los libros de caballerías las lectoras pudieron realizar un viaje de gabinete, recorrer gran parte del mundo conocido y hallar también mujeres viajeras, pues las amazonas, las damas guerreras y especialmente las doncellas andantes desafían las consabidas advertencias de reclusión y el «campo de su carrera» no es obviamente la propia casa». *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, p. 286.

²⁰⁵ Marta Haro, *op. cit.* Se corresponde con los modelos de dama que alberga caballeros, que es rehén, que ciñe armas a algún caballero, espectadora de un combate (todas en la p. 192), dama misteriosa y extraña (pp. 192-193), sale en busca de su caballero y requeridora de amor (p. 201).

posibilidades. Por momentos, actúa como dama andante y sale en busca de Renaldos, al que ama tras ingerir el agua mágica; también demanda ayuda cuando sufre asedio en la fortaleza de Albraca así lo exige. Del mismo modo, es rehén del viejo que la engaña y la encierra. Incluso, conforme a los modelos propios de la Morgaina artúrica²⁰⁶, se muestra como doncella misteriosa y extraña que sabe de magia y no duda en utilizarla en su beneficio, además del anillo que su padre le ha entregado para protegerla, que posee la cualidad de hacerla invisible²⁰⁷.

Angélica aparece al principio comprometida con el encargo de su padre y así se presenta ante la corte de Carlomagno, ofrecida además como reclamo y premio del don que ella misma demanda, todo ello conforme al plan de su progenitor, que en realidad desea debilitar las defensas del monarca francés para facilitar la invasión pagana. Pero todo esto queda en segundo plano apenas bebe en la fuente de Merlín. A partir de ese instante cobra una autonomía importante y su actitud la conduce a vivir sus propias aventuras. Nada más ver a Renaldos, tras la mutación de su rechazo inicial hacia un amor incondicional, no duda en acercarse a este mientras duerme y ofrecerse a él en el instante en el que se despierta. También muestra gran tenacidad a pesar de las repetidas negativas y huidas del de Montalbán.

Dentro de la variedad de comportamientos que muestra Angélica, merece la pena hacer especial énfasis en aquellos que tienen que ver con su propia condición de mujer y los que se refieren a sus conocimientos de las artes mágicas. Mención especial requiere su relación con Roldán.

Como no puede ser de otra manera por su rol de dama protagonista, destaca por su hermosura. A esta no permanecen ajenos los personajes masculinos. Apenas la ven, despierta las pasiones y estos no pueden retener sus deseos carnales²⁰⁸. Así le sucede, al principio de la obra a Malgesí, nigromante y primo de Renaldos; es el único que conoce —gracias a su magia— las verdaderas intenciones de la bella

²⁰⁶ La evolución de este personaje sirvió como modelo de la maga o sabia que aparece en los libros de caballerías: «de hada bondadosa y protectora, mujer hermosa entre las hermosas y creadora de ungüentos benéficos, se convierte luego en raptora, fea (se dice que Merlín arruinó su extraordinaria belleza), exageradamente lúbrica y autora de pócimas malignas, movida casi siempre por el odio o la lujuria.» Carlos Alvar, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza, 1991, p. 309.

²⁰⁷ Jacobo Sanz Hermida, «La función mágica del anillo en el *Amadís de Gaula*», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Salamanca, 3-6 de octubre 1989)*, vol. II, pp. 933-940.

²⁰⁸ En ninguna ocasión a lo largo de la obra estos deseos resultan satisfechos. El más cercano a lograrlo es Roldán, pero no dejan de ser un mero coqueteo por parte de Angélica para conseguir que este haga lo que ella ha planificado.

cuando irrumpe en el banquete de Carlomagno. De inmediato, sale en su busca para evitarlo, pero cuando la descubre dormida en mitad de la floresta, todo queda obviado y su única obsesión será aprovecharse de la situación y disfrutar de ella:

[Malgesí] tomó su espada en la mano e vase para Angélica, que, como oístes, dormía. E como tan linda la vido, detúvose en sí de la no matar por entonces. Mas creyendo que por el arte suya estava adormida, dixo:

—Antes que mal le faga, quiero holgar con ella.

Mas engañado estava Malgesí, que el anillo que consigo ella tenía la hizo libre de su encantamiento, ca su dormir non era como el de los gigantes. E llegándose cerca d'ella, la començó de abraçar e besar. (III,235)

Estos mismos deseos son generales a lo largo de la obra, tanto en paganos como en cristianos. Sacripante, rey de Circasia, enamorado de Angélica, alberga la esperanza de obtenerla como compensación por su ayuda, por lo que no duda en dirigirse hasta Albraca donde ella es asediada por Agricán de Tartaria²⁰⁹. La defensa del asedio resulta cada vez más agobiante, de manera que Angélica utiliza todos sus encantos para lograr que Sacripante no desista en su empeño. Para ello, no duda en regalarle una espada. El arma, con una clara simbología, cumple su cometido y sirve de acicate para el guerrero:

e Angélica, que venir hazia la villa le vido, bien le conoció, que assaz de vezes le avía visto, e fue prestamente y sacó una fermosa espada de muy estraña lavor e guarnecida, e dixo:

—Esforçado rey, tomad esta hermosa espada con que seáis vencedor de vuestros enemigos.

El rey Sacripante, que tal favor vido de mano de su señora que él tanto amava, dexa la suya e tomó aquella, e con mucho acatamiento se despide de ella e se torna a su batalla. (XXII,336)

El manejo que Angélica hace de sus encantos femeninos, en la mayoría de las ocasiones en busca de un beneficio propio, se hace especialmente visible en su relación con Roldán, tal y como más adelante se expondrá.

Además de su irresistible poder de atracción, Angélica aglutina más rasgos de personajes femeninos. Es dama que sufre asedio en su fortaleza de Albraca por Agricán de Tartaria. La causa es su negativa, incluso desobedeciendo la voluntad de su padre, a acceder al matrimonio con el que es ahora agresor. Una nueva muestra

²⁰⁹ Lo que busca con ahínco Sacripante queda claro desde el primer momento: «Y este rey Sacripante, que muy enamorado de Angélica la Bella estava, quería ayudar al rey Galafrón con gran poder por ganarse la voluntad e casar con Angélica la Bella, su hija.» (XXI,323)

de su carácter independiente²¹⁰. Puede que esto no sea más que una concesión al público femenino, en el que es probable que despertara simpatías por no cumplir un matrimonio de conveniencia, algo tan común y habitual en aquellos días y que no debía de satisfacer a las principales afectadas.

Angélica la Bella es un personaje a todas luces muy atractivo e interesante: es tal su belleza, que levanta pasiones; no duda en manejar sus encantos en su propio beneficio, con bastante independencia; incluso resulta algo indómita. Para redondear el personaje, se puede añadir que, en cierta manera, es protagonista de sus propias aventuras en diversas fases de la narración²¹¹. Como si de un caballero se tratara, interviene en la organización de la resistencia de Albraca y decide, con altas dotes de mando, la estrategia a seguir, precisamente en el momento álgido de la misma. En ese instante, con una frialdad y una tranquilidad característicos del caballero protagonista, no duda en ofrecerse a sí misma para salir en busca de ayuda que pueda alterar el orden de los acontecimientos:

E ya la vianda les iva faltando, que solamente para un mes les quedava, que, aunque el castillo bien fornecido estava para los que solamente lo havían de defender, como entró tanta gente en él, les hovo de menguar el bastimento, donde Angélica, viéndose en tal estado, que ya no cumplía sino ponerse en las crueles manos de sus enemigos, lo cual ella non hiziera aunque la muerte supiera padecer mil vezes, acordó de llamar delante de sí a los tres reyes que dentro en el su castillo estavan, los cuales eran Torindo, y el traidor Trufaldino y el buen Sacripante, e otros muchos de los que allí estavan; e díxoles assí con apassionado ánimo e muy llorosos los sus ojos, que a cualquiera movía a muy grand compassión:

—Magnánimos señores y esforçados cavalleros que en ayuda de mi padre el rey Galafrón e mía havéis venido, ya sabéis la mal andança que en la guerra nos ha sucedido e la gran pujança que nuestros enemigos sobre nós tienen; e pues veis, señores, el gran peligro en que estamos, e que otro remedio no tenemos sino dexarnos morir de hambre o ponernos en las manos de nuestros enemigos, pues vuestras intenciones han sido de me ayudar e favorecer, no querría dexaros sin algún agradecimiento; y es que, pues ya la necesidad es conocida, delibro de ir a buscar ayuda e socorro que d'ella nos saque, de modo que tomemos vengança de nuestros enemigos e ayamos libertad para nuestras personas; e porque veáis que no fago esto por mí sino por dar remedio a

²¹⁰ «y empeçando de andar por aquella tierra [el duque Estolfo], vido toda la gente puesta en armas; y era que el señor de aquella tierra, llamado Sacripante, iva a ayudar al rey Galafrón, que esperaba aver cruel guerra con el emperador de Tartaria, que avía por nombre Agricán, porque Angélica la Bella, hija del rey Galafrón, no quería casar con él.» (XXI,323)

²¹¹ No duda en cabalgar sola tras los pasos de Renaldos, incluso tras los reproches que recibe de este. También vive, en compañía de Roldán y de regreso a París, la aventura de los estrangones, monstruos antropófagos que los quieren convertir en su cena: «E ya qu'el alva quería venir ronpiendo la oscura tela que la noturna deessa, con la ausencia del clarificante Febo, avía sobre la faz de la tierra tendido, oyó delante de sí muy dolorosos gritos como de triste muger; y endereçó para allá e vido más de veinte de aquellos caninos salvajes andar tras Angélica la Bella, que en su cansado palafrén, con las alas del temor, de unas partes a otras corría. E assí como el buen conde los vido, corrió en pos d'ellos la espada sacada e, matando e malfriendo los más d'ellos, libró a su señora Angélica de sus manos.» (LXXIII, 590)

vosotros, sabé que yo saldré por entre mis enemigos sin ser d'ellos vista e iré 42v do quisiere, con lo cual a mí me podría salvar e a vosotros dexaros donde estáis, esperando lo que venir os podría. Mas no plega a Dios que yo pensase tal traición contra quien por mí á puesto su vida y estado, antes delibro de o morir con vosotros o daros el conveniente remedio; e será que yo iré por las partes que mejor me parecieren e la ventura mejor me guiare a buscar quien d'esta necessidad nos libre; e será en tan breve que os doy mi fe e palabra dentro de veinte días seré con vosotros donde agora estoy. (XXVI, 354)

En el pasaje se intuye que el personaje domina la situación, que los demás — tres reyes, no se debe olvidar— aceptan la propuesta animados por la lógica y la determinación de quien las ha pronunciado²¹². No parece ser un personaje desvalido y puesto a merced de la ayuda masculina, todo lo contrario; una mujer con carácter y fuerte personalidad que no duda en poner en peligro su propia existencia para rescatar a sus súbditos del hambre y la muerte que significaría la derrota. Es pocas palabras, el comportamiento que se espera de cualquiera de los héroes que desde la antigüedad han protagonizado las empresas épicas más complicadas o que se han expuesto a peligros extremos por el bien de los suyos.

Angélica también se emparenta con la que Marta Haro denomina «Dama misteriosa y extraña»²¹³, es decir, conocedora de las artes mágicas y su empleo. Apenas da inicio la obra, se narra que Angélica posee un anillo mágico con dos cualidades excepcionales: la invisibilidad y la anulación de cualquier encantamiento²¹⁴. En varias ocasiones hace uso de la joya: para engañar a Ferraguto y que su hermano Argalía lo derrote (V); sale de Albraca sin ser vista para buscar ayuda (XXVI) o abandona el encierro que sufre por un anciano falso cuando conoce dónde encontrar la ayuda que necesita (XXVII, 358)²¹⁵.

²¹² El otro momento destacado es cuando, por boca de Flordelisa, durante el encierro que sufren por el engaño del viejo, conoce que Roldán, Brandimarte y otros caballeros destacados permanecen encerrados en la casa de la maga Dragontina, que los retiene con un sortilegio. Apenas escucha las palabras de su confidente cuando, con una rapidez propia del héroe, descubre que ahí reside la ayuda que necesita para repeler el asedio de Agricán.

²¹³ Aquella que «combina las artes mágicas, adivinatorias y que muestra sus poderes; por tanto, ostenta cualidades especiales que la emparentan con las hadas y el mundo maravilloso». Marta Haro, *Marta Haro, op. cit.*, pp. 192-193.

²¹⁴ La explicación de las mismas se transmite, la primera, a partir de un demonio invocado por Malgesí, que le cuenta quién es y el propósito que persigue: «E guádate, ca la donzella sabe mucho del arte de su padre, e trae un anillo en su persona de mucha virtud, que cuando quiere, con él puesto en su boca, se faze invisible» (III,234). La segunda corre a cargo del narrador: «Mas engañado estava Malgesí, que el anillo que consigo ella tenía la hizo libre de su encantamiento» (III,235).

²¹⁵ El objetivo mágico le servirá para liberar a Roldán y los demás caballeros del sortilegio de Dragontina que los mantiene encerrados: «el conde don Roldán estava adormido; e como Angélica le vido, luego lo conoció, e assí como estava, el anillo en la boca porque el otro cavallero no la viesse, se llegó al conde e púsóle en el dedo el anillo, el cual, como d'él fue tocado, súpitamente tornó en sí» (XXVII, 358). A continuación, uno a uno, hace lo propio con los demás: «El buen conde don Roldán

Por un momento, parece que se convertirá en una especie de Morgana que va a encantar a Renaldos para que este acceda a sus demandas amorosas. Pero tal proceder solo aparece en un único episodio. El de Montalbán, tras superar la prueba del barco encantado, llega a una isla en la que, apenas desciende y pone pie en tierra, topa con una especie de paraíso terrenal poblado con hermosos palacios, un precioso jardín repleto de flores fragantes. A su encuentro salen tres hermosas doncellas, quienes lo conducen hasta uno de los palacios más preciosos. Después de atenderlo con sumo cuidado, avituallararlo con una deleitosa comida y amenizar el tiempo con cantos y música, le confiesan quién es la dueña de todo y cuál es el objetivo que busca alcanzar:

Señor, sepas que todo lo que vees ha sido fecho e ordenado para te fazer servicio por mandado de la reina nuestra señora, por cuya voluntad has sido a aqueste deleitoso lugar traído. E no solo quiere que d'esto seas señor e de todos sus reinos, que son assaz grandes e muy ricos, mas aun d'ella misma, como aquella que te ama de firme voluntad e perfeto amor. Y porque, señor, sepas que no es poco ser de tal señora querido e desseado, sepas que se llama Angélica la Bella, cuya presencia es más que humana (XIX, 309).

Mayor detenimiento merece la relación que existe entre Angélica y Roldán. Desde un primer momento, el caballero ha quedado prendado y ha sido derrotado por las fuerzas del amor. La influencia que el atractivo de la dama ejerce en la voluntad de este es decisiva. La primera prueba constatable de esto la vemos en Albraca, cuando Roldán ha decidido acabar con el traidor de Trufaldino, quien se ha enriscado en la fortaleza contraviniendo lo pactado con Angélica, que había salido a buscar ayuda. Iracundo por el comportamiento del supuesto amigo, Roldán no acepta la propuesta de este de rendirle pleitesía, al contrario, golpea con todas sus fuerzas las puertas con la intención de derribarlas. Angélica y los demás intentan hacerle cambiar de opinión:

Don Roldán, que enojado estava, no quiso conceder en su demanda, antes con gran furia e desmedido coraje empezó a golpear las puertas, que espanto era de lo ver. Angélica la Bella, que todo lo avía oído, con los otros cavalleros que con ella estavan fueron a don Roldán, e muy afincadamente le rogaron que fiziese todo lo que Trufaldino demandava, el cual, no pudiendo negar el ruego de la que tan grande señorío tenía sobr'él, lo hizo de la manera que el rey Trufaldino lo demandó (XXVIII, 365).

entró en la sala e, uno a uno, les puso el anillo en la mano, los cuales, como en sí tornaron e se conocieron, no se os podrá contar el alegría que sus coraçones sentían» (XXVII, 359).

Tras esta primera muestra, Angélica, que conoce la influencia que ejerce sobre Roldán, no duda en utilizarla cuando le resulta beneficioso²¹⁶. El manejo que hace de la voluntad del sobrino de Carlomagno es cada vez mayor, con un juego de suspicacias e insinuaciones eróticas que provocan la ceguera amorosa del caballero. Así queda patente cuando aparece de nuevo en Albraca, asediada ahora, no por Agricán, derrotado ya por Roldán, sino por Marfisa. Ella controla en todo momento el desarrollo del reencuentro y lo muestra de modo progresivo: amorosos abrazos, un baño recibido de las propias manos de la dama, una cena especial en la que los mejores bocados le son reservados y, como postre final, besos y abrazos. Ante eso, el bueno de Roldán no puede menos que perder el habla.

Por su brevedad, resulta interesante leer la escena completa para comprender la sutileza con la que Angélica maneja a Roldán:

[Roldán] llegó a la fuerte villa de Albraca, e dándose a conocer a las guardas, fue abierto, e fue fecho saber a Angélica la Bella su venida, la cual como la supo, con mucha alegría e sobrado plazer le salió a pie, acompañada de algunas doncellas, a rescebir; e como se encontraron, recíbense con amor muy entrañable. El conde, assí como la vido, salta del cavallo e demándale las fermosas manos; ella, en lugar de las manos, le da muy enamorados abraços; e tomados mano a mano, se suben a los guarnidos palacios de los ricos aposentos del castillo, donde Angélica con sus delicadas manos al conde empeçó a desarmar. El conde, que en tal estado se vee, bien creía no aver otro semejante paraíso ni otro igual contentamiento sobre la tierra; e aun estava un odorífero baño, aparejado con tan frangrantes yervas, que confortavan el coraçón; e la fermosa Angélica con sus propias manos le bañó al venturoso conde. Pues piensen los que sus coraçones de semejante fuego tienen encendido qué deleite sentía el valeroso don Roldán viendo sus cansadas carnes recreadas en un tan deleitoso baño fecho por mano de la que su coraçón tenía captivo, sintiendo sus miembros tocar de las cristalinas manos de la cosa que él en esta vida más amava, donde le viérades tan manso a aquel robusto e invencible cavallero como un pequeño cordero que en las maternales tetas se regocija d'ellas tomando el vital sustentamiento. Estava assimesmo tan vergonçoso aquel furioso coraçón, que de muy extremos peligros e reñidas batallas no se espanta, como la temerosa donzella que, acostumbrada a bivar en encerramiento, sale forçosamente a se comunicar fuera de reglada costumbre . D'esta manera qu'el victorioso conde estava delante de su señora tan fuera de sí, que a semejantes obras entero crédito no podía dar; e de aquí le saca la linda donzella quando vio que era tiempo y le lleva a una fermosa y entoldada sala, donde en muy rica mesa sentado muchos géneros de delicadas viandas fueron traídas; e Angélica la Bella, a par d'él assentada, aparándole los mejores bocados, tanto que el conde don Roldán se sentía tan ledo e tan prosperado como nunca en su vida se sintió. E deque fue hora, las mesas fueron alçadas e la fermosa donzella con un muy amoroso semblante, abraçándole e besándole, le pregunta [la] causa de su ausencia y el olvido de su tardança. ¡O, quién

²¹⁶ Poco después le pide que auxilie a su padre, que lleva la peor parte en el ataque de Agricán de Tartaria: «Angélica la Bella ovo dolor de su viejo padre Galafrón; e con un amoroso ruego, fizo a don Roldán que le ayudase, el cual, en cunplir el mandado de aquella que tanto amava, no fue perezoso, que luego movió, como aquel que la vida no tenía en tanto como conplazer a su querida Angélica, y entró con tanta furia en la batalla que a sus enemigos con temor fazía fuir por el canpo. ¡O, quién viera la destrucción que el conde en sus contrarios fazía, derribando por tierra vanderas, cavalleros, peones, e todo quanto ante sí fallava!» (XXXII, 383).

viera las titubeadas e tardías palabras con que el conde se lo contava todo muy por estenso! (XLVIII, 430)

Este trato preferente encierra una intención por parte de la dama. Agobiada por el repentino asedio de Marfisa, no puede menos que recurrir a lo que sea necesario. Si bien antes se ha mencionado que razonaba con prontitud la posible solución a su problema al liberar a los caballeros de la casa de Dragontina, el mismo procedimiento se percibe ahora y el que lo logrará es el mismo. Angélica busca que Roldán se conmueva de su precaria situación—para lo cual no duda en recurrir a las lágrimas²¹⁷— y acceda a la concesión de un don que ella utilizará llegado el caso. Y lo consigue²¹⁸. Ha llegado el momento propicio:

La hermosa donzella, que tan enojado e demudado le vido así, le dixo:

—Conde venturoso, que en el mundo par no tienes, si algún amor en ti mora e si buena voluntad me tienes, pídotte de gracia que delante mí tengas por bien de mostrar tu valentía para que yo sea de mis enemigos librada e libremente pueda ser tuya.

El conde respondió:

—Fermosa señora, en cuyo poder está mi ánima e mi vida, en mucho cargo soy a Dios hazerme tan grande merced de me traer a tiempo en que yo muestre mi voluntad y desseo haziendo servicio que tanto me es encargado; no me deis más término de cuanto venga el día, que yo, señora, haré alegre vuestro coraçón o quedará muerto en el campo. Muy contenta quedó Angélica la Bella de la respuesta del conde. (XLII, 430)

El comportamiento de Angélica podría ser asumido e interpretado como algo propio de la dama enamorada de su caballero y que únicamente busca la ayuda necesaria tanto para ella como para su padre. Pero apenas se extiende unas páginas. Cuando Angélica conoce que Marfisa está acompañada de Renaldos, no duda en utilizar todos sus encantos para convencer a Roldán de que se deje acompañar por ella al campo de batalla. Sus intenciones son otras: no puede resistirse a la idea de estar alejada de Renaldos²¹⁹. El caballero francés no puede sospechar nada porque

²¹⁷ Angélica relata su delicada situación causada por Marfisa, guerrera que en un primer momento acompañó a su padre en su auxilio, pero que después cambia de parecer. «Y esto diziendo, la hermosa Angélica bañava su cara en lágrimas, que gran dolor ponían al fuerte conde don Roldán» (XLII, 430).

²¹⁸ El efecto es el esperado: «mostrábase tan furioso, que fuego parecía que echava de su pavoroso rostro, que miedo ponía a los que le miravan» (XLII, 430).

²¹⁹ «Venturoso e muy franco cavallero, como yo conozco el verdadero amor que me tenéis, según vuestras maravillosas cavallerías en mi favor se muestran, me dan causa a pedir os mercedes de cada día y esto es por la mucha necesidad que a ello me constriñe. Esto digo porque oy por mi amor avéis mostrado vuestra gran valentía, según que os ove rogado que la mostrádes, con la cual pienso que será remediada del estrecho en que nuestros enemigos me ponen. E todo el día, mientras en la batalla estuvistes, nunca de las cercas de la villa me quité por poder gozar de vuestra vista, mas con la mucha cavallería que se juntó a veros combatir no podía a mi plazer veros; por lo cual, pues que el día venidero a ella avéis de tornar, querría, si por bien lo tuviédes, asegurándome aquella cruel donzella que cercada me tiene, salir a la batalla que avéis prometido para que del todo libremente de

la dama, no sólo esta le confiesa la simpatía que le despierta su amor, sino que además le promete de manera velada un final feliz. Eso sí, lo advierte con una seria advertencia de tomar por la fuerza tal galardón:

Venturoso conde, no os curéis de aver nada por fuerça de la que por vuestra tenéis e a vuestro mandado está, mas pensad de ser cunplido de cortesía e criança como lo sois de valentía y esfuerço, porque, si algo de mí contra mi voluntad oviédeses, allende que no podríades de mí alcançarlo, assí me perderíades del todo como aquella que la muerte con sus propias manos se daría (XLVI,445).

A pesar del aviso, no deja de controlar el cauce por el que discurre la conversación:

E como esto ella al conde dezía, llegábase a él rostro con rostro, mostrándole muy sobrado amor porque más crédito diesse a sus simuladas palabras. Luego le fue dado de vestir y ella por sus manos le armó, dándole de contino a entender que lo amava en demasiada manera, de lo cual el conde estava muy ledo e contento (XLII, 446).

Los lectores han contemplado la escena con una ligera sonrisa ante la maestría de la dama y la ingenuidad del caballero, pero al mismo tiempo de cierta compasión por el enamorado, pues han sido avisados de manera previa por el propio Santa Catalina de las verdaderas intenciones de Angélica:

El conde que esto oía, que demandado de su señora no podía salir, amorosamente se lo concedió, no pensando que ella lo fazía por otro amor si no por el suyo. Pero al contrario era todo el pensamiento suyo, que Angélica la Bella, que tanto amava a don Renaldos, desseava solo de su vista gozar, porque sabía que de otra manera no podía ser sino d'esta; y era que, saliendo ella a ver la batalla, no podía otra cosa don Renaldos fazer sino estar a ella, como avía prometido, e d'este modo, mientras la batalla durase, Angélica lo podría bien a su plazer mirar, gozando de su amorosa vista, teniéndolo por verdadero remedio de su apassionado amor, pues que de otra cosa gozar no podía (XLVI, 444)

En este episodio se percibe la mentalidad misógina que rodeaba a la literatura desde la Edad Media y termina con la intervención final de Angélica en la que quedan claras sus preferencias por Renaldos. Los dos primos se enfrentan en un reñido combate y, cuando parece que Roldán puede dar el golpe definitivo, la dama intercede con celeridad por su amado:

vuestra vista pudiesse gozar. Y esta licencia e seguro irá el rey Sacripante a ganar de Marfisa, porque es un muy apuesto e bien razonado cavallero» (XLVI, 444).

E la hermosa Angélica, que presente estava, no pudiendo sufrir que delante de sus ojos muriese quien a ella con sola su vista dava la vida, fue corriendo a don Roldán, que la espada alta quería por medio del cuerpo dar otro golpe a don Renaldos, e teniéndole del brazo, le dixo:

—Fortíssimo cavallero, acuérdeseos el don que me prometistes, que la generosidad de los cavalleros con cunplir la fe prometida se muestra.

El conde, que ál no pudo fazer, se detuvo, oyendo lo que su señora Angélica le dezía, e díxole:

—Señora, verdad es que lo prometí, e lo cunpliré fasta la muerte.

—Pues lo que por mí, victorioso cavallero, avéis de hazer es que sin más dilación dexéis esta començada batalla e sin parar caminéis al reino de Organa e sepáis dónde es el Engañoso Jardín de la falsa encantadora llamada Falerina; e como lo sepáis, vais allá e quitéis tan gran mal de sobre la tierra, porque quantas dueñas e dozellas e cavalleros pueden aver por engaño, o como quiera, son llevadas a un dragón infernal que en guarda de la puerta está. E ruégovos, señor conde, que, si algún amor me tenéis, me le mostréis en cunplir esta empresa, la cual cunplida seréis muy contento con la promesa que yo, señor, os prometí (XLVI, 449).

Se han incluido abundantes testimonios directos para mostrar cómo el personaje de Angélica la Bella es muy rico en matices y evoluciona desde la figura inicial de la amada típica de los libros de caballerías hacia varias posiciones, de manera que termina por convertirse en un ser poliédrico que adopta distintos roles en función del episodio o de las propias necesidades. Todo ello, sin olvidar los rasgos de misoginia que, al mismo tiempo, contentarían al sector masculino. ¿Sería esta capacidad para aludir a todos los sectores del público una de las razones que explicarían el éxito formidable del género?

3.2.2.2. La dama bizarra o *virgo bellatrix*

El público femenino, como se ha indicado con anterioridad, era una parte destacada dentro del género caballeresco, motivo este que serviría para explicar parte del éxito editorial que tuvo²²⁰. Esta audiencia femenina exigía a los autores

²²⁰ Marín Pina afronta el tema de la recepción de estos libros de caballerías entre las mujeres e intenta demostrar lo incorrecto de «la idea generalizada de que los hombres se sienten atraídos por un tipo de literatura de acción y las mujeres por aquella que ahonda en el análisis de los sentimientos». M^a Carmen Marín Pina, M^a Carmen (2011), *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, p. 351. A partir de la idea que la mujer lee más en la Edad Media —véase la bibliografía citada en la nota 3 de esta misma página y los ejemplos de mujeres lectoras que menciona en las páginas siguientes: Isabel la Católica, Isabel de Valois, Santa Teresa de Jesús—, responde a la pregunta que Juan Luis Vives, uno de los detractores más afamados de la lectura femenina de los libros de caballerías, planteaba en su Instrucción de la mujer cristiana (Valencia, 1528): «¿qué tienen que hazer las armas con las doncellas?». «Quizá una de las claves de su éxito radique en la imagen literaria que brindan de la mujer y en los temas que ella misma protagoniza, que el mundo de los sentimientos no está reñido tampoco con el de las armas», Marín Pina, *op.cit.*, 373-374. Y concluye: «Las mujeres lectoras prefirieron los libros de imaginación

tenerlas en cuenta a la hora de componer sus obras, de ahí que abundan los personajes femeninos y que estos evolucionen²²¹. Esta afirmación no se refiere a la dama protagonista, enamorada y perfecta en su condición moral y amorosa, sino que también hizo necesaria la aparición, cada vez más frecuente, de la mujer que protagoniza sus propias aventuras²²². De esta manera, la mujer no sólo tenía un papel pasivo como objeto amoroso del héroe; también aparecen damas que participan activamente en el devenir de los acontecimientos²²³.

En los libros de caballerías abundan las damas que portan armas, las utilizan con maestría y valor e, incluso, las convierten en su ideal de vida. Es decir, damas bizarras o guerreras, también llamadas *virgo bellatrix*²²⁴. Para Pina, estos personajes son muy del gusto del público femenino²²⁵, quizás porque, en apariencia y casi en la práctica, son dueños de su destino y se oponen a las directrices del sexo masculino, resultando, por momentos, vencedoras incluso en diversos lances de esas batallas de sexos.

Convertido en paradigma dentro del género, esta dama bizarra suele aparecer en dos versiones distintas: la amazona y la dama guerrera, mujeres que, «sin perder sus atractivos femeninos», «accedieron al mundo de las armas y del ejercicio

a los de devoción, los libros de caballerías, a los aconsejados por los moralistas para su formación personal. Contaron para ello con la ayuda de la imprenta, que les acercaba a través de estas ficciones al mundo que el pulpito les negaba» (p. 374).

²²¹ «Y es que, muy probablemente, cuando los escritores trataron de incorporar a estos personajes a sus discursos, lo hacían pensando en la existencia de un destinatario femenino que de algún modo desearía verse reflejado en la ficción a través de estas heroínas, a través de unos seres que terminaron gozando de los mismos privilegios que cualquier caballero», José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *Los libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008, p. 198.

²²² «Debemos pensar que el género caballeresco respondía a las expectativas de un amplio público femenino que se identificaba con los episodios amorosos y que, al mismo tiempo, podía identificarse con la imaginación con aquellas doncellas guerreras que eran capaces de realizar las mismas gestas que los caballeros», Emilio Sales, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, p. 72.

²²³ En el análisis anterior del personaje de Angélica se puede comprobar cómo no se ajusta al único perfil de dama perfecta y enamorada, más bien todo lo contrario, con una amplitud de registros que incluían la vivencia de algunas aventuras, aunque sin portar armas en ningún momento.

²²⁴ Para el análisis de estos personajes, sus características y sus tipos, resulta muy pertinente acudir al espléndido trabajo de M^a Carmen Marín Pina, «La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco», *Revista de Literatura Medieval*, 3, 129-148. Aparece recogido después en *Páginas de sueños*, «Amazonas y doncellas guerreras, *virgenes bellatrices*», Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 349-375.

²²⁵ M^a Carmen Marín Pina, Aparece recogido después en *Páginas de sueños*, «Amazonas y doncellas guerreras, *virgenes bellatrices*», Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, pp. 239-263, p. 241 (Anteriormente «Aproximación al tema de la *virgo bellatrix* en los libros de caballerías españoles», *Criticón*, 45 (1989), 81-94).

bélico»²²⁶ Para entender la dimensión de tales personajes, parecen apropiadas las palabras de Lucía Megías y Sales:

Tales mujeres poseen una deslumbrante capacidad de iniciativa y se ocupan en ejercicios tradicionalmente definidos como privativos del caballero. Unas y otras pueden sentir los mismos afanes y los mismos deseos amorosos que las demás mujeres; sin embargo, también pueden alcanzar la fama a través de su destreza con las armas²²⁷.

Antes de analizar cada uno de los tipos por separado, se puede comprobar que se dio primero la aparición de la amazona, con el personaje de la reina Calafia en las *Sergas de Esplandián*; pero no se retrasó mucho la inclusión de la dama guerrera, hasta que alcanzan una simbiosis que impide apenas diferenciarlas²²⁸.

3.2.2.2.1. La tradición: modelo y tipos

Ya se ha mencionado que estas damas bizarras abundan en los libros de cavallerías bajo el doble paradigma de la amazona y de la doncella guerrera. Si bien provienen de tradiciones literarias más antiguas, es en estas obras donde alcanzan unas características propias, más adecuadas a su tiempo. Por lo que respecta a cada una, la amazona pertenece a una estirpe de mujeres guerreras que son educadas desde niñas para luchar y manejar las armas. En cambio, la dama guerrera evoluciona desde posiciones iniciales que parten del uso determinado de las armas para solucionar un episodio determinado —la captura de su amado o similar—, hasta una postura más concienzuda que requiere una formación más esmerada y profesional en el manejo de las armas y en el conocimiento del código caballeresco, recibida desde su más tierna infancia.

Antes de su incorporación a la narrativa caballeresca, el motivo de la *virgo bellatrix* contaba con una larga tradición. Marín Pina hace especial hincapié en los antecedentes artúricos de este personaje y su relación con el *Libro de Silence* (Heldris de Cornualles, ha. 1270). Silence, la protagonista, es una dama que debe

²²⁶ Emilio Sales, *op. cit.*, p. 58.

²²⁷ José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *op. cit.*, p. 198.

²²⁸ «El tratamiento novelesco de la figura de la amazona y el de la doncella guerrera experimenta una evolución paralela y, digámoslo así, inversamente proporcional, que en los últimos textos del corpus genérico tiende a confundir sus rasgos distintivos primigenios». José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *op. cit.*, p. 198.

vestirse de caballero —esconder, por tanto, su sexo femenino— para poder optar a su herencia y evadir la prohibición del rey Ebain. Esta dama bizarra presenta ya las cualidades que compartirán las protagonistas de los relatos caballerescos:

Su destreza en las armas y su belleza cautiva a todos los caballeros y despierta equívocos amores en las damas, que la toman como un hermoso y valiente caballero²²⁹.

Continúa esta investigadora postulando que la tradición de la dama bizarra en la literatura española es fecunda, como demuestra su presencia en los romances²³⁰ y el teatro²³¹ de los siglos XVI y XVII, «donde, como se sabe, su figura fue extraordinariamente fecunda»²³².

En su concepción primigenia, la amazona y la dama guerrera se diferenciaban en que la primera no escondía su condición femenina, mientras que las segundas sí, especialmente en los primeros ejemplos. Pero esta distinción tiende a desaparecer cuando los autores mezclan rasgos de cada una de ellas.

3.2.2.2. La amazona: Marfisa

El personaje de la amazona es uno de los más habituales en los libros de caballerías castellanos²³³. Su existencia literaria procede la literatura clásica, en la

²²⁹ Para conocer la relación de este motivo con el folclore, pueden resultar interesantes las referencias y la bibliografía apuntadas en la nota 8 de la p. 245 del citado estudio. M^a Carmen Marín Pina, *op. cit.*, p. 243.

²³⁰ Se refiere al famoso romance «Pregonadas son las guerras de Francia con Aragón», en el que la hija menor de don Martín se viste de caballero y suplanta a su padre:

que a la guerra me iré yo;
me daréis las vuestras armas,
vuestro caballo trotón.

Para más información véase la bibliografía citada en la nota 3 p. 243.

²³¹ Más bien se ocupan del tema de la mujer disfrazada de varón. La bibliografía es amplia, entre la que destacan las obras de Carmen Bravo Villasante, *La mujer vestida de hombre en el teatro español (Siglos XVI-XVII)*, Madrid, Revista de Occidente, 1955 (nueva reedición en la Editorial Mayo de Oro, 1988); y B. B. Ashcom, «La mujer en hábito de hombre in the *comedia*», *Hispanic Review*, 28 (1960), pp. 43-62.

²³² M^a Carmen Marín Pina, *op. cit.*, p. 243.

²³³ Dentro del género caballeresco, el tipo de la amazona ha sido analizado con profundidad: Alison Dale Taufer, *From Amazon Queen to Female Knight, the Development of the Women Warrior in the Amadis Cycle*, California, University of California, 1988; Ann Arbor, Michigan, UNI, 2000 print; Martín de Riquer, «California», en *Homenaje al prof. Antonio Vilanova*, I, ed. M. C. Carbonell y A. Sotelo Vázquez, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989, pp. 581-599; M^a Carmen Marín Pina, «Aproximación al tema de la *virgo bellatrix* en los libros de caballerías españoles», *Criticón*, 45 (1989), pp. 81-94 (ampliado y con modernización de la bibliografía en «Amazonas y doncellas guerreras, *virgines bellatrices*», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los*

que ya mostraba su animadversión hacia el género masculino²³⁴. Pero fue en el siglo XII cuando la literatura francesa incorpora plenamente el mito amazónico en el ya citado *Roman d'Eneas*, así como en el *Roman de Troie* y en el *Roman d'Alexandre*, en los que recibió un tratamiento plenamente cortés que supuso la humanización del mito²³⁵. Este proceso prestó especial interés en mostrar la parte más femenina de las Amazonas, en destacar su belleza y su capacidad para enamorarse, de manera que dio como resultado un personaje más actualizado y adaptado a las nuevas directrices cortesanas:

Este nuevo modelo femenino, esta nueva amazona cortesana reúne los atributos de la *fortitudo* y *sapientia*, y a ellos suma como identificador del tipo, el de la *pulchritudo*²³⁶.

Por lo que respecta a la literatura castellana, sus primeras apariciones derivan de la materia troyana y las *Estorias* alfonsíes, con desigual uso²³⁷. Es en la materia troyana en la que aparece el modelo más cautivador: Pentesilea²³⁸. A partir del modelo de Saint-Maure, esta joven se convierte en modelo de amazona enamorada, cualidad que le dio la posibilidad de contar con una herencia literaria posterior. Marín Pina destaca la inclusión del personaje en los repertorios de ilustres y

libros de caballerías castellanos, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, pp. 239-263); Isabel Romero Tabares, *La mujer casada y la amazona. Un modelo femenino renacentista en la obra de Pedro de Luján*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998; Emilio Sales Dasí, «California, la mazonas y la tradición troyana», *Revista de Literatura Medieval*, 10 (1998), pp. 146-167; Rafael Mérida, «Otras Amazonas», en *Damas, santas y pecadoras. Hijas medievales de Eva*, Barcelona, Icaria, 2008, pp. 127-139.

²³⁴ El tema de las Amazonas cuenta con abundante bibliografía. Para su análisis en la cultura clásica, Carlos Alonso del Real, *Realidad y leyenda de las Amazonas*, Madrid, Espasa-Calpe Austral, 1967; Donald J. Sobol, *The Amazons of Greek Mythology*, New York, A. S., Barnes, 1973; Sarah B. Pomeroy, *Diosas, ramerías, esposas y esclavas. Mujeres en la antigüedad clásica*, Madrid, Akal, 1987, pp. 38-39.

²³⁵ «Los autores descargan al tipo de algunas de las costumbres que tradicionalmente lo han caracterizado (por ejemplo, el matrimonio de visita, la selección de sus descendientes en función de su sexo, la cauterización del seno para manejar el arco con mayor facilidad, etc.) y acentúan su femineidad». M^a Carmen Marín Pina, *op. cit.*, p. 246.

²³⁶ *Ibidem*.

²³⁷ «El modelo de Amazonas que aparece en la *Estorias* alfonsíes y sus refundidores difiere poco del clásico; frente a la mujer encerrada en casa al cuidado de sus hijos y esposo, se la sitúa en el terreno propio de los hombres: guerra, política, negocios e independencia sexual». Ana Benito, «El viaje literario de las Amazonas: desde las *Estorias* de Alfonso X a las crónicas de América», en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo románico*, ed. Rafael Beltrán, Valencia, Universitat de València, 2002, p. 241.

²³⁸ Como no es objeto de este estudio, para conocer la asimilación del tipo y su evolución, se remite a la bibliografía mencionada por Marín Pina en la nota 16 de su investigación, p. 247.

virtuosas mujeres y las composiciones poéticas que la toman como protagonista²³⁹. A partir de esa redefinición de la figura de la amazona, conforme a las doctrinas del *fin 'amors* y, por tanto, «como una dama cortés, hermosa y gentil»²⁴⁰. Pentesilea se erige como una nueva

heroína literaria, un personaje que conserva, como sus antepasadas, las habilidades militares de los hombres, pero que, al mismo tiempo, asumía sus rasgos característicos de la *midons* provenzal: era hermosa, sabia, gentil y, además, estaba predispuesta a los nobles impulsos del amor²⁴¹.

Esta herencia, con especial relevancia de la materia troyana²⁴², es la que emplea Rodríguez de Montalvo para su reina Calafia, en las *Sergas de Esplandián*:

Los atributos más sobresalientes de Calafia y sus seguidoras nos remiten a un trasfondo literario y folclórico elaborado muchos siglos atrás para testimoniar la existencia de unas mujeres belicosas que tenían las mismas habilidades militares que el héroe tradicional²⁴³.

Calafia es reina de California, isla cercana a la ubicación del Paraíso terrenal, y reina de las amazonas, mujeres guerreras que repelen el contacto con el género masculino, salvo para las pautadas condiciones de procreación. Impulsada por sus deseos de gloria, asedia también la ciudad de Constantinopla. Todo cambia cuando se enamora de Esplandián, amor que le está vedado por pertenecer a otro orden religioso.

En un primer momento, el personaje de Montalvo supone un retroceso del mito a sus rasgos más antiguos y típicos al presentarse como un ser de costumbres barbaras que vive en un lugar alejado —en guerra contra los hombres, a los que se unen para procrear, y matan a sus descendientes varones—; la conversión y el matrimonio serán sus oportunidades para formar parte del mundo cortesano.

Como es habitual con las obras del medinés, sus personajes se convierten en el punto de partida del género y sirven como paradigmas. De esta manera, Calafia

²³⁹ *Op. cit.*, p. 249. Para profundizar este respecto, conviene consultar los testimonios y ejemplos que ofrece en la nota 17 del citado estudio.

²⁴⁰ Laura Gallego García, «*Belianís de Grecia (Tercera y Cuarta Parte)*», de Jerónimo Fernández: *edición y estudio*, tesis doctoral, Valencia, 2013, p. 142.

²⁴¹ Emilio Sales, *La aventura caballeresca*, *op. cit.*, p. 62.

²⁴² Sales Dasí ha estudiado las relaciones existentes entre la *Sumas de historia troyana*, el *Roman de Troie* y otras refundiciones y la obra de Montalvo: «California, la mazonas y la tradición troyana», *Revista de Literatura Medieval*, 10 (1998), pp. 47-67.

²⁴³ Emilio Sales, *op. cit.*, p. 59.

sentará las bases de lo que será el personaje de la amazona en los libros de caballerías, los cuales deberán cumplir, en sus primeras manifestaciones, unas características²⁴⁴ propias:

- Predisposición al ejercicio bélico, con especial énfasis a la batalla de sexos.
- Su deseo por alcanzar fama, como cualquier caballero, de ahí que ataque Constantinopla.
- Se incorpora al mundo civilizado y es capaz de ajustarse a las reglas de la corte; si las incumple, es consciente de ello.
- Se ubica al mismo nivel que los caballeros, por lo que recibe el mismo trato y la misma estima.
- El no poder optar a la mano del héroe será uno de sus puntos débiles.

Al analizar el personaje de Marfisa, se percibe la evolución que ha sufrido el tipo con respecto a Calafia: no muestra un comportamiento semisalvaje, todo lo contrario, actúa con cortesía —en especial con Renaldos, al que ayuda en el combate cuando sus enemigos le superan en número, contraviniendo las normas de la caballería— y conoce las normas del buen proceder.

Desde su aparición, Marfisa se convierte en uno de los personajes principales de la historia, como queda demostrado por su aparición en el título de la obra y por el alto número de veces en que es mencionada. Está dotado de una entidad caballeresca como pocos dentro de la obra. Así lo muestra el privilegio de luchar contra Renaldos y Roldán, prerrogativa muy reservada y sólo permitida a los dos primos cuando luchan entre sí y a Rugiero, el héroe protagonista de la continuación.

Por lo que respecta a su descripción física, López de Santa Catalina no presenta todos los rasgos de una vez, sino que lo hace de manera dispersa. Si se atiende a la distancia que separa la aparición de unos rasgos y otros, se percibe cierta improvisación, como si se hubieran añadido sin un ajustarse a un esquema claro. Los apelativos referidos a la belleza de la amazona son los habituales: «linda»²⁴⁵,

²⁴⁴ Sales, *op. cit.*, pp. 57-64, expone de manera exhaustiva un perfil de Calafia.

²⁴⁵ «y en pos d'él venía con la segunda una reina de aquellas partes do Arquiloro era, llamada la *linda* Marfisa» (XXIX, 368).

«hermosa»²⁴⁶ o su variante «fermosa»²⁴⁷. Le sigue su condición de «reina»²⁴⁸, a la que su unen su estatura y fuerza: «alta» y «fuerte» son los más repetidos; los propios de su ejercicio guerrero: «valerosa»²⁴⁹, «poderosa»²⁵⁰. Si se atiende a estos calificativos propios de su doble dimensión como personaje —la belleza y su condición social aristocrática, en la que se incluye el manejo de las armas—, nada hace sospechar que se trate de una amazona de tipo tradicional, a la manera de Calafia. Más bien se asemeja a un personaje cortesano sin más, inserta en el mundo aristocrático y caballeresco para participar de sus oportunidades. Algunos capítulos después, el autor añade un nuevo rasgo que sí se relaciona con el modelo tradicional, en concreto, con el color de su piel:

vieron venir al buen Renaldos armado de todas sus armas e cavallero en su ligero cavallo Rubicano, y en su compañía la alta Marfisa, armada de todas sus armas, salvo la cabeça, la cual traía un cierto tocado de oro a manera de red, que bien claro dexava ver sus ruvios e fermosos cavellos (XLVI,446).

Inmediatamente después, al compararla con la belleza de Angélica:

e la dama Marfisa era algo robusta e de un senblante baronil e morena , algo acompañada de muy soberana gracia (XLVI, 446).

La inclusión —¿repentina?— de esta alusión al color oscuro de su piel, así como la evolución de una fortaleza y un vigor en el ejercicio bélico hacia una apariencia «robusta» y «baronil», es una muestra de que la asimilación del personaje parece no ser plena y Santa Catalina siente la necesidad de incluir los rasgos definitorios de la amazona. Ha obviado, eso sí, las alusiones a su comportamiento semisalvaje. Sales Dasí²⁵¹ aborda la evolución del personaje en tres fases: desde las posiciones iniciales de Calafia; una asimilación media en la que

²⁴⁶ «el buen cavallero e la hermosa donzella Marfisa vieron un cavallero viejo desarmado» (XXXI, 381).

²⁴⁷ «y la hermosa donzella Marfisa, que los dos hermanos vido assí sin mucho trabajo derribados, aparejose para venir al tercero» (XXXI, 381).

²⁴⁸ «Capítulo xxxi. De la batalla cruel e muy reñida que el buen Renaldos de Montalván ovo con la reina Marfisa, que a la sonbra de la haya dormiendo estaba» (XXXI, 377).

²⁴⁹ «Y d'esta manera la valerosa Marfisa era armada» (XXXI, 382).

²⁵⁰ «mas tanta era la multitud de la gente que sobre la poderosa Marfisa cargava, que espanto era no la vencer o matar» (XXXIII, 392).

²⁵¹ Sales, *La aventura caballeresca*, op. cit., pp. 58-67.

cada aparición de este personaje se amolda a la voluntad de cada autor, para terminar con una evolución total hacia la mitad de siglo, donde

La tendencia dominante es la que sitúa a las Amazonas al mismo nivel que los caballeros protagonistas. Estas mujeres se desprenden de sus atributos originariamente distintivos y su asimilación caballerescas es completa²⁵².

El personaje de Marfisa aparece por primera vez porque forma parte del séquito de Galafrón, padre de Angélica, que acude a Albraca en auxilio de su hija, en situación complicada por el asedio de Agracán de Tartaria. No surgen dudas de su procedencia ni del tipo de personaje que representa:

esta donzella era del linage de las Amazonas, la más esforçada e valiente persona del mundo. E sienpre fue su desseo passar a estas partes por cunplir una promesa que avía fecho, la qual era de no parar fasta prender o matar tres reyes: el uno era el rey Gradaso, que, como arriba oistes, puso en tal estrecho a España y a Francia; y el otro era el potente rey Agracán; y el otro era el emperador Carlomagno de Francia. Y esta promesa fizo a sus dioses esta valiente y esforçada donzella confiando en sus estremadas fuerças e ardimiento, porque era tal que, sin falta, desde donde el sol nasce fasta donde se pone no se fallava armada otra tan valiente persona ni de tanta ligereza, que admirable cosa era de ver, que armada de todas sus armas corría por un campo como una ligera zebra (XXIX, 368).

En este preámbulo se puede comprobar que Marfisa se ajusta a los rasgos propios de la Amazona que aparece en los libros de cavallerías:

- Su condición de Amazona la relaciona con el ejercicio bélico; además, se le supone un origen pagano (más adelante, durante su combate con Renaldos, invoca al dios Macón)
- No esconde su feminidad, a diferencia de lo que hará la dama guerrera.
- Al igual que los caballeros, está predispuesta para el combate y no lo rehúye.
- Conoce la cortesía, pues acompaña a Galafrón en ayuda de una dama cuitada, en este caso su hija Angélica. Más tarde, intercede hasta en dos ocasiones en favor de Renaldos cuando es atacado por varios caballeros al mismo tiempo.

²⁵² *Op. cit.*, p. 67.

Dos rasgos destacan en el carácter de la guerrera. Por un lado, su origen, emparentado con las amazonas, personaje de la literatura clásica harto conocido. De otro, su deseo de alcanzar fama al superar un reto complicado y que le reportaría un enorme prestigio caballeresco. Con la simple mención de pertenecer al linaje de las amazonas, el autor evita tener que hacer más referencias a sus costumbres y, al mismo tiempo, dota al personaje de un ardor guerrero casi genético²⁵³. Nada comparte con Calafia, reina de California, ni su aspecto feroz, ni su comportamiento semisalvaje. Más bien todo lo contrario. El lector se encuentra con un personaje integrado plenamente y ajustado a las normas de la cortesía. Sí comparte, en particular con el personaje amadisiano y con los caballeros en general, su predisposición al ejercicio bélico y al combate.

El deseo que tiene de alcanzar fama es tal que, en un primer momento, apenas después de su presentación, su comportamiento no es el esperado y parece ajustarse más al del caballero soberbio que al propio del caballero cortés:

cuando vio [Marfisa] que el rey Galafrón quería romper en sus enemigos, se salió de su gente e se fue muy lexos de las batallas a una luzida fuente que en un raso campo estava, e consigo una donzella en un palafrén, que la lança y el yelmo le llevaba. E como a la fuente do tanta frescura avía llegó, apeose de su fuerte e gran cavallo, y echose sobre su escudo a la sombra de una haya que allí estava, e dixo a su donzella:
—Ten aviso de me llamar cuando veas que la gente del rey Galafrón es desbaratada, porque yo sola quiero vencer todo el canpo, que, si en su compañía le venço, non se me dará a mí la honra de la vitoria (XXIX, 369).

La presentación de la amazona se ha completado. El objetivo que dirige sus pasos y sus planes es el mismo que el de otros muchos caballeros, el anhelo de fama y, ligado a este, la obligación de mantener la notoriedad guerrera²⁵⁴. Otro dato curioso: prescinde de un escudero, labor que desempeña esa donzella que monta sobre un palafrén. La omisión, por obvia, de las referencias a un mundo

²⁵³ «En textos posteriores la figura de esta mujer guerrera se amoldará a los presupuestos narrativos de cada escritor, omitiéndose por norma general la referencia a sus costumbres, en tanto que se supone que a partir de las *Sergas* el tipo de la amazona ya ha sido asimilado por la ficción caballeresca» (Emilio Sales, *op. cit.*, pp. 64).

²⁵⁴ Poco después, Flordelisa, la amada de Brandimarte, aconseja a Renaldos dar un rodeo para evitar entrar en combate con Marfisa. Aunque de lejos se confunde con un caballero, la dama la ha reconocido por sus armas: «Si no me engaño yo, e la sobrevista de las armas no me niegan la verdad, vos fago, señores, saber que aquel que veis que pensáis que es cavallero no lo es, antes es la reina Marfisa, que en todo el mundo su fama resuena por ser una de las más fuertes y ligeras personas del mundo, tanto que, si me creéis, sería bien que tomásemos otro camino por donde yo's podría guiar y dexásemos este, porque no se falla mayor fuerza en ningún cavallero del mundo; e quien la mala muerte no quisiere morir, tome mi consejo, si no, con el cruel peligro de su batalla, dará crédito a mi sano consejo» (XXXI, 374).

estrictamente femenino muestran que la asimilación del personaje a las coordenadas de los libros de caballerías se ha completado. Todo queda preparado para su primer combate.

La oportunidad para demostrar su valía no tarda en aparecer. Por el lugar en el que descansa aciertan a pasar Renaldos y los hermanos Prasildo e Iroldo, conducidos por Flordelisa, la dama de Brandimarte. Apenas esta percibe a lo lejos la figura del que parece caballero, mientras descansa bajo un árbol, con celeridad reconoce las señas de la amazona e intenta persuadir a los tres de entrar en combate²⁵⁵. Como no puede ser de otra manera, Marfisa derrota sin excesivos problemas a los dos hermanos. Acomete a Renaldos con la misma esperanza, pero le sucede de otra manera.

El combate con Renaldos tiene otras exigencias narrativas. Como se demostrará Marfisa es un contrincante a la altura del de Montalbán, por lo que el autor ofrece una descripción detallada en los momentos previos a la contienda:

Esta dama Marfisa traía una gruesa e muy fuerte lança toda nervada, traía el escudo de un fino azero grueso, el campo azul, e una corona por devisa fecha tres pedazos, e traía por cimero un dragón verde la boca abierta que echava fuego por ella; e sabed que las armas y el cimero eran fechas por nigromancia e de tal arte que, cuando furiosa andava la dama por alguna rezia e muy reñida batalla, parecía que el dragón echava verdaderamente fuego por la boca, e hazía tan gran ruido, que espanto era de lo ver e oír. Y d'esta manera la valerosa Marfisa era armada e su gran cavallo por el consiguiente. E allende de ser las armas del arte que oís, eran las más ricas del mundo, y el cavallo el mayor de cuerpo que jamás se vio, sobr'el cual la furiosa donzella se mueve a la justa del buen Renaldos con gran ímpetu e tenpestad, el cual de la otra parte estava esperando cuándo la potente y fermosa dama moviese e una gruesa lança en la mano (XXXI, 382).

Con estos detalles, el tratamiento que recibe Marfisa es de personaje principal. El intercambio de golpes es intenso, para sorpresa incluso del propio caballero francés²⁵⁶. López de Santa Catalina, para ajustarse al entrelazamiento característico del género, interrumpe la lid cuando parece que el desenlace está próximo, aunque sin que se conozca vencedor:

²⁵⁵ Es la propia Marfisa la que los incita a luchar: «E con un ánimo feroz rebuelve su cavallo, e la visera alçada, con gran boz desafía todos tres cavalleros, como aquella que los tenía en poco» (XXXI, 381).

²⁵⁶ «[Renaldos] diole un golpe por cima del encantado yelmo que la dama traía que la cabeça le fizo baxar, batiendo diente con diente; mas aunque el golpe fue grande, no quedó sin respuesta, que Marfisa le dio otro encima del suyo que la sangre le fizo salir por las narices; y don Renaldos, que tal golpe sintió, dixo:

—¡O, Santa María e valme, que jamás tal golpe recibí sino de mano de don Roldán mi primo!» (XXXI, 382).

[Renaldos] echa el escudo a las spaldas e toma a dos manos a Fisberta e vase para Marfisa, que la espada traía alta por lo ferir, e descargó tal golpe sobre la spada de Marfisa, que en el camino con la suya cruzó, que por medio la cortó como si de destenplado fierro fuera; Marfisa, que la media espada sintió caer por tierra, quedó tan maravillada, que fuera de seso quería de ravia salir, y con una furia más que de cavallero, afierra juntó con don Renaldos e tal golpe le dio con lo que del espada quedava, que sobr'el arzón delantero del cavallo le fizo baxar la cabeça; mas luego se endereçó Renaldos y tal golpe dio sobre el escudo a Marfisa, que una gran parte d'el le derribó por tierra. La donzella, que tal cavallero ante sí sintió que en tal estrecho la iva poniendo, dexa el scudo caer de sí, determinando dar fin a esta batalla (XXXI, 383).

El comportamiento de Marfisa se ajusta a un itinerario que muestra una marcada evolución. Parte de una posición inicial de apartamiento e incluso de incumplimiento de la palabra dada, es decir, de cierta descortesía, cuando se niega a participar en el auxilio de Angélica, para sorpresa de Galafrón. Desde esa posición, evoluciona hacia una posición más ajustada a las reglas de la cortesía, en especial, las que rigen el combate entre caballeros. En dos ocasiones ayuda a Renaldos cuando este es atacado por más de un adversario, lo que contraviene las normas más elementales de la lucha²⁵⁷.

Todo apunta a una inclusión total de Marfisa en el orden cortesano, pero de nuevo se produce un retroceso hacia un comportamiento alejado de los códigos de comportamiento. Puede que esté motivado por el revés sufrido a manos del ladrón Brunelo, que no solo le ha robado su preciada espada, sino que, además, se ha mofado de ella durante su huída y persecución. Así, cuando topa con Brandimarte y Flordelisa, atrapa a la dama y amenaza con despeñarla si el caballero no le entrega todas sus armas y su montura. No es la forma de proceder más apropiada, pues, dejar a un caballero desarmado en mitad de la nada, sin la posibilidad de defender a su dama, no está dentro de lo cortés.

²⁵⁷ En la primera, el rey Galafrón, que reconoce al francés, ataca a Renaldos cuando esté lucha con Marfisa, por lo que la amazona le golpea: «¡O, malvado viejo!, ¿cómo combatiéndome yo con este buen cavallero le veniste a herir por me dar ultrage? Pues toma el pago de tu mal fecho» (XXXIII, 391). Poco después, durante el asedio al que ambos someten a Angélica, Renaldos recibe el ataque simultáneo de Aquilante, Grifón y Carión; al ser tres contra uno, Marfisa censura el comportamiento tan poco cortés de los adversarios: «Muy mal parecía a los circunstantes ser tres buenos cavalleros tan villanos e fuera de cortesía, en especial a la alta Marfisa, que de ver las cavallerías de don Renaldos estava espantada, e como una brava leona que va a fazer la presa en la montaña, pone las piernas a su grande y poderoso cavallo e con una alta e amorosa boz dixo: —¡A ellos, a ellos, buen cavallero, que, pues la devida cortesía no guardan, ni nos cumple que se la guardemos!» (XXXIX, 414).

Aquí se interrumpe la narración de sus aventuras, salvo que se encuentra con dos caballeros armados y «que estos la llevaron a la furiosa donzella a Francia» (LXXV, 594).

Como se puede comprobar, el personaje de la amazona ha sufrido una primera asimilación y se le ha equiparado con los personajes masculinos protagonistas, dotado de las mismas cualidades guerreras y ajustado a los mismos códigos de comportamiento. Así lo muestra Marfisa cuando se convierte en compañera de aventuras de Renaldos, como si de otro caballero se tratase. Tal reconocimiento es total incluso entre el resto de caballeros, como muestran las palabras de Brandimarte:

¡O, alta e poderosa donzella, la más fuerte que yo jamás oí! Pues sigues las armas como cualquierpreciado cavallero e más que todos con ellas y tan esforçada te muestras, no quieras assí el hábito cavalleroso desonrar matando cruelmente una delicada muger como tú. (LXXV,593)

Por lo que respecta a su incorporación al mundo cortesano, sirvan dos muestras. Cuando Marfisa se encuentra con Angélica, va vestida con su correspondiente armadura, pero en la cabeza no lleva el yelmo, sino «cierto tocado de oro a manera de red, que bien claro dexava ver sus ruvios e fermosos cavellos» (XLVI, 446). El proceso se completa al final de la obra. Carlomagno ha conseguido repeler el intento de invasión pagana gracias a la intervención de sus afamados caballeros. En la enumeración de los paladines presentes no falta Marfisa, equiparada al resto de guerreros cristianos y, sin que el autor se detenga en aclararlo, emparentada con la casa de Claramonte y unida por lazos de sangre con Rugiero, el héroe de la continuación²⁵⁸:

la alta e poderosa reina Marfisa, que por caso de estraña aventura halló que era natural de la Casa de Claramonte y hermana carnal del fuerte Rugiero de Risa (CIII, 732).

²⁵⁸ Su proceso de inclusión en la corte concluye en la continuación de la obra, cuando, por solicitud de la Emperatriz, acceda a casarse con Escardaso.

3.2.2.2.3. La doncella guerrera: Brandamonte

endereçó [Rodamonte] para la fuerte donzella Brandamonte, la cual se vino para él la lança baja, que bien parecía en su meneo al buen Renaldos de Montalván, su hermano, y tan gran golpe dio al pagano que, faziendo pedaços la lança, le fizo con algún sentimiento dobligar sobre su gran cavallo; mas el fuerte Rodamonte le dio tan gran golpe del espada al passar que, si por malos de sus pecados le acertara, pudiera ser que la firiera de muerte. Pero Dios la libró de aquel fortísimo golpe, el cual assentó junto a la silla del encubertado cavallo en que iva, que las fuertes coberturas no fueron para le librar que los lomos no le cortasse, de manera que cayó el cavallo cuasi en dos partes con su señora en tierra. Allí empeçó a cargar sobre ella mucha gente pagana; mas la valiente donzella, que tal peligro veía delante sí, bravamente se defendía, de tal manera que no parecía sino un bravo toro torneado de gente. (LXI, 517)

López²⁵⁹ de Santa Catalina presenta así, en pleno combate —por lo que rápidamente se entiende cuál es su papel en la obra— y en situación poco menos que delicada a madama Brandamonte, una doncella guerrera. Con anterioridad sólo se ha referido a ella como hermana de Renaldos²⁶⁰ y como integrante de los pares de Carlomagno. La pertenencia a tal linaje le presupone una serie de cualidades que el autor se puede ahorrar en el momento de caracterizarla. El ardor guerrero y la valentía en el combate se le reconocen, como queda demostrado en el pasaje anterior, pues su manera de luchar es tal, «que bien parecía en su meneo al buen Renaldos de Montalván, su hermano».

Más de veinte capítulos se han de suceder para encontrar la segunda intervención de la dama; se produce, como no puede ser de otra manera al tratarse de una doncella guerrera, de nuevo en una batalla. La amenaza que recae sobre Francia viene de parte de un pagano, pero esta vez no de Agramante, sino del rey Marsilio de España. Ante la acometida de los sarracenos, Carlomagno decide la estrategia:

²⁵⁹ Para conocer más sobre este personaje, véase: M^a Carmen Marín Pina, «Aproximación al tema de la *virgo bellatrix* en los libros de caballerías españoles», *Criticón*, 45 (1989), pp. 81-94 (ampliado y con modernización de la bibliografía en «Amazonas y doncellas guerreras, *virgines bellatrices*», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2001, pp. 239-263); Laura Gallego García, «Dos modelos de *virgo bellatrix* en la Tercera y Cuarta parte del *Belianís de Grecia*: la princesa Hemiliana y la reina Cenobia», en *Líneas actuales de investigación literaria. Estudios de literatura hispánica*, ALEPH, València, Universitat de València, 2004, pp. 73-79; Elami Ortiz-Hernán Pupareli, «El tema de la *virgo bellatrix*. La caballería femenina en algunos libros de caballerías», en *Textos medievales: recursos, pensamiento e influencia*, México, UNAM, Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de México, 2005, pp. 91-196

²⁶⁰ La primera vez que es mencionada, sin que tenga participación activa en los acontecimientos, es por boca del viejo rey Branzardo, uno de los consejeros del rey Agramante. El sabio intenta persuadir a su señor cuando este decide atacar Francia para derrotar a Carlomagno. Como medida disuasoria, enumera a los paladines más destacados que defenderán la corte de Francia, entre los que se destaca «la fuerte Brandamonte, hermana de don Renaldos» (XLVIII, 461).

e no cessando el emperador Carlos un punto, llamó a madama Brandamonte —por cierto especial e muy famosa donzella—, e con una compañía luzida y bien armada de buenos cavalleros la faze apartar a un escondido lugar que cuasi a las espaldas de los paganos estava; e mándole que de allí no se partiese hasta ver su especial mandado, e que cuando d'él avisada fuesse, hiriesse con grande esfuerço por las espaldas. E fecho esto, parose a mirar la áspera e cruel batalla, rogando muy de coraçón a Dios que favoreciesse su pueblo cristiano (LXXX, 622).

La categoría que desde el primer momento se le da al personaje —en realidad marginal, dada su escasa participación hasta ese instante— está acorde con la procedencia del mismo. El que Carlomagno ordene cómo ha de comportarse según la estrategia, demuestra que es uno de sus principales paladines y que goza de su confianza, además de ser lo suficientemente avezada como para entender la estrategia y completarla con éxito²⁶¹. Es preciso recordar que, como se ha indicado con anterioridad, dentro de la evolución de los libros de caballerías, el caballero protagonista había avanzado hacia las nuevas tendencias del siglo, alejándose de esta manera del tipo medieval, entre cuyas cualidades, una de las más destacadas, estaba la capacidad de dirigir grupos en ataques colectivos. Con esto se demuestra que Bandamonte se equipara con un caballero, pues destaca en combate individual, pero al mismo tiempo es caudillo de sus hombres en una batalla campal.

Brandamonte pertenece al tipo de la dama guerrera, personaje que corre una suerte similar al de la amazona²⁶². Es muy probable que ambos se ajusten a las preferencias por agradar al público femenino, que tanta relevancia tiene para el éxito del género²⁶³. Al igual que la amazona, esta dama con arnés se caracteriza por una arrojo e iniciativa, en especial en cuestiones bélicas, y se ocupan en «ejercicios tradicionalmente definidos como privativos del caballero».

Estas damas bizarras se incorporan al elenco de personajes, mujeres que,

²⁶¹ No se retrasa la ocasión. Avisada por el emperador francés, llegado el momento oportuno la doncella tiene la oportunidad de cumplir las órdenes: «mas la preciosa donzella madama Brandamonte, que por mandado del Emperador ya de su escondido lugar era salida con gran ardid e luzida cavallería, con tanta braveza firió a los paganos, que fendiendo por medio d'ellos las travadas batallas, que ya un cuerpo se avían fecho, fendió e passó por ellas, faziendo cruel mortandad en los moros.» (LXXX, 631).

²⁶² Emilo Sales, *op.cit.*, pp. 67-68, comenta su aparición al mismo tiempo que el interés de los autores por las amazonas, si bien aquel está relacionado con juegos de travestismo.

²⁶³ «Y es que, muy probablemente, cuando los escritores trataron de incorporar a estos personajes [la amazona y la dama guerrera]a sus discursos, lo hacían pensando en la existencia de un destinatario femenino que de algún modo desearía verse reflejado en la ficción a través de estas heroínas, a través de unos seres que terminaron gozando de los mismos privilegios que cualquier caballero», José Manuel Lúcia Megías y Emilio Sales, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, *op.cit.*, p. 198.

a pesar de disfrutar de una condición privilegiada, abandonan la corte para emular las hazañas de los caballeros. Serán muchas las damas que se dejan cautivar por la afición hacia la aventura caballeresca, hasta el punto de poder competir de igual a igual con cualquier afamado guerrero. Abandonan la comodidad del palacio para mudarla por una vida de continuos viajes y temidas experiencias²⁶⁴.

Brandamoente no viste la armadura por razones amorosas²⁶⁵, sino que su inclinación es similar a la de cualquier caballero masculino: disfrutar del combate, de la pulsión de adrenalina y la tensión propias de una lid, además de buscar fama. La equiparación entre la versión masculina y la femenina se produce de manera progresiva, hasta alcanzar las mismas cuotas. Las palabras de Sales Dasí sirven de explicación:

Es el deseo de la aventura el que dota a estas mujeres de un papel y un protagonismo paralelo al del caballero literario. Como en el caso del varón, la fascinación o familiaridad de estas fémimas con el oficio militar se manifiesta en las primeras etapas de su vida²⁶⁶.

En este caso, al tratarse de una obra del primer tercio de la centuria, frutos quizás de tanteos, todavía no se ha alcanzado tal grado de asimilación, pero sí que sirve como esbozo de lo que con posterioridad se convertirá en rasgo distintivo del género. En el debe de esta dama con arnés está la cantidad de páginas y aventuras que se le dedican en un primer momento, bastante inferior al de los caballeros. A pesar de ello, si se examinan las características habituales del tipo, se comprueba que Brandamonte se ajusta a las mismas, lo que la convierten en un personaje que, en fecha cercana al inicio del género, ya presenta los rasgos que serán definitorios en obras posteriores²⁶⁷:

- El deseo de aventuras y protagonismo (en menor medida en el presente caso) similar al del caballero.

²⁶⁴ Lúcia Megías y Sales, *op.cit.*, p. 200.

²⁶⁵ Es habitual tomar a Florinda como ejemplo de esta tendencia, pues en el *Platir* viste armas para llegar hasta el recinto en el que se encuentra, hechizado, su amado (*op.cit.*, p. 199).

²⁶⁶ Emilio Sales, *La aventura caballeresca*, *op.cit.*, p. 71.

²⁶⁷ «A medida que se suceden las diferentes crónicas caballerescas, la aparición de la dama bizarra se hace más habitual en el género caballeresco. Hacia la mitad del siglo XVI, coincidiendo con la tendencia de los libros de caballerías a convertirse en una literatura sobre todo de entretenimiento, observamos que son varias las obras en las que se impone el tipo de la doncella guerrera» (Sales, *op.cit.*, p. 71).

- Destreza en el manejo de las armas, lo que le permite competir con los personajes masculinos²⁶⁸.
- De manera progresiva, su presencia es cada vez más habitual en los libros de caballerías.

El papel de Brandamonte, y su relevancia dentro de la obra y el ciclo, aumenta, hasta alcanzar una importancia capital, en los últimos diez capítulos. En suspenso había quedado su combate con el fiero Rodamonte en un lugar apartado. Al conocer la delicada situación de Carlomagno por la amenaza conjunta de los ejércitos de Marsilio y Agramante, Bradamonte accede al cambio y Rugiero, joven paladín, lucha por ella²⁶⁹. Apenas ha avanzado unos pasos cuando se apiada del buen gesto del caballero y decide regresar, al tiempo que Rodamonte huye al galope. Todo es propicio para el inicio de la relación amorosa de los dos jóvenes.

El escenario, apartado y solitario, es muy propicio para las confidencias. No han recorrido sino unos pocos pasos cuando ella se presenta, su nombre y su linaje, y declara su filosofía de vida:

Sabed, noble señor, que a mí llaman madama Brandamonte, hermana carnal del buen Renaldos de Montalván e prima hermana del conde don Roldán, natural de la casa de Claramonte, que desde que ove edad de tomar armas fasta agora jamás me deleité sino en el exercicio d'ellas y en passatiempo de aventuras (XCIII, 683).

Hasta este momento de iniciación de la aventura amorosa, los apelativos dirigidos a la dama bizarra están relacionados con su condición guerrera: «fuerte»²⁷⁰, «esforzada» y «valerosa»²⁷¹, «valiente»²⁷². A partir de este momento, junto a su actividad guerrera, se imponen los referidos a su belleza: «linda»,

²⁶⁸ Estas damas bizarras están capacitadas, y tienen entidad literaria para ello, para derrotar a todo tipo de enemigo: gigantes que destacan por su fiereza y tamaños descomunales, salvajes dotados de las costumbres más extremas, magos o sabias avezados en su arte, otros guerreros prominentes en su bando. No debe pasarse por alto que Brandamonte está en pleno combate con Rodamonte, fiero gigante pagano y reflejo claro de la soberbia propia de su condición.

²⁶⁹ Cumple de esta manera con uno de los deberes más obligatorios de todo caballero: socorrer a su señor cuando se encuentre en situación delicada. Recuérdese que uno de los rasgos del “trastorno” o “furia” de Roldán es obviar estas necesidades de Carlomagno y continuar en busca de Angélica.

²⁷⁰ Así se la califica en el primer combate en el que participa al enfrentarse al gigante Rodamonte: «endereçó para la fuerte donzella Brandamonte, la cual se vino para él la lança baxa» (XLVI, 517).

²⁷¹ En la continuación del citado enfrentamiento: «el fortíssimo rey Rodamonte con la muy valerosa y esforçada donzella madama Brandamonte» (LXXXV, 646).

²⁷² Al enumerar los paladines de Carlomagno: «Allí se señalava con el buen marqués Oliveros e la muy valiente dama Brandamonte, la cual tenía tanta voluntad de vencer al fuerte Rodamonte». (LXXXV, 649).

«fermosa». Esta beldad queda demostrada cuando ella misma, para convencer a su compañero —y futuro enamorado—, decide quitarse el yelmo y mostrarle que, en verdad, es una mujer:

Y desenlazándose el yelmo, mostró su fermoso rostro blanco y delicado, acompañado de un cavalleroso denuedo e una grande e ruvia cabelladura cogida al derredor de su cabeça con unos ricos prendederos de oro; e fue tan soberanamente fermosa en el acatamiento de Rugiero, que assí verdaderamente por cierto lo era, que no fue más en manos de aquelpreciado cavallero sino, perdidas las sus vigorosas fuerças, captivarse desde aquella hora para siempre de su amor (XCIII, 683).

¿La verdadera razón de la dama es cautivar a quien tan grato le resulta a los ojos? No se indica, pero a ciencia cierta que el efecto es total en el joven Rugiero, apenas salido del monte de Carena en el que Atalante lo ha retenido y educado.

La felicidad de estar el uno con el otro no dura mucho para los nuevos enamorados. La interrupción se debe a la acometida de unos enemigos paganos, por lo que se ven obligados a separarse²⁷³. Por lo que respecta a Brandamonte, se enfrenta con Martasino, otro fiero adversario. Este le ha provocado una herida, en el momento de la separación, en su cabeza desprotegida al retirar el yelmo. Poco después, derrota a Daniforte, otro pagano, por medio de una treta al fingirse muerta y atacarlo de súbito²⁷⁴.

La presencia de la mujer en los libros de caballerías trae aparejada otra significación además de la de acompañante o correlato del caballero masculino. Junto con el amor, viene adscrito un componente erótico que no escapaba al público de la época. Ya se ha comentado cómo entre el sector femenino era un género muy admirado, pues en sus páginas aparecían mezcladas las aventuras caballerescas y

²⁷³ Al reconocer a Rugiero, los guerreros de Agramante comprueban que disfruta de tan grata compañía, por lo que, acusándolo de traidor, los acometen. Con estos pequeños detalles se apunta al posterior cambio de Rugiero, quien se convertirá en el nuevo paladín de la cristiandad, emparentado además nada menos que con la casa de Claramonte.

²⁷⁴ Una muestra de la astucia en el combate y la rapidez para encontrar soluciones, cualidades habituales en el héroe. De esta manera, el personaje de la dama bizarra se equipara en todos sus rasgos al del caballero masculino. Así aparece en la obra: «E a todas las palabras madama Brandamonte ninguna cosa respondía, fingiendo más e más de la desmayada, que el moro, tomando la lança so mano, la vino a ferir; e no la ovo encontrado cuando, dexándose ella caer en el suelo, fingió de estar mortalmente ferida. [...] Assí como del cavallo saltó, levántase la buena donzella e tal golpe le dio sobre la cabeça, que fasta lo ojos se la hendió; e cayendo con la ravia de la muerte, le dixo: —Assí, perro, ganarés el sueldo de vuestra jornada, ca perderés la vida e me dexarés esse buen cavallo.» (XCIII, 687)

las amorosas. No son pocos los textos en los que el erotismo aparece de manera recurrente²⁷⁵.

Uno de los episodios de obligada inclusión —y también uno de los que más rechazaban los detractores del género— es el de la confusión amorosa en la que una dama —engañada por su apariencia y, quizás por sus ansias de encontrar uno— toma por novel paladín a quien en realidad es una doncella de su misma condición²⁷⁶. El esquema es muy sencillo. Brandamonte, que se ha separado de su recién estrenado enamorado, cabalga sin rumbo fijo, al libre albedrío de su montura hasta que decide descansar. Acierta a pasar por un plácido lugar en el que la joven Flordespina está de caza junto a dos guardianes que la acompañan²⁷⁷. Ajustándose a lo que indica el género, esta joven se enamora a primera vista del que piensa ser un joven caballero, al verlo con una tan apuesta figura:

Assí que, andando a caça por allí la linda Flordespina, acaeció que vino por el fresco lugar donde la linda madama Brandamonte dormía; e como ella estuviesse armada e assimismo el cabello cortado ruvio como el sol, pensó que era de cierto cavallero ; e, mirando su gran fermosura, quedó espantada (XCVII, 701).

El asunto no tendría más relevancia si no fuera porque Brandamonte, llegado el momento y movida por el reciente amor por Rugiero, decide experimentar qué se siente desde la posición contraria, es decir, desde el lado masculino. Su intención

²⁷⁵ Recuérdese la conocida figura de Plaerdemivida en el *Tirant lo Blanc*. No se incluyen en el presente estudio referencias a estas damas con un comportamiento más atrevido, pero no son infrecuentes los personajes femeninos que gozan de su independencia también en el plano físico, por lo que no tienen reparos en insinuarse a un caballero o en mostrarle su interés amoroso. Para un análisis más cercano y exhaustivo de estas damas, recomendamos el artículo de José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales Dasí, «La otra realidad social en los libros de caballerías castellanos. 2: Damas y doncellas lascivas», en *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 16-20 setembre de 2003)*, ed. de Rafael Alemany, Josep Lluís Martos y Josep Miquel Manzano, Alacant, Symposia Philologica II, pp. 1007-22.

²⁷⁶ Con anterioridad, sin una intención amorosa, Brandamonte topa con un viejo ermitaño que lleva años sin ver a nadie, de manera que se sorprende al ver sus largos caballos y sobre todo porque porta armas:

«E tanto e tan afectuosamente le rogó se detuviesse, que lo hovo de fazer; e desenlazole el yelmo de la cabeça por le mirar la ferida; e como resplandeciente rostro le vido e los cabellos largos como un ruvio oro, dixo:

—¡O, Jesucristo mi Dios! ¿Qué es esto que veo?

E arredrose d'ella muy espantado diziendo:

—¿Qué cosa puede ser muger armada?

Dixo la fermosa dama:

—No te espantates, padre, de verme, ca desde que nació fui en este hábito que vees criada.» (XCVII, 701)

²⁷⁷ Es hija del rey de España y, tal y como se cuenta en la obra, conforme a una costumbre de su pueblo, acompaña a su padre y sus mesnadas en su intento por tomar Francia y derrotar a Carlomagno.

no es otra que la de intentar comprender el comportamiento amoroso para sufrirlo de la mejor manera posible:

La hermosa dama Madama Brandamonte que vido el entrañable amor que Flordespina de su vista había cobrado y el lazo del amor en que había caído, sintiendo en sí lo que podía Flordespina sentir d'ella, que sería el fuerte tormento amoroso que ella del amor del buen paladín Rugiero estava llagada, por le dar alguna conortosa espeçanca, que era la que ella de su amante deseava, dixole (XCVII, 702).

Por lo que se ha podido comprobar, Santa Catalina se ajusta a los modelos exigidos por el género en cuanto a los personajes femeninos se refiere. Así, aparecen tres personajes que destacan sobre el resto, cada uno de ellos por un motivo distinto: Angélica es la causa de las aventuras de Roldán y de Renaldos; Marfisa es la dama indómita que es capaz de enfrentarse a cualquier caballero y Brandamonte, no solo es miembro destacado de las huestes de Carlomagno y mantiene parentesco con Renaldos, sino que además posibilita la existencia de la continuación de la obra. Pero no se ajusta únicamente el autor toledano a los rasgos que marca el género, sino que pretende dotar a sus personajes de cierta autonomía e independencia, en especial, en el caso de Angélica la Bella. Es probable que, ajustándose a las requisitos exigidos por un género editorial de éxito, el comportamiento de estas damas sirva como reclamo para dos sectores importantes del público: el femenino, que vería cumplidas sus ansias de libertad y relevancia que su tiempo les negaba; al mismo tiempo, al sector masculino, pues no escapan los guiños misóginos que tales comportamientos significan, específicos en Angélica y el manejo de sus encantos femeninos.

3.2.3. Otros personajes

El caballero —o caballeros, como es el caso del *Espejo de cavallerías*— y la dama que lo iguala en importancia²⁷⁸ son los protagonistas absolutos de los relatos caballerescos, pero no son los únicos personajes que influyen en los acontecimientos. Junto a estos aparece una cantidad importante de actantes que,

²⁷⁸ Véase Marta Haro Cortés, «La mujer en la aventura caballerescas: dueñas y doncellas en el *Amadís de Gaula*», *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, València, Universitat de València, pp. 181-217; Eloy R. González, «Tipología literaria de los personajes en el *Amadís de Gaula*», *Revista de Filología Hispánica*, 39, 2 (1991), pp. 825-864.

desde su parcela secundaria, contribuyen a enriquecer el universo caballeresco por distintas vías, bien con su oposición, bien con la magia, bien con su ayuda o consejo.

3.2.3.1. Ermitaño

E venida la mañana, cabalgaron [Aquilante y Grifón] en sus cavallos y empeçaron a andar por aquella montaña adelante con harta pena por la gran aspereza de la tierra; e ya que era gran parte del día passada, vieron algo lexos una hermita que encima de una cumbre estava y endereçaron para allá; e vieron a la puerta d'ella estar un viejo hermitaño, tan cargado de días, que sobre los pies parecía que se no podía tener (CIII, 730).

Como herederos de la materia bretona, los libros de caballerías incluyen el personaje del ermitaño, hombre santo que lleva una existencia apartada y austera²⁷⁹. En la tradición artúrica suelen desempeñar el rol de ayudante, en especial, cuando inducen «al héroe a descifrar pruebas simbólicas de la *queste*»²⁸⁰. Al incorporarse a la nómina de personajes del género caballeresco, el ermitaño sufre cierta evolución y amplía sus atribuciones. A partir del modelo de las *Sergas de Esplandián*, en los libros de caballerías de las primeras décadas del siglo XVI este ermitaño desempeña un papel importante en la educación del héroe²⁸¹.

María Carmen Pastor Cuevas define al ermitaño como

Aquél que «ha el corazón e la voluntad de fuera de todas las cosas del mundo, e el cuerpo e la su abitación en el desierto»²⁸².

¿Por qué se incluyó un personaje de una dimensión netamente espiritual en un género caracterizado, a primera vista, por la acción? Para María Carmen Pastor

²⁷⁹ Para la figura del ermitaño, se pueden consultar los siguientes estudios: M^a Carmen Pastor Cuevas, «Tipología del ermitaño: ficcionalización y función en los libros de caballerías (*Zifar*, *Amadís de Gaula* y *Tirante el Blanco*)», *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 Outubro 1991)*, vol. IV., 1991, pp. 35-39; Alberto del Río Nogueras, «Figuras al margen: algunas notas sobre ermitaños, salvajes y pastores en tiempos de Juan del Encina», *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina* (ed. Javier Guijarro Ceballos), Salamanca, Universidad, 1999, pp. 147-161.

²⁸⁰ José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2009, p. 203.

²⁸¹ *Op. cit.*, p. 203.

²⁸² La definición ha sido tomada por esta investigadora del *Libro Carysimi de la Vida Hemeritanna (LCVH)*, que aparece recogido en La Corona de los Monjes (B.N.E., Ms. 9247), fols. 97r a 110 v. Tomo la referencia de la nota 1 del citado estudio. M^a Carmen Pastor Cuevas, *op. cit.*, p. 35.

Cuevas la respuesta reside en un doble aspecto: su relevancia en el orden social de la Edad Media y en su conversión en modelo a imitar, ya que «el ermitaño es un miembro destacado de la realidad social medieval. Parejamente a la proliferación de órdenes monásticas, surge la figura del monje que, renunciando al mundo, trataba de emular con su vida la penitencia que Jesucristo realizó en el desierto»²⁸³. Desde esta perspectiva de hombre santo se produce la incorporación a la nómina de personajes de los libros de caballerías:

Es sin duda, este carácter modélico el que propició su inclusión en escritos aparentemente tan alejados de la espiritualidad representada por esa figura como son los libros de caballerías²⁸⁴.

El ermitaño como tipo del género caballeresco se identifica por una existencia apartada²⁸⁵ y «la pobreza como algo característico de este personaje»²⁸⁶. Pero estos rasgos no serán los únicos, de manera que pueden observarse varios tipos de ermitaños, según los aportes hechos a la obra. Por un lado, pueden ser seres anónimos que suelen ayudar de manera rápida al héroe, por lo que su aportación es efímera. Al mismo tiempo, otros están dotados de nombre y, por lo general, han sido caballeros en su juventud.

Es frecuente —casi se podría suponer de obligada aparición— que el caballero, en su cabalgar errante por las florestas y otros lugares inhóspitos, pero propensos a la maravilla y la aventura, tope con una ermita apartada. El morador de la misma es un hombre santo que suele ofrecer una rápida ayuda al caballero, acuciado por una necesidad perentoria. Esta asistencia consiste en alimentarlo o en curarlo de alguna herida recibida en algún combate reciente.

Este esquema es el que encontramos en el *Espejo de cavallerías*²⁸⁷. Madama Brandamonte, hermana de Renaldos de Montalbán, se ha separado de su enamorado

²⁸³ *Ibidem*.

²⁸⁴ *Ibidem*.

²⁸⁵ «El *LCVH* presenta como una de las condiciones para ser ermitaño: el alejamiento de todo lo conocido» *op. cit.*, 37.

²⁸⁶ *Op. cit.*, 35.

²⁸⁷ Con anterioridad se han producido dos intervenciones de ermitaños, pero ambas no se ajustan al perfil típico. En la primera, en el capítulo XV, Roldán ha quedado atrapado en una trampa tendida por un gigante. Por allí acierta a pasar un ermitaño al que el héroe solicita ayuda. Al comprobar la facilidad con la que la espada del caballero corta la red, se espanta y teme contravenir los designios divinos, por lo que huye desprovisto y deja al héroe prisionero en la red. Más adelante, Brandimarte y Flordelisa duermen el uno junto al otro junto a una fuente. Cerca de allí «fazía vida en una apartada hermita un viejo pagano» (XXIII, 394), quien busca hierbas para sus «encantadas artes». Nada más

Rugiero y cabalga sin rumbo fijo por la Selva de Ardeña. De repente topa con un ermitaño al que pide ayuda, pues viene herida de la contienda contra unos paganos. La dama guerrera, acostumbrada a vivir sus propias aventuras, conoce la existencia de estos auxiliares por lo que, después de reconocer su santidad, solicita permiso para detenerse en el lugar:

Padre bendito —dixo la fermosa dama—, el gran cansancio de mi camino e la sangre que de una ferida que tengo me ha salido me combidaron a reposo, e como vi esta casa en este tan áspero lugar, acogíme a ella por reposar un poco, si pudiesse (XCV, 699).

El anacoreta, como no puede ser de otra manera, accede sin dudar. Pero no solo cumple con este rol de ayudante. Además, sabedor de la visita que se iba a producir, actúa como informante²⁸⁸ e impulsor de una nueva aventura:

—Cavallero —dixo el hermitaño—, no te pese porqué te he preguntado la causa de tu venida, ca sepas que el engañador demonio, que nuestras almas desea dañar, con dissimuladas maneras se nos aparece a los que la solitaria vida vivimos, poniéndonos lazos donde cayamos, porque en un momento perdamos lo que en diez años avemos ganado; e de verdad te digo que ayer, después de anochecido, passaron por aquí ciertos demonios haziendo grande alegría e bozenado; yo que los oí, salí e conjuré a uno me dixesse qué novedad era la que tanto plazer les dava. Él me dixo que un señalado cavallero, que Rugiero por nombre avía, llevava el camino de ir a Francia, del cual viaje avía de necessidad de ser cristiano, el cual lo fuera muy bueno e muy siervo de Dios e aumentador de la fe suya, e que havían buscado forma con que se apartasse por caso de aventura del tal viaje, donde sea alongado mucho en gran manera. Yo de oír esto, pesome cordialmente de tan gran bien cómo los demonios avían estorbado; y, si por ventura, no falla conpañía que a este señalado varón aconseje que se torne cristiano, él morirá condenado (XCII, 700).

Ante el súbito intento de partida de Brandamonte, será el propio eremita el que refrene ese ímpetu por ayudar a su amado²⁸⁹. Es en este instante cuando el propio anacoreta conozca que el que pensaba ser caballero, no es sino una dama vestida de guerrero²⁹⁰. Ella misma lo tranquiliza:

contemplar a la dama, queda prendado de su belleza e intenta, con su magia, raptarla. Para lograrlo, coloca una «raíz» sobre el pecho de la joven para que quede dormida y se la lleva al hombro. Con los vaivenes del camino, se desprende la raíz mágica y Flordelisa comienza a gritar pidiendo ayuda a su amado. El cobarde pagano la abandona a su suerte por la repentina aparición de una leona, que lo persigue. Así quedan separados los dos enamorados. La influencia del episodio mitológico de Píramo y Tisbe se intuye con facilidad, si bien el desenlace es muy distinto.

²⁸⁸ «[El eremita] actúa como “mensajero divino”, serán sus revelaciones las que impulsen al héroe a abandonar el refugio de la ermita», M^a Carmen Pastor Cuevas, *op. cit.*, 35.

²⁸⁹ «—Buen cavallero, ¿por qué es la partida tan presta pues era la venida a reposar? Dad a vuestro cuerpo algún reposo en este pobre lugar, que tienpo tenéis para vos partir; y en tanto, daros he alguna melezina con que en breve tienpo guarezcaís de la ferida que dezís que tenéis» (XCII, 700).

²⁹⁰ La simbología del caballo rubio y suelto está marcada por un sentido erótico. Además de su origen

—¿Qué cosa puede ser muger armada?²⁹¹

Dixo la fermosa dama:

—No te espantates, padre, de verme, ca desde que nací fui en este hábito que vees criada. Si te plazze medicarme, si no irme he mi vía (XCII, 701).

Este ermitaño no limita su intervención esta simple curación de una herida y la sorpresa ante la dama armada. Además, este pequeño episodio sirve como excusa y preparación para la inclusión de otro más complejo, basado en el juego de los equívocos amorosos. Para curar la herida en la cabeza, es necesario cortar los rubios caballos de Brandamonte. Esta es la justificación que frece López de Santa Catalina para que, apenas unos instantes después de abandonar la ermita, la dama bizarra enamore a Flordespina, hija del rey Marsilio de España, pues la toma por un joven paladín y se enamora a primera vista de ella.

E porque los cabellos siendo tan largos de necessidad se avían de entornar al derredor de la cabeça, lo cual a la ferida truxera daño, fue necessidad de se los cortar como los que traen los hombres; e después que se los hovo cortado, púsole en la herida ciertos çumos de consolidativas yervas, por donde en breve tiempo fue sana.

E cavalgando en su cavallo, puesto el yelmo en la cabeça, se partió de aquella hermita, encomendando a Dios al hermitaño (XCII, 701).

La estancia en la ermita de Brandimiarte no resultará baladí. Al analizar los casos del *Zifar* y del *Amadís de Gaula*, se admite que el encuentro con el eremita supone una línea divisoria que da pie a dos momentos distintos de la vida del héroe. En la primera obra supone la división entre en periodo de desgracia de otro exitoso. En cambio, en la obra de Montalvo significará un renacer del caballero²⁹². En el caso del *Espejo de cavallerías*, este intervalo con el anacoreta significa que Brandamonte pasa de dama guerrera independiente a otra fase de dama enamorada que tiene que evitar la perdición de su amado por medio del bautismo de este, sacramento que ella misma llevará a cabo.

petrarquesco, su atractivo reside en aparecer suelto, sin ataduras. Para ampliar el significado de tal simbología, véase Erika Bornay «Las mujeres áureas», en *La cabellera femenina*, Madrid: Cátedra, 1994; Eglá Morales Blouin, *El ciervo y la fuente. Mito y folklore del agua en la lírica tradicional*, Madrid, Porrúa, 1981.

²⁹¹ Estas palabras del anacoreta quizás sirvan como un indicativo de la evolución del personaje de la dama guerrera y de su inclusión paulatina en los libros de caballerías, incorporación de la que él no está al tanto debido a su vida apartada y, por tanto, ajena a las nuevas modas literarias. A su vez, parecen un eco de la cuestión que Juan Luis Vives lanzaba en su *Instrucción de la mujer cristiana* (Valencia 1528): «¿qué tienen que hacer las armas con las damas?».

²⁹² M^a Carmen Pastor Cuevas, *op. cit.*, p. 36.

Otra posibilidad que se incorpora al género es el tipo del ermitaño que cuenta con un pasado caballeresco. Encontramos los antecedentes en el *Libro de la orden de caballería* de Ramón Lull. Un caballero decide, debido a lo avanzado de su edad, abandonar las armas y retirarse a una vida de entrega a Dios. Este mismo personaje sirvió de inspiración a Joanot Martorell, que incluye en su *Tirante el Blanco* a Guillen de Varoic. Después de una peregrinación a Tierra Santa, el Conde retorna a su tierra y decide llevar en secreto una vida retirada, eso sí cerca de su ciudad²⁹³.

La aparición de este personaje significa la ampliación de los rasgos del ermitaño, a los que se une la sabiduría. De ahí que surja un nuevo tipo, el del caballero anciano:

Estos dos motivos: el abandono de las armas y la sabiduría, serán atributos básicos en el retrato habitual del caballero anciano en los libros de caballerías, sin que ello sea óbice para encontrar otras variantes narrativas²⁹⁴.

El haber desempeñado labores caballerescas en el pasado, le dota de unos conocimientos sobre la materia y una experiencia sobre el desarrollo de la misma que resultarán muy apropiados para los caballeros que acudan a su encuentro²⁹⁵.

Como se puede leer en la cita que aparece en el inicio de este epígrafe, los hermanos Aquilante y Grifón, tras superar la dificultosa aventura del malvado Orilo y de la bestia Cocodrillo que le acompaña, se encuentran con una ermita, en cuya

²⁹³ Esto contravenía una de las máximas condiciones que recoge el *LCVH* para ser ermitaño, como bien apunta María Carmen Pastor Cuevas, *op. cit.*, p. 37. Este Conde decide abandonar todo y, después de embarcarse para Alejandría y visitar Tierra Santa y el Santo Sepulcro, decidió fingir su propia muerte por medio de unas cartas enviadas por unos mercaderes, para desconsuelo de la Condesa, su esposa. «Después, por discurso de tiempo, el Conde solo se volvió en su propia tierra con los cabellos largos hasta las espaldas e la barba hasta la cinta, toda blanca, y vestido del ábito del glorioso Sna Francisco, viviendo de las limonas que le davaqn, y secretgamente se puso en una devota hermita de Nuestra Señora, la qual estaba no muy lexos de su ciudad de Varoyque». Johanot Martorell, *Tirante el Blanco*, ed. Martín de Riquer, Madrid, Clásicos Castellanos, 1974, v. I, p. 17.

²⁹⁴ José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, «La otra realidad social en los libros de caballerías castellanos. 3. El caballero «anciano»», *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (León, 20 al 24 de septiembre de 2005)*, eds. Armando López Castro y María Luzdivina Cuesta, León, Universidad, vol. II, pp. 784.

²⁹⁵ «A diferencia de la tradición medieval, los libros de caballerías encomiendan otros roles a los viejos caballeros», Lucía Megías y Sales, *op. cit.*, p. 784. Estos investigadores mencionan tareas administrativas y de gobierno, o labores de embajador e informante. Además, debido a la preponderancia por saciar sus apetitos amorosos por encima de los caballerescos, «la figura del caballero anciano está entonces relacionada con una nueva forma, a veces paródica, de entender el amor», como pone de manifiesto en el *Amadís de Grecia*, donde el Soldán de Niquea siente un repentino amor por Nereida, quien en realidad es el héroe disfrazado de dama para estar cerca de su amada (*op. cit.*, 789 y ss.).

puerta se encuentra el morador. Apenas unas palabras de introducción, comprobamos que, en un primer momento, se trata de un nuevo encuentro con un ermitaño:

Dezidme, cavalleros, por lo que virtud vos obliga, ¿qué ventura os ha traído por esta tan fragosa montaña, tan remota e apartada de la vuestra tierra? Que bien ha setenta años que yo estoy aquí haziendo penitencia que jamás en todo este tiempo no vi cavalleros por este solitario lugar (CIII, 730).

Las cifras, una vez más, son hiperbólicas²⁹⁶ y puede que para enfatizar lo sorprendente del episodio y, sobre todo, la santidad del eremita y los prodigios que su muerte acarrearán.

El anacoreta, que ha reconocido por el nombre a los dos caballeros, para sorpresa de ambos, explica la razón de tal conocimiento:

Hermanos míos, no os maravilléis que yo vos aya dicho vuestros nombres, ca me fue esta noche por un celestial mensajero revelado; e, si mi nombre queréis saber, sabed que a mí llaman Justín de Barcelona; e fui sarraceno cuando pequeño e después cristiano; e proseguí el hábito de la cavallería mucho tiempo; e como al caduco e instable mundo empecé a conocer, quise dexarle antes que él a mí me dexasse; e apartándome a este solitario lugar, he bivido fasta agora, faziendo en este desierto solitaria vida. Y el mensajero celestial que la nueva de vosotros me traxo, dixo: «Hombre de Dios, aquí vernán dos cavalleros a tu hermita. Toma estos panes e aderéçales de comer lo que pudieres; e sábetes que se llaman Aquilante e Grifón e son hermanos, los cuales te verán d'esta presente vida passar, porque el Alto Señor quiere que cojas el fruto de tus obras. Encomiéndales que tu dormido cuerpo sotierren». E diziéndome esto, se partió de mí; y esta es la causa porque supe de vuestros nombres e de vuestra venida. Por ende, mis buenos hermanos en Jesucristo, apeadvos e tomaréis alguna consolación para vuestros cansados e trabajados cuerpos e harés dende lo que Dios Nuestro Señor vos administrare (CIII, 731).

En las palabras del propio Justín se distingue la presencia de los rasgos habituales del ermitaño anónimo, como son la ayuda prestada al caballero, en este caso al alimentarlos; pero también el concepto de informante —ese «mensajero divino» que se ha mencionado antes— que indica lo que tienen que hacer a

²⁹⁶ Como muestra, la aclaración que Feliciano de Silva incluye en el capítulo XXXIX de su *Amadís de Grecia* para explicar que Amadís de Gaula decide retomar las armas con ochenta años de edad: «no es de maravillarse que a la sazón aún toviesses tanto poder que bastasse para acometer cualquier gran hecho, cuanto más que en aque[ll]o tiempo las edades eran grandes, que vivían los hombres trezientos años y más, y en tan luenga edad no se podían llamar aún viejos de ochenta años». Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, ed. Ana Carmen Bueno y Carmen Laspuertas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, pp. 137-138. Se toma la referencia de Lucía Megías y Sales, *op. cit.*, p. 783.

continuación²⁹⁷. Un rasgo nuevo que se puede añadir es el de profeta e intérprete, pues, no sólo conoce los nombres de sus visitantes por la revelación hecha por «un celestial mensajero», a lo que se añade la interpretación de los designios divinos para el final de su existencia.

La ficcionalidad del tipo nos viene dada también por el propio protagonista, pues él mismo es el que hace un rápido resumen de su existencia, de su nacimiento como pagano y su posterior conversión y, lo que puede resultar más relevante, la razón que lo impulsó a tomar esa vida retirada. Por lo que revela, fue él mismo quien decidió por un deseo de perfeccionamiento espiritual y no por la edad, tomar la vía de la santidad al tomar conciencia del «caduco e inestable mundo»²⁹⁸.

Como había sucedido con anterioridad —en el encuentro entre Brandamonte y el ermitaño que servía de excusa para el corte de pelo y su posterior confusión con un caballero—, López de Santa Catalina también emplea la figura del anacoreta para dar cabida a una nueva referencia, en este caso concerniente a la consabida continuidad de la obra. Con esto, el carácter profético del personaje se extiende desde el ámbito de las aventuras de esta primera parte hasta la propia dimensión literaria de la obra y el ciclo. Asimismo, nos ofrece un esbozo de lo que será el argumento principal del segundo libro. Sin la amenaza de los paganos, la obra se centrará en la figura de Roserín, hijo de Rugiero y Brandamonte, auténtico héroe que superará a sus predecesores:

Todo esto que el hermitaño dixo se cumplió muy por entero como más largamente en la Segunda parte d'esta historia verés, que el emperador Carlos e toda la cristiandad estuvo en punto de se perder; mas el immenso Dios e Señor Nuestro Verdadero lo remedió, de tal manera que salieron d'esta cuita muy a su honra e muy victoriosos, aunque con algún daño de gentes; mas el daño universal de los paganos no ay lengua humana que os la baste a contar, porque tantos murieron allí que, desde a gran tiempo escarmentados, dexaron la cristiandad sin sobresalto alguno le dar (CIII, 732).

²⁹⁷ «E porque el mi tiempo se acerca, vos digo de parte de Dios que, sin en cosa alguna os detener, caminéis derechamente a Francia a servir a vuestro señor el Emperador, ca sabed que está muy apretado de los infieles enemigos de la Sancta Fe Católica y estará de aquí a poco tiempo más, porque gran ayuntamiento de paganos se haze de passar en la cristiandad; e llevad con vosotros los amigos cristianos que topardes, ca harés gran servicio a Dios e a vuestro señor gran provecho e ayuda» (CIII, 731).

²⁹⁸ Guarda cierta relación con los motivos que impulsaron a Guillen de Viroic a tomar una decisión similar: «por huyr de las cosas e lazos del mundo a fin que de sus pecados pudiese hazer condigna penitencia». Johanot Martorell, *Tirante el Blanco*, ed. Martín de Riquer, Madrid, Clásicos Castellanos, 1974, vol I, p. 18.

Para tratarse de un personaje con una aparición testimonial, sí que resulta sorprendente la solemnidad que recibe en su muerte:

assí como aquellas palabras el santo Justino acabó de dezir a los dos hermanos, llegose al altar con grande devoción [e], poniendo sus manos, dio el ánima a Dios Todopoderoso con gran contrición de su cuerpo. Cuando assí en tan breve Aquilante e Grifón vieron fallecer al sancto hombre, dieron soberanas gracias a Dios Todopoderoso, rogándole por su sancta pasión e misericordiosa clemencia se acordasse de la cristiandad e alçasse la ira sobr'ella, dando lugar al perdón por su infinita misericordia. En esto, vinieron dos grandes leones de la floresta y con sus fuertes uñas en poco espacio hizieron un hoyo ant'el altar, el qual fecho, viendo los cavalleros que esto era gran misterio, pusieron en él el cuerpo del sancto hermitaño, e los mismos leones le cubrieron con la mesma tierra que del hoyo avían sacado (CIII, 732).

El león es un animal que simboliza la lealtad y la nobleza, por lo resulta poco menos que sorprendente que se utilizan ambas fieras para enterrar a un personaje que aparece al final de la obra y durante dos páginas.

Santa Catalina incluye el tipo del ermitaño desde una doble perspectiva. De una parte, aparece como personaje anónimo que se caracteriza por una vida retirada y pobre que ayuda al caballero que acude hasta él, al mismo tiempo que le informa de lo que debe hacer en el futuro más inmediato. Poco después, con la aparición de Justín de Barcelona, incorpora el tipo del caballero anciano que decide abandonar las armas para llevar una vida santa y apartada. Ambos continúan su labor «profética» en el devenir de los acontecimientos, bien para la inclusión de un episodio de confusión amorosa, bien como «mensajeros» de lo que sucederá en la continuación de la obra.

3.2.3.2. Enano

Los libros de caballerías están rodeados de una atmósfera de magia y sucesos maravillosos que se extiende también a algunos de sus personajes y que al mismo tiempo posibilita la aparición de aquellos más extraños. Dentro de este ambiente fabuloso no sorprende la inclusión del enano²⁹⁹, figura que sufre una evolución

²⁹⁹ Sobre el personaje del enano y su inclusión en los libros de caballerías, puede consultarse: Fernando Bouza, *Locos, enanos y hombres de placer en la corte de los Austrias*, Madrid, Temas de hoy, 1991; Eduardo Urbina, «El enano artúrico en la génesis literaria de Sancho Panza», *Actas del Séptimo Congreso Internacional de Hispanistas*, Roma, Bulzoni eds., vol. II, 1980, pp. 1023-1030; José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales (2002), «La otra realidad social en los libros de caballerías castellanos. 1. Los enanos», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, v (2002), pp. 9-23; Ana Carmen Bueno Serrano, «Motivos literarios de la representación de la violencia en los libros de

dentro del género desde una aparición esporádica y sin nombre, hasta su progresiva integración en el mundo de la corte, convertido en una figura asociada a lo lúdico.

Con anterioridad se ha indicado el vínculo existente entre la materia artúrica y el género caballeresco. La crítica ha aceptado la vinculación del tipo del enano con su presencia en la tradición artúrica, si bien, pertenece al folclore desde antiguo³⁰⁰. Es habitual recordar el enano felón que aparece en *El caballero de Carreta*, de Chrétien de Troyes. Al principio de la obra, Lanzarote, que va en busca de su amada, la reina Ginebra, topa con una carreta, vehículo de connotaciones negativas³⁰¹ que no frena al héroe en su afán, de modo que se acerca a ella y conversa con quien la dirige, un enano, «asqueroso engendro»³⁰².

Lo que se percibe en este diálogo se convierten en los rasgos primigenios del enano. De una parte, su deformidad física provoca que sea considerado con enorme negatividad, al que se le suele asociar la felonía o falsedad y la cobardía. A su vez, también se trata de un personaje de condición social baja —en contraste con lo aristocrático del caballero y la dama protagonistas—, que carece de nombre propio. Desde el punto de vista narrativo, su aparición es secundaria, ya que su función consiste en conducir al caballero a una nueva aventura rodeada de misterio³⁰³. Con la posterior incorporación a los libros de cavallerías, se modifican algunos de estos rasgos. No solo destacan por su fealdad y su cobardía, además aparece el enano

caballerías castellanos (1508-1514): enanos, doncellas y dueñas anónimas», *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 3-6 setembre de 2003)*, vol. I, pp. 443-452.

³⁰⁰ Emilio Sales, a partir de su origen y su reducido tamaño, los emparenta con otras figuras legendarias como los elfos o los hobbits, habituales personajes de la narrativa fantástica que tanto atractivo tienen hoy día. *La aventura caballeresca: epopeya y maravilla*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, p. 92.

³⁰¹ «Por aquel entonces las carretas servían como los cadalsos de ahora [...]. Y aquélla era de común uso, como ahora el cadalso, para los asesinos y traidores, para los condenados en justicia, y para los ladrones que se apoderaron del haber ajeno con engaños o lo arrebataron por la fuerza en un camino. El que era cogido en delito era puesto sobre la carreta y llevado por todas las calles. De tal modo quedada con el honor perdido, y ya no era más escuchado en cortes, ni honrado ni saludado». Chrétien de Troyes, *El caballero de la carreta*, presentación y traducción de Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual, Madrid, Alianza, 1996, p. 17.

³⁰² «Y dice el caballero al enano:

—Enano, ¡por Dios!, dime si tú has visto por aquí pasar a mi señora la reina.

El enano, asqueroso engendro, no le quiso dar noticias, sino que le contesta:

—Si quieres montar en la carreta que conduzco, mañana podrás saber lo que le ha pasado a la reina.»

Chrétien de Troyes, *El caballero de la carreta*, *op. cit.*, p. 17.

³⁰³ Emilio Sales, *op. cit.*, p. 93. Desde la tradición artúrica francesa, se vincula a este personaje con oscuras fuerzas del mal. Esta misma desviación de la norma por su corta estatura, «era interpretada como el reflejo de un más allá misterioso», José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *Libros de cavallerías castellanos*, *op. cit.*, p. 207.

como vigía que controla la llegada del caballero³⁰⁴ y toca un cuerno para avisar. No obstante, la modificación más profunda tiene que ver con su incorporación a la corte, si bien su función entonces está relacionada con el humor, ya que suelen estar vinculados con bufones que deben entretener a sus señores y al mismo tiempo son blanco para todo tipo de dardos y pullas³⁰⁵.

Al tratarse de una obra de las primeras décadas del siglo XVI, las apariciones del enano en el *Espejo de cavallerías* se ajustan al perfil habitual y primario; es decir, suelen carecer de nombre, muestran un comportamiento cobarde o suelen incitar al héroe a una aventura complicada y con toques maravillosos.

La primera mención del enano se produce cuando Mandricardo —hijo de Agricán de Tartaria que ha decidido vengar a su padre y derrotar a Roldán— cabalga acompañado de la Señora de la Fuente, que lo guía para que supere las tres pruebas del Hada de la Fuente. Tras derrotar a Gradaso, deciden acudir a casa de una pariente de esta. El problema estriba en que la dama está asolada por el gigante Minapreso, quien ataca y roba las tierras de esta cuando le viene en gana:

E antes que la noche cerrasse, empeçaron a caminar fazia allá, donde tan bien recebidos fueron, que Mandricardo se maravilló mucho de ver las luminarias , e danças e cantilenas que con diversos instrumentos fazían; y en un torrejón, que a manera de atalaya estava a un lado de la fuerte casa, de continuo estava un enano por avisar la venida del ladrón Minapreso: el cual sonó el cuerno amonestando a grandes bozes al: «¡Alarma, alarma!». E así como las bozes del enano oyeron los de la casa, empeçaron unos a tomar armas e otros a cerrar las principales puertas que podían (LXXXVIII, 661)³⁰⁶.

Como se aprecia, el enano carece de nombre y su importancia narrativa es muy escasa, reducida a una mera función de vigía que avisa de la llegada de un enemigo temible³⁰⁷.

³⁰⁴ Tomo la indicación de Ana Carmen Bueno Serrano, «Motivos literarios de la representación de la violencia en los libros de caballerías castellanos (1508-1514): enanos, doncellas y dueñas anónimas», *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 3-6 setembre de 2003)*, vol. I, p. 446.

³⁰⁵ Fernando Bouza, *Locos, enanos y hombres de placer en la España de los Austrias*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1991.

³⁰⁶ Cervantes emplea este mismo motivo del enano que avisa de la llegada de un caballero en la primera salida del hidalgo manchego. El episodio se ve impregnado de la fina ironía del escritor alcalaíno. Don Quijote cabalga solo e imagina que su llegada es anunciada por un enano del castillo, cuando la realidad es bien distinta y conocida.

³⁰⁷ Son pocos los enanos que tienen nombre, lo que significa «la primera agresión porque, según las convenciones del género, quien no tiene nombre no tiene ni existencia, ni entidad narrativa», Ana Carmen Bueno Serrano, *op. cit.*, p. 448.

En la siguiente aparición, los protagonistas son Gradaso, Brandimarte y Roldán, después de que este sea liberado de la Fuente de las Nayades y rescatado del encantamiento por Flordelisa. En ese instante, ajustado a uno de los recursos más habituales para la aparición de tal personaje, se presenta ante la comitiva, montado en un palafrén, «un enano de muy feo cuerpo e gesto», quien incita a los caballeros a vivir una aventura:

Cavalleros, pues que sabés que os es dado desazer agravios e buscar aventuras para exercitar vuestras francas personas, ved si queréis venir conmigo e ponervos he en parte donde ganés honra, que es en una aventura donde, aunque es dificultosa, perpetua fama entre cavalleros podéis ganar; e quien voluntad tuviere de le dar cima, sígame, que yo le guiaré (LXIX, 695).

El taimado los provoca desde una doble perspectiva. Primero, porque alude a su obligación como caballeros de buscar y afrontar aventuras. Después, la necesidad de cobrar «perpetua fama» por superar las mismas. De esta manera, se apunta una astucia en el tipo que se convertirá en característica³⁰⁸. Poco después, Gradaso y Rugiero, acompañados del enano, se enfrentan a la aventura propuesta, en la que deberán enfrentarse con un terrible monstruo dentro del Castillo Encantado. La nomenclatura del emplazamiento aclara la total vinculación de la aventura con lo maravilloso. Los dos caballeros se han separado de Roldán y Brandimarte, toda vez que aquel, al reconocerlo como uno de sus enemigos, ha atacado con violencia a Gradaso. Así, repuesto de los golpes recibidos, recuperada plenamente la consciencia, se deja llevar junto a su compañero hasta el encuentro con la horrible criatura. Apenas alcanzan el lugar, el enano hace gala, de nuevo, de su astucia para incitar a los dos guerreros. En primer lugar, al mantener el misterio de la apariencia de la bestia; al mismo tiempo, al alabar su labor caballeresca:

si la acabáis, podéis fazer cuenta que mejor cavallero que vós no lo ay en el mundo, ca sabed que avéis de aver temerosa batalla con un orrible monstruo, tal que su vista basta a confundir e atemorizar cualquier hombre; e porque en breve espacio le veréis, no vos digo las faciones ni formas suyas; mas por esso son en el mundo los buenos cavalleros, para tan espantosas cosas quitar del mundo. Por ende, noble cavallero, aved esfuerço, pues sabéis que al animoso coraçón contino la fortuna le es favorable (XCVIII, 705).

³⁰⁸ Gradaso desconfía del ofrecimiento, tanto por venir de quien lo comunica, como porque tales proposiciones suelen estar relacionadas con algún encantamiento. De esta manera, tenemos al enano como mensajero de algún mago o hechicera que conduce al caballero hacia lo maravilloso y lo obliga a luchar «directamente con lo sobrenatural maligno», Ana Carmen Bueno Serrano, *op. cit.*, p.446.

Al llegar a la entrada del castillo, el guía se resiste a entrar y declina el ofrecimiento, haciendo gala de su cobardía característica:

Mucho fueron ledos el buen Rugiero y Gradaso del esfuerço que el enano les iva poniendo, fasta tanto que, llegados a la rica puerta del encantado castillo, se apearon de sus cavallos e dixeron al enano que entrase dentro.
 —D'eso —dixo él— guárdeme Dios, que no es de discretos hombres entrar en peligros; e pues que vosotros la entrada teméis sin al monstruo aver visto, yo, que le conozco, no me cunple aquí punto atender .
 E diziendo esto, buelve las riendas a su palafren [e] empeçó a correr por do avían venido como un ave (XCVIII, 706).

Como no puede ser de otra manera, el comportamiento del enano provoca la risa de los dos caballeros, quienes salen reforzados, tanto por su valentía, como por la peligrosidad del reto³⁰⁹.

La última de las apariciones de este personaje se vincula de nuevo con su perfil de incitador de aventuras vinculadas con la maravilla y como guía hacia lo sobrenatural. En este caso, en lugar de un palafren o una carreta, viajan a bordo de una barca. Los destinatarios del ofrecimiento son Renaldos y su nuevo amigo, el gigante Escardaso:

como estuvieron en aquella ribera comiendo de lo que llevavan e beviendo de aquella dulce agua de aquel gran río, vieron venir por el agua arriba una barca, la cual dos muy feos enanos a gran priessa por el río traían; y estando quedos por ver a qué salían con tal apresuramiento, viniéronseles ‘acercar a ellos diziendo:
 —Cavalleros, si nuevas cosas ver desseáis, entrad con nosotros vós e vuestros cavallos e veréis lo que nunca vuestros ojos han visto (C,716).

En esta ocasión, los dos enanos no son emisarios del mal, todo lo contrario, sirven a una maga que es enemiga de Alcina, la hermana de Morgana. Los han conducido hasta el lugar mágico para que puedan rescatar al bueno de Estolfo, retenido como estaba por Alcina. Así lo descubren cuando, después de desaparecer

³⁰⁹ «El buen Rugiero no podía tener la risa de ver al su buen consejero fuir; e dixo:

—Por mi vida que, según es de discreto nuestro compañero, si cavallero fuera, que avía en él más de cient años de vida, ca bien sabe aconsejar a los otros que entren en los peligros e bien se sabe d'ellos guardar» (XCVIII, 706).

El personaje del enano estaba también unido al humor y son figuras empleadas para provocar la risa, tal y como muestra la costumbre de alojar en las cortes alguno de estos personajes que actuaban como bufones y que estaban destinados al entretenimiento de sus señores. Sirva como muestra los numerosos casos que reflejan las obras de Velázquez, incluso en el siglo XVII.

el palacio, Renaldos y Escardaso son abordados por la maga y los dos enanos de la barca:

delante sí [de Renaldos y Escardaso] los dos enanos que en la barca del río los passaron e, un poco a çaga d'ellos, un carro pequeño que dos cavallos traían, en el qual venía una muy guarnida donzella vestida como religiosa, en las manos un rico libro (C, 718).

Los enanos, tal y como se comprueba en los ejemplos, cumplen una función residual en el *Espejo de cavallerías* y se ajustan al perfil tipo del género. Al ser presentados, se alude a su fealdad; además, son seres marginales que carecen de nombre y están subordinados al héroe. Su aparición es esporádica y se vincula con lo maravilloso, al incitar al héroe a vivir una aventura como nunca antes habrá visto y que le reportará una fama eterna. Pero esta vinculación con el más allá maléfico cada vez será menor y su presencia se asociará más con el humor, como refleja, todavía de manera embrionaria —pero que más adelante se convertirá en motivo habitual— este *Espejo* con las repentinas huidas y a todo galope.

3.2.3.2.1. Brunelo: ¿enano o trickster?

Como en el caso de la transitoria «locura» amorosa de Roldán, la independencia femenina de Angélica y otros personajes dentro del *Espejo de cavallerías*, también nos encontramos con algunas particularidades al analizar el personaje de Brunelo. Si bien en un primer momento parece ajustarse al patrón del enano, conforme avanzan las páginas y su intervención interfiere en el desarrollo de los acontecimientos, se percibe una dimensión más amplia del personaje. Tal es así, que bien puede defenderse que, en realidad, combina rasgos de dos tipos bien conocidos: el del enano y el del *trickster*.

La figura del *trickster* aparece asociada al folclore, la mitología y la literatura desde etapas tempranas y su análisis se ha abordado desde varias perspectivas, aunando la antropología, el psicoanálisis y las teorías literarias³¹⁰. La dimensión del personaje es más amplia de lo que a una figura secundaria cabría esperar:

³¹⁰ Las investigaciones sobre la figura del *trickster* en general es bastante abundante: Paul Radin, *The Trickster. A Study in American Indian Mythology*, Nueva York, Philosophical Library, 1956; Carl Gustav Jung, *Four Archetypes: Mother, Rebirth, Spirit, Trickster*, trad. R. F. C. Hull, Londres,

El *trickster* debe su nombre a su propensión a los trucos, las mañas y los ardides, que van de la broma risueña y juguetona al embuste más perverso y fatídico. Pero no es un hacedor de trucos, sino un alterador del orden: un reformista, un destructor, o ambos a la vez. Es una figura de honda significación histórica que aparece en las mitologías, el folclor y las literaturas del mundo. [...] El gran signo de esta figura es la libertad, que se manifiesta como autonomía, ingenio, volubilidad, descaro, franqueza, rebeldía e impudicia³¹¹.

La doble dimensión de la figura lo relaciona con el humor³¹², entendido este como muestra de un comportamiento opuesto a las normas convencionales:

En términos de jerarquía cultural, el *trickster* es una figura de la esfera de lo bajo, íntimamente vinculada a la risa³¹³.

Al unir ambas cualidades, se infiere que se trata de un personaje que suele significar una alteración del orden establecido, además de jugar un papel de personaje juguetón y guasón que no se ajusta a las normas³¹⁴. Aquí puede residir la explicación por la que López de Santa Catalina incluye el personaje de Brunelo. En un primer momento, su intervención viene a significar la inclusión de un tipo habitual dentro de los libros de caballerías: el enano. A los rasgos habituales de este —corta estatura y, por tanto, deformidad física, relación con lo maravilloso maléfico—, parece que se incluyen la astucia y la participación en la acción. Desde el primer momento, el personaje aparece etiquetado por duplicado, tanto por

Routledge & Kegan Paul, 1972. Los estudios en lengua castellana han aumentado de un tiempo a esta parte: José Manuel Pedrosa Bartolomé, *Bestiario. Antropología y simbolismo animal*, Madrid, Medusa, 2002; Helen Lock, «Transformations of the trickster»,

(<http://www.southerncrossreview.org/18/trickster.htm>, 25 de febrero de 2006); M^a Antonia Álvarez Calleja, «La figura del *trickster* en el paisaje literario Norteamericano», *Odissea*, 8 (2007), pp. 35-45.

Silvia Alicia Manzanilla Sosa, «La dimensión ética y estética de la figura del *trickster* en la literatura», *Valenciana*, 18 (2016), pp. 241-270.

³¹¹ Silvia Alicia Manzanilla Sosa, «La dimensión ética y estética de la figura del *trickster* en la literatura», *Valenciana*, 18 (2016), p. 242. La propia autora propone a Pedro de Urdemalas, el Güegüense, el Periquillo Sarmiento y Rafael Leónidas Trujillo y otros dictadores de la novela latinoamericana más actual como exponentes del *trickster* en la literatura (pp. 242-243). Se pueden añadir los animales protagonistas de fábulas y cuentos, asociados a la astucia, como la zorra; también podemos recordar los casos de los textos religiosos, con la serpiente del Génesis a la cabeza, como muestra de tales comportamientos. Para más detalle, puede consultarse la bibliografía antes indicada.

³¹² «El *trickster* simboliza una forma estética del espíritu alegre y libre de la humanidad», Manzanilla Sosa, *op. cit.*, p. 244.

³¹³ *Op. cit.*, p. 243.

³¹⁴ «El *trickster* como burlador ha gozado de numerosas representaciones: además del don Juan, se han identificado como tramposos burladores «al don hurón del *Libro de buen amor*, el Pedro de Urdemalas de Cervantes y de numerosos cuentos tradicionales, y el Quevedo o el Jaimito de tantos relatos chistosos hispánicos», José Manuel Pedrosa, *Bestiario. Antropología y simbolismos animal*, Madrid, Medusa, 2002, p. 133.

pequeña estatura como, sobre todo, por su astucia. Si bien su diferencia más distinguida es la posesión de un nombre, lo que nos anticipa su posterior integración en la corte de Agramante y, al mismo tiempo, en la propia obra. Así se da a entender en su primera mención:

aunque sus fuerças no son demasiadas, su arte e mañosas obras son sobre manera muy arduas, la más fea criatura de parecer que ay en el mundo y el más ingenioso que se puede hallar, chico de cuerpo en medida e grande en las obras maliciosas, el qual ha nombre Brunelo, e por sus obras le pusieron sobrenombre, el qual agora llaman el Endiablado Brunelo (LIII, 480).

Pero conforme avanzan los acontecimientos, se comprueba que Brunelo es algo más que un simple enano guasón. Desde la primera mención, la intervención de Brunelo influye de manera decisiva en dos momentos narrativos destacados. La figura de Brunelo evoluciona desde una posición inicial de astuto ladrón que cumple las órdenes recibidas, hasta un personaje que adquiere un nuevo servicio más importante: descubrir a Rugiero e introducirlo en el mundo de la caballería, acto significativo al estar relacionado con la continuación de la obra. La relevancia del personaje no comprende, en sentido único, su aparición en unos episodios, sino que va más allá. Será él quien logre que Rugiero salga de su encierro y siga sus instintos heroicos, lo que significa la incorporación del futuro protagonista a la obra y al universo caballeresco. Desde esta perspectiva puramente narrativa, su incidencia en la obra no se ciñe en exclusiva a la primera parte, sino que es un elemento indispensable para que el *Segundo libro* cobre vida.

El personaje de Brunelo surge por la recomendación que hace el viejo Rey de Fiesa a Agramante, su rey, obsesionado con atacar a Francia y a Carlomagno para alcanzar una gloria eterna. Como el rey pagano no atiende a razones y contraviene todas las opiniones de sus consejeros y las señales que así lo recomiendan, se da por vencido e insta a este a conseguir el favor del enano. El narrador anticipa entonces el éxito de su misión —robar el anillo que Angélica trae en su dedo, a cambio de ser nombrado rey— al anunciar la sorpresa causada en la corte su presencia:

e como delante del rey Agramante fue venido e delante de todos los señores que allí estaban, todos se maravillavan que un hombre tan desabultado e pequeño fuesse tan malo en sus obras como dezían (LIII, 480).

No se espera lo contrario, por lo que Brunelo triunfa en el encargo. En la narración del mismo sorprende la facilidad con la que lo obtiene y la insistencia del autor en la agilidad mental del ladrón:

E como viesse Brunelo el ladrón la batalla que en el campo se fazía, ovo plazer d'ello porque a la entrada e salida que muchos del rey Galafrón fazían en la villa a bueltas él pudiesse entrar sin que en él parassen mientes, y como lo pensó lo fizo; y con la astucia de su sutil arte, tomó habla con unos criados del rey Galafrón, por donde astuciosamente fue avisado de lo que él quería, sabiendo que Angélica siempre traía el anillo en su mano y las virtudes del anillo. E sabido que lo ovo, entrose dentro al aposento donde Angélica la Bella estava parada a una finiestra de donde podía bien ver las batallas del campo, y estava tan atenta mirando la soberviosa batalla que entre Marfisa y el rey Sacriapante passava, que de otra cosa no se le acordava. En esto, el endiablado Brunelo, que la maldad pensada tenía, vase para el estrado a donde ella estava e, seguramente llegándose a ella, le tomó con gran fuerça la mano, que defender no se pudo, y sacole el anillo del dedo; e assí como se le ovo sacado, se va la puerta a fuera de la sala (LIX, 505).

Esta insistencia en la astucia de Brunelo resulta muy apropiada para su caracterización como *trickster*³¹⁵. Pero no se detiene aquí. En su huida aumentará su fama de astuto y de ladrón, al tiempo que incluirá la sorna con la que trata a sus víctimas. Invisible por el poder del anillo, se arroja al agua hasta que llega a una rivera, donde combaten Marfisa y Sacripante. Como en su naturaleza reside un deseo total de no someterse a norma alguna y actuar conforme le viene en gana³¹⁶, decide causar el mayor daño posible y aumentar sus ganancias. De esta manera, consigue el caballo Frontalate que monta Sacripante y la espada de Marfisa³¹⁷, elementos que cobrarán vital importancia en la segunda misión de Brunelo.

En su huida, ahonda más en el daño causado. Más allá de los objetos robados, Marfisa —que va tras él— sufre una y otra vez las bromas del ladrón³¹⁸. Esta ausencia de pena es característica del *trickster* —derivada de su libertad absoluta y

³¹⁵ «El *trickster* también recibe los calificativos de “perspicaz”, “ingenioso” y “astuto”, por su excepcional capacidad de inventiva y su ingenio, imprescindibles para sobrevivir en un mundo que le resulta ajeno. Suele ser un individuo lúcido y agudo», Manzanilla Sosa, *op. cit.*, pp. 255-256.

³¹⁶ «Otro rasgo fundamental del *trickster* es su propensión a traspasar toda clase de fronteras y normas: físicas, sociales, morales, divinas. En este sentido, es un desestabilizador», Manzanilla Sosa, *op. cit.*, p. 261.

³¹⁷ «El maldito Brunelo llegó aquel lugar e tomó de las riendas de Frontalate, que en la mano el rey Sacripante descuidadamente tenía, e, corriendo, se apartó del rey Sacripante un trecho, llevando el ligero cavallo de diestro; e como arredrado se vio, cavalgó en él, bolteándolo por el campo, e vido cómo Marfisa avía puesto el spada sobre los arzones de su cavallo y, estando a pie, se adobava una pieça de armas que en la contienda d'ella e del rey Sacripante se havia desconcertado; y arremete ligeramente a ella, e juntando con el cavallo de Marfisa, tomó el spada que sobre la silla estava, que cuantos allí estavan no fueron señores de se lo resistir» (LIX, 507).

³¹⁸ Sólo el autor transmite cierta piedad por la amazona: «¡Ay d'él si cae en manos de Marfisa, que pieças será fecho!» (LXVII, 546).

el no someterse a código alguno—, quien no es consciente del daño causado o, en mayor proporción, no le importan las consecuencias que sus daños provoquen. Su objetivo es desestabilizar en todos los sentidos y lo consigue. Se han invertido los papeles con respecto al enano tradicional, cobarde y guía hacia aventuras maravillosas. Ahora nos encontramos ante un personaje astuto que hace el daño por convicción y diversión.

Aún suma dos objetos más para su botín. En este caso la víctima es el propio Roldán. Acompañado de Brandimarte, topan con la escena del ladrón, que se burla de Marfisa mientras esta lo persigue. Pero al tiempo que cabalga, Brunelo descubre que el espectador de su huida es nada más y nada menos que el paladín más destacado de Francia, al que reconoce con rapidez por su espada y su cuerno. Como las ansias de Brunelo no tienen límite, decide robar las armas y ofrecérselas al rey Agramante. Aprovecha que Roldán se queda dormido para sustraerlas y, de nuevo, huir gracias a la velocidad de Frontalate. Al igual que sucede con la amazona, el escarnio es aún mayor cuando el propio Brunelo se mofa de Roldán:

¡Recordad, señor don Roldán, guardad no vos furten las armas, que yo os guardaré vuestro preciado cuerno e vuestra buena espada a buen seguro! (LXVII, 547).

De una manera fraudulenta, aprovechándose de su astucia y de sus malas artes, Brunelo ha conseguido preciados objetos —que serían valiosos botines de guerra o premios por prominentes victorias en arduos combates—, sin seguir las normas propias ni de la caballería ni del orden social. Esta libertad de acción del ladrón ha supuesto un ataque frontal del sistema que rige el comportamiento.

Contento por los logros obtenidos, Brunelo regresa a la corte de Agramante, con el deseo de obtener el prometido premio. El rey no duda en concedérselo, bajo la atenta mirada de todos los presentes y no sin cierta admiración extendida por toda la corte pagana:

E levantándose [Agramante] de su silla, hizo traer una corona de oro muy rica; e dixo: —Yo te coronó desde aquí por rey de Tingitana, como te lo prometí, y te doy el reino con sus anexos libre e desembargado, sin otra condición más de la obediencia que me es devida d'estos otros reyes presentes. E así te lo otorgo, pues lo has tan bien merecido (LXXII, 578).

No deja indiferente al lector el éxito cosechado por Brunelo. Primero por la facilidad con la que ha conseguido robar los objetos y, por tanto, desestabilizar el orden narrativo. Sobre todo porque es un personaje menor, en apariencia, el que consigue derrotar a algunos de los protagonistas más destacados, como Roldán y Marfisa. También por la recompensa que obtiene por ello. Ya se ha indicado el carácter secundario que tiene el enano como personaje dentro de los libros de caballerías, reducido a un papel periférico de acompañantes o de incitadores a alguna aventura³¹⁹. Es por esto que no suelen obtener beneficios por ello, más allá de evitar el peligro del lance peligroso o recibir la ayuda del héroe. El detalle de la coronación de Brunelo no pasa inadvertido para el lector u oyente, quien percibe que no se trata de un simple enano sino un personaje con más entidad.

La intervención de Brunelo no se reduce a este lance desestabilizador. Al coronarlo como rey de Tingitana ha tenido lugar una inserción plena en la corte de Agramante, lo que significa la evolución desde un plano marginal a otro de mayor relevancia. Ahora se está ante un personaje destacado dentro de la corte del rey pagano y su comportamiento se ajustará a las normas propias de su nuevo estatus. Atrás queda la libertad de movimientos y la improvisación. Todo está preparado para que le sea encomendada una segunda misión, acorde con su nueva condición y de una relevancia mayor, tanto para el futuro de la acción más inmediata, como para la propia obra y su continuación.

Los planes de Agramante no se detienen en obtener el anillo de Angélica y las armas de Roldán. Su plan primigenio es más ambicioso e incluye la derrota de Carlomagno y la conquista de Francia. Para lograrlo, tal y como le ha recomendado su consejero, necesita encontrar al joven Rugiero y convencerlo para que lo acompañe. Es el propio Brunelo quien, con una muestra más de su astucia y agilidad mental, propone la solución. Un torneo en las inmediaciones del Monte de Carena —donde ha crecido en secreto y ha sido criado por Atalante—, de manera que el joven, al escuchar el ruido de las armas, si su naturaleza es tal como se presente, no podrá resistir sus impulsos naturales y abandonará su aislamiento para participar. Ese será el momento apropiado para que el nuevo Rey de Tingitana intervenga y anime al joven a hacerlo. Con su agudeza verbal, no necesita hacer un

³¹⁹ Ana Carmen Bueno Serrano, *op. cit.*, p. 446.

alarde de facultades para lograrlo, con aludir a la elemental comparación con el género femenino es suficiente:

¡Ah, Rugiero!, ¿qué encerramiento es el tuyo de donzella delicada? Sal, sal acá a ejercitar tu persona fuera d'essa jaula en que estás (LXXII, 580).

El propio Brunelo es el encargado de armar al joven caballero —lo que puede ser considerado como una especie de ceremonia figurada, pues todavía no se ha convertido al cristianismo—, de manera que ya no es el simple guía hacia una aventura maravillosa, misión habitual de los enanos de los libros de cavallerías. Su relevancia para la obra es mayor, puesto que presenta al que será el próximo héroe, aquel que igualará y casi superará las hazañas de Roldán y Renaldos.

La crítica reconoce una evolución del enano como personaje dentro del género caballeresco desde apariciones esporádicas, pasando por un proceso integrador que lo sitúa junto al caballero y termina con convertirlo en una especie de bufón que hace reír a los demás³²⁰. En el caso de Brunelo su incorporación a la corte es total y no se produce en este plano, sino acorde a su nuevo rango social³²¹. Ya no actúa por libre conforme le viene en gana y sin ajustarse a ningún orden social, sino que sus últimas actuaciones concuerdan con un comportamiento más civilizado, caracterizado por un mayor autocontrol y madurez³²².

3.2.3.3. El gigante

Que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafileando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada que, aunque

³²⁰ Como es habitual, el modelo lo proporciona el *Amadís de Gaula*, en esta ocasión con el personaje de Ardián. Baste recordar cómo, colgado de una pierna, al respirar piedrazufre, no paraba de estornudar y «ahún otra cosa peor». Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Bleca, 2 vols., Madrid, Cátedra, 1986, p. 443.

³²¹ La última vez que es mencionado, aparece como miembro de de las mesnadas que acompañan a Agramante en Biserta, de donde partirán hacia París. Ocupa el puesto décimosexto en el orden de la enumeración de los señores que lo acompañan (78, 428).

³²² Es lo que Carl Jung y Kerényi postularon para la figura del *trickster*: «representa el espíritu de la humanidad en su tránsito del estadio animalesco —primitivo e inconsciente— a otro de mayor civilización y autoconciencia». Se ha tomado la referencia de Silvia Alicia Manzanilla Sosa, «La dimensión ética y estética de la figura del *trickster* en la literatura», *op. cit.*, p. 244.

tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés, como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto a los que mira)³²³ (I, xxx).

En este famoso episodio de la princesa Micomicona, Cervantes, haciendo gala una vez más de su vasto conocimiento sobre los libros de caballerías, introduce en su universal obra uno de los personajes que se convirtieron en obligados dentro del género: el gigante. Dorotea, convencida por el cura y el barbero, no tiene excesivos problemas en encarnar el papel de la heredera huérfana³²⁴, amenazada por un enemigo descomunal, para, de esta manera, convencer al andante de La Mancha y obligarle a cumplir el don que le demandará.

El gigante es un personaje de larga tradición y con una presencia habitual en la literatura y el folclore de todos los tiempos³²⁵. Recurrentes son las apariciones de los cíclopes en la *Odisea* de Homero y en la obra de Hesíodo, en la que se menciona su carácter soberbio³²⁶. En la Biblia, a su vez, también son harto conocidos Goliat y Nembrot. De aquí se incorporó a la literatura románica medieval, si bien en la Edad Media, la desmesura física que los caracteriza provocó

³²³ Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1993, p. 305.

³²⁴ «Que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los andantes cavalleros» (I, xxix, 294).

³²⁵ La bibliografía sobre el gigante es extensa, por lo que se incluye lo referente a los libros de caballerías: F. Márquez Villanueva, «El tema de los gigantes», en *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos, 1973, pp. 297-311; Claude Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal 1986; Eduardo Urbina, «Gigantes y enanos. De lo maravilloso a lo grotesco en el *Quijote*», *Romanistisches Jahrbuch*, 38 (1987 [1989]), pp. 323-338; Ana María Morales, «Los gigantes en la literatura artúruca», dentro de Concepción Company, Aurelio González, Lilian von der Walde y Concepción Abellán, eds., *Voces de la Edad Media. Actas de las Terceras Jornadas Medievales*, México, Universidad Autónoma de México, pp. 179-186; Sandro A. Patrucco, «Gigantes y caballeros en las páginas de la novela caballeresca española», *Hispanic Culture Review*, 3.1(1996), pp. 12-17; Francisco Acero Yus, «Los gigantes en el *Quijote* de Cervantes: revisión de un motivo de la literatura caballeresca», *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 32 (2006), sin paginación; Carla Xiomara Luna Mariscal, «El gigante ausente: transformación y pervivencia de un tema literario en las historias caballerescas breves», en Aurelio González, Lilian von der Walde, Concepción Company (eds.), *Temas, motivos y contextos medievales*, El colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2008, pp. 45-59; María Coduras Bruna, «La presencia del gigante en el ciclo amadisiano: un paradigma antroponímico caballeresco», *Lectura y signo*, 9 (2014), pp. 105-120.

³²⁶ El Polifemo homérico sienta en cierta medida las bases del tamaño desmesurado y el carácter brutal del tipo, así como sus cortas entenderas. Hesíodo ofrece un mito interesante para entender el origen de estos gigantes. Urano retiene a sus hijos en el vientre de Gea, hasta que esta convoca a todos sus hijos para tomar venganza. Cronos termina por cortar los genitales de su padre Urano, de cuya sangre nacen Ninfas, Erinias y Gigantes. Aparece un rasgo se servirá para caracterizar al tipo: «[Gea] dio a luz además a los Cíclopes de soberbio espíritu» (*Teogonía*, introd. y trad. de Aurelio Pérez Jiménez, Madrid, Gredos, 2000, pp. 16-17).

que se asemejara con la monstruosidad ligada con lo maravilloso³²⁷. La materia bretona incorpora la figura del gigante, como por ejemplo en la lucha de Tristán con el gigante Morholt. Herederos de la tradición artúrica, los libros de caballerías incluyeron el tipo del gigante, ya que a los autores

no les pasaron desapercibidas las posibilidades narrativas que derivan de tales personajes, y en sus ficciones los utilizan fundamentalmente como adversarios del héroe y como contraste simbólico de los calores encarnados por este³²⁸.

Estos gigantes se incorporan a los libros de caballerías y se convierten en figura habitual. Este «mueble indispensable»³²⁹ de la narrativa caballeresca es el enemigo más genuino del héroe, en especial, porque encarna todo aquello que se encuentra en la antípoda de este³³⁰. Comparten el aspecto humano, pero la diferencia de tamaño es una barrera insalvable para la equiparación. Al mismo tiempo, el gigante se opone frontalmente a los rasgos propios de la caballería, la humildad y la cortesía, debido a su soberbia y su comportamiento alejado de cualquier norma de civismo. Es la amenaza más directa contra el orden establecido, de ahí que se su derrota sea una obligación para todo caballero. Dicho esto, son numerosos los casos en los que el caballero, movido por cierta admiración, intenta convencer al jayán para que se convierta —bien al cristianismo, bien al mundo caballeresco de la cortesía³³¹— y, en numerosos casos, lo consigue, de manera que su archienemigo se transforma a partir de entonces en su ayuda más estimada.

³²⁷ Emilio Sales, *La aventura caballeresca: epopeya y maravilla*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, p. 103.

³²⁸ *Ibidem*.

³²⁹ Márquez Villanueva, «El tema de los gigantes», en *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos, 1973, p. 301.

³³⁰ «En los textos caballerescos los gigantes aparecen principalmente tan sólo para ser derrotados y aniquilados por el héroe durante un sangriento combate», José Julio Martín Romero, «El combate contra el gigante en los textos caballerescos», en *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 16-20 setembre de 2003)*, eds. Rafael Alemany, Josep Luís Martos y Josep Miquel Manzanaro, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valencia, vol. III, pp. 1106. A lo que se añade lo indicado por Márquez Villanueva: «Representa [el gigante] todo el poder de la fuerza bruta y se le necesita para dar la medida del valor y superioridad de sus héroes caballerescos», *op. cit.*, p. 300.

³³¹ Una intención similar se da con el bandolero, otro de los personajes marginales. Brandimarte y Flordelisa son atacados por un grupo de salteadores. Después de herir de acabar con varios de ellos, dos consiguen llegar ante la presencia de su jefe. No se hace esperar el combate entre el paladín y Taridón el Orgullosa, cabecilla de los bandidos. Apenas iniciada la lid, Brandimarte, ante la valía de los golpes de su adversario, intenta persuadirlo para emplear su maña en cuestiones más honrosas: «que siendo tan buen cavallero uses de tu persona tan mal oficio como es favorecer ladrones e andar en su compañía d'ellos, que yo otro más diestro cavallero que tú no he provado; e si tú, por vovdad que en ti aya, quisieres este oficio que tienes dexar, ser te he toda mi vida leal amigo, ca no faltarán

Al igual que sucede en la mayoría de los tópicos y tipos del género caballeresco, *Amadís de Gaula* será la obra de referencia, especialmente durante la primera parte del siglo XVI. Los gigantes cuentan con una relevancia y una presencia importantes, no sólo en las obras de Montalvo, sino en todo el ciclo en general³³²:

En las paginas del primer Amadís encontramos a los gigantes convertidos en personajes centrales de su trama, e inclusive la estructura de la obra gira bruscamente desde el momento en que el caballero protagonista vence al rey de Irlanda, el gigante Abies³³³.

Como si de un retrato robot se tratara, podría definirse al gigante de los libros de caballerías como un ser extremo —el desvío más acentuado de la norma—, equiparado al enano pero en el lado opuesto³³⁴. La desmesura física de su enorme tamaño tiene una proyección total en su desmedida soberbia, que provocará que sea incapaz de comprender cómo un único caballero osa enfrentarse a él, un ser tan

virtuosas obras e cavallerías que tus fuerças con más alto estado e más honra exercites». Sorprente es la respuesta del bandolero, un canto a la libertad que contrasta claramente con el sometimiento del caballero al orden social, religioso y amoroso imperante: «Esto que tú vees que yo fago no es por necesidad, sino que nunca me entró en el pensamiento ser sugeto a ningún señor, por grande que fuesse; y por esto, quiero por enojo lo seguir esta mi costumbre, que es robar e saltar quantos topo; e si conmigo bivir quieren, téngolos en mi compañía, e si no, mátolos o róbolos» (LXXV, 597). Otros bandoleros aparecen en el Valerian de Hungría (II, xcvi), de Dionís Clemente, o en el *Rosíán de Castilla* (I, xii). Juan Manuel Cacho Blecua, «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127. Este investigador analiza la oposición que representa este bandolero frente al modelo positivo del caballero: «Desde una perspectiva tradicional y caballeresca, estos salteadores de caminos se caracterizan por su villanía y su traición, valores antitéticos a los de nobleza y lealtad asumidos por la caballería. Y si bien el estereotipo no suele reflejarse con frecuencia en esta literatura, que tiende de forma acusada hacia la fijación de un mundo ficticio propio, tampoco puede explicarse por una tradición literaria sin tener en cuenta una sociedad en la que proliferan cada vez más los grupos organizados de bandoleros», pp. 117-118. Agradezco a Jesús Duce sus oportunos comentarios y sabias indicaciones sobre este asunto.

³³² María Codunas Bruna, «La presencia del gigante en el ciclo amadisiano: un paradigma antropónimo caballeresco», *Lectura y signo*, 9 (2014), pp. 105-120, ha analizado las apariciones del gigante y su versión femenina en todo el ciclo madisiano, la diferencia entre ambos y la antroponimia del tipo, en la que domina la presencia del sufijo aumentativo -ón y una serie de raíces latinas para reforzar su brutalidad y su desmesura física. Esta investigadora habla de un «total de 185 desfilan por sus páginas (166 gigantes y 19 gigantas), lo que supone prácticamente un 16% de la nómina total, cifra nada desdeñable si tenemos en cuenta, además, que la presencia femenina se reduce al 27% y solo ronda el 10% en las plumas ajenas a Feliciano de Silva» (p. 109).

³³³ Sandro A. Patrucco, «Gigantes y caballeros en las páginas de la novela caballeresca española», *Hispanic Culture Review*, 3.1 (1996), pp. 12-17.

³³⁴ «El gigante y el enano están en los extremos del modelo natural que ejemplifica el hombre: extremos que denotan físicamente sus defectos e imperfecciones» (José Manuel Lucía Megías, «Sobre torres levantadas, palacios destruidos, ínsulas encantadas y doncellas seducidas: los gigantes de los libros de caballerías al *Quijote*», en *Fantasia y Literatura en la Edad Media y los Siglos de Oro*, eds. Nicasio Salvador Miguel, Santiago López Ríos y Esther Borrego Gutiérrez, Madrid, Iberoamericana, 2004, pp. 238).

superior en cuanto a lo físico. Por lo que respecta a la norma religiosa, se emparenta con el paganismo y, a menudo, suele estar asociado a unos orígenes demoníacos. Tal es su falta de decoro que incluso llega, en los momentos en los que los lances del combate no acaecen como él desearía, a insultar a sus propios dioses y a blasfemar contra ellos³³⁵. Su pertenencia al bando pagano hace que su presencia sea habitual entre las filas enemigas que intentan conquistar territorios cristianos, convirtiéndose de esta manera en uno de los azotes más fieros contra el cristianismo. Este enemigo descomunal, en apariencia casi invencible, tiene en su orgullo su particular punto débil. Confía tanto en sus fuerzas, que no puede concebir que un caballero sea capaz de derrotarlo, ni incluso que ose enfrentarse a él. De ahí que, convencido por una autoconfianza traicionera, no rehuya el combate cuerpo a cuerpo, en el que lanza golpes con una fuerza titánica, los cuales son esquivados por el héroe mediante ágiles saltos o rápidos movimientos de contraataque. Este golpear en vacío provoca un cansancio en el jayán que trae aparejada una rigidez de movimientos, algo que resultará definitivo para la derrota del gigante y su caída «como una torre».

Con el avance de la centuria, durante el siglo XVI la figura del jayán se hace prácticamente inseparable del elemento sobrenatural, de manera que es habitual encontrarlo dentro de los episodios maravillosos³³⁶. Se enfatiza la vinculación con la maravilla, pues aparece como guardián de algún espacio mágico —cueva, puerta de un palacio o de una sala, puente—, o como conductor de un carro que contiene caballeros o damas retenidas, por tanto, al servicio de un mago o hechicera. Se acentúa, con el paso de los años y la proliferación de textos caballerescos, la

³³⁵ Así lo hará el gigante Marfusto cuando, en su combate con Brandimarte, al conocer que sus dos compañeros han caído previamente a manos del caballero, no duda en renegar de sus dioses por permitirlo:

«—Di, cavallero, ¿qué es de los dos mis compañeros que a ti fueron? ¿Dónde los dexaste? Brandimarte, que al conde avía rogado le dexase aver a él la batalla solo con aquel jayán, le respondió:
—Ellos te quedan esperando en el infierno, do en poco espacio te enbiaré a les tener compañía.
—Cómo, ¿muertos son? —dixo Marfusto.
—Sí, por cierto —dixo Brandimarte.
—Si esso es verdad —dixo el jayán— agora reniego de todos mis dioses e de todo su poder.» (XXXV, 553).

³³⁶ «A medida que el siglo XVI van agotando sus años, la descripción de los gigantes se va a ir mezclando con la de los monstruos: a su gran estatura e increíble fuerza, se le unirán otros rasgos hiperbólicos» (José Manuel Lucía Megías, *op. cit.*, 240). Tal es así, que en numerosas ocasiones será prácticamente imposible diferenciar uno y otro.

similitud con otros seres maléficos por excelencia, por lo que es habitual que mezclen sus rasgos con los del hombre salvaje o los del monstruo.

El objetivo de las páginas siguientes es analizar la presencia de los distintos gigantes que aparecen en el *Espejo de cavallerías*, cómo recogen los rasgos propios del tipo, sin olvidar los casos concretos de Rodamonte y Escardaso, representantes de la soberbia y de la cortesía respectivamente.

3.2.3.3.1. «¡Maldita sea tan mala generación como la vuestra!»

Ya se ha comentado con anterioridad cómo la estatura física es la primera diferencia —con toda probabilidad la más perceptible— que separa al gigante del caballero. Sirve para caracterizarlo como la antítesis total respecto de los rasgos idílicos de éste: su fealdad, lo desproporcionado de su tamaño y de su comportamiento, y su brutalidad³³⁷. Dicho esto, las referencias al aspecto físico de los gigantes no van más allá de un conjunto de rasgos repetitivos, pero a la larga resultan vagos para conocer con exactitud la apariencia de los mismos:

Las descripciones son escasas en los primeros textos caballerescos castellanos: un nombre (gigante o jayán), un adjetivo (desmesurado, desaforado, descomunal) o una comparación (como una torre) son suficientes para fijar una imagen en el lector³³⁸.

En *Espejo de cavallerías* son numerosas las apariciones de gigantes. La mayoría, al pertenecer a las huestes paganas, poseen un nombre propio; algo similar se encuentra en aquellos que aparecen en episodios asociados a la maravilla, si bien en estos casos alternan los anónimos con los que poseen nombre. Por lo que respecta a su apariencia física, la mayoría destacan por su estatura, si bien esta no les impide luchar contra caballeros e incluso ser participantes en torneos. Así lo encontramos en la figura de Grandonio, el primero de los gigantes que posee cierta identidad³³⁹:

³³⁷ Emilio Sales, *op. cit.*, p. 103.

³³⁸ José Manuel Lucía Megías, *op. cit.*, p. 239.

³³⁹ La primera aparición corresponde a los cuatro gigantes que acompañan a Angélica cuando irrumpe en el banquete de Carlomagno. Estos guardianes no se describen en detalle, pero sí que tienen nombre: Argesto el Desmesurado, Lampardo el Velludo, Urgano, aunque del último no se indica.

Veyendo Grandonio que tan mal les iva a sus paganos, entra en el campo armado en su gran cavallo de unas armas negras sembradas de rosas de plata, que maravilla era de ver; e por devisa en el escudo un Mahoma de oro en campo negro. Este era el más poderoso moro que en el mundo se podía hallar, ca tenía el cuerpo como de gigante y era de muy grandíssima fuerça. E tomó una gruesa lança e vínose para don Danesugero (VI, 246)³⁴⁰.

Llama la atención la manera en la que este rey pagano se equipara a la imagen de un caballero, alejado por tanto de la figura modelo, caracterizada por su desmesura física y moral³⁴¹. La equiparación con el caballero es tal, que también monta sobre un caballo y su arma es una lanza.

El principal hándicap del jayán es su gran soberbia, principio de su final, que será fruto de una autosuficiencia que provocará su derrota. Al estar pagado de sí mismo en exceso, le resulta imposible concebir que un solo contrincante sea capaz de derribarlo. Confía en su enorme envergadura para someter a su adversario y a ella añade una fuerza descomunal en cada uno de sus golpes. No esconde su jactancia y, a menudo, insulta al caballero o se mofa de él por la sola pretensión de enfrentársele. Por ello, le resulta inaudito que el héroe, para su sorpresa, sea capaz de resistirle en el combate e incluso tomar ventaja, de modo que despertará en él una incompresión y una ira que le conducirá a su fatal desenlace³⁴².

Cuando estos gigantes están incluidos dentro del *status quo* reciben un tratamiento similar al de cualquier caballero, como queda comprobado en el ejemplo de Grandonio. En estos casos, cuando se produce el combate entre el caballero y el gigante, «se utilizarán los mismos recursos narrativos que pueden apreciarse en la descripción de un combate entre dos caballeros»³⁴³. En estos combates singulares, el caballero, si evita los temibles colges de su adversario y mantiene íntegros su escudo y, sobre todo, su yelmo, es muy probable que se alce

³⁴⁰ Poco después, «con un árbol en la mano», causa estragos entre los cristianos, hasta que Renaldos lo ve y «tomó una gruesa lança e, al más correr de Bayardo, se va para él y friole por medio de los pechos, que le passó de la otra parte [e] el fiero gigante cayó muerto en tierra» (X, 263).

³⁴¹ Es conveniente aclarar que no todos los personajes que destacan por su «gran cuerpo» pueden ser considerados gigantes en *sensu stricto*. En estos casos, no tendrán una apariencia tan fiera ni tan espantosa y su comportamiento sea más caballeresco. Esto puede deberse a la influencia de las primeras obras del ciclo amadisiano, en las que se otorga un tratamiento similar a esta figura. María Coduras Bruna, *op. cit.*, pp. 110, nota 14.

³⁴² José Julio Martín Romero, «"¡Oh captivo caballero!". Las palabras del gigante en los textos caballerescos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LIV, 1 (2006), pp. 1-31. Este investigador analiza en profundidad el «habla gigantea», es decir, las expresiones típicas de estos episodios, convertidos en tópico dentro del género: «los insultos, el desprecio por el prójimo y la jactancia son los rasgos propios de su expresión [del gigante]. Confiados en su propia fuerza, no conciben que se les haga frente», (p. 2).

³⁴³ José Manuel Lucía Megías, *op. cit.*, p. 241.

con la victoria —como siempre sucede— tras superar una situación extrema. El segundo objetivo del héroe es alargar la lid, de manera que surja el cansancio que haga mella en su enorme adversario. Este, por su parte, desconcertado por el golpe fallido —a menudo a dos manos— en el que había depositado todas sus fuerzas y ansias de victoria, comenzará a moverse de manera torpe, por lo que el caballero podrá intuir los siguientes movimientos. Pese a este cansancio, las dotes caballerescas de estos gigantes son tales que, en determinadas ocasiones, consiguen alcanzar al héroe, por lo que perderá el escudo, quedará aturdido o amenazado³⁴⁴.

Los gigantes aparecen integrados dentro de las huestes paganas (como en breve comentaremos), señores de cierta fortaleza en la que se mantiene una «mala costumbre»³⁴⁵ y también apartados, en especial en islas o florestas³⁴⁶. Así, Roldán, vagando por las Selvas de Ardeña en busca de Angélica, topa con un viejo que le pide ayuda porque un gigante se ha llevado a su hijo. Esta es la excusa para el primer encuentro entre uno de los héroes de la obra —en ese instante el más relevante— y un gigante felón. No tarda el francés en encontrar a su enemigo. El esquema seguido en la redacción del episodio es el habitual: diálogo inicial en el que el gigante amenaza al caballero y este hace caso omiso, explicación del jayán de su proceder, enfado del caballero y combate:

E viénesse para él [el gigante hacia Roldán], un ferrado bastón alçado para lo herir. E viéndolo venir don Roldán, apéase presto del cavallo y embraçando su escudo, la espada en la mano, se va para el gigante, y el gigante le quiere dar un grand golpe encima del escudo que sobre la cabeça tenía, pensando que aquel bastara para le acabar; mas don Roldán saltó a la mano derecha, que le hizo dar en vago, e fue tan grande el golpe que

³⁴⁴ Los tópicos del combate contra el gigante han sido estudiados por José Julio Martín Romero, «El combate contra el gigante en los textos caballerescos», en *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 16-20 setembre de 2003)*, eds. Rafael Alemany, Josep Luís Martos y Josep Miquel Manzanaro, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia València, vol. III, 2005, pp. 1105-1120. El autor defiende que la mejor táctica del caballero es evitar los golpes. La ligereza del caballero es su mejor aliado y la torpeza, debido a su gran tamaño, es el mayor inconveniente del jayán. El desenlace surge cuando el caballero pasa al ataque, de manera que la sucesión de envites provoca en el gigante múltiples heridas por las que se desangrará. Se recomienda la lectura del estudio para más detalles.

³⁴⁵ Los “castillos de la mala costumbre” han sido analizados por Anna Bognolo, «Dal mito alta corte. I castelli della malvagia usanza (Studio di un tipo di avventura arturiana e della sua trasfornazione nell'*Amadis de Gaula*)», *Annali della facoltà di Lettere e Filosofia* (Università della Basilicata), 1992-1993, pp. 105-125; «La desmitificación del espacio en el *Amadis de Gaula*: los “castillos de la mala costumbre”», en *Studia Aurea. Actas III Congreso de la Asociación Internacional del Siglo de Oro (Toulouse, 1993)*, 111: *Prosa*, Toulouse-Pamplona, 1996, pp. 67-72. Véase también Carlos Sáinz de la Maza, «La montaña defendida o el destino narrativo de los “Castillos de la mala costumbre” en las *Sergas de Esplandián*», *Revista de Literatura Medieval*, 14 (2002), pp. 81-102.

³⁴⁶ José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008, p. 210.

dio en el suelo, que el bastón, quebrado por dos partes, se le soltó de la mano. Don Roldán buelve sobre él por le pagar de respuesta e hiriole en las costillas de una punta de espada, que le no bastó la fuerte coraça que vestida traía a le quitar que la buena espada no le entrase por el cuerpo atravesándole de parte a parte. E d'esto fue causa la mala armadura que el fuerte gigante traía, que era de un cuero muy grueso cozido, que él pensava, con su desmesurada fuerça, que le bastava contra cualquier arma que hoviesse. E d'este modo cayó el gigante en el suelo, que más non se pudo tener en pie, y en poco espacio murió (XIV, 278).

En esta breve narración, López de Santa Catalina despliega el hatibual abanico de tópicos que se repiten en los numerosos episodios: el jayán, armado con un «ferrado bastón» —no con una espada o lanza—, confía en sus fuerzas y lanza un golpe, a su entender, definitivo; pero este no alcanza su objetivo, de manera que su propia arma queda destrozada; el golpe «en vano» viene provocado por la agilidad del caballero, que además pasa de la defensa inicial al ataque. Por último, la explicación de la muerte, causada por un exceso de confianza del gigante «que él pensava, con su desmesurada fuerça, que le bastava contra cualquier arma que hoviesse».

Anteriormente se ha aludido a que estos gigantes suelen estar asociados a la paganía, por lo que, con bastante frecuencia, suelen aparecer entre las huestes de quienes son una amaneza directa del cristianismo. Dentro del *Espejo de cavallerías* se dan tres momentos de máxima dificultad para Carlomagno y su reino. Nos referiremos al ataque inicial de Gradaso, al posterior de Agramante y al último intento de Marsilio. Los tres comparten el mismo objetivo: derrotar a Carlomagno y al cristianismo. Para lograrlo, su principal objetivo será la ciudad de París. En la descripción de las tropas de cada uno de ellos, se menciona la presencia de estos caballeros de gran tamaño, que habitualmente tienen el título de rey de alguna tierra lejana.

En el caso de Gradaso³⁴⁷, el primero que intenta la conquista de Francia, este organiza la táctica —antes de llegar a la corte de Carlomagno, decide atacar a Marsilio de España, con la intención de derrotarlo y convertirlo en su súbdito, lo que le reportará un aumento de sus fuerzas— y encarga a sus mejores hombres

³⁴⁷ Se ha elegido a este gigante pagano porque la presencia de jayanes entre las tropas sarracenas es más rica y ofrece más detalles. Por lo que respecta a Agracán de Tartaria, aparecerá acompañado por Rodamonte de Sarza, figura que exige un análisis exclusivo como representate máximo de la soberbia, lo que lo convirtió en referencia de la misma. En el caso de Marsilio, solo se mencionan, en la enumeración de quienes integran su ejército, los nombres de Amoroco, rey de Galicia, de Baricoldo del Fuerte Bastón, sin que se ofrezca descripción alguna; interviene de nuevo Grandonio, que se enfrenta a los caballeros de Carlomagno.

misiones concretas. Entre estos aparecen algunos gigantes, que reciben también el pertinente encargo de su jefe:

- El primero es Alfrerón, «la más espantosa cosa que los nacidos vieron, e cavalgava armado sobre un estraño e pavoroso animal en lugar de cavallo», quien debe hacer prisionera la primera escuadra que se tope y, si se resiten, no debe dejar «alma a vida» (X, 259).
- Orión, rey de Macrobia, tampoco cabalga sino que viaja a pie «por la su desmedida grandeza»; debe capturar a Insoler y al almirante de Marsilio (X, 260).
- Balorzán, rey de Etiopía, «un gigante muy feo», tiene la difícil misión de atrapar a Marsilio y Ferraguto (X, 260).

Como se puede comprobar, las primeras menciones del tipo guardan más similitudes con los caballeros que con los propios gigantes. Incluso esta consideración va a más con la figura de Estraciaberro, a quien Gradaso encarga el mando de una de las cinco facciones en las que divide su ejército en el ataque de París³⁴⁸. El caballero, por la ideología imperante de las primeras décadas del XVI, abandonaba en parte su soledad para incluir entre sus cualidades la de ser un buen capitán en los combates colectivos. Al nombrar Gradaso a Estraciaberro sucede así. Sirve este detalle como muestra de la equiparación existente entre el caballero y el gigante en estas primeras obras de la centuria.

Un caso curioso es el de Arquiloro de India, jayán que acompaña a Galafrón, que va en ayuda de su hija Angélica, quien, encerrada en Albraca, es sometida por Agricán de Tartaria a duro asedio. El tratamiento que recibe se ajusta a los parámetros acostumbrados del gigante³⁴⁹, a los que se une el ser caudillo de una de las escuadras de Galafrón. Como en esos momentos se relaciona con el que se toma

³⁴⁸ «El rey Gradaso fizo cinco batallas de su gente. La primera dio a un gigante llamado Estraciaberro; la segunda dio a Falcirón, un fuerte cavallero negro, con toda la gente de India; la tercera dio a Grandonio Español, con muchos tártaros arqueros; la cuarta la dio al fuerte Ferraguto con la gente d'España, que era buena e mucha; la quinta tomó para sí, con todos los que quedavan» (XVII, 295).

³⁴⁹ «Este Arquiloro era un gigante de estraña grandeza, todo negro, e muy armado; cavalgaba sobre un disforme e rezio animal, asaz grande e feo; traía en sus manos por arma un gran martillo de fierro, de la una parte llano, e de la otra una punta muy gruesa e bien aguda, y este martillo meneava el gigante Arquiloro con tanta presteza, que parecía una ligera espada en mano de un esforçado cavallero; no bastava arma, por encantada que fuesse, que no la desmenuzase con él a ella e al cavallero como si de vidrio fuesen. Este gigante que oís traía la primera escuadra de sola su gente» (XXIX, 368).

como bando de los buenos, se ensalzan de manera hiperbólica sus cualidades en el combate. Como muestra, la facilidad con la que se deshace del envite del rey Uldano y de Polifermo, dos de los guerreros de Agricán:

el rey Uldano y el rey Polifermo, allegados a sí muchos cavalleros, todos juntos se van contra Arquiloro, el cual, como contra sí los vido venir, no les rehusó la batalla, antes con arrogante corazón se los espera, e los valientes reyes bien a su plazer lo encontraron, de tal poder que bien pensaron echarlo por tierra; pero por más que los dos encuentros fueron poderosos, no le movieron punto de la silla, antes al passar de la furiosa carrera dio con el pesado martillo a Polifermo que lo derribó del cavallo sin ningún sentido; e con tanta presteza rebolvió sobre el rey Uldano, que le alcanzó por las espaldas un gran golpe, que molido le echó del cavallo abaxo (XXIX, 370).

El ñor de Tartaria, enfadado por los daños causados entre los suyos, no duda en solicitar a Roldán una interrupción momentánea en su combate para lidiar con el jayán y eliminar amenaza tan sobresaliente. El combate final entre los dos paganos, Agricán y Arquiloro, se narra conforme a los tópicos habituales:

[Agricán] andando entre lo más espeso de la batalla, vido cuánto mal el gigante Arquiloro fazía a su gente, e poniendo el espada en la baina, tomó una enervada lança e muy gruesa, y endereça contra Arquiloro, que el fuerte escudo ante los pechos tenía; e como venir le vido, no fizo mudamiento, antes le espera, como quien entendía de le dar presto la muerte, pensando que era como uno de los otros que ante sí fasta allí avía fallado; y el poderoso Agricán quebró su lança en él como si en una torre encontrara e, con la espada en la mano, rebuelve sobre el gigante, e dávale muy pesados golpes e muy a menudo, de forma que, aunque el gigante le quería ferir, la mucha destreza e ligereza de Bayardo librava al emperador Agricán de los pesados golpes del fiero gigante; e como el pesado martillo, que un yunque de ferrero parecía, diese tantas vezes en vago, atormentábase el gigante sus rezios braços, que más pena sentía d'ello que recibir los golpes de Agricán; e movido a gran ira, dexó el escudo a las espaldas, e tomó el martillo a dos manos e fuesse a Agricán por le dar un golpe; mas el diestro cavallo passó presto a su señor adelante, de manera que el martillo, que a caer sobre Agricán venía, dio en vago; y con tanta fuerça era dado que el cuerpo del gigante fue tras el vano golpe, que no se pudo endereçar tan presto ni alçar el pesado martillo, que fue causa de su muerte, la cual Agricán le dio rebolviendo sobre él prestamente, e con la cortadora espada le dio tal golpe en las dos manos, que asidas al martillo tenía, que se las derribó por tierra (XXIX, 371).

El gigante, en su versión de integrante de las huestes paganas, aparte de su estatura, únicamente se menciona como si de un caballero se tratara, con habilidades similares para el combate y dotes para el mando de tropas.

3.2.3.3.2. Magia y maravilla

Más allá de lo que pueda pensarse, no todos los gigantes de los libros de caballerías son iguales, reflexión extensible al corpus del género. Junto con la versión más positiva que los relaciona con el mundo caballeresco, coexiste otra más negativa que los equipara con la imagen bestial de los monstruos, hasta tal punto, que apenas existen diferencias para una catalogación en uno u otro grupo³⁵⁰.

A medida que avanza el siglo y aumenta la nómina de obras que integran el corpus, los autores, por su tamaño y fuerzas descomunales, relacionan la presencia de los gigantes con el prodigio y los incorporan a la aventura maravillosa³⁵¹. A pesar de su presencia habitual en las aventuras maravillosas, el jayán no suele perder su sobrebia y su idolatría, es decir, sus dos cualidades más intrínsecas³⁵². Es habitual la alternancia entre gigantes que poseen nombre y alguna posesión con otros anónimos que habitan en florestas. Así lo encontramos en el *Espejo de cavallerías*.

La primera aparición en la obra de una aventura de estas características la protagoniza, como no puede ser de otra manera al encontrarse en la primera parte de la misma, el propio Roldán. Atrapado en la trampa de su último adversario — otro gigante—, observa con atención el lugar en busca de ayuda. Desde allí acierta a observar a un gigante salvaje que atrapa un venado y bebe su sangre³⁵³. Lo extraño del alimento contribuye a la caracterización monstruosa de la criatura³⁵⁴. Tras esto, al ver al caballero atrapado, se acerca hasta allí y , «como tan fermoso e

³⁵⁰ José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008, p. 211 y María Coduras Bruna, «La presencia del gigante en el ciclo amadisiano: un paradigma antropónimo caballeresco», *Lectura y signo* 9 (2014), pp. 106-107.

³⁵¹ «El gigante forma parte del particular zoológico que puebla las aventuras más imaginativas [...] junto a serpientes, leones, toros, sagitarios, cocodrilos y demás monstruos». José Manuel Lucía Megías, «Sobre torres levantadas, palacios destruidos, ínsulas encantadas y doncellas seducidas: los gigantes de los libros de caballerías al *Quijote*», *op. cit.*, p. 248.

³⁵² Se hizo tan habitual la inclusión de la aventura en la que el caballero debe enfrentarse a uno de estos seres a medio camino entre el gigante y el monstruo, que, debido a la hipérbole narrativa de estos episodios en los libros de caballerías manuscritos, los combates parecían fáciles y de poca exigencia, lejos del pavor que traían parejos en las primeras obras. José Manuel Lucía Megías, *op. cit.*, p. 250.

³⁵³ «Por unos riscos abaxo vido [Roldán] corriendo decendir un gigante salvage que tras un venado venía; y el venado, por el temor de la muerte, se avía derribado por aquellos riscos ayuso, y el salvage gigante, con la mayor ligereza del mundo, tras él, que no parecía sino un ave. E don Roldán, que lo estava mirando, olvidada su prisión, quedó atónito [y] espantado. E como el salto dio el venado, no se pudo más levantar; y el salvage gigante, que tras él saltó, arrimado a un asta gruessa e larga con una punta en que afirmava sus saltos semejantes, dio sobre él e matolo con un tajante cuchillo»(XVI, 289).

³⁵⁴ Claude Kappler, *Monstuos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, 2004, pp. 148 y 153.

blanco le vido», intenta soltarlo para hacer lo propio con él. Pero lo que más destaca de la apariencia de la bestia es su único ojo:

y empeçó de mirar a unas partes e a otras con solo un ojo que en medio de la frente tenía , que era tamaño como un espejo pequeño do las mugeres mirar se suelen (XVI, 289).

Los ecos del Polifemo homérico son claros. Pero López de Santa Catalina, con toda probabilidad, incluye la referencia a un elemento cotidiano para dar mayor credulidad a su descripción maravillosa³⁵⁵.

La horrible criatura intenta llevarse al francés, con red incluida, pero no puede porque está anclada al puente. Toma entonces la espada de Roldán y comienza a destrozar la malla. El héroe, amenazado por la fuerza de su arma, con cuidado de no ser apresado por los peludos brazos de su pretendido devorador, contribuye a su rápida liberación. Una vez fuera, se produce un curioso intercambio de armas: al tener el cíclope la espada del caballero, este no duda en tomar prestada la maza del jayán y investirle con ella:

e dexose correr [Roldán] al asta que era del gigante salvage e tomola a dos manos, e con la punta lo firió muy reziamente por medio de los pechos, que, aunque el fierro estava boto del afirmarse en él el gigante, lo firió Roldán muy malamente, e luego en continente le endereçó otro al grande ojo que se lo quebró. El salvage, con el gran dolor, soltó el espada, e, como fuera de sí, iba los braços abiertos acá e allá por tomar entr'ellos al cavallero; mas él se libró d'él, que ligeramente se apartó a una parte e fue presto e cobró su buena espada, [con] la cual en pequeño espacio despedaçó al desarmado salvage. (XVI, 290).

Las huellas del poema heroico de Homero son también perceptibles en el desenlace del episodio, si bien el golpe definitivo lo asesta Roldán con su recobrada espada.

Dentro de la equiparación narrativa que pretende lograr López de Santa Catalina entre Roldán y Renaldos —alterna los episodios y las aventuras poco más o menos de dos en dos—, un episodio similar será protagonizado por el de Montalbán. De boca de Flordespina, que persigue la liberación de su amado Brandimiarte, conoce el encierro que sufre su primo Roldán en la Casa del Olvido, construcción maravillosa de la maga Falerina. Detienen su caminar al llegar a un

³⁵⁵ M^a Carmen Marín Pina, *Páginas de sueños*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, p. 323. Para esta investigadora, los autores empleaban un sistema similar al de los libros de viajes, el cual consistía en describir a estos monstruos a partir de la realidad conocida.

claro en medio de la floresta, a cuya izquierda se encuentra una cueva en la que un gigante guarda la entrada. Para conceder mayor relevancia al prodigio, éste no se encuentra sólo, sino que además cuenta con la compañía de un grifo, al que mantiene atado³⁵⁶.

Para hiperbolizar lo terrorífico de la escena y del acceso a la sima, el autor no duda en «blanquear todo aquel sitio de huesos», restos de los caballeros derrotados que han servido de alimento para el grifo. Todo está preparado para el encuentro entre ambos:

E cuando el buen Renaldos vido la fermosa dama puesta en algo más seguro lugar, encomendándose a Dios muy de corazón, embraçó su escudo e, su buena espada en la mano, se va para el gigante, que un gran bastón de fierro en las manos tenía, el cual, como venir le vido, salió de la boca de la oscura cueva e vase para él; e como contra sí con tanto ánimo vido a don Renaldos venir, creyó que era assaz buen cavallero en solo no mostrar punto de covardia e miedo, antes, bien mirando, él mismo le avía combidado a la batalla; e assí como iva, el bastón alto por lo ferir, el buen Renaldos fizo semblante de le esperar; mas como el alto golpe venir vido, saltó fazia la mano izquierda con grand destreza; y el salto y el golpe fue todo uno, dando de un revés al fiero gigante una gran ferida en la desarmada pierna. El gigante, que del golpe ferido se sintió, dio una furiosa boz que todo aquel resonante valle fizo reteñir, e alça a dos manos el bastón por de aquel segundo golpe fenecer la batalla con muerte de su contrario; mas poca pro le tuvo la mucha fuerça que puso para lo ferir, ca como don Renaldos era uno de los cavalleros del mundo más ligeros e que más en semejantes casos se mañeava, fizole perder el desmesurado golpe, el cual, como con grandísima fuerça viniese e diese en vago, dio causa que el duro bastón se le soltase de las manos al furioso gigante, el cual, como assí se vido sin bastón, arremetió al buen cavallero con una ira soberviosa e bestial, estendidos los braços por le acoger entr'ellos, creyéndolo desmenuzar como el bravo león a la res que piensa con ella fartar su hambre; e como se acercó por lo tomar, firiolo don Renaldos a su plazer con gran fuerça de una estocada por el lado do las armas se ivan a juntar, que le metió el espada por el cuerpo, la cual salió más de la media tinta de sangre (XXVIII, 342).

Como no puede ser de otra manera, el héroe se alza con la victoria, si bien el jayán, en una muestra más de su ausencia de cortesía, suelta al grifo para que termine lo que él no ha podido, si bien este recibirá un tratamiento similar.

Como se puede comprobar, de nuevo López de Santa Catalina se ajusta a los preceptos clásicos del género en episodios similares, según los cuales, el gigante es espantable de apariencia y posee una fuerza descomunal, a todas luces insuficiente por el mal uso que hace de ella. Se incluye también la consabida ira gigantea por la incompreensión de la escena, plasmada en el terrible baladro prorrumpido por este.

³⁵⁶ Con rapidez, el autor aclara de qué se trata, puesto que todavía no han alcanzado los diminios de la maga: «E sabed que este espantoso gigante estava puesto en guarda del cavallo Rubicano, que fue del sin ventura Argalía, el cual, como suelto e ahuyentado se vio por la mano del fuerte Ferraguto en las Selvas de Ardeña, luego se vino a aquella cueva donde fue criado» (XXVIII, 341).

Por lo que respecta al héroe, destaca por su agilidad y su control de la situación, incluso cuando el gigante, desarmado por haber destrozado su maza, intenta abrazarlo para acabar con él.

Sirvan estos dos ejemplos como muestra de esos gigantes anónimos sin posesión alguna y habitantes de lugares apartados —rasgo que comparte con los monstruos, que habitan en parajes alejados—, como son las profundidades de la Selva de Ardeña. Pero también existen gigantes con nombre propio, en este caso al servicio de una maga.

Ascarión el Espantable³⁵⁷ conduce el carro en el que Prasildo, hermano de Iroldo —en ese instante, el Caballero de la Fuente—, es conducido hasta la Casa Deleitosa de la maga Falerina, lugar maravilloso «donde muchas donzellas e cavalleros ay de contino presos por diversos engaños». La pretensión de Iroldo es libertar a su hermano o perder la vida en ello; Renaldos piensa que son muchos los que guardan el carro, pero su compañero le aclara que no; solo lo lleva Ascarión el Espantable, «el cual es de tal grandeza y de tal fuerça, que pienso que, si cien cavalleros contra él viniessen, a todos daría la muerte» (XXX, 374).

El combate entre caballero y gigante se produce conforme a los tópicos de este episodio. Todo se inicia con un diálogo en el que el jayán amenaza de muerte a sus adversarios, quienes no se ven afectados por lo espantoso de su apariencia:

—¡Malaventurados cavalleros, apeaos e daos a la prisión, sino muertos sois!

Don Renaldos le dixo:

—Tú eres verdaderamente malaventurado, pues eres venido a lugar donde perderás la vida y el ánima con ella.

E diziendo esto, baxó la lança, e con una gran boz dixo:

—¡A los otros, buen cavallero, que d'este yo vos libraré, plaziendo a Dios!

E fuese a ferir al desmesurado gigante, e diole tan grande encuentro, que le fizo doblegar sobre las ancas del cavallo, y el cansado y gran cavallo arrodilló con él, pero luego, aunque con gran pena, se levantó, lo que otro cavallo no fiziera. El gigante, que tan terrible encuentro recibió, quedó como espantado, mas descolgando una porra de fierro llena de puntas que del arzón traía colgada, se fue para don Renaldos, que sobre él, la espada en la mano, rebolvía, e alçó la grande e ferrada porra por le dar, mas el muy ligero cavallo Rubicano, que en un lugar jamás descansava, fizo que el golpe fuesse en vazío; e don Renaldos, al passar, vido la visera del gran yelmo, que como era en demasia grande, estava ancha e abierta, e pensó que por ella, con ayuda de Dios, le quitaría la vida; e bolvió contra el fiero gigante la espada alta por le ferir, mas el gigante alçó para le alcançar de un golpe, pues del primero se le avía escapado, e tan presto se juntó don Renaldos con él que, casi con manos e todo, le alcançó un fiero golpe sobre el

³⁵⁷ El nombre se ajusta al esquema habitual de nombre propio del jayán más un adjetivo descomunal. Esta técnica es fruto de la ausencia de descripciones que imperaba en las primeras obras caballerescas. «Interesa más concretar sus defectos, su soberbia, sus malas costumbres antes que su físico». José Manuel Lucía Megías, *op. cit.*, p. 239.

yelmo, de que don Renaldos recibió gran tormento; mas con gran destreza puso por obra lo que avía pensado, e metió la punta del espada por la visera al fiero jayán, que hasta los sesos le metió el espada por entre los dos ojos, de manera que, con la mortal ferida e cruel dolor, cayó el gigante del caballo abaxo, y, el un pie dexando en el estribo, le llevó el gran cavallo por el campo arrastrando fasta que murió (XXX, 376).

En el desenlace del combate se intuye, de nuevo, la herencia que este tipo guarda con el Polifemo homérico, pues, al igual que Ulises, el héroe utiliza la estrategia de inutilizar el único ojo de la bestia³⁵⁸.

La relación con lo maravilloso irá en aumento a medida que la obra avanza en su devenir³⁵⁹, de manera especial cuando el héroe se aleja de manera progresiva de la civilización y se adentra más y más en las Selvas de Ardeña. En ese punto, la línea que separa a los gigantes y los monstruos como miembros activos de esa parte maravillosa es cada vez más difusa, de manera que ambos pasan a englobar un mismo universo.

3.2.3.3.3. Rodamonte el Desmesurado

Levantose encontinente el rey de Sarza, fijo del fuerte Ulieno de Sarza, llamado Rodamonte, harto mayor e más membrudo que los que presentes eran, el más bravo e orgulloso moro de todo el mundo, tan sobervio e altivo, que a todo el mundo no estimava (XLIX, 461).

³⁵⁸ José Julio Martín Romero, «El combate contra el gigante en los textos caballerescos», en *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 16-20 setembre de 2003)*, eds. Rafael Alemany, Josep Luís Martos y Josep Miquel Manzanaro, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valencia, vol. III, pp. 1105-1120. Apunta, con bastante acierto: «En muchas ocasiones, el recuerdo de Polifemo se hace evidente en este golpe, puesto que, a través de la visera del yelmo, le quiebra un ojo o le provoca tal herida que la abundante sangre le impide ver. De esta manera, ciego como el cíclope homérico, apenas puede defenderse», p. 1116. Este investigador incluye varios testimonios de desenlaces similares que aparecen en *Las Sergas de Esplandián*, el *Florisando*, el *Lisuarte*.

³⁵⁹ Poco después de superar esta aventura, el propio Renaldos, a la entrada de la Casa Deleitosa de la maga Falerina, derrotará, tras acabar con el dragón que protege el primer acceso, al segundo de los guardianes de la misma: un gigante espantable. La particularidad del episodio es que el héroe debe evitar que la sangre de la bestia se derrame, pues de una gota salen dos gigantes más y después cuatro, y así sucesivamente. Así se lo avisa su guía, la bella Flordelisa: «y el gigante que vos digo, fecho por encantamiento, es de tal arte e manera que, puesto que hombre alguno le venciesse e matasse, de la sangre que del gigante cae en la tierra salen dos tan fieros gigantes como el primero, e si aquellos dos mueren, de la sangre d'ellos nacen cuatro e de los cuatro ocho, e d'esta manera se multiplican fasta crecer en gran número» (XXXI, 378). Lejos queda la imagen del gigante que acompaña a los diferentes paganos que pretenden conquistar París.

Así presenta López de Santa Catalina a de Rodamonte de Sarza, rey de Argel³⁶⁰. Desde su presentación, el personaje representa el grado máximo de soberbia, pues no respeta nada ni a nadie, ni los años de los más ancianos, ni los consejos de alguno de sus hombres ante los augurios negativos que recomiendan a Agricán de Tartaria que se abstenga de acometer un viaje por mar y el ataque de Francia.

En su adaptación, López de Santa Catalina se ajusta a la descripción boiardesca³⁶¹ en la adjetivación, pero, al tratarse de un libro de caballerías, aumenta su condición infernal y diabólica, como corresponde a su condición de caballero-gigante³⁶². El retrato que el autor toledano hace del personaje merece un análisis más detallado.

Por lo que a su aspecto físico se refiere, destaca por su «cuerpo de gigante», al que une «una robusta boz» (XLIX, 461); todo enmarcado en una «brava e horrible catadura» (LXI, 517). Por lo que respecta a sus armas, son acorde a su tamaño y fuerza: «las armas que él traía eran muy gruesas e cargadas, tanto que avía en ellas peso de tres arneses comunes de cavalleros» (LXI, 518). El propio Rodamonte enumera el resto de su arsenal al ofrecerse al rey Agricán a «menear fuertemente mi ferrada maça y esgremir varonilmente mi ancha espada» contra los augurios que le recomiendan no acometer el ataque contra Carlomagno (LIII, 478), a los que une un ancho cuchillo (LXIX, 617).

En cuanto a su personalidad, la cualidad que caracteriza al personaje, y que le concedió cierta fama literaria que provocó que se convirtiera en protagonista de romances y pisará también las tablas, es la soberbia³⁶³. López de Santa Catalina

³⁶⁰ Aparece una primera mención en la obra, pero no va más allá de la nombradía, sin concretar nada más de su personalidad: «un otro gigante llamado Rodamonte de Sarza, fijo del fuerte Ulieno, la más cruel cosa de los nacidos» (XLVIII, 259).

³⁶¹ Cuenta la leyenda que, cuando Boiardo dio con el nombre ideal de su personaje, hizo tañer con fuerzas las campanas de la iglesia de Scandiano.

³⁶² M^a Carmen Marín Pina, «De Rodamonte a las rodomontadas: la conversión de un héroe carolingio en género bufo», en *Amadís de Gaula: quinientos años después*, eds. José Manuel Lucía Megías y M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, p. 476.

³⁶³ Maxime Chevalier estudió la presencia de Rodamonte en el romancero hispánico en *L'Arioste en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du «Roland furieux»*, Bordeaux, Institut d'Études Ibériques et Iéro-Américaines de l'Université de Bordeaux, 1966; *Los temas ariostescos en el Romancero y la poesía española del Siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 1968. Lope de Vega y Rojas Zorrilla, dentro de la moda de utilizar temas y motivos del *Orlando furioso* de Aristo, crearon dos comedias con el título de *Los celos de Rodamonte* (la primera, entre 1587-1588; la segunda, entre 1630 y 1640). M^a Carmen Marín Pina, «De Rodamonte a las rodomontadas: la conversión de un héroe carolingio en género bufo», en *Amadís de Gaula: quinientos años después*, eds. José Manuel Lucía Megías y M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, pp. 471-502.

aúna esta cualidad con su paganía³⁶⁴, y más concretamente, con su carácter infernal, pues es habitual que se refiera a él como «fuerte y endiablado pagano»³⁶⁵. Que Rodamonte sea soberbio va implícito en su propia condición de gigante, tal y como queda demostrado en su primera intervención en la obra. Agricán de Tartaria, con la intención de atacar Francia, reúne a sus principales guerrero y consejeros para trazar la estrategia. El veterano rey Branzardo aconseja a su señor que se abstenga del intento, pues los augurios son negativos. Apenas escuchadas las palabras del consejero, Rodamonte muestra a las claras quién es él:

¡O, cuánto es de loar la mancebía e cuánto de vituperar la vejez, ca bien creo que si los viejos que an hablado en su juvenil edad se hallaran, no rehusaran el pasaje que tú, señor, quieres hazer! Pero claro es que los hombres viejos más aparejados son para aconsejar que no para pelear; e si ellos bien, señor, te oviesen tu razón entendido e conocido tu alto desseo e voluntad, verían claro que les no llamaste para les pedir consejo, sino para demandalles ayuda; e desde aquí digo que es traidor e covarde cualquier cavallero que lo contradijere, e si ay quien el contrario tenga, yo le desafio como a mortal enemigo (XXIX, 461).

Su corazón no entiende de estrecheces ni retrocer ante una adversidad, todo lo contrario, pues «jamás en su terrible e furioso corazón pavor pudo entrar» (LIII, 479). A lo largo de la obra se suceden numerosas ocasiones en las que el caballero pagano puede hacer gala de su valentía y coraje. Parece oportuno detenerse en aquellas que merecen ser destacadas para poder percibir la dimensión del personaje.

Cansado de la espera³⁶⁶, Rodamonte decide atacar Francia, a pesar de todas las señales que le indican que no lo haga y haciendo caso omiso a quienes le

Imprescindible, una vez más, resultan las indicaciones de esta autora para conocer la conversión del personaje de Rodamonte en protagonista del género bufo y la existencia de las llamadas «rodomontadas», es decir fanfarronadas, en el resto de Europa: «Son, en cualquier caso, el punto final de la trayectoria seguida por este soberbio y gigante caballero que en tierras italianas perdió progresivamente su valentía (la acción) eb aras de su arrogancia (la palabra), se proyectó en la figura ridícula del “Capitano”, se volatilizó como personaje y pagó su fanfarronería inmortalizado verbalmente en un género bufo», *op. cit.*, p. 499.

³⁶⁴ Rodamonte muestra otras cualidades típicas del gigante de los libros de caballerías. De un lado, la incompreensión, dentro del exceso de confianza que le confiere su fuerza sobrehumana, que le provoca que un solo caballero sea capaz de enfrentarse a él; a esto se une, cuando su adversario cobre cierta ventaja, el rechazo de sus propios dioses, de los que renegará y contra los que blasfemaré: «El fuerte pagano había como de costumbre de solo un golpe desfazer un armado cavallero, e como don Renaldos tanto delante le durasse y tanta ofensa le fiziesse, blasfemava del cielo y de la tierra, renegando de todos sus dioses» (LXX, 568).

³⁶⁵ El autor emplea este adjetivo con relativa frecuencia y lo asocia también a sus respuestas en el combate, como sucede en el instante en que Renaldos le resiste e incluso supera en la lid; entonces, «de infernal ravia encendido» (LXX, 568), acometerá y golpeará a su adversario con rápidos ataques.

³⁶⁶ En Argel, su tierra, debe esperar 12 días hasta poder hacerse a la mar, después de haberse abastecido para la travesía. Pero la paciencia no es una de las virtudes de Rodamonte, que de nuevo

recomiendan que se abstenga de hacerlo³⁶⁷. Apenas zarpan, los peores augurios se hacen realidad y una tremenda tormenta cae sobre ellos. En medio de los truenos y relámpagos, ahogando los gritos y lamentos de sus hombres, destacan los bramidos de Rodamonte,

tantos truenos e tantos relámpagos se veían, que toda la gente, no se pudiendo gobernar, estava desafuziada de la vida; solo el furioso Rodamonte no tenía miedo alguno, antes, viendo que por la tal tenpestad su pasage se cunplía, blasfemava del cielo e de la tierra y de quien lo avía criado, e andava como un león bramando de unas partes a otras, que, aunque el granizo y la elada agua sobre él caía en mucha abundancia, no se dava nada por ello más que si estuviera en un cerro estufe a su placer (LX, 512).

Cuando cesa la tormenta, sin llegar aún a poner pie en tierra y a la espera de que su flota se reúna, el gigante pagano, de nuevo con su habitual grosera arrogancia, se dirige a los ciudadanos de Mónaco —que han salido a atacarles— en los siguientes términos: «Esperad, vil canalla, ayúntense mis apartadas naos, que yo vos mostraré con quién queréis tener pelea» (LX, 513)³⁶⁸. El ataque de Mónaco sirve al autor para enfatizar la poderosa fuerza de Rodamonte y su poder de aniquilación, a la par que su soberbia e individualismo³⁶⁹.

hace gala de su soberbia: «¿Cómo yo tengo d'estar sometido al viento e a la mar como si fuesse su vassallo, teniendo yo de ser su señor y ellos mis súditos? Mal me fagan los dioses, si tanto yo espero, sino que muera o biva, abone o faga tormenta cuanto se pagare, que de embarcar tengo y passar a destruir la cristiandad» (LX, 511). Tan alta es su autestima, que no duda en considerarse señor de los elementos de la naturaleza.

³⁶⁷ Escombrano, almirante de la flota de Rodamonte, intenta convencerlo de la necesidad de esperar el momento oportuno, «que veo [Escombrano] los vientos muy contrarios e muy malas las señales, ca veo el sol turbado en su lumbre y la luna de noche unas vezes roxa e otras amarilla, que son señales muy ciertas de gran tempestad; veo aorillarse los delfines e mostrarse sobre el agua muy a menudo, y las agoreras aves en el agua bañarse, que, si en tal tiempo entrásemos en la mar, todos seríamos anegados» (LX, 511). La respuesta del rey de Argel es una muestra más de su jactancia y egoísmo, al no cumplir con el requisito de velar por la seguridad de sus hombres y no importarle que suceda con éstos; además, tan alta estima tiene de sí mismo, que alardea de bastarse con su persona para vencer a toda Francia: «Haz lo que yo quiero, que si me ahogare, mío será el daño, ca no me doy una vil meaja porque todos perezcan en la alta mar con tanto que yo solo pueda passar en Francia, que por Macón juro, si con la vida allá passo, yo solo la ponga por el suelo y la arda sin ayuda de otra criatura» (LX, 511).

³⁶⁸ Como se puede comprobar apenas unas líneas después, las amenazas proferidas por el pagano se hacen realidad en el instante en que toma tierra: «e llegado que fue cerca de tierra, sin ningún pavor, salta en el agua, que de codicia de se ver con la gente cristiana no vía la ora de salir a tierra, y el agua sobre la rodilla, con su pesada porra de fierro azerada, empieça a ferir y derribar de aquella gente lombarda como si fueran ovejas; e puesto que de la mucha gente que allí cargava fuesse el fuerte y endiablado moro combatido, no fazía más minción que si fuera una torre de mármol; mas triste de aquel que a sus manos podía tomar, que le no hazía menester maestro» (LX, 514).

³⁶⁹ Cuando las tropas cristianas salen al encuentro de las hordas del gigante, éste ordena a sus hombres: «¡Estad todos quedos, que yo solo quiero desbaratar esta poca e villana gente!» (LX, 516). Como si de un caballero protagonista se tratase, el autor no duda en hiperbolizar los logros del pagano al cifrar de manera desmesurada el número de adversarios: «Y sabed que eran más de seis mil cavalleros sin los peones e muy bien armados» (LX, 516). Tampoco ahorra en elogiar su calidad en el combate,

Como se puede comprobar, López de Santa Catalina ha respetado la personalidad altanera que Boiardo había concedido a Rodamonte. Lo que sí le concede —con cierta novedad— es cierta relevancia dentro de la narración³⁷⁰ y lo convierte, desde su aparición, en la encarnación de la máxima amenaza para los caballeros cristianos de la obra. El autor le concede tal preponderancia dentro del bando contrario, que lo hace combatir contra los protagonistas más destacados de la cristiandad. De manera progresiva, primero se enfrenta con Brandamonte y después con los héroes masculinos, en una escala de importancia narrativa que va desde Renaldos, pasa por Roldán y concluye con Rugiero, representante de la nueva caballería y protagonista de la continuación.

El encuentro con Renaldos se produce cuando éste, en su regreso a Francia después de pasar por Hungría, topa con el asedio de Mónaco. Rodamonte muestra su falta de cortesía en el primer envite, ya que su objetivo no es el jinete, sino el caballo Bayardo, lo que provoca un intercambio de insultos³⁷¹. Renaldos ata su montura y regresa a pie, momento que es aprovechado por Rodamonte para enfrentarse a Otoquier —del que se deshace en un instante— y Dudón, quien, como es de estatura similar a la de un gigante, consigue golpear y derribar al pagano. Finalmente, es derrotado y atado. Renaldos regresa y se retoma el interrumpido combate, en el que el intercambio de golpes es constante:

El buen Renaldos, que tanto los golpes del pagano sentía e vía que en la batalla tan fuertemente durava, espantávase d'ello, como quien era la flor de la cavallería después del conde don Roldán; e con un corajoso ímpetu empeçó a dar tales golpes e tan furiosos a Rodamonte, que en gran estrecho le ponía; mas el fuerte pagano, de infernal ravia encendido, le fiere tan a menudo, que apenas el uno ni del otro se conoscía ventaja (LXX, 568).

pues lo compara con un fiero león, del que los cristianos huyen como las ovejas; y tal es su fuerza «que viérades cortar hombres por medio e cavallos como si fueran delgadas ramas de árboles» (LX, 516).

³⁷⁰ Se siguen las reflexiones de Marín Pina respecto del tratamiento que el autor toledano hace del personaje, del que parece que bien podría haberle sacado más partido y no reducirlo a las continuas muestras de soberbia para hacerlo morir a manos de Rugiero apenas iniciado el Segundo libro. Marín Pina, *op. cit.*, 2008, p. 476.

³⁷¹ Renaldos le reprocha su falta e decoro: «¡O, pérfido e maldito renegado, cuán vil y de baxa manera eres! ¿Cómo tu espada meneas contra los brutos animales? ¿E para ellos te armaste? ¿Por ventura en tu tierra úsase pelear con 113r los cavallos o con los cavalleros? Mas no me maravillo que los bestiales como tú eres quieran con las bestias contender», todo dicho en «lenguaje africano». La respuesta del moro consiste en un insulto: «¡O, villano, perro!» (LXIX, 566)

La narración se interrumpe por la aparición de Carlomagno y sus tropas y por la llegada de la noche, de manera que Renaldos y Rodamonte se adentran en las Selvas de Ardeña en busca uno del otro.

La igualdad en el combate entre Renaldos y Rodamonte es la nota predominante y así será también en la lid con Roldán³⁷². La única diferencia aparece en el primer golpe dado por el conde, que sorprende al pagano y le dobla «134r su crecido cuerpo fasta las ancas de su cavallo, que poco estuvo que no cayó en tierra» (LXXXI, 466). Pero es un encuentro breve, a pesar de la espectacularidad del mismo y la calidad de los contendientes³⁷³:

Apretó [Rodamonte] su cuchillo en la mano e vase para el buen conde y el conde para él, y dio al conde don Roldán tan gran golpe sobre el fino yelmo el fuerte pagano, que la cabeça le fizó baxar fasta casi el arzón delantero. El conde, que tanta pesadumbre sintió, movido a gran corage, le dio la respuesta sobre la cabeça, que bivo fuego fizó saltar en gran abundancia del encantado yelmo; e tanto se sintió Rodamonte d'este cruel golpe, que nunca en su vida sintió tanta pena de golpe que recibiese (LXXXI, 631).

Y ahí queda interrumpida la lucha sin que se observe atisbo de continuidad y sin que los dos guerreros muestren más interés en la misma.

El último turno es para Rugiero, pero el marco del combate y la motivación del mismo son distintas, probablemente para ensalzar la figura del enamorado Rugiero³⁷⁴. En este caso se invierten los términos y el primero en golpear es Rodamonte, prelude de la respuesta superior del paladín:

Dio un gran golpe de espada sobr'el yelmo Rodamonte al buen Rugiero, que fasta el pescueço del cavallo le hizo baxar la cabeça; vio cómo el buen Rugiero bolvió sobre Rodamonte alçado en los estribos e la espada de Falerina a dos manos, e que tan gran golpe le dio, que fuera de todo sentido le sacó; e si el yelmo no fuera tan grueso e fuerte, pudiera ser que el fuerte Rodamonte peligrara. Como fuera de sentido el cavallo

³⁷² Rodamonte ahora pertenece a las tropas del rey Marsilio de España, toda vez que Ferraguto, hijo de éste, y él se han hecho amigos inseparables. El rey pagano ataca a Carlomagno con la pretensión de someter al cristianismo.

³⁷³ Tal es así, que el resto detiene su lucha para contemplar, como espectadores privilegiados, tal combate: «Gran parte de la gente estava parada, dexando de pelear por ver una tan cruel y golpeada batalla, que cada golpe de los que se davan bastava para hender un mármol fortíssimo» (LXXXI, 631).

³⁷⁴ Rugiero hace gala de su cortesía al sustituir a Brandamonte en el combate con Rodamonte, toda vez que la dama guerrera ha solicitado un aplazamiento al pagano y este se lo ha denegado. De esta manera, el autor despierta la simpatía por el paladín, recientemente convertido. No en vano es el representante de la nueva caballería, más acorde con sus tiempos y menos influenciada por la materia artúrica.

le llevase, no quiso Rugiero poner más las manos en él, ca no era su condición fazer tal, antes lo esperava que en sí tornasse para proseguir su batalla (XCIII, 681)³⁷⁵.

Contrasta, sin duda, la consideración de Rugiero para con su adversario, bastante alejadas de las intenciones que Rodamonte había mostrado hacia Bayardo, el caballo de Roldán.

El tratamiento de Rodamonte como caballero va más allá de los encuentros que mantiene con los paladines cristianos más destacados. Se completa con la amistad entablada con Ferraguto, uno de los caballeros más destacados de Marsilio de España³⁷⁶. En un primer momento, se enfrentan en combate el encontrarse en las Selvas de Ardeña, donde Ferraguto ha permanecido inactivo durante gran parte de la obra. El desencadenante de la contienda es el amor por la dama Doralice de Granada, un motivo tan caballeresco que contribuye a la equiparación de los paganos con los protagonistas cristianos. El desenlace llega varios capítulos después, cuando Ferraguto reconozca que se ha inventado sus pretensiones sobre la princesa pagana sólo para probarse en combate con el gigante. A partir de ese momento se convierten en amigos inseparables, de manera que son considerados «los dos más fortísimos paganos del mundo» (LXXIX, 616)³⁷⁷.

El último rasgo que emparenta a Rodamonte como caballero, y lo distancia de su versión soberbia e infernal, queda latente por su enamoramiento. Al igual que el resto de paladines, él también es prisionero del amor. Su dama es la princesa Doralice, hija del Rey de Granada. Tal es así, que no duda en atacar, preso de ira, al caballero que, durante el combate de Mónaco, osa injuriar el emblema de la bella al arrastrar la bandera con su imagen:

El pagano Rodamonte, que la imagen de su querida Doralice vido por tierra, no pudo tenerse que no fuesse bramando al que la traía, e tal golpe le dio de través, que muerto casi en partes le derribó en tierra del cavallo abaxo (LXIX, 622).

³⁷⁵ De nuevo, el episodio concluye con celeridad, ya que Rodamonte, al darse cuenta de la pérdida de su cuchillo y de la ventaja que tiene su adversario, huye al galope. Todo queda preparado para el surgimiento del amor entre Bradamonte y Rugiero.

³⁷⁶ Desde el primer instante, al verlo en compañía de Ferraguto, Marsilio y el resto de hombres importantes del monarca tienen en alta estima a Rodamonte, ya que, «aunque a Rodamonte no conocían, bien demostraban sus faciones la gran fortaleza de su robusto ánimo» (LXXIX, 618).

³⁷⁷ Así queda patente cuando, tras descansar en el campamento, aparecen al día siguiente en la tienda de Marsilio, reunido con sus consejeros: «Luego, otro día por la mañana fizo en su gran tienda ayuntar los grandes de su ejército para dar orden en lo que se avía de hazer, donde vino el rey Rodamonte y el fuerte Ferraguto de muy ricos paños ataviados de una misma forma el uno y el otro, como los que de verdadero amor se querían» (LXXIX, 618).

Este amor será también el desencadenante del enfretamiento con el fuerte Ferraguto:

—Cavallero, ¿quién es essa fermosa donzella a quien en esse tiempo servistes?

—La fermosa Doralice —dixo Ferraguto—, fija del rey Stordilano .

Rodamonte que tal oyó, detiene las riendas a su cavallo, e díxole:

—¡O, villano, baxo e de pequeña suerte! ¿E cómo digno eras tú de servir a tal señora ni aun de la mentar en tu boca tan solamente? No te cures de más, que conmigo has de aver batalla para que ganes el pago e castigo de tu loco atrevimiento (LXX, 572)³⁷⁸.

Hasta aquí el análisis de Rodamonte, personaje al que López de Santa Catalina, continuando los rasgos de Boiardo, ha retratado como arrogante y soberbio, amigo de insultos y retador de cuantos topa, incluidos los propios elementos de la naturaleza, blasfemo para con sus dioses, comportamiento que tanto lo aleja de los caballeros corteses. Pero al que, al mismo tiempo, emparenta con ellos, al convertirlo en el máximo contrincante y enfrentarlo con cada uno de los protagonistas de la obra. Hasta tal punto, que el propio Rodamonte, a pesar de toda su soberbia y su carácter infernal, es derrotado por la única fuerza que puede lograrlo: el amor.

3.2.3.3.4. Escardaso: el gigante bueno y cortés

Y su condición y manera [de Balán], de que vos saber queréis, es muy diversa y contraria a la de los otros gigantes, que de natura son sobervios y follones, y éste no lo; antes, muy sossegado y muy verdadero en todas sus cosas, tanto que es maravilla que hombre que de tal linaje venga pueda ser tan apartado de la condición de los otros³⁷⁹.

Como suele explicar la sabiduría popular, toda regla suele contener una excepción. Esto mismo se puede aplicar a la figura del gigante. Si bien desde antiguo se asocian a la soberbia —recuérdese, por ejemplo, la atrevida idea de Nemrot, el gigante bíblico que quiso construir la Torre de Babel—, en los libros de

³⁷⁸ El mismo motivo es el que provoca el ataque de don Quijote a los comerciantes durante su primera salida en solitario, cuando estos, al comprobar la falta de juicio del maduro caballero, dudan en reconocer la belleza de Dulcinea.

³⁷⁹ Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987, p. 1652.

caballerías es habitual la aparición del gigante bueno y cortés, alejado del patrón habitual y similar al caballero, tanto en su sentido del honor como en su conocimiento del código cortés. El modelo viene perfilado, una vez más, en el *Amadís*. Como se puede leer en la cita anterior, Balán es en apariencia un gigante, como avala su estatura, pero, como bien anota Cacho Blecua en su edición, su conducta moral se caracteriza por la mansedumbre y la sinceridad, cualidades bastante alejadas de la traición y la soberbia intrínsecas del personaje.

El rasgo que completa la personalidad de esta nueva versión del jayán es su conversión al cristianismo³⁸⁰. La lucha contra el infiel y la derrota del paganismo es un tema que las literaturas medieval y áurea tomaron de manera recurrente. De ahí que los libros de caballerías incorporaran su cuota de propaganda contra el paganismo. El caballero, que ya posee la cualidad de defensor de la cristiandad³⁸¹, añade un nuevo rasgo: su carácter evagelizador. La conversión al cristianismo del gigante, llevada a cabo por el héroe, es uno de los tópicos habituales del género³⁸².

En el *Espejo de cavallerías* el tipo del buen gigante está encarnado por Escardaso, cuyo deseo es convertirse al cristianismo para «salvar su alma» y lograr la amistad con Renaldos. El encuentro se produce en uno de los últimos episodios de la obra. El de Claramonte se adentra en lo profundo de una floresta detrás de su caballo, que anteriormente, de repente, cuando su jinete se detiene para ayudar a otro caballero que le ha solicitado ayuda, no le hace caso y huye de él. Una vez recobrada su montura, sin conocer qué rumbo seguir, la fatiga se adueña de Renaldos, quien se dirige hacia una lumbre que avista en mitad de la noche. Es otra de las escenas más habituales y obligatorias. Unos pastores le darán cobijo y alimento. El caballero solicita permiso para descansar con ellos, mientras los pastores le advierten de cierta amenaza. Un tanto apartado, reposa un gigante. Ya desde los primeros instantes se percibe un tratamiento distinto por parte del autor.

³⁸⁰ Judith A. Whitenack, «Conversion to Christianity in the Spanish Romance of Chivalry, 1490-1524», *Journal of Hispanic Philology*, 13,1 (1988), pp. 13-39. En este clásico estudio sobre el tema, la investigadora explica que «conversion scenes were also topos of knightly literature of the Middle Ages and Renaissance [...]. But nowhere is conversion more consistently in evidence than in the sixteenth-century Spanish romance of chivalry. It is a convention of the genre», p. 13.

³⁸¹ «La lucha por la defensa de la cristiandad se volverá un tópico para el género de los libros de caballerías». M^a del Rosario Valenzuela Munguía, «Conversión y lucha contra gigantes en *Las Sergas de Esplandián*», en *Destiempos.com. Caballerías (dossier)*, eds. Lilian von der Walde Moreno y Mariel Reinoso Ingliso, México D. F., Grupo Destiempos, 23, 2010-2011, p. 370.

³⁸² José Julio Martín Romero, «“¡Oh captivo caballero!”: Las palabras del gigante en los textos caballerescos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LIV-1 (2006), p. 23.

En ningún momento se alude a su soberbia ni a su horrible atadura. Por el contrario, le dedica unas aduladoras palabras destinadas con más probabilidad a quien debería ser un paladín:

el más ricamente armado del mundo, ca traía todas sus armas verdes y sembradas de unas grandes rosas de oro, la más luzida cosa del mundo (XCIX, 712).

Tras este primer atisbo, se produce el intercambio inicial de palabras, en el que el gigante demuestra, «con una mesurada criança de cavallero más que de sobervio gigante», una moderación y un comportamiento guiado por las normas de la cortesía.

No cabe duda de la simpatía que se profesan ambos desde el primer momento³⁸³. Ninguno quiere separarse del otro para no interrumpir tan dichosa charla. Tal es así, que el jayán solicita a Renaldos que le revele su nombre como gesto de buena voluntad. Al escuchar la identidad de su interlocutor, el gigante no puede menos que estallar de júbilo al ver cumplido su deseo, momento en el que él mismo revela su identidad y el motivo de su presencia en lugar tan apartado:

a mí llaman el fuerte Escardaso, que en mi vida, después que armas vestí, no conocí ventaja a cavallero de ninguna generación que fuesse, ni gigante ni de otro cualquier arte; e siento en mí tal esfuerço que, si todo el mundo delante de mí armado para me ofender viniessen, no sabría aver algún pavor; e no pienses, buen cavallero, que esto te digo por sobervia ni por orgullo que en los de mi estatura por la mayor parte se falla, en especial en los soberviosos gigantes, porque por mis manos en breve espacio muchos d'ellos he muerto. Pero dígotelo porque es verdad, de lo cual Dios es testigo; e siendo yo de la cualidad e forma que te he contado, luego que tu nombre oí, me tembló el corazón en el cuerpo como de una medrosía o inusitado temor. E pues tan gran gracia he conseguido, mira qué es lo que de mí te plaze para que te obligue a me fazer una merced que te quiero pedir, la cual es que de tu compañía no me partas, pues tanto tiempo verte e servirte he desseado; e que luego que el día claro nos aparezca, me baptizes, ca mi voluntad es ganar el alma en tu compañía, pues sé de cierto que debaxo de tu amparo e compañía mi cuerpo no se puede perder (XCIX, 714).

Tal demanda no puede demorarse, por lo que el propio paladín insta a su reciente amigo a completar el sacramento en aquel preciso instante:

³⁸³ «E de allí començaron a fablar ambos a dos mano a mano y en diversas cosas. El gigante se quedava maravillado de la disposición del buen Renaldos e cómo en su meneo e manera mostrava ser cavallero de gran cuenta. Y el buen don Renaldos no se hartava de mirar al gigante, el cual, aunque era assaz grande de cuerpo, era bien hecho e muy bien entallado e mostrava ser de gran ardid y esfuerço, y en su habla e criança ser de alta sangre e no como otros sobervios gigantes» (XCIX, 713).

tomole [Renaldos] por la mano e llevole a una fuente espléndida que poco apartada de allí estava; e desarmándose el buen Escardaso la cabeça, tomó por mano del buen Renaldos de Montalván, con ferviente devoción e lágrimas de sus ojos, la cristiana vía que al cielo las inmortales almas lleva, donde gloria perpetua, contemplando el divinal acatamiento, alcançan; e con un intenso plazer que con la vivificación del alma el fortíssimo Escardaso sentía, de rodillas puesto, demandava las manos 162r al buen Renaldos por se las besar, pues d'ellas la vida bienaventurada avía ganado e librada su condenada ánima de la satánica prisión, en la cual perpetua muerte faltar no le podía (XCIX, 715).

El proceso se ha completado. A partir de este instante no se tendrán sólo por amigos verdaderos, sino como hermanos³⁸⁴.

Algo más de cuatro días tardan en encontrar la primera de las aventuras que vivirán de manera conjunta³⁸⁵. La ocasión se la presentarán dos enanos, quienes los conducen hasta el palacio encantado de Alcina, la hermana del hada Morgana. Esta es la única aventura —desarrollada en dos tiempos contiguos— en la que los dos amigos participan conjuntamente. Primero, después de contemplar admirados las maravillas del edificio y de ver a Estolfo prisionero por encantamiento, Renaldos sigue las instrucciones de una sabia enemiga de Alcina y deshace todo el encantamiento al golpear con dureza las columnas que sostienen la construcción³⁸⁶. Hecho esto, tras liberar a su primo Estolfo, Renaldos intenta convencer a Alcina lo desacertado de su magia, al tiempo que ésta intenta engañarlos con la ayuda de dos gigantes negros. El combate contra los jayanes narra sólo lo conseguido por Renaldos, mientras que de Escardaso únicamente se menciona lo que ve el Montalbán cuando acaba con su enemigo:

E de que muerto le vido, miró [Renaldos] por el otro gigante que al su amigo Escardaso había acometido e vidole asimismo caído en tierra e mal ferido de muerte de los más

³⁸⁴ Así lo declara el propio Renaldos: «por un verdadero hermano espiritualmente ganado me has de contar, tanto que debes de creer firmemente que mi vida e persona porné por ti si en alguna necesidad te viesse» (XCIX, 715). Recuérdese que Morgante, otro gigante del ciclo carolingio, será un azote para los paganos desde su conversión.

³⁸⁵ La explicación de Santa Catalina para esta tardanza resulta poco menos que curiosa, puesto que el retraso es debido a la necesidad que tiene Escardaso de comer en abundancia cada día: «como de gran cuerpo fuesse y el su cuerpo de mucho más manjar que otro ningún hombre se havía de sustentar, no podía tan descuidadamente sostener la hanbre como nosotros que de pequeñas estaturas somos de la nuestra naturaleza dotados» (C, 716).

³⁸⁶ «Sabed que yo soy muy mortal enemiga suya [de Alcina], porque jamás usa bien de sus artes, antes faze quanto mal e daño puede con ellos; e por esto, os he traído aquí para que la destruyáis, de manera que más mal no haga. E ven acá tú, el buen Renaldos de Montalván, aquí, en [quien], después de tu primo el conde don Roldán, toda honra de cavallería se puede dar, corta aquellas delgadas colunas que aquel cuarto a mano derecha sostienen e farás que salga de prisión el que tanto amas; e después haz como quien eres tú de lo que se te ofreciere, ca gran nombradía ganarás en dar fin aquesta aventura» (C, 718).

cruelles golpes que en toda su vida sobre cavallero vio, ca le vido cortadas las armas por cuatro o cinco partes de la mano del fuerte Escardaso, que cualquiera de aquellas feridas bastavan a lo matar, de donde el buen Renaldos de Montalván alcanzó a conocer que el fortissimo Escardaso era estremado caballero (C, 720).

Nada más se cuenta de la pareja de amigos, salvo que estarán presentes en París a la llegada de Rugiero y Brandamonte. La celeridad en la conclusión de la aventura, así como la escasa participación de Escardaso en el devenir de la misma, hacen pensar que López de Santa Catalina ha incluido el episodio como una presencia obligada dentro del género y, por ello, no se esmera en añadir alguna diferencia al tipo más allá de lo obligado, algo que sí ha hecho en los casos de Angélica o de Brunelo.

3.2.3.4. Zoológico maravilloso: monstruos e híbridos

Por los libros de caballerías deambulan toda clase de criaturas con las que el caballero debe enfrentarse, bien para mantener el orden establecido —el adversario supone una amenaza directa contra este, tipo pagano o gigante—, bien como simple prueba de su valor y de su arrojo guerrero. Así, una de las apariciones más habituales en estas obras es la del monstruo³⁸⁷, en muchas de las aventuras caracterizados con apariencia más terrorífica como híbridos. Estos seres fabulosos, que por lo general son de enormes proporciones, suponen una aventura de peligro extremo para los caballeros ya que en ellas se pone a prueba su valor y su esfuerzo. La crítica coincide en interpretar estos episodios como una lucha del héroe contra lo

³⁸⁷ Sobre los monstruos existe una bibliografía abundante: Rudolf Wittkower, «Marvels of the East: A Study in the History of Monsters», *Allegory and the Migration of Symbols*, Thames and Hudson, 1987, pp. 46-74; notas, pp. 196-205; Gilbert Lascault, *Le Monstre dans l'art occidental. Un problème d'esthétique*, Paris, Klincksieck, 1973; John Block Friedman, *The Monstruous Races in Medieval Art and Thought*, Cambridge, Massachussets, Harvard University Press, 1981; Jurgis Baltrusaitis, *La Edad Media fantástica. Antigüedades y exotismos en el arte gótico*, Madrid, Cátedra, 1983; Claude Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, 2004; Joaquín Yarza Luaces, *Formas artísticas de lo imaginario*, Barcelona, Anthropos, 1987; Philippe Ménard, «Le Dragon, animal fantastique de la littérature française», *Revue des Langues Romanes*, 98 (1994), pp. 247-268; Leopoldina Fortunati, *I mostri nell'immaginario*, Milán, Franco Angeli, 1995; Alan Deyermond, «Animales y monstruos en el *Laberinto de Fortuna*», *Lectures d'une oubre: «Laberinto de Fortuna» de Juan de Mena*, París, Éditions du Temps, 1998, pp. 113-135; Santiago López-Ríos, *Salvajes y razas monstruosas en la literatura Castellana Medieval*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1999; Susana Guerrero Salazar y Emilio A. Núñez Cabezas, «Aves fabulosas, sirenas y otros monstruos marinos en las leyendas tradicionales», *Isla de Arriarán. Revista Cultural y Científica*, 16 (2000), pp. 259-268.

sobrenatural, en un principio concebido como encarnación el mal y lo diabólico³⁸⁸. Pero poco después se convirtieron en un mero ejercicio de exageración por parte de los autores, quienes competían de manera figurada por mostrar una criatura que excediera a las demás en fiereza. Aunque su aparición suele ajustarse al cumplimiento de un tópico del género, la descripción de los numerosos monstruos y seres fantásticos que pueblan las páginas de los textos caballerescos no se ajusta a un esquema fijo y en su mayoría dependen de la prolífica imaginación de cada autor.

No es el objeto del presente trabajo completar un análisis sobre el origen y el significado del monstruo, pero sí parece oportuno incluir una breve síntesis introductoria. La noción de monstruo es muy amplia y no ha podido completarse en su totalidad, si bien se han aceptado varias definiciones del mismo, adaptadas cada una a una época concreta³⁸⁹. En palabras de Kappler —cuyo estudio supone una ayuda inestimable para iniciar el análisis del tipo—, «monstruo es aquel cuyo aspecto nos resulta insólito por la forma de su cuerpo, color, movimiento, voz»³⁹⁰, a los que añade la propia naturaleza del ser³⁹¹. No obstante, nos parece que una definición más concreta y ajustada es la que ofrece el profesor José Manuel Pedrosa:

Se considera un ser monstruoso a aquel que se diferencia de los de cualquier especie por la anormalidad de su constitución física, de su tamaño o de determinadas costumbres, y porque esa anormalidad se contrapone de modo inarmónico y por lo general inquietante o amenazante a la normalidad del resto de seres³⁹².

³⁸⁸ Paloma Gracia, *Las señales del destino heroico*, Barcelona, Montesinos, 1991. La conclusión de su comentario sobre el episodio del Endriago amadisiano se extiende a la totalidad de estas criaturas y de la aventura que consiste en su derrota y aniquilación: «El triunfo sobre el monstruo es un elemento más de la novela artúrica, una aventura tan propia como los combates entre caballeros; la cristianización lleva consigo que el animal se cargue de sentido simbólico, y se convierta fácilmente en bestia demoníaca» (p. 80).

³⁸⁹ Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas*, Madrid Akal, 2004, p. 235.

³⁹⁰ Kappler, *op. cit.*, p. 241.

³⁹¹ Victoria Cirlot, «La estética de lo monstruoso en la Edad Media», *Revista de Literatura Medieval*, 2 (1990), pp. 175-182. Esta investigadora parte de la concepción del monstruo desde la mentalidad medieval —en concreto de San Agustín y San Isidoro— y lo considera una criatura dentro del orden, si bien lo ha calificado previamente como «un entretenimiento frívolo para oídos curiosos de fantasías clásicas» (p. 178).

³⁹² José Manuel Pedrosa, *Bestiario. Antropología y simbolismo animal*, Madrid, Medusa, 2002, p. 152.

La interpretación del significado del monstruo nos lleva a parcelas que tienen que ver con el subconsciente —de donde se dice que nace³⁹³. Por ello, se considera al monstruo como un ser que «vive en la frontera entre la naturaleza y la cultura, entre lo real y lo soñado»³⁹⁴. Son seres que surgen de la maravilla, entendida como una atracción del ser humano por lo novedoso, lo extraño, lo insólito y extraordinario. La Edad Media interpretaba tales prodigios como algo natural y propio de la cotidianidad³⁹⁵.

Lo monstruoso, por su relación directa con los *mirabilia*, se asocia a un significado y su interpretación se relaciona con la normalidad durante el periodo medieval³⁹⁶. De ahí que se consideren como una deformación o una diferencia respecto de la creación del ser humano:

En los monstruos medievales se concentran y personifican los deseos y temores inconscientes del ser humano. Pero son seres deformes, hijos de lo desordenado, de lo extraño. Y en la Edad Media privaba la asociación del orden con el bien, y del desorden con el mal; San Agustín es claro ejemplo. Por lo tanto, lo monstruoso comúnmente va a adquirir un carácter negativo. Es más, no hay que olvidar otra relación producto del auge del neoplatonismo: lo bello es bueno, mientras que lo feo es lo contrario. Y el monstruo, generalmente, es el prototipo de la fealdad³⁹⁷.

Durante la Edad Media, la presencia de lo monstruoso era habitual en prácticamente todas las parcelas de la cultura³⁹⁸. Y, como no puede ser de otra

³⁹³ Emilio Sales, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004 p. 117. Para un concepto más profundo y una significación relacionada con las creencias, la filosofía Héctor Santiesteban, «El monstruo y su ser», *Relaciones* 21, núm.81 (2000), pp. 93-126.

³⁹⁴ Joaquín Rubio Tovar, *Monstruos y seres fantásticos en la literatura y pensamiento medieval. Poder y seducción de la imagen románica*, Universidad de Alcalá y Aguilar de Campo, 2006, p. 123.

³⁹⁵ Pablo Castro Hernández, «La imagen del monstruo en algunas representaciones xilográficas del *Libro de las Maravillas del Mundo* de John Mandeville: aproximaciones metodológicas e historiográficas», *Revista Sans Soleil. Estudios de la imagen*, 7, 2015 p. 18.

³⁹⁶ Raul Dorra, «¿Por qué los monstruos?», *Elementos*, 22, vol. 3 (1994), pp. 13-19. La Edad Media es el periodo en el que queda establecido el sustrato de los símbolos que conforman la psique del ser humano, es decir, «las angustias, las fobias, los fantasmas del hombre medieval, como las expresiones de su folklore, produjeron imborrables imágenes con las que formó su manera fuertemente emocional de ver el mundo».

³⁹⁷ Lilian von del Walde Moheno, «Lo monstruoso medieval», *La experiencia literaria*, 2 (1993-94), p. 48.

³⁹⁸ Joaquín Rubio Tovar, *op. cit.*, pp. 121-1551. «No hay espacio de la cultura medieval en el que no aparezca el monstruo. Lo encontramos en los pórticos de las iglesias, en los mapas, en las iniciales miniadas y en los márgenes de algunos manuscritos». El profesor Rubio Tovar añade como portulado que el monstruo encontró especial acomodo en el imaginario, ese «dominio de las creencias, especialmente de aquellas que se refieren a las fuerzas sobrenaturales, sean positivas, negativas o ambiguas (los muertos). El imaginario habla también de lugares del más allá, concebidos como espacios separados del mundo terrestre y es también el dominio de la leyenda y del mito, que promete a las sociedades forjarse un pasado (el paraíso terrenal), imaginarse un futuro (utopía) y, en definitiva,

manera, también se incorpora a la literatura. Por tanto, ¿de dónde tomaron los escritores las referencias para dar rienda suelta a su imaginación? Como evolución de la literatura y mitología clásicas³⁹⁹ —que incluían la presencia de estas bestias, los poemas épicos, la hagiografía, los *romans* artúricos y los libros de viajes incluyeron con naturalidad la presencia de estas criaturas, interpretados en parte gracias a los bestiarios⁴⁰⁰. No extraña su incorporación a la historiografía, quien le otorgaba el grado de historias verdaderas por el mero hecho de incluirlas⁴⁰¹.

Especial énfasis se ha puesto en el análisis de los libros de viajes medievales, en los que la presencia de lo natural y lo maravilloso se alternan e incluso conviven con cierta armonía, de manera que la frontera entre ambos queda difuminada en pro de la aparición de fenómenos atractivos en cuanto sorprendentes⁴⁰². El atractivo que Oriente, como tierra poblada de todo tipo de prodigios, despertó en el hombre medieval, convirtió estas regiones en vasto abánico de posibilidades para leyendas e historias fantasiosas⁴⁰³. Se trata de un hábitat propicio para una flora y una fauna imaginarias⁴⁰⁴. De forma recurrente, los viajeros mencionan la visión de cinocéfalos, acéfalos, esciápodos, sátiros, cíclopes, amazonas, sirenas y toda la variedad del catálogo maravilloso.

Este muestrario de seres extraordinarios nace de la diferencia. Estos seres habitan en lugares muy alejados porque son diferentes, son el otro y, por tanto, lo ajeno⁴⁰⁵. La mentalidad medieval ensalzó esas discrepancias para destacar esa

es el terreno de lo maravilloso exótico y antropológico, donde se expresa el rostro del otro (el salvaje, el monstruo, el extranjero)».

³⁹⁹ Recuérdese el Polifemo homérico, o las obras de Plinio y de Solino. Ana Benito, «Monstruos y portentos: dos visiones antagónicas de las razas prodigiosas en la *General Estoria* de Alfonso X», *Lemir*, 12 (2008), pp. 299-308. En las primeras páginas, se puede encontrar un repaso por el devenir de estas bestias en la literatura grecolatina.

⁴⁰⁰ Marín Pina, M^a Carmen, «*Liber monstorum* caballeresco: los monstruos híbridos», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, pp. 307-331 (antes «Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles», en *Actas IV Congreso AHLM. (Lisboa 1-5 outubro 1991)*, vol. IV, p. 27).

⁴⁰¹ Ana Benito, *op. cit.*, pp. 299-308.

⁴⁰² Pablo Castro Hernández, «La tradición de las maravillas en las *Andanças e viajes* de Pero Tafur (1436-1439)», *Lemir*, 18, 2014, p. 330.

⁴⁰³ Emilio Sales, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, *op. cit.*, p. 118.

⁴⁰⁴ Durante el Renacimiento, se continuó con la misma tendencia, como queda plasmado en los *Diarios* de Colón. Claude Kappler, *op. cit.*, p. 248 recoge la sorpresa del almirante, en una carta enviada por él mismo, al comprobar que ciertos antropófagos «no son más deformes que los otros». Los monstruos en el descubrimiento han sido analizados por M^a Jesús Lacarra y Juan Manuel Cacho Bleuca, *Lo imaginario en la conquista de América*, Zaragoza, Hispanidad, S.L. de Ediciones, 1990, pp. 46-58; también por Rosa Pellicer, «La maravilla de las Indias», *Edad de Oro*, 10 (1991), pp. 141-154.

⁴⁰⁵ Héctor Santiesteban, *op. cit.* pp. 99.

alteridad. Según su pensamiento, estas diferencias explican la maravilla, pues, todo lo que los viajeros contemplan y anotan en sus viajes es distinto. Por ello, los lugares lejanos «son lugares de monstruos, a los que creamos para expresar los límites de nuestras formas de conocimiento»⁴⁰⁶.

Ahora bien, ¿cómo se incorporaon estos monstruos a los libros de caballerías? Marín Pina, de forma acertada como es habitual, explica que el gusto por lo insólito y lo extraordinario, además de los prodigios y los *mirabilia* que, como hemos comentado, asoman con tanta frecuencia en los libros de viajes⁴⁰⁷. Además de esta admiración del lector por estos episodios, se puede añadir el matiz de prueba extraordinaria que supone para el caballero el combate con la bestia, un desafío mayor cuya victoria supondrá un respaldo a su labor guerrera⁴⁰⁸.

La interpretación que se ha dado al encuentro entre el caballero y el monstruo ha variado conforme a las obras y la propia evolución del género. En un primer momento, a partir sobre todo del *Amadís de Gaula* —en especial el episodio del Endriago, que será mencionado después—, esta prueba simbolizaba la lucha y la derrota de la criatura sobrenatural, como encarnación del mal. Desde un punto de vista religioso, como adalid del orden establecido, con especial atención al aspecto religioso, el caballero debe derrotar al enemigo de Dios⁴⁰⁹. De ahí que la mayoría de estos seres se identifiquen con la lucha con el dragón o la serpiente, pues las descripciones de la época no ofrecen una diferencia clara entre uno y otra, símbolo máximo del pecado⁴¹⁰. Es la culminación del proceso apuntado por Kappler:

⁴⁰⁶ Joaquín Rubio Tovar, *op. cit.*, p. 141. En la misma línea se muestra Victoria Cirlot, «La estética de lo monstruoso en la Edad Media», *Revista de Literatura Medieval*, 2 (1990), pp. 175-182. A partir del mapa de Hereford (ha. 1300), afirma que «los seres monstruosos ocupan las zonas límites, las fronteras del mundo natural», p. 181.

⁴⁰⁷ M^a Carmen Marín Pina, *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, p. 309.

⁴⁰⁸ José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008, p. 212.

⁴⁰⁹ Antonio Garrosa Resina, «La tradición de animales fantásticos y monstruos en la literatura medieval española», *Castilla*, 9-10 (1985), Universidad de Valladolid, pp. 77-101. «Tampoco podemos olvidar el significado simbólico de estas luchas desiguales, en las que el caballero, cual un nuevo David, acaba venciendo al gigante Goliat, representado en cada caso por el monstruo al que se enfrenta, aunque en su interior se esconda el mismo diablo» (p. 101).

⁴¹⁰ De forma tradicional, se concedía al Diablo la capacidad para crear monstruos, de ahí que la bestia sea considerada como obra de este. Marín Pina, *Páginas de sueños, op. cit.*, p. 321.

El final de la Edad Media conlleva un deslizamiento progresivo de lo monstruoso hacia lo diabólico⁴¹¹.

Pero la lucha con el Endriago no sólo se concibe como una cuestión que atañe al orden religioso. Se extiende también a la propia fama del héroe, pues la superación de tal prueba supone para el bueno de Amadís el reconocimiento de la corte y, al mismo tiempo, significa un punto de inflexión en su andadura caballeresca, pues lo coloca en un escalafón superior al resto de caballeros de su tiempo, sin olvidar las graves heridas que la criatura le inflige y que le retienen en cama durante varias jornadas. Con el avance del género y la proliferación de obras, el aumento de la exageración de la monstruosidad se convirtió en la nota dominante⁴¹².

En definitiva, la incorporación del monstruo a las aventuras se convirtió en requisito obligado, bien como presencia imprescindible para la mayor glorificación del héroe, bien como ejercicio retórico en el que el propio autor podía alardear de su fuerza creativa.

A continuación, se analizarán con más detenimiento la aparición de los monstruos en el *Espejo de cavallerías* conforme a la doble apariencia que, de manera habitual, los autores suelen desplegar en sus obras: por un lado, la del hombre salvaje y, de otro, la del monstruo híbrido.

3.2.3.4.1. El hombre salvaje

En el folclore, la literatura y el arte aparece el hombre salvaje como uno de los motivos más habituales⁴¹³. Desde la mentalidad medieval, se interpreta esta figura

⁴¹¹ C. Kappler, *op. cit.*, p. 274.

⁴¹² «No se trata de incorporar al relato figuras más o menos verosímiles, sino de buscar el efectismo e impactar en el lector dibujando extraños que desborden todas sus expectativas mentales» (José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *op. cit.*, p. 212).

⁴¹³ El tipo del hombre salvaje ha sido estudiado en profundidad: José María de Azcárate, «El tema iconográfico del salvaje», *Archivo Español de Arte*, XXI (1948), pp. 81-99; Richard Bernheimer, *Wild Men in the Middle Ages. A Study in Art, Sentiment and Demonology*, Cambridge, Massachussets, 1952; José A. Madrigal, *El salvaje y la mitología, el arte y la religión*, Miami, Ediciones Universal, 1975, pp. 11-17; Oleh Mazur, *The Wild Man in the Spanish Renaissance and Golden Age theater. A comparative study* [1966], Ann Arbor-London, University Microfilm International, 1980, pp. 1-69; Carmen María Martín del Pino, «El tópico del Hombre Salvaje: el caso de *El Barón Rampante* de Italo Calvino», *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 2006, Vol. XII, pp. 237-244.

como personificación de los aspectos más peligrosos para la sociedad y la religión, de manera que, simbolizado en su hábitat alejado y escondido, queda excluido de la vida civilizada⁴¹⁴. En palabras de Alan Deyermond:

El hombre salvaje en su forma más típica es el término opuesto a los valores cortesanos de la sociedad medieval, y sobre todo de los ideales del amor cortés⁴¹⁵.

A pesar de que su presencia es habitual, no se ajusta a unos rasgos o una descripción constantes, más bien todo lo contrario. Como si de un retrato robot se tratara, podemos resumir sus principales características:

- Feo en su apariencia y cubierto de pelo.
- Descortés en su trato y violento en su proceder.
- Es habitual que viva en los bosques y florestas.
- Viste pieles u hojas, y en mayor medida se cubre con su propio cabello⁴¹⁶.

Un aspecto que despierta cierta curiosidad es que, frente a lo que pueda parecer desde una concepción actual del tipo, en la Edad Media existía cierta amplitud con respecto al término «salvaje» y se le concedió un valor plus significativo:

En la Edad Media, [salvaje] se utilizó sobre todo para referirse a ese conocido ser mítico, fruto de la imaginación humana, a medio camino entre el hombre y la bestia, que vive apartado de la civilización, en bosques y selvas, y uno de cuyos rasgos más característicos es el estar cubierto de pelo⁴¹⁷.

Una vez más, la pluma de Covarrubias ofrece la acepción más apropiada para los hombres salvajes que aparecen en el *Espejo de cavallerías* y que pasamos a analizar:

⁴¹⁴ Alan Deyermond, «El hombre salvaje en la novela sentimental», en *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas, (Nijmegen, 21 a 25 de agosto de 1965)*, eds. Jaime Sánchez Romeralo y Norbert Poulussen (Asociación Internacional de Hispanistas e Instituto Español de la Universidad de Nimeja, 1965, p. 265.

⁴¹⁵ *Op. cit.*, p. 265.

⁴¹⁶ *Op. cit.*, p. 265.

⁴¹⁷ Santiago López-Ríos, «El concepto de “salvaje” en la Edad Media española: algunas consideraciones», *DICENDA. Cuadernos de Filología Española*, 12, 1994, p. 148.

Los pintores, que tienen licencia poética, pintan unos hombres todos cubiertos de vello de pies a cabeza con cabellos largos y barba larga. Éstos llamaron los escritores de libros de caballerías salvages. Ya podría acontecer algunos hombres averse criado en algunas partes remotas, como en islas desiertas, aviendo aportado allí por fortuna y gastado su ropa, andar desnudos, cubriéndolos la mesma naturaleza con bello, para algún remedio suyo. Déstos han topado muchos los que han navegado por mares remotos⁴¹⁸.

3.2.3.4.1.1. Antropófago y los estrangones

Uno de los momentos más delicados de toda la obra para Roldán es el episodio de los estrangones. Es necesario esperar hasta el capítulo LXVIII, cuando el protagonismo del caballero está cada vez más compartido y la aparición de Rugiero sienta las bases para la continuación, para encontrar el combate con estas bestias. El argumento es el siguiente. El francés cabalga junto a Brandimarte, Flordelisa y Angélica la Bella. Los cuatro deciden separarse por la llegada de ciertos paganos. Para proteger a su amada, Roldán decide quedarse junto a las dos damas, mientras su compañero se enfrentará a los recién llegados. Como la noche ha caído y se encuentran en mitad de la floresta, los tres se dirigen hacia una luz, que aparenta ser la lumbre de unos pastores. La sorpresa es mayúscula cuando en realidad no se trata de tan apacible compañía, sino que:

vido una copia de veinte salvages muy feísimos en demasía, llamados estrangones, criados entre la fiereza de los despoblados desiertos, acostunbrados a comer humanas carnes, los cuales estavan a una mesa assentados y en la cabecera uno más grande y más fiero que ninguno d'ellos. E como el conde don Roldán a ellos llegó, saludoles en lengua indiana, mas ellos poco entendieron o no nada de lo que él les dezía, como aquellos que brutalmente fuera de todas naciones eran criados. En esto, vieron otros d'ellos que como sirvientes allí estavan; y del gran fuego traían piernas de hombre e cabeças fechas pieças e asadas para que los que assentados estavan comiessen; esto traían ellos por muy sublimado manjar, más tenido y estremado entr'ellos que los otros manjares, aunque tenían venados e otro género de carne. El conde don Roldán, que nunca tal gente en su vida avía visto, e más viendo que sus baladros, por los cuales ellos se entendían, era muy estraño de nuestra humana naturaleza, temió de se apear, puesto que muy grande hambre le aquejava. El mayor d'ellos, que ya desseava ver tiempo en que todos tres se pudiesen aprovechar para sus solenes comidas, fizole de señas que se apeasse, e allegándose a una parte, como que le hazía lugar, le dezía que se asentase a comer con ellos. El conde, que aunque se recelava que la compañía no peligrasse, se apeó e alzó la visera del su yelmo e assentose a par del estrangón, y empeçó a comer del venado, que bien le semejava ser mejor que faisanes según el hambre con que lo tomava. El estrangón, que tan fermoso lo vido, e assimismo la su compañía, fizo como que se levantava a otra cosa e vase cara las lumbres, e tomó un fuerte bastón de fierro e viénese por detrás del conde don Roldán, e a seguras le dio tan grandíssimo golpe

⁴¹⁸ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española* [1611], ed. Martín de Riquer., Barcelona, Alta Fulla, 1989, p. 924, s. v. *salvage*.

sobre el encantado yelmo, que atordido dio con él en tierra. Las pavorosas damas que assí vieron caer al conde, con feminil temor tenblando como delicadas mugeres, bolviendo las riendas, se va cada una por su parte al más correr de sus palafrenes; e los estringones, que fuir las sintieron, con fuertes cherriados, como canes rabiosos, van tras ellas por las tomar, llamando por aquellas estrañas selvas con sonoros baladros a muchos de su nación que por allí habitavan en oscuras e profundas cavernas, los cuales por maravilla salían sino de noche a gozar de lo de acá arriba. El fuerte estringón, que Antropófago se llamava, como al conde don Roldán vido caído, empeçole a querer desarmar, e con las largas uñas, que como perro de las manos le salían, no podía, y rebolvíale de una parte a otra por ver si fallaría modo para le quitar d'encima aquellas duras armas (LXIII, 589).

Así, si se atiende con atención a la narración, se puede comprobar que estos estringones son en realidad un grupo de hombres salvajes. Ya en las primeras palabras se cataloga el tipo dentro del grupo al que pertenecen, pues son «feísimos en demasía» y habitan en la «fiereza de los depoblados desiertos». Para completar el distanciamiento respecto de las normas cívicas, su comportamiento es deplorable por descortés y no exento de violencia, opuesto en todo a la cortesía mostrada por Roldán, quien incluso intenta comunicarse en «lengua indiana». Antropófago, el jefe —que destaca por su tamaño y guarda cierta relación con el gigante salvaje—, ataca a Roldán a traición y lo golpea con un tronco por detrás y lo deja tumbado y sin sentido.

Para el final quedan dos aspectos que mayor interés parecen despertar. El primero se refiere a la insistencia de la condición antropófaga en la alimentación de estos monstruos. No solo queda claro con el nombre del jefe, sino además con lo terrorífico del menú del festín, basado en piernas y cabezas humanas «fechas pieças e asadas». El autor roza casi el regodeo en lo terrorífico al insistir en la calidad del manjar, tenido en más alta estima por los estringones, por encima incluso de la carne de venado o similar. La alimentación era un rasgo importante para la socialización, de manera que uno de los rasgos más importantes para la caracterización de los monstruos es la manera en la que se alimentan⁴¹⁹. De esta manera, López de Santa Catalina da a entender unos instintos aún más primitivos y desordenados de los que cabría esperar en estos salvajes. Estos contrastan con el gusto de Roldán, quien, hambriento, disfruta del venado que le han dado, más sabroso a su parecer incluso que faisanes. Como indica M^a Carmen Marín Pina, los autores emplearon de manera recurrente el recurso de la comparación con los elementos más cotidianos, con el objetivo de ensalzar lo estrafalario del proceder de

⁴¹⁹ C. Kappler, *op. cit.*, p. 153.

estas criaturas y para aumentar su monstruosidad. Sorprende un tanto que, junto a este canibalismo atroz de los estringones, que roza la delicia gastronómica, se precise que tales piezas están «asadas», lo que indica un paso intermedio entre lo crudo y lo cocido y, por tanto, un toque de cierta civilización⁴²⁰.

El otro elemento que destaca en la caracterización de los estringones, y que de nuevo aumenta su monstruosidad, es la ausencia de lenguaje. En palabras de Kappler, «el lenguaje es un elemento de fascinación que, como el color, contribuye a intensificar el grado de lo maravilloso»⁴²¹. Entre ellos se comunican mediante baladros, como se puede comprobar en las órdenes o indicaciones de Antropófago. Este mismo sistema es empleado poco después como llamada para el resto de estringones que habitan en el bosque, ayuda necesaria para perseguir a Flordelisa y Angélica y para atrapar a Roldán. Llama la atención cómo, al igual que sucedía con la alimentación, la ausencia de lenguaje o la imperfección en el mismo sirva como caracterización monstruosa de estas criaturas. Considerado el habla como un distintivo humano, los «cherridos» y la incompreensión de las palabras de Roldán actúan como señal de desorden y de anomalía, resaltando su ferocidad, canibalismo y atrocidad.

Roldán es el contrapunto total en la escena. Es símbolo claro de las buenas intenciones y de la cortesía, que incita a intentar comunicarse a pesar de la extrañeza del interlocutor o de la imposibilidad de comunicación. No solo hace caso a las señas del líder, la única manera de comunicarse con ellos. También, un instante previo, ha intentado iniciar la comunicación y los ha saludado en «lengua indiana». Resulta interesante este propósito. Primero, es una muestra clara de la formación y de la cortesía del caballero, ya que incluso conoce esta lengua alejada y novedosa, quien sabe si fruto de sus viajes y de la errancia propia de su profesión. Del mismo modo, sorprende el empleo del adjetivo «indiana», clara referencia a la nueva realidad que se vive en España y en Europa por el descubrimiento de Colón. En su estudio de la etimología de la palabra «salvaje» en la Edad Media y su evolución, Santiago López-Ríos explica la correlación —a su parecer, empleada «con cierta ligereza»— que en ocasiones se ha hecho, a partir de los cronistas de

⁴²⁰ Puede recordarse la teoría que a este respecto postuló el antropólogo francés Claude Levi Strauss en su estudio *Mitológicas I: Lo crudo y lo cocido*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1968.

⁴²¹ C. Kappler, *op. cit.*, p. 195.

Indias, entre el concepto más aceptado del término y su asimilación a los indígenas americanos, a los que rara vez se les aplicó tal acepción:

En una primera aproximación se puede decir que en los siglos XVI y XVII a los indígenas americanos no se les llamaba sistemáticamente «salvajes». La palabra más común para referirse a ellos era la de «indios» y cuando se emplea «salvaje», se aplica a comunidades extraordinariamente bárbaras e incivilizadas⁴²².

Los libros de caballerías, como continuación de una larga tradición literaria y folclórica, incorporó el mito del hombre salvaje como habitante de los lugares apartados y lejanos en los que el caballero cabalga de manera errante. Ser que se asemeja en cierta manera al humano en cuanto a su apariencia, pero del que se distancia por lo apartado de sus costumbres y por el vello que suele cubrir su cuerpo, aunque en nuestra obra no se haga mención a este detalle, quizás porque se da por sobreentendido. Con el carácter monstruoso que deriva de su apariencia feroz y su comportamiento alejado de la cortesía, resultan un reclamo muy apropiado para ensalzar la labor del caballero como mantenedor del orden social y religioso.

3.2.3.4.2. Los híbridos

Los caballeros están expuestos, en su largo caminar, a todo tipo de aventuras y maravillas, unas de corte más humano y otras de naturaleza más fantástica. En esta parcela se deben ubicar la aparición y el combate contra el monstruo híbrido, una de las situaciones más complicadas, en la que la pericia y valentía del héroe se lleva en ocasiones a cotas de máxima exigencia. Estos seres prodigiosos surgen de la imaginación de los autores, de la combinación de las partes más bestiales de distintos animales⁴²³. En otras palabras, los escritores aúnan en esta hibridez toda la exuberancia, el exceso y la deformidad de la que son capaces⁴²⁴. La explicación a tal mezcolanza se puede encontrar en el deseo de los autores por crear pánico ante tales criaturas, así como por ensalzar las cualidades morales y la valentía de los

⁴²² Santiago López-Ríos, *op. cit.*, pp. 150-151.

⁴²³ José Manuel Lucía y Emilio Sales, *Libros de caballerías castellanos*, Madrid, Laberinto, 2008, p. 212.

⁴²⁴ Victoria Cirlot, *op. cit.*, p. 176.

caballeros, quienes se enfrentan con todo su ardor —en ocasiones no exentos de miedo, por lo que necesitarán invocar a Dios o a la Virgen— y cierta naturalidad a semejantes extremos.

En los libros de caballerías, herederos de las apariciones monstruosas que asomaban en el *roman* artúrico, se da rienda suelta a una desmedida imaginación, en la que se despliega un abanico de motivos y combinaciones fundado en la hipérbole de los atributos más típicos. La creatividad de los autores, conforme avanza en el tiempo el desarrollo del género y la proliferación de obras, parece no conocer fin, de manera que se lanzan a una carrera incontrolada por ofrecer la imagen más monstruosa del adversario⁴²⁵. Esto ha provocado la imposibilidad de postular su tipología⁴²⁶.

Por lo que respecta a la apariencia de tales híbridos, los autores recurren con cierta frecuencia a los rasgos que son conocidos por los autores y derivan de la literatura y la mitología clásicas, o de los bestiarios y de los libros de viajes medievales —centauros, minotauros, esfinges, sátiros, sagitarios sirenas, basilisco y otros. Es en los que surgen de su propia imaginación en los que se detienen con más detalle. Marín Pina, que los explica como procedimientos típicos de la *descriptio*, ejercicio propio de la retórica, aclara la manera de proceder de los escritores:

Para recrear su imagen, los escritores del género recurren a procedimientos descriptivos similares a los empleados en los relatos folclóricos y mitológicos o en los libros de viajes. Como los viajeros, los autores caballerescos describen sus monstruos a través de la realidad conocida, por aproximación, por similitud de las partes que conforman su cuerpo a las de otros seres conocidos y familiares. Abundan en este sentido las fórmulas de comparación *ad modum*⁴²⁷.

A pesar de esta recreación del híbrido a partir de la realidad conocida, los autores suelen explicar el origen de sus bestias mediante la justificación de su monstruosidad y de su comportamiento. Para tal efecto, las descripciones se ajustan a los mismos esquemas y estos se convierten en pasos obligados para el escritor. Es habitual que se dé comienzo por resaltar la fealdad del híbrido, cuya visión, repleta de caos y terror, se opone frontalmente con la hermosura y la blancura del héroe. Además de su monstruosidad absoluta, destaca lo desproporcionado de su tamaño,

⁴²⁵ Emilio Sales, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, p. 115.

⁴²⁶ M^a Carmen Marín Pina, *op. cit.* pp. 307-331.

⁴²⁷ M^a Carmen Marín Pina, *op. cit.*, p. 323.

el color —relacionado de manera constante con lo oscuro— y la naturaleza de sus armas defensivas y ofensivas. En definitiva, la mentalidad de la época queda reflejada en el maniqueísmo entre el bien y el mal, representadas por la alternancia de la luz y la oscuridad, y que añade la asimilación entre la belleza externa y lo bueno que anida en el alma, frente a lo feo y por tanto repleto de maldad⁴²⁸.

El concepto de híbrido amplía aún más la concepción general del monstruo, que de por sí encarna lo otro, lo que es ajeno a la norma. La representación hiperbólica de su hibridez amplifica su complejidad, pues mediante la mezcla de varios seres se concibe siquiera más enrevesado⁴²⁹.

3.2.3.4.2.1. Fauna mitológica: esfinge y centauro

Con anterioridad se ha mencionado que uno de los más habituales procesos de creación e incorporación de los monstruos híbridos en los libros de caballerías consistía en recurrir a algunas de las criaturas procedentes de la mitología clásica o de los bestiarios. En estos casos, debido a ese conocimiento previo, las descripciones que proporcionan los autores son más bien escasas y se basan en la mera mención de la criatura. Sobra cualquier aclaración respecto de su morfología o ferocidad.

La primera aparición en *Espejo de cavallerías* de lo que se puede considerar como híbrido corresponde a la esfinge, uno de estos seres de harto conocido por el público. El episodio es muy breve y el antagonista de Roldán se ajusta a sus rasgos más típicos: su objetivo es acabar con el mayor número de caballeros que le sea posible y para ello recurre al consabido acertijo. Roldán, errante por las Selvas de Ardeña en busca de Angélica, recibe la petición de ayuda por parte de un viejo al que un gigante ha raptado un hijo. El anciano narra el peligro al que se enfrentará el caballero si acepta:

un gran llano ay que parece que de llamas bivas siempre se quema, que es la más espantosa cosa del mundo; e baxa un gran arroyo del altura, tal que basta en lo baxo a cercar en torno aquel alto peñasco; e para passar a él, entran por una angosta puente, en guarda de la cual está un tan pavoroso gigante, que solo en pensar en él me espeluzo el

⁴²⁸ M^a Carmen Marín Pina, *op. cit.*, pp. 326-327.

⁴²⁹ Héctor Santiesteban, *op. cit.*, pp. 93-126.

cuerpo. Suenan arriba unas tan espantosas bozes, que maravilla es de las oír. (XVIII, 276)

Aún tratándose de una bestia conocida, López de Santa Catalina añade el matiz diabólico de la misma, tal y como se observa en el fuego que nunca se extingue. Además, se escuchan espantosas voces. El marco terrorífico ha quedado suficientemente claro. Como no puede ser de otra manera, el héroe francés hace caso omiso de las advertencias de su interlocutor. El combate de Roldán con el gigante no se alarga en exceso⁴³⁰. Este no se encuentra allí como guardián del lugar. Todo lo contrario. Por orden del Rey de Circasia, debe interceptar a los caballeros que hasta allí se dirigen para ponerse a prueba con la bestia, con el propósito de evitar que esta acabe con un gran número de ellos. Superada la primera traba y entregado el hijo al anciano, Roldán no puede resistirse a la oportunidad de probarse de nuevo y deduce matar la curiosidad y ascender hasta el lugar de la esfinge⁴³¹. Una vez allí, adentrándose en una «resquebrajadura» de una roca —claro ejemplo de un *descensus ad inferos*⁴³²— llega ante la presencia de la criatura. El combate no se hace esperar, si bien primero el paladín obtiene información sobre el paradero de Angélica, encerrada en la fortaleza de Altarripa. No puede escapar el francés del consabido acertijo, aunque lo intenta. Pero muestra poca paciencia, lo que encoleriza a la esfinge:

El monstruo, que aquesto oyó, empieza a dar muy crueles e grandes gritos e golpear el suelo muy fuertemente con su gruesa cola y de rato en rato ponía el pecho ras a ras de la tierra, e de allí se levantava de un salto, sosteniéndose en sus alas de murciélago tan ligeramente, que pavor era de lo mirar; y vínose para el conde don Roldán, e con la uña le ase el escudo tan reziamente, que dio de ojos con él en tierra; pero así como cayó el conde don Roldán, se soltó la uña; e de tanto le vino bien que se le non sacó del cuello. E llamando el valeroso don Roldán a Nuestra Señora la Virgen Sancta María de muy

⁴³⁰ Para conocer un análisis más detalladas del combate del héroe con el gigante, remitimos a los estudios de José Julio Martín Romero: «El combate contra el gigante en los textos caballerescos», en *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 16-20 setembre de 2003)*, eds. Rafael Alemany, Josep Luís Martos y Josep Miquel Manzanaro, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia València, vol. III, 2005, pp. 1105-1120; «“¡Oh captivo caballero!”. Las palabras del gigante en los textos caballerescos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LIV, 1, (2006), pp. 1-31.

⁴³¹ En realidad, se ajusta a un doble propósito: «la una era saber del monstruo adivinador dónde podría hallar a Angélica la Bella; e lo otro quitar tanto mal de sobre la tierra, pues quitar semejantes cosas era dado a los esforçados cavalleros» (XVIII, 61).

⁴³² Este motivo ha sido estudiado en el conjunto de trabajos que aparecen recogidos por el profesor Pedro Piñero, *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995. Por ceñirse al género caballeresco, destaca, como es habitual, el agudísimo estudio de Juan Manuel Cacho Bleuca, «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», pp. 99-127

buen corazón, como aquel que se veía en peligro de muerte, tal cual nunca en toda su vida se vio, apretó la espada en la mano y esperó al monstruo, que ya otra vez como de antes empujaba a se venir a él. E como vido venir la cola a le asir del escudo, mañeose de tal manera saltando de través, que le pudo dar con el espada tal golpe, que cuasi a raíz del cuerpo ge la cortó. El monstruo, que ferido se sintió, rebuelve sobre el buen cavallero e tan fuertemente con las manos le ase el espada Durindana que, aunque se hirió con ella, malamente se la sacó de la mano. Cuando el conde don Roldán se vido sin espada, començó a 19v temblar con un intenso e pavoroso frío que le vino al corazón. E vido venir al monstruo en los dos pies postreros alçado, ca como estava en las manos malamente ferido non se pudo sostener salvo en los dos traseros; e por más que don Roldán a unas partes e a otras se arredrava, non pudo escapar que el monstruo no lo cogiesse entre sus braços. [...] e vinósele a la memoria de la daga que a las espaldas traía, y prestamente la tomó don Roldán e firió por dos o tres vezes al monstruo por la barriga, que cada una vez le passava las entrañas, de tal manera que le ovo de soltar; e con la ravia de la muerte dio dos o tres doloridos gritos tan grandes, que bien se oyeron hasta poblado, aunque muy lejos de allí era, e allí acabó sus días el endiablado monstruo (XIII, 282).

Mediante el análisis del episodio se observa cómo se ajusta al esquema habitual⁴³³. Lo primero, la ubicación de la esfinge en un lugar lejano. Además, supone una amenaza del orden al eliminar a cuantos caballeros accedean hasta allí. El clima de tensión se acrecienta con los bramidos y movimientos amenazantes del híbrido, sensación que se amplifica con los gritos terroríficos. En ese punto, el combate se presenta complicado, en especial por las armas de la esfinge, las garras y la uña que remata la cola del monstruo.

Por lo que respecta al combate definitivo, después de que el caballero invoque a la ayuda divina y apele a la Virgen, el híbrido acomete con las armas que le dotó naturaleza. La fuerza descomunal y la ferocidad en la embestida causa estragos en el héroe, que además ha perdido su espada. Es entonces cuando Roldán muestra sus verdaderas cualidades y, acostumbrado a tales lides, muestra una tranquilidad que le hace descubrir el punto débil de la bestia. Con enorme decisión, ataca con su daga las zonas desprotegidas y lo hiere de forma mortal en la barriga. Todo termina con un fuerte bramido de la esfinge⁴³⁴.

De esta manera, Roldán consigue restablecer el orden en la región y evitar la pérdida de más caballeros. Su victoria, en clave alegórica, no solo simboliza el

⁴³³ M^a Carmen Marín Pina, «Los monstruos híbridos en los libros de cavallerías españoles», *op. cit.*, p. 328-331. Para el esquema general del combate, basado en el propio con el gigante, también se recomienda el artículo de José Julio Martín Romero, *op. cit.*, pp. 1105-1120.

⁴³⁴ Esquema parecido, algo más resumido, recoge Joaquín Rubio *op. cit.*, p. 141.

triunfo del bien sobre el mal, sino que además ha servido para presentar al héroe en la obra⁴³⁵.

La otra concesión que el autor toledano hace de los monstruos conocidos por el público gracias sobre todo a los bestiarios, es la esporádica aparición de un centuro. El episodio es breve y apenas tiene incidencia en el desarrollo de la trama, salvo como pretexto para ensalzar el ardor guerrero del paladín, además de excusa para separarlo de la dama que custodia⁴³⁶. Renaldos se dirige a la Casa del Olvido de Dragontina conducido por Flordelisa, la dama de Brandimiarte. Mientras el paladín descansa, la mujer contempla la pavorosa escena en la que un centauro trae en sus manos a un pequeño león. Una vez que ha conseguido estrangularlo, la criatura alza la vista y, armado con su escudo y sus flechas, se dirige hacia la dama. Los gritos consiguen despertar a Renaldos, quien se enfrenta con la bestia⁴³⁷. El centauro lanza las tres saetas al caballero, pero este consigue superar el envite y se protege dejando un árbol a su espalda. El híbrido consigue escapar, pero se lleva atrapada a la bella Flordelisa. Su correr es tan rápido, que ni siquiera el propio Rubicano, el famoso caballo del de Claramonte, apenas consigue darle alcance. Cuando lo logra, se retoma la interrumpida lid, si bien antes el centauro ha arrojado su presa a la corriente del río en el que se ha detenido:

cuando el centauro empieça con él una reñida batalla, con su largo bastón lleno de ñudos. Mucho plazer ovo el buen Renaldos de se ver con él a cavallo, porque creía que su ligereza no le valdría; e poniendo mano a su espada, se va para lo herir, e puesto que el centauro se aprovechava mucho del escudo, reboviendo muy a menudo el bastón e dando muy pesados golpes, no le valía nada su destreza, que las armas del buen cavallero le eran segura defensa, por lo qual no temía de se acercar a él; y en pequeño espacio le avía fecho más de diez heridas, de las cuales corría tanta sangre, que el agua teñía; e como assí tan mal parado el centauro se vio, sálese del río, pensando en el campo aprovecharse de su ligereza; mas el buen cavallero va sobre él, la espada en la mano. E

⁴³⁵ Es habitual que estos episodios sirvan para acrecentar la fama del héroe. En este caso, al tratarse de Roldán, caballero que goza ya de un nombre y una tradición, es probable que la intención de López de Santa Catalina haya sido la de simple presentación. El encuentro podía resultar atractivo para el público, debido a la familiaridad que tenía con este tipo de monstruos, habituales en estos relatos fantásticos, y también con el protagonista.

⁴³⁶ Este enfretamiento es una muestra más de la estructura binaria a la que ajusta Santa Catalina el devenir de su obra. Si antes ha sido Roldán el que ha luchado contra la esfinge y ha erradicado su mal de sobre la faz de la tierra, ahora será el momento para que Renaldos haga lo propio con otra criatura similar, es decir, reconocida por el público.

⁴³⁷ «El cual era de medio cuerpo hazia la cabeça de fechura de gigante, y era muy peloso, e la catadura admirablemente espantosa, y del medio abaxo de fechura de un ligero cavallo, e de aquel arte y pelo, y la color era vaya» (XXV, 350).

como junto con él llegó, con pocos golpes lo mató, el cual, con la ravia de la muerte, tendido en el suelo, dava muy rezios gemidos (XXV, 343).

En este caso, la lid guarda mayor similitud con el enfrentamiento con el jayán. Se inicia con la rabia del centauro al saberse alcanzado, y concluye con las múltiples heridas que Renaldos inflige a su adversario y que le causan una rápida muerte⁴³⁸.

La inclusión de estos dos episodios protagonizados por dos híbridos, la esfinge y el centauro, conocidos por la mitología clásica y los bestiarios, no inciden demasiado en el devenir de los acontecimientos. Todo apunta a que puede tratarse de una presencia obligada para cumplir con los requisitos del género. Así lo demostrarían las referencias genericas a los dos monstruos, que carecen de nombre propio y no se ajustan más que a las descripciones típicas —sin añadir particularidades—, tanto en su físico como en la ferocidad de su conducta⁴³⁹.

3.2.3.4.2.2. El Pavoroso Animal

Una de las aventuras más complicadas —y con toda probabilidad entre las que más interés y expectación creaban— es aquella en la que el héroe debe enfrentarse con una bestia híbrida. Esta suele caracterizarse por unas enormes proporciones y por una ferocidad y una apariencia terroríficas; de ahí que se relacione con el dragón o la serpiente gigante. Además, su concepción suele producirse «fuera de natura», es decir, su origen es fruto de alguna práctica poco habitual, como el incesto o alguna unión con seres también monstruosos o directamente con animales. Para provocar aún más espanto, suele vivir aislada o encerrada por su monstruosidad.

⁴³⁸ En el capítulo dedicado a los gigantes se ha comentado el esquema del mismo. Además, se remite de nuevo a los dos artículos de José Julio Martín Romero mencionados con anterioridad.

⁴³⁹ El grifo es el otro de los monstruos que López de Santa Catalina incluye en su obra, cuya aparición es más breve aún si cabe. Poco antes de la aventura del centauro (capítulo XXIV, páginas 130 a 132), Renaldos y Flordelisa alcanzan una cueva protegida por un gigante. Para mayor protección del lugar fadado, este mantiene atado con una cadena a un terrible grifo. Antes de morir, el jayán libera a la bestia, que se eleva hasta el cielo y se lanza en vuelo picado hacia Renaldos. En la segunda pasada del monstruo, el francés consigue cercenar uno de los pies del «ave rapante», quien desaparece bramando por el aire. El episodio es tan breve que apenas requiere una breve reseña, sin que ofrezca novedad o particularidad que merezca ser resaltada.

Para explicar su aparición en los libros de caballerías, suele mencionarse el ejemplo de la Bestia Ladradora, que aparece en el *Baladro del Sabio Merlín*⁴⁴⁰. Dentro del propio género caballeresco, destacan los casos del Endriago amadisiano, Patagón o Cerviferno, por emplear los más habituales en fechas cercanas al *Espejo de cavallerías*⁴⁴¹.

La simbología concedida a estos monstruos ha sido muy variada, pero, por lo general, se les ha atribuido una relación directa con el Mal; esto es, son la encarnación del pecado y, para la mentalidad de la época, es necesario observarlos y combatirlos para conocer el pecado y alejarse de él y de sus tentaciones⁴⁴².

Se ha citado con anterioridad al Endriago, con toda probabilidad la bestia híbrida más conocida de toda la literatura caballeresca⁴⁴³.

Tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había conchas sobrepuestas unas sobre otras tan fuertes, que ninguna arma las podía pasar, y las piernas y pies eran muy gruesos y recios. Y encima de los hombros había alas tan grandes, que fasta los pies le cubrían, y no de péndolas, mas de un cuero negro como la pez, luciente, velloso, tan fuerte que ninguna arma las podía empecer, con las cuales se cubría como lo ficiese un hombre con un escudo. Y debajo dellas le salían brazos muy fuertes así como de león, todos cubiertos de conchas más menudas que las del cuerpo, y las manos había de fechora de águila con cinco dedos, y las uñas tan fuertes y tan grandes, que en el mundo podía ser cosa tan fuerte que entre ellas entrase que luego no fuese desfecha. Dientes tenía dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un codo le salían, y los ojos, grandes y redondos, muy bermejos como brasas, así que de muy lueño, siendo de noche, eran vistos y todas las gentes huían dél. Saltaba y corría tan ligero, que no había venado que por pies se le pudiese escapar; comía y bebía pocas veces, y algunos tiempos, ningunas, que no sentía en ello pena ninguna. Toda su

⁴⁴⁰ Según se cuenta en esta obra, la Bestia Ladradora es fruto del amor incestuoso de dos hermanos, provocado por el diablo. Paloma Gracia, *Las señales del destino heroico*, Barcelona, Montesinos, 1991. En «La perra ladradora y el incesto de Arturo» y «El Endriago», pp. 68-73 y 73-80 respectivamente, explica la configuración de estas bestias, Ladradora y Endriago, y la simbología que representan, consecuencia clara de los nacimientos fruto de uniones incestuosas, que significaban, según creencia de la época, la procreación de monstruos. El episodio ha sido analizado, además por: Joan Ramos Resina, «La bestia maravillosa», en *La búsqueda del Grial*, Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 13-29; José Ramón Trujillo, «Magia y maravillas en la materia artúrica hispánica. Sueños, milagros y bestias en la *Demanda del Santo Grial*», en *Amadis de Gaula: quinientos años después...*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 789-818.

⁴⁴¹ José Julio Martín Romero, «Sobre el Endriago amadisiano y sus descendientes caballerescos», en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, eds. José Manuel Fradejas Ruedas, Déborah Dietrick Smithbauer, Demetrio Martín Sanz, M^a Jesús Díez Garretas, Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 1283-1298. Se ofrece un análisis exhaustivo de las similitudes y las diferencias entre el modelo del episodio de Montalvo y las bestias posteriores.

⁴⁴² Eduardo Pérez Díaz, «La lógica de lo monstruoso en el Infierno de Dante», *Culturas Populares. Revista Electrónica*, 5 (julio-diciembre 2007), p. 34.

⁴⁴³ El episodio ha sido analizado en profundidad por Juan Manuel Cacho Blecua, *Amadis: heroísmo mítico-cortesano*, Madrid, Cupsa, 1979, págs. 31 y 280-291; también, este mismo investigador, ofrece una acertada interpretación en las notas de su edición de la obra: p. 1131 y ss.; Juan Bautista Avalle-Arce, *Amadis de Gaula: El primitivo y el de Montalvo*, México, FCE, 1990, pp. 289-295; de igual modo, el artículo citado de José Julio Martín Romero.

holganza era matar hombres y las otras animalias vivas, y cuando fallaba leones y osos que algo se le defendían, tornaba muy sañudo, y echaba por sus narices un humo tan espantable, que semejava llamas de huego, y daba unas voces roncadas espantosas de oír; así que todas las cosas vivas huían antél como ante la muerte. Olía tan mal, que no había cosa que no emponzoñase; era tan espantoso cuando sacudía las conchas unas con otras y hacía crujir los dientes y las alas, que no parecía sino que la tierra facía estremecer. Tal es esta animalia Endriago llamado como vos digo —dijo el maestro Elisabad—. Y aún más vos digo, que la fuerza grande del pecado del gigante y de su fija causó que en él entrase el enemigo malo, que mucho en su fuerza y crueza acrecienta.⁴⁴⁴

La interpretación del episodio que hizo Juan Manuel Cacho Blecua⁴⁴⁵ es la más aceptada, tanto en el plano simbólico, como en el narrativo. Según sus palabras, el combate con la bestia es una lucha contra el ser diabólico —nacido del incesto, un pecado capital— y, además, significa el punto álgido de la personalidad caballeresca del héroe, no sólo por las heridas recibidas, sino porque supone un punto de inflexión en su fama y su consideración; a partir de ese momento, está por encima del resto de paladines.

A pesar de lo que pueda parecer y del modelo que supuso la obra del autor medinés, en especial para las primeras obras del género y de la centuria, no todos utilizaron el episodio del Endriago de la misma manera. Por el contrario, la mayoría de los escritores emplearon el concepto de bestia e incluyeron un episodio complicado, que significará un enorme esfuerzo para el caballero. Pero no siguieron los pasos y el sentido del monstruo amadisiano⁴⁴⁶.

Como no puede ser de otra manera, también en *Espejo de cavallerías* aparece una aventura terrorífica que se ajusta a los moldes exigidos. El protagonismo de la misma corresponde a Renaldos. Primero vive la aventura del barco encantado por su primo Malgesí que lo conduce hasta un palacio de cristal, obra de Angélica la Bella. Al enterarse del nombre de la propietaria, el de Montalbán huye al galope y regresa a la nave. En un primer momento, esta no se menea. A continuación, obra de la magia de su primo —como castigo por rechazar a la dama y los daños que esto le acarrea—, la navicilla navega a toda velocidad hasta que alcanza, al alba, una ribera. Al poco de descender, Renaldos topa con un anciano que le solicita

⁴⁴⁴ Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadis de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, pp. 1132-1134.

⁴⁴⁵ Juan Manuel Cacho Blecua, *Amadís: heroísmo mítico-cortesano*, Madrid, Cupsa, 1979, págs. 280-291.

⁴⁴⁶ José Julio Martín Romero, «Sobre el Endriago amadisiano y sus descendientes caballerescos», *op. cit.*, p. 1285: «Muchos escritores decidieron incluir un temible monstruo, recuerdo del Endriago, en las páginas de sus libros de cavallerías, pero no fueron tantos los que decidieron imitar el episodio completo del texto de Montalvo».

ayuda para una doncella que ha sido raptado por un gigante. Apenas se inicia el combate, cuando el jayán acciona una trampa en la que el caballero queda atrapado. Del castillo en el que se encuentran, sale una anciana que, al verlo, siente cierta compasión por su situación y el final que le espera.

Hasta aquí los precedentes. Es la propia anciana la que comunica a Renaldos que su destino es servir como alimento al monstruo que allí retienen en cerrado, al cual alimentan con los caballeros y damas que consiguen atrapar —con la dama y él mismo ya tienen para dos meses. A continuación, la vieja narra el origen de tal criatura⁴⁴⁷. El Pavoroso Animal, este es su nombre, es su propio hijo. Es «grande e disforme» y tiene «demonios en su cuerpo». Ella fue obligada a casarse con Grifonte, un gigante malo y cruel que, en compañía de cuatro gigantes más que son sus parientes, la obligó a abandonar el cristianismo. Fruto de esa unión, nació un hijo, también terrible. A los veinte años mató a su padre y amenazó a su madre para que se convirtiera en su esposa. Vivieron «en uno como marido e muger» mucho tiempo, hasta que ella decidió finalizar la relación abominable. Ella misma mandó construir una trampa y, con engaños, consiguió atraparlo. Nueve días después, comenzaron a escuchar «espantosos baladros que espanto ponían»:

vimos un fiero animal de grandeza de un grueso buey, de un cuero tan fuerte, que no basta arma ninguna a lo cortar, y tan fuertes e tajantes uñas tiene en los pies e manos, que ha acaecido poner dentro del corral unas armas colgando a manera de armado cavallero, e luego que las toma entre las manos e pies, las faze tan pequeñas piezas como un papel. E tiene la boca de una vara de medir, de la cual le salen dos tajantes colmillos que cortan como una espada cada uno d'ellos; e allende d'esto, es tan suzía e hidionda cosa, que no parece sino un infernal monstruo (XIX, 314).

Lo retienen encerrado porque, aquellos cuatro gigantes que servían a Grifonte, piensan que se trata de su antiguo jefe que regresará en cualquier momento. De esta manera, mientras esperan el cumplimiento de la profecía, cada mes ofrecen a un caballero o a una dama como sacrificio.

Tras escuchar el relato, Renaldos consigue persuadir a la anciana para que lo dejen armado como está, con la esperanza de ofrecer alguna resistencia. Dos

⁴⁴⁷ «En el terreno literario, la maravilla se transmite mediante ciertos procedimientos. El narrador explica las causas o el origen de la maravilla (génesis del monstruo, por ejemplo) y la describe con un tono y unos recursos literarios destinados a causar admiración o espanto», Joaquín Rubio Tovar, *op. cit.*, 2006, p. 125.

gigantes lo hasta la parte alta del muro que rodea el recinto donde está encerrado el monstruo. De repente, de una cueva «oscura y peligrosa», aparece

el diabólico y abominable animal, cruxendo los tajantes colmillos uno con otro, e por las narizes e orejas echando un muy infernal e hidiondo fumo, e de los dos grandes ojos parecía salirle llamas ardientes de fuego; e con un perezoso paso, bramando, se viene para don Renaldos, el qual, de que assí tan espantable para sí le vido venir, bien creído tenía que, si Dios milagrosamente no le librava, que allí moriría. Pero, aunque la muerte contava por muy cierta, propuso de fazer todas sus fuerças antes que la muerte le viniese (XIX, 316).

Para espanto de Renaldos, los golpes no le causan daño alguno, no consigue herirlo. Cansado de su continuo golpear, el caballero decide subirse de nuevo al muro para dilucidar cómo va a superar este lance.

Mientras todo esto tiene lugar, Malgesí informa a Angélica de lo que ha dispuesto para Renaldos. La dama amenaza con un terrible castigo si algo malo le sucede al paladín. Juntos acuden al rescate, si bien ella permanece oculta para evitar el rechazo del francés. Malgesí le cuenta todo a Renaldos y le ofrece a su ayuda. Esta consiste en unas cuerdas de cáñamo para atar al monstruo, así como un pan de cera grande «conficionado con cosas pegajosas». Como se espera, el animal toma el pan, que de inmediato se le pega en la boca, y se destroza la boca con sus propias garras al intentar desprenderse de él. En ese preciso instante, cae en los lazos y queda de lado, por lo que rápidamente le atan el otro pie. Nada puede hacer ya. Maniatado como está, solo queda esperar el desenlace:

con la espada le quebró los dos ojos, y el animal dava los mayores y más fieros aullidos del mundo. E luego tomó la grande e ferrada maça y diole tantos golpes fasta que lo mató; e desque muerto le vido, empeçole a quebrar los braços e los pies hasta que se lo hizo menuzos (XX, 320).

Si se compara este episodio con el del Endriago, guarda ciertas similitudes, pero al mismo tiempo se distancian en varios aspectos. Las coincidencias se refieren a los aspectos quizás más generales⁴⁴⁸. Renaldos no viaja por mar, pero, de alguna manera, sí que coinciden en el medio acuático —en este caso, agua dulce—, pues está en la nave encantada. El combate contra el terrible monstruo y la muerte de este son los dos elementos que mayor relación guardan. Pero sorprende un tanto

⁴⁴⁸ «La descripción se ajusta siempre a los mismos esquemas y podría decirse que se convierte en un *praexercitamentum*», M^a Carmen Marín Pina, *Paginas de sueños*, *op. cit.* p. 326.

la violencia de Renaldos, que roza casi el ensañamiento. Primero en los ojos y después al descuartizar al animal finado. También comparten parte de su origen con tintes diabólicos, ya que ambos son hijos de gigantes y fruto de una unión distinta⁴⁴⁹. El Pavoroso Animal no es fruto del incesto⁴⁵⁰, pero sí que es fruto de una relación no del todo natural, con los tintes satánicos que conllevan la conversión forzosa de la madre.

Las diferencias son más numerosas, lo que plantea la presuposición de un interés claro del autor toledano por diferenciarse por el modelo y crear su propia criatura. Llama la atención que, a pesar de la ferocidad y la invulnerabilidad del monstruo, Renaldos no recibe herida alguna. El animal apenas hace nada salvo recibir golpes, si bien, ninguna le causa daño real debido a la dura piel que lo protege. Durante el combate, aunque el de Montalbán invoca a la Virgen y alude a la protección divina, la ayuda le llega en realidad de Angélica, a la que repudia. Es gracias a la magia y a las mañas de su primo Malgesí como consigue superar la prueba y acabar la prueba.

El análisis del episodio invita a pensar que el Pavoroso Animal no es heredero directo del Endriago y que su aparición se ajusta a la obligatoriedad de incluir un episodio similar. López de Santa Catalina quiere, como el resto de autores, ensalzar la figura de uno de los héroes protagonistas, Renaldos, pero pierde la simbología del episodio amadisiano. La belleza y la bondad de Renaldos —extensibles a cualquier caballero cristiano— resaltan por encima de la monstruosidad y la maldad del híbrido, que además vive en medio del terror que causa y es fruto, no del amor, sino de una relación no natural.

El episodio del Pavoroso Animal es una muestra de la evolución que sufrió el combate contra estas bestias híbridas, si bien en un primer momento reflejo de la lucha con un ser diabólico encarnación del mal, después una mera aventura fantástica más. En otras palabras, una pretensión del autor toledano por separarse

⁴⁴⁹ José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales, *Los libros de caballerías castellanos (siglo XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, p. 213.

⁴⁵⁰ «El incesto, como se sabe, fue duramente perseguido y condenado por la Iglesia, que, con el fin de acabar con usos matrimoniales considerados inaceptables, difundió la idea de que las relaciones consanguíneas generaban monstruos», M^a Carmen Marín Pina, *Páginas de sueños, op. cit.* p. 316. George Duby, *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal*, Madrid, Taurus, 2013. En este estudio, el investigador francés aborda el tema del matrimonio y la intervención de la Iglesia; en concreto, analiza la política eclesiástica desde el año mil hasta el siglo XIII, destinada a controlar las uniones matrimoniales y evitar las uniones en las que existieran relaciones de parentesco.

del modelo del género, de manera que los lectores percibieran rápido las diferencias con el *Amadís* y pudieran valorar las novedades aportadas por él⁴⁵¹.

⁴⁵¹ Conclusiones similares ofrece José Julio Martín Romero en *op. cit.*, pp. 1297-1298, si bien este investigador lo hace extensible a las varias obras que analiza en comparación con la obra del medinés.

**B. EDICIÓN DEL LIBRO PRIMERO DE
*ESPEJO DE CAVALLERÍAS***

1. Descripción del ejemplar

El 27 de octubre de 1525 ve la luz la edición del *Espejo de cavallerías*, de Pedro López de Santa Catalina, impreso en Toledo, en los talleres de Gaspar de Ávila. El único ejemplar que ha permanecido de esta *principes* se conserva en el Archivio di Stato de la ciudad toscana de Lucca.

Por desgracia, este volumen no contiene el folio primero, que contendría, con toda probabilidad, la portada, el incipit y el prólogo. Para su reproducción, se ha recurrido a un ejemplar de la segunda edición (Sevilla, Jacome Cromberger, 1533), en concreto, el que conserva en la Biblioteca Nacional de España, signatura R/2533. La particularidad de esta segunda edición es que contiene los dos primeros libros del ciclo.

La portada muestra, como figura central que abarca casi la totalidad de la misma, la figura de un caballero jinete con la espada desenvainada y con el caballo en posición de corbeta, con las manos delanteras alzadas. En el ángulo superior derecho, aparece un castillo, con la pretensión de crear perspectiva y profundidad. Este grabado de la portada (157x145 mm) se utilizó en varias obras. En la parte inferior de la portada, en siete líneas ajustadas a la disposición típica que asemeja a un triángulo invertido, aparece el título xilografiado en letras góticas. Todo está en rojo, salvo el nombre de los protagonistas, en negro: «don Roldan», «Angelica la bella», «Galafrō», «don Renaldos» y «Marfisa». Esto puede deberse a la habitual estrategia publicitaria, con la que se pretendía atraer al lector. La primera de las líneas, que contiene el título, se muestra en un tamaño mayor: «Espejo de cauallerías en el qual se ueran los grandes». Toda la portada está orlada con diversas y variadas piezas, desde motivos florales en los laterales y superior; por el contrario, el margen inferior muestra dos grabados que asemejan ser ciudades y uno central más variado con dos aves a cada lado.

El título completo es:

Espejo de cauallerias en el qual se ueran los grandes | fechos: y
espantosas auenturas que el conde don Roldanpor amores de | Angelica
la bella/ hija del rey Galafron acabo: τ las grandes τ muy | fermosas
cauallerias que don Renaldos de montaluan: y la | alta Marfisa: τ los

paladines fizieron: assi en batallas | campales como en cauallerosas
empre-lsas que tomaron. | ✕

En definitiva, el título muestra, casi en primera instancia, el nombre de los personajes principales, «don Roldan» y «don Renaldos», lo que puede significar un intento por promocionar la obra y ubicarla en el contexto del ciclo carolingio al relacionarla con unos héroes harto conocidos (así lo demuestra el que aparezcan resaltadas en color negro). Además de esto, con la inclusión de los epítetos «grandes» y «espantosas», asociados a «fechos» y «aventuras», o «grandes» y «muy famosas» con «cauallerias» —por si quedaba alguna del género editorial al que pertenece—, se recurre a la típica estrategia publicitaria de mercado con la que se pretendía captar la atención de los lectores.

En cuanto a los preliminares, no hay dedicatoria, privilegio, aprobaciones, licencias, escritos de otros autores ni poesías. En primer lugar aparecen el incipit y un prólogo literario (Lámina a), sin ningún tipo de ornamento y ajustados al tamaño y tipo habituales de la obra. Por lo que respecta a este último, el adaptador —más que traductor, ya que moldea la materia original a sus propósitos— despliega una amplia gama de tópicos, por otra parte, algunos de los más habituales de los libros de caballerías, para lograr la *captatio benevolentiae* del público: la metáfora náutica para referirse a la escritura, interés de la obra, rescatarla para la lengua castellana, las dificultades provocadas por las críticas, «insoportable cosa de sufrir», para terminar con la disculpa por los errores.

El incipit, encima del prólogo, tipográficamente muestra el mismo tamaño de la letra del cuerpo de la obra, si bien la primera línea es ligeramente mayor. El contenido se ajusta a la estructura más habitual de estos libros de caballerías: resumen del contenido (aventuras del «muy esforçado e inuencible cauallero el conde don Roldan», acompañados de Renaldos y otros «grandes caualleros»); el título de la obra («Espejo de cauallerias»), en este caso, el mismo que el de la portada y la dedicatoria («muy magnífico señor don Martín de cordoua y velasco, señor delas villas de alcaudete e de monte mayor, corregidor al presente enla imperial ciudad de Toledo »).

El *Espejo* muestra un tamaño de encuadernación de 304x227 mm, que se ajusta al formato característico del género, el tamaño folio, de 292x208 mm.

Tipográficamente muestra una caja de escritura de 243x151 mm. En doble columna, con la excepción del folio primero donde aparecen el incipit y el prólogo, además del folio 169v, que combina ambas disposiciones: la doble columna para el final de la obra y el colofón en una sola, con la habitual apariencia de pirámide invertida. El preliminar, que contiene el incipit y el prólogo, se ajustan a 46 líneas. Carecen de foliación. El título de «Prólogo» aparece centrado, aunque con una cierta ponderación hacia la derecha, bajo el incipit. En cambio, el f. 1r, con el título del primer capítulo, se reduce a 43 líneas. El resto de la obra se ajusta a dos columnas y 46 líneas por cada una (196x72 mm, intercolumnio mm). Algunas excepciones a esto son: f. LVIIIr (47 líneas), f. LIXv (48 líneas, la última manuscrita), f. LXr (47 líneas).

El número total de folios es de ciento sesenta y nueve. Si bien el estado de conservación es óptimo, no se han conservado algunos folios: el ya mencionado f. I, que corresponde con el i del cuaderno *a*; el f. XVII, y por tanto el i del cuaderno *c*; el f. XXXII, correspondiente al ocho del cuaderno *d*; por último, el f. XXXIII, que sería el i del cuaderno *e*⁴⁵².

Los folios que contienen títulos de capítulos se ajustan a 43 líneas. En el texto, cada uno de los folios ofrece una cabecera del recto del folio, cada una centrada en el folio y entre las columnas. La distribución es la que sigue: f. IIr, «Primera parte de espejo de cauallerias» (Lámina b), centrado en la página a una columna. En los versos vueltos existe mayor homogeneidad: a partir del f. IIv, «Primera parte». Más variedad presentan los versos rectos: a partir de f. IIIr, «de espejo de cauallerias», pero también «Espejo de cauall'ias» y «Spejo de cauall'ias» (Lámina f).

En el borde superior derecho «fo.» seguido del número en romanos. Se observan los siguientes errores: el folio 25, que aparece como [XXVI]; el folio 34, que se cifra como [XXXIX]; el folio 57, numerado como [LV]; el folio 92, enumerado como [XCI]; el folio 109, contado como [XCIX]; el folio 118, cifrado como [CXVI]; el folio 137, anotado como [CXXXIX]; el folio 138, que se anota como [CLX]; el folio 144, que se numera como [CXLVI]; el folio 149, numerado como [XLIX]; y el folio 168, que se cifra como [CLVII].

⁴⁵² Aparecen en blanco en el original, detalle que, con bastante probabilidad, se deba a una encuadernación posterior.

En el borde inferior derecho aparece el cuaderno y el número. Aparecen ordenados mediante el sistema alfabético, en concreto, a-x. Se ajustan al siguiente esquema: La mayoría —a-v— se componen de ocho folios, con numeración romana de los cuatro primeros (a_i, a_{ii}, a_{iii}, a_{iiii}). La excepción es el último cuaderno —x—, que en lugar de ocho se compone de diez folios, aunque, para ser más exactos, son 9. El esquema sería: a-v⁸ x⁹. Como particularidad, en el cuaderno *h* aparece h_{iiii} manuscrito (f. LXr).

Letra gótica de Tortis de cuerpo mayor para la primera línea del título, comienzo del incipit, el «Prologo», las cabeceras y la foliación con su numeración, primera línea del capítulo primero y el inicio de ese mismo capítulo y el inicio del colofón y el «con privilegio de sus magestades» que cierra la obra. Para el resto del texto —incluidas las líneas del título, el incipit—, la misma letra en cuerpo más pequeño, tipo 98. Todo escrito con tinta negra. Una letra capital de gran tamaño en el primer capítulo, 35x35 mm (7 líneas de texto; lámina g). Las que aparecen al inicio de cada capítulo son de 20x20 mm (4 líneas de texto; láminas h, i)⁴⁵³. Por lo que respecta a la medida de la letra, existe cierta variedad. En la cabecera, la mayúscula son de 7 mm y las minúsculas de 5mm, con excepción de las letras altas, como por ejemplo la *l*: 6mm. En cuanto al número de foliación, existe diferente media entre la F y el número romano, de 9 y 5 mm respectivamente. Por último, en el cuerpo del texto las minúsculas se ajustan a 3 mm, con la salvedad de las letras largas, tipo *l*, *b* o *ſ*: 4 mm; esta misma medida muestran las mayúsculas.

A partir del folio LXXVv aparecen algunas anotaciones a lápiz. Son palabras traducidas al italiano. Así se puede comprobar en los siguientes folios: el citado LXXVv, en el LXXVIv, f. LXXVIIIv, CIr, CIv, CIIr, CIIIr y v, CVr. A este respecto, cabe destacar una última anotación manuscrita al final de la obra «a 27 Decembre 1525». Supondría una errata si se toma como referencia la fecha de impresión: 27 de octubre de 1525.

⁴⁵³ Como curiosidad, la capital que inicia el capítulo XXXV (f. LIVr) aparece sin recuadro y muestra solo la Q.

1.1. Láminas explicativas y letrería

a. Incipit y Prólogo edición de Sevilla (1533)

Comiença la hystoria del muy esforçado e inuencible cauallero

el conde don Roldã / en la qual se cuentan los notables e muy maravillosos fechos q̄ hizo / e muy espantosas auenturas q̄ por amores de Angelica la bella acabo. E otras muchas cauallerosas obras q̄ dō Rernaldos de motaluã e otros grãdes caualleros fizierō: assi de los paladines de frãcia como de otras diuersas naciones. Por lo q̄ es intitulado Espejo de cauallias Dirigido al muy magnifico señor don Martin de cordoua y velasco / señor de las villas de alcãudete e de monte mayor / corregidor al presente en la imperial ciudad de Toledo.

Prologo.

S Elen los muenos navegãtes muy magnifico señor en el tẽpestuoso mar quãdo las aceleradas tormẽtas sobreueniẽ auer mas temor q̄ los habituados costarios: los quales ya de tales sobrecaltos sufrir son maestros: e puesto q̄ los vnos e los otros en tales casos de temor no carezcan al menos la cõtinuaciõ del abito e la nouedad del acideẽe los grados del temor augmẽta o disminuye. Assi yo novel escodriñador de antigüas hystorias andãdo mirãdo diuersidad de libros / los q̄les cõ soberano estylo en lẽgua toscana escritos estauã. E no q̄ ami parecer mas alegrez mejor q̄ los otros de su calidad era halle llamado Roldã enamorado. En el q̄l tãtas e tã grãdes auenturas vi escritas: assi del conde don Rernaldos de motaluã su primo e de otros diuersos caualleros: q̄ jamas otro libro de mas parte tiempo ni mas biẽ ordenado ley. E pareciome no cõuenible cosa querer yo solo gozar de su lectura de rãdo cosa tan aplazible de baxo de estrãgera lẽgua escõdida. Puesto q̄ muchos la entendiẽ: determine cõ deliberada voluntad de la traduzir en nro sermõ espanol del mejor e mas cõpuessto estylo q̄ cõ la rudeza de mi boto ingenio alcãgar pude. E por no me engolfar con la pequẽña nauẽ de mi insuficiẽcia en el mar de la muchedũbre de los juyzios de las desidoras lẽguas / muchas de las q̄les estan llenas de tãtos reproches e aparejadas antes las reprehensionẽs q̄ a otros virtuosos exercicios / quise la comẽçada obra rõper: e ayn muchas vezes lo efecuar si las manos de muchos señores e amigos mios no me lo impidierã porque bo uiera yo por mejor q̄ fuera mi trabajo en vano / ayn que la corona de pfeuerãcia no mereciera: que no someter me alas innumerables reprehensionẽs de subtiles e botos entendimẽtos / porq̄ los arduos ingenios q̄ mas e mejor ornãmẽto de vocablos alcãgarẽ: e otro mas alto estylo supierẽ ternã en poco esta mi no biẽ traduzida hystoria: e los que tanto como en ella esta no entendiẽ / ayn que poco no dexaran con mordicãtias reprehensionẽs de reprochar al autor. E lo qual es intolerable cosa de sufrir. Pues viẽdo en tales cõbates las velas de mi entendimẽto metidas tãtos e tan rezios que el mastel delgado de mi pequẽño saber a cada parte doblegã / ya q̄ no puedo dexar de auer entrado en este tẽpestuoso golfo: acõrde de ende rezar el gouernalle ayn tal puerto dõde con mucho sosiego pudiesse tener repofada seguridad / por lo qual a vra muy magnifica psona digna de otros rãdõres mas soberanos: esta mal corregida obra endereçar quise: porq̄ de su fauor assegurada / ayn q̄ ella de suyo nada o poca cosa merezca en qualquier parte q̄ fuere vista sea en mayor grado tenida. E puesto que mi atreuimẽto por endereçar cosa tan pequẽña a psona de sublime merecimẽto cabe merezca castigo. E la magnanimidad del poderoso rey rãres cuya benigna presençia en mi memoria cõmẽplo. El q̄l entre los innumerables presentes de sus vassallos / vna poca agua de vn pobre fãdido supyo no desdẽño rreçibir: me dio balas a fazer a vra merced este pequẽñito seruicio: suplicãdo mire cõ benigno o ayo mi desseo puesto q̄ esta pequẽña obra sea en desiguall grado menor / porq̄ aceptar este pẽte me fera grãdissima remuneraciõ de mi pasado trabajo. El q̄l suplico a vra merced no desdẽne / pues las sobras de la grandeza de su virtud puedẽ las faltas desta obra soldar. Cuya vida cõ prosperidad e agumento de estado: ni ore dẽpto: acreçiente por muchos años. Amen.

b. «Capítulo primero», edición de Toledo (1525)

Primeraparte de espejo de cavallerías ffo.ii

Capítulo primero en que se recuentan las grandes fiestas que el emperador Carlos magno de Francia en la gran ciudad de Paris ordeno: e de la gran copia de cavalleros unii estrangeros como naturales que para las honrar fueron ayuntados.



Mas bystorias antiguas de Francia vna mas verdadera poeina no dlarçodispesõ Zurpin se halla: en la qual cuenta q en las partes de oriente avia vn rey por nombre llamado Sadasso / de estado poderoso / y de riquezas abundante: e muy valiente de su persona / tal que por la mucha valètia que en si sentia no estimava a todo el mundo en nada / creyendo estar en su querer sojuzgalle y traerle a su mandado. Era de muy grãde estatura e fuerças: e como muchas vezes oyesse dezir las maravillosas cosas que los paladinos de Francia de cõtinuo hacian / en especial los fechos de don Roldan e de su primo don Renaldos de mõtalian / propuso en su coraçõ de passar en Francia e no repolar fasta ganar de don Roldan su espada durlindana y el cavallo de Renaldos llamado Bayarte. Muchos de los grandes de su rey no le dixerõ que era grãde empresa e dificultosa de acabar: ca bien auia oydido dezir / e algunos de vista e prueva lo sabian que no eran personas Roldan y Renaldos que tales joyas dexarian a otro ganar: pero por mas e mas que le dixerõ no le pndierõ quitar de la voluntad lo que avia determinado: e por toda su tierra hizo llamamiento e mandò que todos los de armas tomar se juntassen lo grandes penes: de forma que en poco espacio junto ciento e cincuenta mil cavalleros muy adereçados e bie-

sros en la guerra para passar en Francia / prometiendo a todos que el solo por su persona se ofrecia de ganar la espada a Roldan y el cavallo a Renaldos. E boziendo por la mar vna muy lizada armada se entro en ella con toda su gente. Al qual dexaremos navegar la buelta de España por cõtar lo que en este tiempo acaescio en Francia: y es que el emperador hizo ordenar vnas justas para pasqua flozida: alas quales fueron juntos muchos cavalleros assi de los de Francia como de los de España. Allí se aparejaron los paladines todos cada vno ordenando sus inuenciones por ser mas mirado. Y sabido por todas partes el seguro del emperador vinierõ muchos paganos por se prouar en aqllas justas: Allí vino el rey Brandonio y el fuerte Ferraguto / y el rey Balugate y el rey Insoler y Serpentin el brauo: e otros muchos grandes señores: e cavalleros tantos y tales q a penas en la grã ciudad de Paris cabian: no se veyan en la ciudad otra cosa sino tonar dviertosos instrumentos / e cavallos muy fermosos de muchas riquezas emparametados / joyas e ornamentos de guerra muy riquissimos tantos que lengua humana no los podria cõtar / q cada vno se porfia del otro facava e inuentava por ganar la pries y honra e por agradecer al emperador en estos exercicios. Ya se llegaua la pasqua quando las justas se auia de hazer / el emperador cobido a todos aquellos grãdes señores que alas justas eran venidos e a los que en su corte estauan a comer aquel dia: e fueron hallados en el combite veynte e dos mil ca-

a ii

c. Colofón, edición de Toledo (1525)

Aquí fenecce la primera parte desta hystoria llama
 mada Espejo de cauallerias traduzida de lengua toscana en
 nuestro vulgar castellano por Perolopez de Santa La
 salina vezino desta muy noble ciudad de Toledo.
 Fue impressa en la mesma ymperial ciudad
 por Gaspar de auila. Acabose a veynte
 y siete dias del mes de Octubre.
 Año del nascimiento de nue
 stro saluador Jesu xpo
 de mil e quinien
 tos e veyn
 te y cinco
 años.

Con preuilegio de sus magestades.

a 27. de octubre 1525

d. Última línea f. LVIIIr, edición de Toledo (1525)

dezir: o buē cauall'o si supieses quiē sō los
 q̄ en la villa estā e como por vna mala mu
 ger fija d'el rey galafro hā p'dido sus bonz
 sa auia su real asēnado dōde todo este dia
 reposarō y rendos en otra rica tienda a
 de la tienda de marfisa.

b ii

e. Última línea f. LIXv, edición de Toledo (1525)

en el valle peligroso andando en busca de
 flor de lisa.

manana yo caunigo en un cauano y preso
 como de ate abuscar por vna pie e otra fa
 sta q̄ el sol era salido: e ya q̄ adaua casi de f
 mayado por da la espanta de fallaz asi

- f. Muestra cabecera distinta: f. CLXIIr, edición de Toledo (1525)

Espejo de cavallerías **f. CLXII.**
noe al buen enaldos para selas besar, gran: despedidos los friuoles nubia
pues dellas la vida bienaventurada a dos que los ocupan. En aquesta hoz

- g. Muestra capital inicio de texto: f. IIr, edición de Toledo (1525)



- h. Muestra capital inicio de capítulo IX: f. Xr, edición de Toledo (1525)



- i. Muestra capital inicio capítulo XXII: f. XXXIIIv, edición de Toledo (1525)



2. Criterios de edición

A día de hoy, no existe edición moderna del *Espejo de cavallerías*, de Pedro López de Santa Catalina, impresa por Gaspar de Ávila Toledo en 1525 (27 de octubre), en la ciudad de Toledo. Para la labor de edición se ha utilizado el único ejemplar conservado de la *princeps*, que se conserva en el Archivio di Stato de la ciudad toscana de Lucca. No obstante, para completar las ausencias que presenta el original (la portada, el primer folio y otros, así como alguna línea que aparece manuscrita), se ha recurrido a un ejemplar de la segunda edición, publicada en Sevilla por Juan Cromberger, en 1533 (tiene la particularidad de contener los dos primeros libros del ciclo). Se conserva un ejemplar del mismo en la biblioteca Nacional de España, signatura R/2533.

Uno de los objetivos principales del presente trabajo es dar a conocer la obra al lector moderno, si bien en su mayoría especialista. Por ello, gracias a la labor de difusión del Centro de Estudios Cervantinos para con los libros de caballerías, la edición de la obra nace enfocada para su publicación en la colección *Libros de Rocinante*, por lo que, para la preparación de la edición se han seguido las normas de la misma. Dicho esto, se detallan a continuación los criterios de edición que se han seguido:

1. La acentuación se ajusta a los criterios actuales. Lo mismo para el uso de signos de interrogación y exclamación, necesarios para la comprensión del texto, aunque estén ausentes en numerosas ocasiones. Para la acentuación, también se ha tenido en cuenta el valor diacrítico de la misma para estos casos:
 - á (verbo) / a preposición
 - é (verbo) / e (conjunción)
 - dé (verbo) / de (preposición)
 - só (verbo) / so (preposición y pronombre posesivo)
 - ál (indefinido, con valor de “otro”) / al (contracción)
2. También se ha distinguido entre *vos* / *vós* y *nos* / *nós* según sean átonos o tónicos, y atendiendo a su función sintáctica.
3. Las abreviaturas se desarrollan sin previo aviso, incluidas las correspondientes a los capítulos.
4. Se mantienen las vacilaciones vocálicas.

5. La *s* alta se transcribe como *s* normal.
6. Se reserva el uso de la grafía *i* para el valor vocálico, incluso en los casos de contextos semivocálicos en los que suele aparecer la grafía *y* (*cuydar* / *cuidar*, *ayre* / *aire*, *traycion* / *traición*, *reyno* / *reino*); mientras que se reserva *j* para el valor consonántico prepalatal (*coraje*, *justicia*). Por el contrario, se mantiene el uso de *y* para los siguientes casos: [1] la posición final absoluta de palabra (*muy*, *rey*), [2] la conjunción copulativa, y [3] el valor consonántico mediopalatal (*cuio* / *cuyo*). Se ha mantenido *y* en los nombres propios de la ficción de la novela: *Naymo*.
7. La grafía *u* con valor consonántico se transcribe *v* y a la inversa, la *v* por *u*. De este modo, *auenturas* se transcribe *aventuras*; *vsado* / *usado*.
8. Se mantiene la alternancia entre *b* y *v* conforme al texto base: *bozes*, *rebuelta*, *vandera*, *cavallero*.
9. Se respeta el consonantismo del texto base, incluso en los casos de alternancia, como el empleo de nasal *-m-* o *-n-* ante bilabial *-p-*, *-b-* (*enperador* / *emperador*). Así, cuando la nasal aparece abreviada ante bilabial, se resuelve la abreviatura transcribiendo por el uso predominante en el texto (que suele ser *n*: *canpo*, *tenblar*). Por lo que respecta a la ausencia o presencia de *h* y su alternancia, se sigue el texto base (*desonra*, *ovo* / *hovo*, *había* / *avía*); pero se han eliminado aquellas que carecen de valor etimológico (*hedificio* / *edificio*, *hedad* / *edad*, *hale* / *a le*, *retraher* / *retraer*). No obstante, se interviene en los siguientes casos:
 - 9.1. Se mantiene la grafía *qu-* ante las vocales *e* / *i* (*que*, *quien...*), pero se transcribe como *c* (/k/) seguido de *a* / *o* / *u*, aunque sea tónico (*quando* / *cuando*, *qual* / *cual*, *quaderno* / *cuaderno*).
 - 9.2. Los grupos se han normalizado: [1] **ch-** se reserva para su valor palatal y se sustituye cuando tiene sonido velar /k/ (*charidad* / *caridad*, *Archiloro* / *Arquilorro*); [2] **th-** se reduce a la dental *t* (*thesoro* / *tesoro*); [3] **-ph-** se sustituye por la fricativa *f* (*prophecia* / *profecía*, *seraphin* / *serafín*). Sí se han mantenido los grupos que tienen un reflejo fonético: **-bd-** (*cobdicia* / *codicia*, *cobdo* / *codo*, *súbditos* / *súditos*, *dubdar* / *dudar*); **-pt-** (*escripto* / *escrito*, *emptar* / *tentar*, *Redemptor* / *Redentor*); **-ct-** (*efectuar* / *efetuar*, *perfecto* / *perfeto*, *victoria* / *vitoria*). En el caso de las geminadas, se ha

- optado por establecer el valor meramente gráfico y se han reducido (*peccado / pecado, officio / oficio, opportuno / oportuno*).
- 9.3. La alternancia *g/j* se mantiene en casos como *escoger y recojer*.
- 9.4. Para el reparto entre *-s-* / *-ss-* y de *j* / *x* se mantiene la alternancia del texto base (*deseo / desseo, necesidad / necesidad; dixo, ejército, ejercicios, vejez, consejero*).
- 9.5. La grafía *ç* se mantiene ante *a, o, u* (*cabeça, braço*), mientras que *c* ante *e, i* (*cevo, encima*). En ambos casos, se ha restaurado según este criterio cuando ha sido necesario. La alternancia *c/z* se mantiene según el texto base (*decir / dezir*).
- 9.6. Se mantiene la alternancia entre *-ss-* y *-s-* intervocálicas, según el texto base, en casos como *passo y paso* o *apossentos y aposentos*.
- 9.7. El uso de *r/rr* se ajusta a las normas actuales. Así, la vibrante simple *r* se usa al inicio de palabra como tras consonante (*Razon, rrazón / razón, onrra / onra*) y la grafía *rr* para la vibrante múltiple (*aredrar / arredrar, tierra / tierra*).
- 9.8. Se mantiene la alternancia *f/h* al inicio de palabra, según el texto base, en casos como *fijo e hijo*.
- 9.9. Los casos que empiezan por *sp* se han mantenido (*spíritu*).
10. Se aplica la norma vigente para la unión y separación de palabras, con la excepción de aquellas secuencias que pueden llegar a confundir debido a su fusión: *dello / d'ello, del / d'el, d'él, nos / n'os, yos / y'os*. Además, los adverbios en *-mente* se escriben en una sola palabra.
11. Se respeta la alternancia de formas analíticas y sintéticas en casos como *do* y *donde*.
12. Se ha regularizado el empleo de mayúsculas y minúsculas conforme a la norma vigente. Así, se transcriben en minúscula las palabras que denotan autoridad o cargo público (*Carlos, emperador de Francia*), si bien se mantiene la mayúscula cuando no acompaña al nombre del personaje (*Emperador de Tartaria, Rey de Garamanta*). Para el sobrenombre, se escribe caballero en mayúsculas (*Caballero del Escudo Dorado*). Aparecen en mayúscula los nombres abstractos que se refieren a alguna divinidad (*Fortuna*).

13. Cuando los topónimos y antropónimos presentan dos o más variantes, se han regularizado para facilitar la lectura y evitar así notas innecesarias. Se ha optado por el término con mayor número de presencias en el texto:
- *Reinaldos, Renaldos* → *Renaldos*
 - *Roldán, Reldán* → *Roldán*
 - *Rubicano, Rubicán* → *Rubicano*
 - *Bayardo, Bayarte* → *Bayardo*
 - *Ricardo, Richarte, Rizardeto* → *Ricardo*
 - *Durindana, Durlindana, Dirindana* → *Durindana*
 - *Mantaván, Montaván, Montelván* → *Montaván*;
 - *Sueza, Sarza* → *Sarza*
 - *Rugiero, Rugier* → *Rugiero*
 - *de Risa, de Rosia* → *de Risa*
14. Se ha regularizado la puntuación conforme a las normas vigentes para facilitar la lectura del texto, si bien se ha intentado respetar la prosodia propia de los textos caballerescos.
15. Las enmiendas al texto se indican entre corchetes cuadrados [] cuando son adiciones, y entre ángulos <> las supresiones. Así, en nota se indica cómo aparecen en el original de la primera edición o, en su defecto, de la segunda (To¹⁵²⁵, Se¹⁵³³).
16. Con el propósito de presentar el texto del modo más legible, para evitar una superposición de marcas de corrección, los errores que aparecen en la numeración de los folios se han enmendado indicando entre ángulos el número erróneo, tal y como aparece en el texto, y junto a éste, entre corchetes, la cifra correcta: <99r> [109r].
17. Se mantiene la alternancia *y/e* para la conjunción copulativa según muestra el texto.
18. El signo tironiano se transcribe siempre como *e*.

3. Edición del libro primero de *Espejo de caballerías*

[⁴⁵⁴Comiença la historia del muy esforçado e invencible cavallero el conde don Roldán, en la cual se cuentan los notables e muy maravillosos fechos que hizo, e muy espantosas aventuras que por amores de Angélica la Bella acabó; e otras muchas cavallerosas obras que don Renaldos de Montalván e otros grandes cavalleros fizieron, assí de los paladines de Francia como de otras diversas naciones; por lo cual, es intitulado *Espejo de cavallerías*. Dirigido al muy magnífico señor don Martín de Córdoba y Velasco, señor de las villas de Alcaudete e de Montemayor, Corregidor al presente en la imperial ciudad de Toledo.

Prólogo

Suelen los nuevos navegantes, muy magnífico señor, en el tempestuoso mar, cuando las aceleradas tormentas sobrevienen, aver más temor que los habitados cossarios, los cuales ya, de tales sobresaltos sufrir, son maestros; e puesto que los unos e los otros en tales casos de temor no carezcan, a lo menos la continuación del ábito e la novedad del accidente los grados del temor aumenta o disminuye. Assí yo, novel escodriñador de antiguas historias, andando mirando diversidad de libros, los cuales con soberano estilo en lengua toscana escritos estavan, uno, que a mi parecer más alegre e mejor que los otros de su calidad era, hallé, llamado *Roldán enamorado*⁴⁵⁵, en el cual tantas e tan grandes aventuras vi escritas, assí d'él como de don Renaldos de Montalván, su primo, e de otros diversos cavalleros, que jamás otro libro de más pasatienpo ni más bien ordenado leí. E pareciome no conveniente cosa querer yo solo gozar de su letura, dexando cosa tan aplazible debaxo de estrangera lengua escondida. Puesto que muchos [no] la entienden, determiné, con deliberada voluntad, de la traduzir en nuestro sermón español del mejor e más compuesto estilo que con la rudeza de mi boto ingenio alcançar pude. E por no me engolfar con la pequeña nave de mi insuficencia en el mar de la muchedumbre de los juizios de las

⁴⁵⁴ Tal y como se ha indicado en el Estudio, el ejemplar de la *princeps* que se ha utilizado no conserva el folio primero, en el que aparecían la portada, el incipit y el prologo. Para la transcripción de estos dos últimos paratextos se ha utilizado el ejemplar de la segunda edición (Sevilla, Juan Cromberger, 1533) que se encuentra en la Biblioteca Nacional de España (R/2533). Existe copia digitalizada en la Biblioteca Digital Hispánica en el siguiente enlace: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000012404&page=1>.

⁴⁵⁵ Se trata del poema caballeresco italiano *Orlando Innamorato*, escrito por Matteo Maria Boiardo entre 1482 y 1494; quedó inconcluso por la muerte del autor.

dezidoras lenguas, muchas de las cuales están llenas de tantos reproches e aparejadas antes las reprehensiones que a otros virtuosos ejercicios, quise la començada obra romper; e aun muchas vezes lo efectuara⁴⁵⁶ si las manos de muchos señores e amigos míos no me lo impidieran, porque hoviera yo por mejor que fuera mi trabajo en vano, aunque la corona de perseverancia no mereciera, que no someterme a las innumerables reprehensiones de subtiles e botos entendimientos, porque los arduos ingenios que más e mejor ornamento de vocablos alcançaren e otro más alto estilo supieren, ternán en poco esta mi no bien traduzida historia; e los que tanto como en ella esta no entendieren, aunque poco, no dexarán con mordicativas reprehensiones de reprochar al autor, lo cual es intolerable cosa de sufrir. Pues viendo en tales combates las velas de mi entendimiento metidas, tantos e tan rezios que el mástel delgado de mi pequeño saber a cada parte doblegan, ya que no puede dexar de aver entrado en este tempestuoso golfo, acordé de endereçar el governalle a un tal puerto donde con mucho sossiego pudiesse tener reposada seguridad; por lo cual, a vuestra muy magnífica persona, digna de otros renombres más soberanos, esta mal corregida obra endereçar quise, porque de su favor assegurada, aunque ella de suyo nada o poca cosa merezca, en cualquier parte que fuere vista sea en mayor grado tenida. E puesto que mi atrevimiento por endereçar cosa tan pequeña a persona de sublime merecimiento cabe merezca castigo, la magnanimidad del rey Xerxes —cuya benévola presencia en mi memoria contemplo, el cual, entre los innumerables presentes de sus vassallos, una poca agua de un pobre súbdito suyo no desdeñó recibir—, me dio alas a fazer a vuestra merced este pequeñito servicio, suplicando mire con begnívolo ánimo mi desseo, puesto que esta pequeña obra sea en desigual grado menor, porque aceptar este presente me fará⁴⁵⁷ grandíssima remuneración de mi passado trabajo, el cual suplico a vuestra merced no desdeñe, pues las sobras de la grandeza de su virtud pueden las faltas d'esta obra soldar, cuya vida, con prosperidad e aumento⁴⁵⁸ de estado, Nuestro Redemptor acreciente por muchos años. Amén.]

⁴⁵⁶ efectu Se¹⁵³³.

⁴⁵⁷ fera Se¹⁵³³.

⁴⁵⁸ agumento Se¹⁵³³.

2^r Capítulo primero en que se recuentan las grandes fiestas que el emperador Carlos Magno de Francia en la gran ciudad de París ordenó, e de la gran copia de cavalleros así estrangeros como naturales que para las honrar fueron ayuntados.

En las historias antiguas de Francia una más verdadera por mano del arzobispo don Turpín se halla, en la cual cuenta que en las partes de Oriente avía un rey por nombre llamado Gradaso, de estado poderoso y de riquezas abundante e muy valiente de su persona, tal que, por la mucha valentía que en sí sentía, no estimava a todo el mundo en nada, creyendo estar en su querer sojuzgalle y traerle a su mandado. Era de muy grande estatura y fuerças, e como muchas vezes oyesse dezir las maravillosas cosas que los paladines de Francia de contino hazían, en especial los fechos de don Roldán e de su primo Renaldos de Montalván, propuso en su coraçón de passar en Francia e no reposar fasta ganar de don Roldán su espada Durindana y el cavallo de Renaldos, llamado Bayardo. Muchos de los grandes de su reino le dixeron que era grande empresa e dificultosa de acabar, ca bien avían oído dezir, e algunos de vista e prueba lo sabían, que no eran personas Roldán y Renaldos que tales joyas dexarían a otro ganar. Pero por más e más que le dixeron, no le pudieron quitar de la voluntad lo que avía determinado. E por toda su tierra hizo llamamiento e mandó que todos los de armas tomar se juntassen so grandes penas, de forma que en poco espacio juntó ciento e cincuenta mil cavalleros muy adereçados e diestros en la guerra para passar en Francia, prometiendo a todos que él solo por su persona se ofrecía de ganar la espada a Roldán y el cavallo a Renaldos. E haziendo⁴⁵⁹ por la mar una muy luzida armada, se entró en ella con toda su gente.

Al cual dexaremos navegar la buelta de España, por contar lo que en este tiempo acaesció en Francia. Y es que el Emperador hizo ordenar unas justas para Pascua Florida, a las cuales fueron juntos muchos cavalleros, assí de los de Francia como de los de España. Allí se aparejaron los paladines todos, cada uno ordenando sus invenciones por ser más mirado. Y sabido por todas partes el seguro del Emperador, vinieron muchos paganos por se provar en aquellas justas. Allí vino el rey Grandonio y el fuerte Ferraguto, y el rey Balugante y el rey Insoler y Serpentin el

⁴⁵⁹ hoziendo To¹⁵²⁵.

Bravo, e otros muchos grandes señores y cavalleros, tantos y tales que apenas en la gran ciudad de París cabían. No se veía en la ciudad otra cosa sino sonar diversos instrumentos, cavallos muy fermosos de muchas riquezas emparamentados, joyas e ornamentos de guerra muy riquísimos, tantos que lengua humana no los podría contar, que cada uno a porfía del otro sacava e inventava por ganar la prez y honra e por agradar al Emperador en estos exercicios.

Ya se llegava la Pascua quando las justas se avían de hazer. El Emperador conbidó a todos aquellos grandes señores que a las justas eran venidos e a los que en su corte estaban a comer aquel día, e fueron hallados en el combite veinte e dos mil cavalleros ^{2v} por copia, assí cristianos como paganos. E llegados todos a los reales palacios, fueron servidos de muchas e diversas viandas con muy grandes e ricas baxillas. En la mesa del Emperador comieron todos los reyes de corona y en todas las otras de grado en grado, como el estado de cada uno merecía. No faltó Renaldos de Montalván en este combite porque era ya venido a las justas, el cual, como a una parte e a otra mirasse, vido a Galalón que, puestos en él los ojos, se bolví a riendo a manera de escarnio porque no estava tan ricamente vestido como los otros grandes que allí estaban. E assí como Renaldos lo vido e miró en ello, quería de enojo rebenstar. El rey Balugante, que en ello miró, luego como le vido encendido, conoció la causa y embió un trujamán a Renaldos, por el cual le embió a dezir que si alguna cosa le faltava que se lo embiase a dezir, que él le proveería, por quitar a los malos que d'él no dixessen. El buen Renaldos, que la buena voluntad del rey Balugante vido, se lo tuvo en merced y embiole a dezir con el mismo trujamán que conocido tenía él la ⁴⁶⁰ buena voluntad del rey, que no avía por el presente necesidad alguna, mas que le dixesse que, aunque viesse el escarnio de Galalón, no era de maravillar, que de suyo era tener mala voluntad a los de la casa de Claramonte. Todo esto dixo en baxa boz. E de que el mensajero se quiso ir, dixo alto que el conde Galalón lo oyó:

—Sienpre oí dezir que la puta en el lecho y el covarde en su casa metidos tienen mucho plazer e de pequeñas cosas se ríen, mas el bueno tiene en su casa severidad y en el campo fortaleza.

Mientras estas cosas passavan, sonavan los instrumentos de todas partes de la gran sala y los serviciales ponían manjares de muchas maneras, tantos e tales que

⁴⁶⁰ a To ¹⁵²⁵.

todos los conbidados se maravillavan del gran concierto que en todo se tenía. Todos estavan muy agradados assí de las viandas como de la riqueza de las baxillas. El Emperador se alegrava de ver tanta cavallería consigo, que allí estavan todos los paladines sin ninguno faltar: el conde don Roldán y el fuerte Renaldos, señor de Montalván, el marqués Oliveros, el rey Salomón, el duque don Naymo de Baviera, el duque don Estolfo, el esforçado don Urgel, don Angelinos, Ricardo de Normandía, don Danesugero, don Gualter de Monleón, el Conde de Altafulla, el fermoso Pinabello, e don Guarinos, almirante de la mar, e Guido de Borgoña, e otros muchos cavalleros de gran cuenta, assí de los de Francia como de otras muchas partes, vassallos del Emperador que, por evitar prolixidad, se dexan de contar más por estenso.

Capítulo II. De lo que avino en la gran sala do el Emperador con todos los sus altos hombres estava.

Las mesas de la gran sala eran ya alçadas; todos los cavalleros estavan hablando cada cual en lo que más le agradava; el Emperador, con muy alegre semblante, mirando a todos, cuando vieron entrar por la puerta cuatro gigantes muy fieros y en medio d'ellos una muy fermosa donzella que un gentil cavallero mancebo la traía por la mano. Todos bolvieron los ojos por la mirar, ca cierto más parecía divina que humana, que, allende de venir muy ricamente ataviada, parecía su rostro una luziente estrella. En la sala eran venidas, por más regozijar la fiesta, muchas dueñas e donzellas de alta guisa, donde era la linda ^{3r} Galerana, e Doñalda la Bella, e doña Claricia, e la linda Armelina, e otras muchas de gran cuenta. La donzella, con muy fermoso continente, passó por la sala adelante fasta llegar a la gran silla del Emperador. Todos quanto más podían se acercavan a ver la demanda de la donzella, estrañamente maravillados de su gran fermosura, ca no parecía entre las otras que presentes eran sino una relumbrante rosa entre pequeñas flores, que era para enamorar a cualquiera que la mirara, aunque tuviera el coraçón de piedra. La cual, como a los pies del Emperador se vido, con muy gracioso semblante dixo assí:

—Magnánimo⁴⁶¹ y poderoso señor, la tu gran proeza e fama de tus paladines, que por todo el mundo se estiende, me dan mucha esperança que mi largo camino no será en vano. Sepas, señor, que yo e mi hermano, que presente está, venimos a honrar tu fiesta. E a él llaman el fuerte Argalia e a mí Angélica la Bella, que en nuestra tierra, llamada Latana, supimos las justas que, señor, avías ordenado e la gran cavallería que en Francia era assonada, entre la cual mi hermano, que presente está, se quiere, en el principio de su cavallería, mostrar en esta manera, si a ti, señor, plaze, so cuyo amparo venimos: que a la Fuente del Gran Pino, que es al Padrón de Merlín, cualquiera de los que aquí están que quiera provar su fuerça e ardimiento vaya allá, a donde hallará a mi hermano armado de todas armas no con más compañía de la que aquí está. Que se á de tomar armas con tal condición que, provados de la justa, si a mi hermano derribare, gane a mí por empresa, e si él fuere de mi hermano derribado, que quede por su prisionero.

Esta razón propuesta por la donzella, de rodillas puesta, la respuesta del Emperador esperava. E mientras ella hablava, todos los cavalleros no partían los ojos d'ella. E sobre todos don Roldán, que más cerca estava, que con un corazón vencido la mirava sin se cansar; y entre sí, vencido del amor de la donzella, dezía:

—Bienaventurado será el cavallero que tal joya ganare, que por la fe en que creo, si señor de todo el mundo me hiziessen, no lo tuviesse en tanto como ganar tal empresa.

E diziendo esto, dio un suspiro, diziendo:

—¡O, Dios, cómo creo que a las fuerças del amor no basta resistencia ni fortaleza alguna, ca sin armas de una delicada donzella soy preso!

El fuerte Ferraguto, fijo del Rey de España, que allí estava no menos vencido de amor de la donzella que Roldán, estava reboviendo en su pensamiento cómo la ganaría; e tres vezes se determinó de la quitar a los gigantes e al cavallero en saliendo de allí, mas por el seguro del Emperador no osava. Pues el valiente Renaldos, que allí se acercó a la ver con los otros, assí como la vio, se paró con⁴⁶² un ardiente fuego, puesto en el mesmo cuidado de los otros. Malgesí, que presente estava, luego por su saber entendió el engaño que la donzella traía; e viendo que

⁴⁶¹ Managnimo To ¹⁵²⁵.

⁴⁶² como To ¹⁵²⁵.

también su primo Renaldos era caído en el lazo, en baxa boz, que pocos lo oyeron, dixo poniendo el dedo en la frente:

—Para esta doña falsa donzella, que no vayas d' esta tierra como tú piensas, que yo te haré tal juego que para sienpre se te acuerde de mí.

E como todos tenían a Malgesí por muy sabido en el arte de la nigromancia, mucho se maravillaron qué podía ser aquello. E luego el Emperador le dio en tal manera la respuesta:

—Fermosa donzella, aunque nuestras justas se dilaten, yo quiero conplazeros en vuestra demanda; mas gran cosa quiere vuestro hermano emprender al principio de su cavallería. Su desseo es alto e la joya es preciada a maravilla, que cada uno trabajará por ^{3v} vos ganar. Yo vos recibo so mi amparo. Fágase todo como lo avéis pedido.

Muy leda se levantó la donzella e, besando al Emperador las manos, se partió de allí con su compañía, que a todos pesó su ausencia. E porque entendáis su venida, es razón que se os cuente por estenso, porque se conozca el fin de su propósito, el cual no lo pudo saber otro sino Malgesí; el cual, aunque muy entendido era en su arte, no se le hizo lo que quiso, como adelante veréis.

Capítulo⁴⁶³ iii. En que cuenta cómo Malgesí, por un espíritu familiar, supo todo el caso de la donzella e lo que dende sucedió.

Apenas avía salido el cavallero Argalia e su hermana Angélica la Bella de la ciudad de París cuando Malgesí, tomando su cuaderno, convocó cuatro demonios de los sus más conocidos e familiares, a los cuales preguntó muy por entero la venida de la donzella a la corte del Emperador. Y el uno d'ellos, como aquel que lo sabía muy bien, se lo contó:

—Sepas que la donzella es hija del Rey de Latana, el cual [la envió] por hazer honra e plazer al rey Gradaso, que con grande exército será presto en España por venir contra Francia. E sabe que el Rey de Latana es muy sabido en tu arte más que tú, y embió a su hijo (que es aquel mancebo rezio que viste), el cual es muy esforçado cavallero, con unas armas hechas por su arte, que no basta ninguna otra

⁴⁶³ Como se indica en los criterios de edición, las abreviaturas no se indican. De este modo, se pretende cargar el texto de notas innecesarias.

arma a las empecer; e assimismo una lança dorada hecha por tal arte, que a cualquier cavallero que con ella encontrare no bastará fuerça ni resistencia a que no sea el cavallero encontrado fuera de la silla; y el cavallo que le dio, sepas que en el mundo no le ay tal en ligereza fueras de Bayardo, el cavallo de tu cormano, e llámase Rubicano; e por más conbidar a la justa a los paladines, puso por postura a su hija Angélica e la ganase el vencedor, lo cual él tiene por imposible. Y sepas que, después que a los paladines aya derribado, los porná en prisión e se irá a su tierra con ellos, porque ellos presos, falle el rey Gradaso poca resistencia en Francia e faga lo que quiera a su voluntad. E guádate, ca la donzella sabe mucho del arte de su padre, e trae un anillo en su persona de mucha virtud, que cuando quiere, con él puesto en su boca, se faze invisible. Esto es lo que sabemos de lo que nos has preguntado. Piensa en lo que has de fazer, que sin falta alguna te hemos dicho la verdad.

D'ésta manera supo Malgesí el fecho de Argalia e su venida. El cual, como fue salido de la ciudad e su hermana con la compañía que traían, se fueron a la campaña⁴⁶⁴ del Padrón de Merlín, do fizo poner dos tiendas admirablemente ricas, la una para sí e su hermana, y la otra para los prisioneros que oviesse. E luego se entró en la suya y se puso a dormir, ca venía del camino cansado e con gana de reposar. Su hermana Angélica se salió de la tienda e no muy lexos d'ella, acompañada de sus cuatro gigantes (que armados a la usança de su tierra venían), se apartó a la sombra de un verde pino e se acostó en un fermoso tapete por holgar; e assí se adormió e los gigantes en torno d'ella, ca no tenían más cuidado sino de la guardar, e para esto los embió el rey, su padre, con ella.

Ya la donzella dormía muy a su plazer cuando Malgesí muy prestamente de un demonio se haze llevar en el aire donde estava Angélica la Bella; e como la vido que dormía e con la guarda que estava, començó a dezir:

—¡O, perros! ¡E cómo guardáis la más mala donzella que ay en el mundo! Esperad, que yo vos prenderé sin batalla ninguna que no vos valgan vuestras maças ferradas, ni dardos, ni tuertos cuchillos.

E tomando su cuaderno, ^{4r} hizo su obra; e apenas la hovo acabado cuando los cuatro gigantes caen como muertos. E como los vido, tomó su espada en la mano e vase para Angélica, que, como oístes, dormía. E como tan linda la vido, detúvose en

⁴⁶⁴ campaña To¹⁵²⁵.

sí de la no matar por entonces. Mas creyendo que por el arte suya estava adormida, dixo:

—Antes que mal le faga, quiero holgar con ella.

Mas engañado estava Malgesí, que el anillo que consigo ella tenía la hizo libre de su encantamiento, ca su dormir non era como el de los gigantes. E llegándose cerca d'ella, la començó de abraçar e besar. Ella, que se sintió de tal manera tratar, dio un gran grito e recordó; e como vido que Malgesí la tenía en su braços, dio muy grandes bozes diziendo:

—¡Acorred hermano Argalia, que me quieren desonrar!

Argalia se levantó prestamente con la espada en la mano e vínose para su hermana. E como vido Malgesí que su arte no había con la donzella aprovechado, túvose por perdido e bien creyó que debía tener el anillo que el demonio le avía dicho; e, viendo cerca de sí al cavallero, hovo pavor de muerte e, queriéndose aprovechar de su arte, sacava su cuaderno. La donzella que lo vio, arremetió a él con su hermano Argalia e, fuertemente teniéndole ambos, le sacaron el cuaderno de las manos. E como ella sabía del arte muy bien, empeçó a invocar los demonios, los cuales sin tardar vinieron; e mandó prestamente traer una gruesa cadena, con la cual ella e su hermano le ligaron, ca muchas avía en la tienda con que avían de llevar los prisioneros ya dichos. E dixo d'esta manera a los demonios:

—Tomad este hombre e levadlo al rey, mi padre, e dezilde que tanto fue ganar a este como a todos los paladines, porque este era el mayor estorvo que podíamos tener para acabar nuestra impresa començada. E contádselo todo, e dezilde que lo tenga a recaudo.

Prestamente fue en lo aires llevado el pobre de Malgesí, dando las más dolorosas bozes del mundo, que dolor era de lo oír. E fue levado en poder del padre de Argalia, el cual le puso en una áspera prisión. Al cual dexaremos estar, por contar lo que passó en la corte del emperador sobre la demanda de la donzella e de su hermano Argalia.

Capítulo iiiii. De lo que se hizo en la corte sobre la demanda de Angélica la Bella e de su hermano Argalia.

Grande fue la rebuelta que en París dentro de los imperiales palacios hovo sobre cuál sería el primero que fuese a la aplazada justa de Argalia. E como tal era la joya que el vencedor había de ganar, cada uno quería ser el primero, en especial don Roldán e Renaldos y el fuerte Ferraguto. El Emperador, que vio tal división entre ellos, mandó que todos se sosegasen; e tomando consigo al rey Salamón, que era uno de los principales de su consejo, le preguntó qué era lo que se devía de hazer. El rey dixo:

—Señor, dexad a mí, que yo haré en ello concierto cumplidero a vuestro servicio.

E alçándose, dixo en alta boz:

—Nobles varones y esforçados cavalleros, ya podéis entender la poca razón que ay en el que quiere ser primero en esta demanda, porque aquí no hay tal que por menos que otro se juzgue en valentía ni esfuerço. Por esso, mi parecer es que esta lid que entre vosotros se levanta cese, e se eche por suertes cuál será el primero y cuál el segundo, e dende el tercero e cuarto de todos los que en la demanda de la donzella Angélica la Bella quisierdes ^{4v} ir. E de aquesta manera no havrá quexa ninguna ni discordia; e al que la ventura fuere favorable, aquel la aya por suya.

Todos fueron d'ello muy contentos e fiziéronse escrevir don Roldán, e don Renaldos, e don Estolfo e todos los paladines, y el fuerte Ferraguto e otros muchos cavalleros. Y como el corazón enamorado la mayor pena que le puede venir es fazelle esperar, no vían la hora los tres susodichos cavalleros de verse en el campo con Argalia, en especial don Roldán, cuyo corazón estava ferido de la dorada frecha de Cupido. E puestos en un cántaro de oro todos los nonbres, mandaron a un donzel que uno a uno los sacasse; y el primero que sacó fue el duque don Estolfo, e assí fue por primero escrito; y el segundo fue el fuerte Ferraguto y el tercero don Renaldos. Finalmente que antes que el conde don Roldán saliesse, passaron bien treinta cavalleros.

E ya era tarde cuando las suertes se acabaron de echar y escrevirse, cuando el duque don Estolfo se faze armar de muy ricas e luzidas armas e, cavallero en un poderoso cavallo, solo sin compañía, se va la vía del Padrón de Merlín. E iva tan

loçano en su coraçón que más no podía ser, teniendo por cierta la vitoria con la desseada ganancia; mas no le avino como él pensó. E sabed que el duque don Estolfo era natural inglés, muy cortés e mesurado cavallero, muy rico e polido en todas sus cosas, e de gran ánimo, e fermoso de cuerpo e cara, e si las fuerças le ayudaran, no se fallara en gran parte mejor cavallero.

Assí que, tornando a nuestra historia, assí armado de unas armas que valían un gran tesoro y su escudo (cercado de muy gruesas perlas, juntamente con el yelmo, encima del cual llevaba un gran rubí de inestimable valor), y encubertado el cavallo de un brocado riquísimo, él se parte. E andando por sus jornadas llegó, aunque tarde, al Padrón de Merlín, y como vido las ricas tiendas allí puestas, puso en su boca un cuerno de marfil y empeçole de sonar demandando batalla. Luego que el fuerte Argalia le oyó, se hizo muy prestamente armar, e con unas sobrevistas blancas⁴⁶⁵ se vino a donde don Estolfo estava; e saludándose ambos cortésmente, truxo el uno al otro a la memoria el pacto e concierto susodicho; e apartándose el uno del otro cuanto del campo les bastava, con muy grande ánimo se vinieron a ferir de las lanças. El duque don Estolfo quebró la suya en el cuerpo de Argalia, mas luego que fue tocado de la Lança Dorada fue puesto por tierra. Caído que fue el duque don Estolfo, empieça a blasfemar de sí y de la Fortuna, que tan contraria le avía sido, llamándola cruel y enemiga, pues más por el pagano que no por él, siendo cristiano, se havía mostrado favorable. Luego los cuatro gigantes tomaron en medio al duque don Estolfo e le llevaron a la tienda rica y le desarmaron de sus ricas armas. Luego llegó Angélica la Bella e, como le vido desarmado y tan hermoso mancebo, hovo d'él en alguna manera grand compassión; e por esta causa no le fizo poner en prisiones, antes, dexándole passear por donde a él más le plazía, le hizo mucho honrar e mirar como a persona que ella creía venir de muy alta guisa. Al cual en la dicha manera de prisión dexaremos, por contar lo que aconteció a Ferraguto, que la segunda suerte havía caído de las justas de Argalia; el cual, como tiempo aparejado vido, con el deseo amoroso que en su coraçón combatía por ganar tal joya, no se detuvo punto, que ya desseava verse en la justa por tan alta e soberana empresa.

⁴⁶⁵ Argalia viste de color blanco porque es caballero novel. No se debe olvidar que la propia Angélica, al solicitar a Carlomagno el don, denuncia que su hermano está al inicio de su periplo caballeresco.

5^r Capítulo v. De la batalla que hovo Ferraguto con el valiente Argalia al Padrón de Merlín, el cual, viéndose de la Lança Dorada derribado, no quiso passar por la postura concertada sino proseguir su batalla para morir o vencer en ella.

El ilustrante Febo con su acostunbrado curso descubría sus dorados rayos, con los cuales las oscuras sombras de la noche ahuyentava, cuando el fuerte Ferraguto, armado de todas sus luzidas e fuertes armas, encima de un poderoso e gran cavallo, de la ciudad de París salía. E dándose priesa al andar, quanto más brevemente pudo llegó al Gran Pino que en el Padrón de Merlín estava, e sin más se detener, como aquel que abrasado de amor se sintía, tanto que solo un punto no podía reposar, puso el su cuerno a la boca e, demandando batalla, muy reziamente le empezó de sonar. Argalia, que en el su lecho estava, que aún levantado no era, oído que le ovo, se levanta e se faze armar; e diéronle su cavallo e, la Lança Dorada puesta en la mano, se va donde el fuerte Ferraguto estava esperando, el cual, no se curando de muchas palabras le hablar, se apartó d'él, e Argalia, por consiguiente, tomó lo que del campo le plugo. E con el mayor poder que pudieron, se viene el uno para el otro las lanças baxas a encontrar. Bien jurara el fuerte Ferraguto que del primer encuentro fuera la donzella suya, mas no le avino assí como él pensava, que luego que de la Lança Dorada fue encontrado, tan ligeramente fue a tierra como un niño que de armas no hoviera usado. E caído que assí se falló, quedose tan espantado de aver tan ligeramente caído, que por poco no salió de seso. E como él era uno de los más valientes mancebos que en el mundo havia e de más fiero ánimo, e más siendo de las fuerças del amor abrasado su corazón, sin más se acordar del pacto e primera conveniencia, puso mano a su espada, determinando de vengar su injuria. Argalia, que venir assí le vio, dixo:

—Cavallero, ya eres en mi prisión, no te conviene la batalla de las espadas.

E bolviendo la rienda a Rubicano, se va para su tienda. E los gigantes que allí estavan se van prestamente para Ferraguto para lo traer a la prisión⁴⁶⁶. Mas el fuerte Ferraguto, que venir los vido, al primero, que Argesto el Desmesurado havia por nombre, le dio tal golpe de la espada por medio de la cintura, que no le valió armadura ninguna, que luego cayó muerto en tierra. El segundo, que assí vido caído a su compañero, toma un azerado dardo en la mano e con gran fuerça se le tira, que, si

⁴⁶⁶ prison To¹⁵²⁵.

él e sus armas no fueran encantados⁴⁶⁷, allí fenecieran sus días del fuerte Ferraguto. Mas no se fue alabando el gigante, que Lampardo el Velludo había por nombre, que, como cerca de sí le vido Ferraguto, por entre las hojas le hirió de una punta de espada, que más de la media le metió por el cuerpo, e, assí como el primero, sin más hablar, cayó en tierra muerto, assí como un gran árbol cortado. El tercero, que había por nombre Urgano, alçó un fuerte ferrado bastón que en las manos tenía y dio tan gran golpe a Ferraguto en la cabeça que, aunque él era encantado e su yelmo, hízole dar de manos en el suelo. Ferraguto, que assí se vido en tal término andar e que si otro tal golpe le dava fenecería la batalla de entre él y el gigante, con las alas del ^{5v} temor, se levanta como si fuera un ave. E ya que el gigante alçava el su bastón para asegundar otro golpe, Ferraguto le tira a los altos braços un grand golpe de espada, que a ellos e al bastón derriba por tierra. E no mostrando punto de covardía, arremetió al otro, que era el cuarto gigante, que cerca d'él estava, el cual venía a le tomar entre sus braços estando Ferraguto en batalla con el otro tercero. E diole tan grand golpe en descubierta en la cara (que desarmada traía a uso de su tierra, no más de con una celada), que cortándole quanto alcançó, dio de espaldas con él muerto en tierra. El gigante, que cortados tenía los braços, con el dolor de la muerte, dio un grandíssimo grito, al cual muy prestamente salió Argalia, hermano de Angélica la Bella, del pavellón e se viene a donde le oyó. Y como sus gigantes todos cuatro vido muertos, la sangre se le heló en el cuerpo; e alçando los ojos al cielo, dixo con grand boz:

—¡O, Dios! ¿E cómo puede ser esto que solo un cavallero aya hecho tan grande cosa?

E mirando a Ferraguto, que al canto de la fuente estava assentado, le dixo:

—Tú no eres cavallero sino diablo del infierno, que tal cosa has fecho.

E Ferraguto, que del cansancio muy quebrantado estava, le dixo con una boz ronca:

—No soy dimonio sino cavallero como tú que, por conquistar a tu hermosa hermana Angélica la Bella, soy aquí venido, do me cumple ganalla o morir.

—¿Cómo? ¿No sabes —dixo Argalia— la conveniencia que entre mí y el emperador Carlomagno quedó? ¿Por qué tú le fazes fementido?

⁴⁶⁷ encandos To¹⁵²⁵.

Ferraguto le dixo:

—Si el Emperador contigo puso palabra entiéndese por sí e por los suyos, mas yo non soy suyo ni de su mesnada, ca soy pagano como tú e hijo del Rey de España. Llámanme el fuerte Ferraguto, si me has oído nombrar alguna vez.

—Pues cómo, —dixo Argalia— ¿todavía quieres porfiar en la batalla?

—Sí —dixo Ferraguto—, e aun vencella.

—Espera, pues —dixo Argalia—, e verás cómo corta mi espada.

E vínose a cavallo como estava para Ferraguto. E Ferraguto, que venir le vido, como si aquel día todo estuviera holgando, se va para él diziendo:

—Cavallero, no hazéis cortesía en me acometer a cavallo.

Argalia no cura de le responder ninguna cosa, mas dale tan grand golpe por encima del yelmo, que no hoviera cavallero, que encantado no fuera, que no cayera en el suelo; mas el fuerte Ferraguto le da de passada tan grandíssimo golpe en un costado, que dio con él del cavallo abaxo e, aunque le no cortó mucho, le hizo sentir en la carne, ca se la atormentó muy reziamente. Argalia, cuando⁴⁶⁸ vio que de un solo golpe que Ferraguto le avía dado fue derribado del cavallo, hovo en sí gran pavor, e mucho quisiera conveniencia entre él y el fuerte Ferraguto, e díxole assí:

—Cavallero esforçado, bien veo que las fuerças del amor te ciegan a no querer cumplir la primera postura. Déxame, si te plaze, hablar a mi hermana Angélica, que sin su consentimiento ninguna cosa puedo hazer.

—Plázeme —dixo el fuerte Ferraguto—. E por los mis dioses te juro de serte siempre leal hermano hasta la muerte.

Ellos estando hablando, vienen⁴⁶⁹ don Estolfo e Angélica la Bella, que el estruendo grande e los⁴⁷⁰ dolorosos gritos del gigante les recordaron. E Argalia, su hermano, la tomó aparte e le dixo:

—Sepas, señora hermana, que para cumplir nuestro desseo que tenemos començado, que tanto nuestro padre nos encargó, nos ha sobrevenido un muy grande impedimento, ca este cavallero que está conmigo es el más^{6r} poderoso e valiente que se puede hallar; e como de mí fue de la Lança Dorada derribado, no quiso passar por la orden asentada con Carlomagno, ca me á dicho que él es pagano, hijo del Rey de

⁴⁶⁸ quando To¹⁵²⁵.

⁴⁶⁹ viene To¹⁵²⁵.

⁴⁷⁰ las To¹⁵²⁵.

España; e yo porfiándole que por la postura passase, ha muerto los cuatro gigantes, de que yo me quedé espantado; e junto con esto, de un solo golpe me derribó del cavallo estando él a pie, e pienso que, la batalla durando, ambos seremos muertos o yo solo vencido. Por esso, ferosa hermana, poned el remedio que vos parece.

—Hermano mío —dixo Angélica la Bella —, sea esta la manera: bolvamos a él assí como estamos e yo con amorosas palabras le haré quitar el yelmo de su cabeça; e quitado que le tenga, pornéme yo el anillo en mi boca y, como vós sabéis, seré fecha invisible. E tomando el yelmo, yo me iré y en mi palafrén me porné dentro en las Selvas de Ardeña; e como él se viere desarmado, no será tan loco que no venga a la prisión; e no queriendo, fácilmente le podréis vencer. E si otra cosa os sucediere, vuestro cavallo es tal como vós, señor, sabéis que os porná en salvo; e venid vós para mí a las selvas, que yo vos aguardaré allí e veremos lo que nos cumple hazer.

—Sea assí —dixo Argalia.

E venidos donde Ferraguto estava, Angélica le habló assí:

—Señor cavallero, grande ha sido vuestro esfuerço e mayor vuestra ventura, que por vós haré lo que no fiziera por cavallero del mundo. Porque he sabido quién vós sois, todo lo he por bien guiado; de oy más no cumple más rencor de batalla entre vós e mi hermano.

—Muchas mercedes —dixo Ferraguto—, que de tal ferosura non se esperaba fea ni desamorada respuesta.

E llegándose Angélica a él le dixo:

—Señor, cansado devéis de estar. Por la visera del yelmo veo que devéis estar ferido segund sale sangre. Por esso, quitáosle e veremos qué cosa será.

Ferraguto se le dexó d'ella quitar con aquella ceguedad que los amantes suelen tener después de ser en las cadenas del amor aprisionados. E quitado que le hovo el yelmo, Angélica la Bella puso el anillo en su boca e, sin ser de nadie vista, se fue para su tienda, e tomando su palafrén se va para las Selvas de Ardeña. Ferraguto estava en su corazón tan ledo que más no podía ser. Argalia, que tan bien vido fecho lo que su hermana Angélica la Bella havia dicho, díxole assí:

—Agora, cavallero, que estáis desarmado sí entraréis en mi prisión a cumplir por fuerça lo que no havéis querido fazer de grado, e podréis dezir que una delicada donzella vos prendió, lo que cuatro gigantes no pudieron.

Ferraguto, que más la donzella Angélica no vido e tales palabras le oyó hablar a Argalia, dixo:

—¿Cómo hablas esso cavallero? Luego, ¿no hazes lo que dexiste?

—No —dixo Argalia—, que un engaño con otro se cura. Por esso, sube prestamente sobre tu cavallo e veremos cómo te defiendes de la mi prisión. Esto porque sepas que has de cunplir lo que asentó conmigo el emperador Carlomagno.

—¡O, desleal cavallero, el más que nunca se vio! —dixo Ferraguto—. ¿Assí piensas haver acabado? Pues espera un poco.

E viniéndose ambos a sus cavallos, cavalgaron e, las espadas altas, se viene el uno para el otro a ferir como si fueran mortales enemigos. E Ferraguto dio a Argalia tan grandísimo golpe encima del yelmo, que le hizo atordido abaxar hasta la cerviz del cavallo; e Argalia se endereçó e le dio otro en la desarmada cabeça al fuerte Ferraguto que bien pensó que le había partido la cabeça en dos partes, mas no le hizo mal ninguno, de que quedó muy espantado; ^{6v} y en una gran boz dixo:

—¡O, dioses! ¿Qué puede ser esto?

E dixo Ferraguto:

—Sepas que sin armas ningunas faré contigo cualquiera batalla, ca soy Ferraguto el Encantado, que si armas me pongo más es por adornar⁴⁷¹ el mi cuerpo como cavallero que por la necessidad que d'ellas tengo.

Como esto vido Argalia, e que su fecho iva de mal en peor, buelve las riendas a Rubicano e, fincándole las espuelas, como un torvellino se va a meter a las Selvas de Ardeña. E Ferraguto le iva siguiendo, diziéndole muchas palabras feas porque bolviesse, mas nunca por cosa que le dixesse le pudo fazer bolver.

Ellos assí idos, el duque don Estolfo, que solo se vido e suelto de su prisión, fuesse para la tienda; e, armándose de sus ricas armas, tomó su cavallo en que había venido e su escudo, que muypreciado era, e se vino a París, dando a Dios infinitas gracias por lo que con él había usado. E como cerca del pino pasasse, vido la Lança Dorada del fuerte Argalia, la cual conoció muy bien; e, tomándola en su mano, se metió al camino la buelta de París.

⁴⁷¹ adonar To ¹⁵²⁵.

Capítulo sexto. De cómo Renaldos e don Roldán fueron en la demanda de Angélica la Bella, e de lo que se hizo en Francia después de ellos partidos.

Ya se vos ha contado arriba cómo el tercero de las suertes de los que havían de ir en la demanda de Angélica la Bella fue don Renaldos de Montalván, el cual, con el grandíssimo amor que dentro de sus entrañas tenía, reposar non pudo. E viendo que Ferraguto havía salido, non tardó mucho tiempo que no tomó sus armas e cavallo; e toma su camino para el Padrón de Merlín, e no fue tan presto su llegada que ya don Estolfo no saliesse del bosque; e como don Renaldos le vido bolver, preguntole cómo le avía ido en las justas de Argalia a él e a Ferraguto, el cual muy por estenso se lo contó: cómo él era en prisión por ser derribado, e cómo Ferraguto no se quiso dar, e cómo mató a los cuatro gigantes que en guarda de Angélica estaban, e, finalmente, cómo Argalia e su hermana la donzella eran fuidos en las oscuras Selvas de Ardeña, e cómo Ferraguto le iba siguiendo. E Renaldos que lo oyó, no escuchó más e, despidiéndose de don Estolfo, espoloneó a Bayardo, que un viento parecía.

E dexándole puesto en camino, diremos de Roldán, que más que ninguno penava, como aquel a quien amor más aprisionado e ferido tenía de los amores de Angélica la Bella, el cual, como supo que el duque don Estolfo avía venido, fue a él e le demandó cómo el fecho avía passado, el cual se lo contó sin punto faltar, como aquel que lo avía visto. E dissimulando el dolor que⁴⁷² dentro en su corazón estava, como oyó dezir que eran fuidos a las Selvas de Ardeña e cómo don Renaldos iba en su busca, pesole muy de corazón, que bien creía que si los topava que no podría ser menos de ganar la donzella. E viendo que no podía ál fazer sino esperar al tiempo que la suerte le cupo para ir en la demanda de aquella que tanto amava, con triste semblante e muy intenso dolor se va para su posada. E con el amoroso desseo que los verdaderos amantes suelen ser combatidos, se pone encima de un estrado solo, bañados sus ojos en lágrimas, quexando gravemente su desdichada ventura que tan contraria le avía sido. ^{7r} Aquí veréis cuánto el poderío del amor puede, que este, que era la flor de los cavalleros del mundo, de más fuerças e más corazón, está como un donzel delicado metido en la soledad de su desseo, olvidadas todas las cosas del

⁴⁷² qu To ¹⁵²⁵.

mundo, quexándose e rebolviéndose de una parte a otra, no pudiéndose aprovechar de sus fuerças ni valentía. Dezía:

—¡O, desventurado Roldán! ¿Quién assí te ha enajenado de ti mismo? ¿Quién tal yugo te puso? ¡O, cuán gran ventura sería la mía si tal joya ganasse! ¿Quién se podría a mí igualar? ¿Quién se ternía por más bien andante que yo? Mas, ¡o, triste de mí! Que si Renaldos la halla, ¿quién la avrá? ¿Quién se la quitará? ¿Qué ruegos bastarán para que la dexé ni qué batalla para ganalla d'él? ¡O, primo, que no es este el enojo primero que de ti he recebido, que, si en tu poder veo la cosa del mundo que yo más amo, con mis propias manos me mataré! Yo te conozco por hombre que más el bien quiere para sí. Si no la ganas, ¿quién la podrá ganar? Si la tienes ganada, ¿quién te la quitará?

Estas e otras muchas e muy dolorosas razones dezía este valiente guerrero, el cual, después de aver un rato assí hablado con mucha pasión, como aquel que de un sueño á dormido recuerda, se levanta con algún tanto de enojo que la imaginada pérdida le causó, e dixo:

—¿Yo no soy don Roldán? ¿De qué he temor? ¿Van los otros como cavalleros a dar remedio a sus passiones con ánimos varoniles e cavallerosos esfuerços e yo como feminil muger lloro e lamento, queriendo con lágrimas e retrainiento remediar aquello que con fuerça y esfuerço aun no se podrá ganar?

E tornó a dezir con un arrebatado ímpetu:

—¿Yo no soy el conde don Roldán? ¿A quién temo? ¿Qué recelo? ¿Quién me basta a resistir? ¿Quién a vencer? ¡Fuera, fuera! No me conviene más tener la mano en la mexilla sino el pie en el estribo.

E sin más detenerse, sin a nadie declarar su pensamiento, como la noche vino, él mismo se arma e se adereça su cavallo e, quitando la seña del cuartel por no ser conocido, se sale de París sin persona llevar consigo, propuesto en su coraçón de jamás descansar hasta ganar a Angélica la Bella o morir en la demanda. La cual promesa fue causa d'él e Renaldos estar mucho tiempo ausentes de Francia, donde se recreció muy grandíssimo daño, como adelante se dirá. E tomando el camino, en las manos acusava de perezoso a Briador, su cavallo, e como una saeta se mete en las Selvas de Ardeña, en busca de aquella sin la cual non pensava bolver a Francia, donde dexaremos a estos tres cavalleros, que eran la flor de la cavallería del mundo

(es a saber don Roldán e don Renaldos y el fuerte Ferraguto), por contar lo que en Francia, después de ellos partidos, se hizo.

Y es que el emperador Carlomagno, llegado que vido el tiempo señalado de las justas, llamó al conde Galalón y al duque Naymo de Baviera, e al rey Salamón, e concertó con ellos el modo de las justas y el precio que avía de ganar el que mejor lo hiziesse, el cual era una muy rica corona de oro guarnida de muchas piedras preciosas de gran valor. E venido el día que las justas se havían de hazer, fechos muchos miradores en la grand plaça de París y entoldados de muy riquísimos paramentos, viene el Emperador con muchos cavalleros acompañado, todos muy ricamente ataviados por más honrar las fiestas. E puesto en el lugar do avía d'estar, vino luego la Emperatriz, acompañada de muchas dueñas e donzellas de gran guisa, ataviadas de muy ricos e diversos atavíos de muy grandísimo valor, e pusiéronse en su lugar. Luego veréis sonar muchos instrumentos, assí de tronpetas, ^{7v} como de cheremías, sacabuches, duçainas, clarines e atabales que parecía hundirse el mundo. Ya que todos fueron asosegados e la plaça desocupada, entra en la plaça el fuerte Serpentín, armado ricamente, en un poderoso cavallo, que parecía que fuego echava por las narices; e por mucho que el cavallero le señoreava, no parecía sino que fundía la tierra, según era valiente e furioso. E todos juzgavan ser el cavallero de muchas fuerças viendo su buena postura. Traía por divisa un escudo de campo azul y una estrella de oro en medio, e d'esta manera la cimera e sobrevistas con perlas de mucha estima guarnecidas. E dada que hovo su buelta en torno de la plaça, se pone en su lugar. Luego encontinente entró Angelinos, señor de Burdela, uno de los paladines, riquísimamente armado de luzientes armas entrepuestas de muchas piedras preciosas; traía por divisa el escudo de campo oscuro y en medio una luna de plata, e assí en los paramentos e sobrevistas. E fecha su mesura, se pone de la otra parte contra de Serpentín; e tomadas sendas lanças, al son de las tronpetas, se van tan poderosamente a encontrar, que maravilla era de ver; el valiente pagano de tal suerte encontró a Angelinos que, desacordado de su sentido, lo derribó del cavallo. Allí se levantó tan gran grita que al cielo llegava. Todos dezían que Serpentín avía de llevar la honra. E algo asosegado el rumor, entra el poderoso Ricardo, señor de Normandía, un león por divisa en un campo raso, y, encontrándose con el pagano, tuvo compañía al paladín Angelinos. Luego le sacaron del campo atordido.

¡O, cuánto plazer avía en su coraçón el rey Balugante de ver la honra que Serpentín, su fijo, ganava con los paladines!

Luego llegó don Danesugero, armado de unas doradas armas de gran estima, e por devisa tres leones pardos en el escudo e paramentos; e sonando las trompetas, se van a ferir él y Serpentín de las lanças, de tal modo que el buen Danés dio con el pagano en tierra muy gran caída, e con gentil continente passó por él, de que todos se maravillaron. Entró luego otro pagano, llamado Insoler, hermano del fuerte Ferraguto, hijo del rey d'España; traía por divisa tres lunas de oro en campo verde, e también fue derribado del buen Danés. Luego vino Gualtiero de Monleón, con un drago por cimera y escudo, y en continente fue por tierra como los otros. Don Danesugero, que vio que los paladines entravan a la justa, dixo en boz alta que todos le oyeron:

—¡O, señores, no seamos los cristianos unos contra otros! Pues tan valientes paganos nos miran, dexaldos a ellos, que faltando yo allí, quedáis, señores, vosotros.

Dicho que ovo esto, entra un valiente pagano llamado Espinelo de Almonte, una corona de oro en campo azul, e sin mucho trabajo dio con él en tierra el buen Danesugero. Entra luego Matalista, hermano de Flordespina, un toro bermejo en campo blanco; e también como sus compañeros fue a tierra. Veyendo Grandonio que tan mal les iba a sus paganos, entra en el campo armado en su gran cavallo de unas armas negras sembradas de rosas de plata, que maravilla era de ver; e por devisa en el escudo un Mahoma de oro en campo negro. Este era el más poderoso moro que en el mundo se podía hallar, ca tenía el cuerpo como de gigante y era de muy grandíssima fuerça. E tomó una gruesa lança e vínose para don Danesugero. Mucho plugo a Galalón de le ver assí venir, ca no podía ver ganar honra a los paladines de la casa de Claramonte. Dixo:

—¡O, don Danés, esperad, veremos cómo sabéis bolar de la silla!

E el pagano, ^{8r} que las trompetas oyó, mueve como un trueno contra el paladín, y, encontrado que lo ovo, dio con él del cavallo abaxo como muerto sin menear pie ni mano, e fue llevado a su posada. E de allí entró Grifón, un conde magancés, e fue prestamente derribado. Assimismo, Guy de Borgoña, e Belenguerio, e Ugo de Marsella, e Alardo, e Rizardeto, e otros muchos cavalleros, de que el Emperador tenía muy grand pesar. El marqués Oliveros que aquesto vido, muy presto se faze armar e vínose a la liça cavallero en muy rico cavallo. Mucho plugo al

Emperador en velle e todos estavan esperando aquesta justa, ca el marqués era muy venturoso y esforçado cavallero. Y entrando en la plaça, todos a alta boz dezían: «¡Biva el buen Oliveros, marqués de Viana!».

Ya que la buelta hovo dado, se puso contra aquel valiente pagano, el cual ya desseava aquella justa, la lança puesta en su mano parecía una antena. Tomado que hovo la lança el marqués Oliveros, se van muy poderosamente el uno contra el otro; e dio el marqués tan rezio encuentro a Grandonio, que escudo ni azerado arnés le aprovechó, que todo falsado no le metiese la lança por la carne gran pieça. El pagano hirió a Oliveros en la vista del yelmo, que lo hizo venir a tierra; mas luego se levantó Grandonio, e muy ligeramente cavalga en otro cavallo, diziendo que, por estar el otro cavallo cansado, había caído. E Oliveros estava fuera de todo su acuerdo; e como le fueron a levantar, halláronle el yelmo fecho dos partes en su cabeça. Allí se levantó muy grand grita entre toda la gente, diziendo que el buen marqués Oliveros era muerto. Cuando Carlomagno lo oyó, hovo tan grandíssimo pesar, que se le quería salir el ánima del cuerpo; e puesta la mano en su cana e larga barba, alçando los ojos al cielo, dixo:

—¡O Dios mío, qué gran mal es este si es verdad que Oliveros es muerto! Oy muere la flor de la cavallería del mundo. ¡O, Oliveros, mi amado fiijo, el más venturoso en armas que nació! ¿Cómo te ha faltado oy tu ventura donde tanto tu honra e la mía ivan? ¡O, don Roldán, honra de cavallería! ¿Dónde estás tú agora que no vienes a vengar tu gran amigo Oliveros? ¡O, poderoso Renaldos, mi querido sobrino, qué gran falta nos haze tu persona! Mal aya la donzella Angélica e Dios confunda su estremada fermosura, que tanta desonra nos es venida por su causa; mal andante sea ella, pues ha sido la que os desterró de mi corte.

Estando estas razones el Emperador hablando, vinieron a él diziendo:

—Señor, Oliveros es bivo y sano e sin peligro.

Mucho plugo a él e a los grandes que con él estavan. El pagano feroz estava en su puesto esperando quién con él vernía a justar; mas no ovo allí tan ardid cavallero que lo osase hazer, de que el emperador Carlos estava como un león del grande enojo de saber la falta de su cavallería. El duque don Estolfo que assí lo vido, sin palabra fablar, se faze armar de sus ricas armas e, cavallero en su cavallo, se viene delante del Emperador, diziendo:

—Señor, no tengas pena, que yo te prometo de quitar de allí aquella torre del primer encuentro.

No ovo allí ninguno que lo creyese, que, aunque tenían a don Estolfo por hombre de gran esfuerço e ánimo, era delicado cavallero e no le ayudavan sus fuerças como él tenía el desseo e la voluntad. Mas él tomó la Lança Dorada que truxo de Argalia, la cual tenía tal propiedad como se vos ha contado. E fuesse contra el fuerte Grandonio e Grandonio para él; el cual, como de la lança fue tocado, como un niño fue sin sentido del cavallo abaxo, e don Estolfo passó adelante con gran continente e se puso en el lugar. Fue tanto el prez que el duque ^{8v} ganó aquel día, que para siempre le duró, ca fizo tanto con la Lança Dorada, que muchos paganos reyes e grandes señores derribó, es a saber: Gafarte de Bruna, señor de la Rosia, el Rey de la Langopana, e a Faralacón el Bravo, señor de la Rodonia, que confina con el reino de Latana, e otros valientes guerreros que allí de estrañas tierras eran venidos. Allí fue dado el valor al duque don Estolfo, el cual, con gran honra de todos, fue llevado a los reales palacios del Emperador; e allí todos los paladines e los estrangeros que eran en París cenaron con el Emperador, e con mucho plazer dançaron cada uno a su usança, e todos muy agradablemente, cuando fue oportuno tiempo, se partieron del emperador cada cual para su tierra, fablando en la buena ventura del duque don Estolfo, que jamás la podían olvidar.

Capítulo vii. De lo que avino a don Renaldos de Montalván en las Selvas de Ardeña yendo en la demanda de Angélica la Bella.

Cuenta la historia que poco tardó don Renaldos de Montalván en entrar en las Selvas de Ardeña, combatido de los mortales desseos de Angélica la Bella. E tanto anduvo por ellas en breve espacio, catando a unas partes e a otras, que, con el calor del día e gran resestero, iva él e su cavallo muy fatigado. Ya era medio día e más, cuando con más fuerça el sol exercita su curso, que mucho le fuera menester a don Renaldos descansar e tomar algún tanto de reposo; mas como el fuego de su corazón de dentro con gran ímpetu le abrasava, fazíale muy poco sentir el calor que de fuera algún tanto le fatigava. E andando d'esta manera, llegó a la Fuente de la Morada. Este era un antiguo edificio, labrado por tal arte que no parecía por humana mano fabricado; hízole Merlín el Sabio en los tiempos de la cavallería de la Tabla

Redonda, sabiendo por su arte el grande daño que al buen Tristán de Leonís le avía de venir por aver bebido del Agua Amorosa que en una ribera más adelante estava. E la fuente que él aquí hizo fue por tal arte e sabiduría fecha, con tal propiedad, que cualquier amante que d'ella bebía, tanto cuanto más amava, tanto más estrañamente aborrecía a la que antes amava; y era edificado en un escondrijo de un deleitoso bosquejo, tal que, con los frondosos árboles que en él avía, fazía el lugar muy fresco e umbroso, que conbidava a los caminantes⁴⁷³ a reposar.

Como allí llegó Renaldos de Montalván, apeose del cavallo y entró dentro; e llegándose a la fuente, bebió del agua tanto que se hartó; e quitándose el yelmo, se lavó las manos y el rostro, e tornose para su cavallo e cavalgó en él, e comenzó andar más adelante; e tanto cuanto más andava más el amor de Angélica iba perdiendo, tanto, que él se iba de sí mismo maravillando; e ya que el desamorado liquor del agua hizo su obra, fue tanto el desamor que en su corazón entró, que ya él se reprehendía de muy liviano, diziendo:

—¡Qué poco sentido es el mío buscar e amar a una mala muger, que creo en el mundo [no] hay otra peor, e cansarme e fatigarme por tan desvariada cosa! Por mi fe, en buenas cosas me ocupe o exercite⁴⁷⁴.

Diziendo esto, llegó a la amorosa ribera donde corría por unas sombras un deleitoso arroyo; e quitando el freno a Bayardo, le dexó pacer e quitándose el yelmo, donde mejor le pareció, se recostó sobre él, como aquel que dexado de las passiones passadas desseava algún tanto de reposo; e como estava cansado, se adormeció.

Y en cabo de una pieça, Ventura que lo ordenó, arribó Angélica la Bella a aquel lugar, muy fatigada por causa del calor grande que fazía; y como el lugar tan aparejado vio, llegose por descansar ^{9r} un poco; e como vido a Renaldos que dormiendo estava, se arredró d'él por no ser vista, con el poco amor e voluntad que a él e a los Doze Pares tenía, ca antes los dessamava con muy mortal dessamor e por los dañar avía de sus tierra venido a Francia, como avéis oído. Donde veréis la soberviosa donzella, (que su beldad conociendo no estimava a todo el mundo), ser castigada como ella merecía, que, movida de la gran sed, se allegó al agua e bebió tanto d'ella fasta que se contentó, e asentose a reposar, do poco a poco el agua comenzó a obrar su fuerça en el su tierno corazón; e súpitamente, mudada de lo que

⁴⁷³ cominantes To¹⁵²⁵.

⁴⁷⁴ exercito To¹⁵²⁵.

antes era, començó a amar a don Renaldos de tan desordenado amor que, como fuera de sí, sin otra cosa pensar, se levanta e se va donde don Renaldos dormía; e assentada par d'él, le tomó la cabeça e la puso sobre su falda e començole a besar en la faz. Renaldos recordó e, viéndose en la halda de la cosa en el mundo él que más desamava agora, aviéndola tanto querido, levántase muy aína e puso el freno a Bayardo e, como quien del infierno huye, empieça a se partir de allí. Ella, que ir le vido, sube encima de su palafrén e, al más correr, le empieça a seguir, diziendo:

—¡O, franco cavallero, el mejor que nunca armas truxo! Espera un poco, ca te amo más que a mi propia persona. Cata que muero por tu amor. No me des tan mal galardón por te bien querer. ¿De quién huyes? Que no soy Galalón que te desama, no soy salteador d'esta selva. Buelve a quien te ama más que a sí propia. Mira si soy digna de ser fuída o si merezco ser seguida. ¿Por qué temes de una delicada donzella? ¡O, si la virtud te acompaña como valentía, no serás tan desapiadado que solo a me mirar no buelvas!

Estas e otras muchas amorosas palabras dezía Angélica la Bella en la seguida de don Renaldos, pero todo era echar palabras al viento, que tanto cuanto más la oía más la desamava. E deque vio que de fecho le seguía, pone las espuelas a Bayardo e, como un ave que buela, presto se desaparece de los ojos de Angélica la Bella. Ella, que vido que poca pro le traían sus razones pues Renaldos era ido, buelverse al lugar do primero avía estado, e, assentada debaxo de un pino, llorando de sus ojos, dize muy lastimeras razones a solas.

—¡O, mi dulce señor Renaldos! ¿Qué has visto en mí que assí me huyes? ¿Qué desventura es la mía que assí me ha sucedido?

Estas e otras cosas diziendo se cae adormecida, assí del cansancio del camino como del gran dolor e pasión que padecía. La cual dexaremos dormiendo, por contar lo que avino al fuerte Ferraguto e al conde don Roldán, que en su busca e demanda andava.

Capítulo viii. De lo que le acaeció en las Selvas de Ardeña al fuerte Ferraguto con Argalia andando en busca de Angélica⁴⁷⁵ la Bella.

Cuenta la historia que Argalia, hermano de Angélica la Bella, después que se apartió de la temerosa e muy reñida batalla del fuerte Ferraguto, se entró por las Selvas de Ardeña en su ligero cavallo Rubicano, que en el mundo otro más ligero que él no avía, fueras de Bayardo, el cavallo de don Renaldos. E desde por ellas ovo andado en busca de su hermana Angélica una gran pieça e no la fallava, ovo gran pesar en su corazón, e soltando las riendas a Rubicano, su cavallo, le dexa andar por donde él quiere. Y el fuerte Ferraguto que le seguía, viendo que por la ligereza de su cavallo se le había escapado, el alma se le quería salir de enojo; e como hombre de ánimo robusto e grande esfuerzo, no sentía cansancio alguno ni menos se acordava de reposar; subíase en las mayores alturas que vía por ver si de allí podría descubrir^{9v} algo de lo que buscava. No fallaba ninguna cosa, aunque a unas e a otras partes mirase, ca las selvas eran grandísimas y en partes eran tan espesas que apenas por ellas podíades andar, y en las partes despobladas estavan tan grandes riscos e alturas que era maravilla de ver, donde entre altura e altura avía unos entretexidos valles, que no parecían sino calles de una gran ciudad, donde jamás faltavan aventuras al que buscar las quería.

Ya que cansado de andar estava el fuerte Ferraguto, entrando en un estendido valle, vido debaxo de un árbol un cavallero recostado en su yelmo que dormiendo stava, armado de todas armas muy ricamente; luego que más cerca se llegó, conoció que era Argalia, el fuerte mancebo que, del cansancio que avía passado, allí se avía dormido. Como lo conoció Ferraguto, apéase de su cavallo e átaló a un árbol; e vase para el cavallo de Argalia e cortole las riendas, e diole de llano un gran golpe que le hizo fuir como un viento; iva tan ligero e con tanta furia, que no señalava nada en la tierra. Argalia, con el gran ruido, recordó, e como tan cerca de sí vido a Ferraguto, puso el yelmo en su cabeça e vase para él, diziendo:

—¡O, valiente guerrero, qué mal e villanamente lo has fecho en me soltar mi cavallo! Ca sepas que no le podrá ánima biva tomar fasta ir a la cueva donde él fue criado. Si conmigo tenías enemiga, dexaras a mi cavallo e oviéraslo conmigo.

⁴⁷⁵ anglica To ¹⁵²⁵.

E diziendo esto, el corazón se le quería de enojo rebentar en el cuerpo. Ferraguto le dixo:

—Sepas, Argalia, que si yo fize a tu cavallo fuir fue porque temí que te me escapases por su ligereza como lo feziste en el Padrón de Merlín. E quiero que aquí aparte sea nuestra batalla, do sin falta el uno de nós ha de quedar muerto; e para el que bivo quedare, assaz de buen cavallo es el mío en que pueda ir.

El osado mancebo le dixo:

—No es menos sino que yo lo fize mal en te bolver las espaldas e fuir. Mas por mis dioses te juro, e por este brazo derecho, que te non fui por miedo de tu batalla, sino por el temor que mi hermana no se perdiese por estas endiabladas selvas. E porque veas ser verdad lo que te digo, faz lo que tu corazón te encaminare, que en mí fallarás sana paz o mortal batalla.

Ferraguto se dexó ir a él la espada alta, y el poderoso mancebo Argalia así mismo le sale a recibir, e danse tan fuertes e desmesurados golpes, que assí sonavan e reteñían por aquellos valles como una herrería. Grande rato se estuvieron combatiendo los dos esforçados guerreros, que ningún mal ni ferida se podían fazer, fasta tanto que, dexadas las espadas colgar de las cadenas, se van a los brazos el uno al otro; y estando trabajándose por derribar el uno al otro, hovo de ser que Argalia puso el pie sobre una pequeña piedra, que fue causa que cayó en tierra y el fuerte Ferraguto sobre él; e Argalia, poniendo toda su fuerça por se levantar, como el que en tal peligro se vía, quebró una ligadura con que la guarnición de pierna estava debaxo de la falda asida. Y el fuerte Ferraguto sacó su daga y por la parte que estava desarmada ge la metió dos vezes hasta las entrañas. Argalia, que assí cruelmente se siente herido, suelta a Ferraguto con un doloroso suspiro, diziendo:

—¡O, contraria Fortuna, cómo me has engañado e traído a este estado!

Ferraguto se levantó d'él e vio que mucha sangre le salía; y esperando un poco, vio que no se levantava, ante se estendía con la ravia de la muerte. Empeçole a desenlazar el yelmo e quitósele de la cabeça; e, como ya le vio demudado de su color, bien creyó averle ferido de muerte, de lo cual le pesó mucho, diziendo:

—Agora pierdo toda mi esperança de cobrar a Angélica la Bella, ca ella antes me desamava; e agora non solo non me querrá, antes pugnará por me buscar la muerte por se vengar de la desonra de su hermano. ¡O, valiente Argalia, sabe Dios cuánto me pesa de tu muerte, ^{10r} que yo no andava por te matar, sino por te vencer

por ganar la que a mí de su fermosura me avía vencido! Pues assí es, dime qué quiés que faga por ti después de tu muerte.

—No otra cosa —dixo el sin ventura mancebo— sino que, por la fe que a Dios debes e a la cosa del mundo que más amas, de que mi ánima se parta de mis carnes, me llesves, assí armado como estoy, y me echés en un hondo río que cerca de aquí passa, porque nadie no goze mis armas, ca son tan buenas, que no avrá cavallero que las vea e pruebe que no diga ser yo la más desdichada e covarde criatura del mundo, pues que con ellas, siendo tales, me dexé vencer.

—Yo te lo prometo —dijo Ferraguto—. Mas un don me has de otorgar, aunque merecido no le tengo, y es que, pues sabes que tu hermana me tomó mi yelmo, me quieras prestar el tuyo, que, aunque d'él no tenga necessidad para defensa de mi persona, como sabes, a lo menos aprovecharme ha para que no me conozca ninguna persona por esta tierra, en la cual, como sabes, que es fuera de mi ley, no me pueden faltar enemigos.

Argalia le hizo de señas que sí. E no pudiendo más hablar, se le salió el ánima. Ferraguto le levantó del suelo e le puso sobre su cavallo; e andando por el valle abaxo, falló el río que por allí muy fondo iva; e con muy gran pesar que en su coraçón tenía, le echó dentro en el río; e poniéndose su yelmo, cavalgó en su cavallo e diose de andar por las selvas donde la ventura le quisiesse guiar.

Capítulo ix. De la batalla que hovo el fuerte Ferraguto con el conde don Roldán sobre los amores de la muy hermosa Angélica la Bella.

Pues la historia vos ha contado algo de lo que acaeciό a los dos valientes cavalleros, don Renaldos de Montalván e al fuerte Ferraguto, andando en las Selvas de Ardeña, gran razón es deziros del valeroso e muy esforçado cavallero el conde don Roldán, el cual, como havéis oído, con muy apassionados pensamientos se salió de París solo sin ninguna persona lo saber e sin la seña del cuartel por ser más encubierto. E vase buscando las Selvas de Ardeña por una parte e por otra sin un rato descansar. E su ventura le guió donde Angélica la Bella estava durmiendo; y el valeroso conde deque la vido, dio muchas gracias a Dios que en tal camino le avía endereçado; y estúvose delante mirando e contenplando su hermosura, la cual, con el tiempo caluroso y el trabajo passado, estava tan hermosa, con una color tan

relumbrante, que parecía un serafín. Tanta era su beldad, que no hoviera hombre que la viera que jamás se hartara de la estar mirando, dando gracias a Dios que tan bella la hizo. El conde, que antes abrasado y encendido de su amor estava, se le dobló viéndola tan acabada; e apartándose afuera, se apeó de su cavallo e atole a un árbol, e vínose a sentar donde Angélica la Bella dormía; e allí, los ojos hincados en ella, contemplava su gran hermosura, de tal manera que casi estava fuera de sí dezía:

—Este es mi perfecto paraíso. Esta es mi segura holganza. Este es mi acabado deleite.

En estos pensamientos ocupado el conde don Roldán, no se le acordava otra cosa del mundo; e valiérale más, pues la ventura se le avía ofrecido, sabella gozar que no estarse con sola la vista contento, por donde se podía bien dezir el antiguo proverbio que dize: «Quien tiempo tiene e tiempo pierde, tiempo viene que se arrepiente», ca él estando en estos pensamientos, bolvió la cabeça e vido venir un ^{10v} cavallero armado de todas armas a guisa de cavallero andante, de que le pesó muy de corazón, porque sabía que le avía de quitar aquella su dulce contemplación, el cual era el fuerte Ferraguto, que venía tan triste de cómo mató al valiente Argalia, que más no podía ser. E Ferraguto que Angélica vido, luego la conoció; mas como vido cerca d'ella a aquel cavallero pensó que la estava guardando, e díxole assí, sin más le saludar, no creyendo que fuesse don Roldán:

—Cavallero, mandadvos quitar de la guarda d'essa donzella si no queréis perder la vida, ca antes la amé yo que vós, e por ella he sido en harto afán.

Don Roldán, que assí vio fablar tan orgullosamente al cavallero, no le respondió por más desdén; e como Ferraguto vio la poca cuenta que d'él fazía el cavallero, le tornó en alta boz a dezir:

—Cavallero descortés y mal criado, levantadvos luego de donde estáis; si no, juro por Dios de fazeros levantar mal vuestro grado.

Don Roldán le dixo:

—Cavallero, idvos a la buena ventura. No quites mi deleite ni me le impidas. Cata que no me debes conocer, ca, si me conociesses, farías tu provecho en te ir.

—No cale⁴⁷⁶ más razones —dixo Ferraguto—, ca vos cunple apartar de allí o morir.

E alçándose en los estribos, tomó la lança so mano por le ferir. Don Roldán prestamente se levanta e, sin poner el pie en el estribo, cavalga en su cavallo, e sin más tomar lança, pone mano a su espada Durindana e viénese a Ferraguto diziendo:

—Yo soy Roldán, que si todo el mundo agora viesse ante mí, no le avría temor.

Ferraguto, que nonbrar le oyó, ovo recelo; mas como era uno de los mejores cavalleros del mundo e de más ánimo, soltando su lança, pone mano a su buena espada e déxase ir a él. Agora se comiença la mayor batalla que entre dos cavalleros en el mundo pudo ser, ni más golpeada, ni reñida, que en los primeros golpes cada uno d'ellos conoció la valentía del otro e que le hazía menester manpararse bien de su contrario. Dávanse tan duros e crueles golpes que, aunque las armas no se cortavan por ser encantadas, sus carnes de magulladas passavan gran tormento. Ferraguto dezía entre sí:

—Con gran razón es temida la espada de don Roldán, que, si mucho dura esta burla, no puedo escapar de sus manos.

Don Roldán dezía:

—¿Es este mi primo don Renaldos de Montalván? Ca jamás sufrí tan desmesurados golpes después que truxe armas. Si él es, no es este Bayardo su cavallo; mas si no es él, mucho es de alabar este cavallero, cualquiera que sea.

Estando en su batalla, recordó con el gran ruido Angélica la Bella; e como vido tan cerca de sí combatir los dos cavalleros, vio que el uno era el fuerte Ferraguto, ca a don Roldán no conoció; e sin más pensar, sube sobre su palafrén, que muy andador era, [e] empiéçase a ir. Don Roldán, que ir la vido, dixo a Ferraguto:

—Cavallero, si alguna cortesía en ti ay, te pido me dexes ir en pos de aquella donzella e no me detengas en batalla, ca me harás gran pesar.

Ferraguto le dixo:

—No se empeçó por dexarse assí, que yo la devo seguir e tú no. E cunple que uno de nós la aya por suya cuando muerto e vencido aya al otro.

⁴⁷⁶ Corominas (*DCECH*) indica que su uso, menos frecuente desde el siglo XIV y restringido poco a poco a la frase negativa (como en el presente caso), es raro en el siglo XVI y se halla de manera esporádica «en versos o en frases de evidente corte arcaico».

¡O Ferraguto, cuán mal has hablado, que no miras que lo has con don Roldán, que si una vez se torna sañudo non escaparás de sus manos!

Cuando vido don Roldán que por corteses palabras non acabava nada con Ferraguto, viendo que a más andar Angélica se alongava, echa el escudo a las espaldas e toma con ambas las manos a Durindana; e los dientes unos con otros apretando, se alça sobre la silla e da tan grandíssimo golpe a Ferraguto sobre el encantado yelmo de Argalia, que fuera de todo su sentido se abraçó al pescueço de su cavallo; e como el cavallo tan gran tormento del golpe ovo, buelve corriendo con su señor por el campo, que fue gran maravilla no caer d'él Ferraguto. Roldán, que con el gran corage que de sus razones passadas tenía, ^{11r} le siguió por le acabar de matar; e ya que cerca d'él llegava, vido cerca de sí una donzella encima de un palafrén, toda vestida de negro, que le dava bozes diziendo:

—¡O valeroso guerrero, ruégote, por el favor que debes a la cosa del mundo que más amas, me escuches dexando un poco tu batalla!

Don Roldán, que assí jurar la vido, no pudo fazer ál; e parándose, se llegó a él la donzella e dixo:

—Señor, este con quien combatís, ¿conocéisle?

—No —dixo don Roldán.

—Pues sabed, señor, que es el fuerte Ferraguto; e si queréis oír las nuevas más dolorosas, acercaos e oírlas heis.

E llegaronse a donde Ferraguto estava, que se endereçava en la silla e se adobava el yelmo como quien de un sueño recuerda; e díxole la donzella:

—¡O, mi señor Ferraguto, cuánto descuido es el vuestro!

Alçando la visera del yelmo Ferraguto dixo:

—Donzella, ¿por qué me lo dezís?

—Cómo, ¿no me conocéis?

—No, cierto —dixo él.

Entonces la donzella comenzó muy agramente a llorar e dixo:

—¡O, cuánto desfaze el dolor y el ábito a las personas! Sabed, señor, que yo soy Flordespina, vuestra hermana.

Como Ferraguto la oyó, dixo:

—¡O, Santo Dios! ¿Y es verdad?

—Sí—dixo ella.

—¿Pues cómo a tal tierra sois, mi señora hermana, venida? ¿Qué cuita es la vuestra?

—¿Qué?—dixo ella—. La mayor que nunca en el mundo fue, ca sabed que el rey Gradaso con mucha e innumerable gente de diversas naciones es venido en España, e ha ardido a Valencia, e ha destruido a todo Aragón, e tiene puesto cerco sobre Barcelona. E según él fazía guerra al rey Marsilio, pienso que le avrá muerto o preso. E no contento d'esto, es tanta la gente que tiene, que quiere embiar a detener el passo en Francia porque Carlomagno no los socorra, ni ha querido tregua ni partido alguno. Ha ardido a Sevilla e a Gribaltar e muy muchos otros lugares, quemando villas, derribando castillos, que es la mayor lástima del mundo verlo.

Muy maravillado e pensativo estava el fuerte pagano oyendo lo que su hermana le dezía. E buelto a Roldán le dixo:

—Valeroso conde, ya veis la dolorosa nueva que me es llegada. La victoria de la batalla vuestra es, en la verdad de mi atrevimiento en me combatir con vós ya llevo el castigo. Por esso, señor, dadme por quito de la batalla, pues veis cuán ligítima es la causa.

—Por cierto, Ferraguto —dixo Roldán—, vós sois muy buen cavallero e ¡assí Dios me vala! A mí me pesa de nuestra renzilla, porque a mí me avéis fecho perder la cosa del mundo que yo más amava e vós por ello no ganastes cosa alguna. De las nuevas me pesan. Mucho quisiera yo ir a París a ver lo que el Emperador sobre esso ordena. Mas no puedo ál fazer de seguir mi empresa o morir. Idvos a la buena ventura e Dios os guíe.

Luego se despidieron los dos cavalleros, el fuerte Ferraguto la buelta de París para se venir en España, y el conde don Roldán en busca de la que su corazón lleva aprisionado. E dávase tanta priesa al andar, que le parecía una ora ciento, tanto que a vista vido el blanco palafrén de Angélica la Bella, y él se dio tanta priesa a la seguir, que en poco espacio la alcanzó. Angélica, que tan cerca le vido, viendo que sí por arte no que por el andar de su palafrén no se podía escapar, puso su anillo en la boca, e, usando de su arte, desapareció de la vista de don Roldán, como aquella que todo su amor tenía puesto en don Renaldos de Montalván. E d'esta manera se fue Angélica camino de su tierra, pensando qué manera ternía para alcançar el amor de don Renaldos de Montalván; y el conde don Roldán, en pos d'ella, jurando por la fe de

Jesucristo de jamás bolver en Francia fasta la aver. E dexándolos ir, vos queremos contar de lo que el emperador Carlos ordenó en la ciudad de París oyendo la destrucción de sus vasallos d'España.

Capítulo x. De lo que Carlos emperador ordenó sobre la guerra del rey Gradaso, e lo que después sucedió. ^{11v}

Llegaron nuevas a Francia muy presurosas de la grand guerra e destrucción que el rey Gradaso e sus conpañas hazían en las partes de España a los vasallos d'el emperador Carlos de Francia, que dolor era de oír los ultrages, muertes, quemas e robos e asolamientos que con tanta crueldad fazían. El Emperador mandó ayuntar su alto consejo para poner en tal caso suficiente remedio. E fue ordenado que, pues don Roldán no se podía aver ni saber dónde estava, de lo cual todos tenían mucha pena, que el Emperador embiasse por don Renaldos de Montalván, el cual ya era buelto de la demanda de Angélica la Bella, como aquel que poco se le dava por su amor después que bebió del Agua Desamorada. E venido que fue delante Carlos emperador, puso las rodillas en tierra esperando lo que por él le avía de ser mandado. El Emperador que le vido, hízole alçar de tierra e díxole así:

—Fijo Renaldos, ya avrán llegado a tus orejas las pavorosas nuevas de España e cómo passan nuestros parientes e amigos gran fatiga e trabajo con aquel malvado del rey Gradaso. Y pues vees la ausencia de Roldán, tu primo, es razón que en su lugar suplas, pues en ti después d'él está nuestra esperança. Por lo cual, quiero que seas mi general capitán con todo el poderío e mando que yo mismo puedo tener e mandar. E porque el tiempo es breve e la necessidad es mucha, haz de manera que España sea de tal suerte de ti socorrida como cumple a mi honra e a tu devido esfuerço.

No le habló más el Emperador salvo que, besándole en la faz, le dio el anillo de su dedo, diziendo:

—Agora pongo, hijo, mi honra en tus manos. Haz como de ti se espera e [de la] casa de Mongrana e Claramonte donde deciendes.

Luego se parte Renaldos delante d'el Emperador con su devido acatamiento e manda juntar las guarniciones que cerca de allí estavan e más otros muchos cavalleros que, por ser él capitán, quisieron ir con él en su compañía, los cuales

juntos halló cincuenta mil en todos. Aunque desigual cosa era para ir contra tanta multitud de paganos, confiando en Nuestro Señor Jesucristo y en el varonil esfuerzo de su capitán, se vienen la buelta d'España. Mucho plazer ovo el rey Marsilio cuando supo el socorro que de Francia le venía; e sáelo a recibir, llevando consigo al fuerte Ferraguto, e a Serpentino, e a Insoler y Espinelo, y el rey Morgante y al franco Matalista, e al grande Argalifa, almirante d'España, y al rey Balugante y a Falcirón el Bravo. Luego que se vieron, se abraçaron con grande amor e se fizieron todos un cuerpo; e juntos todos a consejo en una rica tienda del rey Marsilio, fue acordado que fuessen a Barcelona, do tenía el rey Gradaso assentado su real por la tomar, y el valiente Grandonio, con copia de buenos cavalleros, la defendía; mas poco le aprovechava, que o cumplía morir de hambre o darse en breve tiempo, porque era el cerco en torno de la ciudad e ya le fallescían las vituallas. E con esta intención se parten todos juntos, como ellos estavan, en buen concierto, de manera que Espinelo de Almonte, con veinte mil cavalleros, llevaba la delantera; luego el animoso y esforçado cavallero don Renaldos de Montalván con sus cincuenta mil franceses; e después el tercero fue el rey Morgante con Matalista e treinta mil de sus cavalleros e peones, e Insoler e Argalifa, almirante, con veinte e tres mil cavalleros e peones; y el fuerte Ferraguto llevaba la postrera escuadra con treinta mil cavalleros, y el rey Marsilio con él. E una gente de otra algo apartada, se van cara de sus enemigos, que había cinco para uno.

Luego lo supo de sus corredores de campo el rey Gradaso e faze llamar a su consejo e ^{12r} manda que, sin más dilación, den muy rezio combate a Barcelona y que no dexen persona chica ni grande biva salvo al rey Grandonio (que tan bien la avía defendido), porque él quería d'él tomar la vengança. Esto dezía aquel follón pagano con tanta furia, que temor y espanto ponía a los que lo estavan mirando. Luego lo ponen por obra cuatro reyes de India, a quien este cargo era encomendado, con muchos e diversos ingenios e castillos sobre elefantes armados, que maravilla era de ver. Luego en continente faze llamar también un gran gigante que consigo traía, que llamavan Alfrerón, la más espantosa cosa que los nacidos vieron, e cavalgava armado sobre un estraño e pavoroso animal en lugar de cavallo; e díxole:

—Irás con tu compañía hazia donde viene la gente del rey Marsilio; e la primera escuadra que topares tráeme la presa e, si se defendieren, no dexes alma a vida.

E luego bolvió con muy fiero semblante al rey de Arabia, que avía nonbre Firdalo el Robusto, e díxole:

—Tú, rey, no ternás otro cargo sino con tu gente a mirar por don Renaldos de Montalván, que trae en su escuadra la vandra de Carlos de Francia, e prendérmelo a él e a su cavallo; e guarda que su cavallo no se te escape; si no, por mis dioses te juro de te fazer aforcar como al triste villano del mundo, que esse cavallo fue una de las causas porque yo pasé en estas partes, que si a él gano, poco será ganar la espada de Roldán, e con estas dos joyas yo seré señor de todo el mundo sin resistencia fallar.

También dio cargo al Rey de Persia que prendiesse a Morgante e Matalista. Assimesmo, manda al Rey de Macrobia, que era un desmesurado gigante, que prenda a Insoler e al almirante del rey Marsilio. Sabed que este gigante había nombre Orión, no cavalgaba a cavallo por la su desmedida grandeza, salvo a pie era su batalla⁴⁷⁷. Luego en continente vino delante Gradaso el rey de Etiopía, que era un gigante muy feo llamado Balorzán; a este fue dado el cargo de prender a Marsilio e al fuerte Ferraguto.

E sabed que esto que el rey Gradaso avía encomendado ya lo tenía por tan cierto como si fuera hecho. Agora sabed que, como la gente que de España venía arribasse a vista del gran paganismo del rey Gradaso, ovieron a maravilla tanta diformidad de gentes como allí eran juntas e a sugestión de una persona; e como todos los grandes que allí venían lo fablasen con Renaldos, díxoles:

—Señores, por mucha gente no se vencen las batallas, sino por el esfuerço e concierto, ca sabed que, si yo puedo, no iremos todos como somos a ellos, antes, con alguna arremetida a nuestro salvo, devíamos tentar su concierto; e si no le hallásemos como devían a guisa de buenos e concertados guerreros, haríamos de suerte que fácilmente los venciésemos. E para esto, señores, si a vosotros plaze, ya veis venir hacia nós gran parte d'ellos, que no se an estimado a venir todos, que yo con mi gente les diesse un rencuentro. E podría ser que no se fuessen de mí alabando. E si necesidad fuere, allí estáis vosotros, señores, que os moveréis en mi socorro.

—Sea como vós queréis —dixeron todos—, señor don Renaldos, pues siempre oviestes por costunbre de ganar honra de todas las cosas.

Todos se detienen en un gran llano y sale adelante don Renaldos con sus cincuenta mil guerreros, e fázellos tres partes: la primera tomó él, e la segunda dio a

⁴⁷⁷ batala To ¹⁵²⁵.

su hermano Alardo, e la tercera al buen Rizardeto. Y el valiente don Renaldos, con mucho concierto, vasa el llano adelante con su gente contra la batalla del fuerte gigante Alfrerón. E desde que se vido cerca d'ella, don Renaldos se sale de su gente una pieça encima del su buen cavallo Bayardo; e vio al gigante Alfrerón que algo de la suya se avía adelantado; e poniendo las spuelas a Bayardo, ^{12v} se va a él, que no parecía sino un rayo, y el gigante mueve su ligero animal contra Renaldos, un terrible bastón en la mano de fierro; y el valeroso paladín le encuentra de tanto poder que, aunque él era grande en demasía e las armas muy fuertes, dio con él y con la bestia fiera por tierra. Los cristianos, que aquel golpe vieron, llamando a San Dionís, van en pos de su señor, e no ovo ninguno d'ellos que de aquella apretada no derribasse o matasse el suyo porque, aunque eran muchos, no eran bien armados. Allí víerades a don Renaldos como un león bravo firiendo e matando paganos, jamás reposando en un lugar sino andar de unas partes a otras firiendo a diestro e a siniestro; tanto fizo con los suyos, que no lo pudieron los paganos sufrir e muy desbaratados se enpieçan a retraer. El gigante Alfrerón, tornando en sí, se levanta con un ánimo muy fiero e, cavalgando en su animal, se mete entre los suyos para los detener; mas no pudo tanto con ellos que no se juntassen con la segunda batalla que el Rey d'Arabia traía, el cual traía cargo del rey Gradaso de prender a Renaldos e a su cavallo. Y como supo que él era el que avía desbaratado la gente, maravillose, e preguntó al gigante Alfrerón qué avía sido aquello; él respondió:

—Rey, el que has de prender por mandado de nuestro rey Gradaso es el que me ha desbaratado, ca él me derribó de un encuentro de lança, de tal suerte que aquí do estoy no he tornado en mí. El nombre ya le sabrás por oídas gran tiempo ha, que es el endiablado cavallero don Renaldos de Montalván. Por esso, aquí viene cerca. Pagnar debes con tu gente e con la mía de lo prender para que cunplas el mandado a que eres enviado, que muy ligera cosa es de hazer.

—Como quiera que sea —dixo el rey de Arabia, que Firaldo el Robusto se llamava—, provaré todo mi poder.

E luego mueve él e su gente recogendo consigo los que desbaratados venían; e con un alarido que parecía que la tierra estremecían, arremeten a la gente cristiana. Alardo, que venir los vido tan desapoderados contra su hermano Renaldos e su gente, mueve la suya e con gran presteza se juntan unos cristianos con otros e arremeten a la gente pagana como unos hanbrientos lobos. Allí cayeron algunos cristianos, pero

muchos más paganos fueron caídos e muertos. Allí se empeçó a embravecer el fuerte Renaldos de Montalván en tanta manera que no ay lengua que lo pueda dezir, ca tales cosas fazía de su persona que espanto ponía en sus enemigos, e por donde passava así le fazían lugar como el manso ganado al pavoroso león. Todo andava teñido de la sangre de los paganos, pues el buen Alardo no se dava de vagar, que más de veinte paganos había muerto. Ya avía rato que se avían mezclado los unos e los otros, hiriéndose e matándose, sin se conocer señal de ventaja, esto por el esfuerço e valentía de su capitán, ca los paganos eran muchos y el rey Firaldo, su caudillo, los iba animando faziendo grande estrago en la gente cristiana; e andando de unas partes a otras discurriendo, como aquel que le cunplía vencer o morir, vido a Renaldos de Montalván faziendo tales maravillas que él quedó como espantado; e tomando una gruesa lança se va para él, y el esforçado cavallero, que venir le vido, tomó otra lança; e vanse el uno para el otro, e firiéronse tan bravamente, que las lanças fizieron menuzos, e otro mal no se fizieron; y el valiente pagano puso mano a un ancho e fino cuchillo que traía e rebuelve sobre don Renaldos; e don Renaldos, con su espada en la mano, lo sale a recibir; e danse tan grandes golpes, que el uno al otro puso pavor de muerte; e como don Renaldos vía que si su batalla durava mucho, su gente lo passaría muy mal, porque los paganos eran doblados ^{13r} que ellos, tomó a Fisberta a dos manos e, alçándose sobre los estribos, dio al rey Firaldo un tal golpe, que no le valió el yelmo que no le hendiesse fasta los ojos e dio con él muerto en tierra. Los suyos, que esto vieron, començaron a desmayar en tanta manera que, con pequeña apretada que los cristianos les dieron, los fazían sin ningún concierto fuir, donde muchos perdieron sus vidas; e los que mejores cavallos traían no paravan fasta se meter entre la gente de la tercera batalla que traían el Rey de Persia y el Rey de Macobria, que, como vos deximos, este Rey de Macobria era un espantable gigante que andava a pie por no hallar animal que sostenerle pudiesse. E como supo que las dos batallas assí eran desbaratadas, no avía quién delante d'él se parase, según la furia [que] mostrava, ca bramava como un toro por se afrontar con don Renaldos. E luego él y el Rey de Persia hazen mover a gran passo toda su gente; e los que venían huyendo d'ellos tornavan a la batalla, que ál no podían fazer; e otros dezían que no bolverían aunque supiesen padecer alguna pena, que más querían que los tuviesen por covardes que no tornar a se ver con don Renaldos e con su gente, que no le llamavan sino Sepultura de paganos; e mucha d'esta gente se avía tornado a las

tiendas del rey Gradaso e al combate que se fazía en la ciudad de Barcelona por la tomar, que ya andava el rey Gradaso, e toda la gente que con él era, combatiéndola por tantas partes, que maravilla era no la aver tomado; mas el gigante Grandonio ponía tanta diligencia en la defender como a quien le iva la vida en ello, que era maravilla, ca matavan tantos de los contrarios, que los hazían retirar a fuera. Y en este comedio, el rey de Macobria, que Orión avía nombre, y el Rey de Persia con todas sus gentes se empeçavan a mezclar con las tres escuadras de cristianos, que ya todas se havía fecho un cuerpo. Allí viérades aquel gran gigante con un árbol en la mano passar por la gente matando a cuantos alcançava, que no parecía sino una torre. ¡Triste de aquel que delante se le parava! Mas no fue su vida mucha, que luego que don Renaldos de Montalván le vido, tomó una gruesa lança e, al más correr de Bayardo, se va para él y firiole por medio de los pechos, que le passó de la otra parte [e] el fiero gigante cayó muerto en tierra. Luego que esto ovo fecho, empeçó a discurrir por la batalla diziendo a altas bozes: «¡Francia, Francia, Francia!», esforçando e animando los suyos, de tal suerte que, viéndole, cobravan todos animosos coraçones. Y el valiente Rey de Persia, que supo que Orión era muerto, hovo gran dolor; e tomó una enervada lança; e yendo de unas partes a otras, faziendo estrago en los cristianos, topó con Alardo; e viéndole tan buenas armas, endereçó para él y diole tan fuerte encuentro que le hizo caer en tierra algo herido. El buen Alardo, que a pie se vido, llamando a Sant Dionís, apretó su espada en la mano y empeçó a fazer maravillas matando paganos, cortando braços, que no parecía sino un toro acorralado de gente, ca los paganos le andavan por prender o matar e los cristianos por le defender. Fazíase allí una esquivá batalla; mas aquel que no reposava en un lugar, don Renaldos de Montalván, vido mucha gente allegada en aquel lugar; e tira a gran priesa para allá e, como vido el gran peligro en que estava su querido hermano, empieça a derribar e matar paganos, que en poco espacio mató e fizo arredrar tantos que su hermano Alardo tuvo lugar de cobrar su cavallo. E preguntole don Renaldos:

—Hermano, ¿quién vos puso en tal estrecho?

—El Rey de Persia me derribó, e aun creo que me firió algo —dixo él—; e trae muy ricas armas e una corona encima del yelmo.

Y diziendo esto, vídole Renaldos ^{13v} que como lobo ravisoso derribava e matava innumerable gente; e fuesse para él su espada en la mano. El Rey de Persia,

que venir le vido, le esperó; e diéronse tan grandes golpes, que se fizieron sentir el uno al otro sus fuerças; e del golpe que don Renaldos le dio le derribó la mitad⁴⁷⁸ de la corona de oro e pieça del armadura en tierra; e después d'esto, como aquel que no le cumplía mucho en se detener con un solo cavallero, alça Renaldos el espada con dos manos e dióle encima de la cabeça tal golpe, que muerto le derribó a tierra. Allí viérades el alarido que se levantó parecer hundir la tierra. E como los paganos vieron a sus dos caudillos muertos, hovieron tanto pavor que se empieçan a retraher. Los cristianos, viendo esto, cobrando mucho ánimo, aprietan sobre ellos tanto que les fazían⁴⁷⁹ fuir, e van matando e firiendo en ellos. Don Renaldos que vido el seguimiento que los suyos hazían, porque no se desbaratassen en demasía, toca su cuerno tan rezio, que todos casi lo oyeron y en gran concierto los faze retirar hazia la otra gente que estava esperando el mandado suyo para les dar socorro. Mas, por entonces, no fue menester, porque tales eran los caudillos del Emperador, en especial don Renaldos, e la gente que traían de tal guisa e tan bien armados, que ellos por aquella vez fizieron el campo franco. E como a la gente del rey Marsilio llegaron con la vitoria que oís, todos los bendezían e alabavan, en especial aquel esforçado e venturoso don Renaldos de Montalván, ca todos le miravan e acatavan como a una persona en quien pensavan tener socorro de sus pérdidas e amparo de sus vidas. E junto que fue con los grandes señores de la hueste, ordenó con ellos que assentassen en aquel gran campo su real a vista del rey Gradaso. E assí se hizo, que luego se arman tiendas muy riquíssimas, e a vista del rey Gradaso fortalecían su real, dándose tan poco por la multitud de sus contrarios como si no estuvieran presentes, de lo cual los del rey Gradaso se espantavan mucho.

Capítulo xi. De lo que fizo el rey Gradaso viendo a sus enemigos tan cerca y el gran estrago de los suyos.

Viendo el rey Gradaso a vista sus enemigos e cómo asentavan el real sin miedo ni temor suyo, e después sabida la muerte y estrago de los suyos, blasfemando de sus dioses, hizo llamar a los grandes de su hueste; e metido en una gran tienda de las suyas les preguntava qué debía hazer sobre lo que presente tenían e veían. Todos

⁴⁷⁸ meytad To¹⁵²⁵.

⁴⁷⁹ fazien To¹⁵²⁵.

a una boz lo remitieron a él como a principal caudillo e a señor, cuyos vasallos ellos eran. El rey Gradaso, por más se informar del fecho passado, fizo pesquisa de qué suerte avía passado la batalla; e muchos que en ella se hallaron le dixerón:

—Poderoso señor, sepas que sola la gente de Francia desbarató toda la tuya, la cual era doblada que no la otra, esto por la fuerza de aquel tan nonbrado Renaldos de Montalván, el cual hizo tanto estrago, assí en los tus capitanes como en las tus gentes, que no basta lengua a lo contar.

Oyendo esto el rey Gradaso, tomó tanto coraje que quería rebentar, e dixo:

—Si del cielo todo me coronassen por señor, que de la tierra no lo estimo en nada, lo dexaría por me provar con esse que tanto loor en el mundo alcanza, por ver si sus fuerças bastaran ha me quitar que lo no mate e gane su cavallo Bayardo, que tanpreciado es.

E luego en continente pide sus armas, que eran las mejores que se podían fallar; e armado que fue de pies a cabeça, sube sobre un animal hembra, llamado Alfana, fecha toda a manera de cavallo en todas sus faciones salvo la cabeça, que era muy disforme, ca tenía las orejas anchas e caídas como mastín ^{14r} e dos colmillos grandes salidos de la boca, con los cuales fazía mucho mal en la batalla. Era la más fuerte e ligera bestia del mundo.

Renaldos de Montalván, que por sus espías esto supo, luego se puso a punto, e tomó consigo sus dos hermanos e muchos de los franceses que holgados algo estaban; e no dexó de llamar aquellos fuertes paganos españoles, es a saber: al fuerte Ferraguto, e Matalista, e al rey Morgante, e a Espinelo de Almonte, e Angelinos, e otros muchos cavalleros de alta guisa. E fecha una fermosa batalla, se mueve contra el furioso rey Gradaso, que muy buena gente consigo traía. Traía consigo un muy espantoso gigante tártaro, llamado Antiferón, el cual era de tales faciones y estatura, que espanto ponía en lo mirar; no traía armadura en el cuerpo, porque, estando desnudo, era tan grueso y espeso el pelo que lo cubría como salvaje que no temía arma ninguna que ferir le pudiesse; traía en las manos por arma un gran bastón de fierro maciço, con una maça en cabo, que una carreta tenía assaz que levar; no se vio en el mundo más desaforada ni espantada criatura que esta.

E con su compañía, cual oís, que pocos más eran que los que don Renaldos traía, se va acercando a sus contrarios; e deque un trecho pequeño d'ellos se vio, se sale de los suyos. E don Renaldos, que así lo vido apartado de la gente, toma una

gruesa lança e sálese de los suyos, ca lo conoció por las señas que d'él avía oído; e viniéronse a encontrar con tanta fuerça los dos valientes guerreros, que la tierra hazían temblar, y el rey Gradaso venía con tanto orgullo, que bien pensó de aquella carrera fenecer su batalla; y encontró a Renaldos tan poderosamente, que la lança, aunque muy gruesa era, fizo menudos pedaços; e Renaldos assimismo le dio tan valeroso encuentro, que jamás otro tal en su vida el fuerte Gradaso sintió, de lo cual quedó muy espantado. E sabed qu'el cavallo Bayardo, que tan cerca de la fiera bestia Alfana se vio, o por pavor que d'ella ovo o por se guardar que le no firiesse con los largos colmillos que fuera de la boca le salían, dio un salto al través, que toda la gente quedó espantada de su ligereza. Luego ambas las batallas se mezclan, do viérades muchos cavallos sin señores fuir por el canpo. El rey Gradaso mucho⁴⁸⁰ quedó espantado del golpe de Renaldos; mas no lo queriendo mostrar, se mete entre sus contrarios e derriba por tierra a Ivón e al rey Morgante. Antiferón no se dava espacio, que con su desaforada porra de fierro metie por tierra a cuantos topava. A chico rato el fuerte rey Gradaso se topa con Espinelo de Almonte y derríbalo por tierra; e passa delante e topa con Rizardeto, e derribolo sin ningún sentido del cavallo abaxo; después a Angelinos, e otros muchos cavalleros. Don Renaldos, que esto mirava, doliéndose de sus amigos, toma una gruesa y nervada lança y, endereçándose en la silla, dixo:

—¡O mi buen Bayardo, si algún tiempo tuviste ánimo de acometer, agora más que nunca lo debes de tener!, ca yo voy a me encontrar con un poderoso cavallero, donde tu ayuda me es muy necessaria.

E poniéndole el espuela, contra el rey Gradaso su lança baxa se va. El rey Gradaso que lo vio venir, con su lança como un entena mueve para él. No se vieron jamás tales ni tan orribles dos encuentros, que assí como el uno al otro con desmedida fuerça encontró, las lanças fueron fechas mil pedazos. El buen cavallo Bayardo, que tal encuentro cual nunca jamás avía sofrido sintió, no se pudiendo con toda su fuerça tener, tornó caratrás un gran rato retrayéndose, que no fue más en su poder. E don Renaldos pensó que los huessos se le avían quebrado en el cuerpo, e algo pavoroso diole de las espuelas e con algún^{14v} trabajo le fizo passar adelante. Del rey Gradaso vos digo que jamás pensó morir sino entonces, que fuera de sentido fue sacado, e la poderosa bestia en que venía fue por caer dos vezes; pero por más e más

⁴⁸⁰ mncho To¹⁵²⁵.

que se esforzó no pudo passar adelante, antes, como privada de todas fuerças, se estuvo queda con su señor. El rey Gradaso que assí se vido, como aquel que pensava sobrepujar a los del mundo con fuerça y esfuerço, quedó el más espantado hombre del mundo. E como vido que la noche se venía cerca e su persona atormentada, fizo retraer su gente, como aquel que no la avía por ganar otra vitoria sino a cunplir su sobervio pensamiento en salir con el empresa començada, que era ganar el cavallo Bayardo y la espada Durindana del conde don Roldán. Don Renaldos que esto vido, fizo assimismo a la suya retraer fazia sus tiendas. Mas el gigante Antiferón, que encarniçado estava, no podían con él que se quitase de entrar en los contrarios matando cuantos topava, tantos que el rey Gradaso tenía enojo de le ver por su endiablada e brutal sobervia. E don Renaldos, que su gente tornava⁴⁸¹ en concierto, desque assí le vio embiar tantas almas al profundo, se va para él e con Fisberta le dio tal golpe en un espalda, que bien pensó quitarle del mundo de aquel primer golpe; mas poco mal le fizo, que como el gigante rehuyó el cuerpo viendo venir el golpe, harto tuvo el espada que cortar en vago aquellos gruesos pelos e algo de la carne; e Antiferón bolvió por coger a don Renaldos con su pesada maça; mas no pudo, que, aunque Bayardo estava algo fatigado del trabajo passado, ligeramente libró a su señor; e rebolviendo don Renaldos sobre el gigante, con un sobrado enojo le dio tal golpe encima de la desarmada cabeça que, faziéndosela dos partes, le fizo caer muerto en tierra.

Esto bien lo estava mirando el rey Gradaso, ca bien pensava que nadie podía bastar a fazer lo que don Renaldos hizo; mas luego que lo vido caer, dixo:

—¡O dioses, cuán desfavorables sois a los míos e cuánto favorecéis a este cristiano! Mas yo renegaría de vosotros si d'él no tomase entera vengança de mi persona a la suya.

E dicho esto, se va él e su gente para su real, e don Renaldos para el suyo; e los unos e los otros reposaron aquella noche, puestas sus buenas guardas hasta otro día. El cual venido, el fuerte rey Gradaso llamó a los suyos para se consejar con ellos, e díxoles assí:

—Nobles varones que conmigo a me servir en este viaje havéis venido, ya sabéis que mi principal motivo de passar en estas partes fue ganar el buen cavallo Bayardo y la espada preciada de don Roldán; y pues que estamos en tiempo que mi

⁴⁸¹ torneva To¹⁵²⁵.

persona lo puede ganar, sin más peligro de vosotros, yo lo quiero poner por obra. E será que yo embiaré a don Renaldos a dezir que, si quiere escusar tantas muertes, que él e yo nos combatamos de mi persona a la suya; e si yo venciere, me dé su cavallo, el buen Bayardo; e si él a mí venciere, que sin más detenimiento me vaya con toda mi gente a mi tierra e satisfaga el daño fecho al enperador Carlos e a sus vassallos.

Todos dixeron que se fiziesse como él mandase; e luego embió un mensagero al real del rey Marsilio; e preguntando por don Renaldos de Montalván, fue traído a su tienda, do estava aconpañado de los grandes señores que en la hueste venían. El mensagero le dixo todo lo que el rey Gradaso le havía mandado. Don Renaldos, que otra cosa no desseava, luego, sin más tardar, aceptó el desafío con las sobredichas condiciones. E fue concertado que fuesse desde a cinco días, seis millas de sus gentes, acerca de la marina, entranbos a pie armados de todas armas. E aquí dexaremos estar este fecho en la forma que oís, por contar lo que fizo Angélica la Bella después que de las Selvas de ^{15r} Ardeña salió para se ir a su tierra, dexando en la batalla a don Roldán e al fuerte Ferraguto.

Capítulo xii. De lo que Angélica la Bella fizo por cobrar a don Renaldos de Montalván, e del engaño que Malgesí fizo a don Renaldos porque no quiso conceder su ruego e demanda.

Ya se vos ha contado cómo, estando durmiendo Angélica la Bella a la sombra de un árbol en las Selvas de Ardeña, aportó allí don Roldán, el cual, estando conteniendo con un aprisionado amor la fermosura suya, llegó el fuerte Ferraguto con desmesuradas palabras a le estorbar su deleite; e cómo entrambos siendo en el rigor de la batalla, cavalgó Angélica en su palafrén e, poniendo el encantado anillo en su boca, por más segura ir, se desapareció; e cómo don Roldán, después de partido de su batalla, se da a la buscar, determinando de morir en la tal demanda o acaballa.

E porque en su lugar os diremos lo que a Roldán tal demanda le sucedió, dexándole por agora, vos diremos de Angélica la Bella, que, después que con gran temor ovo passado las spesas selvas, por su arte se fizo llevar al gran Catayo, que era tierra del rey Galafrón, su padre. E llegada que fue en la presencia del padre, le contó todo lo que en su camino les avía sucedido. El padre con gran pena la oyó, viendo que su desseado pensamiento no avía el fin que desseava. Mas, pues más no pudo

hazer, desimuló con el mejor semblante que pudo. De Angélica vos digo que, aunque muy lexos de don Renaldos de Montalván estava, nunca de su enamorado pensamiento se le quitava, passando las mayores angustias e tormentos del mundo, tanto que, por más que olvidar lo desseava e muchos pasatiempos en su deleitosa tierra tomava, jamás de su corazón podía desarraigat el grande amor que a don Renaldos tenía, e jamás pensava en otra cosa sino cómo remediaría aquel tan grand dolor que su ánima⁴⁸² sentía. E puesta en estos pensamientos, acordósele de Malgesí, el cual ella avía embiado preso a su padre el día antes que las justas del Padrón de Merlín se empeçassen; e assí como a la memoria le vino, se va al castillo donde Malgesí preso estava; e tomadas las llaves, ella sola abre las puertas e los fuertes candados con que cerrado estava y entrando do él estava, llamolo por su nonbre. Él, que nombrar se oyó, hovo pavor de muerte, mas en sí algún tanto esforçádonse, esperó el fin d'este fecho, e respondió:

—¿Quién me llama?

—Yo te llamo —dixo Angélica— para te sacar d'esta escura prisión do estás, para que, remediándote d'esta prisión, des el remedio conveniente a otra mayor en que yo estoy.

Malgesí, que fuera avía salido, lo mejor que pudo, dixo:

—¡O valerosa señora! ¿Qué prisión es la vuestra tan grande?

—Es de tal calidad —dixo ella— que tormento no se le iguala. E, si por ti no, por otro no espero que me venga el remedio. E pues vees con el amor que te saco del lugar do estavas, faz como quien eres e de alto lugar donde deciendes. E si tú me fazes juramento de cumplir lo que yo te diré, yo te bolveré en tu libertad e te daré tu preciado cuaderno.

Malgesí, viendo que su libertad era por aquel camino muy cierta, fue el más alegre hombre del mundo e díxole:

—Señora, yo vos juro por Dios bivo e por el agua del sancto baptismo que recibí de cumplir todo mi poder en lo que por vós me sea mandado. E devo fazer otra cosa: e si fazer no lo pudiere, de me tornar en vuestro poder como agora está.

Ella, muy agradosa de oír esto, quitó el cepo e la cadena de los pies de Malgesí e hízole salir a fuera, e tomándole por la mano, derramando lágrimas de sus

⁴⁸² auima To¹⁵²⁵.

fermosos ojos, ^{15v} suspirando de rato en rato suspiros, de tal manera que bien parecían ser mensajeros del amor que en su corazón estava aposentado, dixo así:

—Hermano Malgesí, yo muero por amores por tu primo Renaldos de Montalván; e tanto quanto yo más le amo e quiero, tanto él más me desama e desdeña, por lo cual, creo que mi vida será muy poca.

E allí le contó lo que le avía acaecido en las Selvas de Ardeña, e cómo le avía seguido e de qué suerte havía d'él sido menospreciada; e de tal manera lo contava que a Malgesí movía a gran compassión. E acabadas que hovo sus enamoradas razones, dixo Malgesí:

—Fermosa señora, no tengáis tanta fatiga en este caso, ca yo vos prometo de lo remediar, que no sois vós para assí dessechar de nadie. Mi señor primo don Renaldos es muy cortés cavallero e tal, que fará lo que yo le rogaré. E demás d'esto, vuestro merecimiento e fermosura es tal, que merece cualquier servicio de cavallero. Por lo cual, señora, yo me determino de ir a donde él está e acabarlo con él; e si acabar no lo pudiere, por el juramento que os tengo fecho, de me bolver en el lugar do me tenéis.

—Pues, mi buen amigo Malgesí —dixo Angélica—, yo confío en vuestra palabra e pongo mi vida en vuestras remediadoras manos.

E venida la noche, Malgesí fizo venir un demonio muy ligero, e hizo que lo truxesse en la parte donde don Renaldos, su primo, estava, el cual en breve espacio le llevó; e Malgesí, a pie como estava, entró dentro en la tienda donde estava don Renaldos, su primo, el cual falló acostado, que quería dormir. E como don Renaldos le vido, ¡quién vos podrá dezir el plazer que dentro en su ánima sintió!, e los braços abiertos, levantándose, se va para él, como aquel que veía delante de sí a la cosa del mundo que más encargo era y el que a su vida avía muchas vezes remediado; e díxole:

—¡O amado primo! ¿Dó avéis estado? ¿Quién vos truxo aquí?

Él le fizo que se tornase ha echar e, assentado en su cabecera, le cuenta todo lo passado, desde que fue al Padrón de Merlín, sabido el engaño de los dos hermanos, y cómo avía estado en una horrible prisión e tal que le convenía morir en ella, y que por amor d'él avía sido libre para que cunpliesse lo que él le suplicase, donde no que de necesidad havía de tornar a ella.

—Hermano mío —dixo don Renaldos—, ¿qué cosa puede ser lo que vós me pediréis que por vós yo no la faga, aunque fuesse passar por la muerte mil⁴⁸³ vezes, en de más por vos librar de prisión, aviéndome vós libertado tantas vezes?

—Pues assí es, amado primo —dixo Malgesí—, vós no avéis de entrar en batalla ni tener pena ni fatiga por mí, antes os podéis llamar el más bien andante cavallero del mundo por ser querido e deseado de las más linda donzella que oy es nacida, porque os suplico vos queráis ir comigo, que, como sabéis, yo's levaré tan presto, que vós podáis folgar con ella a vuestro plazer e seréis aquí de mañana sin ser de nadie visto ni sentido, porque yo dexaré otro en vuestro lugar que vos parezca. E pues la demanda es justa, que de tanto peligro me libra, y el aventura es más apazible que peligrosa, e tal que otro cavallero se pornía a cualquier peligro e riesgo por la alcançar, suplicos, amado primo, no me la neguéis, pues veis cuánto en ello me va, que o me conviene morir preso, que no ay en ello falta, o que vós fagáis lo que vos ruego. E porque más a ello vengáis, sabed que es Angélica la Bella la que de todo coraçón os ama e por vós muy triste vida padescce.

Esto echó a perder lo que concertado avía Malgesí, que assí como don Renaldos oyó la cosa del mundo que él más aborrecía, por lo que arriba vos avemos contado, el coraçón se le estremeció en el cuerpo y estuvo un gran rato sin respuesta bolver, pensando qué respondería o qué escusa^{16r} daría al que tanto encargo era. E no pudiendo más hazer, con una apassionada palabra e mudada la color del rostro, como aquel que más quisiera morir que oír tal demanda, con una turbada palabra, que más el coraçón no le pudo sufrir, dixo:

—¡O primo, no quieras que yo tal muerte padezca viendo a la cosa del mundo que más aborrezco! Mándame otra cosa cualquiera e verás mi voluntad. ¿Por qué quieres que yo vaya en poder de las cosas del mundo que más mortalmente quiero? No lo haré si pensasse por ello ser hecho pieças; e no te cunple más me importunar sobre ello, ca de mejor gana me metería en el infierno que pensar de la fablar.

Malgesí, que tan mala e desamorada respuesta de su primo vido, la sangre se le heló en el cuerpo en el pensar que avía de tornar a la áspera e cruda e solitaria prisión donde estava. E tornó por segunda vez a se lo rogar, poniéndole delante su peligro e la hermosura d'ella; mas non le pudo mellar, antes, de que otra vez la tornó a oír, como fuera de seso, se iva a salir fuera de la tienda desnudo como estava. De

⁴⁸³ mill To ¹⁵²⁵.

que esto vido Malgesí y el poco remedio que fallava en su primo, saliéndose de la tienda, dixo:

—Yo te juro por esta señal de cruz, primo, que pues por tu causa yo he de morir en la más triste prisión del mundo, que yo te lo haga antes de mañana a medio día conprar caramente, tanto que no querrías ser nacido ni parecer entre los nacidos.

E salido que fue de la tienda, se va a un lugar aparejado para lo que él quería; e tomando su cuaderno, llamó dos demonios que a él le parecieron suficientes a su caso, al uno llamado Draguinazo e al otro Falseto; e a Falseto fizo que se fiziesse como un mensagero español que le embiava el rey Marsilio al rey Gradaso, vestido a la usança de España; e fuesse al rey Gradaso por mandado de Malgesí y díxole:

—Poderoso rey, mi señor el rey Marsilio te embía a dezir que de mañana será el esforçado don Renaldos de Montalván en el canpo y lugar do concertastes armado, esperándote a la postura. E porque d’ello seas avisado te lo embía a dezir.

El rey Gradaso dixo que en buena hora y que él estava presto a lo cunplir esto a tres horas después de salido el sol.

E assí como Falseto ovo fecho este mensaje, se bolvió e transformó a la usança de un almançor, como mensagero que venía de parte del rey Gradaso, e vase para don Renaldos e díxole assí:

—Esforçado cavallero, mi señor el rey Gradaso me embía a ti a te fazer saber cómo mañana, en esclareciendo, le hallarás a la marina armado de todas sus armas como está concertado a conplir la postura que contigo puso, y te enbía esta copa de oro en señal de gaje.

Don Renaldos la recibió no pensando otra cosa, que muchas vezes había visto aquella forma de pagano andar con el rey Gradaso; e luego⁴⁸⁴ lo hizo saber al rey Marsilio. E dormiendo muy poco de lo que quedava de la noche, se levantó en antes que amaneciesse; e armándose de todas sus armas, haze llamar a su buen hermano Rizardeto y encomiéndale el cargo de toda la gente del Emperador, la cual estava assentada algo apartada de la de España; y encomiéndale su cavallo Bayardo, diziéndole que si venciesse, que él sería luego con él e con su compañia; e que, si otra cosa Dios ordenasse, cunpliesse la postura por él puesta e que él e toda la gente se bolviesse al emperador Carlomagno, y que no hiciese otra cosa. Muchas cosas le

⁴⁸⁴ luengo To ¹⁵²⁵.

amonestó e castigó; e besándole e abraçándole, se parte muy de mañana a lugar do avía de ser la batalla.

Capítulo xiii. De la batalla que ovo don Renaldos de Montalván con un demonio enbiado por Malgesí pensando que era el rey Gradaso e de lo que le sucedió. ^{16v}

Ya se iva don Renaldos de Montalván a ponerse en el lugar donde la batalla d'él y del rey Gradaso avía de ser solo a pie, según se avía entr'ellos concertado; e llegado al puesto no vido persona alguna, salvo un navío pequeño a la ribera asido de una cuerda a una estaca; y en pequeño espacio veis aquí donde viene Draguinazo, el demonio de Malgesí, armado de tales armas como las del rey Gradaso, toda la sobrevista de azul barada e la corona de oro sobre la cabeça, una vandera blanca por cimero e su cimitarra al lado, e un cuerno de marfil muy rico. Venía, en conclusión, de tal manera, que no hoviera hombre que al rey Gradaso oviera visto que no jurara ser él. E sin palabra fablar, puso mano a su cimitarra e viénesse para Renaldos. Mas Renaldos de Montalván no fue perezoso, que, luego que venir le vido, pone mano a su Fisberta e sálele a recibir. El demonio le carga de un gran golpe a la cabeça e don Renaldos se reparó lo mejor que pudo, e dale de un revés de respuesta que algo le fizo arredrar. Allí viérades començar la batalla, tan golpeada que maravilla era de la oír. La presteza del demonio era muy grande, que tan a menudo redoblava sus golpes que era espanto; don Renaldos de Montalván assimismo a él, pero poco mal le fazía. E viendo esto don Renaldos, movido a gran enojo, dexa el escudo a las espaldas e, queriendo mostrar su grande poder, toma la espada con ambas las manos e fuesse para Draguinazo e assiéntale tan gran golpe encima de la cabeça, tal que la vandera e la media corona con parte del yelmo le echa por tierra. Draguinazo, mostrando tener grande espanto d'este poderoso golpe, buelve las espaldas e comiença de fuir. Don Renaldos de Montalván pensó que atónito del golpe se fuía d'él [e] hovo en sí mucho plazer; mas el demonio, assí como era mandado, se va huyendo fazia la marina. Renaldos le sigue, diziendo:

—¡Espera, espera, valeroso rey Gradaso, verás cuán caro es mi cavallo Bayardo! No fugas de mí si mi cavallo quieres, cata que es la mejor bestia del mundo y está todo guarnecido de nuevo e la silla nueva e los paramentos muy ricos e flamantes. Mírale, que le traigo en la punta de mi espada. Ven, tómale.

A todas estas razones no cura el demonio de le esperar, antes se va cara la marina do el navío estava. E don Renaldos que lo vido, le sigue con mucho apresuramiento fasta entrar tras él en el navío; e luego que los dos en él entraron, se quebró la cuerda con que era ligado y se empieça a ir por el agua apriesa como ligera ave. Mas don Renaldos tenía tanta codicia de vencer o matar su enemigo, que no mirava ni sentía moverse el navío de la tierra; y en poco espacio, mientras la contienda passava, el navío entrava más de seis millas en la mar; e quando Draguinazo vido que era tiempo, se desapareció delante de los ojos de don Renaldos como un hediondo humo. No es de preguntar si don Renaldos quedó espantado de aquello, que assí como lo vido, busca todo el navío e no vido persona ninguna; e viendo las velas tendidas e las cuerdas tiradas y el navío muy velocísimamente apartarse de tierra, luego conoció, poco más o menos, lo que era e vínole a la memoria la amenaza que su primo Malgesí le fizo a la salida de la tienda quando no quiso conceder en su ruego. Y como solo, metido en alta mar, se vio, comenzó de lamentarse muy esquivamente, e dezía:

—¡O, Dios del cielo y Señor de todo el mundo! ¿Cuáles pecados te he yo hecho que merezcan tan cruda pena e tan gran desonra como esta? ¿Por qué, Señor, permitiste que assí fuesse yo para sienpre avergonçado e desonrado? Que, aunque yo cuente el caso como me ha acaecido, no seré creído. ¿Qué dirá el Emperador de mí e todos los Doze Pares, que me fizieron capi[tán]^{485 17r} de todo su exército, poniendo en mi mano toda su honra y en tal tiempo les dexé los enemigos a la puerta, e la gente que me dieron entre sus enemigos como vendida, e yo me soy fuído por la mar? Veo a mi parecer que ya el rey Gradaso me viene a buscar e no me falla; embíame a llamar a la batalla e no vengo ni los míos me fallan; él vee que le soy fuído, que no le he osado sperar. Buelve con gran orgullo, como quien vitoria á alcanzado, a los suyos. Vee mi gente desamparada; da en ellos con todo su poder; no falla quien le resista; mata los cristianos; destruye a los vasallos del emperador. Yo, sin ventura, el más que nunca nasció, me voy huyendo d'ellos; véolos matar; no los puedo socorrer. ¿Qué cuenta daré d'ello? ¿Qué desculpa de mi ausencia que sea creída? ¡O, maldito Galalón, cómo saldrás verdadero en tus maldades e traiciones! ¿Qué dirás de mí? ¡Cómo todos te creerán de oy! Mas, ¡o, casas de Mongrana e Claramonte, habiltadas,

⁴⁸⁵ De nuevo, se recurre a la segunda edición de Sevilla (1533) para incorporar la ausencia del f. 17 r/v.

destruidas, fementidas! ¿Quién volverá por vuestra honra? Que don Roldán es ausente e yo para sienpre desterrado, que jamás me cumple bolver a ojos de cavalleros, pues que tan mala cuenta de mí e de mi ejército doy. ¡O, mi buen Alardo e mi querido Rizardeto!, que vos será dada de Gradaso la más cruda muerte del mundo; y esto por las muertes e crueldades que yo en la su gente fize en la primera venida a España. Y el mal que yo les fize vosotros lo pagaréis. ¿Qué se dirá de mí en Francia cuando vean que la⁴⁸⁶ alta sangre de Mongrana cometió traición? Ya triunfará la casa de Magança con el traidor de Galalón. ¡Ay de mí!, que mi ánima se parte e mi corazón de dolor se ronpe. ¡O, cómo has oscurecido, mi primo Malgesí, los bienes que por mí has fecho! ¡O, cómo lo has borrado todo e desdorado! Ca si dixeres averme dado la vida algunas vezes, bien vees que me has quitado mi honra, e para siepre me has abiltado.

Tantas cosas dezía llorando e tan desesperado estava, que por tres vezes deliberó de echarse en la mar; mas el temor del ánima se lo apartava.

En este comedio ya el navío havia colado muy gran trecho (que no parecía sino un delfín que por el agua bolava), e vuelta la proa cara levante, maravillosamente caminava. Devéis de saber que este navío era abastado en toda manera de servicio, así de preciosas viandas como de cama e otras cosas de necesidad. E venida la hora del comer, vee don Renaldos poner las mesas e no vee quién las pone, e los manjares no vee quién los trae; mas poca gana tenía él de comer. E assí lamentando e llorando de sus ojos, no haze sino llamar a Dios e a su madre la Virgen Santa María que lo ayuden e amporen.

De aquesta manera se passó aquel día. E ya era el sol puesto quando el navío arribó a una muy fresca y estendida playa, a donde unas fermosas casas entornadas de un maravilloso jardín estavan, e assí a ellas como al jardín cercava el mar entorno. De que don Renaldos vee tan fermosa e fresca morada y que el navío se llegava a la orilla, ovo algún tanto de consolación; e saltó en tierra e, puestas las rodillas, con gran humildad ruega a Nuestra Señora le quiera acorrer. Al cual agora dexaremos en este lugar, por contar lo que avino a don Roldán después que Angélica la Bella con el Anillo Encantado se le desapareció.

⁴⁸⁶ al Se¹⁵³³.

Capítulo xiiii. De lo que acaeció a don Roldán en el seguimiento de Angélica.

Ya se os ha contado cómo don Roldán iba en seguimiento de Angélica la Bella, e como se vido tan cerca d'él, tomó el Anillo Encantado en su boca e, fecha invisible, se fue para el Gran Catayo, reino e tierra de su padre Galafrón. El conde, que más no la vido, determinó de la buscar por todo el mundo fasta fallarla. E con esta determinada voluntad empieça de caminar cara ^{17v} oriente noches e días, sin tomar un día de reposo. Ya avía passado muchos desiertos y el río de Latana solo el franco cavallero, sin persona ver a quien pudiesse preguntar algunas nuevas de lo que buscava. E ya que un día la noche se acercava, por un angosto camino de un ancho despoblado vido venir un romero a pie e corriendo sangre de los descalzos pies, e venía dando los mayores gritos del mundo; y el triste viejo de rato en rato se mesava sus canas barvas e sus blancos e largos cabellos, que dolor era de lo ver. Dezía:

—¡O, hijo mío, consuelo de mi triste vejez, alegría de mis apasionados días, passaje conortoso de mi pobre vida! ¿Qué haré sin ti? Aquel gran Dios que te crió te aya merced e te preste el remedio. ¡O, desventurado viejo triste, más que los nacidos! ¿Qué faré? ¿Con quién me consolaré?

Oyendo el valeroso conde estas tan dolorosas e lastimeras palabras, con mucho amor le pregunta qué es la causa de su dolor e gran lloro. El viejo, que le ovo visto, comiença a doblar su llanto. Luego otra vez le pregunta don Roldán la causa de su tormento. E por la mucha importunación que haze don Roldán al viejo, le contó la causa de su gran tristeza, diziendo:

—Pues tanto desseo tienes de saber mi mala ventura, yo te la contaré. Sepas que a dos millas de aquí ay una muy gran altura de una biva peña, la cual, si bien miras, la podrás ver, que yo, por mis pecados, no te la puedo mostrar, que los años muchos e los males passados me han quitado la vista de los ojos. En la cual altura un gran llano ay que parece que de llamas bivas siempre se quema, que es la más espantosa cosa del mundo; e baxa un gran arroyo del altura, tal que basta en lo baxo a cercar en torno aquel alto peñasco; e para passar a él, entran por una angosta puente, en guarda de la cual está un tan pavoroso gigante, que solo en pensar en él me espeluzo el cuerpo. Suenan arriba unas tan espantosas bozes, que maravilla es de las oír. E si tú, cavallero, quieres guardar tu vida, buélvete por do veniste, que sepas que, como a vista de la puente seas llegado, el gigante baxará a te llevar arriba a la

roca, que assí fizo agora poco ha a un fijo mío mancebo, que pienso que ya le terná fecho pieças, por lo que mi corazón se me quiere en el cuerpo rebentar; e biviré esto poco que me queda de la vida muy apasionado.

Don Roldán le empeçó a consolar, diziéndole:

—Hombre viejo, dad muchas gracias a Dios por lo que faze, pues sabéis que en su mano está todo el remedio y consolación. Y pues tan fatigado os veo, yo quiero ir allá e con todo mi poder consolaros, ca yo me combatiré con el gigante, e, mediante Dios, yo's traeré vuestro fijo, si bivo lo fallare. Por ende, esperadme aquí tanto cuanto vos parezca, que yo puedo ir e tornar; e si más me tardare, creeréis que estoy en peligro de muerte, podés fazer a vuestra voluntad.

El buen viejo determina de le esperar un ora, e pártese don Roldán la vía de la puente; y en llegando cerca d'ella, díxole el gigante a grandes bozes:

—¡Buélvete, triste cavallero, no quieras acabar tan presto tu vida!

E acercándose más, le dixo Roldán:

—¿Por qué la tengo de perder andando por este camino? ¿Ay quien me [la] quite sino tú?

—Yo solo basto —dixo el gigante— a te la quitar. Mas solo por tu bien te lo digo, ca soy aquí puesto por el gran Rey de Circasia en guarda de este puente porque por ella no passe nadie, ca de ciento que pasan no escapan tres, y es porque vienen a un endiablado que aquí arriba abita a le preguntar algunas adivinanças; e aunque él les dize la verdad, busca formas e modos con que mata a los que a él suben; e si no es por gran aventura de ligereza, ninguno o pocos se escapan d'él; e por quitar que tantos males no se hagan a los hombres, estoy aquí en guarda d'esta puente los más días; e de que yo me voy, ciérrola con tales puertas cuales tú vees, que bastan para resistir a todo el mun-]do ^{18r} la entrada.

Don Roldán las miró, ca parecían de un fuerte diamante, y en la verdad ellas eran de un reluziente azero chapadas e de muy fuertes cerraduras guarnecidas, de que don Roldán se maravilló, e dixo assí:

—Bien veo lo que dizes e creo ser verdad. Mas véngote a rogar sola una cosa: y es que un mancebo que acá arriba subiste me lo des, porque yo he prometido a su viejo padre de se le llevar.

—¿Pues cómo prometiste de se le llevar sabiendo que yo le tenía? —dixo el gigante—. O tú me tuviste en poco diziendo que, aunque yo no quisiese, me lo

tomarías o tú confiaste tanto en mi virtud que, pidiéndomelo, te lo daría. Pues no conociéndome, ¿cómo en mi virtud confiavas? E si no me conocías, ¿cómo teniéndole yo tomado en mi poder le prometías? Por donde conozco que eres algún sandío cavallero e por tal te quiero dexar. Por ende, vete a tu ventura.

E queriendo el gigante bolver la cabeça a se ir, díxole don Roldán:

—Siempre vi en vosotros soberviosas palabras e crueles obras. ¡Maldita sea tan mala generación como la vuestra que no se paga sino de follones obras! O me has de dar el mancebo, o te tengo de quitar la vida como a otras tan disaforadas bestias como tú he hecho con el ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, mi Dios e mi Señor.

Oyéndole el gigante assí hablar le dixo:

—¡O, mal aventurado e cativo de ti! Espera, verás si tú e tu dios bastáis a me quitar que yo no te haga pieças.

E viénese⁴⁸⁷ para él, un ferrado bastón alçado para lo herir. E viéndolo venir don Roldán, apéase presto del cavallo y abraçando su escudo, la espada en la mano, se va para el gigante, y el gigante le quiere dar un grand golpe encima del escudo que sobre la cabeça tenía, pensando que aquel bastara para le acabar; mas don Roldán saltó a la mano derecha, que le hizo dar en vago, e fue tan grande el golpe que dio en el suelo, que el bastón, quebrado por dos partes, se le soltó de la mano. Don Roldán buelve sobre él por le pagar de respuesta e hiriole en las costillas de una punta de espada, que le no bastó la fuerte coraçá que vestida traía a le quitar que la buena espada no le entrase por el cuerpo atravesándole de parte a parte. E d'esto fue causa la mala armadura que el fuerte gigante traía, que era de un cuero muy grueso cozido, que él pensava, con su desmesurada fuerça, que le bastava contra cualquier arma que hoviesse. E d'este modo cayó el gigante en el suelo, que más non se pudo tener en pie, y en poco espacio murió. Y el conde don Roldán entró en la puente, e pasola e vido una pequeña casa, la cual estava abierta, y entró dentro e halló el mancebo que estava atado de pies e manos, e non sabía para qué lo quería el gigante más de cuando lo tomó a su padre sin hazer al viejo ningún mal, e lo subió allí donde estava e lo ligó. E don Roldán lo desató preguntándole la causa porqué el gigante lo había allí traído, y el mancebo non le supo dar la respuesta, antes dava muchas gracias a Nuestro Señor Dios viendo su libertad, como aquel que non esperaba salvo la muerte. E vínose con el conde don Roldán hasta passar la puente e, cavalgando en su cavallo,

⁴⁸⁷ viniese To¹⁵²⁵.

buelve el hijo perdido al dolorido padre, el cual, puesto de rodillas, non se hartava de dar gracias a Nuestro Señor Dios por tan gran merced como le avía fecho; e vuelto cara don Roldán, le dixo:

—¡O, señor cavallero, no sé yo con qué os pueda pagar el bien e la merced que me havéis hecho, páguevosla aquel señor soberano que tiene el poder! Empero, esperad, que yo os quiero regraciar parte de lo que por mí avés fecho. Y es que yo veo, señor, que vais por el mundo buscando las aventuras d'él. Tomad este libro, que es la más preciosa joya del mundo e de más provecho para vós.^{18v}

E puso la mano en su esclavina e sacó un paño blanco, en el cual estava un libro pequeño muy riquísimamente guarnescido e todo iluminado de oro e lindas figuras. E díxole assí:

—Cualquiera aventura que en esta tierra que andáis hallardes, por desaforada e dubdosa que sea, si acometerla quisierdes, la hallaréis aquí pintada y el modo con que se podrá vencer. E non dudéis en ello, que por experiencia lo veréis lo que vos digo ser verdad.

E desque dádosele hovo, despídese del conde don Roldán con mucho amor; e don Roldán, qu'el libro vido tan rico e de tal provecho que a él le hazía mucho menester, no rehusó de tomalle, como aquel que tenía deliberado de passar por todos los peligros que se le pudiessen ofrecer hasta hallar lo que desseava.

E como el consolado palmero con su desseado hijo se partió, pensó un rato don Roldán entre sí qué cosa sería aquel animal que en aquel reino estava. E como le tenían por adivinador de las cosas, que assí a él venían a le preguntar, deliberó de subir allá, pues sabía que ya más el gigante no le vedaría el passo. E passó la puente y empeçó a mirar el altura terrible de la subida, e cómo era tan eminente e pavorosa, e cómo arriba parecía quemarse de bivo fuego, e dixo:

—¡O, cuán covarde sería el que, temiendo la muerte, dexase de ver tan maravillosa cosa!

E luego, sin más deliberación, se va para allá diziendo que haría dos cosas mediante Dios: la una era saber del monstruo adivinador dónde podría hallar a Angélica la Bella; e lo otro quitar tanto mal de sobre la tierra, pues quitar semejantes cosas era dado a los esforçados cavalleros. E dexando arrendado el cavallo al cabo de la puente a una de las puertas de la pequeña casa, encomendándose a Dios, enbraçó su escudo e, la su buena espada Durindana en la mano, empieça a subir por el risco

arriba por una fragosa senda, y en poco espacio falló una resquebrajadura grande en una roca, tal que cualquiera que arriba quisiese subir le cumplía entrar por ella; y entró el valeroso y esforçado conde por aquel lugar, pues vido que no havía otro por do mejor pudiesse subir y era tan oscuro como una tumba cerrada. E anduvo assí un pequeño espacio por aquella cueva e vido claridad; e assí como la vido, hovo gran plazer y esta claridad era que se acabava la escura⁴⁸⁸ cueva e salían al llano donde el monstruo estava. Luego salió el conde don Roldán por do la claridad vido a un llano grande e, mirando a unas partes e a otras, vido en cabo del llano un bulto grande e no pudo, por la distancia, alcançar qué cosa fuese más de cuanto creyó ser aquel el monstruo; y encomendándose a Nuestra Señora la Virgen María, se fue para él; y el monstruo, que venir le vido, se empieça a alçar sobre la tierra dando las mayores bozes del mundo, que no hobiera hombre que no oviera, de solo oírle, gravísimo espanto.

E porque sepáis la fechura d'este diabólico monstruo, sabed que tenía todo su bulto tamaño como un cavallo mediano; e la cara tenía de la más hermosa muger que en el mundo se pudiesse hallar, salvo que era grande además, pero era muy linda; e desde el pecho a la cintura, e con los braços, era todo cubierto de unos pelos gruesos de color de oso e assimismo los braços; e unas fuertes e tajantes uñas al cabo, como de grande león; e desde la cintura a la cola todo a manera de grifo, con grandes uñas en los pies; e la cola larga e muy gruesa assí como de fiero dragón, y en el cabo d'ella tenía una muy grande e retornada uña, tan gruesa como una muñeca de braço e larga como dos palmos, retornada como un anzuelo. Non fue más disforme cosa criada en toda la ^{19r} tierra. E después de todo esto, se sostenía alguna cosa sobre dos grandes alas que del cuerpo le salían, que, aunque non la sostenían para bolar, a lo menos ayudábanle tanto en la ligereza y presteza del saltar como si fuera una muy ligera ave.

De aquesta forma que oís era este monstruo. E quando vido más cerca de sí a don Roldán, le dixo:

—Di, Roldán, ¿a qué subiste acá? Que aquí se acabará tu fama e tus grandes aventuras.

⁴⁸⁸ escuera To ¹⁵²⁵.

Roldán, que se oyó d'esta manera nombrar, fue mucho maravillado, e luego conosció que era infernal cosa lo que veía, mas non vido en toda su vida cara de muger tan hermosa; e díxole el conde don Roldán:

—¿Quién te mostró llamarme a mí Roldán, que yo no lo soy?

—Por cierto —dixo el monstruo— tú eres el conde don Roldán, e yo sé mejor cuyo hijo eres que no tú, e sé más de tu hazienda que tú, e sé que quieres que yo te diga a dónde halles a Angélica la Bella, hija del rey Galafrón, que tan preso e cativo te tiene; e dezírtelo he: sepas que la hallarás acerca del Gran Catayo, en un fuerte lugar llamado Albraca, donde tiene harta necesidad de tu ida allá, e la podrás aprovechar en mucho.

Don Roldán, que oyéndolo estava, no quedó poco maravillado de lo que oía al monstruo hablar, e quiso bolverse sin batalla si pudiera. Mas no plugo a Dios que más durase aquella disforme bestia en el mundo, que luego que vido que don Roldán se quería partir tan ledo e satisfecho de su demanda, como aquel que sin la batalla había sabido lo que tanto desseava, le dixo:

—Bolved, buen cavallero, acá, no penséis que tan livianamente baxan los que una vez acá suben, ca vos conviene responderme a otra pregunta, la cual, si no me la declararéis, os costará la vida.

Don Roldán, cuando oyó esto, estúvose quedo, ca bien vido que le hazía menester el ayuda de Dios e de su madre la Virgen María e su muy varonil esfuerço; e dixo, mostrando grande ánimo:

—Pues ál no puedo fazer, pregunta lo que quisieres, que, si mi lengua no te supiere responder, aquí está mi espada cortadora que responderá por mí.

—Pues sea assí —dixo el monstruo—. Dime, Roldán, ¿cuál es el animal que anda de cuatro maneras, una con alas, otra en cuatro pies, otra en dos, e otra con tres pies?

Don Roldán estuvo un rato pensando, mas no pudo alcançar lo que era. E viendo que no podía alcançar a saber lo que era, dixo:

—Yo no soy adevinador como tú sino cavallero e de mí essas tales cosas non podrás saber.

El monstruo, que aquesto oyó, empieça a dar muy crueles e grandes gritos e golpear el suelo muy fuertemente con su gruesa cola y de rato en rato ponía el pecho ras a ras de la tierra, e de allí se levantava de un salto, sosteniéndose en sus alas de

murciélago tan ligeramente, que pavor era de lo mirar; y vínose para el conde don Roldán, e con la uña le ase el escudo tan reziamente, que dio de ojos con él en tierra; pero assí como cayó el conde don Roldán, se soltó la uña; e de tanto le vino bien que se le non sacó del cuello. E llamando el valeroso don Roldán a Nuestra Señora la Virgen Sancta María de muy buen coraçón, como aquel que se veía en peligro de muerte, tal cual nunca en toda su vida se vio, apretó la espada en la mano y esperó al monstruo, que ya otra vez como de antes empeçava a se venir a él. E como vido venir la cola a le asir del escudo, mañeose de tal manera saltando de través, que le pudo dar con el espada tal golpe, que cuasi a raíz del cuerpo ge la cortó. El monstruo, que ferido se sintió, rebuelve sobre el buen cavallero e tan fuertemente con las manos le ase el espada Durindana que, aunque se hirió con ella, malamente se la sacó de la mano. Cuando el conde don Roldán se vido sin espada, començó a ^{19v} temblar con un intenso e pavoroso frío que le vino al coraçón. E vido venir al monstruo en los dos pies postreros alçado, ca como estava en las manos malamante ferido non se pudo sostener salvo en los dos traseros; e por más que don Roldán a unas partes e a otras se arredrava, non pudo escapar que el monstruo no lo cogiesse entre sus braços. Y devéis de saber que si las armas de Roldán no fueran encantadas, que presto con su muerte se acortara aquella batalla, que le passara con las fuertes uñas de parte a parte; mas, aunque las armas se escapavan de muerte, no le quitavan el tormento, que se sentía moler los huessos dentro de las armas. Mas Jesucristo no quiso del mundo quitar tan aína tan buen cavallero, ca le dio fuerça y esfuerço en aquella ora; e vinósele a la memoria de la daga que a las espaldas traía, y prestamente la tomó don Roldán e firió por dos o tres vezes al monstruo por la barriga, que cada una vez le passava las entrañas, de tal manera que le ovo de soltar; e con la ravia de la muerte dio dos o tres doloridos gritos tan grandes, que bien se oyeron hasta poblado, aunque muy lejos de allí era, e allí acabó sus días el endiablado monstruo.

Don Roldán, que libre de tal aventura se vido y de tal estrecho do pensó perder la vida, dio muchas gracias a Nuestro Señor Dios. E arredrándose de la cruel bestia, reposó un grande rato, ca bien le hazía menester, y más le fiziera menester refrescar su persona con alguna vianda e beber siquiera agua, que no otra cosa, mas el lugar no lo llevaba por ser tal e tan espantoso. E a cabo de una pieça se tornó por la cueva do havia salido y baxó donde su cavallo estava, e cavalgando en él, se fue por

el camino que mejor le pareció para hallar dónde descansar del trabajo pasado pudiese.

Capítulo xv. Cómo don Roldán pasó por la Puente de la Muerte y de la muy extraña aventura que le acaeció.

Cuenta la historia que, después que don Roldán hovo pasado la Puente del Monstruo, se fue encima de su cavallo por un camino que allí vido. E no anduvo mucho cuando halló una manada de pastores que estaban en unas ramadas e non osavan andar por allí sino todos juntos (que eran más de treinta), por ser la tierra llena de muchos animales. E luego que don Roldán los vido, caminó derechamente para ellos e luego salieron a él más de diez d'ellos con sus armas. E preguntáronle qué era lo que quería. Don Roldán les dixo que reposar allí con ellos⁴⁸⁹, si por bien lo tuviesen, lo que del día quedava, porque se sentía muy cansado. Luego, los dos d'ellos, fueron al mayoral con mandado e dixéronle:

—Señor, allí quedan unos compañeros nuestros con un muy hermoso cavallero, armado de unas muy riquísimas armas, y en un poderoro cavallo, e dize que, si por bien tuviédes, que albergase con nós esta noche porque viene muy cansado.

El mayoral, cuando así oyó dezir de cavallero, él mismo se fue para do él estava. E como le vido, bien creyó ser de grand manera segund su vista e díxole:

—Señor cavallero, no vos faltará todo lo que ovierdes menester según el lugar do estamos.

E llevole a una pequeña casa donde él estava, e los otros pastores se fueron a sus estancias. E apeose don Roldán de su cavallo e fizolo pensar lo mejor que pudo, e después se quitó su yelmo de la cabeça, e diéronle aguamanos e lavose el rostro e, por muchos ruegos que el buen hombre le fizó, se desarmó; e mientras le adereçavan lo que menester le fazía, se asentó a la puerta de la ^{20r} casa e parose a mirar el libro que el palmero le avía dado y vio en él al monstruo que él matara, tan perfetamente pintado de que se maravilló, e de la suerte que con él se combatía, y escrita la pregunta que el monstruo le fiziera e la respuesta que él le avía de dar y era que, como él le avía preguntado cuál era el animal racional que podía andar de cuatro

⁴⁸⁹ llos To¹⁵²⁵.

maneras e cómo las andava, era esto que el hombre marino, que como pescado anda sobre alas de pez, y el racional, como nós, anda cuando es niño a vezes en cuatro pies y después en dos de que es mayor, e a la vejez en tres, porque el tercero pie es el palo o bastón en que se arrima. E luego que la pregunta vio absuelta, dixo entre sí:

—Si yo el libro mirara, como el palmero me avía antes dicho, pasara sin batalla; mas mejor se hizo con ella por quitar el mal que del monstruo podían recibir los hombres cada día.

En esto estando, salió el hombre bueno a llamarle y dióle muy bien de cenar, e no se hartava de mirarle y platicar con él; e desde que vio que era ora, díxole:

—Buen señor, reposad si os plaze. E porque más seguro podáis estar, vedes ende lumbre⁴⁹⁰ e cerrad tras vós e folgad seguramente, que, por vos servir, yo me iré a dormir con mi gente.

Don Roldán se lo agradeció de buena voluntad y entrose en su aposento e acostose en una buena cama, donde folgó muy a su plazer. E venido el día, aunque era algo tarde, que con el gran cansancio e trabajo del día passado se adormeció demasiadamente. Mas luego que recordó e vido la luz, se levantó, e vistiose e armore de sus armas, rogando continuamente a Dios le librase de los peligros de aquella tierra, ca bien le dava el alma que avía de passar por muchos peligros. E abrió la puerta e pidió su cavallo; luego se le fizo traer el buen hombre, e díxole:

—Cavallero, ¿a qué parte enderezáis vuestro camino?

—Amigo, al gran Catayo —dixo don Roldán.

—Dios vos dé buen viaje, señor, que avéis de passar por muchos despoblados e desiertos.

—A mí cumple —dixo don Roldán— ir allá como quiera que sea. Por esso, encomiéndovos a Dios, que yo me quiero partir.

—Pues comed, señor, algo ante que os vais.

—Como vós mandades —dixo don Roldán.

E luego le fue puesta la mesa e comió fasta que se contentó, y el huésped le dio en que llevase alguna vianda e él se lo agradeció mucho, y se partió d'él dándole muchas gracias por su buena voluntad.

⁴⁹⁰ *Vedes ende lumbre*, se puede lograr una interpretación palabra por palabra. *Vedes* equivale a *id*, mientras que *ende* significa *allí*, por lo que podríamos decir “id allí donde la lumbre”. Además, *ende*, «Lo mismo que Allí, ó Por esto, ò En esto, ò Luego, ò Tambien» (*Autoridades*).

E anduvo todo aquel día sin aventura fallar. E venida la noche, se apartó del camino y se puso debaxo de un árbol y comió de lo que llevaba. E venido el día, puso el freno a su cavallo e, caminando por su camino adelante, llegó a un gran pilar de piedra, e falló un letrero escrito que dezía:

¡O, tú, cavallero que andas en este camino, no passes adelante, ca hallarás muy cierta tu muerte!

E parose a leer aquellas letras e pensó un rato en sí, e después dixo:

—Mal andante sea el cavallero que se bolviere atrás por temor de la muerte, pues en ninguna parte bivimos d'ella seguros.

E dio de las espuelas a su buen cavallo Briador, e dixo:

—¡Adelante, adelante, nunca sin ver por qué bolvamos atrás!

E a cabo una pieça que hovo andado, vido un hondo río, el cual por ninguna parte se podía vadear; y mirando hazia la mano izquierda vido una muy gran puente assaz ancha e bien fecha e fuesse para allá, e queriendo en ella entrar, vido las puertas cerradas, e dixo:

—Por cierto yo creo no passaremos sin licencia de algund alcaide.

Y bolvió el cuento de la lança⁴⁹¹ e dio un gran golpe a la puerta, y en dándole, se paró a una ventana que sobre la puerta estava [e vido] un muy disforme gigante de una bermeja e muy fiera catadura, y con una gruesa y ronca boz, le dixo:

—¡O, miserable cavallero! ¿Qué malvada suerte te fizo por aquí venir? Ca aquesta es la Puente de la Muerte, e non te podrás escapar de non morir en ella si acá^{20v} entras. Por esso, o te buelves⁴⁹² tu camino o escoge si quieres entrar a morir.

—Por cierto —dixo don Roldán—, a mí me cumple passar adelante o morir, pues no ay otro lugar por do pueda passar sino este.

El gigante se quitó de la ventana e armore de unos huessos de serpiente entretextidos muy rezios, e púsose una celada en la cabeça de los mismos huessos fecha e un ancho cuchillo en el lado; e tomó en las manos un bastón de fierro, del cual colgavan cinco cadenas y en cabo de cada cadena una gruesa pelota de fierro

⁴⁹¹ lanca To¹⁵²⁵.

⁴⁹² buelve To¹⁵²⁵.

torneada a manera de abrojo de unas puntas muy azeradas; e d'esta manera abrió las puertas. E luego que don Roldán entró, le dixo:

—Cavallero, si adelante quieres passar, dilo agora que me vees armado; e si no, tórnate por do veniste.

—Adelante —dixo don Roldán— querría ir si pudiesse.

—Pues ve, ca te cunple morir antes que mucho andes adelante.

Don Roldán no se cura de más sino comiença de andar, e queriendo passar del todo la puente, halló las otras puertas cerradas, e vido venir al gigante en pos d'él, e abriole las otras puertas; e don Roldán que se vido abrir, dixo entre sí:

—Por Dios, si tú me abres, <que> pienso, si yo quiero ir sin batalla, que tú, por ligero que seas, no me alcances a demandar el portazgo.

Mas de otra suerte le avino, que luego que las abrió, le tuvo muy rezió por la falda de la loriga con una mano e con la otra del freno, e le dixo:

—Conviene que os apeéis e con la vida pagar el pontage, ca avéis de combatiros comigo.

E don Roldán, que esto oyó, dixo:

—Si ál no puedo fazer, a mí me plaze.

E apeose del cavallo e soltó la lança que traía, e vase adelante cuatro o cinco passos e pone mano muy esforçadamente a su buena espada y, esperando lo que le podría venir, vio que el gigante se venía para él, su bastón alçado, por le ferir; don Roldán se cubrió de su escudo lo mejor que pudo e, assí como el golpe vido venir, saltó de través, de forma que el golpe fue dado en la tierra, e fue tan grande, que gran parte fizo estremecer como si una torre cayera; e firió en una pierna don Roldán al fiero gigante de una mala ferida, tal que el gigante sentía d'ella muy mal e perdía mucha sangre en demasía; e con tanta furia alçó otra vez el grande e ferrado bastón, que espanto ponía en lo mirar; e fue para descargar con él sobre don Roldán, e don Roldán se metió debaxo d'él asta por medio de las pelotas, ca no pudo ál fazer, e recibió el golpe sobre el escudo y el yelmo, que mucho le atormentó; e hirió don Roldán al gigante en el rostro de una punta muy malamente e redoblóle el golpe sobre la cabeça muy prestamente, que la celada no le defendió que le non firiessse muy mal, de manera que la sangre le corría ya por tres partes.

¡O, quién viera la gran ligereza del valeroso conde don Roldán, que no parecía que él y las armas pesaban una onça! Y esto era lo que le dava la vida después de Dios.

El gigante, que tal se vido parado, con una furia endiablada, toma a dos manos su bastón de fierro e prestamente acomete un golpe a don Roldán; e como don Roldán pensó que le venía a dar, apartose a un lado e quiso entrar a lo ferir; mas el cauteloso gigante no descargó el primero, sino buelve de otro, e dio solo con una pelota de las que colgaban de las cadenas a don Roldán sobre el yelmo que le fizo caer de manos en tierra fuera de sí; don Roldán, que caído como atónito se sintió, sin más dilación, por miedo de la muerte, se levanta, e llamando a Dios de todo corazón e a su Bendita Madre, soltó el escudo a las espaldas e vase para el gigante, que la una rodilla tenía fincada en la tierra e alçava para le dar otro golpe con que lo acabara del todo; e con la mucha fuerça que en dar el primero puso, se paró, tan mala la ferida, que ya no se podía tener sobr'ella; e llegó don Roldán a lo ferir y el gigante le tira un ^{21r} gran golpe, mas la ligereza del conde le libró; e llegose a él e diole a su plazer un golpe con Durindana que mortalmente le firió; el gigante, que ferido de muerte se sintió, llegose arrastrando, como mejor pudo, a un artificio de red de hierro que por un sutil arte tenía fecha y, en apretándole que le apretó, cubrió a don Roldán aquella red que le ligó de pies e de manos e la espada se le soltó de la mano.

Este era un artificioso arte que el gigante tenía para hazer morir de mala muerte a los cavalleros que por allí passavan e a otros gigantes con quien él se combatía, ca muchos de su manera le tenían enemistad. E deque él fallava otro que en fuerça le sobrepujasse o que mal le tratasse, fazía un rato con él armas, e llegándose al lugar do la red estava (que arrimada a la muralla de la puente la tenía), en tocando que con palo o madero tocava, caía la red sobre quien él quería, de manera que, después de caída, era tal e de tal forma fecha, que ligava a cualquiera que tomava debaxo, e luego el gigante hazía a su voluntad del preso.

E d'esta manera que oís quiso prender al conde don Roldán. Mas quando ya don Roldán fue ligado, el giganteendió el espíritu a Lucifer su señor. El conde don Roldán, que ligado se vido en un lugar tan yermo e tan maldito, empeçose a lamentar doloridamente, pensando que allí fenecerían⁴⁹³ sus días. Muchas vezes provó a forcejar de salir de la red, mas era en balde su afán, que ella era gruesa e de tal modo,

⁴⁹³ fenecería To¹⁵²⁵.

que el que una vez d'ella era ligado no podía salir d'ella si otro no sabía desligalle o se avía de cortar la red en dos o tres partes, e pocas espadas la bastaran a cortar si no fueran como la suya de Roldán, ca era la red de gruesos esclavones de fierro. Viéndose don Roldán preso y en tan solitario lugar, llamava a la Virgen María que lo librase de morir muerte tan desesperada, que bien pensava que moriría allí de hambre o que brutos animales lo despedaçarían e se lo comerían. De rato en rato mirava su buen cavallo Briador, e decía:

—¡O, mi bueno e fiel cavallo! ¿A qué te cunple morir con tu señor? ¡O, señor Sant Dionís, socorre a tu cavallero! ¡Redentor del mundo, ave piedad d'este pecador!, ca mejor, Señor, te podré servir con la vida que no muriendo en tal estado tan cruel e desaforada muerte.

Estas e otras lástimas decía el buen cavallero todo aquel día e la noche fasta ser otro día ya bien esclarecido; e mirando el yermo de unas partes a otras, vio venir fazia la puente un cano e barbado hermitaño a manera de caminante; e llamándole a grandes bozes, el hermitaño se vino para él, e díxole:

—Sálvete Jesucristo, hermano. ¿Qué me quieres?

—Quiero —dixo don Roldán— que, por servicio d'esse alto Señor que nonbraste, me libres d'esta prisión en que estoy, ca si no me sacas de aquí, pienso en ella morir.

—¿Cómo lo podré fazer? —dixo el viejo.

El conde le dixo:

—Tomarás essa espada con la más fuerça que pudieres, e no te pene de dar sobre mí a dos manos, e cortarás estos esclavones, de manera que ganarás gran mérito ante Jesucristo en me sacar de aquí e me librar de muerte.

El hermitaño tomó con ambas manos el espada e dio rezio sobre un esclavón, e tan fácilmente lo cortó, que él se quedó maravillado; e deque vio tan dulcemente cortar la espada, soltola de la mano e dixo:

—No plega a Dios que yo caiga en irregularidad, que bien veo que, si d'estos doy muchos golpes, que, por te cortar la red, mataré a ti. Por ende, amigo, si cristiano eres, pon tu voluntad y coraçón en Dios e mira que murió por ti, e no temas tú morir por él, e recibe la muerte en paciencia como los mártires de Jesucristo lo sufrieron.

E diziendo esto, se parte d'él a gran passo sin más palabra le fablar. Tomó tanto enojo don Roldán que quería rebentar e, si a él fuera possible, bien le pagara el

sermón que le avía fecho. Mas fue tanto su enojo ^{21v} que hablar no le pudo e quedose como de antes estava, esperando socorro e ayuda de aquel que se la podía embiar.

Capítulo xvi. De la manera que fue el conde don Roldán suelto de la red que en la Puente de la Muerte estava y cómo supo nuevas de Angélica la Bella; e cómo yendo para ella fue encantado en el camino.

Muy grande era la pena e fatiga que don Roldán tenía viéndose puesto en aquella red de fierro sin se poder valer ni remediar. Muchas lástimas dezía, que gran dolor ponía en las oír. Ya el sol estava alto, con la más fuerça del día, cuando por unos riscos abaxo vido corriendo decendir un gigante salvage que tras un venado venía; y el venado, por el temor de la muerte, se avía derribado por aquellos riscos ayuso, y el salvage gigante, con la mayor ligereza del mundo, tras él, que no parecía sino un ave. E don Roldán, que lo estava mirando, olvidada su prisión, quedó atónito [y] espantado. E como el salto dio el venado, no se pudo más levantar; y el salvage gigante, que tras él saltó, arrimado a un asta gruesa e larga con una punta en que afirmava sus saltos semejantes, dio sobre él e matolo con un tajante cuchillo; e la sangre, caliente como estava, se la enpeçó a beber como si fuera una destilada e clara agua que para refrescar del cansancio beber se suele; e luego que la hovo bevido, se assentó en el suelo soltando el asta de la mano y empeçó de mirar a unas partes e a otras con solo un ojo que en medio de la frente tenía, que era tamaño como un espejo pequeño do las mugeres mirar se suelen; e assí mirando que mirava a unas e a otras partes, miró cara de la puente e vido al conde don Roldán que dentro de la red estava, e prestamente se va para él; e mirándole en derredor por qué parte le podría desligar, no podía ni fallava modo para lo desligar; e metiendo las manos por los esclavones de la red tentávale, e como era sobre las armas e lo fallava tan duro, fazíase maravillado, ca no avía visto en su vida otra tal cosa; e como por unas partes e por otras lo tocasse, llegó al almete, de manera que ovo de alçar la visera; y como la visera fue alçada, miró e vido a don Roldán, e ovo tanto plazer de velle como si una gran cosa ganara, que como tan fermoso e blanco le vido, bien pensava, en sacándole de la red, tener con él buena cena. Don Roldán, como la sangre del venado le avía visto beber, bien creyó que era de los tártaros que comían carne humana, e que la diligencia que él

ponía en le sacar de aí no era por otra intención⁴⁹⁴ sino por le comer e aver por pasto de su hanbrienta e salvage persona. E don Roldán dezía entre sí:

—Una vez salga yo de aquí, <que> lo que él piensa fazer de mí haré yo, con ayuda de Dios, que fagan d'él las carniceras aves.

E andando el gigante salvage pugnando de lo sacar de la red e no pudiendo, con red e todo determinó de se lo llevar, e assí lo alçó del suelo como el hanbriento gavilán a la medrosa ave que le huye; e como la red en la muralla de la puente estuviesse muy bien aferrada con muy atestados clavos, no lo pudo hazer lo que quería; e miró fazia el suelo e vido el espada de don Roldán caída en él, e tomola en la mano e començó con ella a dar muy pesados golpes sobre la red, de manera que la cortava como si de delgados cordeles fuera texida; e aunque los golpes grandes sobre su cansada carne don Roldán sufría, por se ver suelto, no se le dava cosa alguna, que cualquier pena que se recibe con la esperança de la desseada libertad se disminuye e tiene en poco. E d'esta manera que oís cortava el gigante salvage la fuerte red; e tanto que don Roldán sintió que bastava lo cortado, sacó los braços e, poco a poco, mansamente se empeçó a ^{22r} salir; e assí como salió, fizo semblante que quería dar al tártaro un golpe con la armada mano, e rehuyó el rostro y alçó el espada por le ferir; e aunque Roldán temía el cortar de su espada, túvolo por bien antes que el tártaro le echase los pelosos e fuertes braços para lo llevar en peso; e dexose correr al asta que era del gigante salvage e tomola a dos manos, e con la punta lo firió muy reziamente por medio de los pechos, que, aunque el fierro estava boto del afirmarse en él el gigante, lo firió Roldán muy malamente, e luego en continente le endereçó otro al grande ojo que se lo quebró. El salvage, con el gran dolor, soltó el espada, e, como fuera de sí, iba los braços abiertos acá e allá por tomar entr'ellos al cavallero; mas él se libró d'él, que ligeramente se apartó a una parte e fue presto e cobró su buena espada, [con] la cual en pequeño espacio despedaçó al desarmado salvage. Don Roldán, que de tres peligros se vido assí libre, asentó los hinojos en tierra dando muchas gracias a Dios.

E fuesse para la puente e tomó con mucha alegría su cavallo e, cavalgando en él, se salió de la puente, maldiziendo a ella e al alcaide que la guardava, que avía sido causa de lo traer al filo de la muerte. E fuesse su camino adelante, desseando fallar alvergue alguno donde algo de reposo pudiesse tomar. E ya demediada la tarde llegó

⁴⁹⁴ *intencion To*¹⁵²⁵.

a una cruz do se juntavan cuatro caminos e allí se detuvo imaginando cuál d'ellos tomaría que al Gran Catayo le llevase. Y estando assí, vido venir por el uno d'ellos un correo que en un andador palafrén iva al más correr; e luego que con el conde emparejó, le preguntó la causa de su acelerado camino. El correo, en breves razones, le dixo:

—Yo soy venido de Media e voy para Circasia, e de allí a otras muchas partes, demandando socorro e ayuda para el rey Galafrón. Y es porque el Emperador de Tartaria⁴⁹⁵ le pidió en casamiento a su hija Angélica la Bella, y el rey Galafrón, más por temor que por otra cosa, se la concedió; e la hermosa donzella dize que antes passará por mil muertes que en tal caso obedecer a su viejo padre. Y porque vee ella que el padre no podrá resistir al gran poder del Emperador de Tartaria, se ha partido de su padre e retraído con alguna cavallería a una fuerte e bien torreada villa llamada Albraca, que es una jornada del Gran Catayo, e allí está fortalecida esperando la ventura que venir le podrá.

E assí como esto hovo dicho, despidiose de don Roldán dando del açote a su cavalgadura. Don Roldán, sin se más se detener, tomó su camino e, dando de la espuela a Briador, se va la vía de Albraca. Muy contento e ledo de cómo se le avía ofrecido caso en que pudiesse servir a su señora Angélica la Bella en tan estrecha necesidad, iva en sí determinado de hazer tales cosas de su persona, que a los enemigos pusiese espanto e a su señora conbidase a le querer e amar.

Y con este pensamiento se iva su camino; y a cabo de una pieça, que era poco más de medio día, vido unos muy altos y fermosos edificios cercados de un fresco e frondoso vergel; y aunque el desseo del conde don Roldán era ya verse en Albraca delante de aquella cuya presencia por entera gloria e perfeto contentamiento contava, como oviesse casi dos días que no avía comido ni bebido y oviese sido tan fatigado, viendo un tan fresco lugar, quiso en él tomar algún descanso y, dexando su derecho camino, se fue para él, que un trecho de arco estava. E antes que a la hermosa y gran casa llegase, assí a cavallo, sobre la cerca del jardín se paró a mirar las entretexidas calles del ancho y hermoso vergel, la mucha diversidad de aves que con acordados cantos en él bozeavan, dando de rato en rato unas con otras unos retoçados buelos, que deleite ponían a los miradores; e asimisismo vido muchas e bien labradas fuentes,

⁴⁹⁵ Más adelante se dirá que se llama Agricán y se convertirá en la segunda amenaza importante para Carlomagno y su reino de Francia, problemática que se puede hacer extensible a toda la cristiandad.

el agua ^{22v} de las cuales, por diversos caños, de una que en medio del jardín estava, salía; mirava assimismo la diversidad de los árboles, los cuales la maestra naturaleza avía producido muy ramíferos e frondosos; no faltavan altos e derechos cipreses tantos, e sobre los pequeños árboles tan sobrepujantes, que era gran cosa ver su apiñada altura; mirava las acopadas olivas, los ñudosos fresnos, los verdes laureles, los lisos plátanos trastocados, con copia de espinosas palmas, todos concertados por derechas líneas que parecían puestos por artificiosas manos; contemplava assimesmo que, aunque la diversidad de los árboles era mucha, no ponían ocupación a las verdes y delicadas iervas del suelo que dexasen de se comunicar con aplazible vista a todos, pudiendo ser tocadas de los vivificantes y dorados rayos de Febo.

Estando particularizando don Roldán la gran fermosura e concierto de aquel hermoso vergel, vínosele mirando hasta llegar a la entrada de la casa. E assí como llegó, vido que no podía entrar a ella por la honda e ancha cava que la cercava, la cual estava casi llena de agua. Estándola assí mirando cómo estava de tan rica labor labrada e muy bien guarnecida, vido soltar una levadiza puente de madera; el conde passó por ella e, fallando las puertas abiertas, entra en un muy rico patín; y llegaron a él dos donzellas y apeáronlo del cavallo diziendo:

—No vos maravilléis d'esto, ca esta es la usança d'esta casa: alvergar y servir los cavalleros andantes que por aquí passan.

E siendo apeado, pusieron el cavallo en su pienso e metieron a don Roldán en una gran sala guarnecida de razimos de oro de muy estraña labor, e todas las paredes pintadas de ricas y antiguas historias; y entrando en la sala, vido una donzella muy hermosa con un cristalino vaso lleno de límpida agua, e dixo:

—Señor cavallero, beved d'este vaso y refrescaréis con este licor el trabajoso cansancio que traéis.

Don Roldán, no pensando ninguna arte aver en el tal servicio ni cautela, tomó el vaso e bevió mucha parte del agua. E luego que la ovo bevido, se enagenó de sí e se le apartaron del coraçón los desseos y pensamientos de Angélica la Bella, e ni sabía de sí si era cavallero, ni se le acordava de Francia, ni de Carlos el emperador, ni de paladín alguno, sino que se estava allí passeando con un grande contentamiento, servido de lo que havía menester, e parándose de rato en rato a las gelosías que al jardín deleitoso caían; e después se deleitava en mirar las bien labradas pinturas de las paredes de la ancha sala. Allí vía pintada a la encantadora Circe cómo traía a su

voluntad a muchos cavalleros, cuyos nombres allí declarados se mostravan, unos bueltos en propias figuras de bravos e indomables leones, otros en figura de fuertes e toscos osos, otros en figuras de ligeros unicornios y de otros muchos animales de disformes vistas. Vido también pintado allí el arte con que el sabio Ulixes a él e a su compañía libró, el cual, aunque por la ribera encantada del circeo campo passó sano e salvo con su compañía, al argólico servicio se fue. Estas representadoras historias estava el conde mirando cuando oyó dentro en el jardín un gran ruido; e dexando de mirar las pinturas, él, que tan grande clamor oyó, se va al jardín a ver qué cosa fuesse. A donde fasta su tiempo le dexaremos, por contar lo que sucedió al rey Gradaso e a toda su gente después que salió al desafío de don Renaldos e no le falló.

Capítulo xvii. De lo que el rey Gradaso hizo después que salió al campo al desafío que con don Renaldos de Montalván tenía aplazado.^{23r}

Ya se vos á contado arriba cómo, después de salido don Renaldos de Montalván a la marina do havían él y el rey Gradaso aplazado batalla, embió un demonio Malgesí en forma del rey Gradaso; e como ya se combatiesen, el mesmo demonio huyó a una navezilla que en la ribera estava tacada, e cómo, pensando ser el rey Gradaso, don Renaldos le siguió fasta entrar con él en al pequeña nave; e cómo le dexamos metido en la mar muy lexos de donde avía partido. Agora sabed que, llegada que fue la hora del desafío que entre el fuerte rey Gradaso y el valoroso cavallero don Renaldos de Montalván se avía concertado, se va el poderoso pagano armado de sus fuertes armas a la marina. E allí estuvo esperando gran rato; e como viese que don Renaldos de Montalván no venía a cunplir lo por ellos puesto, fue muy maravillado. Y estuvo toda aquel día sin bolver a su gente, y como vido que la noche se acercaba, buélvese a su ejército, blasfemando de sus dioses e maltrayendo la gran covardía de don Renaldos.

E de tanto, vos digo que, como ya sabéis e avéis oído, don Renaldos no tenía la culpa, que si él pudiera y en su mano fuera estar a la aplazada batalla, no se quedara por ventura alabando aquel hanbriento sarrazino.

¡O, quién vos pudiesse contar el dolor que su hermano traía!, a quien la gente del emperador Carlos quedó encomendada, que no podía dar a su corazón un momento de reposo, andando de unas partes a otras del ejército, tomando lenguas de

unos e de otros qué avía sucedido a su querido hermano. E desde que vio que la noche venía e que su hermano don Renaldos no era tornado, havía grand dolor en su corazón; mas mucho más le ovo cuando hovo nueva que el rey Gradaso era buelto a su ejército. Aquí no lo pudo sufrir que no fuesse al aplazado lugar sobre el buen cavallo Bayardo. E andando mirando de unas partes a otras, no fallava señal de batalla ni falló a su desseado hermano. E de presto buelve a la gente e falló a todos maravillados qué se podría aver fecho [de] don Renaldos de Montalván, su buen caudillo, e no sabían qué se dezir de tal caso; mirávanse unos a otros como espantados, no se fablaba otra cosa sino d'ello. De que ya claro vido el buen Rizardeto que su buen hermano no tornava e cómo el rey Gradaso no lo avía fallado en el lugar que havía de estar, viéndose sin caudillo, fizo ayuntar los más principales cavalleros de Francia en la gran tienda de su hermano por saber d'ellos qué era su parecer. Todos dixeron que harían lo que él les mandasse, que pues su buen capitán don Renaldos era perdido, que no avía a quien por entonces mejor obedecer pudiessen que a él. Él y ellos acordaron luego, al primer sueño, de alçar su real e bolverse a Francia, pues lo podían fazer sin ser sentidos de ninguna persona porque, como os hemos contado, estaban arredrados de la gente de España alguna distancia. E assí fue acordado, que, desde que vieron que fue tiempo, todos, al mayor passo que pudieron, en buen concierto se buelven la vía de París, muy tristes pensando en la pérdida del buen Renaldos de Montalván, que bien creían que no dexara él batalla de nadie por temor alguno si no le oviera sucedido alguna aventura o desdicha. E assí caminaron sin ningún reposo hasta que llegaron a París, e contaron las tristes nuevas al Emperador, que lástima ponía ver las lágrimas del buen Rizardeto e de todos los parientes e amigos de don Renaldos. El malvado Galalón e toda su valía murmuravan del ausencia de don Renaldos, diziendo:

—Por Dios, buena cuenta á dado el famoso capitán de sí e de su gente. Esto era lo que d'él se esperaba.

Los amigos de don Renaldos bolvían por su honra diziendo que no avía más sido en su mano, ^{23v} porque si él quisiera fazer otra cosa, no dexara su buen cavallo Bayardo de su compañía. Muchas cosas e desafios passaron en París sobre este caso; mas el Emperador, que vido que más le fazia menester ponerse a recaudo que ocuparse en otras ningunas cosas, puso entr'ellos concordia tornando por la honra del buen cavallero don Renaldos.

Los españoles moros que en el campo quedaron e la gente de Francia ausentada, todos unánimes e conformes, como personas que ya ál no podían fazer, viendo el esfuerzo e poder grandíssimo del rey Gradaso, se fueron a presentar ante él, metiéndose so obediencia suya e faziéndole omenaje de lo seguir e aver por señor en todo e por todo e serle leales vassallos. Él, hallándoles de aquella voluntad, como todos casi eran de una misma secta, firmaron sus aliadas amistades como mejor pudieron. E fizieron venir al rey Grandonio que, como esforçado cavallero, havia defendido la ciudad de Barcelona, e hizo omenaje al rey Gradaso él e los suyos; e assí de este modo concertados, se fizieron un cuerpo; e puestos en orden, se vienen la buelta de París con el rey Gradaso, el cual jurava de no dexar piedra enhiesta en París ni perdonar a chica ni a grande persona, hombre ni muger, de toda la cristiandad si el emperador Carlos no le dava a Bayardo, el buen cavallo de don Renaldos. E andando grandes jornadas, llegan a París una mañana. El Emperador, desque supo que por los campos de París de una parte y de otra corría la gente grandíssima de los paganos, púsosele a mirar de donde lo podía muy bien ver; e como vido tan innumerables compañías de tantas e tan diversas naciones, mucho quedó espantado, aunque su esfuerço era grande. Luego que el Emperador vido que ya el caso iva de rota, manda a toda su cavallería aparejar. Viérades en París, la gran ciudad, desplegar vanderas, sonar atanbores e trompetas sin número e todos los instrumentos necessarios a guerra. Luego se fizo abrir la puerta de Sant Celso, y el primero que por ella salió con su gente fue el buen Danesugero, con muy luzida cavallería e muy bien adereçada a punto de guerra.

El rey Gradaso fizo cinco batallas de su gente. La primera dio a un gigante llamado Estraciaberro; la segunda dio a Falcirón, un fuerte cavallero negro, con toda la gente de India; la tercera dio a Grandonio Español, con muchos tártaros arqueros; la cuarta la dio al fuerte Ferraguto con la gente d'España, que era buena e mucha; la quinta tomó para sí, con todos los que quedavan.

Salió el buen marqués don Danesugero con doze mil cavalleros muy bien encavalgados e, llamando Santo Dionís, se va a sus enemigos con concertado passo. E luego vio venir la primera faz, que Estraciaberro traía detrás⁴⁹⁶ tanta gente que la suya e, llamando Sant Dionís, mueven contra ella sus lanças baxas, que la bozería llegava al cielo e parecía hundirse la tierra; e mézclase la una gente con la otra, de

⁴⁹⁶ detres To¹⁵²⁵.

manera que en pequeño espacio viérades infinitos cavallos sin señores derribados por el campo e muchos cavalleros. El buen Danés se encontró discurriendo en la batalla con Estraciaberro, el cual venía en un valiente cavallo salvage harto poderoso e bien domado en la cavallería. E firiéronse de las lanças muy cruelmente, que ambos a dos se firieron en los costados sin que las buenas armas lo pudiesen estorvar. Mucho se sintió el buen danés de aquel golpe; mas como era uno de los [más] esforçados cavalleros del mundo e que mejor se mantenía en la guerra, no fizo semblante alguno de ser ferido, antes, como un bravo león, pone mano a su espada e fiere al gigante de un pesado golpe que la cabeça le hizo baxar hasta su salvage cavallo; mas el gigante le da la ^{24r} respuesta con un ancho e pesado cuchillo que le fizo una mala ferida en la cabeça. El Emperador, que vido ser descomunal cosa tan poca gente como llevaba el buen Danés sustentarse con sus enemigos (que eran diez para cada uno), mandó salir de París al rey Salomón con su compañía e al bueno y esforçado don Turpín con la suya; e de su llegada de ambos fue socorrido mucho el buen danés, que ya en tres partes estava mal ferido. E como vido tan buen socorro, tórnase él solo a la ciudad y fázese curar; e assí como fue curado, tornó sin más detenimiento a la batalla. El Emperador lo supo todo esto, que la batalla estava mirando; e como vido que las otras grandes escuadras de los enemigos se venían acercando, fizo calar la puente que salía a Sant Dionís e fizo salir por ella a Galalón con toda su gente, concertado lo que avían de fazer. E por otra puerta fizo salir al buen Ricardo de Normandía, e por otra al buen Angelinos e don Dudón, e fizo salir por la Puerta Real al marqués Oliveros e a Guy de Borgoña. E todos los que salieron por las puertas de la muy grand ciudad de París se pusieron cada uno con su escuadra a la parte que más entendía de aprovechar. El buen Emperador, que todos sus vassallos e amigos e parientes vido en el campo, pareciale a él ser sin razón quedarse en su ciudad encerrado e puesto a la sombra como dama. Mas como su generoso corazón no lo consintiese, manda juntar toda la gente que quedava en París e, armado de un poderoso cavallo, se sale de París con una luzida e bien armada escuadra y, encomendando la ciudad a Nuestro Señor Dios, se sale al campo muy animosamente esforçando a los suyos. De que vieron que su señor el Emperador era salido de la ciudad e que no quedava en ella sino poca gente e mugeres e religiosos, júntanse todas las clerezías e, con todas las reliquias santas de París, fazen muchas e muy devotas procesiones, y visitando las más devotas iglesias, con grandes oraciones e

alaridos, a Dios Nuestro Señor rogándole quiera librar su pueblo cristiano de las manos de la cruel e pagana gente. El rey Gradaso, que vio que tanta gente salía de París, ovo mucho plazer e más cuando supo que el emperador Carlos en persona era salido también. E sin más detenimiento, faze mover toda su gente y él mismo la suya, e viénese⁴⁹⁷ contra los cristianos. Y el Emperador, que toda la gente pagana vido venir, haze que todos en buen concierto enderecen a sus enemigos.

¡O, qué gran ayuntamiento de gente fue en esta batalla, assí de los cristianos como de los moros! Allí se mezclan unos con otros, que jamás otra mayor cosa en Francia se vido ni más reñida ni peligrosa. Las maravillas que el marqués Oliveros hazía no se pueden contar, que, después que con la lança ovo muerto e derribado más de diez cavalleros, puesta su buena espada Altaclara en la mano, por donde quiera que iva, iva faziendo lugar, como el bravo toro entre popular peonaje. E andando assí, se topa con Estraciaberro e con Altaclara le da un tal golpe, que dos partes le fizo la cabeça. En esto, llega por aquel lugar el magnánimo Emperador, la su espada tinta en sangre, hiriendo e matando a diestro e a siniestro. E mirando el buen Emperador a unas partes e a otras, vido un gigante negro e disforme con un arco en la mano que asaetava a cuantos topava e fazía mucho mal a los cristianos. E como le vio, movido a gran ira, puso su espada en la baina e tomó una gruesa lança e fuesse para él, e dióle un golpe de través que le atravesó de parte a parte. Todas las batallas eran juntas, do avía innumerable gente. ¿Quién podrá contaros lo que cada uno de los paladines fazía y el buen emperador Carlos? ¿Quién escribirá lo que el fuerte rey Gradaso fazía e la cruel e sarrazina gente^{24v} d'España? E bueltos contra su propio señor, cada uno se quería señalar. Todos los paladines ponían cuidado en sí cada uno de mirar por su señor al Emperador; e siempre le acompañaban⁴⁹⁸ el conde Galalón, e don Dudón, e Angelinos, e Ricardo de Normandía. El fuerte Ferraguto se encontró con el marqués Oliveros, e Espinelo de Altamonte e Angelinos, y el rey Morgante se encontró con el conde Galalón, el grande Argalifa con el duque de Baviera, e todos se fazían cruel batalla. Mas como la gente era tanta (que a unas partes e a otras se mataban e andavan despedaçando estos señalados cavalleros), no pudieron fenecer por entonces sus batallas. Luego se encontró el emperador Carlos con el rey

⁴⁹⁷ viniese To¹⁵²⁵.

⁴⁹⁸ acompañaua To¹⁵²⁵.

Marsilio⁴⁹⁹ de España e firiolo de lança malamente; e allí lo matara el gran Emperador si no fuera por Ferraguto, que en su ayuda llegó, y el marqués Oliveros vino en el ayuda de Carlos; e allí los cuatro guerreros se combaten maravillosamente, pugnando cada uno d'ellos por se vencer o matar.

En esto, la gente del rey Marsilio, desbaratada e dexada su vandera por el campo derribada e fecha pedaços, se van a meter entre la otra gente que peleava. Mucho trabajava el rey Grandonio por los detener, y el Argalifa, y el rey Morgante, y Espinelo de Altamonte. Mas todo su trabajo era en vano, que después que una vez se desconcertó, no pudieron con ellos tornarlos a la primera estancia, solo el fuerte Ferraguto era el que rostro fazia, e tantas maravillas fizo por su persona, que no se podrían contar. El rey Gradaso, con un corazón de hanbriento dragón, andava ya discurriendo por sus batallas, matando e derribando cavalleros a diestro e a siniestro. ¡Triste del que él a derecho golpe alcançava, que no le fazia menester maestro! Allí se topó con don Dudón y de solo un golpe le echa por tierra, e luego derriba al rey Salomón, e a Angelinos, e otros muchos cavalleros de gran cuenta, [que] sus golpes no parecían humanos. No avía quien lo esperasse, que assí hendía las batallas, por travadas que estuviessen, como el grande e hanbriento lobo entre el manso ganado. Tópase con el conde Galalón e derribalo del cavallo las piernas arriba. Topose desde a poco con el emperador Carlos, que una gruesa lança avía tomado; e vase el uno para el otro muy poderosamente, que parecían fundir la tierra, y encuéntrase de las lanças, y el endiablado pagano derriba al buen Emperador tan ligeramente como si cavalgar no supiera. Luego fue de dos gigantes tomado e llevado a una gran tienda del rey Gradaso. Y el rey Gradaso passa adelante y encuentra con el buen marqués Oliveros y del primer encuentro lo derriba, e, a pesar de todos los del campo, le haze llevar con el Emperador. E d'esta manera a cuantos cavalleros de cuenta topava a todos, derribados o mal feridos, los fazia llevar a las tiendas de su real. ¡O, cuánto fueron oy en este día echados menos los dos guerreros sin par, don Roldán e don Renaldos de Montalván! Los cuales, con sus vigorosos braços e bravos corazones, en semejantes afrentas ponían sienpre remedio. E como aquí faltaron, aunque otros muchos esforçados cavalleros aquí se hallaron, no bastaron contra el terrible y endiablado poder del rey Gradaso, antes, los que con ánimos varoniles se esforçaron a lo esperar, fueron muertos e presos, de manera que la gente cristiana, viéndose sin

⁴⁹⁹ Marsio To¹⁵²⁵.

sus principales caudillos, comiençan de se retraer a la ciudad de París, que allí se fazía d'ellos grande estrago, que como los paganos vieron retirar con temor a los cristianos, davan sobre ellos con tal alarido, que fundían la tierra e matavan tantos d'ellos, que compassión era de lo ver. Luego fueron sabidas las nuevas de la prisión de Carlomagno e de sus altos cavalleros en París. E como el buen Danés lo supo, que <26r> [25r] en la cama mal ferido estava, se levantó con atribulado coraçón diziendo:

—¡O, Redentor del mundo! ¿Cómo has constituido tanto mal <e> a la cristiandad e tan gran daño? Bien creo, Señor, que nuestros grandes pecados lo han merecido. Mas Tú, Señor, ave merced de tu caudillo e pueblo cristiano.

E diziendo esto, se faze armar con tanto ánimo como si mal alguno no tuviera y, cavalgando en su cavallo, fizo abrir la gran puerta de Sant Celso por do mucha gente se guareció, e por la puente de Sant Celso supo que los enemigos entravan. E vase para ella el buen Danés y entra a pie él solo y, con la espada en la mano, faze tantas e tales maravillas, que en poco espacio fizo arredrar los enemigos, e passa adelante firiendo e matando en ellos mucho a maravilla. E fizo desbaratar la puente a sus espaldas porque ni él ni los enemigos entrar pudiessen. ¡O, bueno e leal cavallero! Que como vido por aquella parte, do tanto peligro se esperaba, libre la ciudad, éntrase desapoderado entre sus enemigos, como aquel que sabía que su señor el Emperador e sus amigos e parientes estavan en prisión, no queriendo más libertad de cuanta ellos⁵⁰⁰ tuviesen. E como el fuerte Ferraguto y el rey Gradaso viesen en un lugar tanta gente d'ellos juntos d'ellos huyendo, lléganse allá; e vido al buen Danés fazer cosas estrañas, todas sus armas tintas de sangre; e ya sin pedaço de escudo al braço y que no cesava de matar e ferir en los paganos, déxanse a él correr; y el rey Gradaso llega primero e apéase de su animal e va para él faziendo semblante de lo ferir, y el buen Danés lo sale con varonil coraçón a lo recibir e, alçando el cansado braço, dio al rey Gradaso un pesado golpe con la sangrienta espada, tal que el rey Gradaso lo sintió harto; e no quiso ferir al buen Danés, antes le tomó en sus braços e, como a un infante, se lo lleva preso a las tiendas do el Emperador e los otros estavan. El Emperador e los paladines ovieron dolor de le ver, porque sabían que él antes estava ferido, e como agora tinto en sangre le vieron, no pudieron estar que no llorasen pensando que era ferido de muerte; mas luego fue mirado e vieron que era cierta su sanidad, porque no tenía feridas que mortales fuessen.

⁵⁰⁰ ellos To 1525.

Luego que el rey Gradaso e sus caudillos vieron que la gente de sus enemigos era toda recogida dentro en la ciudad de París e que la noche se venía muy cerca, empieça cada uno a recojer su gente e, con la ordenança que mejor podían, se buelven a su real a descansar e tomar referesco, faziendo grandes alegrías, encendiendo muchas lunbreras en señal de la vitoria havida e de la que esperavan aver. Al contrario se hazía en la gran ciudad de París, que los que sentían parientes menos, davan grandes alaridos faziendo doloridos llantos, e la otra gente, con todas las religiones e clerezía, andavan descalços en muy devotas procesiones suplicando a Dios que los perdonase e oviese mercé de su pueblo cristiano.

Capítulo xviii. De cómo el emperador Carlos e todos los cavalleros presos fueron librados por el duque don Estolfo, que la Lança Dorada tenía, e cómo la cruel guerra del rey Gradaso ovo fin.

Después de llegados al real e recogidos, todos los altos hombres e cavalleros que con el rey Gradaso estaban, ya desarmados e con gran alegría de la vitoria, se van todos a la gran tienda del rey Gradaso, donde el Emperador e sus cavalleros de Francia estaban pressos, y, puestos delante del rey Gradaso, cada uno contava de lo que en la passada batalla avía visto. E assí como estas cosas se relatavan, el buen emperador Carlos e su compañía, assentados a una parte de la tienda, sentían gran tristeza e aflegimiento, sospirando en sus coraçones e afligiéndose por el mal e grande fortuna que le avía sucedido en sí y en sus cavalleros cristianos y el gran daño que adelante se esperaba si no lo remediava ^[25v] Jesucristo, cuyos siervos ellos eran. Y el rey Gradaso miró en ello, e viendo cuán aflegido estava el honrado viejo, cuya fama ponía espanto por todo el mundo, ovo algún tanto de compassión d'él; e apartándose d'entre sus cavalleros, se fue para él con un mesurado semblante, e tomole por la mano e sacole paseando de la gran tienda, e propúsole estas razones diziendo:

—Sabio e honrado Emperador, bien sabrás cómo por ganar honra passan los altos hombres muchos e grandes peligros, los cuales, si con solo aquello que poseen se contentasen, serían tenidos por baxos e de chicos corazones, que por esso, en los buenos e notables cavalleros cabe este nonbre magnánimos, por se no contentar con solo lo que de sus antepassados por línea recta les sucede, antes, por pugnar de

alcançar, con sus vigorosos braços e varoniles esfuerços, otros mayores e más altos estados, do perpetua e notable honra puedan ganar. Ya avrá venido a tu noticia mi poder y estado qué tal es, e cómo no fue mi motivo de passar en estas partes por acumular riquezas ni adquirir posesiones de reinos, antes, por la mucha loa e fama que de ti e de los tuyos por toda la tierra se estendía, quise passar aquí no a otra cosa sino a ganar prez y honra, que mucho a los grandes cavalleros es necesaria. Y porque por esperiencia veas esto que te digo ser verdad, sepas que solos dos días quiero tenerte en son de preso a ti y a los tuyos, los cuales passados, podrás irte tú y ellos a la ciudad de París con tan pacífica paz e sosiego como de antes estavas, con tal condición que el cavallo de don Renaldos me des, el cual fue causa que yo gastase assaz de mis tesoros passando como vees en estas partes con tal ejército e armada como sabes, y que cuando don Roldán sea venido, tengas cargo de me enbiar a mis reinos su espada Durindana. Por ende, buen Emperador, respóndeme sobr'ello lo que te parece, ca no me debes tener en poco lo que fago, pues te tengo en mi poder e a los tus altos cavalleros.

El Emperador, con un gran semblante, le dixo:

—Rey Gradaso, bien veo todo lo que dizes ser verdad según por la obra lo quieres mostrar. Pero, para disponer yo de cosa que no gané ni es mía, primero que d'ello yo quiera algo fazer, cunple que tome consejo con los míos; y esto será en breve espacio porque, aunque el señor sobre los suyos en alguna manera tenga absoluto poder, cunple que, para aguardar la recta justicia, se guíe por consejo de los de su compañía.

El rey Gradaso se lo tuvo a bien e dixo que assí lo hiciese; e luego mandó armar otra muy rica e grande tienda algo apartada de la suya donde el Emperador e los suyos estuviesen, y mandó que fuesse servido de lo que menester oviesse como su persona propria, e alrededor de la tienda puso muy grande e fermosa guarda. El Emperador, que solo con sus principales cavalleros se vio, díxoles lo que el rey Gradaso le avía dicho. Entr'ellos ovo algún diferente propósito; mas en fin, como deseasen verse en su libertad e fuera del peligro que esperavan, en especial el conde Galalón e algunos de los otros que su propósito seguían, dixeron que muy poca cosa era dar lo que el rey Gradaso demandava, teniendo la cabeça de la cristiandad en tal estado. Allí se levantaron el marqués Oliveros, y el buen Danesugero, y el esforçado

don Estolfo, duque de Inglaterra; e dixeron todos que hablase don Estolfo por ser hombre muy razonado, e dixo assí:

—Poderoso e magnánimo señor, ¿quién puede pensar qué aya movido el corazón d'este fuerte pagano a nos dar tan livianamente libertad sino que Nuestro Señor Dios le á puesto este pensamiento? E así como cuando por nuestros pecados Dios nos empieça a castigar havemos de recogernos con arrepentimiento de todos ellos, assí cuando nos enpieça a fazer mercedes avemos d'esperar que, como Soberano Señor, nos las hará cunplidas. Por ende, buen señor, no curéis de disponer ^{26r} nada de lo que por ventura no podrás cunplir, ca los buenos e leales cavalleros en tales necessidades como estas se conocen, porque los que aquí estamos non somos en propósito de dar el buen cavallo de don Renaldos al rey Gradaso ni le prometer el espada del conde don Roldán, vuestro sobrino, que si cualquiera d'ellos aquí estuviera, antes muriera que tales joyas dar, con las cuales y sus vigorosos coraçones han a vós, señor, algunas vezes dado la vida e a nosotros también; y pues sabemos que ellos no las dieran, no cunple que nosotros las demos ni prometamos por temor de cualquier mal que venir nos pueda.

E assí acabando su razonamiento, el esforçado don Estolfo se asentó en su lugar; y el marqués Oliveros e los que de su propósito estaban aprobaron lo dicho por el duque don Estolfo ser muy bueno e lealmente fecho e dicho. ¡O, quién viera al malvado Galalón la pena que tenía viendo cómo el Emperador mirava en el consejo del duque don Estolfo e de los tres cavalleros! E dezía:

—¿Cómo, señor, mejor vos parece que muramos desonrados en poder d'estos infernales que no dar una bestia que os demandan? ¿Cómo, señor, no os parece que valemos más diez cavalleros cristianos o veinte que estamos aquí que no un cavallo de don Renaldos que tenéis en vuestro poder? Mirad, señor, que es gran ingratitud la vuestra en no conoscer la merced que Dios nos faze. Dezid, señor, si nosotros no salimos de la prisión en que estamos, ¿no cobrará el rey Gradaso el cavallo e aun todos vuestros⁵⁰¹ reinos e señoríos a vuestro pesar? ¿Por qué, señor, dais orejas a los que tal os aconsejan?

El Emperador estava suspenso, no sabiendo qué responder. El duque don Estolfo se levantó enoxado, e dixo:

⁵⁰¹ uestro To¹⁵²⁵.

—Dezid, conde de Magança, ¿paréceos a vós que los que aquí están, por temor de la muerte, han de padecer detrimento en su honra? Certificoos⁵⁰² a Dios que tal cosa no passe como vós queréis, que yo espero en la misericordia de Dios que nos libraremos sin dar lo que non ganamos ni es nuestro. Por ende, señor, sepa vuestra magestad que cualquier cavallero de los que aquí están dessea su honra e su vida, ca no es de insensible seso ni menos fuera de razón salvo, señor, que la vida se á de anteponer a la honra e no fazer nosotros lo que Roldán ni don Renaldos no fizieran si presentes estuvieran. Por ende, señor, pues sabéis que en vuestro servicio hemos de morir los que aquí vuestra honra defendemos, juntamente con el rey Salomón, nos dad licencia que respondamos al rey Gradaso.

El Emperador les dixo que, juntamente con el arçobispo don Turpín, que presente estava, fiziesen lo que les pareciese sobre ello. E luego se apartaron a hablar en ello e miraron muchas cosas, e al fin el buen don Estolfo dixo que le diesen cargo d'ello, que él faría cosa por do toda Francia e la cristiandad fuese restituida en su honra, e así le dieron el encargo. Luego encontinente fizo al Emperador que fiziese un mensajero d'ellos a la ciudad de París o dos diziendo que enbiava por el cavallo para lo dar al rey Gradaso, y que el mensajero fuese don Estolfo; e assí fue fecho, de lo cual, el rey Gradaso se contentó. E cavalgó luego don Estolfo en un cavallo e suplicó al rey Gradaso le diese sus armas porque fuese a guisa de cavallero e no de trujamán, e luego se las fizo dar, que muy riquísimas eran. Mucho folgó al rey Gradaso e a los que con él estavan de le ver armado a cavallo, ca cierto que él era muy luzido y esforçado cavallero. Y, bolteándose en su buen cavallo, hizo al emperador Carlos su mesura. Y vase la buelta de la ciudad de París, y entró en ella; e luego que entró e vido la gran tristeza e recogimiento de la ciudad, ovo grand lástima, e dixo a grandes bozes:

—¡Si Dios quisiere, oy entiendo fazer cosas por donde alcance immortal fama e perpetua nombradía!

E fue a besar las manos a la Emperatriz e a Doñalda, donde passó muchas razones en la ausencia de don Roldán, e cómo en mal punto la donzella Angélica avía venido a Francia. Y en estas cosas razonaron ^{26v} gran pieça y al cabo le dixo:

⁵⁰² Certificos To ¹⁵²⁵.

—Señora, si vitoria en esto que quiero fazer alcanço, yo vos prometo de me partir luego sin dilación e no cesar de andar por todo el mundo fasta que falle a don Roldán e a su buen primo don Renaldos de Montalván.

E assí se despidió de todas aquellas señoras e se fue para su posada; e puso sobre sus armas unas sobrevistas muy riquísimas e de grande estima, e sobre su cabeça una cimera de muy reluzidos penachos, que mucho se fizo mirar, e fizo encubertar al buen Bayardo de unos paramentos de brocado muy riquísimos; e tomando su Lança Dorada (la que fue del sin ventura Argalia), se sale de París e se va cara al real donde avía venido; e puso su cuerno a la boca y empeçó de lo sonar muy reziamente a son de batalla. Todos se maravillaron en el real qué cosa fuesse, e más el rey Gradaso, el cual, como aquello oyó, demandó al emperador Carlos qué cosa era aquella novedad, y él le dixo la verdad: que no lo sabía. E luego el valiente e poderoso rey Gradaso embió a saber qué demandava el cavallero; e un mensajero fue a él, e díxole:

—Mi señor el rey Gradaso me embía a ti, que quiere saber qué es tu demanda.

—Dizid a vuestro señor —dixo el duque— que yo trayo el cavallo porque fui de mi señor el Emperador embiado, e que si conquistar e alcançarlo quiere, que salgan los suyos y él a me derribar d'él; e si él o los suyos me derribaren, yo le perderé; pero si yo los derribare, que el Emperador mi señor sea libre e los otros prisioneros que yo quisiere se me den.

El mensajero que lo oyó, buelve a su señor el rey Gradaso con las nuevas; y él, como lo oyó, maravillose mucho e miró al Emperador e a los que con él estaban a ver qué les parecía de aquello; e como vio que todos maravillados callavan, dixo:

—Sus, yo soy contento de justar con él. Pero fágovos saber que, si yo lo mato o derribo, he ganado el cavallo Bayardo, e pues por la lança lo gano, no soy tenuto a la postura que antes avía puesto, que era que, dándome el cavallo e quedando el enperador Carlos de fazer todo su poder de me enbiar el espada de Roldán, que los daría por libres e que yo me iría pacíficamente a mis tierras.

E demandó sus armas; e mientras se fazia armar, preguntó a los que con el emperador estaban quién era aquel osado e ardid cavallero que lo desafiava. Galalón respondió:

—Es un ribaldo e sin seso que á querido ponernos en más cuita de lo que estábamos; e no tiene él la culpa, sino el que se lo consintió, que, aunque él faze este desafio, no vale tanto para las armas como vale un baxo labrador.

E con estas palabras fueron los paladines tan enojados que, si cualquiera d'ellos tuviera armas, muy caramente comprara el traidor de Galalón lo que avía dicho, mas asentáronlo en sus memorias para se lo pagar algún tiempo. E armado que fue el rey Gradaso, se fue a donde don Estolfo le estava esperando, cavallero en su ligero e fuerte animal; y cuando a él llegó e le vio tan ricamente ataviado y el grande e fuerte cavallo que él desseava allí presente, no ovo plazer tan grande en su vida; e como lo tuviese⁵⁰³ ya en su corazón ganado, como aquel que se sentía por muy valiente cavallero, dixo assí:

—Don Estolfo, si tus obras son tales como tu persona representa, harto buenas serán. Por esso, di lo que demandas, veamos.

—Demando —dixo don Estolfo— que ayamos yo o tú esto por conveniencia, que pues tanto es desseado de ti este maravilloso cavallo que sea d'esta manera: que si tú me derribares d'él, te lo dé en tu poder por tuyo como lo pides e me vuelva a la prisión de donde salí; e si yo te derribare a ti, me des al Emperador e a los presos que allí tienes e te vayas a tus tierras como ponías con el Emperador. E si lo entiendes de cunplir, dilo luego, e si no, también, porque tan gran señor como tú no debe fazer otra cosa salvo cunplir su palabra.

—No pongas en ello dubda —dixo el fuerte rey Gradaso—, que yo lo cunpliré assí como tú lo dizes; e si más ^{27r} demandaras, no lo rehusara. E porque seas d'ello más certificado, yo te juro por la virtud de Macón e de todos los otros mis dioses e por la lealtad que les devo de lo cunplir e passar por ello ni más ni menos que lo que pides, e no lo contradézir yo ni otro por mí, salvo llanamente cunplirlo sin dilación ni entrevalo alguno.

E dicho esto, tomaron lo que de tierra les contentó, e vínose el uno contra el otro tan poderosamente, que la tierra hundían. E luego que el buen duque encontró al rey Gradaso, dio con él en el canpo muy gran caída, e passó por él muy apostadamente e bolvió sobre él, e hallolo que se levantava e, la lança sobremano, púsose cara a él, e dixo:

⁵⁰³ tuiese To¹⁵²⁵.

—Rey Gradaso, di lo que entiendes fazer o si quieres más correr lanças.

—Por cierto, valiente cavallero —dixo el rey Gradaso—, yo veo que has fecho a guisa de muy esforçado, e no cumple más de aquí adelante yo fazer otra cosa salvo lo que contigo puse e afirmé con juramento.

—Pues, sus, vamos de aquí —dixo don Estolfo— e fágase.

—Vamos —dixo el rey Gradaso.

E assí se fueron cara las tiendas y el rey Gradaso le fue diziendo todo lo que con el conde Galalón havia passado y lo que d'él avía dicho, y el duque le suplicó que callase en llegando a la tienda del Emperador, su señor, a todo lo que él dixesse. El rey Gradaso se lo prometió; e assí como llegaron, dixo el duque don Estolfo al Emperador:

—Señor, ya soy yo libre y el buen cavallo de don Renaldos, mi señor primo. Por ende, entended, señor, en vuestra libertad, que ya yo la tengo para mí, que yo y el rey Gradaso convenidos somos.

—¿Cómo, duque, assí lo havéis fecho? —dixo el Emperador—. ¿Fezistes lo que vos cumplía a vós e olvidastes a nosotros?

—Señor, ¿no oístes vós a vuestro cuñado e consejero, el conde Galalón, que dixo que no era yo más para armas que un vil villano? Pues que yo, señor, no sabiendo más que un villano vil me liberté; él, que es muy buen cavallero, pugne por libertar a vós e a él e a essotros señores.

Grande vergüença hovo el maldito Galalón de oír aquello, e no alçava los ojos del suelo. E todos los paladines estaban maravillados e no sabían qué podía ser aquello. Y en cabo de una pieça, se apeó del cavallo el duque y, puestas las rodillas en tierra, dixo al Emperador:

—Señor, vós e los vuestros sois en libertad. ¡Bendito sea Nuestro Señor Dios por esso, señores! Cavalgemos e vamos a nuestras casas.

Luego truxeron los cavallos e armas a todos, e armáronse, e subieron en sus cavallos; e ya que se querían ir, dixo don Estolfo al conde Galalón:

—¿Dónde vais vós, buen cavallero?, ¿con el Emperador?

Dixo él:

—Voy.

—No, señor Galalón, apeaos e desarmaros, que, aunque todos estos señores sean libres, no lo sois vós, que un tan grand señor como vós no es razón que alcance libertad por mano de un baxo villano.

¡O, cuánta vergüença hovo Galalón de aquello! E con la cara de color de ceniza, se apeó de su cavallo y el emperador Carlos e los otros señores le rogaron a don Estolfo que lo perdonasse e que no lo afrontase más. Él dixo que le plazía con tal condición que, cada e cuando que a él se le antojase, le pudiesse tener preso en espacio de cuatro días, e que lo jurasse que assí lo cumpliría, e los señores le fizieron que lo jurase. E d'esta manera que oís se fueron todos a la gran ciudad de París, e fueron tantas las alegrías, que hizieron olvidar a los que en la batalla murieron.

Luego encontinente el rey Gradaso mandó alçar sus tiendas e hizo que sus capitanes e gentes se fuessen a la vía de la marina, donde la grande flota tenían, e que los españoles se bolviesen a sus tierras, soltándoles los omenages que le avían fecho, diziéndoles que fuessen fieles a su señor y tomassen en él exemplo en el cunplir de su palabra. E todos muy ledos se partieron d'él; y él e los suyos se fueron la vía de sus tierras, contentos con el daño que avían fecho en la cristiandad.^{27v}

E antes que se partiesse, el rey Gradaso fizo con el Emperador que perdonase al rey Marsilio e a todos los otros vassallos, desculpándolos, porque más por fuerça que de sus voluntades avían allí venido. Luego el Emperador lo fizo, prometiendo todos e jurando de le ser fieles en adelante fasta la muerte. E partido el rey Gradaso, se bolvieron todos a sus tierras.

E sabed que no se le avía olvidado al duque don Estolfo lo que prometido avía a la fermosa Doñalda de ir a buscar por el mundo a don Roldán e a don Renaldos e no bolver a Francia fasta los fallar. E otro día por la mañana lo puso por obra, que armado de sus ricas armas, encima del buen Bayardo, se fue a despedir del Emperador. E por más que él y los paladines fizieron, no le pudieron apartar de la voluntad la partida, e, todos llorando de sus ojos, se despidieron d'él y él d'ellos, abraçándolos con muy cordial amor e rogando a Nuestro Señor Dios le truxesse a él e a los que él iva a buscar sanos e salvos de todo peligro. E assí, como oís, se partió de París con esta demanda. Al cual dexaremos en el camino, por contar lo que avino al buen Renaldos de Montalván, que en la nave que oístes avía aportado a la fresca población do arriba le dexamos.

Capítulo xix. De lo que avino al buen Renaldos de Montalván después que la pequeña nave arribó a la ribera florida do Angélica la Bella estaba esperando su venida.

Ya se vos ha contado el gran plazer que el esforçado cavallero don Renaldos de Montalván hovo cuando vido que la pequeña y encantada nave se había llegado a aquella florida ribera. E dexando la navezilla allegada a tierra, se dio a andar por aquel fresco lugar cara unos ricos palacios que cerca de allí estaban. E yendo por el camino, vido venir para él tres donzellas, las más hermosas del mundo, las cuales, como a él llegaron, le saludaron con gran acatamiento e dixéronle:

—Venturoso cavallero, no vos espantéis de vuestra maravillosa venida, que non sin causa sois traído de tan lexos tierra a este fermoso lugar, ca podéis creer que, si sois amoroso y en vuestro coraçón amor alguno cabe, sois venido al lugar do havréis el mayor plazer del mundo, tal que cuantos cavalleros ay en el mundo⁵⁰⁴ no alcançarían buscando lo que vós avéis hallado sin lo buscar.

A todo esto don Renaldos no respondía cosa alguna fasta ver el fin d'este caso. E fue llevado de aquellas tres fermosas donzellas a un riquísimo palacio, fecho todo de losas de un cándido alabastro e pintado de muy estrañas e diversas pinturas, e todo tan transparente como un delgado vidrio. E como estuviesse este palacio en medio de un florido vergel, tenía de cada parte unas puertas por do al vergel entravan; e desde las puertas del rico palacio se entretexían unas angostas calles, que no más de dos personas emparejadas podían caber, para ir a otros muy ricos palacios. De muy estraña labor labradas⁵⁰⁵ eran todas estas cosas, de tal manera fechas, que un paraíso terrenal parecía este florido vergel. Y en entrando don Renaldos en el fermoso palacio, fue recreado de aquellas tres donzellas de frutas muy odoríferas e sabrosas e servido de muy singulares vinos; e como el aire por aquellas puertas del palacio entrava, traía consigo diversos e maravillosos olores que de yerbas odoríferas e fragrantés que en el vergel estaban, salían. E a cabo de un pequeño spacio, vinieron otras donzellas tañendo diversos instrumentos de música, tan acordados que deleite era de los oír; y desde un rato que la música sonava, entró una fermosa dama, e dixo:

—Señor, ya las tablas son puestas, véngase connmigo.

⁵⁰⁴ mnnndo To¹⁵²⁵.

⁵⁰⁵ labrados To¹⁵²⁵.

E don Renaldos se fue^{506 28r} solo con aquella dama de aquel palacio a otro que en el mismo vergel estava, e halló una muy riquísima mesa puesta, tal que jamás él otra tal vio; e fue tan maravillado de ver la mesa y el asiento que para él estava, que pensava soñarlo o estar fuera de sí. Miró también una riquísima baxilla que a un canto del palacio estava, la más rica que jamás vio, aunque avía visto muchas e muy buenas. Allí fue servido de muy buenas e delicadas viandas, e de muy singulares vinos. No avía allí otros serviciales sino hermosas donzellas, tan ricamente apostadas, que parecían unos ángeles. E ya la cena acabada, vinieron tres donzellas muy ricamente vestidas: la una traía una harpa, e la otra un fermoso e rico laúd, e tañían muy dulcemente, e la tercera cantava con una voz más angélica que humana. E ya que una pieça ovieron cantado e tañido delante de don Renaldos, la más apuesta d'ellas e más bien fablada dixo assí:

—Señor, sepas que todo lo que vees ha sido fecho e ordenado para te fazer servicio por mandado de la reina nuestra señora, por cuya voluntad has sido a aqueste deleitoso lugar traído. E no solo quiere que d'esto seas señor e de todos sus reinos (que son assaz grandes e muy ricos), mas aun d'ella misma, como aquella que te ama de firme voluntad e perfeto amor. Y porque, señor, sepas que no es poco ser de tal señora querido e desseado, sepas que se llama Angélica la Bella, cuya presencia es más que humana.

—¡O, soberano Dios, —dixo don Renaldos— y a tal lugar soy venido! Pluguiera a Dios que de mala muerte primero yo muriera que a este lugar tan horrible e maldito aportara.

E levantándose de donde asentado estava, se sale del palacio e métese por el espesa arboleda del vergel, maldiziendo el lugar e a sí mismo porque a él havía venido. E atinando por el vergel por qué parte pudiese ir a la marina, iva aquella fermosa donzella en pos d'él diziéndole:

—¡O, cortés e bien criado cavallero! ¿Qué crueldad es esta tan grande? ¿Qué dureza de corazón tan fuerte? Si a quien tanto te ama de tal manera le aborreces, a quien te desama, ¿que gualardón le das?

A estas e a otras muchas razones que la donzella dezía no respondía don Renaldos cosa alguna ni la cabeça bolví, antes apresurava su passo por más aína se alongar de tal lugar, que ya los árboles, por lindos que eran, le parecían enemigos

⁵⁰⁶ fu To¹⁵²⁵.

infernales. De que la donzella vido la poca cuenta que el cavallero de sus palabras hazía, díxole:

—Pues anda por do quisieres, que no te valdrá fuerça ni esfuerço por salir de aquí, que todo este vergel está cercado de la mar, do sin licencia del que aquí te truxo non te podrás ir.

E bolviose la donzella desde esto ovo dicho. E ya la clara luna, de la escura noche guiadora, se mostrava quando ya el buen cavallero don Renaldos de Montalván andava cercando en torno a gran paso el estendido e ancho vergel, mirando si la navezilla que havía dexado parecía. E a cabo de un grand rato la vido, e fuesse a ella y entrose dentro, holgando más de la muerte que le pudiesse venir que de la vida que pudiera con Angélica la Bella cobrar. Y entrando dentro, vido que el navío non se meneava de la orilla. E desde esto vido don Renaldos, dixo:

—Por el sancto baptismo que rescebí, que, aunque en la mar me supiese echar y el ala perder, en esta tierra más no saliese.

E como esto le oyó su primo Malgesí (que él no vía), maldiziendo su ventura dixo:

—Pues yo te prometo que yo te ponga a donde la vida te cueste essa tema e dureza que en tu coraçón á entrado. ¡Maldito sea tan desconocido y enternegado hombre que assí sus intereses quiere cunplir, perdiendo lo que otro se ternía por bien aventurado de cobrar!

E luego, sin más dilación, se meneó el navío e se fue por la mar adelante. No se os podría contar la grand ligereza que por el agua llevaba, que era cosa de espanto. E toda la ^{28v} noche caminando, arribó, ya que el alva quería romper, a una gran selva que muy lejos estava de donde avía partido. E como vio don Renaldos que ya estava en tierra firme arribado, saltó prestamente d'él e vase por el campo adelante. E no anduvo mucho quando vido un cavallero viejo desarmado sobre un palafrén; e como el viejo vido a don Renaldos armado, dixo, llorando fuertemente:

—¡O, virtuoso cavallero! Por la fe que a Dios debes me socorras en una estrema necessidad que es esta. ¿Vees aquel gigante que allí va? Me ha tomado una donzella fija mía; e como yo por mis pecados ya soy venido a estado que no puedo tomar armas, non fize defensa alguna. Por lo cual, te pido me quieras ayudar, que ella ni yo no seamos desonrados.

Movido a compassión de ver aquel honrado viejo llorar, dixo don Renaldos:

—A mí me plaze, por cierto, de te librar de poder del gigante o morir.

E a pie como estava, quería ir en pos d'él, mas el buen viejo dixo que tomase el palafrén en que fuesse, e assí lo hizo don Renaldos de Montalván. E llegándose cerca del gigante le dio bozes que bolviese. Mas el gigante no se curó d'él, antes a gran paso se le alongava, de tal manera que, aunque mucho don Renaldos se apresuró en el andar, no pudo [alcançarle] fasta que el fiero gigante entró en una puente que para pasar a una altura donde un grande e fuerte castillo avía. E assí como la puente pasó con la donzella, diola a otro gigante que de la otra parte vido, el cual, a vista de todos, la llevó al castillo del altura. E bolviose el otro gigante a la puente donde havía entrado; e tomó una gruesa cadena de unos ciertos ramales enlazados; e vase para don Renaldos, que a la puente, ya apeado del palafrén, se venía; e tendió la cadena enlazada en un cierto lugar que él sabía y estuvo quedo fasta que don Renaldos le fabló demandándole la donzella; e como él cosa alguna no le repondiese, acercábase don Renaldos a lo ferir su espada en la mano. El gigante fizo muestra de alguna defensa, retrayéndose porque don Renaldos se le acercase; e ya que vido que⁵⁰⁷ era tiempo, travó de un aldava grande, que a la pared de la puente estava; e donde don Renaldos estava de pies se fundió; y él, que hundir⁵⁰⁸ se sintió, dio de presto una alta boz diziendo:

—¡O, Madre verdadera de Dios eterno, ayúdame!

E quedó de la cadena por medio del cuerpo enlazado. E luego el gigante lo tomó, ligado como estava, e lo subió al castillo. El triste corazón de don Renaldos pensad qué tal iría, que de una desdicha en otra mayor andava; e dezía:

—¡O, Santo Dios! ¿Qué paciencia ni fortaleza puede bastar para tantas adversidades? ¿Qué suerte ay en el mundo, por mala e dolorosa que sea, que se iguale con la mía? ¡O, miserable varón e más desventurado que ninguno de los nacidos, cuán bien recebida sería de mí la muerte! ¡Qué fin de tantos trabajos sería!

E diziendo esto, el gigante ya le metía en el castillo, donde a la entrada vido don Renaldos cabeças de hombres muertos e miembros⁵⁰⁹ muchos despedaçados. Cuando el buen cavallero esto vido, sentid qué tal se le pararía su ánima e cuán triste, viéndose ligado e preso llevar a tal lugar donde en la entrada tales reliquias se

⁵⁰⁷ qne To¹⁵²⁵.

⁵⁰⁸ huudir To¹⁵²⁵.

⁵⁰⁹ mtēbros To¹⁵²⁵.

mostravan, que los umbrales e suelo del ancha entrada estavan⁵¹⁰ todo tinto⁵¹¹ de sangre humana. E como don Renaldos en un patio del castillo fue metido, soltolo el gigante en el suelo, assí enlazado e ligado como estava, y entró en un palacio grande. Cuando don Renaldos en el suelo ligado se vio dexar e que el gigante entrava en aquel palacio, dio por muy cierta su muerte y, conformándose con Dios, llorava muy agramente de sus ojos demandándole perdón de su alma, que⁵¹² ya de la libertad del cuerpo poco cuidado tenía. Veníasele a la memoria su muger e hijos pequeños e sus buenos e leales hermanos, ^{29r} que no siento corazón humano que le viera que no se quebrara de dolor. Su cara bañada en lágrimas, dezía:

—¡O, fijos míos, que el vuestro reparo, después de Dios, estava en mi mano viviendo! ¿Qué faréis después que yo muera? Que seréis corridos e destruidos del traidor Galalón e de su aconsejado cuñado el Emperador. ¡O, mi querida muger, biuda de marido!, que por temor d'él, aunque tu merecimiento era grande, te tenían e acatavan en cuenta de las nobles dueñas. ¡O, hermanos míos! ¿Quién vos pudiese ver antes de su triste e desconsolada muerte? ¡O, primo don Roldán! ¿Dó estás tú agora tan descuidado de mi triste dolor? ¡O, Soberano Señor! Bien sé e creo que por mis pecados me vienen estas tribulaciones e yo confieso que, según mis obras, merezco más. Tú que, Señor, por los pecadores con tu preciosa sangre pagaste, ave merced d'este tu siervo atribulado, que otro socorro no espera salvo el de Ti.

Diziendo esto, vido salir una disforme vieja del palacio donde el gigante avía entrado, grande de cuerpo e vestida de unos paños negros; e con una boz gruessa le dixo:

—Di, cavallero desventurado, ¿sabes a dónde estás?

—No —dixo don Renaldos—, señora.

—Sepas que estás en la roca que se llama Altarripa, si la has oído dezir.

—Oído la he dezir otras vezes, señora, mas no he estado en ella salvo esta vez.

—Bien lo creo —dixo la vieja—, porque, si una vez acá estuvieras, no salieras de aquí a poder estar otra, porque los que una vez acá son metidos son echados a un fiero animal que acá en un cierto lugar tenemos, con el cual no basta

⁵¹⁰ estaua To¹⁵²⁵.

⁵¹¹ tinta To¹⁵²⁵.

⁵¹² qne To¹⁵²⁵.

fuerça ni esfuerço, ni ardimiento alguno, aunque todo el mundo venga. E sepas que este animal se mantiene de carne humana; e assí nos cunple fazerlo por guardar la usança que ya una vez con él empeçamos a usar.

—¿Pues cómo, señora —dixo don Renaldos—, tanto amor tenéis con ese animal que assí queréis que los hombres e mugeres perezcan por él?

—Sí, por cierto, e aun querría que todo el mundo por amor d'él perezcase, e aun yo con él. E porque sepas si alguna razón tengo, antes que a sus manos mueras, te quiero dezir porqué soy movida a hazer estas crueldades y cómo este fuerte animal fue hecho, ca sepas que, aunque él es grande e disforme animal (que bastaría a destruir el mundo), tiene demonios en el su cuerpo que le fazen más espantable de lo que él es y más fuerte. Sabrás que yo fui en este castillo de Altarripa⁵¹³ casada con un fiero y endiablado gigante llamado Grifonte; y era tan malo e de tan malas condiciones, que no se deleitava sino en fazer mal e daño a todo el mundo, y este era su contentamiento e passatienpo. E tenía consigo otros cuatro gigantes ya fechos a su condición, que, aunque no eran tan grandes ni tan fuertes como él, a lo menos le seguían sus passos por le conplazer e servir. E yo, por estar con él, de mi propia voluntad renegué la fe de los cristianos que tenía, e fizeme como él en sus condiciones. E ovimos un fijo, el más disforme e malo que en el mundo se pudo hallar, e de tan endiabladas condiciones, que las del padre no se le igualavan. E cuando ya fue de veinte años, a mí ni a su propio padre no hazía carrera. E como él se dava en todas sus obras a servir a nuestro señor Lucifer, púsole en coraçón que matase a su padre. E assí lo puso por obra, que un día estando el padre dormiendo lo mató; e como lo ovo muerto, vino a mí diziendo que me quería mostrar una gran cosa, e mostrome a su padre, mi marido, muerto e cuasi de feridas fecho mil pedaços. Y el rabioso e cruel hijo, carnicero de su propio padre, alçó su tajante cuchillo, e dixo: «Ved cuál queréis escoger: morir con vuestro marido o ser de aquí adelante mi mujer». Yo, con el temor de la muerte, viendo lo que delante tenía (que a los fuertes cavalleros era para poner espanto quanto más a ^{29v} los flacos e femeniles corazones), dixi que haría todo lo que él mandase. E luego se fue a dormir conmigo, de tal manera que mucho tiempo estuvimos en uno como marido e muger. E a cabo d'este tiempo (que yo vi ser cosa descomunal la vida d'este mi hijo e mi marido), vínome al pensamiento de le fazer por engaño morir. E púselo por obra, que mientras él fue

⁵¹³ alta roca To¹⁵²⁵.

cierto camino, mandé muy secretamente, lo más que pude, fazer un pozo grande e fondo a maravilla dentro de un grande corral que aquí d'esta otra parte del castillo está, murado de unas gruesas e altas paredes. E después de fecho el pozo, ordené por encima de poner delgadas cañas donde alguna tierra sostener se pudiese. E cuando él vino, fingí, espantándome un día, que después de anohecido avía visto ciertas mugeres dentro en aquel corral que hazían encantamientos; e yo díxelo a él en secreto, certificándole que, si las aguardava, las podría tomar en el lazo. Y él, como codicioso de exercitar sus malas obras, no dudó en lo que yo le dezía. E fuesse al corral y empeçó a pasearse por él prima noche. E la su ventura mala le endereçó a donde yo quería, que puso los pies a la boca del fondo silo, e luego cayó dentro, donde creo que los enemigos, antes que cayesse, le recibieron. E a cabo de nueve días que yo la puerta ove cerrado, fueron oídos en el castillo tan espantosos baladros, que espanto nos ponían; e fuimos de día a ver qué cosa fuesse; e mirando d'encima de las altas paredes, vimos un fiero animal de grandeza de un grueso buey, de un cuero tan fuerte, que no basta arma ninguna a lo cortar, y tan fuertes e tajantes uñas tiene en los pies e manos, que ha acaecido poner dentro del corral unas armas colgando a manera de armado cavallero, e luego que las toma entre las manos e pies, las faze tan pequeñas pieças como un papel. E tiene la boca de una vara de medir, de la cual le salen dos tajantes colmillos que cortan como una espada cada uno d'ellos; e allende d'esto, es tan suzía e hidionda cosa, que no parece sino un infernal monstruo. Todas estas cosas te he contado porque, según tu parescer, creo debes ser hombre de alta guisa; e pues ál no se puede hazer salvo echarte en el corral do este animal que te he contado está, piensa en tu ánima, si cristiano eres, pues te conviene morir.

—Honrada señora —dixo don Renaldos—, mucho quisiera que me librárades de tanto mal, pues en vuestra mano está.

—No está en mi mano —dixo la falsa e maldita muger—, sino de cuatro gigantes parientes de mi marido que aquí están, los cuales tienen el cargo de fazer el mal e daño que puedan e traer hombres o mugeres que sean cevo del animal que te he contado, porque creen que es mi marido el que en aquella pena está por permisión de sus ídolos. Y dizen que un ídolo d'ellos que adoran por dios, les ha dicho que por tiempo saldrá de aquella pena e bolverá en su propia figura; y que, en tanto, cunple le den cada mes un hombre o una muger que coma. E por agora tenemos cevo para dos meses en ti y en una donzella que un poco antes acá subieron, con la cual todos

cuatro gigantes están hablando en aquel cuarto, que por aquella puerta se manda, do viste entrar al que a ti truxo.

—Buena señora —dixo don Renaldos—, pues ál no puede ser de morir, suplicote me pongan dentro del corral armado como agora estoy, y esta merced me hagas por servicio del Dios en que crees.

—Soy contenta —dixo ella— de lo acabar con ellos. Mas triste de ti [si] piensas que te aprovecharás algo de tus fuerças o de tus armas. Engañado bives, que no serás echado cuando ellas, e tú serás fecho con sus manos y con su boca dozientos pedaços.

—Como quiera que sea, buena señora —dixo don Renaldos—, cúmpleme la merced que me prometiste.

—Yo la cumpliré ^{30r} —dixo ella.

Y en este comedio salen dos de aquellos gigantes, e dixeron a la vieja:

—¿Paresceos que es hora que se ponga este hombre en el corral?

—Cuando vosotros quisierdes —dixo la muger.

E luego lo toman entranbos para lo desarmar; e la vieja dixo:

—¿Qué cumple desarmarle? Pónganle assí como está, porque él me lo demandó e yo se lo he prometido.

Los dos gigantes empeçaron a reír muy de gana de lo oír e dixeron que armado, e con su espada en la mano e su escudo, lo pornían. E así lo llevaron e lo pusieron por una escala encima del ancho muro e allí lo desligaron; y él, que desligado se sintió, bien quisiera baxar por donde avía subido, mas luego quitaron el escala; e si él baxara, él les fiziera que la risa se les tornara en lloro. E mirando don Renaldos por dó podría baxar, vido unos cabos de maderos que por la muralla salían, y, encomendándose a Dios e a su bendita madre, baxó por ellos; e cuando dentro se vido, quitó las armaduras de las piernas e púsolas en unos agujeros de la pared, y echó mano a su espada y esperó lo que venir le podría; y en poco espacio vido de una oscura cueva y espantosa salir el diabólico y abominable animal, cruxendo los tajantes colmillos uno con otro, e por las narizes e orejas echando un muy infernal e hidiondo fumo, e de los dos grandes ojos parecía salirle llamas ardientes de fuego; e con un perezoso paso, bramando, se viene para don Renaldos, el cual, de que assí tan espantable para sí le vido venir, bien creído tenía que, si Dios milagrosamente no le librava, que allí moriría. Pero, aunque la muerte contava por muy cierta, propuso de

fazer todas sus fuerças antes que la muerte le viniese. E llegando cerca el diabólico animal, muy prestamente lo fiere don Renaldos de un pesado golpe sobre un lado; e assí resurtió la fina espada del cuero como si diera en un azerada ayunque. Y el animal, echando espumajos por la boca, iva a unas partes e a otras por le coger, una vez alçándose en dos pies, otra alçando la una mano, otras bezes arremetía, la boca abierta, por lo tragar. Mas la ligereza de don Renaldos le escapava de muerte. Muchas vezes le dava con la espada terribles golpes, que ya una biva peña hoviera fecho menudas pieças, mas no le empecía más que si le diera con una delgada vara. Bien dos oras se defendió el buen cavallero del animal. Mas no pudo ya resistir al cansancio que, saltando de unas partes a otras, con las armas le sobreveníe. E queriendo folgar algún rato, acercose por el lugar do avía baxado; e poniendo el un pie en una cabeça de madero que asomava, ayudándose con las manos, se subió sobre el muro donde avía baxado. Ya era casi medio día cuando don Renaldos, apartándose del animal, sobre el muro descansava. D'esta otra parte estava tan alta que maravilla era, que no sabía el triste cavallero qué se fazer más de se encomendar a Dios de todo coraçón, llorando de sus ojos con muy devotas e lastimeras palabras. E mientras él está en este lugar esperando la misericordia divina que lo ayude, vos queremos dezir de lo que Angélica la Bella fizo de que supo de su donzella cómo don Renaldos se havía salido del vergel e se iva a la nave que en la ribera havía dexado por fuir e apartarse d'ella.

Capítulo. xx. De cómo fue libertado don Renaldos de la cuita mortal en que estava sobre el muro del Pavoroso Animal por industria de Angélica la Bella, e cómo mató al animal e a cuantos en el castillo de Altarripa estavan.

Bien avéis oído la promesa que Malgesí fizo a la fermosa Angélica cuando le sacó de la ^{30v} escura prisión para que fuesse acabar con don Renaldos, su primo, que quisiese venir en el desseado amor suyo, lo cual, si no lo acabase con él, se tornaría a la prisión donde primero estava. E assimismo oístes la respuesta que le dio don Renaldos, su primo, por la cual Malgesí le fizo el engaño con que le truxo al Vergel Deleitoso donde Angélica la Bella estava; e cómo don Renaldos, oyendo a la donzella que allí era a la estancia do la fermosa Angélica estava, se fue como huyendo en oílla nonbrar y se metió en la nave, donde juró de antes se echar en la

mar que tornar al lugar donde avía salido. E como sienpre su primo Malgesí estava con él, aunque don Renaldos no le veía, oyó la determinada voluntad de su primo don Renaldos; e viendo que, por no querer cunplir lo que él demandava, cumplía tornarse a la escura prisión do primero estava, fue tanto el enojo que ovo de ver a su primo don Renaldos que, por no cunplir una cosa tan liviana como era amar Angélica la Bella, tenía por bien dexarle en prisiones morir, dixo:

—Pues yo te faré que también mueras conmigo e aun más breve e cruelmente que yo.

E luego le llevó en la pequeña nave a la Selva del Altarripa⁵¹⁴, do tenía cierta la muerte que, como havéis oído, le avía de dar el Pavoroso Animal. E como allá le dexó solo, bolvió a cunplir lo que prometido tenía a Angélica la Bella. E presentose ante ella; e ella, como le vido, díxole:

—¡O, mi buen amigo! ¿Qué me dizes de mi señor don Renaldos, tu primo?

Él le contó cómo allí le avía traído; e cómo por sus donzellas avía allí sido servido e solazado; e cómo, oyéndola mentar, se avía huido a la mar como si del infierno huyera; e cómo, si el navío tan presto no se meneara, delibrava de se echar en la mar antes que al vergel tornar; e que como avía visto que ya non aprovechava con él ruego ni amenaza, que él se bolvía a su prisión como le avía prometido. Ella, que esto oía, llorava de sus ojos llamándose sin ventura, torcía sus hermosas manos una con otra, regando sus rubicundas mexillas con claras e destilantes lágrimas que de sus amorosos ojos corrían. Y en cabo de una pieça le preguntó:

—¿Pues dónde le dexastes a aquel que consigo mi corazón lleva?

—¿Dónde, señora? —dixo Malgesí—, a do antes de medio día le comerá la más cruel e pavorosa bestia del mundo dándole cruel muerte, pues él assí la ha querido dar a vós e a mí.

—¡O, perverso e celerado hombre! —dixo Angélica la Bella—. ¿Y esso que me dizes es verdad?

—Sí, sin falta —dixo Malgesí.

Ella con turbado senblante le dixo:

—Pues yo te faré despedaçar essas tus carnes e a crueles perros te haré dar a comer. ¡O, cruel e abominable hombre! ¿No sabías tú que matando a él matavas a mí?

⁵¹⁴ Antes se ha referido a esto como «castillo».

Agora has fecho que donde de la prisión te avía de libertar solo porque ya vía yo que avías fecho lo que podías y en ti era, que más no te demandava sin en ella entrar, haré que mueras la más abiltada muerte e tan desesperada cual nunca hombre murió.

El triste de Malgesí que aquello oyó, turbado e amarillo, le dixo:

—Pues si tú, señora, has por bien que no muera, ve prestamente e líbralo, ca sábeta que otros después de Dios no le pueden dar la vida sino yo o tú.

—Pues haz esso —dixo ella— presto e darás la vida a todos tres, o aparéjate a muerte, que quien viendo la suya de don Renaldos a sí misma no perdonare, mira qué fará a ti que fuese el que lo llevaste a morir.

Viendo esto Malgesí, como aquel que con la vida de su primo remediada esperava apartar su muerte, puso mucha deligencia, e tomó lo que menester ovo todo; e, llamando dos muy ligeros demonios, se faze llevar a él e a la fermosa Angélica la Bella a la ancha muralla donde su primo don Renaldos descansando de su pasado trabajo estava. E luego que llegaron, la fermosa Angélica e Malgesí por ^{31r} sus artes hizieron adormecer a cuantos en el castillo de Altarripa⁵¹⁵ estavan por más a su plazer fazer lo que ordenado tenían. E luego Malgesí e Angélica la Bella, paseándose por el canto del ancho muro, se van para donde don Renaldos estava llorando de los sus ojos⁵¹⁶; e movido a compassión muy grande, Malgesí le dixo:

—Esfuérçate, buen cavallero, que presto serás remediado.

E alçando los ojos el triste cavallero, vido a su primo, e luego lo conoció e como a Angélica la Bella vio para él venir (que un poco atrás de Malgesí quedava), olvidando el temor del Pavoroso Animal, se quería tornar a baxar al corral por morir antes en su poder que vivir en el de Angélica ni solo vella. Malgesí que lo vido, corrió tras él e túvole diziendo:

—¡O, cruel y desesperado cavallero! ¡A dónde vas? ¡Espera, espera, que no se acercará acá aquella por quien assí te quieres desesperar!

⁵¹⁵ alta roca To¹⁵²⁵.

⁵¹⁶ *llorando de los sus ojos*, esta expresión implicaba una matización respecto a llorar. Como esta última significaba algo más que verter lágrimas, este llorar de los ojos indicaba un llanto silencioso, que se oponía a rasgarse las vestiduras, gritar, gemir, más típicos del llanto. Rápidamente acude a la mente el verso el verso inicial del *Cantar de mio Cid*, donde el Campeador llora en silencio al ver sus posesiones abandonadas antes de salir al Destierro. Como anota Alberto Montaner en su edición, este modo de llorar se ajusta «a una emotividad más espontánea, que no avergüenza al héroe» (*Cantar de Mio Cid*, edición, estudio y notas de Alberto Montaner, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 2011, p. 646), matiz que se puede hacer extensible al héroe francés. Para más información a este modo de llorar, véase J. A. Pascual, «Del silencioso llorar de los ojos», *El Crotalón*, 1 (1984), 799-805.

Angélica, que todo esto oía e vía, no quiso que por su venida peligrase aquel que tanto ella de corazón amava; e sacó el anillo de su dedo e, puesto en su boca, más no la pudo ver, ca tal virtud era la del anillo, y ella a ellos los veía muy bien como de antes que⁵¹⁷ lo pusiese. E don Renaldos, que no la vido e solo con su primo se falló, dixo:

—¡O, hermano! ¿Cuál ventura te truxo a tan dolorido y espantable lugar? Que aunque por muchos peligros en este mundo he passado, no he sido tanto puesto a punto de muerte como agora. Pero, pues a la misericordia de Dios ha plazido de te traer aquí, ya veo mi remedio cierto.

—¡O, primo! —dixo Malgesí—. Tu tema abominable te ha traído al estado en que estás.

E allí le contó todo lo que le avía fecho, desde que le sacó de la tienda al desafío del rey Gradaso fasta el punto en que estava. E más le contó parte de lo más peligroso que en Francia avía passado, cuando el cerco se puso en la ciudad de París; e cómo fue preso el Emperador; e cómo pasó su libertad; e cómo don Estolfo, después de avello librado, se partió en busca d'él y de su primo Roldán. El buen Renaldos le dixo:

—Primo, harto mal has hecho por solo conplazer a una mala mujer. Dios te lo perdone. E más en me traer a este lugar, que sabes que, por te librar de peligro, passara yo por cualquier pena antes que te ver en ella.

—Si lo he fecho, primo —dixo Malgesí—, ha sido porque la tema que tomaste fue tan perversa, e ha sido, que pienso que ya a las piedras moviera a amor la belleza e hermosura de tal donzella, e más siguiéndote como te ha seguido, faziendo ella lo que tú avías de fazer.

Como estas razones oía don Renaldos, dixo:

—Di, primo, ¿veniste a me dar la muerte o la vida? Sepas, por Jesucristo crucificado, que si más d'ello me hablas, que do havía solamente de perder el cuerpo farás que, muriendo de mi voluntad, pierda el alma. E más no me lo avrás mentado cuando sin más te responder, o me echaré de aquí abaxo donde me despeñe, o me entraré con el Animal Pavoroso a morir o le matar.

⁵¹⁷ qne To¹⁵²⁵.

—De matar —dixo Malgesí— no te cures de hablar, que en vano pornías tus fuerças e trabajo.

E diziendo esto, desligó un costal pequeño que traía; e sacó unas fuertes cuerdas de cáñamo muy gruesas; e fechas d'ellas tres o cuatro lazos por muy buen arte, e asiolas a unos gruesos clavos que con un martillo en la pared fincó; e después de fincadas, echolas dentro en el corral como vio que era menester; e desde tendidas las ovo, tomó un pan de cera grande conficionado con muchas cosas pegajosas e fuertes y echole dentro del corral colgando de una cuerda; y el Animal Pavoroso, que el pan de cera vido, arremete a él e con la boca lo tomó, y empeçándolo a mascar, era tan pegajoso, que los unos dientes con los otros se le pegavan, de tal forma que él quería raviar; e dava tan fuertes aullidos⁵¹⁸, que hazía resonar aquella gran selva; e con sus manos fuertes, ^{31v} por se quitar aquella pegajosa masa, se fazía la boca pedaços; y andando en aquella furia cruel, acertó donde los lazos tendidos estaban, e allí se enlazó los tres pies; e luego que Malgesí lo vido enlazado, con ayuda de su primo don Renaldos, travó de las cuerdas una a una; e assí como de la una travaron, boltejándola en el fuerte clavo, la fizieron tirante; e así como a la otra fizieron otro tanto, cayó el Animal Pavoroso de un lado, donde pudieron de allí adelante, después de caído, de tener lugar de enlazar el otro pie y tirar más de las cuerdas, de manera que no se podía menear a fazer mal. E aunque con los dientes se quería aprovechar, no podía, porque la cera confionada que tenía en la boca le estorvava. Eran tan grandes los aullidos que dava, que parecía infernal cosa; e como así le tuvo Malgesí puesto en cuentos, entrose en el castillo por su arte; e trae una grande maça que de uno de los gigantes era e diósel a don Renaldos, e dixo:

—Primo, baxa sin aver ningún pavor e mata aquel que a ti quería matar.

E don Renaldos, con la cara alterada, más bermeja que un fuego, baxó y con la espada le quebró los dos ojos, y el animal dava los mayores y más fieros aullidos del mundo. E luego tomó la grande e ferrada maça y diole tantos golpes fasta que lo mató; e desde muerto le vido, empeçole a quebrar los braços e los pies hasta que se los hizo menuzos; e dando muchas gracias a Dios, dixo:

—Ya no terné en nada los peligros que venir me pudieren, pues d'este soy libre.

Malgesí le dixo:

⁵¹⁸ audillos To¹⁵²⁵.

—Primo, mira lo que por ti hemos fecho Angélica la Bella y yo. Piensa cómo lo has de pagar, que si no hazes lo que te he rogado, desde aquí me torno a la prisión donde salí hasta que lo cumplas.

Don Renaldos no curó de responder a nada de lo que oía, porque no era cosa que le plazía, antes se ponía la mayor pena del mundo en lo oír. E tomó la ferrada porra a dos manos e dio en las puertas tantos golpes, que las quebró; y salió del corral, y fuesse por el castillo, y halló a toda la gente durmiendo y matolos a todos sin dexar ninguna persona a vida. E desde que lo ovo fecho, comió de lo que en el castillo halló, que assaz de mantenimiento avía. Y diose a andar por él; y llegando a un pequeño retrainiento que dentro de un gran palacio estava, oyó llorar, e parecía el llanto ser de muger; e, sin más preguntar, quebró la puerta con la ferrada porra y falló dentro una donzella que hazía los mayores llantos del mundo; y preguntole qué era la causa de su tristeza y ella se lo contó. Esta era la donzella que el gigante avía tomado al viejo cavallero, que a las ancas de su palafrén la llevava; y, si no fuera por la venida de don Renaldos, también truxera de otro camino al viejo padre, mas en el prender a don Renaldos y en fablar todos cuatro con ella se estorvó, que al padre no truxeron. E como la donzella ovo contado a don Renaldos la causa de su lloro, también le dixo él cómo, por venilla a librar, avía passado por el filo de la muerte:

—Que el animal a que dezís que os avían d'echar, yo le dexo muerto, porque con él me pusieron a mí primero. Y porque lo creáis, salid dende y verlo heis.

Y la donzella fue con él; e como yendo vido a todos los del castillo muertos, dixo:

—Bienandante, señor, os faga Dios, que tanto mal del mundo avéis quitado.

Y entraron en el corral; y como la donzella vido el Pavoroso Animal, ovo tan grande espanto, que non quiso acercarse a él. E don Renaldos se armó las piernas, que desarmadas tenía, e se salió del castillo él e la donzella, y passaron la puente mirando si al viejo cavallero padre d'ella verían. E como no le hallaron, preguntole don Renaldos que qué quería fazer.

—Señor —dixo ella—, ir hasta un castillo que mi padre llevava de ^{32r} [519] una mi hermana; e no fallo yo cómo pueda ir, ca vós, señor, estáis armado e a pie e yo sin alguna cavalgadura.

⁵¹⁹ De nuevo, se recurre a la segunda edición (Sevilla, 1533) por la ausencia del folio 32 r/v.

Ellos en esto estando, veis aquí su viejo padre donde viene al más andar del palafrén, que como él estuviese cerca de la puente esperando e viese que tanto se tardava don Renaldos cuando por su fija entró en el castillo, ovo algún recelo que los gigantes lo avrían muerto; e después que los bramidos espantosos del Pavoroso Animal oyó, cavalgó con gran miedo fasta se meter con su palafrén en lo más espeso de la fortaleza, e desde allí atalayava; e como al cavallero e a la donzella viese salir del castillo, movido de gran plazer, se vino para ellos e, los hinojos fincados, le da las gracias a don Renaldos de Montalván por la buena obra que le había fecho en libertar aquella donzella fija suya, y ellos le daban el palafrén en que fuesse; y él les dixo:

—Amigos, idvos a la buena ventura, ca yo tengo de ir fazia otra parte.

Y ellos cavalgaron e se despidieron de don Renaldos e se fueron su camino adelante. E don Renaldos, temiendo no le sucediese algún engaño de su primo, no quiso más entrar en la navezilla, antes se fue por un camino adelante que allí falló a pie e armado como estava, que era assaz trabajo; y él lo tobo por bien antes que tornar a la pequeña nave que dó tantos casos le havían acaecido. E ya que una gran pieça avía andado, topó con una fermosa muger que venía haziendo el mayor duelo del mundo, llamándose triste e deventurada, diziendo otras muchas palabras dolorosas que lástima eran de oír. E aquí dexaremos de contar de lo que havino por causa d'esta llorosa muger a don Renaldos, por contaros lo que sucedió al duque don Estolfo, que de Francia avía partido en busca de sus dos muy queridos primos, el conde don Roldán y el muy esforçado cavallero don Renaldos de Montalván.

Capítulo veinte y uno. De [lo] que en el camino acaesció al duque don Estolfo andando por diversas tierras en busca de sus muy queridos primos, el conde don Roldán e don Renaldos de Montalván.

Contado vos hemos cómo don Estolfo, duque de Inglaterra, uno de los buenos cavalleros de su tienpo, aprometió a la emperatriz e a doña Alda, la esposa de don Roldán, de ir a buscar a don Roldán e a don Renaldos de Montalván e de no bolver a Francia fasta los hallar, aunque supiesse andar todo lo poblado del mundo e despoblado.

E le dexamos ya partido de Francia, el cual, como consigo llevase al buen cavallo Bayardo e la Lança Dorada, iva el más esforçado cavallero del mundo; e solo, sin compañía llevar, avía passado toda la tierra de Magança e Alemaña la Alta, e atravesado toda tierra de Ungría, e de allí passó el Danubio e la Blanca Rosia, e ya iva junto a Latania, e volvió a la mano derecha y entró por el reino de Circasia; y empeçando de andar por aquella tierra, vido toda la gente puesta en armas; y era que el señor de aquella tierra, llamado Sacripante, iva a ayudar al rey Galafrón, que esperaba aver cruel guerra con el emperador de Tartaria, que avía por nombre Agricán, porque Angélica la Bella, hija del rey Galafrón, no quería casar con él; e por esto, el emperador Agricán quería destruir al rey Galafrón, padre de Angélica. Y este rey Sacripante, que muy enamorado de Angélica la Bella estava, quería ayudar al rey Galafrón con gran poder por ganarse la voluntad e casar con Angélica la Bella, su hija. E por esto, el duque don Estolfo vido que toda la tierra era puesta en armas; e supo todo el caso d'ello, ca le fue contado todo por estenso. Y este rey avía puesto guardas por todos los ^{32v} passos de su tierra para [que] cualquier cavallero o gente que armas pudiesen tomar passassen que gelos truxesen ante él; e de allí se acordava con ellos, o les salariava, de forma que avía muchos cavalleros consigo llegado. E assí como el duque don Estolfo fue visto de muchas de las guardas, fuele rogado que quisiesse ir delante Sacripante; y él lo fizo, que luego fue delante d'él. E Sacripante, que tan bien armado y encavalgado le vido, túvole en mucho; y el duque no llevaba la señal del león pardo que solía traer, mas la sobrevista y el escudo era todo dorado, de manera que [en] aquella tierra sienpre le llamavan el Cavallero del Escudo Dorado. E Sacripante, que muy contento estava del cavallero, le dixo:

—Buen cavallero, yo querría que en mi compañía quedases, haziéndote yo el partido que bueno fuesse. Por esso, di lo que te parece.

El Cavallero del Escudo Dorado dixo:

—El partido que yo he de tomar no ha de ser otro sino que tú y tu gente os pongáis debaxo de mi capitanía e mando; si assí lo quieres fazer, tóname, o si no, déxame andar mi viage, que sepas que en mi vida supe qué cosa fuesse obedecer, sino sienpre mandar.

Sacripante, que aquello le oyó, y todos los otros cavalleros que allí estavan se maravillaron del grande orgullo del Cavallero del Escudo Dorado; e dixo el rey Sacripante:

—No me parece justo ni conveniente el partido que me demandas. Por esso, puedes andar tu camino començado.

—A Dios quedes —dixo el Cavallero del Escudo Dorado.

Y bolviéndose por donde vino, començado de andar su vía. Sacripante e los suyos quedaron muy enojados del partido que el cavallero avía pedido, como quería él el mando sobre ellos todos; e dezían: —O el cavallero es de grande valor en las armas, o él es sandío cavallero.

Airado el rey Sacripante, más e más quanto en ello más pensava, se levantó de entre los suyos sin palabra fablar e fizose secretamente armar, e no quiso llevar la corona ni el usado ni acostumbrado escudo por no ser conocido; e tomando una gruesa lança, cavalgando en un gran cavallo, se va a atajar el passo por donde el Cavallero del Escudo Dorado avía de pasar. Este rey Sacripante era grande de cuerpo e de gran fuerça y esfuerzo, e de muy diestro en el arte de la guerra, como adelante vos contaremos, do veréis más por entero sus prohezas. E sigue al Cavallero del Escudo Dorado apriesa por lo alcanzar, ca bien era ya alongado gran pieça. E creo que, según el andar del cavallo Bayardo era, mucho tuviera que fazer el rey Sacripante en lo alcanzar. Mas detúvose el buen Cavallero del Escudo Dorado en esto, ca vido por el camino venir un cavallero muy apuesto e membrudo en un poderoso cavallo, tal que en su continente mostrava ser buen cavallero; e traía consigo, en un palafrén muy ricamente ataviado, una hermosa donzella.

E porque más vos agrade lo que adelante se os dirá, quiero que sepáis que este cavallero era un fuerte pagano muy ardid y esforçado en el fecho de las armas, y por todo el mundo era nombrado, e havia por nonbre Brandimarte, porque sus buenas e notables cavallerías avían por toda la tierra estendido su fama y nonbre; y era de mucha crianza e noble conversación, y siempre fue enamorado; e por este respeto de amor, el cual a los mortificados corazones abiva, siempre pugnava de fazer maravillas en armas por donde pudiesse ser en mucho tenido.

E como el duque don Estolfo se topó con él e le viese muy apuesto cavallero, y que mostrava ser muy valiente, díxole:

—Cavallero, dexarte conviene la donzella o morir.

El fuerte pagano dixo:

—Morir sí, mas dexalla no cumple pensarlo.

—Pues sea d'esta manera —dixo don Estolfo—: quien al otro derribare, se lleve la donzella.

—Plázeme —dixo el pagano— de muy buena voluntad. Pero avísote ^{33r}, buen cavallero, que si yo te derribo, pues no tienes tu donzella que me dar e pugas por quitar la mía, que te cunple caminar a pie porque te he de tomar el cavallo.

—Assí lo quiero —dixo el Cavallero del Escudo Dorado.

E dexando de más fablar, se arriedra el uno del otro quanto le fizo menester, y, con el mayor poder e fuerça que pudieron, se vienen las lanças baxas a encontrar tan poderosamente, que Brandimarte fue por tierra mal su grado; e los dos cavallos se encontraron cabeça con cabeça tan fieramente, que el cavallo de Brandimarte murió. Brandimarte, que assí se vido derribado e que la fermosa donzella avía perdido, quería morir de dolor; e apartándose un poco fuera del camino, sacó la espada de la cinta para desesperadamente se matar. Don Estolfo, que lo vido, prestamente se apea del cavallo e va corriendo para él, diziéndole:

—¡O esforçado cavallero, no quieras así perder la vida!, ca yo no justé contigo por te ganar la donzella ni te la quitar, solo por te provar lo fize, ca la donzella tuya es como de antes, que por mí tú no la perderás.

El cavallero, que lo escuchó e vio que de tanta cortesía e buena crianza usava, tornó el más alegre del mundo, e díxole:

—¡O valiente y esforçado cavallero, mucho te soy obligado para quanto biva, pues assí me has dado la vida tan liberalmente! E pues por ti la tengo, yo la aventuraré por tu servicio do quier que me hallare.

Y era tan incomparable el plazer que Brandimarte avía, que no se le acordava del cavallo, que muerto era, ni se le dava nada ser él vencido de aquella vez en comparación del plazer que tenía, como perder la cosa del mundo que él más amava.

Ellos en esto estando, llega Sacripante a ellos; e mirado que ovo la gran fermosura de la donzella, dexa la primera empresa que llevaba, e ordena de la conquistar; e dixo entre sí:

—<si> Yo venía por ganar armas e cavallo assaz ricas; mas todo lo dexaré por ganar esta hermosa donzella, que en vida otra más fermosa vi; e si la gano, seré el más bienaventurado cavallero del mundo.

E diziendo esto, mira los dos cavalleros. E como vido que fablavan y vio el cavallo del uno muerto, bien creyó que por la donzella avían combatido. Dixo en alta boz:

—Cavalleros, de cualquiera que esta donzella sea, cunple me la dexe e se vaya su camino; si no, ha por bien de la perder juntamente con la vida.

Brandimarte, que aquesto oyó, viéndose puesto en otro tranco sin ser casi del primero salido, dixo:

—Cavallero, no se quién⁵²⁰ tú eres ni qué seso es el tuyo en querer tomar y robar lo ageno. Mía es la dama, y sabe que antes moriré que otro la aya; y pues tú estás a cavallo e yo a pie, espérate, que yo te responderé brevemente.

E luego Brandimarte se va al Cavallero del Escudo Dorado, e, con mucha instancia, le ruega tenga por bien de le prestar su cavallo para justar con el otro cavallero. Don Estolfo respondió:

—Cavallero, mi cavallo no te le puedo prestar; mas por te complacer yo lo derribaré al otro del suyo y te haré dos servicios: lo uno, que le haré quitar de lo que te demanda, y lo otro [que] no irás a pie más adelante, ca te daré su cavallo, que es assaz bueno.

E vase para Sacripante luego sin dilación, e dízele assí don Estolfo:

—Cavallero, antes que en esta demanda entréis, cunple que fagáis una cosa, y es que justéis conmigo con tal condición que si yo te derribare de la silla, que sea mío vuestro cavallo e os partáis de la demanda de la donzella; e si vos me derribáis, que ayáis el mío.

—No me parece cosa justa —dixo Sacripante— lo que demandas, ca si yo te venço de justa no gano más de una cosa, e si tú me derribas, ganas dos, e la una mayor que la otra.

Brandimante se llega a don Estolfo e dízele assí:

—Señor, aved vós con él la justa por el cavallo, que yo pugnaré de defender mi donzella.

—Sea assí —dixo don Estolfo.

Sacripante, que esto oyó, ovo mucho plazer, e dixo:

—Gracias a mis dioses que ^{33v} se me haze mejor que yo lo quería, que agora ganaré dos muy preciadas joyas, e quiçá podrá ser que gane las tres.

⁵²⁰ quien Se¹⁵³³.

Bien entendió don Estolfo que lo decía por la donzella, e por las armas y el cavallo⁵²¹; e no le respondió ninguna cosa, antes se arredró el uno del otro lo que le plugo, e viénense a ferir de las lanças con gran furor. E luego [que] el Cavallero del Escudo Dorado encontró a Sacripante, lo derriba del cavallo muy ligeramente. Y don Estolfo, que en tierra le vido, tomó el cavallo por la rienda e dióselo a Brandimarte, e dixo:

—Si cavallo perdistes, cavallo veis aquí do le cobrastes.

—Buen señor —dixo Brandimarte—, en mucha obligación vos soy. Plega a Dios que me traiga a tiempo que os lo pague.

E cavalgando Brandimarte en el cavallo, se van todos tres, él y don Estolfo e la donzella, su camino, riéndose del cavallero que quería ganar la dama y el cavallo cómo se quedava a pie. E andando un gran rato, dixo Brandimarte a don Estolfo:

—Señor cavallero, ¿sabéis por qué parte vamos?

—No, en verdad —dixo él.

—Pues sabed —dixo Brandimarte— que vamos cerca del Arroyo del Olvido, que sale de un deleitoso jardín, do cunple que cada uno de nós sea prudente e muy astuto sino quiere perderse, ca sabed que ni le valdrán armas ni ardimiento, ni coraçón fuerte ni destreza alguna contra esta encantada agua, porque assí enagena e saca fuera de sí al que la gusta; que, por Dios, en lo pensar he tanto pavor, que más nos valdría tornar por do venimos que no passar adelante, porque el arroyo es grande e no se puede, por su hondura, vadear; e cunple pasar por una puente que cerca de una fermosa casa está; e allí sale una cautelosa donzella con un cristalino vaso lleno d'esta mala agua e faze beber d'ella⁵²² a los que por allí passan; e luego que lo beven, quedan fuera de sí, que de nada se acuerdan e quedan como atónitos y enagenados de lo que ser solían.

Esto todo bien lo sabía la fermosa donzella que con ellos iva, ca ella lo avía contado a Brandimarte muy por entero; entonces replicó la fermosa donzella, e dixo:

—Mas devéis, señores, de saber que, de los muy preciados cavalleros que la encantadora señora de aquel castillo tiene, haze que cada día dos d'ellos hagan guarda a la puente⁵²³, porque si algún cavallero rehusare el brebaje, le fagan ellos fazer por fuerça lo que de grado no quieren fazer; e tales han venido allí que con sus

⁵²¹ caualle Se¹⁵³³.

⁵²² dlla Se¹⁵³³.

⁵²³ pnēte Se¹⁵³³.

propios hermanos han avido cruda batalla, que como el que está en el vergel está fuera de todo conocimiento, no sabe si tiene hermanos ni parientes, ni los conoce. E si queréis ver esto muy por entero, señores, yo's porné dentro en el vergel, si por la puente no quisierdes passar, para que ayáis dolor de ver tantos e tan buenos cavalleros encantados por arte de aquella maldita encantadora, que Dragontina se llama.

Fablando en estas cosas, llegaron a la puente. Y en llegando, salió a ellos una fermosa donzella con muy rico vaso en sus fermosas manos, e díxoles:

—Señores cavalleros, cunplid la costumbre d'esta puente.

Don Estolfo, que más bien razonado era, con mucha presteza le dixo:

—¿Qué costumbre es, donzella?

—Señor, que beváis d'esta límpida e clara agua.

—No cumple engañarnos, falsa y mala muger —dixo don Estolfo—, que sabido tenemos vuestro engaño.

E tomole el vaso de la mano (que muy rico e grande era), e hízole pedaços en las losas de la puente; e dixo assí:

—Si no fuérades muger, malamente compraras el engaño de la mala de Dragontina, tu señora; mas ándale a decir que no se pueden más sus cautelas encubrir.

Y ellos, que quisieron pasar por la puente, vieron un grand fuego en medio d'ella; y no osaron a él llegar ni pudieran aunque quisieran; e la donzella que con ellos venía, dixo:

—Señores, ya habéis visto el principio. Andad conmigo e veréis el fin.

Y ellos fueron con ella; y les llevó al derredor de las paredes del hermoso jardín, las cuales eran tanto] ^{<39r>} [34r] baxas de parte de fuera que, cavallero sobre su cavallo, las podía enseñorear e ver todo lo de dentro. E de parte de dentro eran assaz de altas, ca assí fueron mañosamente hechas por Dragontina. E llegaron a una puerta pequeña, e Brandimarte y el duque don Estolfo la quebraron y entraron dentro en el vergel e vieron dentro d'él, e de los aposentos que dentro d'él estavan, muchos e muy gentiles cavalleros, entre los cuales el duque don Estolfo conoció al buen conde don Roldán, que a la gelosía de un rico palacio vido parado, e asimismo al buen rey Balano, muy esforçado guerrero, y al fuerte Carión, y a Oberto del León, y al buen Aquilante, e a su hermano Grifón, e al fuerte Andriano, e a Antifor de Albarrosia, los

cuales, con otros muchos cavalleros, estaban allí holgando e riendo, no se conociendo unos a otros, que ni sabían si eran cristianos o moros. E como Brandimarte y el duque don Estolfo vieron tan buena cavallería assí con engaño sepultados en vida, hovieron grande enojo y empeçaron a destruir el vergel de una parte e de otra. Dragontina, que lo vido e supo lo de la puente, haze armar todos los preciados cavalleros que allí eran e ir al jardín a defender que Brandimarte y el buen duque don Estolfo no hiziessen tanto daño e que los prendiessen o matasen. E todos armados se fueron al jardín, y empieçan con los dos valientes guerreros muy cruel batalla; y estas eran las bozes y el ruido que el conde don Roldán oyó dentro en el jardín desde la ventana⁵²⁴ parado, donde arriba le dexamos, el cual, como el rumor oyó, armado como estava, se va para el jardín, y endereçó cara el duque don Estolfo por lo matar. El duque don Estolfo, que venir lo vido, temiendo sus estraños golpes e los tajantes filos de Durindana, su espada, se le va retirando hazia la puerta, e don Roldán, como mortal enemigo, siguiéndolo. El duque don Estolfo, que seguir se vido, cavalga en su buen cavallo Bayardo; e tomando su lança en la mano, dixo:

—Por la fe que a Dios devo, creo que más seguramente te hablaré assí, pues tú estás a pie.

Y empeçole a dezir:

—¿Cómo, señor primo, no me concéis? Que soy don Estolfo y vos don Roldán. Catad que vos vengo a buscar e vos non queréis escuchar. ¿Qué mal vos he yo fecho que assí me queréis matar?

Don Roldán no le respondía a cosa ninguna que le dixesse, antes se le iva acercando por le herir como a mortal enemigo. Y el buen duque don Estolfo, que aquello vido, fuesse con su buen cavallo Bayardo por el camino adelante, muy pensativo de ver el engaño conque aquellos buenos cavalleros eran allí encantados, e pesándole de coraçón cómo dexava a su buen compañero Brandimarte en tal peligro; mas tuvo confiança en la donzella que con él iva que lo libraría de aquel peligro a él e a todos los otros cavalleros que allí eran, porque ella se havia a ello ofrescido.

E de Brandimarte os quiero dezir que hazía maravillas entre los cavalleros encantados, tanto que, no lo pudiendo sufrir, se le cayó el espada de la mano. Cuando la donzella de Brandimarte vido al su muy leal amigo en tal peligro, díxole:

⁵²⁴ ventaua To¹⁵²⁵.

—¡O mi buen señor, no queráis assí morir! Fazed lo que os fuere mandado, que más vale que seáis aquí algún espacio preso o detenido, que non que muráis assí d'esta manera. Y esperadme vós, mi buen señor, que en breve tiempo vos libraré d'este encantamento.

E diziendo esto, vino una donzella con una copa de oro e dio del agua a Brandimarte; e luego que la bevió, no se le acordó de su cavallo, ni de su compañero el Cavallero del Escudo Dorado, ni de su querida donzella. La donzella, que la batalla vio partida e a su querido amigo fuera de peligro, ^[34v] buelve su palafrén e dase a caminar por aquella llanura del desierto. A la cual dexaremos ir a buscar el conveniente remedio para librar a su amigo de aquel encantamiento, por contaros lo que avino al duque⁵²⁵ don Estolfo, que el Cavallero del Escudo Dorado se llamava por toda aquella tierra.

Capítulo xxii. De lo que avino al duque don Estolfo después que del Vergel Encantado de Dragontina se partió llamándose el Cavallero del Escudo Dorado.

Sin ningún reposo, noche e día, el muy esforçado duque don Estolfo caminava después que del Jardín Encantado de Dragontina salió. E vase la vía de la fuerte villa de Albraca, donde la guerra del emperador de Tartaria, llamado Agricán, havía de ser. E tanto se dio priessa al andar, que allegó a vista de la dicha villa una grand mañana, e hablando a las guardas d'ella, dixo que fuessen a dezir a su señora Angélica la Bella que un cavallero estraño la quería hablar. Luego fue fecho saber a la hermosa Angélica. E como en tal tiempo de nadie se confiava, como aquella que esperaba cada hora sus enemigos, salió a una ventana a ver si conocería al cavallero. E luego que lo vido, assí en las armas como en el cavallo, creyó ser cavallero de Francia que en su socorro venía, e como veía las armas de don Estolfo y el cavallo Bayardo e la Lança Dorada (que fue de su preciado hermano Argalia), non pudo por entonces alcançar quién fuese. E hízolo abrir e venir al fuerte castillo; e como el duque don Estolfo alçó la visera del yelmo, luego la hermosa dama lo conoció, y con grand amor le abraçó diziendo:

—¡Ay Dios, señor don Estolfo, qué buena venida es esta!

⁵²⁵ dnque To¹⁵²⁵.

—Señora —dixo don Estolfo—, mi primer motivo fue salir de Francia a buscar mis dos primos, don Roldán e don Renaldos de Montalván; e de mi primo don Renaldos no he sabido cosa alguna, mas de don Roldán vos digo, señora, que en el Jardín de Dragontina le dexo tan fuera de sí como si no conociera jamás a persona del mundo, e como llegué a le hablar, viénese a mí la espada en la mano, do creo que, si lo esperara, no llegará aquí sino muerto o mal ferido.

—¡Santo Dios! —dixo Angélica—. ¿Tanto porfia essa falsa encantadora en sus malvadas obras?

—Yo's diré, señora —dixo don Estolfo— , que es tanto que, ver los cavalleros que dentro del jardín e de la gran casa tiene encantados, es el mayor dolor del mundo, que son tales e tantos que, andando por el mundo, farían mucho bien exercitando sus personas valerosas en casos de necesidad, donde los preciados cavalleros son menester; y están allí como enterrados vivos, sin d'ellos aver algún provecho.

E allí le contó el duque don Estolfo cómo avía entrado dentro él y Brandimarte, e todo lo que les había acaecido a ellos e a la donzella que con ellos iva; e cómo creía que la donzella avía de remediar algo en pugnar de desfazer aquel encantamento o buscar quien lo desfiziesse, porque a ello se había ofrescido mucho; e cómo, oyendo la guerra que en aquella villa se esperava, había allí venido a hazer en su servicio lo que menester fuesse.

—Muchas mercedes, señor don Estolfo —dixo Angélica la Bella—. E ya pluguiera a Dios que vuestros dos queridos primos fueran agora con vós, que no temiéramos a todo el mundo si ellos aquí estuvieran.

E rogole que se desarmase; y ella, con sus fermosas e delicadas manos, le desarmó e le fizo traer ricos paños que se vistiese. E luego las mesas fueron puestas, donde, platicando de diversas cosas, fueron servidos muy apuesta e ricamente, ca el fuerte castillo e la villa eran muy bien proveídos de todo lo que menester oviesen para más de diez ^{35r} años; y estando todos en gran plazer sobremesa, oyeron gran rumor e levantamiento en la villa. Luego fueron saber qué cosa fuesse; y fue dicho a Angélica la Bella, que las espías e corredores del canpo vinieron con nuevas, que la gente del Emperador de Tartaria venía cara la villa e que en pequeño espacio los verían, e truxeron ante Angélica la Bella preso un cavallero que del ejército se avía desmandado, del cual supo Angélica, e don Estolfo, e los principales de la villa, el

gran número de gentes que Agricán, emperador de Tartaria, traía. Luego fue puesto gran recaudo en todas las altas cercas de la fuerte villa; y se pusieron todos a punto, faziendo lo que en tal caso convenía.

E otro día por la mañana parecieron todos los campos delante de la fuerte villa cubiertos de diversas naciones, que maravilla era de la ver. Don Estolfo e Angélica la Bella se subieron a una torre a los mirar, y estaban tan cerca, que bien por entero podían ver desde la torre todas las vanderas e las escuadras de diferentes maneras de gente. Luego fizieron llamar al prisionero qu'el día antes avían traído, al cual preguntaron que qué gentes eran aquellas tantas que allí con el emperador Agricán eran venidas, y el prisionero les dixo que él lo diría bien por estenso; e dixo assí:

—¿Veis aquella gran vanderas negra, en medio de la cual está un grand cavallo blanco? Aquella es la del emperador Agricán, señor de la Tartaria. La otra vanderas blanca que tiene un sol de oro en medio es del fuerte Saritrón, rey de Mongalia. ¿Veis —dixo— la otra vanderas verde que tiene un león blanco? Aquella es de Radamanto el Desmesurado, el cual es un fiero y espantable gigante, e señor de mucha tierra. La otra vanderas que veis junta a esta de Radamanto, que es bermeja y está llena de lunas, es del rey de Organa, llamado Polifemo, el cual es de muy gran estado, e señor de muy grandes tesoros. Las otras vanderas que de aquí devisar no podemos non las puedo así particularizar, mas sabed que entre esta gente vienen grandes señores. Allí viene el fuerte rey de Lagoria, llamado por nombre Pandragón; viene assimismo el emperador de la Rosia, llamado Argante; viene el señor de Santaria, llamado Lurcón el Bravo; viene el Rey de Nuruega, el Rey de Lontana; viene el fuerte Brontino, este trae en la vanderas un gran corazón pintado; viene también el rey Uldano, e otros muchos reyes e grandes señores.

Mucho se maravilló el duque don Estolfo de ver tanto número de gente ayuntados debaxo de un señor; y estuvieron mirando cómo, con gran diligencia, assentavan sus tiendas, las cuales eran tantas e tan ricas que maravilla era de las ver, ca eran muchas e todas muy ricas en demasía. La grita era muy grande, el sonar de los instrumentos eran por maravilla. El duque don Estolfo, e Angélica la Bella, e otros cavalleros que dentro en la villa estaban, no fizieron sino mirar aquello que del día quedava, la mucha gente que allí era junta e las diversas vanderas que traían. El duque don Estolfo dixo a Angélica la Bella:

—Señora, dezidme, ¿qué gente havrá aquí en la villa de guerra?

—Señor —dixo Angélica—, fasta tres mil cavalleros.

—¿Pues con esos —dixo don Estolfo— pensáis fazer guerra a vuestros contrarios?

—No, señor —dixo Angélica—, que estos para la defensa d'este fuerte lugar están, que la guerra otro mayor ejército de gente creo que la fará.

—Pues, si Dios quisiere, yo entiendo —dixo don Estolfo— de me ver con ellos antes que otro.

E así pasaron aquel día. E otro día por la mañana levantose el duque don Estolfo e fizose armar de sus ricas armas, e cavalgó en su buen cavallo Bayardo, e tomó su Lança Dorada, e salió al campo a vista de Angélica e de los de la villa; e como tan loçano e bien cavalgante iba e tan ricamente armado, todos avían plazer de le ver e rogavan a Dios que le guardasse ^{35v} muy de corazón. Allí se le vino a Angélica la Bella la membraça dulce de su muy querido don Renaldos de Montalván e su dulce vista e continente. E viendo cuán poca esperanza tenía de le cobrar, las lágrimas le vinieron a sus ojos; e de tal manera se condoleció de aquella sabrosa membraça que, faltándole sus delicadas fuerças, se cayó amortecida delante de sus cavalleros. Todos los que lo vieron pensaron que de pena de se ver cercada lo hazía; e assí era la verdad, mas no de la cerca de los enemigos que delante tenían; y echándole agua en su angélico rostro le dezían:

—Señora, ¿qué es esto? Non temáis, señora, de ver vuestros enemigos a la puerta, que, con el ayuda de Dios, presto serán desbaratados e ternéis, señora, cierta vuestra libertad.

Ella, que algo tornó en sí, dixo:

—¡O Dios, y qué gran crueldad!

Y diziendo esto, dio un tan profundo suspiro, que parecía rompérsele las entrañas. Todos los que presentes estaban la consolavan; mas poco aprovechava su consuelo, que ellos pensavan que lo que de fuera parecía era lo que le penava; e no era assí, sino que las doradas frechas de Cupido, que en el su tierno e delicado corazón herían, manifestavan con exterior desmayo las fuerças de su interior tormento.

E ya que con algo de más fuerça se sintió, parose al miradero por ver lo que al duque don Estolfo sucedía, e viole ir cara el ejército de sus enemigos; y, desde que a un trecho se vido, puso su cuerno en la boca e, demandando la batalla, lo sonó muy

reziamente. Los del real que lo oyeron, todos se pusieron en armas a punto de guerra. Y embiaron a saber con un trompeta qué cosa fuesse. El trompeta llegó al duque e le dixo, de parte de su señor Agricán e de los altos hombres e cavalleros que con él estaban, que qué era lo que demandava. El duque le respondió que todos, como estaban, saliessen a justar con él, porque non estuviessen ociosos en el campo, siendo ellos todos altos e tan buenos cavalleros. E quando el trompeta oyó aquellas palabras al cavallero, bolvió con su embaxada a su señor Agricán, de lo cual fueron todos muy maravillados, pensando quién sería aquel cavallero que tan osadamante assí a todos los desafiava. Sálese de entre todos el emperador de Rosia, llamado Argante y, encima de un grande e muy poderoso cavallo, se va para el duque don Estolfo, e sin más hablar, se va el uno para el otro, e luego que de la Lança Dorada fue encontrado, cayó del cavallo abaxo muy gran caída. Luego salió el fuerte Uldano, asaz buen cavallero, e fuesse a encontrar con el duque don Estolfo; empero no le valió su fortaleza que no tuviesse compañía a Argante, que derribado estava. Quando los del ejército, que armados estaban, vieron que dos tan señalados cavalleros solamente de dos encuentros había el duque don Estolfo derribado, mueven todos juntos a muy gran tropel, súbditos de aquellos señores derribados e otros muchos cavalleros, diziendo a muy grandes bozes: «¡Muera, muera!». Y el duque don Estolfo no curó de las palabras de aquella bruta gente, antes, como muy esforçado cavallero, los espera, e, dando de espuelas al cavallo Bayardo, se va para ellos, derribando con la Lança Dorada a todos cuantos topava. E bastárale al duque don Estolfo los que había derribado (que eran muchos e algunos principales d'ellos), e no curar de más entrar entre sus enemigos, que, aunque su corazón era valentísimo e determinado a cualquier cosa, no le davan lugar sus fuerças para tales cosas acometer, que luego vinieron contra él a lo encontrar cuatro muy rezios cavalleros: el uno era el fuerte Saritrón, el otro Radamanto, y el emperador Agricán e Pandragón; e aunque el duque derribó al que la Lança Dorada tocó, ^{36r} los otros tres, que muy poderosos eran, lo encontraron, de tal arte que, fuera de todo sentido, lo derribaron del cavallo abaxo; e si las armas no fueran tales e tan buenas como eran, no se le escusava la muerte. E assí, atordido como estava, lo llevaron preso a las tiendas de Agricán, sin él sentir cosa ninguna; y el buen cavallo Bayardo, que solo se vido e sin señor, no se menea más, antes, como una oveja mansa, se dexó tomar, no sé porqué causa, que otras

vezes no lo⁵²⁶ hazía. El emperador Agricán tomó el cavallo para sí, el cual estava el más plazerero hombre del mundo con él; y con este buen cavallo fizo él muchas e muy señaladas cosas, las cuales oiréis más adelante por entero.

Capítulo xxiii. De la cruda batalla que el emperador Agricán e su gente hovo con el rey Sacripante e la suya, el cual venía en socorro del rey Galafrón e de Angélica la Bella su hija.

En la fuerte villa de Albraca no hovo tal cavallero que osase salir en ayuda del muy esforçado cavallero don Estolfo, (que con su gran coraçón acometió tan grand cosa), donde se perdió él y el buen cavallo Bayardo, e sus luzidas armas con la Lança Dorada, la mejor que jamás cavallero truxo. Por lo cual, Angélica la Bella hizo muy grand sentimiento e hizo mirar mucho las guardas de la fuerte villa de Albraca, e hazer que todos estuviesen con muy gran aviso. E un día de muy grand mañana, vieron un grande exército de gente arribar a vista de la villa de Albraca con muy grand grita e muy estraño rumor.

E si queréis saber qué gente es aquesta, saber que este era el señor de Circasia, el animoso rey Sacripante, el cual traía consigo siete reyes de corona e mucha e muy luzida gente, e un emperador que también en la su compañía quiso venir por le ayudar en demanda tan justa como él llevaba, que era en defender al viejo rey Galafrón e a Angélica la Bella su hija. El uno era el rey de Armenia, llamado Varano. El segundo era el Emperador de Trapisonda, que muy esforçada e luzida gente traía e assaz de arqueros muy diestros en la guerra, e llamávase este emperador Brumaldo el Fuerte. El tercero el rey Ungiano de Media. El cuarto el rey Savarón de Turquía. El quinto era el rey Trufaldino de Baldaca la Grande, un cauteloso e traidor rey; y el porqué adelante se vos contará muy largamente, ca hizo en su tierra un muy grande aleve e muy cruel traición. El sexto el rey Bordaco de Damasco. El vii era el rey Rodoarte, señor de gran tierra, con otros muchos señores e cavalleros de muy grande estima.

Aquesta gente que havéis oído pareció otro día por la mañana a vista de la fuerte villa de Albraca, después que el muy esforçado duque don Estolfo fue preso. Cuando el emperador Agricán vido el socorro que al rey Galafrón, padre de Angélica

⁵²⁶ la To ¹⁵²⁵.

la Bella, venía, puso su ejército en orden. Hechas todas sus batallas como mejor se les entendía, atendieron fasta ver la gente contraria que venía. E luego que la vieron tan ordenada e tan luzida, empezaron a mover contra ella, que ya sabían quién era el señor que la traía a toda su voluntad. E sonavan tantos diferentes instrumentos, que era cosa admirable, assí de una parte como de otra, de rato en rato, dando una rezia e pavorosa grita, que esta es su costumbre por la mayor parte, que espanto ponía en la oír. E assí, de aqueste modo que oídes, se mezcló la una gente con la otra, de tal manera que en pequeño rato el campo estava cubierto de hombres muertos e derribados, ^{36v} e por el campo viérades infinitos cavallos⁵²⁷ fuir sin señores. El emperador Agricán hazía estrañas cosas en armas. El Emperador de Trapisonda se señalava mucho con su gente, que la mayor parte eran arqueros que gran estrago hazían en sus contrarios. ¡O, quién viera las estrañas cosas que en armas el rey Sacripante hazía, que espanto ponía en sus enemigos!

Más de tres oras e media passaron que las batallas andavan juntas e mezcladas sin conocer de una parte a otra mejoría alguna. El buen guerrero rey Sacripante se sale de la batalla e miró la villa de Albraca donde Angélica la Bella estava, e vido calar la gran puente e salir por ella hasta dos mil cavalleros; y acercose allá, e Angélica, que venir hazia la villa le vido, bien le conoció (que assaz de vezes le avía visto), e fue prestamente y sacó una fermosa espada de muy estraña lavor e guarnecida, e dixo:

—Esforçado rey, tomad esta hermosa espada con que seáis vencedor de vuestros enemigos.

El rey Sacripante, que tal favor vido de mano de su señora que él tanto amava, dexa la suya e tomó aquélla, e con mucho acatamiento se despide de ella e se torna a su batalla, y vido al emperador Agricán que, sobre el buen cavallo Bayardo, fazía gran estrago en su gente; y tomó una gruesa lança e fue para él. El emperador Agricán, que venir le vido, buelve la rienda a Bayardo y viénese para él, y diéronse muy rezios encuentros, tales que las lanças fizieron bolar en menudas pieças; e juntáronse de los cuerpos de los cavallos, e como la ventaja de Bayardo era grande sobre todos los cavallos de su tiempo, dio tal golpe al cavallo de Sacripante, que dio con él y con su señor en tierra gran caída y, antes que el rey Sacripante se pudiese levantar, fue muy mal ferido de los que allí al presente de sus enemigos se hallaron.

⁵²⁷ caualleros To ¹⁵²⁵.

Allí se travó una muy cruda e muy reñida batalla, los unos con los otros a ayudar a su señor, otros a defender al suyo, que la sangre, de la mucha gente que muerta y ferida estava, hazía teñir las yerbas del canpo. No se podrá contar la tercera parte de lo que allí passó; y los dos mil cavalleros que de la villa con el rey Sacripante avían salido, como venían holgados e bien armados, a pesar de los enemigos, hizieron cavalgar al rey Sacripante; e porque mal ferido estava, lo llevaron a la fuerte villa a que fuesse curado. Mucho pesar ovo Angélica la Bella de le ver tan mal ferido, porque creía que él ausente sus enemigos se esforçarían e los de su vanda desmayarían; mas disimuló lo mejor que pudo, y en un muy rico lecho le fizo catar, e falláronle muy malas heridas. Angélica la Bella dixo:

—Mucho bien fuera que el duque don Estolfo no se armara el día que al campo salió, ca el cavallo e la lança que él allí perdió harán que hayan nuestros enemigos victoria e nos pongan en gran estrecho.

El rey Sacripante le preguntó que por qué dezía aquello. Ella le contó cómo el duque don Estolfo allí avía venido en su ayuda, e cómo avía salido aquel día por mostrar su esfuerço e valentía, e cómo de tres encuentros derribó tres principales de los enemigos, e cómo, a gran traición, le encontraron cuatro juntos e lo derribaron y lo prendieron a él e a su cavallo, y cómo el cavallo era el mejor que avía en el mundo e más diestro en las batallas.

—¿Qué armas traía ese cavallero, señora? —dixo el rey Sacripante.

Ella dixo:

—Las armas [más] ricas que vi en mi vida y el escudo dorado.

Luego conoció el rey que aquel era el cavallero que él avía salido a atajar al camino por le quitar las armas y el cavallo; e todo lo que con él avía passado lo contó a Angélica la Bella, que de lo oír estava maravillada. Y estando fablando en esto, oyeron gran rumor en la villa, que espanto era de los oír; e salieron a ver qué sería, e vieron que la ^{37r} gente del rey Sacripante se venía huyendo a ella por se guarecer, ca como vieron llevar algunos d'ellos a su señor, el rey Sacripante, a la villa, cuidaron que era muerto y empeçaron a desmayar, de tal manera que, con poco esfuerço que los contrarios mostraron, los fizieron fuir, e ivan matando e firiendo e derribando d'ellos cosa para espantar. ¡O, quién viera el cruel Agricán sobre el buen cavallo Bayardo el estrago que en sus contrarios fazía!, el cual, como vio al fuerte Brumaldo, emperador de Trapisonda, que pugnava por detener a toda la gente e los animava,

tomó una gruesa lança e hiriolo tan poderosamente, que lo metió por tierra. Los otros reyes e señores que con él estaban, viendo sus maravillas, no se davan espacio, ca hazían estraños fechos en armas, derribando e matando cuantos delante topavan, de tal manera que solos los principales cavalleros del rey Sacripante fazían rostro a sus enemigos, que la otra gente toda era puesta casi en fúida. E como la gran puente de la fuerte villa vieron calada, se entravan por ella, mezclados unos con otros, de arte que los del emperador Agricán avían muchos entrado. Allí era cosa de ver la reñida e travada lid. En la villa de los unos e de los otros tantos fueron muertos, que ya los de cavallo apenas podían andar. El emperador Agricán tomó grand pieça de los principales cavalleros suyos, e, a bueltas de la otra gente, se entró en la villa, firiendo sin piedad en sus contrarios. Ya la puerta no se curavan de la cerrar los de la villa, que no podían, donde ovo lugar que toda la gente se metiese en la villa. Dolor y pasión era de ver el estrago que en ella fazían, matando e quemando e asolando quanto topavan, que, si en el alto castillo no se acogieran⁵²⁸ algunas gentes que lugar tuvieron, no quedara criatura a vida que no muriera aquel día. Mas todos los que al castillo subieron fueron bien librados, ca el castillo era muy grande e una de las más fuertes cosas del mundo, tal que non bastavan todos los del mundo a le tomar si por hambre no le tomavan. E puesto que el emperador Agricán e su gente entraron la villa a modo de vitoriosos, no por esso fue sin daño e gran costa de los suyos, ca le mataron tanta gente, después de entrados, de las torres e ventanas que fue maravillosa cosa, todas las calles tintas de sangre, los cavallos no podían andar por ellas. Pero el emperador Agricán, por más e más gente que le faltara, todo lo avía por bien empleado viendo la ventura que le avía corrido en ganar la fuerte villa de Albraca, la cual nunca él pensó tan ligeramente ganar, ca era muy fuerte a demasia. E las gentes que vinieron a socorrer aquellas la fizieron que se perdiere, como avéis oído. La gente de Agricán toda se aposentó en la villa, e todos los reyes e altos hombres que con él eran. E allí los feridos se fizieron curar, e todos los muertos fueron sacados al canpo e fueron quemados según su costunbre. E tanto quanto plazer los de Agricán, el emperador, avían en se ver vitoriosos y enseñoreados en la fuerte villa, tanto era el dolor de la hermosa Angélica la Bella y del buen Sacripante, rey de Circasia, e de los otros cavalleros que allí estaban, que, aunque el castillo era muy segura estancia para ellos, viéndose assí cercados, e no esperando remedio ni

⁵²⁸ acogeran To ¹⁵²⁵.

socorro alguno sino de solo Dios, estaban con gran pasión. Donde les dexaremos cercados muy a recaudo del emperador Agricán y el su ejército, por contaros lo que hizo don Renaldos de Montalván cuando topó con la llorosa dama que por el camino iba.

Capítulo xxiii. De lo que a don Renaldos de Montalván avino con la llorosa dama que en el camino falló después que fue librado del castillo de Altarripa.^{37v}

Contado vos hemos cómo don Renaldos de Montalván del castillo del Pavoroso Animal salió con la donzella que dentro los gigantes habían llevado e la dio a su viejo padre; e cómo, porque no le aconteciesse otra tal cosa como las passadas, no quiso entrar en la pequeña nave encantada de Malgesí, su primo, antes de término como oístes, se quiso ir a pie por el camino ancho que en aquel desierto falló; e cómo, a cabo de un gran rato que avía andado, vido venir por él una donzella muy fermosa sobre un rico palafrén, que a gran andar venía faziendo muy dolorido llanto e llamándose desdichada e sin ventura. El buen cavallero don Renaldos de Montalván⁵²⁹ que la vido tan penada, con mucha instancia le rogó le dixese la causa de su tristeza, ofreciéndose de la remediar o morir. Ella, que tan bien fablado le vio e que assí avía pasión de su pasión, le dixo:

—¡O, buen cavallero, solo por ser de tan buena voluntad e ofrecerte a mí, te contaré la causa de mi grave tristeza, aunque el remedio veo assaz lexos! Sepas, cortés e bien criado cavallero, que no ay alegría en el mundo que consolarme pueda viendo perdido todo mi bien e mi esperança. E por la cobrar, he d'andar toda la tierra fasta hallar quién remedio e ayuda me dé, de tal manera que halle quién con nueve cavalleros se combata e los vença para que, después de vencidos, salga de prisión encantada aquel que yo tanto de coraçón amo.

Don Renaldos, viendo lo que la donzella fermosa dezía, que no cesavan sus ojos de llorar, le dixo:

—Fermosa donzella, en uno o en dos cavalleros ay assaz para mí. Pero, pues veo vuestra tan gran tristeza e dolor, yo me determino de ir con vós e me combatiré con ellos fasta os restituir vuestra pérdida o morir.

⁵²⁹ mantaluan To ¹⁵²⁵.

La donzella, que aquello oyó, no creyendo las palabras de don Renaldos de Montalván, como aquella que le no conocía, dixo:

—La buena voluntad, cavallero, yo te lo agradezco mucho, mas el fecho yo lo dubdo, por lo que quiero ir a mi ventura buscar. Por ende, quédate a Dios, que mi dolor no me consiente más reposo.

—Buena señora —dixo don Renaldos—, ¿qué es la causa que ponéis duda en lo que digo? Por ventura, adonde yo aventuro mi vida no aventuraréis vós vuestro camino.

—Por cierto —dixo la fermosa donzella—, razón sería que, donde un tal cavallero como vós se determina de aventurar su persona, cualquier cosa se aventurase. Pero, ¿qué podrá fazer un solo cavallero a pie, como vós estades, aviéndose de combatir con nueve que son la flor de la cavallería del mundo, donde está aquel nombrado e fuerte conde don Roldán, si le has por ventura oído dezir, e los otros que con él están, que son de los mejores cavalleros del mundo?

Don Renaldos, que assí a su primo querido oyó nonbrar, estremeciósele el corazón, e, con mucho amor, rogó a la donzella le contase por entero el caso, la cual, como aquella que bien lo sabía, le contó cómo en la casa de Drangontina estava él y los otros encantados con el Agua del Olvido, e cómo ella e dos cavalleros avían allí venido, y cómo el uno se libró, del cual dando las señas conoció don Renaldos que era el duque don Estolfo, e cómo el otro, por fuerça, ovo de beber del agua encantada, e cómo se quedó allí con los otros. E sabed que esta era la hermosa donzella que iva con Brandimarte, que, después de le aver dexado encantado, iva a le buscar remedio, como se lo avía prometido, para le sacar de allí a él e a los que allí estavan por el encantamiento de la falsa Dragontina; y, como oístes, yendo por aquel despoblado, avínole de topar con Renaldos de Montalván, al cual, como oís, contó todo el caso muy por entero. Don Renaldos, que assí vido la prisión de tanto buen cavallero, movido a piedad, ^{38r} y más por el entrañable amor de su buen primo don Roldán, rogó mucho a la donzella que quisiese con él bolver a le mostrar el camino que a la Casa del Olvido endereçava, ca él faría tanto que sacaría de allí a su querido Brandimarte e a los que con él estavan. La donzella, que assí tan determinado le vido de ir allá y que tanto le rogava que fuesse con él, determinó de lo fazer, e díxole:

—Buen cavallero, pues vuestra voluntad es assí tan buena que con esforçado coraçón queréis ir a donde ya vos he contado el peligro, vamos a la buena ventura,

que bien creo que al buen corazón las obras pocas vezes desfallecen si con razón son movidas.

E rogole que en el palafrén, que muy bueno era, subiese, el cual lo fizo y tomó a las ancas d'él a la donzella. E dexando el camino ancho por donde avía venido la donzella, tomaron una angosta senda que a la floresta guiava; e anduvieron fasta entrar en lo más espesso d'ella; e allí la donzella ovo pavor de don Renaldos que le no pidiese su amor viéndose assí solos en lugar tan solo, e por esso no fablava cosa alguna; mas don Renaldos de Montalván muy quito estava de aquel pensamiento después que de la desamorada agua bevió, donde los amorosos pensamientos se le resfriaron; e como vido la fermosa dama que todo aquel día caminaron sin palabra hablar que su sospecha le certificase, estuvo más segura que fasta allí. E ya que la noche se acercava, vieron un fragoso despoblado, lleno de muchas peñas grandes y pequeñas; y entraron por él para le atravesar antes que escuro fiziese, ca el lugar, por ser de tal arte, no les pareció seguro para quedar allí aquella noche. E ya que un rato pequeño anduvieron por él con alguna pena, oyeron un tan rezió grito, que tanto resonó por aquel valle con tanto espanto, que la fermosa donzella, no lo pudiendo sufrir, se dexó caer del palafrén. Don Renaldos que lo oyó, miró a unas partes e a otras, y a la mano izquierda vido una gran cueva, la puerta de la cual era harto grande, e vido en ella un terrible gigante, de la mayor grandeza que jamás fue bisto, bien armado con hojas de azero, tales que, si todo fuera d'ellas cubierto, no bastaran fuerças algunas humanas para lo vencer ni menos matar; e tenía a la boca de aquella cavernosa y escura cueva un fuerte grifo con una cadena ligado assaz grande.

E sabed que este espantoso gigante estava puesto en guarda del cavallo Rubicano, que fue del sin ventura Argalia, el cual, como suelto e ahuyentado se vio por la mano del fuerte Ferraguto en las Selvas de Ardeña, luego se vino a aquella cueva donde fue criado; y esto era de lo que Argalia se quexó, como arriba oíste, diziendo que jamás le podría aver porque sabía que, una vez él suelto e venido a aquel desierto lugar, se pornía en la escura cueva donde por encantamento fue criado. E d'este modo que oís estava guardado este ligero e fermoso cavallo porque ninguna persona no le tomase, e aquel que se atreviese a lo tomar le costase la vida, la cual, fácilmente, cualquiera de aquellas dos guardas pudieran quitar a cualquier cavallero que muy estremado e aventajado en las armas y esfuerço no fuesse.

Y el buen cavallero don Renaldos de Montalván hizo un trecho arredrar a la hermosa donzella con su palafrén, la cual ovo miedo de perderle de su compañía viendo que quería combatirse con aquel cruel gigante, el cual, según ella vido blanquear todo aquel sitio de huessos, bien creyó que avría muerto muchos cavalleros andantes por sus manos, los cuales fueron manjar de aquel carnicero grifo que allí ligado estava. E quando el buen Renaldos vido la hermosa dama puesta en algo más seguro lugar, encomendándose a Dios muy de coraçón, embraçó su escudo e, su buena espada en la mano, se va para el gigante, que un gran ^{38v} bastón de fierro en las manos tenía, el cual, como venir le vido, salió de la boca de la escura cueva e vase para él; e como contra sí con tanto ánimo vido a don Renaldos venir, creyó que era assaz buen cavallero en solo no mostrar punto de covardía e miedo, antes, bien mirando, él mismo le avía combidado a la batalla; e assí como iva, el bastón alto por lo ferir, el buen Renaldos fizo semblante⁵³⁰ de le esperar; mas como el alto golpe venir vido, saltó fazia la mano izquierda con grand destreza; y el salto y el golpe fue todo uno, dando de un revés al fiero gigante una gran ferida en la desarmada pierna. El gigante, que del golpe ferido se sintió, dio una furiosa boz que todo aquel resonante valle fizo reteñir, e alça a dos manos el bastón por de aquel segundo golpe fenecer la batalla con muerte de su contrario; mas poca pro le tuvo la mucha fuerça que puso para lo ferir, ca como don Renaldos era uno de los cavalleros del mundo más ligeros e que más en semejantes casos se mañeava, fizole perder el desmesurado golpe, el cual, como con grandísima fuerça viniese e diese en vago, dio causa que el duro bastón se le soltase de las manos al furioso gigante, el cual, como assí se vido sin bastón, arremetió al buen cavallero con una ira soberviosa e bestial, estendidos los braços por le acoger entr'ellos, creyéndolo desmenuzar como el bravo león a la res que piensa con ella fartar su hanbre; e como se acercó por lo tomar, firiolo don Renaldos a su plazer con gran fuerça de una estocada por el lado do las armas se ivan a juntar, que le metió el espada por el cuerpo, la cual salió más de la media tinta de sangre. El gigante, que de muerte se sintió herido, viendo cuán cerca la tenía, quiso que don Renaldos le tuviesse compañía, e por se vengar d'él de cualquier manera, fuesse al grifo e desatolo de la fuerte peña do estava ligado, el cual, como suelto se vido, se alçó en sus grandes alas por el aire, que solo verlo bolar ponía gran espanto. Luego cayó el gigante con la vasca de la muerte, echando borbotones de sangre por

⁵³⁰ seblante To ¹⁵²⁵.

la herida mortal, e al caer que cayó, dio tan gran golpe, que la tierra hizo estremecer alderredor de sí. En esto, don Renaldos, los ojos puestos en el gran animal, esperaba su decendida, temiéndole más que al gigante, y encomendándose a la Virgen Santa María, le rogava que del grifo le librase por su piedad e misericordia, ca bien le fazía menester. En esto, parecía que el aire bramava, esto era por el sonido que las grandes e valientes alas del grifo hazían. E Renaldos, que atento estava, vido como una saeta venir al grifo; e con varonil ánimo le espera, temiendo el rezio encuentro del abatida; e assí como cerca lo vido, ladeando el cuerpo, le tira un gran golpe de espada, y en tal parte del cuerpo le dio que, aunque don Renaldos le hirió, no le hizo mal que impedimento le diesse en el bolar. El fuerte grifo, que con el ladear del cuerpo no pudo fazer la presa, e también por el rezio golpe que sufrió, tornose con unos rezios gemidos a alçar en el aire, tanta altura e tanto espacio, que ya don Renaldos le pesava de ver su tardança, temiendo no sobreviniesse la noche, porque con la escuridad no le ocurriese con el ave más peligro. Pero por mucho que el grifo subió, fue su baxada tan veloz, que era espanto ver el ruido que bramando por el aire traía. E don Renaldos, con más destreza que la primera vez, se le arredró e le dio tal golpe con la dulce y afilada espada, que el un pie le cortó cercén, aunque era assaz grueso. ¡O, Santo Dios! Cuando el gran grifo se sintió tollido de un braço, con el dolor que tenía, se va por el aire bolando, dando los mayores gritos del mundo. E como don Renaldos vio el un pie en el suelo cortado, dio muchas gracias a Dios, ca bien creyó⁵³¹ que más el grifo no tornaría a él; e mira por su donzella,^{39r} e vídola que casi debaxo del palafrén estava metida por miedo de la rapante ave; y ella, que assí libre le vido de dos tan estraños peligros, combidole con el palafrén que quisiesse cavalgar e partirse de aquel pedregoso valle antes que la noche viniessse; mas el cavallero, que de tales cosas no se espantava, dixo:

—Graciosa señora, pues tanta buena ventura me ha dado Dios de salir con vitoria d'estas dos aventuras, muy pensante sería toda mi vida si no supiesse qué ay dentro de aquella cueva⁵³², que, pues tan buenos porteros a la puerta tenía, creo que habrá dentro alguna maravillosa cosa.

—¿Cómo, señor —dixo la donzella—, no vos hartáis de los trabajos passados que assí queréis buscar más?

⁵³¹ creo To¹⁵²⁵.

⁵³² nueua To¹⁵²⁵.

—Buena señora —dixo don Renaldos—, assaz sería yo de covarde si no supiesse lo que dentro ay, pues ya tengo franca la entrada. Por ende, atendedme un poco, que en breve, señora, saldré si la muerte no me priva la salida.

Con grand temor estava la donzella de ver entrar en la cueva a don Renaldos, ca en tan fragoso lugar avía temor de quedar sola, e más porque la noche se venía a más andar, pero determinó de lo esperar a ver el fin d'esta aventura. Y el buen Renaldos, su escudo enbraçado e la espada en la mano, entró por la cueva adelante con varonil ánimo; e a cincuenta passos de la entrada vido un luzido patín de unas losas blancas muy bien labrado e dos hermosos palacios en cada cabo uno, las puertas de los cuales eran labradas de muy estraña lavor, e a la puerta del uno vido sobre un rico paño una donzella muerta, la cual era muy fermosa [e] de muy ricas vestiduras vestida. Don Renaldos, que la vido, fue maravillado de la ver, e acercose a ella, por mejor mirar qué cosa fuesse, e halló que tenía un libro a la cabecera con unas letras que assí dezían:

Quien en este palacio a ganar el cavallo, el mejor del mundo, entrare, morirá sin ningún remedio si primero no jura⁵³³ firmemente de me vengar.

Don Renaldos, que las letras bien entendió, dixo:

—Por Dios juro de te vengar si fuese muerta contra razón, ca de otra manera yo no me pornía a fazer cosa que sin razón fuesse.

Y dicho esto, tomó el libro en sus manos e vido, abriéndole, unas gruesas letras escritas con sangre, las cuales dezían:

Tú, cavallero, que la muerte d'esta donzella quieres vengar, lee e sabrás la causa de su cruel e desastrada muerte y el malvado rey que traidoramente la mató.

El buen cavallero, que tan hermosa la vido e assí muerta, ovo gran piedad de la ver, e dixo:

—Otra vez prometo, por la fe de la cavallería, de te vengar, aunque supiesse passar cualquiera peligro.

⁵³³ jurar To¹⁵²⁵.

E de allí entró en el palacio e falló el grande e fermoso cavallo Rubicano, que fue de Argalia, como oístes, el cual estava ligado de una cadena de oro e una sortija que clavada estava en la pared; e como le vido con su rica guarnición todo a punto, dixo:

—¡Bendito sea Dios, que ya de oy más no caminaré a pie ni en palafrén como dama sino a uso de cavalleros!

E tomó el cavallo por la rienda y empeçose a salir de aquella cueva; e assí como del patín salido fue, oyó muy grandes llantos que dentro se fazían, tales que dolor era de los oír. Mas como el buen Renaldos conoció que por la donzella muerta se fazían, no quiso bolver adentro a ver qué cosa fuesse, porque lo poco que quedava del día no le dava lugar, ca ya quería ponerse el sol; e saliendo que salió de la cueva, subió sobre su estremado cavallo Rubicano, el cual, después de Bayardo, era estremado en el mundo; e como sobre él se vio, empeçole a rebolver un poco por allí e, hallándole furioso e muy arrendado, ovo muy grandíssimo plazer; e fuesse para la donzella, que esperándole estava, la cual, como a cavallo le vido venir, se subió sobre su palafrén, e, con gran plazer, le salió a recibir, diziendo:

—Señor, ^{39v} buena ventura havéis avido, ca en pocos cabos se gana honra e provecho como vós, señor, aquí en este lugar avéis ganado.

E de allí se fueron hablando, e, antes que escureciesse, quiso por entero don Renaldos saber la muerte de la desventurada e fermosa donzella muerta. E abriendo el pequeño libro, que con letras sangrientas tenía el sobrescripto, vido la misma donzella que en la cueva estava muy por sutil arte pintada, ni más ni menos que la avía visto en el patín sobre un paño de seda. Y empeçó a leer en él, y en breve espacio supo todo el hecho de la verdad, ca allí muy por entero estava escripto, el cual, como lo iva leyendo, no pudo tener que abundantemente no llorase de dolor.

E por complacer a los leyentes, se porná aquí la dolorida causa de la desastrada e cruel muerte de aquella triste donzella, que con sus violentas manos el traidor del rey Trufaldino mató, como arriba oístes. Sabed que este libro dezía cómo Trufaldino, maldito rey de Baldaca, tenía en su reino un conde llamado Oriselo de Monte Falcón, el cual era cavallero de muy alta sangre e de muy grand virtud, al cual el rey quería de muerte, solo porque este conde Oriselo se estava en una fuerte muy torreada villa suya que un muy fortísimo castillo tenía. E como este conde conociese las malas obras del rey Trufaldino, nunca quería jamás ir a su corte ni a su llamado,

ni verle ni oírle, ni tratar con él, por lo cual el rey procurava, de quantas formas e maneras podía, por le matar o prender, por le aver de aquella fortaleza de Monte Falcón juntamente con la villa, que era de las mejores e más fuertes cosas del mundo. E como jamás otra cosa no pensase sino cómo hoviesse sin su desseo e propósito, acaeció un día que, hablando en su palacio de muchas e diversas cosas, hovo quien le dixo cómo Polindo⁵³⁴, un galán de su mesnada, assaz buen cavallero e de muy alta sangre, era enamorado de la hermana del conde Oriselo, que havia por nonbre Albarrosa. E como el traidor de Trufaldino se certificó de aquello, hizo desde allí adelante muy gran bien a Polindo, faziéndole muy familiar e allegado suyo, tanto que Polindo, viéndose tan favorecido del rey, no sabía servicio que le hazer. Ya viendo el rey que le tenía de su mano, apartole un día aparte e díxole tales razones que a Polindo hizo mover a fazer tanto quanto le mandase, por rigurosa cosa que fuesse; e después le rogó con gran instancia que le hiziesse tanto plazer que sacase a Albarrosa del castillo de Monte Falcón como quiera que él pudiesse hazello, que él le prometía, sobre su fe e palabra real, de le casar con ella e le dar la villa e castillo de Monte Falcón en dote con el título de conde. Como Polindo vido la promesa del rey Trufaldino e que era cosa que él mismo tanto desseava en tener en su poder, cosa que él tanto de corazón amava, e más con tal honra y provecho como el rey le prometía, prometiole de lo hazer assí:

—Pues, señor, si la yo saco —dixo Polindo—, mandadme dar favor cómo yo la ponga en salvo, ca más querría yo passar por mil muertes que no que ella recibiese algún daño o desonor de su hermano el conde Oriselo, que tan poderoso es, como vós, señor, sabéis.

—Sea assí —dixo el rey.

E luego le dio la gente que él menester ovo armada e a buen recaudo, con la cual Polindo puso por obra su desseo, el cual ovo tan mal fin como oiréis. E fuesse a la villa de Monte Falcón lo más encubiertamente que pudo; e dexada toda la gente en celada, él solo, como otras vezes acostunbrava, se fue a un secreto lugar del fuerte

⁵³⁴ El 10 de abril de 1526, también en la ciudad de Toledo, se publicó un libro de caballerías, de autor anónimo, titulado *Historia del invencible cavallero don Polindo*. No guarda relación alguna con la obra de López de Santa Catalina, pero sí que resulta interesante la coincidencia en la ciudad en la que ambas obras vieron la luz. ¿Se esconderá tras la anonimía alguien relacionado con el autor del *Espejo*? ¿Compartirían aficiones literarias dentro del círculo toledano con inclinaciones humanistas? Claro está que son meras hipótesis que tienen difícil aclaración. Existe edición moderna de la obra: *Polindo*, edición de Manuel Calderón Calderón, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.

castillo por do hablarla solía, el cual faziendo la señal acostumbrada, salió la hermosa donzella a le hablar. E como la noche fazia oscura, hablaron tanto a su plazer que la donzella Albarrosa, ^{40r} que fasta allí le amava de corazón, agora sin comparación le quería más. Tanto que vido Polindo que la tenía vencida, muy más abiertamente su desseo le declaró, e cómo la quería por señora e por muger, que otro no era su propósito, e que tanto privava con el rey, según que ella sabía, ya que él les faría mercedes. Ella, vencida de su amor de Polindo e de tales nuevas cierta, concertó de se salir con él; e luego lo puso por obra lo más encubiertamente que pudo. Polindo la tomó en ancas de su cavallo y, lo más presto que pudo, se fue a su gente, como aquel que su desseo tan bien había cumplido, el más plazerero hombre del mundo; e dio con ella en un castillo, que cerca de allí era, algo fuerte, que se llamava Alpín del Valle. Y ellos que entraron, luego el rey vino, ca por espías supo su venida d'ellos; e hechas cerrar las puertas del castillo porque ninguno d'él saliese a dar alguna nueva, apartó a Albarrosa aparte, e díxole assí:

—Albarrosa, ya sabes que yo soy el rey Trufaldino, tu señor. Por ende, te cumple hazer lo que yo te mandare o morir.

—¿Qué es lo que me mandáis, señor? —dixo Albarrosa, temiendo que no fuesse otra cosa más de lo que ella pensava, que era que luego se desposase con Polindo.

Mas no era lo que el rey quería lo que ella pensava, antes le dixo:

—¿Sabes lo que quiero? Es que tú escrivas a tu hermano, el conde Oriselo, una carta haziéndole saber cómo fuiste por engaño traída aquí, que venga secretamente él solo por ti, ca te quieres bolver con él.

—Pues señor, ¿cómo es esso —dixo la donzella— que me mandáis fazer? Mi señor Polindo no me truxo para que yo me bolviessse con mi hermano ni es essa la palabra que él me dio.

—No bolverás con él —dixo Trufaldino—, ca yo te daré todo el señorío de tu hermano el conde e te casaré con Polindo.

Ella, que ya el caso entendió e vido que el rey quería matar a su hermano por se vengar d'él, dixo:

—Señor, haz de mí lo que quisieres, ca yo no haré tal traición.

El rey por muchas vezes se lo amonestó, mas no lo pudo acabar con ella. E como tan constante en su propósito la vido, movido a gran enojo, fizola desnudar; y

porque Polindo no hiziesse, de dolor de lo ver, algún desvarío, fizole echar en unos fierros muy bien ligado, el cual, como assí se vido ligado e que a Albarrosa desnudavan para la atormentar, no se vos podía dezir las lástimas que con gran dolor dezía, llamando al rey Trufaldino malo e fementido, quebrantador de la fe, e otras muchas palabras inominiosas, como aquel que ya no desseava sino la muerte, por no ver atormentar delante de sí a la que él tanto de corazón amava. El rey mandó que la açotasen muy crudamente, tanto que la sangre caía de sus dilicadas e blancas carnes, que gran lástima era de lo ver. Mas por mucho que el rey fizo, no pudo con ella que fiziese su mandado; e fizo traer muchas brasas e ponerle el un pie en ellas e luego el otro, pensando con tales tormentos fazelle que firmase una carta por donde su hermano viniese allí solo sin otra alguna gente. E no lo pudo acabar con ella, antes tantos tormentos le dio, que la triste donzella murió en poco espacio. Polindo que lo mirava, desseava estar suelto por se matar e tenelle compañía; e como no lo podía fazer, fazía el mayor llanto del mundo, diziendo tantas lástimas que ponía gran compassión a los que lo oían. E como el malvado rey Trufaldino vido que la donzella era muerta, por no tener recelo de Polindo, hízole con una cuerda afogar; e fecho esto, dexó el castillo desierto e fuesse el traidor a su tierra. Y el conde Oriselo, que menos falló a su hermana, fizo gran sentimiento, e fue informado cómo fue levada de aquel castillo, e fue con la más gente que pudo allá, e halló el castillo desierto e a su hermana muerta, como oís, e al su buen amante Polindo. El ^{41v} conde solicitó tanto por saber la causa de sus muertes que lo supo bien por entero cómo avía passado; e viendo que su poder no bastava a la poder vengar por entonces, assí porque el poder del rey era grande, como porque se fazía gran armada por todo el reino para ir en favor de Angélica la Bella por parte del rey Sacripante, cuyo aliado era el rey Trufaldino, tomó a su hermana e púsola en aquella cueva que tal guarda tenía, como oístes, porque el cavallero que aquí quisiesse entrar a ganar el cavallo, venciendo las dos aventuras de la entrada, avía de ser muy estremado en bondad e, teniendo tanta bondad, pugnaría de vengar la dolorosa muerte de la sin ventura Albarrosa, e d'esta manera sería él vengado de tanto mal fecho.

Capítulo xxv. De lo que a don Renaldos de Montalván acaeció en el camino que iba con la donzella que le guiava a la Casa del Olvido do la falsa Dragontina estava.

Cuenta la historia que tanto dolor e compassión hovo don Renaldos leyendo lo que el libro contava de la muerte de Albarrosa e su amante, que las lágrimas le corrían de los ojos en gran abundancia. La donzella que con él iba se maravillava de ver en un cavallero tan valiente como él era tanta terneza de corazón, e loávale entre sí de toda virtud muy lleno, pues así avía pena de los agravios a otros fechos. Y assí pensando en el cruel caso por manos del rey Trufaldino fecho, otra vez juró, por la fe de Jesucristo, de vengar aquella crueldad. E a poco espacio, el sol fue partido de sobre la tierra; e viendo un lugar llano y en alguna frescura de algunos árboles, se apearon ambos a dos, el cavallero e la dama; e dexando pacer por aquel canpo, do mucha yerva avía, el cavallo y el palafrén, se pusieron debaxo de un árbol a reposar; e ambos a dos, hablando un rato, se adormecieron. Muy poco cuidado tenía el buen Renaldos de ver la dama fermosa cerca de sí, ca gran maravilla fue la obra que el Agua Desamorada en él obró, tanto que ya no se dava nada por dueña ni donzella que cabe sí viese, aunque fuesse la más fermosa del mundo; y no es poco de maravillar, porque no era assí su costunbre fasta allí, antes las buscava él por su plazer, aunque sabía passar por mil peligros fasta las aver. La donzella fermosa estava muy maravillada de cómo ni una sola palabra de amor le avía oído hablar, e callose toda aquella noche.

E ya que el alba sobre la tierra su alegre rostro tendía, combidando a todos los animales a conversación, cuando el sol despierta sus alígeros cavallos, guiándolos por su curso, poniendo en la tierra nueva alegría, faziendo todas las visibles cosas parecer para que cada una de su forma e manera se comunique a su patente natural, cuando todas las aves pregoneras e despertadoras de las doradas mañanas con la venida de Titón e Severidad, del cielo acordadas, músicas con harpadas lenguas exercitan, en esta hora que oís, dormía tan sossegadamente el buen Renaldos como quien de enamoradas passiones libre su corazón sentía, al cual la fermosa donzella, sobre el verde suelo assentada, estava mirando muy atentamente su fermoso rostro, tal que maravillada estava viendo su hermosura aconpañada de algún robusto denuedo, como a cavallero animoso pertenecía, toda su persona bien proporcionada

de muy rezios miembros guarnecida, da muchas gracias a Dios que tan gentil y esforçado cavallero avía criado e dotado de tal esfuerço, fuerças e corazón, e assimesmo contenplava cómo, siendo tan mancebo, estava de passiones enamoradas tan apartado. Estas e otras muchas cosas le hermosa donzella contenplava, ^{41r} dando lugar a que el buen don Renaldos folgase, no queriendo interrromper su descansado sueño, la cual, estando tan sosegada, oyó un gran ruido de apresurados passos; e bolviendo la cabeça, vido un disforme e grande centauro de muy estraña grandeza, el cual traía en sus manos un pequeño león, e veníale ahogando, el cual con su ligereza alcançó; y desque muerto le ovo, tomó su escudo en la mano e tres ferrados dardos, e un bastón grande e ñudoso en la otra mano; e vínose cara la donzella, que junto al cavallero assentada estava, la cual, como tan fiera e disforme cosa vido hazia sí venir, dando rezios gritos, recordó a don Renaldos, el cual, como los oyó, presto se levantó e tomó su yelmo, que cerca de sí tenía, e púsolo en su cabeça e, su escudo embraçado, sacó su espada e vase para el centauro, el cual era de medio cuerpo hazia la cabeça de fechura de gigante, y era muy peloso, e la catadura admirablemente espantosa, y del medio abaxo de fechura de un ligero cavallo, e de aquel arte y pelo, y la color era vaya. Era tan veloz e ligero, que cualquier animal con su correr alcançava, e no vivía de otra cosa sino de lo que con su ligereza caçava. E como viesse al cavallero en pie, tomó uno de los tres azerados dardos, e con tanta fuerça se le tiró como una ballesta despide una saeta, e dio avieso, de forma que no fizo mal ninguno al buen cavallero; e don Renaldos oyó el ruido que en el aire el dardo iva faziendo. E como el sobervio centauro vido que el golpe había errado, toma otro con gran velocidad e tiróselo; y, si el yelmo encantado no tuviera el buen cavallero, no se le escusava la muerte; y con la mucha fuerça que el dardo traía e la resistencia del encantado yelmo se hizo dos pedaços por medio del asta. Luego el centauro le tiró el otro dardo con gran tempestad, el cual entró por el escudo gran parte y en las armas se detuvo, que mal non le pudo al cavallero fazer; e ovo lugar, con su mucha ligereza, el centauro de hazer estos tres tiros, que aunque don Renaldos se le acercava, él cobrava tierra conque pudiese tirar a su plazer, pero no cessó la batalla después de aver tirado los tres azerados dardos, que luego el centauro embraçó su escudo e, su fuerte e ñudoso bastón en la mano, se viene para el buen cavallero, saltando de unas partes a otras, como un ave, para lo ferir. Don Renaldos le falló tan ligero e diestro en el golpear, que en alguna manera le ponía espanto, e viéndole

andar saltando de unas partes a otras, por no se fatigar, puso las espaldas en un ancho roble, e allí, el espada en la mano, le esperaba que se acercase a lo ferir, el cual, como una vez se llegó a le dar con el bastón un gran golpe, no pudo tanto escaparse con su ligereza que de una pequeña herida don Renaldos no le firiessse. El centauro, como vido que el buen cavallero peleava a su salvo, assí por ser armado de finas armas como por estar al árbol ancho respaldado, e por la buena guarda que él con la espada se hazía, acordó de mirar cómo de allí con alguna presa se escapasse. E vido a la fermosa donzella, que con gran espanto atendía el fin de la contienda suya y del cavallero⁵³⁵, e prestamente se va para ella, que no le valió gritar ni menos llamar ayuda, e tomola en sus fuertes braços e, ligeramente saltando por aquel valle, se va con ella. Don Renaldos, que llevar vido a su donzella, con mucha presteza se va para su ligero cavallo Rubicano e cavalgó en él; e cuando encima d'él se vido, miró por la parte donde el ligero centauro iva, e vídole ir tan lexos, que cuasi la esperança de alcançar al centauro perdió. Mas batiendo las piernas con mucha ligereza a Rubicano, e por más le animar, con un rezio grito le levanta a la larga carrera, el cual no ovo más menester, que espanto era verle ir por ^{41v} aquel raso campo, que parecía un viento e no parecía que los pies ponía sobre la tierra ni que las tiernas yervas quebrantava. Tanta fue su velocidad, jamás vista en otro animal, que el centauro, (que con la llorosa e descabeñada donzella llegava a una ribera de un río), tan presto fue el poderoso cavallo junto, de lo cual el centauro muy encendido de enojo, como assí alcançar se vio, éntrase en medio de la corriente del agua e dexó la donzella en ella que se la llevase, e sálese contra el buen Renaldos, que mirando estava con gran lástima cómo el río corriente la su donzella levava sin la poder remediar. Qué río sea este y lo que en él echavan, a dónde aportava, adelante se os contará porque veáis una gran maravilla. Los pies del cavallo estaban en el agua, temiendo don Renaldos la pavorosa entrada del hondo río, cuando el centauro empieça con él una reñida batalla, con su largo bastón lleno de ñudos. Mucho plazer ovo el buen Renaldos de se ver con él a cavallo, porque creía que su ligereza no le valdría; e poniendo mano a su espada, se va para lo herir, e puesto que el centauro se aprovechava mucho del escudo, rebolviendo muy a menudo el bastón e dando muy pesados golpes, no le valía nada su destreza, que las armas del buen cavallero le eran segura defensa, por lo cual no temía de se acercar a él; y en pequeño espacio le avía fecho más de diez

⁵³⁵ canallero To¹⁵²⁵.

heridas, de las cuales corría tanta sangre, que el agua teñía; e como assí tan mal parado el centauro se vio, sálese del río, pensando en el canpo aprovecharse de su ligereza; mas el buen cavallero va sobre él, la espada en la mano. E como junto con él llegó, con pocos golpes lo mató, el cual, con la ravia de la muerte, tendido en el suelo, dava muy rezios gemidos; e como don Renaldos le vio muerto, que ya d'él no avía más que temer, puso su espada en la vaina, mirando el canpo de unas partes a otras. No sabiendo qué se fazer ni a qué parte guiar, mirava la espesa montaña cómo era grande e muy espantable. Vía assimismo su donzella, que le guiava, perdida; e como tuviesse tan gran desseo de acabar la empresa començada, que como oístes era sacar del encantamento de la casa de Dragontina a su querido primo don Roldán, acordó de se bolver por donde avía venido y el camino que su perdida donzella le mostrava tomar, por acabar tan buena e provechosa jornada. E sin más se detener, se buelve al primer lugar donde en la mañana avía partido, e desde allí tomó su camino, por donde la donzella primero le guiava; e andado que ovo un rato, vido un cavallero armado junto a una fuente de fuertes armas y en un poderoso cavallo, donde le dexaremos fasta su tiempo, por contaros de la cruel guerra que en el castillo de Albraca fazía el emperador de Tartaria, llamado Agricán.

Capítulo xxvi. Que cuenta de cómo siendo Angélica muy apretada de la guerra que Agricán le fazía a ella e a los de su parte, se salió del castillo a buscar ayuda e remedio, e lo que le avino en el camino.

Contado vos avemos cómo el potente Agricán de la Tartaria era ya entrado con toda su gente dentro de la fuerte villa de Albraca, faziendo gran estrago en sus enemigos, el cual, desde bien a su plazer se vio aposicionado en la villa, cada ora imaginava cómo daría conbatare al castillo donde aquellos señores se avían acogido, que en favor de Angélica vinieron; e toda la gente que en la villa Agricán tenía, e la que en el canpo estava, que por ser mucha no cabían aunque la villa era assaz grande, se juntava con muchos ingenios a combatir el castillo; mas todo su trabajo era en vano, que todo el mundo no bastava a le ofender ni tomar sino por hanbre, ca él estava cercado allende de sus cercas, que muy fuertes eran, de unos muy terribles e altos peñascos que casi todo el castillo sobrepujavan; e baxava de la más alta tierra un arroyo grande que las cavas anchas del castillo tenía ^{42r} de continuo llenas de agua.

E como el Emperador de Tartaria viesse que era imposible tomar el castillo por armas, acordó que, como mucha gente había entrado en él, que el bastimento por fuerza se les apocaría de cada día, de le tener cercado con mucha diligencia por todas partes para que nadie pudiese entrar e salir, de manera que por hambre se diessen aquellos que de grado no se querían dar, faziendo juramento a sus dioses que, en tomando a Angélica la Bella en su poder, porque no le quiso tomar por marido, de la fazer a cuantos en el real avía malamente desonrar, e de allí destruir toda la tierra del rey Galafón su padre.

Muy atemorizada estava Angélica la Bella oyendo las nuevas que cada día en el castillo se sabían, e cómo veía que era imposible aver remedio contra sus enemigos. El rey Sacripante e la luzida gente que en el castillo estaban, salían algunas vezes e davan sobre sus enemigos e le hazían el mal que podían; mas peor les era a ellos faltar uno de su parte que diez de los contrarios. E assí d'esta manera que oís, estuvieron muchos días, tanto que, ya desesperados, se juntaron todos diziendo que más querían morir en el canpo armados como cavalleros que bivar cercados como covardes hombres. E un día que más descuidado el emperador Agricán e su gente estaban, salieron del castillo con cavalleroso esfuerço e dieron de sobresalto sobre sus enemigos, de forma que hizieron una cruel matança en ellos. Mas como los del emperador Agricán eran muchos a demasia, más que los del rey Sacripante, armada gran parte d'ellos, se mezclan unos con otros, dándose muy crueles muertes, de forma que ya el rey Sacripante e los que con él eran, no los pudieron⁵³⁶ resecir e retruxéronse en buena orden e se tornaron al castillo con harta pérdida de los suyos, aunque muy grande estrago fizieron en sus contrarios. Como la hermosa dama vido tan mal fin de la guerra e de todos los grandes que en su ayuda vinieron, de los cuales solos tres reyes se salvaron e aun estos los dos d'ellos mal heridos, e aunque otras muchas personas se salvaron con ellos dentro del fuerte castillo, no eran personas de grand cuenta. E ya la vianda les iba faltando, que solamente para un mes les quedava, que, aunque el castillo bien fornecido estava para los que solamente lo habían de defender, como entró tanta gente en él, les hovo de menguar el bastimento, donde Angélica, viéndose en tal estado, que ya no cumplía sino ponerse en las crueles manos de sus enemigos, lo cual ella non hiziera aunque la muerte supiera padecer mil vezes, acordó de llamar delante de sí a los tres

⁵³⁶ pudieron To¹⁵²⁵.

reyes que dentro en el su castillo estaban, los cuales eran Torindo, y el traidor Trufaldino y el buen Sacripante, e otros muchos de los que allí estaban; e díxoles assí con apassionado ánimo e muy llorosos los sus ojos, que a cualquiera movía a muy grand compassión:

—Magnánimos señores y esforçados cavalleros que en ayuda de mi padre el rey Galafrón e mía havéis venido, ya sabéis la mal andança que en la guerra nos ha sucedido e la gran pujança que nuestros enemigos sobre nós tienen; e pues veis, señores, el gran peligro en que estamos, e que otro remedio no tenemos sino dexarnos morir de hanbre o ponernos en las manos de nuestros enemigos, pues vuestras intenciones han sido de me ayudar e favorecer, no querría dexaros sin algún agradecimiento; y es que, pues ya la necesidad es conocida, delibro de ir a buscar ayuda e socorro que d'ella nos saque, de modo que tomemos vengança de nuestros enemigos e ayamos libertad para nuestras personas; e porque veáis que no fago esto por mí sino por dar remedio a vosotros, sabé que yo saldré por entre mis enemigos sin ser d'ellos vista e iré ^{42v} do quisiere, con lo cual a mí me podría salvar e a vosotros dexaros donde estáis, esperando lo que venir os podría. Mas no plega a Dios que yo pensase tal traición contra quien por mí á puesto su vida y estado, antes delibro de o morir con vosotros o daros el conveniente remedio; e será que yo iré por las partes que mejor me parecieren e la ventura mejor me guiare a buscar quien d'esta necessidad nos libre; e será en tan breve que os doy mi fe e palabra dentro de veinte días seré con vosotros donde agora estoy.

Acabada su razón, callose, que non habló más por la gran passión que sentía; e todos acordaron que fuesse como ella mandase, diziendo ser aquel el postrimero remedio que tenía e que era harto bueno porque no avría señor, por grande que fuesse, que viendo la fermosura de la donzella e la necessidad en que estava que la no ayudase fasta la muerte; e luego, sin más dilación, en viendo la noche, fizo adereçar su rico palafrén e salió del castillo, puesto el preciado anillo en su boca.

E por cierto bien era él preciado, ca era una de las mejores joyas del mundo e de más estima e valor, que traído en el dedo, como avéis oído, desfazía cualquier encantamento por rezio que fuese e puesto en la boca fazía invisible al que lo traía. Esta preciosa joya le dio el rey Galafrón, su padre, cuando a Francia la embió con el desdichado de su hermano, el fuerte Argalia.

La cual, fecha invisible, passó, como oís, por medio de sus enemigos sin ser de ninguno vista ni sentida; e metiéndose al camino,⁵³⁷ anduvo tanto, antes que la mañana viniese, que más de cinco leguas de la villa estava. Iva la fermosa dama pensando el peligro en que su viejo padre quedava, ca no le dava más vida de quanto la fortaleza de Albraca fuesse tomada; e pensava assimismo el peligro de la fortaleza, y cómo quedavan aquellos señores dentro confiando en la palabra que ella les avía dado. E d'esta manera que oís, caminava sin una hora de reposo tomar. E ya havía passado a Organa, y entrava en la gran Circasia; e Ventura la llevó por el camino que la donzella de Brandimarte y el buen Renaldos de Montalván havían venido. E como llegó a la ribera del río donde la reñida batalla de don Renaldos de Montalván y el centauro havía passado, parose a mirar tan desaforado monstruo como era el centauro, que allí muerto estava en aquel arenal. Estendía su vista por aquella llanura de aquel valle, holgándose de ver aquella grande e fresca ribera; e allí deteniéndose algún tanto, vido cara sí venir un hombre viejo, la barva toda blanca e grande, que sobre un báculo se sostenía, el cual venía haziendo fengimiento de muy grand dolor, dando unos suspiros de rato en rato que parecía abrirse por el ánima; e como cerca de la hermosa donzella se vido, puso su cansado cuerpo de rodillas ante Angélica la Bella diziendo:

—¡O, fermosa señora, tú sola puedes dar consuelo a mi gran tristeza e remedio a mi apasionada vida! Sepas, señora mía, que en una casa, que cerca de aquí está, tengo un solo hijo mío, en quien me miro como espejo de la mi vejez, y está de fiebre muy fatigado para dar el espíritu. E si tú, señora mía, non le remedias, moriremos entrambos a dos.

La piadosa donzella Angélica la Bella, que assí la grande pena del triste e cano viejo sintió, como aquella que de semejantes cosas se le entendía, no queriendo negar la gracia que Nuestro Señor Dios en tal menester le havía dado por aquella obra de misericordia exercitar, díxole assí:

—Padre mío, por cierto a mí me plaze mucho de vos poner remedio quanto en mi posibilidad fuere. Por esso, vamos donde dezís.

Luego, el falso y engañoso viejo guió fazia la puente, que bien cerca en una angostura del río estava, e la fermosa Angélica con él; e maravillábase la donzella de la presteza^{43r} con que el viejo andava, viéndole antes que menear con gran pena no

⁵³⁷ camiuo To¹⁵²⁵.

se podía, e cuidava que, con el desseo de la salud de su hijo, nueva fuerça avía cobrado, como muchas vezes acaece que el miedo o el sobrado desseo dan fuerça al coraçón a fazer lo que no haría sin semejantes accidentes. E llegando a la casa de la puente, que abierta fallaron, entraron dentro, donde apenas fueron entrados cuando muchos de los de la casa empeçaron con gran alegría a dezir:

—¡O, qué gentil presa avemos oy fecho de dos gentiles damas cuales nunca vimos!

E cerrando las puertas, Angélica, que esto oyó, bien que tuvo algún recelo de lo oír, que parecía cosa de engaño; mas no puso cuidado en ello, pensando que en un hombre de tanta edad e que tal dolor mostrava, no podía haver engaño. Mas sabed que a otra cosa no era el viejo allí venido sino a la prender, como a otras muchas avía fecho por aquel mismo engaño; y era porque un gran señor, que allí el passo de la puente tenía, avía de dar viente donzellas cada año de tributo al fuerte Rey de Organa; e todas las que presas estaban en aquella gran casa de la puente, todas por aquel engaño las avía preso, excepto la donzella de Brandimarte, porque aquélla, como arriba os contamos, el centauro, con miedo del buen Renaldos, la dexó en la corriente del río, la cual, con la mucha ropa que llevaba e más la corriente del río que era presurosa, no pudo ahogarse, que como el río la llevó, de presto la tomaron, a la entrada de la puente, las guardas que por la ribera andavan, las cuales la sacaron medio muerta del gran temor que avía avido, e subieronla a la fuerte casa, y allí, con medicinas cordiales, la tornaron en sí, la cual, desde fue en sí buelta, era tan hermosa, que muy grande alegría era de la mirar; e como en poco espacio vieron a Angélica la Bella dentro en la prisión y que era tan estremada en fermossura, hovieron tanto plazer todos, viendo la buena presa de aquel día, que este era el regozijo de las bozes que Angélica la Bella a la entrada sintió, de la cual no tuvo entero crédito de su sospecha por ser el engaño tan sutil del malvado viejo. E apeáronla del palafren los que allí estaban, e con mucha cortesía la metieron en una torre, donde en unos muy ricos aposentos otras hermosas donzellas estaban. Desde el engaño la fermosa dama hovo del todo sentido, començose a lamentar muy dolorosamente, diziendo cosas que lástima eran de oír. Las otras donzellas que allí estaban, con dolor que de su fermosura hovieron, la començaron de consolar, cada una como mejor podía, contándole allí cada cual su fortuna e caso acaescido, entre las cuales Flordelisa, la donzella de Brandimarte, que assí se llamava, empeçó con

gran angustia a contar su acaecimiento, como más reziente que ninguna de las otras, fuera [de] Angélica, la cual le contó cómo, yendo en compañía de Brandimarte, se acertaron con el duque don Estolfo de Inglaterra; e después, como por el camino anduviessen en compañía la vía de Latana, passaron por la Casa del Olvido, donde la falsa Dragontina tanto buen cavallero tenía preso e fuera de su entendimiento; e allí contó quién eran los cavalleros, a lo cual todo Angélica la Bella estava muy atenta, creyendo de allí sacar el remedio que ella iva a buscar; e contole⁵³⁸ assimismo cómo ovieron batalla con ellos todos el duque don Estolfo e Brandimarte, e como el duque don Estolfo viesse a su primo, el conde don Roldán, se fue de allí, e cómo su querido Brandimarte se dexó, por el encantamento del agua, prender, pues ál no podía hazer otra cosa, e cómo ella viniendo a buscar algún remedio para su querido amigo Brandimarte, <e> cómo topó con don Renaldos de Montalván, e contó cómo en su compañía avía entrado en la cueva donde ^{43v} Albarrosa estava muerta, e cómo sacó el cavallo, e cómo se halló con el centauro que⁵³⁹ allá al río llevó; e cómo el río la truxo medio muerta a aquel lugar. Angélica, que tales cosas oía, dixo:

—Buena señora, yo hallé esse centauro muerto en la ribera donde el engañoso viejo me halló, por do creo todo lo que vós, señora, me dezís.

Flordelisa llorava muy agramente diziendo estas cosas Angélica la Bella, las cuales, como en esto estuviessen hablando, oyeron con gran plazer abrir la puerta de la torre; e como Angélica la oyó abrir, determinó de se salir de aquella prisión por dar remedio a quien tanto menester le avía, pues el aparejo conveniente avía hallado; e poniendo su anillo en la boca, se salió d'entre todos ellos sin de nadie ser vista, e propuso en su corazón de ir a la casa de Dragontina, donde el Agua fadada del Olvido estava, por sacar de allí a tales cavalleros, de los cuales pensava de cierto ser socorrida.

⁵³⁸ contele To¹⁵²⁵.

⁵³⁹ qne To¹⁵²⁵.

Capítulo xxvii. De cómo don Roldán e Brandimarte, e los otros cavalleros que en la casa de Dragontina estaban, fueron desencantados con el anillo de Angélica la Bella, e cómo todos fueron a le ayudar contra el poder de Agricán de Tartaria.

Salida que fue de la prisión de la puente Angélica la Bella tomó el camino que a la casa de Dragontina guiava, e sola como estava, a pie, se fue por él, con el entrañable desseo que tenía de sacar tales cavalleros de tal engaño como la falsa Dragontina les avía fecho, y también porque creía el cierto remedio que d'ellos a ella e a su padre podía venir; y apresurando su delicada persona en el cansancio del caminar, llegó a la Casa del Olvido, donde tan deleitoso lugar era, de lo cual ella se maravilló, como mostrava tan linda e fermosa apariencia aquello que fingido e con engañoso encantamento estava fecho. E llegándose a la puerta de la fermosa e gran morada de Dragontina, falló a don Roldán recostado a un poyo, que la guarda de aquel día le avía cabido a él e a Oberto del León; e el conde don Roldán estava adormido; e como Angélica le vido, luego lo conoció, e assí como estava, el anillo en la boca porque el otro cavallero no la viesse, se llegó al conde e púsole en el dedo el anillo, el cual, como d'él fue tocado, súpitamente tornó en sí, el cual, desde que vido ante sí a Angélica la Bella, la cosa del mundo que él más de corazón amava, ovo tan estraño plazer, que por poco no salió fuera de seso. E Angélica, que la virtud del anillo vio que ya había en el olvido de don Roldán obrado, contole en breves razones su enagenamiento engañoso e de los otros sus compañeros por mano de la falsa Dragontina fecho, de lo cual dio don Roldán muchas gracias a Dios, como aquel que de muerte a vida se vido resucitado por mano de aquella que la pena amorosa de su corazón causava, creyendo en sí que, pues d'esta corporal prisión se había d'él dolido e tanto cuidado tuvo de le sacar d'ella, tenía por bien de le sacar de la prisión en que su fermosura le había puesto. E cavalgando en Briador, su cavallo, se va presto para donde Oberto del León estava, e tocándole con el encantado anillo, le bolvió en su olvidado acuerdo. E como los dos cavalleros bivos se vieron, como los que hasta allí se podían contar en el número de los muertos, viéndose en su propio conocimiento, se empezaron a abraçar como si de gran tiempo no se hovieran visto. E luego que el gran poder e virtud del anillo hovieron, como oís, sentido, mano a mano se entraron ambos dentro en la casa encantada, con Angélica la Bella, para dar libertad a los

otros cavalleros que dentro en ella estaban ^{44r} desacordados; e falláronlos en una gran sala, en la cual cada uno exercitava de su persona lo que más a su ánimo agradava; estava a la gelosía, que era sobre el jardín, el rey Andriano y el ardid Grifón razonando de muy deleitosos amores; el buen Aquilante y el rey Carión y el fuerte rey Balano, con muy acordadas bozes, estava cantando, olvidadas ya las armas e cavallerías; el buen Brandimarte e Antifor de Albarrosia estava hablando de maestrías de guerras e de ardidés e batallas. El buen conde don Roldán entró en la sala e, uno a uno, les puso el anillo en la mano, los cuales, como en sí tornaron e se conocieron, no se os podrá contar el alegría que sus coraçones sentían; e tomaron tanto enojo del engaño que la falsa Dragontina les havia fecho, que era maravilla de cómo se podían tener que no le diesen el pago de sus malas obras; mas por ser mujer no dieron lugar a sus iras, antes, con la moderación que mejor pudieron, se dieron a buscar sus armas e cavallos que allí avían traído. E como de la sala fueron salidos, Dragontina, que sintió perdida la fuerça de sus encantamentos, dando muy dolorosas bozes, se faze a vista de todos llevar de aquel lugar; y ellos, que mirándola estava, vieron cómo con gran tenpestad la casa y el jardín, y el río e la puente que allí edificada estava, se desfizo como si antes el canpo estuviera raso e sin memoria de edificios algunos, de lo cual estava todos espantados; e mirávanse unos a otros de ver tan estraña cosa. E luego, los que desarmados estava, se armaron de sus armas que cerca de sí fallaron, e cavalgaron en sus cavallos, que delante de sí vieron, dando muchas gracias a la donzella Angélica que tanta merced e bien les avía fecho, la cual, como en ellos vio el buen agradecimiento de su obra, propuso estas razones al conde don Roldán e a los otros cavalleros que entorno estava, diziendo:

—Valeroso conde y muy esforçados señores e cavalleros, pues plugo a Dios de me dar gracia que de tal engaño os sacase, suplicos, por lo que a virtud devéis e a la orden de cavallería, me queráis sacar de otro gran peligro en que yo estoy.

De allí les contó por estenso la guerra que el rey Agricán de Tartaria le avía fecho y el estrecho en que a ella, e a los cavalleros que en la fortaleza de Albraca estava, tenía, y el peligro que su padre, el rey Galafrón, con todo su reino esperaba, de lo cual todos lo ovieron a gran maravilla; e dixo don Roldán, por sí e por todos los otros, que para la respuesta dieron sus vezes rogándole que hablase, assí:

—Fermosa donzella e valerosa señora, aunque el cargo que de vós tenemos de la gran obra que nos avéis fecho no tuviéramos, la razón nos obligara a fazer lo

que nos demandáis, pues es cierto que ningún cavallero no puede negar el favor a dueña ni donzella que se le pida si le conbida a justa demanda; e como por estas condiciones a favoreceros seamos obligados, e más por el bien que de vós hemos recebido, somos prestos a fazer nuestro poderío fasta la muerte, de la cual vós, señora, nos havéis librado; e quien de vuestra mano la vida recibió, non es mucho que por vuestro servicio la aventure e, si menester fuere, la pierda.

Mucho le agradeció Angélica la Bella lo que por ella el conde don Roldán se ofrecía, en las razones del cual conoció el perfeto amor de que era d'él amada. Y empeçaron a caminar la donzella e aquella hermosa compañía la vía del castillo de Albraca, donde les iva contando cómo tenía Agricán cercada la fortaleza en torno con innumerable gente, e también les dezía los reyes e grandes señores que consigo tenía, e todo lo que con él havia passado el rey Sacripante e <a> todas sus gentes.

E dezirvos hemos lo que el traidor del rey Trufaldino, que en la fortaleza de Albraca le dexó Angélica la Bella, hizo, el cual, como él vio que Angélica la Bella era ida por socorro, y viendo la dubda en que su vida y estado real estava, confiando muy poco ^{44v} en el socorro que una muger podía para tal necessidad traer, acordó de hazer una traición, que tal era su costumbre. E luego que la pensó, la puso por obra; e fue que, como el rey Sacripante estuviese muy flaco de las feridas que en la batalla havia rescebido, tal que aún no era bien sano d'ellas, antes él y el buen Torindo estavan en sus lechos muy debilitados de la mucha sangre que havían perdido, fuesse a ellos e fizoles ligar de pies e de manos, e ponellos en una fondura que en la fortaleza avía, e fizolos bien cerrar; e fecho que ovo esto, fizo un mensagero al emperador Agricán, diziéndole, como él tenía presos a Sacripante e a Torindo, que, cuando a su merced plugiese, podía tomar la fortaleza, y que esto fazia él por su servicio, esperando que recibiría d'él mayores mercedes. El fuerte y esforçado Agricán, que tal embaxada e tan llena de traición oyó, dixo al mensagero:

—¡Por mis dioses te juro, si dado me fuera, te hiziera morir mala muerte en pago de tus albricias! Buelve a tu señor y dile que no cumple a los altos cavalleros como yo ganar alguna cosa por traición como él las gana, que yo ni mis antepassados ni la hezimos ni consentimos que se fiziesse, que qué honra ganaría yo, aviendo gastado tantos de mis haveres⁵⁴⁰ para passar a estas tierras e perdiendo tantos buenos vassallos e amigos como he perdido, si por traición tomase d'ello alguna vengança.

⁵⁴⁰ haneres To¹⁵²⁵.

Dile a tu señor que yo ganaré con varonil esfuerço lo que con traición me quiere dar, y que, después de ganado, él rescebirá de mí las mercedes que tales servicios merecen e las que a los traidores se suelen dar.

El mensagero, que tales razones oyó, con triste semblante se bolvió para su señor, al cual le contó la sabrosa respuesta de su embaxada, la cual, como el traidor del rey Trufaldino la oyó, fue muy turbado, tal que la amarillez de su rostro dava a conocer el temor de su coraçón; e callose, que más en aquello no habló, no haziendo ningún mudamiento, esperando el fin de su cometida traición.

Y en este comedio, la fermosa escuadra del buen conde e sus cavalleros fueron a la vista de sus enemigos, los cuales no se espantaron de los ver, antes, con esforçados denuedos, se empieçan a aparejar a la batalla, como aquellos que havían de pasar por medio d'ellos hasta llegar a la fortaleza, que Angélica la Bella la tenía por segura para que ella y ellos aposentar se pudiesen. E luego que las guardas del campo vieron los nueve cavalleros, tan riquísimamente armados e a la fermosa Angélica con ellos, fueron al Emperador de Tartaria a se lo dezir, el cual, como lo oyó, bien creyó que era principio de algún socorro que al rey Galafrón venía; mas oyendo dezir que Angélica la Bella venía con ellos, quedava espantado cómo se confiava de adelantarse y llegarse a su real con tan poca guarda; e viendo que no sería sin causa, luego se hizo armar de unas fortísimas e ricas armas, e cavallero en el muy nonbrado cavallo Bayardo, que del duque don Estolfo ganó, el cual⁵⁴¹ iba cubierto de unos paramentos de muy azerada malla, muy ricamente guarnecidos de muchas piedras preciosas. Los principales cavalleros de su ejército, que armar le vieron, luego le quisieron tener compañía; e fueron todos juntos como estaban, que más de tres mil cavalleros eran, con Agricán hazia do los nueve cavalleros venían. E como don Roldán e sus compañeros los vieron venir, pusiéronse en torno de la fermosa dama, la cual les dixo:

—Señores, pugnad vós por guardar de vuestro enemigos, que yo a mí me guardaré; y porque d'ello no ayáis cuidado, esperad, veréis cuán presto soy junto a mi fortaleza, donde, señores, os atenderé.

E poniendo el anillo en su boca, no la vieron más, de lo cual no quedaron poco maravillados. El conde don Roldán, que assí desaparecer la vido,^{45r} dixo:

⁵⁴¹ qnal To¹⁵²⁵.

—¡O, Dios, cuán agradable me es a mí la presencia de tal fermosura e cuán duro me es padecer su ausencia!

E tomó tanto enojo en sí, que a altas bozes empezó a dezir:

—¡O, maldita canalla renegada, que por vosotros se me ha desaparecido todo mi bien!

E diziendo esto, dixo:

—¡Ea, mis buenos señores, mueran nuestros enemigos, que ninguno quede a vida!

E bate las piernas a Briador, su buen cavallo, e fuesse contra Agricán, que delantero venía, e diéronse tan grandes encuentros de las lanças, que espanto pusieron a los que miravan; e como los cavalleros eran tan valerosos e los cavallos tales, passó el uno por el otro con gran furia. E los ocho compañeros no dieron descanso a sus personas, que, las lanças baxas, se mezclaron entre los otros cavalleros, derribando cada uno al suyo, de manera que en poco espacio dieron a conocer a sus enemigos la fuerça de sus braços. ¡O, Santo Dios, quién viera la fuerça terrible del valeroso conde don Roldán! El cual, dexando el escudo a las espaldas, tomó su espada a dos manos y éntrase por sus enemigos, que parecía un rayo de fuego que ninguna resistencia fallava, matando e firiendo cuantos topava, que todos fuían d'él como del demonio infernal. En este comedio se topa con Radamanto, que a él con ánimo fiero se acercava; y como el esforçado don Roldán le vido, con la espada le da tal golpe por la cintura, que arma ninguna no le valió que la espada no le cortase fasta las entrañas. La grita de la gente fue muy estraña, además que el cielo e la tierra parecía hundirse, como aquel desaforado golpe vieron. No se paró en esto el buen paladín, como aquel que avía de parecer ante Angélica la Bella, su señora, e quería llevar fama e nonbradía antes que a ella llegase, que luego se mezcla por lo más rezio de sus enemigos, e fallose con el rey Saritrón, e dióle tal golpe por cima del yelmo, que la cabeça le hendió hasta los ojos; y de allí, la espada sangrienta, echando fuego por la visera, no perdonando a grande ni chico, haze a cuantos ante sí falla morir mala muerte. E la ventura le truxo donde Brontino estava, e como las armas eran tales e tan ricas que bien se señalava entre toda la gente, fuesse para él e dióle tal golpe sobre el braço derecho, que el armadura toda con el braço le cortó cercén, y con el gran dolor cayó del cavallo, do, con la mucha e innumerable gente que por él pasó, fue en poco spacio muerto. El rey Pandragón, que esto mirava,

movido a gran saña, se va para don Roldán la espada alta por le ferir; mas el buen conde le dio el porte de su jornada, que luego que cerca de sí le vido, a dos manos le dio sobre el hombro con Durindana que la espalda con el brazo le cortó. En pos de Pandragón venía el fuerte Argante, e, como tal golpe vido, quedó espantado, e confiando en su gran fuerça, se fue para don Roldán, e diole un gran golpe encima del encantado yelmo, que una peña oviera hecho menudas pieças; mas don Roldán le fiere de punta en las hojas delanteras, que la mitad del espada le metió por el cuerpo; e como Argante se sintió de muerte herido, buelve las riendas a su cavallo e, las tripas de fuera, se va fuyendo por el campo como hombre sin sentido. No fue cosa de mayor espanto en el mundo que la furia del conde don Roldán entonces, que contra su espada no valía armadura ni desmedida fuerça que todo no lo despeçase e destruyese admirablemente. El emperador Agricán se combatía con el buen Aquilante, pugnando cada uno por se vencer e matar; y el buen Aquilante, que tanto vio que el tártaro así⁵⁴² le durava, soltó el escudo del brazo, de modo que la espada menear pudiesse a dos manos, e, alçándose sobre los estribos, dio Agricán tal golpe sobre el yelmo que, si no fuera por nigromancia fecho, le embiara en aquel punto al infierno; mas aunque no le mató, sacole ^{45v} tan fuera de sentido, que el buen cavallo Bayardo le llevaba por la gente de una parte a otra, sin que lo sintiesse. El buen conde, que assí lo vido ir, queriéndole acortar la vida, le va siguiendo con Briador; mas el Bayardo, que par en el mundo no tenía, con mucha ligereza a su señor da la vida. Viendo los de Agricán que assí desacordado iva su caudillo y que el conde le seguía por le matar, van para le librar tras él el rey Lurcón, y el rey de Santaria, y el rey Polifermo, y el rey Uldano, mas ninguno d'ellos era tan osado que al conde osase llegar. En esto, Oberto, e Aquilante, e Antiferón⁵⁴³ fazían cruel matança en la gente de Agricán, que el campo tenía lleno de muertos. El fuerte Agricán, que en sí tornó, buelve sobre don Roldán, que le seguía, la espada en la mano; y el conde, con gran destreza, le espera; e Agricán dio un grand golpe sobr'el yelmo a don Roldán, que bivo fuego fizo salir d'él; mas don Roldán le dio la respuesta sobre el suyo, que fuera de todo sentido, más que antes, le fizo caer en tierra. Los reyes, que le seguían, se acercaron en torno por lo manparar, mas don Roldán, que no se pagava d'estar ocioso, al más cercano que falló, que fue el rey Lurcón, le dio tal golpe sobre la

⁵⁴² si To¹⁵²⁵.

⁵⁴³ Antifer To¹⁵²⁵.

cabeça, que muerto le echó por tierra. Estraña cosa era de ver todo lo que el conde don Roldán e sus conpañeros hazían. E de tal manera se ovieron con sus enemigos que, a pesar de tanta multitud de gente, se llegaron cerca de la fortaleza que dentro de la villa de Albraca estava, donde fueron resecebidos del rey Trufaldino de tal manera como adelante oiréis.

Capítulo xxviii. Cómo la luzida compañía y el conde don Roldán entraron en la fortaleza de Albraca con Angélica la Bella, e lo que dende allí les acaeció en la cruel batalla.

Contado vos avemos cómo los nueve conpañeros se ovieron con los enemigos y el daño que en ellos hizieron, [en] especial el conde don Roldán. Si se contara por entero, fuera assaz prolixidad; mas de tanto vos dezimos que fue tanta la mortandad que fizieron en sus contrarios, que ya los del emperador Agricán les davan de gana lugar por donde sin recelo se pudiesen passar a la fortaleza de Albraca; esto porque vieron tantos altos hombres muertos de su parte, juntamente con la otra gente de conpañía, que se quedavan espantados de la gran mortandad⁵⁴⁴ que hazían entre tantas gentes como allí eran. E por no usar de más prolixidad, sabed que passaron por medio de todos, haziendo el mayor daño que jamás tan grande por nueve cavalleros se vio, que era cosa increíble; e passados que fueron junto a la fortaleza, hallaron a Angélica la Bella, que esperándolos estava, los cuales, como tintas vido las armas en sangre, bien creyó que non venían sin daño de sus personas, en especial, el esforçado conde, que venía todas las armas tintas, de forma que, demudadas, no pudiera ser conocido por ellas; e cómo ya el Anillo Encantado de la boca la fermosa donzella sacó, viendo que los cavalleros venían, que fasta entonces por se ver sola e fuera de la fortaleza no avía osado sacarle. E juntos como estavan, se fueron para la puerta y empeçaron de llamar, como quien desseava algún rato de reposo. Mas el traidor del rey Trufaldino, que bien los avía visto antes que a la puerta llamassen, se paró encima de la torre, e con grandes amenazas e malas palabras, los despidió, negándoles la entrada de palabra e mostrándolo por la obra, ca les empeçó a tirar dardos e piedras muy a menudo, por lo cual los hizo apartar de la puerta. Angélica, que assí vido al rey Trufaldino, díxole:

⁵⁴⁴ mortand To ¹⁵²⁵.

—¡O, falso e desleal cavallero! ¿Qué te movió a ^{46r} me hazer tal traición? ¿Qué pro te trae a usar de tales obras con quien tu remedio buscava? ¡O, maldito e fermentido rey, quién pensara que tal traición cupiera en tu ánimo!

E diziendo esto, la fermosa dama llorava muy agramente, viéndose perdida e fuera de su fortaleza, temiendo que, si los enemigos los cercasen, allí, cansados como estaban, los nueve compañeros les cunplía morir antes que otra vez salir pudiesen, ca ya metidos cerca de la fortaleza, el camino era muy angosto, que unos a otros remediar no se podían porque avían de salir de allí por contadero, e los enemigos, aunque entrar no pudiesen, a lo menos cercarlos ían fasta que de hambre perciesen. En estos feminiles temores estava Angélica, mostrándose la más apassionada muger del mundo. Mas don Roldán, movido a grand enojo contra Trufaldino, porque assí con la traición y en tal tiempo los despedía, dexando a los ocho compañeros con Angélica la Bella, se viene para la puerta; e dixo al rey Trufaldino, que a la ventana de la fortaleza estava:

—¡O, maldito traidor, renegado!, ¿piensas estar seguro dentro en esta fortaleza con tus traiciones? Sábeta que yo soy don Roldán, que con mi braço derecho e mi buena espada cortaré los fuertes candados d'estas puertas e aun las desfaré como si fuessen de vidrio, donde tus traiciones no te escaparán de mis manos do mueras mala muerte, tal que tú mereces.

El traidor de Trufaldino, que le oyó mentar e con tanta furia le hablava, ovo temor d'él; e díxole assí:

—Valeroso conde, no pienses que te tengo de abrir a ti ni a tu compañía si primero no me fazes pleito omenaje, como cavallero de Claramonte, de me no ofender tú ni otro por ti, antes me defender de quien perjudicar me quisiere; mas si esto hazes, luego te serán abiertas las puertas.

Don Roldán, que enojado estava, no quiso conceder en su demanda, antes con gran furia e desmedido coraje empezó a golpear las puertas, que espanto era de lo ver. Angélica la Bella, que todo lo avía oído, con los otros cavalleros que con ella estaban fueron a don Roldán, e muy afincadamente le rogaron que fiziese todo lo que Trufaldino demandava, el cual, no pudiendo negar el ruego de la que tan grande señorío tenía sobr'él, lo hizo de la manera que el rey Trufaldino lo demandó. E fecho que lo ovo, e dado su fe e palabra, luego les abrieron las puertas y entraron dentro, y empezaron de tomar algún refresco, que bien menester les hazía; e lo que del día

quedó e la noche en ál no entendieron sino descansar, fablando del gran poder y esfuerço del emperador Agricán, e cuán buen cavallero era, e cómo tan poderosamente se mantenía en la batalla, de que se quedavan espantados. El conde don Roldán, que sus golpes avía provado, más por entero que no sus compañeros conocía su fuerça e ardimiento, el cual dezía entre sí:

—¡O, Virgen Gloriosa, si por bien tuvieses que aquel Agricán recibiese en su coraçón tanta gracia de tu bendita mano que se tornase cristiano, que según su gran poder es, él con sola su persona bastava destruir toda la morisma!

Pues el fuerte Agricán, en su real do estava, no menos maravillado dezía del gran poder de don Roldán. Bien que sabía por fama el fuerte pagano quién era Roldán e las maravillas que d'él se dezían; mas como él entonces no lo conociese, quedava espantado quién era aquel que tanta destrucción en sus cavalleros avía fecho; e mirando sus principales cavalleros, sentíalos tan atemorizados de los golpes que a don Roldán avían visto dar, que fue causa de movelle a gran enojo; e a grandes bozes dixo:

—¡Juro por mis dioses de mañana en aquel día aver batalla con aquel cavallero fasta lo vencer o matar, o morir en el campo!

E luego que la mañana vino, armore de sus encantadas e fuertes ^{46v} armas, e tomando una gruesa y enervada lança, con un azerado y luzido fierro, cavalgó en el buen Bayardo, e vase a la plaça de la fortaleza; y puesto el cuerno a la boca, muy fuertemente le empeçó de sonar llamando a don Roldán, que levantado era e andava encomendándose a Dios de todo coraçón. Parose por ver quién era el cavallero que con tales estrenas de mañana venía, e viéndole con la imperial corona en la cabeça sobre el rico yelmo, conoció que era el fuerte Agricán, e luego se fizo armar de sus hermosas armas e cavalgó en Briador, su cavallo, e calada la puente de la fortaleza, con una gruesa lança en su mano, se viene para donde Agricán en su cavallo estava; e sin más palabra se dezir, arredráronse el uno del otro tanto quanto les plugo, e, bolviendo los cavallos, se viene el uno para el otro, las lanças baxas, y en el medio camino las fizieron menudos pedazos, e después se juntaron de los cuerpos de los cavallos, que cada uno de ellos más de cinco passos atrás tornó para caer; mas el cavallo Bayardo, que Agricán traía, no ovo menester mucho ser de las espuelas ferido, que, como era uno de los mejores del mundo, con gran furia saltó adelante como un ave. Briador, el cavallo de don Roldán, a gran pena se sostuvo de no caer, e

lo mejor que el conde pudo, le animó; [e] firiéndole de las espuelas, le hizo pasar adelante. Luego rebuelven los cavalleros el uno sobre el otro, las buenas espadas en sus vigorosas manos, e danse muy rezios golpes, que espanto era de los oír. Todos estavan los del castillo mirando la cruda batalla, espantados de ver solos dos cavalleros fazer tan gran ruido, ca eran los golpes tan a menudo del uno al otro dados, e tan fuertes e resonantes, que parecía estar allí cient herrerías martillando en los duros yunques. Una grande hora e más avía que los dos fuertes guerreros se combatían sin se hazer ventaja el uno al otro. Y el buen conde, que los ojos cara la fortaleza alçó y a la fermosa Angélica con los otros cavalleros sus amigos vido, que mirando estavan la batalla, ovo en sí vergüença de ver que un solo cavallero le durase tanto en el canpo, e tomando a Durindana con ambas las manos, se alçó sobre los estribos e dio al fuerte Agricán tan gran golpe sobre el yelmo, que el bivo fuego le fizo salir d'él con gran tempestad e, la corona de la cabeça fecha pedaços, le echó por tierra; e fue tal que el fuerte pagano quedó espantado, e llamando a sus dioses en alta boz, soltó el escudo, que embraçado tenía, e, a dos manos, dio tal golpe a don Roldán sobre el yelmo, que don Roldán pensó que una gran torre havia caído sobre él, e Briador assentó las dos rodillas en tierra, que levantar non se pudo sino con grande afán; mas no fue perezoso el valeroso conde en le responder, que, con ánimo fiero, apretó la espada con las manos, e dio tal golpe al emperador Agricán e de tanta fuerça que, si el yelmo no fuera encantado, le partiera fasta los arzones. El Emperador, que tal golpe recibió, a gran priessa enpeçó a llamar ayuda de sus dioses, diziendo entre sí:

—¡O, dios Macón! ¿Qué fortaleza es la d'este cavallero, que si d'estos golpes yo recibo, non llegaré a la tarde d'este día?

Los cavalleros que en la fortaleza estavan mirando la grande y golpeada batalla d'estos dos valientes guerreros, se quedavan atónitos y envelesados de ver tan reñida e golpeada renzilla, e dezían que en el mundo tal batalla de dos cavalleros se vio.

Capítulo xxix. Del socorro que el rey Galafrón fizo a su hija Angélica la Bella, e de lo que dende le avino.

Cuando el rey Galafrón supo la gran necesidad en que su hija Angélica la Bella estava, diose mucha priesa en cómo ^{47r} socorrerla pudiese. E ayuntó grand cavallería, assí de la paga de sus tesoros, que tenía assaz, como de dos personas de alta manera, grandes amigos suyos, aunque lexos estavan, de forma que con el rey Sacripante a los principios no pudieron venir por ser apartadas mucho sus tierras de aquella partida, a lo menos agora que pudieron, vinieron con las más luzida gente que fallaron; e juntáronse con el rey Galafrón, el cual, aunque viejo e de mucha edad, no rehusó, con el amor entrañable e paternal, de se vestir armas e poner la vida por la hija que tanto amava. E como en su ayuda vino la gente que vos dezimos, ovo muy sobrado plazer viendo tal ayuda e a tal necesidad, ca sabed que venía el rey Arquiloro de India con muchos indianos bien e luzidamente armados. Este Arquiloro era un gigante de estraña grandeza, todo negro, e muy armado; cavalgaba sobre un disforme e rezió animal, asaz grande e feo; traía en sus manos por arma un gran martillo de fierro, de la una parte llano, e de la otra una punta muy gruesa e bien aguda, y este martillo meneava el gigante Arquiloro con tanta presteza, que parecía una ligera espada en mano de un esforçado cavallero; no bastava arma, por encantada que fuesse, que no la desmenuzase con él a ella e al cavallero como si de vidrio fuesen. Este gigante que oís traía la primera escuadra de sola su gente; y en pos d'él venía con la segunda una reina de aquellas partes do Arquiloro era, llamada la linda Marfisa.

E sabed que esta donzella era del linage de las amazonas, la más esforçada e valiente persona del mundo. E sienpre fue su desseo passar a estas partes por cunplir una promesa que avía fecho, la cual era de no parar fasta prender o matar tres reyes: el uno era el rey Gradaso, que, como arriba oístes, puso en tal estrecho a España y a Francia; y el otro era el potente rey Agricán; y el otro era el emperador Carlomagno de Francia. Y esta promesa fizo a sus dioses esta valiente y esforçada donzella confiando en sus estremadas fuerças e ardimiento, porque era tal que, sin falta, desde donde el sol nasce fasta donde se pone no se fallava armada otra tan valiente persona ni de tanta ligereza, que admirable cosa era de ver, que armada de todas sus armas corría por un canpo como una ligera zebra. E porque adelante veréis sus maravillas,

no quiero aquí detener más en contaros d'ella, salvo que, cuando vio que el rey Galafrón quería romper en sus enemigos, se salió de su gente e se fue muy lexos de las batallas a una luzida fuente que en un raso campo estava, e consigo una donzella en un palafren, que la lança y el yelmo le llevaba. E como a la fuente do tanta frescura avía llegó, apeose de su fuerte e gran cavallo, y echose sobre su escudo a la sombra de una haya que allí estava, e dixo a su donzella:

—Ten aviso de me llamar cuando veas que la gente del rey Galafrón es desbaratada, porque yo sola quiero vencer todo el canpo, que, si en su compañía le venço, non se me dará a mí la honra de la vitoria. Por ende, está alerta desque desbaratar la veas a me llamar.

E callose, que más no fabló; e allí se adormeciò tan descuidadamente como si cosa alguna no oviera de fazer.

E dexándola como oís, vos diremos del rey Galafrón, que, con la mayor grita del mundo, entró entre sus enemigos, que a vanderas desplegadas a recibirle salieron. Angélica la Bella, que en la torre alta con los ocho cavalleros estava mirando la golpeada batalla del conde don Roldán y el emperador Agricán, alçó los ojos e vio entre muchas otras vanderas las del buen rey Galafrón, su padre, la cual era toda negra e un gran dragón de oro en medio. E assí como la vio, dixo a los ocho buenos guerreros, los cuales prestamente ^{47v} se armaron para que, si menester, fuesse su ayuda; e como después de armados vieron los estraños golpes del gigante Arquiloro que a sus enemigos dava, de cada uno matando un cavallero, estuvieron quedos, maravillándose de la gran destrucción que en los de Tartaria fazía; e dixeron que si la burla durava un poco, sin que resistencia le hiziessen, que le daría cabo a la batalla. Fue tanta la destrucción que aquel desaforado gigante en los de Agricán fazía que dava a los suyos e a los del rey Galafrón ánimo para vencer, e a los contrarios le quitava las fuerças de pelear. Y de tal manera el viejo rey Galafrón esforçava a los suyos que, con su esfuerço e con la gran destrucción que el gigante Arquiloro hazía, no parava hombre con hombre, aunque de gran cuenta fuesse, porque resistir al gigante les parecía cosa impossible. Mas el rey Uldano y el rey Polifermo, allegados a sí muchos cavalleros, todos juntos se van contra Arquiloro, el cual, como contra sí los vido venir, no les rehusó la batalla, antes con arrogante coraçón se los espera, e los valientes reyes bien a su plazer lo encontraron, de tal poder que bien pensaron echarlo por tierra; pero por más que los dos encuentros fueron poderosos, no le

movieron punto de la silla, antes al passar de la furiosa carrera dio con el pesado martillo a Polifermo que lo derribó del cavallo sin ningún sentido; e con tanta presteza rebolvió sobre el rey Uldano, que le alcanzó por las espaldas un gran golpe, que molido le echó del cavallo abaxo. E passando por ellos con furia de un dragón, empieça a asolar a todos los que topava; e ya no fallava con quien exercitar pudiesse su fuerça ni executar su furia, que todos le avían temor como a la propia muerte. El rey Agricán de Tartaria, que emperador se nonbrava, estando en la fuerte batalla del conde don Roldán, que apenas ventaja entre ambos se conocía, vio cómo su gente se desbaratava, e de tal manera que ya iva casi de fuida, a lo menos por donde el gigante se fallava. E como esto vido, dixo assí, teniéndose de ferir al valeroso conde:

—Valeroso y esforçado cavallero, el mejor que armas vistió, pídotte que me otorgues una gracia que bien menester me faze, si alguna virtud en ti mora, e por la vida de la cosa del mundo que más amas, que partamos por el presente nuestra batalla, pues vees desbaratar mi gente por falta de caudillo; e si mi amistad quieres por te tener en mi compañía, desde aquí te doy el reino de Moscana, que es en el mar de Rosia, que era de Radamanto, el cual tú mataste en la primera entrada que aquí heziste; e sábette que era el que tú de un golpe hendiste, que las armas defender no le pudieron. Y esto te doy porque creo que non ay en el mundo cavallero que ventaja te faga ni te passe de bondad.

El conde don Roldán, aunque lleno de enojo y de grand furia, no dexó de se aver con él caballerosamente, e díxole assí:

—Esforçado Agricán, no era de fazer en batalla de dos cavalleros lo que yo fago contigo, antes era de pugnar de dar fin a ella; mas porque tú veas que yo te tengo en mucho, yo te suelto la batalla presente, e la dádiva con que me conbidaste yo te la tengo en gracia, ca sepas que ni vine a estas partes por ganar riquezas ni conquistar reinos, antes vine por una cosa sola, la cual, si yo gano, assaz seré bien aventurado. Por ende, ve cuando quisieres a socorrer tu gente, que yo espero de me provar contigo más por entero que agora.

—Esso te prometo yo —dixo Agricán— que sea mañana en aquel día; e yo sabré quién eres más enteramente, aunque harto he alcanzado al presente.

Y esto diziendo, buelve la rienda al buen Bayardo, que una saeta parecía; y empeçó de recoger toda su gente, que muy disgregada estava; e fecha que ovo de la más d'ella una muy concertada batalla, tomó la delantera, que con gran alarido se

mete entre sus contrarios al más correr de su cavallo, ^{48r} con una gruesa lança en la mano, diziendo: «¡A ellos, a ellos, que no valen nada!».

E antes que la lança quebrase, derribó en tierra más de diez cavalleros muertos e d'ellos mal feridos, e puso mano a su afilada espada, e discurriendo por unas partes e por otras, faziendo estrañas cosas, tales que a los enemigos ponía gran pavor e a los suyos animava. E andando entre lo más espeso de la batalla, vido cuánto mal el gigante Arquiloro fazía a su gente, e poniendo el espada en la baina, tomó una enervada lança e muy gruesa, y endereça contra Arquiloro, que el fuerte escudo ante⁵⁴⁵ los pechos tenía; e como venir le vido, no fizo mudamiento, antes le espera, como quien entendía de le dar presto la muerte, pensando que era como uno de los otros que ante sí fasta allí avía fallado; y el poderoso Agricán quebró su lança en él como si en una torre encontrara e, con la espada en la mano, rebuelve sobre el gigante, e dávale muy pesados golpes e muy a menudo, de forma que, aunque el gigante le quería ferir, la mucha destreza e ligereza de Bayardo librava al emperador Agricán de los pesados golpes del fiero gigante; e como el pesado martillo, que un yunque de ferrero parecía, diese tantas vezes en vago, atormentávase el gigante sus rezios braços, que más pena sentía d'ello que recibir los golpes de Agricán; e movido a gran ira, dexó el escudo a las espaldas, e tomó el martillo a dos manos e fuesse a Agricán por le dar un golpe; mas el diestro cavallo passó presto a su señor adelante, de manera que el martillo, que a caer sobre Agricán venía, dio en vago; y con tanta fuerça era dado que el cuerpo del gigante fue tras el vano golpe, que no se pudo endereçar tan presto ni alçar el pesado martillo, que fue causa de su muerte, la cual Agricán le dio rebolviendo sobre él prestamente, e con la cortadora espada le dio tal golpe en las dos manos, que asidas al martillo tenía, que se las derribó por tierra. E como este golpe el potente Agricán ovo fecho, no curó más d'él sino, dexándolo a la gente villana, que lo acabó de matar, se mete entre sus enemigos, faziendo tal estrago en ellos, que ya no parava cavallero con cavallero, ni hombre con hombre, de manera que la gente de rey Galafrón desmayava a más andar. El viejo rey Galafrón con gran afán la detenía e con harto trabajo la tornava, mas aunque más trabajava, no la podía así concertar, que los golpes de Agricán, que como un ave a unas partes e a otras andava, osassen esperar. La hermosa dama Angélica la Bella, que la batalla estava mirando, no pudiendo sufrir el peligro en que a su querido e viejo padre vía e

⁵⁴⁵ antes To ¹⁵²⁵.

a todos sus cavalleros, fuesse con llorosos ojos delante del buen conde don Roldán, e díxole:

—¡O valiente y esforçado guerrero! Ruégote, por el amor que a mí tienes, socorras a mi padre en tanta necessidad, pues otra no es tu costumbre sino socorrer los menesterosos.

No hovo menester el buen conde ser más rogado de aquella que más poder tenía sobre su coraçón que él mismo, que luego que assí la oyó, sin se más detener, se va a hazer su mandado. E poniendo las piernas a Briador, se metió por las gentes del rey Agricán, hendiendo por ellas como el bravo toro por los temerosos peones que le esperan, e passa por ellos, y empeçó a caudillar la gente del rey Galafrón. Donde le dexaremos, por contar lo que avino al buen Renaldos, que a la Fuente de la Montaña halló el cavallero que vos deximos arriba.

Capítulo xxx. De lo que a don Renaldos acaeció con el cavallero que en la Fuente de la Montaña vido.

Ya se vos ha contado cómo don Renaldos de Montalván se iba su camino después de aver perdido su donzella por ^{48v} manos del Centauro, desseando de verse en la casa de Dragontina, donde su primo don Roldán e los otros ocho cavalleros encantados estaban. E andando por su camino, vido un luzido cavallero, asentado cerca de una fermosa fuente que en la montaña estava, ricamente armado e su fermoso cavallo cerca d'él, el cual estava sospirando e llorando muy agramente, diziendo:

—¡O, esforçado amigo y en amor más que hermano! ¿Qué será de ti? ¿Cómo te podré ayudar en tanta necessidad como tienes? ¡O, sin ventura de mí! ¿No avría yo tanto bien que pudiesse morir contigo? ¡O, cuán bienaventurada sería mi muerte cobrando la vida tuya! ¡O, cuán dichoso sería el peligro mío que de tanto dolor te escusase!

El esforçado cavallero don Renaldos de Montalván que lo oía, aunque del todo no alcaçava a entender las razones, bien creía que era grande su passión; e con lástima que d'él ovo, apeose de su cavallo y empeçole a consolar lo mejor que pudo, diziendo:

—¡O, buen cavallero, déxate de lamentar tan agramente, ca en los casos de fortuna se pruevan los nobles corazones!

El lastimado cavallero, que esto oía, alzó los ojos e vido al buen Renaldos de Montalván que las consoladoras palabras ya dichas le hablava, e díxole:

—Buen cavallero, Dios te galardone el buen amor que me muestras e me dé gracia que te lo pague. Sábeta que mi mal es de tal calidad que más me faría alegre la muerte que otra cosa, pues por mí la padece quien me querría dar la vida.

Don Renaldos, que tan lastimado le vio de pasión, le rogó muy afincadamente le dixesse la causa d'ella; el Cavallero de la Fuente, que con tanta instancia se vio rogar, dixo así:

—Piadoso e buen cavallero, aunque para mi necesidad ningún ayuda de ti cobrar pueda, por solo te conplazer, te contaré la causa de mi grand tristeza. Sepas, buen cavallero, que un hermano solo tengo, el cual, allende de serle obligado por el tan cercano parentesco como por ser hermano, le soy en mucho cargo por me aver librado de la muerte por dos vezes, poniendo su vida al peligro d'ella por mí. E viniendo este mi hermano, que Prasildo ha por nombre, por este camino, fue por gran engaño llevado a un áspera prisión donde muchas donzellas e cavalleros ay de contino presos por diversos engaños; y estos prisioneros han de ser por suertes llevados a la Casa Deleitosa, donde está la encantadora Falerina, la cual es amiga del Rey de Organa. Esta casa de Falerina está guardada de tal manera, que de todas partes la cercan altos e muy espantosos alpes; e la parte llana, por donde ella se manda, que de muy fermosas y entretalladas portadas está guarnecida, tiene en guarda un espantoso e grande dragón, que de otra cosa no se mantiene sino de carne humana; e para este dragón son levados, de ciertos a ciertos días, dos donzellas o dos cavalleros de los que por engaño en la fuerte casa de la puente están presos, y estos son a quien por su desventura caen las suertes. E como mi hermano sea uno de aquellos prisioneros, estoy aquí a lo esperar cuándo le llevarán, ca he visto, el tiempo que aquí esperando he estado, llevar a otros cavalleros e donzellas, e no he visto a mi hermano, por que yo he determinado de me no partir de aquí fasta lo ver, que cuando levar lo vea, por le librar, fazer todo mi poder, o perder la vida, lo cual soy cierto que la perderé antes que libertarlo pueda.

—¿Por qué? —dixo don Renaldos—. ¿Tanta gente aconpaña a los presos que a la Casa Deleitosa llevan que dudas de lo librar?

—No son muchos —dixo Iroldo, que assí se llamava el Cavallero de la Fuente —, mas va a los levar un terrible y espantoso gigante, que se llama Ascarión el Espantable, el cual es de tal grandeza y de tal fuerça, que pienso que, si cien cavalleros contra él viniessen, a todos daría la muerte; e quando va con los presos que al dragón lleva, póngome en las ^{49r} espessas matas que en estos riscos ay e de allí miro su espantosa vista, que de solo mirarle pone espanto.

Don Renaldos, que atentamente oía lo que Iroldo le contava, dixo con un suspiro:

—¡O, malditas sean las falsas encantadoras que tanto mal hazen de contino a los cavalleros andantes e a las delicadas donzellas! E desde agora, buen cavallero, te me ofrezco por amigo y verdadero hermano, y te prometo de me no partir de aquí fasta tanto que demos libertad a tu hermano Prasildo e hagamos de manera que pongamos enmienda en tan gran crueldad para adelante, o moriré en la demanda.

Mucho agradesció Iroldo la buena voluntad que don Renaldos de le ayudar le mostrava; mas como el vencer al gigante tenía por impossible, díxole assí:

—Muy en cargo te soy, buen cavallero, en te querer assí por mí ofrecer a la muerte; mas pídotte que, por merced, se te quite tal pensamiento, porque, aunque don Roldán o don Renaldos, su primo, aquí estuvieran, no osaran tan gran fecho acometer; por lo cual, te pido de gracia vayas a la buena ventura, que en pago de la buena voluntad que me as mostrado te doy tan sano consejo, que a mí es necesidad fazer lo que hago, pues lo devo fazer, e a ti te sería mal contado ponerte a la muerte, que escusar no puedes sin causa.

Don Renaldos le dixo:

—Yo no soy don Roldán, mas cualquier que sea no faltará punto de lo que he dicho, ca mucho obliga la virtud de los cavalleros ponerse a la muerte por liberar y dar la vida a los menesterosos.

Estas palabras hablando, oyeron ruido de gente que por el camino venía, e bolviendo la cabeça, vieron al fiero y espantoso gigante que con tres cavalleros venía, armados él y ellos, e traían en dos palafrenes atados una donzella y un desnudo cavallero, los cuales agramente venían llorando, e como Iroldo los vido, sin más palabra hablar, se fue a su cavallo e, sin llegar el pie al estribo, cavalgó en él. Don Renaldos, que con tal ligereza le vido subir armado en el cavallo, preciolo

mucho, ca bien creía que era cavallero de mucha estima, e assimesmo don Renaldos cavalgó en el suyo, e dixo al Cavallero de la Fuente:

—Señor cavallero, si quieres que nos aprovechemos d'estos malvados carniceros fazed assí: que vós, con varonil esfuerço, acometáis a los tres cavalleros e me dexéis con el gigante, que, si por bien es, yo os daré cabo d'él como de otros, con la ayuda de Dios, he hecho.

Y ellos estando en esto, el gigante dio de las espuelas a su cavallo e con perezoso passo se viene donde los dos cavalleros estavan, ca el cavallo, aunque era grande en demasía, no le podía sin mucha pena traer sobre sí, que casi las puntas de los pies llegavan a la tierra. E como juntó con ellos, con una fiera e dessemejada catadura, que la visera alçada del gran yelmo se le parecía, dixo:

—¡Mal aventurados cavalleros, apeaos e daos a la prisión, sino muertos sois!

Don Renaldos le dixo:

—Tú eres verdaderamente malaventurado, pues eres venido a lugar donde perderás la vida y el ánima con ella.

E diziendo esto, baxó la lança, e con una gran boz dixo:

—¡A los otros, buen cavallero, que d'este yo vos libraré, plaziendo a Dios!

E fuese a ferir al desmesurado gigante, e dióle tan grande encuentro, que le fizo doblegar sobre las ancas del cavallo, y el cansado y gran cavallo arrodilló con él, pero luego, aunque con gran pena, se levantó, lo que otro cavallo no fiziera. El gigante, que tan terrible encuentro recibió, quedó como espantado, mas descolgando una porra de fierro llena de puntas que del arzón traía colgada, se fue para don Renaldos, que sobr' él, la espada en la mano, rebolvía, e alçó la grande e ferrada porra por le dar, mas el muy ligero cavallo Rubicano, que en un lugar jamás descansava, ^{49v} fizo que el golpe fuesse en vazío; e don Renaldos, al passar, vido la visera del gran yelmo, que como era en demasía grande, estava ancha e abierta, e pensó que por ella, con ayuda de Dios, le quitaría la vida; e bolvió contra el fiero gigante la espada alta por le ferir, mas el gigante alçó para le alcançar de un golpe, pues del primero se le avía escapado, e tan presto se juntó don Renaldos con él que, casi con manos e todo, le alcançó un fiero golpe sobre el yelmo, de que don Renaldos recibió gran tormento; mas con gran destreza puso por obra lo que avía pensado, e metió la punta del espada por la visera al fiero jayán, que hasta los sesos le metió el espada por entre los dos ojos, de manera que, con la mortal ferida e cruel dolor, cayó

el gigante del cavallo abaxo, y, el un pie dexando en el estribo, le llevó el gran cavallo por el campo arrastrando fasta que murió. E de allí miró fazia donde los tres cavalleros venían e vido cómo Iroldo lo fazía muy esforçadamente, que ya el uno d'ellos tenía en tierra, que de la gran caída más no se pudo levantar, y el cavallo, cayendo sobre él, le avía muy mal atormentado; e los otros dos avían muerto el cavallo a Iroldo e pugnaban por le traer a la muerte, mas Iroldo lo fazía tan bien e se sostenía con ellos con tanto ánimo, que maravilla era de lo ver; mas el buen Renaldos de Montalván, que más detenimiento no quiso con aquella mala gente tener, <e> llegose al uno de los cavalleros e diole tal golpe con Fisberta, su buena espada, que muerto del cavallo abaxo le echó, de lo cual el otro, muy espantado, quisiera fuir, mas Iroldo le mató al cavallo e acabó de matar a él. Aviendo fecho fin a esta batalla, Iroldo miró cara los presos que ligados estaban en los palafrenes, e conoció a su querido hermano Prasildo, e los braços abiertos, con muchas lágrimas de entrambos, se abraçaron, e assí estuvieron un rato sin se poder fablar, tanto era el plazer que la vista del uno al otro causó. Después Iroldo, que a su hermano desligado avía, dixo:

—¡O, mi querido hermano, quien assí os llevaba no vos quería tanto como yo!, mas, pues libertad e vida havéis cobrado, dad las gracias aquel famoso y esforçado cavallero que os ha librado, sin la ayuda del cual muriéramos entranbos.

Y ellos dos, juntamente con la donzella que presa iva, se fueron a don Renaldos, e puestos de rodillas, le dixeron:

—El alto dios Macón, que tanta fuerça e esfuerço te dio, nos dé gracia que contino te servimos la gran merced que nos has hecho.

Él, que vio que de tal manera las manos puestas le adoravan por Mahoma, apeose del cavallo, e hízoles levantar, diziendo:

—Hermanos míos, ni Macón ni Mahomet pueden dar gracia ni fuerça ni ardimientos a ninguna cosa, antes las desfazen y engañan, faziendo perder las bienaventuradas ánimas que se podrían salvar si el verdadero conocimiento del soberano e immenso Dios, por cuya sangre fueron redemidas e compradas, truxesen, las cuales, si esto no miran e conocen, e creen bien e verdaderamente de bienaventuradas que son por ser fechura de Dios, se tornan malaventuradas por creer que son fechura de Satanás.

E tales e tan verdaderas e devotas cosas el buen cavallero les dixo a todos tres, que ya otra cosa no desseavan sino ser verdaderos cristianos e bivar e morir en la

santa e verdadera fe católica, e más cuando les dixo que él era Renaldos de Montalván e que, si fuerças tenía, era por ser cristiano, que, si no lo fuesse, creía perderlas, diciendo cómo las corporales fuerças no quitan el ánima de perdición sino las espirituales, que del amor e verdadero conocimiento de Jesucristo nuestro redemptor resultan. E dichas estas cosas e otras muchas, que por evitar prolixidad dexo d'escribir, ^{50r} todos tres cavalleros⁵⁴⁶ le piden, por el amor que a Jesucristo tiene, los quiera baptizar, que ya otra cosa no era su desseo, porque si desde adelante otros peligros les acaeciessen, aunque los cuerpos peligrassen corporalmente, no pereciessen sus ánimas eternalmente. E luego don Renaldos los llevó a la fuente que allí estava e los baptizó en el nonbre del Padre, e del Hijo, e del Espíritu Santo, tres personas e un solo Dios verdadero. E como mejor a la donzella mirasse, vido que era aquella que el centauro avía llevado y echado en la corriente del río, e ovo tanto plazer que fue maravilla; e de las armas de los tres cavalleros fizo armar a Prasildo; e de allí, todos tres fablando, se empearon a ir por su derecho camino.

Capítulo xxxi. De la batalla cruel e muy reñida que el buen Renaldos de Montalván⁵⁴⁷ ovo con la reina Marfisa, que a la sonbra de la haya dormiendo estava.

Yendo por el camino los tres cavalleros e la fermosa donzella, fablando de diversas cosas, acertaron a hablar de la Casa Deleitosa donde a ellos llevavan, e cómo la malvada Falerina usava de tanta crueldad, faziendo morir muchas donzellas e cavalleros en poder de aquel espantoso dragón; e fue tanta la manzilla que don Renaldos ovo de oír tal y tan continua crueldad, que deliberó de ir a la Casa Deleitosa e pugnar por la destruir; e cuando la fermosa donzella de Brandimarte vido su determinada voluntad, quísole apartar de tal propósito, e díxole assí:

—Señor cavallero, yo tengo mucha noticia por oídas de aquella Deleitosa Casa de Falerina. E sabed, señor, que es uno de los malvados e diabólicos encantamentos que jamás en el mundo se fizo, tal que todo el mundo no bastaría a lo destruir por fuerça de armas si por arte no lo destruyesse; e porque mejor creáis lo que digo ser verdad, sabed, señor, sin falta, que la casa tiene, antes que a ella puedan

⁵⁴⁶ López de Santa Catalina comete error en la enumeración, ya que no son tres caballeros, sino los dos hermanos Prasildo e Iroldo y una doncella.

⁵⁴⁷ monteluan To ¹⁵²⁵.

entrar, dos puertas de un blanco mármol, entretalladas de muy estrañas pinturas e de muy sublimada lavor; e a la primera puerta está un dragón, d'estraña e desmesurada grandeza, que jamás duerme; mas, sienpre velando, guarda la puerta, de tal manera que, al que dentro ha d'entrar primero, le conviene pelear con él, e como imposible sea vencerle ningún cavallero, en chico espacio se le come fecho mil pieças; e mas vos digo, señor, que si alguno viniessse que por caso de aventura matasse este espantoso dragón, harto más le quedava que fazer para dentro en la casa entrar, que a la segunda cerca de la otra bien labrada puerta está allí, en la guarda d'ella, un gigante muy ricamente armado e de las más fiera grandeza del mundo. E sabed, señor, que fecha la batalla con el dragón, aunque de allí adelante no queráis pasar, vos conviene ir adelante, ca las puertas se cierran de tal arte que no puede salir el que una vez aya empeçado batalla, do le cumple entrar a dentro e acavarlas todas o morir; y el gigante que vos digo, fecho por encantamiento, es de tal arte e manera que, puesto que hombre alguno le venciesse e matasse, de la sangre que del gigante cae en la tierra salen dos tan fieros gigantes como el primero, e si aquellos dos mueren, de la sangre d'ellos nacen cuatro e de los cuatro ocho, e d'esta manera se multiplican fasta crecer en gran número. Pues ved, mi buen señor, ¿quién bastará a dar cima a tan estraño encantamento? E sabed más, que aunque por ventura estas dos estrañas aventuras del dragón e del fiero gigante se venciesen, aún queda más de acabar, que a la salida de la portada de la puerta, que para la entrada de la deleitosa casa está, ay un animal, todo de fojas de azero cubierto muy gruesas, fecho de grandeza de un cavallo, e las uñas de los ^{50v} pies muy cortadoras, y en la frente un cuerno muy fuerte, más que azero, de una braça en largo, que no vale contra él armadura alguna que la no passe como un lienço delgado e no ay arma, por fuerte ni tajante que sea, que le baste a ferir. Y esto, señor, vos he contado porque veáis si vos cunple tomar tal demanda o seguir otro partido donde más honra ganes e menos peligro tengáis, ca según en esta casa son muertos de notables cavalleros, más verdaderamente se podría llamar la Casa Infernal que no la Casa Deleitosa. E si gran ardimiento e bondad, señor, quieres mostrar, assaz será gran cosa sacar los notables cavalleros que en la casa de Dragontina están encantados, pues, señor, sabés que me lo prometistes cuando la batalla con el gigante ovistes a la puerta de la cueva donde sacastes el buen cavallo que traéis; y pues a ello, señor, por vuestra bondad os obligastes, devéis de lo cunplir.

Esto dezía ella no sabiendo cómo ya la casa de Dragontina era desfecha, como arriba vos contamos, por virtud del anillo de Angélica la Bella. Oyendo esto el buen Renaldos, estuvo un rato pensando, que respuesta a la donzella no tornó; mas desde a un rato habló d'esta manera:

—No me quitan del pensamiento esos espantosos passos la voluntad que tengo de ir a la Casa Deleitosa de Falerina, porque cuanto mayor es el peligro tanto más honra se gana; e de otra parte, la fe que a vós, hermosa señora, os di, me constriñe a cunplir mi palabra; mas yo prometo a Dios que, si la palabra que os di cunplo, de por cosa del mundo no dexé de ir a essa Casa Deleitosa y entrar dentro o morir en la tal demanda.

E fablando todos cuatro en las cosas que más les agradavan, no cesan de caminar por llegar donde la Casa del Olvido estava. E un día, passando las llanuras de aquel desierto, ya casi a medio día, vieron por el camino cara ellos venir un cavallero medio desbaratadas las armas y el cavallo que apenas le podía llevar, que bien demostrava su cansancio que havía de algún trabajo salido; e de que con ellos emparejó, enpeçole a preguntar el buen Renaldos la causa de su apresurado andar. El cavallero, con una pavorosa boz, le empeçó a dezir:

—No sé qué vos responda sino que mal aya el amor que el rey Agricán ha tomado por Angélica la Bella, la fija del rey Galafrón, que ha sido causa de tantas e tan desesperadas muertes e crueles guerras; e después que se puso el cerco sobre la villa de Albraca, he visto morir cavalleros que dolor es de lo dezir, ca en las prósperas batallas que ovimos los de Tartaria contra el rey Sacripante le matamos, no sin mucho daño de nuestras gentes, todo o casi su ejército, salvo los que a la alta fortaleza se recogieron, e aun después, en una salida que al campo de la villa fizieron, matamos casi todos los que avían de la primera batalla escapado, e agora la contraria Fortuna ha buuelto su rueda, que la dama, solos con nueve cavalleros que en la fortaleza tiene, nos ha fecho tanta guerra e tanto estrago, que espanto es de lo oír, entre los cuales yo he conocido al rey Balano, e a Brandimarte, e a Oberto del León, mas no conozco un soberano cavallero que entre estos nueve anda, que ha fecho cosas tan estrañas, que no se pueden dezir ni creer los que mató de la primera escaramuça, que él solo con su brazo derecho ha muerto al gran Radamanto, e al fuerte Saritrón, e otros cinco reyes que en ayuda del emperador Agricán, rey de Tartaria, venían; e por la verdad que como cavallero devo dezir, que le vi de un solo

golpe cortar cercén por medio del cuerpo, junto a los arzones del cavallo, al rey Pandragón, uno de los valientes cavalleros de toda la Tartaria; y porque esto he visto por mis ojos, lo oso aquí contar, que si lo oyera yo dezir todo lo [que] he visto no lo creyera ni lo contara; e porque lo vi, no me he querido entremeter más en tal batalla, antes me voy huyendo ^{51r} para mi tierra, e aún pienso que aquí de aquel diablo y de sus conpañeros no estoy seguro. Por ende, a Dios quedéis, que yo me vó mi camino.

Mucho se maravilló Renaldos de lo que oyó al cavallero e los que con él ivan, de donde sacaron por razón que ya los cavalleros serían libertados de la casa encantada de la falsa Dragontina y que el que tales maravillas fazía sería el conde don Roldán, pero no alcançaron cómo o de qué manera fuessen librados ni por qué arte. E todos cuatro, de una voluntad, concertaron de lo ir a ver si era verdad, e con este acuerdo, se van por el camino do el cavallero huyendo avía venido. E ya que juntos fueron al gran río de Drada, vieron a la sombra de un árbol un cavallero armado de todas armas muy cunplidamente e una donzella que el cavallo de diestro le tenía como que esperaba que el cavallero suviese en él; e como más cerca se llegaron, Flordelisa, la donzella que en conpañía de don Renaldos e de los dos hermanos venía, dixo:

—Si no me engaño yo, e la sobrevista de las armas no me niegan la verdad, vos fago, señores, saber que aquel que veis que pensáis que es cavallero no lo es, antes es la reina Marfisa, que en todo el mundo su fama resuena por ser una de las más fuertes y ligeras personas del mundo, tanto que, si me creéis, sería bien que tomásemos otro camino por donde yo's podría guiar y dexásemos este, porque no se falla mayor fuerça en ningún cavallero del mundo; e quien la mala muerte no quisiere morir, tome mi consejo, si no, con el cruel peligro de su batalla, dará crédito a mi sano consejo.

Con gran risa començó don Renaldos a se reír, dando muchas gracias a la donzella por el consejo que les dava, e dixo riendo:

—Fermosa donzella, quien su vida quisiere guardar siga vuestros consejos, ca ellos son tales para que mucho bivan los cavalleros que os acompañaren; pero yo, que la vida tengo en poco, por la fama conquistar, quiero provar esta maravilla que oyo.

E afirmándose en la silla lo mejor que pudo, empeçose a perceber a la justa, rebolviendo con furiosidad el su ligero cavallo; e assimismo los dos hermanos no

pensavan en otra cosa sino en poner su vida donde la pusiese el su buen amigo que con ellos iva e de tal afán los avía librado. E ya que era tiempo de se fazer seña de justa, el buen cavallero e la hermosa donzella Marfisa vieron un cavallero viejo desarmado, que con obra de XX cavalleros de guarda venía, e llegose a la linda Marfisa e díxole:

—¡O alta señora! Tiempo es ya de tu socorro e ayuda, que la gente del rey Galafrón es desbaratada e el gigante Arquiloro muerto, que su desmesurada fuerça ni su fuerte martillo no le valieron. Por ende, señora, mira lo que debes fazer, que lo que tengo dicho es verdad.

Mucho se maravilló Marfisa de ser Arquiloro muerto, mas dixo al cavallero:

—Esperad un poco, que yo seré muy aína en el canpo, que quiero estos tres cavalleros, que a la justa se aparejan, dároslos en la prisión antes que de aquí vaya.

E con un ánimo feroz rebuelve su cavallo, e la visera alçada, con gran boz desafía todos tres cavalleros, como aquella que los tenía en poco. Prasildo, que muy ardid cavallero era, suplicó a don Renaldos la primera justa le concediesse, el cual le quiso en aquello conplazer, diziendo que fuesse como él mandase; e Prasildo fincó las espuelas a su cavallo e, la lança baxa, se fue para Marfisa, que ya al más correr de su cavallo venía, e dióle tal encuentro, que la lança fizo bolar en menudas pieças e no le fizo otro mal; mas Marfisa le dio tal golpe, que del cavallo abaxo, sin ningún sentido, le derribó. Iroldo, que el cruel encuentro de la dama vido e cómo los XX hombres armados que con el cavallero viejo venían le prendieron luego a su hermano, con furioso correr se dexó venir cara Marfisa que al encuentro le salía muy poderosamente; e ni más ni menos que a su hermano lo derribó la poderosa donzella por tierra; luego fue en compañía d'él puesto por mano de los dichos veinte cavalleros ^{51v} que allí a la sazón estavan; y la hermosa donzella Marfisa, que los dos hermanos vido assí sin mucho trabajo derribados, aparejose para venir al tercero, creyendo fazer d'él como d'ellos avía fecho. Mas de otra manera le avino, según veréis adelante.

Esta dama Marfisa traía una gruesa e muy fuerte lança toda nervada, traía el escudo de un fino azero grueso, el canpo azul, e una corona por devisa fecha tres pedazos, e traía por cimero un dragón verde la boca abierta que echava fuego por ella; e sabed que las armas y el cimero eran fechas por nigromancia e de tal arte que, cuando furiosa andava la dama por alguna rezia e muy reñida batalla, parecía que el

dragón echava verdaderamente fuego por la boca, e hazía tan gran ruido, que espanto era de lo ver e oír. Y d'esta manera la valerosa Marfisa era armada e su gran cavallo por el consiguiente. E allende de ser las armas del arte que oís, eran las más ricas del mundo, y el cavallo el mayor de cuerpo que jamás se vio, sobr'el cual la furiosa donzella se mueve a la justa del buen Renaldos con gran ímpetu e tenpestad, el cual de la otra parte estava esperando cuándo la potente y fermosa dama moviese e una gruesa lança en la mano; e como la vido mover, con un corazón de fuerte león viene contra ella como fulminante trueno, y en medio de la carrera se dieron tan estraños e poderosos encuentros, que el uno del otro quedó espantado, ca la fuerte dama dio el buen Renaldos tan gran golpe, que la lança se fizo menudos pedaços, de lo cual quedó ella tan espantada cómo la lança se quebró como si otra cosa de más admiración fuera. El buen Renaldos punteó su lança al yelmo de la dama, pensando⁵⁴⁸ de la hazer por allí mayor daño, que la lança fizo pedaços e no movió de la silla a la donzella más que si no la encontrara, de lo cual él quedó maravillado; e la dama, de que vio al cavallero en la silla e su azerada lança quebrada, maldixo al dios Macón e a cuanto poder tenía, blasfemando d'él como de un vil perro, sintiéndose afrentada e teniéndose en poco cómo, siendo tan fuerte lança quebrada, el cavallero quedava firme en la silla; e sin más fablar, pone mano a un espada que traía e viénese para don Renaldos, diziendo:

—¡Spera, spera, ribaldo! Veré si estás clavado con arte en esta tu silla, que yo te entiendo fazer pieças con mi espada.

Don Renaldos callava a todo sin respuesta tornar, salvo una palabra diziendo:

—Responderte ha mi spada dándote el castigo de tus locas palabras, que yo no devo responder a locas mugeres.

E diziendo esto, diole un golpe por cima del encantado yelmo que la dama traía que la cabeça le fizo baxar, batiendo diente con diente; mas aunque el golpe fue grande, no quedó sin respuesta, que Marfisa le dio otro encima del suyo que la sangre le fizo salir por las narices; y don Renaldos, que tal golpe sintió, dixo:

—¡O, Santa María e valme, que jamás tal golpe recibí sino de mano de don Roldán mi primo!

Y con gran coraje echa el escudo a las spaldas e toma a dos manos a Fisberta e vase para Marfisa, que la espada traía alta por lo ferir, e descargó tal golpe sobre la

⁵⁴⁸ pesando To ¹⁵²⁵.

spada de Marfisa, que en el camino con la suya cruzó, que por medio la cortó como si de destenplado fierro fuera; Marfisa, que la media espada sintió caer por tierra, quedó tan maravillada, que fuera de seso quería de ravia salir, y con una furia más que de cavallero, afierra junto con don Renaldos e tal golpe le dio con lo que del espada quedava, que sobr'el arzón delantero del cavallo le fizo baxar la cabeça; mas luego se endereçó Renaldos y tal golpe dio sobre el escudo a Marfisa, que una gran parte d'el le derribó por tierra. La donzella, que tal cavallero ante sí sintió que en tal estrecho la iva poniendo, dexa el scudo caer de sí, determinando dar fin a esta batalla. La cual dexaremos fasta un tiempo, por contaros de lo que fizo Roldán, que por su ruego de Angélica salió al canpo en ayuda del rey Galafrón, su padre, que ya medio desbaratado andava él y su gente.^{52r}

Capítulo xxxii. De lo que fizo en la batalla don Roldán, que por mandado de Angélica la Bella salió en ayuda del rey Galafrón su padre.

Oído avéis cómo en la entrada que el poderoso Agricán fizo en la batalla, dexando la que fazía con el buen conde don Roldán, desbaratava a más andar sus enemigos, de tal manera que Angélica la Bella ovo dolor de su viejo padre Galafrón; e con un amoroso ruego, fizo a don Roldán que le ayudase, el cual, en cunplir el mandado de aquella que tanto amava, no fue perezoso, que luego movió, como aquel que la vida no tenía en tanto como conplazer a su querida Angélica, y entró con tanta furia en la batalla que a sus enemigos con temor fazía fuir por el canpo. ¡O, quién viera la destrucción que el conde en sus contrarios fazía, derribando por tierra vanderas, cavalleros, peones, e todo quanto ante sí fallava!

Pues los nueve cavalleros, sus conpañeros, no fueron perezosos, que en un momento salieron armados encima de sus cavallos, cada uno a porfía quién mejor lo podía fazer; y en tal necessidad pusieron a la gente de Agricán e tal favor dieron a la del rey Galafrón, que ya no se les parava hombre con hombre. Viendo Agricán que por la entrada del buen conde don Roldán tal estrago padecían los suyos, otra vez se afrontó con él, conociendo que en la fuerça e ardimiento de su vigoroso coraçón cobraban ánimo los del rey Galafrón. E como los dos tan fuertes guerreros se fallaron, tornan a su batalla antes dexada, dándose tales golpes cuales entre dos cavalleros no se vieron mayores ni de más fuerça; y estándose el buen conde

combatiendo con Agricán, pugnava por le dar la muerte, creyendo que, si él una vez fuesse vencido, no avría mucho qué hazer en desbaratar su gente. El fuerte emperador Agricán, que un valeroso corazón y estremadas fuerças tenía, pensava otro tanto, que, si al conde don Roldán él venciesse, a los del campo no estimaría vencer en una paja; acordó de le sacar de la batalla que en el campo se fazía, creyendo vencerlo en poco espacio, ca después del conde vencido, él solo creía vencer a todos sus enemigos, ca tal confianza de su persona tenía; e con este propósito bolvió las riendas al buen Bayardo, que, como avéis oído, sienpre en él cavalgava después que del duque don Estolfo le ovo. El conde, que assí bolver las espaldas le vido, empeçole de seguir con mucha codicia de acabar la batalla que tanto con un solo cavallero le avía durado, e creyendo el buen conde que por temor d'él fuía, no dexava de le seguir, viendo, que pues assí le fuía, que ya le tenía vencido. Ya que Agricán vido que eran harto alongados de sus gentes, vio un fermoso llano que cerca de una fontana muy clara se hazía, e llamávase el Valle Peligroso; esto era porque, si no era por el lugar do Agricán avía entrado, apenas ningún cavallero fallava salida, y el lugar por donde entravan era tan escondido a los que una vez en el valle estavan, que jamás le acertavan a tornar a conocer. E como Agricán allí a vista del conde entró, no quiso otro mejor lugar para acabar su determinado propósito, e apeándose de Bayardo, se sentó cabe la fuente por algún tanto reposar, e no se quiso quitar escudo ni yelmo, creyendo que el conde poco tardaría de venir a aquel lugar. E assí fue, que el conde entró por el lugar que al tártaro Agricán vido entrar; e como cerca de la fontana assentado le vido, díxole:

—¡O cavallero de maravilloso ardid! ¿Cómo no oviste vergüença de bolver las espaldas a un solo cavallero? ¿Por ventura crees por fuir cobrar la vida e fuir la muerte que jamás escusar se pudo? ¿No sabes, que ^{52v} pues la vida no dura para sienpre, que mejor es morir sin perder la honra que no morir e perderla todo junto, como muchas vezes acaece?

Estas palabras diziendo el conde, el buen Agricán sube sobre su buen cavallo Bayardo, e con una cortés e mesurada palabra le respondió, diziendo:

—¡O buen cavallero, el mejor que yo en mi vida vi! No creas que por temor de la muerte yo vine aquí dexando mi gente en el campo. Mas sepas que vine por traer a este lugar, do te conviene a mis manos morir y dexar la vida en este Valle Peligroso, ca él assí se llama, porque, teniendo ya tu vida acabada, creo que tengo

también la batalla; e Dios y el cielo e la tierra me sean testigos que yo no querría dar la muerte a tan buen cavallero como tú; mas no puedo ál hazer, porque tú biviendo e siendo contra mí como lo eres no podría alcançar lo que tanto mi ánima dessea. Ya te he conbidado con la paz e te he cometido a dar con que otro cavallero sería bien andante; e más te daría si te viese en buen propósito. Y pues esto no me á valido ni creo que me valdrá, o cumple vencer o morir. Por ende, pugna por te defender.

El conde, con manso fablar, le dize:

—Por cierto, buen cavallero, uno de los buenos que armas trae, otra pena de ti no tengo sino que eres venido a lugar donde morirás; e del morir no fago cuenta, que común cosa es a todos, mas que morirás sin ser cristiano, de lo cual me pesa que tan buen cavallero como tú eres pierda al ánima, que sobre todas las cosas del mundo más se á de guardar; e porque veas en cuanto te estimo e cuanto te precio, recibe el sancto baptismo con fe de coraçón puro e linpio, e vete a la buena ventura con fe de cavallero, que te doy de jamás serte contrario ni enojarte, ante por verdadero hermano tenerte.

El emperador Agricán, que de tal manera vio que aquel cavallero que él no conocía le fablava, mirele muy atentamente por la visera que el conde alçada tenía, e dixo:

—Si tú eres cristiano eres Roldán, e por mis dioses te juro que si tú lo eres, que aunque del mundo e del paraíso señor me fizieran, no oviera tanto plazer; e por el dios en que crees, te conjuro que me digas si es assí.

—Por cierto —dixo el conde— tú has acertado, que yo soy el conde don Roldán, sobrino del emperador Carlos de Francia.

—Ora pues que assí es, don Roldán —dixo Agricán—, no cunple que gastes tienpo en vano en me hablar de cristiandad, sino cada uno, por vencer al otro, ponga sus fuerças.

E diziendo esto, viénense los cavalleros el uno al otro, golpeándose de tal manera que el Peligroso Valle fazían reteñir; e como los cavalleros eran diestros e los cavallos ligeros y en tal menester dotrinados, espanto era ver la batalla que entre ellos se fazía. Ya el sol se ponía e los cavalleros de ferirse no cansavan, pareciendo que dobladas fuerças cada rato cobravan; e tanta era la furia que cada uno en la batalla tenía, que, aunque ya la escura noche les sobrevenía, no se curavan de despartir, antes, como si entonces empeçaran, andavan ligeros como dos leones. Mas

la noche fazía tan escura que apenas el uno al otro se vía, e Agricán dixo al buen conde:

—Pues vees, cavallero, que ya la noche con su escuridad nuestra batalla nos impide, sea esta la manera: nosotros, pues solos estamos e tenemos gana de dar fin a nuestra contienda, sosseguemos esta noche en este verde e florido prado, e quando la mañana venga, daremos fin a nuestro desseo.

—A mí me plazze —dixo el conde don Roldán.

Y con este partido, aunque no con mucha seguridad el uno del otro, se apean de sus cavallos, dexándolos pazer por la yerva que en el florido canpo avía; se recostaron sobre sus escudos a reposar algún tanto del trabajo passado; y estando el uno del otro algo cerca, como la noche fiziesse muy serena, parecía el cielo con relunbrantes estrellas de muy luzido resplandor esmaltado. El conde don Roldán, que mirándolo estava, dixo a gran boz que Agricán oír lo pudo:

—¡O maravilloso Señor, fazedor de maravillas! ^{53r} ¡Cuán altas e grandes son tus obras e cuán llenas de misterio!

El buen cavallero Agricán le preguntó que porqué dezía tal razón; él le dixo:

—¿No vees tú lo que con tanta escuridad faze tal lavor? ¿Puede ser mayor señor que aquel que con sola su palabra tan gran cosa fizo? Farto es de insensible que en tanta alteza e tan sublimada bondad no conoce.

—Cavallero discreto y en armas esforçado, bien veo que me quieres hablar de lo que antes me enpeçaste a dezir; no pienses que fui criado jamás en la delgadez de la sciencia ni en el sutil arte de las letras, porque una vez que mi señor padre a ellas me puso, siendo algo de edad, por el primer sinsabor que mi maestro me hizo lo maté, e de allí ninguno fue osado a me dotrinar en el estudio d'ellas, antes desde mi niñez quise enseñorear e mandar a los de mi tiempo; e todo mi exercicio fue fasta agora entender en fechos de armas e peligrosas batallas, y en estos fechos fuelga e descansa mi coraçón, e no en otros.

—Pues sepas —dixo don Roldán— que el exercicio de las armas, aunque es muy bueno, nunca buen fin á si no se funda sobre el cimiento del amor de Dios verdadero, sin el cual todas las cosas son nada, que como las cosas que son criadas de justa razón han de ir por la recta línea del servicio de Dios, por cuya voluntad son fechas, errando este camino, que al verdadero fin de su criación las encamina, se

tornan contrarias de todo bien, resultando d'ellas al que las sigue mucho mal e perpetuo daño.

Agricán, que muy apartado por entonce d'estos enxenplos estava, dixo:

—Buen cavallero, ya yo te he dicho mi inclinación e mi naturaleza, no te cures de me razonar más essas cosas, que yo digo desde aquí que tú eres un gran letrado y en tu ley muy entendido; si quieres de fechos de armas razonar y hablar de deleitosos amores a mí me plaze escucharte; e si no, procura de dormir, donde más provecho e descanso se nos seguirá, que no de platicar lo que es tan ajeno de mi naturaleza; y pues ya sé que eres Roldán, aquel que por el mundo es tan nonbrado, dime, por cortesía, ¿qué fue la causa de tu venida en partes tan remotas e apartadas como estas, e donde tanto peligro, si te conociesen, te podría recrecer? E porque sé que tan noble cavallero como tú me dirá la verdad, no te he curado de más conjurar en este caso.

Respondió el valeroso conde:

—Por cierto yo soy Roldán, como te he dicho, que maté a Alimonte e al gran troyano su primo; e la causa de mi venida a estas partes fue el grande e cordial amor que a Angélica la Bella tengo; e por esta causa soy venido a tan estraño lugar, porque supe el peligro en que su padre, el rey Galafrón, estava.

El fuerte Agricán, que tal cosa oyó al conde dezir, turvose en el corazón de tal manera, que el ánima de enojo se le quería partir de las carnes; e como la noche tan oscura fazía, no pudo ál hazer si no, remordiéndose dentro de su furioso pecho, sospirar de rato en rato; e con amoroso dolor, pensando desde a un pequeño rato, dixo assí al conde Roldán:

—Pues otra cosa yo no puedo fazer sino morir o conquistar esta dama que mi corazón tiene preso, en amaneciendo daremos fin a nuestra conquista y el uno de nós quedará muerto en este Pavoroso Valle, y el otro, sin detenimiento alguno, podrá dar cima a su enamorado propósito. Mas, si virtud alguna en ti mora, te ruego quieras dexar tal demanda.

El conde, que tal demanda oyó, con un suspiro profundo, que al pecho parecía ronper, le dixo:

—Antes consintiría que los ojos de mi cara fuesen sacados, e que mi lengua fuese cortada, e mi corazón fuese cruelmente partido que a tal demanda conceder⁵⁴⁹ ni de mi pensamiento a Angélica la Bella apartar. Por ende, no te cumple fablar más en esso.

Oído que ovo Agricán tal razón, con una furiosa y ensangrentada ravia se levanta, e poniendo mano a su espada, dize al conde:

—Levántate, don Roldán, e no amanezcamos con tan gran ^{53v} diferencia.

El conde, que levantar lo vio, fizo otro tanto e púsose su escudo delante, e vase para Agricán la espada alta, e como dos furiosos leones que de la floresta salen, con una furiosa saña se acometen, dándose tan desapoderados golpes, que a sus cansadas carnes fazían sentir la gran saña de sus corazones; e tan reñida fue la batalla, que espanto ponía el uno al otro. Don Roldán, que tan estremados golpes recibía del fuerte Agricán e vía el poco temor que él a los suyos tenía, dezía entre sí:

—¡O, en cuán poco son tenidos los fechos de don Roldán, pues que tanto tiempo le á durado un cavallero delante sin mostrar punto de flaqueza! ¿En qué seré tenido de que a oídos de mi señora Angélica vaya que un solo cavallero me pone en tal estrecho de batalla sin yo poderme aprovechar d'él un solo punto?

E diziendo esto, tomole tanta furia, que fuego parecía echar por los ojos, e soltando el escudo a sus espaldas, tomó el espada a dos manos e dio tal golpe al fuerte Agricán sobre el yelmo, que aunque le no firió porque el yelmo era encantado, le sacó fuera de todo su sentido, los cascos de la cabeça fechos casi menuzos, e dio con él de manos en el suelo, e, assí como caer le vido, dixo:

—Estos son los mis postreros golpes, de que veo contra mí mucha defensa.

E diziendo esto, llegose a Agricán e quitole el yelmo de la cabeça, todo lleno de espumosa sangre; e como esto el conde sintió, bien conoció que estava ya ferido de muerte el gran pagano; e como sin el yelmo se sintió el emperador Agricán, con una baxa e desmayada boz dixo sospirando:

—¡O, Redentor del mundo que padeciste en la cruz, ave merced de mí!

Y después dixo a don Roldán:

—¡O, maravilloso cavallero, el mejor que en el mundo ay! Baptízame en aquella fuente antes que mi ánima se me arranque, que agora creo que Jesucristo

⁵⁴⁹ coceder To ¹⁵²⁵.

crucificado es el verdadero Dios y Señor, en el cual me encomiendo que aya merced de mí.

El conde don Roldán, que tales palabras le oyó, con abundancia de muchas lágrimas que por su cara corrían, le allegó lo mejor que pudo a la fuente, e tomando del agua, se le echó por encima, diziendo:

—El redemptor Dios e hombre, que con su sangre preciosa el mundo redimió, te aya por suyo e reciba e salve tu ánima. Amén.

E mientras el conde esto dezía, el buen Agricán, las manos juntas, demandava a Dios perdón de sus pecados con muy devotas lágrimas e apresurados solloços que bien denotavan la devoción de su convertido coraçón; y el conde don Roldán no se quitó de par d'él fasta que el ánima se le salió. E assí como el conde vido que era muerto, levantose para ir a su cavallo, que ya el alva avía ronpido, e dexó al buen Agricán assí armado como estava, e su espada e yelmo par d'él, cerca de la fuente; e passando cerca del cavallo Bayardo, el cavallo⁵⁵⁰ se vino para él e se le humilló delante. Don Roldán que lo vido, quedose maravillado de tal novedad cómo el cavallo de su enemigo se le humillava, e mirándole más atentamente, conoció que era el buen Bayardo, el cavallo de su primo don Renaldos, uno de los mejores e más preciados cavallos del mundo; e con un amor entrañable dixo:

—¡O, buen cavallo! ¿Qué se á fecho tu señor e mi querido primo don Renaldos? ¿Cómo le has dejado? ¿Dónde es el mejor cavallero del mundo? Non puedo pensar quién a estas apartadas tierras te truxo.

E diziendo esto, oyó muy gran ruido que en el valle sonava, el qual era tan rezio, que el conde ovo temor no fuesse mucha gente; e cavalgó en el buen cavallo Bayardo, dexando a Briador, el suyo, arrendado a un árbol, e fue a ver qué cosa fuessen aquellas bozes que assí por el valle sonavan, a donde le dexaremos, por tornar a contar lo que sucedió en la batalla que el rey Galafrón fazía con los de Agricán.^{54r}

⁵⁵⁰ couallo To¹⁵²⁵.

Capítulo xxxiii. Del fin que ovo la batalla que se hazía entre la gente del rey Galafrón, padre de Angélica la Bella, e la gente del emperador de Tartaria, llamado Agricán.

Ya la gente del emperador Agricán iba desmayando con la entrada del conde don Roldán, que por ruego de Angélica la Bella fue a socorrer al viejo rey Galafrón, que por el favor que el fuerte Agricán dava a los de su parte iba ya desmayando; e como el emperador Agricán hizo que fuía por sacar de la batalla al conde don Roldán, como ya avéis oído, quedó su gente sin caudillo, e cuando ya del todo le echaron menos, no teniendo corazón para esperar las maravillas que los ocho compañeros hazían, empeçáronse a desbaratar de tal manera, que ya en ellos no avía defensa ninguna, antes pugnaban por se guarecer si podían que no por pelear. La gente del buen rey Galafrón, padre de Angélica la Bella, que tal desmayo en sus contrarios sintió, dio sobre ellos con gran alarido que a las nuves llegava, e matando e firiendo en ellos, ya tenían el canpo cubierto de muertos e feridos, e tanto ivan sobre ellos y con tal codicia, que fasta los meter por las tiendas del real los ivan siguiendo e matando, no perdonando ánima biva que no le metían por filo del espada. El rey Balano e Antifor de Albarrosia, que con varonil esfuerço en la delantera de todos ivan, llegaron fasta la gran tienda del emperador Agricán, e como tan extrañamente riquísima la vieron, entraron dentro, donde fallaron el buen duque don Estolfo que en prisión estava desde que a la batalla él solo salió, como arriba os contamos; e assí como le vieron, le tomaron e lo fizieron llevar ante Angélica la Bella, la⁵⁵¹ cual, como le vido, hovo muy gran plazer con él en le ver bivo e sano, e díxole:

—¡O, buen señor don Estolfo!, ¿qué tal vos sentís?

—Buena señora —dixo el duque—, muchas gracias aya Dios que de las crueles manos de Agricán me ha librado, e pídivos, señora, de merced, me fagáis dar un cavallo e armas e iré a ayudar a los de nuestra parte e tomaré alguna vengança d'esta falsa gente.

E luego Angélica le fizo traer unas armas e un buen cavallo; e tomando el buen duque una gruesa lança, salió al canpo donde los de su parte no fazían sino matar a cuantos hallavan, sin uno tan solo tomar a vida; e como el buen duque traía

⁵⁵¹ el To¹⁵²⁵.

el cavallo holgado, dio tras los tártaros de tal manera que antes que la lança quebrase, avía muerto más de diez cavalleros que andavan a unas partes e a otras por se guarecer, e andando tras sus enemigos, conoció un cavallero, que en un cansado cavallo andava, que traía sus muy ricas armas vestidas y la Lança Dorada en la mano, e fue a él e de través le dio tal golpe de espada que, aunque las buenas armas no pudo cortar, dio con él del cavallo aturdido, e luego se apeó, e sin más hablar, le quitó el yelmo de la cabeça y se la cortó, e tomole por la una pierna e llevolo arrastrando fasta lo meter en una de las tiendas del real, e allí lo desarmó e se armó de aquellas muy luzidas armas que valían un gran tesoro, e tomando su rico escudo e la Lança Dorada, subió sobre su cavallo y empeçó de nuevo, con un estremado plazer de las ganadas armas e de la buena e preciada lança, a seguir su vitoria, que ya los enemigos en otra cosa no entendían sino fuir quien más pudie. Y el que tenía mejor cavallo e más corredor, aquel se tenía por más bienaventurado, de manera que la gente que fuía venía hazia donde la cruel e reñida batalla del buen Renaldos de Montalván y la reina Marfisa passava. E así ^{54v} como el rey Galafrón con copia de su gente iva en el alcance de los enemigos, vido la batalla que entre la donzella y el buen cavallero passava, e allí conoció que el detenimiento que la gentil dama avía fecho en le no venir ayudar en la batalla havía sido con justo impedimento, e que más no avía podido fazer; e como ya conociesse a la valerosa dama e no al que con ella se combatía, quedávase maravillado cómo tanto le avía podido durar en el campo un solo cavallero; e assí mirando al cavallero, conoció el cavallo Rubicano en que estava, que era el que él a su hijo Argalia avía dado para pasar en Francia, como arriba oístes, al cual mató Ferraguto en las Selvas de Ardeña, e creyendo que aquel fuesse el cavallero que a su querido fijo avía muerto, por tomar d'él vengança, dexando el alcance en que iva, se dexó correr contra don Renaldos de Montalván e, la espada a dos manos, le dio un gran golpe sobr'el yelmo. La ferosa dama, que tal escarnio sufrir no pudo, dixo:

—¡O, malvado viejo!, ¿cómo combatiéndome yo con este buen cavallero le veniste a herir por me dar ultrage? Pues toma el pago de tu mal fecho.

Y alçando el espada, dio tal golpe al viejo Galafrón sobre el yelmo, que lo derribó del cavallo abaxo; e si la espada fuera cunplida como de antes, sino que, como oístes, don Renaldos con la suya se le avía cortado, no quedara el viejo rey Galafrón bivo. Los del rey Galafrón, que assí a su señor vieron tratar, empieçan a

cercar la valerosa dama, firiéndola de unas partes e de otras; mas ella, que de tales golpes no fazia minción, rebolviendo sobre ellos, les empieça a hazer tal estrago, que espanto era de lo ver. Don Renaldos, que ya el poder de sus golpes avía sentido, quedávase espantado de su gran fuerça e gran destreza, ca veíala con poco más de media espada fazer estraños golpes e dar mortales heridas. Mas como la gente venía mucha e todos sobre la buena donzella cargavan a la ferir, e también Brandimarte e Balano e los otros compañeros que tan valientes y esforçados eran, cargavan de tales golpes a la buena donzella, que maravilla era cómo lo podía sufrir. Antifor de Albarrosia, que más a la dama por la ferir se acercó, diole un gran golpe d'espada sobre el yelmo; mas la dama no le dexó sin respuesta, que luego le dio otro que d'el cavallo abaxo le derribó. Brandimarte, que de un solo golpe vio tan buen cavallero ir a tierra, fuesse para Marfisa la espada alta e diole un gran golpe sobr'el encantado yelmo que la hizo algo abaxar la cabeça; e como Marfisa tal golpe sintió, buelve al buen Brandimarte e diole tan espantable golpe en la cabeça, que le fizo abraçar al cuello de su cavallo, mas como era tan buen cavallero e tan diestro en el ferir, torna otra vez e vase para Marfisa y empiéçale a dar muy pesados golpes; e aunque la fuerte donzella vía la destreza del buen Brandimarte, no hazía d'él mucha minción, que sus fuerças e ligereza d'ella no tenían par en la paganía toda. Don Renaldos estava de fuera, arredrado mirando cuán poderosamente la esforçada donzella se avía con tantos paganos e tan fuertes; e como todos eran de una ley, folgava el buen Renaldos de los ver matar unos a otros, mas tanta era la multitud de la gente que sobre la poderosa Marfisa cargava, que espanto era no la vencer o matar. Ya Antifor de Albarrosia se levantava de tierra y el buen rey Galafrón e, cavalleros sobre sus cavallos, aconpañados de muchos cavalleros, van a herir en la hermosa señora, e junto con ellos el buen rey Balano, y el fuerte Carión, e Oberto del León, e vanse a la dama, que con el buen Brandimarte su batalla fazia, e como los fuertes mastines a la brava leona, la cercaron de todas partes, golpeando en ^{55r} ella sin ninguna piedad. Batallava la dama con ellos a diestro e a siniestro, faziendo tan estrañas cosas, que nunca tal en todo el paganismo se vido entre gigantes ni cavalleros, e tales eran sus estraños golpes, que desatentar hazía a los cavalleros. ¡O, a cuántos dio la vida el buen Renaldos en le cortar el espada, como arriba os deximos! En el cual, como aquel en quien toda cortesía morava, viendo que por tornear por él la noble donzella en tal peligro se avía puesto cuando el rey Galafrón le firió sobre el yelmo estando

con ella en batalla, pone las piernas a su buen cavallo e, la espada en la mano, se junta con Marfisa, diciendo:

—¡A ellos, a ellos, buena señora, no quede ninguno a vida!

La alta donzella, que tal ayuda vido, dixo:

—Pues tan buen cavallero está a mi lado, no temería a todo el mundo que contra mí fuese.

E movida con gran furia, se va para el rey Balano, que más cerca de sí falló, e tomole de un braço con la mano d'el espada, la cual dexó colgar de la cadena, e sacole del cavallo como si un niño fuera e dio con él una gran caída. Allí viérades al verde dragón, que por cimero la dama traía, echar tanto fuego por la boca, que no había cavallero que lo viesse que se no se espantasse. E topose con el franco Oberto del León e tal golpe le dio con el armado puño en las espaldas, que le fizo caer en tierra del cavallo, echando sangre por la boca. Pues ver las maravillas que don Renaldos hazía, no ay lengua que dezir las pueda, que ya no avía cavallero que le esperar le osase por el canpo e malaventurado era el que a derecho golpe alcançava, que no le hazía menester maestro que le curase. E por vos contar otra fermosa aventura que, en este comedio que la batalla más ardía, acaeció al buen Brandimarte, la dexaremos aquí fasta su tiempo.

Capítulo xxxiiii. De la estraña aventura que al buen Brandimarte acaeció en el tiempo de la batalla que contra Marfisa e contra el buen Renaldos se fazía, cuando más encendida estava.

Pues como los estraños fechos en armas que vos contamos el buen Renaldos e la poderosa donzella Marfisa hazían tales e tan maravillosos, que no bastaría péndola para los contar por entero, Prasildo e Iroldo, los dos cavalleros que con don Renaldos venían, fuéronse a juntar con aquella donzella que antes el cavallo de Marfisa tenía de diestro, como arriba deximos, y empezaron a fablar con ella de la proheza e gran cavallería de su señora, y la donzella tales cosas d'ella a los dos cavalleros e a Flordelisa contó, que los ponía en admiración. E fablando en estas cosas, vieron venir cara sí un cavallero; este era el buen Brandimarte, que la cruda batalla con Marfisa hazía, el cual, como viesse que tanta cavallería sobre un solo cavallero cargava, no quiso más poner su persona contra ella, temiendo que era villanía ser

tantos contra una sola persona; e por esta causa se salió de la batalla e se venía con aquella compañía de cavalleros e donzellas, que algo de la batalla apartados estaban; e como cerca d'ellos llegó e conoció a Flordelisa, su buena e querida donzella, no pudiendo el entrañable amor de su corazón desimular, que enteramente a los mirantesno lo demostrase con exteriores actos que de lo encubierto davan entero testimonio, fue con los braços abiertos a la abraçar. Ella, que no menos al buen Brandimarte quería, pospuesta toda vergüença que a las donzellas es tan devida, lo salió a recibir con la misma voluntad que cualquier verdadero amante suele tener a lo que verdaderamente ama. E de allí, sin más hablar, se toman mano ^{55v} por mano, él en su cavallo e la dama en su palafrén, se van a meter por el frondoso bosque que al Pavoroso Valle cercava, donde en el más deleitoso lugar que les pareció, apeándose de sus cavalgaduras, se comunicaron tan por entero como su dulce y entrañable amor demandava, donde estuvieron una gran pieça como os digo, tanto que, con el mucho plazer que en la presencia el uno del otro sentía, se adormecieron al sonido de una clara fuente que por unos riscos abaxo se derribava, faziendo un sonido en el resonante valle que bastava a adormecer a cualquiera cansado cuerpo que allí a reposar se llegasse; mas la contraria Fortuna, que a semejantes actos su variable rueda mover suele, su alegre cara entristeciendo, nunca dexando de mezclar sus amargos xaropes en la dulcedunbre inestable d'este caduco mundo, no dio lugar a que el plazer d'estos dos amantes a más tienpo se estendiese, ca sabed que en lo más fragoso de aquel valle fazía vida en una apartada hermita un viejo pagano que, endurecido en su falsa e malvada seta, se apartó allí a fazer vida solitaria, en que más por entero su alma perdiese creyendo él que por allí mejor la ganava. E como por el valle anduviesse passeándose, buscando unas yervas que para sus encantadas artes le aprovechavan, llegó a la clara e dulce fuente que en aquel lugar estava, donde los dos buenos amigos estaban durmiendo; e como el malvado viejo viese tanta fermosura en la donzella que allí estava con Brandimarte, sacó una raíz de su seno que, llegada a la carne, tenía tanto poder que agravava el sueño por algún espacio; e púsosela en los pechos, por donde la donzella començó a dormir muy rezio; e otro tanto tal quisiera él hazer al cavallero e no osó: lo uno porque estava armado e no tenía por dónde le poner la raíz que en la carne le tocasse, e lo otro porque, como él estava muy cansado cuando allí vino, dormía tan a sabor que no le hazía menester ponerle la raíz para que dormiese. E assí la dama adormecida, el cano viejo la tomó entre sus braços e la

llevó por lo espeso del bosque, que más dentro en el valle entrava. E la dama, que llevar se sentía e no pudiendo recordar, iba reboviendo a unas partes e a otras los braços, tanto que la raíz se le ovo de caer de los pechos, e como recordó e de aquel indiablado moro se vido llevar, empeçó a dar los mayores gritos del mundo; mas ya no le aprovechavan nada sus bozes, que muy alongada estava del lugar do Brandimarte dormía; e por más que la dama con llorosos gemidos gritava, no cessava el pagano de la levar fasta que llegó a una boca de una cueva, e allí la soltó, viendo el lugar aparejado para cumplir su dañado propósito. La dama, que suelta se vido, no cesando de dar gritos, con sus delicadas manos pugnava de se defender del encendido viejo que a ella se quería llegar. E a este ruido e tráfago que los dos tenían, salió una grand leona que dentro de la cueva estava, e abriendo la boca, mostrando crueles dientes, con espantables bramidos se fue para la donzella que con el viejo peleando estava. El viejo, que la vido venir, suelta la donzella que por los braços tenía, e huyendo se empieça a meter por lo más espeso del bosque. E de tanto, avino bien a Flordelisa, que la leona, no curando d'ella, empeçó con gran rumor a ir tras el viejo pagano, e la donzella, que vio que dexava a ella por seguir al maldito hermitaño, con apressurado passo se comiença apartar huyendo de aquel lugar.

E por contaros del buen Brandimarte dexaremos esto fasta su tiempo, que sabed que, como la donzella le fue de par de sí quitada, en su corazón le vino dormiendo tan gran dolor que parecía ^{56r} partírsele por medio e soñava que un viejo hermitaño venía a él e se le arrancava de sus carnes con gran fuerça. E con este dolor recordó muy despavorido, e levantose assí soñoliento como estava, e desde que no vido a Flordelisa cerca de sí, començose a lamentar lo más agramente del mundo, llamándose mal andante e sin ventura, reprochándose a sí mismo diziendo que más vil cavallero que él no avía en el mundo, ca mejor maña se dava al dormir que a las armas. E diziendo esto, cavalgó en su cavallo, maldiziendo su ventura. Empeçó a caminar por una parte e por otra, buscando la perdida e robada donzella, dando bozes por el ancho y estendido valle, e de rato en rato escuchando a ver si sonido de alguna persona oyesse. E d'esta manera que oís caminó una gran pieça, no dexando de entrar por lo más espeso del bosque, donde las salidas eran assaz dificultosas; e andando por una gran espessura, que ya no podía d'ella salir por los enramados e diversos árboles que en ella estaban, a vezes andando a pie, a vezes cavalgando, ovo de salir d'ella a un gran llano; e así como salió, oyó lexos de sí unos gemidos

sospirosos a manera de mugeriles quejas; e mirando a la mano izquierda, vido tres grandes gigantes que un carro de dos cavallos llevavan ante sí y encima del carro vido cómo [una] muger que de rato en rato se lamentava. E como el buen Brandimarte vido aquello, pensó que la dama que él oía era aquella por quien su corazón estava ferido. Puso las piernas a su cavallo, diziendo:

—¡Esperad, ladrones malvados, esperad, que yo vos faré caramente conprar vuestro robo!

Los gigantes, que cara ellos el cavallero vieron tan apresurado venir e tan villanas palabras fablar, los dos movieron contra él, dexando al otro en guarda del carro donde gran tesoro llevavan, e dixéronle:

—¡O, vil cavallero que tu muerte vienes desesperado a buscar! Apéate, no te tardes, e ven a nuestra obediencia, si no quieres perder tu vida.

Brandimarte, que de su vida cuidado alguno tenía viendo perdida la cosa del mundo que él más amava, sin palabra fablar, se va para ellos la espada en la mano, que lança no la tenía, que sin ella salió de la batalla que él e los otros fazían con Marfisa; e llegose a uno de los gigantes, que Ranquero avía por nonbre, el cual traía un ferrado bastón alçado por lo herir, e diole tan gran golpe de la espada encima de un lado al través, que las fuertes e azeradas fojas le cortó e le hizo una ferida por donde alguna sangre salió. El gigante, que assí herido se sintió, aunque estava a pie, era mayor algo que Brandimarte a cavallo, dio tal golpe a Brandimarte encima del escudo, que sobre el yelmo tenía, que todo se le hizo pedaços e casi le estordeció. El otro gigante, que Orante avía por nombre, llega de través e con otro pesado vastón va a dar otro⁵⁵² golpe a Brandimarte, con el cual pensó acaballe; mas el ligero cavallo pasó adelante e fizo dar el golpe en vazío, e rebolviendo sobre él con mucha presteza, diole por encima del yelmo tan gran golpe con la espada, que mucho Orante se sintió, e viendo que del primer golpe por la ligereza del cavallo se le avía librado, alçando su ferrado fuste, dio al cavallo de Brandimarte tan gran golpe sobre la cabeça que lo mató. Brandimarte saltó muy ligeramente d'él, como aquel que era de gran corazón, e soltando lo poco del escudo que quedava, empieça como un esmerejón a se ferir con los dos gigantes, los cuales, como a pie le vieron y ellos tan enseñoreantes sobre él, fueron a él dando grandes bozes, diziéndole:

—¡Agora no te escusará el mundo todo que no mueras mala muerte!

⁵⁵² otro otro To ¹⁵²⁵.

El buen Brandimarte, que tan cierta la vido delante de sí, les dixo:

—¡Yo faré, con el ayuda ^{56v} de Dios, que la compres muy caro!

E diziendo esto, tan espesos golpes le dava e tan ligeramente de los suyos se apartava, que estraña cosa era de mirar. Eran las bozes d'ellos tan grandes y el ruido de los golpes tanto, que de lexos se podía oír. Y esto era lo que el buen conde don Roldán oyó estando asentado a la fuente donde acabava de morir el fuerte emperador Agricán. E como lo oyó, según arriba vos deximos, arrendando a Briador en un árbol, cavalgó en el buen Bayardo que el emperador Agricán traía; e fuesse do las bozes e golpes sonavan, e vido al buen Brandimarte las maravillas que con los dos desaforados gigantes fazía; e como lo conoció e vido el peligro en que estava, arremetió con la espada en la mano e fue contra Orante, que más en estrecho ponía al buen cavallero, e tal golpe le dio con Durindana sobre el yelmo, que fasta los ojos hendida la cabeça, le derribó muerto en tierra. Brandimarte, que tal ayuda de su parte vido, dio a Ranquero un golpe encima del muslo que casi la mitad d'él le cortó; luego sobrevino el conde e ya que el gigante alçava su bastón para dar con él a Brandimarte, dale tal golpe de espada sobre el ombro derecho que le cortó las armas fasta el espada, que más el desgovernado braço alçar no pudo; e allí el buen Brandimarte le acabó de matar; e viendo fecho tal estrago en los dos gigantes por el ayuda del conde don Roldán, empeçole a dar muchas gracias por ello. El conde le dixo:

—Señor Brandimarte, según vuestra gran bondad, poco os fazía menester mi ayuda; más lo fize por os mostrar el amor que os tengo que por la necesidad que de mí teníades⁵⁵³.

E diziendo esto, vido Brandimarte que ya el carro que el otro gigante levava no parecía, porque ya se avía alongado gran pieça; e dixo al conde:

—Venturoso e fuerte guerrero, las cosas del mundo que yo más amo me son levadas por furto e no tengo cavallo en que pueda ir para las alcançar, donde creo que mi muerte no se escusa, porque, si no he lo que tanto amo, yo me mataré con mis propias armas.

El conde le dixo:

—Buen cavallero, no os fatiguéis, que yo vos daré en que vais uno de los buenos cavallos del mundo; e atendedme un poco, traérosle he.

⁵⁵³ teuiades To¹⁵²⁵.

—¡O, señor! —dixo Brandimarte—. ¿Con qué vos pagaré tanto bien e merced como me havéis fecho e faréis?

El conde le dixo

—Los buenos cavalleros como vós esto e más merecen.

E diziendo esto, vase do Briador arendado estava e tomole por la rienda, e tráelo a Brandimarte, diziendo:

—Cavalgad, buen cavallero, e vamos a buscar lo que tanto amáis.

E luego Brandimarte cavalgó en Briador e ambos enpieçan a seguir el carro que el gigante llevaba, dándose priesa por lo alcançar.

Capítulo xxxv. De la batalla que ovo Brandimarte con el gigante Marfusto, que el rico carro con la dueña llevaba.

Cuenta la historia que así como Brandimarte cavalgó en el buen cavallo Briador, que él y el conde don Roldán enpeçaron de ir tras el gigante Marfusto, que el rico carro e la fermosa dueña levava. E así como anduvieron una pieça, vieron al gigante que muy descuidado de sus dos compañeros caminava, como aquel que tenía cierta la vitoria d'ellos con Brandimarte; pero de otra suerte le salió su crédito, que así como los dos cavalleros ivan en pos d'él, bolvió la cabeça e, como venir los vido, esperó, e cuando conoció al cavallero que a los dos sus compañeros avía dexado, óvolo a gran maravilla, e díxole:

—Di, cavallero, ¿qué es de los dos mis compañeros que a ti fueron? ¿Dónde los dexaste?

Brandimarte, que al conde avía rogado le dexase aver a él la batalla solo con aquel jayán, le respondió:

—Ellos te quedan esperando en el infierno, do en poco espacio te enbiaré a les tener compañía.

—Cómo, ¿muertos son? —dixo Marfusto.

—Sí, por cierto —dixo Brandimarte.

—Si esso es verdad —dixo el jayán— agora reniego de todos mis dioses e de todo su poder.

E diziendo esto, con la mayor saña del mundo, se va contra Brandimarte ^{<55r>}
[57r] e con su ferrado bastón tal golpe le dio sobre el yelmo que, faziéndole saltar

sangre por las orejas e por las narices, dio con él del cavallo abaxo atordido. Don Roldán, que tan desmedido golpe vido dar a Brandimarte, bien pensó que era muerto; mas luego que se vido en el suelo, assí como atordido se levantó el buen cavallero con gran vergüença de se ver derribado, e dio tan gran golpe al gigante en la una rodilla, que armadura no le bastó que gran parte del hueso y de la carne no le cortase, de forma que el gigante más en aquel pie tener no se pudo, e puesta la una rodilla en tierra, alçó el bastón por le dar al buen Brandimarte con él, mas el cavallero, que muy ligero era, dio un salto al través e fízole dar en el suelo con el bastón tan gran golpe, que aunque ferrado era, le fizo dos pedaços; e arrojó el pedaço que en las manos le quedó a Brandimarte e tal golpe le dio con él en un lado, que de manos le fizo dar por tierra. Brandimarte, que en tal estado vido al jayán, se fue para él e tal golpe le dio con el espada encima del braço derecho, que fasta el hueso de la canilla se lo cortó; e dándole muchos golpes, finalmente lo acabó de matar; e tan cansado e molido quedó Brandimarte, así de los golpes terribles como de la caída, que no se pudiendo tener en pie, cayó en el campo sin sentido alguno. Don Roldán, viendo el trabajo que avía passado e temiendo que d'estar armada la cabeça otro mayor peligro no le ocurriese, apeose prestamente del cavallo e vase a él, e desenlazole el yelmo e quitósele de la cabeça lleno de sangre cuajada; e como don Roldán tal le vido, la cara tan amorotada e tan ensangrentada e sin mover pie ni mano ni poder acordar, ovo temor que fuesse muerto. Mas la dama que en el carro iva, abaxó muy presto, creyendo lo que podía ser, e cómo tal le vido, bolvió al carro e abrió una arqueta muy rica y sacó un bote de conserva, de tal virtud e propiedad que luego que en la boca la puso a Brandimarte tornó en sí; e después sacó otro muy atapado, e por un sutil agujero le echó por la cara un tan odorífero y virtuoso liquor, que casi de muerto a vida le tornó. Y el buen Brandimarte, que en sí tornado se vido e tan presto del desmayo trabajoso guarido, alçó con alguna alegría los ojos, e como a la dueña vido, le preguntó si era ella la que en el carro los gigantes traían e si venía otra persona con ella. Ella respondió, diziendo:

—Buen señor, sola a mí traían presa los tres gigantes, que al desdichado cavallero que me aguardava en breve espacio lo mataron.

Cuando Brandimarte vio que no era la hermosa Flordelisa, la que él tanto amava, e que todo su trabajo era en vano, empeçó con gran lástima a dezir:

—¡O, cuán mal empleado en mí ha sido el beneficio que me has fecho, ca más bien empleada fuera en mí la muerte que la vida!

E con ojos lagrimosos, que el dolor de su corazón manifestavan, dezía mirando al cielo:

—¡O, contraria Fortuna, cuán cruel contra mí te has mostrado! ¡O, ventura inicua, cuán amarga has sido para [mí]! ¿Por qué me diste en mi poder lo que tan presto me havías de quitar? ¿Por qué me heziste amar lo que quitándome havía de⁵⁵⁴ ser causa de me a mí mismo aborrecer?

D'este modo e manera hazía el buen Brandimarte el más doloroso y cruel llanto, tanto que a las duras piedras moviera a compassión. De lo cual el buen conde don Roldán havía tanta piedad que con el llorar le tenía compañía. E aunque él le dezía muchas consolatorias palabras, no aprovechavan cosa alguna porque no le bastava a consolar su grandíssima pena, tanta era la pasión que padecía.

En esto estando, vieron venir más de treinta cavalleros, que al más correr de sus cavallos venían, los cuales, como venir los vieron, luego se pusieron a punto de guerra, así don Roldán como Brandimarte; e como los cavalleros llegaron cerca, luego se apearon de sus cavallos e con gran acatamiento le demandavan las manos para se las besar. Ella con gran alegría los abraçó, preguntándoles por [su] señor el duque Tariseo; ellos le dixeron que presto sería allí.

E sabed que esta era la duquesa de Colerín, muger del duque^{57v} Tariseo, que estando ella en una fuerte casa en guarda de un su hermano, en la cual por ser muy deleitosa pasava el caluroso verano, un día que el duque era ido a caça, pasaron essos tres gigantes y entraron dentro e mataron a cuantos en la casa pudieron aver, e cargaron en aquel carro todas cuantas joyas en la casa estavan e, juntamente con la duquesa, se los levavan; e a poco espacio vieron venir más de otros L cavalleros; e uno de los principales que aí con la duquesa estavan, cavalgó e fue a ganar de su señor las albricias, el cual, como oyó que la duquesa era libre, con gran plazer se adelantó de los suyos e se fue do la duquesa estava, e con gran amor la abraçó, preguntándole la causa de su libertad; e la duquesa se lo contó por entero cómo avía passado; el duque, que vido la buena obra que los dos cavalleros avía recebido, no sabía con qué pagarles si no en les dar muchas gracias e ofreciéndoles su persona y estado. Don Roldán le dixo:

⁵⁵⁴ de de To ¹⁵²⁵.

—Noble señor, por bienandantes nos tenemos en vos aver servido en cosa que tanto os iva y vos serviremos más en lo que por bien tuvierdes. Por ende, cuando vos pluguiere, os podéis ir a vuestra tierra, donde os acompañaremos, si por bien lo tuvierdes, si nuestras personas avéis menester.

—Esforçado cavallero —dixo el duque—, plega a Dios de me traer a tiempo que yo vos sirva el bien que me avéis fecho; e pues yo tengo compañía cual veis, no es razón de poneros en más trabajo.

E faziéndose prolixas e bien criadas ofertas, se partieron el duque e la duquesa, su muger, con toda la gente que aí con el duque avía venido; e los dos buenos cavalleros enpeçaron andar por unas partes e otras, buscando a Flordelisa; e a cabo de una pieça que anduvieron, dixo don Roldán:

—Señor Brandimarte, andando juntos no fazemos más de un camino e de partidos aremos dos. Por ende, si a vós parece, vaya cada uno por su parte; y el que más aína pudiere, con el recaudo que fallare, se vaya al castillo de la villa de Albraca, do nuestros amigos nos estarán esperando.

—Así sea —dixo Brandimarte—, ca sabed, señor, que si la vida sostengo, es en la esperança de vuestra buena ventura, donde creo que por ella, andando en vuestra compañía, seré remediado.

E luego se partió el uno del otro, guiando do mejor les pareció. Donde los dexaremos fasta su tiempo, por contaros el fin que ovo la batalla que la alta Marfisa y Renaldos fazía, como arriba os contamos, con el rey Galafrón.

Capítulo xxxvi. Del fin que ovo la cruel batalla que la linda Marfisa e Renaldos fazían con la gente del rey Galafrón.

Ya se os contó arriba los desmesurados golpes que Renaldos e la linda Marfisa davan y el estrago grande que en sus contrarios fazían. Como Marfisa viese que tanta gente en ayuda del rey Galafrón sobrevenía de contino, puso las piernas a su gran cavallo e saliose de la priesa de la batalla, e tocó su preciado cuerno de marfil; e luego que su gente le oyó, le conoció en el sonido; esta gente era la que ella avía traído en ayuda del rey Galafrón cuando a socorrer a su fija vino. E luego que la oyeron, a más andar del canpo, do primero ayuntados estaban esperando su mandado, vinieron con sus ricas vanderas, en special la principal, que la divisa de su señora

traía, que era una corona fecha tres pedaços; e luego que su luzida gente vio consigo, animándola muy esforçadamente, se va con ella donde Renaldos fazía la cruel guerra, dando crueles golpes e mortales feridas a unas partes e a otras. Y así como llegó, dando una grita grande, se meten en sus contrarios, derribando cavalleros e cortando vanderas. Y como la gente vino folgada, hendió por la desordenada batalla de la gente del rey Galafrón, faziendo muy gran mortandad en la gente, que espanto era de lo ver. Pues ver la linda Marfisa cual andava por la batalla no se podría su gran proeza contar por entero. El buen Renaldos no se dava espacio, que ya no havia cavallero en la batalla que sperarle osase, tanto estrago fazía. Y por no usar de prolixidad, no se particularizan los estraños fechos que la linda Marfisa y el buen Renaldos aquel día hizieron. Mas de tanto vos digo que, assí por la gran ^{58r} destrucción que estos dos buenos guerreros fazían como por la venida de la gente de la reina Marfisa, ya no parava cavallero con cavallero ni vanderas con vanderas, antes toda la gente muy sin orden e mal desbaratada empeçó a fuir, por donde en su alcance vinieron la vía de la villa de Albraca, en la cual huida la linda Marfisa y su gente y el buen Renaldos les hizieron tanto daño como ellos poco antes en el seguimiento de la gente de Agricán avían fecho, de tal manera que el campo dexaron poblado de muertos e teñido de sangre lo más d'él fasta que entraron en la fuerte villa aquellos que mejor fuyeron e mejores cavallos alcançaron. E una gran cosa aquí se puede aver por gran maravilla y es que el duque don Estolfo fue un arriscado cavallero, tal que jamás entró en su cavalleroso coraçón pavor de alguna cosa. Fue el primero que, a rienda suelta, empeçó a fuir la vía de Albraca; si lo fizo porque vio a su primo don Renaldos o por la forataleza de Marfisa esto no se sabe; e con los otros siete esforçados cavalleros que con⁵⁵⁵ Roldán avían de la casa de Dragontina salido, entre los cuales era el fuerte Grifón y el esforçado rey Balano, Oberto del León, y el Espinelo de Almonte⁵⁵⁶, todos, sin uno a otro esperar, desampararon el campo. Todos se entraron en la villa de Albraca e cerraron sus puertas, e alçaron las levadizas puentes; e los grandes señores con el rey Galafrón se subieron a la fortaleza. La fuerte Marfisa y el buen Renaldos llegaron fasta las puertas, no dexando de derramar sangre de las gentes del rey Galafrón; e de que Marfisa vio que todos eran entrados, empeçó a les amenazar, diziendo:

⁵⁵⁵ don To ¹⁵²⁵.

⁵⁵⁶ Alta Monte To ¹⁵²⁵.

—No's valdrán las altas cercas de la villa, falsos cavalleros, ni las hondas cavas que la cercan, ni la inespunable fortaleza en que estáis que no muráis a mis manos, ca ya vos terné con mi gente cercados e la hanbre fará que salgáis al campo donde serán vuestras sepulturas, que no vos valdrá fuir.

E buelta a Renaldos le empeçó a dezir:

—¡O, buen cavallero, si supieses quién son los que en la villa están e cómo por una mala muger, fija del rey Galafrón, han perdido sus honras e muchos d'ellos sus tierras, e aun tengo por cierto que perderán las vidas! E no tengo tanto enojo de los que en ella están como de un malvado rey lleno de traición y engaño, las más falsa criatura que en el mundo nació, el cual se llama el rey Trufaldín, el cruel engañador; e aquella malvada henbra que te digo es llamada Angélica la Bella, un nonbre, por cierto, farto desconforme a sus obras, que las obras suyas son diabólicas y el nonbre es de fermoso ángel. Y por los altos dioses en que creo, de me no poner en otro cuidado fasta que ella de mí sea destruida y el falso viejo de su padre, junto con los que le aconpañan e defienden. E digo esto, buen cavallero, porque, acabado esto que aquí te prometo, tengo assaz que fazer, porque yo tengo fecho juramento de no reposar hasta que al rey Gradaso, si le has oído dezir, señor del reino de Sericana, que tanto por el mundo es su fama de fortísimo cavallero estendida, le aya preso o muerto o en batalla de mi persona a la suya vencido; e después passar en Francia e destruir a Carlomagno e prenderlo por mi persona; y luego bolver la vía de Tartaria y al emperador Agricán, que tan señalado es en el mundo, fazer otro tanto. Por tanto, buen cavallero, pues mi voluntad te he confessado tan por entero como a persona que yo he provado y en mí mucho estimo, dime tu voluntad, ¿qué es lo que entiendes fazer?

Cuando Renaldos tales razones de Marfisa oyó, bien entendió que essa era Angélica que él tanto avía de corazón amado y después, como arriba oístes, tan estrañamanete aborrecido, y que el malvado de Trufaldín, de quien él avía de tomar la prometida vengança, estava ahí con ella, dixo:

—Mi buena señora, yo quiero estar en tu compañía todo el tiempo que sobre esta villa estuvieres, porque has de saber que yo tengo prometido de matar a

Trufaldín por la muerte⁵⁵⁷ que dio a Albarrosa e a su amante; y desde esto sea fecho, yo haré lo que el tiempo me aconsejare.

—Sea así como quieres —dixo ella.

E d'este modo acordado, el uno y el otro se fueron do los capitanes de Marfisa avían su real asentado, donde todo esse día reposaron y Renaldos⁵⁵⁸ en otra rica tienda [cerca de la de Marfisa]⁵⁵⁹.

^{58v} Capítulo xxxvii. Del mortal desafio que el buen Renaldos hizo a todos los cavalleros que en la fortaleza de Albraca estaban porque tenían consigo al traidor de Trufaldín.

Otro día por la mañana el buen Renaldos de Montalván se armó de todas sus armas e cavalgó en su ligero e poderoso cavallo Rubicano, y tomando una gruesa y aguda lança en su mano, salió fuera de su gran tienda, y llegándose cerca de la villa, a un raso que allí estava, puso su cuerno de marfil a la boca, e tan fuertemente le sonó demandando batalla, que fizo a mucha gente parar a las cercas de la villa e a las altas torres de la fortaleza. Luego, los altos señores que con Angélica la Bella estaban, enbiaron a saber qué cosa fuesse; e parado a la cerca, un cavallero le preguntó al buen Renaldos qué era lo que demandava. Renaldos le enpeçó a fablar de la manera que adelante os diremos.

En este comedio, la linda Angélica estava aconsejándose con su viejo padre de fazer amigos al rey Trufaldín e al rey Sacripante e a Torindo porque, como arriba os deximos, cuando el traidor de Trufaldín se alçó con la fortaleza de Albraca para la dar al emperador Agricán, los prendió a estos dos señores que en ella heridos estaban, a Torindo e a Sacripante, e como no falló la respuesta que esperaba de Agricán, ovo temor, tal que antes que la fortaleza entregó a Angélica, que los nueve esforçados cavalleros que consigo traía, fizo sus partidos, tales que bastaron asegurar su persona, que, como antes os contamos, fueron que don Roldán e los de su compañía juraron allende de le perdonar, Angélica de le defender e amparar de cualquier cavallero que mal o daño le quisiesse fazer; e como Torindo e Sacripante

⁵⁵⁷ mnerte To¹⁵²⁵.

⁵⁵⁸ Renldos To¹⁵²⁵.

⁵⁵⁹ Esta línea aparece deteriorada y casi ilegible en el texto. Como en anteriores ocasiones, se ha completado a partir del ejemplar de la segunda edición (Sevilla, Juan Cromberger, 1533, conservado en la BNE: R/2533).

tan afrentados se hallaron, de la prisión desseavan verse en tienpo de tomar la devida enmienda del traidor Trufaldín. E por esto davan orden en cómo los pudiesen fazer amigos, porque en tienpo de tanta necesidad no oviese entr'ellos alguna disención; e como el rey Sacripante amava tan de corazón a Angélica, luego fizo lo que por ella le fue rogado; mas el fuerte Torindo no lo quiso fazer, antes se despidió d'ellos, diziendo que no quisiese Dios que a donde un traidor es acogido él fiziese morada. E luego le fueron dadas sus armas e cavallo; e armado que se vio, puso el dedo en la boca e, mordiéndósele, reptó a Trufaldín de falso, diziéndole que era traidor e malo e fermentido, que hazía juramento, a la fe que sus dioses devía, de no reposar fasta tomar d'él por entero la vengança de su ofensa; e diziendo esto, se salió de la fortaleza. E así mismo quisieran fazer otro tanto algunos de los que allí estavan; mas la vergüença les puso inpedimento, porque no dixessen d'ellos que en tienpo de tal necesidad desanparavan su valía. E salido que fue Torindo de la fuerte villa, vase para la tienda do la hermosa Marfisa estava armándose; e contole la causa de su venida muy enteramente, donde fue de Marfisa muy bien recebido e con gran plazer.

En esto, vos quiero dezir la enbaxada que don Renaldos enbió a los cavalleros de la fortaleza con el cavallero que ellos enbiaron a ver qué cosa era el son del llamamiento de la batalla, diziendo d'esta manera:

—Dezid a los buenos guerreros que en la fortaleza d'esa villa están que yo soy aquí venido a vengar una traición llena de gran ultraje e crueldad que el traidor rey Trufaldín, que allá está, fizo con Albarrosa, la fija del Conde de Monte Falcón⁵⁶⁰, a la cual mató a ojos de su amante, el buen Polindo, e después mató a él; y que si ellos son buenos e leales cavalleros, como sus nonbradías demuestran, no es razón que den favor e ayuda a los traidores, porque en tanto es uno malo en cuanto favorece el mal; e cualquier buen cavallero á de ser enemigo de los desleales e traidores, e no deve con ellos fazer compañía ni darles ayuda ni favor, antes cuanto más amigo fuere de nobleza tanto á de ser enemigo de la traición. Por ende, que yo les requiero que lo enbían fuera de la fortaleza armado de todas armas, que quiero d'él, a guisa de cavallero, vencerle e después, a modo de traidor, ahorcarlo de un árbol; e si esto fazen, farán lo que de tan nobles cavalleros como ellos son se espera e tenerme han por amigo; e si no quisieren fazerlo e lo ^{59r} quisieren defender, dezildes

⁵⁶⁰ López de Santa Catalina ha indicado en el capítulo XXXIV que Albarrosa es la hermana de Oriselo de Monte Falcón, no su hija.

de mi parte que yo los desafío a todos como están e los tengo por traidores, pues favorecen al traidor, e que aquí, como veis, los espero para les hazer conocer lo que digo.

Luego el cavallero se subió a la fortaleza e contó su mensaje a los cavalleros que allí eran, e dio la seña de cavallero que con él le embiava. Todos lo conocieron que era don Renaldos de Montalván, primo de don Roldán e del duque don Estolfo; e mirávanse unos a otros sin palabra fablar, estando muy confusos en tal fecho, lo uno porque ya todos conocían la gran persona de Renaldos, lo otro cómo era tan justa demanda, que todos conocían verdaderamente caber en el rey Trufaldín toda traición, como por experiencia en parte lo avían palpablemente visto; e por otra parte, avían jurado con don Roldán de lo anparar e defender fasta la muerte; e por esto ninguno sabía qué se responder. A cabo de un rato fablaron entre sí lo que devían fazer e acordaron de morir o cunplir el juramento que avían fecho; y con este propósito se armaron los VI cavalleros que aí estaban, junto con ellos el traidor de Trufaldín, que eran siete, los cuales eran estos: Aquilante e Grifón, y Oberto del León e Andriano, y el rey Carión⁵⁶¹. E todos juntos como eran levaron a Trufaldín en medio, e salieron al campo do Renaldos estava sperando. E como llegaron, Grifón conoció ciertamente ser aquel Renaldos, que muchas vezes le avía visto, e dixo:

—En verdad, señores, yo conozco ser este Renaldos de la casa de Claramonte, amigo e pariente nuestro de los de la casa de Mongrana.

Aquilante dixo:

—Por cierto assí me parece a mí; mas una cosa me faze dudar, que aquel cavallo no es Bayardo, en que él cavalgar suele.

E todos juntos ordenaron de hablar con él por ver si fallasen alguna manera de paz, porque ellos conocían que la batalla era con razón e defendida a gran tuerto. Luego Aquilante y Grifón le fueron a fablar, diziéndole:

—Señor Renaldos, ¿por qué queréis así tomar batalla contra vuestros propios amigos e naturales?, ca sabed que todos nosotros no podemos fazer otra cosa sino defender lo que hemos jurado. Por ende, vuestro propósito no avrá fin, antes lo avréis vós, ca puesto que uno de nosotros vencéis, saldrá otro e luego otro, e también vuestro primo don Roldán.

⁵⁶¹ Se dice que los caballeros que están allí son seis, más Trufaldín, siete. En cambio, cuando se enumeran sus nombres, solo se dan los de cinco. Se intuye que el sexto, por obvio, es Renaldos.

E contáronle la causa porqué así lo avían prometido de lo defender. Luego Renaldos les dixo:

—Sabe Dios cuánto me pesa por aver con vosotros batalla, pero más me pesa que no defendéis derecho ninguno, por donde creo que de muertos o vencidos no podréis escapar de mis manos.

E contoles la causa por que avía tomado essa presa e cómo lo avía jurado, lo cual ellos bien entendieron, do mucho se maravillaron e no pudieron negar que no tuviese gran razón; e mientras el uno con el otro fablavan, dixo Renaldos:

—Ea, sus, cavalleros, o determinad de no defender traidores o enpeçad luego la batalla.

E diziendo esto, buelve las riendas a Rubicano e apartose lo que le fizo menester. Los cavalleros de la villa que lo vieron, ordenan de tomar la batalla y enpiéçanse a concertar cómo avían de ir. No quisieron sino ir uno a uno, porque de otra manera les fuera a gran villanía contado, de lo cual al traidor de Trufaldín le pesó, y estava tenblando como el que está sentenciado a muerte. E ordenaron que Oberto del León fuese el primero, el cual por obra lo puso, como aquel que venía de la casa de Claramonte, do tales cavalleros salían; e sin más detenerse, va contra Renaldos que a recibir le salió; e tales encuentros se dieron, que las lanças quebraron; e tal encuentro le dio don Renaldos, que le fizo de los estribos perder, pero luego Oberto los tornó a cobrar; luego buelve el uno al otro las spadas altas e danse muy grandes golpes; mas como [havía] gran diferencia de Renaldos al otro, no duró mucho su contienda, que, tomando la espada a dos manos, dio tal golpe a Oberto, que el escudo le fizo pedaços e le firió de una gran ferida en la cabeça en que cayó muerto en el canpo. Andriano, que era diputado, fue contra Renaldos, que no tenía sino la spada en la mano; e Andriano lo firió en el escudo, que la lança quebró; e ambos se encontraron, pero Andriano e su cavallo fueron en tierra. Grifón, que así le vido, soltó la lança de la mano, no queriendo llevarla porque veía que Renaldos era sin ella; e la espada en la mano, se fue para él muy esforçadamente, como cavallero en ^{59v} quien avía mucha virtud, e allegándose cerca de Renaldos, enpieça dulcemente a rogalle que se contente con lo fecho e que no cure más de llevar su enpresa adelante, rogándoselo con muy corteses palabras. Don Renaldos, que encendido en ira estava, le dixo:

—Grifón, no te cures de me predicar: o procura de te defender o buelve las espaldas e comiença de me fuir delante.

Grifón, desque oyó lo que Renaldos dezía, dixo:

—Por cierto yo no suelo fuir, mas pésame que la cortesía e buena criança que solías tener ya la has perdido.

E con gran coraje, las espadas altas, se enpieçan a dar mortales golpes el uno al otro, de tal suerte que bivo fuego fazían salir de los encantados yelmos. Grifón dava tan pesados y espesos golpes a Renaldos, que bien le mostrava ser uno de los buenos cavalleros del mundo. Gran rato duró la cruel y mortal batalla entre estos dos cavalleros, tanto que los que los miravan estaban espantados cómo el uno y el otro lo podía sufrir; mas de tal suerte ellos apresuravan sus golpes, que no parecía que en ninguno d'ellos entrava cansancio, antes parecía que cobravan nuevas fuerças. En todo este tiempo ninguna ventaja el uno del otro sentía; e como don Renaldos pensase aver fallado ante sí otro don Roldán, empeçó a dezir:

—¡O, Soberano Señor, tú sabes que yo peleo por la verdad y este pelea por defender un pagano traidor! No consientas, Señor, que su maldad vaya más adelante, pues tú, Señor, eres amator de toda verdad. Favorece, Señor, tú la justicia, pues eres justo juez.

El fuerte Grifón dezía:

—¡O, Dios, donde toda suma bondad está, ave merced de mí! No consientas que por mí passe alguna desonra o vergüença. Tú sabes, Señor, cuánto le he a don Renaldos rogado con la paz e no á querido venir en ella.

Y diziendo esto, no dexavan de se ferir muy mortalmente, redoblando golpes sobre golpes, dándose con tanta fuerça que las cabeças se fazían baxar fasta los pescueços de los cavallos. E cunple que los dexemos en este estado a estos dos cavalleros, por contaros lo que al conde don Roldán e a Brandimarte acaeció en el Valle Peligroso, andando en busca de Flordelisa.

Capítulo xxxviii. De lo que acaeció a don Roldán e a Brandimarte andando en el Valle Peligroso en busca de Flordelisa.

Dize la historia que, así como el conde ovo dicho a Brandimarte que se apartasen de en uno porque mejor pudiesen buscar el escondido valle por todas partes

fasta fallar lo que buscavan, luego el uno del otro se partió, con acuerdo de se venir a la fortaleza de Albraca con el recaudo que fallasen. Don Roldán tomó el camino que a mano derecha guiava y Brandimarte tomó el de mano izquierda, que más adentro en el valle se metía. E andando un gran rato el conde por su camino, vido en un alto e florido herbaçal, que en un sonbrío rincón del valle estava, un ciervo muy grande en demasía, todo tan blanco como una nieve, la más fermosa cosa del mundo. Este era el ciervo del Hada del Tesoro, el cual, como al conde don Roldán sintió, enpeçó lo más ligeramente que pudo a correr, e assí como iva corriendo, los cuernos que levava relunbravan en tanta manera como si de un oro bruñido fueran. El conde, que tan fermoso animal vio, comiénçale con el ligero Bayardo a seguir, sin un rato de reposo tomar. E ya que la noche sobrevenía, el ciervo se metió por un espeso y oscuro bosque; y el conde que le seguía, viendo ya la escuridad y que le ciervo se havía por tan fuerte lugar metido, no curó de lo más seguir porque aunque quisiera ir a cavallo, por el bosque no podía si no passo a passo; e como cansado se sintió, apeose del cavallo e, dexándole pacer, se asentó a descansar debaxo de un pino.

De Brandimarte os digo que, luego que del conde se apartó, anduvo todo el día por unas partes e por otras, que nunca rastro de su Flordelisa fallar pudo. E como vido que la noche sobrevenía, subiose a un alto que en el valle se fazía por descansar algún tanto e por mejor escuchar si alguno oyese en el valle; e apeándose⁵⁶² de su cavallo, durmió una parte de la noche e la otra parte estuvo en vela si por ventura sonase alguna cosa en el llano. E quando la mañana vio, cavalgó en su cavallo, y enpeçó como de ante a buscar por una parte e por otra fasta que el sol era salido; e ya que andava casi des- [mayado, perdida la esperança de fallar a su]^{563 60r} dama que perdido avía, oyó unos gritos que lexos de ahí sonavan; e teniendo atención al sonido, con gran priesa espolonea a Briador hazia la parte do le parecía que venían las bozes; e como cerca de un robredal llegó, en lo más espeso d'él vio a su querida Flordelisa atada por los braços a uno de aquellos robles; e como la vio, luego en la ora la conoció como aquella que era toda su bienaventurança; e de una parte era

⁵⁶² apiándose To ¹⁵²⁵.

⁵⁶³ Esta frase aparece manuscrita en el texto, añadida por una mano de la época al final de la columna *b*, disposición que rompe la caja de escritura. Es de suma importancia este añadido, pues la reconstrucción se ha hecho a imitación del impreso (tanto de los tipos como de las abreviaturas). Aún más relevante es la posibilidad de haber completado la pérdida a partir de otro ejemplar, como indica el que se hayan añadido únicamente las sílabas y palabras que formaban esta última línea del folio. En el ejemplar de la segunda edición (Sevilla, Juan Cromberger, 1533, conservado en la BNE: R/2533), aparece en el cuerpo del texto, sin mostrar anomalías.

grande e sin medida el plazer que ovo en la fallar, e de otra parte era sobrada la tristeza que tenía de su dolor d'ella; e apeose de su cavallo e, atándole a uno de aquellos robles, fue a ella por la desligar; mas cuando cerca d'ella llegó, vio un salvaje bestial a manera de gigante, la más disforme criatura que jamás en el mundo se vio; e con una boz ronca enpeçó a dar muy terribles baladros, que bien lexos se pudieran oír, ca esta era su propia fabla; era todo peloso e dos grandes cuernos en la cabeza, e los pies en demasía delgados; traía por ofensa de sus enemigos un bastón grueso e largo, todo lleno de unos fuertes ñudos; e para defensa de su persona, un gran escudo a modo de tablachina, fecho de una gruesa corteza de árbol asaz rezio para recibir cualquier golpe por grande que fuese; después d'esto, era tan ligero que no avía animal⁵⁶⁴ que por pies se le fuese si gran ventaja no le tomase. Era de tanta fuerça aquel salvaje que no avía quien en su fuerça le aventajase; su comer era frutas e raíces, e su abitación por los escondidos desiertos. El cual, como viese aquella dama, la cual, por miedo de la leona, a los más escondido de la selva se avía metido, la tomó como admirado de ver una tan gentil criatura; e como su brutal e salvaje conversación no fuese inteligible de conversar con semejantes personas, lo uno porque nunca él mugeres avía visto, e lo otro por no poder fablar ni entender lo que fablasen, no se curava de le fazer mal ni bien, salvo que, según mostrava, avía deleite de la mirar e tocar de rato en rato; e por esto la estava guardando en lo más espeso de aquella arboleda, do por el sonido de las bozes que ella dava el buen Brandimarte llegó. E como el salvaje animal le viese que a ella se acercava, con muy terrible cherriados, que espanto era de lo oír, se fue para él, su escudo en el braço, con su ñudoso bastón. E tanta era la afición con que Brandimarte iva a desligar a su querida dama, que no le vio fasta que se juntó con él por le ferir; y ella, que venir le vio, dixo:

—Guárdate, buen cavallero, d'ese diablo que te viene encima.

Brandimarte bolvió la cabeça e como cosa tan monstruosa vio, ovo algún recelo, e apartándose a fuera, puso mano a su espada y enbraçó su escudo, y empeçó a le mirar cuán abominable e diabólico era aquel disforme salvaje, ca no parecía si no una cosa infernal; e sin ningún miedo se va para él, el cual, el bastón alto, con un denodado e ligero paso, le salió a recibir, e cubriéndose de su escudo, dio al cavallero muy pesados dos golpes, que bien los sintió Brandimarte; mas él dio un

⁵⁶⁴ aial To ¹⁵²⁵.

golpe sobr'el escudo con su espada que la tercia parte d'él le echó por tierra; e como el salvaje alçó el bastón para le dar otro golpe, la espada del cavallero cruzó en el camino, de tal forma que cerca de la mano se le cortó. El salvaje, que así su bastón vido cortado, soltó lo que en la mano le quedó e también el escudo, e sin ningún miedo que del espada de su enemigo ovo, arremetió a él con un ánimo fiero, y echole sus fuertes e pelosos braços encima, de tal suerte que no tuvo el cavallero lugar de se defender con su espada; e tan reziamente le tenía apartado así que, aunque él quiso provar toda su fuerça a se librar de aquel bruto animal, no pudo. Tanto era estraña la fuerça de aquel diabólico sátiro, que así como el lobo a la pequeña cordera lleva con hanbrienta ravia, así aquel maldito animal llevaba al cavallero alçado del suelo; e saliose con él d'esa spesura do estaban, levándolo entre sus braços con tanta ligereza como un hombre suele levar a un niño. La dama, que así levarle vio, empieça a fazer tan gran llanto, que gran tristeza ponía en la oír. El maldito sátiro, que al cavallero llevaba, empieça a subir por ^{60v} unos altos riscos para, después de subido, despeñalle de lo más alto. El buen cavallero, que así a tal lugar llevar se vido, lo mejor que pudo, tomó el espada, que colgando con la cadena llevaba, por la guarnición que cerca de la empuñadura tenía, e a manera de daga, dio de punta con ella por las espaldas al monstruoso salvaje que de la otra parte le passó. El maldito monstruo, que ferido de muerte se sintió, con grandes gritos, que no se podían entender, soltó de los braços al buen Brandimarte, e no se pudiendo más en lo pies sostener, se cayó en el campo, rebolcándose en la sangre que del cuerpo passado le salía, dando los mayores y más espantosos bramidos del mundo. E como Brandimarte así le vido, no se curo más d'él, antes con apresurado passo, que el amor de su corazón manifestava, se fue para el lugar do estava la su dama ligada, e desligándola de aquel alto roble donde estava, la empieça de abraçar con demasiado plazer; ella assimesmo, de se ver librada por la persona que más en el mundo amava, de sobrada alegría no le podía fablar, tanto que gran pieça estuvieron abraçados sin alguna cosa dezir; e después de algún rato, empeçaron a se hablar muy amorosamente, contando cada uno su aventura; e como la dama no tenía palafrén en que pudiesse caminar, subió a las ancas de su querido Brandimarte, el cual, en la llevar consigo, no esimava todo el mundo en tanto como llevar consigo su perdida dama, sin la cual no tenía esperança de bivar. E bolviendo al camino que a la villa de Albraca llevaba, topó con el conde don Roldán, que mucho bien los recibió e con gran plazer de la ganancia de

Brandimarte; e juntos con gran alegría caminavan la vía de la villa de Albraca, desseando el buen conde verse ya delante de aquella que su vida tenía en sus manos, pareciéndole cada ora de su ausencia un año de tardança. Donde los dexaremos caminando como oís, por contaros lo que sucedió en la cruel batalla que el buen Renaldos de Montalván hazía con el fuerte Grifón sobre la demanda que contra Trufaldín avía puesto.

Capítulo xxxix. Del fin que ovo la batalla que el buen Renaldos de Montalván fazía con el fuerte Grifón de Mongrana.

Bien se os acordará de la reñida batalla que el buen Renaldos de Montalván fazía con el fuerte Grifón de Mongrana porque defendía al traidor de Trufaldín con los otros cavalleros del castillo de Albraca y el estado en el que la dexamos, cómo el uno al otro ponía pavor de muerte, cada cual d'ellos mostrando su gran poder, firiéndose muy pesadamente e muy a menudo, estimando su vida muy poco por adelantar la honra e la fama que por cosa immortal tenían, la cual, si no se procura guardar ilustrándola con virtuosas obras e valerosos actos, juntamente con la vida perece y en breve espacio se olvida. Ya las finiestras e gelosías de la fortaleza estavan llenas de cavalleros e donzellas mirando batalla tan golpeada, que tanto durava; las cercas de la fuerte villa muy pobladas de gente viendo una contienda de dos cavalleros tan combatida, sin punto de flaqueza el uno ni el otro mostrar. Pues la fuerte Marfisa y la mayor parte de su gente no quedavan poco maravillados d'esta trabada batalla, diziendo en su vida aver otra semejante visto. Pues los dos esforçados guerreros, si estavan de espacio, no por cierto, que el temor que el uno al otro tenía le fazía abivar. En este tiempo el buen Renaldos de Montalván andava como un fuego fulminoso contra su enemigo, e diole un tan estraño golpe de la espada sobre el yelmo encantado del buen Grifón, tal que oviera hendido una grande ^{61r} e fuerte peña; mas la fortaleza del yelmo defendió de muerte al buen guerrero. Pero aunque la vida le guardó, non le pudo quitar que fuera de todo sentido no saliesse, de modo que el su cavallo le levava por el campo, la espada soltada de la mano y colgando de la cadena. Aquilante, que assí al cavallo llevar le vido e sin sentido, bien creyó que muerto era, e con una callente y encendida ira, puesta la espada en la mano, se va contra Renaldos por fazer vengança de su querido hermano

Grifón de Mongrana. Don Renaldos, que venir le vido, saliolo a rescebir con una estrema crueldad; e viérades otra nueva batalla començada no menos furiosa que la primera; allí se despedaçavan los escudos, allí se desmallavan las lorigas, que fuego parecía a cada golpe salir de los yelmos, dándose muy crueles golpes e sin piedad; el uno con dolor de ver muerto a su hermano, cual assí lo creía, el otro por defender su vida que tanto amava, maravillas fazían. Era tanto el dolor que el buen Aquilante sentía, que con gran furia, el espada a dos manos, sin se curar del escudo, dava a don Renaldos mortales golpes, desseando fazer presto la fraternal vengança o morir en breve. Don Renaldos, que de tal manera se veía tratar e que un cavallero no era vencido o sobrepujado d'él cuando otro le sobrevenía, no dexándole un punto de reposo tomar, tenía a gran villanía; mas su esfuerço, que par en el mundo non tenía fueras su primo el conde don Roldán, no sentía punto de flaqueza, aunque era combatido fuera de medida. E de nuevo se callenta de tanta furia que, la espada Fisberta esgrimiendo, empieza a bozes a dezir:

—¡O, bruta canalla, covardes cavalleros, venid, venid todos juntos, no ayáis vergüença de exercitar vuestras villanías e mala costunbre, que no vos estimo en una vil meaja! ¿Cómo podréis de oy más andar entre gentes ni aconpañaros con cavalleros ni alçar los ojos al cielo de vergüença, viendo que un solo cavallero os afrenta e vence y os trae como el pastor a las medrosas ovejas?

El buen Aquilante, que estas soberviosas palabras oía, no respondió a ellas ninguna cosa; mas tanto fue el enojo que d'ellas hovo, que soltando el escudo a las espaldas, tomó el espada con ambas manos e dio el buen Renaldos tan grandísimo golpe sobre el yelmo, que don Renaldos se estremeció todo el cuerpo y el spada se le soltó de la mano, e de cierto la perdiera si de la cadena del braço no le quedara colgada; mas como en sí volviese, lleno de grande ira e muy poderosa ravia, dexando el escudo a las espaldas, buelve contra Aquilante, e a dos manos la espada le dio tal golpe encima del yelmo, que su fortaleza no le valió que de todo sentido no le sacasse, tanto que pudo el buen Renaldos a él llegarse y, encendido de mortal saña, quiso cortarle la cabeça. E poner que lo quiso por obra, el buen Carión, que en la batalla no avía entrado porque según ellos avían ordenado no le era venido su tiempo, como vido en tal peligro al esforçado Aquilante, con la mayor presteza que pudo arremete su cavallo, la lança baxa, e dio tan gran encuentro a don Renaldos de través que, si tan estremado cavallero no fuera e de tales e tan fuertes armas no fuera

armado, con gran peligro de la vida le echa por tierra. Don Renaldos, que tan gran encuentro sintió, quiso bolver sobre él, pensando fallalle cerca; mas tanta fue la furia del cavallo de Carión que tener no le pudo, que adelante gran trecho no passasse. En este comedio, el fuerte Grifón era ya tornado en sí; e como en sí bolvió e mirasse el peligro en que le avía puesto don Renaldos de un solo golpe, no mirando lo que Aquilante avía fecho ni cómo Carión le avía así malamente encontrado, quiso tomar la vengança, e buelve el cavallo, enderecándose ^{61v} en él lo mejor que pudo; e aún don Renaldos de Montalván no era endereçado en la silla del golpe de lança que villanamente le fue dado, quando el fuerte Grifón, la espada en la mano, juntó con él, e tomándole, como oís, medio desbaratado, assentole un fiero golpe sobre el yelmo, de que don Renaldos se sintió mucho; e como una ponçoñosa serpiente buelve sobr'el fuerte Grifón, e alçado sobre sus estrivos un tan gran golpe iva a darle sobr'el yelmo, que maravilla fuera si d'él no le derribara a tierra; mas como ya Carión bolví de la passada carrera su cavallo sobre don Renaldos, le estorvó que aquel golpe no fiziesse, que assí como llegó, dio al señor de Montalván un gran golpe sobr'el braço derecho, que de dolor le hizo casi soltar el espada. Don Renaldos, que assí vido tratarse y que no avían tres cavalleros mesura de juntos le acometer, empieça entr'ellos a revolver su ligero cavallo, diziendo palabras contra ellos muy inominiosas, fortísimos golpes dando a uno e a otro, no mostrando solo un punto de flaqueza. Grifón e Aquilante e Carión, que tan nuevas fuerças le vieron cobrar, aunque soberanamente eran corteses cavalleros, no miraron con la sobra del enojo aquí la devida cortesía, mas antes juntamente, con renovadas fuerças, le empieçan a dar tan poderosos golpes, que todo el valle parecía estar lleno de ferrerías. Muy mal parecía a los circunstantes ser tres buenos cavalleros tan villanos e fuera de cortesía, en especial a la alta Marfisa, que de ver las cavallerías de don Renaldos estava espantada, e como una brava leona que va a fazer la presa en la montaña, pone las piernas a su grande y poderoso cavallo e con una alta e amorosa boz dixo:

—¡A ellos, a ellos, buen cavallero, que, pues la devida cortesía no guardan, ni nos cumple que se la guardemos!

E la espada en la mano, assí despedaçó los fuertes escudos de sus contrarios, que espanto grande les puso. Los otros compañeros de Aquilante e de Grifón que vieron la poderosa donzella contra sus amigos venir, como ya el día antes sus estraños fechos visto avían, ovieron temor no les viniessen por su venida algún daño, e

juntos como estaban, fueron a ayudar a los tres cavalleros, donde todos juntos viérades una de las más fermosas e más reñidas batallas que jamás fue en el mundo. Ella, que llegava al socorro del buen Renaldos, tomó delante al fuerte Grifón; el valiente mancebo, que cerca de sí la vido, no mostró punto de flaqueza, antes de primas a primeras le assentó tan gran golpe encima del yelmo, que el dragón que la dama por cimero traía fue en dos partes hendido y un gran pedaço d'él por tierra. No fue la dama movida por el gran golpe, bien que le sintió ser muy pesado, e no tardó en darle respuesta con obras, que luego alçó el espada diziendo:

—¡O, triste cavallero, cuánto mejor te fuera estar en el castillo bien encerrado que no comigo verte en el campo, que el poder del cielo ni de la tierra no te quitarán que a mis manos no mueras!

E assentole un tan estable golpe encima del encantado yelmo, que la vista le fizo perder e botar sangre por los oídos e por las narizes. El buen Aquilante, por otra parte, pugnava⁵⁶⁵ de herir a la dama de muy espessos golpes; mas ella no curava d'él, tanto era airada contra el fuerte Grifón. No se vido jamás tal golpe ni tan fuerte dado de mano de cavallero como el que Marfisa dio sobre el yelmo a Grifón, el cual, como sintió en el yelmo la sangre salir, bien pensó que ferido de muerte estava. E por no quedar sin vengança de la dama que tal le avía parado, puesto el escudo atrás, tomó el espada con ambas manos e de través del ^{62r} yelmo tan grandíssimo golpe dio a Marfisa, que la fizo perder en tan gran manera la vista de los ojos, e de tal manera se estordeció, que no alçó el espada por algún rato. Aquilante, que en tal manera la vido, empeçola a ferir muy bravamente, de manera que la iva mal parando. Ella, que en tal estrecho se siente, endereçó sobre su gran cavallo e muy furiosamente le boltea por entre sus enemigos e arremete al buen Aquilante por le dar un gran golpe de espada; mas tan cerca d'él se llegó, que le no pudo ferir a su plazer, e viendo esto, con la mano izquierda, dexada la rienda, le tomó el escudo por el brocal con tanta fuerça, que del braço se le sacó, quebradas todas las ligaduras, e por poco no dio con él del cavallo abaxo; de allí rebuelve sobre Grifón, que muy furioso contra ella andava, e alçó el espada por le dar sobre el yelmo; mas el fuerte Grifón le rescibe sobr'el su buen escudo, y fue tan grande y tan pesado, que todo le fizo pedaços, que más provecho no fue d'él. Don Renaldos de Montalván no es menester deciros, que sus mortales golpes que dava no se pueden contar, de tal manera que no parecía

⁵⁶⁵ punava To ¹⁵²⁵.

cavallero humano, según las fuerças maravillosas cada hora más le crecían, que no parecía sobr'él aver passado ningún trabajo. Do cumple dexar en este estado esta cruda batalla de don Renaldos e Marfisa con los cavalleros de la fortaleza, por contaros lo que al conde don Roldán avino en el Pavoroso Valle, donde quedó descansando, después que siguió al ciervo de la hada e no le pudo alcançar.

Capítulo xl. De lo que acaesció al conde don Roldán en el Valle Peligroso andando en busca de Flordelisa, después que siguió al ciervo de la Hada del Tesoro fasta lo meter en el oscuro bosque.

Ya se os ha contado cómo don Roldán, viendo que la noche sobrevenía, se apeó de su cavallo y debaxo de un pino se assentó a descansar después que el blanco ciervo de la hada por el espesso bosque se le metió; e como el tiempo fiziesse caluroso y el lugar viesse tan fresco, acordó de passar allí la noche porque vio que ya era cerca; e durmiendo lo que pudo d'ella, la passó. E quando el alva empeçava a ronper, viendo ser tiempo de seguir su començado camino, levantose y cavalgó sobre el buen Vayardo, y empeçó a andar por donde le parecía mejor camino para hallar lo que buscava; e a la hora que el sol con su sobrada e sobrepujante claridad empieça a las estrellas a robar su luz, estendiéndose sobre la tierra, retocando las divesas colores de las alegres yervas, de cuya librea en semejante tiempo todos los canpos están revestidos, en tal manera estendió el conde su vista por las anchuras de aquel estendido valle que de muy lexos vido venir cara sí, por el camino do él iva, una donzella que en un blanco e bien guarnido palafrén venía, la cual, como muy apressurado andar traxesse, en muy breve llegó cerca del buen conde, que por su camino no dexava de andar a buen passo, la cual, allende de ser hermosa en demasía, venía tan ricamente ataviada, que mejor no podía ser; e traía en la mano un libro guarnecido de muy estraña lavor e a las espaldas un cuerno de marfil muy apostado de ricas e finas piedras, colgando de unos gruesos cordones de oro. E como junta fue con el conde don Roldán, con un cortés y mesurado hablar, le saludó, e después, con un gracioso semblante, le dixo:

—Venturoso cavallero, sepas que as avido la mayor ventura esta mañana que jamás cavallero alcançó; mas cumple, para que del todo alcances el fin de tan alto principio como yo te ^{62v} digo, que tengas fuerte e generoso corazón, el cual creo que,

según el aspecto que tu presencia muestra, no te falta. Esforçado cavallero, toma este cuerno e táñelo fuertemente, e ás lo de tañer tres vezes; e cada vez que le tañeres verás estrañas e muy pavorosas cosas. Y en este libro, que assí como ayas sonado el cuerno abrirás, verás lo que ás de fazer cada una de las tres vezes que le sonares. E ten memoria de lo que te digo en fazer esto, que a las espantosas cosas que sonando el cuerno verás, el libro te administrará lo que ás de fazer en ellas, en las cuales cunple bravamente obrar de las armas e fortaleza e gran valentía, ca sabed, buen guerrero, que muchos cavalleros an empeçado, por alcançar perpetua honra e gran provecho, lo que vós avés de presente de encomençar; mas no ha sido tal cavallero que le aya podido dar fin. E sabed más, que si tocado esse encantado cuerno, de las cosas que vierdes os espantáis e d'ellas covardemente os dexáis vencer, moriréis en crueles prisiones, donde nunca avréis libertad si la muerte no os rescata, que serás⁵⁶⁶ llevado a la Ínsola del Lago Escuro, do para sienpre biviréis muriendo. En las dos primeras vezes que el cuerno tocades, conviene aver dos espantosas batallas, mas a la tercera vez serás bienaventurado, tanto quanto nunca cavallero lo fue en el mundo. Agora, piensa lo que has de hazer, que no faltará cosa de lo que te he contado.

El conde don Roldán, que bien avía entendido las maravillas que la donzella le avía dicho, vínole gran voluntad de provar el fin de tan gran aventura como le avía sido contada. Y estendió la mano e tomó el fermoso e bien guarnido libro e luego el rico cuerno de marfil y, encomendándose a Dios muy de coraçón, puso el cuerno a la boca y empeçole de sonar muy fuertemente, como aquel que lo sabía bien hazer, con tal alto son que todo el Pavoroso Valle fizo reteñir; e luego encontinente que le ovo sonado, un grande peñasco, que a la salida de un bosque estava, con gran tronido se abrió en dos partes, que fue cosa muy espantosa e muy estraña, el cual, assí como fue abierto, salieron dos grandes e muy ferozes toros con muy grandes y orribles bramidos, que espanto era de los oír e ver. Nunca tan espantoso encantamiento ni más peligroso fue visto en el mundo, los cuernos d'ellos eran de un espejado e fuerte azero, tan agudos que más no podía ser; la color de sus cuerpos no avía quien la certificar si era colorada o si era bermeja, mas de quanto unas vezes se mostravan de una color otras vezes de otra⁵⁶⁷; la vista d'ellos era terrible y llena de espanto. Luego

⁵⁶⁶ seres To¹⁵²⁵.

⁵⁶⁷ orra To¹⁵²⁵.

que el conde salir los vido, con mucha presteza abrió su libro e falló escripto estas palabras:

Venturoso cavallero, cunple acabar esta ventura que ves d'estos dos toros orribles, que por fuerça o por maña, o de cualquier manera que sea, los ligues a una cadena que junto al abierto peñasco está; e ligados que los ayas juntos y con un arado de oro que verás junto a la cadena, ara el campo que sin yerba verás en torno del peñasco; y esto quanto al primer son del cuerno será tu primera aventura.

Acabado que ovo el conde don Roldán de ver lo que escripto en el libro estava, cerrole muy presto porque vio que los toros con gran espanto cara él se acercavan; e apeose de Bayardo, e con muy aventajado ánimo, endereçó su passo al primero que a él se acercava para con fuerça o maña llevarle al lugar donde la cadena estava; mas el espantable toro, que cerca le vido, abaxó la cabeça e con un estremada braveza dio al conde tal golpe que, alçándole en alto, dio con él detrás de sí una gran caída.

—¡O Virgen María Gloriosa —dixo el buen conde—, socorre a tu cavallero!

El cual, aunque mucho se sintió de la caída, prestamente se levantó; e apenas se ovo levantado cuando el segundo toro llegó, e tan gran furia traía, que dio con el conde, ^{63r} armado como estava, más de ocho cobdos en alto, el cual, como cayó en tierra d'espaldas, le pareció que la carne e los huessos se le molieron dentro de las fuertes armas, no porque ninguno de los toros le firió, porque, como sabes, el conde e sus armas eran encantados. No cumple preguntar si el conde ovo pavor de muerte o si se turbó extrañamente, como aquel que jamás cosa tan afrentosa ni de tanto espanto avía passado. E como sintió el peligro en que estava, no tardó de se levantar, e mostrando soberano corazón, de muy estraños golpes empieza a ferir a los encantados toros, a vezes golpeándolos encima de las cabeças, a vezes ladeándose por dexallos passar. Con su brava furia les fería en los cuerpos, que pensara, según la buena espada e la fuerça con que la meneava, desfazellos aunque fueran de un fino diamante; mas tan poco daño les fazia como si les diera con una delgada vara; e, aunque veía el conde que poco mal o no ninguno les fazia con su cortadora espada, no dexava de los golpear muy a menudo e ásperamente, e aunque más e más los golpeava, ni un pelo del cuerpo tan solo les podía quitar. E de tal manera el conde

por gran espacio los golpeó, ora al uno, ora al otro, que ya los crueles e bravos toros, a modo de animales cansados, no hazían sino, las cabeças baxas, a la pareja como estaban, recular cara tras, altos e muy sonoros bramidos dando. E como el conde veía que ya cansados andavan, llegávase a ellos por asir de los cuernos; y encontinentemente que los tocava luego era con ellos la furia como de primero, renovando cada vez áspera e nueva batalla. Esto se fizo entr'ellos por tres vezes, tanto que el conde, viendo que no aprovechavan sus golpes, dexó el espada colgar de la cadena e arremetió como un león al uno d'ellos, y, echándole mano por los azerados cuernos <e>, cargó sobre él con gran fuerça, y el toro, por se soltar, con espantosos bramidos se alça saltando del suelo; mas por más e más que hazía, nunca el conde don Roldán le soltó, tanto que le llegó al abierto peñasco; e todavía el toro alçándole acá y allá, le llegó a un padrón de mármol que al cabo de un sepulcro grande allí estava, el cual sepulcro fue del rey Bravardino. E como el conde, que el toro llevaba, llegase cerca, la mesma encantada cadena se empeçó a estender, tanto que el conde la pudo tomar; e como la tuvo, ligó al toro por el pescueço muy a su plazer e dexolo allí ligado, el cual, quanto más forcejava a se desligar, tanto más se apretava. De manera que, como d'él estuvo seguro, fuese cara el otro, que no dexava de bravamente le encontrar; e de tal manera se maneó con él que le llevó fasta el mármol do el otro toro estava ligado, e allí los unió a su plazer con la fuerte cadena, tanto que ya no estaban sino tan mansos como están los bueyes usados a la continua labrança. El conde don Roldán, que tan trabajada contienda vido acabada y en tal estado puesta, assentose a descansar sobre aquel antiguo sepulcro. E descansado que ovo un rato, puso el arado en medio de los mansos toros e cortó un tronco de un árbol pequeño, del cual hizo con su espada una vara para aguijar los unidos bueyes en el nuevo oficio de arar; e d'esta manera aró el señalado lugar que en torno del peñasco estava, donde acabó la aventura del primer son del Cuerno Encantado.

Capítulo xli. De la aventura segunda que el conde don Roldán venció en el sonar segunda vez que sonó el Cuerno Encantado que la donzella de la hada le dio.

Como el conde don Roldán oviesse acabado la primera aventura del ^{63v} primer son, como os avemos dicho, sin se curar de tomar más descanso de lo tomado, puso su cuerno a la boca y empeçole de sonar por segunda vez muy fuertemente. Ya la

donzella de la hada, que el cuerno y el libreto avía traído, se avía apeado del palafrén, viendo tan buen principio como el valeroso conde avía fecho en aquella encantada aventura; e sentose en un florido prado a cojer de aquellas fermosas flores que allí estavan para entretexer una guirnalda d'ellas, que este es el propio oficio de las donzellas cuando solas en tal tiempo en floridos prados se hallan, no dexando en semejante exercicio de pronunciar con delgadas bozes enamorados cantares que los escondidos pensamientos de sus secretos coraçones manifiestan. E como ovo fecho el segundo son el conde don Roldán, prestamente abrió el guarnecido libro y falló que dezía:

El fuerte dragón, que de la altura de un monte al segundo sonido saldrá, as de matar con sobra de gran esfuerço, al cual, muerto que le ayas, sacarás los dientes de su sangrienta boca y en el canpo que as arado los sembrarás; de la simiente de los cuales saldrá un fruto no muy sabroso para ti, antes lleno de gran trabajo.

Como el conde lo escripto del libro ovo leído, alçó la cabeça a un montezillo que a cien passos d'él se fazía, e por la cumbre d'él vido salir muy espantable y espesso fumo, de cuyo fodor el conde se espantó, ca no parecía si no infernal cosa; y en poco espacio vio, por la parte que el fumo salía, un gran dragón que ya salido por el monte abaxo, haziendo muy gran ruido, baxava, todo cubierto de verdes e muy relumbrantes conchas, el cuerpo muy grande en demasía manera, batía muy fuertemente la cola en la tierra e alçava la cabeça dando muy espantosos silvos⁵⁶⁸; e como vido al cavallero en lo llano, ayudándose con unas alas muy grandes como de murciélago a se alçar algo de la tierra, y en dos gruesos pies de la hechura de ansarón, que de cinco gruesas e muy agudas uñas eran armados, muy ligeramente corriendo, se vino contra el conde, que esperándolo estava, embraçado su escudo e la espada en la mano; e de que algo cerca d'él le vido, estendiose sobre la tierra enroscando su gruesa e larga cola cara arriba, e por la boca e por los ojos empeçó a echar muy ardiente fuego, tanto y en tal espantosa manera que don Roldán avía gran temor de se llegar a él, esto porque, si algo a él se acercava, parecía que en brasas bivas se ardían sus armas solo del calor que del dragón salía. Pues pensad si era

⁵⁶⁸ silnos To¹⁵²⁵.

estraño peligro este en que el buen conde se avía de poner, ca no podía llegar a él por amor del infernal fuego que d'él salía, e si no llegava, no podía darle la muerte para que oviesse fin su temida contienda, el cual, como puesto en tales dos extremos se viesse e que de cada uno d'ellos no se le escusava mortal peligro, acordó de morir antes que la batalla començada dexar; e determinó de se llegar a él, aunque solo en pensarlo le ponía espanto, e poniendo el escudo delante, se encomendó a Dios de todo corazón, e con un varonil esfuerço, llegó cerca del dragón por le ferir; el dragón, que cerca de sí le vido, alçose con un estraño ruido e echole las fuertes uñas al cavallero; e de tanto le avino bien, que solo en el escudo prendió; e de tal manera se le quitó del braço que por poco no dio con él en tierra. El conde, que el estraño calor sufrir no pudo, sin ferir al animal, se apartó a fuera casi desmayado, mas como algún tanto se arredró del dragón, se le quitó el fuerte ardor que le abrasava; e viendo que sin escudo estava y que si más destreza en el ferir no ponía que brevemente le sobrevenia ^{64r} la muerte, la cual, si mucho durase la batalla, no se le escusava según era grande el fuego que llegando al dragón sentía. E allende d'esto vio que el escudo que el dragón le tomó, por muy fuerte que era, le desfizo entre las uñas y el fuego en breve espacio le consumiò, de lo cual empeçó a tener tan gran pavor, que casi todo el cuerpo le tenblaba. E pudiera ser, por ventura, que dexara esta descomunal batalla si no temiera tan gran peligro en dexarla, que, como arriba os diximos, la donzella de la hada le dixo que, si en el comedio de la batalla durasse, el cavallero que la fiziesse se dexase por desmayado vencer, que le convenía ir a la áspera prisión del Escuro Lago, donde le cumplía morir o morir biviendo, tantos eran los tormentos que en él avía de passar. Pues ved qué hará el estremado cavallero en tal peligro, viendo que no bastava fuerça ni fortaleza de armas ni coraçón ardido en tan grande e peligroso caso, que no solo el fuego parecía que las carnes dentro de las armas le abrasava⁵⁶⁹, más aun el fumo, que por la visera del yelmo le entrava, le quitava la vista, de tal manera que golpe alguno no le dexava fazer. E como la tenebrosa batalla el conde viesse, que jamás d'ella no pensó salir, encoméndose de buen coraçón a la Madre de Dios, llamándola con un pectoral suspiro; e como quien en una gran escuridad espessa entrase, fue de passo cara al ardiente dragón, esgrimiendo con gran fuerça e presteza el espada de unas partes e a otras. E la ventura, que en tal caso no faltó al buen conde don Roldán por aver llamado en su ayuda tan piadosa Señora, más siéndole

⁵⁶⁹ obrasaua To¹⁵²⁵.

favorable, guió de tal manera el contraste d'esta pelea, que assí como el espantable dragón su alto e estendido cuello alça, abierta su boca para lo tomar entre sus duros e crueles dientes, el espada, que de revés venía, le acertó en él por partes de dentro, donde más delgado el cuero estava, de forma que ligeramente se le cortó, quedándole la cabeça en muy poco del duro cuero colgando. Ya que el conde vido su desaforada pelea acabada, apartose a fuera a descansar por perder el grande ardor e fuego que dentro de las armas sentía, e quitose el yelmo de la cabeça por tomar un poco de refresco; e a cabo de una pieça que ovo holgado, levantose, assí desarmada la cabeça, e vasse para la serpiente que ya era acabada de morir e acabile de cortar la cabeça; e poniéndole en la boca un pedaço de la vara que antes avía cortado, que abierta se la tuviesse, sacole todos los dientes no con mucha premia y echolos en el yelmo, que eran más de ciento entre grandes e chicos; e assí como los ovo sacado, se va al campo arado que de torno del abierto peñasco estava, e lo mejor que se le entendió, los empeçó a desparzir por allí, que ninguno non quedó; y en poco espacio que ellos sobr'el arado campo fueron echados, viérades poco a poco salir de la tierra cabeças de armados cavalleros con sus penachos muy fermosos en los yelmos, e assimesmo salir los armados cuerpos de muy reluzientes armas. El conde, que aquello vido, sin más dilación, viendo que otra batalla se le aparejava, puso su yelmo sobre la cabeça y enlazole muy prestamente, y vasse para su buen cavallo Bayardo, y cavalgó en él, aunque no tenía lança ni escudo, y esperó lo que los cavalleros que de la sembrada salían avían de hazer, y en breve espacio los vido, cavalleros en sus fermosos cavallos y las lanças en las manos, a guisa de buenos guerreros. El conde, que adereçar los vido y que las lanças baxas querían venir a él, dixo:

—Bien pueden dezir por mí el antiguo proverbio que quien mal siembra, peor coje.

E poniendo mano ^{64v} a su espada, ante que ellos juntos a él viniessen, da las espuelas a su furioso cavallo e métese entre ellos muy poderosamente, dando espantables golpes de unas partes a otras, e recibéndolos también muy a menudo, que unos le ferían con las lanças so mano, e otros, que lanças no tenían, con pesados e fuertes martillos, otros con muy finas espadas, de tal manera que el conde se sentía muy cargado e aquejado d'ellos. Pero, por me no detener en esta encantada batalla que de tantos cavalleros se hazía, vos quiero, finalmente concluyendo en ella, dezir que el buen conde tan poderosamente se ovo con ellos, que en poco espacio a todos

los derribó por tierra; y apenas era caído el cavallero, cuando la misma tierra, abriéndose, le rescebía e más no avía memoria d'él ni de sus armas ni cavallo; y d'esta manera ovo fin aquesta golpeada batalla, fasta que el buen conde solo quedó en el campo, no poco cansado e muy maravillado de lo que avía visto e veía. E desde solo se vio y que ninguno de los cavalleros parecía ni por memoria ni señal, sino que todos eran soterrados donde avían nacido, determinó, por dar fin a su comenzada aventura, de reposando un pequeño espacio, como aquel que lo avía menester, de sonar la tercera vez el encantado cuerno, teniendo confiança en Dios que, pues de las tres fuertes e terribles batallas le avía librado, le daría victoria fasta el fin de su aventura acabar.

Capítulo xlii. De cómo el buen conde don Roldán acabó la tercera aventura del son del Encantado Cuerno, e de lo que después le avino en el su comenzado camino del Valle Peligroso.

El conde don Roldán, que la batalla arriba dicha vio acabada, con gran cobdicia de se ver quitado de más embaraços que la vista de su señora Angélica la Bella le impedían, paresciéndole cada hora un año que ausente d'ella estava (y que sea esto verdad júzguelo por sí mesmo el que verdaderamente ama), acordó, sin se más detener, de sonar el Cuerno Encantado la tercera vez, porque ya era certificado de la donzella de la hada que se le dio que, seguramente e sin batalla, en el tercero canto podía passar con sobra de muchos bienes e innumerables riquezas; e miró por el campo e vido algo d'él apartada la donzella, que muy segura e descuidada entre las altas yerbas del florido prado estava sentada; e como don Roldán las espantosas cosas ya dichas oviesse passado e vio que la donzella pavor alguno no tenía, bien creyó que a otro no podían aquellos encantamientos empescer sino solo a el que los encomençava; e tomó el Cuerno Encantado y empeçole de sonar muy fuertemente como de primero; e assí como le ovo reziamente sonado, miró por todo el Pavoroso Valle a ver si alguna cosa maravillosa como las que primero avía visto; e como ninguna novedad viesse, bien temió el conde ser en vano todo su trabajo; e a cabo de un pequeño rato, vio venir cara sí un muy fermoso lebrel, el mejor que jamás se vio, e como con el conde emparejó, no se meneó de par d'él, tan domesticadamente como si d'él fuera criado; e como el conde le vido tan fermoso cerca de sí, ovo plazer,

pensando que era principio de otra alguna nueva aventura; mas como aguardando gran rato vido que otra mudança no se hazía, dio crédito a su passada sospecha, e dixo:

—Cómo, ¿este es el bienaventurado fin que la donzella me prometió? Por cierto harta honra ^{65r} e provecho he ganado, que a cabo de tres peligrosas e mortales batallas gané un lebrél, del cual en ninguna manera d'él por agora no me sé aprovechar ni tengo para qué, ca la caça que yo querría y desseo caçar no es de semejante manera que se pueda ganar con lebreles semejantes que este. ¡Bienaventurado me puedo llamar, pues por mi buen trabajo gané tan gentil perro!

E con gran enojo, diziendo esto, dio con el Cuerno Encantado [e] con el guarnecido libro en tierra, diziendo:

—¿Este pago meresce tal galardón en fin de tanto trabajo?

E sin más dilación, dio de las espuelas a Bayardo y empeçó a se ir por su camino començado, como aquel que esperaba aver por los presentes trabajos otra más alta pieça e de mayor contentamiento para sí que la presente. La donzella, que vio ir al cavallero, llamávale a grandes bozes diziendo:

—¡Buelve acá, cavallero venturoso, el más de los que armas an traído! ¡Buelve, no desdeñes de tomar las grandes mercedes de tu passado trabajo!

El conde, en quien cortesía y criança nunca faltó, esperó a la fermosa donzella que tras d'él bozeando venía. E assí como a él llegó, le dixo:

—¿Cómo, cavallero bienandante, tienes en poco el fermoso lebrél que presente está? No juzgues tan presto las cosas por la muestra pequeña ni por la apariencia liviana, que la presente aventura más eficacia tiene que parece, e más provecho de lo que puedas pensar. Sepas que por el trabajo que as padescido te ha sido al tercero son del Encantado Cuerno este can embiado, con el cual caçarás el blanco ciervo de la Hada del Tesoro. Y este encantado ciervo no puede ser tomado sin ayuda d'este fermoso can, el cual tiene tal virtud que los cuernos que trae remuda tres vezes al día, los cuales son de oro fino e muy esmerado. Pues mira, cavallero, si este tal ciervo ganas, si serás bienaventurado, ca te dará de renta cada día diez libras de oro; e más que ningún príncipe ni rey no te será igual en renta de oro y plata, porque, después de aver ganado el ciervo blanco de los cuernos de oro, serás guiado por él, que muy manso e obediente te será de allí adelante, a la Isla del Lago Escuro, donde mi señora la linda Morgana bive, que es la hada encantada de quien te hablo,

que es la más fermosa dama que jamás fue vista entre los nascidos de las mugeres, la cual será tuya e a ti subjecta ella y todo su tesoro, que innumerable es y lleno de muchos y preciosos deleites, la cual, aunque tiempo en su deleitosa casa ha morado sola con sus donzellas en gran vicio y plazer con la mayor abundancia de tesoros que jamás en un lugar fueron vistos y en lugar de más deleite que de su tamaño en el mundo se le pueda hallar, jamás ha querido ser subjeta a varón ninguno del mundo, grande ni pequeño, aunque de muchos altos señores y reyes fortísimos y de gran fama ha sido requerida e combatida, sino de aquel que las tres aventuras passadas acabasse; e nunca cavallero ovo que a la primera diesse fin si no tú, donde ganaste la mayor honra e mayor bien e provecho que cavallero en el mundo ganó. Por esso, cavallero, mira bien lo que has ganado e procura, pues es tuyo, que lo no pierdas, que más es acabar la cosa levando adelante con saber la buena andança que no al principio ser victorioso, porque conocida cosa es que la perfecta alabança e sublimada honra más se muestra en el conservar la honra fasta el fin que en ganar la victoria en el principio, ca si una vez lo pierdes, cree de cierto que muy tarde o nunca lo cobrarás.

El buen conde don Roldán, que bien oía las grandes cosas que ^{65v} la donzella le contava, las cuales bien creía ser verdaderas porque este era el blanco ciervo que el día antes él avía seguido hasta le meter en el pequeño bosque, quedávase muy maravillado d'ella. Mas como aquel que de todo corazón amava a Angélica la Bella, tanto que verdaderamente no podía llamarse suyo de sí después que su corazón fue transformado en el querer de aquella que con sola la vista le captivó, no melló en él la cobdicia de aquel innumerable tesoro que la donzella le dezía, ni los deleitosos averes que le certificava, ni la fermosura de la donzella que le prometía, más que querer mellar al duro diamante con blandos instrumentos, antes, con una habla que lo muy escondido de su corazón descubría, le dixo:

—Fermosa donzella, no passé yo en estas estrañas tierras por conquistar más de un solo tesoro, el cual, si ganado yo le tuviesse, toda la bienaventurança del mundo no se me igualaría; y este tengo yo en desigual grado por mayor que todos los del mundo; e sabed que no es aver de oro ni de plata ni de piedras preciosas, sino sola la voluntad de una donzella, la cual, si yo la alcançó, otras ganancias por grandes que sean no me pornan cobdicia ni me causarán invidia. E aun aquí donde estó, pienso que, en pensar en otra cosa que fuera d'ella sea, le hago grande aleve y

traición; e parece que con vista airada sus fermosos ojos buelve contra mí, reprehendiendo mi tardança, culpándome por descuidado, que assí ageno de su presencia estoy. Por ende, hermosa donzella, a otro hará más menester lo que me avéis contado que a mí. A Dios quedes encomendada, que no puedo tardarme llamándome aquella que es señora de mí más que yo mesmo.

E diziendo esto, se parte de la donzella al más andar de Bayardo, tanto que en breve espacio ella le perdió de vista. La donzella, muy maravillada del conde don Roldán, con un sobrado⁵⁷⁰ enojo, que más la habla de la boca no le dexó salir, se partió de aquel lugar para se ir a la casa de su señora, de la cual no se habla aquí más fasta su tiempo.

El conde apressurava su camino con tan ardiente y enamorado desseo, que ni los trabajos passados ni los que en el camino suceder le pudiessen no le podían estorvar que no perseverasse en acabar la jornada que empeçado avía por se ver delante de su señora, paresciéndole un año cada hora que la no veía. Al cual dexaremos caminar la vía de la villa de Albraca, por acabaros de contar el fin que ovo la batalla que el buen Renaldos de Montalván e la fuerte Marfisa hazían con los cavalleros de la fortaleza que al traidor de Trufaldín defendían.

Capítulo xliii. De cómo la batalla que el buen Renaldos de Montalván e la fuerte Marfisa hazían se despartió para otro día siguiente se tornar a fazer más peligrosa.

Muy dura batalla se hazía entre Renaldos de Montalván e los cavalleros de la fotalenza de Albraca, el uno por hazer la prometida vengança del traidor del rey Trufaldín, e los otros por hazer la prometida e jurada defensa; e ya vistas cómo todos los cavalleros eran contra el buen cavallero don Renaldos e cómo la alta Marfisa fue en su ayuda; e junto⁵⁷¹ con ella, sabed que el buen Torindo, rey de Turquía⁵⁷², determinó de ayudarle en aquella cruel batalla porque, como vos contamos, él se salió de la fortaleza de Albraca muy enojado por la prisión en que le avía tenido el traidor del rey Trufaldín cuando ^{66r} con la fortaleza se alçava para la dar al emperador

⁵⁷⁰ sobrada To¹⁵²⁵.

⁵⁷¹ junta To¹⁵²⁵.

⁵⁷² En el capítulo XXIII, al enumerar los siete reyes que acompañan a Sacripante hasta Albraca para dar auxilio a Angélica, López de Santa Catalina ha indicado que el rey de Turquía es Savarón.

Agricán, e a la salida hizo juramento de les ser contrario fasta se vengar de la recebida injuria que Torindo del traidor de Trufaldín avía recebido en la prisión que le tuvo. Ora pues, como don Renaldos e Marfisa e Torindo tan valientemente se ayudassen e peleassen contra todos los cavalleros, larga historia sería deziros en particular las maravillas que cada uno hazía, que no bastaría tiempo a vos las contar. Finalmente, sabed que, aunque los cavalleros de la villa eran muy maravillosos, no bastavan a contrastar ni resistir a los tres sus contrarios que fasta las puertas de la puente de la villa no los llevassen. E como don Renaldos vido que se podrían entrar a su salvo, espoloneó a Rubicano muy furiosamente, e pasó delante, e púsose a la entrada de la puente. Allí viérades crudos e desmesurados golpes, los unos por franquear el passo, el buen Renaldos por le defender. Pues ver a Torindo e a la alta Marfisa no haze menester particularizar sus fechos, que, como ya la noche sobrevenía, no hazían otra mención sino dar cabo a su comenzada batalla. Don Renaldos, que la noche vido venir, sospechó que si más la batalla durava, que en faziendo escuro, el traidor de Trufaldín se trasmontaría y se pornía en salvo, acordó de hazer fin por entonces a la batalla con condición que luego otro día siguiente saliessen como avían esse mesmo día fecho. E dixo al buen Aquilante e a su hermano el fuerte Grifón:

—Agora, buenos guerreros, ya veis el estado en que os traemos e cómo, si más durasse nuestra batalla, no podríades escapar de nuestras manos. Por esso, yo he por bien, pues la noche nos desparte, que os entréis en vuestra fortaleza o villa y que nosotros nos vamos a nuestras tiendas, con tal condición que, cuando el día venga, seáis como oy avéis sido en el campo a defender a vuestro querido Trufaldín, el cual trayáis con vosotros como oy avés fecho.

Aquilante e Grifón lo tuvieron por bien e lo juraron de lo así cumplir. E d'este modo fue partida la batalla. E luego el buen Renaldos se quitó de la entrada de la puente; e no se ovo quitado cuando el primero que en ella entró fue el traidor de Trufaldín, que jamás pensó escapar de las manos de don Renaldos. E como don Renaldos le vido, díxole:

—Anda, traidor, que por más mal se te dilata la muerte.

E ansina se fueron los cavalleros a la fortaleza donde Angélica la Bella y el rey Galafrón, su padre, con su cavallería estaban; e don Renaldos e la fuerte Marfisa e Torindo se fueron a las ricas tiendas del su real, donde, allende de reposar aquella

noche del trabajo del passado día, parte d'ella passaron y en adereçar sus desbaratadas armas para la batalla del siguiente día. Otro tanto hazían los buenos cavalleros que en la fortaleza a reposar entraron, que, por más valientes que eran, tenían algún pavor de la venidera batalla, como aquellos que en el día en que estavan avían passado assaz trabajo y peligro, platicando todos de la alta proeza de don Renaldos e de la alta Marfisa. E como el duque don Estolfo presente estuviesse a todas sus razones e oviese visto las estremadas fuerças de los de fuera, digo de don Renaldos, que él no avía conoscido, e de Marfisa, e díxoles:

—Señores, paréceme que ya en el mundo ay más de un don Roldán e de un don Renaldos, que por Dios jamás yo su par en el mundo he visto sino los dos vuestros contrarios, que, si la razón lo consintiesse, sospecha me ponen que son ellos; mas claro está que no lo son.

—¿Cómo no? —dixo el buen Aquilante—. ^{66v} Por Dios, señor duque, bien lo avéis mirado. Sabed que don Renaldos de Montalván es el que nos desafió y el que con nosotros ha oy tan ásperamente peleado como si sus capitales enemigos fuéramos.

—¡Santo Dios! —dixo el duque—. ¿Esso que oyo es verdad?

—Sí, sin falta, —dixo Aquilante—, e vedes aquí presente a mi hermano Grifón que lo habló y le rogó con la paz, e nunca con él pudo otra cosa acabar si no que o le empoderássemos al rey Trufaldín o pugnásemos por le defender, que él quería ver si lo podríamos escapar de sus manos; e por aquesta razón ha sido nuestra batalla como avéis visto fasta que la noche nos despartió; e aún no fuéramos despartidos si no le uviéramos prometido que, luego que de día fuesse, seríamos en el campo, llevando con nosotros al rey Trufaldín, donde creo que o le venceremos o moriremos en la demanda.

El duque, que bien certificado fue de los cavalleros que don Renaldos, su primo, era el que en el campo estava, dixo:

—¡Ay, ay, señores, cuán mal librado tenés vuestros partidos si él es, porque él solo basta a os vencer e matar si quisiere, quanto más estando en su ayuda aquella poderosa donzella cuyas maravillas yo he visto, e más el buen rey Torindo, que es harto buen cavallero! E pues yo sé cierto que es el mi buen primo don Renaldos, también veréis a mí mañana de su parte, donde ternéis assaz trabajo en fazer lo que dicho avéis.

E luego que el duque ovo dicho estas palabras, sin más dilación hazer, se levanta e se haze armar de todas sus armas. E aún no era muy oscuro del todo cuando el duque don Estolfo sale de la fortaleza sin más hablar a ninguna persona e se va a las tiendas donde su querido primo don Renaldos de Montalván estava, el cual, como llegó, fue d'él con muy grande plazer recesbido, que eran personas que mucho de coraçón se amavan.

E conviene dexarlos a los dos amados primos en la fermosa tienda de don Renaldos de Montalván, por deziros del conde don Roldán, el cual, después que de la donzella de la hada se partió, no cessó de caminar con gran voluntad de ver a su señora Angélica la Bella, tanto que, un poco después que la sobredicha batalla se partió, llegó a la fuerte villa de Albraca, e dándose a conoscer a las guardas, fue abierto, e fue fecho saber a Angélica la Bella su venida, la cual como la supo, con mucha alegría e sobrado plazer le salió a pie, acompañada de algunas doncellas, a rescebir; e como se encontraron, recíbense con amor muy entrañable. El conde, assí como la vido, salta del cavallo e demándale las fermosas manos; ella, en lugar de las manos, le da muy enamorados abraços; e tomados mano a mano, se suben a los guarnidos palacios de los ricos aposentos del castillo, donde Angélica con sus delicadas manos al conde empeçó a desarmar. El conde, que en tal estado se vee, bien creía no aver otro semejante paraíso ni otro igual contentamiento sobre la tierra; e aun estava un odorífero baño, aparejado con tan frangrantes yervas, que confortavan el coraçón; e la fermosa Angélica con sus propias manos le bañó al venturoso conde. Pues piensen los que sus coraçones de semejante fuego tienen encendido qué deleite sentía el valeroso don Roldán viendo sus cansadas carnes recreadas en un tan deleitoso baño fecho por mano de la que su coraçón tenía captivo, sintiendo sus miembros tocar de las cristalinas manos de la cosa que él en esta vida más amava, donde le viérades tan manso a aquel robusto e invencible cavallero como un pequeño cordero ^{67r} que en las maternales tetas se regocija d'ellas tomando el vital sustentamiento. Estava assimesmo tan vergonçoso aquel furioso coraçón, que de muy extremos peligros e reñidas batallas no se espanta, como la temerosa donzella que, acostumbrada a bivir en encerramiento, sale forçosamente a se comunicar fuera de reglada costumbre. D'esta manera qu'el victorioso conde estava delante de su señora tan fuera de sí, que a semejantes obras entero crédito no podía dar; e de aquí le saca la linda donzella cuando vio que era tiempo y le lleva a

una fermosa y entoldada sala, donde en muy rica mesa sentado muchos géneros de delicadas viandas fueron traídas; e Angélica la Bella, a par d'él assentada, aparándole los mejores bocados, tanto que el conde don Roldán se sentía tan ledo e tan prosperado como nunca en su vida se sintió. E deque fue hora, las mesas fueron alçadas e la fermosa donzella con un muy amoroso semblante, abraçándole e besándole, le pregunta [la] causa de su ausencia y el olvido de su tardança. ¡O, quién viera las titubeadas e tardías palabras con que el conde se lo contava todo muy por estenso!, donde le dava por entera desculpa sus passados trabajos; y ansimesmo el conde pregunta a ella cómo avía en sus casos la batalla sucedido; ella se lo empieça a contar, escureciendo el plazer que hablando estaban con unos nublados de mucha tristeza que fueron principio de corrientes lágrimas, diziendo:

—Valeroso conde, después de tu ausencia nuestra victoria fue menoscabada, tornándose en muy medrosa huida.

Allí le contó cómo les avía acaecido, según que os lo avemos arriba contado; e le dixo cómo aquella poderosa dama Marfisa, que con su padre el rey Galafrón avía venido, se havía rebelado y le hazía mortal guerra, e de cómo avía assentado real sobre la villa e avía jurado por sus dioses de no se partir de allí fasta la destruir a ella e al viejo de su padre, o morir ella en la demanda. Y esto diziendo, la fermosa Angélica bañava su cara en lágrimas, que gran dolor ponían al fuerte conde don Roldán; desseando verse ya en el campo, por quitar tanta congoxa a su señora, mostrávase tan furioso, que fuego parecía que echava de su pavoroso rostro, que miedo ponía a los que le miravan. La fermosa donzella, que tan enojado e demudado le vido así, le dixo:

—Conde venturoso, que en el mundo par no tienes, si algún amor en ti mora e si buena voluntad me tienes, pídote de gracia que delante mí tengas por bien de mostrar tu valentía para que yo sea de mis enemigos librada e libremente pueda ser tuya.

El conde respondió:

—Fermosa señora, en cuyo poder está mi ánima e mi vida, en mucho cargo soy a Dios hazerme tan grande merced de me traer a tiempo en que yo muestre mi voluntad y desseo haziendo servicio que tanto me es encargado; no me deis más término de cuanto venga el día, que yo, señora, haré alegre vuestro coraçón o quedará muerto en el campo.

Muy contenta quedó Angélica la Bella de la respuesta del conde. Ellos estando en estas y otras pláticas razonando, entraron por la sala el buen Aquilante y el fuerte Grifón, su hermano, e abrazaron al conde don Roldán con mucho amor, que muy alegres fueron con su venida, e assentáronse a hablar con él. E como Angélica la Bella le dexó acompañado de aquellos cavalleros, sálese de la sala e dexolos a ellos solos razonando diversas cosas, entre las cuales le dixeron cómo el buen Renaldos de Montalván avía batalla con ellos aquel día e cómo ^{67v} la esperavan aver también el día siguiente, e contáronle cómo los avía desafiado e maltratado. Don Roldán, que el nombre de Renaldos oyó, turbose en la vista, e dixo:

—¿Es verdad que don Renaldos está contra nosotros?

—Sí, por cierto —dixo Grifón—, que ya combatí con él espada por espada oy todo el día.

El conde, que fue d'ello certificado, cambiósele la color del rostro, y entre sí mesmo pensava con celoso pensamiento que no sería a otra cosa a aquellas partes venido sino a conquistar a Angélica la Bella. E dexó la plática que con los dos cavalleros tenía y entrose en un retraimiento que en la sala estava, donde le tenían un muy rico lecho aparejado, e con muy grande dolor e mortales suspiros, se torcía las manos maldiziendo la variable fortuna que assí a Renaldos a aquel lugar avía arribado para le impedir los favores que de su señora Angélica esperava. Con muy tristes palabras se lamentava, diziendo:

—¡O, vida humana triste y dolorosa, en la cual nunca dura plazer, antes le quita del modo que la escura noche priva la luz al claro día, dexando perpetuo dolor e durable tristura en troque de un breve e momentáneo deleite! ¿Qué mayor deleite que el mío? ¿Qué mayor bienventuraça que la que se me comunicava? ¿Qué más soberana gloria que la presente, acompañada de esperança del gozo venidero? E cuando yo más cierta la tenía e más segura la pensava, agora sobreviene aquel ladrón malvado de don Renaldos a me la quitar. No siento remedio que tanto daño me quite sino morir uno de nosotros. ¡O, maldito primo! ¡Maldita sea la hora en que naciste, pues tal galardón me das por los servicios que yo te he fecho! ¡Cuántas vezes te he dado la vida! ¡Cuántas te he quitado la desonrada muerte, que mil vezes has sido desterrado de la corte del emperador Carlos e tantas te he buelto en gracias con él! Ya no basta razón que te sufra ni paciencia que tus males comporte, no cumple guardar ya más amistad contigo sino con mortal batalla romperla, ya no eres mi

pariente ni vienes de mi generación; bien veo que hago muy grande aleve en te matar y me será mal contado, mas las soberanas fuerças del amor, que ninguna ley saben guardar, me constriñen a quitarte la vida, porque yo bien sé que tú biviendo yo no bivié seguro.

Estas e otras muchas lastimeras palabras el penado conde don Roldán dezía, que gran dolor y espanto era de las oír, pensando que su primo don Renaldos venía en aquellas partes por turbar sus amores, mas muy lexos estava de su pensamiento. E d'este modo passó la mayor parte de la noche, desseando el día como a la salvación de su ánima, por poner por obra su indignado propósito.

Capítulo xliiii. De la cruel y muy espantosa batalla que el conde don Roldán hizo con su primo don Renaldos de Montalván e con la alta Marfisa, e cómo el traidor del rey Trufaldín muy áspera y desonradamente murió.

Muy poco reposo tuvo el conde don Roldán aquella noche con desseo de se ver en el campo con don Renaldos de Montalván, su primo, para poder tomar d'él la vengança de su sospecha; e como su furibundo y encendido coraçón reposar no pudiesse, con la sobrada ira que en el pecho tenía, se levantó bien tres horas antes que amanesciese y él mesmo se armó sin ayuda de otra criatura alguna; e como él viese ^{68r} la noche muy oscura además, empeçose a passear de una parte a otra, rebolviendo en su encendido pecho muchos e muy diversos pensamientos, e fuese solo donde el buen cavallo Bayardo estava e a oscuras lo ensilló y le puso todas sus guarniciones, e cavalgando en él, ya que la noche con la sobreviniente mañana se empeçava a despartir, salió de la fortaleza e sálese a la plaça que delante de la puerta estava; era tan estraña la furia que el conde consigo tenía y el coraje de su terrible coraçón, que medio desesperado estava, biendo que tanto se tardava el día. E mirad que tanta gana tenía de se ver en el campo para poner por obra su hanbrienta e furibunda rabia, que solamente con su espada se salió, sin lança ni escudo llevar, que, como oistes arriba, en la batalla del espantoso dragón perdió el escudo, e antes, como oistes, en compañía de Brandimarte avía perdido la lança. E como todavía hiziesse oscuridad, vio ante sí paseando la plaça una figura de mármol hecha en memoria del dios Macón, e sacose el espada e vase para ella, e tan espantable golpe le dio sobre la cabeça que, cortando con la fina espada gran parte d'ella, la derribó a tierra, rodando

por las gradas abaxo do estava puesta, e mirando entorno si avía más en que su penosa furia pudiesse exercitar, vido unos árboles que en las rinconadas de la plaça estaban, e vasse a ellos e por los troncos los corta e destroça⁵⁷³ todos como hombre fuera de sí.

E ya que el alva quebrava, el fuerte Renaldos de Montalván sale armado fuera de su tienda e, cavallero en su cavallo Rubicano, se viene donde la batalla avía el día antes sido y el presente avía de ser, e puso su cuerno a la boca e muy reziamente le empeçó de sonar. El conde, que en la plaça estava como oís, bien conoció en el sonido que aquel era su primo don Renaldos, e como a él no pudo ir porque en semejante tiempo de guerra las puentes de la fortaleza a la villa no eran caladas ni las puertas de la villa eran abiertas, tomó su cuerno de marfil, [e], dándole muy áspera respuesta, le sonó. Don Renaldos, que por el son conoció que aquel era su primo don Roldán, quedó espantado, no sabiendo cómo o porqué parte allí era venido. Mas ya el escuro aire de la tenebrosa noche con la bermeja y roseada mañana se desparzía, desapareciéndose las estrellas que con la escuridad de la noche poco antes muy rutilantes se mostravan, cuando la fermosa Angélica la Bella, que sobre el aviso estava, oyendo sonar los cuernos, se levantó, e como fuesse al aposento del conde don Roldán e le no fallasse, bien creyó que ya armado e a punto de guerra estava, e fue para él, el cual, como la vido, saltando del cavallo, se quiso ante ella poner de rodillas. Ella, que muy llena de saber e criança era, fue a él los braços abiertos e por la alçada visera, besándole en la faz, no lo consintió, antes con dulces e amorosas palabras le empeçó a hablar, diziendo:

—Noble e valeroso cavallero, pues por mí, mostrando vuestra gran virtud, avéis oy de hazer batalla, tomad esta rica cimera y este fuerte e bien labrado escudo con que de vuestras grandes cavallerías uses.

E juntamente le traía una gruessa e muy pintada lança con que al campo saliesse; y ella con sus mismas manos sobre la cabeça le puso la devisa, la cual era un infante desnudo por muy gentil arte fabricado, ligados los ojos con una venda y un arco dorado con una dorada frecha en las manos. Muy grande esfuerço sintió el senador romano don Roldán, viéndose tan favorecido de su señora.

En este comedio llegó el fuerte Grifón^{68v} armado encima de su cavallo, y el buen Aquilante, y Carión, y el rey Andriano, e Uberto del León consigo el traidor del

⁵⁷³ destraça To¹⁵²⁵.

rey Trufaldín, que assí lo avían prometido el día antes al buen Renaldos. Ya se empieçan a abrir las puertas e a calar las puentes levadizas para salir a la prometida batalla, e don Renaldos, que bien lo veía todo desd'el lugar do estava, pesávale de corazón por verse en batalla con su primo don Roldán: lo uno porque no avía justa causa porque se combatiessen, e lo otro porque veía que su primo quería también defender al traidor de Trufaldín, en lo cual no podría assí tan ligeramente él tomar la jurada vengança. En esto, llegaron el duque don Estolfo e la fuerte reina Marfisa, e los dos hermanos Prasildo e Iroldo, y el buen Torindo, rey de Turquía; e assí como el duque llegó, dixo:

—Primo, cumple oy ser muy esforçado guerrero, más que jamás lo fuiste, ca don Roldán me parece que sale muy airado contra vós.

Don Renaldos le dixo:

—Duque, Señor Dios es testigo cuánto me pesa de aver con él batalla, mas no se podrá más hazer.

La hermosa Marfisa dixo:

—Cómo buen cavallero, ¿aún no es llegado el enemigo [e] ya os receláis d'él casi mostrando temor? Por la mi ley juro, si todos los paladines contra mí viniessen, no hiziesse más movimiento por ellos que por un solo cavallero que acometer me quisiesse; mas si tanto a esse conde que dezís receláis, entended vosotros son sus compañeros, que yo me averné con él.

No respondió a esto cosa alguna don Renaldos ni el duque don Estolfo, como aquellos que cerca veían sus contrarios, adereçándose ya en el llano para venir contra ellos; luego ellos y su compañía assimesmo se aderezaron, e, las lanças baxas, se van a ferir unos contra otros, que espantable era de ver. La alta Marfisa se encontró con el buen Aquilante e tan grandes encuentros se dieron, que las gruesas lanças hizieron bolar en pedazos, e los dos valientes guerreros no se movieron más que peñas, antes passó el uno por el otro con muy desapoderada furia. El duque don Estolfo, con su Dorada Lança, se endereçó contra el traidor de Trufaldín, el cual en todas sus cosas siempre se preció de fazer traición; e aun aquí también la hizo, que como don Estolfo para él vino muy desapoderado, su lança baxa, el traidor de Trufaldín, que sin venir a él lo estava esperando, de que cerca le vido llegar, ladeose de través la lança sobre mano e, haziéndole errar su acelerado encuentro, le dio al passar tan gran golpe de lado, que del cavallo abaxo le derribó. Agora dexemos al

duque don Estolfo derribado de mano de aqueste traidor e digamos de los otros cavalleros. El rey Andriano se encontró con Prasildo, y con Iroldo el rey Carión e, sin mostrar estos cuatro punto de ventaja, el uno al otro rompieron sus gruesas lanças e passaron los unos por los otros muy apuestamente. Torindo se encontró con el fuerte Grifón, e Torindo fue en tierra mal su grado.

Agora, buenos cavalleros, estad atentos, veréis al furibundo Roldán con el buen Renaldos de Montalván; e ya que sus lanças baxas venían a se encontrar, el cavallo Bayardo, que otro mejor en el mundo ovo, conoció a su señor e no bastó fuerça ni destreza al conde don Roldán que contra él le endereçase, por más⁵⁷⁴ que de las espuelas crudamente le firiesse, de forma que le no pudo encontrar; mas el buen Renaldos le encontró de tal arte, que rompió en él su lança, e tan desmesurado encuentro le dio en la visera del yelmo, que la vista le quitó de los ojos, e puesto que de furia^{69r} y demasiado enojo como llamas bivas los tuviesse, podéis creer que⁵⁷⁵ tal fue el golpe, que le privó de la vista, en tal manera que ni sabía de sí si estava en cielo o en tierra; y como en sí tornó, quiso con la espada en la mano rebolver sobre él, pero el cavallo Bayardo más que una piedra no se movía; e como don Renaldos le viesse forcejar con el cavallo para le boltar e no podía, vino a él la espada en la mano y díxole:

—Buen primo, ¿qué os parece de los juizios de Dios cómo no ayuda a quien la mentira y maldad defiende? ¿Qué se á fecho, conde, [de] tu seso e tu criança e tus buenas maneras que en Francia en casa del Emperador tenías? ¿Cómo le has todo cambiado? Llamado eras allá defensor de bondad e destruidor de mentiras; agora defiendes traición e peleas por los traidores amparar. Pienso, señor primo, aun verdaderamente lo creo, que esta mala muger de Angélica la Bella te ha desarraigado la alta bondad de tu generoso coraçón que solías tener y te ha sembrado con sus engaños viles e muy traidoras obras. ¿Cómo, conde, no te valdría más morir que no ser infamado que defiendes traidores e, allende d'esto, que eres mandado e governado de una falsa donzella como es el niño de su maestro? Acuérdate de tu noble progenie, no desdores la fama que has por el mundo ganado. Torna en ti,

⁵⁷⁴ mos To¹⁵²⁵.

⁵⁷⁵ To¹⁵²⁵: qne.

primo, que pienso que no estás en ti, pues tales son tus obras que⁵⁷⁶ no las vees ni conoces.

Don Roldán, que vido las claras reprehensiones e castigos de su primo (que él por enemigo entonces tenía), con una brava catadura, que espanto era de le mirar, le respondió:

—¡O, malvado ladrón, ya te has tornado predicador! ¿Andas por el mundo robando e agora estasme predicando? Di, ladrón, ¿estará bien seguro el ganado siendo pastor el lobo? Yo te haré, malvado, antes que el sol se ponga, arrepentir de tus viles palabras, las cuales has dicho de otra persona mejor que tú.

No se atrevía el buen conde a se apeaar de Bayardo por temor de la batalla que avía de hazer con Renaldos, ca bien temía sus golpes. De otra guisa, no se quería menear Bayardo, e don Renaldos, no le queriendo herir, pues no avía para ello razón, estásele hablando, pensando quitar el enojo, mas en vano era su platicar. En esto estando, miró los cavalleros que ásperamente se golpeavan, entre los cuales vido al traidor del rey Trufaldín que al derredor del duque don Estolfo andava sobre su cavallo por le empecer, mas el buen duque, a pie como estava, la espada en la mano, bravamente se defendía; e como assí le vio, espoloneó al buen cavallo Rubicano e, la espada alta, se va sobre él. El falso rey, que venir le vido, no se cura de le esperar, antes, como la simple paloma fuye del cauteloso falcón, le huye al más correr de su cavallo, diziendo:

—¡Ayudadme, cavalleros, ayudadme, ca me quieren matar!

Los cavalleros que avían de le dar ayuda, harto tenía cualquiera d'ellos que fazer con el contrario que delante tenía; e como el traidor ligeramente fuyesse, bien pensó que le vernía de sus compañeros ayuda. Mas ya la hora de la vengança se llegó, que el buen Renaldos le alcança e tan gran golpe sobre el yelmo le dio, que malamente ferido e sin sentido le echó del cavallo abaxo; e luego que fue caído, se apeó Renaldos e quita a su cavallo el freno, que junto se avía quedado con el traidor de su señor, e ligolo por los pies a la cola de su Rubicano e, tornando a cavalgar en él, lo trae arrastrando a donde los otros cavalleros combatiendo se estaban.

E mientras esto pasava, la alta Marfisa, que del conde don Roldán maravillas avía oído dezir, se afrontó con él entonces. El buen Bayardo se mueve tan diestro e tan ligero como si alas le ovieran nacido, e muestrase tan ^{69v} furioso contra su

⁵⁷⁶ e To ¹⁵²⁵.

enemigo, que no parecía sino un fiero león. Allí executava sus desaforados golpes el conde don Roldán, recibiendo otros tan grandes, que no echava menos los de su primo don Renaldos; un gran golpe dio el conde don Roldán a Marfisa, tal que bien le mostró su gran fortaleza; sin mucho tardarse, la alta donzella le dio otro, que don Roldán se sintió mucho d'él, e con un horrendo ánimo, tomó a Durindana a dos manos e dio a la fortíssima reina tan gran golpe sobre su fuerte escudo, que la mitad d'el le echo por tierra, e como la poderosa dama en alto le tuviesse, viendo venir el golpe, la punta, que después de cortar el escudo le alcanzó sobre el yelmo, assí tan rezio la sintió, que en su vida tal golpe ovo recebido. Bien creyó la poderosa donzella por esperiencia lo que d'él por fama avía oído. En esto estando, veréis al buen Renaldos que al traidor de Trufaldín arrastrando traía, e a altas bozes venía diziendo:

—¡O, fortísimos cavalleros! ¿Qué es de la fe e palabra que distes de amparar al traidor de Trufaldín? Cuán menguados quedáis, pues no lo cumplistes. Bolved los ojos e veréis la jurada vengança conplida e vuestra no justa promesa fementida.

Mucho enojo tenían los cavalleros del castillo de se ver ultrajar assí de boca de don Renaldos, e más el conde don Roldán de non poder hazerle el daño que él desseava. Y estando en esto, vido venir al buen Brandimarte, que del Valle Peligroso con su querida dama venía a la villa como con don Roldán avía concertado cuando en busca de Flordelisa andavan, como arriba oístes. Entonces, viendo su cavallo el conde que Brandimarte traía, hovo mucho plazer en demasía; e con una mansa palabra dixo a la reina Marfisa:

—Esforçada e poderosa dama, yo no soy aquí al presente venido por aver batalla contigo sino con aquel malvado cavallero que allí vees, que injuriosas palabras dize a mí e a mi compañía. De gracia te pido que la batalla con él no me impidas, que acabando la suya, podré fazer lo que tú mandares, si quieres acabar la que començamos.

—Buen conde —dixo la donzella—, haz lo que quisieres, que lo que demandas yo lo otorgo. Lo de nuestra batalla será como mandares, que yo no te la rehusaré a ti ni a todos los Doze Pares juntos. Pero bien pienso que cuando de manos de aquel cavallero que dizes salgas, que bien te fará menester holgar, que yo he provado sus golpes.

Luego el conde se fue para Brandimarte e pidiole se cavallo Briador, e diole el buen Bayardo en que se fuesse él y su Flordelisa a la fortaleza de la villa, que bien

le fazía menester reposar su cansada persona y rehacer sus rotas e cortadas armas. De allí el conde don Roldán, que cavallero en su buen cavallo Briador se vido, buelve con una amenazante boz cara donde don Renaldos andava arrastrando al traidor Trufaldín de unas partes a otras, que ya le traía hecho pedazos, e dezíale:

—¡Sus, sus, traidor malvado! ¡Buelve, no huyas, que mal amenaza quien de fuir piensa! No pienses que te valdrán tus sermones ni blandas palabras, que agora avrán fin tus castigos con privarte la vida.

Don Renaldos que lo oyó, buelve a su cavallo Rubicano, que ya no era impedido de la pesadumbre del traidor de Trufaldín, adereçándose lo mejor que pudo porque vio que no se podía escusar la batalla entre él e su primo el conde don Roldán.

Capítulo xlv. De la crudelíssima e muy espantosa batalla que los dos valientísimos guerreros don Roldán e don Renaldos de Montalván hovieron, e cómo por la escura noche fue despartida con promesa de otro siguiente día acabarla.^{70r}

Ya se afirman los cavalleros mejores del mundo, don Roldán e don Renaldos, sobre las sillas de sus muy poderosos cavallos para empeçar la más reñida e cruda batalla que jamás se vio. Don Renaldos empeçó a hablar a su buen primo el conde don Roldán, diziendo:

—¿Cómo, primo, no queriendo yo quistión contigo travada me porfías con ella? Pues tú, defendiendo mentira, la buscas, yo, que verdad defiendo, no te la rehusaré a ti ni a todo el mundo; y séame Dios verdadero en este caso testigo de aver contigo batalla me desplaze e como con paz te ruego e conbido.

—¡O, ladrón! —dixo el conde—, ¿por qué a cuantos mercaderes despojavas y seguros caminantes salteavas no hazías a Dios testigo de tus malas obras e agora le llamas como religioso, olvidándole en tus traiciones y hurtos? Piensa una cosa, que eres venido a lugar do tus obras avrán castigo con mortal fin e rigurosa batalla, ca te cunple vencer o morir, e d'ello no tengas duda.

Don Renaldos, con gran humildad e muy sobrada⁵⁷⁷ paciencia, le dezía:

⁵⁷⁷ sabrada To¹⁵²⁵.

—¡O, mi caro primo!, ¿en qué te he yo ofendido jamás que tan mortal desamor me muestras? Si yo algún pesar te he fecho, de corazón te demando perdón; si piensas que te he fecho ultraje en matar al traidor de Trufaldín, tú no te fallaste en su defensa; si d'ello oviste enojo, mira cuán merecidas sus malas obras tenían la muerte ¿Por qué quieres ir contra la verdad? Por pasión, ¿qué te ciega?

Dezía el conde:

—¡O, vil e de muy vil sangre nacido, ca tú no eres fijo del gentil Amón sino de aquel Galalón de Magança! ¿Agora, malvado, que te vees en términos de morir te humillas a demandar perdón?

Ya no pudiendo más sufrir las feas palabras el buen Renaldos que su primo don Roldán le dezía e viendo que cuanto más humilmente le fablava tanto más se le ensobervecía, buelta la cara de color de llamas ardientes, con una brava catardura, le dixo:

—Agora, pues que te no mueven blandas razones, quiçá te moverá justa e mortal batalla. Por ende, ordena de me dar mi cavallo Bayardo, si no, cata que me darás la vida; e sobre esta razón te mataré o te echaré del campo vencido.

Mucha gente estava en torno de los dos buenos cavalleros esperando el fin de su áspero razonar, ya los otros cavalleros estaban despartidos. E sabed que, aunque su batalla de los dos primos al principio fue tardía en se amenazar, después fue tal, que espanto ponía a los cuales miravan, que el conde don Roldán le espada alta se va para don Renaldos, diziendo:

—¡Agora, ladrón, se verá la prueba de lo que dizes!

E don Renaldos, que le vee venir, sale a él, Fisberta en la mano, e con una presteza admirable, como aquel que lo avía con la flor de los cavalleros del mundo, donde le convenía mostrar su gran esfuerço e ardimiento, dio al conde un tan fuerte golpe sobre el encantado yelmo, que la divisa del Dios de Amor, que encima por cimero traía, fue en tierra fecha dos partes, e si tal no fuera el yelmo, bien podéis creer que no oviera más batalla entre ellos. Mas el conde don Roldán, que abrasado de enojo estava, no fizo minción del golpe, antes con una ponçoña cruel le bolvió la respuesta, dándole otro golpe, que espantados estava los miradores del fuego que d'él e de la espada salió. Don Renaldos, que ya en la batalla estava fulminoso y encendido, alçada su espada, da un golpe al conde, que el escudo alçado tenía viéndole venir, que el escudo, por bueno que era, le fizo dos partes, que más

provecho d'él no tuvo para defensa; viendo esto el conde don Roldán, soltó lo que d'él en el braço le avía quedado e tomó a dos manos su buena espada, e por dar fin a esta contienda, fuesse para don Renaldos e diole tan gran golpe sobre el escudo, que en alto ^{70v} parado tenía, que, cortándole la mayor parte d'él, le alcanzó sobre el yelmo que de todo sentido le sacó. Don Renaldos, que la vista de los ojos con la pesadumbre del golpe avía perdido, soltó también el escudo del braço, e tomó a dos manos el espada, e dio tan grandíssimo golpe sobr'el yelmo a don Roldán, que assí le estordecíó, que no supo de sí si era en cielo o en tierra; e por dar fin a su vida, no dexó don Renaldos de le golpear muy a menudo como a un mortal enemigo fasta que el conde tornó en sí; e como vido que assí don Renaldos le tratava, endereçose en la silla lo mejor que pudo, e dixo:

—¡Espera, espera, ribaldo, no me huyas! ¡Verás qué te quiero dar!

E diziendo esto, alçó a Durindana con dos manos e dio tan gran golpe sobre el yelmo a don Renaldos, que la espada le fizo soltar de la mano colgada de la cadena, e fue tan pesado el golpe, que, los braços abiertos, cayó sobre el arzón delantero, tan fuera de sí como muerto y el cavallo le llevaba por el canpo como a cosa sin sentido. Pero cuando el ardido cavallero don Renaldos tornó en sí, no fue drago ni serpiente venenosa tan llena de furia ni escallentada de tanto enojo como aquella ora fue él, que, enderecándose en su silla, bolteó el fuerte cavallo contra su enemigo e asentole de través un desaforado golpe sobre el yelmo, que la sangre le fizo casi salir por los ojos según el crudo golpe le dio, e de allí, sin punto de reposo tomar, se golpean, que espanto era de los ver, ca se combatían fuera de mesura, dándose tan grandes golpes e tan a menudo, que la alta Marfisa e los buenos cavalleros que los miravan alçavan los ojos al cielo llamando a Dios, maravillados de ver tanta fuerça en dos humanos cuerpos sin señal de cansancio mostrar. El conde don Roldán dezía:

—¡Oy, traidor, te es llegada la hora de la vengança, ca sobre ti es ya la vara de la justicia para castigarte de los insultos e innumerables robos que has fecho! ¡Aquí acabarás tu vida e tus malas obras! ¡Llegada es tu muerte! Por esso, pon tu alma con Dios, no la pierdas con el cuerpo juntamente.

Respondía el buen Renaldos muy furiosamente:

—¡O, traidor, no amenazas a nadie con tus soberviosas palabras, que no está aquí el emperador Carlos que nos desparta ni los paladines que nos pongan en paz como otras vezes han fecho librándote de mis manos e dándote la vida! Cata que

quien muda tierra á de mudar costunbre. No te pagues de palabras, que agora verás si tus traiciones magancesas bastan a te librar de mis furiosas manos, pues sabes, bastardo maldito, que soy mejor que tú sin falta. ¿De qué tienes sobervia, maldito bastardo? ¿Por qué mataste a Almonte a la fontana cuando los otros cavalleros ligado le traían a Carlomagno? ¡O, cómo pareciste en ello fijo de mala muger, que mirando la alta progenie donde de partes de tu padre decendías no havías de ensuziar tus manos en cosa venzida e ligada do no avía defensa alguna! ¿Qué te parece si son aplazibles estas consejas que tus malas obras manifiestan claramente? ¿No sabes que aquel buen rey troyano, estando en cruda batalla herido de muerte, con solo un braço te sacó de la silla e dio contigo en tierra, donde, si socorrido de muchos no fueras, estavas en peligro de muerte e para perder la vida e después, como airada hembra, viendo que ya en él no avía resistencia, lo mataste? ¿Parécete que era esta gran valentía?

—No haze menester —dezia Roldán— disputar aquí nuestras bondades, pues es claro e a todos notorio que yo cavallero só e tú eres un pérfido ladrón. De yo matar a Almonte y al troyano bien me acuerdo, mas no como tú lo pintas. Pero yo no callaré tus malas obras, las cuales con falsas palabras a mí inputas. Dime, ¿cómo mataste a don Rugiero? Di, ¿cómo truxiste a la muerte aquel don Claros?, que cualquier d'ellos era mejor que tú. Di, traidor, si Malgesí no te ayudara con sus falsas artes, ^{71r} ¿mataras al rey Menbrino?, que no ay quien de aquella batalla dé testimonio de si le mataste durmiendo o si peleando.

D'esta forma que oís los dos queridos primos se ultrajavan, siendo al presente mortales enemigos; e dexadas las palabras vituperosas, alçando las cortadoras espadas, tornan de nuevo, como si entonces començaran, a se ferir, pugnando de se hazer el mal que podía el uno al otro. Alçose don Renaldos en este comedio sobre los estribos e dio un golpe tan cruel a don Roldán, que de la gran fuerça le hizo doblegar sobre las ancas de su cavallo, que todos pensaron que iva a tierra sin falta alguna. Mas como en sí tornó el valeroso conde, no fue visto león ferido tan bravo ni tan cruel, que, por darle la paga del recebido golpe, se va para don Renaldos e apretando el espada con ambas las manos, tan desmedido e fortísimo golpe sobre el yelmo le dio, que abaxar le fizo sin ningún sentido la cabeça al pescueço del cavallo, e botándole sangre en mucha abundancia por las narizes, le salía por las junturas del yelmo e por la visera.

Fueron tales e tantos los golpes e tan señalados que entre estos dos fortísimos guerreros passaron, que no bastaría a los contar humana lengua. De tanto vos digo que jamás tan reñida batalla ni tan fortísimamente golpeada se vio, aunque se fiziesse minción de muchos e muy señalados cavalleros que en el mundo fueron, especialmente del troyano Hétor ni del griego Arquiles, ni del fuerte Sansón, ni del victorioso Hércules, ni del enamorado Tristán, ni del venturoso Galaz, que verdaderamente jamás entre estos ni otros otra más dura ni larga batalla se vio, ca duró desde la mañana fasta la noche, tanto que los que la miravan eran cansados de la mirar e no ellos de se golpear.

Ya el sol se ponía, dando lugar a la noche que a la tierra sobreviniesse, impidiéndoles que no acabasen de executar cada uno su desapoderada saña, de lo cual les pesó muy de corazón. Don Roldán dixo:

—Agora puedes dar gracias a Dios por te dar la vida quitando la claridad de sobre la tierra, que, si poco más durara, no se te escusara la muerte.

—Déxate d'esas razones —dixo don Renaldos—, que no te conozco ventaja alguna, antes la noche te ha dado la vida, quitando que no mueras a mis manos. E porque sepas que digo lo cierto, sábette que estoy aparejado, si quieres que la fenezcamos nuestra batalla, a fenecella aunque sea de noche; e para ello soy aparejado, que tanto te estimo de noche como de día e no te avré más temor así que así.

—¡O, zelerado ladrón, no es uso de cavalleros fazer armas a la escuridad como ladrones, que huyendo de la luz esperan la noche para hazer sus semejantes saltos como tú los acostumbras hazer!

—¡O, medroso e triste cavallero! —dixo don Renaldos—. Yo soy usado a fazer armas en montes y en llanos, y de noche y de día, y en cualquier estado y tiempo que me es menester, e tú no la fazes sino a lo claro porque te conozcan por el nonbre los que contigo la fazen e por la seña del cuartel se espanten e no la fenezcan contigo, donde muestras averles tanto miedo quanto ellos te tienen de pavor.

Todos los cavalleros estavan en torno d'ellos oyendo lo que hablaban, assí los cavalleros de la fortaleza como la alta Marfisa, e don Estolfo, e Torindo, e los otros que llegado se havían a ver la batalla. Allí los dos fortísimos guerreros prometieron de se venir a acabar su batalla el día siguiente, assí como fuesse claro, e d'este

acuerdo se partieron los unos a la fortaleza e los otros a su real para tomar algún reposo, que bien les hazía menester.

Capítulo xlvii. De cómo tornados otro día a combatir los⁵⁷⁸ dos buenos^{71v} guerreros en presencia de Angélica la Bella, fue la cruda batalla por ella despartida, poniendo al conde don Roldán en otra muy peligrosa aventura.

Ya que la escura noche despartió la contienda entre los dos buenos guerreros, don Renaldos, acompañado de la alta Marfisa e de los otros cavalleros, se fue a reposar a su rica tienda donde fueron de la gente de Marfisa con muchas alegrías recibidos. E assimismo don Roldán con sus compañeros se fueron a la villa, donde fueron de todos recibidos con mucho plazer, en especial de la linda Angélica la Bella que al conde, acompañada de muchas damas, salió a recibir. Mucha vergüença ovo don Roldán de se ver sin escudo ni sin cimero, por ser dos joyas dadas de mano de su querida señora, e iva con tanta pena e dolor de las aver perdido, que el corazón se le quería quebrar en el cuerpo, pensando que le pediría su señora cuenta d'ello cómo lo avía assí con solo un cavallero perdido. E assí razonando en el camino de la furiosa e cruel batalla passada, los cavalleros, que en compañía del conde en la mañana al campo avían salido, ivan fablando de la gran valentía e gran poder de don Renaldos de Montalván. Angélica la Bella, que mentar le oyó, estremeciósele todo el cuerpo, como aquella que verdaderamente era presa y cativa de su amor, y encubriéndolo con una desimulada palabra, preguntó a los cavalleros diziendo:

—¿Por ventura ovo oy mi señor don Roldán batalla con esse cavallero que dezís?

—Sí, por cierto, señora —dixeron ellos—, que es tan fuerte e tan aventajado cavallero, que otro en el mundo no pudiera durar contra los golpes del conde don Roldán sino él.

En esto, llegaron a los ricos aposentos de la fortaleza, donde antes que se desarmassen fueron de muy sabrosas conservas refrescados e de odoríferos vinos que a la sazón aparejados estaban. De allí cada uno a su estança se fue, y la linda Angélica, desarmando a su querido señor, ayudándole sus hermosas donzellas, le llamó a su guarnecida y entoldada sala, donde las mesas puestas fue de convenibles

⁵⁷⁸ les To¹⁵²⁵.

manjares servido, cuales la disposición del lugar consentía. Y en medio de la cena, diversas cosas hablando, el entrañable amor que apasionado en el corazón de Angélica la Bella estava, no pudiendo un rato de sufrimiento tener que con la lengua algún remedio no buscasse con que las encendidas llamas que de dentro la abrasavan resfriar se pudiesen, dixo assí al conde don Roldán:

—Venturoso e muy franco cavallero, como yo conozco el verdadero amor que me tenéis, según vuestras maravillosas cavallerías en mi favor se muestran, me dan causa a pedir os mercedes de cada día y esto es por la mucha necesidad que a ello me constriñe. Esto digo porque oy por mi amor avéis mostrado vuestra gran valentía, según que os ove rogado que la mostrásedes, con la cual pienso que seré remediada del estrecho en que nuestros enemigos me ponen. E todo el día, mientras en la batalla estuvistes, nunca de las cercas de la villa me quité por poder gozar de vuestra vista, mas con la mucha cavallería que se juntó a veros combatir no podía a mi plazer veros; por lo cual, pues que el día venidero a ella avéis de tornar, querría, si por bien lo tuviéssedes, asegurándome aquella cruel donzella que cercada me tiene, salir a la batalla que avéis prometido para que del todo libremente de vuestra vista pudiesse gozar. Y esta licencia e seguro irá el rey Sacripante a ganar de Marfisa, porque es un muy apuesto e bien razonado cavallero.

El conde que esto oía, que demandado de su señora no podía salir, amorosamente se lo concedió, no pensando que ella lo fazia por ^{72r} otro amor si no por el suyo. Pero al contrario era todo el pensamiento suyo, que Angélica la Bella, que tanto amava a don Renaldos, desseava solo de su vista gozar, porque sabía que de otra manera no podía ser sino d'esta; y era que, saliendo ella a ver la batalla, no podía otra cosa don Renaldos fazer sino estar a ella, como avía prometido, e d'este modo, mientras la batalla durase, Angélica lo podría bien a su plazer mirar, gozando de su amorosa vista, teniéndolo por verdadero remedio de su apasionado amor, pues que de otra cosa gozar no podía. E luego fue llamado el rey Sacripante, el cual, como de parte de las cosas que él tanto amava oyese su mandado, no fue tardío en su venida, antes se tuvo por muy dichoso en venir a la presencia de aquella señora que él tanto quería, por cuyo amor en tanto peligro se avía puesto dexando su reino e tierra por la venir ayudar, de donde le vino el daño que delante oiréis.

E como llegasse ante ella, le fuese dicho su intención; y él, como bien mandado mensagero, aunque era muy escura la noche, subió sobre su buen cavallo e

vase para las tiendas de la alta Marfisa, de la cual ovo muy alegre e plaziente respuesta, diziendo que por cierto a ella le plazia⁵⁷⁹ que por un día oviese tregua entr'ellos para que de la venidera batalla todos gozasen. E afirmada la paz por aquel día, vino con la respuesta a su señora Angélica, de la cual ovo con muy dulces palabras el pago de su mensaje. E ya que fue tiempo de todos se reposar, con dissimulados abraços, Angélica se despidió de don Roldán, dexándole en lugar do reposar pudiesse, y ella se fue a su retrainimiento, las entrañas abrasadas del amor de don Renaldos, desseando que ya la noche al claro día diesse lugar para que de la dulce e deseada vista do su desseoso coraçón hartar pudiesse, diziendo:

—Vea yo aquel cavallero que mi alma tiene presa, que, aunque después de su agradable vista la muerte me sobreviniesse, no la ternía en nada.

E assí con enamorados sospiros e apassionados pensamientos⁵⁸⁰, sin reposo tomar, esperava cuándo la desseada luz viesse venir. E como ya la serena alva con cándido rostro sobre la tierra se mostró, la fermosa Angélica se fue a la cama donde el valeroso conde dormía, e con amoroso tacto e muy delicada boz le empeçó a recordar diziendo:

—¡O, buen cavallero, ya es de día claro, levántate a dar libertad a esta cativa donzella, pues el su remedio está en tu vigoroso esfuerço!

El conde, que la oyó fablar en tal manera, recordó, teniéndose por bienaventurado en ver en tan conviniente lugar a su señora do su secreto dolor manifestar le pudiese; y empeçola de fablar amorosamente, dándole a entender en alguna manera su escondido deseo; mas la discreta donzella que le entendió, le dixo:

—Venturoso conde, no os curéis de aver nada por fuerça de la que por vuestra tenéis e a vuestro mandado está, mas pensad de ser cunplido de cortesía e criança como lo sois de valentía y esfuerço, porque, si algo de mí contra mi voluntad oviédeses, allende que no podríades de mí alcançarlo, assí me perderíades del todo como aquella que la muerte con sus propias manos se daría. Por ende, ved, señor, lo que os plaze, si queréis que por un breve deleite yo muera, o si queréis tenerme a vuestra voluntad quando tiempo sea por entero. E por no os dilatar vuestro desseo, sabed que oy en este día os pediré un don, el cual cunplido, me tenéis a vuestro mandar muy cunplidamente.

⁵⁷⁹ plazie To¹⁵²⁵.

⁵⁸⁰ pensamiento To¹⁵²⁵.

E como esto ella al conde dezía, llegábase a él rostro con rostro, mostrándole muy sobrado amor porque más crédito diesse a sus simuladas palabras. Luego le fue dado de vestir y ella por sus manos le armó, dándole de continuo a entender que lo amava en demasiada manera, ^{72v} de lo cual el conde estava muy ledo e contento. Desde la dama fermosa armado le vido, presentole un fermoso cimero [de] muy gentil arte fecho, el cual era un árbol pequeño de oro esmaltado de un verde, que naturalmente parecía propiamente verdadero, y un fuerte escudo con la misma divisa del árbol. E cavalgando en supreciado cavallo Briador, enpeçó por allí a revolverle. En esto, los cavalleros de la fortaleza salieron sin algunas armas, cavalleros en muy fermosos cavallos, por lo aconpañar, Aquilante e Grifón y el rey Balano, e la fermosa Angélica salió assimismo muy ricamente ataviada sobre un muy guarido e blanco palafrén, que celestial cosa parecía su rostro. E d'esta manera que oís, salieron de la villa en muy gentil passo hasta llegar al lugar donde avía de ser la batalla; e así como a él llegaron, vieron venir al buen Renaldos armado de todas sus armas e cavallero en su ligero cavallo Rubicano, y en su conpañía la alta Marfisa, armada de todas sus armas, salvo la cabeça, la cual traía un cierto tocado de oro a manera de red, que bien claro dexava ver sus ruvios e fermosos cavellos. También venía allí el buen duque don Estolfo, e Torindo, e Iroldo, e su hermano Prasildo. Las dos fermosas damas con gran cortesía se rescibieron e amorosamente se fablaron, donde la poderosa e fuerte Marfisa, contemplanado la fermosura de Angélica la Bella, quedó espantada, no porque ella no fuesse fermosa en demasía, mas no igualava con Angélica, ca era sobrada en fermosura sobre todas las de su tiempo; e la dama Marfisa era algo robusta e de un senblante baronil e morena, algo aconpañada de muy⁵⁸¹ soberana gracia. Los dos famosos guerreros se desafian con mortal desamor. El conde dixo:

—Sus, falso cavallero, tiempo es de vengança, que seguro estoy de las traiciones de tu primo Malgesí que te no valdrán a que guarezcas huyendo en tu fuerte castillo de Montalván. E puesto que agora de mis manos pudieses fuir, no tienes en el mundo ya lugar do te acojas, que a todo le tienes enojado con tus falsas y engañosas obras, que si a la bervería quisieres ir, allá eres conocido, que tú con engaños sacaste d'ella a Belisandra fingiéndote ser mercader cossario de la mar; si quisieres passar a Levante, mira que en el principal lugar d'él mataste con engaño aquellos siete hermanos fortísimos cavalleros; si a Tesalia fuesses, acuérdate que

⁵⁸¹ mny To¹⁵²⁵.

fue de ti preso el rey Pantalico e sobre concierto e tregua lo mataste; pues de la India robaste el gran tesoro que a mí de justa razón pertenecía porque yo maté al rey Durastante e no débil cavallero; pues en España no has fecho poco, tú robaste al rey Marsilio dos vezes; pues en la cristiandad, ¿qué daños avrás fecho?, tanto, que lengua no basta a los contar. Finalmente, que no ay reino en el mundo donde no te dessean vengança e cruel muerte.

No le respondió el buen Renaldos de Montalván con corteses palabras como la primera vez, antes con bravo semblante, que espanto ponía en le mirar, le dixo:

—¡O, bastardo, hijo de mala hembra! Mientes en todo lo que has dicho, que robar a los paganos de España no es robo, pues yo solo, a pesar de cuarenta mil moros e más, les quité un Mahomet de oro que hove menester para pagar mis soldados, y que mil vezes yo les hiziera daño no era mal sino obra de misericordia a los enemigos de nuestra santa fe católica destruir, pues ellos querían destruírnos. El tesoro de India verdad es que lo tomé a pesar tuyo e de todos tus cavalleros, e no ovo allí tal que me lo osase defender ni aun tú demandar. Si a Belisandra⁵⁸² truxe, fue por servir al Emperador, que tú no fuiste para lo osar hazer, e si como mercader la tomé hasta la tener en la nao, con su padre e cavalleros^{73r} e dos gigantes armados que la guardavan, como cavallero, el espada en la mano, la defendí, matando a los que contrariarlo querían. Di, hipócrita, ¿las obras cavallerosas e de gran coraçón me traes por reproche? ¿Quién dixesse los daños que tú en la cristiandad has fecho matando a don Claros, uno de los paladines mejor que cavallero de su tienpo? El buen padre de Oliveros por ti fue muerto de Carlomagno. A Renaldos de Balandia tú lo depedaçaste delante su viejo padre. Mira que no fuiste para ganar por armas al castillo de Montforte sino con traición y engaño. Acuérdate, maldito, cuando no te osaste encontrar con el rey Balante y embiaste a otro que se afrontase con él, que fue el buen Rugiero, e allí ante ti, sin lo amparar, fue muerto. Mas, ¿qué hablo? Que todo el día no bastaría a contar tus malas obras, las cuales de ti olvidadas, de las buenas agenas fazes minción. Dexemos las palabras e vengamos a los fechos, que ellos darán de cada uno entera verdad e perfecto testimonio.

Esta e otras infamias se dezían estos maravillosos guerreros; e como muchas vezes acaece que quanto mayor el amor tanto es el rencor sobrado cuando entre los parientes e amigos se entiende, assí entre estos dos queridos primos fue el desamor

⁵⁸² belisendra To ¹⁵²⁵.

tan sobrado que, passadas estas ignominias,⁵⁸³ del uno al otro se cubren de sus escudos e, las lanças baxas, tomando del campo lo que menester hovieron, se dieron tan espantosos encuentros, que los que los miravan quedavan atónitos e espantados, e no ovieron ronpido apenas las gruesas lanças quando cada uno, la espada en la mano, buelve como bravo león por dar la muerte a su contrario y empiéçanse⁵⁸⁴ a dar tan crudelísimos golpes, que bien mostravan tenerse mortal saña el uno al otro. No se vio jamás en el mundo más cruel batalla entre dos cavalleros, que viendo los que miravan desmedidos golpes, temían en sus coraçones e sus personas se pavorizavan. Pues quando tales los mirantes se mostravan, ved qué tal se pararían los cavalleros. E dio un fortísimo golpe el conde don Roldán a don Renaldos de Montalván sobr'el yelmo que cuasi de sentido le sacó, pareciéndole que sobre él havía caído una muy fuerte torre, el qual non fue perezoso en la respuesta, que, alçándose en la silla, dio al buen conde don Roldán otro semejante que la cabeça le hizo baxar hasta los pechos; e como lo recibió, echando el escudo a las espaldas, dio a Renaldos de Montalván otro golpe sobre su fuerte y luzido yelmo que atordido e fuera de todo sentido fue sacado; poco estuvo que le no derribó del cavallo e fue tan grande, que el yelmo se le finchó de sangre que por las narices e las orejas le salió; Rubicano le traía por el campo de una parte a otra fuera de su sentido, mas quando en sí tornó, echa el escudo con gran ravia en tierra e toma a Fisberta con ambas manos e vase para don Roldán, e tan gran golpe le dio sobre el yelmo, que fuera de todo sentido el cavallo Briador lo levava por el campo do quería, caídos los braços ambos como cosa muerta; mas a cabo de una pieça tornó en sí, como aquel que avía soberana fuerça y gran esfuerzo, e como un rayo buelve sobre Renaldos, que por los ojos parecía venir derribando fuego, e diole tan furioso golpe que, estrañamente desarmándole, quiso que con aquel golpe feneciese sus días. ¡O, soberana Virgen María, socorre al buen Renaldos de Montalván en tal necessidad e guardaldo que en derecho no le resciba, que con tan gran furia e corage viene, que un mármol fuerte e una diamantina piedra basta romper! El qual recibió el buen Renaldos de Montalván sobre el fortísimo y encantado yelmo, que por cierto la vida enteramente, después de Dios, le dio. E devéis saber que fue tal golpe,^{73v} que, no lo pudiendo sufrir, el fuerte cavallero cayó sobre el pescueço del cavallo, cayéndole por la visera tanta abundancia de sangre,

⁵⁸³ inomias To¹⁵²⁵.

⁵⁸⁴ empiençase To¹⁵²⁵.

que todos pensaron que era muerto. E don Roldán, que assí le vido, quiso darle otro semejante sobre el cuerpo, con el cual pienso que acabara sus días, que tales eran, quiero que sepáis, los golpes de Roldán de que mucho durava su batalla, que muchas vezes d'ellos desazía un cavallero armado; e por esto sus batallas eran temidas, tanto que se averiguava por verdad ningún cavallero poderle durar en el campo si dos batallas con él oviesse que a la tercera con una nueva furia no lo matasse. Y como esta fuese la segunda de entre él y don Renaldos, le puso en el estrecho que oís. E la fermosa Angélica, que presente estava, no pudiendo sufrir que delante de sus ojos muriesse quien a ella con sola su vista dava la vida, fue corriendo a don Roldán, que la espada alta quería por medio del cuerpo dar otro golpe a don Renaldos, e teniéndole del braço, le dixo:

—Fortíssimo cavallero, acuérdeoseos el don que me prometistes, que la generosidad de los cavalleros con cunplir la fe prometida se muestra.

El conde, que ál no pudo fazer, se detuvo, oyendo lo que su señora Angélica le dezía, e díxole:

—Señora, verdad es que lo prometí, e lo cunpliré fasta la muerte.

—Pues lo que por mí, victorioso cavallero, avéis de hazer es que sin más dilación dexéis esta començada batalla e sin parar caminéis al reino de Organa e sepáis dónde es el Engañoso Jardín de la falsa encantadora llamada Falerina; e como lo sepáis, vais allá e quitéis tan gran mal de sobre la tierra, porque quantas dueñas e dozellas e cavalleros pueden aver por engaño, o como quiera, son llevadas a un dragón infernal que en guarda de la puerta está. E ruégovos, señor conde, que, si algún amor me tenéis, me le mostréis en cunplir esta empresa, la cual cunplida seréis muy contento con la promesa que yo, señor, os prometí.

El conde, que tanta voluntad vio en la linda Angélica para que él fiziesse aquel camino, como aquel que otra cosa no deseava sino servirla, ende más viendo el gualardón que prometido le estava, inclinando la cabeça, sin un punto más se detener, delante todos se parte al más andar de su cavallo Briador, tanto que en breve espacio le perdieron de vista. En esto, la alta Marfisa tenía gran pesar de ver el peligro de Renaldos, e como vieron al conde don Roldán partido, fueron a él e apeáronle del cavallo con algo más sentido que antes, e halláronle su cara llena de sangre e muy amoratado; e luego fue socorrido de odoríferas aguas e muy preciosas conservas, tales que en poco espacio tornó en sí el estordido cavallero, preguntando

por el conde don Roldán. Allí la alta Marfisa le contó, con el duque don Estolfo, cómo el fecho avía passado e cómo essa fermosa Angélica lo avía librado de muerte; e como don Renaldos la oyó, como fuera de sí, se quiso tornar a su cavallo por fuir de aquel lugar do el nonbre de la cosa que el más mortalmente desamava oía, mas por ruegos de Marfisa e del duque don Estolfo fue apaciguado, llevándole de allí a las ricas tiendas del real, donde fue curado como mejor pudieron, e la desconsolada Angélica con su compañía se tornó a la fortaleza de la villa.

Capítulo xlvii. De lo que Angélica fizo después que al castillo se tornó, e lo que acaeció al conde don Roldán en el camino, yendo en la demanda del Falso Jardín do la encantadora Falerina estava.

Pártese Angélica la Bella del lugar do fue la gran batalla de los dos primos, don Roldán e don Renaldos, viendo e conociendo cada día más el mortal desamor que don Renaldos le tenía según por las obras se lo manifestava, que, aunque sola la vista ^{74r} no le quería mostrar ni la oír, quería tan solamente nonbrar su corazón; iva la más triste de las mugeres, desimulava su pena porque los presentes no la sintiessen, abrasávase su corazón sin esperança de algún remedio, no podía su discreta desimulación tanto encubrir su pena que los dolorosos sospiros que de lo más hondo de su pecho salían no la manifestasen. E como a la fortaleza llegaron, sin detenerse tiempo ninguno, se va sola a su retrainiento, cerrando tra'sí la puerta; echando fuera de sí las passiones que en los escondrijos de su enamorado pecho tenía, dezía con dolorosas lágrimas:

—¡O, más desdichada que las desdichadas! ¡O, más sin ventura que las nascidas! ¿Ay dolor debaxo del cielo semejante al mío? ¿Ay dolor que se le compare? ¿Ay tormento que igualar se le pueda? Dile yo la vida aquel cavallero y en pago me da el áspera muerte; quitele de pena no una vez sola [e] dame en pago de mis servicios mil tormentos. ¿Qué faré? ¿Con quién comunicaré mi pena que consolarme pueda? Fuera ya tal mi ventura que mis penas, que son causadas por él, manifestarle pudiera e sobreviniérame luego la muerte, que yo fuera en ello muy dichosa. Siempre oí dezir que quien arma lazo para otro⁵⁸⁵ que presto cae en él. Yo passé en Francia por prender a los Doze Pares con arte e uno d'ellos me prendió e cativó a mí sin arte

⁵⁸⁵ otre To¹⁵²⁵.

ninguna. ¡O, muerte, cuán bien recibida serías de mí si a librarme de tanta pena viniesses! Huyes a los que te dessean, vienes a los que te aborrecen e olvidan. Agora, pues no plega a Dios que yo desesperança desespere, que visto hemos a quien a los principios a los casos de amor se niega, mostrándose robusto, que a los fines se da gracioso e humilde; e quien con apresurado aceleramiento fuye, con sobrados halagos rogando concede. Yo venceré su robusto corazón con blandas obras e agradables servicios, que por ventura, viendo mi verdadera perseverancia en el querer, se inclinará alguna piedad con que pueda remediar mi pena. Yo sé que no ay cosa que él tanto precie como su buen cavallo Bayardo. Yo se le quiero enbarricadamente guarnido, pues que ya yo puedo fazer d'él a mi voluntad, que bien cierta soy que don Roldán no bolverá jamás de donde va porque no le bastará esfuerço a acabar el aventura que yo le encomendé. Mucho a mal me será tenido e a gran villanía dar tan mal pago a Roldán de los servicios que me ha fecho e del mucho amor que me tenía; mas Dios del cielo es testigo que el amor entrañable no me dexó ver morir ante mí a lo que más que a mí amo, ca más quiero que Roldán muera que no Renaldos, mi señor, que las fuerças del amor no se rigen por ninguna razón ni ley.

E diziendo esto, llamó una su donzella, que con ella desde pequeña se avía criado, donzella de mucha gracia e buen parecer e bien razonada, e díxole:

—Toma de los más ricos palafrenes uno e sube en él y espérame a la puerta de la fortaleza, que quiero que fagas un mandado en que me va la vida.

Luego la donzella se fue a lo que su señora le mandava, e Angélica fizo a sus criados sacar a Bayardo e guarneziolo muy ricamente, e sácalo a la puerta donde la donzella le esperaba, e dixo assí:

—Toma este cavallo de diestro e sal al real de aquella cruel Marfisa e pregunta por don Renaldos; e como te fuere mostrado, apártalo con gran mesura aparte e dile que la más penosa donzella del mundo, que por su causa bive en el más grave tormento, le enbía su preciado cavallo porque cree que le faze agradable servicio; e dile que no consiente la virtud de los cavalleros como él ser tan desagradecidos de los muy crecidos servicios que les hazen, antes satisfacer con muy mayores mercedes; e de tu voluntad le declaras⁵⁸⁶ el sobrado e muy grande amor que le tengo e la cruel pena que por él padezco yo; remito a tu discreción todo lo demás, porque creo que havrás sentido mi pena; e procura de me traer alguna consoladora

⁵⁸⁶ declara To¹⁵²⁵.

respuesta con que temple⁵⁸⁷ las llamas del amor que mis entrañas continuamente ^{74v} abrasan. E de allí irás a la fermosa Marfisa, e sin fazer señal de acatamiento alguno, antes mostrando algo de reguridad, le dices⁵⁸⁸ de mi parte que por cierto más razón fuera que Agricán, el emperador de Tartaria, que cercada me tenía, fuera d'ella guerreado que no, faltando él, ser yo d'ella cercada como de mortal enemiga, que saliendo de su tierra con empresa de me defender e dar favor, no convenía a su alta sangre mudarse en me guerrear e hazer daño, en son de me defender ofenderme; mal enxemplo da a los que d'ella oyeren dezir sus virtudes, porque con semejantes obras ella las procura desdorar.

Con este tal mandado que oís se va la apostada donzella sobre su muy guarnido palafrén al real de la alta Marfisa, llevando el poderoso cavallo Bayardo de diestro, que parecía la mejor pieça del mundo, e por cierto tal era él, que, después de ser el mejor cavallo de cuantos jamás se fallaron, era el más fermoso e mayor e más bien entallado que jamás se vio. E como junto a las tiendas llegó, preguntó cuál era la tienda del buen cavallero don Renaldos de Montalván, e luego le fue mostrada e fuesse para allá, e fallole fablando con el duque don Estolfo; e luego que le vido, con gran acatamiento e mucha criança, se apeó de su palafrén e fuesse para él, e los ojos baxos, arrodillándosele delante, le dixo la embajada de su señora Angélica la Bella, proponiéndole muy enamoradas razones; mas poco le aprovecharon sus guarnecidas palabras, que así como don Renaldos oyó nonbrar a Angélica la Bella, no esperó más razones, antes con bravo semblante se salió de la tienda como si huyera del enemigo. La donzella que lo vido assí ir, quedó muy maravillada, que no podía pensar que tal corazón hoviesse en el mundo ni tan duro que tan enamorada embaxada desdeñasse; e fabló con el duque don Estolfo todo lo que su señora le mandó, e dexole el cavallo que a don Renaldos traía. El duque don Estolfo le tomó, diziendo que él lo daría a su señor primo e le hablaría largo sobre el caso. E despedida la donzella, se fue a la rica tienda de Marfisa, e llegando a ella, vídola armada de muy ricas armas e, sin acatamiento alguno le fazer, le dixo el mandado de su señora con mucha prudencia mezclada con atrevimiento más que de mujer. La alta Marfisa que la oyó, le dio su respuesta en muy breves razones, diziendo:

⁵⁸⁷ temple To¹⁵²⁵.

⁵⁸⁸ di To¹⁵²⁵.

—Andad, donzella, e dezid a vuestra señora que en fin del juego conocerá quién yo soy e su atrevimiento.

E no le fabló más. La donzella se bolvió a su señora Angélica e le contó muy por entero su embaxada fecha y el recaudo que d'ella traía, la cual le oyó no poco triste ni con pequeño dolor de su corazón.

A la cual dexaremos fasta su tienpo, por vos contar del conde don Roldán, que con muy largo passo había colado mucha tierra con el enamorado desseo de cumplir lo que su señora Angélica le avía mandado, el cual, como gran rato oviese andado, vido ante sí una pequeña puente por donde un río avía de passar e passola; e luego que fue de la otra parte, oyó unas dolorosas bozes que de muger atormentada parecía, e miró a la mano derecha e vido, algo arredrada del camino, una donzella hermosa colgada de un roble, la cual le pedía ayuda con gran pasión, diziendo:

—Cavallero, por lo que devéis a la cavallería e por lo que la virtud te obliga, te ruego me libres de muerte.

El conde, que a semejantes agravios de fazer no se mostrara perezoso, bolvió las riendas a Briador e fuesse para ella, e poniendo mano al espada para la desligar, vido venir a él un cavallero corriendo, armado de todas armas y en un gran cavallo, que le dezía a grandes bozes:

—¡Passo, paso, cavallero, dexá essa mala donzella, no ayáis d'ella ninguna piedad, ca farás gran ofensa a Dios e daño ^{75r} a muchos buenos cavalleros si la descuelgas de donde está! Déxala ay penando sufrir cruda muerte, que bien la meresce.

Don Roldán se detuvo algo hasta que el cavallero llegó, el cual venía de una fortaleza que cerca de allí estava, e preguntole qué era la causa que assí dexavan penando morir aquella donzella. El cavallero, que de buena criança parecía, le contó muy por entero los muchos e muy crueles males e falsos engaños que la donzella avía fecho, e cómo era la mayor engañadora del mundo, e cómo por sus engaños había fecho morir mucho cavalleros; e tantos males y engaños d'ella le contó al conde don Roldán, que él se quedó espantado de tan crueles obras; mas como la virtud suya no consintió jamás ver azer a las mugeres daño, mayormente acordándosele de su señora Angélica la Bella, dixo assí al cavallero que le fablava:

—Por cierto muchos son los daños que esta donzella ha fecho e los males que por su causa a esos cavalleros han venido, pero ¿qué vengança ay en fazer morir una

delicada mujer sin fuerças?, que, aunque ella muera, los daños ya fechos no podrán ser remediados.

—Señor cavallero —dixo el de la fortaleza—, bien que no serán tantos daños como esta falsa dueña ha fecho remediados, mas quitándola del mundo, se escusaran otros que puede fazer.

El conde dixo:

—Bástele lo que ha sufrido por castigo de sus obras e no muera, que no es de cavalleros tomar vengança de mugeres, que por una buena que aya son de perdonar ciento, quanto más que yo sé una señora que es tal que por ella las mugeres de su tiempo, por malas que son, merecen ser defendidas e amparadas; e yo me determino de la quitar de allí sin duda.

—¿Cómo, cavallero —dixo el de la floresta—, más queréis librar una falsa donzella que no dar vida a muchos cavalleros que por ella morirán si bive? Por cierto no lo fazéis por cuerdo, y por tanto yo defenderé a todo mi poder que la no quitéis. Por ende, guardadvos de mí.

Diziendo esto, arredrose d'él con apresurado passo y, baxando la lança, se viene a lo encontrar al más correr de su cavallo. Don Roldán, que venir le vido, puesta la su buena espada en la mano, con varonil coraçón lo espera; e como el cavallero de la fortaleza llegó, quebró en él su lança e no le meneó más de la silla que a una torre; y al passar que passó, diole el conde un tan gran golpe del espada, que ferido de muerte le derribó del cavallo abaxo. E fecho esto, fuesse a la donzella e desligola e, recibéndola en sus braços, la puso en tierra, la cual, con unas fengidas lágrimas, le empeçó a dar muchas gracias por el bien que le avía fecho e rogole que, por la virtud que a cavallero devía, la llevase de allí e la pusiese en salvo porque no tornasen sus enemigos a la querer matar, ca muchos avía que la desamavan de muerte. El conde, que muy piadoso era para dueñas e donzellas acuitadas, se lo concedió, e, faziéndola subir a las ancas de su cavallo, se partió de aquel lugar para proseguir su començado camino; e assí como se quiso de aquel lugar apartar, el cavallero mal ferido le dixo:

—Cavallero, yo soy muerto por esa falsa donzella que libraste. Tú verás en sus obras que lo que yo te dezía era verdad e cómo me has muerto a gracia sin razón.

El conde le dixo:

—Cavallero, a mí me pesa de vuestro daño, mas vós fuistes causa d'ello en tomar batalla conmigo, que yo no vos la demandé.

E diziendo esto, partiose d'él llevando la falsa donzella a ancas de su cavallo, la cual era muy fermosa e muy maliciosa en engaños, que no avía cavallero que no engañase con disimuladas lágrimas e fingidas razones.

E porque veáis que tal era, sabed que por toda aquesta tierra donde ella andava se sonava que, si mil cavalleros enamorados en un día se le mostravan, desseándola alcançar por la su muy gran fermosura, a tantos engañava, cada uno con ^{75v} una manera de engaño, mostrando una serenidad en su cara como si otra cosa no oviera más de la verdad en cuanto dezía; e [a] unos demandava vengança sobre otros, prometiéndoles su persona si la fazían; a otros tomava por defendedores contra otros que su amor le pedían, rebolviendo entre ellos grandes cuestiones. E la causa d'esto no se sabía más de quanto parecía que lo avía ella por deleite fazer estos males e otros diversos engaños.

E como os dezimos, el conde don Roldán, movido⁵⁸⁹ de piedad, la llevaba a salva fe por la poner en salvo; y ella en el camino no cesava de le dezir muy dulces palabras y enamoradas para que lo encender poco a poco en su amor. Tantas e tales cosas iva diziendo al conde don Roldán, que nuevas llamas de amor le encendían en su coraçón, no olvidando el amoroso desseo de su verdadera señora, con la cual, menbrança del uno e la nueva manera del otro, sus passiones de amor de rato en rato ivan creciendo. E assí caminaron casi el día todo sin un punto de cansancio sentir, según eran sus razones de la falsa dama sabrosas. E andando por aquel gran despoblado, vido el conde cerca de allí un grande e muy bien entallado monumento hecho sobre un alto peñasco, labrado de muy estañas labores, e para subir a él estavan de alabastro fechas muchas e muy concertadas gradas, en las cuales avía más de treinta, y el sepulcro alto torneado de letras de oro a maravilla fechas. Y el conde se detuvo por ver aquello qué cosa fuesse, que tan maravilloso se mostrava. La falsa dama, que lo entendió que verlo quería, comidió luego en su coraçón de le fazer engaño como essa que pensava que la hora que le fazía estava en paraíso; e como lo pensó lo puso por obra, diziendo:

—Soberano cavallero, si virtud soberana, como yo creo, ay en ti, apéate del cavallo e verás subido sobre aquel monumento muy estrañas cosas e maravillas, las

⁵⁸⁹ monido To¹⁵²⁵.

cuales no quisieras dexar de aver visto por todo el tesoro del mundo. E como yo sea de estas partes natural lo sé, e de cierto te fago saber que verás estrañas cosas.

El conde, sin más pensar, mañosamente se apea muy ligero del cavallo, dando a la engañosa dama las riendas en la mano, e sin parar, sube las XXX gradas de alabastro e subió después sobr'el sepulcro, pensando ver lo que la dama le avía certificado. La dama, que en lo alto le vido, le dixo:

—Gentil cavallero, a Dios quedéis encomendado, que yo me voy. Si sois usado a caminar a pie veníos en pos de mí, que andando ligeramente podrá ser que me alcancéis.

E soltando la rienda a Briador, enpieça la falsa henbra a andar tan apriessa que en breve tienpo la perdió Roldán de vista. Él quedó tan enojado, que fuera de sí pensó salir, viendo que avía perdido a Briador su buen cavallo. E bolviose a aquel letrero de oro que estava al derredor del monumento, e dezía:

Aquí yaze el memorable rey Nino, que fue rey de aquesta tierra, el cual fundó la grande e fermosa ciudad de Nínive.

E como leído le ovo, dixo:

—La mala henbra me dio el pago que yo merecía, pues no quise creer al cavallero que me avisava. Pues assí es, cúnpleme como buen peón caminar a pie, que quien de muy ligero se cree bien, de espacio se arrepiente.

E diziendo esto, baxose del monumento y empeçó [a] caminar a pie a proseguir su camino, esperando la ventura que suceder le podría. Al cual dexaremos, por contar la cruel guerra que le levantó de las partes de África contra el emperador Carlomagno de Francia.

Capítulo xlviii. De la grande guerra que en África se aparejó para destruir al emperador Carlomagno, e lo que se concertó en tal caso. ^{76r}

Escrive el arçobispo don Turpín que en el tienpo que el rey Alexandro conquistó toda la tierra, ya que enseñoreado sobre casi todo lo poblado se halló, fue en el reino de Egipto preso e cativo del amor de una muy fermosa donzella, tal que en el mundo no se falló otra tal que a ella en beldad se igualase; y estando en el amor

d'esta fermosa donzella preso, ovo de la tener a todo su querer; e tanto más la amó cuanto más con ella conversó, de arte que por su amor edificó aquella gran ciudad que agora se llama Alexandría, poniéndole su propio nonbre para que en memoria perpetua soberanamente durase, de donde se partió para la gran Babilonia donde fue por traición muerto, de donde quedó todo su poder así abaxado en la memoria de todos sus súbditos vassallos, que cada uno procuró por más se enseñorear, tanto que ya el mundo andava en batallas ardiendo, poniéndose todos en armas para más mostrar cada uno su poder. A la sazón estava en Egipto aquella hermosa dama, que havía por nombre la hermosa Helydonia, preñada en seis meses del poderoso Alexandre; e como vido que todo estava para se perder e que la tenían sobre ojos algunos grandes señores por causa de aquesto, hovo de se partir muy secretamente de donde estava; y con poca vitualla, como huyendo por no ser sentida de alguna persona, se metió en una pequeña navezilla sola, encomendándose a la fortuna; tendiendo la vela a la ventura se dexó del aire llevar por la mar, tanto que con prosperidad de viento aportó en África. Ya que fue llegada cerca del puerto, vido un barco de pescadores, a los cuales con seña llamó; y encomendándose a ellos, fue, por caridad que d'ella ovieron, sacada de la navezilla e traída en una pobre casa de uno d'ellos, del más principal, en la cual, cumpliendo el término de los IX meses, parió tres fijos de un vientre, de donde fasta oy de aquella ciudad donde esta dueña parió fue llamada Trípoli, que quiere dezir Nonbre de tres; e la ventura, que de Dios es ordenada, de tal manera dispuso de aquellos tres infantes, que los fizo de alta nonbradía e de gran proeza assí en estado como en fortíssimas e demasiadas fuerças e gran corazón, los cuales, aviendo batalla con el rey Gorgón le vencieron, que era primer señor de África. Con consentimiento e obediencia de los otros dos menores hermanos, fue nombrado por rey el primero d'ellos, que avía nonbre Senibero; y después que el su reino con obras magnánimas ovo asossegado, falleció, dexando por rey en su lugar al segundo hermano suyo, llamado Atamandro, el cual, no menos deseoso de ganar honra que su predecesor, amplificó su reino en demasía; e así por su virtud como con la industria de su menor hermano, se fizo uno de los mayores señores del mundo. E ya que sosegándose en su tierra con grandes vitorias e prosperidades quiso reposar, murió sin dexar heredero alguno, de forma que sucedió en el reino Argante el Desmesurado, tercero de los dos hermanos fallecidos, el cual fue tan fuerte e tan estremado sobre todos los cavalleros de toda la su tierra e señorío,

tanto que hovo en todo el mundo muy gran nombradía de sus fuerças e muy triunfales honras, conquistando a España y la Italia, o poniendo en grande estrecho el reino de Francia. D'este rey Argante nació el poderoso Bravante, el cual fue muerto en las guerras d'España del emperador Carlomagno. D'este Bravante nació el rey Agolante, del cual nació el rey Troyano, que así avía nonbre, el cual fue muerto por mano del conde don Roldán faziendo batalla él solo con él y con don Claros e con Rugiero, e allí fue muerto no derechamente, segund después por verdad fue hallado, ^{76v} sino con gran ventaja. D'este dicho rey Troyano quedó un pequeño infante, el cual avía siete años cuando fue el su fortísimo padre muerto. Fue muy fermoso de rostro e muy grande de persona, assí en cuerpo como en fuerças e demasiado esfuerço, de muy cruel vista e terrible catadura de que enojado se mostrava, el cual fue alçado por rey e señor de toda su tierra, dotrinándose cada día en muchos cavallerosos exercicios de guerra, en los cuales se mostrava tan cruel, que espanto ponía en las gentes. Fue por nonbre llamado Agramante, el cual, desde veinte e dos años ovo cunplido, fue de tan gran poder e fuerças, que en toda la tierra non avía hombre que lo esperase, salvo un otro gigante llamado Rodamonte de Sarza, fijo del fuerte Ulieno, la más cruel cosa de los nacidos. Este poderoso Agramante hizo un grande y general llamamiento por todos sus reinos que todos los reyes e grandes señores fuesen en un día señalado juntos en la ciudad de Biserta, donde fueron ayuntados XXXII reyes de corona e otros muchos señores de gran cuenta. En aqueste tiempo era la ciudad de Biserta una gran cosa, a la cual asoló e desfizo el buen conde don Roldán, en la cual se hizieron muchas e muy riquísimas fiestas. Avía en ella un imperial e ancho castillo donde el fuerte rey Agramante contino posava, tal e tan fermoso que otro mejor no se vio debaxo del sol, assí de riquezas como de anchos e bien labrados aposentos, en uno de los cuales el rey Agramante hizo ayuntar a todos los reyes e grandes señores que a la ciudad eran venidos, los cuales estaban maravillados de ver la gran sala, que era de más de quinientos pies en largo e de más de ciento en ancho, toda de estrañas e muy ricas pinturas labrada. Allí estava pintada toda la historia del gran Alexandre e cómo fue fallado su gran cavallo Bucéfaletto en la escura floresta, e cómo quiso subir en alto hasta llegar al cielo, y el arte con que los grifos estaban uñidos para lo subir, e de cómo baxó en lo fondo de la mar, e cómo después murió y el engaño con que fue entosicado. Todo esto muy bien labrado de muchas colores e doradas ropas a maravilla. E sentados que fueron todos los grandes señores que vos dezimos, no se

oía dentro otra cosa sino diversos e muchos instrumentos de músicas que se parecía fundir el gran castillo. Luego entró el fuerte rey Agramante con ropas de mucho precio, guarnecidas de oro e piedras preciosas, e a la entrada de la fermosa e gran sala todos se inclinaron muy profunda e reverencialmente; de allí se assentó a la usança suya d'ellos en un muy riquísimo estrado e assimismo todos los otros reyes e grandes señores, cada uno de grado en grado conforme a su usança e según el estado de cada uno requería; e unos hablando con otros lo que les plazía, los sonoros instrumentos sonando, fue fecha señal de silencio por el rey Agramante, a la cual señal todo cessó súpitamente con gran reposo. Luego començó el poderoso Agramante a hablar con una aprovada e prudente boz d'esta manera:

—Cuanto más e mejor conozco, esforçados e valerosos reyes e señores, el amor que me tenéis tanto soy más obligado a procurar que vuestros estados con mayores prosperidades sean aumentados. E sabed que este ayuntamiento que yo vos rogué que fiziédes no fue por otra cosa porque, como sabemos que la vida presente se ha de acabar, hemos con gran diligencia de procurar que nuestros nonbres sean perpetuados en gran nombradía, donde inmortal fama podamos alcançar, ca no pueden los altos cavalleros alcançarlo haziendo delicada vida como damas, ni comiendo delicadas viandas, ni usando sus personas a folguras, ni durmiendo en delgadas e muy ^{77r} blandas camas, sino padesciendo grandes trabajos, exercitando sus fuertes personas e sus vigurosos braços sin un hora de reposo tomar. Por donde yo vos ruego, valerosos señores, si algún desseo de virtud en vosotros mora e si amor cordial me tenéis según mostráis, ayáis por bien de passar comigo en Francia, cada uno con el más poder que alcançare, para que nuestros estados se aumenten e nuestra ley más se ensalce.

Desque propuesto ovo el rey Agramante su razón, callose, esperando la respuesta que le davan aquellos altos señores que oído le avían, a quien la acabada plática avía endereçado; todos aquellos señores que allí estavan empeçaron a platicar entre sí la respuesta que se avía de dar, e todos de un acuerdo determinaron que el rey de Bugía, honrado e muy anciano cavallero, por todos respondiesse, por quanto le tenían por hombre muy entendido soberanamente e por muy bien hablado, el cual se levantó d'entre todos e dixo assí:

—Creído tenemos, magnánimo e muy alto señor, el desseo que siempre tienes de acrecentar la honra e fama de tus vassallos e leales amigos, y por esso tienes alta e

gran nombradía sobre todos los príncipes y señores del paganismo; mas aunque tu alta sangre, señor, te mueva a altas cosas e grandes empresas, cumple primero que por consejo e ciencia te rijas, para que tus principios buenos prósperos fines alcancen. E para esto, señor, si de ti fuere creído, yo te diré lo que por mi ciencia de las estrellas alcanço. Sepas, señor, que en esta empresa contra Carlomagno que quieres tomar no te sucederá bien, ca el emperador Carlo es poderoso e la gente mucha que tiene es diestra e muy bien armada e sienpre usada en guerra. E tú, señor, has de dexar tu tierra e passar allá donde se te muestran las planetas de muy mal acatamiento. Mira cuán mal les fue a todos tus antepassados con él, cuánta sangre de tus parientes fue en Francia derramada. Por ende, señor, suplicote dexes esta empresa e más en ella no pienses, ca yo, señor, soy uno de los más antiguos de tus vasallos, e yo, señor, te crié en vida de tu fallecido padre, e después siempre te he acompañado, e pésame⁵⁹⁰ ya del mal que te viniessse. E por tanto, señor, te digo mi parescer e lo que por mi saber e ciencia alcanço.

E assí como este viejo rey, por nombre llamado Branzardo, ovo acabado su plática responsiva, haziendo el devido acatamiento, se tornó a su lugar. Luego encontinente se levantó otro viejo e cano rey, Saborino, e con el devido acatamiento, tal razón propuso al fuerte Agramante:

—No pienses, señor, que, aunque la senetud las fuerças me aya en alguna manera quitado, ha sido bastante que el ánimo privarme pudiesse. Esto te digo porque, señor, no pienses que por covardía te doy el consejo conviniente a la devida lealtad que te devo, que por Macón te juro e por esta cana barva que mi pecho cubre, tanto ánimo tengo en esta vejez quanto tenía quando las armas en diversas aventuras exercitava, porque no plega a Dios que por temor de la muerte yo te conseje que dexes passar en Francia, ca yo bien veo que mi vida es poca e lo poco que de bivar me queda, no lo puedo yo emplear mejor que morir en tu servicio. E como antiguo siervo tuyo, te quiero hazer saber que de una de dos maneras puedes passar en Francia: la una es por el Passo de Aguas Muertas, e la otra es por el estrecho de Gibraltar; e la primera es harto peligrosa; la segunda me paresce más conveniente, ca por allí podríamos passar a la Gascuña e allí podremos aver ayuda del rey Marsilio de España. Mas las carnes me tiemblan de me acordar ^{77v} del poder grande de Carlo emperador, que ya otra vez yo he visto quando tu abuelo passó aquellas partes, donde

⁵⁹⁰ pesarme To ¹⁵²⁵.

fuimos áspera e cruelmente destroçados, porque lo primero que en recuento avremos será a Montalván, del señor del cual nos guarde Dios, que es un estremado guerrero a gran maravilla; e también de aquel maldito Roldán, su primo, y de los golpes de su espada Durindana, que no tiene reparo alguno su fuerça. Pues, ¿qué te diré de los otros paladines? Yo conozco a Galalón, conde de Magança, y al gentil Danés, el cual tiene cuerpo de gigante e fue pagano antes como nós, y el rey Salamón, e al marqués Oliveros, e Angelinos, e a don Estolfo, e a la fuerte Brandamonte, hermana de don Renaldos, e a todos los poderosos paladines de Francia; que por el Dios Macón, señor, te juró que, pues tú eres en tu tierra de los bienes e riquezas abastado junto con gran poder, yo te aconsejaría los dexases estar e no te curasses d'ellos, porque sábete que es una diestra e maravillosa gente de España, la cual, siendo avenidos con los de Francia, no podrás escapar de destruido e muerto.

He dicho esto, se tornó a su lugar con la devida medida.

Capítulo xlix⁵⁹¹. De la profecía que dixo el viejo astrólogo Rey de Garamanta y el consejo que dio después que todos hablaron al rey Agramante.

Después que el rey Branzardo ovo acabado su razón e fue en su lugar tornado a sentar, levantose encontinentemente el rey de Sarza, fijo del fuerte Ulieno de Sarza, llamado Rodamonte, harto mayor e más membrudo que los que presentes eran, el más bravo e orgulloso moro de todo el mundo, tan sobervio e altivo, que a todo el mundo no estimava; e con una robusta boz e una cara temerosa habló d'esta manera:

—¡O, cuánto es de loar la mancebía e cuánto de vituperar la vejez, ca bien creo que si los viejos que an hablado en su juvenil edad se hallaran, no rehusaran el pasaje que tú, señor, quieres hazer! Pero claro es que los hombres viejos más aparejados son para aconsejar que no para pelear; e si ellos bien, señor, te oviesen tu razón entendido e conocido tu alto desseo e voluntad, verían claro que les no llamaste para les pedir consejo, sino para demandalles ayuda; e desde aquí digo que es traidor e covarde cualquier cavallero que lo contradijere, e si ay quien el contrario tenga, yo le desafío como a mortal enemigo.

Assí fabló como os dezimos este mancebo acerbíssimo, mirando con una cruel catadura de unas partes a otras si alguno fablava en contra de lo que él avía

⁵⁹¹ xlviii To ¹⁵²⁵.

dicho, e no ovo aí tal que fablar en ellos osasse, antes con gran quietud todos callavan. En este consejo estava el Rey de Garamanta, que era hombre harto viejo, de más de noventa años, grande astrólogo e nigromante, e de muy grande saber en el arte judicaria de las estrellas, el cual, como vido que todos callavan a las palabras soberviosas de Rodamonte, levantose con gran corazón, e dixo:

—Alto e poderoso rey, hasta aquí he callado porque veía que las cosas se ordenavan con concertado consejo; mas pues veo que este joven orgulloso delante ti ha hablado desaforadamente e con gran orgullo, te hago saber que he dolor d'él e de ti y de tu estado y gente. E para esto os ruego, devotos moros que presentes estáis, me queráis con atención oír. Yo os digo de parte del dios Apolín que todos los que en Francia passardes seréis fechos pieças e destroçados, e a Rodamonte que si passa, como dize, en la ^{78r} Francia, que las carniceras aves de allá avrán su cuerpo por pasto de su hambriento desseo. Y esto digo como aquel que lo sabe (e ha dicho en este reino y en otros, como sabéis⁵⁹²) lo que está por venir para que con discreción se provea. Agora, mirad lo que os cumple, que esto es la verdad.

El orgulloso Rodamonte que aquesto oyó, se tomó a reír muy de gana, como aquel que verdaderamente hazía escarnio de lo que el cano e antiguo Rey de Garamanta dezía; e de que vio que ovo acabado su razón, dixo:

—Por cierto más creo yo que la hartura de tu estómago y el contentamiento que tienes de muy diversos potajes te hazen adivinar que no la devoción que tienes al dios Apolo.

Allí se empeçava a levantar gran brega e contienda, unos por bolver por la una parte, otros por la otra. Mas el rey Agramante se levanta e mandó que nadie hablase, assí que todos callaron; y empeçolos a fablar assí:

—Alta compañía y valerosas personas, no an menester las batallas y guerras, profecías ni adivinanzas, sino varoniles ánimos e sobradas fuerças. Y concluyo esto que se ha hablado en que avéngame lo que me aviniere, suceda lo que sucediere, que yo me determino de passar en Francia y destruir a Carlomagno e a toda la gente baptizada, aunque⁵⁹³ por otra cosa no sea sino por hazer vengança cruel de la destrucción que en nuestra sangre an fecho e a las muchas muertes que a muchos paganos an dado. Si los que presentes estáis, por el amor que me tenéis e la lealtad

⁵⁹² sabes To ¹⁵²⁵.

⁵⁹³ aunque To¹⁵²⁵.

que me devéis, quisierdes ir en mi compañía, mucho plazer avré, porque assí como juntos passaremos el trabajo juntos avremos las ganancias e riquezas, donde no, sabed que consejo no me basta a me desarraigar esto de mi pecho, que determinaré de passar solo con la gente que ayuntar pudiere.

Rodamonte ovo mucha alegría en oír aquella razón al rey Agramante y el primero que se levantó fue él, diziendo:

—Por la ley que sostengo y por el alto Macón te juro, señor, de ir en tu compañía e de te no dexar fasta la muerte.

El Rey de Tremissona afirmó lo mismo, y el fuerte Rey de Orán al tanto lo juró, y el Rey de Arzila lo prometió, de aquella forma que los otros e todos cuantos allí estaban lo juraron por no ser mostrados covardes, aunque sintían ser muy peligrosa e alta la empresa, mostrando cada uno el mejor semblante que podía. El Rey de Garamanta se levantó e dixo:

—Señor, no puedo hazer ál de serte leal vassallo como lo he sido a tus predecesores padre e abuelo, de buenas memorias, e morir contigo donde quiera que se ofreciere; mas sábeta, señor, que Saturno es el señor de Ascendente e se te muestra muy contrario fasta te hazer morir a ti e a cuantos contigo casi irán. E mira, señor, que yo soy casi al punto de la muerte, ca no puedo huir mucho, e por el cargo que tengo de ti te lo alumbro e manifiesto. Pero, pues ya no te puedes apartar d'este viaje, por el divino Dios te ruego que tomes de mis canas un solo consejo y es este: sábeta, señor, que en esta tierra tuya está un paladín primo-hermano tuyo, hijo de la hermana de la reina, tu madre, el cual es una⁵⁹⁴ de las más poderosas personas del universo mundo, e Macón te ha fecho señalada merced en que él sea sarraceno, porque, si cristiano fuera, él fuera otra gran sepultura de paganos, como lo es Roldán e Renaldos, el señor del castillo de Montalván. Y este mancebo, assí como fue nacido, fue llevado secretamente de un nigromante d'esta tierra, llamado Atalante, el cual haze su abitación en el Monte de Carena, e allí por su encantamiento ha fecho un jardín lleno de mucho deleite e de viciosas moradas, e allí ha ^{78v}criado a este infante muy escondidamente; y es fama que desde su niñez le ha acostumbrado sienpre a comer niervos de leones e los tuétanos d'ellos, e de tal manera le ha criado e tal ha sido, que jamás en el mundo más fuerte cosa que él se falla. Llámase su propio nonbre Rugiero Paladín. E sábeta, señor, que si este llevas contigo, basta a destruir a

⁵⁹⁴ vno To ¹⁵²⁵.

Carlomagno e a toda Francia; e de otra manera, no llevando a este, sepas, señor, que tú e tu gente seréis destruidos e assolados.

El rey Agramante creyó lo que el cano rey le dezía, porque sabed que era tenido por muy verdadero adevinador de todos los temporales y de todas las cosas que casi avían de acaecer en toda la paganía. E assí como lo ovo dicho, el rey Agramante le dio tanto crédito, que luego mandó poner por obra lo que el viejo avía dicho, e diose orden e manera cómo todo el Monte de Carena fuesse buscado.

Donde lo dexaremos, por contaros lo que don Renaldos de Montalván hizo en la noche después que de la batalla de don Roldán fue partido e llevado a su tienda por el duque don Estolfo.

Capítulo I. De cómo don Renaldos, con sobra de enojo, como no acabó su batalla con el conde don Roldán, su primo, se partió del real a lo buscar e de la fuerte aventura que a él e al duque Estolfo e a sus dos compañeros, Prasildo e Iroldo, en el camino les acaesció.

Ya vos contamos cómo el conde don Roldán dexó la batalla que con su primo don Renaldos de Montalván hazía por mandado de su señora Angélica la Bella, e de allí se fue a la aventura del Falso Jardín de Falerina, e lo dexamos en el camino del sepulcro del rey Nino, que iva a pie porque la falsa donzella le avía con gran engaño levado el cavallo. Agora, pues, sabed que, como don Roldán se partió a más andar para cumplir el mandado de Angélica la Bella, don Renaldos quedó estordido de aquel desaforado golpe que rescibió, e cuando en sí tornó, quedó con gran ira e terrible enojo porque se no pudo vengar e acabar fasta el fin su batalla comenzada, e demás d'esto, estava el más penado hombre del mundo porque su primo don Roldán se avía partido de la batalla. E assí con este pensamiento passó lo que del día quedava, e pensando en sí si se le avía fecho ventaja o si sintiendo la d'él avía fuido, no sabía en qué se determinar, de forma que determinó de lo buscar e fallarlo, e no reposar punto alguno. E con este pensamiento, venida la escura noche, adereçose lo mejor que pudo e, cavalgando en su cavallo, se partió del real de Marfisa; y el duque don Estolfo, que venir le vido, se arma e, puesto a punto, se va con él, e llevando en su compañía a Prasildo e a Iroldo, los dos hermanos, se van todos tres con el buen Renaldos de Montalván, caminando en lo oscuro de la noche lo más que podían,

tanto que, no cessando de andar toda la noche a la mañana,⁵⁹⁵ se hallaron muy alongados de donde avían partido más de diez leguas. E cuando el sol muy sereno con clara mañana se les mostró, el duque don Estolfo, que algo delantero iba encima del buen cavallo Rubicano por poder con atención rezar sus acostumbradas devociones, como aquel que de gran tiempo cada día lo avía por costumbre, vido algo delante sí un fuerte peñón de mucha fortaleza; e puestos los ojos en le mirar, vido junto con él una muy triste e llorosa donzella a pie batiendo sus manos una con otra, e dando los más dolorosos sospiros de ^{79r} todo el mundo, que pasión ponía en la oír. Dezía la dolorosa donzella:

—¡O, miserable de mí! ¡O, sin ventura! ¡O, desdichada, llena de fortunosa pena! ¿Qué haré?

Hería la su hermosa cara con las dos manos sin piedad alguna, dávase crudos e muy espesos golpes, messando sus ruvios cabellos. El duque don Estolfo, de piedad movido, fue a ella diziéndole:

—¡O, ferosa donzella, dadme parte de vuestra cuita! Dezidme la causa d'esta desmedida tristeza! ¡Cesse vuestro dolorido llanto, que, si la muerte me sobreviniesse e la vida me costasse, pugaría por daros remedio!

Mas no respondía la dolorosa dama, más y más continuando su llanto, jurando, si remedio a su crecida pena no halla, de ella mesma con sus propias manos darse la muerte. En este razonar que el duque con la cuitada donzella razonava, allegó el buen Renaldos de Montalván y Prasildo e Iroldo, los cuales ovieron mucha compassión de ver assí tan cuitada la donzella, la cual, como delante vido quatro tan fermosos cavalleros, cobrando algo más de reposo, les dixo con una amorosa e necessitada palabra, no cessando de derramar lágrimas de sus ojos en mucha abundancia:

—¡O, virtuosos cavalleros, si virtud y fortaleza os aconpaña, como vuestras personas muestran, dadme ayuda contra un falso ribaldo traidor lleno de furor e gran villanía!, el cual está de contino en una gran torre no lexos de aquí, que al cabo de una puente, que un escuro y espantoso lago atraviessa, está muy fuerte a maravilla, la cual puente passava una hermana mía, la más ferosa e cortés donzella del mundo e más bien criada; e como aquel malvado y endiablado la vido passar, baxó de la torre e, tomándola cruelmente por sus dorados cabellos, la llevó arrastrando por la puente

⁵⁹⁵ mañaua To¹⁵²⁵.

fasta la passar, la cual iva dando muy dolorosas bozes e demandando ayuda; e yo, cuitada, no le pudiendo dar, empecé a le tener en su llanto compañía, e vi cómo aquel crudo e despiadado ribaldo la colgó de los cabellos de un alto aciprés. E pues la ventura os traxo por este lugar, por lo que devéis a la cavallería e por vuestra medida, os ruego deis acorro a la triste donzella que colgada e desnuda está dándole aquel traidor muy crueles açotes.

Ya la donzella de grande dolor no pudo más hablar, mas los cavalleros desseavan de corazón dalle socorro. El duque don Estolfo la tomó a las ancas de su cavallo para que a la puente del Lago Escuro los guiase, e no ovieron acabado de andar dos millas cuando llegaron a la puente que os dezimos, la cual, por ser algo angosta y no tener ningún antepecho de una parte ni de otra, era peligrosa para la passar a cavallo; e al cabo d'ella estava la fuerte torre, al derredor de la cual estava un fermoso llano todo lleno de muchos acipreses; y en uno d'ellos que d'esta otra parte bien se parecía, estava aquella donzella cuitada, ensangrentada la mayor parte de su blanca persona, la cual henchía aquel valle de muchos lamentos y dolorosas bozes; y el falso cavallero que allí la tenía estava delante d'ella paseando, todo de unas fortísimas armas armado, en la finiestra mano un ferrado e muy grueso bastón, y en la derecha un ensangrentado açote con que de rato en rato atormentava a la delicada donzella. Iroldo, uno de los dos hermanos que con don Renaldos venían, era de natura muy piadoso, e como vido la gran crueldad de aquel falso y menbrudo cavallero, que casi gigante parecía, movido de gran compasión, rogó al buen Renaldos de Montalván muy afectuosamente le dicesse licencia de librar aquella cuitada donzella de la pena en que estava, el cual de buena voluntad se la ^{79v} dio; e como se la ovo concedido, apeose de su cavallo e con un esforçado ánimo entró en la puente, su espada en la mano, e cuando el cruel cavallero passar le vido, vínose para él con un furioso semblante, como aquel que en su persona demasiadamente fortísimo parecía, y empuñó prestamente su aferrado bastón; y començose entr'ellos muy cruel e desmedida batalla; mas muy poco duró, porque el grande e cruel cavallero dio tal golpe e tan pesado a Iroldo, que dio con él como muerto en tierra; e assí como el áspero sarraceno le vido caer, fue a él como una saeta e tomole en los braços y, en presencia de don Renaldos y del duque don Estolfo e de su hermano, que mirándolo estavan, de lo alto de la puente dio con él en el profundo y escuro lago; y del golpe e de las pesadas armas encontinente se desapareció como una

cosa tan pesada como plomo, que más no fue visto. Don Renaldos, que esto estava mirando, apeose de su cavallo, como aquel que vengar desseava a su caro amigo; mas Prasildo, que el dolor de la muerte de su hermano sofrir no pudo, se fue con un arrebatado ímpetu cara la puente; y el cruel cavallero lo esperó con aquel robusto ánimo e dessemejada catadura que al primero, e como junto con él se vido, alçó con las dos manos el grueso e pesado bastón, e assí como al primero, del primer golpe le hizo ir por tierra e, tomándole en sus fuertes braços, lo lançó como a su hermano en el Lago Escuro e fondo, que más memoria d'él no pareció. Don Renaldos, que la pérdida de tan caros dos amigos sofrir no pudo, con una impetuosa ira, acompañada de mucho e sobrado enojo, se mete por la puente adelante a gran passo. El Cavallero del Lago Escuro que venir le vido, bien pensó que assí como a los otros le avía de echar en breve espacio de la puente abaxo; mas de otra manera le avino, que como el buen Renaldos de Montalván sabía ya qué cossa fuessen grandes golpes de semejantes cavalleros, esperole, e assí como el Cavallero del Lago le quiso herir de toda su fuerça, ligeramente el buen Renaldos saltó, de arte que el golpe no le empeció, antes dio en vazío, de lo qual el Cavallero de la Puente fue muy enojado cómo avía en vano echado su fuerça. Don Renaldos le empieça muy a menudo a ferir de espada, mas poco le aprovechavan sus golpes, que las armas del cavallero eran tales que no bastava fuerça de cavallero ni bondad alguna de espada que las pudiesse cortar, assí que duró la batalla una gran pieça, que el uno no podía empecer al otro ni solo un punto, ca el aviso de don Renaldos era tan grande, que un punto no descansava, meneándose de unas partes a otras con gran ligereza, porque entendía que si a derecho un solo golpe aquel cavallero le alcançava, que lo mataría o privaría de todo su sentido, tanto que haría a él lo que a los otros fecho avía. El Cavallero del Lago, que vio que solo un cavallero tanto delante sus desmesurados golpes durava, dando bozes muy espantosas, se vino para don Renaldos el bastón a dos manos alçado e diole de través con él tan gran golpe, que, por mucho ligero que don Renaldos era, no se pudo tanto arredrar que el cabo del ferrado bastón no le alcançasse, de modo que el su fuerte escudo le hizo mil pedaços en el braço, e del gran golpe estuvo poco que no cayó en tierra; e mientras dexava lo que del escudo a las embraçaduras pegado le quedava, e mientras refirmándose estava, soltó aquel follón cavallero el bastón de las manos y entra con él e tómalo por medio del cuerpo en sus fuertes braços e tanto lo apretó, que le hizo perder las fuerças todas, e

corriendo con él, se va encima de la puente ^{80r} que al medio del lago derecha estava para lo echar dentro como a los otros dos hermanos avía fecho, e tanto aviso tuvo el buen Renaldos de Montalván en tal peligro de muerte, que, lo mejor que pudo, se asió a él por el cuello con ambos los braços, que cuando el furioso y endiablado cavallero le quiso lançar en el agua fonda y oscura, como el venturoso cavallero al su cuello estuviese aferrado, caen entranbos a dos con gran estruendo dentro del hondo lago. ¡O, Santa Madre de Dios verdadero, socorred al buen Renaldos en un tan grande peligro qual jamás cavallero se vio ni tan espantoso! Tan gran peso era el de las armas de entranbos, que más d'ellos memoria no pareció ni se vido. Bien lo veía el duque don Estolfo cómo avía passado, e quando vido al buen Renaldos con su enemigo abraçado y que tal peligro de entranbos se esperaba, quiso ir a le ayudar, aunque mal contado le fuesse ser dos cavalleros contra uno solo; mas tanta e tan arrebataada fue la furia de aquel diabólico e infernal cavallero, que ya que con ellos a la media puente emparejava, los vio juntos, como os avemos dicho, caer, de lo qual quedó tan dolorido e cuitado, viendo al buen Renaldos perdido, que jamás cavallero se vio; e quedose allí como encantado del grande dolor que su ánima sintió más de una hora pensando si era sueño o si avía passado en verdad. Mas a cabo de rato, con un doloroso suspiro, empeçó muy agramente a llorar de sus ojos, diciendo:

—¡O, mi carnal primo! ¡O, mi caro hermano! ¿Qué es de ti? ¿Es possible que tan mala e cruda muerte moriste delante de mí! ¿Qué nuevas levaré a Francia de ti a tu querida muger e a tus amados hermanos e a tus desseados hijos? ¡Maldita sea tu tan mala dicha e mi desventura! ¡O, Dios, por merced te pido que me des la muerte, porque yo no biva viendo a tal cavallero morir ahogado! ¿Es possible que mi señor don Renaldos es muerto? ¿Es de creer que ya d'él no ay memoria? ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Vile yo morir?

Tres vezes estuvo el buen duque por se echar dentro en el lago si la pérdida del alma no se lo estorvara. Ya que la pérdida vido clara y el remedio incierto, con gran dolor de su ánima, se bolvió a la donzella que con ellos venido avía, e díxole:

—Muy caro nos cuesta vuestra pena; la holgura de vuestra ganancia acarreará a todo el mundo tristeza inestimable de tan gran pérdida. Mas, pues ya es fecho, no ay más que atender sino librar a vuestra hermana, que no es de tener en poco cosa que tan caro cuesta.

E diciendo esto, passó la angosta puente del ancho lago e desligó a la dolorosa doncella, e la hermana la vistió de las sus vestiduras, no cessando de consolar el⁵⁹⁶ dolor estraño del buen duque don Estolfo, diciendo:

—¡O, soberano cavallero, sabed que el fortíssimo ánimo de los esfoçados no se conoce sino en las contrariedades de la fortuna y en las extremas adversidades!

E con muchas buenas razones e muy consoladores enxemplos se partieron del Escuro Lago. El duque don Estolfo cavalgó sobre el buen Bayardo, diciendo palabras de gran compassión como si con otro hombre racional hablara:

—¡O, buen cavallo!, ¿cómo as perdido a tu señor sin le dar ayuda?

Esto dezía muy amargamente llorando, e la una de las hermanas subió sobre Rubicano en que el duque don Estolfo avía venido, e la otra sobre uno de los cavallos de los dos hermanos que en el Lago Escuro quedavan, y el otro cavallo se quedó sin dueño allí en aquel prado; e todos tres empeçaron a caminar, no haziendo las dos graciosas hermanas sino consolar al buen duque don Estolfo por algo alivianarle su pena; e assí, ^{80v} fazia el medio día, caminando cuando más el sol calienta, allegaron a una fresca ribera de un claro y corriente río, a donde dexaremos de fablar d'ellos, por dexarlos hasta su tiempo.

Capítulo li. De lo que acaesció al Buen Aquilante e al fuerte Grifón que en busca del buen conde don Roldán ivan.

Agora conviene deziros de cómo todavía no se dexavan las continuas batallas de fazer en el cerco de la villa fuerte de Albraca donde estava Angélica la Bella con su viejo padre, el rey Galafrón, e la otra buena compañía cercados de la alta Marfisa, saliendo cada día de la fortaleza a fazer sus altas e reñidas escaramuças aquellos nombrados cavalleros, los cuales, cuando con la alta Marfisa se topavan, no dexavan de traer que contar de sus crueles golpes e de sus desaforadas fuerças; e como os avemos dicho, el fuerte turco Torindo estava con ella después que enojado se salió de la fortaleza por lo que el traidor del rey Trufaldín le avía fecho, el cual, como hiziesse juramento de no se partir de sobre la villa fasta fazer a todos los de dentro morir de mala muerte, pareciole poquedad, siendo él gran señor, estar solo con la gente en compañía de Marfisa; e fizo uno o dos mensajeros a tierra de Sebastí,

⁵⁹⁶ al To¹⁵²⁵.

rogando a su querido hermano que, luego con la más gente que pudiesse e mejor armada, viniesse allí; e sabed que era su hermano el fuerte Caramano.

Cada día salían al real el rey Balano, e Antifor, e Oberto del León, y el rey Andriano, y el rey Sacripante, y el fuerte Carión a fazer el daño que podían en los enemigos, pero no esperavan los despiadados golpes de la fuerte donzella Marfisa, que d'ella se arredravan como del fuego, e los dos hermanos, Aquilante e Grifón, ni el buen Brandimarte, no eran allí, porque tanto era el amor que al conde don Roldán tenían, que, luego que supieron la empresa en que iba por mandado de su querida Angélica la Bella, desampararon la fortaleza e se pusieron en camino a lo seguir. Puesto que el buen Brandimarte fuesse el primero, el siguiente día se partieron el buen Aquilante y el fuerte Grifón, fijos del marqués Oliveros, cavalleros muy esforçados e de gran cuenta; de los cuales, dexando el real de Marfisa en este estado, os contaremos que tanto caminaron e tan apresuradamente, que passaron adelante al conde don Roldán; e como anduviessen a todo caminar, llegaron a caso a unas moradas muy ricas que cerca de la mar estaban, de lindo edificio labradas; e como junto a ellas llegassen, no podían fazer otra cosa sino passar junto a las ventanas de aquellas ricas casas que sobre unos fermosos vergeles caían, de las cuales fueron vistos de muchas donzellas que dentro de la sala, dançando a son de melodiosos instrumentos, estaban; e como los dos buenos hermanos aquellas tan ricas moradas vieron en una campiña despoblada, llegaron a unos peones que llevaban de trailla ciertos canes de caça e otros armadijos diversos de monte, demandándoles cuyas eran aquellas hermosas estanças.

—Señores —dixo uno d'ellos—, esta ribera se llama la Puente de la Rosa y este es el mar Hebacu, si le avés oído dezir; y en esta deleitosa morada estava un furioso gigante salteador que a cuantos por aquí passavan, assí cavalleros como donzellas, matava o prendía por les robar; mas un buen cavallero, llamado Poliferno, passando por aquí, por su gran valentía y esfuerço peleó con el gigante e lo mató; e por mudar la costumbre d'este lugar, dexó mandado ^{81r} que, a cuantos por el camino pasassen, fiziesen aquí mesura y honor para que quedasse memoria de su bondad. E luego le mudaron el nonbre a este lugar, el cual se llamava la Puente Peligrosa y agora la Puente de la Rosa. E sabed, señores, que no os será dado passaje fasta que juréis la antigua costunbre de la Puente, que es que avéis de alvergar aquí un día e una noche, o, si no queréis jurallo, havéis de tornaros por do venistes.

—Por cierto —dixo el fuerte Grifón—, por nosotros no será quebrantada vuestra antigua costumbre, antes muy por entero cunplida, queriendo mi señor hermano que presente está.

Aquilante respondió:

—No faré más de lo que vós, señor hermano, quisierdes e mandardes.

Luego, el hombre que la costumbre de la morada les avía contado, los guió a la entrada de la hermosa casa, donde todas las damas, tañendo e cantando, con fiesta muy aplacible los salieron a recibir, e apeados que fueron de sus cavallos, fueron d'ellas desarmados en una muy rica sala e allí refrescados de colaciones diversas e vinos muy olorosos e claros, e saliéronse al florido prado por ruego de aquella hermosa conpañía, donde vieron dançar e bailar a todas muy graciosamente e de modo muy concertado; e al mejor tiempo, en tal fiesta estavan embevecidos⁵⁹⁷, vieron a buen passo venir una hermosa dama sobre el cavallo Briador del conde don Roldán, e como conocieron el cavallo, quedaron muy espantados de verle así traer por una donzella, e mirávanse el uno al otro qué cosa podía ser aquello. Aquilante, olvidando la fiesta presente, se levantó e se fue cara la dama que sobre el buen cavallo Briador venía, y díxole:

—Hermoda señora, ¿dónde hovistes esse buen cavallo?, que yo conozco el cavallero que sobre él andava.

E como la falsa muger, que llena era de engaño, se le tomó al buen conde don Roldán cuando, viniendo por el camino, le hizo subir sobre las gradas del sepulcro, como arriba vos hemos contado, dixo:

—Por cierto, mi buen señor, también sé yo de aquesse buen cavallero que lo traía, aunque le no vi bivo, ca sabed que a la passada de una puente hallé un muy hermoso e gentil cavallero muerto, que por cimero traía un verde e pequeño árbol, el cual, según me dixerón, mató un furioso gigante de solo un golpe; e como yo el cavallo vi solo, tomelo para venir en él mi camino. ¿Esto es lo que me preguntáis?

Cuando Aquilante aquesto ovo entendido, empezó, olvidada la fiesta que presente tenía, a llorar diziendo:

—¡O, buen cavallero, el mejor que armas en el mundo truxo!, ¿cómo eres muerto? Que bien creo que a batalla clara no hoviera gigante ni cavallero que vencer te pudiera si no fuera con algún engaño o artificiosa traición.

⁵⁹⁷ embenecidos To¹⁵²⁵.

Desde que el fuerte Grifón entendió las malas nuevas porqué su hermano lamentava, comenzó a se maldecir, e tornava a preguntar aquella falsa donzella otra vez las nuevas tristes que él oía por se mejor certificar, y siempre la malvada donzella lo afirmava con dissimuladas razones, tanto, que muy claro creyeron ser verdad.

En esto estando, ya la noche se acercava e los dos buenos cavalleros fueron en unos ricos aposentos llevados, los cuales querían de enojo e de gran dolor morir; e assí estando ellos en el mayor reposo de la noche, fueron de mucha gente armada presos y ligados de pies e manos, y llevados al hondo de una oscura torre con muy gruesas cadenas; y allí detenidos, juntamente con la falsa donzella que las doloridas e falsas nuevas les avía traído del buen cavallero el conde don Roldán y el cavallo Briador, hasta que vinieron a los sacar muy muchos hombres que venían a pie con algunos cavalleros que en guarda venía; e como ^{81v} estos fueron de la escuridad salidos, vieron mucha gente que afuera los atendía a pie e a cavallo; y el capitán d'ella les dixo:

—Aparejaos oy todos tres a rescebir muy cruel e desastrada muerte, de la cual no podéis escapar si Dios miraglosamente no os ayuda e libra.

La presa dama, que con los dos cavalleros salía, que aquestas nuevas oyó, mudada la color de su fermoso rostro, quedó como desmayada, que por poco no cayó en tierra enagenada de todas sus fuerças; mas los dos hermanos, como de fuertes e cavallerosos coraçones eran, no se turbaron de lo que oían, antes, viendo que más no podían fazer, de todo coraçón se encomendavan a Dios que de las ánimas oviesse merced e los cuerpos, si su servicio fuesse, remediase. E d'este modo que oís, los llevavan bien ligados. E sabed que ivan a los dar al fiero dragón d'el Falso Jardín de Falerina. E por el camino que ivan, no fázía la engañosa dama sino llorar muy dolorosamente con terneza de coraçón que en semejantes casos las medrosas hembras suelen tener. E andando assí con harta pena el buen Aquilante y el fuerte Grifón, dos tan queridos hermanos, aunque su cuita era mucha, donde la cierta muerte esperavan, fablavan también de la pérdida desdichada de su querido conde don Roldán. E andando por un raso, vieron de levox un cavallero armado de ricas armas, e assí por la distancia de la tierra como por la ansia en que ivan, no pudieron conocer quién fuesse.

Donde los dexaremos, por dezir de las reñidas escaramuças que en el real de Marfisa los cavalleros de la villa hazían.

Capítulo lii. De la batalla que entre los cavalleros de la fortaleza e la fuerte Marfisa, que cercada tenía a Angélica la Bella, passó e las nuevas que al rey Sacripante de su reino vinieron.

Agora, pues, tornando a la alta Marfisa, que por cumplir su jurada promesa sobre la villa de Albraca con todo su ejército estava, sabed que cada día salían buenos cavalleros de la fortaleza e ponían en rebato todo el real, e quando la fuerte reina a ellos venía, ninguno era tan ardido que esperarla osase, porque ya todos avían provado sus desmesurados golpes, excepto el rey Sacripante, porque nunca avía salido a la batalla después de la primera quistión, ca fue de una saeta malamente ferido; mas ya que guarido se sintió, un día de gran mañana salió él y todos los señores, que presentes estavan, al campo, e como allá llegaron, haziendo gran estrago en la gente, luego fue en el real gran grito, diziendo: «¡Alarma, alarma!»), todos se poniendo a punto de guerra; mas antes que se concertassen, fue el campo lleno de muertos, ca el rey Balano, y el fuerte Carión, e Antifor de Albarrosia, y el rey Sacripante, y el rey Andriano, e Oberto del León no hazían sino, los escudos a las espaldas, las espadas a dos manos, destruir y matar a cuantos delante hallavan. E al ruido grande e sonora grito salió la alta Marfisa armada de todas armas y encima de su poderoso cavallo, e recogiendo su gente lo mejor que pudo, se mete en sus enemigos con una braveza de león, e antes todos los cavalleros de la fortaleza avían ordenado de se ayudar unos a otros, porque no era ninguno d'ellos bastante sostener batalla solo con la alta e fuerte donzella, salvo el rey Sacripante y este por la mucha confiança que tenía en la destreza e muy grande ligereza de su cavallo, el cual era el mejor que en toda la paganía se fallava ^{82r} y era criado en España, en el reino de Granada, y por una preciosa joya presentado en aquellas partes, el cual se llamava por nonbre Frontalate. E como el fuerte rey Balano cara sí la vido a la alta Marfisa venir, boltea su cavallo, metiéndose entre la gente solo porque con él aquella leona no encontrasse, mas la donzella, que los ojos tenía en él, da de las espuelas a su rezio cavallo e vase para él, diziendo:

—¡Espera, espera, follón perro, que no entrarás oy en la fortaleza!

E assí bozeando, le va siguiendo por aquel llano, mas el fuerte Antifor de Albarrosia que lo vido, sigue en pos d'ella la espada con ambas manos e dale un gran golpe sobr'el yelmo, pensando quitarla que al rey Balano no siguiesse; pero la cruel e fuerte donzella no fizo d'él minción más que si la no firiera, esto por seguir su començado interés⁵⁹⁸ e también assegurándose en las fuertes y encantadas armas que vestía. Oberto del León también de través le dio otro gran golpe sobr'el azerado yelmo, mas no haze d'ello mención por cobdicia de alcanzar al rey Balano, que a espuela hita le fuía delante. E ya que a las espaldas el rey Balano la sintió, como esforçado, viendo que ál no podía hazer, buelve sobr'ella e dale un gran golpe de espada. La robusta donzella, alta su espada, de tal golpe fiere sobr'el yelmo, que, cortándosele, le iere de una buena herida en la cabeça, tal que el rey Balano cayó del cavallo, e luego encontinente le fizo tomar a la su gente de pie e llevar preso a su tienda; e buelve sobre Carión e de otro fuerte golpe dio con él en tierra e assimesmo le faze preso llevar con el rey Balano. Antifor de Albarrosia, que aquesto vido que tan mal andava el partido de sus compañeros con la fuerte donzella, bolviendo las riendas a su cavallo, encomiença de fuir. La reina Marfisa, que fuir lo vido, mueve contra él con gran tempestad; e juntose con él de tal manera que, dexándole de ferir, le toma con las dos manos por el yelmo e mal su grado da con él en tierra del cavallo abaxo, e dexándole en poder de los suyos, paró mientes a la gente toda e vido cómo solo el fuerte Oberto del León llevaba delante de sí una escuadra de gente, matando e firiendo en ella, e cómo la gente fuía delante d'él como las ovejas del lobo. La furiosa donzella que lo vido, vase para él e tan gran golpe le dio, que el escudo fecho pieças le echó por tierra, e de presto le assentó otro que malla ni arma le no valió que le no cortasse fasta la carne. Oberto, que assí parar de la donzella se vido, alçose sobre los estribos e tan grandíssimo golpe dio a Marfisa, que pensó de solo aquel acabar con ella su pleito; mas como si no nada le hiziera, no hizo la fortíssima dama sentimiento d'él, antes, como le vido tan cerca d'ella e que se punava por defender, tomó la su espada a dos manos e tal golpe sobr'el yelmo dio a Oberto del León, que fasta los dientes le hendió la cabeça, luego cayó el cavallero muerto en tierra.

En este comedio, ¿qué os diremos del poderoso rey Sacripante, que tan encendido de los amores de Angélica la Bella andava que no mirava en ál que en servir? E por esto se ponía a los mayores peligros de la batalla, matando e firiendo

⁵⁹⁸ interese To ¹⁵²⁵.

cuantos delante sí fallava, de manera que las armas y el espada fasta el puño traía tinto en sangre; e como por todo el campo anduviesse discurriendo encima de su preciado cavallo, vido el grande e cruel golpe que la dama Marfisa dio a Oberto del León, e, aunque muerto en dos partes del cavallo abaxo le vido caer, no por esso en su generoso corazón entró algún pavor, antes con ánimo cavalleroso espoloneó su diestro cavallo y afrontose con la fortíssima ^{82v} reina, golpeándola fuertemente por mil partes, donde no valen las fuerças de la poderosa señora en su ardido esfuerço, que tan diestro era Frontalate, el preciado cavallo, que parecía tener alas según su gran ligereza, que hazía a la alta Marfisa golpear en el aire sin un golpe acertar al rey Sacripante; e tan presto era el buen cavallero en el entrar y salir a golpear la fuerte reina, que jamás la podía tocar, de arte que la dama robusta estava desesperada de ver que no le podía alcançar a derecho ningún golpe. Allí duró la batalla gran pieça, lo uno porque, aunque el rey Sacripante hería de contino de pesados golpes a la reina Marfisa, no le empecía ni por memoria; e lo otro porque, aunque la donzella era fortíssima en demasía, no alcançava a ferir al rey Sacripante por la gran destreza de su cavallo, el cual librava a su señor de muerte no cessando un momento de andar saltando como un páxaro de unas partes a otras.

Estando assí como vos dezimos estas dos personas valerosas trabajando por se vencer o matar, aguardando cada uno su tiempo para sus crueles voluntades executar, llegó un mensajero en un cavallo lacio e muy cansado al campo de la reina Marfisa e, demandando entre la gente por el rey Sacripante, fuele mostrando que la batalla con la reina hazía, e fuese para él diziendo a grandes bozes:

—¡Escuchad, señor, escuchad dolorosas nuevas que os traigo en que más os va que fazer essa batalla!, de la cual no os viene provecho alguno sino daño a vós e a vuestros vassallos.

El rey Sacripante que lo oyó, con ligereza se arriedra de la cruel Marfisa por ver qué nuevas eran las del mensajero que con tanta quexa se manifestavan. El mensajero, apeado de su cansado rocín, le dixo de hinojos puesto en tierra, de sus ojos agramente llorando:

—Malas nuevas te traigo, poderoso señor. Sábeta que el rey Mandricardo, primogénito heredero de Agricán, señor de Tartaria, como supo malas nuevas de la muerte de su padre, allegando grande ejército de gentes é venido sobre tu reino e tierras, e cuasi todo te le ha destruido e assolado, e ha muerto a tu carnal hermano

Olibrando. Esto todo ha fecho de que la muerte de su padre supo de malencolía y enojo que contigo tomó porque defendías el partido de la hija del rey Galafrón, todo tu señorío mete a fuego e a sangre. Ave, señor, piedad de la gente de tu reino, muévate compassión de tan tristes nuevas, que si tu reino desmamparas, ¿quién le dará ayuda ni favor? En ti tienen esperança de todo el remedio de su daño, y creen, como en Dios, que no avrá oído tu enemigo tu llegada cuando dexará de hazer el cruel estrago e fuirá a su tierra.

El fuerte rey Sacripante que tales nuevas oyó, cambiada la color de su ardiente rostro, rebuelve mil pensamientos en su memoria; de una parte le martilla el amor entrañable de Angélica por no la desmanparar en tal necesidad; de otra parte le conbata la pérdida de sus reinos y la muerte y estrago de sus vassallos. No sabe cuál tome o cuál dexé. Al fin, poniendo su deseo a la ventura, pone su espada en la vaina e vase para la alta reina Marfisa e cuéntale las dolorosas nuevas de la pérdida de su reino, suplicándole con gran instancia quiera dexar su propósito comenzado e partirse de aquel cerco, con muy blandas y amorosas palabras diziéndole que no quiera mostrar su estremado esfuerço contra una delicada donzella. La poderosa reina, que bien sus afectuosas razones entendió, le dixo:

—Rey de Circasia, Sacripante, a mí me pesa de tu necesidad. Si de mi persona e gente ayuda quisieres, de aquí te me ofrezco ^{83r} a ayudar con toda mi gente y estado; mas de partir de aquí no es menester dezirlo, que no me quitaré del lugar en que estoy fasta que tan mala donzella como es Angélica haga morir a mis manos, o de hambre perecer en su fortaleza donde está.

Cuando el rey Sacripante oyó con tal intención dezir mal de aquella su tan querida señora, olvidadas las nuevas tristes de su tierra e pospuesto todo peligro, muy más feroz que primero se va para Marfisa la espada en la mano, e tornose entr'ellos a comenzar más porfiosa batalla que de primero; y el rey Sacripante, puesto que en su cavallo algo en sus fuerças tenía confiança, más bien creía que si a derecho golpe de la poderosa reina fuesse ferido, que avría fin la batalla con gran peligro de su vida; mas como el amor no tiene tercera cosa, sino cegando del todo los coraçones les hazer poner a peligro de muerte con un engañoso deleite de una falsa esperança, propuso de morir o fazer morir a su contraria donzella, que mañosamente iba aguardando sus golpes para le acarrear con gran daño.

E tanto se prolongó esta batalla d'entre Sacripante e Marfisa que cumple dexarla en este estado fasta su tiempo, por contaros del rey Agramante, que el monte de Carena cercava por fallar a Rugiero, el buen mancebo.

Capítulo liii. De lo que ordenó el rey Agramante sobre la passada que en Francia ordenava de hazer e del remedio que para hallar a Rugiero le dio el viejo Rey de Fiesa.

Ya os contamos cómo el rey Agramante puso recabdo de gente para buscar el Monte⁵⁹⁹ de Carena, pues toda su buena suerte estava en fallar el jardín de Atalante, donde el fuerte paladín Rugiero estava encerrado. E Malabuferso, rey de Fizano, muy experimentado e ardid pagano, con mucha gente fue a lo buscar; e no dexó senda, ni camino, ni valle, ni cerro, ni todo el Monte de Carena que no buscó; mas como el encantador Atalante fuese muy astuto, tenía fecho el jardín de una altura por tal arte que de ninguno podía ser visto ni hallado sino de quien él quisiese. E como el rey Malabuferso no le halló ni parte ni seña de tal jardín en todo el desierto viesse, buélvesse a Agramante, diziendo:

—Señor, yo e los míos hemos paseado todo el Monte de Carena, assí de parte de la marina como del desierto, sin un passo dexar e no hallamos ni hemos visto ni por señal el jardín de Atalante; e por los dioses te juro, señor, que tal cosa no ay en el monte ni en los llanos cercanos d'él; e porné mis manos en un fuego que es burla e vanidad esta que, señor, te han hecho creer por⁶⁰⁰ te impedir que a Francia no passes tú ni tus vassallos. Mejor, señor, fuera, a mi parecer, que lo que nos detenemos en las vanas adevinaças del Rey de Garamanta que nos ocupemos en passar el mar con la más linda armada que pudiéremos e no estemos oyendo vanidades de viejos.

El fuerte Rodamonte, que oyendo estava lo que Malabuferso dezía al rey Agramante, començose a reír, diziendo:

—Pues, buen señor, ¿pareceos que estoy yo en mi seso? ¿Qué os parece? ¿Qué escarnio es el que el Rey de Garamanta haze de vós e de vuestros amigos e

⁵⁹⁹ mō To ¹⁵²⁵.

⁶⁰⁰ por por To ¹⁵²⁵.

vassallos con una nueva manera de mentiras? E para colocar sus falsedades dize que Mercurio e Marte os son contrarios, y que Apolo está de mal semblante contra vós. Sus razones no creas, ca, señor, dexemos estos temores e amenazas bestiales, que en los illustres coraçones no ha de caber ^{83v} miedo ni temor sino en los baxos e viles de nación villana, que no ay fortuna que a mí me sea contraria ni ventura que me contradiga, que otra ventura ni fortuna no siento sino menear fuertemente mi ferrada maça y esgremir varonilmente mi ancha espada. Esto es mi hado, e mi Mercurio e mi Marte tener esfuerço varonil y emprender altas aventuras. Ándese el viejo garamanto haziendo cercos e invocando demonios, señalando la tierra con verga de oliva; estese a su vicio en su tierra, e pues favor no nos da, no nos dé consejos, que por el dios Macón juro, si lo tomo, que yo le desmenuze en pieças. Veamos si será adevino del mal que venir le podrá, e si lo he dexado de fazer ha sido por tu soberano amor que, señor, te he.

El cano viejo Rey de Garamanta, que presente estava, oyendo las follones e soberviosas palabras que contra él Rodamonte dezía, endereçó su plática al rey Agramante diziendo:

—Señor, no piense Rodamonte que sus fanfarronas palabras me an de quitar que yo no te diga la verdad. Lo que te he dicho te torno a decir, e guarda, señor, tu honra e fama, que si una vez la pierdes con la vida, no será poderoso Rodamonte de te la restituir, que si él de Dios no se cura, ni Dios d'él tampoco tiene cuidado, por donde perderá su vida e su orgullo. Ya, señor, te dixes que passarías algún trabajo en buscar el jardín de Atalante que en el Monte de Carena está, porque Atalante lo hizo tajar de biva peña a los demonios infernales e por arte le fabricó que no ay hombre en el mundo que lo alcance saber. E por más e más que haga burla de lo que yo digo Rodamonte, yo sé que un Anillo Encantado que una donzella tiene (el cual tiene tal virtud que desfaze todo encantamiento que toca, o lo haze vano delante del que lo trae), de arte que si este anillo se puede aver, no se podrá escapar Rugiero que no se halle; y es de gran virtud y de admirable prueba; y este tiene la fija del rey Galafrón, la cual está en la fortaleza de una su villa llamada Albraca cercada de una fuerte reina llamada Marfisa. E si por ventura este anillo se puede aver, sabed que ternéis compañía del fuerte mancebo, con la cual seréis muy bien andantes; e si no lo podéis aver, passar os conviene solos en Francia, donde serés con gran destrucción desbaratados.

He dicho que ovo esto el Rey viejo de Garamanta, empeçó a llorar de sus ojos, tanto que por su cana barva corrían lágrimas en gran abundancia, e con triste cara empeçó a dezir:

—La prueba de mis palabras es para mí hartó triste, que porque veáis que os digo entera verdad, sabed que luego que el sol entre en el signo de Cáncer moriré, y en este término passará una hora o poco más. E por última razón os digo que, si en Francia sin Rugiero passáis, que seréis fechos pieças.

No passó más término de lo que el viejo rey dixo cuando delante de todos murió, de lo cual todos fueron maravillados salvo Rodamonte, que jamás en su terrible e furioso corazón pavor pudo entrar, diziendo todavía que eran falsedad e dilaciones, que si pavor tenían de le ver muerto que él y cualquiera hombre podría adivinar, que su vida de un hombre tan viejo era corta e que no podía escapar de morir en breve. El rey Agramante dixo que oviese mesura e que no se ensalçasse tanto, que no avía allí hombre que oviese miedo, sino que antes de agora era aquel honrado viejo tenido por sabio e muy entendido, tal que podían dar crédito sus palabras, e más viéndole así claramente muerto, aviéndolo antes manifestado sin un punto en el tiempo que dixo errar. Rodamonte replicó muy enojado, diziendo:

—Pues esto, señor, tenéis por admirable prueba e por verdadera señal, que es verdad lo que el ^{84r} Rey de Garamanta os ha dicho: yo me vó solo con fe de cavallero que os dó de passar en Francia. Veamos si Dios ni el cielo ni la tierra me defiendan que yo no la destruya e me corone por rey e señor de lo que quedare.

E no curó de más dilatar lo que con sobervioso corazón dixo, antes se partió para el su reino de Sarza, e poco tiempo passó en se ir a la ciudad de Argel, donde con gran orgullo embarcó para passar en Francia, e a su tiempo se os dirán sus trabajos e desaventuras que le sucedieron.

E los otros señores que con el rey Agramante quedaron, estuvieron en consejo, cada uno profiriéndose de le tener compañía, hallassen o no hallassen al esforçado Rugiero. Y el rey Agramante dixo:

—¡O, señores, cuán bien pagado sería de mí el que tal anillo me traxesse! Por el dios en que creo, yo lo fiziesse rey de gran tierra e señor de mucho tesoro.

Todos oyeron lo que el rey Agramante ha dicho, mas no ovo aí tal que se tuviesse por tan ardido de prometer de acabar tal empresa, mas el viejo e honrado Rey de Fiessa dixo:

—Señor, mucho desseo servirte, si mi gran edad lugar me diesse, e porque mis fuerças en tal caso no me favorescen, no pongo mi persona en tal aventura; mas yo, señor, tengo un vassallo que, aunque sus fuerças no son demasiadas, su arte e mañosas obras son sobre manera muy arduas, la más fea criatura de parecer que ay en el mundo y el más ingenioso que se puede hallar, chico de cuerpo en medida e grande en las obras maliciosas, el cual ha nombre Brunelo, e por sus obras le pusieron sobrenombre, el cual agora llaman el Endiablado Brunelo. Llámale, señor, acá e quiçá por ventura con sus artes podrá dar remedio a tu desseo.

Luego fue llamado el Endiablado Brunelo, e como delante del rey Agramante fue venido e delante de todos los señores que allí estavan, todos se maravillavan que un hombre tan desabultado e pequeño fuesse tan malo en sus obras como dezían. Y el rey Agramante le dixo:

—Ven acá, Brunelo. Tus obras he oído e tus artes me an sido contadas. Si tanto bien Macón te hiziesse que el anillo que en la mano trae la hija del rey Galafrón me traxesses, sábete que yo te haría tan gran señor como cualquiera de los que aí están.

Brunelo el Endiablado dixo, con una boz tan dessemejada como el cuerpo:

—Señor, no dubdes más que en tu ley, que yo te traeré el anillo de Angélica y te lo daré en tu mano o moriré en la demanda. E mira, señor, a quién as encomendado este fecho, que por el Dios Macón te juro que si a ello me pongo que hurte al diablo el garavato que en sus manos trae, que sábete que yo passé un tiempo en la cristiandad e hurté la mula en que el Papa andava a vista de todos sus criados; e no contento d'esto, fui en Francia e quité al conde don Roldán un espuela sin que nadie me lo sintiesse. E si tú, señor, hazes lo que me prometes, yo traeré el anillo de la hija del rey Galafrón e aun a ella mesma, si menester fuere.

El rey Agramante le prometió de le hazer rey e de le dar allende d'esto otras muchas riquezas, tantas que él se tuviesse por bien pagado. No ovo más menester el Endiablado Brunelo, que con aquello se tuvo por contento. Luego el consejo fue partido, cada uno de aquellos grandes señores queriéndose partir para sus tierras por se aparejar al passaje de Francia. Todos fueron muy ledos del rey Agramante e de sus manificencias, porque, assí como vio que era tiempo, repartió de sus tesoros muy largamente con todos, a unos dando baxillas, a otros cavallos, a otros hermosas

tapicerías, a otros lebreles e sabuesos⁶⁰¹ e muy preciadas aves de caça, de manera ^{84v} que todos fueron muy alegres, e con gana de le servir, se partieron cada uno a su reino fasta que fuesse tiempo de su llamamiento.

Capítulo liiii. De lo que acaesció al conde don Roldán caminando a pie desd'el sepulcro de Nino porque la falsa donzella le avía levado con engaño su cavallo Briador.

Contado vos avemos arriba el engaño con que la falsa donzella llevó el cavallo a don Roldán e cómo el buen cavallero, a tal tiempo y en jornada que tanto le iva, a pie se vio en un desierto, [que] quería morir de enojo, e caminando lo que podía a su aventura, iva por el camino, diziendo:

—¡O, falsa e maldita henbra!, ¿cómo quitete de la muerte y en pago me diste tal galardón? Descolguete de donde con gran dolor te lamentavas e por agradescimiento de tan buena obra levásteme mi cavallo y dexásteme a pie en tiempo de tanta necesidad. Malandante sea el hombre que de las mugeres confía, que cada una d'ellas es para destruir un pueblo con sus falsas palabras e fingidas razones e sus dissimuladas lágrimas. ¿Quién pensar pudiera que en una hembra tan de buen parescer como esta cabía engaño? ¿Quién no la oviera compassión de la ver en tal pena, donde tan lastimeras razones e tan doloridas palabras dezía? ¡Mal ayan las mugeres que oy en el mundo son, que tantos trabajos acarrear a los hombres e tantos daños por ellas a los cuerpos e a las ánimas les vienen!

E con tanto sobrado enojo esto dezía, que no oviera hombre que durara a le mirar en el rostro, tan fiero semblante mostrava. E como esto todo ovo dicho, firiose con su mano en la boca, diziendo:

—¡O, cavallero malo e villano! ¿Qué as dicho? ¿No se te acuerda de tu señora Angélica la Bella que tu querido corazón ha ferido?, que aunque todas las mugeres del mundo fuessen malas e desleales, solamente por el grande merecimiento d'esta avían de ser servidas, miradas e honradas de todos los cavalleros del mundo con grande acatamiento y mesura.

⁶⁰¹ sabuelos To¹⁵²⁵.

E diziendo esto, miró a la siniestra mano e vido de lexos venir mucha gente armada así a pie como a cavallo; e como la vido, paró mientes qué cosa fuesse, deteniéndose porque vido que venían por un camino que salía al que él caminava; e como más devisar pudo, vido que aquella gente traían dos prisioneros encima de dos cavallos muy fuertemente ligados, y en par d'ellos una donzella⁶⁰² también ligada encima de otro cavallo, la cual venía llorando muy amargamente. E apenas ovieron andado un pequeño espacio, cuando el conde don Roldán los conoció e assimesmo a la donzella, ca ellos eran los dos queridos e amados hermanos, el buen Aquilante y el fuerte Grifón, que con engaño fueron presos en la Puente de la Rosa, e la otra era la falsa donzella que avía el buen cavallo Briador llevado con engaño. Y el conde, que así a sus queridos primos vido llevar, esperó que más se acercassen al camino por donde él venía; e uno de aquellos que a cavallo venían avíase adelantado, e cuando al conde don Roldán vido, díxole:

—¡O, malaventurado cavallero! Escóndete do mejor pudieres e arriédrate del camino, que serás preso y llevado con aquellos otros al vergel de Falerina a ser comido del espantoso dragón, que no podrás escapar si el capitán te vee.

Mucho plugo al buen conde oír tales nuevas, lo uno por librar a los presos que él tanto amava, como porque supo que cerca de allí era el jardín de Falerina, donde él avía de entrar para cumplir su viaje, porque acabada aquella aventura, esperaba ^{85r} tener a Angélica la Bella a su mandar como ella se lo avía prometido; e no curando del consejo que el barbudo cavallero le dava, esperó la gente que los presos traía; e como el capitán d'ella le vido, dixo:

—¡Prended, prended a este malaventurado que su desdicha por aquí truxo!, que así como el dragón oy y mañana aya a estos comido, terná a este triste para el otro día siguiente.

Luego que oyeron la boz del capitán, cada uno con gran rumor e grita procura por ser el primero que a él se llegue para lo prender. Luego toda aquella villana gente se mueve, mas el valeroso conde, que de semejantes villanos no se espantó, embraçó su escudo e saca a Durindana con grande e varonil esfuerço; y como no le conocían ni sabían que tales eran sus golpes, cada uno pugnava por llegar primero porque en galardón de su trabajo le diese el capitán las armas, que muy ricas a todos les parecían; mas presto les fizo conocer a todos ellos qué tales eran sus fuerças, que a

⁶⁰² bonzella To¹⁵²⁵.

los primeros dos golpes d'espada que dio cayeron de aquellos muertos dos, los más atrevidos. De allí empieça a se meter en ellos, dando golpes a diestro e a siniestro, cortando braços e piernas, de tal manera que no avía ya quien a él se llegase. El que la vadera traía dixo a grandes bozes:

—¡Dexalde, dexalde, no se allegue nadie a él!

Todos, oyendo la boz e viendo su peligro, se arredraron; mas don Roldán no curava de se parar por dar libertad aquellos dos queridos cavalleros, e dexávase ir para ellos, matando e destroçando a cuantos fallava e alcançar podía. E como aquel malvado cavallero que la vadera traía se fuesse para él por le encontrar de los pechos del cavallo, el conde don Roldán ligeramente se arredró d'él, e al passar, diole tan gran golpe de la espada, que junto a los arzones del cavallo casi le cortó todos los lomos, que muerto del cavallo le echó en tierra. Luego la villana gente empeçó a dar gran grita, huyendo con su capitán, el cual, como tal golpe vido, empeçó primero que todos a fuir, diziendo:

—¡Guardaos, guardaos, que este es el que mató a Rubicón, nuestro valiente capitán, cuando un cavallero al jardín traía!

Esto dezían ellos por don Renaldos de Montalván cuando libró a Iroldo, hermano de Prasildo, a la fuente, como arriba os contamos, pensando que era el conde el que lo avía muerto; e todos empeçaron a fuir a punto el postrero. El buen conde se fue para los cavalleros que ligados traían e desligolos con gran plazer que ellos con él ovieron; mas la falsa donzella y llena de engaño, desde delante sí vido al buen conde don Roldán e que assí la havía segunda vez librado de muerte, no pudo, de vergüença que ovo, alçar los ojos a lo mirar, antes con baxa mirada, mostrándose humilde, del cavallo abaxo se apeó e púsose ant'él de rodillas como quien perdón demandase del yerro antes cometido. El conde, que tanta beldad en ella vido aconpañada de disimulado arrepentimiento, no se le acordando del enojo recibido, con gran amor la alçó de la tierra, diziendo:

—No vos pene, buena donzella, de cosa alguna, que todo vos es perdonado a las fermosas donzellas, pues no es injuria sufrir d'ellas cualquier cosa.

E de allí el buen conde subió sobre su cavallo Briador, e cada uno sobre el mejor cavallo que le parecía, aparejándose lo mejor que pudieron, se fueron su camino adelante. El fuerte Grifón, que en uno con la falsa donzella fue aprisionado, estava muy contento de su hermosura, e la engañosa hembra, que en ello miró,

plugole mucho su hermosura, ca era muy dispuesto e loçano cavallero e muy mancebo, que las barvas le apuntavan, y puesto que el conde don Roldán fuesse <de> assaz de buen parecer e demás manera de fuerte cavallero; empero sabed que era vizco en el mirar, que algo su gran apostura afeava. Siempre la mirava ^{85v} el fuerte Grifón y la donzella a él, tanto que claramente el conde don Roldán lo conoció; e como los cuidados d'ellos no fuesse todos unos porque ellos pensavan en presentes amores y el conde pensava el estraño trabajo en que se avía de ver, del cual, si bivo quedava, tan gran galardón avía de recibir, acordó de se partir d'ellos con la mejor disimulación que pudo, diziendo:

—Nobles señores, yo tengo de pura necessidad ir solo a una cosa que mucho me va. Por ende, suplic'os, por el amor que avéis a las cosas del mundo que más amáis, me perdonéis, que mucho se me haze cuesta arriba partirme de vuesta compañía, mas la necesidad de mi honra a ello me constriñe.

Ellos, que le conocían, no quisieron a su voluntad contradiezir, antes le dixeron que fuesse como él mandase. De allí se partieron los dos hermanos por otro camino, digo Aquilante e Grifón; y el conde don Roldán e la engañosa donzella continuaron de andar su derecho camino; mas la falsa muger, aunque disimuló al presente, mucho quisiera irse con el fuerte Grifón, de cuya presencia enteramente se había vencido, pero la vergüença desimulada de su rostro la detuvo de se no partir de don Roldán, con pensamiento de usar de sus acostumbrados engaños e por ellos remediar su enamorado desseo.

En esto, el día dava lugar a que la acostunbrada noche viniesse cuando el conde don Roldán e su doncella, que en compañía traía, se apearon por se quedar debaxo de unos altos e verdes olmos aquella noche, esto porque creía Roldán que muy cerca de allí era el jardín de Falerina; e como apeados fueron, el cavallo en que la engañosa donzella avía venido cayó muerto sin saber de qué ni de qué cosa pudiesse ser; e no parando el conde mientes en ello, empeçose a ocupar en las enamoradas razones que la falsa donzella le dezía, las cuales eran tales que bastavan a enamorar a cualquier cavallero que las oyesse, aunque en otra parte tuviesse su sentido. Ellos en esto estando, oyeron pasos de cavalgadura que por el camino venía. El conde se adereçó lo mejor que pudo, pensando no fuesse cosa que los perjudicasse; e como cerca d'ellos llegó, vio que era una bien guarnida donzella que

sobre un palafrén venía a más andar; e como al conde llegó, sin le saludar ni otra palabra dezir, dixo:

—¡O, malandante cavallero e desdichado!, ¿qué fazes aquí tú e tu compañía? Anda, anda, vete d'este lugar, no perezcas muy cerca de sabiendas, que sábete que estás muy cerca del Falso Jardín de la encantadora Falerina, que ruego a Dios ella muera de mala muerte, ca es una de las cosas del mundo que yo más desamo, solo porque a tan gran sinrazón haze morir los cavalleros e las donzellas andantes que aver puede, echándolos a que sean pasto de un horrible dragón que a una puerta tiene.

El conde don Roldán, que las palabras de la donzella oyó e conoció su intención, que con lágrimas la manifestava, le dixo, por saber si era fengido o verdadero lo que dezía:

—Buena señora, en gran merced os tengo la buena voluntad que me mostráis en me querer librar de la muerte. Pídivos de merced que, si de gran priesa no venís, me digáis cómo se podría quitar del mundo tan gran crueldad si sabéis, o qué remedio avría.

—Cavallero —dixo la donzella—, priessa llevo en mi camino porque voy con mensage d'essa encantadora Falerina a una su hermana; mas por te conplazer yo quiero darte cuenta muy entera de lo que me demandas. Sábete que ella tiene muy gran seguridad en estar en el Jardín Encantado donde está, en el cual tiene tales guardas, que bastan a contrastar a todo el mundo que a enojarla viniesse; y ella ha sabido por sus encantamentos cómo un cavallero de Francia, llamado don Roldán, le ha de destruir aquel jardín y ha de desfazer aquellos sus encantamentos;^{86r} e porque sabe que este cavallero es encantado, ha forjado dentro del jardín por arte una espada, a la cual no basta resistir ningún encantamento que ella no le corta e desfaze; y como la tiene acabada, enbíamelo a fazer saber a su hermana para que se busque un fortíssimo cavallero que en Francia con tal espada ose passar, con la cual, sin duda ninguna, se cree que podrá destroçar las encantadas armas de Roldán e su encantado cuerpo, de manera que, después de él muerto, ella pueda estar en su vergel segura. Yo te he contado verdad, por la ley en que creo, que ya querría ver la destrucción d'esta falsa encantadora, que por ella tanto mal viene a cavalleros e a donzellas. E por esto vos he dicho que de aquí os vayáis porque no peligréis, que en verdad os digo, si yo fallase quién tal desseo de desfazer este maldito jardín tuviesse, tal que con gran esfuerço osasse tan gran impressa acometer, yo le daría orden cómo lo

acabasse; mas no pienso que tal cavallero oviese en el mundo que en tal aventura osasse entrar, ca es la más infernal y endiablada que jamás se vio ni se verá.

El conde le dixo:

—Buena señora, sabed que no vengo yo a otra cosa sino a provar mis fuerças e ventura en tal empresa, tanto que o lo tengo de acabar o morir. Por lo cual, vos pido, por el amor que avéis e por lo que vuestra virtud os obliga, me deis remedio para acabar este mi propósito començado, porque yo no perezca en él e vuestro gran desseo sea cunplido e tanto mal del mundo sea quitado.

La donzella empeçó a conjurar muy reziamente si dezía verdad, y él todavía con juramentos creíbles aprovó que sí:

— Pues que assí es, buen cavallero, que tal cosa queréis començar, plega al alto Dios que os dé ventura de le dar cabo con guarda de vuestra vida e muy crecida honra. Tomad este libreto que yo hove de un cavallero que en la casa de Dragontina fue encantado con el Agua del Olvido, el cual después supe que era don Roldán, ca yo misma por mandado de mi señora le di el agua, donde enajenado de todas sus fuerças él y otros cavalleros algún tiempo estuvieron; y en él veréis pintado todo el jardín y el modo con que se a de vencer. Y sed cierto que, si la fuerça y el esfuerço no os falta, que por él seréis el más nonbrado e famoso cavallero del mundo. Dios os dé buena ventura, que yo me voy a cunplir mi mensaje. Plega a Dios que, cuando buelva, yo os falle vitorioso e alegre con destrucción d'esta falsa encantadora e de su jardín.

E no esperando más la donzella, se fue con su palafrén su camino; y el conde don Roldán quedó muy alegre en tener en su poder el libreto, ca él le conoció muy bien porque este era el que el palmero le avía dado cuando le libró a su fijo de la Puente del Monstruo, donde le tenía preso el gigante que la puente guardava; e púsole muy a recaudo en su persona, debaxo de las armas lo mejor que pudo, teniendo que Dios le havía fecho meced en le acorrer en tal tiempo con una joya tan preciada e de tanta necesidad; e con esta alegría se fue donde la donzella su compañera avía dexado, con la cual fablando en diversas cosas se adormió en aquel lugar debaxo de un olmo, esperando que fuese de día para empeçar tan alta demanda do glorioso fin esperava.

Capítulo iv. De cómo la falsa donzella hizo al conde don Roldán gran enojo; e cómo don Roldán entró en el Falso Vergel de Falerina, e lo que en él le aconteció.

Partida que fue la donzella que el libreto del consejo dio al conde don Roldán, el conde se fue con la mayor alegría del mundo a do la donzella su compañera había quedado; e cuando ella, que muy falsa era, tan alegre le vido venir, con muchas amorosas palabras le recibió, tales que, si ^{86v} otro cavallero que tanta lealtad al amor no tuviera las escuchara, no pudiera de los enamorados lazos de su desseo librarse que ligeramente no fuera preso; mas como el pensamiento de don Roldán en otro mayor lugar, e a su parecer mejor e más fermoso, estuviesse, no dava oídos a tales razones, porque, aunque los oídos algún deporte sintiesen de tales hablas, si verdaderamente aman, antes las flamas del verdadero amor se abivan que no se enagenan en otra ninguna parte. E con descuido de lo presente e gran desseo de lo venidero, el conde don Roldán, puesto su escudo por cabecera, se adurmió al sereno aire de la noche. La mala donzella, que de amor abrasada tan aína dormir no pudo, empezó sola a pensar:

—¿Cómo con otra muger vine en compañía dexando el fermoso Grifón, donde tan bien acogidas eran mis palabras? Assí en esta soledad me tengo d'estar dexando tan hermosa compañía como de pura vergüença de los presentes dexé. No plega a Dios que yo tal cavallero como es el fuerte Grifón olvide por estarme desamparada e sin compañía, que, aunque la tengo, d'ella no he pasado⁶⁰³ tiempo ni graciosa conversación alguna, que, aunque muger fuesse como yo, si quisiera de fabla se podía conmigo comunicar.

E diziendo esto, la falsa donzella comidió lo que hazer podría, e sossegose algún tanto por no interrromper el sueño a don Roldán; e de que con más pesadunbre dormir le vido, delibró de le dar la muerte e partirse d'él en busca de su querido Grifón, hermano del buen Aquilante, e llegose a él muy passo e quitole el espada de la cinta, e como armado estuviesse muy a recaudo el buen cavallero, no pudo la mala donzella cunplir su dañado desseo, e no curándose d'él, determina de lo dexar assí sin espada e fuesse para Briador, que paciendo de la yerba estava, e púsole el freno, que colgado del arzón de la silla tenía, e subió sobre él e vase su camino adelante,

⁶⁰³ passa To¹⁵²⁵.

llevando la espada Durindana del buen cavallero. El conde no cessó de dormir hasta passar su sueño primero; mas como ya algo después de media noche recordasse, levantara por que de necesidad, según la donzella prima noche le avía dicho, havía de ser en el jardín antes qu'el sol saliesse; y miró cerca de sí por la mala donzella e no la vido, donde su coraçón sospechó el mal que ver no quisiera por todo el tesoro del mundo, e miró por su cavallo Briador e no le vido, de lo qual se acuitó tanto, que casi quería de enojo perder el seso; e como se empeçó a cuitar por la pérdida de su buen cavallo e como segunda vez de aquella mala muger avía sido engañado, fuesse a donde el escudo dexado avía e tomolo y echóselo al cuello, determinando, antes que el tiempo señalado se le passasse, de irse a pie con alguna consolación de tener el libreto del consejo, con el qual, después que Dios, esperava aver victoria de su empresa; mas como empeçando a caminar echó su espada menos, por poco no cayó en el suelo, maldiziendo a sí y a la falsa doncella, a él porque se no avía escarmentado y a ella por el engaño que le avía en tal tiempo fecho. Detúvose allí, no sabiendo qué se fazer, desesperado de sí e de su ventura; mas como él fuesse la flor del mundo en fuerça y esfuerço, non desmayó diziendo:

—Pues assí la Fortuna se me muestra contraria, cunple usar de gran fortaleza en tal tiempo, porque la Fortuna a los covardes contraria e a los esfuerçados favorable continuamente se muestra.

E caminando con esfuerço de gran cavallero, el buen conde, con alguna repunta de enojo, más y más se esfuerçando, allegose a un árbol muy grande que duros e muy estendidos ramos tenía e con sus manos desgajó una gruesa rama, e adobándola ^{87r} lo mejor que pudo, se la puso al hombro, andando a gran passo cara el vergel de Falerina, que por aquel camino herrar no le podía. Y cuando ya la mañana se empeçava con risueña cara a mostrar, vido cerca de sí las altas y eminentes murallas del Falso Vergel, de la vista de la qual quedó espantado, viendo su gran anchura e fortaleza, ca él era todo tajado de biva peña, que claramente mostrava ser por arte del diablo fecho; y vido cara levante una grande e muy torreada puerta con un ancho portal, dentro del qual sintió muy infernal e diabólico ruido que el espantoso dragón, que alcaide d'esta puerta era, fazía dentro, dando grandes bramidos e silvos muy espantosos. El conde don Roldán se acercó donde lo oía, encomendándose de todo coraçón a la Virgen María Nuestra Señora. Como cerca de la puerta llegó, vido innumerable número de huessos y calaveras de personas que el

pavoroso dragón había comido. No ovo el buen cavallero punto de desmayo viendo tales reliquias de fuera, antes, con un ánimo más que de hombre, toma su rama con ambas manos y a passo tirado, antes que los rayos del sol estendiéssense, fue al gran portal de la torreada puerta.

¡O, Sancto Dios, quién tuviesse elocuentíssima lengua aconpañada de alto y muy eroico⁶⁰⁴ estilo para contar las estrañas cosas que el conde don Roldán en este encantado vergel acabó!, las cuales, si de maránico estilo o péndola omérica escriptas fuessen como verdaderamente passaron, todas otras cualesquier aventuras serían como si no fuessen puestas en las oscuras tinieblas del olvido. ¡Cállense las aventuras que notables cavalleros acabaron en las cavernosas grutas de Hércules! ¡No se digan las estrañas aventuras del Santo Grial!, las cuales, aunque muchas e muy peligrosas fueron, no fueron tan horribles ni espantosas. ¡No se cuenten vanas historias donde profanos fechos por milagro se relatan, estándose los lectores acorralados en ellas, porque a su noticia esta presente verdadera historia no ha venido! ¡Olvídense los fuertes cavalleros que en compuestas cavallerías de desaforados gigantes e inusitados monstruos embriagan los oyentes con fermosas razones e coloradas palabras! Esta sola se cuente, la cual, si las del mundo todo se buscan, no serán par ni segundas d'ella.

Allégase el furioso conde con varonil e cavalleroso esfuerço al portal donde el indiablado dragón estava e, con semblante ardid, entrore dentro, e apenas hovo puesto dentro los pies, quando se le cerró la entrada, que aunque salir quisiera no pudiera. El dragón empeçó a abrir su desmesurada boca, cruxendo los fuertes e largos colmillos, con los cuales muy sonoro ruido fazía. Don Roldán, que assí le vido, alça su grueso bastón en alto e a dos manos tan grandíssimo golpe le dio, que fuego y sangre por las narizes e por los ojos le fizo salir en gran abundancia. El infernal drago, dando crueles bramidos, se alçó en dos pies, mostrando unas crueles y tajantes uñas en las dos manos e viénese para don Roldán, dando los más espantosos bramidos del mundo; e abriendo una desmedida boca por le tragar, se viene para él. El conde, que tan mala y descomunal vista para sí venir vido, alça otra vez su grueso ramo y diole otro grandíssimo golpe, tal e de tanta fuerça, que medio atordido le fizo en tierra caer. Allí el desemejado dragón empieça a açotar bravísimamente la tierra con su gruesa y enroscada cola; y como era encantada y

⁶⁰⁴ erroyco To ¹⁵²⁵.

diabólica cosa, toda la infernal compañía parecía estar allí dando baladros e cherriados muy temerosos de oír, escureciéndose el portal donde el buen cavallero encerrado estava, ca otra cosa no veía don Roldán sino el fediondo fuego ^{87v} que del dragón salía; y por aqueste tiento se va para él e con el mismo ñudoso palo le dio otro golpe harto mayor que no los otros, que los meollos fizo al dragón saltar. Allí viérades tenblar las paredes de aquella ancha portada, que parecía venirse toda al suelo; mas cuando la mala bestia acabó de morir, todo aquel lugar se tornó como de antes estava, salvo que la entrada quedó cerrada como de primero, que no parecía sino que de manos la avían cerrado de fuerte y ancho muro.

El conde, que el dragón muerto vio, estúvole mirando, maravillado de su ferocidad, dando muchas gracias a Dios que tal vitoria le avía dado; y como viesse que le cumplía entrar dentro en el jardín, pues la puerta de la salida le era vedada, estuvo algo suspenso, no sabiendo a qué parte d'él guiar debiese; y assí estando, vido a su mano derecha una figura grande de alabastro que por el pecho d'ella corría un grueso borbotón de agua, tal e tan grande, que bastava a fazer un pequeño arroyo; y fuesse para ella por algún tanto reposar; e assentose cerca de aquella clara agua, sacando su libreto por ver en él lo que le cumplía fazer; y como le abrió, vido el jardín de Falerina por maravillosa arte representado en él, e cómo ya el dragón de la puerta muerto estava; y dende mirando en él con gran atención, falló escripto muy estensamente lo que desde allí avía de fazer; y no se deteniendo más el conde, que levantándose de par de la corriente agua que de la imagen salía, por vera del arroyo empezó a caminar, el cual iva con un deleitoso ruido fasta el medio del jardín cercado de una parte, e de otra de diversos árboles, que gran deleite era mirarlos y el buen concierto con que allí puestos eran para que, gozando de la humedad de aquella agua, abundantamente frutificassen. Maravillávasse el conde don Roldán de ver tanto deleite e frescura en una cosa que encantada era, e si él de cierto no lo supiera, no bastara a fazérselo creer después de avello visto todo el mundo. E como era en tiempo del fresco e florido mes de mayo, cuando los canpos con innumerables colores de diversas libreas se muestran a los coraçones enamorados revestidos, diversos e fragantes olores de las olorosas yervas produciendo, descanso ponía tal sitio de arboleda a los cansados coraçones que la miravan, haziendo rebivir los pensamientos enamorados a los que feridos de las doradas frechas del fijo de Venus estavan. Acordávasele al conde don Roldán del Deleitoso Vergel de Dragontina que en la

Casa del Olvido avía visto e paseado, pero no se igualava a este con gran cantidad, ca puesto que en el otro diversidad de árboles oviese e muy deleitosas fuentes con esclarecidas aguas en él se mostrassen, no avía tantos en cantidad como en este, donde por la muchedumbre d'ellos mucha más cantidad de aves se criavan, las cuales en las llanuras de los frescos valles continuamente habitavan sin se asombrar de la vista de ningún hombre, ni menos temer de ingeniosas artes con que los amaestrados caçadores las suelen prender. Allí bozeadoras calandrias versos sonoros cantavan, oyéndose en sus interpuestas pausas bozadores luganos, entre los cuales melodiosos ruiseñores acordadas músicas proponían, apareciéndose entre las frescas hojas de la muy ramada arboleda desassossegados sergueritos, la lucha de los cuales más e más solenizavan el deleite. No faltavan libreadas aves cuyas plumas diversadas de colores innumerables sus cuerpos conponían, las cuales, con perezosos passos, por los deleitosos escondrijos del vergel, humanas bozes imitavan. Parecíale al conde don Roldán estar en terrenal paraíso, estándose, que en aquella parte donde cuasi todo el jardín señoreava, ^{88r} muy notables cosas contemplando. Estendía sus ojos por los pequeños montezillos del ancho vergel, donde vía muy diestros animales que, descuidados de todo temor, cada uno con su natural, con aceleradas corridas luchavan, donde non faltavan medrosas liebres, ni desassegados ossos, ni temerosas gamas, ni ligeros ciervos, ni manchadas corças e todo género de monteras caças, las cuales, por evitar prolixidad e porque a todos son notorias, se dexan de particularizar.

Capítulo lvi. De lo que sucedió al conde don Roldán andando por el Vergel de Falerina, como el libro le mostrava.

Ya que el conde don Roldán hovo mirado la mayor parte del jardín que desde el lugar donde estava se parecía, empeçó a andar toda vía por junto a aquel arroyo como el aviso de su libro le avía enseñado; e a poco trecho vido en medio de muy espessos árboles unos riquísimos palacios, los cuales parecían todos labrados de fino oro e de muy relunbrantes esmaltes; e fuesse derechamente allá e vido, cuando más se acercó, una puerta de la mayor e más rica labor del mundo, tanto que lengua humana no lo podría decir, e sin se más detener, como de su libro estava avisado, entró dentro de aquella rica puerta donde un ancho e riquísimo palacio vido, todo al

parecer guarnecido d'estrañas e ricas labores y entoldado con⁶⁰⁵ muchas piedras preciosas, que todo el tesoro del mundo parecía estar allí juntado. E como entró en él tan de rondón, según era avisado, vido dentro una hermosa dama vestida de blanco, e sobre sus fermosos cabellos una preciosa corona de oro, la cual descuidadamente, sin pensar de ser salteada, estava mirando una rica espada que en sus hermosas manos tenía; e como assí de sobresalto vido venir a sí aquel cavallero, turbose terriblemente y empeçó a fuir como espantada de tan súpito y arrebatado espanto; e como el conde don Roldán la vido fuir y que saliendo por la puerta del rico palacio por entre el vergel se pugnava de esconder, arremete con gran ligereza a ella, e lo primero que fizo fue quitalle de las manos aquella espada, la cual contra él se avía fabricado, que ha tal virtud en su dulce cortar que todo encantamento desfaze; y después la tomó fuertemente, amenazándola por sus largos y ruvios cabellos, diziendo que le avía de dar cruel muerte si le no dezía por dónde avía de salir de aquel jardín. Mas, puesto que la hermosa dama tenblava toda de espanto, tanto aviso tuvo, que le no quiso dezir la salida del jardín por más y más que la amenazava. El conde hazía muestra que le quería cortar la cabeça, mas la obstinada dama el callar dava por respuesta. El conde se tuvo con gran coraje, viendo la porfiada dama que dezir no le quería por dónde se podría del jardín salir, e dixo:

—Agora tu tema me fuerça a fazer villanía; mas, aunque a mí me sea vergüença, tuyo será el daño, pues la sobra de la razón que tengo me desculpa.

E tomándole el conde un rico cordón de la cinta con que ceñida estava, le ató los braços atrás e de allí a un tronco de un aciprés la ligó fuertemenete; e assimismo, departiéndole sus largos cabellos, le ató la misma cabeça al grueso tronco; y, no contento d'esto, por mayor pavor le poner, cortó de las delgadas e arreosas ramas que por allí pudo fallar e por el cuerpo y piernas y garganta la añudó y rodeó al aciprés, en tal manera que ella no se podía menear a una parte ni a otra; y de tal manera continuamente ella callava, que parecía que más por plazer tomava aquel tormento que por pena. E desde bien ligado la ovo, ^{88v} tornole a preguntar le dixesse la salida de aquel alto cercado; mas ella no hazía semblante de le responder, antes, como propia, muda callava. El conde le dixo:

—¡O, falsa muger, más que cuantas nacieron! Yo sabré la salida a tu despesar.

⁶⁰⁵ e To ¹⁵²⁵.

E sacando el libro, vido en él pintado todo el jardín y a ella como estava atada al aciprés, e vido a su misma persona cómo en la habla estava con la dama, y vido escrito en él cómo de allí avía de ir a una puerta grande que era fazia el mediodía, en la cual estava un encantado toro por guardián, los cuernos de un espejado azero, a los cuales arma ninguna resistir podía, y lo que antes que a la puerta llegasse le avía de acaecer e cómo con él se avía de aver en la pelea. Todo lo miró el conde con gran atención porque al tiempo d'el efecto no errasse, en donde la vida le iva; y como bien avisado fue de la escritura artificiosa del libro, cerrolo e púsolo a recaudo, e fuesse por do el libro le avía mostrado.

E sabed una cosa porque quitemos prolixidad, que cuantas cosas de cautela e aviso hizo en este endiablado jardín el conde don Roldán todas fueron por enseñanza del libreto artificioso, y como tan gran cavallero fuesse él y tan esforçado, puesto que parecían todas estrañas y pavorosas, y en la verdad assí lo eran, con este enseñamiento que para los engañosos encantamientos dotrinava e con su maravilloso esfuerço y gran vigor e fuerça los acabó.

Pues como del aciprés⁶⁰⁶ do la hermosa⁶⁰⁷ dama dexó ligada se partiesse, anduvo un pequeño espacio para la Puerta de Mediodía y en el camino falló un piélagos de represada agua hondo en demasía, el cual avía de pura nescesidad de passar por una estrecha puente que de madera muy sutil estava fecha, el passaje del cual para un desarmado e ligero hombre parecía imposible, porque así se blandía con poco peso la maderada puente, que gran temor de la vida era passarla. E como de algo lexos la viesse y por el libreto la conociesse e lo que avía de fazer, quitose⁶⁰⁸ el yelmo de la cabeça e taposse con olorosas yervas muy reziamente los oídos e así mismo finchó el yelmo de diversas e muchas rosas, tanto que después de puesto en la cabeça con gran premia parecía tapiado en él, que oír no podía ninguna cosa; e assí se fue fazia el hondo e claro lago, adonde hartos hombres e mugeres con gran pena avían percido; e apenas ovo llegado a la ribera d'él quando vio salir sobre el agua una serena, de cuya fermosura quedó don Roldán espantado; e assí como salió encima del agua, empeçó tan dulcemente a cantar, que parecía trasunto del cielo su boz, tanto que las cercanas aves e animalias que la oían vinieron a la ribera por gozar de tan melodiosa música; mas luego que la oían todas se adormecían, privadas de

⁶⁰⁶ accipres To ¹⁵²⁵.

⁶⁰⁷ temosa To ¹⁵²⁵.

⁶⁰⁸ quitoso To ¹⁵²⁵.

todo sentido; e como don Roldán el aviso d'este engaño sabía, tendiose allí entre las delicadas y tiernas yervas, mostrando que muy agravado de sueño estava, y no se meneando pie ni mano, esperó la mala bestia. Ella, que el trato no entendió, salió del agua a la ribera por dar muerte al cavallero, mas él, que sobre el aviso estava, como cerca de sí la vido, tomola por los cabellos, la cual, quando pressa se vido, fuertemente empeçó a cantar; mas don Roldán no entendía ni oía lo que cantava, e prestamente, como sabía, le cortó la cabeça con la espada que en la baina de Durindana traía, e de la sangre d'ella todas sus armas bañó e quitose el yelmo de la cabeça e vaziole de las rosas e hojas que tenía e también le bañó de la sangre de la serena; esto fizo el conde porque el fuego que de los cuernos del toro [salía] sabía, que a la puerta de donde el conde avía de ir estava, consumía todas armas por más fuertes y encantadas que fuesen, e con la sangre de aquella serena bañadas no las empecía el tal fuego; don Roldán, que vio que estava bien tinto de aquella ^{89r} sangre, encomendándose a Dios de todo coraçón, con grande ánimo e sobrado esfuerço entró en la angosta puente; e por más que ella se doblegava⁶⁰⁹, ligeramente la passó; y, sin se detener, se va a la Puerta de Medio Día, las puertas de la cual eran de un duro e relunbrante azero, que se podían mirar en ellas como en un espejo luzido; e como cerca d'ellas el conde llegó, súpitamente se⁶¹⁰ abre la tierra con un espantoso ruido [y] salió un toro grande e muy bravísimo. El conde, que salir vido al estraño e indomado toro, puso mano a la encantada y muy cortadora espada e vase para él, e diole un tan gran golpe sobre la cabeça, que el un cuerno e parte del casco le echó por tierra; no por esso cessa la cruel batalla, porque de la herida que la espada al toro fizo, salió tan gran fuego, que, si la defensa de la sangre de la serena el conde no truxera, en un momento él y sus armas fueran consumidos. El conde se combatía sin ningún pavor, con tanta fuerça e ligereza, que maravilla era de lo mirar; el toro assimismo saltava, bramando como un león, por ferir al conde, el cual, como viesse durar esta batalla tanto, esperó que el desafortado toro para él viniesse, el cual venía tan furioso, que parecía fundirse la tierra; el conde se desvió del encuentro muy ligeramente, que coger no le pudo, e al passar diole con gran fuerça tal golpe del espada en los dos pies traseros, que la espada, delante de la cual todo encantamento es vano, se los cortó, de forma que más el toro no se pudo menear; e como ya en él

⁶⁰⁹ sobregava To ¹⁵²⁵.

⁶¹⁰ s To¹⁵²⁵.

no hoviese defensa ninguna, fincó el un cuerno en la tierra y la tierra se abrió e lo metió en sí. El conde, que la batalla peligrosa con gran afán vido acabada, bolvió la cabeça a la puerta e no la vido más que si no estuviera sino su alta muralla del jardín, sin señal de puerta mostrar. El conde quedó muy espantado de tal caso y asentose por descansar muy suspenso, que no sabía qué se fazer viendo desaparecer la puerta por do esperava salir d'este infernal lugar que la vista tenía de terrenal paraíso.

Capítulo lvii. De lo que acaeció al conde don Roldán en el vergel donde encerrado estava, buscando remedio por donde salir pudiesse.

El venturoso conde don Roldán, que la puerta vido desaparecida, quedó muy confuso, no sabiendo qué se hazer para que pudiesse salir de aquel vergel lleno de muchos engaños. E assentado en la yerba, sacó su libreto y empeçó de mirar en él lo que fazer podría, y poniendo mientes en las figuras e letras del libro, halló el viaje que avía de tomar; e levantose del lugar donde assentado estava e vase para un riachuelo pequeño que cerca de allí corría, e guió por la ribera d'él, que para poniente endereçava, yendo de continuo pensando lo que el libro le enseñava, por no herrar ívalo estudiando entre sí; y en medio del camino vido un árbol altíssimo a maravilla más que ciprés ni palma ni haya por alta que fuesse⁶¹¹, todo muy fermoso e lleno de espesa hojería; e como le vido, acordose lo que el libro le avía enseñado e párase en la ribera e toma su escudo, e quitose el cimero de su yelmo, e púsose el escudo sobre la cabeça bien ligado al yelmo, de forma que levándolo assí no se le cayese e no viese alguna cosa más del suelo por donde anduviesse; y d'esta manera camina derechamente al gran tronco del alto árbol; y encima de lo más espeso del árbol una gran arpía se levanta, la cara de la cual era de fermosa donzella, con unos largos cabellos a maravilla fermosos, e del cuello abaxo de las más lindas plumas del mundo toda cubierta, y las alas y la cola a forma de plumas lucidísimas como de pavón, e unos pies como de grifo, con unas fortísimas e crueles uñas guarnecidos y el cuerpo grande a maravilla.^{89v} ¡Triste el hombre que podía esta cruel ave tomar, que pieças menudas en breve espacio le fazía! E como con grande ruido se levantó, viendo venir cerca del tronco del árbol al buen guerrero, esparzió sacudiendo sus

⁶¹¹ uesse To¹⁵²⁵.

plumas una tan hidionda agua, que olor infernal⁶¹² e incomparable parecía, la cual, si en la cara o en los ojos tocava, fazia perder la vista, de manera que después de ciego el que allí venía, no sabiendo ni viendo a qué parte ir, era presa de la fuerte arpía e allí dolorosamente despedaçado fenecía su triste vida, porque era imposible, al que el engaño no supiesse, que llegando al árbol e oyendo el estruendo arriba del ave no alçasse los ojos, e como alçados los tuviesse a mirar el súpito ruido, caía el agua hedionda en la cara, con la cual súpito cegava. Y por esto, el conde, avisado de todo esto, púsose, como oístes, el escudo de arte que, estando sobre aviso, ni él alçasse la cabeça ni el agua sobre la visera del yelmo le cayesse en ninguna manera. La grande ave le bolava de entorno al cavallero, dando orribles e pérfidos gritos, tales que ovieran fecho al conde peligrar porque, oyendo el ruido de tan grande ave, temía no le empeciesse sin él podella ver; e alguna vez estuvo por alçar los ojos e mirarla, mas por temor del gran peligro, que el libreto le havia avisado, que le podría venir no osava, sino, encogido debaxo de su escudo, tenía baxos los ojos al suelo; y estándose d'esta manera, la mala ave lançó de sí mucha hidionda e ardiente agua en gran abundancia, la cual le cayó sobre el escudo que sobre la cabeça tenía; e como era mucha en gran cantidad, esparzióse sobre las espaldas e parte d'ella e por otras partes, mas no en la vista, y era tan caliente, que parecía que olio muy ardiente le abrasava las carnes. El conde, que avisado estava, dexosse caer de manos en tierra, como aquel que la vista avía perdido, mostrando cautelosamente estar sin tiento. La arpía, que caído le vio, bien pensó que el agua avía fecho su acostunbrado efeto, [e] carga luego sobr'él e con sus fuertes uñas aferró en las junturas de las armas. Don Roldán, que la buena espada en su mano tenía, diole de través tal golpe, que junto a los plumosos hombros le cortó la cabeça, e luego la ave cayó muerta en el suelo. El conde, que morir la vido, maravillado de tal propiedad de ave, que siendo tan fermosa tan mal olor lançava de sí, e como la ovo mirado, dexándola muerta a la sonbra del gran árbol, se va por su començado camino que para el poniente iva. E a poco de rato que caminó, vio una puerta, la más luzida que ninguna de las otras, la cual estava abierta de par en par; en medio de la cual stava un animal por portero más monstruoso que una quimera, ca él tenía la cabeça de pavoroso dragón e las orejas crecidas en demasía, y el cuello crinado como cavallo, e las manos de buey, e los pies e la cola de león, e desde la cabeça fasta las ancas de muy grandes e duras

⁶¹² ifernal To ¹⁵²⁵.

conchas de muy diversas colores cubierto; e allende de ser su grandeza e figura muy espantosa, dava unos tan grandísimos gritos, a manera de contrahechos ladridos, que toda la tierra hazía resonar. El buen conde don Roldán se allegó a la puerta, mas el disforme animal, la boca abierta, se viene para él. El conde puso mano a su buena espada e dio un gran golpe al animal en la cabeça, del cual se sintió tanto que, arreciando más sus disformes ladridos, se viene a él con muy grande presteza y con la boca le ase de un cabo del fuerte escudo tan fortísimamente, que del braço se le sacó, y por los sus grandes oídos empezó a fumar un muy oscuro fuego, de lo cual el conde don Roldán quedó muy espantado; e con muy fuerte ánimo el buen conde alçó la su muy riquíssima espada, al cortar de la cual ningún encantamento aprovechava, e dio al animal tan gran golpe sobre ^{90r} las doradas conchas, que la fuerça d'ellas no bastó a que la espalda no le cortasse; e de allí rebolvió otro mayor golpe con gran presteza, tan grande que le mancó de la mano siniestra. Allí, con gran estruendo e muy crueles bufidos, cayó el contrahecho animal, del cual estruendo parecía que la tierra tenblava. El conde, que así tollido de las dos manos le vido, alça la espada y, con deliberado propósito de se salir por aquella puerta que abierta avía visto, le cortó la cabeça. Luego, con un temeroso ruido, se abrió la tierra comió⁶¹³ al dragón e se le tragó y encontinente que feneció esta batalla, se cerró la puerta, que más señal d'ella no pareció. Entonces el conde, con un ánimo quexoso de tanto trabajo, dixo:

—¡O, Santo Dios! ¿E cuándo avrán fin tan malas e crueles fantasmas que en el daño de las gentes son muy empecibles y después de su muerte son harto dañosas?, que cuando pienso tener un trabajo acabado, el fin d'él me acarrea principio de otro mayor.

Y suspenso como de primero, se arrimó a la fuerte muralla e sacó su libro y empezó de mirar en él, donde vido todas las puertas cerradas sin esperança de poder salir por ellas, e cómo otro mayor e más peligroso trabajo se le seguía para tener remedio a su salida. El conde, que mirándolo estava, parecía que algún tanto desmayava su coraçón, yendo de un trabajo en otro; e como él fuesse de tan estremado esfuerço, alçó los ojos al cielo e dixo:

—¡O, Soberano Rey y Señor, ayúdame en tan gran necesidad por tu santa pasión!, ca en Ti ruego yo, Señor, mi esperança e de Ti creo me ha de venir el remedio.

⁶¹³ como To ¹⁵²⁵.

E como en el libro veía lo que de passar le quedava, dezía:

—¡O, cuánto es la fuerça del amor, que a los covardes fuertes e a los fuertes más fuertes torna! Yo, por esperança del galardón prometido, me he arriscado a tanto trabajo, donde pluguiesse a Dios que fuesse el postrero y que la voluntad de mi señora Angélica con lo pasado se satisfiziesse. Pero ya que en este lugar por su mandado vine, cumple que en tal tiempo me esfuerce a salir d'él, porque, si yo aquí pereciesse, la esperança de mi desseo juntamente con la vida se acabaría. Por ende, cumple en tal tiempo non desmayar, antes, como de principio, con varonil ánimo y sobrado esfuerço resistir lo que contrariamente sucediere, porque no se debe dar galardón sino al que fasta el fin peleando se salvare. Y pues assí es, no es tiempo de más tardança.

E avisado del libro, con su sobrado esfuerço, començó a caminar hazia el septentrión, donde por muy cierta se le prometía la salida; e assí tomó el camino en las manos andando lo más que podía. E a poco espacio vido un valle muy llano e de diversas yervas florido, en medio del cual una fontana bella con agua muy espléndida vido, fabricada de tan estraños follages, pintada en derredor, que admirable cosa era de ver su deleite, en derredor de la cual vido unas ricas mesas tendidas con muchas viandas aparejadas e muy hermosas e riquísimas pieças de baxilla. E como el conde don Roldán tal cosa vido, miró en torno al derredor e no vio persona ninguna que las mesas guardasse ni menos ningún page que las sirviesse; e como el conde vido tan estrañas cosas, temió no fuesse cautela nueva de nuevo engaño, y luego encontinente sacó su libro y començó de lo mirar con muy grande aviso, y luego conoció lo que era e lo que al presente devía de hazer; e acercosse a la fontana fermosa, y llegado que fue cerca d'ella, vido un pequeño bosqueto de muy espinosas ramas, todas floridas de muchas olorosas e diversas rosas, dentro de la cual habitava un animal llamado Fauna, la cual era de aquesta manera fecho, que tenía el su cuerpo de crudelíssima serpiente ^{90v} e la boz de delicada donzella, la cual tenía echada una cadena de fierro entre la yerva que llegava de donde ella estava dentro del bosqueto fasta la fuente, y en el lugar más aparejado estava un lazo de aquella cadena fecho junto al bevedero de la clara agua para que cualquier persona que allí a beber llegava, muy sótilmente y sin sentillo, era preso del lazo, de arte que, como en él avía caído, la Fauna, del lugar donde estava dentro del bosqueto, tirava al que el lazo ligado tenía hasta lo llevar dentro de su cueva, de la cual nunca salía sino para armar la

cadena. E como el conde d'ello en el libreto fue avisado y el remedio que para se librar había de tomar, y dexando el camino de la fontana, bolvió adelante e fuesse cara el bosqueto espinoso, e quando cerca d'él fue, por el lugar donde avisado estava, puso la espada en la mano y con ímpetu de muy arrebatado e largo [cavallero], passó en él por parte donde la vereda de la Fauna atajava, por donde para ir a su cueva de necesidad avía de passar. La Fauna, que esperando estava como cauteloso caçador, que oyó el ruido detrás de sí, púsose a fuir para se entrar en su cueva; mas el conde, que el espada alta la esperaba en el camino, tan gran golpe de espada le dio en la cabeça, que la mató sin ella poder hazer defensa alguna; e como la vido muerta, sálese del bosqueto y empieça a caminar adelante por donde venido avía, y andando una pieça, vio la fermosa puerta que de cendrada plata parecía, y esta estava cerrada con unos trancones de fierro en el portal, de la cual estava un fiero gigante, de muy descomunal catadura, armado de unos verdes huessos de serpiente, e la espada en la mano desnuda [e] ancha; y bien conforme al altura de su persona y con una cruel semblança hazia el conde don Roldán se viene, el cual no se espantava de su disformidad ni fuerça, porque muchos de aquestos había él visto y aun por sus manos dado la cruel muerte; mas espantavasse de lo que d'él solo sucedía, y era que, muerto aquel, de la sangre que por el suelo se esparzía salían dos más fieros, y de la sangre de los dos salían cuatro, e de los cuatro ocho, y de los ocho diez e seis, e assí d'esta manera multiplicavan en infinito número. Pues ved qué descomunal batalla, que el que con el gigante peleasse había de tener aviso de le no sacar sangre ni de golpe de espada ni de otra ninguna forma ni manera. Pues, no sacándogela, ¿cómo había de combatir con él? El cual estava esgrimiendo su ancha e acorvada espada, con semblante de dar la muerte del primer golpe a su contrario. El conde don Roldán, que por impossible cosa tenía lo que escripto d'estos gigantes estava en el libro, quiso ver si era verdad, e acercose al portero gigante; e como a él llegó, el fiero gigante alçó el su gran cuchillo por dar al buen conde don Roldán sobre la cabeça, mas el conde, que amaestrado en semejantes fechos estava, se arredró muy ligeramente del golpe e dio al fiero gigante con la hadada espada tan gran golpe en la cintura, que mortalmente le firió, que más en pie non se pudo tener, e cayó en el suelo una muy grande e pesada caída. Mucho fue alegre el buen conde don Roldán de ver su batalla tan ligeramente fenecida, teniendo, pues el gigante era muerto, la salida por muy cierta; mas como la sangre del gran gigante salió en gran abundancia, por la tierra esparciéndose,

encendiose d'ella un muy grandíssimo fuego al derredor del fiero gigante que parecían [las] llamas llegar al cielo, y en breve espacio salieron dentro de lo más espesso del fuego dos gigantes muy más desmesurados que el primero. Cuando el valeroso e muy esforçado conde don Roldán los vido, quedó gravemente espantado,^{91r} viendo que lo del libro tan verdadero salía e cómo no le cunplía hazer la batalla como primero la avía fecho sino usar de nuevo modo, tal que sangre alguna no se extendiesse por la tierra de donde se le redoblasse el trabajo e se le acrecentasse el peligro; e puso la espada en la vaina, imaginando entre sí lo que avía de fazer, e arremete a las puertas e desbárralas con gran fuerça e ábrelas de par en par. Los gigantes, que para la guarda de la salida eran nacidos, arremeten al conde don Roldán con un espantable furor, haziendo muestra de lo ferir ambos a dos de una vez; el conde se arredró d'ellos usando de ligereza admirable, haziendo semblante que quería fuir porque ellos le siguiesen; mas como el conde se arredrava del sitio de la portada, el uno se afirmava a una parte y el otro a la otra, dando a entender que más no les era mandado de guardar la salida de aquella puerta. El conde, que vido que no seguían tras él, calló e fuesse para el Valle de la Fontana, e tomó la enlazada cadena que la Fauna⁶¹⁴ avía al bevedero de la fuente puesto, e tomándola del cabo, la truxo arrastrando cara la Puerta de Plata, do los gigantes dexado avía, e con el parado lazo la tendió en el arena, e con esfuerço maravilloso arremete a uno de los dos gigantes, e con una desmesurada fuerça abraçó con él, e bolteándole mañosamente, dio con él en tierra, e puesto que el otro no le dexava de ferir pesadamente, no se curava el conde, porque sabía que le no podían sus golpes empecer; e como el gigante fue caído, tomole el conde don Roldán del yelmo e, arrastrándole, le llevó fasta do el lazo de la cadena estava, e lígalo de pies y manos fuertemente; e fecho esto, vase para el otro, que pesados e crueles golpes de contino le dava, e por la mesma manera entra con él e, abraçándole, le diole en el suelo una mortal caída e, arrastrándole de las piernas, le llevó como al primero a la cadena e también lo ligó de los pies y manos fortísimamente; e dexolos bien a su plazer encadenados e fuese a la puerta que abierta estava por se salir del jardín, pero como los generosos coraçones de semejantes cavalleros no se contentan de sola una honra ganar de una cosa, por grande que sea, se satisfacen porque son capaces de muchas más, acordó en sí el conde una muy buena e notable cosa, la cual, si no acordara, pudiera ser todo su

⁶¹⁴ fanna To ¹⁵²⁵.

trabajo vano, e reedificándose el jardín por arte de Falerina, que biva al aciprés atada quedava, donde los mesmos daños que antes en el mundo se hazían se tornaran a renovar e pudiera ser que con más crueldad e muy más peligrosas guardas; e dixo:

—Puesto que yo vine aquí por hazer morir aquel dragón que tantas muertes en buena gente fizó, no por esso es dina de loor mi venida si no busco forma cómo del todo este jardín sea desfecho, que d'él memoria no quede. Por ende, yo prometo de me no partir d'él fasta cumplir lo que digo.

E diziendo esto, sacó su libreto del seno por se avisar lo que en tal caso devía fazer para que, dando fin a lo començado, acabada honra con perpetua fama alcançasse.

Capítulo lviii. De cómo el conde don Roldán acabó de desfazer el Engañoso Jardín de Falerina; e cómo passó harto peligro por acabar la empresa que su señora Angélica le mandó.

Y pues ya que el conde, como vos avemos contado, pudiera salir del Engañoso Jardín de la falsa encantadora Falerina, acordó en sí que su jornada sería ninguna e sus trabajos passados vanos si aquel jardín quedava enhiesto; e pensando en ello, con ánimo deliberado de lo cunplir, pospuesto cualquier trabajo que venir le pudiesse, sacó el libreto del ^{91v} consejo, y empeçó a mirar por él algún remedio de su determinado propósito, e falló que en medio del vergel, cerca de la rica casa e también junto al árbol donde la temosa Falerina estava atada, había un árbol de la mayor altura del mundo, el cual, si cortado fuesse, porque, aunque el tronco era assaz grueso, como fuesse cosa de encantamento e no natural, con el espada encantada raezmente se podía cortar, porque el espada no se parava en ninguna cosa de encantamento, luego todo el vergel sería destruido en un momento; mas para efetuar lo dicho, pensad que era assaz peligroso e cosa de mucho temor, porque el árbol encantado estava cargado de fruta, la cual eran unas mançanas de oro del tamaño de la cabeça de un hombre, de las cuales, cuando alguna persona al tronco del árbol se quería llegar, caían tantas e tan espessas que lo matavan. El conde, que el remedio de su desseo vido cierto y el peligro de lo acabar tan grande, pensó un poco qué podría fazer en tal aventura, porque con el fin d'esta todas las otras no se tornassen a principiar, la cual, si esta quedava por cumplir, avía en vano el conde trabajado; e

luego pensó lo que podía en el tal caso fazer el venturoso cavallero, en cuyo coraçón poca morada fazía el miedo ni el espanto, porque sabed que el remedio de acabar esta última aventura no estava en los avisos del libro, que como aquí no oviessse engaño oculto más del manifiesto peligro que mostrava e como el cabo de las aventuras del jardín con perecer esta planta feneciesse, no dezía más sino que cortada aquella planta, de cuyos altísimos ramos tantos tiros de pesadas pelotas el que a le cortar se llegase avía de recibir, todo el pérfido jardín de Falerina sería desfecho sin alguna memoria quedar d'él.

Tornó el conde por el camino del valle por do avía venido e vase para la rica casa que en medio del jardín estava, cerca de la cual vio estar ligada a Falerina como él la avía dexado; e sin se parar, se fue do la planta estava e, sin se acercar a ella, la miró cuán eminentísima altura tenía y cómo el golpe de cada manzana que de arriba cayesse, según su grandeza, derribaría un hombre armado y que cayendo muchas, como de cierto caían según el libro contava, era muy cierta la muerte del cavallero que al tronco el árbol se acercase. E mirado que ovo el árbol y el peligro que decendía d'él, entrose en los palacios de Falerina, e mirando de una parte a otra por ver si fallaría lo que buscava, vido un retrainimiento dentro del ancho palacio, y con la mayor fuerça que pudo, se va corriendo para las gruessas puertas d'él, que cerradas estavan, e dioles tan gran golpe del pie, que desquiciadas de sus lugares las derribó en tierra; y de las cuerdas de los guarnimientos de la cama y de otras cosas de que para tal caso se pudo el conde aprovechar, las ligó la una con la otra por los cabos de arriba juntos e los cabos de abaxo abiertos, tanto, que el conde de dentro de entranbas pudiesse ir, poniéndoles en medio de las dos un palo atravesado que las no dexase juntar, e metido debaxo d'ellas, a manera de quien está en una choça, las llevó con harto afán, aunque las fuerças suyas eran mayores que de otro ningún cavallero ni gigante, e soliviadas las llevó encima de sí fasta las sacar al vergel; e como sacado las ovo, salió dentro d'ellas por descansar, e a poco espacio tomó la espada en la mano y entrose dentro d'ellas, e assí se las llevó fasta llegar junto al tronco del encantado árbol; e como el conde don Roldán se juntasse debaxo de las tendidas ramas, viérades caer de aquella desabrida fruta en tan grande abundancia e con tan grandísimo ruido, que era el mayor espanto del mundo oírlo. El venturoso conde, que sobre sí tantos tiros como de artillería sintió caer sobre él, con grande ánimo se apresuró de llegar al ^{<91r>} ^[92r] tronco, e llegando a él, con la espada ligeramente le

cortó como si fuera la más tierna cosa del mundo; y apenas la ovo acabado de cortar, cuando empezó a rebotarse el tiempo, desapareciéndose la claridad del sol con la más terrible escuridad del mundo, atronando tan fuertemente, que parecía fundirse la tierra, oyéndose muy espantosas bozes e muy espantable ruido, el cual duró un cuarto de hora; y en fin d'este breve tiempo tornó el cielo sereno como de antes, e todo el jardín tan raso como la palma, que árbol ni planta en él no pareció, ni muros, ni casa que todos⁶¹⁵ los diablos del infierno no lo destruyeron, salvo el tronco donde la mala de Falerina ligada estava, la cual ya no callava como de primero, antes crudelíssima y dolorosamente se lamentava, viéndose perdida e desamparada de sus engaños e jardín y mirando cómo sus altos edificios e fermosas casas eran desfechas sin memoria alguna de todo el parecer, ca todo se había tornado un campo raso. El venturoso paladín, que sossegado vido el tiempo, saliose debaxo de las caxcadas puertas e acércase a donde estava la cuitada de Falerina ligada, la cual, como le vido, con angustiosa palabra e de mucha compassión le dixo:

—¡O, flor de toda la cavallería del mundo! Yo te confieso clara y abiertamente que merezco no una muerte sino mil que se me pudiesen dar, porque he sido la más mala hembra del mundo e por mi causa tantas ánimas son en el infierno, a las cuales mis grandes engaños han dado crueles muertes. Mas si al presente tú me das la muerte, la cual yo verdaderamente bien merezco, darás causa que muchos cavalleros e donzellas perezcan, que presos están en la ribera de un río en una fuerte torre que está en la puente d'él, y todos son con engaño de un viejo llevados, e si una vez dentro entran, jamás salen sino para los traer al dragón que tú, buen cavallero, mataste a la entrada de la puerta primera. E non ha mucho tiempo que una encantadora donzella fue con el engaño del astuto viejo allí llevada y ni saben cómo [escapó] ni cómo se libró, la cual, cuando dentro estuvo, dixo que era fija del rey Galafrón y que andava por librar ciertos [cavalleros] que estavan encantados en la casa de Dragontina con el Agua del Olvido. E agora sé que está cercada dentro de una fuerte villa suya, llamada Albraca, juntamente con su viejo padre Galafrón.

Y, si os acordáis, esta era la puente que arriba vos contamos cuando el viejo se mostró a Angélica la Bella en la ribera donde muerto avía don Renaldos el centauro que a Flordelisa, la donzella de Brandimarte, llevaba, y con engaño el falso viejo a la torre la llevó, y ella se salió con el anillo encantado sin ser de nadie vista.

⁶¹⁵ todo To¹⁵²⁵.

Y esta era la torre donde sacaron a Prasildo y a Flordelisa para los llevar al dragón del Falso Vergel, y don Renaldos los libró por amor del cavallero que llorando falló a la Fuente del Llano, según arriba vos contamos.

E como Falerina esto contó al conde don Roldán, dixo:

—E si a mis palabras no das crédito, creyendo que no es assí lo que digo, llévame contigo ligada, que yo te juro, por la fe en que creo, de te no engañar ni de ti me apartar fasta que tanta gente sea liberada de prisión como te he dicho. Agora que la verdad te he contado, mira si me quieres matar o si quieres librar tanta gente de peligro.

El conde, que muy atentamente la estava oyendo, puesto que él por todas las cosas del mundo no la matara ni tal pensara fazer por ninguna manera, le dixo:

—Yo por cierto, Falerina, tenía en voluntad de te hazer morir en pago e galardón de tanto como tú has muerto; pero, porque creo que de tus malas obras te arrepentirás e por hazer essa buena obra que dizes, te dexaré la vida. Pero guarda no me engañes ^{92v} con falsas razones, que, si en rastro de tu engaño por pensamientos caigo, te costará la vida.

—Venturoso cavallero, no tengas tal pensamiento, e, si le tienes, en tus manos —esto dixo Falerina— faz de mí a tu voluntad. Sábeta que mi propósito es bueno y de dar la vida a muchos cavalleros e donzellas que presos están, e de allí retraerme a fazer, lo que de la vida me quedare, tantos bienes que basten a fazer olvidar tantos males como por mí se han fecho.

El conde que esto le oyó, desligola del árbol e juntos ambos a dos empieçan de caminar por el valle abaxo por donde mejor camino les parecía para llegar a la puente donde los presos estavan, y entranbos ivan a pie porque, como vos contamos, al conde le avía la engañosa donzella hurtado el cavallo y su espada Durindana, e Falerina ni tenía palafrén ni otra cavalgadura al presente en que pudiesse caminar.

E assí caminando a pie los dexaremos, por dezir lo que acaeció⁶¹⁶ en Albraca, la fuerte villa donde la fermosa Angélica cercada estava de la poderosa reina Marfisa.

⁶¹⁶ acaacio To¹⁵²⁵.

Capítulo lix. De lo que acaeció en la fuerte villa de Albraca donde Angélica la Bella estava cercada de la poderosa reina Marfisa.

Arriba vos contamos las nuevas tristes que vinieron al rey Sacripante cuando fazía la dura e muy reñida batalla con la alta Marfisa, e cómo rogó a Marfisa le pluguiesse dexar la guerra que a Angélica la Bella hazía, y cómo no lo pudo alcançar, e viendo cómo tornaron a la batalla a vencer o morir, y el poco daño que el uno al otro se fazían por ser las armas de Marfisa encantadas, e lo uno y lo otro por la gran destreza e inestimable ligereza de Frontalate, el buen cavallo del rey Sacripante.

Devéis de saber agora que, mientras esta batalla durava en el campo que delante la villa estava, el endiablado ladrón Brunelo aportó a la villa de Albraca, el cual venía por aver el anillo encantado de Angélica la Bella para que con él se viesse el jardín de Atalante, que en el Monte de Carena estava, donde Rugiero era criado, para que, visto e hallado, viniessen en compañía de Agramante en la passada que en Francia quería fazer. E como viesse Brunelo el ladrón la batalla que en el canpo se fazía, ovo plazer d'ello, porque a la entrada e salida que muchos del rey Galafrón fazían en la villa a bueltas él pudiesse entrar sin que en él parassen mientes, y como lo pensó lo fizo; y con la astucia de su sutil arte, tomó habla con unos criados del rey Galafrón, por donde astuciosamente fue avisado de lo que él quería, sabiendo que Angélica sienpre traía el anillo en su mano y las virtudes del anillo. E sabido que lo ovo, entrose dentro al aposento donde Angélica la Bella estava parada a una finiestra de donde podía bien ver las batallas del canpo, y estava tan atenta mirando la soberviosa batalla que entre Marfisa y el rey Sacriapante passava, que de otra cosa no se le acordava. En esto, el endiablado Brunelo, que la maldad pensada tenía, vase para el estrado a donde ella estava e, seguramente llegándose a ella, le tomó con gran fuerça la mano, que defender no se pudo, y sacole el anillo del dedo; e assí como se le ovo sacado, se va la puerta a fuera de la sala. La fermosa Angélica, que el anillo preciado del su dedo forçosamente se vido sacar, empeçó a dar las mayores bozes del mundo, en demás cuando con él fuir le vido diziendo:

—¡Ay, ay, tomalde, tomalde, que me ha robado mi precioso anillo!

La gente del castillo, con las bozes de Angélica la Bella, se turbó, poniéndose todos con gran alboroto en armas; mas poco les aprovechó, que ya el endiablado Brunelo se avía escondido donde nadie le pudo ^{93r} ver ni sentir, ca en semejantes

cosas era el más diestro ladrón del mundo. Angélica la Bella no dexava de dar muy grandes gritos diziendo:

—¡Ay, desventurada de mí! ¡Perdida soy si no me avéis el ladrón a las manos!

El traidor de Brunelo, que por le no perder se avía puesto el anillo en la boca, puesto que él no sabía que tal virtud tenía, andava cuasi junto con los que le buscavan; él, que viendo la gente temía el peligro de ser tomado, ligeramente sube la roca arriba fasta dar en el río que el fuerte castillo cercava, y, lançándose al agua, iva por la corriente d'él nadando como un delfín. Angélica la Bella, que la verdadera pérdida del anillo vido y que no avía remedio para le cobrar, dávase con las manos en su fermoso rostro, lágrimas en gran abundancia derramando y como desesperada dezía:

—¡O, mal aventurada, más que todas las donzellas del mundo, [la] más perseguida de las nacidas!, que una desventura tras otra me viene. ¡O, cuánto la Fortuna me sigue!

El sutil Brunelo salió del agua ya que alongado del castillo se vio y enxugose a la ribera lo mejor que pudo, e desde allí empeçó de atalayar el campo donde la batalla passava, e vido cómo se combatían la fuerte Marfisa y el buen guerrero rey Sacripante; y como ambos a dos estuviessen cansados e sus cavallos también, ovieron por bien el uno y el otro de reposar y arredrónse de consuno por tomar espacio. Brunelo, que assí los vido, dixo, poniendo el anillo en su dedo:

—No me medre Dios si de tan fuertes e nonbrados guerreros algo no gano yo que a mi tierra lleve.

E fuesse la ribera abaxo fasta llegar al llano, e vido al rey Sacripante que pensativo estava assentado sobre una peña, pensando en las nuevas que de la destrucción de su reino le avían venido, e la muerte de su querido hermano e cómo no podía de su corazón partir el amor de Angélica la Bella para dexalla en tiempo de tanta necesidad, y pensando estas cosas, parecía que fuera de sí estava. El maldito Brunelo llegó aquel lugar e tomó de las riendas de Frontalate, que en la mano el rey Sacripante descuidadamente tenía, e, corriendo, se apartó del rey Sacripante un trecho, llevando el ligero cavallo de diestro; e como arredrado se vio, cavalgó en él, bolteándolo por el campo, e vido cómo Marfisa avía puesto el spada sobre los arzones de su cavallo y, estando a pie, se adobava una pieça de armas que en la contienda

d'ella e del rey Sacripante se havía desconcertado; y arremete ligeramente a ella, e juntando con el cavallo de Marfisa, tomó el espada que sobre la silla estava, que quantos allí estavan no fueron señores de se lo resistir. La alta Marfisa, que lo vido ir con su espada, cavalgó sobre su buen cavallo para le seguir, diziendo:

—¡Espera, ladrón, espera, no te vayas, que yo te daré el pago de tu hurto!

Mas como Brunelo estuviesse sobre uno de los más ligeros cavallos del mundo, haziendo poca cuenta de Marfisa, le iva delante faziendo mil befas y dezía:

—Estas dos preciadas joyas y otra que secreta llevo empresentaré yo, a pesar de todo el mundo, al que acá me embió.

Marfisa que le sigue, le va cruelmente amenazando, diziendo que le avía de costar la vida, mas poco curava Brunelo de sus amenazas, como aquel que no pensava por uña de cavallo ser preso.

Dexemos a la alta Marfisa, que siguiendo iva al malvado Brunelo, e tornemos al rey Sacripante, que de ver la pérdida de su cavallo stava como fuera de seso pasmado, e más viendo cómo Brunelo llevaba el espada a la poderosa Marfisa y cómo ella le seguía a gran poder; e dezía:

—¡O, Sancto Dios!, ¿es verdad que me lleva aquel pequeño peón mi cavallo? ¿Cómo tan desacordado me halló que me le tomó delante mí, sacándome las riendas de la mano? Por cierto mal escarnido ^{93v} soy, que ni sé si fue por arte del diablo tan ligero hurto como fue. No tengo remedio de cobrar tan gran pérdida si mi señora Angélica no me remedia con su encantado anillo para que lo pueda cobrar.

Y con gran enojo diziendo esto, viendo que Marfisa, yendo tras Brunelo que el espada le llevaba, era perdida de vista, se buelve a pie como estava al castillo, maldiziendo a Brunelo que tan gran mal le avía fecho e tal escarnio. E como entró dentro en él, halló a Angélica la Bella caída en su estrado, como fuera de sentido quasi muerta, que dolor grande era de la ver; e llegose a ella con una amorosa palabra [e], llamándola por su nombre, le dixo:

—¿Qué es esto, señora? ¿Quién vos ha fecho tanto enojo que tal caso es el que tanto sentis? Torná, señora mía, en vós, torná, no vos dexéis assí descaecer. Dadme, señora, parte de vuestra cuita, ca no es más mi vida de quanto vuestra alegría durare.

Angélica, que lo oyó, tornó un poco en sí, diziendo:

—¡O, rey Sacripante, cuán gran pérdida es la mía! Agora será mi vida acabada por mano de la cruda Marfisa. Agora seré puesta en su prisión. Perdido he ya la mi esperança. Ya soy cierta que me faltará el remedio, pues perdido he mi tan preciado anillo, en el cual, después de Dios, estava mi último remedio.

No sabía nada del anillo perdido el rey Sacripante, porque, como avéis oído, él estava en el campo con su enemiga Marfisa faziendo batalla; mas luego los presentes le contaron cómo el falso ladrón havia tomado el anillo, e cómo de nadie no fue visto para poder ser seguido; y el rey con gran dolor dixo:

—Pues sabed que esse mismo me robó delante de mí mi cavallo Frontalate y, después que sobre él subió, robó a ojos vistas el espada a Marfisa, la cual poderosamente sobre su gran cavallo le va siguiendo; mas yo sé de cierto que le no alcançará, porque mi cavallo no tiene par en ligereza en el mundo.

Ellos, que en su plática estavan ocupados e maravillados del gran ardid de aquel chico peón e su atrevimiento, oyeron gran ruido en lo baxo de la villa y en lo alto de la fortaleza, que a grandes bozes dezían: «¡Alarma, alarma!».

El rey Sacripante que lo oyó, fue por los miradores a saber qué era y vido muchas vanderas y gran gente que arribava al real con gran estruendo. E sabed que esta era la gente de Turquía que traía el Gran Caramán por el mandado que embió allá el rey Torindo cuando enojado se salió de la fortaleza de Albraca, como arriba os contamos; y llegados al campo tanto número de cavalleros turcos, fizieron con el fuerte Torindo juramento de se no partir de allí fasta asolar la villa e la fortaleza, e fazer a Angélica la Bella morir de mala muerte. Angélica, que las nuevas oyó, temblava toda de espanto, viéndose desamparada de gentes e de su preciado anillo, con el cual pensava ella en las mayores necessidades librarse. Allí se le acordó de la gran defensa que en un tiempo tuvo en el gran conde don Roldán; echávale de menos e maldezíase a sí misma del mal galardón que le avía, en pago de tantos buenos servicios, dado, embiándole a donde pereciese. Esto dezía porque le avía embiado al Falso Jardín de Falerina. Maldezía assimismo al dios de Amor que assí la avía enlazado en el amor de don Renaldos, por lo cual havia perdido su defensa y estava en punto cierto de perder la honra juntamente con la vida. Dezía:

—¡O, ciego Cupido, cómo me has enbeleñado y sacado fuera de mi entendimiento! ¡Cómo soy ciega! ¡Cómo tú, tapados los ojos de mi entendimiento con venda de afición, texida con el telar del verdadero querer y golpeada de mano de

la contemplación que siempre mira, aunque ausente, en la fermosura del buen cavallero don Renaldos de Montalván! ¡O, sola donzella llena de dolor y cercada de ^{94r} angustias de cada parte!

Gran compasión era oír lamentar a la fermosa Angélica la Bella, solamente estava con ella el buen rey Sacripante, el cual no salía al campo a su acostumbrada batalla porque había el su buen cavallo perdido, la destreza del cual le fazia mantener batalla contra Marfisa; estava el más penoso hombre del mundo, viendo la pérdida de su reino y la destrucción de sus gentes, e la muerte de su hermano, y doblávasele su pena viendo el dolor de su señora y el poco remedio que se esperaba; e todo su dolor e pérdida olvidara el buen rey si ayuda o socorro pudiera dar a su señora Angélica la Bella por la sacar de tanta necesidad.

El fuerte castillo de Albraca estava bien proveído para tres meses e más de toda vitualla. El rey Sacripante llamó al rey Galafrón para que, como hombre más sabio e más antiguo, diessen orden con su consejo de lo que en tanta necesidad avían de fazer; y, estando todos tres, el rey Galafrón y el rey Sacripante e Angélica la Bella, en consulta de su remedio, el viejo rey Galafrón dixo:

—Yo no veo otro ningún remedio, de que en tanta necesidad nos acorramos, como buscar algún pariente o amigo poderoso que ponga su persona y estado para nos socorrer en tal extremo; e si Dios tanta merced nos fiziesse que nuestra necesidad pudiesse ir a oídos de mi pariente el rey Gradaso, que en la India tiene su señorío, él, después de Dios, nos sacaría de la cuita en que estamos y nos vengaría de nuestros enemigos; mas la persona que tal mensaje llevasse, avía de ser de gran cuenta y que se diesse gran recaudo como si a él tocasse nuestra extrema necesidad, que de otra manera sería nuestra esperanza vana; porque sabed que es de persona y de estado tan poderosísimo, que en el mundo no tiene par, y sé de cierto que está en el mejor tiempo del mundo para nos socorrer, porque él ha fecho gran llamamiento de gentes para passar en Francia, porque una vez passó e ganó a toda España, o la mayor parte d'ella, e puso cerco sobre París y prendió cuasi todos los paladines y al emperador Carlomagno e le tuvo preso en su poder, e después, usando de gran manificencia, le soltó con condición que le diesse un cavallo e una espada; e como mucho tiempo ha que se lo prometió e no se lo ha dado, quiere pasar en la cristiandad e destruirlo. E sabed, que según quien él es e su gran poder, que muy ligeramente lo hará.

Angélica la Bella, que tal remedio e tan certificado sentía, bolvió los llorosos ojos sospirando contra el rey Sacripante, cuasi mostrándole que él podía ser el buen mensajero por su amor si quisiesse; e apenas le hovo mirado, como aquel que verdaderamente la amava de todo en todo, la sintió, e con ánimo deliberado promete al rey Galafrón de fazer aquel viage, pues con él vernía tal remedio a su señora Angélica la Bella. En mucho se lo tuvo el rey Galafrón ofrecerse a tanto trabajo, e así mismo Angélica le Bella, la cual, aunque le no amava, como aquella que todo su amor tenía con el buen Renaldos de Montalván, por le dar favor para tan trabajoso fecho, le dixo:

—Rey Sacripante, rogad a Dios que salgamos de tanto trabajo, que yo espero en él de vos servir la buena voluntad que me mostráis y los fechos que por mí hazéis.

El rey Sacripante, que en paraíso estava oyendo tales palabras, dixo:

—Señora, mientras la vida me durare toda la gastaré en vuestro servicio, aunque sepa passar por el filo de la muerte.

E como aquel que tenía gana de la servir, no se cura de detener más, salvo que, venida la noche, se puso en hábito de romero peregrino; y con su esclavina e bordón, por no ser conocido, se sale de la villa, puesto que debaxo de tal hábito iva bien armado e su buena espada ceñida con lo que para tal camino hovo ^{94v} menester, y passa por medio de los enemigos sin ser conocido; y tomó su camino la vía de levante, donde muchas hermosas cosas en el camino le acaecieron, las cuales a su tiempo vos contaremos por estenso.

Capítulo Ix. De la passada que el fuerte moro llamado Rodamonte fizo en la cristiandad, y lo que en el camino, por la mar navegando, le acaeció.

Contado vos avemos arriba cómo Rodamonte, el fuerte y endiablado pagano, viendo las dilaciones que se ponían en el consejo de Agramante y cómo él dava algún crédito a ellas, en especial en las adivinanzas del Rey de Garamanta, se salió de la ciudad y se fue para la ciudad de Argel, determinando de solo él con su gente passar en Francia e no esperar más compañía de otro ningún gran señor. E venido a la ciudad de Argel, empeçó a dar orden en su partida, y llamar muchas gentes y hazer grande armada por mar; y tal recaudo fizo poner en ello y tal diligencia, que en muy breve tiempo ayuntó gran cavallería y peonage, y se bastecieron muchas pieças de

navíos e fustas, assí de bastimentos e vituallas como de armas e cavallos en gran abundancia. E todo estava a punto, que otra cosa no esperavan sino próspero viento con que seguramente pudiesen començar su viage. E como assí suspenso estoviesse el fuerte Rodamonte, esperando sossiego en la mar, estava desesperado de tanto esperar, como aquel que un día le parecía un año de tardança; y con un ánimo robusto e airado fuera de medida, maldezía los vientos y el mundo todo, y blasfemava de sus dioses como un can rabioso, que no avía quien delante se le parase; dezía:

—¿Cómo yo tengo d'estar sometido al viento e a la mar como si fuesse su vassallo, teniendo yo de ser su señor y ellos mis súditos? Mal me fagan los dioses, si tanto yo espero, sino que muera o biva, abone o faga tormenta cuanto se pagare, que de embarcar tengo y passar a destruir la cristiandad.

E con un sobervioso coraçón, de muy infernal sobervia lleno, fizo llamar a un patrón suyo, hombre viejo e muy sabido en el arte de marear, llamado Esconbrano, y díxole:

—¿Cómo avemos d'estar suspensos aquí toda nuestra vida?, ca oy ha doze días que todo está a punto [e] que nos estamos ociosos, que juro por Macón ya avía de ser en este tienpo asolada de mí toda Francia y el mundo todo de mi pasage temeroso. ¡Sus, sus! ¡No aya más dilación sino morir o bivar! ¡Vamos de aquí!

—¿Cómo, señor, —dixo Esconbrano, el almirante— estás por ventura desesperado que assí en tal tienpo, como aburrido, te quieres meter en la mar? Cata, señor, que veo los vientos muy contrarios e muy malas las señales, ca veo el sol turbado en su lumbre y la luna de noche unas vezes roxa e otras amarilla, que son señales muy ciertas de gran tempestad; veo aorillarse los delfines e mostrarse sobre el agua muy a menudo, y las agoreras aves en el agua bañarse, que, si en tal tienpo entrásemos en la mar, todos seríamos anegados.

Y aunque el viejo marinero estas e otras muchas cosas dixo a Rodamonte, no le pudo mudar su pensamiento determinado, antes con palabras bravas e muy temerosas le dixo:

—Haz lo que yo quiero, que si me ahogare, mío será el daño, ca no me doy una vil meaja porque todos perezcan en la alta mar con tanto que yo solo pueda passar en Francia, que por Macón juro, si con la vida allá passo, yo solo la ponga por el suelo y la arda sin ayuda de otra criatura. Por esso, sin más detenimiento, haz

llamamiento que toda la gente, en esclareciendo, sea en las naves, ca no me quiero más detener.

El almirante Esconbrano faze luego lo que Rodamonte le mandó, y puesto que él vía ^{95r} muy gran peligro aparejado, no ossó hazer otra cosa. Y otro día por la mañana, Rodamonte e toda la gente con gran grita entraron en sus naves y alçaron los marineros velas, y empeçaron a navegar la buelta de Francia; y subidos que fueron en alta mar, viérades rebolverse el cielo y escurecerse todo, y contrarios vientos de una parte e de otra combatir e desbaratar el armada. Allí gritos e alaridos, que al cielo parecían llegar, se oían, todas las naos casi llenas de agua que en gran abundancia caía sobre ellas; tantos truenos e tantos relámpagos se veían, que toda la gente, no se pudiendo gobernar, estava desafuziada de la vida; solo el furioso Rodamonte no tenía miedo alguno, antes, viendo que por la tal tenpestad su pasage se cunplía, blasfemava del cielo e de la tierra y de quien ⁶¹⁷ lo avía criado, e andava como un león bramando de unas partes a otras, que, aunque el granizo y la elada agua sobre él caía en mucha abundancia, no se dava nada por ello más que si estuviera en un cerro estufe a su plazer.

Agora sabed que, trabajando Rodamonte y su armada en la tempestuosa mar, avían a Carlomagno llegado nuevas avisándole de todo lo que contra la cristiandad se aparejava; e como él fuese uno de los más proveídos príncipes del mundo, hizo llamamiento en la gran ciudad de París, al cual todos los grandes de su imperio fueron juntos, donde fueron todas las fronteras de gente proveídas, porque descuidadamente non fuessen de los enemigos salteados ni tomados a sobrevienta. E porque sería prolixidad contaros particularmente qué lugares fueron proveídos de guarniciones e de qué cavalleros y capitanes, no se vos dize, baste que fueron muy bien proveídas todas las partes do más peligro se temía, e puestas todas las partes sobre el aviso muy a recaudo.

Pues tornemos al furioso pagano Rodamonte, que las bravezas que fazía, viéndose en tan gran tempestad de tormenta metido, no llevavan número, donde seis días y seis noches anduvieron con tan mal tiempo, que ni los marineros sabían en qué parte estavan, ni en qué lugar; mas al séptimo día, la gran fusta en la que el fuerte Rodamonte iva aportó al puerto de Mónaco, donde vieron ya el tiempo algún tanto más sereno y sossegado. Assí como vieron tierra, fueron todos los más alegres del

⁶¹⁷ quien To¹⁵²⁵.

mundo; e Rodamonte, olvidando su trabajo, no sabía qué plazer se hazer ni mostrar de la grande alegría que tenía; e miró por el agua e vido muy degregada toda su flota, y esperó, faziendo grandes muestras, para que todas se ayuntassen, las cuales en breve espacio se juntaron; mas, mientras en esto se detenían, todos los ciudadanos se pusieron en armas y con grande alboroto y sonoro rumor salen a la marina a defender el puerto porque conocían las vanderas ser de enemigos paganos. El bravo moro Rodamonte dezía:

—¡Esperad, vil canalla, ayúntense mis apartadas naos, que yo vos mostraré con quién queréis tener pelea!

E junta que fue el armada, falló que se avían algunas fustas perdido e anegado, mas no hizo muestra de sentimiento alguno, antes mandó armar toda la gente e poner a punto, porque vio que los ciudadanos se ponían en defensa del puerto. E assí como la gente de la ciudad vido que los moros se ponían en llegar a tierra, viérades tirar las frechas, dardos, lanças, que toda el agua iva poblada de almazén. Los paganos, assí mismo, les tiravan diversas armas, por donde viérades travada una muy gran pelea, tanto que las bozes llegavan al cielo; tan esforçadamente se avían los cristianos en el pelear, que ni por pensamiento dexavan llegar ningún pagano al puerto.

En esto, salió de Mónaco⁶¹⁸ el conde de Cremona, llamado Arcimbaldo, cavallero muy esforado a maravilla. Este era ^{95v} hijo del rey Desiderio, el cual estava con mucha gente por mar e por tierra dentro en Saona, proveído en aquel lugar porque pudiesse vedar el passo a la gente pagana, donde fue avisado de su fijo Arcimbaldo de cómo eran los paganos llegados a Mónaco e la gran pelea que con ellos se fazia por les vedar el passo. Esto le fizo saber su fijo porque viesse lo que cunplía fazer.

En esto, viérades de una parte e de otra el cruel combate, que espanto era de lo ver. El endiablado pagano Rodamonte, viendo que no podía usar de sus fuerças por estar alexado de la tierra, fortíssimamente armado, se faze en una cubierta barca grande llegar a la orilla con ánimo de enemigo; e llegado que fue cerca de tierra, sin ningún pavor, salta en el agua, que de codicia de se ver con la gente cristiana no vía la ora de salir a tierra, y el agua sobre la rodilla, con su pesada porra de fierro azerada, empieza a ferir y derribar de aquella gente lombarda como si fueran ovejas;

⁶¹⁸ monico To¹⁵²⁵.

e puesto que de la mucha gente que allí cargava fuesse el fuerte y endiablado moro combatido, no fazía más minción que si fuera una torre de mármol; mas triste de aquel que a sus manos podía tomar, que le no hazía menester maestro. E sabed que, por más e más que varonilmente los cristianos peleassen, tanto fizo por su persona Rodamonte, que, a pesar de la mucha gente que allí estava, fizo lugar con que la suya desembarcar pudiesse e tomar tierra; e, si el ayuda de la gente que en su guarda traía le hiziera mucho menester, no creáis que, según toda venía cansada y lacia, le sacaran de necesidad, más tanta era su gran fuerça e tan estremada su bondad e fortaleza, que más que de gigante se podía contar, e junto con esto, estremada ligereza, acompañada de ser muy diestro en las armas y en el ferir.

En esto, el conde Arcinbaldo, que la destrucción tan grande vido de sus gentes fecha por solo un endiablado pagano, como diestro cavallero recoge su gente e pónela en gran ordenanza; e mueve por segunda vez contra sus enemigos, que ya los más salidos eran de las naos, y, él delante, baxó su lança contra Rodamonte (que a pie estava), e pensando quitarle la vida, del cual encuentro muy poderosamente le hirió. El fuerte africano espera el encuentro como si una cosa de burla esperara. El conde quebró su lança en él e no le movió más que si un fuerte peñasco encontrara; e al passar cerca d'él con una ligera carrera, díole Rodamonte de revés con su ancha e cortadora espada tal golpe sobre el escudo, que quanto d'él alcançó le echó por tierra, y no parando allí, puesto que el escudo era muy fuerte, con la punta le alcançó sobre las armas en el costado que las cortó muy fácilmente y le fizo en él una gran ferida; e cierto el conde cayera en tierra sino que fue acorrído presto de su gente, e mal ferido fue llevado al castillo; e como la gente supo que Arcimbaldo era mal ferido, como ovejas sin pastor cada uno fazía a su voluntad, donde casi todos murieron por manos del fuerte Rodamonte y de su gente. E como libre vieron el canpo y ellos enseñoreados sobre él, empezaron a 'tendarse sobre el fuerte castillo, sacando muy ricas tiendas de las naos e los cavallos que bivos quedaron de la gran fortuna. Allí echaron menos muchas pieças que con grandes averes e bastimentos de guerras avían perecido, e fallaron mucha gente menos; mas el cruel Rodamonte no hazía de toda la pérdida ninguna minción, diciendo a todos que se esforçassen y que se oviessen muy cavallerosamente en la guerra, que él se ofrecía por una pérdida dalles mil ganancias, diciendo:

—Tened por cierto lo que os digo, que no passará mucho tiempo que no seamos en la rica Francia, donde vos daré de tesoros ^{96r} e grandes riquezas las manos llenas, que el menor de vosotros se tenga por muy bien aventurado.

Y esforçando d'esta manera toda su gente, procuraron de se refrescar con gran alegría sobre el llano campo de la ribera de Mónaco.

En esto, el conde Arcimbaldo fizo muy aceleradamente un mensajero a su padre el rey Desiderio, contándole por estenso la pérdida de sus gentes y cómo los enemigos avían tomado tierra, e assimismo faziéndole saber la gran valentía e soberana fuerça de Rodamonte el Africano. E d'este modo hizo otro al duque Naymo de Baviera, que con grandes compañías estava en Marsella, avisándole de todo lo que avía sucedido, las cuales, cuando las tristes nuevas de Arcimbaldo oyeron, sin se más detener, assí el rey Desiderio como el duque Naymo, mueven a gran prisa con todas sus gentes de armas para venir a Mónaco antes que la pagana gente y el fuerte y endiablado Rodamonte más daño hiziessen en los cristianos e de lo fecho tomassen muy cruda venganza.

Capítulo lxi. De cómo el rey Desiderio y el duque Naymo de Baviera vinieron en socorro de Arcimbaldo, que en la fortaleza de Mónaco estava ferido y del fuerte Rodamonte cercado.

Cuando el rey Desiderio oyó las nuevas que su fijo Arcinbaldo le embió, ovo gran pena de oír el desbarato de los cristianos y el miedo que todos tenían al africano Rodamonte, e con la mayor priesa que pudo, fizo ayuntar sus gentes e movió de Saona a gran passo por socorrer a su hijo el conde; y el duque de Baviera, cuando también supo las tristes nuevas, no se tardó en Marsella, antes movió con toda su gente sin se detener, caminando a toda furia. Y tanto fue el andar que ambas las armadas hizieron, que una mañana se vio la una gente a la otra, digo la gente del rey Desiderio y la gente del duque don Naymo⁶¹⁹. Y la gente de Rodamonte, que en medio de aquel llano estava, que vido de una parte e de otra cercarse de enemigos, fiziéronlo saber al fuerte Rodamonte, el cual, como lo oyó, no ovo ningún pavor, antes mucho plazer por fazer destrucción en los cristianos, que este era su desseo; e salió de su tienda a mirar e vido tantas compañías de gentes e tanta multitud de

⁶¹⁹ Estolfo To¹⁵²⁵.

vanderas de que él se maravilló, no por ellos, sino por cómo eran así avisados tan presto para se juntar tantos en la venida; e demandó sus armas e fizose armar, e asimismo fizo armar los suyos; e los que cavallos alcançavan, fizo subir a cavallo, e a los otros de pie fizo poner en mucha ordenança so obediencia de muy fieles e sabios capitanes; y él cavalgó en un poderoso cavallo; e vase con los de cavallo solos contra la gente del duque Naymo de Baviera, en la delantera de la cual venía la fuerte dama, hermana de Renaldos, madama Brandamonte, y con ella el duque Naymo, y Otón, y Belenguerio e Roberto de Asti, y el Conde de Lorena; e quando el cruel y fiero pagano vido que los cristianos tocavan sus instrumentos e con gran alarido querían mover contra él, dixo a grandes bozes a los suyos:

—¡Estad todos quedos, que yo solo quiero desbaratar esta poca e villana gente!

Y sabed que eran más de seis mil cavalleros sin los peones e muy bien armados. E a gran correr de su cavallo, se dexó ir a los que la delantera traían y encontrose con el conde de Lorena, llamado Ansuardo, e tal golpe le dio con una gruessa lança, que de parte a parte le passa con ella como si no viniera armado; e como al caer se quebrase la lança, pone mano a su ancha e pesada espada, y métese entre todos los cristianos e tanta destrucción empieça a ^{96v} hazer en ellos como faze el ardiente fuego en la seca paja.

E pensar se debe que por pecados de cristianos permitió Dios que un pagano fiero como este tuviesse tanta e tan endiablada fuerça, con la cual hiziesse en ellos tanto estrago, que viérades cortar hombres por medio e cavallos como si fueran delgadas ramas de árboles, tanto que espanto era ver sus desmesurados e crueles golpes.

E con tanta furia y ravia se metía entre la gente como un fiero león, tanto que los suyos lo perdieron de vista, y pensando que peligraría entre tanta multitud de contrarios, mueven contra los cristianos con gran alarido, que la tierra ronpía, e métense entre ellos, firiendo e matando cuantos podían; mas si el fuerte Rodamonte no fuera su capitán, poco daño fizieran ellos en la gente del duque, que más fazía solo el fuerte africano que todos ellos.

Assí como aquel señalado paladín ovo muerto, endereçó para la fuerte donzella Brandamonte, la cual se vino para él la lança baxa, que⁶²⁰ bien parecía en su meneo al buen Renaldos de Montalván, su hermano, y tan gran golpe dio al pagano que, faziendo pedaços la lança, le fizo con algún sentimiento doblugar sobre su gran cavallo; mas el fuerte Rodamonte le dio tan gran golpe del espada al passar que, si por malos de sus pecados le acertara, pudiera ser que la firiera de muerte. Pero Dios la libró de aquel fortísimo golpe, el cual assentó junto a la silla del encubertado cavallo en que iba, que las fuertes coberturas no fueron para le librar que los lomos no le cortasse, de manera que cayó el cavallo cuasi en dos partes con su señora en tierra. Allí empeçó a cargar sobre ella mucha gente pagana; mas la valiente donzella, que tal peligro veía delante sí, bravamente se defendía, de tal manera que no parecía sino un bravo toro torneado de gente. El pagano, que discurriendo por todas partes iba, topose con Roberto de Asti e fuesse para él su ancho cuchillo en la mano, e diole tal golpe, que en dos partes hendido le echó por tierra. Los cristianos, que tan desaforado golpe vieron, empeçaron a fuir ante él como del enemigo infernal, que quien sus cosas por entero quisiesse contar no le bastaría péndola para las escrevir, ca tantas eran sus fuerças, que no parecía sino que no se dava nada por ver ante sí todo el mundo. Todo el canpo tenía cubierto de muertos e las yervas todas tintas en sangre de su mano de aquel crudelíssimo africano Rodamonte, en tal manera que ya medio desbaratada la gente de los cristianos ivan huyendo de donde vían que andava, que solo ver su brava e horrible catadura no osavan, el cual, como un carnicero, andava casi todo tinto en sangre, y el cuchillo ancho que en sus manos traía hasta la empuñadura toda de sangre de cristianos iba roxeando, que dolor y compassión era de lo mirar. En este tiempo que la gente medio desbaratada d'él fuía e la gente del rey Desiderio estava embuelta con su peonage de Rodamonte, faziendo en él muy grande estrago; el fuerte sarracín que lo sintió, tomó una pieça de paganos que armados a cavallo su mandado esperavan e va a ferir en los cristianos que sus peones destruían, y empieça a fazer en ellos tan gran mortandad cual nunca tal ni tan grande fue vista, despedaçando cavallos e cavalleros e matando peones, de arte que en muy breve tiempo se sintió su entrada; todos los desgregados cavalleros del duque Naymo se recogieron y se juntaron con la gente del rey Desiderio, y tantos eran los muertos y

⁶²⁰ que que To ¹⁵²⁵.

los destroçados, que el buen duque, que los mirava, quería morir de dolor; y alçando los ojos al cielo, decía:

—¡O, Redentor y Señor nuestro! Si por nuestros grandes pecados tanto mal en los cristianos consientes, plégate, Señor, de inclinar tu justicia e usar con nós ^{97r} de⁶²¹ misericordia e [no] permitas que este cruel y renegado dragón trague e destruya tu pueblo cristiano.

En esto, enbió muy prestos mensageros a Carlomagno, faziéndole saber la gran destrucción que Rodamonte hazía en los suyos, esto porque proveyesse por este aviso lo que necessario era en tal caso.

En esto, el cruel Rodamonte no cessava de hazer su destrucción, e andando por entre lo más junto de las batallas, tópassse con el buen cavallero Bivón de Donzona e muerto de un solo golpe le echó por tierra; este era un paladín de Francia harto nonbrado cavallero e de gran ardid. Ya el cavallo de Rodamonte no se podía menear de cansado, assí por el mucho trabajo que sin un punto reposar avía avido como por el gran pesso de Rodamonte, que él era de cuerpo de gigante, mas las fuerças suyas eran en grado muy mayores e las armas que él traía eran muy gruessas e cargadas, tanto que avía en ellas peso de tres arneses comunes de cavalleros; e como vio que su cavallo le faltava en tal tiempo, baxose d'él e a pie, con una presteza e ligereza más que de cavallero, e faziendo mortal asolamiento en los contrarios, no paró en un lugar; e de tal manera por donde iva fazía escombrado el canpo como faze el aire bravo en las fojas de los árboles a la entrada del invierno, dexando las ramas d'ellas limpias de las secas fojas que sin radical substancia se quieren caer. El buen duque Naymo, que tanto daño e mal no pudo sufrir, tomó una gruessa lança muy bien azerada, e como a pie vido al sarracín, espoloneó el cavallo con muy gran furia e va la lança baxa por encontrar al fuerte Rodamonte; y él, quando venir le vido con airado ánimo, le esperó e no le hizo el encuentro un solo pie menear del lugar de do estava, aunque la lança fue fecha menudas pieças; e no librara el duque assí como libró al passar, porque en pos d'él venía muy cerca a encontrar también a Rodamonte Amérigo, duque de Borgoña; mas este pagó por ambos, que assí como su lança hovo en él quebrado, al passar tal golpe le dio encima de la espalda, que fasta los huesos le cortó e dio con él muerto en tierra. En esto, se alçó el alarido de los cristianos fasta el cielo, y el buen duque Naymo, con cuatro fijos suyos muy esforçados cavalleros, (los

⁶²¹ de de To ¹⁵²⁵.

cuales eran Avino, e Avorio, y Otón y Belenguerio), e todos juntos, las espadas en las manos, a cavallo van sobre el fuerte Rodamonte por le quitar la vida de todo punto; mas él poca minción fizo d'ellos, que como de todos cinco con grande ímpetu se vido golpear, alça su ancho e mortal cuchillo e dio al buen Otón tan gran golpe sobre el yelmo que, si Dios no lo librara milagrosamente, allí fuera muerto e fecho dos partes; mas bolviose el cuchillo de llano e, aunque le no firió, dio con él en tierra atordido; e de otros dos golpes que fizo, echó también a los otros dos hermanos, Avorio e Belenguerio, feridos de muerte en el campo; e assí hiziera de los que quedavan si no que el rey Desiderio, que tanta gente allí vido fecha una muela, creyendo que allí estaría el fiero pagano haziendo en los nobles de su compañía muy grande estrago, tomó de sus cavalleros lombardos al pie de dozientos, los que él entendía ser más esforçados; e con muy grande ánimo rompe aquel apiñado escuadrón hasta llegar adonde el crudelíssimo pagano Rodamonte tenía tendidos en tierra los tres hermanos, hijos del muy noble duque de Baviera. E como el fiero pagano vido que tanta multitud de cavalleros cargavan en tal manera sobr'él, alçó su fiera catadura para los mirar cómo estavan, e con alta boz les dixo:

—¡Ea, ea, viles, venid todos a mí, que non vos tengo en nada!

E diziendo esto, caló su visera ^{97v} de su grueso yelmo, y el gran cuchillo a dos manos, empieça, bramando, a se meter entre ellos, dando muy grandes golpes a diestro e a siniestro, que todos atemorizados huían de ante él. Como el bravo león de la floresta se muestra cruel temiendo a los caçadores, que a sus espaldas siente ponerle lazos en que muera, tal andava entre los cristianos esta pagano, cortando armas, destroçando arneses, matando cavalleros, que assí fuían d'él como el polvo se desparze ante la furia del viento. No ay lengua humana que sus males e daños fechos a los cristianos pueda enteramente contaros, que tal andava el crudo Rodamonte entr'ellos, que su propia sepultura se podía dezir. La pagana gente también por su parte fazía la destrucción que podía, porque tal caudillo traían, que estrañamente por él se esforçava, donde, si Dios a su pueblo cristiano no ayuda, todos los cavalleros y peones, assí del duque Naymo como del rey Desiderio, serán destruidos.

Los cuales dexados en este estado, vos queremos contar del conde don Roldán, que con Falerina iva a pie caminando para libertar los presos que en la Torre de la Puente del viejo engañoso estavan.

Capítulo Ixii. De cómo el conde don Roldán e Falerina ivan a libertar los prisioneros que en la puente del viejo engañador estaban, e lo que en el camino acaeció al conde en la grande e pavorosa aventura del Lago Escuro donde habitava la Hada del Tesoro, llamada Morgana.

Contado vos hemos cómo el conde don Roldán acabó las grandes aventuras del Falso Jardín de Falerina, e cómo él y Falerina ivan juntos a la puente donde el viejo engañador, que arriba os deximos, estava, que de la ribera del río havia con falsas palabras llevado a Angélica la Bella porque en la torre avía llevado muchos prisioneros, assí cavalleros como donzellas, todos para que fuessen cevo del cruel dragón que en la primera puerta avía el conde don Roldán muerto. E sabed que ambos a dos ivan a pie, lo uno porque el conde don Roldán, como sabéis, no tenía cavallo, que la falsa y engañosa donzella al primer sueño de la noche se lo avía llevado juntamente con la buena espada, y lo otro porque Falerina avía embiado una su donzella con mensage y avía ido en su propio palafrén, de forma que, lo que mejor podían, ivan su camino hablando lo que más les contentava. E assí caminando, passaron lo que de aquel día les avía quedado; y cuando la noche vino, reposaron en una arboleda de hayas, que muchas e muy espesas las avía por allí; e venida la mañana començaron a proseguir su camino. E cuando el sol ya claramente se mostrava, alçó el conde los ojos e vio a la manderecha un llano muy fermoso que a la orilla de una gran laguna de agua estava; y vido una puente de maderos que para passar al valle sobre el lago era edificada; e como le vido, dixo a Falerina, que a su lado siempre iva:

—¡O, cuán fermosa arboleda está en aquella ribera que allí se paresce!

—Fermosa, sí, por cierto —dixo Falerina—, mas muy malaventurado es el cavallero que a ella quiere passar.

—¿Por qué? —dixo el conde don Roldán.

—Señor —dixo Falerina—, andemos, que yo vos lo contaré por estenso.

—Por cierto —dixo el buen conde—, mal contado me sería y por muy covarde cavallero sería yo tenido si, ofreciéndoseme la tal aventura, yo passasse adelante e la rehusase temptar.

—¿Pues cómo, señor —dixo Falerina—, queréis perderos e por començar una tan gran cosa, que acabar no podéis, antes perderéis la vida en ella, queréis, mi buen señor, dexar de acabar lo que avéis començado e ^{98r} dexallo al mejor tiempo?

El conde don Roldán dixo:

—Lo uno y lo otro avrán buen fin con el ayuda del alto Señor.

Falerina le dixo:

—Haz tu voluntad, que pues en mi jardín entraste e los peligrosos casos d'él venciste, cualquier otra cosa puedes començar por rezía que sea; pero sepas que esta es en grado muy mayor e más peligrosa; ten paciencia en la oír, que yo te la contaré. Sabrás, buen guerrero, que esta Morgana tiene los mayores tesoros del mundo ayuntados, e para guarda d'ellos ha fecho este gran lago que aquí vees por un estraño encantamento, el cual se llama el Lago Escuro; e forjó un cuerno de marfil que era para destruir todos los cavalleros del mundo, que sonándole salían de la tierra por tres vezes tres orribles aventuras, en las cuales muchos cavalleros fueron vencidos; e assí como se vencían, eran traídos en la prisión d'este Escuro Lago, en el cual están y estarán fasta que fenezcan sus días; e un estremado cavallero sonó el cuerno tres vezes e con soberana fuerça los acabó; e queriendo la donzella traer a este lago el cavallero que las aventuras acabó para que en guarda d'él estuviesse, contole las grandes riquezas d'él e diole orden cómo caçasse el Ciervo Encantado que los cuernos de oro mudava; e por más e más que le prometió, e de la fermosura de Morgana le dixo, no le pudo mover a codicia ni a⁶²² desordenado amor, porque, según la donzella manifestó, él estava enamorado en otro lugar muy firmemente; e como aquel no pudieron traer a este lugar por guarda, hizo buscar por todo el mundo algún cavallero que fuesse el más estremado que se pudiesse fallar; e fallaron uno que á por nonbre Aridano, la más valiente e fortísima persona del mundo, tal que se no halla otro que en destreza e ligereza e fuerças desmedidas igualar se le pueda, con las cuales muchos cavalleros ha trabucado de la puente abaxo en el Lago Escuro, y desde que son caídos no se sabe d'ellos parte alguna si son muertos o si son bivos, que es la más dolorosa cosa del mundo; y este Aridano es tan diestro que, si cavallero falla que se le iguala, por ventura abráçase con él e ambos caen en el lago hondo e, dexado el contrario abaxo, tórnase él nadando sobre el agua, armado como está, tan ligeramente como un pez muy acostumbrado a bivar en el agua e tórnase a salir a

⁶²² de To ¹⁵²⁵.

tierra. E sabed que es esta la verdad d'este fecho. Por esso, mira lo que entiendes de fazer, ca gran peligro es tentar esta aventura, e mis pecados por aquí nos guiaron, ca verná peligro de muerte si intentarla quieres.

El conde, que bien atento estuvo mirando lo que Falerina le contava, bien creyó ser todo verdad, porque, como arriba oístes, él era el que avía corrido el Ciervo Encantado y el que avía sonado el cuerno de mano de la donzella dado cuando en el Valle Peligroso andava buscando la donzella de Brandimarte; e dixo a Falerina:

—Por cierto, aunque de cierto supiesse que la vida me avía de costar, yo no dexaría de entrar en esta aventura, ca yo espero en Dios de ver el fin d'ella con vitoria e vencimiento, ca los buenos cavalleros por miedo de perder la vida, la cual está incierta, no deven de cansarse en ganar honra y perpetua fama, aunque no fuesse sino solamente por quitar que tanto buen cavallero aquí en tal lugar no pierda las vidas.

Y diziendo aquestas palabras, se fue a entrar por la puente, rogando a Falerina tuviesse por bien de le esperar allí hasta ver el fin de aqueste fecho, porque prosiguiesen luego el suyo que començado tenían. Ella con lágrimas de sus ojos se lo concedió, aunque muy pesante, por ver el gran peligro de su vida tan cierto, ca devéis de saber que ya Falerina, por más daño que del conde avía recebido, no le desamava⁶²³, porque su ^{98v} dañada intención era mudada en se quitar de fazer tanto daño como fasta allí havía fecho. El venturoso conde se va a la puente, encomendándose de todo coraçón a Dios Omnipotente; e passó de la otra parte, donde vido muchas armas colgadas de los altos acipreses que allí estavan, las cuales el follón Aridano, para gloriarse de muchos vencimientos, avía allí puesto como por muestra de sus vitorias; e como el conde tantas pieças e tan ricas vido, pagosse de las mirar por entero, sospechando no fuessen de algunos de sus amigos; y mirándolas bien, vido las armas de su querido primo don Renaldos de Montalván; e como las vido, vínole un desmayo muy grande acompañado de grande enojo, e dixo:

—¡O, mi buen primo e querido hermano! ¿Cómo has sido muerto en un apartado lugar de tus tierras? ¿Cómo es possible que a ti ayan vencido? No es de creer sino que fuiste con algún engaño traído e a gran traición, porque no es de pensar que solo un cavallero ni diez mil que fueran, fueran poderosos a te matar, que esto sé yo de cierto. Mas fasta aquí por ocasiones virtuosas, que a ello me movían,

⁶²³ desamana To¹⁵²⁵.

quería entrar en esta aventura; mas agora solo por saber de ti la llevaré fasta el cabo o moriré contigo, ca sin ti no es razón que yo por el mundo ande. ¡O, mi fiel y caro hermano, mucho me duelo de tu muerte!, ca yo fui siempre tu fiel amigo [e] con entrañable ánimo te quise; e si algo te herré, fue por la vana sospecha que el cordial amor me puso, donde no te soy en culpa; e si lo soy yo, te demando humildemente perdón; e si merced alguna de Nuestro Señor Dios espero, suplícole por su piedad me conceda ver a quien, mi dulce primo, te hizo morir, solo porque yo pueda algo de reposo tomar fecho que yo aya de ti conveniente vengança.

E diziendo esto, con solloços mortales, que la amorosa ansia de su primo los sacava por fuerça con muy gran abundancia de lágrimas, arrancándolos de lo más hondo de su escondido pecho, se quita de allí, mirando a todas partes por ver si podría saber algo de lo que deseava. E sacando su muy preciada espada de Falerina, delante de la cual no paravan ningunas cosas por encantadas que fuessen que las no cortassen, fuese a las cadenas que la puente sostenían⁶²⁴ de la parte donde estava, y con golpes fortísimos las cortó, tanto, que con un sonido grande hizo caer la artificiaada puente; e de aquel gran golpe que por el valle sonó, recordó Aridano, que en lo escondido de arboleda en un lugar fresco con gran reposo dormía. E como con alguna alteración recordasse el renegado e cruel Aridano, embraçó su escudo e tomó su ferrado bastón y sale de la espessura a lo llano; e aunque las armas de que él continuamente estava armado fuessen gruessas e pesadas, tanta era su fuerça, que muy ligeramente las llevava. E como de lo espesso de los acipreses salió, vido al muy victorioso conde don Roldán, que la puente acabava de cortar, que para él se venía; e díxole con una gruessa e pavorosa boz:

—¡O, mal aventurado cavallero! ¿A qué veniste [a] aqueste lugar de tu voluntad?, que por cierto te digo que todos los dioses juntos ni las fuerças de Macón no bastarán a te librar de mis manos que no mueras muy crudamente.

El buen conde don Roldán le respondió:

—Por cierto yo creo que aquessos dioses que has dicho no son bastantes a me dar la vida, porque ellos todos son burla e vanidad; mas yo creo que aquel muy soberano y eterno Jesucristo, que a mí me la dio, me la conservará para que la tuya quitarte pueda.

El pagano Aridano, que según las palabras vio de ser cristiano, dixo:

⁶²⁴ sostenia To¹⁵²⁵.

—Pues veamos si tu Dios basta a lo que dizes.

E alçó su pesado bastón con gran ^{99r} fuerça e dio al conde tan grandíssimo golpe sobre el escudo, que fecho mil pedaços se le echó por tierra, e fizo al conde sentar la una mano e la una rodilla en tierra; mas el valeroso conde, que tan cargado golpe sintió, con un furioso ánimo, acompañado de mucha presteza, se levanta, e con la cortadora espada, que a sus filos no valen encantamentos⁶²⁵, dio a Aridano tal golpe sobre el escudo, que quanto d'él alcançó echó por el canpo; e no parando la afilada hoja en solo el corte del fuerte escudo, hirió en un anca al famoso Aridano, que una gran llaga le hizo, de la cual al andar meneándose se sentía mucho; e si el endiablado pagano no fuera tan extrañamente suelto, que con su soltura el espada no le pudo de lleno alcançar, d'este primer golpe que el conde le dio fuera tollido, de arte que más batalla no pudiera fazer; pero, viéndose ferido, el fuerte Aridano buelve a alçar el bastón como un rabioso can e tira al conde un desmedido golpe; mas el conde, que en tal caso muy experimentado estava, saltó de través e fizo que el golpe fuesse en vacío; e como Aridano tornasse a redoblar el golpe, con gran presteza el conde alçava el espada para lo ferir y en el camino se cruzaron, de arte que la espada, que de fortaleza ni encantamento no cura, le cortó d'él más de tres palmos; e como el pagano Aridano vido que tan ligeramente fue su grueso e ferrado bastón cortado, dio un grito horrible con una perversa boz que de bien lexos se pudieran oír; e soltando lo poco que del bastón le quedava, como si alas ligeras tuviera, se va para el conde don Roldán los braços abiertos e tan fuertemente le abraçó, que otro remedio el buen conde no tuvo sino soltar la espada de la mano, la cual se le quedó de la cadena colgando del braço; e abraçole assimismo muy fuertemente, de manera que anduvieron por una gran pieça luchando, tanto que se fueron acercando hazia la ribera del lago; e como Aridano vido al buen conde cerca, assí abraçado como estava, con él se dexó caer en la profunda agua ni más ni menos que havia hecho con don Renaldos de Montalván, su primo; e cayeron de la ribera abaxo con muy gran ruido, ambos a dos abraçados, y encontinente fueron sumidos en el agua fasta lo profundo d'ella. Falerina, que destotra parte havia estado atenta a la batalla, desde vido a ambos a dos caídos en la fondura del lago, no esperó más allí, teniendo por muy cierta la muerte del conde e la salida de Aridano; e temía que si

⁶²⁵ encantamento To¹⁵²⁵.

Aridano salía que también moriría ella, porque también [era esa] la costumbre d'este can renegado, que no hazía más honra a donzellas que a cavalleros.

Capítulo lxiii. De las grandes y orribles cosas que en la profundidad del Lago Escuro de Morgana acaecieron al conde don Roldán, y de los cavalleros que halló presos dentro de la cristalina cárcel que allí estava.

Cuando los aplazibles campos más verdes e luzidos se muestran e los frutíferos árboles de floridas colores se guarnecen, cada uno cuasi a porfia según su naturaleza, mostrando con diversidad de rosadas flores alegría⁶²⁶, al tienpo que el orbe lunar con el sossiego de los vientos está más sereno, cuando los animales que escondidos en las cavernas de la tierra, enhadados de la escuridad, de los escondrijos salen a gozar de la clara luz, cada uno comunicándose con su natural, ya que las celosas aves nuevas peleas, entre sí moviendo noche e día de árbol en árbol, diversidad de músicas^{99v} con nuevas cantillenas que adormecen a los oyentes proponen, abivando más los coraçones enamorados, a los cuales en tal tienpo por la mayor parte nueva sangre se les influye, provocándolos a amar en algunos lugares, donde, si algo de favor sienten, les dan causa que los covardes atrevidos e los fuertes más fuertes se fazen, de arte que, quitados todos miedos e pospuestos todos peligros, arduas y temerosas cosas acometen con un afectuoso desseo de las acabar porque la fama de sus cavallerosas obras a oídos de sus queridas señoras vayan, para que, teniéndolos en el grado que ellos según sus personas e soberanas obras merecen, sus coraçones ensobervecidos de angélica fermosura se inclinen a les dar el fruto de sus trabajos, dando contentamiento a sus enamorados desseos con las negadas mercedes que humilmente de los tales les son fatigosamente pedidas, tal andava en este tienpo el conde don Roldán de aventura en aventura mostrando su virtud e vigor porque su señora Angélica la Bella supiesse sus altas proezas e folgasse de tener por suyo a persona que le podié dar favor e defenderla de las contrarias bueltas de la Fortuna.

Agora, pues, sabed que, caídos ya de la ribera abaxo el conde don Roldán e Aridano el Fuerte, llegaron fasta la profundidad d'él, donde vieron como otro nuevo mundo; e como ya ambos a dos al caer se soltassen, halláronse en un prado harto fresco donde parecía nueva tierra, e desde allí vían sobre sí el lago de agua como

⁶²⁶ alegre To ¹⁵²⁵.

suspenso en el aire, que a una parte ni a otra no se disgregava el agua, de lo cual el conde don Roldán, assaz espantado, bien creyó que eran edificios hechos debaxo de tierra muy maravillosos, porque en parte, según veréis adelante, se alumbravan del sol, y en parte eran tan oscuros que, si artificiosas luminarias en ellos no se ponían, era tanta la escuridad e la gran tenebregura, que no había quien lo ativasse a andar que no se perdiesse. E como fuessen los edificios grandes e muy estendidos, podían participar de la una luz y de la otra. E sabed que cuando Aridano en aquella baxa tierra después del lago era caído, por arte maravillosa de encantamento cobrava nuevas fuerças e mayores que antes en seis tanto grado. E cuando aqueste diabólico Aridano vido al conde don Roldán assí pasmado de se ver en tal parte, bien creyó que enagenado de todas sus fuerças estava del temor de la espantosa caída, e acercosse a él para lo desarmar, creyendo en él no hallar defensa ninguna; mas de otra manera sucedió su pensamiento, que como el venturoso conde tuviesse más esfuerço que ningún otro cavallero de su tiempo, apenas vido al pagano Aridano menearse cara él, cuando coge su encantada espada en la mano e se pone en arte de batalla. Aridano, que aquesto vido, con las renovadas fuerças que sintió en su persona, pone mano a su tuerto y ancho cuchillo y enpeçaron la más crudelíssima e áspera batalla del mundo, dándose muy crueles e desaforados golpes, donde la ligereza de entrambos a dos dava a cada uno la vida. Pero, por presto que en el golpear se apartasse el uno del otro, no se dexavan de alcançar una vez e otra, de lo cual el pagano Aridano llevaba lo peor, porque la preciada espada del buen conde don Roldán ya sabéis que era su virtud y valor, que vez no tocava al pagano Aridano que le no cortava las sus fuertes armas e le fería. Assimesmo, el fuerte Aridano procurava de ferir al victorioso conde don Roldán; mas su destreza grande le defendía, de manera que, por la destreza del uno e por la soltura y nuevas fuerças del otro, era la batalla más crudelíssima e la más fiera ^{100r} de todo el mundo, cada uno procurando de vencer al otro avisados e muy espessos golpes dando, bien que Aridano grandes e fieros golpes diesse al conde, de los cuales harto se sentía; mas, como sabéis, no le podía ferir, ca era encantado e sus ricas armas también, de arte que el Cavallero del Lago empeçó a haver algún pavor de la venidera muerte, viéndose ferido en muchas partes. El buen conde, que el peligro en que estava vía y el desmayo de su enemigo sintió, diole tal priessa que ya Aridano, viendo su sangre por el suelo correr en abundancia, otra cosa no fazia sino diestramente defenderse. El venturoso conde, que en lo más encendido

e peligroso de sus batallas siempre más sus fuerças e corajes mostrava, con una ira calidíssima, alçó su encantada espada e dio de revés tal golpe a Aridano por la cintura, que las sus gruesas armas no le defendieron que le no cortasse fasta las entrañas, donde cayó Aridano en el llano valle, rindiendo el sanguinoso espíritu a Lucifer su señor. El conde, que assí muerto le vido caer, poniendo la punta del espada en el suelo por algo descansar, vido todo el valle solo, que persona en él no parecía, y pensava qué podía fazer, pensando el remedio que para salir de aquel lugar tomaría. Vido a la su mano derecha una grande y entretallada puerta de un blanco alabastro, de la cual un torreado muro salía todo de biva peña. E como abierta la vido, entró por ella a gran passo e vido una muy riquíssima e gran sala toda al derredor letreada de fino oro e muy luzidos esmaltes, y en las paredes vido pintada por muy sutil lavor e con muy rica pintura la historia de Dédalo y el edificio del Laberinto⁶²⁷ muy bolteado, e cómo el bravo Minotauro, que dentro habitava, fazia cruel destrucción en los hombres que allí para su mantenimiento eran metidos. Vido, assimismo, a la donzella que, ferida de la dorada frecha de Cupido, dio orden al fermoso mancebo con que la salida acertasse y al carnicero Minotauro quitasse la vida. De tal arte esta historia con tan compassadas figuras estava representada, que deleite era mirarla; mas el conde don Roldán, que su pensamiento en otra parte tenía, no se quiso detener a la mirar, antes pensava porqué parte saldría de aquel encantado edificio. E de aquella gran sala vido una puerta e fue a ella, e sin pavor ninguno entró por ella a un escuro lugar. E assí como el conde en la escuridad entró, maravillosamente descubrió una piedra preciosa, de cuyo resplandor todo aquel sitio se alumbró, en el cual avía tantas piedras preciosas, tan ricas y de tanto valor, que innumerable tesoro valían. El conde quedó muy maravillado de ver tanta pedrería e tan riquíssima, en especial de aquella grande que tanto resplandor de sí echava, que no parecía sino que la claridad del sol bivamente se mostrava en ella. El conde se salió de aquel lugar por una pequeña puerta que allí se mostrava, por la cual salió a un fermoso canpo todo lleno de olorosas yervas e luzidas flores, por medio del cual un arroyo hondo corría de anchor de veinte pies poco más o menos; e de la otra parte d'este angosto río estava todo el tesoro de Morgana e sobre el agua una angosta puente se mostrava relumbrante como oro bruñido. El conde que la vido, puso el pie para pasar por ella a la otra parte, e súpito salió una estatua horrible e diabólica e con

⁶²⁷ laborinto To ¹⁵²⁵.

una ferrada porra hizo la puente de solo un golpe pedaços e más la puente ni la visión pareció. El conde se retiró afuera por el gran ruido que allí temeroso se hizo, e assí como afuera se quitó, tornó aparecer la puente como de antes; e como el conde tentó segunda vez el pasage, tornó la estatua a la quebrar como ^{100v} de primero. Don Roldán, que vido que si por la puente avía d'esperar a passar jamás de la otra parte se vería e que todo aquello era fecho por artificioso encantamento, dixo:

—Agora, pues, venga lo que viniere, que allá cumple que passemos, morir o bivar.

E quitose las armaduras todas de las piernas e arrojolas de la otra parte y el yelmo también, e arredrose una pieça del arroyo, donde tomó una acelerada corrida, de la cual saltó un muy ligero salto de la otra parte. E d'esta manera los encantamentos no le bastaron a vedar el passo; e luego de presto se tornó a armar e poner su yelmo en la cabeça y empeçó a andar por la ribera adelante. Y a poco espacio vido un hermoso prado, al cabo del cual estava una estatua de oro assentada en una rica silla, toda guarnecida de piedras preciosas, con una corona de inestimable valor en su cabeça, e otras muchas estatuas de fino oro e riquíssimamente labradas ante él sentadas en otras fermosas sillas, que no parecían sino estar en el real consistorio; e junto vido una larga mesa de oro entornada de muchas sillas, en la cual estavan muy riquíssimas pieças como que estuviessen aparejadas para assentarse a comer, tales e de tanto valor cual nunca jamás rey ni emperador tuvo; e al fin de la mesa estava un hombre fecho de oro muy amaestradamente con un arco en la mano e una aguda frecha empulgada en él, e de la boca le salía un rico rétulo escrito de unas letras que dezía:

Triste cosa es posseer riquezas con temor de perdellas.

El conde, todo espantado de tantas riquezas, como⁶²⁸ fuera de sí, las mirava, e de que mirado las ovo, vio delante sí una plaça cercada de un fuerte muro, a la cual podían entrar por una torreada puerta que se mostrava abierta. E como a la puerta llegó, vido un letrado que dezía:

⁶²⁸ co como To ¹⁵²⁵.

O tú, cavallero, que aquí presumes entrar, sábeta que la salida nunca fallarás, ca la puerta te será cerrada e perpetuamente fasta la muerte serás en áspero cativerio.

El conde, que jamás supo temer de ninguna cosa, no se curando de las amenazadoras letras, entró en la puerta sin algún temor, donde tan fermosos canpos vido, que descanso sintió su cansado cuerpo en solo verlos; e vido que el muro, que de la puerta por donde él entró salía, todo era transparente, como si de claro cristal fueran fechas, e de aquella misma materia sobre el un muro y el otro estava una ancha e larga sala edificada, en la cual estavan todos los prisioneros que allí avía traído Aridano, el que la guarda de la puente del Lago Escuro tenía, los cuales con gran pena estavan allí encerrados sin tener ningún refrigerio sino solamente la comida que les davan cuando a los criados de Morgana les parecía, y si se les olvidava, se quedavan sin ello, ayunando fuera de su voluntad más que les convenía; y en mucho tuvieran los prisioneros que allí estavan si de pan solamente fueran bastecidos, ca tan poco les davan y tan desseada tenían el agua, que algunos de pura hambre perecían. E assí como oís, sostenían su triste vida dentro de aquella transparente jaula, en la cual, allende de la pena de su prisión, sentían⁶²⁹ doblado tormento, porque desde allí vían los pasatiempos que de fuera los que por allí con licencia de Morgana passeavan tenían e las viandas con que los otros eran recreados y la falta que en ellos d'ellas tenían, ca no comían sino de las sobrajás que les davan y la suzia agua que en unas vasijas que allí tenían les ponían, donde, sosteniendo muy triste vida, desseavan con mucha instancia la desesperada muerte.

Capítulo lxiiii. Cómo el conde don Roldán libertó los prisioneros que en la cristalina prisión ^{101r} estavan e cómo los encantamentos del Lago Escuro fueron desfechos.

Don Roldán, que la puerta avía passado por debaxo de la cristalina cárcel que desde la una cerca a la otra era edificada, se fue sin parar mientes qué cosa fuesse aquel edificio que como claro vidrio se mostrava. Se fue cara una fuente que riquísimamente labrada vido, en torno de la cual estavan muchas e muy fermosas

⁶²⁹ sientien To ¹⁵²⁵.

donzellas, las cuales, desparzidas por allí, cada una tomava plazer, unas cantando, otras en diversos instrumentos tañendo e otras platicando en aplazibles amores. E como el conde don Roldán, que para ellas iva, passasse por delante de la cárcel donde los prisioneros estaban, luego fue conocido de don Renaldos de Montalván, su primo, que paseando por la sala andava, el cual, como le vio, tan sobrado plazer sintió, que por poco no cayó de su estado; e llamó a don Dudón, que allí con él preso estava, e díxole:

—Primo, bendito sea el Redentor del mundo que de nós á avido misericordia. Catad allí el conde don Roldán, por cuya mano seremos libertados, a quien todos los vencimientos de las aventuras son de mano de Dios concedidos e no otro, según que cada día lo manifiestan sus maravillosos fechos.

Cuando las donzellas vieron al conde que para ellas venía, fueron maravilladas de le ver, porque a la entrada, que algo arredrada d'ellas estava, pensaron que era el cruel Aridano que con alguna de las acostumbradas presas venía; mas cuando le reconocieron que no era él, muy espantadas fueron a su señora, que a la fuente dormiendo sobre un rico dosser estava, a se lo dezir. El conde, que bien lo sintió, alargó el passo e fue para Morgana, que ya soñolienta del sueño se levantava, e, tomándola por los brazos, le empeçó de amenazar. La falsa y engañosa hada que assí se vido, pensó por arte escaparse pues por fuerça no podía; y con blandas razones empeçó de fablar al conde por se escabullir de sus manos; mas poco le aprovecharon, ca el conde le dixo:

—No, doña Falsa, ca te cunple sacarme de aquí o morir a mis manos de cruel muerte.

E diziendo esto, puso mano a la espada, faziendo semblante de la herir. Entonces Morgana se arrodilló en tierra diziendo:

—¡Ó, maravilloso cavallero, no me mates, ca yo faré quanto me dizes! Solo un don te demando y es este: te suplico que me concedas, por el amor que tienes a la cosa del mundo que más amas, que, si esto me concedes, a ti e a mí e a otros muchos preciados cavalleros darás la vida, porque, aunque tú me mates, no podrás de aquí salir ni cuantos aquí están sino por mi mano. E porque seas cierto que te guardaré fieldad e faré quanto mandares, toma estas llaves, debaxo de cuyo poder están todos los tesoros que yo [poseo] e todos los prisionero que tengo.

El conde, que de muy blando ánimo era con las acuitadas mugeres, se lo otorgó, tomando d'ella certinidad que le no faría engaño alguno. E luego la hada Morgana le llevó a su aposento, en el cual estavan tan riquísimos ornamentos cuales nunca en palacio de ningún gran señor jamás fueron vistos; y entrose dentro con don Roldán; e allí fizo a sus donzellas traer sabrosas conservas e muy saludables vinos para que el conde refrescase. E mientras el conde comía, estava la donzella, que el encantado cuerno en el Pavoroso Valle avía llevado, contando a Morgana cómo aquel era el cavallero que las aventuras del cuerno de marfil avía vencido y el blanco ciervo⁶³⁰ caçado. Morgana bien creyó que era él, porque otro ninguno no era bastante a entrar allí, no por las sobradas fuerças de Aridano, aunque eran grandes, que para ellas bastava ^{101v} la gran fortaleza y esfuerço de don Renaldos, el cual ponía en estrecho muchas vezes a su primo el conde don Roldán; pues quien con el conde se sostenía e aun le ponía en harto aprieto, creed que podría con cualquier otro cavallero e gigante, por cruel cosa que fuesse; mas al agua encantada del Escuro Lago a cuantos por ella caían enajenávalos de todas sus fuerças e sentido. E por aquesto era muy cruel esta aventura, que fuerças no bastavan contra ella; y por esto el buen Renaldos e don Dudón, que era assaz gran cavallero paladín, que después de don Roldán e don Renaldos a él por más valiente e más esforçado contavan, fueron presos, que de otra arte no bastaran diez Aridanos a los prender a cada uno por sí. E como sabéis, el conde era encantado e la espada que del vergel de Falerina traía sobrava a todo encantamento, e por esso la forjó ella de tal arte, porque al mismo Roldán sobrepujasse; por estas cosas no fue así enseñoreado del encantamento del lago como los otros.

Desde el venturoso don Roldán ovo un rato reposado, la hada Morgana le dixo:

—Fortíssimo guerrero, vamos a la cárcel do los prisioneros están, porque se pongan por obra lo que por palabra se os ha prometido.

Luego fueron mano a mano a la gran sala de cristal donde tanto buen cavallero estava preso, ca sabed que avía más de cincuenta d'ellos presos de mucho tiempo, d'ellos presos de poco. E Morgana tomó una llave de oro assaz pequeña e abrió con ella un postigo, de tal arte fecho que,⁶³¹ después de cerrado, no parecía

⁶³⁰ cuervo To¹⁵²⁵.

⁶³¹ que To¹⁵²⁵.

ninguna juntura d'él; e como la ovo abierto, llamó a todos los cavalleros, que presos estaban, que saliessen fuera, los cuales no tardaron mucho la salida, como fuesse la cosa del mundo que ellos más deseavan. Allí los tres queridos cavalleros se abraçaron muy de coraçón, llorando de sus ojos por el grande amor que se tenían, allí, los dos que primero en batalla tan mortalmente se dessamavan, con cordial amor se demandaron perdón, proponiendo de en sus vidas el uno al otro [no] enojarse.

E de allí todos juntos se fueron con Morgana por la parte que ella los guiava, e salieron a un campo de acipreses donde cada uno conoció sus armas⁶³² e allí se armaron todos, que sola una pieça a ninguno faltó; e allí todos no se hartavan de dar infinitas gracias al conde don Roldán, nombrándose cada uno quién era porque en algún tiempo se sirviese d'ellos; y el conde, que muy ageno de alabaças era, les rogó que más ofertas no le hiziessen sino que diessen gracias a Dios de la merced recebida, pues de su mano avían recebido libertad. Morgana que vio que, despedidos del conde, querían passar la angosta puente, dexolos, por ver lo que sabrían fazer; y al tiempo qu'el primero quiso poner el pie, salió la horrible estatua de la otra pontezuela e de un solo golpe la desfizo, de lo cual todos rieron mucho, diziendo:

—Otro nuevo Aridano ha nacido para vedarnos el passo.

—Malandante sea él —dixo don Renaldos— allá donde está, que no le vedava él, antes dexava passar ligeramente, mas después pedía muy caro portazgo.

Morgana dixo al conde:

—Sepas, señor, que lo que te prometí cumpliré muy por entero.

E diziendo esto, sacó un anillo de sus hermosos dedos e lançole dentro del lago, el cual, como el anillo se sumió debaxo de la escura agua, empeçó con gran ruido a hervir y, como si fuera el agua sutilíssima e furiosa polvora, empeçó con un furioso ruido a arder, que espanto ponía; y passado que fue aquel súpito fuego, ni pareció el lago ni la puente ni memoria d'él, como si allí no oviera sido, de lo cual todos quedaron maravillados. Allí se despidieron del conde y de Morgana todos los que partir se quisieren, cada uno lleno de alegría de la cobrada ^{102r} libertad. Solamente quedaron con Morgana el conde don Roldán e don Renaldos de Montalván, e don Dudón, e Prasildo e Iroldo, los dos hermanos muy preciados amigos de don Renaldos, a los cuales Morgana suplicó quisiessen tornar con ella a sus aposentos. Ellos se lo concedieron e se fueron con ella, la cual por una entrada

⁶³² armar To¹⁵²⁵.

de una tajada peña los metió cuasi que parecía entrar debaxo de tierra. Don Renaldos, que aquella angosta y en alguna medida manera temerosa entrada vido, dixo:

—¡Por Dios, no sé qué nos hazemos! Acabamos de salir de prisión d'este mal lugar y tornamos a entrar en él. Paréceme que fuera mejor caminar por ancho campo a nuestro alvedrío que no tornar con el angosta entrada a otra nueva prisión; mas delante llevamos al que primero nos rescató; él nos sacará o quedará con nosotros, ca yo le terné tan fuertemente, que no baste Morgana a le escapar de mis manos.

Todos reían de lo que don Renaldos iva fablando, fasta que salieron a unas ricas casas, en las cuales entrados vieron muy inestimables riquezas, en especial en una sala que toda parecía de oro, la más grande e bien fecha que jamás se vio, en la cual estava escrito de letras grandes:

Esta es la Sala Luziente, donde jamás se vee escuridad de noche.

El conde, que las letras leyó, preguntó a Morgana que porqué dezían aquello las letras. Morgana le dixo que presto lo verían.

Ya el sol en este comedio se quería poner cuando Morgana, con grande instancia, suplicó a los cavalleros que se desarmassen, los cuales, por la complacer, lo fizieron; e Morgana les dio muy riquísimos mantos que se cubriessen e los sacó a un deleitoso vergel, en el cual avía tantas yervas y de tal arte los árboles situados, que terrenal paraíso parecía. Yendo que los cinco cavalleros ivan por él, Morgana dixo al conde:

—Señor cavallero, acordaos del don que me prometistes, que agora lo avéis de cumplir.

El conde dixo que era contento de lo fazer.

—Pues, señor, sabrás que aquí en este jardín tengo preso un fijo del rey Manodante. Suplícote, señor, si en algún tiempo tuviste perfeto amor a alguna donzella, le fables tú y esotros cavalleros que contigo están, ca soy mortalmente de su amor ferida, y él de despecho, porque fue forçosamente aquí metido, non me quiere amar ni me puede mirar solamente. Y como cavallero que eres, hazas tanto con él [que] me resciba por suya a mí e a todo mi aver, ca sé cierto, señor, que, si lo no quiere fazer, él morirá e yo también. Y pues en las aventuras grandes has havido honrosa victoria, creo que saldrás con esta impressa.

El conde don Roldán, e don Renaldos e don Dudón, e los dos hermanos fueron movidos a piedad de ver llorar tan agramente a Morgana, y tenían por hombre de poco conoscimiento al que su amor le negava, ca ella era hermosa en gran manera e la más rica persona de averes de todo el mundo; y especialmente el conde don Roldán más sentía su pena de amor, como aquel que tan mal herido de semejante saeta estava, el cual la tomó por sus blancas manos y la alzó de tierra diziéndole:

—Fermosa señora, yo haré en este caso quanto las fuerças me bastaren, e assí creo que por serviros farán esotros señores.

Todos se ofrecieron a lo fazer.

—Pues, señores —dixo Morgana—, allí en medio de aquel arboleda está el donzel que a mi alma tiene presa, el cual nunca, después que aquí entró, ha salido de un aposento que allí está.

Los cinco⁶³³ cavalleros se fueron allá y, entrando dentro, fallaron al fermoso garçón, el cual, con una fermosa boz estava cantando por se desenojar al son de una melodiosa harpa que con sus manos lindamente tocava; e como sintió que gente entrava en su aposento, cesó la música que para ^{102v} aliviar su gentil prisión avía començado. Don Roldán entró dentro, maravillándose de la soberana riqueza de aquella morada, e vido al infante que a ellos con mesurado passo salía, el cual, como tan fermosos cavalleros vido, quedó espantado qué cosa fuesse. El conde que se lo sintió, se llegó a le fablar, el cual, con un acatamiento gracioso, le saludó allí; el conde le dixo la causa a que eran venidos en aquel lugar e cómo avían entrado en él, rogándole tuviesse por bien de ser señor de tan fermosas moradas e de tanto número de riquezas, gozando de la más fermosa dama del mundo; e pues ya de su fuerça, antes rescebida de manos de Aridano, era vengada y el encantamento desfecho, perdiesse el enojo, tomando tan alta satisfacción de su pena. E que si lo fazía, sería bien andante, e si no, que aparejase paciencia, que todo el mundo no bastava a le librar de prisión y aun de muerte, que en muy breve espacio padecería.

—Valeroso señor —dixo Galavis el Fermoso, que assí se llamava aquel infante—, bien creo yo que la animosidad vuestra tuvo esfuerço para acometer esta impresa y vuestra valerosa persona con sobradas fuerças la pudo acabar. Suplícoos me digáis vuestro nombre, porque yo sepa antes de mi muerte dar cuenta de cavallero

⁶³³ seis To¹⁵²⁵. Los cinco caballeros que acompañan a Morgana son: Roldán, Renaldos, Dudón, Prasildo e Iroldo.

que tanto bien en el mundo ha fecho como sacar de prisión a tantos, e tan gran prez e honra ha ganado en desfazer tan temerosos encantamentos. E no me neguéis, señor, lo que os pido, si queréis que yo obedezca lo que me mandáis.

El conde, que tan fermoso mancebo e tan bien razonado vido, dixo:

—Agora⁶³⁴ digo que tiene razón Morgana en os amar, ca sabed que a ninguna persona no dixera lo que vós me pedís; y porque veo que cualquier sevicio que os hagan merecéis, yo vos lo diré. Sabed que soy don Roldán, sobrino del emperador Carlos de Francia.

El temeroso Galavis, que nombrar le oyó, arrodillósele delante, diziendo:

—¡O, señor don Roldán, vuestra fama, que por el mundo está estendida, dize quién vós sois y la persona que mostráis lo aprueba todo, ca bien creo que otro no bastara a hazer lo que vós en este encantamento avéis fecho! E pues yo he visto lo que tanto desseava, como era ver persona de quien tanta nombradía avía en el mundo, lo que de oy más me viniere daré por bien guiado, siendo por vuestra mano fecho. Por ende, yo quiero, señor, fazer lo que me mandáis.

E de allí todos mano a mano, hablando de diversas cosas, se fueron a donde Morgana estava, la cual, cuando vido acabado lo que su ánima tanto desseava, no avía plazer en el mundo que se le igualasse. Allí los hizo el conde abraçar, donde⁶³⁵ siempre muy lealmente se quisieron. E luego todos fueron llamados a la cena, la cual en la sala de la pedrería estava aparejada, donde, aunque ya era de noche, no fazían menester lumbres, ca no pudiera ser más claro a medio día que entonces por el grand resplandor de las piedras estava; o que fuesse por encantamento o por naturaleza de las grandes e relumbrantes piedras, esto no se sabría dezir; mas como quiera que ello sea, sabed que era la más maravillosa cosa del mundo. Allí fueron muy altamente servidos con baxillas que ni príncipe ni señor tales las tuvo, solazados de músicas muy acordadas, tanto que fue ora de dormir; e de allí fueron llevados a otra gran sala en que muy ricas camas avía. Allí descansaron aquella noche muy a su plazer, fablando de las grandes riquezas de Morgana. E los dos nuevos amantes, Galavis el Fermoso y la linda Morgana, se fueron a su aposento, donde el uno con el otro tanta parte de su amor alcançó quanto quiso. E venida la mañana, el conde don Roldán se levantó, como aquel que, viendo el amistad ^{103r} fecha de Galavis y Morgana,

⁶³⁴ Egora To¹⁵²⁵.

⁶³⁵ dondo To¹⁵²⁵.

desseava estar delante de aquella cuya menbrança le fazía derramar lágrimas de sus ojos con gran abundancia, no se acordando de otra ninguna cosa que fuesse bastante a le apartar el acuerdo de su desseo. E como él y sus compañeros fueron levantados, salieron los queridos amigos a ellos, suplicándoles de coraçón algunos días folgassen con ellos fasta que el feroso Galavis a su reino embiasse por cavallos e joyas algunas con que servir les pudiesse; mas el conde le dixo:

—Buen señor, el reposo para vós es necessario, pues avéis alcançado tan buena compañía dentro cuasi en vuestra tierra; mas para nosotros, que muy lueñes estamos de las nuestras, mientras no acabáremos la impressa que una vez emeçamos, no nos cumple reposar un momento tan solo.

E diziendo esto, dio un tan mortal suspiro que no fue poderoso de le disimular, con el qual dio a conocer sus mortales deseos. Allí les fue traído con qué refrescassen, por algo detenerlos mientras adereçavan las joyas que la linda Morgana les avía de dar.

Capítulo lxxv. De cómo el conde don Roldán se apartó de sus queridos primos, don Renaldos e don Dudón, por ir adonde su señora Angélica la Bella estava; e cómo don Renaldos e don Dudón, e Prasildo e Iroldo, los dos hermanos, se van la buelta de Francia e lo que les acaeció en el camino.

Ya que los cinco cavalleros ovieron comido e reposado en el rico aposento de Morgana, pidieron sus armas para [se] armar y partir su camino. Luego les fueron dadas e cada uno fue armado; e ya que salir se querían, díxoles Morgana:

—Altos cavalleros, pues tan poco de mi casa avéis querido gozar, suplicos me hagáis tanta merced [que] queráis llevar d'ella alguna cosa con que tengáis menbrança de mí do quiera que estuvierdes.

Y en diziendo esto, sacó cinco joyeles, los más preciados que jamás en el mundo se vieron, colgando de unas ricas cadenas de oro; y el uno d'ellos, que mejor que todos era, con gran alegría se le puso al cuello del conde don Roldán, e assimismo a don Renaldos de Montalván e a los otros cavalleros, los cuales, por ser tan ricos e de tal mano dados, con tanto amor alegremente los recibieron; mas mucho pesó al conde don Roldán de tomar cosa alguna de Morgana, pareciéndole a él poquedad de cavalleros recibir ningunos dones, pero, pues vido que la plática de

Morgana a todos se endereçó e que todos callavan, no quiso rehusar la dádiva por no pretender en algo de descortesía. E abraçando a Galavis el Fermoso con gran amor, se despidió d'él e de su querida Morgana, e así mismo don Renaldos e sus compañeros; e guiados por una donzella de Morgana, salieron por una pequeña senda al campo, e salidos en el camino, bolvieron a mirar la salida de las moradas de Morgana e viéronla que parecía un agujero tajado en biva peña, tan grande quanto un hombre podía caber, e no más donde claro conocieron que los hermosos edificios eran fechos debaxo de tierra e por tanto saber e arte, que por admirable cosa lo tuvieron. Pues como ya todos estuviesen en camino, aunque a pie, porque, como sabéis, don Roldán vino allí sin cavallo e Renaldos e los otros los⁶³⁶ perdieron cuando fueron de Aridano trabucados⁶³⁷ en el Lago Escuro, empeçaron a platicar en sus vidas e en los casos que acaecido les avían; entre los cuales fablando, el buen Dudón les contó la causa de su salida de Francia y cómo no era otra su intención sino venirlos a buscar, e lo que en Francia avía acaecido y el mal que por^{103v} sus ausencias era causado, e cómo muy presurosas nuevas avían venido al Emperador que toda la África venía sobre Francia para destruir la cristiandad, e cómo, después de Dios, todos esperavan remedio en sus vigorosos braços. Todo esto les contó el buen Dudón muy por estenso, tanto que los movía a gran compassión oyendo sus palabras, por las cuales el buen Renaldos, movido a piedad, determinó de passar con él en Francia e así mismo sus dos amigos, Prasildo e Iroldo; mas el buen conde don Roldán, que de los golpes del amor de una parte era combatido e de la otra parte la devida lealtad de su propia honra y tierra le guerreava, puestos los ojos en tierra, un rato suspenso, calló sin palabra alguna responder; e como el verdadero amor a todas las cosas vence, pudo más el verdadero querer de Angélica la Bella que no la obligación que a su tierra tenía; e con una excusa honesta se quiso despedir de su primo don Renaldos e de don Dudón, diziéndoles:

—Queridos hermanos, sabe Dios cuánto el alma me han traspasado las palabras que he oído e los trabajos que mi tío, el Emperador, e toda su tierra, ha passado e lo que espera passar. Como la honra se deve anteponer a todas las cosas, a

⁶³⁶ las To¹⁵²⁵.

⁶³⁷ Es curioso el uso de este verbo para indicar que Aridano conducía a los caballeros derrotados desde el mundo terrenal (arriba) al mundo subacúatico (abajo). Covarrubias, en un intento de explicar la etimología de la palabra, indica que puede venir de *trabuco*, «italiano, y que vale volverlo de arriba a bajo».

mí cumple quedar a dar cabo a cierta aventura por la cual tengo mi palabra puesta; e, si Dios me diere vitoria, yo seré en Francia lo más aína que pudiere.

Y diziendo esto, con lágrimas se despidió d'ellos y ellos d'él, como aquellos que de buen corazón se amavan.

Pues despedido don Renaldos e sus tres compañeros de don Roldán, assí a pie como estaban, razonando de diversas cosas que el trabajo del camino hazían olvidar, empeçaron a caminar de buelta de Francia, passando su trabajo lo mejor que podían. E assí anduvieron cuatro días, e al quinto día una mañana oyeron sonar un cuerno de encima de un alto e bien murado castillo. Este castillo estava sobre un alto monte y a la baxada d'él tenía un grande e muy fermoso llano que en torno del monte estava, y esta pradería era cercada de un grande e fermoso río de la más clara e fermosa agua del mundo, el cual por su hondura no se podía vadear ni menos tenía puente por do passarse; e de la otra parte estava una pequeña navecilla, en el borde de la cual estava una fermosa donzella toda vestida de blanco, que les dixo:

—Cavalleros, si queréis desotra parte passar para vuestro camino seguir, venid, que en esta pieça passaréis, e si no, tornaos por do venistes a buscar por dónde passéis.

Los cavalleros, que no desseavan otra cosa sino passar adelante, como aquellos que desseavan estar ya en el reino de Francia, dixeron que allá querían passar si a ella pluguiesse. La donzella truxo la navezilla a la parte donde los cavalleros estaban, remándola por tal arte, que parecía por el agua una saeta; e díxoles:

—Entrad, señores, que de la otra parte pagaréis el passaje.

Y ellos, no curando más, entraron dentro; e la donzella les dixo:

—Cumple, señores, que fabléis con el señor de aquel castillo, porque sabed que en su mano está salir d'este valle que este río de todas partes cerca; e veislo allí donde baxa de lo alto del castillo.

Don Renaldos e sus compañeros alçaron los ojos e vieron salir del castillo mucha gente armada que al llano venía; e como aquellos que no sabían aver temor de semejante caso, estuvieron en la ribera del valle después de passados por ver el fin; e vieron entre aquella armada gente venir un honrado viejo sin armas algunas sobre un gran cavallo, el cual, con reposada boz e gentil gravedad, les dixo:

—Gentiles cavalleros, sabed que estáis en la tierra del rey Manodante e según la antigua costumbre d'ella no podéis salir d'este cercado valle si no prometéis de servirle ^{104r} un día cada uno de vosotros; y el servicio es que avéis de haver batalla con un su enemigo que gran destrucción de cavalleros ha fecho en sus reinos, el qual es un⁶³⁸ fiero gigante encantador llamado Belisardo. E porque el rey Manodante su prisión o muerte d'este malvado desea, puso esta costumbre: que cualquier cavallero que por aquí passare, sea tenido a pelear un día con él, tanto, que o le prenda o sea d'él preso; e si no acepta esta costumbre, cunple que en este cercado llano muera de hambre o perezca en el río si passarle quiere, ca es hondo en demasía.

El buen Renaldos, que bien escuchado avía lo que el viejo honrado [dixo], respondió:

—Buen señor, allí queremos ir a fazer esse servicio, ca sabed que otra cosa no andamos buscando sino aventuras e peligrosas batallas.

Entonces el viejo dixo a la donzella, que ya por el río arriba caminaba:

—Toma estos cuatro esforçados cavalleros e guíalos por donde vayan a los dos castillos de Belisardo, ca el alma me da que ellos, o uno d'ellos, han de acabar con gran loor esta aventura.

La donzella llegó la navezilla a la ribera donde los cavalleros estaban, los cuales prometieron de no fazer otra cosa sino ir pacíficamente donde los llevase la donzella; y entrados en la navezilla, los llevó río abaxo como un ave fasta que llegaron dentro de la mar que cerca de allí estava; e a la entrada que el río en ella fazia, había dos castillos, uno de la una parte e otro de la otra, y de los altos muros del uno a los altos muros del otro avía una rica e fermossa puente muy alta e fuerte, por debaxo de la qual la pequeña navezilla passó. ¡Ó, Santo Dios, cuántos peligros vence la animosidad! Dígolo por el buen Renaldos y sus buenos compañeros, que apenas de un peligro eran salidos cuando ya en otro eran entrados, viendo que por artificioso y encantado arte eran una vez presos de Aridano, que el Lago Escuro guardava, agora, sin temor de encantamento ni de cruda batalla, quieren con el fuerte Belisardo afrontarsse, el qual, como siente que por el río abaxo venía gente, púsose sobre el antepecho de la puente por mirar qué cosa fuesse, el qual, como vido venir gente armada, entrose es su castillo a armar. Los cuatro guerreros salieron de la nave en tierra e viénense para el castillo, a la puerta del qual fallaron al disforme gigante

⁶³⁸ es un es To ¹⁵²⁵.

armado lo más ricamente del mundo, todas las armas guarnecidas de oro y de piedras preciosas que un gran tesoro valían. E Iroldo, uno de los dos hermanos, pidió a don Renaldos tuviese⁶³⁹ por bien de le conceder la primera batalla con el gigante, el cual se lo concedió de buena voluntad, puesto que en tal caso él quisiera ser el primero. Iroldo, con ánimo cavalleroso, fue contra el gran gigante; mas poco duró su batalla, que sabed que, como el gran Belisardo fuese d'estremada fuerça, tanto e tan fuertemente le golpeó, que desacordado de sí le lançó por tierra; e otro tanto hizo a su hermano Prasildo, que, por ver si podría vengar a su querido hermano, ovo la segunda batalla.

¡O, quién pudiesse contar el enojo e sobrada⁶⁴⁰ ira que el buen Renaldos de Montalván tenía, viendo a sus amigos cómo Belisardo los llevaba dentro del castillo presos, ca quería de corage rebentar!

En esto, el desaforado Belisardo, que a buen recaudo dexó a sus dos prisioneros, salió otra vez a la gran portada del castillo, esgrimiendo su bastón como quien demandava batalla. El buen Renaldos quiso contra él mover a gran passo, mas el buen Dudón se le hincó de rodillas, pidiéndole por merced le dexasse la tercera batalla. Don Renaldos se lo otorgó contra su voluntad, que otra cosa no pudo fazer. E sabed que don Dudón era después de don Roldán e de don Renaldos contado por el más principal cavallero,^{104v} ca él tenía la estatura casi de gigante, y era muy diestro e ligero, e muy esforçado a maravilla, e las fuerças conformes al su cuerpo. Este valiente mancebo abraçó su escudo e, su azerada e fuerte maça en la mano, con la cual a muchos paganos avía embiado al infierno, se va contra Belisardo, que su gran bastón alto tenía; e danse tan grandes golpes, que todos los valles cercanos fazían reteñir. El valiente Dudón dio un tan gran golpe a Belisardo sobre el yelmo, que atordido le fizo poner la una mano en tierra. Belisardo se alçó e dio tan gran golpe a don Dudón, que, si de su ligereza el fuerte paladín no se aprovechara, le fiziera gran daño alcançándole de lleno; mas Dudón le dio otro a Belisardo sobre su luzido escudo que todo se le fizo pedaços. El valiente Belisardo, que sintió la gran fuerça del fermoso joven que con él se combatía, levanta su bastón a dos manos e da al buen Dudón de través tal golpe por los costados, que dio con él en tierra. El mancebo, que estrañamente era ligero, se levantó e tomó a dos manos su fuerte maça, e dio con ella

⁶³⁹ tiviese To¹⁵²⁵.

⁶⁴⁰ sabrada To¹⁵²⁵.

tal golpe a Belisardo, que la vista de los ojos le fizo perder; e segundole de presto otro tan fiero, que las narizes e los dientes delanteros le fizo pedaços. Cuando Belisardo [se sintió] de una tan mala ferida danificado, e conociendo cuán gran ventaja el fuerte Dudón le fazía, assí en el amaestrado ferir como en la gran fuerça de sus golpes, suelta el pesado bastón de las manos y lo que del escudo le quedava e, bueltas sus espaldas, comiença a fuir por la puente adelante cara el otro castillo que de la otra parte estava. El buen Dudón, que sueltas sus armas fuir le vido, va tras él por la puente adelante e sin ningún pavor el franco paladín se entró tras él por la puerta del castillo; y entrado [que ovo], vido una plaça mediana toda entallada de columnas, sobre las cuales altos e muy fermosos aposentos estavan. El cauteloso Belisardo, cuando en la placeta se vido, empeçó a usar de sus encantamentos, e andando en torno de las columnas, dexava a cada parte una pieça de las armas, de lo cual don Dudón estava como envelesado, viéndole andar tan a priessa de una parte a otra, que parecía cosa sin seso. E ya que las pieças casi todas ovo dexado, echose tendido en el suelo, e allí golpeando con su giganteo cuerpo la tierra, se bolvió poco a poco en una brava e temerosa serpiente, tornándosele los braços alas de modo de morciélagos, de trecho a trecho una aguda uña, y assimismo los pies conformes a tal animal, de modo que el pérfido Belisardo estava ya trasmudado en un pavoroso dragón, arrojando fuego por los ojos y echando por la gran boca escuro e muy espeso humo, de manera que, viendo tales cosas e tal grandeza, no hoviera cavallero que d'él no tuviera temor. No se atemorizó el valiente cavallero de ver venir contra sí tan horrible animal, antes, su maça en la mano, enbraçado su escudo, le esperó. El dragón se viene para él e muy fuertemente aferró en el escudo con sus largas uñas e con la cola le rebuelve las piernas, de arte que la maça del buen cavallero no pudo fazer daño al dragón. El paladino, que así ligado se vido, suelta el escudo e la maça y con ambas manos le tomó fuertemente por el cuello, e tan reziamente le apretó, que, cuasi ahogándole, le fizo, con temor de la muerte, que la cola desligasse de entorno de las piernas, e no cessándole de apretar con gran fuerça, fazía la mala bestia gran ruido por se soltar, que era cosa temerosa de lo ver. E tantos e tan fuertes golpes dio sobre el suelo, que pareció con gran ruido abrirse la tierra; y como el buen Dudón tan gran tenblor sintió, soltó al dragón por no se fundir con él, el cual pareció que la tierra le havía sorvido, de lo cual el buen cavallero quedó muy espantado. ^{105r}

Capítulo lxvi. De cómo el buen Dudón fue preso de Belisardo por arte y engaño; e cómo Belisardo, buelto de diversas figuras, hovo batalla con don Renaldos; e cómo al fin por engañoso arte le prendió.

Belisardo el Nigromántico, buelto en figura de horrible dragón, fue metido debaxo de la tierra, mas muy poco tardó que no tornó a salir buelto en otro más feo animal, ca havia la cabeça de un silvático puerco, de la cual le salían dos grandes e muy agudos colmillos de longura de dos palmos, los ojos grandes e ardientes como bivas ascuas, los braços luengos e muy gruesos con fuertes uñas como león, los pies assí mismo e la cola de serpiente, dos muy grandes alas le salían del cuerpo, e tenía en la cabeça dos cuernos fortísimos. No fue vista más fea cosa en el mundo. Viénese para el buen Dudón bramando. El esforçado mancebo, puesto delante su escudo e la maça en la mano, le espera. El feo animal, de una gran arremetida con los dos cuernos, le haze el escudo pedaços e da con el cavallero en tierra; él, que maltrecho se sintió de la caída, con ardido ánimo procuró de se levantar, e antes que se levantasse, le tornó a encontrar, de tal manera que, ronpiéndole las armas, le hizo en el costado un pequeña ferida. Entonces el paladín furiosamente, creciéndole la ira, toma a dos manos su pesada maça, e dio al animal un tan grandíssimo golpe sobre la cabeça, que el un cuerno con gran parte del casco le echó por tierra. Belisardo el Encantador, que tan grandíssimo golpe de manos de don Dudón recibió, bien se tenía por muerto si otro semejante recibiesse; e por le no esperar, menea fuertemente las alas muy ligeramente, corriendo por entre las colunas a manera de fuida. Don Dudón le seguía por unas partes e por otras por le alcançar, mas non podía. En fin, conociendo el Encantador Belisardo que a la grand fuerça de los golpes del buen cavallero don Dudón no aprovechavan sus transmutaciones ni menos sus dessemajadas figuras, vase por la puerta del castillo por donde havia allí primero entrado; y el buen Dudón tras él, siguiéndole por acabar su batalla que avían comenzado; e assí fuyendo se va para la mar, que en el muro del castillo batía, y a la orilla estava una nave aferrada con muy fuertes cuerdas a la muralla; e sin se detener el Nigromante Belisardo se entró en ella. El buen don Dudón, sin temer ningún engaño, sin detenencia ninguna, se lançó ligeramente tras él. Mas como las artes y engaños del maldito Belisardo no llevasen número, estava a la proa de la nave un lazo, de tal manera fecho e por tal arteficio armado que, assí como don Dudón entró,

fue ligado en el lazo por todo el cuerpo, tanto que, cuanto más por fuerça pugnava por se desligar, tanto más e más fuertemente se apretava. Belisardo, que caído le vido en el lazo, lo toma y, atándole de pies e manos, le desarmó todo pieça por pieça, e lo levó debaxo de la cubierta donde los dos hermanos, el bueno de Prasildo e Iroldo, estaban ligados. E dexándole con ellos, el malvado de Belisardo se sale, e tornado en su primera forma, tomó las armas del bueno de don Dudón e armose con ellas, y tomando la fuerte maça en sus manos, saliose de la nave, dexando el engañoso lazo bien armado, como aquel que bien sabía que le quedava otro cavallero con quien contender. E salido que fue fuera, se va derechamente a la puente donde don Renaldos le esperava, y no oviera hombre que le viera que por propio don Dudón non le ^{105v} juzgara; y el buen Renaldos, de que le vido, bien pensó que él era, que con victoria de su quistión bolví; y el malvado Belisardo, por más crédito dar que era don Dudón, fingiendo estar cansado, se arrimó, sin alçar la visera, a un canto de la puente diziendo que estava del trabajo muy cansado. Don Renaldos de Montalván, que vido la primera pérdida de sus compañeros hermanos, el más furibundo cavallero del mundo fuesse para él, e preguntole si havia muerto aquel malvado Belisardo e libertado a Prasildo e a su hermano Iroldo. El engañador gigante, disimulando, le dixo:

—Yo ferí a Belisardo muy mal en la cara e con gran afán le vencí, el cual, como se sintió vencido, se entró huyendo en el agua de un río ancho e no sé cómo se passó de la otra parte, al cual por temor de la hondura del agua no curé de le seguir, y Prasildo e su hermano Iroldo me pareció que estaban de la otra parte en cruel prisión.

Don Renaldos, cuando aquesto oyó, no se curó de más escuchar, antes se va por la puente adelante diziendo:

—Yo bien podré morir en el agua, mas no dexaré en ninguna manera de libertar a mis dos tan caros amigos, que muy gran vituperio me sería si, por temor de la muerte, dexallos morir en prisión. No pensé yo, don Dudón, que para tan poco eras, en más te tenía yo, que has mostrado cómo por temor del agua, ni aunque fuego bivo fuera, dexavas de acabar lo que començado tenías.

El gigante, que en forma de don Dudón estava, mostró airarse muy malamente contra don Renaldos d'estas palabras, e díxole:

—Siempre tuviste por costumbre, malvado cavallero, de despreciar a los otros e vituperarlos por alabar a ti e tenerte en mucho. Hora ve tú con la mala ventura por

ver cómo sabrás nadar, que barco escusado es buscallo. Yo te miraré cómo das fin a lo que yo no pude dar.

El buen Renaldos de Montalván, no se curando de las soberviosas palabras que aquel que pensava ser don Dudón, su primo, le dezía, buelve las espaldas para ir su camino adelante hasta llegar al río; y al bolver que se bolvió, alçó la maça Belisardo por le dar muerte e asentole un tan desaforado golpe sobr'el yelmo que, si no fuera porque don Renaldos era cavallero de gran poder, diera con él atordido en tierra. Don Renaldos, con algo de enojo, buelve al que pensava ser su primo don Dudón, e díxole:

—¿Qué piensas fazer, Dudón? ¿Cómo assí te muestras cruel contra el que no ha de poner manos en ti? Por Dios te juro que, si por mi tío el buen danés tu padre, no fuesse, con la muerte me pagasses tu atrevimiento e yo te metiesse so la tierra.

E no curando de más, tornose a su començado camino; mas el can follón alçó otra vez la maça e diole otro golpe sobre la una espalda, de que algún tormento don Renaldos sintió; e buelve a él con un desmedido coraje, e díxole:

—Agora Dios me sea testigo que el cordial amor que te tengo me ha quitado que no te fiziesse mal alguno, mas tu grand malvado no permite guardarte cortesía.

E assí hablando, sacó a Fisberta de la vaína, y entre ellos se començó la más reñida batalla del mundo. Sospirava el buen Renaldos de Montalván de rato en rato de pasión que sentía de ver delante de sí en batalla a su caro primo don Dudón; mas el endiablado Belisardo nunca le dexava con grand tempestad de le herir por donde más mal le podía hazer, tanto que ya el buen cavallero don Renaldos de Montalván no tuvo sufrimiento ninguno de más esperar los grandes golpes ni le bastó paciencia de no poner todas sus fuerças para en fecho de se defender de aquel malvado que a la muerte assí le quería traer, en que empieça el buen cavallero Renaldos de Montalván de tal manera y ^{106r} con tan pesados e apressurados golpes a ferir, que ya Belisardo non podía durar con él en el campo, assí por las muchas feridas que tenía como porque veía que los más de sus golpes ivan en vazío por la gran ligereza de don Renaldos de Montalván, donde le fue necesario usar de sus acostumbradas artes; y empeçándole a fuir de delante, se metió por la puerta de su castillo que a las espessas columnas de la placeta estava; e allí, pieça a pieça dexadas las armas de don Dudón, empeçó a se trasmudar en una horrible e muy espantable figura de demonio infernal

tal que, si en el infierno se buscara, no se fallara más fea ni más negra ni más llena de sulfuro⁶⁴¹ fue. El buen Renaldos, que tan espantable figura vido, dixo:

—No es don Dudón tan feo. Engañado he sido; mas veamos agora si la figura de enemigo si se defenderá de mi espada.

E lançose por el fediondo fuego el animoso Renaldos [e] empeçó a ferir a la diabólica figura, la cual defendía su infernal presencia con unos azerados garfios; mas a pocos golpes los cortó la afilada⁶⁴² Fisberta, no sin gran daño de Belisario, el cual tenía más de treinta heridas, con las cuales se sostenía pensando que sus espantables visajes e sus encantadas formas le librarían. E viendo que le non aprovechavan, quiso poner por obra su postrimero engaño e, saliéndose del castillo, se fue a más andar cara la marina, e como junto a la nave llegó, por la parte que él sabía, se lançó dentro. Y el buen Renaldos, que desseava la vida de sus compañeros, aventuró la suya propia por los librar de la prisión engañosa que él sentía en que estaban, ca el alma le dava en que eran muy grandísimos los engaños d'este endiablado Belisardo, con los cuales tanto tiempo contra tantos cavalleros durava; entrosse tras él muy ligeramente, e apenas hovo entrado cuando de pies e de manos fue del lazo preso e aun bien ligado. Allí fue tomado el buen Renaldos de Montalván de Belisardo e de sus marineros; e desarmado que le ovieron, le pusieron a buen recaudo con los otros cavalleros, donde la vida que passavan era peor que la muerte, ca no veían luz ninguna, y la gran humedad los atormentaba, y la gran hambre y sed los afligía en gran manera. E puesto que el corazón de don Renaldos de Montalván era soberanamente esoforçado, mucha pena sentía de la contraria fortuna que jamás en sosiego le dexava; e con la grandísima pena que oís, estaban los nobles y esoforçados cavalleros unos con otros hablándose e quexándose gravemente de sus venturas, e a vezes acortándose⁶⁴³, diciendo que el soberano poder de Nuestro Señor Dios, que en otras cosas semejantes los había ayudado, en esta tortuosa aventura no los desampararía⁶⁴⁴.

Donde los dexaremos estar por algunos días, por contaros del muy venturoso conde don Roldán, que travajava por irse a ver con la su muy querida Angélica la

⁶⁴¹ sulfurto To ¹⁵²⁵.

⁶⁴² afilepa To¹⁵²⁵.

⁶⁴³ aconortandose To¹⁵²⁵.

⁶⁴⁴ desampararie To ¹⁵²⁵.

Bella para le hazer saber el cumplimiento de su mandado e pedirle las mandadas mercedes que en gualardón de sus grandes trabajos le havia prometido.

Capítulo lxxvii. De lo que acaesció al buen conde don Roldán después que de don Renaldos de Montalván se partió él y el buen Brandimarte cuando de las casas de Morgana salieron, aviendo desfecho el encantamento del Lago Escuro.

Bien se vos acordará cómo el buen conde don Roldán se despidió de sus queridos primos, don Renaldos de Montalván e don Dudón, como aquel que ardía en el encendido amor de Angélica la Bella. E después de despedido d'ellos, a pie como estaban, ^{106v} él y el buen Brandimarte, su especial amigo, tomaron el camino para ir a ver a Angélica la Bella, su señora, y contarle muy enteramente la vitoriosa jornada que hizo por su mandado al Jardín de Falerina. Pues andando, como oís, hablando con su amigo en las cosas que más le contentava, al tercero día de su caminar, una mañana, a la mano derecha vieron un fermoso llano e dos cavalleros ir uno en pos de otro: el uno que fuía desarmado, y el que le seguía, armado de todas sus armas, en un poderoso e gran cavallo. Ellos se pararon a los mirar el ímpetu e codicia que tenía el que seguía e la burla y escarnio que hazía d'él el que delante le fuía.

E porque sepáis quién eran, sabed que era el uno el malvado Brunelo, que el cavallo furtó al rey Sacripante y el preciado anillo encantado a Angélica la Bella y la espada a la alta Marfisa, y ella era la que le seguía, jurando de no parar hasta lo matar; y Brunelo, como iva encima de Frontalate, el buen cavallo del rey Sacripante, era el señor del campo; esperávala cuando quería e fuía cuando era tiempo, de suerte que, en confiança de la ligereza de Frontalate, la iva faziendo mill befas; mas, ¡ay d'él si cae en manos de Marfisa, que pieças será fecho!

E assí como don Roldán y Brandimarte se pararon a ver aquella fuída de Brunelo, conocieron a Marfisa muy bien, estando maravillados cómo, desamparando su gente en el real que sobre Albraca tenían, iva en pos de aquel hombre desarmado; e viendo las escarnidoras palabras que el traidor de Brunelo iva delante d'ella diziendo, no pudieron estar que no riessen. Y el ladrón Brunelo, que los dos cavalleros a pie vido venir, allegose a ellos assí corriendo como iva a cavallo; e vido al conde don Roldán, e solo en las armas le conoció, aunque en su vida no le avía visto, sino de las señas que d'él avía oído dezir; e assimismo le vido la rica espada

que llevaba, la empuñadura de la cual de admirables piedras preciosas era fecha; y también puso los ojos en el cuerno de marfil, el cual era sobre manera riquísimo, y propuso en sí de lo aver antes que a su tierra fuese; e dixo:

—Yo me desesperaría e daría al diablo mis astucias si yo no presentase el espada y el cuerno de Roldán a mi señor el rey Agramante.

E puso a su veloz cavallo las piernas; y en breve espacio dexó a Marfisa un gran trecho de sí; y de que sintió que ella le avía perdido de vista e que por el camino derecho que él avía ido de necesidad le avía de seguir, buelve sobre la mano derecha sin d'ella ser visto e púsose sobre un lexano ribaço por no se partir de la vista de don Roldán fasta cumplir su desseo. Y d'este modo todo el medio día los siguió, tanto que vio que ellos dos, por el calor del gran sol, se pusieron a sombra de un árbol a descansar. Brandimarte, que muy aquexado de sed andava, se fue a buscar por allí alguna fuente si por ventura la pudiesse fallar. El conde don Roldán se quedó solo, assentado a la sombra, el cual, con el gran cansancio del camino y el tormento de sus enamorados cuidados, se adormeció. El ladrón Brunelo, que en tal cuidado estava, bien lo vido, e arrendó su cavallo a un árbol, e con muy grande atrevimiento diabólico se fue para el buen conde don Roldán, que dormiendo estava, e sacole la muy rica espada de la vaina; e de que vio que tan reziamente dormía que le no había aún sentido, bonicamente le quitó el cuerno muy preciado de Almonte. Y no podía el ladrón de Brunelo tenerse en su pies del grandísimo plazer que llevaba en ver las sus joyas y, andando cara su cavallo, vido venir al buen Brandimarte. E como Brandimarte vido que el malvado ladrón de Brunelo llevaba la muy riquísima espada ^{107r} y el preciado cuerno de don Roldán, empeçolo a seguir; mas en balde tomó el trabajo, que, como él armado estuviese y el endiablado Brunelo desarmado, no le pudo con gran trecho alcançar; e cavalgó en su ligero cavallo; e vínosse por donde estava el buen conde don Roldán e dixo assí d'esta manera:

—¡Recordad, señor don Roldán, guardad no vos furten las armas, que yo os guardaré vuestro preciado cuerno e vuestra buena espada a buen seguro!

El buen conde recordó muy espavorido e vido cómo Brunelo le llevaba la su espada e su cuerno, e de gran enojo no le pudo hablar; mas levantose de allí por ver dónde guiava e viole que se iva por el camino donde la alta Marfisa primero le seguía. En esto, llegó Brandimarte e falló al conde, que quería de enojo reventar. El ladrón Brunelo iva su camino adelante, donde tornó a se encontrar con la furiosa

donzella que le seguía. El conde e Brandimarte, como espantados, empezaron a caminar, no sabiendo qué se dezir de tal pérdida; e caminando por aquel llano adelante, arribaron a un gran río, a la orilla del cual vieron una barca en la cual estava una donzella fablando con otra que de la otra parte estava, la cual tenía de diestro un fermoso cavallo; e dezíale:

—Ten paciencia, buena donzella, que tu deseado passaje te acarrió perpetua prisió. n.

En esto, allegaron a la barca el conde don Roldán y Brandimarte, e la donzella que en ella estava los passó de la otra parte muy prestamente. Y como de la otra parte fueron, conoció el buen conde don Roldán que el cavallo que la engañosa e falsa donzella traía era su muy preciado cavallo Briador, y la su muy preciada espada Durindana tenía colgando del arzón. La falsa y engañosa donzella, que vio que aquel era el muy esforçado cavallero el conde don Roldán, a quien ella tantos escarnios había fecho, empezó con muy gran miedo a tenblar; mas engañada bivía, porque el conde no tenía ningún propósito de la enojar, puesto que bien merecía ella cualquier pena. E devréis de saber que aquesta era la ribera donde don Renaldos de Montalván e don Dudón habían aportado con sus dos compañeros, Prasildo e Iroldo. Muy grande plazer hovo el conde don Roldán en haver cobrado su buena espada Durindana y su preciado cavallo Briador; e con semblante muy amoroso, habló a la donzella que hurtado se lo había, diziendo:

—¿Cómo, señora donzella, a quien tanto servicio os ha fecho, e más vos dessea fazer, procuráis tanto enojar? No son tan fermosas vuestras obras como vuestra presencia.

Diziendo esto, oyeron sonar un cuerno arriba en el alto del castillo e vieron baxar una gran escuadra de gente armada, y en medio d'ella el honrado viejo que a don Renaldos e a su conpañía baxó a fablar; e dixo al conde e a Brandimarte lo que a los otros que allí venían solía dezir e la batalla que avía de aver con Belisardo el gigante, como era antigua usança. El conde fue contento de lo cunplir e rogó mucho al honrado alcaide le guardase aquel cavallo e le fiziese curar muy bien; él se lo prometió allí de lo fazer. Luego fueron metidos en la barca e llevados por la donzella a los castillos de Belisardo. E como en tierra fueron, vanse derechamente al castillo, en el cual fallaron armado al gran gigante Belisardo. Mucho rogó el buen Brandimarte a don Roldán tuviese por bien de le dexar la primera batalla con él;

mas no lo pudo con él acabar, antes, desafiando muy prestamente al gigante, puso mano a la cobrada e fina espada e comenzó con Belisardo una muy feroz e áspera batalla, ca non parecía el conde don Roldán y el gigante Belisardo sino unos muy presurosos herreros, que prestamente martillavan ^{107v}. El conde fería muy a menudo al gigante de espada; el gigante fiere al conde de su pesado bastón; mas la soberbiosa fuerza de Belisardo no pudo durar⁶⁴⁵ mucho contra el gran esfuerço e fuerza de don Roldán, ca ya estava ferido de la su buena espada en muchas partes. Luego Belisardo empeçó a se trasmudar en diversas figuras; mas poco le aprovechó, que delante de don Roldán no parava cosa. Brandimarte no se quitava de ver la batalla disforme y fiera, maravillado de los encantamentos de aquel gigante. E como ya sus artes no le prestassen, acorriose al postrimer remedio que tantas vezes le havía dado la vida, e vase huyendo cara la marina do la nave estava amarrada e saltó dentro d'ella. Don Roldán, que siguiéndole iva, saltó tras él; mas, como los cavalleros passados, fue preso del lazo sin detenimiento alguno. El conde, que assí ligado de pies e manos sin ningún remedio se sintió, dio una gran boz, diziendo:

—¡Ó, Virgen María, acorre a tu cavallero!

Luego Belisardo e los marineros, enlazado como estava don Roldán, lo tomaron para lo llevar donde los otros prisioneros estaban. Mas, como os contamos, viendo las trasformaciones que Belisardo fazia en la batalla, nunca el buen Brandimarte se quitava de los mirar, mas antes donde quiera que ivan los seguía, e siguiolos hasta entrar en la aferrada Nave del Lazo. E como ellos saltaron dentro, esperó un poco Brandimarte de fuera, e como oyó el grito que don Roldán dio, bien creyó estar en algún engañoso peligro, e sin más dilación saltó dentro en la nave con su espada en la mano y el escudo delante, y entrando a su salvo, porque el lazo no era puesto, vio como aquellos marineros y Belisardo llevavan al buen conde don Roldán a la prisión ligado sin se poder valer. E assí como los hombres que estaban en la nave le vieron entrar, con gran pavor soltaron al conde e d'ellos saltavan en la mar y d'ellos al castillo de popa; mas, antes que la fuída les aprovechasse, dos d'ellos murieron a manos del buen Brandimarte. El gigante Belisardo, que ya en su propia forma era tornado, les dio bozes diziendo:

—¡O, viles e sin ánimo! ¡Alarma, alarma!

⁶⁴⁵ turar To¹⁵²⁵.

Todos cobraron algún tanto de corazón a las bozes del gigante Belisardo, y empieçan a tomar lanças e armas diversas que de guarnición estavan en la nave y empieçan a ferir en el buen Brandimarte; mas él, como esforçado cavallero, se mete entr'ellos, firiendo a diestro e a siniestro, de modo que la nave estava llena de muertos, assí de los d'ella como de los que del castillo salieron. El rumor que en la nave sonava era gran maravilla, de modo que un marinero, que la perdición de sus compañeros vía, de puro temor se lançó dentro de la nave de yuso⁶⁴⁶ sota, donde los presos estavan, a los cuales contó su desventura. El animoso don Renaldos le dixo:

—No ayas pavor de muerte. Deslígame d'esta cadena, que yo te aseguro la vida como cavallero.

El marinero, que lleno de temor estava, fizolo assí. Don Renaldos le tomó la visarma de las manos e sálese fuera de la prisión; e vido a un cabo de la nave al conde don Roldán tendido en el suelo ligado. En esto, ya Belisardo tornava de su castillo armado de armas y a grandes bozes diziendo:

—¡Mueran, mueran, no quede ninguno a vida!

Mas de otro arte le avino, que don Renaldos, que a su primo don Roldán conoció e vido el peligro en que estava, tomole de la mano la buena espada, e con pocos golpes cortó la cadena del lazo, de manera que don Renaldos le pudo desligar, el cual, como desligado se sintió, como león bravo, con su espada en la mano, se fue para Belisardo, que ya con Brandimarte peleava, e diole de través a dos manos tan gran cuchillada sobre un muslo, que casi todo se le cortó; de manera que Belisardo,^{108r} sin se aprovechar de sus artes, cayó en el suelo como una torre. Pues don Renaldos, aunque desarmado, no cessó de ferir a sus enemigos, de manera que el gigante fue muerto y echado en la mar, e los de la nave muertos e mal feridos, que apenas escapó uno d'ellos. Fecho esto, don Renaldos entró en la prisión e, con ayuda del libre marinero que dentro estava, soltó todos los presos, los cuales salieron con sobrado plazer, dando gracias a Dios por la merced que les avía fecho e al conde don Roldán e al buen Brandimarte por la libertad que les avían dado.

⁶⁴⁶ digoso To¹⁵²⁵.

Capítulo lxxiii. De la hermosa aventura que acaeció al conde don Roldán e al buen Brandimarte después que ovieron sacado los prisioneros de la nave; e cómo Brandimarte fue de su padre conocido, el cual por muerto fasta aí le avía contado.

Cuenta la historia que, después que el gigante Belisardo fue muerto e sus artificiosos encantamentos acabados, don Roldán e don Renaldos fueron muy alegres, assí por la cobrada libertad como por la vista el uno e del otro; e allí, passadas muchas pláticas de amor, como aquellos que más que hermanos se amavan, dixo el conde don Roldán⁶⁴⁷ al buen Brandimarte:

—Señor Brandimarte, ¿qué os parece que devemos fazer, pues esto ya es acabado?

—Señor —dixo Brandimarte—, fagamos lo que vos pareciere.

Entonces, el marinero que asegurado avía a don Renaldos dixo:

—Señores, oídme. Si vos pluguiere, fazeros he saber dónde estáis e porqué causa a este lugar fuistes traídos. E de que sabido ayáis estas dos cosas, daréis orden en lo que devéis fazer, porque de otra manera sería andar platicando a tienta.

—Buen hombre —dixo don Roldán—, bien habláis, dezí lo que quisierdes, que nosotros tomaremos vuetro consejo e parecer, pues mostráis ser hombre de buena razón.

—Señores —dixo el marinero—, yo soy el patrón d'esta nave; e puesto que toda mi gente veo muerta e a Belisardo también, so cuyo amparo estábamos, no me maravillo, porque vueltas son de Fortuna, la cual no permite las cosas estar sienpre en un estado. Este señorío y tierra en que estamos es del rey Manodante, el cual hovo dos fijos; del uno llamavan Bramadoro, y este era el mayor, e fuele furtado e llevado a otras estrañas tierras, que d'él no se sabe en ninguna manera; el otro, que para consolación de la pérdida del primero le quedava, fue llevado a la casa de una encantadora e falsa muger, Morgana llamada, y por otro nombre la Hada del Tesoro se dize. El infante se llama Galavis el Feroso; e tan lindo le formó la natura, que Morgana muere por su amor e lo tiene en prisión grand tiempo ha, de arte que no puede todo el mundo con ella que le dé a su padre. E lo que con ella se acabó es que dize que, si a don Roldán, un famoso cavallero cristiano, no le dan desarmado y en

⁶⁴⁷ reldā To ¹⁵²⁵.

prisión puesto en su poder, que ella dará a Galavis el Feroso; y que si no se lo dan, que en balde se trabajan de los pedir, que no lo dará. En aqueste comedio supo mi señor, el rey Manodante, que este cavallero era pasado en estas partes, que Morgana lo pedía por cosa impossible, porque él es soberanamente fortíssimo cavallero, que no basta todo el mundo por fuerça de armas a lo prender ni vencer. E como persona Morgana que no quiere dar lo que le piden, tomó esto por prenda: que dándole preso a don Roldán daría ella a Galavis el Feroso. E como a las personas que aman de verdadero amor las cosas que a otros parecen impossibles a ellas les parecen fáciles de cumplir, el rey Manodante, con el sobrado amor de su perdido ^{108v} fijo, á buscado modo y manera para poder prender a este cavallero que os digo; y el gigante Belisardo, condoliéndose de la passión del rey Manodante, quiso servirle en esto, que él estaría en este passo y a cuantos cavalleros por él pasar quisiessen prendería; e son tantos los que aquí en el castillo tiene, que es espanto, assí cristianos como paganos, porque los que yo, señor, os sabría dezir allí está uno que se llama Aquilante, e otro que se llama Grifón, que es un fuerte cavallero, e otro que se dize don Estolfo. E si mi consejo, señor, queréis tomar es que vais ante el rey Manodante e por los presos le supliquéis, ca él vos los dará, dándole algún consuelo a su pérdida e buena esperança a su passión.

A don Roldán e a Brandimarte pareció bien lo que el patrón dezía y solos ellos dos se fueron ante el rey, y el buen Renaldos se quedó con el patrón de la nao; y ellos en un barco de los de la nave fueron de un hombre de los del castillo llevados fasta la presencia del rey Manodante, los cuales fueron d'él con muy alegre cara recibidos. El rey Manodante supo d'ellos el caso cómo havia acaecido, de lo qual fue d'ello muy pesante, como aquel que pensava alcançar con el encantador Belisardo algún remedio; pero consolose algún tanto viendo que la Fortuna assí su desseo le contrariava; e fizo desarmar los dos valientes guerreros e proveer de lo que les fue necessario e aposentar dentro de su palacio, de manera que fuessen bien servidos.

En este comedio, la falsa y engañosa donzella que allí pasado havia, la que el cavallo y el espada avía al conde don Roldán hurtado como arriba oístes, con su fingidas palabras supo toda la cosa cómo passava, y cómo aquella guarda se fazia por haver a las manos a don Roldán; e también supo cómo Grifón, el que tanto ella amava, era en prisión. Comidió luego la traición que avía de fazer, como aquella que

par en el mundo de maldad y engaño no tenía, e vase para el rey Manodante, e díxole secretamente:

—Poderoso señor rey, otórgame un don e darte hé a don Roldán en las manos.

El rey, que otro no era su desseo, se lo otorgó libremente. La falsa donzella le dixo:

—Sepas, señor, que uno de los cavalleros que en tu palacio tienes es el conde don Roldán.

El rey Manodante la fizo encerrar en un aposento de la sala; e díxole:

—Buena donzella, si esso es verdad, yo vos daré el don que me pedistes con más crecidas mercedes.

—Señor, sin dubda lo es —dixo la falsa donzella.

Luego el rey Manodante mandó mezclar cierto vino con yervas que fazen a la persona que lo toma dormir sin algún sentido por gran pieça; e fizo llevar a los dos cavalleros, don Roldán e Brandimarte, fruta de colación, porque de aquel vino beviessen, los cuales la recibieron e bevieron de la mezcla del vino, el cual los fizo dormir tan a sabor, que la gente del rey Manodante pudo quebrar las puertas donde estaban e prendellos; e ligados de pies e manos, desnudos como estaban, los llevaron a una oscura prisión, en la cual también dormiendo, como si en el su blanco lecho estuvieran, se quedaron fasta la mañana, que el termino de la mezcla se acabó. E de que los dos queridos compañeros, que la libertad de sus amigos querían fazer, se vieron en oscura cárcel presos e muy encadenados, ved el dolor que podían sentir. Don Roldán, que cristianíssimo cavallero sienpre fue, emeçose a encomendar de todo coraçón a Dios e su Bendita Madre, llamando a todos los santos e santas que sabía por su nonbre que en tan necessidad le socorriessen. El buen Brandimarte le emeçó a preguntar qué cosa era lo que fablava; el conde, que mucho le quería, viendo que le preguntava cosa por donde mediante la gracia del Espiritu Santo le podría traer a estado de salvación, olvidada la prisión y el peligro d'ella, con ferviente caridad ^{<99r>} [109r] de verdadero cristiano, le emeçó a contar los altos misterios de la soberana redención y cómo la lumbre de nuestra salud estava en la fe católica. Allí le dixo tales e tan verdaderas cosas, que el buen Brandimarte confessó de puro coraçón la vanidad en que andava y la verdadera fe de Jesucristo que creía, y dava muchas gracias a Dios que a tal conocimiento le avía traído, deseando ya la

libertad por recibir el agua del Santo Baptismo con que la libertad del ánima avía de cobrar. E de que todo esto ovieron passado, dixo el buen Brandimarte:

—Señor don Roldán, ya de oy más me avéis de tener por verdadero hermano, pues assí me lo avéis mostrado que los cristianos son hermanos por ser todos fijos de una madre que es la Sancta e Católica Iglesia; y, por tanto, yo vos ruego que a mi consejo no me contradigáis, si no sabed que, do pensáis que me tenéis ganado, me avréis perdido. Nuestra prisión no es por otra cosa sino por os prender a vós, como de verdad, señor, sabéis agora. Pues cunple que mudemos nuestros nonbres y seremos libres. Vós, señor, afirmad que soy don Roldán e yo assí lo confessaré e que vós sois Brandimarte. E pues vós, señor, sabéis cómo podréis aver al fijo del rey Manodante, salid de prisión y pugnad por se lo traer; e yo me quedaré en la prisión, donde, si muriere, no me doy por ello nada, pues sé que muero cristiano, y más falta faréis vós en el mundo que yo, ca más vale que yo padezca⁶⁴⁸ que no vós. Y si tal ventura ovierdes que de aquí me librades, yo seré muy alegre por bivar en vuestra compañía como cristiano; y si no, tened cargo de rogar a Dios por mi alma, que a él nuevamente es convertida.

Cuando don Roldán esto oyó, no pudo retener las lágrimas de sus ojos: lo uno por el plazer que sentía en aver cobrado un ánima de tal cavallero, y lo otro por la compassión que ovo de sentir el amor con que Brandimarte ponía su vida por su libertad con tan ferviente amistad; y díxole:

—Mi amigo, no plega a Dios que yo tal piense, que gran villanía sería si, por yo salir de prisión, os dexasse a vós en ella.

—Por el Alto Dios que fizo el cielo y la tierra —dixo Brandimarte—, si no lo hazéis, señor, de me bolver como de antes, donde pierda el ánima con el cuerpo. ¿E cómo, señor, no os parece que es mejor que yo muera que entranbos, quanto más que siendo vós libre, daréis a mí libertad?

En esto, llegaron las guardas del rey a la torre; e dixeron:

—¿Cuál de vosotros, cavalleros, es don Roldán?

Brandimarte dixo de presto:

—Yo soy, ¿por qué lo preguntáis?

—Agora lo veréis —dixeron ellos—. Y essotro cavallero, ¿cómo se llama?

Brandimarte respondió:

⁶⁴⁸ parezca To¹⁵²⁵.

—Llámase Brandimarte el Pagano.

Entonces abrieron las puertas y sacaron dende a don Roldán pensando que era Brandimarte y con gran alegría lo levaron delante del rey, el cual le dixo:

—Di, cavallero, ¿cómo se llama el que queda en la prisión?

Don Roldán le dixo:

—Señor, llámase don Roldán, el cual mató a tu Belisardo.

—¡O, Sancto Dios, —dixo el rey—, cuánta bienaventurança me acarrió la donzella que tal secreto me descubrió!

Allí creyó⁶⁴⁹ don Roldán que la falsa donzella los avía vendido. Luego don Roldán, por mandado del rey, fue vestido de sus paños e metido en una sala y allí detenido; y el rey llamó a la donzella, diziendo:

—Pide lo que quisieres, donzella, que yo te lo daré.

—Señor, demándote que me des un cavallero que tienes en prisión, que se llama Grifón.

El rey se lo mandó dar; mas el fuerte Grifón que lo supo, no quiso salir de prisión sin su hermano Aquilante. El rey, por el amor de la donzella, también le mandó sacar, como aquel que no quería otro prisionero sino a don Roldán solamente. Y la donzella falsa y llena de engaño no les curó a los dos hermanos de dezir cosa alguna, porque no se detuviessen por amor del conde don Roldán. Y el rey les mandó dar sus armas y aun sus cavallos, y a la mala donzella un rico palafrén; y todos tres, sin se ^{109v} detener, se partieron a la buena ventura. El rey Manodante era de natura misericordioso e acuitávase en sí de fazer ninguna crueldad; mas el paternal amor, por otra parte, le costreñía a fazer aquello que no era de su naturaleza. E fuesse a la prisión donde tenía a don Roldán, que él assí lo creía, e díxole a don Roldán. Brandimarte respondió:

—¿Quién me llama?

El rey Manodante le dixo:

—La fortuna, que a mis fijos contraria se á mostrado, me haze ser descortés en te tener en prisión, que sabe Dios cuánto yo solía honrar a los cavalleros⁶⁵⁰ estrangeros e naturales. E puesto que yo sé que eres cristiano y enemigo de nosotros,

⁶⁴⁹ creo To ¹⁵²⁵.

⁶⁵⁰ canalleros To ¹⁵²⁵.

no te quisiera yo fazer enojo solo por tu gran proeza e soberana virtud, mas ál no puedo fazer por cobrar a mi querido hijo.

E allí le contó la pérdida de sus dos hijos, en cabo de las cuales razones Brandimarte le dixo:

—Rey Manodante, pues ya soy en tu poder, faz una cosa: a Brandimarte, que de aquí sacaste, dale sus armas e faz que lo guíen a la casa de Morgana; e, si en término de un mes, no te truxere tu fijo Galavis, después faz de mí a tu voluntad. Y pues dizes ser de buen talante a los cavalleros, faz por mí esto que te demando, pues a gran seguro lo puedes fazer, teniéndome aquí como me tienes.

Al rey Manodante plugo mucho de fazer lo que le rogava, el cual pensava ser don Roldán, e assí se lo prometió. E de allí se fue donde tenía don Roldán, que él se pensava ser Brandimarte, e contole todo lo que avía concertado con el cavallero preso; e allí le mandó dar sus armas e su muy preciado cavallo Briador; e díxole:

—Buen cavallero, esto fago por la cortesía que me mueve a fazer plazer a don Roldán. Por ende, sabed que, si dentro de un mes no me traéis recaudo, que faré el trueco qu'está puesto entre mí e la fada Morgana.

El conde don Roldán le prometió de fazer en ello todo su poder, donde no que él tornaría a su poder. Luego le fueron dadas todas sus armas, como digo, e partiose el conde con un amor entrañable de cunplir su impressa por libertar a tan buen amigo como Brandimarte, el cual, como vos deximos, ya era convertido.

E andando sus jornadas, le dexaremos fasta su tiempo, porque en este comedio el rey Manodante e toda su corte estavan en grandíssimo plazer por la libertad de su fijo Galavis el Feroso. El ruido de las tronpas e instrumentos de música era grande, que por toda la ciudad sonavan, tanto que vino a oídos de los prisioneros que allí estavan; y el duque don Estolfo, que más bien razonado era, demandó de aquel que en guarda los tenía qué cosa fuessen aquellas alegrías; la guarda se lo contó e cómo tenían a don Roldán en su poder. El duque le rogó, por muy buenas palabras, que dixese al rey Manodante que el duque don Estolfo le suplicava le fiziese tanta merced [que] tuviese por bien de le dexar ver a don Roldán. El rey, que muy benigno era, se lo concedió; y él mismo fue a lo sacar de la prisión e le fizo dar ricos paños que vistiese; e salido con mucha compañía, fue llevado a la torre donde estava preso Brandimarte. El duque, delante todos, le

empeçó a fablar; y en la habla conoció que no era el conde don Roldán; e dixo al rey Manodante:

—Por cierto, señor, engañado estáis, que⁶⁵¹ no es este mi primo don Roldán.

—¿Cómo no? —dixo el rey—. Por cierto él es.

El duque dixo que no era. ¡Ó, Dios, cuán gran tacha es el mucho fablar e cuántos daños acarrea!, que tanto razonava el duque don Estolfo que, embevecido en sus pláticas, no mirava el fin de las pláticas. El rey, turbado en demasía, ligado como estava, le hizo sacar de allí, e díxole al duque:

—Míralo agora bien a lo claro e verás si es Roldán.

—Visto le he —dixo el duque—, que por cierto no lo es.

El rey, que muy anublada tenía el alegría qu'él pensava ser cierta por la prisión ^{110r} de don Roldán, dixo:

—¡Ó, dioses! ¿Es verdad lo que oigo? Di, ¿qué señas ha esse cavallero?

El duque le dixo todas sus señas e de sus armas, por las cuales conoció qu'el cavallero qu'él avía embiado era don Roldán; e por poco estuvo que no cayó en el suelo de pena grandíssima que sintió; e con una rigurosa boz dixo:

—¿Cómo, Brandimarte, assí quesiste morir tú por libertar a don Roldán?

Brandimarte calló, que palabra alguna no dixo, antes, con unos reprehendedores ojos, miró al duque don Estolfo, el cual bien conoció el mal que avía fecho y el gran hierro en que avía caído, e pesole d'ello muy amargamente. Y el rey, que vio que su esperança era vana e su remedio era perdido, e de manso que era e begnino se torna como un fiero león; e mandó muy crudamente ligar e religar al desnudo Brandimarte e llevarlo a un oscuro e seco algibe, la más hidionda e temerosa e suzia prisión del mundo; e díxole:

—Allí estarás, cruel enemigo, matador de ti mismo, donde morirás las más cruda e desesperada muerte del mundo, ca te faré despedaçar tus carnes de día en día de hanbre e de sed; e te faré, antes que mueras, quemar bivo, que memoria de ti no quede. ¡Ó, contraria Fortuna, cuán cruel me has sido, —dezía el rey llorando de sus ojos—, ca me quitaste a mi querido primogénito fijo Bramadoro!, el cual fuera el mejor cavallero del mundo; después al segundo, que para consuelo de mi vejez me

⁶⁵¹ que To¹⁵²⁵.

quedava, d'el todo apartándome la esperança de nunca avello. Pues assí es, yo faré la más cruda vengança⁶⁵² del mundo sobre ello.

El buen Brandimarte, que en tal lugar y con esperança de tan gran peligro se vio meter, endereçó con lágrimas su boz fazia el cielo, diziendo:

—¡O, redentor mío Jesucristo crucificado, ave merced d'este tu nuevo cavallero a ti de todo coraçón convertido!

Pues, dexado Brandimarte en tan cierto peligro, sabed que el conde don Roldán llegó a do el gran lago de Morgana era; e acercándose por aquel llano fazia do la escondida entrada de la boca estava, vido cara sí venir una donzella en un rico palafrén con solo un escudero, que desarmado en otro palafrén venía; e quando más cerca d'ella llegó, quisola reconocer e no pudo caer en quién fuesse; mas la donzella bien le conoció a él, e apeose del palafrén e, hinojada ante él, le dixo:

—¡O, venturoso conde don Roldán, cuánta gracia me ha fecho Dios en te fallar en tal lugar, ca te he mucho menester! Señor, sepas que he sabido que en este lugar [que] en la Casa de Dragontina está preso mi señor e tu gran amigo Brandimarte, e tú solo, después de Dios, le puedes restituir la libertad.

Luego conoció el conde que Flordelisa, la muy querida [amiga] del buen Brandimarte, era essa donzella; e díxole:

—Fermosa dama, aténdeme aquí, ca Brandimarte en otra prisión está que no en esta; e después que yo salga, sabréis el fecho por entero.

El conde se apeó del cavallo e, dexándole en guarda a Flordelisa, se metió por la cueva adelante, como aquel que ya sabía el camino; e no paró fasta passar la cristalina cárcel e llegar a la fuente del fresco vergel, donde falló a los dos nuevos enamorados solazando. E como ellos e sus donzellas, que allí en compañía estaban, se vieron salteados del conde, aunque en lo primero se recelaron, en conociéndole, ovieron gran alegría, aunque el coraçón de Morgana con recelosa sospecha no pudo como primero sossegar. El conde, que vio que, si de ruego usava, por ventura su jornada no avría el fin que él desseava, tomó por el braço al fermoso infante Galavis, e díxole:

—Fermoso infante, cunple que vengáis conmigo.

—Señor —dixo Galavis—, fágase como mandardes.

⁶⁵² vengança To ¹⁵²⁵.

Morgana, que sintió en alguna manera lo que era, cayó en el suelo como muerta. Galavis, que ^{110v} crecido amor le tenía, rogó al conde le dexase consolar a aquella señora, el cual con amorosas palabras la bolvió en su acuerdo, donde muchas razones farto acuitadas passaron. Finalmente que concertó de bolver e la no olvidar, ella dava al conde crueles quejas, diziéndole con lastimeras palabras:

—¿Cómo, señor, tan mal lo usáis conmigo? ¿Qué es de lo que me prometistes?

Don Roldán, que viendo tales lástimas no pudo tenerse que compassión no oviesse, le dixo:

—Señora Morgana, si Galavis es el que debe, él vos amará e fará por vós lo que los buenos son obligados a fazer. En lo demás, no es de consentir que por vuestro plazer tantos buenos cavalleros padezcan.

Allí Galavis le fizo grandes promesas de su venida, tanto, que ella en alguna manera se consoló; e consolada que fue Morgana, saliéronse ambos a dos de la rica casa, e vinieron donde Flordelisa los estava esperando. E don Roldán subió sobre su cavallo, tomando a las ancas a Galavis el Fermoso, y con Flordelisa y el escudero empezaron a caminar sin parar la vía de la ciudad do el rey Manodante estava; y en el camino contó el conde don Roldán a Flordelisa la aventura que les avía acaecido a él e a su querido amigo Brandimarte, de lo cual ella quedó espantada; entonces le dixo Flordelisa:

—Pues sabed, señor don Roldán, que este escudero que conmigo viene a otra cosa no salió de su tierra sino a lo buscar. E me ha contado toda la vida de mi señor Brandimarte, cómo desde pequeño fue furtado de casa del rey su padre; e cómo fue vendido por esclavo al Conde de Rocasilvana; e cómo fue tal en su servicio que, viniendo a edad de ser cavallero, le fue dada la orden de cavallería de manos de su señor, el conde; e de cómo el conde en su muerte le dio su mismo señorío de Rocasilvana; e cómo por su gran valor, no queriendo tener assentada ni viciosa vida, se fue a andar por el mundo, dexando en su lugar un cavallero llamado Rupardo, el cual, sabiendo que Brandimarte no parecía ni d'él nueva alguna se sabía, alçose con el señorío; e como la villa e castillo de Rocasilvana fuesse muy fuerte, non queriendo ser a su ausente señor traidores, hanse defendido y secretamente han a este escudero embiado a saber nuevas de su señor; e por caso nos topamos en el lugar do avía sido el Lago Escuro.

E fablando, como oís, el conde e Flordelisa, llegaron⁶⁵³ a la ciudad donde el rey Manodante estava, que Damogir había nombre. E como los de los arrabales vieron venir al conde don Roldán, que ya sabían que avía salido de prisión con partido de traer a Galavis, todos alçaron gran grita de plazer, viendo las grandes fiestas que el rey avía empeçado a fazer e la tristeza con que dexado los avía; e quien más aína podía ir con la nueva más bien andante era; assí que las nuevas llegaron a Manodante, el qual, como lo oyó, no curó d'esperar compañía alguna ni ricos ornamentos e vase para donde venía el conde don Roldán; e como cerca d'él llegó, vido a su querido fijo Galavis; e assí como le vido, lo abraça con abundancia de lágrimas que de sus ojos por su cara e blanca barva corrían; e de allí, sin poder palabra hablar, se fueron a los reales palacios, aconpañados de tanta gente, que apenas por las calles podían hender. E llegado que ovieron, el conde don Roldán dixo al rey Manodante:

—Señor, yo cumplido he lo que a Vuestra Alteza prometí; mande vuestra persona fazer lo que deve.

El rey Manodante, que tan bien vido la promesa acavada, no supo el rey qué respuesta le dar, teniéndose por muy culpado en aver así a Brandimarte tratado; y con un fengido semblante le respondió:

—Señor cavallero, vuestro compañero está sano e agora salvamente librado.

E assí, bolviendo ^{111r} el rey los ojos, a una parte e a otra mirando la multitud de la gente que en su palacio cargava, vido acaso el escudero que con Flordelisa estava, que Bradano avía nombre, e a grandes bozes dixo:

—¡Prended, prended a este hombre, ca él me dirá nuevas de mi querido hijo Bramadoro!

Toda la gente que allí estava se apartó y Bradano fue preso; y puesto de rodillas delante el rey Manodante, le dixo:

—Dí, malvado traidor, ¿qué feziste de Bramadoro, mi primogénito fijo?, ca tú y otros como tú me lo furtastes, dexándome fasta oy en gran cuita.

Bradano respondió:

—Señor, por la lealtad que le devo como a mi señor natural, vos juro que no lo sé; mas de cuanto en cuando fue de mi viejo señor heredado, él, dexando en su lugar un cavallero que governase su señorío, se fue por el mundo a guisa de cavallero

⁶⁵³ llagaron To¹⁵²⁵.

andante y nunca d'él más supimos; por lo cual, tiranamente de su lugarteniente es el su señorío usurpado. E desseando saber sus vassallos, que agora cercados de su enemigo están, nuevas d'él, ciertas supieron cómo él y otros cavalleros estavan presos en el Lago Escuro de la hada Morgana; por lo cual yo he venido fasta aquí en busca d'él. E otra cosa no alcanço más d'esto.

El rey, por una parte, ovo plazer grandísimo de saber que era bivo; y por otra, el paternal amor le combatía, desseándole fallar. Díxole:

—Por cierto yo he sabido d'essa prisión de los cavalleros que allí estavan, mas nunca de Bramadoro, mi fijo, oí mentar.

—Verdad es —dixo Bradano— que Bramadoro no estaría allí; mas sería el mi señor Brandimarte, ca luego que de aquí fue llevado se le mudó el nonbre, porque por la mudança del nombre e por la edad no fuesse de ti conocido.

—¡Ó, Sancto Dios! —dixo el rey Manodante—. ¿Verdad es que mi primogénito fijo es Brandimarte?

—Sí, por cierto —dixo Bradano—, ca yo lo sé bien que lo hurté de niño de tu real palacio e lo he ayudado a criar dentro de Rocasilvana.

—¡O, cruel padre! —dezía el rey Manodante—. ¡O, hombre sin piedad! ¿Cómo he tan ásperamente maltratado a mi tan querido fijo?

Allí se redoblaron las alegrías, que al cielo los gritos llegavan, bendezían todos la hora y el día que don Roldán a aquel lugar avía venido, pues tanto plazer e bien les avía venido. Luego fueron al escuro algibe e sacaron al infante Brandimarte, dándole riquísimos paños que se vistiese, besándole todos las manos como a señor. Él, muy espantado de tal novedad, no sabía qué cosa fuesse. Flordelisa, su querida amiga, e Bradano, su leal criado, fueron a él y le contaron con mucho plazer la venida de don Roldán e todo lo ál, e cómo avía sabido el rey como era su fijo. Brandimarte que lo oyó, púsose de rodillas en tierra, alçando las manos al cielo; e dixo:

—¡O, soberano Dios mío Jesucristo crucificado, bendito sea tu nonbre por siempre sin fin, ca de tu mano he sido así favorecido!

E fue llevado de allí al real palacio; y, entrando en él, finco las rodillas ante el conde don Roldán. El conde le dixo:

—Amigo verdadero, no fagáis tal desacato a vuestro padre, ca a él devéis essa obediencia.

—Señor —dixo Brandimarte—, vós sois mi padre verdadero, ca por vós he ganado mi alma e mi cuerpo. Por ende, os devo más que a él.

Allí el rey Manodante abraçó a su nuevo fijo, e assimismo Galavis el Feroso a su fallado hermano, los cuales en la habla e aire de sus personas mucho se parecían, aunque en la robustidad e grandeza del buen Brandimarte algo deconformavan, ca era Galavis más delicado e ál tanto más feroso. Allí se empeçaron a regozijar nuevas fiestas por toda la ciudad, que maravilla era de las ver.

Capítulo lxxix. De cómo a cabo de algunos días el rey Manodante ^{111v} y sus dos fijos, Brandimarte e Galavis, con toda su gente se baptizaron. E cómo don Renaldos e sus compañeros se partieron la buelta de Francia, e lo que en el camino les acaeció en la casa de Alcina, la encantadora hermana de la hada Morgana.

Grandes fiestas se hizieron por la ciudad donde el rey Manodante estava e por todo el reino del grandíssimo plazer que havían porque el rey sus perdidos hijos avía cobrado. E a cabo de quatro días que allí estuvo el conde don Roldán, e don Renaldos, e don Dudón, e don Estolfo, e Prasildo e Iroldo acordaron al buen Brandimarte, su querido amigo, la empresa que avía tomado en se bolver a la verdadera carrera de salvación, dexando la pérvida secta de pagano, al cual halló tan entero e tan constante en la fe, que dio muchas gracias a Dios e rogole que quisiesse recibir el agua del baptismo, diziéndole cómo sin ella ninguno⁶⁵⁴ se podía salvar. E Brandimarte le dixo:

—Señor, aved pasciencia, que yo espero en Jesucristo que seremos muchos compañeros a la recibir con verdadera fe.

E dicho esto, se va para el rey su padre e para su hermano Galavis, e tales cosas les dixo e tales razones, alunbradas por gracia del Espíritu Santo, les propuso, que él e su hermano e todos los vasallos suyos en breve espacio se bolvieron cristianos. Donde se fizieron grandes fiestas, justas e torneos, innumerables gastos haciendo el rey Manodante e destribuyendo en muy crecidas mercedes sus tesoros con mucha abundancia. En cabo de los cuales, don Renaldos de Montalván dixo a su primo don Roldán:

⁶⁵⁴ niuguno To¹⁵²⁵.

—Señor primo, ya sabemos cómo toda la cristiandad está puesta en armas por la gran guerra de África que esperan tener. Mi voluntad es de ir a servir al emperador Carlos, porque le no suceda la guerra presente como la pasada que con el rey Gradaso hovo, en cuyas manos, si Dios no lo remediara, estuvo para ser destruido todo el imperio. Por esso, ved qué queréis fazer, ca de mi consejo iríades allá, si por bien tuviéssedes.

—Señor don Renaldos —dixo don Roldán—, sabe Dios cuánto querría yo essa jornada empear si una comenzada impresa oviesse acabado; mas yo espero en Dios de la acabar en breve e, lo más presto que yo pudiere, seré en Francia.

Don Renaldos e sus compañeros no hablaron más en ello, antes, como estavan juntos, se fueron a despedir del rey Manodante, a los cuales con mucho amor el rey se ofreció, passando entr'ellos muchas palabras de cordial amistad con ofrecimientos de amor; y fuéronse a sus posadas, donde se armó cada uno de sus luzidas armas. El buen Renaldos cavalgó sobre el buen Bayardo y el duque don Estolfo sobre Rubicano, e assí mesmo don Dudón e Prasildo e Iroldo, y empearon a caminar cara Francia con mucho deseo de se ver en ella. E al segundo día de su camino vieron de mañana riberas de la mar una fortaleza muy ricamente labrada e al pie d'ella muy fresca arboleda, situada en un deleitoso lugar; e fuéronse para ella e antes un poco que a ella llegasen, vieron una rica e apostada dama a la ribera assentada, la cual estava tomando solaz en la clara agua de la mar. E como a ella los cavalleros llegaron, saludáronla muy cortésmente; ella, con alegre semblante, les bolvió las saludes diziendo:

—Buenos señores, si plazer queréis tomar, deteneos aquí un poco.

Ellos lo fizieron, entonces la mala Alcina, que assí avía nombre, hermana de Morgana la del Lago Escuro, por su arte fizo una grandíssima copia de pescados ayuntar a la ribera de todo género, grande e pequeño, de diversas faciones. Entre los cuales una vallena d'estraña grandeza era cerca de la ribera venida. E como aquella ^{112r} encantadora quiso poner por obra su mala voluntad (que era de ahogar a aquellos cavalleros), mirolos todos uno a uno e vido a don Estolfo tan gentil hombre e tan bien fablado, que se enamoró d'él; y en alguna manera movida a piedad por causa del nuevo amor que en su corazón súpitamente avía entrado, se movió a no fazer el mal que pensado tenía; e poniendo en su voluntad de solo cobrar a su voluntad al duque don Estolfo, púsolo por obra d'esta manera: que como la gran vallena estuviese cerca

la orilla y el gran cuerpo fuera del agua pareciesse, no oviera quién no dixera que una pequeña isleta allí estava; dixo Alcina al duque:

—Si vós, señor, queréis ver una serena, la más fermosa cosa del mundo, entrad assí a cavallo en aquella isla pequeña e veréis un pez muy maravilloso, e veré yo si tenéis coraçón a vadear esta agua que de aquí allí está sobre vuestro cavallo.

El duque, que en su coraçón no sabía aposentar jamás miedo alguno, puso las piernas a Rubicano e, con ánimo esforçado, se mete al agua e sube sobre la vallena que pensava ser isla; e assí como en ella fue subido, muévase el gran pez por la voluntad e arte de aquella mala encantadora que allí la avía fecho venir lo más velocíssimamente del mundo⁶⁵⁵, tanto que en poco espacio don Renaldos e don Dudón e los dos hermanos le perdieron de vista; e quando acordaron a mirar por la falsa Alcina, que allí le havía al duque fecho entrar, no la vieron. Entonces començose a lamentar don Renaldos e don Dudón, diziendo lastimeras palabras:

—¡O, buen duque! ¿Qué gran desdicha fue la vuestra e qué fortuna tan grande te ha fecho ante nós perecer, sin te poder remediar que morir ayudándote? ¿Qué nuevas llevaremos a Francia?

Desde una pieça ovieron estado ribera de la mar, con tanta lástima en sus coraçones que querían de gran dolor rebentar, deliberaron de se partir de allí, maldiziendo de coraçón el lugar e la mudada del castillo e la falsa donzella Alcina, que tanto los avía lastimado apartándoles de sí a su querido cormano don Estolfo. E prosiguieron todos cuatro su començado camino, pensando que verdaderamente era muerto, no pudiendo sola una hora apartar el dolor de su corazón. Mas todo lo que d'él avían visto, todo era encantamento que la encantadora Alcina avía fecho por lo tomar solo e tenerlo a su voluntad, como adelante veréis.

Ora sabed que tanto anduvieron el buen Renaldos, e don Dudón, e Prasildo, e Iroldo, que llegaron a tierra de Ungría, donde vieron gran guarnición de gente ayuntada para passar en Francia, porque assí eran mandados por carta del emperador Carlomagno. E como aí llegaron, el buen Renaldos e sus compañeros fueron derechos a la ciudad más cercana, donde era Filipón el capitán de aquella gran gente; del cual fueron bien recibidos, en especial el buen Renaldos de Montalván, el cual fue a su pesar fecho capitán general de todos aquellos cavalleros que ya a punto estavan, de donde sin se detener mucho, viendo la gran necessidad que avía, se partió el buen

⁶⁵⁵ muudo To¹⁵²⁵.

Renaldos con aquella luzida compañía. E andando las apresuradas jornadas, passó a la Italia e de allí a la campiña de Mónaco, do la cruel y áspera batalla se fazia, en la cual sus endiabladas⁶⁵⁶ fuerças Rodamonte mostrava, faziendo gran estrago en la cristiandad, que dolor era de los ver. Como arriba vos contamos, a madama Bradamonte avía en tierra derribado e por milagro no la mató; e avía ferido a muerte cuatro fijos del buen duque Naymo de Baviera; y de tal manera fuía la gente del cruel Rodamonte, que ya otra vanderá en el canpo no parecía sino solamente la suya, la cual era colorada y en medio d'ella estava pintada una dama muy ^{112v} hermosa; y esta insignia traía el africano en memoria de una hermosa mora de Granada, llamada Doralice, a la cual Rodamonte amava tanto, que de otra riqueza ni otra gloria su desseo no era ocupado sino en tener en la memoria aquella Doralice que su bien e su esperança era.

En este campo donde la sangrienta batalla que oís se fazia, avía un cavallero de buenas fuerças e desmesurado coraçón, el cual era de nación lombardo, llamado Rigonzón de Parma; e como vio la gran destrucción que el sarracín en sus gentes fazia, que ya vanderá quedava enhiesta por maravilla salvo la suya, vase como un fiero león para ella pospuesto todo peligro, e matando al que la traía, la toma y empiécala d'arrastrar por el canpo. El pagano Rodamonte, que la imagen de su querida Doralice vido por tierra, no pudo tenerse que no fuesse bramando al que la traía, e tal golpe le dio de través, que muerto casi en partes le derribó en tierra del cavallo abaxo. El buen Renaldos de Montalván, que mirando estas crueldades estava con el buen Dudón, empezaron a llorar ambos de piedad que de la gente cristiana ovieron; e alçando los ojos al cielo, dixo don Renaldos:

—¡Ó, Salvador del mundo, ave merced de tu pueblo cristiano, que yo no puedo pensar quién sea aquel endiablado africano a quien la natura aya de tan fortísimas fuerças dotado! Agora, en el nonbre de Dios, yo quiero entrar con él en batalla, que la vida de los cavalleros esforçados por la honra la han de posponer. Querido primo don Dudón, pugnad vós por recoger e animar la desbaratada gente, ca yo pugnaré porque este malvado no faga más mal.

E diziendo esto, tomó una gruesa lança y, espoloneando a Bayardo, se va para la batalla, llamando a Dios e a su Bendita Madre de todo coraçón que lo ayudassen, y endereçó cara el fuerte Rodamonte con la mayor furia que pudo, la

⁶⁵⁶ endlabadas To¹⁵²⁵.

lança baxa, ca bien lo podía ver entre toda le gene del canpo, ca de los pechos arriba sobrepujaba sobre cualquier cavallero, los ojos relunbrantes como de un gran dragón, e la faz horrible e muy pavorosa, al cual el buen Renaldos encontró por medio de su azerado escudo, e un tal encuentro, que bastara a derribar un grueso muro, según la furia de su gran Bayardo e su muy estremada fuerça, de arte que le derribó en tierra lo que otros buenos cavalleros no pudieron fazer; e tan gran caída de espaldas, que no pareció sino que una gran torre avía caído según el ruido que del gran golpe sus pesadas armas fizieron. Aquí viérades toda la paganía que allí estava cargar sobre el valeroso don Renaldos, unos por le defender, otros por amparar a su señor, de manera que el alarido que davan llegava al cielo. Él no fue tardío en sacar la buena espada de la vaina y empeçó a dar crueles golpes a diestro e a siniestro, matando cavalleros, derribando peones, que a pesar de todos ellos se fizo lugar, faziendo en ellos mortal destrucción. En este comedio, el africano se avía levantado e, con furibundo ánimo y lleno de ardiente fuego, se endereça sus desbaratadas armas, llamándose abatido e avergonçado cavallero; e poniendo los ojos en don Renaldos, se va para él, no curando de otra cosa; e poniéndósele delante, le dixo:

—No te podrá el cielo ni la tierra escapar que a mis manos no mueras cruda muerte.

E diziendo esto, quiso con su cortador cuchillo dar al buen Bayardo por las piernas, mas el ligero cavallo de un salto se escapó de aquel golpe; e no cura de otra cosa Rodamonte sino de ferir con su pesada espada al cavallo o a su señor, según estava de ravia encendido. Al cual el buen Renaldos dixo:

—¡O, pérfido e maldito renegado, cuán vil y de baxa manera⁶⁵⁷ eres! ¿Cómo tu espada menearas⁶⁵⁸ contra los brutos animales? ¿E para ellos te armaste? ¿Por ventura en tu tierra úsase pelear con ^{113r} los cavallos o con los cavalleros? Mas no me maravillo que los bestiales como tú eres quieran con las bestias contender.

Esto le dixo don Renaldos en lenguaje africano, que el fuerte moro bien le entendió; e dixo Rodamonte:

—¡O, villano, perro! ¿No vees si es de covarde cavallero lo que en este canpo he fecho, ca yo solo le he poblado de muertos? E a bueltas d'ellos porné a ti e a los

⁶⁵⁷ manea To¹⁵²⁵.

⁶⁵⁸ meneras To¹⁵²⁵.

que quedan; e no te pienses que te dexaré de ferir a ti o al cavallo, ca de cualquier manera que del enemigo me pudiere aprovechar me aprovecharé.

E diziendo esto, empieça con furiosas fuerças a esgremir su cortador cuchillo. El buen Renaldos, que sus desapiadados⁶⁵⁹ golpes vido, temiendo el peligro de su tanpreciado cavallo Bayardo, dale de las espuelas, e con una veloz carrera de la batalla se sale; e alongándose d'ella una pieça, se apeó d'él e ligole por las riendas a un árbol; e faziéndose la señal de la cruz en la frente, a pie se buelve a su comenzada batalla, invocando el ayuda de Nuestro Señor, como aquel que a tal peligro se quería ofrecer, y entrosse, la espada puesta en la mano, entre lo más furioso de la batalla. En este comedio, un buen cavallero, llamado Otoquier, fijo de Filipón, se afrentó a cavallo con el cruel africano y con la lança so mano le dio tal golpe, que la quebró, mas no le movió de do estava un solo passo; e al passar que por él passó, le dio Rodamonte tal golpe sobre el fuerte e luzido yelmo, que mal ferido le lançó por tierra. No estava el buen Dudón muy lexos d'ellos que, viendo la caída de Otoquier e a pie como estava, porque el cavallo muy mal ferido le avía faltado, con su pesada maça, se vino para el fuerte Rodamonte, el cual se viene para él como hambriento león que vee cierta la pressa. El fuerte Dudón le dio de la pesada maça un tan fuerte e terrible golpe sobre el yelmo, que la corona que encima d'él tenía la derribó fecha pedaços en el suelo e las dos rodillas le fizo hincar en tierra. Allí viérades la gran valentía del buen Dudón, que como la gente pagana en ayuda de su señor se allegó, con su ferrada maça, a unas partes e a otras dando, gran destrucción fazía en ellos; mas el fuerte moro prestamente se levantó e dio con su ancha espada tan gran golpe a don Dudón, que todo quanto d'el escudo le alcançó le derribó cortado por tierra. Don Dudón, que vio que contra los fieros golpes del fuerte moro no avía defensa, soltó la porra colgando de la cadena; e como él, según arriba vos contamos, tuviesse casi estatura de gigante, vase a abraçar con él, donde viérades la más reñida contienda del mundo, cada uno d'ellos pugnando de vencer al otro; e como la Fortuna lo quiso, don Dudón fue por tierra con assaz afán de su enemigo e fue de los paganos encadenado e preso. En esto, el buen Renaldos llegó, e quando a su tan querido primo assí ligado e presso le vido, como can ravisoso, apretando a Fisberta en la mano, empeçó ásperamente a ferir a Rodamonte, el cual, fortíssimamente esgrimiendo su cuchillo,

⁶⁵⁹ despiedados To¹⁵²⁵.

pesados golpes empezó a dar al buen Renaldos. En esto, los cristianos, como⁶⁶⁰ eran muchos e bien armados, no viendo al fuerte Rodamonte delante, fazían maravillas en aquella perra gente, que a ninguno perdonavan. En esto, los dos fieros guerreros se golpeavan muy sin piedad, tanto que el uno del otro se maravillava cómo lo podía sostener.

Capítulo lxx. De cómo la batalla d'entre Rodamonte y Renaldos, con la llegada de la nueva gente, despartió; y cómo Rodamonte, yendo en busca de Renaldos, se encontró con el fuerte Ferraguto e de la cruel batalla que ovieron por amor de la infanta Doralice. ^{113v}

Tan cruelmente el buen Renaldos de Montalván y el fuerte Rodamonte se combatían, que gran espanto ponían a los que los miravan. El fuerte pagano había como de costumbre de solo un golpe desfazer un armado cavallero, e como don Renaldos tanto delante le durasse y tanta ofensa le fiziesse, blasfemava del cielo y de la tierra, renegando de todos sus dioses. El buen Renaldos, que tanto los golpes del pagano sentía e vía que en la batalla tan fuertemente durava, espantávase d'ello, como quien era la flor de la cavallería después del conde don Roldán; e con un corajoso ímpetu empezó a dar tales golpes e tan furiosos a Rodamonte, que en gran estrecho le ponía; mas el fuerte pagano, de infernal ravia encendido, le fiere tan a menudo, que apenas el uno ni del otro se conocía ventaja. En esto estando, oyeron gran rumor de instrumentos de guerra que todos los campos resonavan. E sabed que era la flor de la cristiandad, que con el emperador Carlos venía la más luzida e fermosa gente del mundo, el cual traía más se setenta mil cavalleros muy riquísimamente aderesçados. Allí venía el marqués Oliveros, y el buen Danés, estos delante de todos. Aquel fiero pagano preguntó al valeroso don Renaldos que quién era aquella gente tan fermosa. Él, que las riquísimas vanderas de la cristiandad conoció e la mesma seña del Emperador, le dixo lo que era. El furioso diablo que lo oyó, bien creía ser ya toda su gente desbaratada e perdida; y como hombre desesperado que ya la vida no tiene en una meaja, dexa la començada batalla d'entre él y don Renaldos, e al más correr que pudo, que parecía un bravo toro, se va contra la gente del emperador Carlos; y de la llegada que fizo, topose primeramente con el

⁶⁶⁰ como To¹⁵²⁵.

buen Danés e, firiéndole malamente, le echa del cavallo abaxo; e vase para el marqués, que era Oliveros, e tan gran golpe le dio sobre el escudo, que todo se le fizo mil pedaços. En esto, ya la escura noche sobrevenía, mas los cristianos, que en el llano estaban, no dexavan de hazer gran mortandad en los moros, de arte que ya los traían desbaratados; e si la noche no sobreviniera, uno d'ellos a vida no escapara. Mas la noche, como digo, los despartió, donde los moros tuvieron lugar de se recoger a sus asentadas estanças e los cristianos a se juntar con sus compañías; mas tanta era la ravia que el fuerte Rodamonte tenía de se sentir cuasi perdido, que, raviando e lançando fuego por los ojos, andava de unas partes a otras por ver si podría toparse con don Renaldos, que havía sido causa de la total destrucción de su gente, y haze traer ante sí todos los prisioneros, que muchos eran; y por amenazas e temor les faze que le digan nuevas de don Renaldos.

Y como el buen Renaldos, venida la noche, fue a buscar a su cavallo Bayardo, que ligado, como arriba oistes, havía dexado, viéronle algunos y, por cumplir con el pagano, le dixeron que era ido cara las Selvas de Ardeña, do el Padrón de Merlín estava. El furioso Rodamonte no cura más de su gente, cegado de sobrada ira; e tomó un muy grande e furioso cavallo de un lombardo cavallero que él avía muerto, y tomó una gruessa lança y cavalgó en él e dase, como desesperado, a andar camino de las grandes Selvas de Ardeña. E no se curando Rodamonte de la escuridad de la noche, aunque era mucha, empeçó de apresurarse en el andar con la codicia que tenía de hallarse con don Renaldos. Luego la gente pagana, que quedó lo más sossegadamente que pudieron, se comiençan a recojer en las sus naves, poniendo en ellos a todos los prisioneros que avían tomado e lo más de lo que del real pudieron recojer, ^{114r} entre los cuales iba el buen Dudón, esto porque Renaldos de Montalván se fue a tomar su cavallo, ca, si él lo viera llevar, no bastaran los paganos a se lo defender que le no libertara de sus manos. E assí como se ovieron recogido en sus naos, dan las velas al viento e cara sus tierras empieçan lagrimosamente a caminar, maldiziendo la sobervia de Rodamonte, que a tal estado con tanta destrucción los avía traído; mas como la su fortunosa suerte no les consintió entrar en la mar tan a su salvo, porque como don Renaldos su cavallo ovo cobrado⁶⁶¹, buelve como rabioso e ferido león en busca de Rodamonte el Africano; e dándole bozes e llamándole, se llega, andando por la ribera, por acabar con él su batalla; e como vio que los moros a

⁶⁶¹ cobra To ¹⁵²⁵.

la mar recogiendo sus tiendas e armas se acogían, da sobre ellos él solo, matando e firiendo cuantos delante cogía, do viérades unos saltar en bateles, otros echarse al agua, que maravilla era ver cómo más se querían poner en el peligro de el agua honda que esperar los golpes de la afilada e cortadora espada de don Renaldos. Uno de los paganos que delante de don Renaldos se falló, viendo que otro remedio no tenía, pússose ant'él de rodillas, diziendo:

—No me mates, señor, dezirte he nuevas de Rodamonte que con tanta codicia andas a buscar. Sepas, señor, que andando él en busca tuya, le fue dicho cómo eras ido a las Selvas de Ardeña; e luego que lo oyó, dexada toda su gente, cavalgó en un grande e furioso cavallo e te fue a buscar allá. Esta es la verdad sin falta, iva endereçado a la Fuente de Merlín.

E con tales nuevas, el buen Renaldos no se cura más de empachar en aquella mala gente, antes, bolviendo las riendas a Bayardo, se puso en camino de las Selvas de Ardeña con propósito de non parar hasta llegar a la Fuente de Merlín. E ya arriba vos contamos la propiedad d'esta fuente, cómo era la Desamorada Agua, que havía tal propiedad que, si uno la bevía, cuanto más ardientemente amava, tanto con más aborrecimiento e desamor aborrecía a la que antes amava. Hazia esta fuente caminava el buen cavallero don Renaldos con afectuoso desseo de se ver con Rodamonte el Africano, el cual también en su busca un punto no parava sino con la mayor priesa que podía, caminando por llegar a la Fuente de Merlín, por hallar a su enemigo no cesaba, diziendo entre sí:

—Tanta gracia al cielo me faga e mis dioses tanto bien me concedan, que yo pueda hallar aquel Renaldos de Montalván porque yo lo mate o quede a su amistad, ca, quitándoseme este competidor delante mí e asegurado d'él, no creo que en lo poblado del mundo ay quien igualárseme pueda, ca no puedo creer, por más que me digan, que el conde don Roldán tan poderoso como este sea ni la mitad, assí de la lança como del espada. ¡O, buen rey Agramante, a Dios te encomiendo! ¡Tus dioses te guarden de las manos d'este varón corajoso, ca, si en mi ausencia este te toma delante, yo te doy por destruido e muerto a ti e a tus compañas! ¡O, cómo aquel viejo rey que nos aconsejava dezía verdad! Siempre oí dezir que más vale errar por ageno consejo que por el proprio acertar. Quien en sus fuerças confía, tal fin como yo

alcança. Triste e malaventurado de Agramante sin mí, que parece que delante le veo desbaratar⁶⁶² e con muy gran desonra destruir.

Estas e aun otras muy muchas razones el muy fiero e cruel pagano iva consigo mismo hablando, fasta que la noche caminando passó. E ya que el alva quería romper, retocando el cielo de unos rubicundos arreboles, vido cara sí un muy gentil e bien armado cavallero venir. E como cerca del rey Rodamonte aquel gentil cavallero llegasse, saludole muy cortésmente, diziendo:

—Buen ^{114v} cavallero, ¿sabreisme dezir qué tanto de aquí están las Selvas de Ardeña?

Respondió el cavallero:

—En verdad yo no lo sabré dezir, ca, si vós sois estrangero, también lo soy yo; e no tengo otro pensamiento sino de llorar e lamentar mi gran desventura sin me ocupar en saber sitio de ciertos lugares, ca el que no quiere un momento de reposo aver no le haze menester saber dónde se enderaçan los caminos.

E porque sepáis quién es este cavallero que tanto lamentando sus desdichas por este camino venía, saber que era el fuerte Ferraguto, el cual avía pasado en Francia e gran tierra cercado por ver si podría alguna nueva de Angélica la Bella saber, ca, como arriba os contamos, ya sabéis cuán preso de su amor era y cómo mató al triste Argalia por amores d'ella; e cada día más y más en su corazón el amor de su beldad le crecía; y por esta causa, dexadas todas cosas, se la puso a buscar, pasando por muchas aventuras, consumiéndose entre sí mismo con ardientes llamas de amor, suspirando e lamentando noches e días por los despoblados canpos. Y, como oís, encontrose con aquel rey pagano; e [como] con amor platicando en cosas enamoradas fuessen, el fuerte Ferraguto le contó de cómo era d'Epaña, e cómo padecía por amor de Angélica la Bella gran tormento, e cómo avía buscado remedios para la olvidar e no podía, y cómo venía del reino de Granada e se avía puesto a servir una muy hermosa donzella por olvidar la cuita desotra, e cómo poco remedio avía avido. Rodamonte, que la tierra donde su querida señora estava oyó nombrar, estremeciósele el corazón en el cuerpo; e díxole:

—Cavallero, ¿quién es essa hermosa donzella a quien en esse tiempo servistes?

—La hermosa Doralice —dixo Ferraguto—, fija del rey Stordilano.

⁶⁶² desbaratar To ¹⁵²⁵.

Rodamonte que tal oyó, detiene las riendas a su cavallo, e díxole:

—¡O, villano, baxo e de pequeña suerte! ¿E cómo digno eras tú de servir a tal señora ni aun de la mentar en tu boca tan solamente? No te cures de más, que conmigo has de aver batalla para que ganes el pago e castigo de tu loco atrevimiento.

Ferraguto le dixo:

—Por cierto, cavallero, grande es tu descortesía e tu orgullo; e no sé yo quién te eres; mas quien quier que seas, no te negaré mi cuerpo a la batalla, e pienso que en ella tu sobervia se te abaxara e tu amor se convertirá en penoso dolor; y porque seas cierto de lo que digo, la batalla no te rehusaré. Yo no la amava por el presente, mas por te fazer pesar, digo que la sirvo e amo y que soy más ábil para lo fazer y más merecedor para la alcançar que tú.

E dicho esto, arredrose el uno del otro un gran trecho e, puestas las lanças a punto, se vienen tan poderosamente a encontrar, que la tierra parecía fundirse; e como los cavalleros fuessen fortísimos y las lanças gruessas a demás e los cavallos muy poderosos, tales dos encuentros se dieron que, quebradas las lanças en menudas pieças, se juntaron de los cuerpos de los cavallos; y ellos e sus señores sin sentido ninguno cayeron cada uno gran pieça del otro. Los cavalleros, que gran ánimo tenían e cada uno d'ellos deseaba mostrar al otro su gran poder, se levantan del suelo y aderéçanse lo mejor que cada uno d'ellos pudo e, las espadas en las manos, se vienen muy crudamente a ferir. Allí viérades crueles y ásperos golpes que de lexos bien se podían oír. No havía un momento de folgança, ca tanta priessa se davan, que no parecían sino unos ferreros que en la ayunque a porfia martillavan. Allí cada uno mostrava su fuerça, que no oviera persona alguna que ventaja entr'ellos conociera, que cada uno pensava ser mejor.

A los cuales dexaremos fasta su tiempo, por contaros del muy esforçado cavallero don Renaldos de Montalván, que a las Selvas de Ardeña en busca de Rodamonte iva. ^{115r}

Capítulo lxxi. De lo que al fuerte Renaldos de Montalván acaesció en sueños e las espantosas cosas que se le representaron; e cómo, beviendo del liquor amoroso, fue tornado al amor e desseo de Angélica la Bella.

No cessava de caminar el buen Renaldos de Montalván camino de las anchas Selvas de Ardeña con gana e animoso desseo de se encontrar con el cruel pagano Rodamonte; e como don Renaldos su derecho camino prosiguió, como aquel que bien sabía la tierra, no pudo ver a Rodamonte, porque el camino, como era forastero, no sabía e, allende d'esto, porque se avía con el fuerte Ferraguto topado y en batalla con él detenido. Assí que, tanto caminó el esforçado paladín toda aquella noche e parte del siguiente día, que entró en el espesso bosque de Ardeña; e como dentro de las selvas⁶⁶³ se vio, endereçó su camino a la Fuente de Merlín porque allí llevaba. Intentó de fallar al pagano, según avía sido informado, a la costa de la mar. Pero, antes que a la fuente, do el sabroso licor del agua dulce corría, llegase, le avino caso para que tan presto allá llegar no pudiese; e fue que, saliendo de un gran trecho de espesura, entró por unos floridos prados, los cuales, tan agradables con el frescor de la mañana estaban, que deleitoso paraíso parecían; y como iba el buen cavallero tomando entre sí un plazer grande de contemplan la fermosura de aquel pintado y oloroso valle, súpitamente le tomó un tan grandíssimo desmayo, aconpañado de un intenso frior, que por poco del cavallo abaxo no cayó. El buen Renaldos, que tal se sintió, no siendo poderoso de se sostener sobre la silla, se apartó a un lugar e, apeándose del cavallo, se asentó sobre la yerva; e cuanto más andava el tiempo, más crecía su accidental desmayo, tanto que para se quitar el yelmo no tuvo poder de los braços, de arte que, tendiéndose en el suelo, lo mejor que pudo, se recostó sobre su escudo; y estando assí le sobrevino un tan pesado sueño, que, enagenado de todo sentido, empeçó a dormir un rato; y assí como fue adormecido, o que fuesse en sueños o que el arte de su primo Malgesí lo fiziesse, esto no lo sabría dezir, vido en sueños andar entre estas floridas yervas un infante desnudo, la más hermosa criatura que en su vida avía visto, y con él tres hermosas donzellas, las cuales traían en sus manos unos platos de oro muy relunbrantes, todos llenos de rosas e clavellinas; e como cerca d'él llegaron, el fermoso niño, a manera de espantado, se bolvió cara las tres donzellas que tras él venían con hermosas e acordadas bozes cantando, e díxoles:

⁶⁶³ seruas To¹⁵²⁵.

—Catad aquí el malvado traidor sin ánima. He aquí el desdeñoso e despreciador de toda angélica fermosura. Aquí está el que con el gran frío de su helado corazón al calor amoroso resiste, huyendo de lo que los otros siguen.

Las damas hermosas, que las palabras del infante oyeron, cesada su cantillena, pusiéronse a par del buen cavallero cada una a su parte, tomando de aquellas rubicundas fojas de rosas e clavellinas se las echavan por todo el cuerpo; e assí como encima de las armas caían, sentía don Renaldos tan gran ardor en sus carnes como si olio herviendo encima le echaran; y puesto que con el grave dolor y escozimiento recordar quisiesse, no podía en ninguna manera. E luego aquel desnudo infante se fue de allí y en pequeño rato bolvió, trayendo en la mano un dorado arco e una saeta, el casquillo de la cual parecía de fino oro; e faziendo de señas a las tres donzellas que de allí se apartasen, empulgó la frecha e tirola al cavallero, de arte que, pasándole las armas, se la lançó por el siniestro lado; e fue tal el dolor que dentro de sí el buen cavallero sintió, que pareció que la postrimera ora de su vida era ya llegada; e allí vio como las dos d'essas donzellas tomaron al desnudo infante en medio e, alçándose ^{115v} de la tierra muy maravillosamente, se empeçaron a subir por el aire como unas ligeras aves; y la tercera d'ellas se quedó con don Renaldos, la cual, como a la otra compañía vido ya desaparecida, le dixo:

—Buen cavallero, no cupo en mí tanta crueldad que assí lastimado e ferido te dexase sin te dar algún consuelo con que tu tormento puedas verdaderamente remediar; considera cómo a los crueles tiros del amor no te valieron tus fuertes y encantadas armas, a la fuerça de la cual no ay resistencia alguna; e mira que, si tormento has padecido e si desigualada crueldad contigo se ha usado, no ha sido sino por tu rebelde ingratitud; e porque sé que estás al cabo de mi razón, no te declaro más. Sábeta que el amor á tal constitución e tal ley, que todo hombre o muger que, siendo amado, no ama, se le da por pago que él o ella, tornando a amar, sea aborrescido de la que primeramente amava; esto porque con justa justicia sienta el dolor que con su desdén a la parte amadora causava y que consiente⁶⁶⁴ tanta pena, padezca lo que otra parte padecía; esto porque en el acatamiento del amor no ay mayor pecado que la ingratitud, al cual plega de te no condenar a tan intolerable pena como esta, en execución de la cual otro tormento igual no se falla; y él sea contento con lo que de presente has padecido, para remedio de lo cual, movida a piedad, sola

⁶⁶⁴ con siete To ¹⁵²⁵.

contigo me quedé, donde te plega tomar mi consejo, si d'esta pena quieres escapar, de la cual, si mi consejo no tomas, nunca serás d'ella libre hasta la muerte: y es que, en levantándote de aquí, vayas a una ribera que cerca de aquí está, por la cual corre una clara agua; e bebe tanto d'ella hasta que el calor que dentro de tus entrañas sientes veas remediado. E porque la ribera conozcas, sábete que cerca d'ella fallarás un alto pino e una fermosa e grande oliva; y en esta fresca ribera que te digo fallarás, beviendo, la medicina de tu dolor.

E dicho que le ovo esto, la fermosa donzella se desapareció, bolando por el aire como si alas tuviera; y en poco espacio el apasionado cavallero recordó, espantado de tan pavoroso sueño, y el más doloroso hombre del mundo, assí del gran desmayo que en su fatigado cuerpo sentía como de lo que en sueños avía passado; e lo mejor que pudo, aunque con asaz pena, cavalgó en su cavallo, que bien cerca d'él estava; e con gran fatiga enpeçó a buscar el bosque de unas partes a otras a ver si vería el alto pino e la oliva que cerca de la clara ribera estava; e como en cabo de una pieça la falló, apeose de su cavallo e començó de se refrescar de aquella agua que en el gusto era la más dulce cosa del mundo; e después de bebida, era más amarga de dentro que lo más amargo, porque encendía el coraçón de ardiente fuego de amor intolerable, tanto e tal que fuera de tino sacava al que la bebía, no teniendo otro respeto sino la cosa que amava. E lavándose la cara y manos el buen cavallero, por dos o tres vezes d'ella se fartó, tanto que le bastó a traer a la pena que los desdeñosos queridos enamorados merecen, que harto que se sintió, asentose a reposar allí un gran rato porque vio que ya el desmayo con cobrança de nuevas fuerças se le quitava; e mirando aquel tan aplazible lugar, vinósele a la memoria como que otra vez avía en él estado; e acordándose bien, truxo al pensamiento cómo en aquel lugar, a la sombra d'essa oliva, avía venido Angélica a él e le avía fablado de amor; e cómo él con un sacudido e desdeñoso fablar la avía menospreciado; e cómo, viendo que ella con amorosas palabras le inportunava con su amor, se avía ido en su corredor cavallo, fuyendo por aquel llano; e cómo la delicada donzella Angélica le seguía, muy lastimeras palabras fablando; e cómo él de todo en todo d'ella se avía desaparecido; e no solamente esto el nuevo enamorado con apasionado penamiento truxo a su olvidada memoria, mas aun acordosse de cómo ella de muerte le avía librado ^{116r} cuando en el castillo de Altarripa fazia batalla con el Pavoroso Animal; e assimismo cómo Malgesí, a quien él tanto era en cargo, por el amor d'ella le avía rogado e cómo

por él no conceder en su ruego, Malgesí en escura cárcel e dolorosa prisión sostenía. E de todo esto el buen Renaldos de Montalván muy agramente se dolía, a sí mismo castigando de cruel y desamorado; y como de su amor de Angélica de nueva saeta el corazón ferido tenía, blasfemava de sí e de su mala criança, diciendo:

—¿Quién oviera fecho lo que yo? ¿Quién cosa tan preciada oviera desdeñado recibir? Por cierto, ¿quién el corazón de piedra tuviera como yo fasta aquí le ha tenido e quién de la lumbre de los ojos interiores fuera privado? ¡O, Amor, cómo me has dado conveniente castigo en mi cometido pecado en me hazer agora amar a la que de justa razón me ha de fuir en pago de lo que yo le fui! Pluguiera a Dios que tan torpe cavallero como yo no naciera en el mundo ni tan villano. Hoviérame costado la vida e tal yerro no oviera cometido. ¿Cuál cavallero fuera tan sandío como yo que de cosa tan fermosa como Angélica no gozara en este tan oportuno lugar? ¡O, ojos ciegos que la no contemplastes cuando delante la teníades! Ya fuéssedes quebrados, pues en tan gran fermosura ver no me servistes derechamente. ¡O, oídos que de tapiado muro a sus amorosas e regaladas palabras de tan fermosa donzella os cerrastes! Plega a Dios que ensordezcáis, porque, pues no aprovechastes en lo mayor, en lo menos desfallezcáis de vuestra potencia. ¡Maldito seas tú, Bayardo, pues en tal tienpo de tan acelerado correr usaste, ca en el tal caso no me avías de obedecer ni sentir en tal tienpo las agudas e pungitivas espuelas por más que yo con batimiento de piernas a la carrera te apresurava! ¡O, más abatido que jamás fue cavallero! Cuánto mejor me fuera conceder antes en los amorosos ruegos de Angélica que agora ir a pedirle con afición lo que ella dándome dexé yo con desdén.

Tantas cosas consigo el buen Renaldos de Montalván fablava, que espanto era de lo oír, desseando ya con ronpidas entrañas ver siquiera a aquella angélica fermosura delante, la cual muchas vezes él avía huido. E con este propósito aceleradamente se levantó, como quien ya del passado desmayo libre con los agujones del amor estava; e vase para su buen cavallo y cavalgó en él con intención de bolver en oriente por solamente ver a Angélica la Bella. E a cabo de un pequeño rato que anduvo cara donde las cuerdas de su desseo le llevavan, vido a la mano derecha de su comenzado camino una fermosa donzella vestida de blanco muy ricamente, con la cual venía un cavallero armado de todas armas; e por la distancia del lugar no pudo conocer quién fuessen, mas de quanto que al parecer el cavallero parecía poderoso e de mucho ardid.

E dexando hasta su tienpo en este estado al enamorado don Renaldos, vos contaremos del ladrón Brunelo, al cual la alta Marfisa seguía, qué fin ovo su jornada.

Capítulo lxxii. De cómo el sutil y ingenioso Brunelo se fue a su señor Agramante con las furtadas joyas; e la orden que dio para que cobrase en su compañía el rey Agramante al buen paladín Rugiero; e cómo Brunelo le dio a este cavallero el espada de Falerina y el buen cavallo Frontalate.

Contado vos avemos arriba la gran sotileza y endiablado aviso que el cauteloso Brunelo tuvo en fazer los furtos que hizo, e cómo, aún no contento d'esto, por gran desfraz iva ante Marfisa, que le seguía, faziéndole escarnio, esto por la gran confiança que en el buen cavallo Frontalate ^{116v} tenía, el cual era uno de los más ligeros e más cuerdos cavallos del mundo; e assimismo cómo la alta donzella Marfisa le seguía con muy gran coraje sin le poder alcançar. E como tanto por poblado e despoblado le siguió, pensando podello aver a las manos, llegó el malvado Brunelo a la mar en el lugar do desembarcado avía para venir a fazer lo que traía encomendado de su señor el rey Agramante; y de allí prestamente para su tierra embarcó. E todavía fasta aquel lugar le siguiera la alta Marfisa sino que en el camino encontró una fermosa donzella, con la cual un gentil cavallero venía; e allí en cierto caso, que a su tienpo se contará, se detuvo.

Ora pues, el endiablado Brunelo embarcó e fuesse a la ciudad de Biserta do el rey Agramante estava su venida esperando juntamente con las grandes compañías que allí avía juntado para passar en Francia; e fasta haver en su compañía al buen Rugiero, el cual, por industria de Brunelo e por la virtud del anillo encantado, se havía de cobrar, no se determinavan de poner en camino. Pues como Brunelo a la ciudad llegase, aguardó hora que el rey Agramante e todos sus grandes fuessen en los grandes palacios ayuntados; y como supo que juntos estavan, fuesse solo a la gran sala y entró por ella fasta llegar al rey su señor; y como a él llegó, puso las rodillas en tierra e díxole:

—Poderoso rey, porque sepas cuánta virtud es la del buen mensagero que trabaja en cunplir el mandado de su señor, sepas que yo soy tu fiel e leal vassallo

llamado Brunelo, que por te servir tantos trabajos he passado⁶⁶⁵, que mi lengua a te los contar por estenso no bastaría, señor. Cata aquí el fermoso anillo que yo, a vista de muchos cavalleros, de mano de Angélica la Bella, fija del rey Galafrón, quité; e tomé casi a medio día al rey Sacripante su preciado cavallo, el cual, señor, comigo traigo, llamado Frontalate, una de las mejores joyas del mundo; e assimismo tomé el cuerno de marfil que era de Altamonte el Africano a don Roldán; e, no contento, le quité el espada que tenía ceñida. Véislo aquí, señor, porque creas ser verdad.

Todos los grandes señores que allí estaban se llegaron por ver las joyas, quedándose muy espantados de ver la gran industria e sotileza que Brunelo avía tenido en las aver. E después d'esto, Brunelo dixo:

—Señor, pues yo mi empresa he cumplido, razón es que cumplas tu promessa.

El rey dixo:

—Sí faré, por cierto.

E levantándose de su silla, hizo traer una corona de oro muy rica; e dixo:

—Yo te coronó desde aquí por rey de Tingitana, como te lo prometí, y te doy el reino con sus anexos libre e desembargado, sin otra condición más de la obediencia que me es devida d'estos otros reyes presentes. E así te lo otorgo, pues lo has tan bien merecido.

E dicho esto con las devidas solemnidades, tomó el anillo encantado en su mano y, buuelto a los reyes que con él en su palacio estaban, dixo:

—Una cosa nos será assaz dificultosa y es esta: nosotros con este anillo, según del viejo rey he sabido, somos certificados [que] bien veremos el castillo donde en el Jardín Encantado está el buen Rugiero; mas haver fuera a Rugiero en nuestra compañía esto es lo que yo dudo, ca el viejo Atalante, su amo, no le consentirá venir con nós, e si le molestamos por ello, ausentarlo ha en otro más escondido e lexano lugar.

Brunelo, el nuevo rey, le dixo:

—Señor, non pienses que, aunque el premio de rey me has dado, te dexaré en todo de servir mejor que antes. Dexa, señor, fazer a mí, que yo porné a Rugiero en nuestra compañía tan familiarmente como si en ella fuera criado. Fágase lo que yo ordenare, que yo cumpliré lo que dicho tengo.

⁶⁶⁵ pessado To¹⁵²⁵.

—Sea assí—dixo Agramante.

—Señor—dixo el rey Brunelo—, ordénese un rico torneo de fasta quinientos cavalleros e vamos al sitio del Monte ^{117r} de Carena donde el Vergel Encantado es y travemos allí una reñida pelea, guardando las acostunbradas leyes de tornear; esto porque, si rencor entre nós alguno se levanta, podrá ser nuestro trabajo e pensamiento en vano; e de allí yo cunpliré mi promesa.

Luego se fizo lo que Brunelo mandó, e todos se fueron a sus posadas e se guarnecieron de armas muy luzidas e de poderosos cavallos para el siguiente día. Y el rey Brunelo se armó de unas doradas e luzidas armas, e se puso el cuerno de marfil del conde don Roldán a las espaldas e la riquíssima⁶⁶⁶ espada de Falerina, la cual, como os hemos contado, cortava quanto ante sí fallava, agora fuesse encantado, agora no lo fuesse, porque esta fue fecha para dar al conde don Roldán la muerte, como arriba vos contamos. E cavalgó en el cavallo Frontalate de Granada, el preciado del rey Sacripante; e viénese a los reales palacios, donde falló ya a punto casi toda la cavallería con muchos e diversos instrumentos; e juntos que fueron con el rey Agramante y el rey Brunelo, se van a gran passo al gran Monte de Carena, donde en breve espacio el rey Agramante y el rey Brunelo vieron la roca e fortaleza de Atalante. Allí todos en un cercano llano se juntaron con un alarido que el mundo parecía fundirse; e se ordenaron en gran concierto; y empeçaron por escuadras convenibles un travado e luzido torneo, donde, aunque la cosa no era muy lastimera, cada uno mostrava su ardid e valentía. Ellos, que torneando estaban, el buen Rugiero e su ayo Atalante se pararon a la roca a mirar qué cosa fuese; y como la naturaleza de cada uno a su propia e natural inclinación le conmueve más que costunbre, el buen Rugiero, que el sonido de las armas oía e las poderosas carreras de los cavallos veía, el corazón le saltava en el cuerpo por baxar al llano a poder más enteramente gozar de lo que su naturaleza le inclinava. E buélvese a su amo Atalante e díxole:

—Buen señor, dadme agora licencia para ir a ver aquella pelea, ca me faréis en ello la más señalada merced del mundo.

El viejo Atalante que lo oyó, fizo mucho en tal demanda d'él espantado, diziendo:

⁶⁶⁶ riquísima To ¹⁵²⁵.

—¿Cómo, hijo? ¿No te he dicho que si d'este lugar sales antes del tiempo que te he limitado que serás muerto a traición y que esta es tu planeta? Por Dios, no quieras fazer más de lo que el cielo te manda, si bivir quieres.

El mancebo paladín, que de estas razones amenazadoras no se satisfacía, no dexava de le rogar le fiziesse aquel plazer, diziendo que la vida del hombre en manos de Dios estava e no en planetas ni en signos.

En esto, el rey Brunelo dexó su compañía e viénese por lo áspero del monte fazia la roca; e como junto llegó, dixo a gran boz que el paladín Rugiero lo oyesse:

—¡Ah, Rugiero!, ¿qué encerramiento es el tuyo de donzella delicada? Sal, sal acá a exercitar tu persona fuera d'essa jaula en que estás.

Atalante, que vio que su castillo era visto e que su encantamento era ya vano, pues tales palabras a Rugiero se dezían, por poco estuvo que se no murió de enojo. Rugiero se paró a la alta cerca e dixo:

—Cavallero, de grado faría esso que dezís si dos cosas no me lo estorvassen: la una que mi señor me abriessse para salir allá, e la otra si tuviesse convenientes armas e cavallo.

Brunelo alçó los ojos e vido el más furioso e lindo mancebo del mundo, e díxole:

—Por tu buena presencia, que más merece, faré lo que a mí es posible de fazer; tú procura de salir acá, que yo te daré todas estas armas y este cavallo.

Rugiero, que aquello oyó, no lo pudo más sufrir; e dixo a Atalante:

—Señor, o me dexad salir allá o juro por los altos dioses de me echar de aquí abaxo, donde vuestras adevinanças con mi muerte presto se cunplan.

Ya que Atalante vido perdida su criança, que tanto tiempo había guardado, llorando ^{117v} de sus ojos muy amargamente abrió la puerta, la cual fasta entonces el fuerte mancebo nunca avía visto; e díxole llorando con mucha passión:

—Anda, ve, hijo, en mejor ora que tu planeta te muestra, ca yo te digo que pues tu voluntad quieres seguir, que poco tiempo passará que tú no seas muerto a traición; y pues tú das ayuda al mal acatamiento de tu ascendiente⁶⁶⁷, tú te fazes el mal e no otro.

El paladín, que más tenía el desseo de se ver armado en canpo que el temor de tales adevinanças, no cura de más sino sale fuera a donde Brunelo estava, el cual,

⁶⁶⁷ acendiente To ¹⁵²⁵.

desarmado de sus ricas armas, le armó y le dio el cuerno de marfil e la espada preciada de Falerina; e de que armado le ovo todo a punto, paróselo a mirar e quedó muy espantado de ver cosa tan valiente e fermosa. Luego le dio el cavallo Frontalate e cavalgó el nuevo cavallero en él; e baxose al llano, empeçándole a rebolver como si toda su vida fuera usado en ello; e de allí se va a la⁶⁶⁸ travada contienda de los cavalleros, tan ligero como un ave, la su buena espada en la mano; e topose con el Rey de Costantina, e tan fuerte golpe le dio sobre la cabeça, que del cavallo abaxo lo echó; e passó adelante e fizo otro tanto al rey Puliano de Nasomana, e al rey de Belamarín, e al rey Fisano de Arzila y a más de otros veinte cavalleros, de modo que ya no había en el campo quien lo esperar osase espada por espada. El rey Agramante, que tan grandes y estrañas cosas al valentísimo Rugiero fazer vido, el plazer que tenía era fuera de medida, diciendo:

—¡O, Brunelo, cuán en cargo te soy, que por ti he de ser señor de todo el mundo! Donde te prometo de dar un gran imperio, que para lo que por mí has fecho poco es un reino.

E de allí estuvo atento a las obras del buen paladín, e vio que tales cosas fazía cuales en su vida avía visto hazer a cavallero. E porque no faze a mi historia particularizar las obras que el fortíssimo paladín Rugiero este día hizo, no faré más largo proceso, salvo que la fuerça e destreza d'este cavallero fue tanta, que delante d'él otro ninguno osava parar, dando a conocer la alta sangre donde venía.

E porque adelante veréis sus famosas cavallerías, no me quiero en esto más detener, por contaros del conde don Roldán, que dexamos en casa del rey Manodante, padre de su querido amigo el buen Brandimarte, después que de su primo don Renaldos de Montalván se despidió e de los otros compañeros.

Capítulo lxxiii. De cómo el conde don Roldán y el buen Brandimarte se partieron de casa del rey Manodante para ir a ver a Angélica la Bella, e lo que en el camino les acaeció.

Don Roldán y el buen cavallero Brandimarte, después que en casa del rey Manodante estuvieron e se despidieron de don Renaldos de Montalván (el cual con don Estolfo e don Dudón e los dos hermanos Prasildo e Iroldo se fueron la buelta de

⁶⁶⁸ lo To¹⁵²⁵.

Francia), acordaron de se ir al castillo de Albraca por ver a Angélica la Bella. E como lexanos de la villa estuviessen, ovieron de atravesar por diversos lugares, en especial una mañana, cuando acabava de salir el sol, llegaron a un passo estrecho que de necesidad qualquiera que por el camino iva avía de pasar por él o bolverse, que no tenía otro remedio; e aquel passo guardava un cavallero bien armado, el qual d'encima de un torrejón o atalaya mirava si venía alguna persona; e abaxo estava una reina, puesta una corona en la cabeza, la qual, sentada en un baxo asiento, aunque assaz rico, agramente con la vista puesta en tierra llorava, e tan lastimeras palabras dezía, que a todos los que la oían movía a llorar. Bien creyó el conde don Roldán <116r> [118v] e Brandimarte que aquel cavallero les avía de querer vedar el passo; mas por esso ellos no dexaron de andar fasta que llegaron a aquella fermosa dueña que lastimosamente plañía, movidos a la consolar si en alguna manera pudieran. En esto, vieron venir a gran passo por la otra parte un presuroso hombre a manera de peregrino con su bordón e su esclavina, el qual, como del cavallero atalayador fue visto, díxole a grandes bozes:

—¡Palmero, detente, no passes adelante, cata que, si passas, te faré castigar muy malamente, que este passo a todos es defendido!

El palmero, no se curando de las palabras que el cavallero le dezía, no cessava de andar. Cuando la guarda del passo vido que poco el palemero de sus dichos curava, baxó prestamente de la puente; e vase para él diziendo:

—Villano e de poca medida, tornaos luego por do venistes, si no yo vos prometo de hazer que se os acuerde, ca, si fuérades cavallero armado, caro vos costara el passo.

—¿Cómo —dixo el palmero— el señor d'esta tierra consiente ladrones que devieden el passo a los caminantes? Pues no me ayude Dios si yo no le franqueo.

E diziendo esto, soltó el esclavina larga e su bordón y quedó a guisa de muy luzido cavallero, armado de muy riquísimas armas; e puso mano a su espada e viénese para el cavallero que el passo le vedava, e como un león le acomete, dándole terribles golpes, como aquel que bien lo sabía fazer. Don Roldán e Brandimarte se espantaron, diziendo:

—¡Toma del peregrino si se da recaudo! ¡Bendito Dios que tales nos fizo, que un peregrino romero nos defiende el portazgo e nos franquea el camino, pues nosotros, que lo avíamos de fazer a él por caridad, no lo fezimos con tiempo!

Brandimarte dixo:

—Señor, tal peregrino como aquel no quiere pedir limosna ni andar gallofero, que por su espada la quiere ganar.

En esto, el cavallero de la torre y el peregrino andavan como leones firiéndose con gran animosidad, haziendo cada uno su poder por vencer al otro, y en algunas partes se havían ferido; mas el palmero, como no truxese escudo ni yelmo salvo la su caveça de fuera y la barba larga, temía de se llegar a ferir a su enemigo; pero, aunque lo temía, con gran destreza se aprovechava d'él, tanto que el conde don Roldán dezía no aver en su vida visto mejor cavallero ni más sutil e diestro en el ferir del espada. Tan buen recaudo se dio el palmero con el cavallero de la torre, que ferido en la cabeça y en un lado le hizo retirar a fuera de la puente y retraer a un llano que junto a ella estava, en el qual llano avía un mármol e un sepulcro de muy sutil e fermoso arte labrado que gran tesoro valía; y en el mármol avía unas grandes e bien talladas letras de oro que dezían:

Aquí está sepultado el fermoso Narciso, el cual de sí mismo en la encantada fuente se enamoró, donde feneció sus juveniles años muy amargamente.

Y aquella fermosa y enamorada reina que allí entonces estava, por amores llorava cerca de aquel sepulcro, esperando tiempo que por aquel lugar viniese a passar la cosa que ella amava; y por esso aquella guarda fazía el cavallero, queriendo en aquello servir a aquella fermosa reina, movido⁶⁶⁹ a gran piedad de su cuitada pena, la cual, como vido que tan mal el palmero iba a su cavallero parando, bueltos los ojos llorosos al conde don Roldán le demanda por su amor que los ponga en paz, diziendo que el su cavallero más lo fazía por dar remedio a su pena y fallar lo que buscava que por follia o sobervia. El conde, entonces, por ruego de tan fermosa señora movido, se va ellos, que muy fortísimamente se combatían; y como junto a ellos llegó, luego encontinentemente conoció quién eran, ca el que venía en hábito de peregrino era el buen rey Sacripante que ^{118v} por Angélica la Bella moría, y, como arriba vos contamos, después que Brunelo el cavallo le hurtó, por consejo del viejo rey Galafrón, padre de Angélica, iba en hábito de peregrino a demandar ayuda al rey Gradaso porque los sus enemigos no le conociesen; y el otro cavallero que la puente

⁶⁶⁹ mouida To¹⁵²⁵.

guardava era Insoler, el mancebo animoso, el cual, por ver el mundo e por aventuras provarse e ganar honra, passó de España en la India, donde agora por amor de aquella reina estava.

Allí con amorosas razones el conde don Roldán los despartió, dándose a conocer a cada uno d'ellos e con mucho amor a cada uno abraçando. De allí supo del rey Sacripante el gran estrecho en que Angélica la Bella estava e la mucha gente que Torindo havia fecho venir de su tierra, e cómo iba él en aquel hábito a pedir alguna ayuda e socorro al rey Gradaso. De que d'esto todo fue el conde don Roldán informado, sospirando de gran pena que sentía por el gran estrecho en que su señora Angélica estava, sin más palabra responder, se fue de aquella puente, deseando, si ser pudiera, llegar en un momento donde ver pudiesse a su querida señora, considerando entre sí la estrecha e solitaria necesidad en que podía estar.

El rey Sacripante prosiguió en su devisado hábito su comenzado camino; y el conde don Roldán, y el buen Brandimarte e Flordelisa, su amada e querida dama, caminaron la vía de la fuerte villa de Albraca. Y andando sus presurosas jornadas, llegaron una mañana a la vista de los enemigos que cercada tenían la mayor parte de la fuerte villa, en el cual cerco estava el fuerte Torindo, y el buen Caramano, y el Rey de Santaria, y Menadarbo el Soldán y el Rey de la Siria. Todos estos con grandes compañías solo por dar la muerte a una fermosa e solitaria donzella. E como el conde assí vido la gente descuidada, como aquellos que más crédito de la tomar por hanbre que por batalla, quiso darles un sobresalto con Brandimarte. Mas por se ver delante de su señora, sin detenimiento ninguno procuró de passar sin batalla, si ser pudiesse; y por esto, apartáronse a un escondido y espesso bosque que cerca de allí estava, donde passaron aquel día fasta la noche; y la noche venida, como aquel que bien sabía el camino, ca otras muchas vezes le avía andado, se fue al castillo donde su señora Angélica estava. Cuando la fermosa donzella vido al buen conde don Roldán delante de sí, todo temor ahuyentado, nuevo plazer en su ánima concibe, aviendo en sí gran alegría solo por le ver bivo, que ella bien creía que en la demanda del verjel de Falerina, do ella le avía enviado, era muerto. Muchas fueron las enamoradas palabras que ambos a dos fablaron; grandes los autos amorosos que cada uno con un ferviente amor se mostrava. Allí le contó el buen conde cómo acabado avía la aventura e particularmente todo lo que en ella le avía pasado, y, al fin que la truxo, cómo todo delante de sí se desfizo, e cómo la engañosa donzella le avía fecho

muchos engaños, e cómo fue preso en casa del rey Manodante, e cómo falló allí preso a don Renaldos, de cuya batalla ella le avía despartido, y cómo él, con compañía de don Estolfo e de don Dudón, se avían ido la buelta de Francia. La hermosa donzella, que el nombre de su tan querido don Renaldos oyó, el corazón se le estremeció en el cuerpo; e puesto que con sus dulces palabras mostrava de otra cosa tener dolor, en saber que don Renaldos en aquellas partes se le había ausentado quería morir de la pena que sentía; e con ánimo deliberado de seguir a don Renaldos por solo verle, acordó de mover una razón al conde don Roldán: lo uno porque su pena con otra nueva muestra no fuese sentida, e lo otro por ^{119r} poder efectuar su tan desseado camino como era verse en Francia por gozar su enamorado desseo. E díxole:

—Señor mío, por vos esperar en este lugar he passado los mayores temores e dolor del mundo, ca sabed, señor, que estoy sola; e que, porque el bastimento se nos acabava, mi viejo padre e toda la gente escondidamente se han partido a buscar remedio e socorro; e si por veros no fuera, no dexara de me partir d'este lugar, do cada día veía la muerte muy cercana. Pues que assí es que remedio de vitualla no tenemos, señor, si a vós parece, mi parecer es que pongamos fuego a esta villa e fuerte castillo; y pues soy vuestra, vós, señor, me llevaréis a vuestra tierra, donde, sin çoçobra alguna, a cabo de tantos trabajos reposemos.

Don Roldán, que tal favor vido de la cosa que él tanto desseava, no pensando aver otro doblez, con la mayor alegría del mundo se lo concedió e aprobó por muy buen acuerdo; e luego con la noche oscura lo pusieron por obra e por muchas partes de la villa pusieron fuego e assimismo en el castillo, e se partieron la buelta de Francia por el más escondido lugar que fallaron. Ya avían el conde don Roldán, y el buen Brandimarte, y Angélica la Bella e Flordelisa andado con la escuridad de la noche gran rato quando el sembrado fuego tan reziamente por la villa e por el castillo se empeçó a alçar, que espanto era de ver. Los del real que lo vieron, bien pensaron lo que era. El conde don Roldán e su compañía, sin impedimento alguno, caminaron toda la noche y el siguiente día fasta nona, que, con el calor del sol y el trabajo del apresurado andar, se apearon a descansar debaxo de unas sombras de unos verdes e altos pinos que algo fuera de su camino fallaron; e allí, baxando de sus cabalgaduras, se asentaron fasta que la furia del rezió sol cayesse.

Capítulo lxxiiii. De la batalla que el buen Brandimarte fizo con el turco Torindo e sus quatro compañeros, que en pos de Angélica la Bella venían; y el gran peligro en que se vido el conde don Roldán e las dos damas que llevaba con los salvages estringiones que en aquella pavorosa selva moravan.

En este sombrío lugar que vos avemos contado, reposaron los dos queridos amigos, el conde don Roldán y el buen Brandimarte, con sus fermosas damas, donde reposaron e dormieron; e fablando en cosas aplazibles de amor, passaron la gran furia y calor del rezio sol. E a cabo de un gran rato que determinavan de se partir de aquel lugar por proseguir su camino, vieron por una ladera abaxo venir cinco cavalleros a gran priessa. Como don Roldán los vido, dixo:

—No me creáis, señor Brandimarte, si no es Torindo e su compañía los que allí vienen por nos fazer pesar.

Brandimarte que lo oyó, díxole muy humilmente:

—Señor, por la cosa que en esta vida más amáis, vos pido me otorguéis un don.

—De grado lo faré —dixo don Roldán.

—Señor, lo que os pido de merced es que vós y estas señoras vos vayáis vuestro camino adelante e me dexéis con estos enemigos de la fe, ca, pues yo tengo tan buen cavallo, como vós, señor, sabéis que es Rubicano, que en breve espacio os alcançaré.

Don Roldán le dixo:

—Amigo Brandimarte, bien sé yo que para mayor cosa que esta tenéis esfuerço e valentía; mas muy rezia cosa me pedís que me vaya yo entre damas e vos dexé a vós en batalla. No lo faré por todo el mundo.

Dixo Brandimarte:

—Ya se sabe en el mundo quién vós sois, de donde ocuparos en tan poca cosa como esta no vos haze menester. Yo os prometo, si lo no fazéis lo que os ruego, que desesperado de vuestra compañía me parta.

El conde, que tan determinado ^{119v} le vido e que se enojava si le non cunplía el don que le prometido avía, dixo:

—Sea como quisierdes, mas gran pena me es dexaros en peligro.

E de allí el conde con sus dos fermosas damas se dio a andar por el camino derecho, y el buen Brandimarte se quedó en aquel lugar por donde los cinco cavalleros avían de venir y atendiéndolos que llegasen; e quando cerca los vido, cavalgó en su cavallo e fuesse para ellos, y conoció que era el turco Torindo e los otros cuatro eran sus amigos e parientes que con él venían por matar a Angélica la Bella. El buen Brandimarte, que a cavallo en medio del camino estava, díxole [a] Torindo, que más delantero que los otros venía:

—Dezid, cavallero, ¿vistes ir por este camino una falsa donzella?

E como dixo estas palabras, reconociendo que fablava con cavallero que él otras muchas vezes avía visto, callose; y el buen Brandimarte dixo:

—¿Pues cómo cinco cavalleros os armastes para venir tras una donzella? Mal empleada sea en vosotros la cavallería.

E diziendo esto, dexosse ir a él e tan fuerte encuentro le dio de la lança, que armadura no le bastó al triste turco que ferido de muerte no cayesse del cavallo abaxo; e como el buen Brandimarte vio su lança quebrada, puso animosamente mano a su espada e vio que los otros cuatro endereçavan juntos villanamente contra él; e vasse, como buen cavallero, para ellos, e los dos d'ellos le encontraron muy poderosamente, tanto que las lanças quebraron en él sin lo menear de la silla; mas no se fue el uno d'ellos alabándose, que al pasar que passó Brandimarte⁶⁷⁰ le dio tal golpe del espada sobre la una espalda que, cortándole fasta las cervices, tollido de un braço le echó por tierra. Los otros tres, que tal cavallero ante sí vieron, maravilláronse de su gran poder, ca no le conocían estos al buen Brandimarte, e viénense todos contra él a le ferir, cual de lança o cual d'espada; mas Brandimarte andava encima del buen Rubicano el más bravo cavallero del mundo, firiéndoles donde más mal les podía fazer; e falló ante sí muy cerca de Menadarbo, e tan gran golpe sobre el yelmo le dio a su plazer, que muerto le lançó por tierra; después bolvió a los otros dos turcos que quedavan por les dar el pago de su camino y vio que, a más andar, se le entravan fuyendo por lo espesso de la montaña; mas el buen cavallero cristiano puso las espuelas a su ligero Rubicano, y en poco espacio alcançó al uno, el cual muy poca defensa con desmayado ánimo hizo, y diole de la espada tales golpes, que en poco espacio le mató; e no contento de lo fecho, sigue al otro que ya de vista lo avía perdido, lo uno porque quanto más en la despoblada montaña entravan tanto

⁶⁷⁰ brandibarte To 1525.

más el que fuía se iba encubriendo, e lo otro porque ya la noche con el ausencia del sol se acercava.

Pues en este comedio, el conde don Roldán y Angélica la Bella no cessavan de caminar e Flordelisa, rogando a Dios amparasse a su querido Brandimarte. Y tanto anduvieron por aquel solitario desierto que, venida la noche, no sabían a qué parte ir, ca la fazía oscura y la selva era muy estraña. Estando assí el conde e las dos hermosas damas suspensos, vieron lexos de sí lumbre como de pastores y fuéronse para allí, ca estaban aquexados de hambre; e como junto el conde llegó, vido una copia de veinte salvages muy feísimos en demasía, llamados estringones, criados entre la fiereza de los despoblados desiertos, acostunbrados a comer humanas carnes, los cuales estaban a una mesa assentados y en la cabecera uno más grande y más fiero que ninguno d'ellos. E como el conde don Roldán a ellos llegó, saludoles en lengua indiana, mas ellos poco entendieron o no nada de lo que él les dezía, como aquellos ^{120r} que brutalmente fuera de todas naciones eran criados. En esto, vieron otros d'ellos que como sirvientes allí estaban; y del gran fuego traían piernas de hombre e cabeças fechas pieças e asadas para que los que assentados estaban comiessen; esto traían ellos por muy sublimado manjar, más tenido y estremado entr'ellos que los otros manjares, aunque tenían venados e otro género de carne. El conde don Roldán, que nunca tal gente en su vida avía visto (e más viendo que sus baladros, por los cuales ellos se entendían, era muy estraño de nuestra humana naturaleza), temió de se apear, puesto que muy grande hambre le aquexava. El mayor d'ellos, que ya desseava ver tiempo en que todos tres se pudiessen aprovechar para sus solenes comidas, fizole de señas que se apeasse, e allegándose a una parte, como que le hazía lugar, le dezía que se asentase a comer con ellos. El conde, que aunque se recelava que⁶⁷¹ la compañía no peligrasse, se apeó e alçó la visera del su yelmo e assentose a par del estringón, y empeçó a comer del venado, que bien le semejava ser mejor que faisanes según el hambre con que lo tomava. El estringón, que tan hermoso lo vido, e assimismo la su compañía, fizo como que se levantava a otra cosa e vase cara las lumbres, e tomó un fuerte bastón de fierro e viénese por detrás del conde don Roldán, e a seguras le dio tan grandíssimo golpe sobre el encantado yelmo, que atordido dio con él en tierra. Las pavorosas damas que assí vieron caer al conde, con feminil temor tenblando como delicadas mugeres, bolviendo las riendas, se va cada

⁶⁷¹ de To ¹⁵²⁵.

una por su parte al más correr de sus palafrenes; e los estringones⁶⁷², que fuir las sintieron, con fuertes cherriados, como canes rabiosos, van tras ellas por las tomar, llamando por aquellas estrañas selvas con sonorosos baladros a muchos de su nación que por allí habitavan en oscuras e profundas cavernas, los cuales por maravilla salían sino de noche a gozar de lo de acá arriba. El fuerte estringón, que Antropófago se llamava, como al conde don Roldán vido caído, empeçole a querer desarmar, e con las largas uñas, que como perro de las manos le salían, no podía, y rebolvíale de una parte a otra por ver si fallaría modo para le quitar d'encima aquellas duras armas; tanto le meneó, qu'el atordido conde, como de un pesado sueño bolviendo, tornó en sí; e con una desmayada boz dixo:

—¡O, Virgen Sancta María, y valme!

E plugo a Dios Poderoso que tornó en sí, y levantosose de tierra poniendo su escudo en el braço, sacó su buena espada e vase cara el Antropófago salvaje, el cual, quando al conde vido levantar e la espada en la mano, tomó su escudo e su ferrado bastón y viénese para él, el cual, como fuesse más bestial golpeador que sutil ingenioso en el ferir, en poco espacio el conde le firió en tantos lugares de su desarmado cuerpo, que, de rezio dolor que de las feridas sentía, dio un grito muy grande y dexose desmayado caer en el suelo, donde su brutal y triste vida acabó. En esto, tantos de los estringones, que al clamor de los que las donzellas seguían avían salido, a este gran grito allí acudieron, que el conde don Roldán se quedó maravillado; y todos traían ñudosos bastones y escudos fechos de cortezas de gruesos árboles; y empeçaron a cercar al conde, golpeándole de cada parte a tanto, que bien le fizo menester usar de su poder todo; y metido entr'ellos, como un bravo león, con su dulce espada a cual corta braço, a cual pierna, a cual hiende la cabeça, de arte que en pequeño espacio más de treinta d'ellos mató. Los otros, que tal destrucción vieron fazer en sus compañeros, empieçan a fuir cada uno por su parte, de tal manera ^{120v} que el conde se quedó solo e vase para su cavallo Briador; e cavalgando en él con gran apressuramiento, se da a buscar a su señora Angélica la Bella, creyendo que ya la delicada donzella sería despedaçada de aquella perra gente; e dezía llorando muy tristemente:

—¿Qué me aprovecha mi ardid e toda mi fuerça si mi querida señora tengo perdida? ¡O, Padre Eterno! ¡O, Señor Celestial, corfortad mi gran dolor e tristeza con

⁶⁷² estringos To ¹⁵²⁵.

la vista de mi perdida señora, librándola de las carniceras manos d'esta selvática gente!

Assí como oís llorava el enamorado conde don Roldán, buscando apriessa con la escuridad de la noche todo aquel llano. E ya qu'el alva quería venir ronpiendo la escura tela que la noturna deessa, con la ausencia del clarificante Febo, avía sobre la faz de la tierra tendido, oyó delante de sí muy dolorosos gritos como de triste muger; y endereçó para allá e vido más de veinte de aquellos caninos salvajes andar tras Angélica la Bella, que en su cansado palafrén, con las alas del temor, de unas partes a otras corría. E assí como el buen conde los vido, corrió en pos d'ellos la espada sacada e, matando e malfiriendo los más d'ellos, libró a su señora Angélica de sus manos.

E dexándolos assí en este lugar, vos contaremos lo que al buen Brandimarte sucedió en la batalla de los cinco cavalleros donde le dexamos.

Capítulo lxxv. De cómo el buen Brandimarte por caso de aventura libró a Flordelisa de las manos de los salvages estrangones; e lo que con la alta Marfisa le acaeció; e la cruda batalla que con el famoso salteador llamado Taridón el Orguloso fizo e cómo lo mató en el Pavoroso Valle.

Ya tenía el buen Brandimarte los cuatro de sus enemigos por tierra, e al quinto perdido de vista porque la noche se acercava e la selva era muy llena de escondrijos. E como vio que ya no tenía ningún remedio de lo fallar, apeosse del su buen cavallo Rubicano, e la noche toda en un conviniente lugar, que él más seguro falló, reposó. E ya que el día se acercava, oyó unos gritos muy rezios como de muger, los cuales de gran parte se podían oír; e como los oyó, prestamente sube sobre su cavallo e fuesse a donde los gritos le endereçavan; e como llegó, vido más de veinte de aquellos malditos estrangones que ivan corriendo tras su querida Flordelisa, la cual iva con la mayor angustia del mundo llorando e dando muy doloridas bozes. E como el buen Brandimarte la conosció, puso mano a su espada e vase para aquellos caninos rústicos salvages y tal destrucción fizo en ellos, que ninguno, por ligeros que eran, le escapó a vida; e de que desembaraçado de aquella canalla bruta se vido, fuesse a su querida amiga y ella, con plazer de su enamorado e con la nueva alegría de su remedio, como la que no esperava remedio de su vida,

vase a él los brazos abiertos, e assí abraçado le tuvo más de un cuarto de hora; e como de su aplazible vista una pieça ovo gozado, el buen Brandimarte le pidió nuevas del conde don Roldán. La delicada dama, llorando de sus ojos, con muy gran pena le dixo:

—Amado señor, assí como de vós nos partimos, después de venida la noche, fallamos muchos d'estos que con un su capitán, más feo e más cruel que ninguno d'ellos, estaban comiendo mucha carne de hombres e mugeres; y el capitán que vos digo, con gran instancia, por sus señas fizo apear al conde don Roldán para le dar alguna vianda, que allende de la de hombres otras muchas tenían allí; e desde que sentado le vido, a gran traición vino por detrás d'él y con un gran bastón tal golpe le dio sobre la cabeça, que a mí parecer muerto le echó en tierra; e ^{121r}yo por mis ojos le vi tendido que no bullía pie ni mano; y cuando las cuitadas de nosotras tal vimos al conde parado, viendo que ál no esperábamos sino la muerte, tirando cada una por su parte, al más correr de su palafrén nos fuimos fuyendo de aquella gente, donde, escondida en lo más espesso que hallé, estuve hasta la hora que vós, señor, me fallastes; e con la escuridad de la noche, aunque estos salvages andavan bien cerca de mí, no me veían, fasta que la mañana ya el día aclarava, donde, si mucho se tardara el buen socorro que me vino, no pudiera sino ser fecha pieças de aquella maldita gente. De don Roldán os digo, señor, que no sé qué d'ellos se ha fecho más de lo que vos he contado.

—¡O, Sancto Dios! —dixo el buen Brandimarte—. ¿E vós vistas a mi señor don Roldán en tal peligro?

—Sí por cierto, señor —dixo Flordelisa.

—Hora pues, no nos detengamos más —dixo Brandimarte— e vamos a ver qué ha fecho Dios d'ellos.

De allí se empeçaron a ir por la desierta selva fazia el lugar donde Flordelisa atinava que avía dexado a don Roldán. E andando assí una gran parte del día, que ni ya sabían si ivan atrás o si ivan adelante, vido el buen Brandimarte una grande e muy fermosa donzella, tendidos sus largos cabellos por las sus espaldas, la cual venía a pie.

E devréis saber que esta era la alta Marfisa, que en el seguimiento del maldito ladrón Brunelo iva, la cual, como el cavallo en el medio del camino le faltó, ca, como era grande e muy pesado, el gran cansancio de las presurosas jornadas le mató, ella,

con su robusto corazón por le haver a las manos aquel maldito ladrón de Brunelo que tan gran injuria le avía fecho, se desarmó de todas sus armas; e como un ave, por los campos corriendo, le seguía, hasta que ya perdido de vista le dexó, como aquel que para passar en su tierra, como arriba vos contamos, se acercava a la marina, de donde havía de embarcar para ir a su señor el rey Agramante. E quando arriba vos deximos que Marfisa se havía detenido viendo una donzella en un palafrén con un cavallero que la acompañava, era el buen Brandimarte e Flordelisa, que ivan a donde havía dexado su dama el conde don Roldán caído entre los estrangones. E quando la fortíssima desarmada donzella vido más cerca a la donzella que con Brandimarte iva, a grandes bozes le dixo:

—¡O, falsa e maldita hembra, mala muger! ¡Agora cumple que mueras en aquesta selva a mis manos!

E dase a correr tras Flordelisa como si fuera un ligero venado. E Flordelisa, que bien la conoció que era la crudelíssima e sin piedad Marfisa, a rienda suelta con su palafrén empieça de la fuir delante. Brandimarte, que vido que ante sí tal cosa pasaba, quedávasse espantado de la gran ligereza de Marfisa e de la mala voluntad que a su querida amiga Flordelisa mostrava sin tener causa ninguna a su parecer; e con muy corteses palabras, mientras Flordelisa fuía, le empeçó de fablar el buen Brandimarte, diziéndole:

—Fermosa señora, no queráis delante de mí afrontar mi donzella.

Marfisa le desafiava, assí armado como estava, tanto que se apease de su cavallo. Brandimarte, que muy cortés e mesurado era, mayormente con las mugeres, no se curava de aceptar tal desafío, diziéndole:

—Valiente donzella, no me armé yo para combatirme con mugeres, que las armas que yo me he puesto para los cavalleros las quiero, que no para las mugeres.

Quando la fortíssima donzella oyó aquellas palabras que el cavallero le dezía, dixo:

—Por Dios te juro que tú me des essas armas, ca para tan triste cavallero no pertenecen armas ni cavallo.

E de allí corre como una zebra fázia lo espesso de los árboles, ^{121v} donde, por se esconder, Flordelisa se havía metido; e hallándola, la tomó en sus braços e súbesse con ella por unos riscos arriba fasta se poner sobre un alto peñasco, que, por más que el buen Brandimarte con su ligero cavallo corriendo se lo quiso estorvar, no pudo,

porque lo espesso del arboleda de aquellos árboles de la selva se lo impidieron; e cuando a salir ovo del espessura sí a pie, no de otra manera, [que] por los riscos a cavallo no podía ir sino despacio; e d'este modo llegó al alto peñasco, encima del cual vio a la cruel Marfisa puesta en son de despeñar a Flordelisa de allí abaxo, la cual, con muy grande llanto se lamentaba, llorando su muerte, viendo que Marfisa de aquel altura trabucar la quería; e como a su tan querida amiga viesse el buen Brandimarte en tal peligro y que en ninguna manera la podía remediar, con dulces e muy amorosas palabras, empeçó a rogar a Marfisa que tal desonor no le fiziese, diziendo:

—¡O, alta e poderosa donzella, la más fuerte que yo jamás oí! Pues sigues las armas como cualquierpreciado cavallero e más que todos con ellas y tan esforçada te muestras, no quieras assí el hábito cavalleroso desonrar matando cruelmente una delicada muger como tú. Mira la alta sangre donde deciendes, no quieras escurecer tu fama con tan inorme yerro, ca para cosas de mayor calidad que essa te dotó la natura de estremadas fuerças.

Viéndose la fuerte Marfisa rogar de Brandimarte con tanta instancia, de lo alto donde estava, con la llorosa Flordelisa en los braços, le dixo, sonriéndose:

—Cavallero, si a tu amiga quieres librar de muerte, cumple que desarmándote de todas essas armas e de la tu espada me las des y esse tu cavallo con ellas; e si aqueste cambio te plaze⁶⁷³ fazer, dilo luego.

Brandimarte, que por escapar la su muy querida amiga Flordelisa cualquier cosa por grande que fuera concediera, aunque esta era assaz rezia dar sus armas e cavallo en tan estraño lugar, luego lo concedió, diziendo que le plazía de buena voluntad; e luego lo puso por la obra, ca se apeó de su cavallo e pieça por pieça se desarmó. E la alta Marfisa, por se más assegurar, le hizo a pie arredrar buen rato de allí; e dexando a Flordelisa de sus manos le dixo:

—No te quites d'encima d'este peñol si quieres bivar; cata que, si d'este lugar te apartas, te haré morir muy cruel muerte.

He dicho que ovo esto, se baxó del altura por donde havía subido, e muy seguramente la muy poderosa reina se armó de las buenas e luzidas armas del buen Brandimarte; y ciñendo su espada e poniendo su escudo al cuello, sin poner el pie en

⁶⁷³ plazer To ¹⁵²⁵.

el estribo, cavalgó sobre el muy preciado cavallo Rubicano; e llamando al buen cavallero Brandimarte le dixo:

—Agora toma tu donzella e idvos donde os plazerá, ca, pues armas e cavallo tengo, no temo a todos los Doze Pares, aunque aquí fuessen juntos.

E de allí con mucho orgullo, como aquella que sienpre fue sin pavor, se da a caminar por aquella selva adelante con airado e fortíssimo ánimo, desseando ver cavalleros con quien pudiesse sus armas nuevamente adquiridas exercitar; y en un pequeño espacio de tiempo vido dos cavalleros bien armados con sus lanças y escudos, cavalleros en sus cavallos, los cuales en su continente claramente mostravan ser de gran ardid. E como la alta Marfisa los vio, vínose para ellos. E sabed que estos la llevaron a la furiosa donzella a Francia; y en su lugar vos diremos por entero la aventura cómo pasó.

Agora pues, bolviendo al muy esoforado cavallero Brandimarte, que sin ningunas armas ni cavallo en aquel muy terrible e pavoroso desierto se vido e sin su buena espada, estava como hombre desesperado, no tanto por sí como ^{122r} por la compañía que llevaba, que era su querida Flordelisa, temiendo que si algún contraste de los passados le sobreviniese, que no ternía con qué amparar a sí ni a ella; e porque ya ál no podía hazer, cavalgó en el palafrén de Flordelisa e tomándola a ella a las ancas. E andando por aquel temeroso desierto, desde un rato vido un pequeño arroyo que por una cañada abaxo corría, junto con el cual vio estar un malandrín peón que acabava de beber de la corriente de agua, el cual, como la cabeça alçó e vido al buen Brandimarte e a su dama querida, empeçó a dar grandes bozes diziendo:

—¡Fuera, fuera, compañeros, que ay salto de buena ropa!

El cavallero, qu'el latín bien entendió, conoció por su razón que era salteador de la montaña que llamava compañía para los maltratar e robar; e detúvose allí muy sin conorte, pensando qué podría fazer o cómo se podría ayudar; y estando assí como oís, vido ya más de siete peones de aquellos con lanças en las manos e otros géneros de armas ofensibles e defendibles. Como Brandimarte los vido, dixo a su querida señora:

—Teneos a mí fuertemente, que no es razón que los esperemos para que nos desonren.

E diziendo esto, dio de las espuelas al palafrén, e al más correr se mete por la floresta huyendo. Todos con gran grita empeçaron a correr tras él, diziendo:

—¡Espera, espera! ¡Cata que serás de nosotros muerto!

¡O, cuánto se avergonçava el buen cavallero entre sí de se ver fuir delante de aquella villana gente, que no quisiera ser nacido, ca si él tuviera sus armas e cavallo, no se diera por ciento d'ellos más que por uno! E como de sus palabras d'ellos no se curasse, todavía al más correr de su palafrén, fuyendo por una angosta senda, entró en un pequeño llano muy bien valleado, en cabo del cual estava⁶⁷⁴ una fermosa fuente de la cual asaz agua corría, e junto a ella estava un muy alto pino. El buen Brandimarte se fue para allá porque otro mejor lugar de defensa no vido; e assí como llegó, vio junto a la fuente un cavallero armado muerto; no se curando de más el buen guerrero, se armó e tomó el espada que par de sí el muerto tenía y el escudo; e con fiero ánimo y esfuerço faze rostro a los siete selváticos ladrones, los cuales se acercaron a él por lo matar, viendo que en defensa se ponía; mas tal recaudo se dio Brandimarte con ellos, que muy engañados se fallaron en tal mercadería, que en poca de ora mató los cinco d'ellos, e los dos que bivos quedaron, fuyendo como quien fuye de la muerte, se fueron por donde venido avían.

De que el buen Brandimarte de sus enemigos libre se vido, empeçó a mirar al cavallero que muerto en la sombra de aquel pino estava e vídole las riquísimas armas que tenía e la corona que sobre el yelmo de señor grande se mostrava; e pensando quién pudiesse ser, acordósele cuando en aquel valle don Roldán, su muy íntimo amigo, avía fecho batalla con el emperador Agricán el día que con los gigantes del carro peleava, cuando andava en busca de su amiga Flordelisa; e conoció que él era el Emperador de Tartaria; e como lo conoció, dixo:

—La necesidad, buen cavallero, me faze ser villano e descortés, que conviene que essas armas me prestes, las cuales para defensa de mi persona en tan endiablada tierra me convienen.

Y empeçole a quitar todas las armas, que muy fortísimas e muy ricas eran, tales como de tan alto emperador podían ser. Armándose d'ellas el buen Brandimarte, que muy bien le vinieron, hallose el más consolado hombre del mundo, dando gracias a Dios por le aver fecho tanta merced en le dar ayuda e socorro de las más ricas armas e más fuertes del mundo en tiempo de tanta necesidad. E sacando la espada de la vaina, mirola, e tan bien le pareció, que jamás en su vida otra mejor

⁶⁷⁴ estava To ¹⁵²⁵.

hovo visto a su parecer; e las ricas sobrevistas ^{122v} y la⁶⁷⁵ corona púsosela a par al buen Agricán, diziendo:

—Perdóname, buen cavallero, que por no ver peligrar a mi querida Flordelisa, que so mi guarda trayo, te despoje de tus buenas armas.

E fablava d'este modo que oís el buen Brandimarte con Agricán como si bivo estuviera. Estando en esto, oyó por la entrada del valle gran ruido de gente, e miró fazia allá e vido un grande y menbrudo cavallero venir a gran priesa sobre un gran cavallo negro, y el cavallo era tan grande e tan furioso, que jamás Brandimarte otro tan grande ni tan bien fecho vido. E sabed que este gran cavallero era el capitán de los salteadores, que más de ciento eran los de aquella montaña, e llamávasse Taridón el Orguloso, que como de los siete ladrones dos d'ellos fuyendo se escaparon, fueron a él a le hazer saber su destrucción fecha por un cavallero; y estándole los dos faziendo relación de lo que les avía passado, el uno d'ellos [cayó] desmayado de la mucha sangre que avía perdido, de lo cual el fiero Taridón fue muy sañado; e armándose de sus armas y puesto sobre su gran cavallo, guiado del otro que bivo escapado [avía], vino a aquel lugar do Brandimarte estava, el cual, como le vido, no ovo temor d'él, viéndose de tan buenas armas guarnecido; y llegando cerca, Taridón le dixo:

—Di, cavallero, ¿eres tú el que los mis hombres has muerto?

—Matolos su maldad —dixo Brandimarte—, ca yo obligado soy a me defender de los ladrones que me quieren hazer daño.

—Pues pugna de te defender —dixo Taridón—, que yo te faré comprar caramamente con la vida la muerte d'ellos. E pésame que estás solo, que tú para mi vengança no bastas.

E diziendo esto, se apeó de su buen cavallo (esto no lo fizo movido de virtud de cavallero viendo que el otro estava a pie, sino porque quería tan en demasía el cavallo, por ser tan bueno, que temía que su enemigo no se le matasse o furiesse); e apeado, echa mano a su grande espada y, puesto su escudo, se fue contra el buen Brandimarte, el cual, como para sí le vido venir, mueve contra él la buena espada, llamada Salamina, en la mano; y aunque el escudo estava mal parado, aunque en él poca defensa havía, no le dexó de llevar delante de sí embraçado; e danse él y Taridón tantos y tan pesados golpes, que no parecían en la priesa y en el sonido sino

⁶⁷⁵ lo To¹⁵²⁵.

que veinte cavalleros se combatían con travada pelea. Cada uno se maravillava de la gran fuerça e destreça del otro; maravillávasse el buen Brandimarte que en un salteador de caminos hoviesse tanto ardid e bondad; assimismo Taridón se maravillava cómo un solo cavallero se mantenía contra él e contra sus grandes fuerças e tanto corage. D'esta manera crecía al uno e al otro, que empeçada la batalla, como de nuevo se fazían la más cruel batalla del mundo, cada uno por matar al otro, de arte que en cabo de media hora grande que se estavan combatiendo, dixo el buen Brandimarte apartándose un poco afuera:

—No sé yo, buen cavallero, qué tanta necessidad sea la tuya ni qué estrecho o gran menester la Fortuna te aya traído, que siendo tan buen cavallero uses de tu persona tan mal oficio como es favorecer ladrones e andar en su conpañía d'ellos, que yo otro más diestro cavallero que tú no he provado; e si tú, por vondad que en ti aya, quisieres este oficio que tienes dexar, ser te he toda mi vida leal amigo, ca no faltarán virtuosas obras e cavallerías do⁶⁷⁶ tus fuerças con más alto estado e más honra exercites. Si d'esto te plaze, desde aquí me doy por tí⁶⁷⁷ vencido, dexando a ti la honra d'esta batalla; e si no, sábete que uno de nos ha de quedar muerto, antes que sea noche, en este canpo.

Respondió Taridón:

—Esto que tú vees que yo fago no es por necesidad, sino que nunca me entró en el pensamiento ser sugeto a ningún señor, por grande que fuesse; y por esto, quiero por enojo ^{123r} lo seguir esta mi costunbre, que es robar e saltar cuantos topo; e si conmigo bivar quieren, téngolos en mi conpañía, e si no, mátolos o róbolos; e d'esta manera estoy como me plaze, teniéndome en tanto que, si diez cavalleros me acometen, no rehuso de les dar batalla con mi sola persona, e los prendo e mato; y fasta agora no he fallado quién tanto me durasse en canpo ni tanta resistencia me fiziesse como tú. Por ende, no te empaches en me predicar ni caluniarme de pecado, que esta mi costunbre tengo de seguir; e procura de te amparar, ca te tengo de matar o vencer en este día.

Brandimarte le dixo:

⁶⁷⁶ de To¹⁵²⁵.

⁶⁷⁷ tu To¹⁵²⁵.

—Sienpre oí dezir que el árbol que muy arraigado está, malo es de arrancar si no lo cortan. Pues tus costumbres malas no se te pueden desarraigar, cunple tan mal árbol como tú cortar de encima de la tierra, porque de ti más mal fruto no se aya.

E assí, diziendo esto, començaron su batalla más desapiadada e fiera que antes, dándose mortales golpes, que espanto era de los ver. Brandimarte se encomendó a Dios de todo coraçón e, apretando fuertemente su buena e cortadora espada Salamina, dio un gran golpe al ladrón orgulloso sobre el escudo, que quanto alcançó d'él con el braço como le tenía le derribó en tierra. Brandimarte se maravilló del gran cortar del espada. El fuerte Taridón, que assí tollido de la izquierda mano se vido, dando fieras bozes, blasfemando de Dios e del cielo y de la tierra, encomienda su cuerpo e su ánima a Lucifer, dándosela de todo coraçón e llamando su nonbre. En esto, el buen Brandimarte, que sin escudo e tan desmayado le vido por la mucha sangre que le salía, diole bien a su plazer un gran golpe en descubierto por el un costado, que le abrió sin le valer las armas, y allí el condenado Taridón cayó en tierra ferido de muerte, el cual, en poca de hora, murió. Dexándole allí, Brandimarte se fue donde Flordelisa estava por se partir de aquel lugar; e díxole:

—Señora, ya aquí no ay más en que detenernos⁶⁷⁸. Vamos nuestro camino, pues plugo a Dios darnos en tanta necessidad socorro. E un consejo oí un tiempo dezir y es que justamente pena el que, mostrándole la Fortuna favor, no se aprovecha d'ella. Cavalgad en vuestro palafren, que yo subiré sobre aquel gran cavallo, pues ya a su señor no puede servir, sírvanos a nós en nuestra jornada.

E de allí ambos a dos se partieron, caminando por do fuyendo avían venido, donde al buen Brandimarte una o dos estrañas e peligrosas aventuras acaecieron, las cuales vos diremos en su tiempo.

E al presente tornaremos a contar del conde don Roldán, que ya libre de la mala gente, llamada los estringones, cara Francia caminava con su querida señora Angélica la Bella.

⁶⁷⁸ deternos To ¹⁵²⁵.

Capítulo lxxvi. De cómo el conde don Roldán, después de salido de la floresta, se fue por sus jornadas fasta llegar a la Suria, de donde con el rey Norandino passó a los torneos de la isla de Chipre; e llamándose Rotolante por no ser allí conocido, e lo que allí le aconteció.

Ya vos contamos arriba el grandísimo peligro en que se vido el valeroso conde don Roldán e la su muy querida señora Angélica la Bella en poder de los estringones de aquella pavorosa selva. Pues como de tal peligro se vido librado a sí e a su donzella, con mucho plazer e alegría empeçaron a proseguir su comenzado camino, con muy grande deseo de ya verse en Francia. E puesto que el buen conde don Roldán noches e días con Angélica la Bella caminava, no se atrevía a tocarle las manos solamente, lo uno por no enojar a su señora Angélica, lo otro por no le fazer cosa fuera ^{123v} de su voluntad d'ella, e lo otro porque como don Turpín en todas las historias que del conde don Roldán fabla, afirmando, testifica ser hombre muy continente, de manera que todos burlavan d'él por ser tan donzel en tal caso, ca no quería más de la fruta que los donzeles enamorados suelen gozar; e no solamente a más no se estendía, mas esto tomava muy livianamente. Pues ya acostunbrado en este modo que os contamos, noches y días con su donzella no dexava de caminar; ya había pasado la Persia y la Mesopotania, dexando a mano derecha la Armenia, e llegó fasta la Suria sin ningún impedimento ni batalla. E como se fuesse para la mar por ver si avía recaudo para passar en Francia, vido un grande e fermoso navío, el cual estava muy ricamente bastecido; e preguntando el conde para dó quería ir el navio, fuele dicho cómo el rey de Damasco, llamado Norandino, iva a los torneos de Chipre por exercitar su persona en las armas, movido por amores de una fermosa donzella que el precio del dicho torneo era; y el mancebo valiente, como avía oído que en la isla de Chipre había sido pregonado del señor d'ella, que era un moro valiente, ya hombre de muchos días, que al cavallero que más ardid se mostrase y el torneo venciese le daría por muger a su fermosa hija, llamada Lucinda, pasava a ella este rey, el cual, enamorado de la fermosa donzella, quería en los torneos provar su ventura, porque la beldad de la dama Lucinda era tan estremada en aquellas partes sobre todas las mugeres, tanto que de diversas tierras por su fama venían a los torneos por conquistar tal precio e todos la desseavan ganar; e más que todos lo desseava el rey Norandino de Damasco, el cual apuesto de lo que menester avía, assí

de armas como de paramentos, el rey Norandino con veinte muy luzidos cavalleros allá quería pasar. Y estando el buen conde con su fermosa donzella, la cual por entonces cubierto su rostro tenía, a la marina, preguntando de aquellas nuevas, el rey Norandino⁶⁷⁹ en una barca se solazava con su gente, mirando su apostado navío; bolviendo los ojos a la parte donde el conde estava, mirole muy bien, e dixo a los suyos que allí eran:

—Si la vista e pensamiento no me engaña, aquel que veo deve de ser buen cavallero, e mucho querría, si le pluguiese venir en nuestra compañía, ca según su parecer e continente e sus tan ricas armas me da crédito que deve de ser de alta guisa.

E fizo luego al patrón que le dixesse si quería ir al torneo con el rey. El conde, con muy grave semblante, dixo:

—Si yo fago en ello servicio al rey, fazerlo he de buena voluntad, que en esto y otra cualquier cosa que me mande lo serviré.

El rey, acercándose a la orilla, oyendo su voluntad, le preguntó qué nonbre era el suyo e de qué tierra era. El conde le dixo:

—Señor, yo soy de Circasia, donde perdí mi señorío por guerra; e solo con mis armas y cavallo, juntamente con aquella mi dama, soy escapado; y llámanme Rotolante, aparejado⁶⁸⁰ e presto a tu servicio.

El mancebo rey se lo tuvo en gracia ofrecerse a él de buena voluntad, e cavalgando, lo llevó consigo a la ciudad, donde con mucho amor el conde don Roldán e su querida Angélica fueron aposentados hasta venir el tiempo de la partida. E ya que venido fue con viento oportuno y próspero, el rey se recogió al navío y el conde don Roldán e Angélica la Bella en su compañía. E tal tiempo les fizo, que muy a su plazer e presto llegaron a la fermosa ínsola de Chipre, donde aquel moro que vos hemos dicho era señor; e por su nonbre se llamava Tibiano. E llegados, vieron muchos cavalleros de diversas tierras e muchas gentes que en su servicio traían, cada uno d'ellos a uso de su tierra maravillosamente guarnidos; y entre todos los grandes que allí eran, eran nombrados tres d'ellos de muy alta guisa. El primero se llamava Robustante,^{124r} hijo del Emperador de Grecia, grande cavallero e muy poderoso, e traía en su compañía al buen Aquilante y [al] fuerte Grifón, los cuales, por diversas tierras discurriendo por caso de aventura, se juntaron con él. Los otros dos eran unos

⁶⁷⁹ norando To ¹⁵²⁵.

⁶⁸⁰ apejado To ¹⁵²⁵.

muy grandes señores turcos, llamado el uno Berisaldo y el otro Morbeco. Otros muchos cavalleros de gran cuenta allí eran venidos, los cuales dexo de contar porque a mi caso e propósito no fazen. Mas de quanto en la gran ciudad de aquella isla, llamada⁶⁸¹ Nicasia, se hazían grandes e triunfales fiestas, todo género de gentes puesto con gran regozijo.

E venido el aceptado día del torneo, en un lugar ancho de la ciudad que delante de muchos cadahalsos ricos e muy entoldados, en uno de los cuales estava el señor de la isla acompañado de cavalleros ancianos que por juezes del campo estavan, y en otro estava Lucinda, muy riquísimamente ataviada, acompañada de muchas dueñas e donzellas, entre las cuales Angélica la Bella tan sobrepujante en beldad y en fermosura se mostrava como la coruscante rosa se muestra entre las pequeñas flores, que fuera partido a las otras no la tener en su compañía. En pequeño rato viérades en la liça entrar cavalleros fermosamente armados, cada uno mostrando en su continente que quería ganar la prez e honra del torneo. E repartieron el torneo en dos escuadras, de la una era capitán Robustante y de la otra Norandino. Ya que puestos en sus conciertos estavan, sonaron diversos instrumentos, que la gran plaça se parecía fundir. Allí viérades con gran alarido mover unos contra otros las lanças baxas, cada uno con la más furia que podía. Fue tanta la furibunda ira de cada uno que, sin aguardar los de su compañía, se mezclan unos con otros, que con el gran polvo e furiosa entrada de todos no se pudo juzgar cuál parte era la que mejor lo fazía; mas a poco espacio que el polvo de las carreras sossegó, bien se pudiera ver los grandes golpes e desapiedadas luchas que cada uno fazía por se aventajar sobre su contrario. El buen conde Roldán, por ver en qué la una escuadra parava, no se meneava de un lugar, mirando con atención quién de las dos mostrava punto de vitoria. El furioso turco llamado Morbeco, en su gran cavallo encubertado, andava por la plaça con la espada en la mano, tales cosas faziendo, que bien se fazía mirar, derribando cuantos ante sí fallava a diestro e a siniestro. Esto todo bien lo veía el rey Norandino, de lo cual tenía tanta pena que quería de enojo morir; e puso las piernas a su cavallo y, con el mayor poder que pudo, se dexó ir a él, y tal golpe de espada le dio a dos manos sobre la cabeça, que lo derribó en tierra sin sentido ninguno. De allí se dexa ir sobre el otro turco su compañero, llamado Berisaldo, e de tal manera lo firió, que con su compañero le convino caer del cavallo abaxo.

⁶⁸¹ llamaua To¹⁵²⁵.

¡O, cuánta alegría mostrava Lucinda, la linda donzella, de ver a su querido Norandino fazer tales cavallerías e señalarse tan bien en el torneo! Tanto que, cualquiera que en ello mirara, claramente lo conociera ser assí.

De que el griego Robustante tal vido parar a los más señalados cavalleros de su escuadra, movido con gran ira, se va para el suriano rey Norandino la espada alta, al cual no falló perezoso en el golpear, antes, como ambos a dos eran valientes mancebos, fazíanlo tan bien, que alegría era de mirar la bondad del uno e del otro; y en cabo de una gran pieça que los dos se golpeavan, desseándose el uno al otro vencer, Robustante se alçó sobre los estribos y con la espada a dos manos tal golpe assentó sobre el yelmo al rey Norandino, que todo el cimero le hizo caer en tierra, y tan desapoderado fue el golpe, que ya Norandino tartaleava por caer; e ^{124v} de fecho cayera del cavallo si no que el conde don Roldán, que atentamente todas las cosas que allí passavan mirava, assí como en tal estado le vido, arremete con su buen cavallo Briador e con los braços se le sostuvo fasta que en la silla lo tornó a endereçar, donde ovo Robustante tan gran enojo, que quería morir; e vase para don Roldán y empiéçalo apressuradamente a golpear; mas el valeroso conde, que a Norandino vido seguro ya de caer, buelve sobre Robustante e tal golpe de espada le dio sobre la cabeça e las piernas altas le derribó del cavallo abaxo. De la parte de Robustante entraron Aquilante e Grifón, faziendo maravillas tales, que los del campo bien los veían, de arte que al que una vez golpeavan no le esperavan otra más. Como ya Robustante de mano del conde don Roldán a vista de los suyos fue derribado, desmayando algún tanto los suyos, se emeçavan aredrar; e como la escuadra del rey Norandino sintió la de los contrarios enflaquecer, con muy gran alarido, se emeçaron a esforçar contra ellos, de arte que mucha tierra les fazían perder. En esto, Grifón, que así los de su parte vido desmayar, espoloneó su cavallo a gran furia, e con alta boz, esforçando los de su parte, dixo:

—¡A ellos, a ellos, que no valen nada!

E metido entre sus contrarios, va derribando e matando quanto d'ellos topava. De otra parte movió el buen Aquilante, por consiguiente esforçando los suyos; y cuando a su capitán Robustante vido caído, turbosse con fiero semblante y emeçó a fazer tal riça en sus contrarios, que maravilla era de lo ver. E discuriendo de uno en otro, topose con el conde don Roldán e no le conoció, porque el conde traía las sobrevistas de la insignia del rey Norandino; e lo uno por la furia que llevaba, e lo

otro porque le no conoció, con grande ánimo se afrontó con él, e diole tan gran golpe sobr'el yelmo, que bien le sintió el valeroso conde; mas el conde don Roldán, que de tal juego no se holgava, apretó su espada en la mano e tal golpe dio al buen Aquilante, que sin sentido ninguno le echó de la silla en tierra, que ya quería caer por encima del arzón delantero; mas el su hermano Grifón que lo vido, viene a más correr e, sosteniéndole ya medio caído, lo fizo tornar a endereçar con assaz trabajo en la silla, como aquel que fuera de su acuerdo estava; y dexándole lo mejor que pudo, fuesse afrontar con el conde por vengar el peligro de su buen hermano; e tanto fieramente con el conde se combatió el fuerte Grifón, que espanto ponían a los que los miravan. En tanto que ocupados en su batalla estos dos famosos paladines, en la otra gente no se fazía cosa tan de mirar como esta. E de tanto, vos digo que el fuerte Grifón ya los golpes del conde sufrir no podía, y si las tronpas no sonaran porque ya la noche sobrevenía, él fuera de aquella batalla en tierra en muy breve tiempo; mas como ya los instrumentos sonaron, todos se retiran a fuera, cada cual para se ir a reposar a su aposento para que, descansando del trabajo de aquel día, al siguiente torneo fiziesen su poder con alguna interpuesta holgança. E ya los cadahalsos dexados y el campo solo, cada uno en su estança adereçando lo que para el otro día avía menester, dixo Aquilante a su querido hermano, el buen Grifón:

—Señor hermano, si mirastes en ello, ¿vistes en el cadahalso de las damas una muy fermosa en demasía?

—Sí —dixo Grifón.

—¿Qué os parece d'ella? —dixo Aquilante.

Respuso Grifón:

—Paréceme la más fermosa donzella que en mi vida vi; y no vi cosa que tanto semejasse a Angélica la Bella.

Aquilante dixo:

—Señor, ella es sin falta, por do creo que el que tanto fizo en el torneo es don Roldán.

—Si don Roldán es —dixo Grifón—, muy humanamente se hovo con nosotros.

—Él es sin duda —dixo Aquilante.

En esto, el buen griego Robustante ^{125r} allegó a la plática y díxoles:

—Señores, ¿qué os parece del cavallero que en compañía del rey Norandino viene?

—Señor —dixeron los dos hermanos—, parécenos que, si él en los torneos se falla, que por demás sois capitán de vuestra gente, ca vos cumple dexaros d'esta impressa, que sabed que es el conde don Roldán, ante quien ningún cavallero falla resistencia alguna.

—¡Santo Dios! —dixo Robustante—. ¿Él es?

—Sí, sin falta él es —dixeron los dos paladines.

—Pues esperad, que yo urdiré una cosa —dixo el príncipe Robustante— con que él se vaya a su salvo de aquí e no le fallemos delante en el torneo.

E como aquel que de su arte sabía maliciosamente tanto como de guerra, fuesse a la marina e fizo allí adereçar una de sus fustas; e dixo al patrón d'ella:

—Si un cavallero viniere a ti a te demandar si lo quisieres passar a alguna parte, ve e llévalo do él quisiere, ca de mí serás galardonado. Y sey solícito en esto, que me va la vida en ello.

El patrón dixo que seguramente cumpliría lo que él le mandava; e de allí Robustante sobre un palafrén, con desconocido hábito, se fue a buscar al conde don Roldán; y como lo falló, con una afición amorosa, le apartó aparte; e dixo con una temerosa palabra:

—Señor don Roldán, ya sois conocido en esta tierra por espías que el traidor de Galalón ha embiado en estas partes. Sabed que Tibiano faze armar gran copia de gentes para vos prender, donde peligraréis si no vos sabéis remediar. Y por lo que los cavalleros devemos unos a otros, me soy movido a os avisar. ¡A Dios, señor, seáis encomendado!, que yo tengo fecho lo que devo e lo que la virtud de cavallero me obliga.

E assí como esto dixo, sin más le fablar, se partió d'él. El conde don Roldán, que aquello oyó e se oyó nonbrar por más que él se avía encubierto, dio crédito a lo que le dixo Robustante, e luego encontinente díxoselo ⁶⁸² a Angélica la Bella, como la que de tal sobresalto segura estava; e tomando lo que menester ovieron, cavalgaron e fuéronse derechos a la marina, donde, por mejor efetuar su propósito, estava el griego Robustante; y él le guió a la proveída fusta, donde el conde don Roldán e Angélica la Bella, sin un momento se detener, entraron.

⁶⁸² desuelo To ¹⁵²⁵.

E lo que en los torneos sucedió con Robustante e Norandino no fabla d'ello la historia, porque a su caso no faze más de quanto una vez con próspero viento otra con contrario llegaron al puerto de Provença, donde el conde don Roldán no vía la hora de⁶⁸³ saltar en tierra por pagar al conde Galalón la buena obra que él pensava que le avía fecho.

Capítulo lxxvii. De la batalla que por amores de Angélica la Bella passó entre el conde don Roldán e su primo don Renaldos de Montalván. E cómo Angélica la Bella fue mudada del amor de don Renaldos por el Agua Desamorada que de la Fuente de Merlín bevió.

Así como el conde don Roldán llegó a tierra, cada hora pareciéndole un año, saltó en ella con gran gana de verse con el malvado Galalón (que muchas vezes le avía fecho diversos enojos), como aquel que mortal enemigo de los Doze Pares era, en especial de los de la casa de Mongrana e Claramonte. E andando ya por tierra, enfasiados él y su señora Angélica de la mar, la ventura los guió a las Selvas de Ardeña, donde, por algún rato descansar, buscaron algún conveniente e solazoso lugar, donde acaso entraron en el pequeño bosqueto donde la Fuente de Merlín estava, de la cual el desamorado liquor del agua corría; e como allí llegaron, apeáronse por descansar sobre las frescas e olorosas yerbas que allí estavan. E Angélica la Bella, sin se más detener, fuesse a la fuente del Agua Desamorada,^{125v} como aquella que no sospechava nada de su poder de la tal agua; e tanto bevió d'ella fasta que se hartó; e de allí se tornó al lugar donde el conde estava. E durmiendo un pequeño rato, se levantaron e prosiguieron su camino por el lugar que el conde don Roldán sentía más aparejado para llegar a la gran ciudad de París. Y en este comedio, el desamorado brevaño empezó a remover el corazón de Angélica la Bella, tanto, que ella se quería a sí misma mal, diziendo:

—¡O, mal aventurada e simple donzella! ¿Y en qué vanidad he perseverado tanto tiempo? ¿Cómo me cativé tan neciamente del amor de un cavallero como aquel?

E tales pensamientos, llenos de tantos reproches, contra sí misma le venían que, de enojo [que] del tiempo passado tenía, quería morir. Dezía:

⁶⁸³ que To¹⁵²⁵.

—¿Qué dirán de mí los que tal liviandad de desvergonçada donzella sentirían? ¿En qué posesión me ternán en andar yo a rogar con mi amor a un cavallero? ¿Esta era la honestidad que yo tanto amava? ¿Esta la gravedad que yo solía entre las donzellas mostrar?

Estas e otras muchas palabras iva consigo Angélica la Bella diziendo, que ya a don Renaldos de Montalván solo acordarse d'él le parecía mal e le tenía en poco, tomando de sí misma gran enojo si por yerro, fuera de su voluntad, por no mirar la lengua, le mentava. E assí como oís, caminado ella y el buen conde, vieron algo lexos venir un cavallero, el cual era el buen Renaldos de Montalván, que, de las mortales cuitas de amor vencido, por aquel camino iva a se bolver a la tierra donde pensava hallar a su nueva señora Angélica la Bella por solo de su vista gozar. E assí como los dos primos desde poco espacio se vieron, saludáronse muy cortés e mesuradamente.

No ay lengua que explicar pueda la gran alegría que don Renaldos hovo de se ver ante Angélica la Bella; allí se contava por el más bien aventurado cavallero del mundo, ca él sin duda pensava en su corazón que, como él amava a ella, assí ella amava a él, según fasta allí él avía sentido en las cosas passadas e según Malgesí le avía contado, al cual tanbién desseava ver por le complazer en lo que fasta allí tan afetuosamente le avía rogado, dándole la devida satisfacción del passado enojo. Mas engañado estava en todo esto el buen guerrero, que ya Angélica no le estimava más que a un villano desechado; e con razón, porque este fue su pago meritorio.

E su primo Malgesí, desque ya se vido libre de la prisión e suelto de la palabra que Angélica la Bella, viendo que más en su mano no era, le avía soltado, no se dava nada por ello sino que allá se aviniese el uno con el otro e fiziesse cada uno lo que Dios le ayudasse.

Agora pues, tornando a nuestro propósito, sabed que cuando el buen Renaldos fabló a su primo don Roldán, que le no conoció por su primo, porque las sobrevistas que sobre sí traía el buen conde eran, como sabés, del rey Norandino cuando por engaño Robustante de los torneos se partió; mas por le ver con Angélica la Bella, la cual le tenía ciego de amor, le habló cortésmente; e pudiera ser que en la fabla le conociera si en ello mirara, mas, enagenado el sentido en la parte de su desseo, no lo conoció, antes, llegándose a su querida Angélica, le propuso las siguientes razones, diziendo:

—Fermosa señora, más que cuantas oy en el mundo son, no me sufre el coraçón ha encobriros la voluntad y desseo que vos tengo de servir; e la devida cortesía, que a tal señora como vós se debe, me costringe a vos demandar perdón de lo passado, fallándome muy culpado en todo; y puesto, mi señora, que no merezca yo de vós ser oído por las cometidas culpas de poco conocimiento mío nacidas, vuestra virtud y gran nobleza no dará mal por mal, sino donde ay tan soberana virtud ^{126r} e tan estremada fermosura creo mora piedad para perdonar el yerro pasado y conbidarme a servir el tiempo venidero. Y lo que yo demando que me sea de vós, dulce señora mía, otorgado es que me queráis por vuestro cavallero, para que por tiempo, viendo mis continuos servicios, vuestra gran belleza sea promovida a me fazer soberanas mercedes.

Don Roldán, que atento a tales palabras estava, ardiendo como bivas llamas de ravisoso fuego, no pudo sufrir que adelante procediesse, diziendo:

—¿Cómo, primo, tan poca vergüença cupo en ti que delante de mí has querido manifestar tus escondidas traiciones?, que si todo el mundo me dixera que tan follón e dañado pensamiento tenías, no lo creyera si de ti no lo oyera, como agora lo tengo oído de tu boca. ¡O, maldito e fuera de razón, cuántas maneras de enojo buscas! Si tú quisieses aver continua paz, siempre la avría contigo; mas parece que no te huelgas sino cuando travas pendencia y enojo con todo el mundo. Yo te querría honrar e tener en lugar de verdadero hermano e tú no quieres, ca una vez te passaste el mar por me hazer mal e turbación; e agora aquí do estoy me quieres fazer daño. Bien sea que poco me puedes dañar, ca esta donzella me tiene cordial e verdadero amor, de lo cual dó gracias a Dios que solo assí en su alma me á puesto; mas tu voluntad siempre fue fazerme en este caso el mal que pudiesses.

Don Renaldos, que ya claro conoció ser su primo el conde don Roldán y entendió bien lo que le havía hablado, le dixo:

—Primo, yo jamás te tuve mala voluntad e jamás me plugo de tener guerra contigo, antes me desplugo, ni aun agora te pienso aver errado por donde conmigo puedas tener quistión. Pero debes de considerar e por tu coraçón juzgar el ageno, que los ojos de los otros no son más ciegos que los tuyos ni más fuera de razón ni de menos conocimiento. E que no se diga por ti el antiguo proverbio que los que aman, piensan que los otros no veen. Cata, primo, que no ay cavallero que a esta fermosa donzella mire e su gran fermosura contemple que pueda dexar de la amar e no la

codicie; y si tú piensas con cualquiera que la mirare o bien quisiere aver batalla, con todo el mundo la avrás e jamás te cumple quitar las armas de encima. Pero, por Dios bivo, yo vea si tienes razón, dime ¿es tuya esta más que de quien ella quisiere? ¿Es tu cativa? Si lo es, veamos la carta de posesión que sobre ella tienes, justa será tu demanda; mas, si esta es libre, ¿por qué la fazes de ti cativa? Porque te juro, por la fe que devo a Dios, que, aunque la vida perdiesse, no consintiesse que otro alguno se pudiesse a me quitar que la no hable ni comunique tanto quanto ella me diere lugar e consentimiento.

El conde don Roldán dixo:

—Plugiesse a Dios que ella fuesse tan mía como yo soy suyo, que no cabe en mí tanta sobervía que piense a mi señora tener cativa; e solo es mi desseo ser yo suyo; mas sepas que moriré sobre tal cosa, que yo no quiero tener compañía con nadie que la ame; y sobre esto desafío a todo el mundo, assí a grandes como a chicos, e assí a reyes como cavalleros. Pésame a mí que, descubriéndote yo mi corazón como a pariente e amigo, te pongas a me hablar tales palabras y fazer tan gran villanía, que bien muestras claramente tus maldades e traiciones.

Dixo don Renaldos:

—Sienpre fuiste, Roldán, suelto de lengua y muy desenfrenado⁶⁸⁴ en tus hablas, ca yo no soy traidor a alguno jamás ni supe cometer traición. Y pues no aprovechan contigo buenas razones, toma del canpo lo que te plugiere, que te juro por Dios que nunca te tuve en más de lo que tengo a un otro cavallero ni más te temo agora.

Don Roldán, que tales palabras oyó y que ya el buen Renaldos ^{126v} se començava a arredrar d'él, alça los ojos al cielo diziendo con gran pasión:

—¡O, Dios, cuánta gana ha sienpre este hombre de tener conmigo batalla! Tú, Señor, lo sabes que contra mi voluntad me haze tener con él enojo. E pues assí es, don Renaldos, que jamás me puedo defender de contigo e continuo me andas persiguiendo, procura que te anden las manos, ca, pues en tan solo lugar como este estamos, cumple que uno de nos quede en él muerto porque el otro biva seguro e sin perpetuo contraste del otro.

E diziendo esto, pone mano a su buena espada Durindana e vase para don Renaldos, el cual con su cortadora Fisberta le salió a recibir al camino; y empiéçanse

⁶⁸⁴ desenfrenado To ¹⁵²⁵.

a dar muy crueles golpes como mortales enemigos. E como ya cada uno conociese al otro, como aquellos que en semejantes quistiones no eran nuevos, fazíanse mortal guerra, ca sus fuerças eran estremadas e sus cavallos muy sueltos en tal menester, las espadas mejores que cuantas en el mundo se forjaron⁶⁸⁵ e assimismo las armas muy seguras, de arte que, el uno por fazer al otro conocer su bondad y el otro por mostrar la suya, tales golpes se davan, que bivo fuego de los golpes presurosos fazían salir, que la batalla oída de algo lexos parecía de veinte cavalleros. E bien se deve creer, según el escondido lugar en que estaban, si Dios por su misericordia no socorriera, que el uno d'ellos o entrambos morieran, ca como fuessen la flor de la cavallería del mundo e de mayor valor que todos los de su tiempo, e aun después en fuerças e valentía, tal destrucción se fazían con tan ardiente fuego de rescaldada saña, que parecía fundirse toda la floresta. Don Renaldos dio un tal golpe sobre el escudo al conde don Roldán, que tan reziamente sonó como un gran trueno, que todo se le desfizo como si una torre sobre él cayera. Dale el conde otro no menor de respuesta, que parecía que aquel bosque se fundía, que las pavorosas aves por el gran sonido con temeroso buelo començaron de fuir de aquel lugar. E la delicada y fermosa Angélica la Bella que les mirava, cambiada la fermosura de su angélico rostro con una muy mortezina color de triste amarillez, se quería desmayar, viendo que los dos preziados primos se matavan por ella. Maldezía su fortuna, que causa era de tanto mal; e por ver tan temerosa batalla delante de sí, vase en su palafrén de aquel lugar triste e muy desconsolada; e tan apressuradamente caminó, que salió de lo espesso de la selva como desesperada de sí misma, viendo cuántas fatigas le venían de contino; e al salir del bosque espesso, vido assentadas en un gran llano muchas tiendas e mucha e muy luzida gente de guerra; e parose Angélica, pensando qué cosa fuesse aquel número de cavallería que allí junta estava, desseando ver a quién lo pudiese preguntar. E desde a poco vido cara sí venir un cavallero ricamente armado; e como junto a ella llegó, saludola cortésmente y ella, con mesura celestial⁶⁸⁶, le preguntó lo que desseava; e a bueltas d'ello, viéndole tan ricas armas, le demandó su nombre. Él le dixo:

—Fermosa señora, a mí llaman el marqués Oliveros e aquella gente que veis es el poder del emperador Carlomagno, el cual viene de socorrer al duque de Baviera

⁶⁸⁵ foriaron To¹⁵²⁵.

⁶⁸⁶ celestia To¹⁵²⁵.

e a otros señores que con un crudelíssimo pagano e con su gente fazían canpal batalla; e quando llegamos, fallamos fecha la guerra o lo más d'ella, por la gran valentía del muy esforçado guerrero don Renaldos de Montalbán, el cual, como él resistió al endiablado pagano, fue raez cosa vencer la otra gente nosotros; e tal estrago fezimos en ellos, que uno tan solo no quedó. E fecho esto, buélvese el Emperador a París con su gente; e assí ^{127r} él como nosotros estamos los más penados del mundo porque, aviendo gran tiempo que el buen cavallero don Renaldos estava de nós ausente, agora, después de venido, supimos cómo era entrado en seguimiento de aquel moro por estas selvas; e muerto ni bivo no lo podemos fallar ni d'él saber nueva alguna; por donde estamos los más desconsolados del mundo, que yo y todos los cavalleros le amamos y estimamos como a nosotros mismos.

Quando la fermosa dama ovo del cavallero sabido lo que deseava, le dixo:

—Señor cavallero, si yo agora callase, gran mal vernía en el mundo.

—¿Cómo, señora? —dixo el marques.

—Yo vos lo diré —dixo Angélica la Bella—. En lo más escondido de las Selvas de Ardeña, que es al bosqueto de Merlín, fallaréis en mortal batalla a don Renaldos de Montalván e al conde don Roldán, donde, si no lo remediáis, ambos a dos acabarán sus vidas.

El marqués que aquello oyó, en su vida se sintió más alterado de alegría; e sin más esperar, pone a su cavallo corredor las piernas e va al canpo del Emperador, divulgando a grandes bozes la nueva. Todos los cavalleros se alteraron de gran plazer en lo oír, e cavalgan a porfía quién más aína podía ser el primero. Pues el Emperador que lo supo y el peligro en que dos tan estremados cavalleros estaban, no se dio punto de vagar, antes, con más priessa que otro ninguno de los del ejército, se va al lugar donde fue informado que estaban, e tras él muchos altos hombres; e llevó consigo a la fermosa Angélica la Bella que a la Fuente de Merlín le guiasse; y en el camino supo d'ella la causa de su batalla muy por entero; e assí fablando, entraron por la floresta, e andando por ella desde bien apartado, oyeron la tempestad de golpes de los grandes e fuertes guerreros; e así como fazia aquella escondida parte el gran rumor de la belicosa y cruel batalla oyeron, a rienda suelta se van para allá. Y los primeros que llegaron fue el buen Salomón e don Turpín, e tras ellos otros paladines, los cuales quedaron espantados de tan gran batalla, tanto que ninguno osó a se llegar a despartirlos fasta tanto qu'el Emperador sobrevino; e assí como los estremados

guerreros le oyeron e vieron, puesto que sus ardientes coraçones en llamas encendidas de estremada ira estavan abrasados, la devida reverencia de su señor los mitigó por algún intervalo de tiempo a se partir de su començada renzilla. El buen Emperador, que más que a sí los amava, con las lágrimas de sus ojos, les empeçó de abraçar con más que paternal amor, diziendo:

—¡O, hijos míos! ¿Qué ausencia ha sido esta tan larga? ¿Cómo vuestros coraçones an⁶⁸⁷ sufrido que yo tanto peligro por vuestra tardança padeciese e agora vuestro recebimiento fuese con tanto sobresalto? ¿Qué enemistad tan rezia pudo mover a vuestros fuertes y generosos coraçones a tanta ira?

Ninguno de los dos primos le podía responder, tanto eran sus ánimos alterados. E assí cercados de cavalleros, siendo el Eperador en medio de ambos, se empeçaron a ir fazia el real. E la fermosa Angélica, ni sé porqué ni porqué ocasión, empeçó a gran passo a se partir d'ellos, ca no puedo pensar la causa de su fuída; si lo fizo por quitarse delante de su aborrecido don Renaldos no lo sabré dezir. De donde veréis el arraigado amor qué fuerça tiene sobre donde una vez se aposeciona y enseñorea, que los dos valentísimos cavalleros que de la recibida alteración hablar no podían, arremete cada uno como un ave bolante y, dexado el Emperador, sin más otra cosa mirar, se van tras la donzella que d'ellos se apartava; e como assí todos los cavalleros y el Emperador los vieron ir, temiendo lo que les podía suceder, van en su seguimiento, no porque ni por pensamiento los alcançar ^{127v} pudiesen, ca Bayardo e Briador, los dos preciados cavallos, no corrían como los otros, que parecían en su velocidad que alas llevavan. Pero todos en tropel no dexaron de los seguir fasta tanto que los vieron en el valle tornados a asir, dándose los más desaforados golpes del mundo con gana de se quitar las vidas. El Emperador, que assí tan mortalmente ferirse los vido, con unas rezias palabras mezcladas de amorosas reprehensiones, los apartó. E fizo ante sí traer la fermosa donzella, que como muda estava viendo ante sí passar tales cosas; e fiola tener a recaudo, dándola en cargo el buen duque Naymo de Baviera, porque no fuese ella causa de la destrucción de dos tan soberanos cavalleros, teniendo por cierto que, mientras en ella su corte tuviese a Angélica la Bella, el conde don Roldán y el buen Renaldos no se parterían d'ella, donde vista la justicia de cada uno d'ellos el Emperador faría lo que justo le pareciesse en tal caso.

⁶⁸⁷ ha To ¹⁵²⁵.

Donde los dexaremos, por vos contar lo que en África passó sobre la guerra que el rey Agramante quería fazer a la cristiandad.

Capítulo [lxxviii]⁶⁸⁸. Del gran ayuntamiento de gentes que en la gran ciudad de Biserta con el rey Agramante se juntó para passar en Francia, e de las tristes nuevas que al rey vinieron de la destrucción del rey Rodamonte el Africano e los suyos.

Ya se vos ha contado arriba el modo que el rey Brunelo tuvo para que el buen Rugiero a la compañía de su señor, el rey Agramante, viniesse e cómo le dio la buena espada de Falerina que al conde don Roldán furtó, e assimismo todas las sus buenas armas que su señor le dio cuando le coronó por rey y el cavallo Frontalate. E como el rey Agramante vio las maravillas que el mancebo paladín en el torneo passado fizo, bien creyó que en el mundo otro tan fuerte ni tan diestro cavallero como él se podría fallar; e como ya todas las cosas a la guerra pertenecientes estuviessen aparejadas⁶⁸⁹, fizo un general llamamiento para hazer su viaje, al cual fueron ayuntados más de treinta reyes de corona de diversas naciones e tierras, los cuales adelante expressaremos. El sabio Atalante, amo del buen Rugiero, que supo ya la delibrada partida, como él por sus artes alcançasse saber de cómo Rugiero, su querido criado, avía de morir muy presto por traición dentro de Francia, vino a la corte del rey Agramante, e llorando de sus ojos, entró dentro en el gran palacio donde con el rey muchos cavalleros estaban, e a grandes bozes, como hombre fuera de seso, empeçó a dezir:

—¡O, rey Agramante, cuán mal camino tomas e cuán peligroso viage empieças! Sepas que tu passage en Francia será grand destrucción de la paganía. Por ti la África será destruida e puesta en sugestión de tributo. Por ti el buen Rugiero, mi fijo, morirá.

A gran aleve de allí empeçó a vaticinar muchas cosas por venir, las cuales por tiempo se cumplieron; pero, por muchas cosas que dixo, non pudo mover el propósito del rey Agramante, antes le dixo:

⁶⁸⁸ Desde este capítulo hasta el final se produce un error en la numeración; se cifran con uno menos, de manera que este, que en realidad es el lxxviii, aparece como lxxvii, y así sucesivamente. Con el propósito de no enturbiar el texto con excesivas notas, se enmienda entre corchetes el capítulo correcto.

⁶⁸⁹ aparajadas To¹⁵²⁵.

—Bien creo yo, Atalante, que el gran amor que a tu criado tienes te haze dezir esso porque, inpidiendo nuestro camino, no se aparte de tu compañía; mas yo espero en mis dioses que con más alegría que vamos bolveremos e que todo lo que de nós has dicho será por el contrario.

Ya la grand ciudad de Biserta no cabía por el gran ayuntamiento de gentes que allí juntas eran, por los canpos avía tantas tiendas e aposentos, que no llevavan número. Vino el rey Dudrinaso, del reino de Libicana, con gran número de gentes; mas todos venían desarmados porque no alcançavan armas ni sabían qué cosa eran, e todos ^{128r} eran gente negra; traía por devisa en su real seña un infante desnudo en un campo bermejo. Vino también el rey Soridano con muchas conpañas; este era, como gigante, muy fiero cavallero; también gente sin armas e muy sin concierto. Fue el tercero el gran Firión, rey de Almasela. El cuarto fue Ancinomar, rey de las Desertadas Tierras, que son gentes como alárabes que no tienen lugar cierto de morada. El quinto fue Monilardo, rey de Noricia. El VI el rey Mirabaldo, rey de Boga, tierra harto lexana de allende el mar. El VII el rey Forbo de Fersa. El VIII fue el rey Pulicino de Masamona; esta gente, aunque de los cuerpos no eran armados, a lo menos traían dardos e lanças cortas, los fierros de las cuales eran de pedernal. El nono fue el rey Albaracho, señor de las Ínsolas Felices; y él e su gente venían armados de pieles de animales muy gruesas, escudos e bastones en las manos. El X fue Agricalte, rey de Amonia. El XI fue el rey Martasino, rey de Ceuta. El XII el Rey de Marmonda. El XIII el rey Banbirago de Arzila. El XIII el rey Bardalusto de Argezira, el cual con toda su gente venía armados de huesos de pescados, de serpientes e de otros animales. El XV fue el rey Balubarzo. El XVI fue el rey Brunelo de Tingitana⁶⁹⁰, el cual, aposeccionado en él, mucha gente truxo a Biserta. El XVII fue el Rey de Trimisión. El XVIII⁶⁹¹ fue el rey Alzirdo, que su gente armada, e arcos, e lanças traía. El XIX el rey de Orán, llamado Barmabisto, algo mejor armada gente que la passada. El XX fue Gualcioto de Bellamarín, este con luzida cavallería de ligeros e diestros cavalleros. El XXI fue Pinadoro, rey de Constantina. El XXII fue el Rey de Garbo, muy buen cavallero. El XXIII fue Tardoco, rey de Alherbe. El XXIII fue Dardinelo, hijo del buen Almonte, el que mató don Roldán, cuyas armas e cuerno siempre avía el conde (e Brunelo le ovo furtado el cuerno, como arriba vos

⁶⁹⁰ tintugana To ¹⁵²⁵. Anteriormente, después de robar el anillo de Angélica, la espada de Falerina y el caballo Frontalate del rey Sacripante, el emperador Agramante lo ha coronado como rey de Tingitana.

⁶⁹¹ viii To ¹⁵²⁵.

contamos), el cual fue en África bien conocido, este era rey de Zumara. El xxv fue Balifronte, rey de Mulga. Assimismo, vinieron cuatro reyes de alárabes, que más propiamente señores se podrían llamar, porque, puesto que todos los que traían venían debaxo de su obediencia, más en posesión de capitán que no de rey le tenían, porque, en muriendo aquél, luego ponían otro en su lugar sin proseguir genealogía ni parentesco del muerto; e allende d'esto por ser gente incierta, que ninguno lugar cierto conocía sino oy aquí mañana allí como se le antojava.

El rey Agramante fizo a los reyes con las conpañas de grandes señores aposentar dentro de la ciudad de Biserta, donde un mes estuvieron reposando, donde viérades diversos trages e diversas lenguas e naciones, innumerables instrumentos⁶⁹² de música [e] de guerra. Toda la otra gente estava estendida por los campos, cada uno a su usança. E assí como solazándose cada día en la gran ciudad se estuviessen, vino nueva al rey Agramante cómo avían muchas naves llegado al puerto, las cuales eran de las que Rodamonte el Africano avía llevado a Francia; e de la gente que en las naves vino, supo el rey Agramante la gran destrucción que en Francia se fizo de la gente que con Rodamonte avía passado y cómo no sabían d'él si era muerto o bivo, e cómo traían un gran prisionero d'estado, el cual se llamava don Dudón, muy preciado cavallero de los paladines. Assí como Agramante oyó las tristes nuevas de Rodamonte, turbados todos los sentidos de dolor, començó a llorar muy agramente, cuidando que fuesse muerto; assimismo, los de la gran ciudad de Biserta, quando sintieron sus parientes e amigos menos que assí en tierras estrañas quedavan muertos, fazían el mayor llanto del mundo, donde viérades olvidados todos los regozijos^{128v} que por el ayuntamiento de tantas gentes se hazían⁶⁹³ ser convertidos en llanto e dolorosas bozes.

Donde los dexaremos, por acabaros de contar en qué acabó la travada batalla que entre los dos fortísimos paganos, Rodamonte el Africano y el fuerte Ferraguto, se havía començado en las Selvas de Ardeña donde arriba los dexamos.

⁶⁹² instrumentos To¹⁵²⁵.

⁶⁹³ fazan To¹⁵²⁵.

Capítulo [lxxix]. Del fin que ovo la cruel batalla de entre Rodamonte el Africano y el fuerte Ferraguto, e de la guerra que ovieron con los familiares demonios de Malgesí; e cómo Malgesí e Viniano fueron presos e llevados al rey Marsilio, que sobre Montalván con gran ejército estava, e lo que de allí sucedió.

Arriba vos contamos la grande e muy reñida batalla que entre el fuerte Rodamonte el Africano y el encantado Ferraguto se fazia, los cuales, como fuesen estremados cavalleros, de tal manera se trataban, que el uno quedava maravillado del otro; el canpo tenían sembrado de las pieças de sus escudos, las afiladas espadas fazían sentir a cada uno las fuerças de su contrario. E puesto que el fuerte Ferraguto de muy menor estatura que Rodamonte fuesse, no le fazia por esto ninguna ventaja ni perder del canpo tan solo un passo. E tanto duravan los crueles golpes entr'ellos, que espantosa cosa era pensar que el uno ni el otro punto alguno de cansancio no sintiese. D'esta suerte, en la soledad de aquel desierto, los estremados paganos hazían, como oís, su batalla, cada uno d'ellos desseando vencer o morir, cuando junto con ellos pasó un correo que al más andar de su cavallo iva a fazer mensaje; e como los dos guerreros vido estar con tanta furia batiendo, llegó a ellos e díxoles, pensando que fuesen de Francia:

—Señores, mejor sería a mi parecer que se empleasen vuestras fuerças amparando vuestra propia tierra e vuestro natural señor que no executássedes vuestras desordenadas iras unos contra otros, ca sabed que el rey Marsilio con gentes sin cuento tienen cercado a Montalván; e ha desbaratado en canpo al duque Amón e a sus fijos e creo que los tiene presos; e ha fecho gran destrucción e asolamiento en las comarcas. E dígolo porque soy testigo de vista e voy con gran priessa a demandar socorro al emperador Carlos.

No fizo más punto de tardança el apressurado correo, que dichas que ovo estas palabras, començó a proseguir su camino con más priessa que de primero. E como el fuerte Ferraguto las nuevas ovo oído, turbose algún tanto en el corazón por se no fallar en tan señalada cosa en servicio del rey Marsilio, su muy querido señor; y estuvo quedo por algún espacio, en el cual fue de Rodamonte preguntado la ocasión de su pensativo detenimiento, diziéndole:

—Cavallero, no te pienses que no usaré de cortesía contigo si alguna necesidad te mueve a dexar nuestra començada batalla, ca yo no solo te la soltaré, mas aun en caso que de mí tengas necesidad te acompañaré sin falta.

Ferraguto le tuvo en merced las sus corteses palabras e buena voluntad, e contole quién era el rey Marsilio e la parte que con él tenía e por qué causa la guerra se movía e con quién; e demás d'esto, le rogó tuviesse por bien de dexar la presente batalla, certificándole que más por se provar con él que por amor de Doralice la avía començado, jurándole de más en los amores d'esta infanta, hija del Rey de Granada, no entender, antes pugnaría en tal caso lo más que él pudiesse servirle e ayudarle. El rey Rodamonte, que bien provado avía su gran valentía e fuerça e bien por entero conocía su bondad, le dixo:

—Señor Ferraguto, gran bien se me ha ofrecido el día de oy, pues soy venido en conocimiento ^{129r} e amistad de tan buen cavallero como vós sois.

E de allí ambos con gran amor se abraçaron, e tanto fueron amigos de allí adelante, que mayores no pudieron ser en el mundo, prometiéndose de no se desamparar el uno al otro si la muerte no los partiesse; e juntos començaron a caminar hazia donde Ferraguto mejor atinava que el ejército del rey Marsilio fallarían. E a cabo de una gran pieça, vieron por el camino contra ellos venir dos cavalleros, los cuales eran Malgesí e Viniano, que a más andar caminavan a pedir a Carlomagno ayuda, porque, como avéis oído, Montalván estava cercado e puesto en gran aprieto de muy poderosas gentes del rey Marsilio; e assí como Malgesí vido que por el su camino venían los dos valientes guerreros venir, apartose a la mano izquierda e sacó su cuaderno, convocando sus familiares; e venidos que ant'él fueron, llamó a uno d'ellos, llamado Escarpín, e díxole que le dicesse quién eran los cavalleros que por el camino venían. Escarpín le dixo:

—Sábete que son los dos más fortísimos paganos del mundo, el uno el cruel Rodamonte y el otro el encantado Ferraguto español.

El sabio Malgesí, que los vido, pensó entre sí de los llevar presos a Carlomagno; y encontinente llamó mucho número de demonios, los cuales en el campo juntos hazían el mayor estruendo del mundo; e mándoles que viniesen a uso de guerra armados como cavalleros; e no fuera más aína cuasi pensado, cuando parece un escuadra d'ellos de muy reluzientes armas, armados e sus estandartes muy altos e luzidos; e como assí juntos e concertados fueron los demonios que a guisa de

cavalleros venían, salió Malgesí con Viniano adelante al camino, e junto con ellos la infernal escuadra; e a gran andar se van cara Rodamonte y el fuerte Ferraguro, los cuales, tanta gente por el camino vieron venir adereçados, lo mejor que ellos pudieron, no dexaron de andar e su camino proseguir. El fuerte Ferraguto, que la enseña⁶⁹⁴ de la gente conoció, dixo al rey Rodamonte:

—Hermano, este es el poder de Carlomagno, que yo muy bien lo conozco. Agora nos conviene ser fuertes si en algún tiempo fuimos esforçados, que, aunque yo de fraternal amor te ame e a tu obediencia sea sugeto, no faría otra cosa sino esperallos e antes morir que bolverles las espaldas.

Rodamonte respondió:

—¿Cómo, señor Ferraguto, tan poco ánimo avéis en mí sentido que tales palabras me dezís? Por todos los celestiales dioses vos juro que, si todo el mundo contra mí viniese, solo un passo del campo no me hiziesse tan solamente retraer. Por ende, vamos a ellos e uno a vida no quede.

E assí como junto a la maldita gente llegaron, las lanças baxas, sin ningún pavor, arremeten, pensando que eran verdaderos cavalleros de Francia; mas la diabólica cavallería, con un pavoroso estruendo que los canpos fazían tenblar, cercó a los dos cavalleros, firiéndolos cual d'ellos con lança, cual con maça o ancho cuchillo, de suerte que Malgesí e Viniano bien pensaron que en breve espacio serían presos; mas de otra suerte les avino, que el buen Rodamonte de tal manera se avía con el que delante de sí tomava, que, aullando, le hazía ir, huyendo por el canpo. Pues no se dava vagar Ferraguto el Encantado, que el que una vez de su vigoroso braço era ferido no le curava de más atender, de suerte que con tanta fuerça e fortaleza los dos fortísimos paganos se ovieron con la diabólica compañía que, aullando muy fuertemente e lançando muy cruedelíssimo y espantoso hedor, cada uno d'ellos se retraía fuera, diciendo⁶⁹⁵ a Malgesí:

—Perdónanos, ca non podemos hazer más, ni tampoco más poder al presente tenemos. Por ende, procura de te amparar ^{129v} por otro arte, ca nós no podemos resistir a la fuera d'estos dos azerados paganos.

E assí, súpitamente, todos como un relámpago desaparecieron, dexando solos a Malgesí e a Viniano, su compañero, los cuales, no pudiendo ampararse de los dos

⁶⁹⁴ in seña To ¹⁵²⁵.

⁶⁹⁵ dizieudo To ¹⁵²⁵.

fortísimos enemigos, fueron presos, demandando misericordia de sus vidas. Como Ferraguto los conoció, que otras muchas vezes los avía visto, fizolos apear e ligolos muy bien e, assentados sobre sus mismos cavallos, los llevó presos consigo, con intención de hazer d'ellos presente al rey Marsilio, en cuya ayuda él y Rodamonte el Africano iban.

E andando por su camino, llegaron a donde estava el poderoso ejército del rey Marsilio, donde vieron los campos todos de gente cubiertos⁶⁹⁶ e de riquísimas tiendas poblados; e sin se detener, se fueron delante del rey, que acompañado en su gran tienda estava de cavalleros de alta guisa e nonbradía. E apeados, ante él se pusieron de rodillas el fuerte Ferraguto e Malgesí e Viniano. E como el rey Marsilio le vio, como aquel que más que a sí lo amava, túvolo un gran rato abraçado; e faziéndolo levantar, le preguntó que quién era aquel valiente cavallero que con él venía. Él le contó quién era e cómo era el más valentísimo cavallero que en su vida avía provado, e lo que les avía acaecido assí en la su batalla que ambos ovieron como en la guerra que con los diablos avían passado, e cómo se dieron a recaudo, tanto que prendieron a Malgesí e a Viniano, que allí presos traían. Mucho en demasiada manera plugo al rey Marsilio la venida del fuerte Ferraguto e, por lo que de Rodamonte le dixo, le hizo mucha honra; de allí mandó poner a recaudo a los presos. E como vido que ya mensageros avían despachado de Montalván para pedir a Carlomagno socorro, bien creyó que alguno avría llegado a él con las nuevas; e assí era la verdad.

Luego, otro día por la mañana fizo en su gran tienda ayuntar los grandes de su ejército para dar orden en lo que se avía de hazer, donde vino el rey Rodamonte y el fuerte Ferraguto de muy ricos paños ataviados de una misma forma el uno y el otro, como los que de verdadero amor se querían; no avía persona que los viesse que los no bendixessen, que, aunque a Rodamonte no conocían, bien demostravan sus faciones la gran fortaleza de su robusto ánimo. También vino el rey Balugante, e Falcirón el Bravo, el uno rey de Castilla y el otro de León. Vino también el rey Maradaso, rey del Andaluzía, y el rey Sinangón, señor de Calatrava, el cual, aunque debaxo de su señorío no tuviese ciudad alguna, pero tenía muchas villas e lugares muy rezios e ricos. También vino el rey Grandío de Valterna, un fuerte pagano, según arriba d'él avéis oído. No faltó entre esta gente el rey de Galizia, un fuerte gigante

⁶⁹⁶ cubiercos To¹⁵²⁵.

llamado Amoroco, con mucha gente de gallegos; traían consigo otro fuerte jayán, llamado Baricoldo del Fuerte Bastón. De tierra de Vizcaya no venía ninguna persona, porque era toda de cristianos, juntamente con alguna más tierra, la cual poseía el muy cristianísimo rey don Alonso, el cual, según su gran bondad e muy sublime merecimiento, merecía ser señor de lo habitable de la tierra. Vino también el rey Larbín de Portugal; vino el rey Estordilano de Granada; vino el rey de Mallorca, llamado Barincondo. Después d'esto, el gran poder del rey Marsilio e sus altos varones, donde no faltava Insoler el Bravo, Serpentín del Estrella, Folicón el Bastardo. Assí que, juntos estos que os hemos contado e otros muchos grandes señores, de los cuales sus nonbres por evitar prolixidad se callan, dieron orden en lo que devían hazer e concierto conveniente, como aquellos que metidos en la tierra de sus enemigos, desamparadas las ^{130r} suyas, cada día esperavan batalla, donde les cunplía vencer o perpetuamente quedar cativos e destruidos. De allí, puestas sus cosas en orden, tal como a guerra convenía, todos los días fazían alegrías, justando, torneando, exercitando sus personas cada uno como mejor podía. E sabed que los reyes e grandes señores que allí estavan todos traían consigo a las reinas sus mujeres, no sé si porque lo avían de costumbre, o porque aquella jornada quisieron fazer d'esta manera, porque pensavan, según su gran poder que llevavan, que absolutamente se podían enseñorear en la tierra. E como el rey Estordilano la suya truxese, no dexó a su hermosa fija, antes, con muy apostada manera, en compañía de su muger [la] truxo; esta, como oís, era la linda infanta Doralice, de cuyo amor preso Rodamonte el Africano fazía en las justas e torneos grandes maravillas, ca no avía en todo el campo del rey Marsilio quién delante se le parasse. Y esto dava a entender el grande amor que a la infanta Doralice tenía, de donde sacava ricas devisas, muy notables invenciones; favorecía Ferraguto quanto en el mundo podía, tanto que de cosa no se hablava en todo el ejército sino en los grandes fechos de Rodamonte el Africano. Viendo tal cavallero en su compañía, el rey Marsilio era estrañamente alegre, e como ya sabía quién era e la voluntad amorosa que a Doralice tenía, por le hazer más honra, le solemnizava sus fiestas con grandes vanquetes e muy costosas colaciones.

En este comedio ya venían el rey Marsilio nuevas cómo el emperador Carlos con gran poder venía sobre ellos, las cuales certificadamente sabidas, dexaron los

passatiempos que hasta allí tenían e pusieron todas sus cosas a punto, como aquellos que en peligro de sus vidas y estados estaban si su fortuna no les favorecía.

Capítulo [lxxx]. De la cruda batalla que hovo entre las compañías cristianas del emperador Carlos de Francia e la muchedumbre de los paganos del rey Marsilio; e las señaladas cosas que el conde don Roldán e don Renaldos de Montalván fizieron.

Allegaron nuevas ciertas al rey Marsilio cómo el emperador Carlos Magno con toda la flor de la cavallería venía a le dar batalla. E assí era verdad, porque como llegaron mensageros al emperador Carlos Magno de la innumerable morisma que en la tierra de cristianos había entrado e la grandíssima tala e destrucción que hazían, ayuntó todo el mayor poder que pudo de gente; e con la mayor priessa que él pudo, movió para venir a socorrer a Montalván, que, como arriba havéis oído, estaba cercada. E como a vista del ejército de los moros llegó, fue muy maravillado de ver tanta y tan grand gente de paganos. Y él empeçó a ordenar sus batallas, como aquel que bien se le entendía hazerlo en semejantes tiempos; e pensó en sí un muy gentil ardid, el cual fue causa de la total destrucción de los paganos. E fue que, como ya arriba oístes la grandíssima contienda que entre el valeroso conde don Roldán y el muy esforçado cavallero don Renaldos de Montalván hovieron sobre cuál d'ellos havría en su poder a la hermosa Angélica la Bella, e cómo el Emperador la fizo tomar en guarda fasta determinar cuál de los dos primos por derecho e justicia la había de aver, fizo llamar al conde don Roldán; e díxole en secreto assí d'esta manera:

—Hijo, ya se te puede entender cuán grandíssimo poder de paganos vienen contra nós y el muy gran peligro que se nos espera. Haz de manera oy en la ^{130v} batalla que muestres a los moros tus grandes fuerças e valentía, que Angélica la Bella yo te la daré si tus obras oy se manifiestan por tales que la merezcas.

Don Roldán, que tales palabras oyó, no hovo menester más e, besando las manos al emperador Carlos Magno, propuso en sí de tales cosas fazer aquel día, que en el mundo fuessen para sienpre sonadas e contadas por maravillosas a perpetuidad de memoria.

Acabado que hovo el Emperador de dezir esto al conde don Roldán, faze muy secretamente llamar al buen cavallero don Renaldos de Montalván; e díxole assí:

—Amado hijo, llegado es el día donde devéis mostrar quién sois e cuánto valéis. Mira en cuánto peligro somos. Hazé oy, fijo, que los paganos renegados sientan quién vós sois e cuánto valéis, ca yo vos doy mi fe, si tal os mostráis como oy yo desseo, que vuestra será Angélica la Bella a pesar de quien pesare; y esto vuestras altas obras lo pueden merecer.

Don Renaldos, que esto oyó, no ovo menester más sino, despidiéndose del Emperador, va jurando por el cielo e por la tierra de morir aquel día o fazer tales cosas que la caduca memoria de los hombres no las pueda olvidar, antes, con recordable fama, fuesen universalmente por todo lo habitable de la tierra sonadas.

Fue tanto el bien que este día por causa d'este aviso del Emperador vino a la cristiandad e tan grande el daño que a los paganos sobrevino, que admirable cosa es de oír, según veréis adelante. El emperador Carlos Magno empeçó a ordenar sus escuadras, poniéndolos en el mejor concierto que podía. La primera dio al rey Salomón, rey de Bretaña, uno de los principales de su consejo. La segunda dio a Ricardo de Normandía. La tercera dio a Guy de Borgoña.

Y en este comedio, el rey Marsilio ordenó sus batallas, baxando a un llano por mejor se govarnar con tanto número de gentes. E ordenadas que las hovo según mejor le pareció, la primera haz se vino cara la⁶⁹⁷ de los cristianos; e como ya la gente cristiana viesse a los paganos mover, no fueron perezosos, que, llamando a San Dionís a grandes bozes, se mezclaron con los enemigos, donde en muy breve espacio viérades muchos cavallos sueltos e cavalleros muertos e derribados de ambas a dos partes. Gran pieça passó que en aquellas dos mezcladas escuadras ventaja ninguna no se conosciá, hasta tanto que otra segunda haz de paganos entró muy de rezio, tanto, que algún tanto hazían perder el campo a los cristianos. El emperador Carlos, que atentamente la batalla mirava y el retraer de los suyos vido, embioles luego esmerado socorro, que fue el marqués Oliveros, e al duque Naymo de Baviera, e al buen Danés y a un pariente del conde Galalón con copia de muy luzidos cavalleros. E fue tanto el daño que de su entrada hizieron en los paganos, que a mal de su grado los fazían retraer por el llano adelante. E luego embió por otra parte el Emperador a Otón, e a

⁶⁹⁷ las To ¹⁵²⁵.

Belenguerio y al buen arçobispo Turpín para que por el lado firiessen, donde fieramente destroçavan paganos sin cuento; e no cessando el emperador Carlos un punto, llamó a madama Brandamonte (por cierto especial e muy famosa donzella), e con una compañía luzida y bien armada de buenos cavalleros la faze apartar a un escondido lugar que cuasi a las espaldas de los paganos estava; e mándole que de allí no se partiese hasta ver su especial mandado, e que quando d'él avisada fuesse, hiriesse con grande esfuerço por las espaldas. E fecho esto, parose a mirar la áspera e cruel batalla, rogando muy de coraçón a Dios que favoreciesse su pueblo cristiano. ^{131r} En esto estando, baxó a lo llano una gran haz de cavalleros paganos, en la cual venía el rey Estordilano de Granada e sus preciados amigos con él, los cuales eran el fuerte Malgarino, e Baricón, e Maradaso, e Falcirón el Bravo y el gigante Grandonio. E dando un alarido que fundían la tierra, dan sobre los cristianos, donde viérades la batalla renovarse muy más cruda que fasta allí. El fiero pagano Grandonio encontró al rey Salomón con una gruessa lança, que dio con el cavallero en tierra. Assimismo el fuerte Serpentino derribó a Guy de Borgoña, dándole de través un rezió encuentro. El rey Balugante mató de otro encuentro a un paladín llamado Jaqueto, conde de Ribera; e quando el Buen Danés vido al buen mancebo paladín muerto por mano del pagano Balugante, arremete con un coraçón bravo e tal golpe de espada le dio sobre la cabeza, que, si a derecho golpe le acertara, fasta la boca le hendiera; pero por más que el golpe le mintió, no pudo escapar el pagano, que cortado el barvote e una quixada salió de sus manos huyendo quanto el cavallo le podía llevar.

¿Qué vos diremos del venturoso marqués Oliveros?, que tantas maravillas hazía, que espanto ponía en los enemigos, cuasi tinto en sangre de paganos, donde mató a Sinangón, un valentíssimo pagano; e traía a la muerte al fuerte Malgarino e aún se la diera, si le no fuyera delante. E dexando al que con temor le fuía, vido al fuerte Grandonio que hazía muy gran matança en los fieles; e tomando una gruessa lança, espoloneó su cavallo muy fuertemente e tal golpe le dio de través, que lo derribó del cavallo abaxo. Bramava como un león Grandonio de se ver derribado, e al fin, ayudado de los suyos, tornó a cavalgar, matando e firiendo a diestro e a siniestro a cuantos ante sí hallava por vengar su injuria. En esto estando, se levantó muy gran grita entre toda la gente y era que otra grande escuadra mayor que las otras calava del monte a lo llano; este era Falicondo, fijo bastardo del rey Marsilio, el cual era señor de Almería; traía consigo a Larbín de Portugal, un fiero e muy soberbio

mancebo. También venía el gigante Maricoldo, rey de Galicia, y el gran Argalifa, y el rey Morgante, y Anlardo, conde de Barcelona, y Dorifebo, rey de Valencia, e Marigano, conde de Girona y Calabrún, rey de Aragón. Tanta era la grita e alarido que traían, que el cielo fazían resonar. E cuando el emperador Carlos tan innumerable morisma vido venir sobre la cristiana gente, de muy gran coraçón pedía a Dios ayuda. E llamando ante sí a Renaldos de Montalván, que fasta entonces de la compañía del Emperador no se havía quitado él ni el conde don Roldán; e díxole:

—Fijo, mira qué gran tormenta de paganos viene sobre los cristianos. Oy es tu señalado día. Ve en el nombre de Jesucristo e haz lo que de ti se espera.

Luego a rienda suelta se fue el buen Renaldos para las mezcladas batallas; e de allí el buen Emperador hizo un mensagero a madama Brandamonte, mandándole que, en mezclándose aquella grande escuadra, en las batallas firiese en las espaldas a los enemigos. E de allí llamó al conde don Roldán; e con una llorosa e muy necesitada boz le dixo:

—¡O, mi buen fijo, cuánto es agora menester la vuestra buena ayuda a los cristianos! Idvos en nombre de Jesucristo e fazed de manera que⁶⁹⁸ la vuestra gran fama e nombradía oy se estienda por el mundo, que oy es el día señalado donde vós e vuestro primo don Renaldos de Montalván <do> seréis para siempre tenidos; porque yo no me determino hasta agora cuál de vosotros sea más señalado y nombrado cavallero, puesto que de mi mano rescebistes ^{131v} la orden de cavallería; mas a punto sois en que se puede discernir⁶⁹⁹ la mejoría e conoscer la ventaja.

Esto dezía el Emperador porque más pugnase el conde don Roldán de mostrar su valor. Salen, pues, como oís, los dos primos, flor de cavalleros, oyendo las palabras del Emperador, su señor; mas por mover don Renaldos primero que el buen conde, allegó a la gran escuadra de los enemigos. El rey Larbín de Portugal, que venir le vido, salió a él con una gruesa lança diziendo:

—¡O, triste cavallero, que con buen coraçón vienes a buscar la muerte, no podré menos fazer de te la dar! Pluguiesse a Mahoma que <fue> fuesses Roldán o don Renaldos, porque con más baxo cavallero que estos dos fuerças no se empleasen.

Estas soberviosas palabras salió diziendo el pagano portugués; e fuesse a encontrar con don Renaldos, que no deviera; e como juntos llegaron, la lança del

⁶⁹⁸ qne To¹⁵²⁵.

⁶⁹⁹ dicerner To¹⁵²⁵.

pagano fue en pieças; mas don Renaldos le dio tal golpe, que la media⁷⁰⁰ lança casi por las espaldas le salió. E fecho que hovo este mortal encuentro, pone mano a su espada Fisberta e tanta destrucción faze entre los paganos, que no ay lengua que dezirlo pueda.

¿Qué vos diremos del venturoso y esforçado conde don Roldán? Que luego que siente partido para la batalla a don Renaldos, espoloneó a Briador sin piedad alguna; e no faltó otro pagano que al encuentro le saliesse, el qual era Calabrún, que otros dos más sobervios moros en el canpo no se hallaron; e así como al encuentro salió al conde la lança baxa, fizola en el fino arnés menudos pedaços; mas el conde le pasó de parte a parte sin se detener punto en las armas; e de allí saca su afilada Durindana y éntrase por los moros, matando e derribando d'ellos tantos, que sus golpes e los de don Renaldos fazían en tal manera la gran escuadra atemorizar, sacándola de todo concierto antes que rompiesen con las gentes cristianas; assí, fazia la calle ancha, por donde ivan, como suelen fazer los caudales ríos que con furioso ímpetu entran en las saladas aguas del mar, hendiendo con su furiosa braveza las serenas e sosegadas aguas de los hondos piélagos marinos, assí, derribando e matando infelices sin cuento, passan de una parte a otra la gente; e como ellos solos dos fuessen, non pudieron empachar que la sarracina gente no entrasse en las mezcladas batallas. Rebuelven sobre los enemigos los dos valientes guerreros e tales golpes dan e tanto destrozo fazen, que los cristianos en breve espacio la nueva ayuda e desseado socorro sintieron con el desmayo temeroso de los contrarios. Topose el conde con el pagano gigante llamado Maricoldo e de un fiero golpe d'espada muerto lo echó por tierra. Assimismo topó con el rey Estordilano e dio de un solo golpe con él del cavallo abaxo; y endereçó para Maradaso, que era un señalado moro, el qual, como las crueldades del conde vido, no le osó esperar, antes a rienda suelta se va huyendo por el canpo. Tantos de los moros en pequeño espacio mató el conde don Roldán, que de la cabeça hasta los pies todo andava tinto en sangre.

No estava despacio el buen don Renaldos, el qual, discurriendo por la gente enemiga, derribando a diestro e a siniestro, pasaba; e toposse con el fuerte Marigano y tal golpe le dio con Fisberta, que fasta los ojos le partió la cabeça. De allí derribó al conde de Barcelona; después al rey de Valencia, llamado Derrifebo; derriba al gran

⁷⁰⁰ *madia To*¹⁵²⁵.

Argalifa y a Folicón, e al rey Morgante, a muerte ferido cual atordido, de arte que un grandíssimo fuego parecía que la delicada paja consume.

Estando en esto, pareció delante del rey Marsilio el rey Balugante muy malamente ferido, con la media cara cortada, dando dolorosas e muy crueles bozes, diziendo: ^{132r}

—¡O, rey Marsilio, ayuda a tus moros!, ca sepas que son todos asolados e destruidos de los cristianos.

El rey Marsilio, que a su gran amigo tal le vido e que tan dolorosas nuevas traía, faze el resto de su gente consigo juntar, en el cual tenía a Rodamonte, aquel fiero africano, e al fuerte Ferraguto, e a Mazariso, un fiero cavallero de Levante, e a Folvirante; e assí juntos, con gran número de paganos, empieçan a baxar a lo llano con tan gran alarido, que la tierra fundía, donde⁷⁰¹ ver los llantos que las reinas e las dueñas, que en el real estaban, quedavan faziendo movía a compasión, cada una d'ellas hablando con el cavallero que la amava; dezíanles:

—¡Ay, cavalleros de gran valor, mostrad agora vuestros coraçones, exercitad en tal tiempo vuestras fuerças para que saquéis a estas miserables mugeres de la presente cuita en que estamos! ¡Vuestras somos! ¡Como a vuestras nos remediad e favoreced, pues en vuestras manos están nuestras libertades! Y si fazéis lo que devéis, conquistaréis gran honra e nuestro deseado amor lealmente gozaréis.

Non hovo en el campo rey ni cavallero que a tales palabras no se moviesse, condoleciéndose de tan enamoradas razones; e sobre todos el fiero Rodamonte, que de amores de la linda Doralice preso estava, e cada momento que passava se le fazía un año. Pues el fuerte Ferraguto, como can ravisoso, apresurava la gente, que no veía la hora d'estar ya embuelto con los cristianos, de manera que en este furioso desseo ivan a más andar a se lançar en la furia de la batalla ellos e todos los restantes cavalleros, que uno no quedó. E puesto que toda la gente en su concierto a gran passo en socorro de los suyos se movía, estos dos fieros paganos venían gran pieça en la delantera alongados de los de su parte. De que ya el emperador Carlos las postrimeras gentes del rey Marsilio a la gran batalla venir vido, porque los cristianos con la nueva ayuda no desmayassen, junta todos los cavalleros que consigo tenía sin uno faltar e mueve contra los enemigos, llamando a Dios de todo coraçón e a su Bendita Madre. E como el conde Galalón, que con el Emperador venía, vido los dos

⁷⁰¹ dondo To¹⁵²⁵.

cavalleros moros adelantados de su haz, llamó consigo un cavallero úngaro, llamado Otaquero; e díxole:

—Salgamos adelante a ver a qué aquellos dos moros se adelantan.

E baxadas las lanças, se los salen a recibir; y el conde Galalón se encontró con Rodamonte el Africano, el cual le encontró tan fuertemente que, si Dios del cielo misteriosamente no le librara, allí fenecieran sus días junto con sus traiciones; mas para más mal e habilitada muerte se guardó, e muy ligeramente boló de la silla. Otaquero fue encontrado tan fuertemente del fuerte Ferraguto, que la lança se le pareció por las espaldas.

E dexados estos dos cavalleros derribados, passaron los dos crudelísimos moros adelante, desseando hazer en los cristianos mortal destrucción como en sus verdaderos enemigos.

Capítulo [lxxxii]. De lo que en las grandes batallas del emperador Carlos y el rey Marsilio d'España sucedió, e algunos de los señalados fechos que allí passaron. E cómo al buen cavallero don Renaldos de Montalván le avino caso en que pudiesse servir a su señor el Emperador, donde le vino grande esperança de cobrar a Angélica la Bella.

Muy más elocuente lengua que la mía, renovada con nuevas fuerças del Parnaso liquor hemanadas, eran menester para particularizar los fechos maravillosos y estremadas cavallerías que el conde don Roldán fizo en la sangrienta batalla que entre Carlos Magno de Francia y el rey Marsilio d'España passava.^{132v}

Entre los cuales no son de poner en olvido los fechos que aqueste día el buen Renaldos de Montalván fizo, todo esto al tiempo que con desplegadas vanderas el Emperador a favor de los cristianos contra la gran escuadra del rey Marsilio venía, en el movimiento de los cuales sonoros instrumentos sonavan e alaridos terribles. Se movían cada una parte por esforçar los de su partido. Rompe la haz de los cristianos con la haz del rey Marsilio, donde las batallas passadas en olvido se deven poner, comemorando esta presente. Rodamonte e Ferraguto tan gran estrago van faziendo entre la cristiandad, que dolor es de oír. Muchos nombrados cavalleros mataron d'esta entrada aquestos dos paganos, entre los cuales fueron muertos el Duque de Anversa y el Conde de Auberna, e Ugón y Ramondo, un buen cavallero de Colonia.

Ferraguto firió mortalmente a Reiner de Rana, padre del marqués Oliveros, y al conde Ansaldo; derribó también al duque de Clení y al duque de San Sueña, muertos de cada sendos golpes. ¿No había aquí un don Roldán, un don Renaldos de Montalván?, ca en las otras hazes ocupados tenían harto que fazer ni menos el Buen Danés ni Oliveros. El Emperador, que tal destrucción en los cristianos vido fazer a estos dos crueles moros, como esforçado cavallero que antes quería morir que ver delante de sí tan grande daño, tomó una gruessa lança en la mano e, llamando de todo corazón a Dios, poderosamente mueve contra el fuerte Ferraguto; e tan gran golpe le dio, que otro cavallero no pudiera tenerse que no cayera; mas tanta era la fuerça del pagano, que ni semejança de movimiento no hizo al recibir del poderoso golpe, antes, al pasar qu'el Emperador junto a él passó, tal golpe le dio del espada, que atordido e fuera de sentido del cavallo abaxo le derribó, de arte que los [que] le vieron caer bien pensaron que era muerto, e sobre todos el buen Valdoinos, que lo vido bien cierto, pensó ser muerto; e puesto que de la magancesa gente fuesse natural, no se pudo, de dolor de ver caer a su señor, sufrir que, muy amargamente llorando, no le fuese a buscar remedio. Los cristianos, desde caído vieron a su señor el Emperador, desmayados de todo en todo se retiran del canpo, la gente sarracina sobre ellos con alaridos que la tierra fundían. Valdoinos, que discurriendo de unas partes a otras, andando buscando a su señor remedio, topose con el conde don Roldán, que acabava de matar al fuerte moro Balguyano, al cual, como cubierto de sangre de paganos estuviesse, a penas le pudo conocer; mas desde lo conoció, con lastimeras razones le dixo:

—¡O, Roldán, flor de cavallería, socorred a Carlomagno, que es al punto de la muerte! E si quieres que no muera, seguidme.

El conde se alteró de las tales nuevas de oír e detúvose un poco más porque su tardança no acarrease al Emperador algún peligro; va siguiendo a Baldoinos, faziendo lugar por la gente para que entranbos passassen, matando e derribando a cuantos topava de los enemigos.

Pues las nuevas no dexaron de llegar a noticia de don Renaldos de Montalván que Ugerín de Ardeña, un especial cavallero, que al Emperador vido caer y en gran peligro, se fue para don Renaldos, al cual contó la desventura grande del Emperador. Don Renaldos que lo oyó, no fue perezoso en el socorro, antes se atribulava y congoxava diziendo:

—Si mi desdicha ha permitido por ventura que don Roldán llegue al socorro de Carlomagno primero que yo, por perdida doy a Angélica la Bella de mi parte porque, libertando de tan señalado peligro el conde al Emperador, ya la avrá merecido, aunque otra señalada obra no faga.

Estas e otras palabras de quexa dezía el buen Renaldos e, ^{133r} soltando la rienda al buen Bayardo, va por las batallas hendiendo para llegar donde el Emperador estava. En el camino se topó con el gran Marcolfo, un fiero pagano; e porque el passo le quería impedir, dióle a dos manos tal golpe con Fisberta, que la cabeça le fizo dos partes, que no le valió armadura ninguna. De allí se topó con Folvirante, rey de Navarra, y de tal fuerça le firió de una punta con la espada, que más de un palmo d'ella le metió por el cuerpo. Toposse assimismo con Baliborne, un africano moro que más de treinta varas de toca traía en la cabeça rebueltas, e tal golpe le dio, que fasta la boca se la hendió. Assí como oís, franqueando los passos que su acelerado correr le impedían, llegó a una gran muela de paganos que tenían en torno cercado al Emperador, el cual estava, la espada en la mano, maravillosamente amparando su persona por defender su vida. E cuando el buen Renaldos llegó, tal destrucción fizo en los primeros, que, a pesar de todos, se juntó con su señor, el cual, como tal ayuda vio ante sí, dixo a gran boz:

—¡Ayúdame, hijo, en este peligro, pues Dios te embió para mi amparo!

Don Renaldos, que vio que la ventura tan señalado fecho le avía endereçado, echa el escudo a las espaldas e toma a dos manos a su afilada Fisberta, y al primero que firió fue a un señalado moro cordovés que malparava con mucha gente al Emperador, e tan fortísimo golpe le dio, que la cabeça le hendió fasta la boca; e rebolviendo sobre los moros, tan gran destrucción en ellos fizo, que ya todos avían por bien de se arredrar de aquel lugar. Tan buen recaudo en aquel pequeño rato se dio el buen Renaldos de Montalván que, a pesar de los enemigos, hizo al buen Emperador, su señor, cavalgar a cavallo; y bien le fizo menester cavalgar presto porque, como en la llegada de don Renaldos la sarracina gente destrozada de aquella muela se partió, no tardó de venir a les ayudar el fuerte Ferraguto y el rey Marsilio, los cuales venían tales cosas faziendo, que la nuestra gente no les empachava el camino, antes, con temor de sus golpes, por doquier que ivan hallavan desembaraçado el passo. El emperador Carlos, que a su gente assí apartar vido, miró la causa de su pavor qué sería e vido a Marsilio e a Ferraguto cara sí venir; e

llamando a don Renaldos, que junto a él estaba, se va para los dos moros que destroçando gente para él se venían, de modo que el Emperador se afrontó con el rey Marsilio, y el buen Renaldos se afrontó con el fuerte Ferraguto. Allí viérades horrendos golpes, soberana batalla digna de ser mirada. E por contar lo que entre Ferraguto e don Renaldos passó, dexaremos un poco al Emperador e al rey Marsilio, de los cuales no curaré de fazer tanta minción como desotros dos tan señalados cavalleros en las armas, que tan crudelísimos golpes el uno al otro se davan, que, aunque las gritas de las batallas eran muy rezias, no dexavan de sonar como una gran ferería. Don Renaldos assentó un tan desmesurado golpe sobre el yelmo a Ferraguto que, si no fuera encantado y él también, aquel bastava para fenecer su quistión; e como la fina espada non pudo prender en el yelmo, baxó el escudo con tanta tempestad, que quanto d'él alcançó, que fue casi el medio de alto abaxo, lo derribó cortado por tierra. El fiero pagano no fue tardío en darle la respuesta, que otro semejante golpe sobr'el yelmo le dio, el cual, no pudiendo ser de espada cortado, baxó el fuerte golpe al escudo e quanto alcançó con gran furía derribó por tierra; e no se deteniendo en este solo golpe, el preciado moro diole otro de través al buen Renaldos por la visera del yelmo que bivo fuego le fizo salir d'él; e con tanta fuerça le dio, que fuera de acuerdo ^{133v} sacó al buen paladín, tanto, que su buen Bayardo le arredró del moro gran espacio; e tan fuera de sí iva, que todos los que lo miravan esperavan cuándo avía de caer en tierra; mas cuando en sí tornó, endereçose en la silla, e de gran enojo abrasado, sintiendo por afrenta e vergüença cómo de un solo golpe assí avía perdido la memoria, buelve sobre el fuerte Ferraguto bramando como un bravo león, e diziendo:

—¿Por solo un golpe he fecho tanto sentimiento? Yo te juro a Dios del cielo de te fazer de solo un golpe que tu alma vaya al infierno e tu cuerpo sea en la tierra manjar de perros.

E diziendo esto, con una furibunda ravia, se junta con Ferraguto e dale a dos manos tal golpe sobr'el encantado yelmo, que hasta el pescueço del cavallo le fizo baxar la cabeça fuera de todo sentido como un muerto; e tanta sangre le salía por las narizes e orejas, que, el yelmo estando lleno, por las juntas e visera d'él con gran abundancia corría. Pues no sintió poco tormento el cavallo que, atemorizado del pesado golpe, salió con su señor de la batalla como un ave a perderse de vista, por la cual causa no se feneció allí por entonces la batalla.

Pues no es de olvidar el conde don Roldán, de que por Valdoinos supo el peligro del Emperador, empeçó a seguir el camino que⁷⁰² mejor le pareció para llegar a le dar socorro, derribando a cuantos topava e matando gran número de los enemigos, fasta que llegó al lugar donde ya falló al emperador Carlos cavallero e combatiéndose con el rey Marsilio, al cual ya tenía ferido en tres partes. E vio assimismo lo que entre don Renaldos y el fuerte Ferraguto passava. No se os podrá dezir el gran dolor que en su ánimo el buen conde sintió de que vido su gran tardança; e dezía:

—¡Ay de mí, triste mezquino cavallero, tardío, sin ventura, que tal caso perdí donde alcançar pudiera la gracia del Emperador!, la cual alcançada no perdiera toda mi esperança de alcançar por mía a Angélica la Bella, mi señora. ¡Bien pareces, o Valdoinos, ser natural de la casa magancesa, que por ti no me podía bien ninguno venir! ¡Oy he perdido el mi amor! ¡Oy he salido del paraíso de mis deleites e soy metido en el infierno de mis cuidados! Bien juzgará Carlomagno por merecedor de Angélica la Bella a mi primo Renaldos, e avrá por bien de le dar tal joya, pues por él no perdió oy la vida; mas, pues mi mal no tiene remedio ni mi pena alguna buena esperança, esta perra gente, que causa de mi tan gran mal ha sido, me lo pagará, executando en ella mi vengança raviosa.

Y echando su escudo a las espaldas, tomó su buena espada a dos manos y éntrase por los enemigos haziendo muy gran estrago, do se topó con el conde de Medina, llamado Calabrún, e pártete por medio como si armas no truxera. De allí encontró con Alibante, rey de Toledo, e de otro golpe le derribó muerto en tierra. Falló a Barichio, tesorero mayor del rey Marsilio, [e] también le embió al infierno. E de allí se va a un maldito moro, que cruelmente los cristianos destroçaba, llamado Origante; e tan gran golpe le dio, que muerto le echó en tierra. De otro semejante golpe mató a Urgino de Algezira, un señalado cavallero pagano. E andando como un ardiente fuego de unas partes a otras, vido el gran daño que Rodamonte el Africano fazía, derramando sangre de los cristinaos en gran número; e vio también cómo acabava de derribar al rey Salomón, e fuesse para él con una gruesa lança en la mano. El moro, que venir le vido, no estimó de tomar otra, pensando que fuesse como los otros cavalleros que avía provado, y esperole con la su ancha espada. El conde le firió de tan poderoso encuentro, que, aunqu'el moro era acostumbrado de no

⁷⁰² qne To¹⁵²⁵.

fazer sentimiento de encuentro alguno, este bien le sintió, doblgando ^{134r} su crecido cuerpo fasta las ancas de su cavallo, que poco estuvo que no cayó en tierra; mas de que endereçado fue en la silla, apretó su cuchillo en la mano e vase para el buen conde y el conde para él, y dio al conde don Roldán tan gran golpe sobre el fino yelmo el fuerte pagano, que la cabeça le fizo baxar fasta casi el arzón delantero. El conde, que tanta pesadumbre sintió, movido a gran corage, le dio la respuesta sobre la cabeça, que bivo fuego fizo saltar en gran abundancia del encantado yelmo; e tanto se sintió Rodamonte d'este cruel golpe, que nunca en su vida sintió tanta pena de golpe que recibiese. Gran parte de la gente estava parada, dexando de pelear por ver una tan cruel y golpeada batalla, que cada golpe de los que se davan bastava para hender un mármol fortíssimo. Ya ardía la gran batalla del conde don Roldán y el fiero Rodamonte, de tal manera que el uno se espantava del otro, los cuales, si espacio alguno tuvieran de sola esta jornada, la fenecieran, donde el uno más no guerrearía privado de la vida; mas la preciosa donzella madama Brandamonte, que por mandado del Emperador ya de su escondido lugar era salida con gran ardid e luzida cavallería, con tanta braveza firió a los paganos, que fendiendo por medio d'ellos las travadas⁷⁰³ batallas, que ya un cuerpo se avían fecho, fendió e pasó por ellas, faziendo cruel mortandad en los moros. Y esto fue causa que estos estimados cavalleros no diesen fin a su comenzada batalla.

Donde dexaremos de contar más lo que entr'ellos e la batalla canpal avino, por contaros del buen Brandimarte, del cual ha mucho que no hablamos.

Capítulo [lxxxii]. De la áspera aventura que al buen Brandimarte avino en la Casa del Sepulcro; e cómo la venció e sacó a la señora de la casa que en el sepulcro encantada estava por maravillosa manera.

Contado vos avemos arriba cómo el buen Brandimarte, armado de las ricas e fuertes armas del emperador Agricán, que a la fuente del Pavoroso Valle estava muerto, con la su buena espada mató al cossario ladrón de aquellas montañas, llamado Taridón el Orgulloso, el cual, aunque tan mal oficio traía, era assaz buen cavallero. E cómo el buen Brandimarte cavalgó en el su gran cavallo de Taridón, llamado Baroldo, e Flordelisa en su palafrén. Sabed que ambos a dos, muy alegres de

⁷⁰³ tranadas To¹⁵²⁵.

la su buena ventura que sucedido les avía, empearon a caminar derechamente por el camino que avían antes venido fuyendo. Ya que passaron la eminente e alta roca donde la cruel e fuerte Marfisa avía subido para echar a Flordelisa de allí abaxo, como arriba os contamos, atravesando aquella selva, entraron en unos canpos assaz frescos e muy alegres; e la Ventura que lo ordenó, endereçaron su camino cara unos fuertes e ricos palacios; e como junto a ellos llegaron, vieron una gentil dama que desde una ventana los llamó. Brandimarte, que aquel buen aposento vido, fue allá, no pensando en él fallar nuevo afán, antes cuidando que podría, refescando del trabajo passado, reposar. E como a la puerta del gran palacio llegó, miró e vido dentro gran anchura e muy clara; e apeándose de Baroldo, dio las riendas a Flordelisa, diziendo:

—Señora, tened, assí veré primero si esta morada es segura.

Y entró dentro en el gran palacio e vido a una parte d'él una tumba de piedra a manera de sepultura, escritas letras encima; e junto al sepulcro un desarmado gigante, el cual era de la más espantable e infernal catadura del mundo, el cual tenía asido con las dos manos un dragón assaz largo ^{134v} e muy grueso, todo cubierto de unas conchas de diversas colores. E quando el gigante vido entrar a Brandimarte, empearose a menear, apretando con las manos muy fuertemente al dragón, el cual, como apretar se sentía, movido de dolor, bolvió la su gran cabeça por poder hazer mal al gigante; mas el gigante se guardava andando muy ligeramente en derredor. Brandimarte se llegó al sepulcro por leer las letras que en él estaban pintadas; mas el gigante, con gran ruido, le dio con el dragón tan gran golpe a dos manos, que ahinojar le fizo en tierra. Entonces sacó el cavallero su espada muy esmerada, que del emperador Agricán de Tartaria avía sido, llamada Tranquera, y, cubierto de su escudo, se va para él; e antes que a él llegasse, le dio el cruel gigante otro mayor golpe que el primero, del cual, si Brandimarte mañosamente no se apartara, fuera derribado en tierra; mas juntose presto con el gigante e tan gran golpe le dio con la cortadora espada en el su desarmado cuerpo, que fasta las entrañas le cortó e ferido de muerte cayó en tierra. Apenas ovo caído quando, poco a poco, la serpiente se tornó en modo e figura de gigante, y el muerto gigante en forma de serpiente; e assí como fueron tornados, tomó el gigante como antes por la cola a la serpiente y empieça, con más ímpetu que el primero, a se rebolver en torno, como quien se guarda que la serpiente bolviendo la su cabeça no le muerda. E d'este modo, cara el buen Brandimarte se torna a venir, y con la serpiente le dio tal golpe, que las dos

rodillas le fizo fincar en tierra; mas Brandimarte se va a él a lo ferir con gran aviso de no rescebir otro semejante golpe que el passado; e tal golpe sobre las dos manos le dio, que se las cortó cercén. No se las ovo cortado cuando, súpitamente, como de primero, se tornó el gigante dragón y el dragón se volvió en gigante, tornando⁷⁰⁴ al primer juego. Aquí en esta tercera vez conoció el buen Brandimarte que era esto diabólico encantamento e que, si Dios no le dava ayuda, que allí moriría, porque tanto tormento rescebía de cada golpe que el gigante le dava con el dragón, que parecía molerle los huessos dentro en las armas. E después d'esto, vido que las puertas del palacio se le avían desaparecido, como si señal de entrada en él no oviera, y, encomendándose a Dios de todo corazón, le pedía muy humilmente ayuda. Estando en esto, a una de las altas e grandes ventanas que en el palacio estaban, vido parar a la hermosa dueña que allí le avía llamado, e a su querida Flordelisa; e como vido que su amada amiga le mirava, dixo:

—¿Cómo una encantada fantasma me ha de poner a mí en pavor de muerte? ¿Qué dirán de mí las que me miran sino que mis pocas fuerças no bastan a resistir un cavallero armado, pues un desarmado gigante en tal estrecho me pone?

E diziendo esto, sin se más detener, con determinada furia se fue contra el desemejado gigante y el gigante se viene para él; e ambos a un tiempo se fieren con gran tempestad. Brandimarte le fiere de una punta d'espada, que todo el cuerpo de parte a parte le passó; el gigante le dio tan crudo golpe con el dragón, que dio con él de manos en tierra. E como el corazón del buen Brandimarte era estremado de bueno, ligeramente se levantó, aunque harto atormentado; e poco espacio pasó que como antes el gigante muerto no se tornasse dragón y el dragón gigante. Ya que el buen Brandimarte vido que el encantamento perseverava e más e más se doblavan las fuerças al trasmutado gigante, e cuanto más durava más fiero parecía el gigante, bien cuidó desfallecer en esta aventura, si socorro maravilloso no le venía; y encomendándose a Dios de todo corazón e llamando con devoto ánimo a su Bendita Madre, pensó ^{135r} en sí una nueva cosa, diziendo:

—Yo siempre he pugnado de ferir al gigante e mi trabajo veo que ha salido en vano, no sin mucho afán de mi persona. Agora quiero ferir al dragón. Veamos qué fin sucederá d'este nuevo principio.

⁷⁰⁴ tornan To ¹⁵²⁵.

En esto, ya el nuevo gigante con gran boz, apretando con sus grandes e vellosas manos el dragón, se venía al buen Brandimarte, el cual, cubierto de su escudo, le salió a rescebir; y el cruel gigante le dio tan gran golpe, que mayor no le avía el cavallero en esta batalla recebido; e fue tal, que las dos rodillas le fizo fincar en tierra cuasi de todo su acuerdo sacado. Y plugo a Dios de remediar a su nuevo convertido cavallero, el cual alçó el espada prestamente e dio tal golpe al dragón en la cabeça, que la media con el un ojo le derribó. El gigante, que muerto sintió su dragón, lo soltó de las manos, como aquel que más defensa no sentía; e fuesse a gran passo cara el sepulcro que dentro de aquella gran sala estava; y siguiéndole el buen Brandimarte, le dio tal golpe sobre la cabeça, que descubierta tenía, que muerto lo tendió en el suelo. Apenas hovo el gigante caído cuando con gran ruido pareció salir de un canto de la sala un gran cavallero armado e muy ricas armas, la espada en la mano e un azerado escudo delante sí; e sin palabra fablar, se viene para Brandimarte e Brandimarte se fue para él; e començaron la más reñida e golpeada batalla del mundo, tal que entre dos cavalleros solos mayor no podía ser; mas el ardimiento e corazón del⁷⁰⁵ buen Brandimarte, que en pocos cavalleros se fallava, en tal punto tan grande se mostró, que la su buena espada Tranquera dio en breve espacio la muerte al cavallero, el cual no era encantado sino residente en aquella fermosa casa como alcaide. Viéndose Brandimarte libre de las dos peligrosas batallas, arrimose a una de las paredes de la sala, como aquel que muy cansado se sentía; y la visera alçada por cobrar algo de aire, començó de mirar las ricas labores de la gran sala e la imagenería de que estava labrada⁷⁰⁶ de lo cual se maravillava mucho, que no parecía sino una cosa celestial. Assí mismo, pensando de qué modo saldría de allí, que puesto que aquel lugar fuesse el más fermoso del mundo, diera por mejor guiado estar en medio del resestero del sol, libremente caminando estar, que no en un deleitoso lugar ser en son de preso detenido. Pero consolávale una cosa: que aquella fermosa dueña que allí le fizo venir, llamándole, le sacaría de aquel lugar con seguridad. E por más se certificar de su pensamiento, se llegó a la ventana donde le fermosa dama e la linda Flordelisa estavan paradas; e díxole:

—Fermosa señora, pues por vuestro mandado fui aquí venido, sea yo por vuestro remedio libre.

⁷⁰⁵ el To ¹⁵²⁵.

⁷⁰⁶ labrado To ¹⁵²⁵.

—Señor cavallero —dixo la dueña—, pues avéis salido vencedor d'estas dos señaladas aventuras, suplicovos no dexéis de acabar las que restan, pues Fortuna con vós tan favorable se ha mostrado; e si lo acabáis, sacaréis de prisión a vós e a nós; e si punto faltáis de lo que yo os enseñaré, todos como aquí estamos pereceremos.

El buen Brandimarte que tal oyó, bien cuidó que le quedava de acabar alguna cosa de más espanto que lo passado; e como vio que el amenaza de la hermosa dueña era en alguna manera cierta, porque viendo que entrando en la sala se le avía la puerta desaparecido [e] después d'esto la transfigurança del fiero gigante e del duro dragón, temiose de no peligrar junto con su muy querida Flordelisa, la cosa del mundo que él más amava; y con este recelo determinó de acabar lo que restava o morir; e dixo assí a la dueña que le avía fablado:

—Señora, pues ál no se puede fazer de acabar lo començado, dezidme lo que faré en este lugar.

—Señor cavallero —dixo la dueña—, con varonil ^{135v} esfuerço de cavallero avéis de llegar a aquella cobertura que el sepulcro que veis cubre e alçarla, e veréis dentro salir un suzio e muy hidiondo animal, el más horrible e fiero que pensar se puede, con el cual no havéis de lidiar; ca, si por mal andança nuestra, le firiésedes, todos seríamos de cruel e muy arrebatada muerte consumidos; salvo como le veáis salir, avéis de alçar la visera del vuestro yelmo e, inclinando la cabeça, darle paz con vuestra misma boca en la suya.

—Por cierto —dixo Brandimarte—, rahez cosa es de acabar essa tal aventura, que, aunque no fuesse si no por salir de aqueste lugar, lo devría hombre de fazer, quanto más que yo creo que alguna otra gran cosa deviera de seguirse.

—Ya vos diré qué tanto —dixo la dama hermosa—, que de un tan suzio animal como él es veréis salir una tan hermosa donzella, que más hermosa no la avéis visto en vuestra vida.

—Pues que assí es —dixo Branimarte—, ¡sus, en el nombre de Dios!, demos fin a este fecho.

E fuesse a la cobertura del sepulcro e, asiendo de dos aldavas de oro que en ella clavadas estaban, la levantó; e apenas la ovo alçado cuando pareció de medio cuerpo arriba un animal, el más suzio e hidiondo del mundo y el más espantable que jamás se vido, tal que, cuando el buen Brandimarte le vio, se retiró afuera, diziendo que antes moriría que tan fea e suzia cosa besar; e poniendo mano a su buena espada,

deliberó de le dar la muerte. La fermosa dueña, que le vido la espada alta, a grandes bozes llamándole le dixo:

—¡Tate, tate, maldito hombre, non fagas mal al animal! Cata que moriremos todos mala muerte.

Cuando tan grandes bozes e temerosas Brandimarte oyó, apartose afuera, no sabiendo qué se fazer; e quanto más al horrible animal mirava más peor le parecía. La fermosa dueña e su querida Flordelisa no cesavan de le rogar con gran instancia hiziese lo que avía de fazer sin más dilación, pues era para se librar a él e a ellas de tanto peligro. Tanto fue rogado, que de piedad d'ellas, más que de temor e de su mismo peligro, fue vencido; e alçando bien la visera de su yelmo, se fue al sepulcro, e baxó la cabeça e dio al animal horrible paz en la boca, e fue en pequeño espacio buelto en figura de las más fermosa dama del mundo. E luego, con gran estruendo, se desapareció el sepulcro y las puertas del gran palacio fueron abiertas. Brandimarte se quedó espantado e más de ver salir⁷⁰⁷ de un fediondo animal una tan fermosa donzella; e preguntó a la que allí le avía fecho venir la causa de tanta maravilla, de la cual le fue contado cómo un gran encantador avía por allí passado e avía visto aquella dama fermosa, cuya era la linda morada donde estava, e cómo le pidió su amor, pues ambos eran maestros de un arte, y ella no quiso conceder en su demanda; por lo cual avino que, como aquel encantador alcançase más del arte que no ella, por le dar pena en pago de la pena que por la fermosura d'ella él padecía, fizo aquel sepulcro donde la puso en tan fea e suzia figura como vistes, en guarda del cual dexó aquel gran gigante fecho por el arte que arriba os contamos; e de allí visto aquello, los familiares d'esta donzella, que con ella estavam, se avían ido a buscar remedio para librar a su señora si pudiesen; e quedó solo aquel cavallero que mató el buen Brandimarte, el cual estava en aquella morada esperando el remedio que trairían los que avían ido a buscar; e como vio que Brandimarte mató el gigante e se iva a la sepultura, quísole vedar el passo porque no furiesse al animal, el cual, después de alçada la tumba, de necessidad avía de salir⁷⁰⁸; y con el ímpetu que el buen Brandimarte llevaba, no se pudo detener que le no hiriesse, de arte que en muy breve espacio, como havéis oído, le mató. ^{136r}

⁷⁰⁷ lalir To¹⁵²⁵.

⁷⁰⁸ sallir To¹⁵²⁵.

Capítulo [lxxxiii]. Cómo el buen Brandimarte se partió de la casa de la fada llamada Policia; e cómo entró por tierra del rey Dolistón, padre de su amiga Flordelisa, e lo que allí le aconteció.

Cuando la bella Policia, que assí avía nombre la señora de aquella morada, fue tornada en su propia figura, no se puede⁷⁰⁹ dezir el gran plazer e la sobrada alegría que mostrava, no se fartando de dar infinitas gracias al buen Brandimarte por el bien inestimable que le avía fecho; e faziéndole desarmar, le hizo en unos viciosos aposentos descansar cuasi dos días, donde fue él e su querida Flordelisa servido como en el mejor lugar de todo el mundo, en cabo de los cuales se quiso el buen Brandimarte partir con desseo de se ver con su íntimo amigo el conde don Roldán. Cuando su deliberada voluntad vido Policia, díxole assí:

—Señor cavallero, no sé con qué os pagar el gran bien que me avéis fecho; aunque yo vos sirviessse toda mi vida, sé que no vos satisfaría lo mucho que os devo; pero quiérovos fazer un servicio que vos será mucho menester y es que vos quiero encantar vuestras armas e vuestropreciado cavallo, porque en batalla cualquiera que entrades seáis seguro que vos no falten.

En mucho lo tuvo el buen Brandimarte, e más cuando por esperiencia lo ovo provado. E assí fecho esto, se parten muy contentos de aquella rica morada e de la señora d'ella él y su Flordelisa. E andando por sus jornadas, fablando en lo que más a sus enamorados coraçones agradava, llegaron a tierra del rey Dolistón, padre de su querida Flordelisa. E puesto que en ella entrasen, el buen Brandimarte ni Flordelisa no conocieron la tierra, porqu'el buen Brandimarte en su vida avía en ella entrado ni a la linda Flordelisa d'ella se le acordava, porque cuando pequeña ella e una hermana suya fueron furtadas, y ella fue llevada al castillo de Rocasilvana, donde el buen Brandimarte era señor, aunque por amores d'ella e por la amistad extrema del conde don Roldán avía cuasi el señorío perdido, como arriba os contamos, e la otra fue llevada al señorío del rey Teodoro. Pues andando por el camino de la tierra del rey Dolistón, vino a ser caso que ovieron de atravesar una espessa floresta, el camino de la cual una angosta senda le mostrava. E a cabo de una pieça que por la senda caminaron, oyó Brandimarte dolorosos gritos, los cuales parecían de muy cuitada e aflegida muger; eran tales, que bien mostravan ser de acuitada hembra, con los cuales

⁷⁰⁹ pñede To¹⁵²⁵.

demandava socorro al que los oyese. El buen Brandimarte, que assí los oyó, teniendo que no era de buen cavallero dexar de saber qué cosa fuesse, luego bolvió a Baroldo, su buen cavallo, fazia donde las bozes sonavan, esto no con poco temor de Flordelisa. E passado que hovo la espessura donde algún tanto de tierra desierta de árboles se mostrava, vido seis hombres a pie con lanças en las manos e algo armadas sus personas; e llevavan una donzella entr'ellos, la cual iba cavallera en un bien guarnecido palafrén; e porque muy agramente se quexava, ayudándose de las feminiles armas de las delicadas doncellas, las cuales son apressurados gritos, con los cuales sus apassionadas necessidades notifican, feríanla con las astas de las lanças en la cabeça. El buen Brandimarte, que tal agravio vido fazer a la donzella, fiere las piernas a su buen cavallo e vase para ellos, diziendo:

—¡Dexad, villanos, la donzella, si no todos seréis muertos de mala muerte!

Los seis salteadores, que assí de un solo cavallero amenazar se vieron, viénense para él ^{136v} y empiécanle de ferir muy apressuradamente de todas partes; mas poca pro les truxo su apesuramiento, que luego el cavallero echó mano a su buena espada y en poco espacio los trató de tal manera que los cuatro d'ellos quedaron muertos en el canpo, e los dos se metieron por lo espesso de la montaña e mal feridos se fueron a su capitán, que allí en aquella selva en una roca fazía su morada. La fermosa donzella, que Doristella se llamava, las manos puestas, empeçó a regraciar el gran bien que de mano de Brandimarte avía recebido, suplicándole la quisiesse llevar a la casa del rey Dolistón, su padre. Mucho le plugo al buen cavallero de le complazer en lo que le rogava. E de aí empeçaron su camino, en el cual Doristella, preguntada por Flordelisa la causa de su solitario caminar, le dio de toda su vida muy entera cuenta, mediante la cual se conocieron por verdaderas hermanas, donde el fraternal amor, con actos exteriores mostrando, no cessavan de se abraçar e besar, trayendo a sus memorias los passados tienpos de su pueriles años. No menos estava gozoso el buen Brandimarte de aver fecho tal jornada e dar libertad a Doristella, antes se hallava muy ledo porque sabía que en semejantes servicios más se arraigava el amor de su amiga.

Ya que el buen cavallero Brandimarte e sus dos donzellas pensavan ir seguros, oyéronse a las espaldas llamar de tres cavalleros e diez peones que a más andar en su alcance venían; e dezíanle:

—¡Espera, espera, traidor malvado, que en mal punto quitaste la mala donzella a los que la llevaban!

Brandimarte, que tan inominioso nonbre se vio llamar, bolvió a ellos diziendo:

—Por cierto no soy traidor, antes soy verdugo de los tales.

E diziendo esto, se viene para ellos y ellos, sin guardar la devida cortesía de cavalleros, se vienen juntos para él, y los dos quebraron en él sus lanças y el otro herró el encuentro, de arte que pasó por él sin le fazer daño; mas el buen cavallero, que de tales peligros no se espantava, dio a uno de los que le avían encontrado tal golpe al passar con su cortadora espada, que armadura ninguna no le prestó que le no firiese en la espalda de muerte, de tal manera que cayó del cavallo sin se poder sostener seguir. Luego al segundo, que muy ricas armas e un fermoso cavallo traía, e puesto que fuese rezio cavallero, que bien se defendía, no se le escapara; en breve espacio de muerte salvó, que el cavallero que en el encuentro avía faltado, rebolvió sobre él la lança sobre mano, e tal golpe le dio, que, si las armas encantadas, como vos hemos dicho, no fueran, le firiera malamente; mas no se fue alabando d'este camino, que Brandimarte le dio tan gran golpe sobre la cabeza, que se la hendió con su buena espada. Allí los diez peones le empeçaron con gran grita acertar, firiéndole de una parte e de otra, donde al buen Baroldo viérades hazer maravillas, que no era menester sino descuidadamente soltalle la rienda, que con los pies e con los pechos tanto estrago fazía en los enemigos como su amo. De forma que en breve espacio fueron muertos e mal feridos, quedando solo en el canpo su capitán, llamado Girifonte, el cual, como solo se vido, quiso fuir, pensando remediar con la fuida la pérdida de su cometimiento; mas no le aprovechó, ca Brandimarte le dio tal golpe yendo en su alcance, que desacordado de su memoria le derribó por tierra, e si la espada, con el apressuramiento del correr, no se bolviera de llano, no oviera menester maestro que lo curara. E luego que le ovo del cavallo derribado, se apeó e fue sobre él, e le quitó el yelmo de la cabeça; e assí como el aire le dio, tornó en sí, demandando merced de la vida, la cual no permitió Nuestro Señor que se le diese, porque más males de los ^{<139r>} [137r] fechos de allí adelante no executase, antes, como las dos fermosas hermanas llegaron al lugar donde estava tendido al más andar de sus palafrenes, Doristela, que vido al cossario ladrón el rostro, dixo:

—¡O, mi señor Brandimarte, no le mates!, ca sabed que mayor bien ni plazer no podréis fazer a mi padre, el rey Dolistón, que es darle bivo a esse malvado cavallero, ca este es el que nos furtó a mí e a mi hermana siendo pequeñas, e nos vendió por el precio que quiso como a esclavas; e ha fecho a mi padre tantos daños e quemas y destrucciones de tierras, que os espantaréis de que lo sepáis.

Cuando el cossario ladrón alçó los ojos e vido a la dama que sus maldades verdaderamente por él cometidas assí contava, luego la conoció; e dixo:

—¡O, cavallero victorioso! Pídote que me mates con las manos que a mí e a los míos diste muerte antes que a la presencia del rey Dolistón yo sea llevado.

El buen Brandimarte, que otra cosa más de lo que su Flordelisa e Doristela, su hermana, le rogavan no pudo fazer, no curó de lo que el ladrón le pedía por merced sino que, sin más le escuchar, le ató las manos atrás e sin yelmo e sin espada le puso sobre su cavallo; e assí le llevaron delante d'ellos por el camino que a la ciudad, donde el rey estava, guiava; iva haziendo el mayor sentimiento del mundo, que dolor era de lo oír; mas como en las hembras ninguna piedad mora cuando una vez que sus cerrados coraçones ira e rencor se aposenta, como aquellas que tercera cosa no miran, antes o aman o aborrecen, no consintieron que fuesse suelto, aunque el buen Brandimarte por muchas vezes se lo rogasse diziendo:

—Señora Doristela, dexemos aqueste cuitado cavallero ir a la su buena ventura. ¿Qué bien os viene de su muerte?

—¿Qué, señor? —dixo ella—. Harto bien es quitar del mundo a hombre que jamás se precia sino de fazer males e daños. E de tanto vos digo que, si le dexásemos, nosotros éramos tan malos como él, pues dávamos causa a los males que podría por ende aquí adelante fazer.

Estas e otras muchas cosas hablando, llegaron a la fermosa ciudad donde estava el rey Dolistón; e assí cavalgando como ivan, se fueron derechamente al palacio real; e como por las calles passavan con el preso que tanto mal en aquella tierra avía fecho, era tanta la grita y el rumor de la gente, que espanto era [de lo oír], bendiziendo todos a Brandimarte que tanto bien havía fecho. Pues de que el rey supo cómo assí venían sus perdidas fijas, no se os podría contar el alegría que ovo, donde fueron fechas tantas fiestas, que por prolixidad se os dexan de dezir. Finalmente, sabed que allí estuvo Brandimarte con el rey Dolistón en el mayor plazer del mundo en espacio de ocho días, en los cuales nunca él ni su querida Flordelisa se

comunicaron ni su antigua amistad dieron a entender, lo cual no sentían ambos por poca pena, hasta tanto que, puestos un día ante el rey Dolistón, su hija Flordelisa, besándole las manos, le dixo todo el entrañable amor que con el buen cavallero Brandimarte tenía y que le pluguiese de lo haver por bien. Pues cualquiera amor de donzella, por alta de linaje que fuese, era muy bien empleado en tal cavallero como era Brandimarte, cuánto más que era hijo del rey Manodante. Muy gran plazer hovo el rey Dolistón de oír a su fija Flordelisa aquellas palabras, principalmente desque supo que era fijo de rey. E de allí adelante mostrava muy verdadero amor a Brandimarte, de arte que todo el tiempo que allí estuvo el buen Brandimarte no le ocuparon sino en cosas de mucho plazer y en grandes fiestas, hasta tanto que determinó de demandar licencia al rey para se passar a Francia. <139v> [137v]

Capítulo [lxxxiii]. De cómo el buen Brandimarte aportó a la gran ciudad de Biserta, donde el rey Agramante con su gran corte estava; e de las hermosas justas que con los cavalleros de la ciudad fizo, e la mucha honra que allí con su gran esfuerço ganó.

Después de passados algunos días que el buen Brandimarte estuvo en casa del rey Dolistón, padre de su querida Flordelisa, hizo saber al rey cómo su voluntad era de passar en Francia e verse con el conde don Roldán, que le pedía por merced le quissiese dar licencia porque le convenía mucho. El rey Dolistón, puesto que mucho sintió la partida por la ausencia de su fija Flordelisa, de la cual creía que nunca el buen Brandimarte se apartaría, fizo adereçar una rica nave, e muy bien bastecida de todo lo necessario para el buen Brandimarte e para su fija; e dioles muchas e muy estimadas joyas, entre las cuales les dio una tienda de campo, la más rica que jamás se vido ni de más estima. E quando el patrón de la nave vido el tiempo oportuno, fizoselo saber y, entrados dentro el buen Brandimarte e la linda Flordelisa, dieron las velas al viento. E assí con buen viento caminando por la anchura del salado mar, quando con más próspero viento la nave corría, rebolviosse el tiempo con muy gran viento contrario, tal que pensaron sin alguna dubda ser anegados; mas como la gran tormenta acelerada duró poco, no le hizo otro daño salvo que, desviándolos de su comenzado camino, dio con ellos en el ancho puerto de la muy grand ciudad de Biserta, a donde el rey Agramante con muy grandíssima armada e con muy grande

ayuntamiento de gentes estava para passar en el reino de Francia, como arriba vos contamos. Los marineros de que la tierra hovieron conocido, dixeron al buen cavallero Brandimarte:

—Señor, pues que salido havemos de una gran tormenta, agora me parece que somos entrados en otro mayor peligro, ca sabed, señor, que somos arribados al puerto de la gran ciudad de Biserta, donde tan grandíssimo número de naves el rey Agramante tiene ayuntadas con muy grande infinidad de gentes para se passar en Francia. Por ende, señor, tomad el consejo que mejor vos parecerá.

Respondió el buen cavallero Brandimarte:

—Para aquesto yo vos daré muy buen consejo: allegad la nave al puerto, que yo quiero saltar en tierra.

Luego en esse punto fue fecho lo que el buen cavallero Brandimarte mandó. E llegados que fueron en tierra, de muy grand número de gentes fueron cercados, en especial de un valentíssimo pagano, que era el almirante de aquella grande armada, el cual fue a preguntar al buen Brandimarte que quién era e de qué tierra. Entonces dixo el buen Brandimarte:

—Señor, yo soy natural del reino de las Ínsolas Lotanas e soy fijo del rey Manodante, e tengo en voluntad de passar en el reino de Francia por acabar cierto riepto que voy a fazer por aquesta buena donzella que conmigo traigo. E porque supe el gran número de gente que el rey Agramante tiene ayuntado para passar en Francia, quísele ver e assimesmo hazer saber de mi viaje⁷¹⁰ al rey Agramante para que de mi persona se sirva, si por bien lo tuviere.

Cuando el almirante oyó estas palabras, túvoselas en mucho, viéndole tan dispuesto cavallero e tan bien hablado, e más dando crédito a sus razones cuando de cierto supo que venían él e su querida Flordelisa solos. E assimismo tuvo que era muy gran atrevimiento sobre riepto ^{<140r>} ^[138r] passar en tierras tan estrañas; e faziéndole honrar mucho, se fueron con él e con Flordelisa al palacio del rey Agramante e contole el caso que de aquel cavallero sabía; e así el rey como todos los que con él estavan se lo tuvieron a mucho e creyeron que era muy gran guisa el que tal empresa tomava; e honráronlo mucho, porque pensavan que era de su ley. E así estuvo en la corte del rey Agramante tres días, en cabo de los cuales dixo a Flordelisa:

⁷¹⁰ vieje To¹⁵²⁵.

—Señora, yo quiero hazer por amor vuestro en aquesta tierra unas justas. Por ende, cumple que embiéis a la nave a que traigan la fermosa tienda que vuestro padre me dio e lo que más fuere menester.

Luego embiaron por ella. E fuesse Brandimarte al rey Agramante, que solazándose estava con los grandes señores de su corte en el gran palacio, e dixo:

—Señor, pues las fiestas que en vuestro palacio se hazen son de gran solaz, razón es que los cavalleros con sus personas en cavallerosos actos las exerciten. Por ende, señor, si por bien lo tuvierdes, yo armaré una muy rica tienda delante de vuestro palacio en la gran plaça, y estaré un día entero, dende que salga el sol hasta que se ponga, armado e justaré con todos los que conmigo quisieren justar, con tal condición que, si alguno d'ellos me derribare, aya por suya aquella rica tienda, la cual es de muy grandíssimo precio; e cada cual holgará de la ganar para se aposentar en ella en este camino. E si yo derribare al que conmigo justare, que no gane sino el yelmo para aquesta señora donzella que conmigo traigo.

Muy grande plazer hovo el rey Agramante e todos los que con él estavan de oír al cavallero estrangero lo que quería hazer para alegrar más sus fiestas. E todos los que estavan en el gran palacio miravan al buen Brandimarte en ojos de muy esforçado cavallero. E luego el rey Agramante mandó que se adereçasse la gran plaça como para tal caso convenía. Y fue armada la rica tienda de Brandimarte, en que todos cuantos allí estavan dezían que en toda su vida nunca otra havían visto. E como todo fue aparejado, salió otro día el buen cavallero Brandimarte armado de todas sus armas, llevando consigo a la linda dama Flordelisa, que iva tal e tan bien guarnida, que todos los que la miravan la tenían por la más fermosa donzella de todo el universo. E assí como oís, passó el buen cavallero Brandimarte ante los palacios del rey Agramante, donde muchos cavalleros, dueñas e donzellas estavan a lo mirar, bendiziendo tan linda e fermosa dama como era Flordelisa. E assí como el buen Brandimarte hovo passado, fuesse para su rica tienda, donde fue recebido de muchos menestres, que assí estava mandado; luego la gran plaça se hinchió de gentes para mirar las justas. El rey Agramante e muchos grandes señores esperavan allí por ver quién sería el primero competidor que contra Brandimarte vernía. No tardó mucho, que el Rey de Garbo, armado muy riquísimamente, vino a la plaça. E como a ella allegó, todos los instrumentos sonaron con muy gran estruendo, al sonido de los cuales el muy esforçado cavallero Brandimarte salió de la su rica tienda, e cavalgó en

su gran cavallo e púsose al un cabo de la plaça. E ya que adereçados estuvieron, sonaron las trompetas; luego con gran furia salen los dos cavalleros, que parecían dos muy grandes truenos, las lanças baxas, y en el medio del camino tales dos encuentros se dieron, que las gruessas lanças hizieron muy pequeños pedaços; mas no quedó en esto, que el Rey de Garbo y su cavallo, ambos a dos, dieron en tierra muy grandíssima caída, y el muy esforçado ^[138v] e valiente cavallero Brandimarte passó por él con muy gentil continente. No descansó mucho tiempo Brandimarte, que luego entró en la plaça Argesto de Marmonda, un esforçado pagano, e así como el primero fue derribado. Asimismo entró en la justa el rey Grifaldo e también tuvo compañía a los otros. Finalmente que tanto fizo aquel día el buen Brandimarte, que no ovo cavallero en la corte del rey Agramante que justasse con él que no derribasse a la primera o segunda carrera. Grande plazer hovo el rey y el paladín Rugiero de ver la fermosura de Brandimarte e su gentil continente, e cómo tan valentísimamente se avía con los cavalleros que con él avían aquel día justado; e como vieron que tan buen cavallero era, no consintió el rey que justasse más, porque no era lícito que los folgados cavalleros más justassen con quien cansado de todo el día estava. E saliendo el rey de su gran palacio y el buen Rugiero con él, cavalgando se fueron a la rica tienda del buen Brandiamrte, al cual, fablando muy cortésmente, como a quien merecía cualquier honra que le fuesse fecha, se pararon a mirar las riquezas de la gran tienda e sus esmeradas lavores, tales que jamás otras tales en su vida havían visto. Luego el muy esforçado cavallero Brandimarte fizo sacar las pieças de los cavalleros que havía derribado, e con muy gentil e apuesta crianza, dixo al rey Agramante:

—Señor, pídivos de merced que vos sirváis de las pieças que a tan buenos cavalleros he ganado e d'ellas hagáis a toda vuestra voluntad. Y pues por respecto de ganar aquesta gran tienda ellos las han perdido, suplícovos que d'ella e d'ellas os queráis servir, porque claro está que, si yo he algo ganado, con vuestro favor ha sido.

El rey Agramante se lo tuvo en mucho, e por ello le dio muchas gracias; e tomando en medio d'él e del buen Rugiero al muy esforçado cavallero el buen Brandimarte, se fueron al gran palacio, donde con muy gran alegría de muchos e diversos instrumentos fueron recibidos. E assí d'esta forma passaron el tiempo hasta que la hora de la cena vino, donde fueron muy bien servidos todos los cavalleros de la gran corte e muy altamente. E después que las mesas fueron alçadas, la linda

Flordelisa, por mandado del rey Agramante, bolvió cada pieça a cuya era de los cavalleros, dando a cada uno un gracioso mote, de los cuales también ella era a su propósito respondida. Donde todos con mucho plazer no cesaban de fablar de la gran valentía del buen Brandimarte e de la gracia y estremada fermosura de su donzella Flordelisa.

Capítulo [lxxxv]. De cómo el fiero rey Agramante partió con su muy grande armada de la gran ciudad de Biserta e se vino para Francia sin se detener en cosa alguna. E cómo halló la gran batalla travada entre el emperador Carlomagno y el rey Marsilio de España.

En cabo de algunos días que el muy esforçado cavallero Brandimarte estuvo en la corte del rey Agramante, a donde le fue fecha mucha honra a él e a la su muy querida amiga Flordelisa, acordó de se partir de allí la buelta de Francia, e díxolo al rey Agramante; y el rey, desque lo oyó dezir que se quería ir de allí, fizole dar todo lo que menester hovo para su viage, puesto que le rogó muy afincadamente que con él se quisiese ir, haziéndole saber cómo él mismo en persona, con toda la gente pagana que en aquellas tierras había, quería passar a destruir ^{139r} a toda Francia e la gran armada que para el passaje avía fecho; mas no pudo fazer otra cosa ni acabar con Brandimarte, sino qu'él quería passar solo a cumplir su impressa; e dávale muchas joyas de muy gran valor el rey, salvo que Brandimarte ninguna cosa quiso recibir sino lo que para la mar menester le hazía. E luego se partió con gran amor e voluntad que todos le mostraron; e favoresciéndole el buen tiempo, con el viento próspero llegó a Francia, donde saltó en tierra; e derechamente se fue a la buelta de París en busca de su muy desseado amigo el valeroso conde don Roldán.

En esto, el rey Agramante, que todo lo que a su passaje era menester vido adereçado, en el concierto que mejor pudo, él e todos los reyes que a su corte eran venidos, se embarcaron sin punto se detener, y estendidas más de cuatrocientas velas sobre la mar alta se vienen la buelta de Francia. E como a tierra llegaron, saltaron en ella tan grandíssimo género de paganos, que sería muy larga e muy prólixa materia de contar. E fechas sus batallas como mejor les pareció, caminaron a muy grandes jornadas a la gran cibdad de París porque allí, sin se ocupar en ora parte, era su voluntad de poner su cerco. E atravesando los Alpes e otras muchas montañas,

vinieron a vista de la cruel e muy reñida batalla que entre el rey Marsilio d'España y el emperador Calomagno se hazía, la cual, como arriba vos contamos, por aver tan señalados cavalleros de ambas partes era muy reñida e sangrienta; pero los cristianos se havían tan esforçadamente contra ellos, que ya les ivan ganando mucha tierra, de forma que a mal de su grado los ivan retrayendo e casi desbaratando, puesto que los sus caudillos hazían rostro a los paganos; mas de tal manera dieron una apretada los cristianos con muy grande alarido, que muy grandíssimo espanto pusieron en los enemigos, tanto que, ya desbaratados, no curavan tanto de pelear como de se guarecer e poner en salvo. E si no fueran por los muy fortísimos paganos que allí en el real con el rey Marsilio eran, muy fácilmente fueran vencidos. Allí viérades al muy esforçado cavallero don Renaldos de Montalván e al muy fuerte Ferraguto muy crudelísimamente el uno contra el otro pelear; la pelea de los cuales, si un poco de más tiempo durara, no se le escapava la muerte al encantado e fortísimo Ferraguto. Y el rey Grandonio se combatía con el muy esforçado cavallero el marqués Oliveros; el fortísimo rey Serpentín con el esforçado Danesugero; el emperador Carlomagno con el rey Marsilio; el fortísimo rey Rodamonte con la muy valerosa y esforçada donzella madama Brandamonte porque, después que al través este endiablado moro Rodamonte firió de un grand golpe al conde don Roldán, de tal manera que su buen cavallo Briador sin ningún sentido le sacó de la batalla, la hermosa dama Brandamonte se afrontó con él, lo uno porque en las batallas passadas la havía derribado, e lo otro porque vido delante de sí al buen conde don Roldán, su primo, golpeado a traición de mano d'este crudelíssimo moro. Ya el buen conde don Roldán havía tornado en su acuerdo y, su lança e la mano, dava la buelta por se vengar del moro Rodamonte del golpe que assí malamente le havía dado; e como el cruel pagano havía travado batalla con la estremada donzella, pensó en sí que sería gran villanía herir ambos al fuerte rey Rodamonte e por esto lo dexó; e como vido que ya el campo casi quedava por los cristianos, apartose a un altura que junto al llano estava por mejor mirar los ^{139v} señalados cavalleros e por ver si su ayuda en alguna parte era necesaria; e alçando a la mano derecha los ojos, vido infinidad de paganos que a gran passo al gran valle se venían; e como tanta paganía vido, alçó lo ojos al cielo e con lágrimas de sus ojos dixo:

—¡O, Eterno Rey del cielo! ¿Dónde están escondidos tan grandes pecados de los cristianos pues permites que tanto mal e daño les venga? Mira, Soberano Señor,

tu gran misericordia, la cual es tanta que basta perdonar más que se puede pecar. Alça el rigor de tu justicia de sobre la cristiandad, no perezcan tus siervos por tu benditíssima sangre redemidos.

En este comedio, el rey Agramante, que acaudillando venía sus batallas, vido la batalla que en el llano se fazía; e no pudiendo pensar qué cosa fuesse, llamó a un cavallero que de su guarda traía, el cual era un fuerte rey mancebo, llamado el rey Pinadoro de Costantina, e dixo:

—Nosotros estaremos quedos en el llano. Por esso, ve a donde aquella batalla parece e mézclate entr'ella; e prende valerosamente uno o dos cavalleros⁷¹¹ que a ti más principales te parezcan e tráelos acá para que me digan qué cosa es essa batalla e de quién.

Pártese Pinadoro con buen coraçón, como aquel que, aunque mancebo era, muy ardido guerrero, e vasse derecho para las batallas mezcladas del emperador Carlomagno y el rey Marsilio de España; e como oístes, el conde don Roldán, que apartado de las batallas estava e venir le vido, esperó a ver qué cosa fuesse. El rey Pinadoro, que tan riquíssimamente armado le vido, aunque⁷¹² por el conde don Roldán no le conociesse, bien creyó que era cavallero de gran cuenta; e Pinadoro dixo entre sí:

—Bien se ha fecho mi jornada, que agora no me haze menester de me mezclar entre las batallas con peligro, pues aquel cavallero está apartado d'ellas; derribarlo he e prenderlo he y llevallo he al rey Agramante, e d'él sabrá muy enteramente todo lo que quisiere.

E con aqueste vano pensamiento que oís, se viene para él diziendo assí d'esta manera:

—Cavallero, date a prisión, sino muerto eres a mis manos.

El valeroso conde don Roldán, que tales palabras oyó al cavallero, dixo:

—¿Pluguiesse a Nuestro Señor Dios que en solo vencerte estuviese la seguridad de mi señor el emperador Carlomagno cierta?

E poniendo las piernas a su buen cavallo Briador, sale a recibir la lança baxa, y el rey Pinadoro hizo en el buen conde su lança menudas pieças; y el muy esforçado conde tal encuentro le dio, que fuera de todo sentido le derribó en tierra del cavallo

⁷¹¹ cauallero To¹⁵²⁵.

⁷¹² avnqne To¹⁵²⁵.

abaxo, metido en soslayo un tronco de lança, que bien pensó el conde que era muerto según la caída dio; e pesole mucho, porque quisiera saber d'él qué gentes eran aquellas que allí venían. E apeándose el conde de su cavallo, quitole el yelmo de la cabeça al rey Pinadoro; e como se le hovo quitado y el aire le tocó, tornó en sí; de que vido el buen conde que no era muerto, plugole por saber lo que quería; e díxole:

—Cavallero, muerto eres a mis manos si no me dizes la verdad de lo que te preguntaré, ¿qué gente es aquella que allí viene e a qué viene?

—Yo vos lo diré, señor cavallero —dixo el rey Pinadoro—. Sabed que essa gente que aí viene es del rey Agramante, que con más de veinte reyes moros con innumerable gente vienen a destruir a Francia e a toda la cristiandad; e a mí me embió a saber qué batalla era esta que aquí se hazía; e tíveme por dichoso en topar con vós, pensando llevaros a él preso y áme sucedido al revés de lo que yo pensava.

—Pues levántate —dixo el buen conde don Roldán— e vete a tu señor, e dile que aquesta batalla es entre el emperador Carlos de Francia y el rey Marsilio ^{140r} [de] España.

Pinadoro se levantó e cavalgó en su cavallo, e buélvese por el camino que avía venido; e dixo al rey Agramante todo lo que avía passado e lo que supo del conde don Roldán; e como las señas del cavallero dio el rey Pinadoro, luego conocieron que el que lo avía derribado era el conde don Roldán, e todos se començaron a reír de cómo avía deliberado de lo traer preso. E como el rey Agramante vido que el rey Marsilio era el que la batalla a los cristianos fazía, dixo a los suyos:

—¡Sus, que agora es tiempo que para siempre quede la cristiandad destruida!

E diziendo esto, mueven todas las batallas muy desordenadamente a más correr, de arte que, si por estar peleando con la gente del rey Marsilio los cristianos no estuvieran desgregados e un poco de concierto tuvieran, destruiran toda aquella gran morisma, porque no solo venían sin concierto, mas casi todos venían desarmados con solos cuchillos o cimitarras e lanças en las manos; e aunque eran sin número, con solo un cristiano bien armado avía para veinte d'ellos; mas como la gente del Emperador estava cansada de pelear todo el día, sintió gran daño con la arremetida de aquellas nuevas gentes. Pero aquel cristianíssimo e muy esmerado caudillo, el buen emperador Carlos, empeçó a tañer muy fortíssimamente su cuerno, al sonido del cual todos sus cavalleros en una altura fueron llegados, como quien de

la batalla se retira; e tomando una gran escuadra d'ellos, mandó al buen Renaldos que bolviesse sobre los enemigos, los cuales los ivan siguiendo con un cruel alarido, tan codiciosos de derramar la sangre cristiana, que espanto era de los oír, de tal manera que aun no los dexaron poner en debido concierto; mas como todos eran destríssimos en la guerra, cada uno era capitán de sí mismo; e buelven sobre los moros, matando e destroçando sin cuento d'ellos. ¡O, quién pudiese las maravillas de don Renaldos contar, la gran cantidad de paganos, chicos e grandes, que aquel día mató, doliéndose en su coraçón de la pérdida de los cristianos!, que ya los señalados cavalleros moros, que sus golpes sentido avían, no le empachavan mucho, e los otros que no⁷¹³ eran de cuenta assí fuían ant'él como el ganado delante del lobo robador. El buen viejo del Emperador que vido que tan buen recaudo los suyos se davan e que por un cristiano que moría ivan delante muertos diez paganos, llamando a Dios e a su Madre Preciosa de todo coraçón, arremete con sus cavalleros nuevamente recogidos [e] empieza a ferir en los paganos. Allí se señalava con el buen marqués Oliveros e la muy valiente dama Brandamonte, la cual tenía tanta voluntad de vencer al fuerte Rodamonte que, apartada de las batallas, él y ella fortíssimamente peleavan por se dar muerte. El Buen Danesugero no se dava espacio, que así mostrava sus estremadas obras como quien de tan alta sangre decendía. También de parte de los paganos se mostravan altos cavalleros, los cuales davan enteramente la vida a sus desconcertadas conpañas, donde era el rey Grandonio, el fuerte Serpentín, Balugante, Marsilio, el fuerte Agramante, el estremado novel cavallero Rugiero de Risa, el cual, tantos e tan señalados golpes dava, que assí eran temidos como los de don Roldán e de don Renaldos; él, como entre las gentes anduviesse discurriendo, assí era ya de todos conocido, que no hallava delante de sí con quien exercitar pudiesse su furia. No estava en la batalla aun entrado el sublime conde don Roldán, que, como arriba oístes, d'ella se avía apartado a una entrada de un llano que a la falda de un montezillo se fazía. Pues el fuerte Ferraguto no estava de parte de los moros porque, como arriba vos deximos, tal le dexó^{140v} parado el buen Renaldos de Montalván, que, viendo que era casi al fin de su vida llegado, apartose a un bosque que cerca de aí estava, como a quien más le era menester reposar que no bolver a la pelea; y entrando por aquel bosque, buscando algún lugar donde seguramente folgasse, vido una fuente fermosa e assaz grande muy fonda e bien fecha, al derredor de la cual

⁷¹³ uo To¹⁵²⁵.

mucha espessura de árboles estava; el agua de la cual, aunque de una cercana altura caía, se engolfava en una muy ancha e bien labrada alberca e harto fonda. E como allí el fuerte Ferraguto se llegasse, apeose de su cavallo y entró por entre los árboles a se refrescar en la gran fuente; e porque mejor a su plazer pudiesse fartar su cansada sed de aquella deleitosa agua, quitose el yelmo para la coger, el cual, cuando ya lleno le tuvo, que sacar le quería, ni sé si por causa de su passado trabajo o por descuido, se le soltó, el cual, como pesado fuesse, no paró fasta se assentar en el suelo, de lo cual ovo el fuerte Ferraguto grandíssima pena, porque no fallava forma ni manera cómo lo pudiese tornar a cobrar, de lo cual agramente se lamentava, assí por se ver casi vencido e abatido como por aver el su rico yelmo perdido en tiempo de tan sobrada necesidad.

En este tiempo, el conde don Roldán, que de algún tanto de tierra vido el cavallo de Ferraguto e relinchar le sintió, endereçó cara él a Briador por saber quién era su dueño, que de la batalla remoto estava; e como llegó e solo le vido, bien creyó que a la fuente estava el cavallero cuyo era el cavallo; e apeose del suyo y entró dentro e falló al fuerte Ferraguto lamentándose muy triste; e como cerca d'él llegó, conociole de cara; e díxole:

—Ferraguto, ¿qué has que assí apartado de la batalla eres triste?

Ferraguto, que bien le conoció, dixo:

—¡O, señor Roldán, péname mi desventura e dolor de mi desdicha!

Allí le contó lo que con don Renaldos le avía acaecido e cómo, viniendo aquel lugar, se le avía caído el yelmo en la fondura de la fuente; e fue tal el estrecho en que le puso don Renaldos, que Ferraguto dixo:

—¡O, conde, cesse tu gran orgullo! No suene tanto por el mundo tu fama si la del gran Renaldos queda en olvido, que con justa razón ha de igualar con la tuya e sobrepujar a todos los cavalleros del mundo; bien sea que ya por vulgar opinión a ti tengan por el más fortísimo cavallero del mundo; mas quien su bondad de don Renaldos provare otra cosa juzgará.

Oyendo el conde don Roldán estas razones que Ferraguto le dezia, movido de muy gran saña, le dixo:

—Ferraguto, cada uno dize de la feria como le fue en ella. Si tanto ovieras fasta el fin provado mis golpes como los de don Renaldos, de otra manera juzgaras entre mí y él, y de tal manera debe el hombre alabar a unos que no vitupere ni desonre

a otros. Cree de cierto que si laso no te tomara e desarmada la cabeça, que tus locas razones e llenas de afición más que de razón las compraras de mí muy caramente. Pero yo bolveré a la batalla e, si mi spada corta como suele, yo daré a conocer en esto que queda del día quién se á de nonbrar por mayor: yo o don Renaldos.

E sin más palabra fablar, el buen conde se salió de aquella cerrada arboleda; e se fue para su cavallo con intención de bolver a los paganos e destruirlos.

Capítulo [lxxxvi]. Cómo el conde don Roldán, bolviendo a la batalla, fizo grandes cosas; e cómo, faziendo mortal batalla con el buen Rugiero, fue despartido d'ella por el encantamento que hizo el encantador Atalante; e como desaparecido el encantamento que de la gran batalla le sacó, en otro más deleitoso fue encantado.

Quedose el fuerte Ferraguto a la gran fuente lamentándose, no tanto ^{141r} por la pérdida de su fuerte yelmo como por la gran falta en que su persona avía caído en la batalla que ovo con el buen cavallero don Renaldos de Montalván, e cómo se le avía sucedido un mal tras otro. Y el conde don Roldán muy furioso, cavalgando en supreciado cavallo, se va cara la mezclada batalla, que fue una de las más sangrientas e afrentosas que en el mundo se vieron, porque los moros eran innumerables e los cristianos, aunque pocos en cantidad, ya deliberados antes de morir que de perder del campo un dedo, con ánimo singular fazían grandíssima mortandad en los paganos. Los altos polvos que por el movimiento de la gente se levantavan no dexavan parecer hombres ni vanderas; no se parecía otra cosa sino la infinidad de los cavallos que sueltos e sin señores, discurriendo por el campo, andavan a unas partes e a otras; oíanse los mortales golpes que se davan unos a otros, assimismo los crueles y sonorosos alaridos, que solo oírlo era grande espanto. Andava el emperador Carlomagno de unas partes a otras animando y esforçando los suyos, ayudando con su guarda a los que puestos en necesidad estavan. E como en lugar no parava, vido acaso al buen conde don Roldán que a entrar en la batalla venía, el cual venía con tanta furia, que parecía tenblar la tierra. Luego que los de la batalla le vieron venir, que en los primeros estavan, levantaron un cruel e horrible alarido, diziendo:

—¡Ya viene el desbaratador de la pagana gente!

Y como el buen conde en la travada batalla entró, vido al fuerte rey Grandonio de Valterna, que bien se parecía entre la gente según era de gran cuerpo, el cual, con un gran bastón de fierro, muchos cristianos derribava muertos. El conde, que le vido, endereçó cara él e tan gran golpe de la lança le dio, que medio muerto le derribó en tierra. Non se quiso detener el conde un punto en este lugar; mas pone mano a su buena espada y, entrándose por lo más reñido de la gente, empieça a destroçar paganos a diestro e a siniestro, cortando braços e cabeças, matando cavalleros e cavallos, que gran espanto era verlo. Vido de camino, discurriendo, a un fuerte moro pagano, llamado Cardorano, rey de la ciudad e tierra de Mulga, hombre asaz fuerte e muy feo de aspeto; e como juntó el conde con él, diole tal golpe con la espada a dos manos, que la cabeça le hendió e luego cayó muerto en tierra. De allí sigue en pos de Gualcioto de Belamarín; e antes que a él llegasse, topose con otro moro llamado Dudrinasto, rey de Libicana, y tal golpe le dio, que, cortada la cabeça, le derribó del cavallo abaxo. E de aí topó a Tranfirió, un pagano como gigante, rey de Almasía, una espantable criatura; e tal golpe le dio de través, que la cara e parte de la cabeça le cortó e luego cayó muerto. Otros muchos señalados cavalleros mató el buen conde don Roldán en muy breve espacio fasta que con el buen Rugiero de Risa se topó; e como ambos a dos fuessen tales e dotados de tales fuerças, comiençan una de las hermosas batallas que entre dos cavalleros pudo ser, porqu'el mancebo famoso era el mejor cavallero de su tiempo y el conde don Roldán era la flor de los experimentados guerreros del mundo; y de tal arte el uno contra el otro mostrava sus fuerças, que de otra cosa no se acordavan sino de la batalla que ellos solos fazían, pugnando cada uno por se amparar de la cortadora espada del otro, porque el espada Durindana era tal en la mano del buen conde, que no se parava delante d'ella cosa ninguna. Pues el espada que el buen Rugiero de Risa traía no sé si se vos acordará qué tal era, la cual la encantadora Falerina por arte avía fecho solo para dar muerte al conde don Roldán, que ella de corazón cruelmente desamava; y el conde, desfaziendo el Jardín Encantado, ganó aquella ^{141v} espada, como arriba vos deximos, la cual avía nombre Balisarda, delante cuyos filos armas algunas no tenían defensa, aunque encantadas fuessen; y el ladrón Brunelo la furtó al buen conde, según arriba oístes, e con ella [y] el cavallo del rey Sacripante, llamado Frontalate, se passó a Biserta; e quando al buen Rugiero falló en los montes de Carena se la dio con el buen cavallo. E como las espadas fuessen tales e las fuerças d'estos dos guerreros muy

crecidas, así se malparavan, que el uno ponía gran espanto al otro. El conde don Roldán dio sobre el yelmo a Rugiero tal golpe sobre la cabeça, que fasta el pescueço del cavallo se la fizo baxar, sacándole de todo sentido; e queriéndole redoblar otro, el ligero cavallo Frontalate, que en tales casos era muy diestro, libró a su señor por essa vez, el cual, como en sí tornó, dio el pago al conde de su recebido golpe, tomando la espada a dos manos e alçándose sobre los estribos, que un gran pedaço del azerado cerco del su encantado yelmo le derribó en tierra; cuando tan nueva cosa e de tanto temor el conde don Roldán sobre sí sintió, que fue verse cortar las encantadas armas, que desde que las ovo fasta entonces tal no vido; e después d'esto ver, cuán grande e sobrepujada fuerça era la de su contrario, dixo:

—¡Sus!, no me cunple alargar esta batalla si no quiero salir desonrado.

E alçándose sobre los estribos, dio a Rugiero tan gran golpe sobre el yelmo, que, si Dios misericordiosamente no le librara, de aquel rendiera el espíritu, que tanto quanto del azerado escudo e del fuerte yelmo alcançó el espada tanto derribó sin detenerse. En el canpo parada estava en torno mucha gente, mirando contienda tan golpeada de solos dos cavalleros. E como allí una grandísima muela se fizo de paganos, Atalante, su amo del buen Rugiero, se acertó por aquel lugar, el cual no se apartava de su querido criado; e como en tanto peligro le vido, que de las manos del conde don Roldán no podía escapar, quiso artificiosamente darle la vida, escapándose d'esta tan peligrosa batalla; y encontinente fizo por encantamento parecer cierto número de paganos que junto a la vista del conde passaron e uno mayor que los otros a guisa de gigante, que llevavan al emperador Carlos preso, el cual iva diziendo a bozes:

—¡Fijo Roldán, acórreme, que perdido soy!

El conde, que assí a su gran señor vido levar, creyendo que fuese verdad, dexó la batalla que entre él e Rugiero passava y, espoloneando su cavallo Briador, se va en pos de aquella fantástica gente que al Emperador llevaba, la cual, como con arte diabólica fuese fecha, iva tan veloz, que apenas el cavallo Briador los alcançó. E cuando ya el conde pensava averlos alcançado, estava tan lexis d'ellos que se quedava espantado. Tal fue el encantamento que fizo el viejo Atalante, que alongó al buen conde de las batallas por dar la vida a su querido criado Rugiero fasta lo meter por las oscuras y cerradas Selvas de Ardeña.

Cuando de la batalla el buen conde fue ausente, todos los paganos, que atemorizados de sus golpes se avían con temor arredrado de fazer mal a los cristianos, cobrando nuevas fuerças e renovados ánimos, buelven con gran alarido a la batalla, estragando sus enemigos. Pues Rugiero, que de los pesados golpes del conde se vido libre, entra peleando de nuevo, haziendo mortal destrucción en la cristiana gente, [que] de torno de sí tenía fecha de gente una gran plaça. Los valientes cristianos, que con la entrada del conde nuevas fuerças cobradas mortal batalla fazían, no dexando de executar sus fuerças, destruían, matando infinitos paganos; e⁷¹⁴ sus enemigos, que la resistencia del conde no fallavan, osavan entrar a pelear, por donde la batalla se començó como de nuevo.

Pues del conde don Roldán, que en seguimiento de la encantada prisión de ^{142r} Carlos Magno iva, no le dexando de seguir, ovo de entrar en las espessas selvas; e de que fue bien alongado de la batalla e metido en lo⁷¹⁵ más espesso de la montaña, todo lo que delante veía se le desapareció como humo, de lo cual espantado el conde no pudo pensar qué cosa pudiesse ser e quiso dar la vuelta; mas no pudo atinar por dónde avía venido; e tal era aquel lugar, que siempre a los que una vez entravan desmentía el camino como diabólica y espantosa tierra, ca diabólicas eran las aventuras que en ella acontecían e muy espantables, tanto que parecían todas por diabólicas artes ordenadas. Pues buscado el conde por dó tornar pudiesse a la començada batalla, cuando cerca de la salida pensava estar, entonces más adentro se fallava, de arte que por el calor del tiempo y el pesado trabajo él y su cavallo casi se ivan desmayando. E andando assí como oís, falló una espesura deleitosa algo grande, dentro de la cual sonava murmullo de gente; y el conde que lo oyó, bolvió los ojos e vido aquel ameníssimo bosqueto; e bolviendo las riendas a Briador, que cansado con gran razón andava, <e> lo mejor que pudo, entró por la espesura d'él hasta entrar dentro en un llano que en medio d'él estava, donde vido una laguna de agua que, según su clareza e sosiego, bien parecía estar honda; e como llegó a ella, dexó beber a su cavallo fasta se hartar, e luego se apeó d'él e assentose a la orilla para descansar e refrescarse a una muy deleitosa sombra que los altos árboles en torno hazían. E acaso miró el agua que tan calma e sossegada estava e vido el fondo d'ella que muy claro se parecía, dentro del cual edificios de mucha estima se representavan; e apenas

⁷¹⁴ a To¹⁵²⁵.

⁷¹⁵ los To¹⁵²⁵.

los edificios el conde ovo visto, cuando d'ellos muy hermosas e apostadas ninfas vido salir, diversos instrumentos tañendo e con muy acordadas bozes cantando, las cuales alçaron los ojos e dixeron al conde:

—Cavallero, venid con nosotras e gozaréis de muy aplazible deleite.

El conde, que fuera de sí estava, sin más se detener, se entró por el agua e se dexó caer en el fondo d'ella, donde llegó a los edificios antes vistos donde las ninfas fermosas estavan, donde tales edificios vido cuales jamás nunca vio, todos de un rutilante cristal, adornados de oro e piedras preciosas, situados de maravilloso arte e muy estremada lavor; entorno de los cuales vido muy fértil canpo, cual nunca vido jamás ni tan deleitoso, en el cual el conde, desacordado de batallas e de amorosas aventuras, estuvo algún tiempo servido e recreado, que ya de otra cosa no se le acordava por la gran fuerça e deleite del encantado lugar.

Capítulo [lxxxvii]. Que cuenta las nuevas cavallerías que el buen Mandricardo, fijo del emperador Agricán, que el conde don Roldán mató, empeçó a fazer con desseo de vengar la muerte de su padre; e cómo en cierto camino se acertó a la Fuente de la Hada, e lo que en ella le acaeció.

Si debaxo de silencio quedasen las señaladas cosas e altas cavallerías, las cuales, según sus merecimientos virtuosos, con sonoras bozes e perpetuas famas merecen con grande e recordable perpetuidad ser ilustradas, muy dignos de reprehensión serían los escriptores, los cuales, semejantes cosas en antiguas historias hallando, si en tinieblas de olvido ofuscadas las dexasen. Pues, por no ser digno de pena e de meritorio castigo, no callaré los fechos de valerosos e soberanas cavallerías del fiero Mandricardo, señor natural e verdadero del imperio de Tartaria, sucessor del famoso emperador Agricán, que no con poco peligro de su persona ni con menos trabajo ^{142v} de su espíritu el conde don Roldán mató en el Pavoroso Valle cerca de la fuente, como más largamente os contamos arriba. Pues sabed que como en la Tartaria se supo la desastrada muerte del emperador Agricán, con grandes llantos y estremados sentimientos fue llorada su muerte universalmente por todo el imperio, en especial de su único fijo Mandricardo, un estremado e fortíssimo mancebo, el cual, como la muerte de su padre supo, de sus muy loables costunbres mudándose, se bolvió uno de los más robustos e soberviosos cavalleros del mundo, mostrándose tan

inhumano a sus vassallos, que no consentía en su tierra que ninguno tuviese preminencia o dignidad alguna sin que primero él en las armas le provasse; e si tal le fallava, dávale señoría; e si no, fazíalo morir de mala muerte. Tal era su conversación robusta e su trato inhumano, que casi ya toda su tierra se le iva a más andar despoblando. Acaeció un día que llevavan a una áspera prisión a morir a un gran señor pagano vasallo e pariente suyo de Mandricardo, e suplicó a los que le llevavan le dexasen ver a su señor Mandricardo e después fiziessen d'él lo que por bien tuviessen. Ellos, movidos a compassión, fiziéronlo assí e lleváronlo ante él. E como el viejo pagano vido a Mandricardo, díxole assí:

—¡O, príncipe Mandricardo, escúchame atentamente mis postrimeras palabras! Sábete que el ánima de tu desdichado padre está en pena en la gran ribera del río infernal, esperando vengança de su sangrienta muerte; e todas las ánimas que van a los Elíseos Campos passan sobre él como sobre ánima de hombre muerto e no vengado. Por lo cual, pues sabes que el conde don Roldán lo mató, devrías de emplear tus bravezas en su vengança y no con tanta furiosa reguridad exercitar tu saña con tus propios vassallos, pues te es notorio, según nuestra ley pagana, que jamás el alma de tu padre avrá reposo fasta que cumplidamente sea vengada.

Apenas Mandricardo ovo estas lastimeras palabras oído cuando se metió solo en un retrainimiento, e sin de nadie ser visto, la soledad por compañera, aquel día e otro se estuvo lamentando la muerte del emperador, su padre, e pensando el modo que avía de tener para fazer su vengança; e como le vino el pensamiento que a él más mejor e conveniente le pareció, luego le puso por obra, que venida la noche, sin que de persona alguna se supiesse, se sale de la ciudad, desamparando todo su señorío imperial, e con mudadas vestiduras por más se fazer desconocer, se va por el camino donde la ventura le guiase, donde fizo juramento solene a sus dioses de no se poner en armas ni ceñir espada ni cavalgar en cavallo si no lo ganasse por fuerça de armas o por alguna aventura. E assí desarmado, caminando solo, sin persona llevar con quien comunicar su pena ni consolar su solitario viage, por la peligrosa montaña que primero topó con ánimo robusto, que la muerte no temía, se metió; e assí solo, caminando noches e días, sustentando su cuerpo con yervas e agua y algunas vezes en majadas de canpesinos pastores, guiole la suerte a los solitarios desiertos de Armenia, donde, aunque el cansancio passado era mucho, ni le avía punto de su orgullo tirado ni los pensamientos de lo por venir le cambiava su gran sobervia. E

andando un día en fatigosa soledad, que a cualquiera que menos que él fuera desmayara, desde encima de un alto collado vido un fresco e florido valle, tal que, aunque poblado no oviera, él solo bastava a dar recreación a cualquier caminante cansado, porque allende de su linda frescura era de una fuente muy fresca e clara regado, la cual, por ser grande, bastava a lo fazer, aunque más ancha fuera la tierra; e como tan fresco llano en tiempo de tanta calura vido Mandricardo, ^{143r} fue el cansancio de su subida buelto en descanso por la presta baxada que a tan fresco lugar podía fazer; e baxándose a él, entre una espessura de frescos naranjos e laureles vido una riquíssima tienda armada de unos preciosos paños; e vacilando en su pensativo corazón qué cosa podría ser aquello, determinó d'entrar dentro por ver si avía ende algún cavallero de quien pudiesse armas e cavallo haver; e assí lo puso en efecto; e fuesse a la rica tienda y entró dentro d'ella, e vido a un cabo sobre un rico tapete unas muy ricas armas que bastavan a armar⁷¹⁶ al mejor príncipe del mundo; e como las vido, alegrosse de tan buena ventura; e sin más dilación se despojó de la sobre ropa, que pobre era como de peregrino caminante, y él solo empeçó a se armar de aquellas tan preciosas e ricas armas, las cuales él por entonces tuvo en tanto, que nunca otras mejores alcanzar pensó, según la vista d'estas era; mas después hovo otras en su poder que jamás en el mundo mejores se vieron; e las que tales eran, eran tan pocas que fueras de las del conde don Roldán e las del buen Renaldos de Montalván no halló otras que igualar se les puedan. Pues como armado de todo cunplimiento de armas fuera (el escudo e la espada e lança) se vio, salió de la rica tienda para tomar un guarnido cavallo que atado a un árbol antes avía visto; e fue a él e desligolo, e subió sobr'él por acabar su pesado camino; y apenas tres o cuatro passos se hovo meneado cuando dentro del valle vido flamear un tan terrible y espantoso fuego, que no sientto cavallero que se no espantara; mas tanto era el orgullo d'este fuerte mancebo Mandricardo, que no lo tuvo en cosa alguna, antes, sin pavor, se metió por entre el fuego por salir d'él y proseguir su vía; mas como ello fuesse artificial e por arte fecho para impedirle el passo, cuando d'él pensava por la ligereza de su cavallo estar libre, entonces más cercado d'ello se fallava, tanto que las armas le ardían que parecía que el cuerpo se le abrasava. E tanto forcejó de se librar, que las armas, como ascuas roseando, le quemavan las carnes, que le no bastava el orgullo ni esfuerço a se librar de aquel ardor. Estando en esto, vido la grande e hermosa agua de la luzida

⁷¹⁶ amar To ¹⁵²⁵.

Fuente del Valle; e no sintiendo otro remedio para tan sobrado calor mitigar, se fue determinadamente a lançar dentro del agua, teniendo por mejor el peligro d'ella que no el tormento de aquel abrasante fuego. E así como dentro del agua fue, vido salir una hermosa muger desnuda toda, que solamente la espessura de sus esparzidos cabellos gran parte de su blanco cuerpo le cubrían; e tomó en sus braços fermosos al buen Mandricardo, diziendo:

—Cavallero, agora sois en prisión, que vuestro esfuerço no vos valdrá.

E diziendo esto, metiole por la fuente adelante, do singulares edificios estavan cuales en su vida Madricardo no vido; y como dentro de tan rica morada se vido solo y con tan linda y fermosa muger, díxole:

—Fermosa señora, por cortesía dezidme, ¿en qué lugar estoy?

—Buen cavallero —dixo ella—, por ser quien sois y por la buenaventura que en este lugar avéis de aver, no se os será alguna cosa encubierta. Sabed que estáis en la Fuente de la Hada, donde otros muchos cavalleros son en prisión; y si cunplís con varonil ánimo a lo que sois traído, vós y ellos seréis libres y con harta ganancia y honra vuestra, tal que sobrepujará vuestra fama sobre todos los cavalleros paganos de vuestro tienpo. Y porque entendáis todo el fecho y la verdad d'este caso, sabed que una fada por arte fizo esta fuente, en la cual maravillosos edificios y muy grandes veréis; y ay en ella muchos cavalleros y dueñas y donzellas presos; aquí fallaréis al rey Gradaso, el pagano fortíssimo señor de Ircana y de la India; y consigo al rey Sacripante, ^{143v} que por mandado de una cuitada donzella, llamada Angélica la Bella, le venía con mandado a le pedir socorro; e al buen Aquilante e a su hermano el fuerte Grifón, e otros muchos cavalleros de gran cuenta. Todos son allí adelante en un fuerte e muy torreado castillo, en el cual están guardadas las aventajadas e riquísimas armas de aquel fuerte troyano Héctor, que por traición fue muerto del griego Arquiles, con las cuales él fizo tales cosas, que para siempre sonará su fama entre los nacidos e los que nacerán, el cual, como fue muerto, en fin de diez años de cerco que sobre su gran ciudad de Troya hovo, luego sin defensa la ciudad fue asolada e quemada, que persona no se libró sino fue el duque Eneas con cierta compañía, el cual ovo las armas de Héctor, excepto la espada, que no pudo aver; e pasando por cierto lugar con su gente este duque Eneas, esta fada le furtó las armas por engaño, que pieça no le faltó, y el escudo maravilloso con ellas; e como las ovo, fizo este lugar por arte en que estáis e allí en el castillo que os digo las ha tenido gran

tiempo; e si libre queréis ser d'este lugar y estas preciosas armas queréis ganar, cumple que seáis soberano cavallero, donde no sabed que perpetuamente seréis en prisión como lo son otros muchos cavalleros que aquí están gran tiempo ha.

Cuando se vido Mandricardo en tal lugar e que tales cosas la fermosa dama le dezía, no sabía si lo soñava o si de verdad lo veía; e respuso a la dama diziendo:

—Por cierto, señora, sin que temor de prisión me pusiérades, solo en dezirme la honra e provecho que de acabar esta aventura se gana, bastara a me obligar a poner en ella, pospuestos todos peligros que venir me pudieran. Yo, señora, delibero de fazer lo que me dezís e librar a tanto buen cavallero de prisión o quedar con ellos cuando las fuerças me faltaren e la fortuna me fuere contraria.

Luego la fermosa señora salió de la fuente con el cavallero por la mano por un cierto lugar; e ambos a dos se fueron a la fermosa tienda donde Mandricardo avía entrado primero; e allí ella por sus manos le desarmó e le fizo desnudar en carnes, donde le fizo vestir de vestiduras cuales a él perteneçían; e sobre lo vestido le armó como de primero, e sacó una fina espada e un buen escudo de un arca que en la tienda estava, e se lo dio, diziendo:

—Andad conmigo, cavallero, e daros he lo que os falta.

E vistiéndose ella muy apuestamente, se fue a lo más espesso del arboleda con él, donde fallaron un fermoso cavallo e junto con él una gruessa e luzida lança. El buen Mandricardo cavalgó e la dama asimismo en un palafrén que allí junto con él estava, y empeçaron de andar por aquel llano, hablando amorosamente el uno con el otro en lo que devía el buen cavallero fazer para acabar la alta empresa que llevaba.

Capítulo [lxxxviii]. De cómo el buen Mandricardo, guiado por la Señora de la Fuente, ovo batalla con el rey Gradaso e lo derribó en tierra, por donde le fue atribuida la victoria; e cómo mató al ladrón Minapreso, un fiero gigante que en la posada de la rica señora entrava a la fazer morir.

Así como oís, el fuerte Mandricardo e la fermosa dama anduvieron fasta pasar aquel fermoso llano; e a cabo de una pieça entraron en otro muy mayor e más grande, donde desde lexos vieron un muy grande e bien murado castillo; e como le vieron, dixo ella al cavallero:

—Sabrás, buen cavallero, que lo primero que has de fazer es combatirte con el fuerte rey Gradaso, el cual es tan potente e valeroso, que nunca ha fallado quién en fuerças y ardimiento le aventaje. E si te vence, quedarás en prisión como te he contado; ^{<146r> [144r]} e si tú le vences, allende de quedar libre de prisión, ganarás las armas preciosas de aquel nonbrado Héctor. E para las alcançar, has de vencer un encantamento assaz pavoroso, pero en esto no temas, que la tu buena ventura te será a mi provechoso consejo favorable, ca en más tenemos vencer al rey Gradaso que acabar el encantamento.

E assí hablando, llegaron al gran castillo, do havia las más rica lavor de edificio que nunca se vio en otro, delante del cual se fazia una redonda plaça toda cercada de cadenas muy gruessas y en medio d'ella un lindo pavellón, dentro del cual estava el rey Gradaso armado. La dama dixo a Mandricardo:

—Ea pues, buen cavallero, entrad en la cercada plaça e fazed lo que de vós se espera, que siempre me ternéis a vuestro lado.

El buen Mandricardo se enlazó su yelmo e tomó su lança en la mano y entrosse de rendón por la puerta de la plaça; e antes que al tendejón llegasse, salió el rey Gradaso d'él armado sobre su buen cavallo; e tomando de tierra lo que más les plugo, sin palabra se fablar, espolonearon sin piedad sus corredores cavallos el uno contra el otro, que no parecían sino que la tierra querían fundir; e las lanças baxas, en medio del camino de tal manera se encontraron, que, aunque muy gruessas eran, las fizieron muy pequeños pedaços. No fueron jamás tan orribles encuentros de dos cavalleros vistos; e por grandes que fueron, no se meneó un punto el uno ni el otro de la silla, antes muy furiosamente passaron el uno por el otro. E quando los cavalleros pararon, buelve el uno sobre el otro, las espadas altas, e danse tan poderosos golpes, que el uno ponía espanto al otro, y empiéçanse a fazer una tan orrible e fiera batalla, que espanto era de los mirar, ca eran dos guerreros ambos tales, que en el mundo entre los paganos otros tan fieros no se fallaron. Cinco horas cuasi se golpearon, que los cavallos no podían tal trabajo sufrir, e punto de ventaja no se conocía del uno al otro; e como fueron que con las espadas no se aventajava el uno del otro, suéltanlas colgando de sus cadenas e afiérrassen a los braços el uno y el otro; e de tal manera se abraçaron, que ambos de los cavallos en tierra cayeron, donde la ventura le fue a Mandricardo favorable, que cayó debaxo d'él el fuerte rey Gradaso, donde, sin más

detenimiento, le hovieron por prisionero, ca otra cosa no esperavan sino que cayesse sobre el otro a le poder señorear.

Luego, la fermosa dama que con Mandricardo vino, entró dentro en la liça con gran plazer e muy alegre semblante; e dixo contra el fuerte Gradaso:

—Cavallero, lo que la fortuna quiere no puede dexar de ser.

E levantándolos a entranbos en paz e conformidad, la cual entr'ellos por entonces otra persona salvo ella no pudiera poner, dixo a Mandricardo:

—Señor, ya la noche se acerca a más andar. Folgad, porque venida la mañana avéis de empeçar tal aventura, que nunca en esta tierra mayor no se vido. En tanto que la rosada mañana se viene sobre esta florida yerva podéis reposar, que yo haré la segura guarda de vuestra fuerte persona. Bien vos pudiera yo llevar a una casa fuerte muy deleitosa donde toda honra e cortesía vos fizieran, porque es de una señora parienta mía; mas temo no peligréis, porque está en una selvática cueva cerca de allí un ladrón, que Dios maldiga, fiero e muy maldito gigante llamado Minapreso; el cual haze⁷¹⁷ a esta mi parienta tanto daño, que es espanto de lo dezir e muere por la haver a sus manos. E porque yendo nosotros allá a folgar no querría nos viniesse enojo alguno o impedimento por donde lo comenzado no hoviesse fin. Por esso, vale más que nos quedemos en este lugar.

—Señora —dixo Mandricardo—, el que folgura busca, trabajos le siguen; y el que honrosos trabajos procura, muchas vezes alcança^{146v} por do perpetua honra gane. Si amor alguno me tenéis, vos suplico a essa casa me queráis llevar, donde por ventura reposaremos más seguros e sin çoçobra que no en este lugar despoblado.

La dama, que su determinada voluntad vido, no pudo ál fazer de lo guiar a la casa de su parienta. E antes que la noche cerrasse, empeçaron a caminar fazia allá, donde tan bien recibidos fueron, que Mandricardo se maravilló mucho de ver las luminarias, e danças e cantilenas que con diversos instrumentos fazían; y en un torrejón, que a manera de atalaya estava a un lado de la fuerte casa, de contino estava un enano por avisar la venida del ladrón Minapreso: el cual sonó el cuerno amonestando a grandes bozes al: «¡Alarma, alarma!». E así como las bozes del enano oyeron los de la casa, empeçaron unos a tomar armas e otros a cerrar las principales puertas que podían. El buen Mandricardo, que apenas avía hablado con la señora de

⁷¹⁷ fazie To ¹⁵²⁵.

la casa e oyó las bozes, preguntó qué eran o qué había que assí gritavan todos. La señora le dixo:

—Ay, cavallero, que el malvado ladrón deve de ser, que estos sobresaltos nos da cuasi cada día.

En esto, vinieron a la señora nuevas cómo ya el gigante era entrado e avía muerto los que avía topado, que no avía quién lo resistir. Assí como Mandricardo estas palabras oyó, dixo al que las nuevas truxo:

—Guiadme donde este maldito gigante anda, que yo le haré que pague la entrada.

E luego fue guiado a donde el furioso ladrón estava, que una puerta quería derribar porque vio dentro entrar a se guarecer ciertos hombres; e díxole:

—Espera, espera, malvado, que huésped tiene esta casa por tu mal que te farà morir mala muerte.

E la espada alta se fue a él, y el fiero gigante bolvió sobre él, un ferrado bastón en las manos; e con una gruesa e ronca boz se fue para él, que espanto ponía a los que le miravan; e dio tan gran golpe sobre el escudo a Mandricardo, que se le fizo pedaços en el braço e le fizo sentar en tierra la una rodilla; mas no fue tardío el valiente mancebo en le dar el pago, que luego le dio un golpe de espada encima del braço derecho que cuasi se le cortó fasta los huessos, e con gran presteza le redobló otro sobre una pierna que le tulló en tal manera, que más el gigante sobr'ella tener no se pudo; e con la poca defensa que fizo, en pequeño espacio el buen Mandricardo le mató. E fue tanto el plazer que todos de la muerte d'este ladrón ovieron, que dueñas e donzellas e hombres le besavan las manos e la falda de la loriga, bendiziendo la hora en que avía nacido. E venido a la posada de la señora, allí se dobló la fiesta de los huéspedes con diversas alegrías fasta la hora de se recoger; e venidas, fuele dado un rico aposento, donde hasta la mañana holgó del trabajo del día con gran plazer.

Capítulo [lxxxix]. De cómo el buen Mandricardo fue llevado al Campo del Felice Castillo e las aventuras que en él venció de la Planta Encantada e de la Sierpe de la Cueva; e cómo, desde las ovo acabado, se vio con los cavalleros que presos en el castillo estaban.

Ya el coronado febo con sus dorados rayos su flamígera cara por la lexana marina sobre la escura tierra mostrava, robando la luz a las estrellas, roseando el cielo con rubicundos arreboles, cuando las pregoneras aves con desassogadas cantilenas las frías mañanas del caluroso verano con versificadores gritos, festejándose unas con otras, muy deleitosas las fazen. En este aplazible tienpo que oís, el fiero Mandricardo, con la suave melodía del progne e la acorde respuesta de la filomena, que con otros acordantes páxaros cerca de su dormitorio bozeavan, recordó; e armándose de todas sus armas, cavalgó en su cavallo. ^{145r} Despidiéndose él y su compañera de la señora de la casa, se partieron para el lugar donde el día antes habían estado, y en muy pequeño espacio llegaron a aquella pradería fermosa que el grande e fermoso castillo ceñía, el cual tenía dos puentes levadizas por donde a él entravan; e por la una que el buen cavallero Mandricardo e la donzella habían de entrar, falláronla abierta hasta que al cabo d'ella llegaron, que cerrado estava. E como no vieron persona que les abriese, hovieron mucha pena; e ya que una pieça en aquel lugar estuvieron esperando, salió a una ventana un hombre muy viejo e preguntó que si quería el cavallero entrar; Mandricardo respondió:

—Sí entraría, si me abriesen.

—Pues cumple que jures de tocar el maravilloso escudo del Encantado Campo; e si lo no juráis, no entraréis acá.

El buen cavallero Mandricardo lo juró e luego las puertas le fueron abiertas, y entró dentro él e su compañera la donzella; e muy lexos vieron una gran vega, en medio de la cual estava un padrón de blanco alabastro e fuéronsse para él; e vieron un muy riquíssimo escudo colgando, el cual era de muy fino azero, esculpido de una figura de un mancebo que sobre una águila blanca estava y el águila tenía las alas estendidas como que levava sobre sí a aquel fermoso mancebo; e salía un rétulo del pico del águila que dezía:

Este es Ganimedes, el mancebo que por mandado de Júpiter fue sobido al cielo.

Todo aquesto estava representado en aquel maravilloso escudo, en el cerco del cual muy preciosas perlas e piedras de muy gran estima eran fixadas por sutil e muy ingenioso arte. E allende d'esto, estavan unas letras en el padrón que dezían d'esta manera:

No toque ninguno a este escudo si no fuere en fuerça y esfuerço otro Héctor.

Como todo esto el buen cavallero Mandricardo vido e leyó, dixo:

—Yo no prové qué tal fue Héctor, el señor d'este escudo, mas yo me tengo por tal como él y mejor, lo cual yo le hiziera bueno si presente estuviera.

E diziendo aquestas palabras, sacó el espada e tocó dos vezes el maravilloso escudo. E como le ovo tocado, toda la gran vega en torno empeçó a temblar con un infernal e diabólico ruido. Entonces dixo la fermosa donzella al buen Mandricardo:

—Cavallero, no podremos salir de aqueste campo si primero no cortáis la verde planta que delante de vós está.

Mandricardo dixo d'esta suerte:

—Si por más d'esso no queda, en breve será nuestra salida.

Y luego Mandricardo se fue para la planta e con la su cortadora e fina espada tales golpes le dio, que la ovo de fazer caer en tierra; e apenas hovo caído cuando de cada una hoja salió un animal e salieron tantos de las muchas hojas que tenía, que fue una admirable cosa de ver, unos en figura⁷¹⁸ de tigres, otros en figura de leones, otros en figura de unicornios, e otros en figura de panteras y elefantes, otros en figura de ossos, que puesto que el buen Mandricardo de grand corazón y esfuerço fuesse, ovo muy gran pavor de perecer, según la batalla con él empeçavan; mas como él fuesse de muy gran ardimiento y esfuerço, rebolvíasse con ellos a unas partes e a otras; mas si la batalla durara de la manera que encomençó, no pudiera escapar el buen Mandricardo de muy cruel muerte. Mas la donzella, su buena compañera⁷¹⁹, que todo lo veía, dixo a grandes bozes:

⁷¹⁸ ifigura To¹⁵²⁵.

⁷¹⁹ compañe To¹⁵²⁵.

—¡Esforçado cavallero, arranca de raíz la planta e serás d'estas fieras animalias libre!

El buen cavallero, que las bozes oyó de su compañera y el gran peligro en que se veía, suelta su espada colgar del braço e, a dos manos, tal fuerça ^{145v} puso, que la planta arrancó de raíz, en tal manera que quedó fecho un muy gran boca en la tierra, que, aunqu'el tronco del árbol no era muy grueso, el suelo como hueco se desmoronó e quedó fecho un gran agujero, que dos hombres cupieran por él muy holgadamente. E salió un tan gran viento por aquella boca, que ovo el buen cavallero Mandricardo de se desviar de allí por el gran frior del viento. E desde a un grand rato se paró, dos tanto mayor que de antes estava la boca, por donde salió una sierpe tan espantable, que jamás sobre la tierra otra más maldita cosa se vido. E todas las animalias, que salir la vieron, como amedrentadas de tan horrible vista, se van huyendo para lançarse por la ancha boca que en la tierra havia parecido; e quedó todo el campo desconbrado de todas aquellas animalias salvo de aquella muy horrible sierpe, que muy denodadamente, con muy grandes silvos, se fue para el buen cavallero Mandricardo; e sin que defensa alguna que le aprovechasse pudiesse hazer, con la una cola le enlazó los pies e con los dos braços le travó por el cuerpo, y en dos pies le llevó a la escura boca e se lançó dentro por ella con el buen cavallero. E apenas fueron dentro metidos cuando la boca se cerró, que señal de agujero más en el verde campo se vido. De tal manera fue la caída del agujero, que el venturoso cavallero Mandricardo se halló sano e libre en un patín de muy maravillosa arte e muchas lavores de oro por las paredes de entorno pintadas. E vido delante de sí una muy rica sala. E como en tal se vido el esforçado cavallero Mandricardo, pensad si se quedaría espantado; e conociendo el buen cavallero que todas aquellas cosas eran por fantástica arte fechas, no hovo ningún pavor, antes de rendón se lançó por la rica sala. E como dentro en ella puso los pies, sintió de un lado d'ella abrir una puerta de metal, por la cual vido el buen Mandricardo muchas donzellas salir cantando con infinitos instrumentos músicos, mostrando muy gran alegría. E como todas ellas ovieron salido, cercáronle en torno. E luego vinieron otras e desarmáronle encontinente e vistiéronle de muy riquísimos paños; e por una muy labrada escalera se subieron con el buen Mandricardo fasta le llevar a los muy ricos aposentos del grande castillo; e metiéronle en un grande e rico palacio, donde las mesas falló puestas. E desde que fue sentado, truxéronle muchas e diversas viandas, en que le

dieron muy apuestamente de comer con muy solemne música. Allí vino la fermosa dama de muy riquísimos paños compuesta, e assentosse a par del buen cavallero Mandricardo, hablando con él todas las passadas aventuras, poniendo su gran fama sobre las nuves, diziendo entre los cavalleros ser el más aventajado. Luego en pequeño espacio vinieron allí muchos e muy preciados cavalleros, entre los cuales venía el fuerte rey Gradaso, señor de la India y de Sericana, y el rey Sacripante, y el buen Grifón, y el esforçado Aquilante. E todos juntos, en cosas enamoradas e de gran plazer fablando, passaron lo que les quedava del día. E de allí salieron a recrearse a un fermoso jardín, donde fallaron todos géneros de frutas e de arboledas; e de allí se salieron al Campo Felice, que assí se llamava, donde la batalla de la gran sierpe fue, hablando todos en la apariencia de aquellos encantamentos e cómo no se podía a los principios sufrir la furia y espanto d'ellos. E de que ya fue ora ^{146r} de se aposentar por la venida de la noche, fueron en él muy altamente servidos, y en sus ricos aposentos retraídos, donde en muy ricas camas acostados passaron en grand descanso la noche.

Capítulo [XC]. De cómo el fuerte Grifón y el buen Aquilante, andando por su camino, se toparon con dos damas muy fermosas; por las cuales fueron llevados a haver batalla con el Encantado Orilo, que a la ribera de un gran río él e su animal, llamado Cocodrillo, hazían habitación.

Otro día por la mañana el fuerte Mandricardo quiso partir del Campo⁷²⁰ Felice, como aquel que no había dexado su tierra e imperio por ir a buscar descanso ni alegría tener hasta vengar la muerte del emperador Agricán, su padre, que, como sabéis, le había muerto el conde don Roldán en el Valle Pavoroso. Pues como la señora del castillo e la fermosa dama que allí lo había guiado supieron su voluntad, fueron a él e dixéronle:

—Bienaventurado cavallero, en pago del gran servicio que fecho nos avéis con la vigorosa persona vuestra, avéis por vuestras las armas del nombrado troyano Héctor, que son las mejores de todo el mundo e de más valor, e también el su maravilloso escudo que tocastes en el Campo Felice. E ha de ser con tal condición que havéis de jurar dos cosas que cumplen a nosotras e a vuestra honra; e son

⁷²⁰ castillo To ¹⁵²⁵.

aquestas: que jamás, mientras en armas truxerdes, otra devisa no trayáis sino del águila, porque es la más alta de todas las devisas⁷²¹; e la otra condición es que jamás ceñiréis espada hasta que vós ayáis la espada que era del señor d'estas armas, porque ellas y el espada son para en uno como si fuessen las más preciosas joyas de todo el universo mundo. E porque sepáis, buen señor, cuál es la espada, devréis saber que ha nombre Durindana e tráela el muy valeroso conde don Roldán, sobrino del emperador Carlos de Francia.

No hovo menester pensar más el buen cavallero Mandricardo, antes encontinente lo juró como se lo pidieron muy cumplidamente. E si por ventura el buen Mandricardo supiera el gran afán que en ganar el espada havía de tener y el gran peligro que se le havía de seguir, quizá non lo jurara. Luego fue levado a la baxa gruta donde primero havía caído y en pequeño retraimiento vido las riquísimas armas colgadas, llenas de tanto oro e piedras preciosas, que jamás tan alta ni tan rica cosa en armas del mundo se vido. E allí fue armado el buen Mandricardo de mano de muy fermosas donzellas, e pusieronle el espejado yelmo en su cabeça, en el cual havía nueve firmalles de inestimable valor, y encima un águila de muy fino oro las alas tendidas, e de la una punta del ala a la otra havía un letrero que dezía d'esta manera:

Estas son las armas del Sin Ventura.

E desde que fue armado de todas las ricas armas, era maravillosa cosa de ver tan apuesto cavallero, ca él era de crecido cuerpo e parecía también que todos le bendezían; e como subieron al castillo, halló a todos los cavalleros armados de las armas que allí havían traído. E como todos le vieron, hovieron muy gran plazer e teníanlo a gran maravilla de ver tan aventajadas armas. Luego le truxeron un muy furioso e gran cavallo muy ricamente guarnecido; e diéronle el maravilloso escudo, que bien parecía ser de las ricas armas según era bien labrado. E de allí se salieron fuera del castillo todos juntos, despidiéndose de la señora^{146v} d'él e Mandricardo de la hermosa donzella que le havía traído. E como en el campo apartados caminos vieron, cada uno tomó el que más le plugo. Despidiéndose con muy gran amor de sus compañeros, el fuerte rey Gradaso y el buen cavallero Mandricardo en compañía

⁷²¹ deui To ¹⁵²⁵.

tomaron el camino e los dos hermanos, el buen Aquilante y el fuerte Grifón, juntos por otro se fueron. E los otros cavalleros se fueron por do les plugo.

Aquilante e Grifón, que bien sabían el lenguaje de los paganos e las diferencias d'él, caminavan por do querían seguramente, sin haver temor de ser contrastados d'ellos. E andando el fuerte Grifón y su hermano Aquilante por sus jornadas, encontraron con dos muy fermosas donzellas muy ricamente ataviadas; la una d'ellas traía todos los vestidos y el palafrén en que venía negros e la otra traía su cavalgadura y ella toda vestida de blanco, e dos enanos con ellas; e como los dos hermanos junto a ellas llegaron, saludáronlas muy cortésmente. Y ellas, con devida medida, les respondieron; e hablando con baxa boz, dixo la una donzella a la otra:

—Hermana, non podemos vedar las bueltas de la rueda de la fortuna, solo Dios lo puede vedar e quitar, en quien es todo sumo poder. Pero, pues así, señora, ha ofrescido la Fortuna con estos dos cavalleros, que sus suertes los llevaba a morir a Francia, detengámoslos en lo que sabes si te parece.

La otra donzella dixo:

—Señora, sea como vós mandardes, que muy bien me parece.

E sin ellos haver entendido ninguna cosa de lo que hablado havían ni tan sola una palabra, atendían lo que las fermosas damas les querían, porque en su parecer creían que ellas les querían fablar algo; e la una de los dos dixo a los hermanos:

—Señores, si honra amáis e la cavallería guardáis, pídivos por merced queráis en una batalla ampararnos.

Cada uno d'ellos con buena voluntad se ofreció de morir en su defensa.

—Pues porque, señores, entendáis lo que fazer tenéis, pues nos lo avéis prometido, sabed que avéis de mantener una batalla tanto cuando durare fasta que el cavallero con quien la empeçardes sea muerto; e no vos havéis de dexar de pelear con él hasta que lo matéis, el cual se llama el desleal Orilo, porque tiene en una ribera una fiera bestia llamada Cocodrillo, que cuantos hombres e mugeres puede aver todo se los lleva para que el Cocodrillo los coma. Ved si ay razón que muera tan mal hombre como este e tan desapiadado.

—Por cierto —dixeron los dos hermanos—, muy gran follonía usa e gran maldad; e agora nos plaze de haver batalla con él, porque, aunque a vós no os lo oviéramos prometido, la razón nos lo obligava a fazerle morir, pues tales son sus agraviosas obras.

—Pues, ¡sus! —dixeron las donzellas—, en el nombre de Dios, vamos, que por el camino sabréis más d'esta batalla.

Luego los dos buenos hermanos començaron a caminar por donde las fermosas donzellas los guiaron. E la que la plática antes había empeçado, prosiguió en ella adelante, diziendo:

—Sabréis también que es estraña cosa el desleal Orilo, que es fijo de una hada, e no hay ningún cavallero que contra él se pueda amparar, e yo, señores míos, vos lo quiero declarar. Sabed que no ay ningún cavallero que baste a proseguir fasta el fin la batalla de aqueste maldito, porque, cuando piensan que lo tienen muerto e cortado miembro por miembro, luego se torna a juntar este maldito y encantado Orilo, e renueva la batalla de rato en rato cuantas vezes él quiere, que basta ^{147r} a vencer a cualquier cavallero, tanto, que al fin es comido del Cocodrillo.

Cuando los cavalleros tal maravilla oyeron, más e mayor voluntad tuvieron de provar esta aventura. E assí, como oís, hablando, llegaron a la gran ribera del río llamado Nilo, donde la estança de aquel hadado cavallero estava; e puestas las damas que guiaron en un seguro lugar, bien cerca de donde pudiessen gozar de lo que passasse, los cavalleros estuvieron mirando aquella ribera, que muy luzida en estraña manera les pareció; y en breve tiempo vieron salir de una fuerte casa al encantado Orilo a pie e armado a guisa de cavallero, una pesada maça en la mano, el cual traía por cimero un diablo las alas tendidas e los cuernos de color de fuego e un garfio negro en las manos. E como Grifón venir le vido, apeosse de su caballo, porque el otro su contrario no le tenía y, abraçado su escudo e su buena espada en la mano, se va para él; y el sobervioso Orilo alçó la gran maça que traía a dos manos para ferir al buen cavallero Grifón; mas él poco se le dava de ver venir semejantes golpes, que la su gran ligereza los fazía ser todos vanos. Allí viérades una gran fiera batalla, ca el fortíssimo Grifón fería muy seriamente a Orilo cuando quería del espada; no podía Orilo también aprovecharse de su pesada porra, de manera que en muy breve espacio el buen Grifón con su cortadora espada tal juego fizo a Orilo, que ferido en más de treinta partes le echó muerto por tierra; mas muy poco tardó que se no levantasse, como quien de algún sueño recuerda; e con renovadas fuerças e sin señal de fuída buelve a la començada batalla, de lo cual el buen cavallero Grifón quedó muy espantado; assaz assí se començó entr'ellos otra batalla muy más golpeada e reñida que la primera, donde viérades al fortíssimo Grifón como una brava onça boltar al

malvado Orilo, golpeándole de una parte e de otra, tanto que, no queriendo que más durasse aquesta tan crudelíssima y descomunal batalla, tomó el espada con ambas las manos e dio a Orilo por un hombro, donde las armas tenía de los pesados golpes quitadas en descubierto, tan grandíssimo [golpe], que el braço con parte del espada le derribó en tierra. E como Orilo se vido tan lastimeramente tollido, no pudiendo hazer más defensa a los redoblados golpes del buen cavallero Grifón, cayó en tierra cuasi muerto. Ya que el fuerte cavallero de tal manera le vido caer, bien pensó que era acabada su batalla, e con desseo de tomar algún reposo, apartose un poco afuera; mas no se arredró dos passos quando el maldito cavallero Orilo, soldado de todas sus heridas e muy más feroz que las dos vezes primeras, se levantó con muy grande orgullo, que parecía que por él no avía passado ningún trabajo; y empeçando a rebover con muy gran fuerça su pesada maça, se viene para el buen cavallero Grifón. E como el buen Grifón tal peligro vido, con muy grande ravia y enojosa ira le salió al camino, diziéndole assí d'esta manera:

—¡Malditos sean aquestos encantamentos que assí a los buenos y esforçados cavalleros sacan de todo su sentido e de límite de razón!

La hermosa dama, que mirando estava la cruel batalla, desde que vido la gran furia con que el cavallero Grifón volvía a la batalla, déxole de aquesta manera:

—Fermoso cavallero, presto vos enojáis de la presente batalla. Dexalda si vos parece, que aqueste es mi consejo, ca fágovos saber de cierto que, si mill vezes le vences e tan menudas pieças le hazéis, assí como hazen al trigo quando se muele, assí d'esta manera se tornará tan entero como de primero. ^{147v} Ya te lo dixé antes que començases aquesta batalla.

Dixo el fuerte Grifón de Mongrana, como cavallero que jamás en empresa que tomasse salió vencido:

—Venga lo que venir pueda, que si un año aquí estuviesse peleando, no dexaría la batalla hasta que yo lo matasse o muriesse.

E hablando con muy turbado semblante lo que oís, se va contra Orilo, el cual se había entrado en su ancha casa, como quien del campo va huyendo; y desatando el animal Cocodrillo e sacándole consigo, buelve al campo donde primero estava en la batalla; y el fiero animal, que delante de sí vido al buen Grifón de Mongrana, como infernal e diabólica bestia, así con ladridos pavorosos, se viene a lo desfazer entre sus braços. Quando su muy caro hermano Aquilante vido que el fuerte animal a él se iva,

con el debido amor y obligatoria compañía viene a le dar la conveniente ayuda, eso porque vido que el fiero Cocodrillo era de muy grandísimo cuerpo, ca parecía una casa; e si con la fiera catadura suya e gran fortaleza fuera ligero, era bastante a no dexar criatura biva. Cuando cara sí con un paso no muy ligero Grifón le vido venir, acercose a su cavallo y cavalgó en él; e tomando su lança, enristró contra el fiero animal Cocodrillo e tan gran golpe en la frente le dio, que la lança hizo mill pedaços, mas muy poco le hizo. Pues el buen Aquilante no fue perezoso, que, enristrando la lança, al más correr de su cavallo, en un lado le firió; e aunque el cuero era a maravilla muy grueso, le pasó, dexándole un troço de la⁷²² lança metido por él. Pero no hizo el Cocodrillo animal ningún semblante de la ferida más que si lo no firieran, salvo que dio un tan grandísimo bramido, que la tierra parecía hazer temblar. E de tal manera los cavallos se espantaron, que ya d'ellos no se podían los dos hermanos aprovechar, por donde le convino apartarse d'él. En esto, Orilo venía contra Grifón la maça alta por le ferir; mas Grifón, que vido en tal priessa assí e a su buen hermano Aquilante, tomó a dos manos su buena espada e, dexando passar el furioso golpe de Orilo, diole tan grand golpe sobre los dos braços, que con la asta de la maça asidos cercen se las echó por tierra; e sin esperar que con el cuerpo a juntar se tornassen, los tomó uno a uno e con muy gran fuerça bien dentro del ancho río los echó, cuidando que ellos sumidos en el agua no reviviría como de antes el cuerpo y se juntaría con ellos; mas como los echó, el tollido cavallero se levantó e como un delfín se va nadando por el agua adelante en busca de sus perdidos miembros. E mientras el buen Aquilante con el fiero animal Cocodrillo se rebolvía muy ligeramente, mirando por qué parte le podría empecer, vido el buen Grifón bolver nadando a Orilo con armas e todo como una rana, sacando sus braços; e llegando a tierra, sacudíasse del agua, que parecía un puerco espín que las fuertes púas para enpeçar la batalla menea con grand ruido.

—¡O, Sancta María! —dixo el buen Aquilante—. ¿Qué podemos más aquí hazer al animal? Con todas las armas cuantas ay en el mundo no podemos empecer ni tampoco a este infernal cavallero no podemos matar. No nos queda media hora de aquí fasta que sea de noche. En verdad, mi buen hermano, yo no sé qué nos hagamos, que creo que nuestros pecados nos han traído aqieste tan maldito lugar a morir.

⁷²² de de To ¹⁵²⁵.

—Entonces —respondió el buen Grifón—, o muera o biva, que mientras luz hoviere e la mi buena espada e mis fuerças me duraren, jamás dexaré aquesta batalla.

Y diziendo aquesto el buen Grifón, empeçó a pelear con el maldito Orilo muy fieramente ^{148r} más que primero. En esto estando, vido el buen Aquilante venir un gentil cavallero armado encima de su cavallo, el cual traía preso e bien ligado en una gruessa cadena a un gigante.

E por vos contar lo que avino al fuerte Mandricardo, que en conpañía del rey Gradaso caminava, dexaremos esto en este estado fasta bolver a su tiempo a lo acabar de contar.

Capítulo [xci]. De la cruel aventura que acaeció a los dos fuertes guerreros, el rey Gradaso y el buen Mandricardo, junto al Despoblado Castillo con el monstruoso animal llamado Orco; e cómo libraron la fija del rey Tibiano que para su mantenimiento estava guardada.

Ya que fueron partidos del Castillo Felice el buen Mandricardo y el fuerte rey Gradaso, armado de aquellas luzidas e singulares armas de Héctor, passaron la Suria y el Damasco sin aver contraste alguno; e siendo juntos, a la mar vieron un fermoso castillo despoblado e alrededor la tierra tan desierta, que mucho se maravillaron; e como ya fuesse tarde, folgaron de quedarse allí; y con este pensamiento entraron dentro del yermo castillo; e andándole mirando, paráronse a unas ventanas que caían sobre la marina, junto con la cual una muy grande e ancha socarreña⁷²³ vieron, la entrada de la cual por entre dos grandes peñascos⁷²⁴ estava altíssima, fonda e muy oscura; e vieron que por un resquebrajo de una peña salía una cadena de dos ramales; e vieron al uno d'ellos atada por medio del cuerpo una muy fermosa e bien ataviada donzella, la cual llorando tan lastimeras palabras dezía, que no avía hombre que la oyesse que de gran conpasió no llorasse. Luego que los cavalleros tan lastimada donzella vieron y en tal cuita, movidos a piedad, se baxaron del castillo, e por una angosta senda que al socarreñado peñón guiava, se fueron fasta que junto a la dolorosa donzella llegaron, dexados en el Despoblado Castillo los cavallos; e como la vieron, el fuerte rey Gradaso le dixo:

⁷²³ socareña To ¹⁵²⁵.

⁷²⁴ peñascos To ¹⁵²⁵.

—Dezí, donzella, que Dios os alegre, ¿qué causa es la que os faze assí amargamente plañir?

—¡Ay, señor cavallero! —dixo la donzella, nuevas lágrimas derramando—. Lloro e lamento porque soy traída a morir áspera muerte e tengo gran razón de llorar. E si deseo de bivar tenéis, no paréis en este lugar, que no vos valdrán vuestras armas ni cavallos ligeros que tuviéssedes; mas antes que os partáis, pues por mi bien aquí sois venidos, hazedme tanta gracia que uno de vosotros con su espada me dé la muerte, porque mi alma irá más consolada muriendo d'este arte antes que morir a manos de tan horrible monstruo.

—Amiga —dixo Mandricardo—, no venimos aquí a os matar sino a libraros de la muerte e daros la vida. Por ende, dezidnos vuestra cuita, que o moriremos o vos libraremos d'ella.

La cuitada donzella dixo:

—Si el tiempo me bastare a vos lo contar, por vos complacer, yo vos lo diré. Sabed que en esta cavernosa cueva abita un monstruo llamado Orco, el cual es de una grande e desmesurada grandeza e fealdad, ca es de más de treinta codos en alto y es todo peloso como un salvaje, y en los dedos de los pies e de las manos tiene uñas dobladas grandes de un fiero león, e por la boca, d'entre los otros crueles dientes, le salen dos colmillos, cada uno de tres palmos e más; e si como la naturaleza le dotó de incomparables fuerças e ligereza le diera vista, a todo el mundo destruyera; él come carne cruda e beve sangre quando la puede aver; e si carne humana falla, á tanto plazer de la comer, que todas las otras carnes dexa por ella; e caça, aunque no tiene vista, solo por el estremado sentido del oler que tiene, que de tres millas lexos huele el hombre o ^{148v} otro cualquier animal; y guárdevos Dios d'él, ca si una vez lo huele, no se le escapa que no lo tome; e va dando los mayores saltos del mundo por el campo, que no ay corço ni venado que lo alcance ni por pies se le vaya. Tiene aqueste infernal Orco tanta fuerça, que los altos árboles que topa assí los arranca como si fuessen unas ortalizas nuevas plantadas sobre la faz de la tierra; e ay fama que ha tomado cavallero armado que le iva fuyendo, e a él e a sus armas e cavallo en un momento desmenuzarle como la poderosa águila que raviando de hanbre quiere a la simple tórtola aver por pasto. E pues es peor de lo que yo os puedo dezir, pídivos de gracia que no atendáis más en este lugar muerte tan desesperada, que, si espacio alguno hemos para fablar tenido, es porque, estando harto su estómago de tibia

sangre de animales e de hombres, se ha adormecido, e no espero sino que recuerde para morir a sus manos. E vale más que yo sola perezca que no vosotros, que más mengua, siendo cavalleros, faréis en el mundo que no yo desventurada hembra. E porque mi alma algún sossiego tenga después que d'estas temerosas carnes aya salido, hazedme merced que, si por el camino cuando os vais topardes un cavallero mancebo, que Norandino ha por nombre y es rey de Damasco, le contéis mi gran desventura e mi desastrado fin. E porque segund el amor [que] me tiene, si sabe el lugar do perezco, también verná él a tomar la muerte con gran voluntad, no le digáis en qué lugar me vistes d'esta marina, porque conmigo no perezca todo mi bien, antes le apartad d'este sitió mortal e dezilde que su querida esposa Lucinda, fija del rey Tibiano, queda muerta en los tiernos años de su más fermosa juventud; e por lo que devéis a virtuosos cavalleros, le confortad lo más que pudierdes, de arte que consoladoras palabras su gran pena e dolor mitiguéis.

Razonando, como oís, esta fermosa donzella, no cessando de lágrimas derramar de sus llorosos ojos, e ya como desmayada, faltándole el aliento e las tiernas e delicadas fuerças, callose, que más no pudo dezir. Fue tanta la compassión y gran dolor que el rey Gradaso e Mandricardo sintieron, que los mojados ojos de su cara no dexavan de con gran abundancia compassivas lágrimas derramar; e tomó tan gran furia y enojo el buen rey Gradaso de compassión que ovo, que, sin palabra hablar, puso mano a la espada e cortó el ramal de la cadena conque la fermosa donzella estava atada; e assí como el golpe dava sobre ella, sonava dentro de la cavernosa cueva una canpana⁷²⁵ que a la cadena atada estava. Cuando la donzella suelta se vido, dixo:

—¡Ay, mezquina, que lo poco que de la vida me quedava me avéis quitado! E por me hazer bien me avéis fecho mal, que agora al sonido de la canpana recordará el Orco e moriremos todos a sus manos.

En esto, ya el Orco salía por la boca de la cueva, alçando los gruessos y poderosos braços como quien se despereza e, abriendo la boca, con un bestial bostezo e un fuerte baladro, como aquel que harto de carne e sangre de pesado sueño se levantava; e rebolviendo después la grande e canina cabeça a unas partes e a otras, guiado por el olor, sin [se] detener, arrebató de un salto al rey Gradaso entre sus braços, y en dos palabras [le] travó de la cadena que atentando falló y con dos o tres

⁷²⁵ *campana To* ¹⁵²⁵.

bueeltas le ligó por los braços e por las piernas como si fuera un páxaro; el buen Mandricardo, que tan de presto vido a su compañero perdido, no las teniendo todas consigo, ligeramente se arredró de aquel lugar; e cogió dos grandes piedras en las manos, como aquel que no tenía espada de que aprovecharse pudiese, y aunque la tuviera, muy poco le prestara; y assí como al Orco en su rastro vido ^{<49r> [149r]} venir, tan gran golpe y de tanta fuerça le dio con una piedra en una rodilla, de que fizo gran sentimiento el Orco, mas no para que del todo le privasse su ligereza, aunque gran parte d'ella la ferida le quitava; e huyendo más adelante por se no ver en su poder, tirole la otra piedra muy fuertemente e diole con ella en la cara, que por sus anchas e largas narizes le hizo correr gran abundancia de sangre. El Orco, que assí lastimado se vido, arremete, saltando a unas partes e a otras, por haver entre sus uñas a quien tanto daño le avía fecho; e la Ventura, que tan bien andante al fuerte Mandricardo se le mostró, guió al Orco por unas grandes quebradas que por entre los riscos de aquel desierto canpo se fazían, las cuales eran altas e muy fondas; e pensando el Orco que sus ligeros passos en firme tierra afirmava, dio de una altura grande tan gran caída, que las costillas d'el un lado se desmenuzó; e fue tal el golpe, que por mucho que porfiava a se levantar no podía, e dava tan grandes baladros, que de muy lexos se oían, que espanto era de los oír.

Desque vido Mandricardo el bien que se le avía mostrado e sucedido en tan peligrosa aventura, de la cual no pensó escapar bivo, ovo muy gan plazer; e fuesse presto a la boca de la cueva e desligó al fuerte rey Gradaso, que muy desmayado estava; e díxole la buena ventura que sucedido le avía, de lo cual el rey e la donzella no ovieron poco plazer.

En esto, vieron bien cerca de la orilla de la mar una fermosa e gruessa nave que guiada a los grandes cherriados del Orco venía; e como los de la nao los vieron, echaron un gran batel al agua e salieron en tierra ciertos cavalleros d'ella, entre los cuales venía el rey Tibiano, padre de la fermosa Lucinda, aquella cuitada donzella que del Orco pensava ser comida; e tomándola en sus braços, con gran llanto que el padre e la fija fazían, esto por el gran plazer de su buena fortuna, se besavan con paternal amor e filial desseo. Pues las gracias que al buen Mandricardo dava el viejo padre por la libertad de la fija no se vos podrán contar. E rogoles mucho, pues era su desseo passar en Francia, se quisiesen ir con él a su isla próspera de Chipre e que de allí farían lo que su voluntad fuesse. Ellos lo ovieron por bien y, trayendo sus

cavallos, que en el desierto castillo dexaron, se metieron en la fermosa nao, la cual aún no avían tendido sus velas para se mover, cuando vieron al Orco que cara la marina con muy veloz e acelerado passo se venía; y los marineros, que lo vieron, a gran priessa desligaron las velas, tendiéndolas con gran sobresalto; e antes que su oficio viniessen acabar para que la nao moviesse, cogió el Orco un grandíssimo e movedizo peñasco y, entrándose por la mar adelante, se va al sentido de su olor cara la nao, la cual ya se empeçava a menear; y como ya el Orco sintió que la nao se le apartava y que la fondura del agua no se le consentía entrar más tras ella sin peligro de se ahogar, refirmose en sus pies y con tanta fuerça tiró el peñasco, que sobr'el izquierdo honbro traía, que si por ventura a la nao acertara toda la fiziera pedaços, donde perecieran con cruel muerte todos los que en ella estaban; mas tanto les vino bien, que no la acertó, aunque bien cerca d'ella la piedra grande cayó, del golpe de la cual fue tan grande el ruido que en la mar fizo, que espanto ovieron todos los de la nao, los cuales, como ya ella con su acostumbrada ligereza caminava, se aseguraron del temor que del Orco endiablado tenían. E faziéndoles próspero tiempo, en muy breve llegaron a la tierra de Chipre, que era del rey Tibiano⁷²⁶, donde fueron rescebidos con el palzer que sentir podéis, assí de los sus vassallos como de sus parientes y amigos. ^[149v]

Capítulo [xcii]. De lo que sucedió en la batalla canpal que entr'el Emperador e los moros se fazía; e cómo, dexando el canpo porque la escura noche venía, los cristianos se retiraron a la gran ciudad de París, e cómo quedaron fuera don Renaldos e don Roldán e madama Brandamonte por cierta ocasión que a cada uno sucedió.

Después que en la isla de Chipre algunos días los dos valientes guerreros folgaron por importunidad del rey Tibiano, partieron de allí la buelta de Francia. Andando sin parar, llegaron fasta las faldas de las grandes Selvas de Ardeña; e andando discurriendo de unas partes a otras, oyeron en unas llanuras grandes bozes e fortísimos alaridos, los cuales eran de la mucha gente pagana que gran pelea fazía con la cristiana gente del emperador Carlos. De la cual, dexando de contar d'estos

⁷²⁶ del tiabiano To ¹⁵²⁵.

dos cavalleros, devéis saber que andava tan sangrienta⁷²⁷ e reñida, que espanto era de ver, ca la gente del rey Agramante e la del rey Marsilio⁷²⁸ d'España, como era mucha más en cantidad que la de los cristianos e mas que no tenían delante al conde don Roldán qu'el paso les vedasse, porque, como arriba os deximos, en seguimiento del encantamento que el viejo Atalante fizo se fue, donde non bolvido más a la batalla, quedando, como arriba oístes, en la Fuente Encantada fuera de todo su libre sentido, hazían mucho mal en los cristianos. Pues el fuerte Ferraguto tanpoco estava de la parte de los moros, porque también, según oístes, estava en la gran fuente de las Selvas lamentando su fortuna cuando, queriendo beber del agua con el fuerte yelmo, se le cayó de las manos.

Ora pues, sabed que la batalla andava muy rebuelta; e contaros en particular cada fecho de los buenos e señalados cavalleros que allí estavan sería una larga e prolixa historia, porque el buen Renaldos hazía mortal destrucción en los enemigos. De los paganos, el fuerte Rugiero, que espanto era de lo ver. El marqués Oliveros fazía maravillas. El fuerte rey Agramante andava como un león. E por consiguiente, todos los señalados cavalleros de anbas las partes, en especial el fuerte Rugiero, que por su mano mató muchos señalados cavalleros, entre los cuales murió Sinibaldo, conde de Olanda, e Daniberto de Frisa y el duque Aingualdo de Ibernia, e otros muchos de que no se faze memoria. Baste que ya la noche se acercava e la batalla más ardía, aviendo gran daño de parte de los franceses e de sus conpañías. En esto, el buen Renaldos de Montalván, que descurriendo andava por las batallas, vido que Garipón, un conde magancés, venía fuyendo a rienda suelta de delante del buen Rugiero que le venía a matar; e como passó cerca del buen Renaldos, dixo:

—¡Ay, buen cavallero, ayúdame contra este perro moro que la muerte me quiere dar!

El buen cavallero, que a nadie supo negar ayuda demandándosela, buelve su buen Bayardo e, baxando su lança, tan fuerte encuentro dio de través a Rugiero estando descuidado, que lo derribó del cavallo abaxo, lo cual no fiziera siendo del encuentro avisado, ca era Rugiero muy estremado cavallero, y aun del linaje de Claramonte muy propincuo pariente d'él, e de don Roldán, e de Oliveros. E así como Rugiero se vio en el suelo, pone mano a su buena espada de Falerina y esperó a don

⁷²⁷ saagrientea To¹⁵²⁵.

⁷²⁸ gradaso To¹⁵²⁵.

Renaldos que boltease su cavallo sobre él; mas desque don Renaldos le vido a pie, tiene las riendas a Bayardo e, apeándose d'él, se va, la espada en la mano, contra Rugiero, donde viérades la más linda batalla del mundo entre dos tan fortísimos cavalleros. Empero como ya la noche se viniessse e a los cristianos por ser muy pocos les fuesse ^{150r} mal, su gran caudillo, el emperador Carlos, los iva recogiendo a más andar, alçando al cielo sus llorosos ojos, de rato en rato, diziendo:

—¡O, Soberano Señor mío, Redemptor del mundo, ave merced del tu pueblo cristiano!

E ya que casi toda la gente vido acaudillada, lo mejor que pudo los hizo retirar hazia la gran ciudad de París. En esto, los moros davan sobr'ellos con un alarido terrible, siguiéndolos como si verdaderamente fueran del campo los más victoriosos; e tanto los siguieron, que fasta la ciudad de París llegaron, donde los cristianos se recogieron lo mejor que pudieron. E por assí se retirar, fue causa que don Renaldos no acabasse con el buen Rugiero la batalla, de forma que se despartieron por entonces. El buen Renaldos, que vio el pueblo cristiano retraerse, dolíase mucho de coraçón; e para seguirlos, fuese a subir en Bayardo; mas fue una maravilla que su Bayardo, que jamás desobediente le fue, se apartó d'el con un curso veloz, que parecía un viento. El buen Renaldos lo seguía llamándole con sus acostumbradas bozes porque le esperasse; mas en balde era su llamar, que cuando más cerca d'él estava, dando muy ligeros saltos, se le alongava en breve espacio gran techo.

E también, cuando Rugiero se vio de Renaldos libre, quísose acostar a su cavallo Frontalate; mas don Turpín, que andando entre los moros a pie tan buen cavallo vido suelto, tomole e subió en él. Rugiero, que sobre él le vido, a gran passo lo empeçó a seguir, diziendo:

—¡Déxame mi cavallo! ¡Cata que te costara la vida!

Don Turpín, que ya el campo veía desbaratado, no se curó de tales palabras, antes le puso las piernas y el ligero cavallo començó a correr como un ave que buela; mas como ya alobregueciessse, topose en un passo de una cañada muy malo; e no siendo él ni el que le guiava sobre el aviso de aquel gran barranco, vinieron a caer en él, de arte que levantarse él ni don Turpín no se pudireron fasta que Rugiero, que los seguía, llegó a aquel lugar; e como vio que el cavallo caído en alguna manera dava

pena a aquel cavallero, con gran amor lo levantó y le preguntó si se sentía mal. Él, que tal voluntad vido en Rugiero, dixo:

—No me he fecho mal ninguno; mas duélome de mi señor el Emperador e de su gente que, siendo a pie, los no podré seguir.

El buen Rugiero, movido a compassión de su dolor, como aquel que, aunque no lo sabía por entonces, la naturaleza de su sangre le dolía de la pérdida de sus no conocidos parientes, dixo:

—Amigo, pues no te aflijas. Toma el cavallo en que veniste e vete a la paz de Dios; e si mi ayuda has menester, de grado te la daré.

—Muchas gracias —dixo don Turpín—, que no cabría en cortesía tomar lo que en tal tiempo tanto has menester; e de lo passado te pido perdón, ca uso es de guerra aprovecharse de lo que hombre vee vazío e ha menester.

En esto, iva ant'ellos un fiero pagano en un grande e feroso cavallo; e don Rugiero que lo vido, saltó en su Frontalate e fue a él e matolo, e traxo el buen cavallo a don Turpín diziendo:

—Cavallero, toma este buen cavallo en que camines.

Turpín, que tanta cortesía vido en un pagano, díxole:

—No me medre Dios si tú eres de sangre menos que la de Claramonte e Mongrana, que en paganos no ay tanta cortesía.

E de allí, cavalgando en el cavallo, se fue a la ciudad de París, donde vido mucho llanto e muy grande dolor; todos dezían que era muerto don Roldán e don Renaldos, e preso el marqués Oliveros, e Otón, y el rey Salomón, y el rey Desiderio, e Ricardo de Normandía; e tantos eran los llantos de todas las gentes, assí viejos como niños e mugeres, que grande compassión era oírlos.

Do ^{150v} por agora dexándolos vos queremos contar lo que avino a don Rugiero, que solo por el campo andava donde la sangrienta batalla avía sido.

Capítulo [xciii]. De cómo, andando el buen Rugiero por el campo, Ventura le llevó a donde la linda Brandamonte combatía con el pagano Rodamonte; e cómo tomó Rugiero la batalla por ella pensando que era cavallero; e cómo, después que la ovo conocido, fue para siempre preso de su amor.

El buen Rugiero, que el canpo vido desbaratado assí de los cristianos que se retiraron como de los moros que los ivan siguiendo, sin concierto alguno, cavallero en su cavallo, no sabiendo a qué parte ir porque la noche avía ya cuasi cerrado e la luna enpeçava a dar su noturna claridad, con el sossiego de la noche, como ya toda la gente fuesse lexos, oyó a un lado suyo detrás de un pequeño recuesto golpes como de cavalleros que combatían; e al ruido d'ellos guió para allá e halló dos crecidos e bien armados cavalleros que hazían una tan golpeada batalla, que él mayor en su vida vio; e bien creyó ser alguno de los cristianos, que ambos, por mejor se combatir, a aquel escondido lugar fuera de las batallas se avían arredrado. E sabed que eran Rodamonte, el fiero pagano, e la fermosa donzella madama Brandamonte, hermana del buen Renaldos de Montalbán, la cual, si os acordáis, como arriba os contamos, queriendo vengarse de aquel pagano que el día antes la avía derribado, se arredró allí con él en aquel lugar, en el cual gran combate el uno al otro se hazían. E avía ya tan gran rato que se golpeavan, que espanto era cómo lo podían sufrir. Cuando Rugiero los vido, fuese cara ellos [e] díxoles:

—Cavalleros, si alguno de vosotros es cristiano mejor le sería acompañar a su caudillo, que con gran daño al poblado se ha recogido, que no cumplir una interessal batalla.

Madama Brandamonte, que tales nuevas oyó, desmayándosele el coraçón de dolor, la rienda se le cayó de la mano; e alçando los ojos al cielo dixo:

—¡Ah, Soberano Dios, ave merced de nosotros por tu gloriosa pasión!

E acabando de dezir estas palabras dixo:

—Buen moro, el más fuerte que jamás prové en armas, pídotte de gracia me des lugar que siga los míos e me dexes de batallar por agora, pues oyes las nuevas que este cavallero ha traído.

El fiero pagano Rodamonte dixo:

—No te dexaré de batalla fasta que la venças o mueras en ella, o me dexes muerto de tus manos en este canpo; ni tal cortesía hallarás en mí, ca en tal estrecho y trabajo me has puesto cual nunca cavallero me puso.

Don Rugiero, que a compassión de las palabras de la linda Brandamonte se movió e a gran enojo contra Rodamonte viendo su gran villanía, dixo:

—¿Cómo, cavallero, tan secamente e sin virtud respondes? Por Dios te juro que esse cavallero vaya su vía e yo acabaré la batalla contigo, pues tanta gana la has.

E diziendo esto, pone mano a su espada e fuese para él, diziendo contra la donzella:

—Cavallero, idvos a la buena ventura, que a este follón yo le daré las manos llenas.

Ellos empieçan la mayor batalla del mundo; e la valerosa dama tomó su camino por ver si podría alcançar a los cristianos; mas en balde se fatigava, que ya pieça avía que eran entrados en la gran ciudad; e como vido que remedio por entonces no avía de los alcançar, pensó en sí la gran cortesía que con ella aquel buen cavallero avía usado e cómo assí en peligrosa batalla por ella de su propia voluntad se avía puesto viendo su necesidad; e assí como esto pensó, prestamente buelve el freno a su cavallo ^{151r} e fuese al vallejo donde la batalla se hazía e vídolos tan fieros e que tan desapiadados golpes se davan, que mucho se maravilló. Dio un gran golpe de espada sobr'el yelmo Rodamonte al buen Rugiero, que fasta el pescueço del cavallo le hizo baxar la cabeça; vio cómo el buen Rugiero bolvió sobre Rodamonte alçado en los estribos e la espada de Falerina a dos manos, e que tan gran golpe le dio, que fuera de todo sentido le sacó; e si el yelmo no fuera tan grueso e fuerte, pudiera ser que el fuerte Rodamonte peligrara. Como fuera de sentido el cavallo le llevasse, no quiso Rugiero poner más las manos en él, ca no era su condición fazer tal, antes lo esperaba que en sí tornasse para proseguir su batalla. Cuando la valiente e fermosa Brandamonte llegó con apressurado passo, <e> dixo al buen Rugiero:

—Señor cavallero, vuestra gran cortesía ya la avés mostrado e vuestro alto valor e gran fortaleza ya la emos visto; reciba yo de vós tanta gracia que esta batalla por mi amor dexéis.

El cavallero, que soberanamente era bien criado y muy cortés, dixo que de grado lo haría, si aquel su contrario no le tornasse a acometer. En esto, Rodamonte, que en sí avía tornado, blasfemando del cielo y de sus dioses, bolví contra Rugiero;

e como sin su espada se vido, que se le avía de la mano soltado, por poco no perdió el seso; entonces, conociendo la ventaja que Rugiero le hizo e como, si quisiera, pudiera ser que de allí no escapara bivo, dixo:

—Agora, cavallero, esto los dioses se lo quieren. Faz lo que quisieres e por bien tuvieres, ca tú eres a mí parecer flor de los cavalleros del mundo.

Madama Brandamonte dixo:

—Cavallero, por mi amor ha dexado la batalla, idvos donde quisierdes.

El fiero Rodamonte, que lleno de infernal coraje estava, bate las piernas a su cavallo e da a correr de aquel lugar como un diablo que del infierno se fuera. Y el buen Rugiero e la hermosa Brandamonte quedaron solos, la cual con afectuoso desseo desseava saber quién fuese aquel cavallero que tanta cortesía con ella avía usado; e dixo:

—Señor cavallero, yo os soy en grande obligación por lo que por mí avéis fecho; e porque querría, si en algún tiempo se me ofreciese caso en que os pudiesse servir la obra buena que de vós he rescebido, saber a quién devo esta obligación. Si enojo no vos hago, pídovos de gracia me digáis vuestro nombre; e si, señor, no vos parece cortés mi pregunta, dadme perdón, que la sobra que tengo de desseo para vos gratificar lo que he recibido me haze errar en lo que os he preguntado.

—Señor cavallero —dixo el buen Rugiero—, no tengáis en mucho esto que he fecho, que por ser tan cortés e mesurado como sois, no solamente os diré mi nonbre e mi linaje, mas aun porné por vós la vida cada [vez] que menester me ayáis.

—Gran merced, señor —dixo la hermosa donzella—, ca no vos he merecido lo que me ofrecéis.

—Sabed, señor —dixo el buen Rugiero—, que a mí llaman Rugiero de Risa, criado en poder de Atalante en el gran monte de Carena.

E de allí, empeçando ambos a caminar, le contó toda su generación e su passada en Francia e a qué, que ninguna cosa faltó, de arte que, por lo que él manifestó de su linaje, conoció la valerosa dama cómo era de los cavalleros de la Casa de Claramonte muy cercano pariente e cómo era de los paladines d'ella por muy recta línea venido. E junto con esto, le avía la linda dama mirado, e veíale muy rezio e muy bien entallado, quanto a un gentil cavallero pertenecía; e desseava como a su salvación velle el rostro, por ver si la naturaleza de fermosura de rostro le avía dotado como de gentileza e gran apostura de cuerpo. E ya que el buen paladín

Rugiero ovo ^{151v} acabado de contar su genalogía, de donde tan claramente la dama preciada conoció ser del tronco de su linaje, vido que estava muy suspenso el cavallero a quien él tan abierta e claramente avía declarado su origen e su intención; e como le vio callando, preguntole:

—Gentil cavallero, pues vos ha plazido lo que os he dicho, suplicos me os deis a conocer, porque sepa a quién mi vida he declarado.

La valerosa dama, que ya era ferida de verdadero amor, aviéndole penetrado su corazón aquellos dorados tiros con que Cupido a los más libres suele captivar y enagenar de sí mismos, dixo:

—Mal pensamiento sería el mío, gentil e muy valeroso cavallero, si quisiesse quedar con la prenda que os pedí sin os pagar la deuda que me demandáis. Sabed, noble señor, que a mí llaman madama Brandamonte, hermana carnal del buen Renaldos de Montalván e prima hermana del conde don Roldán, natural de la casa de Claramonte, que desde que ove edad de tomar armas fasta agora jamás me deleité sino en el exercicio d'ellas y en passatiempo de aventuras; e porque verdaderamente te creas lo que te digo ser verdad, espera, verás de cierto lo que agora quizá no creerás de mi palabra.

Y desenlazándose el yelmo, mostró su fermoso rostro blanco y delicado, acompañado de un cavalleroso denuedo e una grande e ruvia cabelladura cogida al derredor de su cabeça con unos ricos prendedores de oro; e fue tan soberanamente fermosa en el acatamiento de Rugiero, que assí verdaderamente por cierto lo era, que no fue más en manos de aquel preciado cavallero sino, perdidas las sus vigorosas fuerças, captivarse desde aquella hora para siempre de su amor; e assí el corazón le estava en su cuerpo temblando, como aquel que nueva ferida sentía; e cuasi mudo, sin poder responder, no se hartava de mirar aquel bien proporcionado rostro de la armada doncella, la cual, llevando su cara resplandeciente de fuera, llevaba su luzido yelmo sobre el delantero arzón de su cavallo; e como vido que el buen Rugiero, cavallero estremado, callava, díxole:

—Buen señor, pues ya de mí avéis sabido lo que queríades e visto lo que por ventura dudavades⁷²⁹, suplicos vuestro rostro descubráis, porque nuestro ruego sea sin ventaja de ninguna parte.

⁷²⁹ dabdauades To¹⁵²⁵.

—Buena señora, la que más preciada entre las donzellas de su tiempo se puede llamar, ni puedo negar lo que me mandáis, que, pues sois en mi ánima enseñoreada, no podrá el captivo cuerpo sino para sienpre obedeceros.

E queriéndose quitar el yelmo para hazer lo que le era mandado, oyeron un gran tropel de cavalleros que de gran sobresalto sobr'ellos venían e a grandes bozes, diziendo que se diessen a prisión.

Capítulo [xciiii]. De cómo, andando hablando en sus enamoradas razones el buen paladín Rugiero e la fermosa Brandamonte, salieron ciertos moros a los prender, e la batalla muy rezia que con ellos ovieron; e cómo madama Brandamonte, yendo en seguimiento de un pagano que la fatigava, fue apartada de su nuevo enamorado, e cómo él con gran dolor la empeçó a buscar.

Quería el nuevo enamorado Rugiero quitarse el yelmo por mostrar su cara a aquella valerosa donzella que su coraçón mortalmente avía ferido, cuando de un montezillo vido salir de celada cierta gente que con gran grita venían, diziendo:

—¡Daos, daos a prisión, si no muertos sois!

E sabed que eran estos Pinadoro e Martasino e Daniforte e Marodano e Barigán que⁷³⁰ se avían puesto con algunos moros en celada para tomar e prender los que del campo ^{152r} huyessen; e aunque más bozes dio el buen Rugiero diziendo: «¡Passo, passo, que soy Rugiero de Risa!», no aprovechó cosa alguna, ca con el gran ruido que traían no oyeron las bozes que dava. E llegando a ellos Martasino, que más sin arte que los otros era, movido a gran ira, fue la espada en la mano e firió de un golpe a madama Brandamonte que sin el yelmo estava sobre la cabeça, que, si no fuera porque la dama alçó el escudo en que le rescebir, malamente la firiera; e aunque le alçó, todavía la firió sobre la desarmada cabeça de una pequeña ferida de que luego por su blanco rostro empeçó a correr la sangre. Cuando su querido Rugiero la vido assí ferida, no fue onça hambrienta más feroz, e arremete a Martasino, la espada en la mano; e Daniforte le dio bozes, diziendo:

—¡Guardad, guardad, señor Rugiero, que esse es Martasino!

E como Barigán vido que todavía Rugiero sobre Martasino se llegava, arremete e da tan gran golpe sobre la cabeça al buen Rugiero, que fuego le hizo del

⁷³⁰ qne To¹⁵²⁵.

yelmo salir en abundancia. No hizo sentimiento el buen cavallero por aquel golpe, antes se empieça a rebolver entr'ellos de una parte e de otra firiendo. La linda Brandamonte puso a su buen cavallo las piernas e arredrose un espacio de los enemigos; e puso prestamente su yelmo en la cabeça y enlazósele, e la espada en la mano, embraçando su escudo, buelve donde estava su nuevo enamorado cercado, haziendo estrañas maravillas entre aquellos renegados; e como vido a Barigán los golpes despiedados que sobre Rugiero doblava, va a él e a dos manos le dio por una espalda tal golpe, que fasta la cintura le abrió e cayó muerto del cavallo abaxo. El valiente Rugiero, que tal golpe de mano de una ferosa donzella vido, [dixo]:

—Guárdeme Dios —dixo— de tus manos, ferosa señora, que bien parecen esos golpes a los⁷³¹ de don Renaldos tu hermano.

Como vieron los moros assí muerto a uno de sus principales, por fazer la vengança, cercan a la valiente donzella, que ellos por cavallero tenían, de unas partes y de otras, dándole tantos golpes, que no parecían sino menestres diligentes que sobre la dura yunque alguna pressurosa obra martillan; mas el buen Rugiero, que no quería ver en punto de peligro a quien él tanto amava, arremete a los que la cercavan. Cuando assí Martasino e Pinadoro le vieron que deliberava todavía de les hazer daño, dixeron:

—Don Rugiero, no pensávamos que tan poco honor avíades ni tan poca virtud que fuéssedes traidor a vuestro señor Agramante.

Cuando este ultraje vido que le dezían los perros moros, dixo:

—Mentís como canes viles, que vosotros sois los traidores, que a saltearme salisteis a mí e a quien en mi compañía traía. Pero antes que de aquí partáis, yo os haré conprar con las vidas lo que me avéis dicho con las lenguas.

E diziendo esto, métese entre medias d'ellos, matando e firiendo a cuantos encontrava, ca avía más de cincuenta en compañía d'estos cinco principales moros. Allí la valerosa donzella, por mostrar a su querido Ruguiero sus proezas e valentías ser más de lo que se sonava, hazía estraños golpes. El buen Rugiero, porque viesse su valor aquella que él tanto amava e le amasse con igual razón, de sus obras hazía maravillas, de arte que estavan ambos de propósito que, si tres tantos fueran los moros, pensaran llevarlos todos por filo d'espada. En esto, alcançó Rugiero sobre la cabeça de Pinadoro un tal golpe, que cuasi atordido le fizo estar en poco de caer en

⁷³¹ olos To ¹⁵²⁵.

tierra. La fuerte Brandamonte vido a Martasino, el que antes la avía ferido, y espoloneó tras él diziendo:

—¡Espera, espera, agora que tengo yelmo!

E tal golpe le dio sobr'el yelmo, que ya iva a caer por tierra si de presto al pescueço del cavallo ^{152v} no se abraçara; e aun allí acabara de le pagar la obra que de sus manos avía resecebido si no que Morodante, un ardid moro, salió de través a la ferir; mas Rugiero, que d'ella los ojos no partía, luego saltó en su acorro, dexando a Pinadoro que delante tenía, e tal golpe sobr'el escudo le dio, que se lo cortó a cercen e lo firió algún tanto; e Pinadoro que le seguía, diole a su plazer al paladín en el gorjal de sobre las armas tal golpe, que se le cortó, e lo friera malamente sino fueran las armas tales como buenas.

Mientras que esta batalla assí andava, entra de nuevo Daniforte con más de treinta peones moriscos desarmados, solo con lanças y espadas bolteadas en las cintas; e con tal alarido vinieron, que a otros cualesquiera cavalleros que tales no fueran pusieran espanto; mas luego en su llegada sintieron el daño de su venida, que de la primera buelta que la fermosa Brandamonte y el buen Rugiero dieron entr'ellos embiaron al infierno más de diez d'ellos. En esto, Martasino dio a dos manos un gran golpe a Rugiero sobre la cabeça, que todos pensaron que lo avía mal ferido; mas no se le fue alabando d'él, que bolviendo sobre él, le dio otro que armadura alguna no le valió, que muerto en dos partes la cabeça hecha le derribó en tierra; e assí se ovieron con ellos, que en poca de hora los desbarataron, que hombre con hombre no quedó, salvo Daniforte, que con un ligero cavallo muy bueno e famoso en demasía entrava e salía, firiendo a la fermosa Brandamonte, tanto que ella de enojo de ver aquel perro quería reventar; e dixo:

—Por la fe en que creo, que no te dexes fasta te matar y embiar al infierno con tus compañeros.

E dexose correr a él; mas poco le dañava, que el cavallo del moro quanto quería su dueño hazía por el campo, tanto que le esperava fasta le dexar junto con ella, y de que quería, bolava como ave adelante; e d'este arte la llevó a la donzella tanto trecho del lugar donde la batalla se avía fecho, que ella con la escuridad no sabía en qué lugar estava ni si estava junto a su querido Rugiero o si lexos. E como vio que el seguir al moro le aprovechava poco, dixo:

—Por la fe en que creo, que aunque sepa peligrar, que yo te captive.

E diziendo esto, apeose de su cavallo como que ya por el passado trabajo no se podía mecer. E viendo esto el pagano, dixo:

—Ya no te valdrán tus fuerças, cristiano, que a mis manos no mueras.

E a todas las palabras madama Brandamonte ninguna cosa respondía, fingiendo más e más de la desmayada, que el moro, tomando la lança so mano, la vino a ferir; e no la ovo encontrado cuando, dexándose ella caer en el suelo, fingió de estar mortalmente ferida. El moro, que d'esto no poca alegría sintió, dixo:

—Assí, ¿quién vos haze entrar en regla?

E saltando del cavallo, él, que mal armado venía, dixo:

—No es poca presa en tal tiempo aver ganado estas tan buenas e ricas armas.

Assí como del cavallo saltó, levántase la buena donzella e tal golpe le dio sobre la cabeça, que fasta lo ojos se la hendió; e cayendo con la ravia de la muerte, le dixo:

—Assí, perro, ganarés el sueldo de vuestra jornada, ca perderés la vida e me dexarés esse buen cavallo.

E como del cansancio e de la ferida algo la linda donzella se sintiesse, assentose en aquel solitario canpo; e quitando la toca de la cabeça al moro, cortó un pedaço d'ella e limpiose e ligose la ferida lo mejor que pudo; e cavalgó en aquel buen cavallo e por donde mejor le pareció, diose a andar por ver si atinaría al lugar donde al buen Rugiero avía dexado, mas más se alongava d'él quanto más andava.

E dexándola andar, vos contaremos lo que el paladín Rugiero hizo de que libre de sus enemigos desbaratados se vio e no halló a su deseada señora ^{153r} Madama Brandamonte, por lo cual, movido de gran pasión, determinó de la buscar por aquellos solitarios campos.

Capítulo [xvc]. De cómo el buen Rugiero, andando muy penoso en busca de su querida señora madama Brandamonte, se encontró con el buen Mandricardo e con el rey Gradasso; e cómo, de palabra en palabra hablando, ovo una descomunal batalla entre Gradasso e Mandricardo; e cómo Rugiero e Brandimarte, que la sazón allí se halló, los avinieron e pusieron en paz.

Ya entrava el filo de la media noche⁷³² cuando el buen Rugiero acabó la batalla de sus enemigos con gran daño d'ellos; e como ya vido que no avía quehazer, dixo:

—Gracias a Dios que el estorvo de hablar con todo mi bien, con muerte de mis enemigos se ha quitado.

E adobándose sobre su cavallo lo mejor que pudo del passado trabajo, miró a unas partes e a otras e no vido la preciosa Brandamonte, de lo cual no fue poco triste, antes, andando a una e a otra parte llamando a bozes, no la pudo hallar; e saltándosele las lágrimas de sus ojos, dixo:

—¡O, Fortuna! ¿Quién de tus contrastes se puede librar? ¿Quién de tus golpes manparar se puede? ¿Qué haré yo, cavallero sin ventura, no viendo mi bien todo? ¿Dónde lo buscaré? ¿No me valiera más no la aver visto ni conocido que no, viéndola, captivarne e tan presto perder mi bienaventurança?

E dexando la rienda a la ventura, dexó ir a su cavallo por do llevar le quería, andando a su plazer e tan sin gobierno como si por el camino fuera sin señor. E como el cavallo sintió compañía, aunque lexos estava, guió hazia allá; e tras un recuesto en un pequeño valladar estaban dos cavalleros descansando en la frescura del campo, apeados de sus cavallos; e como los passos que a ellos venían sintieron, acogieron de presto a ellos e cavalgaron, cuidando que fuesse otra cosa que enojarles quisiesse; mas aunque el buen Rugiero cerca d'ellos llegó, ni los saludó ni palabra les habló, esto no por falta de criança, ca por cierto en él avía tanta como en cualquier cavallero de su tiempo, mas por ir como iva enajenado de sí mesmo, teniendo puesto todo su corazón dónde estava su deleitable tesoro. E como así callando passó, dixeron los dos cavalleros:

—Dezid, cavallero, ¿sois mudo o salteador, que callando andáis de noche por las florestas?

⁷³² nache To¹⁵²⁵.

Rugiero, en sí conociendo el yerro de su callar, habló de aquesta manera:

—Perdonad, señores, ca no puede más el cuerpo hazer de quanto el cuidado le ocupa. Dezidme, por la fe que a Dios devéis, ¿vistes a caso passar por aquí un cavallero poco ha?

—Por cierto no lo avemos visto —dizeron ellos—. Mira por ventura si te haze menester nuestra compañía o ayuda, ca haremos de buena voluntad lo que te cunpliere, ca bien sentimos que tu corazón deve ser de afectuoso amor enagenado.

El buen Rugiero, queriendo con palabras encubrir su herida, con triste boz respondiendole e con sospirosos gemidos que a cada palabra dava, la manifestava más. E de que ellos sintieron su pena, de buena voluntad se fueron con él diziendo:

—Buen cavallero⁷³³, dezidnos vuestra fatiga, ca no vos dexaremos fasta hazer por vós lo que os cumpliere.

—No es otra —dixo Rugiero— sino que he perdido mi buena compañía. Pero en gran merced, señores, tengo vuestro ofrecimiento e vuestra buena compañía, ca yo bien creo que con ella no me irá mal.

E andando juntos todo lo que de la noche les quedava, ya que el alva salía, miraron los dos compañeros a don Rugiero, e como tan ^{153v} fermoso e tan bien encavalgante le vieron, dixeron:

—Por verdad este deve ser buen cavallero e de gran cuenta.

E como tal le vieron, propuso Mandricardo de le preguntar su nombre e su generación, e que, si no se lo dixesse, combatirse con él sobre tal causa; e assí como ovo esto pensado, luego lo puso por la obra; e díxole:

—Dezidme, cavallero, cómo avéis nonbre, o si por ventura sois d'esa tierra en que andamos, ca cierto yo de grado lo querría saber.

—¿Por qué lo preguntáis? —preguntó Rugiero—, ca no vos traerá pro ninguna saberlo.

—Querría saberlo, si os pluguiesse —dixo Mandricardo.

El buen Rugiero dixo:

—¿No son nuestros pensamientos todos unos?, ca no ha mucho que di cuenta d'esso que queréis saber bien por entero a un compañero mío que he perdido; e pienso que, si no se la diera, no perdiera mi vida como la entiendo perder si no le hallo.

⁷³³ cauallera To¹⁵²⁵.

—Pues o vos cumple dezírmelo —dixo Mandricardo— o la perderés a mis manos.

—Por Dios, cavallero —dixo Rugiero—, no sois mesurado en me querer assí forçar que os diga mi nombre contra mi voluntad; e, si como no traéis espada, la traxéssedes, o lança con que os defender, yo vos hiziera conocer que vuestra descortesía merescía castigo.

—Por esso no lo dexéis —dixo Mandricardo—, ca yo no puedo traer espada hasta que en buena guerra yo la quite con victoria al conde don Roldán, ca tal voto e juramento he fecho e a esto soy venido a estas tierras dexando las mías.

El fuerte rey Gradasso, que a todas estas palabras presente estava, tomole tanto enojo de oír estas palabras a Mandricardo que, con un desdén algo principiado para aver enojo, le dixo:

—Señor Mandricardo, ni lo digáis ni lo hagáis. Pídoslo por merced, que no os lo consertirá Roldán, que, como es muy buena espada, quiérela tanto que ni os la dará ni os la venderá.

—Señor Gradasso, dexémonos d'essas escarnidoras palabras —dixo Mandricardo—, ca no digo yo [que] quiero que sepáis que se la he de comprar ni pedir de gracia, sino de vencelle en campo mi persona a la suya e aver batalla con él como la ove con vós en el campo del Castillo Felice, e quitársela mal su grado, e aun la vida, si menester fuere.

—Por Dios, siempre sois muy sobresalido, Mandricardo —dixo Gradasso—, que yo tenía más aparejo cierto para la conquistar e aver que no vós, ca por ella e por Bayardo, el buen cavallo de don Renaldos de Montaván, he gastado assaz de mis tesoros e passé acá con ciento e cincuenta mil combatientes e no los pude aver, antes, con harta pérdida de mi gente, me bolví más⁷³⁴ vazio. Pues, por mi persona bien sabéis vós que soy tan bastante yo como vós a dar fin a cualquier empresa que sea; e si vós lo negardes, yo os haré conocer luego de vós a mí que es verdad lo que digo.

—No es essa la verdad —dixo el fuerte Mandricardo— e a tiempo sois que lo pagaréis.

E diziendo esto, arremete a un alto olmo e con dos manos desgajó un gran bastón. El rey Gradasso que lo vido, arremete a otro e desgajó un grueso ramo; e assí como los ovieron adobado como les pareció, viénese el uno al otro e tales e tan

⁷³⁴ man To¹⁵²⁵.

espessos golpes se dan, que no avía quien los mirasse que de tal pelea no se riesse. El buen Rugiero, que los mirava, escarnecía de tal pelea diziendo:

—Por Dios, más me parece renzilla de villanos labradores esta que no conbate de cavalleros.

E muchas vezes quiso ponerlos en paz; mas no se atrevió, porque vido el grande enojo que el uno del otro avía mostrado.

En esto estando, vido cara sí venir un cavallero muy dispuesto por el camino e traía consigo una bien guarnida dama en un blanco ^{154r} e muy gentil palafrén; e assí como junto con él llegó, saludole muy cortésmente e Rugiero assí mesmo a él; e díxole:

—Buen cavallero, parésceme que os he visto en otra parte e no me miembro dónde.

—En Biserta —dixo el cavallero— me avréis visto, ciudad del rey Agramante, ca por cierto vós sois don Rugiero de Risa, e yo soy Brandimarte.

—¡Santo Dios! —dixo Rugiero—. Dezís verdad, ca yo vos vi hazer allí las justas donde mucha honra ganastes.

—Gran merced —dixo Brandimarte—, señor don Rugiero; mas suplícos por cortesía me digáis qué es la causa d'esta no usada e descomunal pelea d'estos dos cavalleros.

El buen Rugiero se lo contó, cómo aquel que no tenía espada en la cinta era un cavallero que con el otro avía tenido palabras, de las cuales no se podía escusar que no viniessen a batalla; e cómo él le avía dicho que si traxera espada o lança que le castigara sus palabras; e cómo avía dicho que fasta ganar la espada a don Roldán avía hecho voto de la no traer; e sobre esta razón dixo su compañero que él avía passado con mucha gente en Francia a la conquistar a ella e al cavallo de don Renaldos e cómo no lo avía alcançado y que avía perdido mucho; e de allí, de palabra en palabra, dixo cada uno que valía más que el otro para tomar esta demanda; e sobre aquesto, como veis, an batalla, en la cual, el uno, que Gradasso ha nombre, ha usado de virtud en no la hazer con ventaja de espada, porque su contrario no la tiene.

—Señor Rugiero —dixo Brandimarte—, pidos por merced que los pongamos en paz e yo los hablaré de arte que cada uno quede contento.

—Sea como vós mandardes —dixo Rugiero

E fueron ambos a dos a ellos; e díxoles Brandimarte:

—Señores cavalleros, pidos de gracia me queráis oír una razón. Vuestra batalla es assaz fea para entre cavalleros. Por mi amor que la dexéis e, si por bien tuviédes, ser amigos e todos cuatro como estamos vamos a donde el conde don Roldán está, el cual hallaremos dentro en las Selvas de Ardeña, dentro en la Fuente de las Ninfas llamadas Náyades. E yo he venido desde gran tierra a lo librar de allí; e deque yo lo aya librado y esta mi donzella, siendo él presente, cada uno propóngale su demanda, que yo [soy] fiador que él no rehuse la batalla a cualquiera de vosotros ni aun a entrambos si menester fuere, ca yo le conozco muy bien e le he provado con assaz peligro de mi persona.

—Sea como lo mandáis —dixeron ellos—, que entonces veremos cuál aprobará mejor e dará recado.

—Pues sea —dixo Brandimarte— d'esta manera: échense suertes cuál será el que agora de vosotros será el primero en esta demanda; e a quien la Fortuna le diere la primera, aquella siga; y el otro por el presente váyase a la buena ventura.

—También sea assí —dixeron ellos—, ca bien dezís.

Luego la donzella de Brandimarte, llamada Flordelisa, tomó dos piedras, una blanca e otra pequeña negra, y echó la suerte; e cupo al rey Gradasso, de lo cual muy enojado Mandricardo se partió de allí sin palabra hablar; e fuesse donde el rey Agramante estava, el cual halló que tenía cercada la gran ciudad de París muy estrechamente; e cuando le conoció quién era, rescibiolo muy bien e hízole la honra que tan gran señor como él merecía.

E dexándole con él en el real, dezirvos hemos de lo que aconteció al fuerte rey Gradasso e al paladín Rugiero e al buen Brandimarte, los cuales ivan con Flordelisa a librar al conde don Roldán, que encantado estava es la Fuente de las Náyades, en las Selvas⁷³⁵ de Ardeña.^{154v}

⁷³⁵ sierras To¹⁵²⁵.

Capítulo [xcvi]. De cómo el conde don Roldán fue sacado del encantamiento de la Fuente de las Náyades; e cómo él y el rey Gradaso ovieron batalla sobre la buena espada Durindana, e cómo se despartieron; e cómo él y el rey Brandimarte se fueron la buelta de París, que cercada estava de los paganos; e del rebato en que los pusieron libertando los presos cristianos que tenían.

Pártense los tres cavalleros con la linda Flordelisa, la cual el remedio llevaba para sacar del encantamiento al conde don Roldán, para el espeso bosque donde la linda Fuente de las Náyades estava; e así como cerca d'él llegaron, vieron la más fresca arboleda del mundo, tal que en su vida otra tan linda e aplazible vieron; e cuando Flordelisa vido el sitio puesto donde la clara fuente estava, dixo:

—Todos los que conmigo vais, si queréis ver la mejor cosa del mundo fecha por arte, hazed lo que yo fiziere, veamos si ternéis coraçón para ello.

E apartando las ramas espesas de los árboles, empezaron todos a pie a seguir a Flordelisa, esperando ver qué cosa fuesse aquella e qué fin avría; e así como la espesura ovieron passado, entraron donde la fuente claríssima estava; e cuando junto con ella llegaron, dixo la donzella a su querido Brandimarte:

—Señor, seguidme e avrés plazer a demasía, y esos otros buenos cavalleros, si quisieren, holgarán.

E sin se más detener, a vista de todos, se lançó dentro en la fuente clara, de que todos se maravillaron, e más cuando no la vieron biva ni muerta, e mirávanse unos a otros como que de tal cosa se maravillavan mucho. El buen Brandimarte, armado como estava, dixo a los otros dos compañeros:

—Señores, hazed como yo, no temáis, que no ay peligro alguno en este lugar.

E diziendo esto, dexose caer de pico dentro en la límpida agua donde más no fue visto ni por memoria. El rey Gradasso dixo al paladín Rugiero:

—Ved qué vos parece, señor, que devemos fazer.

—Señor —dixo Rugiero—, lo que vós quisierdes, que maldígame Dios si yo entiendo este negocio, que aventurar quiero yo mi vida porque no se impute de covarde mi persona.

—Pues, sus, en buena hora —dixo el rey Gradasso—, que yo ál tanto quiero hazer.

E sin más dilaciones se dexaron ir por donde Brandimarte e su donzella avían ido e assí como los otros fueron sumidos en el agua sin ser empescidos en cosa alguna; e falláronse dentro en un rico patio, al derredor del qual avía muy riquísimos palacios e muy grandes además. E sabed que, como los tres cavalleros dentro fueron, tan fuera de sí con un nuevo plazer se hallaron ni más ni menos que don Roldán, al qual hallaron cercado de donzellas desnudas muy lindas sobre manera, que parecían ángeles, todas las sus carnes blancas como nieve⁷³⁶, los dorados cabellos de sus cabeças sobre sus espaldas desparzidos e unas roscadas aguirnaldas en sus cabeças, cantando e bailando al son de melodiosos instrumentos de música, los cuales sonidos, junto con la vista de las fermosas ninfas, eran bastantes sin otro encantamiento a enagenar a cualquier hombre. De que ya vido Flordelisa que de la música sus compañeros e su amado Brandimarte avían ya buena pieça gozado, tráxolos por la mano por toda la casa, mostrándoles tan ricas moradas e tantas labores, que todas, aunque ya de las cosas passadas se no acordavan, se mucho maravillaron. E riendo Flordelisa de los ver atónitos y envelesados dixo:

—Assí Dios me vala, que estos mis mancebos ya darían por bien empleado^{155r} quedarse aquí; mas no plega a Dios que tanto mal se consienta, e malayan estos encantamientos que assí los buenos cavalleros destruyen y enagenan, quitando que sus personas se estén suspensas e sin se exercitar en obras cavallerosas donde gran bien podrán fazer.

E como enojada, sacó una guirnalda artificialmente hecha que ella traía e púsola sobre la cabeça al conde don Roldán; e assí como se la puso, tornó en sí, como quien de un pesado sueño ha recordado; e por consiguiente, uno a uno la puso a los otros e ni más ni menos los recordó, de que todos ellos fueron mucho maravillados. En esto, las náyades que allí estaban, sintiendo el tal movimiento en su encantada morada, todas se desaparecieron de aquel lugar; e luego la gran fuente con grandísimo ruido empeçó a gorgonear e sumiose toda el agua dentro de la tierra, de arte que señal de fuente no se pareció, e todos los cavalleros e la donzella de Brandimarte se hallaron encima de la tierra porque a su parescer estaban debaxo; y como quien en tierra nueva se vee, ansí le pareció que estaban fasta que reconocieron el lugar del fresco bosque; e luego, juntos como estaban, se salieron de aquella espessura, cavalleros en sus cavallos; e assí como al llano camino salieron,

⁷³⁶ niene To¹⁵²⁵.

vieron cara sí en un palafrén venir un enano de muy feo cuerpo e gesto, el cual se llegó al rey Gradasso, e dixo:

—Cavalleros, pues que sabés que os es dado desazer agravios e buscar aventuras para exercitar vuestras francas personas, ved si queréis venir conmigo e ponervos he en parte donde ganés honra, que es en una aventura donde, aunque es dificultosa, perpetua fama entre cavalleros podéis ganar; e quien voluntad tuviere de le dar cima, sígame, que yo le guiaré.

—Por Dios —dixo el rey Gradasso—, no siento yo cavallero que dexasse de ir contigo, si no temiesse ser engañado por algún engañoso encantamiento. ¡Dios confunda tantos como ay!

Rugiero dixo otro tanto como el rey Gradasso; mas el flor de los cavalleros de su tiempo, el valiente sin par don Roldán, dixo:

—¿Cómo, señores cavalleros? ¿E tal cabe en vuestros cavallerosos coraçones que, llamándoos para una aventura, temés no sea encantamiento? Sentid que cuanto más peligrosa es más honra se gana; e si no avéis voluntad de ir a ella, dexalda a mí, que no precio ni guardo tanto mi vida como vosotros, que por Jesucristo, que si assí vosotros hazéis, que ay cavalleros en vosotros para cien años.

Mucho rieron Brandimarte e la linda Flordelisa de oír al conde don Roldán cuán graciosamente los avía imputado de covardes. E ovo tanto enojo el rey Gradasso de oír estas pláticas e risa, que más no ovo en su vida; e dixo:

—¿Cómo, don Roldán, pensáis vós que todo vos⁷³⁷ lo valés e que no ay quien se os iguale que assí tan desfraçadamente habláis? Sabed que yo quiero esta aventura emprender; e porque en ella temo de peligro, he voluntad de llevar vuestra espada, que me an dicho que es la más cortadora y mejor del mundo, e sabéis que vuestro emperador me la prometió porque alçasse cerco de sobre él. Si tú me la das de voluntad, harasme plazer; e si no, defiéndete, ca yo la quiero ganar por fuerça de ti, que más tesoro me cuesta que tú e tu cavallo pesáis.

Don Roldán, que le oyó hablar en tal manera, luego creyó que aquel era el rey Gradasso que tanto daño en la cristiandad avía hecho; e díxole:

—Por cierto, Gradasso, yo te la daré de aquesta manera, que más te valiera ir a essa aventura, donde ganarás honra, que no entrar conmigo en batalla, donde perderás la vida.

⁷³⁷ os To ¹⁵²⁵.

E fuesse para ^{155v} él la buena espada alta e assí mesmo el fuerte Gradasso; y empieçan una de las más peligrosas batallas del mundo, dándose golpes desmesurados, haziendo ellos dos tan gran ruido como si diez cavalleros se combatieran. El valeroso conde, que lleno de ira estava, conociendo el orgullo de aquel perro moro, diole tal golpe a dos manos, que quanto del escudo le alcançó con parte de armas le derribó por tierra. El rey Gradasso, dexando el escudo a las espaldas, tomó su pesada espada a dos manos e dio al conde sobr'el yelmo tan gran golpe, que lo estordeció, de tal manera que, quando tornó en sí, quería morir de ravia; e fuese para el rey Gradasso e, alçándose sobre los estribos, diole sobr'el yelmo en descubierto tan grandíssimo golpe, que la sangre le hizo saltar por las narizes; e tan fuera de acuerdo le dexó que, los braços caídos, sin sentido alguno le llevaba su gran cavallo por donde quería. E viéndole en tal estado el buen Rugiero e Brandimarte, fueron con grande acatamiento al conde e suplicáronle tuviese por bien de dexar aquella batalla, porque ya avían visto en ella parte de su poder e cómo el rey Gradasso podía llevar el pago de su atrevimiento si la batalla durasse; mas luego lo acabaron con él e se despidieron de uno en uno el buen conde e Brandimarte e su donzella; e quedó solo con el desacordado rey Gradasso el buen Rugiero, los cuales, a la demanda que el enano les avía dicho, se partieron juntos.

E deziros emos a su tiempo lo que les acaesció en ella. Agora sabed que el conde e Brandimarte e su donzella se fueron la buelta de París; e llegando cerca, vieron el cerco en torno que el rey Agramante y el rey Marsilio de España le tenían puesto, de lo cual el conde ovo en su corazón muy gran dolor. Los de la ciudad noche y día estaban sobre el muro, guardando con gran vigilancia no dañassen la ciudad los muchos moros, los cuales, con diversidad de ingenios, nunca cessavan poco o mucho de la combatir por muchas partes. El conde, que esto vido, parose a pensar un rato sobr'el delantero arzón de su cavallo la gran prosperidad del emperador Carlos y el grande estrecho en que agora estava. E dende a un rato empeçó a sospirar, diziendo:

—¡O, falace mundo e desventurada vida! ¡O, caduca esperança! ¡O, vana e frágil confiança mundanal, cuán sin seso e sin saber es el que en ti se confía! ¡O, quién vido al emperador Carlomagno, triunfales victorias aviendo, tornear el mundo e agora le vees encerrado en una de sus ciudades con tanto aflegimiento e angustia, cercado de sus vassallos y estrangeros moros!

Diziendo esto, oyó un gran rumor que se alzó en el real, y era que toda la morisma acogava a un lugar donde el fiero Rodamonte el Africano dava un cruel e muy rezió combate, aventurando su vida por conquerir fama entre todo aquel paganismo; allí la grita sonava que el cielo rompía: los de la ciudad animosamente defendiendo e los moros crudamente peleando. ¡O, Rey del cielo! ¡O, Virgen gloriosa!, que era ver la afligida ciudad y el rebato d'ella, donde los cavalleros peleavan; los oficiales acarreavan pertrechos ofensivos y defensivos; los religiosos oravan, suplicando a la divina bondad los remediase; las matronas por los sanctos lugares descalças, pidiendo a Dios misericordia. Pues los infantes, que a sus madres veían llorar, ved si con sus delicados ojos con infantiles gritos les ternían compañía. Allí el Emperador, como cada cual, defendía su cuartel, viendo el desaforado combate. El buen Danés hazía maravillas, animando a todos que valía más morir defendiéndose que no dexar entrar la ciudad e ser captivados. El combate ^{156r} de los moros era universal, ya cada uno tomando su lugar: Bucifar y el rey Sobrino e Baliverzo y el Rey de Arzilla e de Fersa combatían la puerta de San Celso y la ribera del⁷³⁸ Sena; el Rey de Nasamona y el Rey de Zumara con grandísima gente combatían la puerta de Sant Dionís e gran parte de las cercas. El Rey de Cepta e de Tremisona combatían la puerta del Mercado grande. Por otra parte combatían Rodamonte, Ferraguto e Mandricardo de Tartaria, donde viérades las ondas e anchas cavas llenas de muertos, y el polvo y la grita, que parecía hundirse la ciudad. Don Roldán, que lo mirava todo esto, no dexando de sus húmedos ojos de correr abundancia de lágrimas, que de pena cordial de ver tan gran mal quería rebentar de dolor, buelve sus llorosos ojos al buen Brandimarte, diziendo:

—¡O, cavallero cristiano! ¿Qué te parece de tan gran mal? No pienso jamás ver bivo a mi señor el Emperador ni a mis parientes e amigos. Todo lo veo assolar e destruir por nuestros grandes pecados; no veo socorro alguno que los ayude sino nosotros, que si pensamos entrar entre tantos millares de hombres, seremos hechos pieças; mas, pues nuestros amigos en tan gran peligro están, no cumple tener nosotros miedo a la muerte, lo cual no se nos escusa tarde o temprano. Entremos entre estos perros con gana de morir e hagámosles el daño que pudiéremos, que Dios avrá merced de nosotros cuyos hijos somos.

Brandimarte, que uno de los buenos cavalleros del mundo era, dixo:

⁷³⁸ de To ¹⁵²⁵.

—¿Dónde, señor conde, podré yo mejor emplear mi vida como con vós en tan buena jornada donde servimos a Dios e queremos libertar nuestros amigos que no vengan a manos d'estos crueles perros?

E diziendo esto, hizo arredrar a su querida Flordelisa gran pieça de allí a unas espessas arboledas; e con gran corazón bate las piernas a su cavallo, e dixo:

—¡A ellos, mi señor, a ellos, que perros son!

Vanse a la pareja el buen conde e su leal amigo Brandimarte y éntanse con gran denuedo, llamando a Sant Dionís, por el real de los paganos, no perdonando a ninguno de los que delante se hallavan, donde en un brevíssimo espacio fueron conocidos, discurriendo el nombre de Roldán por toda la gente, que de solo oírlo se cortavan de pies y de manos. En esto, llegaron a la grande e rica tienda del rey Marsilio, en torno de la cual mucha de aquella pagana gente hallaron que le guardavan porque allí estavan los prisioneros cristianos que el día antes avían tomado; y el conde e Brandimarte tal estrago en ellos hizieron, que muertos y feridos los hizieron quitar de allí; y el buen Brandimarte quedó a la puerta, haziendo la defensa que era menester; y el conde entró dentro, donde halló presos al marqués de Viana, el buen Oliveros e al buen Ricardo de Normandía e al conde Galalón e otros muchos buenos cavalleros alemanes y franceses, los cuales, cuando al conde don Roldán conocieron, se santiguaron allí do estavan encadenados, donde el buen conde cortó todas las ligaduras e los soltó; e cada uno al cabo de la tienda halló sus armas; e armáronse⁷³⁹, como aquellos que la vida les iva en se dar priessa; e todos armados, cavalgaron a cavallo y empeçaron a seguir al conde, todos hechos una luzida escuadra de cien cavalleros, entre los cuales estava el buen marqués Oliveros, y [el] conde Galalón, y el rey Desiderio, y el rey Salomón, y el buen Brandimarte, e Ricardo de Normandía, e Belenguerio⁷⁴⁰, e Avorio, e Otón, e Avino, su hermano, y el duque Naymo, señor de Baviera, e otros muy esforçados cavalleros; e todos haziendo^{156v} gran estrago en los moros, que embevecidos estavan en el rezio combate apegados a los muros, se llegaron a la gran ciudad de París, donde todos supieron la venida de don Roldán e la libertad que avía a todos los presos fecho. Pensad qué plazer avría el buen Emperador e toda la gente. Allí los moros dexan el combate: unos por pelear con los cristianos, otros por se no ver en sus manos de don Roldán y

⁷³⁹ armandose To ¹⁵²⁵.

⁷⁴⁰ Beleugero To ¹⁵²⁵.

de sus compañeros. El Emperador, que retirar los vido, sale en persona con grande gente de armas a socorrer como buen caudillo a los suyos, donde empeçaron a derribar moros que no avía número.

E dexándolos en este estado, vos queremos contar de la fermosa madama Brandamonte e lo que le acaesció desque ovo por su ardid muerto al moro que la seguía, como arriba vos contamos.

Capítulo [xcvii]. De lo que a la fermosa Madama Brandamonte acaesció después que mató al moro que la seguía; e de cómo supo de un hermitaño lo que avía de hazer con su buen amigo don Rugiero; e lo que le acaesció, andando en busca d'él, con la bella Flordespina, hija del rey Marsilio.

Ya vos contamos arriba, si se os acuerda, cómo la linda Brandamonte mató con un gentil ardid de guerra al pagano que la seguía e cómo ovo su buen cavallo en su poder; e como acabado ovo su jornada, queriéndose bolver al lugar de donde avía venido, no supo, lo uno porque aquel desierto campo no mostrava senda ni camino por do guiarse, e lo otro porque era de noche, como sabés; de arte que otro remedio no tuvo sino, encomendándose a Dios, dexar la rienda a la ventura por do el cavallo quisiesse caminar; e andando assí errando por aquel selvático desierto, fue a caso donde halló una vieja hermita metida en un solitario escondrijo; ella, que gran necessidad tenía de reposo, fue a ella e apeose de su cavallo y entró dentro. El viejo hermitaño que la vido, empeçó a fazer la señal de la cruz en su faz e a rezar psalmos con gran devoción. La fermosa Bradamonte que el altar vido, sobr'el cual la sancta señal de la cruz estava, arrodillose delante d'él, signándose e sanctiguándose, y de todo coraçón encomendándose a Dios. El hermitaño que esto vido fazer, levantose, sosteniendo su cansado cuerpo sobre un ñudoso palo, e fuese a la dama diziendo:

—El Summo Hazedor del mundo, que por su preciosa sangre nos redimió, salve tu ánima e libre tu cuerpo de peligro. Dime cavallero, ¿qué venida fue esta a nuestra pobre estança, donde ha más de treinta años que hombre alguno aportó?

—Padre bendito —dixo la fermosa dama—, el gran cansancio de mi camino e la sangre que de una ferida que tengo me ha salido me combidaron a reposo, e como vi esta casa en este tan áspero lugar, acogíme a ella por reposar un poco, si pudiesse.

—Cavallero —dixo el hermitaño—, no te pese porqué te he preguntado la causa de tu venida, ca sepas que el engañador demonio, que nuestras almas desea dañar, con dissimuladas maneras se nos aparece a los que la solitaria vida vivimos, poniéndonos lazos donde cayamos, porque en un momento perdamos lo que en diez años avemos ganado; e de verdad te digo que ayer, después de anohecido, passaron por aquí ciertos demonios haziendo grande alegría e bozenado; yo que los oí, salí e conjuré a uno me dixesse qué novedad era la que tanto plazer les dava. Él me dixo que un señalado cavallero, que Rugiero por nombre avía, llevaba el camino de ir a Francia, del cual viaje avía de necesidad de ser cristiano, el cual ^{157r} lo fuera muy bueno e muy siervo de Dios e aumentador de la fe suya, e que havían buscado forma con que se apartasse por caso de aventura del tal viaje, donde sea alongado mucho en gran manera. Yo de oír esto, pesome cordialmente de tan gran bien cómo los demonios avían estorbado; y, si por ventura, no falla compañía que a este señalado varón aconseje que se torne cristiano, él morirá condenado.

La velerosa dama madama Brandamonte que estas palabras oyó, tornose su fermoso rostro como unas ardientes brasas de fuego; e sospirando en su ánima, dixo:

—¡O, verdadero Dios mío e mi Señor! Guíame de arte que yo vea en mi compañía a don Rugiero por que gane su ánima e no padezca intolerable tormento este mi cativo cuerpo que de verle se cativó.

E assí como cierva que de la enveñada saeta con curso veloz, sin un momento de reposo, la su conocida yerva que en semejantes feridas es medicable busca, assí la nueva doliente, de amor ferida de los tiros que dulçurosamente duelen, quiso, con un desassossegado andar, de aquel lugar partirse para buscar su nuevo amante don Rugiero. El hermitaño la detuvo con amigables palabras, diziendo:

—Buen cavallero, ¿por qué es la partida tan presta pues era la venida a reposar? Dad a vuestro cuerpo algún reposo en este pobre lugar, que tiempo tenéis para vos partir; y en tanto, daros he alguna melezina con que en breve tiempo guarezcáis de la ferida que dezís que tenéis.

E tanto e tan afectuosamente le rogó se detuviesse, que lo hovo de fazer; e desenlazole el yelmo de la cabeça por le mirar la ferida; e como resplandeciente rostro le vido e los cabellos largos como un ruvio oro, dixo:

—¡O, Jesucristo mi Dios! ¿Qué es esto que veo?

E arredrose d'ella muy espantado diziendo:

—¿Qué cosa puede ser muger armada?

Dixo la fermosa dama:

—No te espantes, padre, de verme, ca desde que nací fui en este hábito que vees criada. Si te plaze medicarme, si no, irme he mi vía.

—Plázeme —dixo el hermitaño—, que la caridad me pone en deuda de lo fazer.

E porque los cabellos siendo tan largos de necesidad se avían de entornar al derredor de la cabeça, lo cual a la ferida truxera daño, fue necesidad de se los cortar como los que traen los hombres; e después que se los hovo cortado, púsole en la herida ciertos çumos de consolidativas yervas, por donde en breve tiempo fue sana.

E cavalgando en su cavallo, puesto el yelmo en la cabeça, se partió de aquella hermita, encomendando a Dios al hermitaño; e diose a andar por donde mejor camino e más cierto le pareció, tanto, que salida de aquella fragosa montaña aportó a una linda ribera de un río, donde, por la espesura de los altos e diversos árboles que en ella avía, se fazían unas sombras muy deleitosas, en una de las cuales la valiente dama se apeó por reposar un rato en aquel fresco lugar e quitó el freno al cavallo porque de la yerva paciesse; y ella, lavándose con la clara agua sus manos e su fermoso rostro, se puso a dormir sobre su yelmo, que bien menester le fazía.

E acaso, por aquella ribera era venida a caça la fija del rey Marsilio d'España, llamada Flordespina, porque, como arriba os contamos, cuando los moros querían hazer una gran guerra de fecho traían consigo de arrancada sus mugeres e hijas e sus casas. Assí que, andando a caça por allí la linda Flordespina, acaeció que vino por el fresco lugar donde la linda madama Brandamonte dormía; e como ella estuviesse armada e assimismo el cabello cortado ruvio como el sol, pensó que era de cierto cavallero; e, mirando su gran fermosura, quedó espantada, diziendo:

—¡O, cuánto la naturaleza se esmeró en la fechura d'este mancebo! Bendito el día en que él nació que tal e tan fermoso ^{157v} hombre fizo, que apenas puedo⁷⁴¹ creer que más bello la natura lo podría criar, aunque doblado poder tuviese. Merced me fizieran mis dioses si sola por este canpo yo me acaesciera para poder gozar de su conversación sin ser impedida de algunos. ¡O, quién pudiesse en su blanca cara besarle, aunque me costasse la vida!

⁷⁴¹ pudo To ¹⁵²⁵.

D'esta manera que oís fablava Flordespina, encendida en bivas llamas de amoroso fuego de amor, mirando la gran belleza de madama Brandamonte. En esto, los sus caçadores llegaron donde ella estava, unos con canes, otros con argadijos de monte, al rumor de los cuales la resplandeciente dama sus ojos abrió. E como delante sí vido aquella fermosa donzella bien guarnida y con assaz compañía, levantose, queriendo adereçar su partida de aquel lugar; e miró e vido su cavallo lexos de aquel lugar sin freno ninguno. E como Flordespina vio que se movía de aquel lugar para se ir, saludándola cortésmente le dixo:

—Fermoso cavallero, no vos trabajéis en ir tras vuestro cavallo, ca vos será mucha fatiga; e porque creo según vuestra presencia que sois de alto lugar, vos daré uno en que vais, que más fermoso ni tan ligero en vuestra vida le vistes; e no penséis que vos le do por cosa grande, aunque es el más perfecto del mudo, ca, si todo lo que yo tengo vos diesse, sé que no llegaría a la mitad que de lo que vuestro merecimiento merece.

E diziendo esto, salta de la silla e, con un entrañable amor, se le presta, diziendo:

—Velde aquí, señor, aunque no es tal como vós merecéis.

El cavallo era muy fermoso e grande, e bien fecho, de casta del Andalucía, la más ligera e cuerda bestia del mundo, y en el pasear e boltar más arrendada, salvo que tenía un secreto en el correr, que le era amostrado desde pequeño que jamás por cosa alguna de su ligera carrera parava fasta que el que le llevaba le dezía «Para» o «Buelve»; e si esto no le dezía de boca, no bastava freno ni fuerça a le parar ni bolver; e si se lo dezían, con un freno de lana le traían a cualquier parte; e en una travada batalla no era menester sino soltarle el freno, que él traía a su señor por donde era menester e le sacava de priessa como una sentida persona lo podía hazer; e allende de todo esto, era el más fermoso e proporcionado del mundo e muy bien entallado en todo.

La fermosa dama Madama Brandamonte que vido el entrañable amor que Flordespina de su vista había cobrado y el lazo del amor en que había caído, sintiendo en sí lo que podía Flordespina sentir d'ella, que sería el fuerte tormento amoroso que ella del amor del buen paladín Rugiero estava llagada, por le dar alguna conortosa espeçanca, que era la que ella de su amante deseava, díxole:

—Fermosa señora, no tengo yo de vós merecido tan fermoso don por obras algunas agradables que vos aya fecho; pero recibo de vós esta merced por lo que desseo fazer por vuestro servicio, e allende d’esto, porque es natural cosa a los coraçones generosos hazer siempre mercedes.

E tomó el buen cavallo e subió en él y empeçándole a rebolver por ver qué sabía hazer e si eran tales las obras como el parecer e vista; e acaeció que tomó el ligero cavallo carrera, e de tal manera iva con su curso veloz como un águila hambrienta que tras la cobdiciosa presa se dexa bolar. E aunque la valerosa dama en la mayor fuerça que podía le tirava del freno por le detener, no aprovechava cosa alguna, salvo que, encogida la barva al pecho, dava el salto por encima de las piedras e de los troncos que topava, que parecía un fortíssimo viento. Bien pensó la valerosa dama Madama Brandamonte que ella y el cavallo serían fechos pedaços en el primer barranco que ^{158r} topasen. La fermosa Flordespina que vido su desseo puesto en obra, que era verse sola con aquel que ella pensava ser cavallero para poder sacar d’él el fruto amoroso que con el encendido fuego de su desseo avía súpitamente sembrado, cavalgó en un palafren harto ligero de los fermosos de Irlanda; e dixo a los suyos:

—No vos menéis d’este lugar un passo ha ir en pos de mí, si no sabed que me haréis tal pesar por donde perdáis la vida; ca, pues yo fize hierro en no avisar al buen cavallero de cómo se avía de aver con aquel cavallo, yo quiero ir sola a lo remediar.

E soltando la rienda al corredor palafren, tomó una vereda de atajo para alcançar al ligero cavallo; e al más correr que pudo, le fue a alcançar con harta fatiga, puesto que el atajo que tomó le dio a ganar mucho camino harto lexos de donde avía partido, tanto que en le ver tan apartado mucha consolación su enamorado coraçon recibió; e quando vido que era tiempo, dixo con una acostumbrada boz, que bien la conocía por tiempo usado el buen cavallo esta; e assí como el ligero corredor la oyó, estuvo quedo con una graciosa parada, de lo cual no poca alegría la fermosa Brandamonte sentió, porque ya con la parada del cavallo se assegurava el peligro de su vida. Ya la linda Flordespina a más correr emparejó con el cavallo, diciendo:

—Gentil cavallero, no puede ser sino que ayáis recebido algún enojo d’este mi presente, porque no os avrá obedecido a vuestra voluntad. Yo me he apressurado por vos alcançar para daros aviso de cómo con él vos avéis de aver, el cual sabido, ternéis en mucha este cavallo; e pues avéis sido fatigado de su carrera, suplicos que vos apehéis e, descansando, havréis el aviso de su gobierno.

—Fermosa señora —dixo madama Brandamonte—, cierto yo pensé que él se fiziera pedaços, según el poco sentido de su carrera; e aunque yo no quedara sin peligro de la vida, e por vos conplazer, yo faré lo que me mandáis, que en más que esto vos tengo de obedecer e agradar.

Esto dezía la linda donzella por siquiera dar a su corazón de Flordespina algún descanso, como aquella que otro tanto de su querido Rugiero esperaba oír. E apeose luego encontinente e, quitándose el yelmo de su cabeça, con gracioso semblante la tomó por la mano; e assentados a la ribera en una solitaria frescura, empeçaron con amorosos razonamientos el uno a manifestar su amoroso desseo y el otro, con corazón apassionado, a demandar algún favor, de arte que su entrañable fuego mitigar con algún efecto pudiesse.

Capítulo [xcviii]. De cómo el rey Gradaso y el buen paladín don Rugiero se fueron con el enano que a la aventura del Castillo Encantado los llevaba, e lo que con el monstruo e con la señora del castillo les acaeció; e cómo juntamente con el rey Sacripante, que allí detenido estava, se partieron por aquel fragoso campo del castillo.

Cuenta la historia que la bella Flordespina, como delante sí en un solitario e lexano lugar vido las cosas que ella en el mundo más amava en tiempo e sazón, donde su secreto dolor con esperança de remedio pudiesse manifestar, estava la más contenta e bienaventurada a su parecer de todo el mundo; también la valerosa Madama Brandamonte con gracioso semblante, que con su inestimable fermosura le mostrava, le dava cunplimiento a su soberana gloria e licenciávala para que toda su voluntad sin temerosa vergüença le mostrasse, esperando el fin de su abrasado amor en qué avía de parar, por ver las razones que para le efectuar en su presencia le avía de proponer, esperando de se ver en otro tan cerrado ^{158v} campo con su querido Rugiero, donde temía los desapiadados e cordiales golpes de amor; e por salir en aqueste lugar amaestrada para el venidero combate, quería ver las amorosas razones con que Flordespina su amor le avía de pedir, ca mucho es de los discretos tomar en casos agenos enxemplo e materia para los suyos propios.

E porque la historia vaya en su orden, cumple en este estado dexar estas dos hermosas donzellas porque, tornando a donde el buen Rugiero y el rey Gradaso

dexamos, de passo en passo e de modo aplazible a los lectores bolvamos al propósito sin un punto faltar de lo apuntado. Assí es que, despedidos el conde don Roldán y el buen Brandimarte de don Rugiero, que la batalla entr'el conde y el rey Gradaso avía despartido, como arriba vos contamos, se fueron la buelta de París e fizieron gran daño en los moros. El buen paladín Rugiero y el desacordado rey Gradaso quedaron con el enano que a la aventura del Castillo Encantado los llevaba; e como el fuerte Gradaso en sí tornó, aunque con gran corage, como aquel que a punto de ser muerto e vencido había llegado, fue por el buen Rugiero apaziguado con unas moderadas razones, tanto que, olvidando todo lo passado por entonces, determinaron la aventura a donde el enano los guiava; e andando por desiertas montañas, tales que caminallas de día era assaz temor, llegaron a la vista de las eminentes torres del castillo, las cuales vistas, dixo el rey Gradaso al enano:

—Dime, hombre, ¿la aventura ha de conquistarse de fuera del castillo o dentro?

—Dentro, señor —dixo el enano—; e sabed que es tal que, si la acabáis, podéis fazer cuenta que mejor cavallero que vós no lo ay en el mundo, ca sabed que avéis de aver temerosa batalla con un horrible monstruo, tal que su vista basta a confundir e atemorizar cualquier hombre; e porque en breve espacio le veréis, no vos digo las faciones ni formas suyas; mas por esso son en el mundo los buenos cavalleros, para tan espantosas cosas quitar del mundo. Por ende, noble cavallero, aved esfuerço, pues sabéis que al animoso corazón contino la fortuna le es favorable.

—Gracias a Macón —dixo el buen Rugiero—, que vós, señor Gradaso, creo que desmayárades en este camino si tal consejero con nosotros no truxéramos. Pero, pues tan buen compañero tenemos con nós, esfuerçaos, que lo que nós no pudiéremos acabar sus fuerças e animosidad le dará cabo, de arte que, quien con buenos se aconpaña, buenas costunbres deprende.

Mucho fueron ledos el buen Rugiero y Gradaso del esfuerço que el enano les iba poniendo, fasta tanto que, llegados a la rica puerta del encantado castillo, se apearon de sus cavallos e dixeron al enano que entrasse dentro.

—D'eso —dixo él— guárdeme Dios, que no es de discretos hombres entrar en peligros; e pues que vosotros la entrada teméis sin al monstruo aver visto, yo, que le conozco, no me cunple aquí punto atender.

E diziendo esto, buelve las riendas a su palafrén [e] empeçó a correr por do avían venido como un ave. El buen Rugiero no podía tener la risa de ver al su buen consejero fuir; e dixo:

—Por mi vida que, según es de discreto nuestro conpañero, si cavallero fuera, que avía en él más⁷⁴² de cient años de vida, ca bien sabe aconsejar a los otros que entren en los peligros e bien se sabe d'ellos guardar.

En esto entraron dentro de la puerta del castillo a una plaça que allí adelante se fazía, antes que a los aposentos d'él entrassen, los cuales eran assaz grandes e muy ricos; e como en medio de la plaça estuvieron, vieron de un lado d'ella con un despavorido trueno ronperse un lienço del muro, que parecía que toda la tierra se fundía; y espantados en alguna manera de aquel sonoro ímpetu, bolvieron las cabeças⁷⁴³ a ver qué cosa fuesse lo ^{159r} que tan gran ruido fazía, e vieron en pequeño rato salir por el caído portillo un monstruo, el más pavoroso que naturaleza pudo produzir, ca él era de la cintura arriba de un cuerpo de fiero gigante, armado todo de unos huessos de serpiente verdes e blancos muy fuertes en demasía manera; e de la cinta abaxo era de fechura de un dragón muy cruel a maravilla, grande como un buey; e sosteníase sobre dos gruesos pies armados de conchas muy reluzientes, y armados de tajantes e muy gruesas uñas como azero; y la cola, de más de cuatro varas en largo, gruesa e muy fuerte, con la cual açotava la tierra que parecía fundirla; e las ofensivas armas que este desesperado monstruo traía en las manos eran cuatro azerados dardos, e un escudo de un fino azero al parecer, e ceñido un alfange ancho e muy cortador más largo que una larga espada. D'esta manera que oís, con unos gritos e sonoros baladros, para los dos buenos guerreros se viene, tomando uno de sus dardos en la derecha mano. E Gradaso, que tan descomunal cosa cara sí vido venir, puso mano a su espada y, embraçando el escudo, se viene para él, el cual, cuando vido que era tiempo, despidió el dardo con tanta fuerça como una saeta e dio con él al rey Gradaso en el escudo, que, aunque muy fuerte era, se le passó, de lo cual el fuerte pagano quedó muy maravillado; no ovo el monstruo aquel primer dardo despedido cuando, tomando otro segundo, faziendo hincapié, le tiró más rezio que el primero; pero, de tanto, le vino bien, que le no acertó, [que], por la mucha fuerça que puso para le arrojar, en alguna manera le fizo perder el golpe, ca muchas vezes suele

⁷⁴² maa To¹⁵²⁵.

⁷⁴³ babeças To¹⁵²⁵.

esto en los tiros de mano acaecer. El fuerte moro, que vido tal fuerça en los tiros, no vido que era cordura esperar golpe estando apartado, donde respuesta no pudiesse dar; e fuesse con un acelerado passo cara el diabólico monstruo para tanto juntarse con él que de sus tiros no se aprovechasse; e diole un tan fortíssimo golpe sobre un lado que descubierto vido, el qual, con el embaraço de los dardos, al animal cobrir no pudo; e tanto quanto de los armadores huesos alcançó, tanto derribó por tierra; mas el monstruo, como fuesse por artificioso encantamento fecho, no le empeció ni dañó cosa alguna; mas el horrible animal, que tan cerca de sí vido al rey Gradaso, no se curó de le ferir de más armas, antes rebuelve su gruessa cola y, echándosela al pescueço, tanto le apretó con ella que, aunque sobre el gorjal de las sus armas se la puso, mucho con ella le fatigava; y después d'esso, con sus fuertes braços abraçó con él, de manera que le ponía en estrecho e peligro de la vida, tal que para d'él escapar le hazía menester ayuda, la cual su buen compañero don Rugiero le dio con deliberado propósito de le libertar de peligro e quitar la vida a aquel maldito e contrahecho animal; de arte que, con su buena espada en la mano (a los filos de la cual no aprovechava encantamento alguno porque, como sabéis, la encantadora Falerina la havía para contra el conde don Roldán artificiosamente amaestrado y el ladrón Brunelo la furtó e se la dio a este venturoso paladín), se fue contra el monstruo que al rey Gradaso, su compañero, con gran peligro de muerte tenía; e diole sobr'el cuerpo tan fuerte golpe, que las luzidas conchas no le defendieron que no fuese agramente ferido; de lo cual sintiéndose el animal, soltó prestamente al rey Gradaso, que ya en el suelo le tenía; e como ferido se sintió e salirle sangre en gran abundancia, de lo cual él pensava estar seguro, embraçando su escudo y echando mano a su cuchillo, se fue para el buen Rugiero a darle el pago de su llegada; e alçó el cuchillo por le ferir de un terrible golpe; mas el ligero mancebo ^{159v} se arredró d'él muy ligeramente, lo cual, después de Dios, le dio asolutamente la vida en esta batalla; e apartándose d'él e firiéndole fue todo a un tiempo, de manera que el brazo junto a la muñeca, asida la mano al cruel cuchillo, cercen le cortó; allí el monstruo empeçó a batir el suelo muy fuertemente, pareciendo tenblar la tierra en torno d'él, e a dar los mayores e más espantosos gritos del mundo. En esto, ya el rey Gradaso se venía para lo ferir, e diole tal golpe sobre el escudo, que de azero parecía, que quanto d'él alcançó le echó por tierra; y el buen Rugiero, no se dando espacio alguno, viniendo de cara a él, con un golpe grande le cortó la gruessa cola de que el monstruo

se sentía aprovechar; e después d'este, por no dilatar el fecho más tienpo, puso su escudo a las espaldas e, tomando la buena espada a dos manos, tal golpe sobre el hombro derecho le dio, que hasta la cintura no paró la espada que no le cortó e le fiere de muerte; ya el monstruo, perdiendo sus vitales fuerças, con sonorosos ladridos se tiende por el suelo, reboviéndose en su rosada sangre con la ravia de la muerte.

No quedava mucho del día por passar cuando fenecido avía el buen Rugiero esta batalla con muerte de su enemigo; e temiendo la escura noche, determinanse los dos guerreros de salir del castillo e volverse a su camino. E poniéndolo por obra, endereçaron por la parte donde entrado havían, la cual nunca vieron ni pudieron atinar, antes fallaron el alto muro do estava la grand plaça todo entero e sano, que ni la puerta por donde entraron los dos compañeros nin tampoco el muro rompido por donde entró el maldito monstruo jamás vieron ni señal ninguna, de lo cual ellos quedaron muy maravillados, creyendo que andavan por aquel lugar encantamentos e muchas mágicas artes, las cuales al principio de aquel camino havia temido el fuerte rey Gradaso. E viendo la cerrada plaça que para salir fuera no tenía muestra de puerta ninguna e que ya la noche era sobre ellos, acordaron el buen Rugiero y el fuerte rey Gradaso de se quedar allí por essa noche fasta la mañana, por ver si fallarían alguna forma para salir de aquel cerrado lugar. Maldezía el rey Gradaso aquestas encantadas artes que tanto a los cavalleros andantes fazían daño e impedimento; muchas vezes estuvo por se levantar e con la su espada romper por donde pudiesen salir; mas el buen cavallero Rugiero se lo estorbaba, diziéndole:

—Esperemos, señor, fasta que sea de día e veremos dónde estamos, ca el postrimero remedio es con nuestras espadas fazer puerta. Pero podrá ser que fallemos salida, con la cual no nos será menester tanto trabajo.

E assí fablando en lo que más les plazía, passaron la presente noche fasta el alva; la cual venida, fuéronse a una esquina de la plaça, a donde a raíz del muro una angosta y muy escura entrada hallaron, la cual entrava a los fermosos aposentos del castillo; y entraron por ella fasta salir a un muy fermoso patín, en derredor del cual estavan unos ricos e muy ataviados palacios, en especial el uno, en el cual entraron los dos cavalleros de rendón, a donde vieron en las lisas paredes d'él pintado el fermoso vergel de Falerina e las aventuras e peligro d'él, e cómo el conde don Roldán iba de aventura en aventura por el jardín discurriendo, dando cabo a cada una. Y estava aquesta historia de tal arte pintada, que verdaderamente representava el

fecho de la verdad. De lo cual convencidos los dos muy esforçados e valientes cavalleros, jamás se hartaron de mirar tan grandes maravillas, lo uno de ver los tantos trabajos e tan peligrosos como el conde ^{160r} don Roldán se dispuso a passar, no sabiendo la causa porqué; e lo otro cuál al natural todo estava pintado que parecía bivo. Don Rugiero dezía:

—No en balde este valentíssimo conde es por todo el mundo tan afamado, ca sus obras todo loor e fama e mucha honra merecen, en especial esta, que sola la pintura d'ella espanta, cuánto más lo verdadero.

Pues estando mirando, como oís, esta bien pintada historia, vieron una portezica que a otro retrainimiento entrava, y entraron por ella, creyendo de cierto que tan fermoso castillo era imposible estar solo; e assí como entraron, fallaron una muy linda dama y un robusto y fermoso cavallero con ella fablando. E sabed que esta era la encantadora Falerina, la cual, como arriba os contamos, iva con el conde don Roldán cuando, peleando con Aridano, cayó abraçado con él en el Lago Escuro; e como ella lo vido, fuesse <o> allí por temor de Aridano y vino a este castillo, en el cual avía puesto tan buena guarda, fecha por su arte, por bivir más segura; y el cavallero que con ella estava era el rey Sacripante, el cual poco avía, por mano del buen Brandimarte, del encantamiento de la Fuente de las Náyades salido junto con el conde don Roldán e con otros cavalleros; e puesto que con su salida el rey Gradaso, que agora aquí estava, se avía fallado, como oístes (al cual él iva a pedir socorro para Angélica la Bella que cercada estava), no le conoció por entonces, ca no le oyó nonbrar ni cayó en él; e yendo a la tierra suya, do lo pensava fallar, fue allí por engaño de Falerina traído, el cual con ella fuera de su voluntad preso estava, desseando libertad para cunplir su camino. Falerina, que segura en tan deleitoso lugar pensava que estava e vido los dos cavalleros entrar de súpito, por poco no salió de seso; mas tornando en sí, dixo con una sospechosa boz, mirando al cielo:

—¡O, Dios, cuánta verdad dize el antiguo proverbio diziendo que a los contrastes de la Fortuna no basta ciencia ni arte alguna! Pues assí es e yo por experiencia le passo. Bien seáis venido, señor don Rugiero e señor rey Gradaso, ca yo sé cierto que vosotros sois estos que nonbro, ca antes que aquí entrasse supe que vosotros aviades de matar mi portero y entrar en mi castillo, mas no alcancé a saber cuándo; e supe que por essa espada que vós, buen cavallero, traéis, la cual yo por mis

manos fize, no avía de bastar mi guarda a resistiros la entrada; mas yo hize armas para contra mí en fazer essa espada contra el mejor cavallero del mundo.

Todo esto dezía aquella fermosa fada agramente llorando de sus ojos por la pérdida de su jardín que el conde don Roldán le avía desfecho y porque, pensando en este lugar apartado estar segura, su espada, que para su provecho ella avía forjado, le avía acabado de dañar; de donde, oyendo sus llorosos gemidos, aquellos buenos cavalleros en gran manera, viéndola tan fermosa, le avían compasión, e diziéndole consolatorias palabras, las cuales no bastavan a le dar consuelo, viendo cómo el rey Sacripante, que ella tanto amava, se le avía de partir de su castillo. E ya los cavalleros, que gana de partirse tenían, le rogaron que la salida les mostrase, la cual mostrándosela, iva maldiziendo su ventura e al conde don Roldán que avía sido principio de su destierro e causa total de su destrucción. E faziendo llanto de su pérdida, mostró la cuitada Falerina por dónde los cavalleros avían de salir, los cuales salidos, cavalgaron en sus cavallos e, mirando la puerta para se despedir de Falerina, no la vieron ni señal d'ella. E maravillados de tales artes, caminaron todos tres por el yermo campo, fablando el rey Sacripante al rey Gradaso todo el caso a que era venido en su busca e la grande y estrecha necessidad en que estava su pariente e amigo el rey ^{160v} Galafrón, pensando que los fechos estavan en el estado que él los avía al principio dexado. E fablando en estas e otras cosas, oyeron, encima de la solitaria e fragosa montaña por donde avían de passar, un gran rumor.

E dexándolos en este estado, vos contaremos de don Renaldos de Montalván, que en pos de su buen cavallo iva, como arriba vos contamos, e lo que le avino desde le hovo tomado.

Capítulo [xcviii]. De cómo el buen Renaldos de Montalván, por el fuir de su cavallo, ovo de se perder en una escura montaña, donde venida la escura noche no atinó derecho camino; e cómo se falló con el fuerte gigante Escardaso, el cual, cuando a don Renaldos conoció, de su voluntad se bolvió cristiano por ganar su propia alma y el amistad del buen Renaldos.

Bien se os acordará, en la gran batalla que los moros con los cristianos arriba fazían, cómo el buen Renaldos de Montalván, para socorrer a un cavallero que ayuda le demandó, se apeó de su buen cavallo Bayardo por no acometer con ventaja a su

enemigo; e cómo después, queriéndose acoger a él por la gran necesidad en que vio a los cristianos, el cavallo no le esperó, antes, mostrándose desobediente, lo que jamás él se mostró contra su señor, corriendo como un ave se apartava d'el y esperávale de rato en rato, e desque muy cerca de su señor estava, tornava como de primero, de arte que tantas vezes lo fizo, que a sí e a su señor metió por una escura montaña harto apartados del campo donde la gran batalla se fazia.

Agora, pues, sabed que, como la noche se acercasse, sentía gran pena de se ver el buen Renaldos de Montalván a pie por tierra fragosa, armado e cansado de la batalla passada. E ya que la noche cerrava, quería morir de ver la desobediencia de su cavallo; e como el enojo muchas vezes añade las fuerças para sostener el trabajo que con plazer no se sosternía, dio fuerças al buen cavallero a no sentir tanto la pena d'este camino como la sintiera si no estuviera con furia calidíssima de ver la nueva tacha de su cavallo encendido. Pues ya qu'el cavallo Bayardo fue contento de fazer sus carreras e sus retoçadoras arremetidas, detúvose encima de una pequeña altura, esperando que su señor viniesse a él; mas el buen cavallero, que ya el cansancio sostener no pudo⁷⁴⁴, e más pensando que le burlaría en le esperar como otras vezes avía fecho, dexosse de ir a él; y en un lugar que le pareció bien se asentó e quitose el yelmo de su cabeça por descansar un rato. E desque descansado hovo un pequeño espacio, fue por ver si ya su cavallo avría gana de le esperar, porque ya la escura noche cerrava; y el cavallo estuvo quedo e manso como una oveja. El buen cavallero subió sobre él, reprehendiéndole de su desobediencia una vez, poniéndole las piernas con más crueldad que para carrera era menester, faziéndole sentir las pungitivas espuelas, las cuales le molestavan en su cuerpo de tal manera, que le fazían sentir el nuevo castigo de su cometida culpa. E puesto que él, comovido de muy estimulados golpes, veloz carrera quería començar, las sofrenadas que del duro freno el cavallero le dava con fuerças que su enojo davan a entender, le hazían parar con un doméstico tenblor, que al señor que le castigava en alguna manera dava a sentir conocimiento de culpa, con el cual en gran manera templava la reguridad del castigo. De que ya el buen Renaldos assossegado y el cavallo con discreto gobierno detenido, quería caminar e no sabía a qué parte ^{161r} endereçasse do su cierto camino de París hallar pudiesse. E andando por do mejor le pareció, entró en una floresta harto solitaria e diose a andar por ella; e assí andando, ya que una parte de la noche era passada, vido

⁷⁴⁴ puedo To ¹⁵²⁵.

de lexos de sí una lumbre e adereçó para ella; e llegando a ella, vido muchos pastores que al derredor del fuego como buenos serviciales andavan aparejando unas grandes puestas de venado e assándolas, e con gran diligencia adereçándolas como para cena eran menester; e como a ellos llegó, saludolos cortésmente, e díxoles:

—Compañeros, ¿pláceos⁷⁴⁵ ha que esta noche passe en vuestra compañía mi albergue? Porque no sé camino que a lugar alguno me guíe.

—Señor —dixeron ellos—, a nosotros nos plaze de buen grado, si a vós no os viene peligro de quedar en este lugar.

—¿Qué peligro me puede aquí acaescer? —dixo don Renaldos—, ca, pues vosotros bivís en este lugar seguros, parésceme que también me aseguraré yo.

—Señor, nuestro parecer vos avemos dicho; vós, hazed vuestra voluntad.

E bolviendo los ojos don Renaldos, a su lado vido un gigante, el más grande e bien fecho que en su vida vio, el más ricamente armado del mundo, ca traía todas sus armas verdes y sembradas de unas grandes rosas de oro, la más luzida cosa del mundo. E como le vido, bien creyó que por estar aquel allí los pastores, como amedrentados, le avían dessabridamente respondido; e como le vido, apeose de su cavallo e, quitándole el freno, le dexó pacer por aquel verde campo, ca también el cavallo del gigante por aquellos hervaçales hazía lo mismo. E como se ovo apeado, fuese para el gigante, que mirándolo estava sin palabra alguna hablar, e dixo:

—Salveos Dios, cavallero.

El gigante, con una mesurada criança de cavallero más que de sobervio gigante, le dixo:

—Buen cavallero, vós seáis el bien venido. Plázeme que otro ha errado el camino como yo.

—Verdad es —dixo el buen Renaldos—, que por no hallar camino soy venido a este lugar.

El gigante dixo:

—Yo he fecho lo mesmo, mas no me maravillo, que no he estado jamás en esta tierra.

—Ni yo me acuerdo jamás —dixo don Renaldos— aver aquí venido.

E de allí començaron a fablar ambos a dos mano a mano y en diversas cosas. El gigante se quedava maravillado de la disposición del buen Renaldos e cómo en su

⁷⁴⁵ plazarovos To ¹⁵²⁵.

meneo e manera mostrava ser cavallero de gran cuenta. Y el buen don Renaldos no se hartava de mirar al gigante, el cual, aunque era assaz grande de cuerpo, era bien hecho e muy bien entallado e mostrava ser de gran ardid y esfuerço, y en su habla e criança ser de alta sangre e no como otros sobervios gigantes. En esto, los pastores vinieron a ellos e dixéronles:

—Señores, si os plazze, venid a cenar, que todo es aparejado.

El gigante e don Renaldos se vinieron e se assentaron a una campesina mesa e cenaron de lo que aquellos pastores les dieron, e no se hartava de mirar el gigante a don Renaldos ni don Renaldos de mirar a él, tanto, que en sus aplazibles hablas denotavan que avían de ser muy especiales amigos. E levantados de la mesa, se fueron a un apartado lugar que los umbrosos árboles ocupavan; e quando a él se llegaron a retraer ya la fría luna, de espléndida luz llena, la oscura tierra alunbrava con tan serena e clara luz, que el claro e resplandesciente día parecía; e recostados en el apazible canpo, diversas cosas con un amor de conocidos amigos hablando, cada uno cayó en especial gracia del otro, tanto, como si mucho tiempo conversado en diversos hechos se ovieran; e tantas e tales cosas hablaron, que sería prolixidad averlas todas de narrar ^{161v} por entero. Finalmente el fiero gigante dixo:

—Señor cavallero, si merced de vós en algún tiempo por esta pequeña conversación e otros servicios que vos desseo hazer espero, suplicos me la hagáis agora; y es que vuestro nombre me digáis, que yo os doy mi fe de cavallero de deziros el mío e más todo lo que vos pluguiere.

El buen Renaldos le dixo que le plazía, que en más que aquello le desseava complacer; e dixo:

—Fuerte e valeroso cavallero, el mejor que de tu manera yo he visto, sepas que a mí me llaman don Renaldos de Montalván, si en algún tiempo me oíste dezir, sobrino del emperador Carlos de Francia e primo hermano del conde don Roldán, de la Casa de Claramonte.

Quando el famoso e fuerte gigante tales palabras entendió e oyó, toda la color de su cara en un amarillo semblante bolvió, como aquel que cosa tan nueva oía; e callose un gran rato, en cabo del cual, con admirativa boz, empeçó los ojos altos al cielo a dezir:

—¡O, sumo Jove, gracias innumerables te fago por tal merced como me has hecho en traer en tal conocimiento del mayor cavallero del mundo! Soberana merced

me han los dioses fecho en cumplirme en tan oportuno lugar lo que yo tanto tiempo he desseado.

E buelto a don Renaldos, le dixo:

—¿Tú eres el señor de Montalván cuya espada por el mundo está tan temida? De una cosa te quiero hazer saber, porque sepas cuánta merced te ha fecho tu Dios, que a mí llaman el fuerte Escardaso, que en mi vida, después que armas vestí, no conocí ventaja a cavallero de ninguna generación que fuesse, ni gigante ni de otro cualquier arte; e siento en mí tal esfuerço que, si todo el mundo delante de mí armado para me ofender viniesse, no sabría aver algún pavor; e no pienses, buen cavallero, que esto te digo por sobervia ni por orgullo que en los de mi estatura por la mayor parte se falla, en especial en los soberviosos gigantes, porque por mis manos en breve espacio muchos d'ellos he muerto. Pero dígotelo porque es verdad, de lo cual Dios es testigo; e siendo yo de la cualidad e forma que te he contado, luego que tu nombre oí, me tembló el corazón en el cuerpo como de una medrosía o inusitado temor. E pues tan gran gracia he conseguido, mira qué es lo que de mí te plaze para que te obligue a me fazer una merced que te quiero pedir, la cual es que de tu compañía no me partas, pues tanto tiempo verte e servirte he desseado; e que luego que el día claro nos aparezca, me baptizes, ca mi voluntad es ganar el alma en tu compañía, pues sé de cierto que debaxo de tu amparo e compañía mi cuerpo no se puede perder.

E diziendo esto callose, esperando lo que el buen Renaldos le respondiería, el cual le dixo:

—Valiente Escardaso, muy grande merced te ha fecho Dios en te inspirar la gracia del Espíritu Santo, mediante la cual en perfecto conocimiento has venido; e porque sientas cuánta novedad sentirás en tu persona cuando renovado de nuevas gracias por el bautismo te veas, anda acá, amigo, tan buena obra no se dilate, porque el enemigo antiguo en la simiente spiritual no aya lugar de sembrar su acostumbrada zizaña.

E dicho esto, tomole por la mano e llevole a una fuente espléndida que poco apartada de allí estava; e desarmándose el buen Escardaso la cabeça, tomó por mano del buen Renaldos de Montalván, con ferviente devoción e lágrimas de sus ojos, la cristiana vía que al cielo las immortales almas lleva, donde gloria perpetua, contemplando el divinal acatamiento, alcançan; e con un intenso plazer que con la

vivificación del alma el fortísimo Escardaso sentía, de rodillas puesto, demandava las manos ^{162r} al buen Renaldos por se las besar, pues d'ellas la vida bienaventurada avía ganado e librada su condenada ánima de la satánica prisión, en la cual perpetua muerte faltar no le podía. El buen Renaldos, que su humildad vido e su devota intención conoció, se quiso arrodillar a él, diziendo:

—Escardaso, ya no por compañero estrañamente conocido, más por un verdadero hermano espiritualmente ganado me has de contar, tanto, que debes de creer firmemente que mi vida e persona porné por ti si en alguna necesidad te viesse. Por ende, vamos a donde lo que de la noche nos queda podamos reposar.

E de allí ambos a dos se fueron donde a la sombra, que contra la clara luna que de media noche abaxo se mostró, unos altos árboles hazían, en la cual sus cansados cuerpos tomaron el reposo que en tan breve tiempo les fue concedido.

Capítulo [c]. De cómo el buen Renaldos de Montalván y el fuerte Escardaso por caso de aventura fueron llevados a la casa de la Encantadora Alcina; e cómo, por consejo de una enemiga, de su arte fue Alcina destruida e la casa desfecha y el buen duque don Estolfo fuera de prisión.

Ya el día se acercava, cuando la cándida mañana con roseadas mexillas la oscura tierra de las noturnas sombras alumbrava, cuando el hijo de Titón suelta las riendas a sus uñidos cavallos, mostrando en la parte oriental su flamígero carro, del cual los piramidales rayos en la redondez de la tierra proceden, de cuya vista los soñolientos ojos de las dulçorosas aves se alegran, despedidos los frivoles nublados que los ocupan, en aquesta hora dormía con un aplazible contentamiento el buen Renaldos de Montalván, como aquel que muy alegre de tan buena obra como ganar una perdida alma se ponía a reposar; mas el fortísimo Escardaso, que nueva vida su ánima sentía, con una alteración de nueva costumbre, non pudo largamente reposar ni dar a sus alterados miembros más quietud de quanto la mañana vido; e lamentándose, adereçose lo mejor que pudo para empeçar su camino, donde la su nueva compañía guiar le quisiesse; e ambos cavallos adereçando, el suyo e del buen Renaldos, se vino a su íntimo amigo a recordarle; mas cuando ya llegó, el buen cavallero al canto de las agitadoras aves havía recordado e, faziendo las insignias de cristiano, a Dios Todopoderoso se encomendava; e ambos a dos, cavalleros en sus

cavallos, con muy gran plazer empeçaron por el solitario camino que hallaron a caminar, donde caminaron tres días sin ver otra cosa sino diversas canpiñas⁷⁴⁶ que, con la frescura del tiempo, muy hermosas e aplazibles estaban, e alvergando entre campesinos pastores, de⁷⁴⁷ donde ya desseavan ser salidos d'esta soledad y exercitar sus personas en obras militantes, con las cuales por antigua costumbre estaban habituadas. Ya al cuarto día de su solo camino llegaron a un poderoso río que entre una alta montaña e un muy deleitoso campo corría, a la orilla del cual determinaron de se apearse de sus cavallos e refrescar de un poco de pan e carne salada que el fuerte Escardaso traía, que, como de gran cuerpo fuesse y el su cuerpo de mucho más manjar que otro ningún hombre se había de sustentar, no podía tan descuidadamente sostener la hanbre^{162v} como nosotros que de pequeñas estaturas somos de la nuestra naturaleza dotados; e por esta causa, donde quiera que alvergavan, proveía su persona para el día siguiente, temiendo que en tan sola tierra el hambre su gran persona le fatigasse, porque, si rezia aventura acaeciesse, tomándole laso no le sobrepujase. E como estuvieron en aquella ribera comiendo de lo que llevaban e beviendo de aquella dulce agua de aquel gran río, vieron venir por el agua arriba una barca, la cual dos muy feos enanos a gran priessa por el río traían; y estando quedos por ver a qué salían con tal apresuramiento, viniéronseles 'acercar a ellos diziendo:

—Cavalleros, si nuevas cosas ver desseáis, entrad con nosotros vós e vuestros cavallos e veréis lo que nunca vuestros ojos han visto.

Los dos amigos, que otra cosa no desseavan, sin ningún recelo de fortuito caso lo pusieron por obra; y entrados que fueron en la barca, fueron el agua abaxo con los dos enanos muy ligeramente fasta que a una gran vega llegaron, en la cual, salidos en sus cavallos, començaron a andar, dexando los enanos en el agua; y ellos, maravillados de ver tan frutífera tierra, no cesavan su passo, fasta tanto que llegaron a la orilla de la mar, fazia la parte donde la encantadora Alcina, hermana de Morgana, de la cual arriba vos hezimos minción, exercitava sus artificiosos encantamentos; e muy maravillados ambos a dos compañeros de ver un tan fermoso e fresco lugar sin habitación alguna, se dieron a caminar por la orilla de la mar abaxo un gran rato, hasta que llegaron a unos muy bien labrados e anchos edificios, cuya labor e sotileza ponía muy grande admiración a los que la miravan. El buen cavallero

⁷⁴⁶capañas To¹⁵²⁵.

⁷⁴⁷don To¹⁵²⁵.

don Renaldos de Montalván, que assí del campo como de los deleitosos edificios de la casa estava muy maravillado, llegosse a par d'ellos por los mejor mirar e gozar de su vista, los cuales tenían muchas e muy diversas pinturas de lavores que por de fuera se mostravan. E acaso, bolviendo los ojos a otra ladera de las gelosías, vido en una d'ellas una muy apuesta donzella que con sus muy delicadas [e] blancas manos una dulce harpa sonava, cantando con una fermosa boz una melodiosa cantillena; e junto con ella un gentil cavallero de un aspecto harto gentil e ardido, que recostado sobre un dossier la acordada música de la fermosa dama, puesta la mano en la mexilla, sobre la ventana contemplava; e lo uno por les preguntar en qué lugar estavan, e lo otro por mejor los ver, se fue a ellos; e cuando allá llegó, conoció que el cavallero que vos hemos dicho era el muy esforçado don Estolfo, duque de Inglaterra, su primo natural. No es de demandar aquí si hovieron los dos queridos primos plazer en se ver, porque, como arriba vos contamos, cuando la falsa Alcina truxera a esta linda morada encima de la Vallena al duque don Estolfo, desde entonces el buen Renaldos fasta agora por muerto le havía contado. Pues como le vido e le conoció, jamás hovieron dos coraçones tanta alegría de se ver, el duque porque vía a su primo, que era la cosa que él más amava, e don Renaldos por ver bivo al que creía ser muerto de muy cruel muerte entre las bravas hondas de la mar. E acordósele assimismo de Alcina, la mala donzella que havía sido la causa de aqueste peligro; e creyó que ella estaría allí y que suyo sería aqueste tan deleitoso lugar; e cierto assí era la verdad, porque la que junto al duque don Eltolfo era, la cual, como los vido fablar, bien sospechó lo que podía ser e assí se trasmudó la color como si fuera una defunta ^{163r}, porque vido que su caro e muy verdadero amigo el duque avía de ser quitado; e prestamente quitándose de la ventana, abriendo un libreto, hizo ciertas señales que todos las vieron; y súpitamente, quitada la claridad del sol, viene una tan espessa escuridad, acompañada de un granizo con mucho agua, que parecía verdaderamente fundirse toda aquella comarca; y empeçó a correr un aire que todo parecía que la bolcava⁷⁴⁸ de una parte a otra, sonando unos infernales aullidos que claramente mostravan quién eran los que por allí andanvan haziendo esta mudança. El fuerte Escardaso, que tan grandíssimo ruido vido, temiendo que su buen compañero don Renaldos en tal tempestad no peligrasse, a bozes atinando, se llegó a él, diziendo:

⁷⁴⁸ bolcana To¹⁵²⁵.

—¿Qué os parece, señor? ¿A dónde somos venidos que no vemos cómo nos valer ni cómo aver remedio?

—Por Dios, señor Escardaso —dixo don Renaldos—, otra cosa no es esta sino que la maldita encantadora de Alcina⁷⁴⁹ haze esto, porque ha temido con nuestra venida perder a mi primo don Estolfo, que con grande engaño truxo a este lugar. E, si la vida me costasse, no partiría de aquí fasta la fazer a ella morir de mala muerte e a mi primo el duque poner en libertad.

Diziendo esto, vieron el tiempo aserenarse de aquel tenebregoso nublado e delante sí los dos enanos que en la barca del río los passaron e, un poco a çaga d'ellos, un carro pequeño que dos cavallos traían, en el cual venía una muy guarnida donzella vestida como religiosa, en las manos un rico libro, la cual, como a los cavalleros llegó, díxoles:

—Cavalleros, por mi industria sois venidos a este lugar; y pues yo aquí vos truxe, vine a procurar que no peligréis en los engaños de aquesta falsa encantadora Alcina. Sabed que yo soy muy mortal enemiga suya, porque jamás usa bien de sus artes, antes faze quanto mal e daño puede con ellos; e por esto, os he traído aquí para que la destruyáis, de manera que más mal no haga. E ven acá tú, el buen Renaldos de Montalván, aquí, a quien, después de tu primo el conde don Roldán, toda honra de cavallería se puede dar, corta aquellas delgadas colunas que aquel cuarto a mano⁷⁵⁰ derecha sostienen e farás que salga de prisión el que tanto amas; e después haz como quien eres tú de lo que se te ofreciere, ca gran nombradía ganarás en dar fin aquesta aventura, con la cual de muerto o preso no escaparás tú e tu compañero si yo no viniera.

E dichas aquestas palabras, se desapareció de delante, que más no la vieron. El buen cavallero Renaldos de Montalván, que assí nombrarse oyó de la que jamás avía visto, temió no fuesse trato doble para que allí él y Escardaso, su buen compañero, quedassen; mas como a los enanos reconoció, quitósele algún tanto de su sospecha e dio crédito a las palabras de la donzella del carro; e sin más dilación, se va a las colunas ya dichas e con su buena espada tales golpes les dio, que en poco espacio las derribó por tierra fechas más de dos mil pieças. Luego encontinente la hermosa casa y todos los edificios se desaparecieron, quedando solamente solo el

⁷⁴⁹ falicina To ¹⁵²⁵.

⁷⁵⁰ man To ¹⁵²⁵.

duque don Estolfo en el campo algo apartado de su primo don Renaldos, como atónito de ver tal novedad. E como a su querido primo cerca de sí vido, dixo:

—¡O, mi señor don Renaldos de Montalván, qué buena ventura fue la mía ver vuestra presencia en tiempo de tanta necesidad! Siempre de vuestras manos nos viene contino socorro a todos vuestros parientes e amigos.

—Señor primo —dixo don Renaldos—, gracias sean a Dios, [de] cuyas manos nos⁷⁵¹ viene a todos el bien sin lo^{163v} merecer; yo soy el dichoso de siempre hazeros servicio; mas dezidme, ¿qué es de la falsa Alcina que aquí con vós estava?

—Señor —dixo don Estolfo—, no sé más de quanto acabado de hazer aquel escuro nublado se partió de aquí; e no me creáis si no ha de bolver con algún embaraço por que nuestro camino nos impida.

—Ya viniesse —dixo el buen cavallero don Renaldos—, que yo daría por bien guiado cualquier peligro por tomar d'ella vengança.

En esto, juntó con ellos el buen Escardaso e abraçó al duque don Estolfo, al cual don Renaldos contó quién era e su nueva conversión, de lo cual el duque estrañamente fue muy alegre, porque, segund Escardaso mostrava en su presencia, bien dava a conocer su gran valentía. Y estando así hablando estos tres esforçados cavalleros, vieron venir dos gigantes muy negros, los más feos e de más orribles cataduras del mundo, los cuales venían a pie e armados de unas azeradas conchas tan lucientes, que era verlas maravilla; e la malvada encantadora Alcina entre ellos como que, lamentándose, les pedía vengança de aquellos dos cavalleros, los cuales ella venía apuntando con el dedo e con gran paso acercándose al buen⁷⁵² Renaldos de Montalván e al fuerte Escardaso; e como junto a ellos llegaron los dos gigantes, sin palabra hablar, se van los gruesos e ferrados bastones alçados para les ferir; mas los dos esforçados cavalleros que los viereon venir de tal arte, apeados de sus cavallos, se van para ellos; y el buen Renaldos, al que a cargo tomó, le empeçó acometer con muy gran ligereza, temiendo que, si en un lugar se tardasse, esperando su desmesurado golpe, que en breve espacio sería muerto; e por esto, con gran destreza se le entrava e se le salía, de manera que el gigante desaforado jamás podía efetuar su corage ni aprovecharse de sus fuerças, tanto que, como el buen cavallero vido al gigante más lleno de fuerças que astuto de arte o ligereza, se juntó con él para le dar

⁷⁵¹ no To 1525.

⁷⁵² bnen To 1525.

ocasión a que le viniessen con grand ímpetu a ferir; e assí como el golpe vido baxar, apartosse a un lado con gran ligereza, e de camino, alcançándole con la punta del espada, [dióle] un golpe sobre una de las desarmadas piernas de que le mancó, que más sobre ella tenerse pudo de allí adelante; tal anduvo contra él, enseñoreándole al golpear cuando quería, que en breve espacio dio con él en tierra e lo mató. E de que muerto le vido, miró por el otro gigante que al su amigo Escardaso havia acometido e vidole asimismo caído en tierra e mal ferido de muerte de los más crueles golpes que en toda su vida sobre cavallero vio, ca le vido cortadas las armas por cuatro o cinco partes de la mano del fuerte Escardaso, que cualquiera de aquellas feridas bastavan a lo matar, de donde el buen Renaldos de Montalván alcançó a conocer que el fortíssimo Escardaso era estremado cavallero. E como vido la falsa encantadora que sus remedios contra el valeroso don Renaldos no aprovechavan, llorando de los sus ojos, se fue a él para acabar con humilde cortesía lo que no podía con sus artificiosas artes. E puesta delante d'él de rodillas, le dixo las manos juntas:

—Faz de mí, esforçado cavallero, a toda tu voluntad, que, pues ya no me queda más que perder sino la vida, yo, señor, la pongo en tus manos, que en vano se trabaja quien al conde don Roldán, vuestro primo, e a vós quiere vencer.

Cuando el valeroso cavallero don Renaldos de Montalván vido una flaca e debilitada mujer ante sí demandándole⁷⁵³ piedad, no cupo en su valeroso ánimo tal crueldad, que los ruegos de una fermosa e delicada dama no le venciessen; e con ^{164r} un semblante mezclado de crueldad e misericordia le dixo:

—¿Qué te parece, buena dueña, que te han aprovechado tus falsedades? ¿Cómo no valdría más bivar a tu plazer faziendo buenas obras, que no bivar en alteración e miedo usando de tu maldad? Agradece agora que eres muger, que, si no lo fueras, caramente compraras tus falsedades.

—Bien veo, buen cavallero —dixo Alcina—, que dizes verdad, ca mis edificios fechos en gran tiempo con mal arte en breve espacio con tus buenas cavallerías son destruidos. Mira, señor, qué quieres que faga para que con servicio remedie mi cometida ofensa.

—No otra cosa —dixo el buen Renaldos de Montalván— sino que luego des al duque don Estolfo, mi buen primo, sus armas todas e su buen cavallo, e danos manera cómo nos vamos nuestro camino saliendo d'esta tierra que no conoceremos; e

⁷⁵³ demandole To ¹⁵²⁵.

quédate a la buena ventura, que si buenas obras fizieres, buen fin havrás; e si malas, tanto ganarás, que lo que sembrares has de coger de necesidad.

Luego la falsa encantadora fizo lo que don Renaldos le mandó, tan cumplidamente, que los tres cavalleros fueron bien contentos. E todos tres de buena compañía caminaron a vezes por mar, a vezes por la tierra, tanto que, sin intervalo alguno de batalla, entraron en las Selvas de Ardeña, las cuales, como sabéis, bien cerca de la ciudad de París estaban; e como a ellas llegaron, el buen Renaldos de Montalván dixo a su íntimo amigo Escardaso:

—Señor Escardaso, ya entramos en las Selvas de las aventuras, llamadas de Ardeña, si las avéis oído jamás dezir.

Dixo el buen Escardaso:

—Oído, señor, las he antes de agora; e aun sé que jamás en ellas faltan aventuras; por lo cual, señor, de merced vos pido passemos por ellas, ca mucho tiempo ha que las desseo ver.

—Sea assí —dixo el bueno de don Renaldos e también el duque don Estolfo.

E de allí todos tres movieron por medio d'ellas a caminar, donde en breve espacio de su camino vieron en un escondido llano dos cavalleros muy bien dispuestos que estaban muy mortal batalla faziendo.

E dexándolos aquí hasta su tiempo, cumple que vos digamos del muy fuerte y esforçado rey Gradaso, e assimismo del valiente y muy esforçado cavallero el buen Rugiero y también del buen rey Sacripante, que arriba vos dexamos de contar que havían del castillo del monstruo salido, donde estava el rey Sacripante detenido por arte y engaño de la Encantadora Falerina.

Capítulo [ci]. De la muy fiera e cruel batalla que los tres fortísimos guerreros, el rey Gradaso, y don Rugiero, y el rey Sacripante, hovieron con los endiablados gigantes del monte Sulfúreo; e cómo partidos todos tres de allí, el buen cavallero don Rugiero halló a su enamorada madama Barandamonte a la orilla de una fresca ribera folgando con la linda Flordespina, fija del rey Marsilio d'España.

Cuenta la historia que los tres muy valientes guerreros, el buen rey Gradaso, y el buen Rugiero, y el rey Sacripante, a la entrada de un fragoso monte oyeron muy grandísimo estruendo, como arriba vos contamos. E como sus cavallerosos

coraçones non supiesen aver algùn miedo, no dexaron, aunque el ruido era muy estraño, de proseguir su camino. E tanto quanto más en el Sulfúreo monte entravan, tanto más sentían el sonoro ímpetu y el espantoso ruido, tanto que les fue necessario apearse de los pavorosos cavallos e, llevándolos de diestro, andar su camino ^{164v} a pie; e tanto quanto más dentro entravan, tanto más espanto era de ir, fasta que, llegando con harto trabajo, en el comedio del monte vieron una gran boca que dentro en la tierra se fazía, por la cual salían infinitas centellas de increíble grandeza e subían tan altas, que parecían llegar a las nuves; e como tan cerca de la boca llegaron, oían dentro grandíssimo murmullo de gentes que golpeavan e bozeavan con bozes que no parecían sino diablos; de lo cual los cavalleros espantados, viendo tan verdadero infierno, determinaron de apartarse de aquel maldito lugar, teniendo que no era cordura aver contienda con los enemigos ni tentar más adelante, porque ellos avían llegado donde jamás hombres llegaron ni se vieron tan cerca d'esta infernal boca.

E assí como arredraron de aquel sitio, en poco espacio vieron venir fazia ellos cinco monstruosos gigantes, cada uno de más de doze codos en alto, negros e pelosos los cuerpos, los sus miembros de grandeza incomparable, anchas las caras e solo un ojo en la frente, grande como un espejo de mediana manera e tan lleno de fuego, que verdaderamente, según su grandeza e fealdad, parecían diablos. E quando vieron a los tres cavalleros, empeçaron a se alterar y erizar, mostrándose los más espantosos del mundo, tanto que los cavallos, que de diestro eran llevados de sus señores, con espantable miedo se enarmonaron e no fueron bastantes sus señores de los sojuzgar ni tener que, fuyendo por el monte a más correr, non se fuessen. Assí como los cavalleros cara sí los vieron venir, bien creyeron que les eran menester sus fuerças para tal tienpo, donde con los propios diablos avían de aver contienda. Pero consolávalos una cosa: que no venían armados, por lo cual creían desmenuzarlos en breve con sus afiladas espadas. Los diabólicos gigantes, que poner vieron los caballeros a punto, cada uno d'ellos arremete a su roble e con tanta presteza del suelo le arranca como si fuera una mata de ortaliza, que solo en la mullida tierra hasta cuatro dedos llega su raíz; e alçados los grandes árboles en sus braços, a los tres valientes guerreros con gran passo se vienen; los cuales en su vida tan gran terror ni temeroso espanto ovieron, aunque muchas aventuras avían passado, porque al sacar de los robles creyeron verdaderamente que ellos fuessen de los infernales enemigos,

porque solos ellos podían sacar los robles de raíz, lo cual fuerças humanas no bastavan a fazer. Allí los tres compañeros, que no sabían qué cosa era miedo, tenblavan batiendo los dientes unos con otros, como los que veían cosa estraña de su naturaleza y esperavan, sin se menear de un lugar, el fin d'esta tan espantosa aventura, abraçados sus escudos y espadas en las manos, teniendo por cierta la muerte si solo un golpe de alguno d'ellos recibían. En esto, los gigantes se detienen al sonido de un espantoso baladro que oyeron, que parecía, según su detenimiento, que los llamavan; y en poco espacio vino a ellos un gigante, el más abominable y espantoso que los hombres pueden imaginar ni los especulativos pintores debuxar, ca él era mayor de gran cantidad que ninguno de los otros; e allende de su vista, que más horrible que la de los otros era, tenía en los pechos otra cara que bivas llamas echava por la boca al parecer, e salíanle por la regañada boca dos colmillos como de elefante, y en las manos y en los pies tenía unas grandes uñas como de león, e los cabellos de su cabeça e todos los pelos de su cuerpo parecían delgadas culebras que a una parte e a otra erizadas se meneavan. No se puede contar el espanto que ovieron los cavalleros, los cuales no podieron con sola la vista tan mal monstruo ver que, cerrados los ojos a ratos, parecía que de sí mismos ^{165r} estaban enagenados, que vieron cómo los otros cinco gigantes obedientemente se fueron con este diablo; e juntos pareció a los cavalleros que se lançaron por la sulfúrea boca que antes avían visto, de lo cual muy espantados, bueltas las espaldas a tan ediondo lugar e tan temeroso, se fueron por ver si sus amedrentados cavallos pudiessen tomar, no fablando el uno al otro cosa alguna, espantado cada cual del passado temor. E por cierto con gran razón era su miedo, ca vieron criaturas fuera de su naturaleza y enemigos de todo lo criado.

De allí partidos, salieron de aquel monte a un estendido valle, donde fallaron sus cavallos algo arredrados el uno del otro, e, tomándolos, subieron en ellos, no se hartando de fablar de los gigantes que visto avían. El fuerte rey Gradaso dezía:

—Yo muchas vezes he oído dezir d'este monte porque los poetas antiguos hazen en sus historias minción en ellas diziendo que son los Hénicos Montes, donde el maestro Vulcano tenía sus ferrerías, en las cuales de monstruosos obreros se servía; mas yo me pensava que era ficción o vanidad estas compuestas historias; e agora, a costa de mi miedo, le doy crédito.

El rey Sacripante replicó, diziendo:

—Buen señor, essas poéticas historias clara cosa e muy conocida es que son falaces e no de crédito; mas sed cierto que, según de muchas personas soy certificado, es esta la boca del infierno e los que entraron creo que son los que en ella moran, porque también otra semejante que esta sé que ay en ciertas islas cercanas de Italia, e por tanto creo que los que a nuestro parecer nos semejavan corpóreos gigantes eran diabólicos espíritus.

—Cualquier cosa que sean —dixo el buen Rugiero— cierto es maldita vista e más malditas deven de ser sus obras. Pero, pues somos libres del temor que nos pusieron y del daño que esperávamos, no curemos más de hablar en este caso, que sola una cosa siento de que contemplo en mí el gran miedo que sola su vista me puso, y es que todo hombre debe procurar por sus buenas obras de no ir después d'esta vida en su compañía, sino ser tal que merezca alcançar bienaventurança en la gloria eterna.

Estas palabras no las dezía como cristiano que era el buen Rugiero, sino como aquel que no podía ir contra la decendencia de su naturaleza y como aquel que l'estimulava el alma, que por tienpo avía de ser verdadero cristiano e dexar la carrera errada de su secta donde fue criado, porque verdaderamente más puede la naturaleza que la criança, según la mudança d'este cavallero nos da la esperiencia, como adelante veréis.

E assí fablando en las cosas que más sus ánimos se deleitavan e su camino con más plazer aliviavan, anduvieron pieça de tienpo sin aventura fallar que el camino les impidiese. E a cabo de algunas jornadas, llegaron a la ribera de un fermoso río e assaz bien grande, a la frescura del cual vieron estar reposando un membrudo e fermoso cavallero e una linda e bien guarnida donzella; y endereçaron cara ellos, como quien desseava conversación de sus naturales, enfastiados de la soledad de los desiertos montes. E como junto a ellos llegaron, conoció el buen paladín don Rugiero que era el cavallero que armado estava su muy deseada madama Brandamonte; la cual, como arriba vos hemos contado, estava assentada con Flordespina en la ribera fresca, donde los dexamos en el su enamorado razonamiento. Cuando los dos queridos enamorados se vieron, arremete el uno al otro con la furia de aquellas bivas brasas de amor, abraçándose con tanta fuerça cuanta la enamorada vista con que de antes se vieron forcejó a los aprisionar; e buelto a sus compañeros don Rugiero, dixo al buen rey Gradaso y al esforçado rey Sacripante:

—Muy valerosos ^{165v} señores, suplicos por virtud de cavallería me perdonéis, ca bien pensé serviros e andar en compañía de tales cavalleros como vosotros sois, donde por vuestro exenplo no perdiera nada, ante ganara en ser de tales personas en las batallas que se nos ofrecieran dotrinado; mas la ventura me ha ofrecido caso para ir a otra parte, donde mucho me cumple. Ayan, señores, por bien mi despedida, pues la razón me fuerça ir otro camino.

—Señor —dixeron los dos reyes—, no es menester alabar vuestras obras, que ellas son tales, que a nosotros podían dotrinar e mostrar en todo; mas, pues, señor, dezís que os cumple apartar de nós, id a la buena ventura, que a doquier que fuéremos no podemos dexar de ser vuestros como de señor y hermano [de] uno de los mejores cavalleros del mundo.

E con estas palabras que oís, se despidieron los tres compañeros, donde por mejor gozar solos los dos nuevos enamorados se quedaron en aquel fresco lugar; y el rey Gradaso y el buen Sacripante endereçaron su camino por la ribera arriba donde la ventura los guiasse. De los cuales vosablaremos, dexando a don Rugiero e la linda Brandamonte fasta su conveniente tiempo.

Capítulo [cii]. De lo que acaesció al fuerte rey Gradaso e al buen rey Sacripante después que se partieron de su compañero don Rugiero; e cómo el rey Gradaso ordenó nueva guerra contra el emperador Carlomagno sobre la demanda primera de la espada de don Roldán e del cavallo de don Renaldos.

Partidos los dos valientes guerreros de la agradable compañía del buen paladín Rugiero, e andando por diversos bosques e anchas campiñas todo lo que del día les quedava, diéronse priessa por salir de aquellas espessuras antes que la noche viniesse, porque ya a más andar se acercava, la cual venida, lo mejor que pudieron y en el más seguro lugar que fallaron, se quedaron fasta que la mañana vino; e como el día claro vieron, cavalgaron en sus cavallos e anduvieron con grandíssimo trabajo por aquel lugar, donde jamás vieron sino cuevas e peñascos y espessos montes que espanto era de los ver, donde passaron tanta hanbre, que apenas se podían de flaqueza tener sobre los cavallos. Entrando en un valle que yermo de arboledas estava, vieron un hombre de estraña catadura, que avía como caçado un león pequeño e lo estava ahogando con ambas las manos para se lo comer. E como vido venir los

dos cavalleros, prestamente, con un despavorido sobresalto, como aquel que no era acostumbrado ver hombres, soltó el león de las manos; e vase a un gran peñasco muy ligeramente e tomó un grandíssimo bastón a dos manos e tan ligero como fue, tan ligero contra los dos cavalleros se vino. Ellos, por temor de los cavallos que de mano de aquel bestial no fuessen muertos, arredrándosse d'él a gran corrida. E apeose el esforçado rey Gradaso del suyo prestamente, diziendo:

—No es honra haver batalla con un hombre bestial, mas cierto es grande afrenta huille.

E sacando su espada de la vaina, se viene para él; pero no fue menester caminar mucho a le buscar, ca el campesino animal muy presto se vino a él; y el rey Gradaso hizo de señas al rey Sacripante que lo firiese de sobrevienta mientras con él se afrontava, porque tanta era la fatiga que en aquel desierto avían pasado, que no quisieron detenerse con aquel bestial en batalla; y el buen rey Sacripante no fue perezoso en lo que el rey Gradaso le dixo, que, assí como el bastón alto vino contra Gradaso e le quiso dar un mortal golpe con él, el rey Sacripante tan gran golpe de espada le dio a dos manos sobre la monstruosa cabeça, que le no fizo menester maestro ^{166r} para que le curasse, que fasta su diforme boca se la abrió; e assí como en tierra cayó aquel fiero bestial, paráronse a mirarle sus faciones, de las cuales espantados vieron cómo con ravía de la muerte con su bestial cuerpo golpeava fuertemente la tierra, que espanto era de lo ver. De allí los dos buenos guerreros, no curando de se detener más, se partieron, cavalgando en sus cavallos fasta que llegaron a un alcaría donde muchos pastores hazían morada, en la cual fueron de los pastores muy bien rescebidos; e allí refrescaron e comieron, que bien menester les hazía; y, empeçando a platicar con ellos, preguntáronles qué señorío o qué tierra era aquella en que estaban. Los pastores les dixeron:

—Señores, esta es la tierra del rey Madarante, la cual es tan frutífera e tan rica e abundosa de todas las cosas que la naturaleza ha criado, que gran voluntad avrés de bivar en ella; e venís al mejor tiempo del mundo si en la corte del rey queres andar, porque agora mejor que nunca seréis d'él bien rescebidos, ca tiene batalla assignada para cierto día con el gran soldán, que se llama Finadausto, en los campos de la gran ciudad llamada Brandalisa.

—Pues que tan abundosa tierra es esta que nos contáis —dixo el buen Sacripante—, la cual según estos campos estendidos nos muestran lo creemos, ¿qué

es la causa por qué, dexando la conversación de los poblados, avés por bien de bivir en estos solitarios canpos?

—¿Por qué, señor? —dixeron los pastores—. Porque bivimos la más solazosa vida e más descansada del mundo, ca todo nuestro cuidado es, en el tienpo del caluroso verano, passear los floridos canpos, los cuales, con la vestidura de las fragantes yerbas adornados, con el amoroso aire que las diversadas flores menea, muy saludables olores embía; e después que con unos sossegados passos todos sus frescos escondrijos hemos visitado, gozando de las assaboradas frutas que con vicio de la tierra los árboles en ella plantados llevan, sentámonos a par de una de las corrientes fontanas que más nos agrada, al sonido de la cual, proponiendo enamoradas cantilenas, assonándolas con nuestros bien ordenados caramillos e otras vezes con las agitadoras gaitas, de tal arte que las escondidas ninfas con la melodía de nuestros cantares, aunque somos pastores, alegremente se salen de sus estanças a se nos comunicar tan por entero, que los que sois cortesanos terníades por gran bienaventurança alcançar el menor d'estos amorosos ratos. Pues contaros los otros diversos passatienpos que tenemos, assí en las nuestras mañosas luchas como en nuestras pastoriles danças, no acabaría en gran tienpo. Pues cuando los nublosos tienpos del invierno vienen con las sus blancas eladas, allí nuestros ánimos más se regozijan, estándonos sentados alderredor de nuestros continuos fuegos debaxo de las enramadas casas que vedes, platicando unos con otros las cosas que nos más agradan, comiendo de las⁷⁵⁴ frutas que con astuciosa diligencia cada cual coje en sus tienpos, aguardándolas para semejantes necessidades. Por manera, señor, que, viendo las guerras e sobresaltos que los del poblado tienen cada uno en su estado, esta nuestra transitoria vida libre de contiendas e penalidades por bienaventurada juzgamos.

Muy atentos estaban, oyendo estas pastoriles razones, el buen rey Gradasso y el fuerte rey Sacripante, mirándose el uno al otro, diziendo:

—Si bien mirássemos estas razones, no curaríamos de seguir nuestros intereses ni passar tantos trabajos por cumplir nuestras voluntades. E, pues, señor Gradasso, si supiéssedes bien lo que por cumplir nuestra voluntad padecemos, con más razón diríades lo que dezís, ca vos juro ^{166v} por Macón que ha gran tienpo que salí de mi tierra por solo cumplir un cordial deseo que tenía e yo me he visto mil vezes en punto de muerte e todo mi señorío destruido. E pues assí la ventura nos ha

⁷⁵⁴ Iaa To¹⁵²⁵.

traído a la memoria esta plática, sabed que a otra cosa no vine por estas partes sino en busca vuestra a daros nuevas de vuestro amigo e pariente el rey Galafrón, el cual dexé en el mayor aprieto del mundo, a él e a su hija, la estremada en hermosura Angélica la Bella, los cuales creo, según el punto en que yo los dexé, que no pueden ser sino muertos o presos; e yo con consejo del padre e amor de la hija salí de la villa de Albraca, donde los enemigos los tenían cercados; e passando por entr'ellos dissimulando, vine a estas partes, passando los peligros que ya vós, señor, sabes, donde hasta agora, siendo detenido en los dos estraños encantamientos, mucho tiempo no he avido lugar de os dar entera relación de mi mensaje, el cual era en todo caso librássedes al rey Galafrón e a su hija de tanto peligro con el ayuda de vuestra persona e gente, con la cual, después de Dios, tienen esperança.

—Señor Sacripante, no dudo de hazer yo esse socorro, el cual, allende de serles obligado por el amor e parentesco que con ellos tengo, ser vós el mensajero me constreñía a lo hazer, donde luego, sin me detener, iremos a lo poner por obra, ca yo tengo maherida mucha gente en mi tierra para passar otra vez en Francia a destruir a Carlomagno e a todo su imperio, porque yo le puse, otra vez que allá passé, en grande estrecho sobre aver el cavallo Bayardo de don Renaldos e la espada de don Roldán; e diome su palabra de me lo dar y embiar fasta mi tierra e no lo ha fecho; e dexaré por agora esta demanda que vos digo e iremos en esse socorro del rey Galafrón, e de aí haremos como el tiempo con su disposición nos administrare.

Diziendo esto e otras muchas cosas, se fueron a sus cavallos e cavalgaron en ellos, e, despidiéndose de aquella gente, después de dalles muchas gracias por la honra que allí les avían fecho, se fueron por su camino adelante, levando lengua de los pastores por dónde avían de caminar a la ciudad de Brandalisa. E andando por sus jornadas, llegaron a ella e fuéronse derechos al palacio del rey Madarante, el cual, sabiendo quién eran, fueron d'él muy bien rescebidos e con gran fiesta, lo uno porque el buen Finadausto, gran soldán, se avía abenido e fecho amigo con el rey Madarante, e lo otro porque el merescimiento de la venida d'estos dos reyes tan grandes señores lo merecía. E allí juntos muchos días el rey Gradasso, y el rey Sacripante, y el soldán Finadausto e Madarante estuvieron.

En este tiempo supieron nuevas cómo ya la guerra que la Alta Marfisa y el gran turco Torindo davan al rey Galafrón e a su hija había cessado e de qué manera les avía sucedido; e cómo el conde don Roldán se avía llevado a Angélica la Bella; e

cómo la fuerte Marfisa avía dexado su gente e no sabían nuevas algunas d'ella; donde el fuerte rey Gradasso y el buen Sacripante conocieron que era su passaje en aquellas partes escusado, pues ya su acorro no aprovechava. El rey Sacripante, que era a quien más esta nueva pesó, el corazón se le partía por medio viendo cómo Angélica la Bella, las cosas que él más en este mundo amava y por quien tanto afán avía passado, se la avía llevado el conde don Roldán; dixo al rey Gradasso:

—Pues, señor, vuestra voluntad es de passar en Francia como me avéis dicho, hazed, si os paresce, lo que os diré. Aquí está el soldán con tanta gente qual vós bien veis y el rey Madarante con el ^{<157r>} [167r] aparejo que podes sentir; hagamos cada uno de nós a nuestras tierras sendos mensajeros con nuestras cartas, en las cuales les embiemos a mandar que, con la más gente que pudieren, sean aquí en breve espacio de tiempo; e juntos que seamos estos cuatro poderes, no se nos escapará delante cosa el universo mundo que la no ganemos o destruyamos⁷⁵⁵.

Todos de consuno aprobaron por buen consejo el del rey Sacripante e, sin se más dilatar, lo pusieron por obra.

Donde fasta su tiempo los dexaremos estar, por contaros de los dos fuertes hermanos, el buen Aquilante y el fuerte Grifón de Mongrana, que batalla con el encantado Orilo e con su animal hazían, como arriba os contamos.

Capítulo [ciii]. De cómo los dos valientes hermanos, el buen Aquilante y el fuerte Grifón de Mongrana, después de acabada la aventura del Encantado Orilo e su fuerte animal, allegaron a una hermita donde un santo hombre les amonestó lo que avían de hazer, diziéndoles el peligro en que estava el emperador Carlos Magno de Francia.

Bien se vos acordará de la trabada⁷⁵⁶ e temerosa batalla en que dexamos a los valientes hermanos, el buen Aquilante y el fuerte Grifón de Mongrana, los cuales tenían assaz que hazer el uno con el encantado Orilo y el otro con aquel disforme e fuerte animal Cocodrillo llamado; e como ya el día passava, dando lugar a la umbrosa noche que venía, vieron venir un cavallero que traía consigo atado un

⁷⁵⁵ De esta manera queda todo dispuesto para una posible continuación (uno de los rasgos más característicos del género caballeresco). Dos años después apreció, salida de la pluma del mismo López de Santa Catalina, la segunda parte: *Espejo de cavallerías (libro II)*, Toledo, Cristóbal Francés y Francisco de Alfaro.

⁷⁵⁶ trabaua To¹⁵²⁵.

gigante a una cadena, el cual, como a las dos damas que allí a los dos hermanos avían traído llegó, habló un pequeño espacio con ellas⁷⁵⁷; e de que ovo hablado, soltó el gigante que atado traía en la cadena; e assí como el gigante se vido suelto, vase para el encantado Orilo e abraçose con él; e lançáronse ambos a dos por el río adelante, donde, assí por su ida como por la escura noche, no fueron más vistos; de allí vino tan gran escuridad e tan gran turvellino, que las damas ni el fuerte Cocodrillo más pudieron ser vistas.

De que assí libres d'este tan grande peligro los dos hermanos se vieron, fuéronse a sus cavallos e, aunque muy cansados, diéronse a andar a muy gran passo por aquel valle abaxo, en el fin del cual empeçava a fazer una muy áspera montaña; e como ya viessen la escuridad sobr'ellos e la áspera tierra que empeçavan a tomar, ovieron de se esperar e quedarse allí decansando la noche toda, en la cual, parte dormiendo e hablando, passaron con algún reposo. E venida la mañana, cavalgaron en sus cavallos y empeçaron a andar por aquella montaña adelante con harta pena por la gran aspereza de la tierra; e ya que era gran parte del día passada, vieron algo lexos una hermita que encima de una cumbre estava y endereçaron para allá; e vieron a la puerta d'ella estar un viejo hermitaño, tan cargado de días, que sobre los pies parecía que se no podía tener; e quando muy cerca d'él llegaron, dixo el hermitaño, alçando sus manos cara al cielo:

—¡O, gracias e alabanças sean a Jesú nazareno, Dios y hombre, que tanto bien me ha fecho que, antes que la muerte mis ojos quebrasse, pudiesse ver a tan buenos hermanos como al buen Aquilante e al fuerte Grifón!

E buelto cara ellos, les dixo:

—Dezidme, cavalleros, por lo que virtud vos obliga, ¿qué ventura os ha traído por esta tan fragosa montaña, tan remota e apartada de la vuestra tierra? Que bien ha setenta años que yo estoy aquí haziendo penitencia que jamás en todo este tiempo no vi cavalleros por este solitario lugar.

Respondió el fuerte Grifón:

—Reverendo padre, muy maravillado estoy de lo ^{167v} que decís, porque vós avés dicho que en setenta años de tiempo no avés por este lugar visto cavallero armado, e por otra parte ávesnos dicho nuestros nombres.

⁷⁵⁷ llas To ¹⁵²⁵.

—Hermanos míos, no os maravilléis que yo vos aya dicho vuestros nonbres, ca me fue esta noche por un celestial mensajero revelado; e, si mi nombre queréis saber, sabed que a mí llaman Justín de Barcelona; e fui sarraceno cuando pequeño e después cristiano; e prosseguí el hábito de la cavallería mucho tiempo; e como al caduco e inestable mundo empecé a conocer, quise dexarle antes que él a mí me dexasse; e apartándome a este solitario lugar, he bivido fasta agora, faziendo en este desierto solitaria vida. Y el mensajero celestial que la nueva de vosotros me traxo, dixo: «Hombre de Dios, aquí vernán dos cavalleros a tu hermita. Toma estos panes e aderécales de comer lo que pudieres; e sábeta que se llaman Aquilante e Grifón e son hermanos, los cuales te verán d'esta presente vida passar, porque el Alto Señor quiere que cojas el fruto de tus obras. Encomiéndales que tu dormido cuerpo sotierren». E diziéndome esto, se partió de mí; y esta es la causa porque supe de vuestros nonbres e de vuestra venida. Por ende, mis buenos hermanos en Jesucristo, apeadvos e tomaréis alguna consolación para vuestros cansados e trabajados cuerpos e harés dende lo que Dios Nuestro Señor vos administrare.

E diziendo esto, los dos buenos hermanos se apearon de sus cavallos y entraron en la hermita e fizieron su oración ante un altar que allí estava; e luego que la ovieron fecho, se assentaron en un poyo, donde comieron de lo que el hermitaño les dio, que bien lo avían de menester. E desde ovieron comido, vínose el sancto hermitaño para ellos e díxoles:

—Cavalleros, el mi espíritu encomiendo a las benditas manos de aquel Soberano Señor e mi Dios Jesucristo Omnipotente, que por su sangre preciosa todo el humanal linaje redimió; y el mi cuerpo pongo en vuestras manos que por reverencia de Dios le queráis sepultar. E porque el mi tiempo se acerca, vos digo de parte de Dios que, sin en cosa alguna os detener, caminéis derechamente a Francia a servir a vuestro señor el Emperador, ca sabed que está muy apretado de los infieles enemigos de la Sancta Fe Católica y estará de aquí a poco tiempo más, porque gran ayuntamiento de paganos se haze de passar en la cristiandad; e llevad con vosotros los amigos cristianos que topardes, ca harés gran servicio a Dios e a vuestro señor gran provecho e ayuda.

Todo esto que el hermitaño dixo se cumplió muy por entero como más largamente en la Segunda parte d'esta historia verés, que el emperador Carlos e toda la cristiandad estuvo en punto de se perder; mas el immenso Dios e Señor Nuestro

Verdadero lo remedió, de tal manera que salieron d'esta cuita muy a su honra e muy victoriosos, aunque con algún daño de gentes; mas el daño universal de los paganos no ay lengua humana que os la baste a contar, porque tantos murieron allí que, desde a gran tiempo escarmentados, dexaron la cristiandad sin sobresalto alguno le dar, porque de parte del Emperador fueron muy altísimos cavalleros juntos. Allí se halló el conde don Roldán, el buen don Renaldos de Montalván, el fuerte paladín don Rugiero de Risa e su nueva esposa madama Brandamonte, no faltó allí el fortíssimo Escardaso, compañero del buen Renaldos. Allí se halló el buen Brandimarte, amigo de don Roldán, los dos valientes hermanos Prasildo e Iroldo, estos dos fuertes guerreros Aquilante e Grifón, la alta e poderosa reina Marfisa, que por caso de estraña aventura halló que era natural de la Casa de Claramonte y hermana carnal del fuerte ^{168r} Rugiero de Risa. Pues del marqués Oliveros e de todos los paladines señalados no es menester hazeros más prolixa relación, porque en el segundo libro d'este *Espejo de cavallerías* muy por estenso vos será contado, do verés, allende d'esta breve relación que aquí se vos ha fecho, los espantosos e notables hechos que el conde don Roldán, perseverando en el entrañable amor de Angélica la Bella, hizo y en qué pararon estos tan seguidos amores.

Pues, tornando a nuestra materia, assí como aquellas palabras el santo Justino acabó de dezir a los dos hermanos, llegose al altar con grande devoción [e], poniendo sus manos, dio el ánima a Dios Todopoderoso con gran contrición de su cuerpo. Cuando assí en tan breve Aquilante e Grifón vieron faller al sancto hombre, dieron soberanas gracias a Dios Todopoderoso, rogándole por su sancta pasión e misericordiosa clemencia se acordasse de la cristiandad e alçasse la ira sobr'ella, dando lugar al perdón por su infinita misericordia. En esto, vinieron dos grandes leones de la floresta y con sus fuertes uñas en poco espacio hizieron un hoyo ant'el altar, el cual fecho, viendo los cavalleros que esto era gran misterio, pusieron en él el cuerpo del sancto hermitaño, e los mismos leones le cubrieron con la mesma tierra que del hoyo avían sacado; e fecho que lo ovieron esto, se bolvieron a la floresta donde salieron. Los dos buenos hermanos cavalgaron después de fecha devota oración a Dios e dieron comienzo a su viaje, con intención de se no ocupar en cosa alguna fasta llegar a Francia a se juntar con sus amigos e parientes, según el sancto Justino les avía amonestado.

Capítulo [ciiiii]. De cómo los desseados amores del fuerte Rugiero e la linda Madama Brandamonte ovieron efecto en un solitario campo, e cómo determinaron de partir derechamente para la gran ciudad de París con propósito de se velar e favorecer a su señor el Emperador en la priessa que estava.

Bien ternéis memoria en el estado en que a los dos buenos enamorados, el fuerte Rugiero e la linda madama Brandamonte, dexamos, e cómo, cuando el buen paladín la vido, despedido de la otra compañía, se fue donde ella estava con la linda Flordespina, la cual assimesmo, como el caso sintió, o porque vido que no era honestidad quedar sola con dos cavalleros en un lugar tan desierto, o porque viendo a Rugiero despedirse de su compañía para se ir con aquel que ella pensava ser cavallero, haziendo muestra que entr'ellos avía algún secreto, viendo que no era criança, pues d'él no le davan parte, quedar con ellos, ovo también de se despedir, aunque con assaz dolor e muy mortal pena, e atinando a su gente, se fue con ella donde le plugo. De arte que los dos nuevos enamorados empezaron a caminar juntos, teniéndose cada cual d'ellos por bienaventurado en se ver delante de quien el fin de toda su esperança e contentamiento puesto era; en el cual camino, no cessando el uno al otro de hablar enamoradas palabras, contó la linda donzella lo que con Flordespina le avía acaescido, de lo cual no rieron poco viendo cuán súpitamente fue presa de amor. Ya que la noche vieron, apeáronse a la ribera de aquel río junto a una escondida fuente, la cual de muchos e diversos árboles estava cercada; e allí, prosiguiendo la linda dama en el acatamiento que Flordespina tenía de su vista e conversación pensando que era cavallero e cómo con muestras amorosas con el suyo la morisca donzella la combidava, no se hartavan de reír de la pena que Flordespina mostrava ^{168v} e de la disimulación con que la linda Brandamonte la respondía por no la despedir del todo de su conversación. Don Rugiero todos aquellos amorosos actos oía de buena voluntad, como aquel que de otro más encendido fuego estava abrasado; e replicando a la plática de su señora, díxole assí:

—Mi buena señora, cuando las encendidas llamas de amor, salidas de vuestra amorosa vista e de vuestro angélico semblante, abrasaron e captivaron a la que semejante que vós era, aunque no iguala vuestro merecimiento e fermosura, cuánto más abrasarán a mí, que de natural razón más me apetecen e a la varonil

conversación más se abraçan e conforman; e si como vós, mi señora, dezís que en alguna parte aviades compassión de la donzella viendo que por vós penava, más razón es que la ayáis de mí, pues tanta pena por vuestro amor padezco. Bien sé que por vuestro merescimiento soberano ninguna cosa a vuestro servicio condescendente puedo hazer, mediante la cual algún premio de vuestra gran fermosura alcançar pueda; mas, si misericordia mora en vuestro generoso coraçón, a mí más que a otra persona deve ser inclinada, porque de cierto no se hallará quién tanto como yo os quiera e servir dessee; e pídovos de merced, señora, a mi atrevimiento perdone, pues la sobra del amor que os tengo me constriñe a fablaros manifestándoos mi peligro para os mover a me dar conveniente remedio, del cual alcançar desesperaría si una soberana esperança no me sostuviese, la cual es que en una persona do todas las virtudes e fermosura se aposentán, no dexará la piedad de morar en ella, la cual entre todas las virtudes resplandece; esta sola esperança me tiene bivo, que, si ella no me sostuviese, los traspasantes rayos de amor que de mí mesmo me an enagenado en muy breve espacio darían fin a mis días.

D'esta manera que oís el fuerte mancebo paladín razonava, acompañando abundantes lágrimas de sus ojos, las amorosas razones de su boca, tales que a las piedras, que de racional sentido carecen, fiziera a piedad mover si alguna tuvieran. Pues para le dar conveniente respuesta a su desseo, aquella que de las semejantes brasas amorosas estava quemada, no fue tardía, la cual, con una sublime discreción, templando su fuego con grande honestidad, le respondió, diziendo:

—No es este el primer sentimiento de amor que a mi ánima de ti, buen cavallero, ha concedido, ca bien se me acuerda cuando los días passados me apuntaste a dezir tu amoroso desseo, el cual fue, con la venida de los salteadores moros que me hirieron, atajado; agora que perseverar en todo y con todo te veo, quiero, apartando los nublados de tu amorosa voluntad, que sin otro fin me digas qué razón bastaría a me mover a te amar, puesto que de tu amor yo fuesse lastimada, siendo ageno de mi ley e fuera de toda razón natural creencia metido en el oscuro error de una tan malvada secta como estás metido, la cual, allende de ser falsa e mentirosa, es muy agena de ti por la alta progenie de donde deciendes, la cual es la propia donde yo e todos los paladines de Francia por recta línea decendemos. No haría justa cosa yo en te amar ni tú, buen cavallero, si por razón te guiasses, me lo aconsejarías.

Con tales palabras como estas enmudeció el valiente Rugiero, viendo ser verdad lo que su señora le decía; e martillando su corazón de una parte el entrañable amor e su propia naturaleza de donde descendía, e por otra parte la criança e conversación en que abituado estava, sentía en sí un emmudecimiento tan grande que le impedía la respuesta. En este espacio la fermosa e valentíssima donzella no dexava con afectuosa e muy devota oración de rogar a la divina sabiduría^{169r} spiritual gracia a su amante infundiese para que viniese en conoscimiento de la suma verdad, e venido, pudiese a ella gozar de su amor en el católico servicio de Dios. Ya la superna gracia del Omnipotentísimo Dios, que no quiere que ninguno se pierda, avía nuevo amor sembrado en el corazón del buen Rugiero, el cual, no pudiendo encobrir ni dissimular su desseo, que de la gracia nuevamente infusa avía emanado, dixo assí:

—Valerosa señora, a quien más encargo soy de las nacidas de nuestros tiempos, yo quiero hazer tu voluntad, pues tan manifiesto es mi provecho. Yo digo que conozco por verdadero señor a mi Dios y redemptor Jesucristo crucificado, al cual de oy demás pido que lo passado por su clemencia me perdone y en lo por venir por su grandeza en su sancto servicio me conserve.

La valerosa dama e soberanamente fuerte donzella, que assí vido ganada un ánima, quiso con su dulce semblante el amoroso cuerpo favorecer; e llegándose a él, le dixo:

—Buen cavallero e más verdadero, que fasta aquí, pues tu ánima has con tan cristiana confessión ganado, no dubdaré de oy más de hazer lo que me mandares. Ven y cunple lo que has empeçado.

E tomándole por la mano, llegose a la fuente e como fiel cristiana e sabida donzella que era le bautizó, el cual rescibió el baptismo con tan gran devoción como aquel que de muy entera voluntad lo hazía. E fecho cristiano, con dulce e muy sabroso amor, se tomaron las manos, dándose el uno al otro fe e palabra con solenne juramento que, llegados a Francia, donde desde allí, sin se ocupar en cosa alguna, avían de ir, de se casar e rescebir las nupciales bendiciones de la Sancta Madre Iglesia; y por el presente se desposavan, dándose uno a la voluntad del otro con deliberada voluntad; del cual ayuntamiento quiero que sepáis nació un fruto de bendición, el cual hizo tanto por su persona en el hábito de la caballería, que, ya

olvidados de los famosos paladines los hechos⁷⁵⁸, solos de los suyos contavan, los cuales en la segunda parte d'este *Espejo* muy por estenso verés.

Agora sabed que, hechos estos católicos actos, se tornan los dos verdaderos amantes a su lugar do primero estaban. Allí viérades amorosos juegos, sospiros apasionados, dulces acentos, tocamientos cobdiciosos, encendidos juegos, carnales luchas, negativas defensas, humildes ruegos, afectuosas fuerças, donde en tales exercicios, ambos a dos, efectuaron su desseo con empeçar una nueva cosa assí el uno como el otro, de la cual al presente cada uno se tuvo por bienaventurado e se prendaron en una tan perpetua amistad, que otro no los despartió d'ella sino la muerte, la cual, por industria del traidor conde Galalón de Magança, sobrevino al fuerte Rugiero. Toda aquella noche los verdaderos amantes sobre la verde yerva passaron, cada uno cogiendo el fruto enamorado del otro; la conversación de los cuales al uno ni al otro no le fue punto fastidiosa, antes desseavan que la noche con tardança la prolixidad del caluroso día venciesse. Pero como los límites de los tiempos no están⁷⁵⁹ a la voluntad de los hombres subjectos, a su limitada hora la clara luz sobrevino, la cual, por los dos enamorados vista, adereçan de se partir de aquel lugar cada uno con soberano contentamiento del otro, tomando cada cual d'ellos gran deleite de la compañía del otro; e cavalgando cada uno en su cavallo, mirándose con vista amorosa, despídense de aquel dulce lugar a la hora que la risueña e clara alva con su gracioso semblante da apariencia a todas las cosas visibles; quando a la asomada de Oriente el luzido Febo su cara nos muestra, quando suavemente los músicos paxaritos las frescas^{169v} arboledas cantando festejan, atajando la noturna cantilena de los desacordes e solitarios grillos; quando el sobervio león rugiendo sale de la floresta a buscar su necessario pasto, y el dragón, con su desvelado silvo, sale de su escura cueva gritando; e las pintadas gamas las delicadas e tiernas yervas tornean, tomándola en su boca por dulce manjar; e la temerosa liebre busca su diurna e abrigada estança; y el solitario pastor, contando su ganado, le da licencia que por las anchuras de la tierra pasee; e los oficiales de agricultura sus instrumentos para sus continuas labranças aparejan; e, finalmente, cada uno en su estado, nuevo exercicio de su persona busca. En este tiempo que digo, tomaron los dos nuevos enamorados su camino para la gran ciudad de París, en el cual muchas cosas dignas

⁷⁵⁸ de los famosos hechos paladines To¹⁵²⁵.

⁷⁵⁹ esten To¹⁵²⁵.

de memoria les acaecieron, las cuales al presente no se esplanan, dexándolas para contar en la Segunda parte d'este presente libro. Al cual, por agora, muy magnífico señor, quiero dar fin porque la prolixidad de su larga letura no dañe su estilo ni le ponga en más pequeño grado de lo que él por ser mal adornado e compuesto está pidiendo. Con afectuoso desseo e suplicando con humil acatamiento este pequeño presente Vuestra Merced resciba, las faltas del cual en el Segundo entiendo emmendar e semejante como este a vuestra magnífica persona ofrecer, cuyas magníficas manos beso como humilde siervo que soy y seré de Vuestra Merced.

Deo gracias.

Aquí fenece la Primera parte d'esta historia llamada *Espejo de cavallerías*,
traduzida de lengua toscana en nuestro vulgar castellano por Pero López de
Santa Catalina, vezino d'esta muy noble ciudad de Toledo. Fue
impresa en la mesma imperial ciudad por Gaspar de Ávila.

Acabose a veinte y siete días del mes de Octubre.

Año del nascimiento de Nuestro Salvador

Jesucristo de mil e quinientos e

veinte y cinco

años.



Con privilegio de sus majestades.

[a 27, Dicenbre, 1525]⁷⁶⁰.

⁷⁶⁰ Aparece manuscrito en el ejemplar. Se trata de una mano diferente a la del añadido que aparece en la última línea del folio 59v, que puede pertenecer al propietario del texto o algún archivero o bibliotecario que la añadió posteriormente; lo cual no deja de ser llamativo si tenemos en cuenta que la fecha indicada en el texto es el 27 de octubre. Fechas diferentes: impreso: 27 de octubre de 1525. Aparece manuscrito el 27 de diciembre de 1525.

C. BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

ALVAR, CARLOS y LUCÍA MEGÍAS, JOSÉ MANUEL, *Libros de caballerías castellanas: una antología*, Barcelona, DeBolsillo, 2004.

AUNÉS, Jerónimo de, *Morgante (Libro I)*, ed. Marta Haro, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2010.

Cantar de Mio Cid, estudio y notas de Alberto Montaner, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 2011.

CERVANTES, Miguel de, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994.

DUCE GARCÍA, JESÚS, *Antología de autómatas en libros de caballerías castellanas*, Alcalá, Universidad de Alcalá, 2016.

GARZA, Sonia, *La Trapesonda. Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.

GERNERT, Folke, *Baldo. Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.

GÓMEZ REDONDO, Fernando, *Renaldos de Montalbán (Libros I-II). Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2011.

HESÍODO, *Teogonía*, introd. y trad. de Aurelio Pérez Jiménez, Madrid, Gredos, 2000.

LÓPEZ DE SANTA CATALINA, Pedro, *Espejo de caballerías (libro segundo)*, ed. Juan Carlos Pantoja, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2009.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, *Antología de libros de caballerías castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.

LUCÍA MEGÍAS, JOSÉ MANUEL, *Libros de caballerías castellanos. (Los textos que pudo leer don Quijote de la Mancha)*, Madrid, Castalia, 2007.

MARTORELL, Johanot, *Tirante el Blanco*, ed. Martín de Riquer, 5 vols., Madrid, Clásicos Castellanos, 1974.

PANTOJA, Juan Carlos, *Espejo de caballerías (segunda parte). Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2007.

RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Bleca, 2 vols., Madrid Cátedra, 1987.

TROYES, Chrétien de, *Erec y Enid*, introducción, traducción y notas de Carlos Alvar, Victoria Cirlot y Antoni Rossel, Madrid, Alianza, 2011.

TROYES, Chrétien de, *Yvain o El caballero del león*, introducción de Isabel de Riquer, Madrid, Alianza, 1994.

TROYES, Chrétien de, *El caballero del león*, introducción de Isabel de Riquer, Madrid, Alianza, 1994.

Edición de textos

BLECUA, Alberto, *Manual de crítica textual*, Madrid, Castalia, 1983.

FRADEJAS RUEDA, José Manuel, *Introducción a la edición de textos medievales castellanos*, Valladolid, Cuadernos de la UNED, 1991.

La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro, ed. Pablo Jauralde, Dolores Noguera y Alfonso Rey, London, Tamesis, 1990.

Edición y anotación de textos del Siglo de Oro. (Actas del Seminario Internacional para la Edición y Anotación de Textos del Siglo de Oro. Pamplona. Univ. Navarra, 10-13 de diciembre de 1986), Pamplona, Eunsa, 1987.

Crítica textual y anotación filológica en obras del Siglo de Oro: Actas del seminario internacional para la Edición y Anotación de Textos del Siglo de Oro (Pamplona, Universidad de Navarra, abril, 1990), eds. Ignacio Arellano y Jesús Cañedo, Madrid, Castalia, 1991.

CAÑEDO, Jesús y ARELLANO, Ignacio, «Observaciones provisionales sobre la edición y anotación de textos del Siglo de Oro», en *Edición y anotación de textos del Siglo de Oro. (Actas del Seminario Internacional para la Edición y Anotación de Textos del Siglo de Oro. Pamplona. Univ. Navarra, 10-13 de diciembre de 1986)*, eds. Jesús Cañedo e Ignacio Arellano, Pamplona: Eunsa, 1987, págs. 339-355.

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, Juan, «La fijación del texto en el caso de manuscritos inéditos», en *La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, ed. Pablo Jauralde, Dolores Noguera y Alfonso Rey, London: Tamesis, 1990, págs. 189-194.

IGLESIAS FEIJOO, Luis, «Modernización frente a “Old spelling” en la edición de textos clásicos», en *La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional de*

Hispanistas del Siglo de Oro, ed. Pablo Jauralde, Dolores Noguera y Alfonso Rey, London: Tamesis, 1990, págs. 237-244.

JAURALDE POU, PABLO, «Crítica textual», en *Manual de investigación literaria. Bibliografía para el estudio de la literatura española*, Madrid, Gredos, 1981, págs. 152-197.

LÓPEZ ESTRADA, Francisco, «Ediciones de textos medievales», en *Introducción a la literatura medieval*, Madrid, Gredos, 1987, págs. 57-83.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, «La edición de libros de caballerías castellanos: defensa de la puntuación original», en *Edición y anotación de textos. Actas del I Congreso de Jóvenes Filólogos (A Coruña, 25-28 de septiembre de 1996)*, Carmen Parrilla, Begoña Campos, Mar Campos, Antonio Chas, Mercedes Pampón y Nieves Pena, A Coruña, Universidad, 1998, págs. 389-415.

MOROCHO GAYO, Gaspar, *Estudios de crítica textual (1979-1986)*, Murcia, Universidad de Murcia, 2004.

ORDUNA, Germán, *Fundamentos de crítica textual*, Madrid, Arco Libros, 2005.

PASCUAL, José Antonio, «La edición crítica de los textos del Siglo de Oro: de nuevo sobre su modernización gráfica», en *Estado actual sobre los estudios del Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, ed. Manuel García Martín, Salamanca, Ed. Universitaria, 1993, págs.37-57.

PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel, *La edición de textos*, Madrid, Síntesis, 1997.

SÁNCHEZ PRIETO, PEDRO, *Cómo editar textos medievales*, Madrid, Arco Libros, 1998.

Estudios

AGUILAR PERDOMO, M^a del Rosario, «La recepción de los libros de caballerías en el siglo XVI: a propósito de los lectores en el *Quijote*», *Literatura: teoría, historia y crítica*, 7 (2005), pp. 45-68.

AGUIRIRANO, Begoña, «La iniciación del caballero en Chrétien: *Erec et Enide*», en María Eugenia Lacarra (ed.), *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 21-57.

ALONSO, Dámaso, «La primitiva épica francesa a la luz de una *Nota emilianense*», en *Obras completas. Vol. II. Estudios y ensayos sobre literatura*, Madrid, Gredos, 1972, pp. 225-319

ALVAR, Carlos, *El rey Arturo y su mundo*, Madrid, Alianza, 1991.

ALVAR, Carlos, «Raíces medievales de los libros de caballerías», *Edad de Oro*, XXI (2002), pp. 61-84.

ALVAR, Carlos, «Oliveros: auge y ocaso de un héroe», *Suma*, 4 (2014), pp. 7-38.

AUERBACH, Erich, «La salida del héroe cortesano», en *Mímesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 121-138.

AVALLE ARCE, Juan Bautista, *Amadís de Gaula: el primitivo y el de Montalvo*, México, 1990.

BARBOLANI, Cristina, *Poemas caballerescos italianos*, Madrid, Síntesis, 2005.

BENITO, Ana, «El viaje literario de las Amazonas: desde las *Estorias* de Alfonso X a las crónicas de América», en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de*

viajes en el mundo románico, ed. Rafael Beltrán, València, Universitat de València, 2002, p. 241.

BENITO, Ana, «Monstruos y portentos: dos visiones antagónicas de las razas prodigiosas en la *General Estoria* de Alfonso X», *Lemir* (2008), 12, pp. 299-308.

BOGNOLO, Anna, «El prólogo del *Amadís* de Montalvo», en *Siglo de Oro. Actas del IV Congreso Internacional de AISO*, eds. M^a Cruz García de Enterría y Alicia Cordon, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1998, pp. 275-281.

BUENO SERRANO, Ana Carmen, «Motivos literarios de la representación de la violencia en los libros de caballerías castellanos (1508-1514): enanos, doncellas y dueñas anónimas», *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 3-6 setembre de 2003)*, vol. I, 2005, pp. 443-452.

CACHO BLECUA, Juan Manuel, *Amadís: heroísmo mítico-cortesano*, Madrid, Cupsa Editorial, 1979.

CACHO BLECUA, Juan Manuel, «La iniciación caballeresca en el *Amadís de Gaula*», en María Eugenia Lacarra (ed.), *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 59-79.

CACHO BLECUA, Juan Manuel, «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127.

CACHO BLECUA, Juan Manuel, «La iniciación caballeresca de Don Quijote», *Philologia Hispalensis*, 18/2 (2004), pp. 21-48.

CARMONA FERNÁNDEZ, Fernando, «Largueza y don en blanco en el *Amadís de Gaula*», en *Medievo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica*

de *Literatura Medieval* (Granada 1993), ed. Juan Paredes, Granada, Universidad, vol. I, 1995, pp. 507-521.

CARMONA FERNÁNDEZ, Fernando, «Ideología de un motivo literario: el *don contraignant* o *don en blanco* en el *Amadís de Gaula*», en *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales*, 27, 2004, pp. 141-158.

CARMONA FERNÁNDEZ, Fernando, *Pervivencias medievales: Chrétien de Troyes, Boccaccio y Cervantes*, Murcia, Universidad de Murcia, 2006.

CASTRO HERNÁNDEZ, Pablo, «La tradición de las maravillas en las *Andanças e viajes* de Pero Tafur (1436-1439)», *Lemir*, 18 (2014), pp. 329-382.

CASTRO HERNÁNDEZ, Pablo, «La imagen del monstruo en algunas representaciones xilográficas del *Libro de las Maravillas del Mundo* de John Mandeville: aproximaciones metodológicas e historiográficas», *Revista Sans Soleil. Estudios de la imagen*, 7 (2015), pp. 14-24.

CHEVALIER, Maxime, *L'Arioste en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du "Roland furieux"*, Bourdeaux, Institut d'études ibériques et ibero-américaines de l'Université de Bordeaux, 1966; *Los temas ariostescos en el Romancero y la poesía española del Siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 1968.

CIRLOT, Victoria, «La estética de lo monstruoso en la Edad Media», *Revista de Literatura Medieval*, 2 (1990), pp. 175-182.

CIRLOT, Victoria, «La ficción del original en los libros de caballerías», en *Literatura Medieval. Volumen IV. Actas do IV Congresso de Associação Hispânica Medieval (Lisboa, 1-5 octubre 1991)*, Lisboa, Edições Cosmos, 1993, pp. 367-373.

CODURAS BRUNA, María, «La presencia del gigante en el ciclo amadisiano: un paradigma antroponímico caballeresco», *Lectura y signo* 9 (2014), pp. 105-120.

COHEN, Gustave, *La vida literaria en la Edad Media*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977.

CURTIUS, Ernst Robert, *Literatura europea y Edad Media latina*, 2 vols., Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1948, 6ª reimpresión 1999.

De la literatura caballescica al Quijote, (coord.) Juan Manuel Cacho Blecua, ed. Ana Carmen Bueno Serrano, Patricia Esteban Erlés y Karla Xiomara Luna Mariscal, Zaragoza, Prensas Universidad de Zaragoza, 2007.

DEYERMOND, Alan, «El hombre salvaje en la novela sentimental», en *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas*, (Nijmegen, 21 a 25 de agosto de 1965), eds. Jaime Sánchez Romeralo y Norbert Poulussen, Asociación Internacional de Hispanistas e Instituto Español de la Universidad de Nimeja, 1965, pp. 265-272.

DORRA, Raúl, «¿Por qué los monstruos?», *Elementos*, 22/3 (1994), pp. 13-19.

DURÁN, Armando, *Estructura y técnicas de la novela sentimental y de cavallerías*, Madrid, Gredos, 1973.

EISENBERG, Daniel, *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century. A Bibliography*, London, Grant & Cutler Ltd, 1979.

EISENBERG, Daniel y MARÍN PINA, M^a Carmen, *Bibliografía de los libros de cavallerías castellanos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.

FRAPPIER, Jean, «Le motif du *don contraignant* dans la littérature du Moyen Âge», en *Amour Curtois et Table Ronde*, Publications Romanes et Françaises, 126, Ginebra, Droz, 1973, pp. 225-64.

GALLEGO GARCÍA, Laura, «*Belianis de Grecia (Tercera y Cuarta Parte)*», de *Jerónimo Fernández: edición y estudio*, tesis doctoral, Valencia, 2013.

GARCÍA GUAL, Carlos, «Un truco de ficción histórica: el manuscrito encontrado», *1616. Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 10 (1996), pp. 47-60.

GARROSA RESINA, Antonio, «La tradición de animales fantásticos y monstruos en la literatura medieval española», *Castilla*, 9-10 (1985), Universidad de Valladolid, pp. 77-101.

GAYANGOS, Pascual de, «Discurso preliminar», en *Libros de caballerías*, Madrid, Rivadeneyra, 1857.

GERNERT, Folke, «El *contrafactum* del credo de *Morgante* de Luigi Pulci y en la traducción castellana de Jerónimo Aunés», en *De la literatura caballeresca al Quijote*, (coord.) Juan Manuel Cacho Bleuca, ed. Ana Carmen Bueno Serrano, Patricia Esteban Erlés y Karla Xiomara Luna Mariscal, Zaragoza, Prensas Universidad de Zaragoza, 2007, p. 201-232.

GÓMEZ MONTERO, JAVIER *Literatura caballeresca en España e Italia (1483-1542). El «Espejo de cavallerías» (Deconstrucción textual y creación literaria)*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1992.

GÓMEZ MONTERO, Javier, «El *Libro de Morgante* en el laberinto de la novela de caballerías», *Voz y Letra*, 7/2 (1996), p. 29-59.

GÓMEZ REDONDO, Fernando, «El prólogo del *Zifar*: Realidad, ficción y poética», *Revista de Filología Española*, LXI (1981), 85-112.

GÓMEZ REDONDO, Fernando, *La prosa medieval castellana. II El desarrollo de los géneros. La ficción caballeresca y el orden religioso*, Madrid, Cátedra, 1999.

GÓMEZ REDONDO, Fernando, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento (Tomo II)*, Madrid, Cátedra, 2012.

GONZÁLEZ, Eloy R., «Tipología literaria de los personajes en el *Amadís de Gaula*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXIX/2 (1991), pp. 825-864.

GRACIA, Paloma, *Las señales del destino heroico*, Barcelona, Montesinos, 1991.

GRIFFIN, Clive, *Los Cromberger: La historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y Méjico* [1988], Madrid, Fondo de Cultura Hispánica, 1991.

HARO CORTÉS, Marta, «La mujer en la aventura caballeresca: dueñas y doncellas en el *Amadís de Gaula*», *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, València, Universitat de València, 1998, pp. 181-217.

KEEN, Maurice, *La caballería*, Barcelona, Ariel, 2010.

KAPPLER, Claude, *Monsrtruos, demonios y maravillas*, Madrid Akal, 2004.

KOHUT, Karl, «Teoría literaria humanística y libros de caballerías», en *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identificación. Semyr. Congreso Internacional (Salamanca, 4-6 de junio de 2001), Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 173-185.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa, *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1983.

LÓPEZ-RÍOS, Santiago (1994), «El concepto de “salvaje” en la Edad Media española: algunas consideraciones», *DICENDA. Cuadernos de Filología Española*, 12, pp. 145-155.

LOZANO-RENIEBLAS, Isabel, *Novelas de aventuras medievales. Género y tradición en la Edad Media hispánica*, Kassel, Reichenberger, 2003.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (ed.), *Antología de libros de caballerías castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, «Sobre torres levantadas, palacios destruidos, ínsulas encantadas y doncellas seducidas: los gigantes de los libros de caballerías al *Quijote*», en *Fantasia y Literatura en la Edad Media y los Siglos de Oro*, eds. Nicasio Salvador Miguel, Santiago López Ríos y Esther Borrego Gutiérrez, Madrid, Iberoamericana, 2004, pp. 235-258;

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, *De los libros de caballerías manuscritos al «Quijote»*, Madrid, Sial, 2004.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel y SALES DASÍ Emilio, «La otra realidad social en los libros de caballerías castellanos. 3. Los enanos», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, 5 (2002), pp. 9-24.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel y SALES DASÍ Emilio, «La otra realidad social en los libros de caballerías castellanos. 3. El caballero anciano», *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (León, 20 al 24 de septiembre de 2005)*, eds. Armando López Castro y María Luzdivina Cuesta, León, Universidad, vol. II, 2007, pp. 783-795.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, «Amadís de Gaula: un héroe para el siglo XXI», *Tirant*, 11 (2008): 99-118.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel y SALES DASÍ, Emilio, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008.

MANZANILLA SOSA, Silvia Alicia, «La dimensión ética y estética de la figura del trickster en la literatura», *Valenciana*, 18 (2016), pp. 241-270.

MARÍN PINA, M^a Carmen, «Aproximaciones al tema de la *virgo bellatrix* en los libros de caballerías españoles», *Criticón*, 45 (1989), 81-94 (recogido en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, pp. 239-263).

MARÍN PINA, M^a Carmen, «La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco», *Revista de Literatura Medieval*, 3 (1991), 129-148 (recogido en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, pp. 349-375).

MARÍN PINA M^a Carmen, «Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 Outubro 1991)*, vol. IV, eds. Aires A. Nascimento y Cristina Almeida Ribeiro, Lisboa, Edições Cosmos, 1993, pp. 27-33 (recogido y ampliado después como «*Liber monstrorum* caballeresco: los monstruos híbridos», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2011, pp. 307-331).

MARÍN PINA, María Carmen, «El libro encontrado y el tópico de la falsa traducción en los libros de caballerías españoles», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, págs. 71-84 (anteriormente en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)*, I, ed. María Isabel toro Pascual, Salamanca, Biblioteca española del siglo XV, 1994, pp. 541-548)

MARÍN PINA, M^a Carmen, «La doncella andante en los libros de caballerías españoles: antecedentes y delimitación del tipo (I)», en *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005)*, vol. II, eds. Armando López Castro y M^a Luzdivina Cuesta Torre, León, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 2007, pp. 817-825.

MARÍN PINA, M^a Carmen, «De Rodamonte a las rodomontadas: la conversión de un héroe carolingio en género bufo», en *Amadís de Gaula: quinientos años después*, eds. José Manuel Lucía Megías y M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 471-502.

MARÍN PINA, M^a Carmen, *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco, «El tema de los gigantes», en *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos, 1973, pp. 297-311.

MARTÍN ROMERO, José Julio, «El combate contra el gigante en los textos caballerescos», en *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 16-20 setembre de 2003)*, eds. Rafael Alemany, Josep Luís Martos y Josep Miquel Manzanaro, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valencia, vol. III, 2005, pp. 1105-1120.

MARTÍN ROMERO, José Julio, «“¡Oh captivo caballero!”. Las palabras del gigante en los textos caballerescos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LIV/1 (2006), pp. 1-31.

MARTÍN ROMERO, José Julio, «Sobre el Endriago amadisiano y sus descendientes caballerescos», en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, eds. José Manuel Fradejas Ruedas, Déborah Dietrick Smithbauer, Demetrio Martín Sanz, M^a Jesús Díez Garretas, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2010, pp. 1283-1298.

MÉNARD, Philippe, «Le don en blanc qui lie le donateur: réflexions sur un motif de conte », en *An Arthurian tapestry. Essays in memory of Lewis Thorpe*, University of Glasgow, 1981, pp. 37-53.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Orígenes de la novela*, vol. I, Madrid, CSIC, 1962.

MONTOYA MARTÍNEZ, Jesús y RIQUER, Isabel de, *El prólogo literario en la Edad Media*, Madrid, Madrid, UNED, 1998.

PACCI, Anna Maria, «Un'edizione sconosciuta della prima parte dell'*Espejo de caballerías*: Toledo, Gaspar de Ávila, 1525», in *Miscellanea di Studi Ispanici, I. Letteratura classica*, Pubblicazioni dell'Istituto di Letteratura Spagnola e Ispanoamericana dell'Università di Pisa, XXVIII (Pisa, 1974), pp. 89-95.

PASTOR CUEVAS, M^a Carmen, «Tipología del ermitaño: ficcionalización y función en los libros de caballerías (*Zifar, Amadís de Gaula y Tirante el Blanco*)», *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 Outubro 1991)*, vol. IV., 1993, pp. 35-39.

PATRUCCO, Sandro A., «Gigantes y caballeros en las páginas de la novela caballeresca española», *Hispanic Culture Review*, 3.1 (1996), pp. 12-17;

PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel, *Bestiario. Antropología y simbolismo animal*, Madrid, Medusa, 2002.

PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel, «Roldán en las leyendas ibéricas y occidentales», *Garoza*, 1 (2001):165-189.

PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel, «El Cid donador (o el Cid desde el comparatismo literario y Antropológico)», en *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas. Actas del Congreso Internacional IX Centenario de la muerte del Cid, Celebrado en la Univ. de Alcalá de Henares los días 19 y 20 de noviembre de 1999*, Carlos Alvar, Fernando Gómez Redondo y Georges Martin (Eds.), 2002, pp. 295-323.

PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel, «El héroe, el salvaje y el viaje: Don Quijote/Sancho... y Guillermo/Renuard, Tamino/PPgewno, Robinson/Viernes, Ismael/Queequeg, Asterix/Obelix», *Cultural Studies in the Spanish Golden Age*,

volumen monográfico de *South Atlantic Review*, coordinado por Elena del Rio Parra, LXXII, 1 (2007).

PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel, «Ogros, brujas, vampiros, fantasmas: la lógica del oponente frente a la lógica del héroe», *E.L.O.*, 11-12 (2005-2006), pp. 217-236.

PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel, «La lógica de lo heroico: mito, épica, cuento, cine, deporte... (modelos narratológicos y teorías de la cultura)», en *Los mitos, los héroes*, Uruña, Centro Etnográfico de Castilla y León, 2003, pp. 37-63.

PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel, «Eneas, el Cid y los caminos trillados del exilio heroico», *Ínsula*, 731 (2007), pp. 11-14.

PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel, «Del parchís a la montaña rusa: laberintos, juegos, violencias, iniciaciones», *Cuadernos do Ceil*, 1 (2011), pp. 89-99.

PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel, «*Superos / Medio / Inferos*: los héroes suspendidos entre el cielo y la tierra», en *Miti mediterranei. Atti del congresso internazionale Palermo-Terrasini, 4-6 ottobre 2007*, a cura di Ignazio E. Buttitta, 2007, pp. 155-174.

PÉREZ DÍAZ, Eduardo, «La lógica de lo monstruoso en el Infierno de Dante», *Culturas Populares. Revista Electrónica*, 5 (2007), 39 pp.

PORQUERAS MAYO, Alberto, *Estudios sobre Cervantes y la Edad de Oro*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.

RÍO NOGUERAS, Alberto del, «Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías», *Actas do IV Congresso da Assossiação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 Outubro 1991)*, vol. IV., Organização de Aires A. Nascimento e Cristina Almeida Ribeiro, Lisboa, Edições Cosmos, 1993, pp. 73-80.

RÍO PARRA, Elena del, *Una era de monstruos. Representaciones de lo deforme en el Siglo de Oro español*, Madrid, Iberoamericana, 2003.

RIQUER, Martín de, *Para leer a Cervantes*, Barcelona, El Acantilado, 2003.

ROMERO TABARES, M^a Isabel, «Modelos de mujeres en los libros de caballerías hispánicos. El *Rosíán de Castilla*», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*. Julián Acebrón Ruiz (ed.), Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2001, pp. 191-215.

RODRÍGUEZ DE MONTALVO, GARCI, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987-1988, 2 vols.

RUBIO TOVAR, Joaquín, *Monstruos y seres fantásticos en la literatura y pensamiento medieval. Poder y seducción de la imagen románica*, Universidad de Alcalá y Aguilar de Campo, 2006, pp. 121-155.

SALES DASÍ, Emilio, «California, las amazonas y la tradición troyana», *Revista de Literatura Medieval*, 10 (1998), pp. 47-67.

SALES DASÍ, Emilio, «La dueña traidora: venganzas y secuestros en las continuaciones del *Amadís de Gaula*», *Medievalia*, 32/33 (2001), pp. 24-36.

SALES DASÍ, Emilio, *La aventura caballeresca: epopeya y maravilla*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.

SANTIESTEBAN, Héctor, «El monstruo y su ser», *Relaciones* 21, núm.81 (2000), pp. 93-126.

SANZ HERMIDA, Jacobo, «La función mágica del anillo en el *Amadís de Gaula*», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Salamanca, 3-6 de octubre 1989)*, vol. II, pp. 933-940.

VALENZUELA MUNGUÍA, M^a del Rosario, «Conversión y lucha contra gigantes en *Las Sergas de Esplandián*», en *Destiempos.com. Caballerías (dossier)*, eds. Lilian von der Walde Moreno y Mariel Reinoso Ingliso, México D. F., Grupo Destiempos, 23 (2009-2010), pp. 369-378.

WALDE MOHENO, Lilia von der (1993-94), «Lo monstruoso medieval», *La experiencia literaria*, 2, pp. 47-52.

WHITENACK, Judith A., «Conversion to Christianity in the Spanish Romance of Chivalry, 1490-1524», *Journal of Hispanic Philology*, 13,1 (1988), pp. 13-39.

D. APÉNDICES

1. Glosario

Como se indica en los criterios que anteceden al texto, la edición se ha hecho en base a los criterios que rigen la colección *Libros de Rocinante*, del Centro de Estudios Cervantinos, pues la misma está destinada a la publicación en tal institución.

Por este motivo, se ha incluido al final del presente trabajo un Glosario en el que se recogen los términos que requieren una aclaración, una definición o una simple anotación introductoria. Todo ello pensado para facilitar la comprensión de la obra.

Este Glosario se ha elaborado a partir de varias obras de referencia obligada: Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua española (Cov)*; *Diccionario de Autoridades (Aut)* y, en última instancia, el *DRAE* de la Real Academia de la Lengua Española. Para confirmar el uso en la época, ha resultado de inestimable ayuda el CORDE⁷⁶¹. De forma particular, se han consultado otras fuentes: Joan Corominas y José Antonio Pascual, *Diccionario crítico y etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 2012 (*DCECH*); Lidio Nieto, *Nuevo tesoro lexicográfico del español (s. XIV-1726)*, Madrid, Arco Libros, 2007; Francisco Gago-Jover, *Vocabulario militar castellano (siglos XIII-XV)*, Granada, Universidad de Granada, 2002; Manuel Gutiérrez Tuñón, *Diccionario de castellano antiguo (Léxico español medieval y del Siglo de Oro)*, Cuenca-Madrid, Diputación Provincial de Cuenca y Aldebarán, 2002; *Glosario de voces anotadas en los cien primeros volúmenes de Clásicos Castalia*, (coord.) Robert Jammes y Marie Thérèse Mir, Madrid, Castalia, 1993; para algunos términos bélicos y relacionados con las armas, se ha recurrido a Martín de Riquer, «Las armas en el *Amadís de Gaula*», en *Estudios sobre el “Amadís de Gaula”*, Barcelona, Sirmio, 1987, págs. 55-165.

En algunos casos se ha incluido más de una acepción, ya que resulta más correcto para su plena interpretación.

⁷⁶¹ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. <http://www.rae.es>.

a Dios. 1. «modo adverbial que se usa para despedirse». 2. «Se usa tambien como interjección para dar a entender que alguna cosa yá no se puede evitar naturalmente, o yá no tiene remedio» (*Aut*).

a rienda suelta. «Sin sujeción, y con toda libertad» (*Aut*).

a gran tuerto. «El agravio y sin razón que se le haze a alguno, y en opuesto llamamos derecho, *latine rectum*, a lo justo, y conforme a las leyes divinas y humanas. Deste término tuerto usan mucho las escrituras castellanas antiguas, y particularmente las leyes de partida» (*Cov*). **A tuerto,** «sin consideración, ni reflexión justa, ò injustamente» (*Aut*).

a sobrevienta. «De repente, improviso, impensadamente» (*Aut*, 1803).

abultado. «Vale tambien corpulento, grueso y de bastante grandòr y tamaño» (*Aut*). Por ello, **desabultado,** es lo contrario.

acerbísimo. «cruelissimo en sumo grado, terrible, y riguroso» (*Aut*).

acerca. (del lat. *circa*). adv. «Lo mismo que cerca» (*Aut*).

aciprés. «cyprés» (*Aut*).

açote, látigo. «Una correa ancha del lomo del cuero de la vaca con que se castigan los delincuentes» (*Cov*). «Significa en común qualquier instrumento hecho à manéra de azòte, sea de cuero, cáñamo, ò hilo, que sirve para azotar, como el que usan los disciplinantes, ò los cocheros y muleteros» (*Aut*).

adobar. «Adaptar, reparar, concertar alguna cosa que está mal parada» (*Cov*).

aferrarse. «Agarrarse, asirse, y propriamente atrancarse una embarcación con otra, ò una cosa à otra» (*Aut*).

alárabe. «Lo mismo que árabe» (*Aut*, 1770).

alcaria, (De *alquería*). «Es la casa sola en el campo donde el labrador dél se recoge con su gente y hato de labranza, por estar lejos de poblado, y que el día se le fuera en ir y venir, no habitando en la misma tierra que labra, y así vale tanto como casa de labranza; y donde hay muchas destas casas, apartadas unas de otras, pero en una comarca, dice el padre Guadix, que [ha] el nombre Alcarria.» (*Cov*).

aldaba. «La pieza de hierro, ò bronce que se pone à las puertas para llamar, y para asirse de ella para cerrarlas» (*Aut*).

aleve. «Lo mismo que Alevosía, ò traición. Es término antiguo, pero mui usado en el language Castellano antiguo, y en las leyes» (*Aut*).

alfanje. «Es una cuchilla corva, a modo de hoz, salvo que tiene el corte por la parte convexa [...] Esta arma han conservado los turcos que, llegando cuerpo a cuerpo con el contrario, es terrible en el altibajo, que con la punta pocas veces hieren» (*Cov*).

algibe. «Cisterna donde se recoge el agua para tenerla reposada y fresca» (*Cov*).

allende. adv. de lugar. «Lo mismo que de la otra parte. Compónese de los adverbios allá, y ende, y suprimída la *a* forma allende» (*Aut*).

almazén. «El conjunto de cosas, especialmente menúdas y diferentes» (*Aut*).

almete. «Armadura de la cabeza» (*Cov*). En la definición de yelmo, Covarrubias aumenta la información al indicar que «de yelmo se dijo yelmete, y corruptamente decimos almete, porque el italiano dice elmo y elmeto. El francés le llama heaulne, que parece vocablo alemán, y de allí se dijo almete, sin embargo de lo que hemos dicho». «Arma defensiva para la cabeza, que se haze de metál en figura de casco, ò montera, y es lo mismo que yelmo, ò capacéte» (*Aut*).

alpes. «en lo antiguo se llamaban así las sierras ó montes muy altos» (*Aut*).

ansarón. «Ave doméstica mui semejante al Cysne, aunque algo menor, y de colór pardo: lo mismo que Ganso, ò Pato» (*Aut*).

anchor. «Lo mismo que anchúra» (*Aut*).

ansina. adv. «Lo mismo que Assi» (*Aut*).

antepecho. «Pretíl de ladrillo, piedra, ò madera de algo mas de vara en alto, que se llama assi, porque llega hasta el pecho» (*Aut*).

aparar, «aparejar, apercibir» (*Cov*).

apassionado. «Se toma muchas vezes por moléstado y fatigádo de alguna enfermedad, accidente, ù dolor» Apassionar, «Vale tambien fatigar, causar inquietúd, moléstia y cuidádo, conmoviendo y alterando el animo» (*Aut*).

apostada. 1. (De *apuesto*). «El aliñado, aprestado y bien puesto» (*Cov*). «Ataviado, adornado, de gentil disposición en la persona» (*Aut*, 1770:). 2. (De *apostar*). «Tambien se tomaba en lo antiguo por adornar, componer, ataviar y aderezar» (*Aut*).

ardid. adj. «Mañoso, sagaz, agúdo, y de grande ingenio» (*Aut*).

argadijo. (De *argamandijo*). «Cosas hechas de arquillos y palillos, como trampas, que cuando son para este fin se llaman armadijo» (*Cov*).

Argel. «Ciudad marítima en África, asaz conocida por el daño que de sus cosarios recibe toda la costa de España» (*Cov*).

armadijo. «Trampa que se pone en el campo para cazar algun animal ò páxaro» (*Aut*).

Armenia. «Una región de Asia dicha en hebreo Aram, que vale celsitudo sublimis. Sobre el altura de sus montes se asentó el arca de Noé, pasado que fue el diluvio» (Cov).

arnés. «Armas de acéero defensivas, que se vestían y acomodaban al cuerpo, enlazándolas con corréas y hevillas, para que le cubriesse y defendiesse» (Aut).

arpía. «Fingieron los poetas ser unas aves monstruosas, con el rostro de donzellas y lo demás de aves de rapiña, crueles, suzias y asquerosas. [...] Unos dixeron ser hijas del Ponto y de la Tierra, y otros de Neptuno» (Cov). «Ave de rapiña que fingieron lós Póetas, vivía en la soledad cerca del mar, rabiosa de hambre, y casi siempre insaciable, con uñas corvas y aparejadas para arrebatat y despedazar con ellas, y que tenía rostro humano, y otras cosas» (Aut).

arrabal. «Es el barrio que está fuera de los muros de la ciudad, pegado a ella; y los arrabales se pueblan de la gente común y de bullicio, que por más libertad de sus tratos viven fuera; y en rigor, de la gente multiplicada que, no teniendo sitio dentro de la ciudad, se salen a edificar fuera» (Cov).

arredrarse. «Retirarse» (Cov).

arriscado. Part. Pas. «El atrevido en casos peligrosos» (Cov). «Arriesgado, expuesto à peligros y riesgos» (Aut).

arzón. «El fuste traséro y delántero de la silla de la caballería, que sirven de afianzar al ginete, para que no se vaya adelante ni atrás» (Aut). Covarrubias indica que se llamaron «*quasi* arcones, porque son hechos en forma de arco, o del verbo *arcio*, *arcis*, *pro arcto*, *as*, *ut inquit Festus*; porque los arzones coartan y aprietan al que va en la silla» (Cov).

ascendente. «El grado de la Eclíptica en el horizonte, el qual es el principio de la casa primera del thema celeste, à quien los Astrólogos llaman Horóscopo» (Aut).

así que así. «Modos de hablar que corresponden á como quiera que sea» (*Aut*). Se usaba esta expresión para indicar cierta indiferencia hacia un modo u otro de hacer alguna cosa. *Así así*, «con que se denota la medianía de alguna cosa» (*Aut*).

assonada, «Agrupación de tropas hecha con propósito ofensivo» (*Vocabulario militar y castellano (siglos XIII-XV)*). «Rumor, llamamiento ó convocación para la guerra. Y tambien se toma por anúncios ó indicios de ella.» *Assonar* «levantar y juntar gente para la guerra» (*Aut*).

atalayar. «Dominar como reconociendo la campaña, observar, reconocer ó mirar desde lo alto» (*Aut*).

atendar. «Assentar el ejército el Real, armando las tiendas de campaña. Es formado del nombre Tienda, y yá antiquado» (*Aut*).

atender. «en lenguaje antiguo castellano vale esperar» (*Cov*).

atordido. Aturdido. Covarrubias recoge una etimología preciosa: «es quitar el sentido con algún golpe o con otro accidente; dýxose assý por alusión al tordo, el qual suelen en verano con el gran calor del medio día desvanecerse y caer en tierra, por ser ave flaca de cabeça; y por esso dezimos tener uno cabeça de tordo, quando con poca ocasión se desvanece aturdido, etc.» (*Cov*).

avieso. «Lo que no va por vía derecha, como la saeta que dió el golpe fuera del blanco» (*Cov*).

ayo. «El que tiene a su cuenta la crianza del príncipe o hijo de señor o persona noble» (*Cov*).

ayunque, (de yunque). «El instrumento de hierro sobre el qual el herrero labra el hierro con el martillo» (*Cov*).

barada. adj. «Lo mismo que Listado.» **Listado.** adj. «Adjetivo que se aplica al tejido, u otra cualquier cosa que está guarnecida, texida ò pintadas con listas de diferentes colores» (*Aut*).

barvote. (De *babera*). «La armadura del rostro de la nariz abajo que cubre la boca, barba y quijadas» (*Cov*).

bastimento. 1. «La provisión necesaria para comer» (*Cov*). 2. «La provisión competente que se prevé para comer, sustentar y mantener una casa, Ciudad, Plaza, Ejército, Armada, &c. de los víveres y vituallas necesarias» (*Aut*).

batallas. «Se halla usado en lo antiguo por cuerpo de tropas, ó trozo de gente de guerra unido como batallón» (*Aut*).

batel. «Un género de barco pequeño, dicho así o porque baten en él las olas del mar con ímpetu por la poca resistencia que tiene, o es nombre corrompido de bajel, navichuelo pequeño, dicho así porque con él se puede navegar por los bajíos y costas y mar baja» (*Cov*).

bayo. adj. «Colór dorado baxo, que tira à blanco, y es mui ordinario en los caballos» (*Aut*).

befas. «Es burla y escarnio que uno hace de otro; palabra toscana, del verbo *beffare*, burlar, escarnecer; y hase de advertir que algunas veces escarnecemos con cierto movimiento de la nariz y labios y un sonido inarticulado de las dos letras *b, f.*» (*Cov*).

bonicamente. «Corresponde à medianamente bien: y algunas veces se suele usar por lo mismo que disimulada y recatadamente» (*Aut*).

bordón. «El báculo en que se sustenta el que camina a pie y le sirve de caballo» (*Cov*). «Báculo ò palo, que suele ser mas alto que la estatúra de un hombre, con un recatón de hierro à la punta, y en el medio y la cabéza uno botónes que le adornan» (*Aut*).

boto. adj. 1. «Translaticamente se llama rudo y torpe de ingenio ù de algun sentido» (*Aut*). 2. «Lo mismo que Romo y lo contrario de agúdo. Dícese con propiedad del instrumeto ò arma que tiene la punta ò los filos gastados, y no à propósito para punzar ò herir» (*Aut*).

braça. «Medida de tanta longitud como la que pueden formar los dos brazos de una persona abiertos y extendidos, que comunmente se regula por seis pies de largo» (*Aut*).

brocal. «Refuerzo del escudo que hacía más resistente la parte superior del arma» (Riquer, «Armas», p. 16)

brega. «Vale, en la sinificación común y recebida, quistión o alboroto entre gentes que se han ayuntado en plaza o en otro lugar común» (*Cov*).

bruta gente. Italianismo. «En lengua toscana *brutto* vale sucio, feo, malo» (*Cov*).

buen rato. «Se toma por mucha ò gran cantidad de alguna cosa» (*Aut*).

buena ropa. «Modo de hablar con que se explica que alguna persona es de calidad, ù digna de poarticular atención, ò cuidado» (*Aut*).

cada e cuando que. «Siempre que» (*Cov*).

calandria. «ave conocida, especie de cogujada, que suele enxaularse por su canto [...] porque suele en el aire estarse queda meneando las alas» (*Cov*). «Encierrase en jaula, y suele imitar la voz y cant de otros páxaros» (*Aut*).

calar. «Por extensión es atravessar o passar de una parte a otra» (*Aut*).

calidíssima. «Lo que está mui caliente, ò lo es por su naturaleza en superlativo grado» (*Aut*).

calura. «Lo mismo que Calor grande o bochorno. Es voz antiquada» (*Aut*).

campaña. «El campo iguál, que no tiene montes, ni peñascos, y generalmente todo el sitio, que no tiene casas» (*Aut*).

cantilena. «Cantar, ò copla, que se hace para cantarse repetidamente» (*Aut*).

cara. «Significa lo mismo que Hacia alguna parte: como Cara atrás, Cara adelante, esto es hacia atrás, hacia adelante. No está ya en uso, sino entre los rústicos» (*Aut*).

caramillo. «La flauta delgada de voz muy aguda. Díjose así, quasi calamillo, porque las primeras flautas se hicieron de cálamos o cañas, y cuanto más delgadas y gráciles, tanto más subidas son de tono. Destas flautillas usan los pastores en los campos» (*Cov*).

caso. «Lance, ocasion y coyuntura» (*Aut*).

celada. 1. «Armadura para defensa de la cabeza». (*Aut*). 2. «La emboscada que se hace para asaltar al enemigo repentinamente» (*Cov*). «Tambien se llama así la emboscada, assechanza, ocultación o encubrimiento de gente armada, en lugar, parage, o sitio oculto, para assaltar al contrario descuidado o desprevenido, o para otra facción semejante» (*Aut*).

celerado. «part. pass. del verbo Celerar. Es voz antiquada» (*Aut*).

ceñrada. (De *ceñdra*). «Es vocablo francés; vale tanto como ceniza, pero está contraído a que sinifique cierta ceniza de que los plateros hacen una lejía fuerte para limpiar la plata, de do tomó el nombre de plata *ceñrada*, *acñrada*, la limpia y purificada.» (*Cov*). «La materia con que se afina la plata, compuesta de ceniza cocida y seca, y de tuétanos de cuerno de carnero, quemados y molidos, de que se hace una tierra, que se desata en agua, mezclada con un poco de cal viva, y en estando enxúta se echa en una cazuela de barro, y se vá apretando fuertemente, dexando arriba una superficie cóncava, para que se detenga en ella el metal. Ponesele encima una mufia,

con sus agujeros, y puesta en hornillo se le da fuego récio, y en estando candente se echa en aquella superficie la mitad de plomo, de la plata que se ha de afinar: como si es un marco de plata, medio de plomo: y luego que está derretido se pone la plata encima del plomo, que andará dando sus vueltas, y quando está yá afinada las da lustrosas, haciendo aguas de colores finos y transparentes. Entonces se dexa enfriar, y se saca» (*Aut*).

cherriado. «Lo mismo que “chirrido”: sonido mui agúdo, que forman algunas aves quando se vén acosadas y perseguidas, ò presas» (*Aut*).

cimera. «La divisa que el caballero trae sobre el almete, o celada» (*Cov*).

cimero. «Lo que está en la parte superior, y finalia, ò remata por lo alto alguna cosa elevada» (*Autoridades*, 1780).

cimitarra. «Arma de acéro de tres dedos de ancho, de vara de largo, poco más, ò menos: el corte mui afilado, algo corvo, y remáta en punta» (*Aut*). «Es arma propia y familiar de los turcos» (*Cov*).

cobdo. «Cierta género de medida, y un *codo* tenía seis palmos, conviene a saber veinticuatro dedos, porque los cuatro dedos hacían un palmo, diferente del que nosotros tenemos, extendiendo del pulgar al meñique lo que pueden estirarse; y pie y medio hacía un codo. El hombre, en proporción, tiene altura cuatro codos» (*Cov*). «La distancia que hai desde este à lo último de la mano, puesto en derecha» (*Aut*).

colación. «El agasájo que se dá por las tardes para beber, que ordinariamente consta de dulces, y algunas veces se extiende à otras cosas comestibles: como son ensaladas, fiambres, pastéles.» (*Aut*).

colado, (del lat. *collatus*). part. pass. del verbo Colar en todas sus acepciones. *Colar* «Metaphoricamente vale passar por alguna parte estrecha, y dificultosa» (*Aut*).

como. «Corresponde algunas veces à Según, en el grado que, ò en la forma que» (*Aut*).

conortoso. (De *conhortoso*). adj. «Confortativo, espiritoso, vigoroso. Es formado del nombre Conhorte. Hállase escrito muchas veces sin la *h*; pero segun su origen se debe retener. Es voz de poco uso» (*Aut*). **Conortar.** «Animar a uno amonestándole y dándole consejos sanos y buenos. Conortarse, consolarse un hombre a sí mismo, buscando razones para no tener por tan pesado su trabajo. Estar conortado, estar consolado» (*Cov*). **Conhortar.** v. a. «Lo mismo que Confortar, consolar y animar. Yá tiene poco uso. Hállase escrito algunas veces sin la *h*, diciendo Conortar; pero viniendo del Latino *Confortare*, debe, segun lo usaron los Antiguos, retener la *h* en lugar de la *f* que oy ponemos, porque assí lo pronunciamos» (*Aut*).

conserva. «Cualquier fruta que se adereza con azúcar o miel» (*Cov*).

constrñen. (De *constreñir*). «El forzar a que alguno diga o haga lo que de su voluntad no hiciera» (*Covarrubias*).

continente. «Modo de proceder y portarse uno, y lo mismo que Compostúra, modestia, áire y acciones. Latín. Habitudo.» (*Aut*).

contrastar. «Hacer oposicion y frente, combatir y lidiar» (*Aut*).

consuno. adv. «En compañía, unida y juntamente, de común acuerdo y conformidad. Es voz antiquada. Usase regularmente pospuesto a la partícula De, diciendo De consúno» (*Aut*).

copia. «Abundancia y muchedumbre de alguna cosa» (*Aut*).

corajoso. «Animóso, esforzado, valeróso» (*Auts*).

correo. «El que lleva y trae mensajes, corriendo o por la posta» (*Cov*).

cortar cercén. «cercenar, cortar en redondo» (*Cov*). Lo mismo que **acercen.** «Vale lo mismo que A raíz, ò por la raíz sin dexar nada de ella. Es compuesto de la partícula A, y de la palabra Cercén, que es syncope del verbo Cercenar. Regularmente se usa de este adv. con el verbo Cortar» (*Aut*).

coruscante. (Del lat. *coruscans*). «Resplandeciente, sumamente lucido y brillante. Es voz puramente Latina y permitida en lo Poético» (*Aut*).

costal. «Saco ò bolsa grande, que se hace de xerga, lienzo ù otro género, que sirve para echar en él trigo, cebáda y otras muchas cosas, para llevarlas y transportarlas de una parte à otra» (*Aut*).

cuenta. Calidad. «Levólo a un fermosa cámara donde le fizo desarmar y donde todos los otros cavalleros que allí de gradn cuenta venían se desarmavan» (*Amadís*, I, XV, p. 389).

cuento. (del lat. *contus*). «Y en la lanza hallamos dos extremos, y al uno llamamos hierro de la lanza y al otro cuento» (*Cov*). «Vale tambien extrémó y fin: y assi se llama en la lanza la parte opuesta al hierro de ella (*Aut*). **Contera.** s. f. «El hierrezuelo concavo ò hueco que fenece en punta, y se pone en la extremidad de la váina de la espáda, daga ò puñal, para que no la rompa, ni pueda herir al que topare en ella» (*Aut*).

cuíta. «Aflicción y trabajo, necesidad extrema con lamento y ansia» (*Cov*).

Damasco. «Ciudad insigne en la Fenicia, metrópolis que fue de toda Siria» (*Cov*).

de rato en rato. «Phrase adverb. que vale: Con algunas intermisiones de tiempo» (*Aut*).

de rota. (de *de rota batida*). «Phrase adverb. que vale Con total pérdida, u destrucción». (*Aut*).

del altura. «*alto* significa algunas veces lugar, como lo alto de la casa, o lo que se levanta del suelo» (Cov). «Se entienden las cumbres de los montes, sierras, collados, y paráges altos del campo» (Aut).

descendir. «Abajar de lo alto a lo bajo» (Cov).

deesa. «Lo mismo que diosa. Es voz antiquada» (Aut).

delgadez. «Sutileza, delicadeza» (Aut, 1791). **Delgado** «se dijo de delicado; opónese a grosero o gordo. Algunas veces vale sutil e ingenioso» (Cov).

denuedo. «Vale tanto como determinación pronta, cuando uno súbitamente se arroja a lo que a nuestro parecer hace sin premeditación y consulta» (Cov). «Brio, esfuerzo, ardimiento, valór, intrepidez» (Aut).

deporte. «Diversión, holgúra, passatiempo» (Aut).

desabridamente. *Hombre desabrido*, «el de condición áspera» (Cov). «Rigurosamente, con aspereza y desabrimiento» (Aut, 1780).

desbaratar. «Desconcertar, desordenar. En este sentido es voz propia de la Milicia, quando se desordena un ejército» (Aut).

desbarato. (De *desbarate*). «Despropósito, desatino, o cosa fuera de razón» (Aut).

desemejar. «Desfigurar, disfrazar ò poner à alguno ò à alguna cosa de suerte que no sea conocido» (Aut). El adjetivo **desemejado** significa disforme, espantoso.

desesperar, desesperarse. «es matarse de cualquiera manera por despecho; pecado contra el Espíritu Santo. No se les da a los tales sepultura, queda su memoria infamada y sus bienes confiscados y lo peor de todo es que van a hacer compañía a Judas» (Cov). «Matarse à sí mismo por despécho y rábia» (Aut).

desparecerse. «Escondarse de delante de los ojos» (Cov).

despesar. «Desplacer, disgusto y pesar» (Aut).

desquiciar. «sacar de quicios las puertas» (Cov).

devieden. (De *devedar*). «Lo mismo que Vedar. Es voz antiquada» (Aut).

dio de ojos. «Es caer sobre el rostro» (Cov).

diesen cargo. «Dar cargo a uno de cierta cosa es encomendársela, tomarlo a su cargo y encargarse de alguna cosa» (Cov).

diputado. (de *diputar*) «Deputar, “decidir”» (*Diccionario de Castellano Antiguo*). «Destinar, señalar, o elegir alguna cosa para determinado uso o ministerio» (Aut). De todo ello, *diputado* sería decidido.

dosser. (De *dosel*). «Adorno honorífico y magestuoso, que se compone de uno como cielo de cama puesto en bastidor, con cenefas à la parte de adelante y à los dos lados, y una cortina pendiente en la de atrás que cubre la pared ò paráge donde se colóca. Hácese de terciopelo, damasco, ù otra tela, guarnecido de galónes ò fluecos, y à veces bordado de oro ú sedas» (Aut).

ea. «Género de aspiración con que se suele avivar la oración y el discurso, para alentar y mover al auditorio conciliando la atención de los oyentes» (Aut).

echar en fierros. Tener en prisión. **Fierros.** «Se tomaba en lo antiguo por prisiones: como grillos, cadenas, etc.» (Aut). *Tener a uno en hierros*, «es tenerle en prisión; y eso significa tenerle en el barcel, que es la cárcel, porque barcel en hebreo vale hierro» (Cov).

embebecerse. «Divertirse y pasmarse mirando o considerando alguna cosa, sin echar de ver el tiempo, ni lo que se te ofrece delante de los ojos» (Cov). **Embevecido.** «El

divertido en la dicha manera; y dijose así o porque aquel pensamiento embebe en sí la imaginación sin moverse a otra cosa, o está como el bebido y borracho, que no está en lo que hace.» (*Cov*).

embeleñar. «Adormecer, embelsesar» (*Aut*).

embraçar. «Tomar el escúdo, pavés, adarga, rodela, &c. y entrarlo por sus asas en el brazo izquierdo, para defenderse y rebatir las puntas y golpes del contrario. Es formado de la preposición En, y del nombre brazo» (*Aut*).

empachar. «Impedir, embarazar, estorbar» (*Aut*).

empecible. «Lo que es capaz de dañar, ò puede ocasionar detrimento y perjuicio» (*Aut*).

empescer. (De *empecer*). «Dañar, pejudicar, hacer mal». (*Cov*)

en son de. «Modo adverbial, que vale de tal modo, ù à manera *de*» (*Aut*).

en vago. (del lat. *in cassum*). «Sin el sugeto, ù objeto à que se dirige la acción: y assi se dice, Golpe en vago» (*Aut*).

enarmonar. «levantarse en alto, y propriamente en dos piés: lo que le sucede à los caballos y animales quadrúpedos quando se empinan, y levantando las manos se quedan en dos piés» (*Aut*).

encontinente. «Luego al presente y al instante» (*Cov*).

enemiga. «Algunas vezes vale tanto como enemistad» (*Cov*).

enervada. «Lo asi enflaquecido, debilitado.» Del verbo *enervar*, «quitar las fuerzas, debilitar y enflaquecer. [...] El uso deste verbo es mas frequente en lo metaphórico» (*Aut*).

enfastiado. (Del part. pass. de *enhastiar*). «Causar hastío, enfado y dessorazón. Fórmase de la preposición En, y del nombre Hastío. Es poco usado» (*Aut*).

engnios. «Se toma por las mismas machinas è instrumentos artificiosos inventados por los ingeniéros» (*Aut*).

engolfar. «Entrar la náó, embarcación ò baxél mui adentro del mar, apartandose tanto de las cosas y de la tierra, que no se divise, y solo se vea de ordinario agua y cielo». «Metàphoricamente vale meterse en negocios árdulos y dificultosos, en los quales suele haver muchos embarazos, y tales que à veces (como se suele decir comunmente) no se es halla fondo ni pie.» (*Aut*).

enhadado. «Lo mismo que enfadado» (*Aut*, 1791).

entallar. «Hacer figúras de entéro ù medio relieve en madera, bronce, marmol» (*Aut*).

entena. Antena. «La barra o pértiga que atraviesa el mástil de la nave adonde se ata la vela» (*Cov*). «Verga, ò pértiga de adéra pendiente de una garrucha, ò mutón que cruza en ángulos rectos al mastil de la nave, y en quien prende a vela. Yá comúnmente se dice Enténa; pero es mas conforme à su origen llamarse Anténa» (*Aut*).

entoldar. «Cubrir con paños ò sedas las parédes de los Templos, y de los Palácios u casas grandes» (*Aut*).

entrevalo. «El impedimento o espacio que hay de un lugar a otro, o de un tiempo a otro» (*Cov*).

escallentada. (De *callentar*). «Lo mismo que calentar» (*Aut*, 1803).

escaramuça. «Es un cierto género de pelea entre los ginetes o cavallos ligeros, que van picando de rodeo, unas veces acometiendo y otras huyendo con gran destreza y ligereza. Estos son los que primero solían empear las peleas y poco a poco se yvan cevando y ensañando los demás y era como un preludio a la batalla campal» (Cov).

escarnido. (De *escarnecido*). Part. pass. del verbo Escarnecer. «Burlado y zaherido» (Aut).

esclavina, «Vestidúra larga y tosca, que usan los que ván en romería ò peregrinación» (Aut).

escombrado. 1. «Lo que está limpio y desembarazado» (Cov). 2. **Escombrar.** «Desembarazar, quitar de delante lo que impide y ocasiona estorvo, para dexarlo llano, descubierto, patente y despejado» (Aut).

esfuerzo. «Ánimo, brío, valor, denuedo y valentía del espíritu y del corazón» (Aut).

esmerado. «Lo extremado de bueno, que lleva los ojos tras sí con su lustre y resplandor» (Cov).

esmerejón. «Especie de halcón, menor que el Gabilán: las alas son largas respecto del cuerpo, la capa de él mui obscura, y las pintas de los pechos mui pardas, y tiene los pies amarillos» (Aut). «Ave de cetrería y bolatería muy conocida. Llamámosla esmerejón a mergendo, porque desde lo alto del aire, yendo sobre la mar, vee los pezes y se arroja a ellos y los pesca» (Cov).

espejado. «Lo muy limpio y lucido, que nos podemos mirar en ello como en espejo» (Cov).

espeluz, «erizar los cabellos algún pavor o miedo repentino. Es formado del nombre Despelúzo. Usase mui regularmente como verbo reciproco, diciendo Despeluzarse los cabellos: y se dice también Espeluzar y Despeluznar» (Aut). «Espeluzarse los

cabellos es “levantarse en alto; suele ser accidente de los que ha cobrado mucho miedo”» (Cov.)

estar a la postura. «Estar en la forma que suelen tener los esgrimidores» (Cov).

estordeció. (De *estordecido*). «Lo mismo que aturdido, fuera de sí» (Aut, 1791).

estrenas. (Del lat. *strenae, arum.*). 1. «El principio, ó el primer acto con que se comienza à usar de alguna cosa». 2. «La dádiva, alhaja o presente que se da, en señal y demostración de algún gusto, felicidad, o beneficio recibido» (Aut).

falsado. «Contrahecho» (*Nuevo tesoro lexicográfico*). No aparece en Covarrubias ni en *Autoridades* ni en Corominas.

fazer menester maestro. Expresión que alude la muerte de los heridos, habitualmente tras recibir un golpe tan terrible que no hace falta un «maestro» para curarlo.

fazer rostro. «Ponerse cara a cara contra otro» (Cov).

fazer semblante. Véase *fazer rostro*.

fieldad. 1. «El oficio de fiel» (Cov). 2. «Se suele tomar tambien por fidelidad» (Aut).

finiestra. s. f. «Lo mismo que Ventana. Es voz antiquada» (Aut).

firmal. «Joya en forma de broche» (Aut, 1899).

folla. 1. «Lance del torneo, que se executa después de haver torneado cada uno con el mantenedor, dividiéndose en dos quadrillas, y arremetiendo unos contra otros se hieren, tirándose tajos y reverses, sin orden ni concierto, de modo que parece estar fuera de sí» (Aut). 2. «Significa tambien junta y mezcla de muchas cosas diversas, sin orden ni concierto, sino mezcladas y entretexidas con locúra, chacota y risa» (Aut).

follón. «Pícaro, ruin, cobarde y de viles operaciones» (*Aut*). Corominas, para quien el término «en el estilo caballeresco era lo mismo que “traidor” o “malandrín”», apunta una posibilidad que probablemente se ajusta más a nuestra obra, ya que «la ac. más generalizada en la Edad Media es “iracundo”». De esta manera, afirma también que desde antiguo se asimilaba follón a fellón, de lo que «no puede caber duda cuando repetidamente aparecen como variantes manuscritas el uno del otro» (*DCECH*).

fortunosa. Lo mismo que borrascoso, tempestuoso» (*Aut*, 1791).

fragrante. adj. «Lo mismo que fragante», que es «lo que despide de sí buen olór y fragrancia» (*Aut*).

fuerça. «La violencia que se hace a nuestra voluntad, que aunque siempre se queda en cuanto su naturaleza libre, escoge lo que le parece menor mal. En el cuerpo, absolutamente, se nos puede hacer fuerza por aquellos a los cuales no somos poderosos a resistir, y nos han de llevar por fuerza o por grado a do quisieren, y hacer de nosotros lo que se les antojare» (*Cov*).

fusta. «Género de navío, galera pequeña, vaso ligero, de que usan los cosarios que andan a robar por la mar» (*Cov*).

gallofero. adj. «Pobretón, holgazán y ocioso, que se dá à la briba, y anda pidiendo limosna» (*Aut*).

garabato. «En las aves de rapiña llamamos garras la presa de las uñas con que afierran y asen, y de allí agarrar y desgarrar, etc. Es una especie de garfio de donde colgamos la carne o otras cosas.» (*Cov*). «Sale del nombre *Garra*» (*Aut*).

Gascuña. «Es lo mesmo que Vascuña. Gascones y vascones» (*Cov*).

generación. «Todo el lináge de la persona» (*Aut*).

gorjal. «La armadura que defiende el cuello ò garganta» (*Aut*).

gradas. «Los escalones de lugar ancho y espacioso» (*Cov*).

grifo. «Es un animal monstruoso fingido, con pico y cabeza de águila, alas de buitre, cuerpo de león y uñas, cola de serpiente» (*Cov*).

grita. «Las voces que se dan en confuso, y de allí gritería » (*Cov*).

guarnición. 1. «Adorno, aderezo, que da fuerza y galantería juntamente a la cosa guarnecida» (*Cov*). 2. «La defensa que esta junto al puño de la espáda ò espadín, para preservarla mano de las heridas» (*Aut*).

habiltadas, (del lat. *vilis effectus*). *Aviltado* «Envilecido, despreciado y desechado. Es voz antiquada» (*Aut*). *Aviltar* «vale apocar, menospreciar, hacer vil alguna cosa o persona» (*Cov*).

hazer lugar. «Despejar y desembarazar algun sitio, para dar paso ò assiento à otro» (*Aut*).

halda. «Lo que cuelga del vestido que no se pega al cuerpo» (*Cov*).

ignominia. «Vale afrenta o infamia» (*Cov*).

India. «Región oriental, término de la Asia, contiene en sí gran tierra y población. Tomó nombre del río dicho Indo, que atraviesa por ella» (*Cov*).

interessal. (De *interesable*). adj de una terminación. «Capaz de interés, ò cosa que le admite» (*Autoridades*).

invención. (del lat. *inventio*). «Artificio rethórico, con que el orador dispone, con solícito estudio, las especies que le han de servir para algun discurso, y su exonación» (*Aut*).

irregularidad. «falta conformidad con las reglas de algun arte ò gobierno.» «Impedimento Canónico para recibir Ordenes, ò ejercitar los recibidos, ò adquirir lo que se provee de derecho Eclesiastico, que los Sagrados Cánones imponen por razón de ciertos defectos ù delitos» (*Aut*).

irse cara a. «*cara* vale hacia alguna parte, como cara arriba, cara abajo, cara adelante, cara atrás» (*Cov*). **Cara.** «adv. de lugar. Significa lo mismo que Hacia alguna parte: como Cara atrás, Cara adelante. No está ya en uso, sino entre los rústicos» (*Aut*).

jayán. «El hombre de estatura grande, que por otro término dezimos gigante [...] Deste término jayán usan los libros de cavallerías» (*Cov*).

joyel. 1. «El pinjante que cuelga de la toca o de la cinta, con piedra o piedras preciosas» (*Cov*). 2. «Joya pequeña, que à veces no tiene piedras» (*Aut*).

laso. (Del lat. *lassus*). Adj. «Floxo, blando y falto de vigor» (*Aut*).

ledo. «Vocablo castellano antiguo, vale alegre, contento; [...] Hay una canción antigua que comienza: *Vive leda, si podrás / Y no penes atendiendo*, etc.» (*Cov*).

levante. «Es lo mesmo que oriente, porque de allí se levanta el sol cuando nace» (*Cov*).

librea. «El vestuario uniforme que los Reyes, Grandes, Titulos y Caballeros dan respectivamente à sus Guardias, Pages, y à los criados de escaléra abaxo, el qual debe ser de los colóres de las armas de quien le dá. Suelese hacer bordada, ò guarnecida con franjas de varias labóres» (*Aut*). **Libreado.** adj. Que posee tiras de colores.

lienço. «La pared seguida y derecha» (*Cov*). «Se llama tambien el espácio de muralla, que corre en línea recta de baluarte à baluarte, ù de cubo à cubo» (*Aut*).

lobreguez. «Lo mismo que obscuridad» (*Aut*).

lueñes. «Lejos» (*Cov*).

lugano. «Pájaro pequeño de jaula, del tamaño de un pardillo. Es variado de colores, pardo, verde y pajizo. Canta bien y suele tomarel canto de otros pájaros» (*Aut*).

luminaria. 1. «Linterna, hoguera y fuego para dar señal» (*Cov*). 2. (Del lat. *luminare*). «La luz que se pone en las ventanas, en las torres y calles, en señal de fiesta o regocijo público» (*Aut*).

maherida, (part. de *maherir*). «Llamar, convocar, y juntar gente para executar alguna operación» (*Aut*).

majada. «El lugar donde el ganado se recoge de noche y los pastores se albergan» (*Cov*).

mala muerte. buena muerte significa «la muerte contrita y christiana» (*Aut*).

malandante. «Malaventurado. VOC. CAST. S. XV: malandante e vocablo viejo de Castilla. Dízese por hombre que anda por mal camino de su vida, que la vida de el hombre vía es por do van a la muerte; o se dize por hombre que por sus malas costumbres anda por mal cabo» (*Nuevo tesoro lexicográfico*).

malandrín. 1. « Propriamente es el salteador de camínos. Es voz tomada del Italiano, en cuyo idioma significa lo mismo. Tórnase regularmente por malhechor, ruin y bellaco: y se pudo decir tambien quasi Mal andarín, o del Latino *Malandrinus* de la Latinidad baxa» (*Aut*). 2. «Del italiano malandrino, salteador» (*DCE*).

mancar. (Del lat. *emancare*). «Lislar, estropear o herir en las manos, impossibilitando el uso libre de ellas. Sale del Latino *Emancare*, que significa cortar las manos» (*Aut*).

manderecha. «Usamos del término man por mano, como manderecha, manizquierda» (Cov).

mano a mano. «Es ir juntos a la par» (Cov). «Modo adverbial, con que se significa la igualdad, familiaridad o llaneza, con que una persona trata o conversa con otra» (Aut).

manparar. «Amparar» (Nuevo tesoro lexicográfico).

marina. (lat. *ora maritima*). «La parte de tierra inmeiata al mar, de cuyo nombre se forma esta voz» (Aut).

mármol. «Tambien se llaman assí las inscripciones y sepulchros de lo mismo» (Aut).

meaja. «Cierta moneda de las más menudas y bajas de peso y precio, porque seis dellas hacían un maravedí» (Cov).

mediante Dios. (de *Dios mediante*). «Phrase que significa interviniendo, ò queriendo Dios» (Aut).

mediodía. «aquel punto del horizonte que se nos muestra en derecha, mirando á la parte de donde viene el sol al tiempo del mediodia» (Aut, 1791).

medrosía. «Miedo permanente. Es voz de poco uso» (Aut).

membrudo. «El hombre que tiene grandes miembros» (Cov). «Fornído, robusto y grande de cuerpo y miembros. Fórmase de la voz Miembro» (Aut). *Espejo de príncipes y caballeros*, I, p. 47 NOTA

menestril. «Los instrumentos músicos de boca: como chirimias, baxónes, y otros semejantes, que se suelen tocar en algunas procesiones y otras fiestas públicas»

(Aut). **Ministril.** «Se llama también el que toca los instrumentos llamados Ministriles» (Aut).

menuzos. «Pedazos pequeños» (Cov).

meollo. «Lo mismo que Medúla. Tómate por Antonomasia por los sesos» (Aut).

mesura. «Cortesía, urbanidad y revéncia» (Aut).

miradero. «Se llama también el lugar desde donde se mira» (Aut).

mordicativas. *mordicar*, (del lat. *mordicare*). tr. «Picar o punzar como mordiendo». *Mordicación:* «La picazón que ocasionan las cosas mordaces, como los humores» (Aut).

mote. (Del fr. *mot*). 1. «Una sentencia dicha con gracia y pocas palabras» (Cov). 2. «Sentencia breve, que incluye algún secreto o mystério, que necessita explicación» (Aut).

muela. «La rueda ò corro que se hace con alguna cosa» (Aut).

muerto a gracia. «Modo adverbial que significa gratuitamente, sin premio ni interés alguno, ò sin merecerlo el que lo recibe» (Aut).

no hacer carrera. «Phrase que denóta que no se le puede poner en razón para que luego haga lo justo: como sucede de ordinario con los que son traviésos y mal inclinados. Úsase también de esta locución para expressar que no se ha podido conseguir de uno lo que se le pedía, por quantas diligéncias se han hecho» (Aut).

nona. «Una de las horas canónicas, que rezándolas puntualmente venía a ser a las tres de la tarde, que los antiguos llamaban nona, de nueve» (Cov).

omenaje. «Vale tanto como juramento solene, en favor del rey o señor» (Cov).

onça. 1. «Peso y medida, del latino *uncia*. En castellano repartimos la libra en dieciséis onzas, aunque los antiguos la repartían en doce, y hoy día es la libra de más y menos onzas» (*Cov*). 2. «Animal fiero conocido, cuya piel está manchada de varios colores. El macho vulgarmente se llama pardo» (*Cov*).

pabellón. «Especie de tienda de campaña, de hechúra redonda por abaxo, y que fenece en punta por arriba. Sostienela un palo grueso, que se hincan en la tierra, y extendiéndola por abaxo se afirma con cordeles en unas estacas. Ordinariamente se hacen de lana, o de lienzo mui grueso, y sirve para que los Soldados estén a cubierto en campaña, y los que caminan por despoblados. Es del Latino *Papilio*, por lo qual se debe escribir con b, aunque comunmente se halla con v» (*Aut*).

padrón. «Llaman una coluna sobre la cual se pone alguna escritura, que conviene ser pública y perpetua» (*Cov*).

pagar. «Complacer, agradar, satisfacer ò dar gusto» (*Aut*).

paja. «Metaphoricamente se toma por qualquier cosa ligera, de poca consistencia ò entidad» (*Aut*).

palma. «Árbol conocido que lleva los dátiles; llamose así en latín y romance por la semejanza que tiene con la palma de la mano, porque tiene la copa extendida y los ramos a manera de dedos» (*Cov*).

passo. «Se usa tambien como interjección para cohibir o refrenar à alguno» (*Aut*).

para esta. «Especie de amenaza que se hace poniendo el dedo índice sobre la nariz: y equivale à tu me la pagarás» (*Aut*).

parar mientes. «Phrase, que significa considerar, meditar y recapacitar, con particular cuidado y atención, alguna cosa» (*Aut*).

pararse. «Ponerse en otro estado diferente del que se tenía, por algun accidente que sobreviene» (*Aut*).

partido. «Concierto y avenencia» (*Cov*). «Se usa asimismo por trato, convénio u condiciones, que se proponen para el ajuste de alguna cosa» (*Aut*).

Pascua Florida. «En la Iglésia Cathólica se llama la solemne fiesta de la Resurrección del Señor, que se celebra, por disposición de la misma Iglésia, el Domingo inmediato después del 14 de la Luna de Marzo. Esta llamase freqüentemente Pásqua Florida, porque empieza por entonces la Primavera» (*Aut*).

patín. «El patio pequeño que suele estar en lo interior de la casa» (*Cov*).

pecia. (De *pecina*). «Cieno negruzco que se forma en los charcos o cauces donde hay materias orgánicas en descomposición» (*DRAE*).

péndola. (Del lat. *pennula*). « Lo mismo que Pluma» (*Aut*).

peñol. «Lo mismo que Peñón» (*Aut*).

peonaje. «Multitud de gente de à pié» (*Aut*). «El conjunto de peones ó soldados de infanteria» (*Aut*, 1832).

peones. «El soldado de à pié» (*Aut*).

perro. «Metaphoricamente se dá este nombre por ignomínia, afrenta y desprécio, especialmente à los Moros ò Judios» (*Aut*).

pertrechos. «Qualquiera de las municiones, armas y demás instrumentos o máchinas de guerra, para la fortificación, y defensa de las Plazas o de los soldados. Covarr. dice se forma de la preposición Per, y de la voz trecho, que corresponde al Latino *Tractus*, por ser llevados como por trechos. Usase comunmente en plural.» (*Aut*).

piélago. «Aquella parte del mar que dista yá mucho de la tierra, y se llama regularmente Alta mar. Tiene notable profundidad.» (*Aut*).

pleito omanaje. «Pleitesía» (*Cov*).

poner en cuentos. «Lo mismo que poner en peligro, riesgo y duda à otro. *Ponerse en cuentos*, es andar buscando uno ocasiones de desazón, y disputar lo que no le toca» (*Aut*).

pontage. «El derecho que se paga en algunas partes por pasar las puentes. Dicese tambien Pontazgo» (*Aut*).

por uña de caballo. (También *a uña de caballo*). «Es huir por la posta y con mucha diligencia» (*Cov*). «Phrase que explica la fuga acelerada que uno hace huyendo a caballo, por cuyos pies y ligereza se escápa de algun peligro ò riesgo de ser cogido de los que le van siguiendo» (*Aut*).

portazgo. «El derecho que se paga por el passo de algun sitio ò paráge» (*Aut*).

postura. «Significa asimismo la condición ò calidad que se pacta ó conierta entre dos ó mas personas». «Se toma tambien por la porción ó cantidad, que se suele apostar entre dos, sobre si alguna cosa será, o no será» (*Aut*).

poyo. «Nosotros le tomamos comúnmente por el asiento que está arrimado al cimientto de la pared» (*Cov*).

premia. «Violencia, opressión o tyranía. Es voz antiquada» (*Aut*).

presa. «Término militar, lo que se ha robado del campo enemigo» (*Cov*).

propincuo. «Allegado, cercáno, inmediato y próximo» (*Aut*).

puesta. «Lo mismo que Posta en el sentido de pieza o tajada de carne. Es voz antiquada» (*Aut*).

pungitiva. adj. «Lo que tiene facultad de punzar ò herir de punta» (*Aut*).

quimera. «Un monstruo, que echa llamas de fuego por la boca y tiene cabeza y cuello de león, el vientre de cabra y la cola de dagrón » (*Cov*). «Es una animal fabuloso, que tiene algo de león. Tan pronto se le da una parte trasera de serpiente, con cabeza de león y busto de cabra, como se le asignan varias cabezas, una de cabra y otra de león. Despide llamas por la boca.» (Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*).

quistión. (De *questión*). «Riña, pendencia, chiméra ò alboróto» (*Aut*).

quixada. «La parte ò hueso de la cabeza del animál, en que estan encaxadas las muelas y dientes» (*Aut*).

raez. «Cosa fácil de realizar» (*Aut*).

rebato. «Acontecimiento repentino y engañoso, que se hace al enemigo » (*Aut*).

rebolver. «Entre gente de a caballo, es volver la rienda hacia la parte de donde ha corrido» (*Cov*). «Se toma tambien por volver cara al enemigo, para embestirse o invadirle» (*Aut*).

recaudo. «Vale mensaje porque ha de cobrar respuesta el que le lleva» (*Cov*).

recordó. «Despertar el que duerme o volver en acuerdo» (*Cov*).

regañada. (part. De *regañar*). «Es propio de los perros, cuando muestran los dientes y, sin ladrar, hacen cierto sonido con que manifiestan su saña» (*Cov*).

reguridad, (De *riguridad*). «Lo mismo que rigor» (*Aut*).

resurtir. «Venir à dar ò parar, desde otra parte donde dio primero» (*Aut*).

resestero. «El tiempo de medio día hasta las dos, en el verano, quando el sol hiere con mayor fuerça» (*Cov*). «Se toma también por aquel calor que se recibe en alguna parte, causado de la reverberación del Sol» (*Aut*).

resfriarse. «Metaphoricamente vale entibiarse algún negocio, o el sugeto en la prosecución o solicitud de él» (*Aut*).

ribaço. «Cuesta pendiente con algunas dejas a modo de gradas, del nombre italiano *balzo*, que significa lo mesmo, salvo que le añadimos la sílaba *ri*, *quasi ribalzo*.» (*Cov*).

ribaldo. «Pícaro, bellaco. Lo mismo que rufián» (*Aut* 1803).

riça. «El destrózo y estrágo, que se hace en alguna cosa» (*Auts*).

riepto. (De *reto*). «Acusación de alevóso que un hidalgo hacia à otro, delante del Rey, obligandose à mantenerlo en el campo. En lo antiguo se decía Riepto» (*Aut*).

rondón. «Intrepidamente y sin reparo» (*Aut*). **Rendón.** «Esta palabra usamos adverbialmente, y vale tanto como de golpe y sin reparar». (*Cov*).

rostro con rostro. (*rostro a rostro*). «Phrase adverb. que vale lo mismo que cara a cara» (*Aut*).

salir por contadero. «Locucion con que se da à entender, que el sitio ò paráge, por donde es preciso passar, es tan estrecho, que no puede ser, sino uno a uno» (*Aut*).

saludes. «Usado en plural, son los actos y expressiones corteses» (*Aut*).

sandío. «Vale tanto como loco y hombre fuera de su juyzio; vocablo español antiguo desusado [...] Díxose sandio de la palabra *insanus*, perdiendo la *in* del prinipio» (*Cov*).

selvática. adj. «Lo que toca, ò pertenece à las selvas, ò se cría en ellas» (*Aut*).

seña. «Es el estandarte bélico, por la señal que lleva, en que se distingue de los demás, *latine vexilium*. Estos antiguamente llevavan efigies de animales diversos, como consta de los vexilos romanos, y de los más antiguos que ellos y que los griegos» (*Cov*).

septentrión. «El viento cardinal, que viene de la parte de Septentrión, y comúnmente llaman Tramontana, ò Norte» (*Aut*).

serguerito. (*De xilguéro*). «Paxarito pequeño, y hermoso de plumas de varios colores bien conocido, y aunque encerrado en breve prisión de una jaula, canta dulce, y alegremente. Algunos escriben Gilguero, y otros dicen Silguero» (*Aut*).

seta. (*De secta*). «La dotrina que alguno sigue» (*Cov*).

sobrescripto. «Inscripción que se pone en la cubierta de la carta para dirigirla» (*Aut*).

sobreropa. «La ropa larga, que se pone sobre los demás vestidos» (*Aut*).

sobresalido. «Altivo, orgulloso» (*Aut*, 1803). **Sobresalir.** v. a. «Exceder en altúra, magnitúd, ò sitio» (*Aut*).

sobrevista. Se refiere a la *sobrevesta*, «Casacón, ò casaca, que se pone sobre lo demás del vesido» (*Aut*). Más detalles ofrece Francisco Gago-Jover, que la define como «túnica o sobrecubierta, a menudo blasonada, sin mangas, que extendida sobre la loriga, cubría el cuerpo del caballero armado». (*Vocabulario militar castellano (siglos XIII-XV)*). A pesar de la grafía, no se debe confundir con la *sobrevista*, «Plancha de acero, que se une al borde, que hacen los morriones en el hueco, que

está hácia la cara en un imperfecto medio círculo mas ancho en el medio. Llamóse así, por ponerse obre los ojos, ò vista, con tal distancia, que los defienda, y se pueda al mismo tiempo vér» (*Aut*). «Túnica ligera que vestía el caballero por encima de las armas y adornaba con colores arbitrarios o con los esmaltes propios de su escudo heráldico» (Riquer, «Armas»).

sofrenada. «El golpe, que se dá prontamente con el freno à la bestia caballar, quando no se sujeta al ginete» (*Aut*).

soldán. «Es nombre persiano, *sultanus*, vale *rex*, *princeps*, *potestas*, *dominium*» (*Cov*).

soliviar. «Es ayudar a levantar alguna cosa por debajo» (*Cov*).

sus. «Género de aspiración, que se usa como interjección, para alentar, provocar ò mover à otro è executar alguna cosa prontamente, ò con vigor». (*Aut*).

tablachina. (De *tablachín*, escudo cuadrado). «Arma defensiva, especie de broquél, ò escudo de madera, con que se defiende el que combate, o pelea» (*Aut*).

tacada, taco. «Tarugo, con que se aprieta, y afirma alguna cosa» (*Aut*). Covarrubias, en la definición de *alhacena*, indica «en Córdoba se llama taca, de tacar, que es cerrar, porque ha de estar cerrada.»

tartalear. «Moverse sin orden, ò con movimientos trémulos, precipitados, y poco compuestos» (*Aut*).

tártaros. «Pueblos de Sarmacia, gente cruel y feroz, no tienen asiento propio y así andan vagando, viven de rapiña» (*Cov*).

tema. «porfia, obstinacion o contumacia en un propósito, ó aprehensión» (*Aut*, 1803).

tempestad. «Metaphoricamente vale violencia del genio, ò natural de alguna persona en la precipitación de sus operaciones» (*Aut*).

tendejón. «Tienda ordinaria de campaña» (*Aut*).

tener sobre ojos. (También *traher sobre ojo*). «Denóta, que à alguno te observan los passos que dá, para aprovecharse de su descuido, y prenderle, matarle ò robarle, ò para otr fin semejante» (*Aut*).

testigo de vista. «El que se halló presente al caso, el que atestigua, ò depone» (*Aut*).

trabucar. «Descomponer el orden, ò colocación, que tiene alguna cosa, volviendola lo de arriba abaxo, ò interpolandola» (*Aut*).

tuerto. (Segund. part. del verbo Torcer). «Torcido» (*Aut*).

tráfago. «El ruido que se hace mudando algunas cosas de una parte a otra o llevándolas de un lugar a otro» (*Cov*).

trailla. «La cuerda, ò correa, en que se lleva el perro atado à las cacerías, para soltarle à su tiempo» (*Aut*).

tranco, similar a trance. «El salto que se da echando delante el un pie y atrás el otro» (*Cov*).

transmontaría. (De *tramontar*). «Vale asimismo disponer, que alguno se escape, ò huya de algun peligro, que le amenaza» (*Aut*).

trompeta, «se llama tambien la persona que la toca por oficio» (*Aut*).

trujamán. «Intérprete, que explica en lengua propria de algun País lo que se refiere, ò dice en otro Idioma, para darselo à entender à los que lo ignoran. Es tomado del Árábigo *Turjumin*, que significa Exponedor. Algunos dicen Trujimán» (*Aut*).

turar. «Es perseverar una cosa en su ser, y díjose de *durar*, porque la *d* y la *t* se permutan» (*Cov*).

uñidos. (De *uñir*). «Es lo mesmo que yuncir o yungir, del verbo *iungo, is, xi, iunctum*, que es juntar una cosa con otra; pero particularmente se dice de las mulas o los bueyes, cuando los yungen en el carro» (*Cov*).

ussado. «Se tomaba en lo antiguo por hispanismo, lo mismo que ejercitado, ù práctico en alguna cosa» (*Aut*).

valía. «Se usa también por lo mismo que facción, ò parcialidad» (*Aut*).

vara de medir. «La medida para medir paños, sedas, lienzos y otras cosas que tengan trato o longitud» (*Cov*).

vascas. «Las congojas y alteraciones del pecho, cuando uno está muy apasionado o de mal de corazón o de enojo o de otro accidente» (*Cov*).

vayo. Véase *bayo*.

vendido. (Del part. pas. de *vender*). v. a. «Faltar à la fé, confianza, ù amistad» (*Aut*).

vezes. «Usado siempre en plural, vale la autoridad, ò jurisdicción comunicada à otro, por la qual puede obrar en su nombre, ò representando su persona». (*Aut*).

vicio y placer. «Bienestar, regalo» (*Glosario de voces anotadas*).

visarma. 1. «Alguna arma enastada, que tiene la cuchilla larga y la asta no corta, porque parece ser dos veces arma o arma doblada» (*Cov*). 2. «La alabarda, llamada assi acaso por tener dos modos de herir, punzando, y cortando» (*Aut*).

xarope. «Bebida, ò confección líquida, que se dá à los enfermos, cuyo principal ingrediente es azúcar clarificado» (*Aut*).

zozobra. «El sobresalto que tomamos de alguna cosa que altera el corazón del movimiento regular» (*Cov*).

2. Tabla de capítulos

Prólogo.....	227
Capítulo primero en que se recuentan las grandes fiestas que el emperador Carlos Magno de Francia en la gran ciudad de París ordenó, e de la gran copia de cavalleros así estrangeros como naturales que para las honrar fueron ayuntados.....	229
Capítulo II. De lo que avino en la gran sala do el Emperador con todos los sus altos hombres estava.....	231
Capítulo iii. En que cuenta cómo Malgesí, por un espíritu familiar, supo todo el caso de la donzella e lo que dende sucedió.	233
Capítulo iiiii. De lo que se hizo en la corte sobre la demanda de Angélica la Bella e de su hermano Argalia.	236
Capítulo v. De la batalla que hovo Ferraguto con el valiente Argalia al Padrón de Merlín, el cual, viéndose de la Lança dorada derribado, no quiso passar por la postura concertada sino prosseguir su batalla para morir o vencer en ella.	238
Capítulo sexto. De cómo Renaldos e don Roldán fueron en la demanda de Angélica la Bella, e de lo que se hizo en Francia después de ellos partidos.	243
Capítulo vii. De lo que avino a don Renaldos de Montalván en las Selvas de Ardeña yendo en la demanda de Angélica la Bella.	248
Capítulo viii. De lo que le acaeció en las Selvas de Ardeña al fuerte Ferraguto con Argalia andando en busca de Angélica la Bella.....	¡Error! Marcador no definido. 51
Capítulo ix. De la batalla que hovo el fuerte Ferraguto con el conde don Roldán sobre los amores de la muy hermosa Angélica la Bella. ¡Error! Marcador no definido. 3	

- Capítulo x. De lo que Carlos emperador ordenó sobre la guerra del rey Gradaso, e lo que después sucedió.258;**Error! Marcador no definido.**
- Capítulo xi. De lo que fizo el rey Gradaso viendo a sus enemigos tan cerca y el gran estrago de los suyos..... 264
- Capítulo xii. De lo que Angélica la Bella fizo por cobrar a don Renaldos de Montalván, e del engaño que Malgesí fizo a don Renaldos porque no quiso conceder su ruego e demanda 268
- Capítulo xiii. De la batalla que ovo don Renaldos de Montalván con un demonio enbiado por Malgesí pensando que era el rey Gradaso e de lo que le sucedió.
273;**Error! Marcador no definido.**
- Capítulo xiiii. De lo que acaeció a don Roldán en el seguimiento de Angélica. 276
- Capítulo xv. Cómo don Roldán passó por la Puente de la Muerte y de la muy extraña aventura que le acaeció..... 283
- Capítulo xvi. De la manera que fue el conde don Roldán suelto de la red que en la Puente de la Muerte estava y cómo supo nuevas de Angélica la Bella; e cómo yendo para ella fue encantado en el camino..... 289
- Capítulo xvii. De lo que el rey Gradaso hizo después que salió al campo al desafio que con don Renaldos de Montalván tenía aplazado293;**Error! Marcador no definido.**
- Capítulo xviii. De cómo el emperador Carlos e todos los cavalleros presos fueron librados por el duque don Estolfo, que la Lança Dorada tenía, e cómo la cruel guerra del rey Gradaso ovo fin 300
- Capítulo xix. De lo que avino al buen Renaldos de Montalván después que la pequeña nave arribó a la ribera florida do Angélica la Bella estava esperando su venida 308;**Error! Marcador no definido.**

- Capítulo. xx. De cómo fue libertado don Renaldos de la cuita mortal en que estava sobre el muro del Pavoroso Animal por industria de Angélica la Bella, e cómo mató al animal e a cuantos en el castillo de Altarripa estavan 316
- Capítulo veinte y uno. De lo que en el camino acaesció al duque don Estolfo andando por diversas tierras en busca de sus muy queridos primos, el conde don Roldán e don Renaldos de Montalván 322
- Capítulo xxii. De lo que avino al duque don Estolfo después que del Vergel Encantado de Dragontina se partió llamándose el Cavallero del Escudo Dorado ... 330
- Capítulo xxiii. De la cruda batalla que el emperador Agricán e su gente hovo con el rey Sacripante e la suya, el cual venía en socorro del rey Galafrón e de Angélica la Bella su hija 335; **Error! Marcador no definido.**
- Capítulo xxiiii. De lo que a don Renaldos de Montalván avino con la llorosa dama que en el camino falló después que fue librado del castillo de Altarripa 339
- Capítulo xxv. De lo que a don Renaldos de Montalván acaeció en el camino que iva con la donzella que le guiava a la Casa del Olvido do la falsa Dragontina estava .. 349
- Capítulo xxvi. Que cuenta de cómo siendo Angélica muy apretada de la guerra que Agricán le fazía a ella e a los de su parte, se salió del castillo a buscar ayuda e remedio, e lo que le avino en el camino 352
- Capítulo xxvii. De cómo don Roldán e Brandimarte, e los otros cavalleros que en la casa de Dragontina estavan, fueron desencantados con el anillo de Angélica la Bella, e cómo todos fueron a le ayudar contra el poder de Agricán de Tartaria..... 358
- Capítulo xxviii. Cómo la luzida compañía y el conde don Roldán entraron en la fortaleza de Albraca con Angélica la Bella, e lo que dende allí les acaeció en la cruel batalla 364
- Capítulo xxix. Del socorro que el rey Galafrón fizo a su hija Angélica la Bella, e de lo que dende le avin..... 368

Capítulo xxx. De lo que a don Renaldos acaeció con el cavallero que en la Fuente de la Montaña vido	372
Capítulo xxxi. De la batalla cruel e muy reñida que el buen Renaldos de Montalván ovo con la reina Marfisa, que a la sonbra de la haya dormiendo estava	377
Capítulo xxxii. De lo que fizo en la batalla don Roldán, que por mandado de Angélica la Bella salió en ayuda del rey Galafrón su padre	383
Capítulo xxxiii. Del fin que ovo la batalla que se hazía entre la gente del rey Galafrón, padre de Angélica la Bella, e la gente del emperador de Tartaria, llamado Agricán	390
Capítulo xxxiiii. De la estraña aventura que al buen Brandimarte acaeció en el tiempo de la batalla que contra Marfisa e contra el buen Renaldos se fazía, cuando más encendida estava.....	393; Error! Marcador no definido.
Capítulo xxxv. De la batalla que ovo Brandimarte con el gigante Marfusto, que el rico carro con la dueña llevaba	398
Capítulo xxxvi. Del fin que ovo la cruel batalla que la linda Marfisa e Renaldos fazían con la gente del rey Galafrón.....	401
Capítulo xxxvii. Del mortal desafío que el buen Renaldos hizo a todos los cavalleros que en la fortaleza de Albraza estavan porque tenían consigo al traidor de Trufaldín	404
Capítulo xxxviii. De lo que acaeció a don Roldán e a Brandimarte andando en el Valle Peligroso en busca de Flordelisa.....	408
Capítulo xxxix. Del fin que ovo la batalla que el buen Renaldos de Montalván fazía con el fuerte Grifón de Mongrana	412
Capítulo xl. De lo que acaesció al conde don Roldán en el Valle Peligroso andando en busca de Flordelisa, después que siguió al ciervo de la Hada del Tesoro fasta lo meter en el escuro bosque.....	416

- Capítulo xli. De la aventura segunda que el conde don Roldán venció en el sonar segunda vez que sonó el Cuerno Encantado que la donzella de la hada le dio 419
- Capítulo xlii. De cómo el buen conde don Roldán acabó la tercera aventura del son del Encantado Cuerno, e de lo que después le avino en el su comenzado camino del Valle Peligroso..... 423
- Capítulo xliii. De cómo la batalla que el buen Renaldos de Montalván e la fuerte Marfisa hazían se despartió para otro día siguiente se tornar a fazer más peligrosa..... 426
- Capítulo xliiii. De la cruel y muy espantosa batalla que el conde don Roldán hizo con su primo don Renaldos de Montalván e con la alta Marfisa, e cómo el traidor del rey Trufaldín muy áspera y desonradamente murió..... 432
- Capítulo xlv. De la crudelíssima e muy espantosa batalla que los dos valientísimos guerreros don Roldán e don Renaldos de Montalván hovieron, e cómo por la oscura noche fue despartida con promesa de otro siguiente día acabarla 438
- Capítulo xlvi. De cómo tornados otro día a combatir los dos buenos 71v guerreros en presencia de Angélica la Bella, fue la cruda batalla por ella despartida, poniendo al conde don Roldán en otra muy peligrosa aventura 443
- Capítulo xlvii. De lo que Angélica fizo después que al castillo se tornó, e lo que acaeció al conde don Roldán en el camino, yendo en la demanda del Falso Jardín do la encantadora Falerina estava 450
- Capítulo xlviii. De la grande guerra que en África se aparejó para destruir al emperador Carlomagno, e lo que se concertó en tal caso..... 456
- Capítulo xlix. De la profecía que dixo el viejo astrólogo Rey de Garamanta y el consejo que dio después que todos hablaron al rey Agramante..... 461
- Capítulo l. De cómo don Renaldos, con sobra de enojo, como no acabó su batalla con el conde don Roldán, su primo, se partió del real a lo buscar e de la fuerte aventura que a él e al duque Estolfo e a sus dos compañeros, Prasildo e Iroldo, en el camino les acaesció 464

Capítulo li. De lo que acaesció al Buen Aquilante e al fuerte Grifón que en busca del buen conde don Roldán ivan.....	469
Capítulo lii. De la batalla que entre los cavalleros de la fortaleza e la fuerte Marfisa, que cercada tenía a Angélica la Bella, passó e las nuevas que al rey Sacripante de su reino vinieron	473
Capítulo liii. De lo que ordenó el rey Agramante sobre la passada que en Francia ordenava de hazer e del remedio que para hallar a Rugiero le dio el viejo Rey de Fiesa.....	477
Capítulo liiii. De lo que acaesció al conde don Roldán caminando a pie desd'el sepulcro de Nino porque la falsa donzella le avía levado con engaño su cavallo Briador.....	481
Capítulo lv. De cómo la falsa donzella fizo al conde don Roldán gran enojo; e cómo don Roldán entró en el Falso Vergel de Falerina, e lo que en él le aconteció	487
Capítulo lvi. De lo que sucedió al conde don Roldán andando por el Vergel de Falerina, como el libro le mostrava.....	491
Capítulo lvii. De lo que acaeció al conde don Roldán en el vergel donde encerrado estava, buscando remedio por donde salir pudiesse.....	495
Capítulo lviii. De cómo el conde don Roldán acabó de desfazer el Engañoso Jardín de Falerina; e cómo passó harto peligro por acabar la empresa que su señora Angélica le mandó.....	501
Capítulo lix. De lo que acaeció en la fuerte villa de Albraca donde Angélica la Bella estava cercada de la poderosa reina Marfisa.....	505
Capítulo lx. De la passada que el fuerte moro llamado Rodamonte fizo en la cristiandad, y lo que en el camino, por la mar navegando, le acaeció	510

Capítulo lxi. De cómo el rey Desiderio y el duque Naymo de Baviera vinieron en socorro de Arcimbaldo, que en la fortaleza de Mónaco estaba ferido y del fuerte Rodamonte cercado 515

Capítulo lxii. De cómo el conde don Roldán e Falerina ivan a libertar los prisioneros que en la puente del viejo engañador estaban, e lo que en el camino acaeció al conde en la grande e pavorosa aventura del Lago Escuro donde habitava la Hada del Tesoro, llamada Morgana 520

Capítulo lxiii. De las grandes y orribles cosas que en la profundidad del Lago Escuro de Morgana acaecieron al conde don Roldán, y de los cavalleros que halló presos dentro de la cristalina cárcel que allí estava 525

Capítulo lxiiii. Cómo el conde don Roldán libertó los prisioneros que en la cristalina prisión estaban e cómo los encantamentos del Lago Escuro fueron desfechos
529; **Error! Marcador no definido.**

Capítulo lxv. De cómo el conde don Roldán se apartó de sus queridos primos, don Renaldos e don Dudón, por ir adonde su señora Angélica la Bella estava; e cómo don Renaldos e don Dudón, e Prasildo e Iroldo, los dos hermanos, se van la buelta de Francia e lo que les acaeció en el camino 536

Capítulo lxvi. De cómo el buen Dudón fue preso de Belisardo por arte y engaño; e cómo Belisardo, buelto de diversas figuras, hovo batalla con don Renaldos; e cómo al fin por engañoso arte le prendió 542

Capítulo lxvii. De lo que acaesció al buen conde don Roldán después que de don Renaldos de Montalván se partió él y el buen Brandimarte cuando de las casas de Morgana salieron, aviendo desfecho el encantamento del Lago Escuro 546

Capítulo lxviii. De la fermosa aventura que acaeció al conde don Roldán e al buen Brandimarte después que ovieron sacado los prisioneros de la nave; e cómo Brandimarte fue de su padre conocido, el cual por muerto fasta aí le avía contado 551; **Error! Marcador no definido.**

Capítulo lxix. De cómo a cabo de algunos días el rey Manodante y sus dos fijos, Brandimarte e Galavis, con toda su gente se bautizaron. E cómo don Renaldos e sus

compañeros se partieron la buelta de Francia, e lo que en el camino les acaeció en la casa de Alcina, la encantadora hermana de la hada Morgana 562

- Capítulo lxx. De cómo la batalla d'entre Rodamonte y Renaldos, con la llegada de la nueva gente, despartió; y cómo Rodamonte, yendo en busca de Renaldos, se encontró con el fuerte Ferraguto e de la cruel batalla que ovieron por amor de la infanta Doralice 568
- Capítulo lxxi. De lo que al fuerte Renaldos de Montalván acaesció en sueños e las espantosas cosas que se le representaron; e cómo, beviendo del liquor amoroso, fue tornado al amor e desseo de Angélica la Bella 573
- Capítulo lxxii. De cómo el sutil y ingenioso Brunelo se fue a su señor Agramante con las furtadas joyas; e la orden que dio para que cobrase en su compañía el rey Agramante al buen paladín Rugiero; e cómo Brunelo le dio a este cavallero el espada de Falerina y el buen cavallo Frontalate 577
- Capítulo lxxiii. De cómo el conde don Roldán y el buen Brandimarte se partieron de casa del rey Manodante para ir a ver a Angélica la Bella, e lo que en el camino les acaeció 581
- Capítulo lxxiiii. De la batalla que el buen Brandimarte hizo con el turco Torindo e sus cuatro compañeros, que en pos de Angélica la Bella venían; y el gran peligro en que se vido el conde don Roldán e las dos damas que llevaba con los salvages estringiones que en aquella pavorosa selva moravan 586
- Capítulo lxxv. De cómo el buen Brandimarte por caso de aventura libró a Flordelisa de las manos de los salvages estringones; e lo que con la alta Marfisa le acaeció; e la cruda batalla que con el famoso salteador llamado Taridón el Orgullosos hizo e cómo lo mató en el Pavoroso Valle 590
- Capítulo lxxvi. De cómo el conde don Roldán, después de salido de la floresta, se fue por sus jornadas fasta llegar a la Suria, de donde con el rey Norandino passó a los torneos de la isla de Chipre; e llamándose Rotolante por no ser allí conocido, e lo que allí le aconteció 599
- Capítulo lxxvii. De la batalla que por amores de Angélica la Bella passó entre el conde don Roldán e su primo don Renaldos de Montalván. E cómo Angélica la Bella fue mudada del amor de don Renaldos por el Agua Desamorada que de la Fuente de Merlín bevió 605

Capítulo lxxviii. Del gran ayuntamiento de gentes que en la gran ciudad de Biserta con el rey Agramante se juntó para passar en Francia, e de las tristes nuevas que al rey vinieron de la destrucción del rey Rodamonte el Africano e los suyos . 612;**Error! Marcador no definido.**

Capítulo lxxix. Del fin que ovo la cruel batalla de entre Rodamonte el Africano y el fuerte Ferraguto, e de la guerra que ovieron con los familiares demonios de Malgesí; e cómo Malgesí e Viniano fueron presos e llevados al rey Marsilio, que sobre Montalván con gran ejército estava, e lo que de allí sucedió..... 615

Capítulo lxxx. De la cruda batalla que hovo entre las compañías cristianas del emperador Carlos de Francia e la muchedumbre de los paganos del rey Marsilio; e las señaladas cosas que el conde don Roldán e don Renaldos de Montalván fizieron..... 620;**Error! Marcador no definido.**

Capítulo lxxxii. De lo que en las grandes batallas del emperador Carlos y el rey Marsilio d'España sucedió, e algunos de los señalados fechos que allí passaron. E cómo al buen cavallero don Renaldos de Montalván le avino caso en que pudiesse servir a su señor el Emperador, donde le vino grande esperança de cobrar a Angélica la Bella..... 626

Capítulo lxxxiii. De la áspera aventura que al buen Brandimarte avino en la Casa del Sepulcro; e cómo la venció e sacó a la señora de la casa que en el sepulcro encantada estava por maravillosa manera..... 631

Capítulo lxxxiiii. Cómo el buen Brandimarte se partió de la casa de la fada llamada Policia; e cómo entró por tierra del rey Dolistón, padre de su amiga Flordelisa, e lo que allí le aconteció..... 637

Capítulo lxxxv. De cómo el buen Brandimarte aportó a la gran ciudad de Biserta, donde el rey Agramante con su gran corte estava; e de las fermosas justas que con los cavalleros de la ciudad fizo, e la mucha honra que allí con su gran esfuerço ganó 641;**Error! Marcador no definido.**

Capítulo lxxxvi. De cómo el fiero rey Agramante partió con su muy grande armada de la gran ciudad de Biserta e se vino para Francia sin se detener en cosa alguna. E cómo halló la gran batalla travada entre el emperador Carlomagno y el rey Marsilio de España..... 645

Capítulo lxxxvi. Cómo el conde don Roldán, bolviendo a la batalla, fizo grandes cosas; e cómo, faziendo mortal batalla con el buen Rugiero, fue despartido d'ella por el encantamento que hizo el encantador Atalante; e como desaparecido el encantamento que de la gran batalla le sacó, en otro más deleitoso fue encantado 651

Capítulo lxxxvii. Que cuenta las nuevas cavallerías que el buen Mandricardo, fijo del emperador Agricán, que el conde don Roldán mató, empeçó a fazer con desseo de vengar la muerte de su padre; e cómo en cierto camino se acertó a la Fuente de la Hada, e lo que en ella le acaeció 655

Capítulo lxxxviii. De cómo el buen Mandricardo, guiado por la Señora de la Fuente, ovo batalla con el rey Gradaso e lo derribó en tierra, por donde le fue atribuida la victoria; e cómo mató al ladrón Minapreso, un fiero gigante que en la posada de la rica señora entrava a la fazer morir 659

Capítulo lxxxix. De cómo el buen Mandricardo fue llevado al Canpo del Felice Castillo e las aventuras que en él venció de la Planta Encantada e de la Sierpe de la Cueva; e cómo, desde las ovo acabado, se vio con los cavalleros que presos en el castillo estaban 663

Capítulo XC. De cómo el fuerte Grifón y el buen Aquilante, andando por su camino, se toparon con dos damas muy fermosas; por las cuales fueron llevados a haver batalla con el Encantado Orilo, que a la ribera de un gran río él e su animal, llamado Cocodrillo, hazían habitación 666

Capítulo xci. De la cruel aventura que acaeció a los dos fuertes guerreros, el rey Gradaso y el buen Mandricardo, junto al Despoblado Castillo con el monstruoso animal llamado Orco; e cómo libraron la fija del rey Tibiano que para su mantenimiento estava guardada 672

Capítulo xcii. De lo que sucedió en la batalla canpal que entr'el Emperador e los moros se fazía; e cómo, dexando el canpo porque la escura noche venía, los cristianos se retiraron a la gran ciudad de París, e cómo quedaron fuera don Renaldos e don Roldán e madama Brandamonte por cierta ocasión que a cada uno sucedió 676

Capítulo xciii. De cómo, andando el buen Rugiero por el campo, Ventura le llevó a donde la linda Brandamonte combatía con el pagano Rodamonte; e cómo tomó Rugiero la batalla por ella pensando que era cavallero; e cómo, después que la ovo conocido, fue para siempre preso de su amor 680

Capítulo xciiii. De cómo, andando hablando en sus enamoradas razones el buen paladín Rugiero e la hermosa Brandamonte, salieron ciertos moros a los prender, e la batalla muy rezia que con ellos ovieron; e cómo madama Brandamonte, yendo en seguimiento de un pagano que la fatigava, fue apartada de su nuevo enamorado, e cómo él con gran dolor la empeçó a buscar 684

Capítulo xvc. De cómo el buen Rugiero, andando muy penoso en busca de su querida señora madama Brandamonte, se encontró con el buen Mandricardo e con el rey Gradasso; e cómo, de palabra en palabra hablando, ovo una descomunal batalla entre Gradasso e Mandricardo; e cómo Rugiero e Brandimarte, que la sazón allí se halló, los avinieron e pusieron en paz 688

Capítulo xcvi. De cómo el conde don Roldán fue sacado del encantamiento de la Fuente de las Náyades; e cómo él y el rey Gradaso ovieron batalla sobre la buena espada Durindana, e cómo se despartieron; e cómo él y el rey Brandimarte se fueron la buelta de París, que cercada estava de los paganos; e del rebato en que los pusieron libertando los presos cristianos que tenían 693

Capítulo xcvi. De lo que a la hermosa Madama Brandamonte acaesció después que mató al moro que la seguía; e de cómo supo de un hermitaño lo que avía de hazer con su buen amigo don Rugiero; e lo que le acaesció, andando en busca d'él, con la bella Flordespina, hija del rey Marsilio 699

Capítulo xcvi. De cómo el rey Gradaso y el buen paladín don Rugiero se fueron con el enano que a la aventura del Castillo Encantado los llevaba, e lo que con el monstruo e con la señora del castillo les acaesció; e cómo juntamente con el rey Sacripante, que allí detenido estava, se partieron por aquel fragoso campo del castillo..... 704

Capítulo xcvi. De cómo el buen Renaldos de Montalván, por el fuir de su cavallo, ovo de se perder en una escura montaña, donde venida la escura noche no atinó derecho camino; e cómo se falló con el fuerte gigante Escardaso, el cual, cuando a don Renaldos conoció, de su voluntad se bolvió cristiano por ganar su propia alma y el amistad del buen Renaldos..... 710

- Capítulo c. De cómo el buen Renaldos de Montalván y el fuerte Escardaso por caso de aventura fueron llevados a la casa de la Encantadora Alcina; e cómo, por consejo de una enemiga, de su arte fue Alcina destruida e la casa desfecha y el buen duque don Estolfo fuera de prisión..... 715
- Capítulo ci. De la muy fiera e cruel batalla que los tres fortísimos guerreros, el rey Gradaso, y don Rugiero, y el rey Sacripante, hovieron con los endiablados gigantes del monte Sulfúreo; e cómo partidos todos tres de allí, el buen cavallero don Rugiero halló a su enamorada madama Barandamonte a la orilla de una fresca ribera folgando con la linda Flordespina, fija del rey Marsilio d'España 721
- Capítulo cii. De lo que acaesció al fuerte rey Gradaso e al buen rey Sacripante después que se partieron de su compañero don Rugiero; e cómo el rey Gradaso ordenó nueva guerra contra el emperador Carlomagno sobre la demanda primera de la espada de don Roldán e del cavallo de don Renaldos 725
- Capítulo ciii. De cómo los dos valientes hermanos, el buen Aquilante y el fuerte Grifón de Mongrana, después de acabada la aventura del Encantado Orilo e su fuerte animal, allegaron a una hermita donde un santo hombre les amonestó lo que avían de hazer, diziéndoles el peligro en que estava el emperador Carlos Magno de Francia 729
- Capítulo ciiii. De cómo los desseados amores del fuerte Rugiero e la linda Madama Brandamonte ovieron efecto en un solitario campo, e cómo determinaron de partir derechamente para la gran ciudad de París con propósito de se velar e favorecer a su señor el Emperador en la priessa que estava..... 733